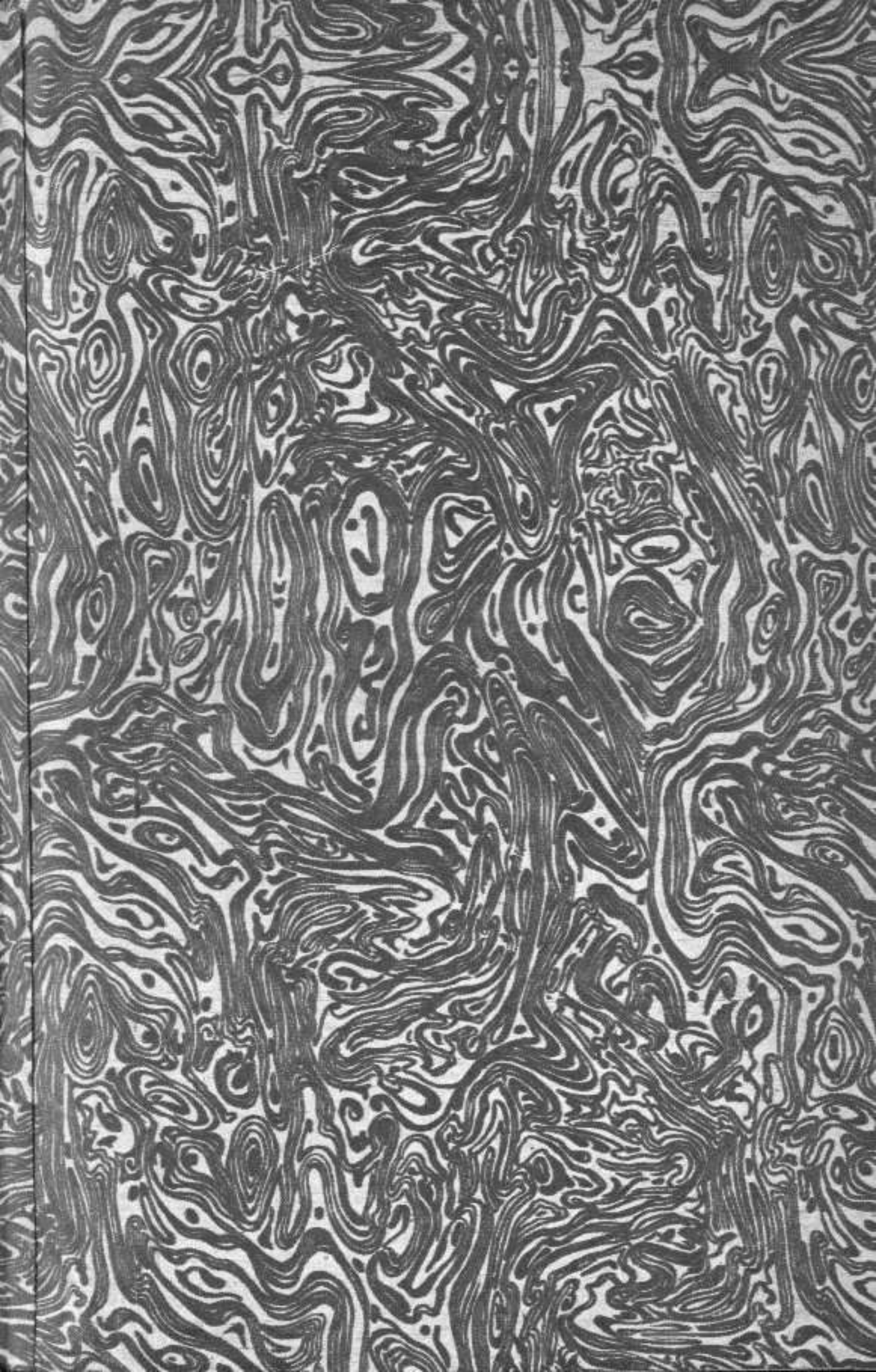
P. ASTARI

DISCURSO
FILOSOFICO
LENGUA
PRIMITIVA

1883

ATV
3220





A.F.C.
3220

DISCURSOS FILOSOFICOS

SOBRE LA

LENGUA PRIMITIVA.

M. 10588
R. 4796
A.F.V.
1220

DISCURSOS FILOSÓFICOS

SOBRE LA

LENGUA PRIMITIVA

Ó

GRAMÁTICA Y ANÁLISIS RAZONADA

DE LA EUSKARA Ó BASCUENCE

POR

D. PABLO PEDRO DE ASTARLOA,

Presbítero, natural de Durango.

PUBLÍCASE POR ACUERDO Y CON APOYO DEL
SEÑORÍO DE VIZCAYA.

BILBAO:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE PEDRO VELASCO,
calle Nueva núm. 2.

1883.

INSTITUCIÓN SANCHO EL SABIO
OBRA SOCIAL
Caja de Ahorros de Vitoria

SUMARIA NOTICIA

DE LA PUBLICACION DE ESTE LIBRO.

El Presbítero D. Pablo Pedro de Astarloa, natural de la villa de Durango, se dedicó á fines del siglo anterior y principios del actual, á asiduos y profundos estudios filológicos, y muy particularmente á los relacionados con la lengua euskara ó bascongada, cuanto se lo permitia el ejercicio de su ministerio sacerdotal, en el que se sabe haber sido muy escrupuloso como hombre de mucha piedad y virtud.

Fruto de estos estudios, anticipado al conocimiento público y como resúmen de trabajos más extensos y radicales, fué el libro que dió á luz en Madrid en 1803 con el título de *Apología de la lengua bascongada ó ensayo crítico-filosófico de su perfeccion y antigüedad sobre todas las que se conocen, en respuesta á los reparos propuestos en el Diccionario geográfico de España, tomo segundo, palabra* NABARRA.

Sabedora la Diputacion general del Señorío de Vizcaya, en el bienio de 1856 á 1858 en que eran primeros Diputados en ejercicio los Sres. D. Juan Santos de Oríe y D. José Miguel de Arrieta Mascárua, que paraban las obras inéditas del presbítero Astarloa en poder del Sr. D. Mateo de Erro, heredero del sábio autor del *Alfabeto de la lengua primitiva* y de *El mundo primitivo*, se dirigió á aquel caballero en demanda de los citados manuscritos, y el Sr. Erro accedió gustosa y desinteresadamente á esta peticion, con lo que los manuscritos del ilustre filólogo durangués vinieron á poder del Señorío de Vizcaya.

Estos manuscritos consistian en los *Discursos filosóficos sobre la lengua primitiva*, obra completa á la que acompañaba una version al francés, una copiosa coleccion de voces bascongadas para la formacion de un *Diccionario basco-castellano*, ordenadas por órden alfabético, pero sin la correspondencia castellana, otra coleccion de sílabas radicales bascongadas, y por último, un pequeño número de adagios en el mismo idioma, trabajos estos últimos que quedan en poder de la Diputacion de Vizcaya.

Congregado el Señorío en Junta general só el árbol de Guernica en 1858, la Comision de Instruccion pública, que por cierto presidia el Sr. D. Benigno de Salazar, presidente en 1882 de la Diputacion provincial, en cuyo tiempo se ha procedido al fin á la publicacion de los *Discursos filosóficos* de Astarloa, examinó el expediente relativo á la adquisicion de estos *Discursos*, y en su descargo fué de parecer que se ordenase á la Diputacion general procediese á la impresion de la obra siempre que los fondos señoriales lo permitiesen, y diese al Sr. Erro las más expresivas gracias por su conducta en este importante asunto.

Este dictámen fué aprobado unánimemente por el Señorío, pero por dificultades económicas se fué aplazando la publicacion de libro tan voluminoso, á pesar de recomendarse su publicacion en las Juntas generales sucesivas y aun de añadirse en las de 1862 la cláusula de que «se procediese desde luego á la impresion.»

En 5 de Febrero de 1882 los Diputados provinciales señores D. Pedro José de Astarbe y D. Casimiro de Astola presentaron una mocion pidiendo se cumpliesen los repetidos acuerdos del Señorío acerca de la publicacion de los *Discursos filosóficos* de Astarloa.

Esta mocion pasó á informe de la comision de Fomento, la que despues de oir el del Archivero y Cronista del Señorio, que le emitió favorabilísimo á la publicacion de la obra, fué de parecer que la Diputacion admitiese proposiciones de impresores, prévio el oportuno anuncio, para adjudicar la impresion del libro al mejor proponente, teniendo en cuenta como base una que habia hecho D. Pedro M.ª de Merladet y autorizando al efecto á la Comision provincial.

La proposicion del Sr. Merladet, que acababa de dar á luz una segunda edicion de la obra del mismo Astarloa titulada *Apología de la lengua bascongada* y que no dedicado á especulaciones tipográficas ni editoriales, habia realizado aquella impresion con miras puramente patrióticas, se reducia á decir que se comprometia á publicar decorosamente los *Discursos filosóficos* con la única condicion de que la Diputacion provincial le auxiliase adquiriendo de 150 á 200 ejemplares de la obra.

Como no se presentase proposicion alguna que la Comision provincial estimase preferible á la del Sr. Merladet, se autorizó á éste para proceder á la impresion bajo ciertas condiciones, entre ellas la de que el número de ejemplares que adquiriese la Diputacion habia de ser de 180 y la de que el impresor se habia de entender con el Archivero y Cronista que traza estos renglones para todo lo que se relacionase con la impresion.

Esta es, en resúmen, la historia de la publicacion de este libro, que no aparece precedido del juicio crítico que su importancia merece, porque el autor de estos renglones no se considera apto para trabajo de tal naturaleza, que en primer lugar exigia conocimientos no inferiores á los del ilustre bascófilo durangués.

La Diputacion provincial de Vizcaya cree, como lo creyó el Señorio y cree tambien el autor de este brevísimo preliminar, que á pesar del gran desarrollo que han experimentado los estudios lingüísticos en general y en particular los numerosos consagrados en todo el mundo culto á la lengua euskara desde que Astarloa los cultivó, con la publicacion de la obra magna del insigne bascófilo bizcaino se presta un gran servicio á la ciencia filológica.

El Padre Fidel Fita dijo en su discurso de recepcion en la Academia de la Historia. «El bascuence ó el euskaro es un monumento

palpitante, indestructible de la raza más bella de Occidente, y él se levantará de su postracion actual para iluminar el gran periodo de las edades hispanas vecinas á la prehistórica.»

Cuando lingüistas como el sábio Jesuita citado hacen este pronóstico en el seno de la docta Academia española de la Historia, razon hay para creer que estudios como los de Astarloa pueden contribuir á que tan fausto pronóstico se realice, y por tanto la publicacion de estos estudios no solo es obra de patriotismo bascongado, sino tambien obra de patriotismo español.

DISCURSOS FILOSÓFICOS

SOBRE

LA PRIMITIVA LENGUA.

PRÓLOGO.

Son innumerables las disputas que se han suscitado entre los literatos acerca de la lengua primitiva. El interés, que se ha contemplado justamente por la literatura á favor de la sociedad en la averiguacion de este idioma, empeñó á los sábios desde los tiempos más remotos á entrar en las más penosas tareas; y las inmensas dificultades que en ellas han experimentado, les hicieron discurrir de diferente manera. Podemos asegurar sin temor que cuantos son los filósofos que han trabajado en esta importante materia, otros tantos son los diferentes sistemas que se han formado. No habrá quizá dos literatos que se uniformen en su modo de pensar sobre este particular. Sin embargo, todas estas contiendas literarias pueden reducirse á dos cuestiones: 1.ª Si hubo ó nó una lengua primitiva. 2.ª Si esta lengua primitiva existe ó nó actualmente.

He determinado por lo mismo dividir mis tareas en dos partes y varios discursos en los cuales procuraremos averiguar con el mayor empeño: En el primero, si hubo ó nó un idioma primitivo, quiero decir, si los primeros hombres hablaron ó nó el lenguaje perfecto, desde el mismo instante en que fueron criados. Discurriremos tambien sobre si este idioma fué de accion ó de voces articuladas. Si fué natural al hombre. Si éste lo adquirió á costa de tiempo y trabajo. Si el Sér Supremo quiso infundirle á nuestros primeros padres. Ultimamente investigaremos si fué uno ó fueron muchos.

En la segunda parte nos esforzaremos en averiguar, si existe ó nó en alguna de las naciones este deseado idioma. Filosofaremos para este efecto con la mayor atencion y escrupulosidad, sobre el mecanismo que hubo de haber tenido un lenguaje de que hicieron uso los primeros hombres. Empezando desde su alfabeto, recorreremos hasta la Sintaxis. No dejaremos, por mínima que sea, cosa alguna sin escudriñarla con el mayor cuidado. Estableceremos cuantas reglas y preceptos sean necesarios, para levantar el gran edificio de un perfecto lenguaje.

Si justificamos que real y verdaderamente hubo un idioma primitivo, y que le hablaron los primeros hombres, desde el primer instante en que recibieron su sér; si despues de esto hacemos ver que este idioma necesariamente interesante existe aun, y es aquel que se usa en tal ó cual nacion, no solamente quedarán terminadas cuantas diferencias se conocen entre los sábios acerca de esta importante materia, sino que á más logrará la literatura en lo sucesivo de las más lisongeras satisfacciones. Las ciencias y las artes recibirán una nueva luz; los conocimientos del hombre en todas materias remontarán hasta la más encumbrada perfeccion; y feliz nuestra sociedad, verá el placentero dia en que se la descubrirán los oportunos medios de entrar en el goce de sus más sacrosantos derechos.

En efecto; ¡qué adelantamientos no se verificarían en la literatura! ¡Qué cúmulo de ventajas no resultarian al mundo todo, si llegásemos á realizar estos dos importantes y deseados descubrimientos! Una lengua primitiva, una lengua que hablaron los primeros hombres desde el mismo instante en que fueron criados, ¿cómo podia ménos de ser perfectísima? Infundida á nuestros primeros padres por el Supremo Hacedor, ó concedida por el mismo á la constitucion del hombre, habia de ser necesariamente la más acabada de cuantas son imaginables en la filosofía. Habia de pintarnos á toda la naturaleza, que era su signado, con todos aquellos colores, que fuesen necesarios para hacernos conocer sus más mínimas particularidades. ¡Qué propiedad no tendria en sus voces! ¡Qué instrucciones de economía no nos daria en la formacion de su mecanismo! ¡Qué avisos importantes no recibiríamos para la comunicacion social del hombre, en la armoniosa eufonía de sus locuciones! Nó, no podemos dejar de confesar que si real y verdaderamente hubo un lenguaje primitivo, este habia de ser un rico depósito de los más interesantes conocimientos, capaz por sí solo de instruir al hombre en todo lo que hoy se admira en la literatura por sublime y magnífico; pero ¿qué digo? capaz de instruir al hombre de un modo particular y admirable; de un modo que insensiblemente pudiese ser informado en las ciencias y en las artes, elevándose en ellas sobre todos los conocimientos que hasta ahora ha adquirido el continuo desvelo de los filósofos.

Bajo de estos supuestos ¿qué diligencias no debemos hacer para

averiguar si existe aun hoy este admirable idioma? No pueden arredrarnos las más penosas tareas. Hemos de contemplar como deliciosos los viajes más dilatados que tuviéremos que hacer para su descubrimiento. Por más que gastásemos, por más tiempo que empleásemos, por más fatigas que sufriésemos en esta importante operacion, seríamos felices y dichosos si llegásemos á lograr los deseados fines de nuestras tareas. La literatura habia de agradecer nuestros desvelos, la sociedad quedaria servida, todo el mundo disfrutaria de los copiosos tesoros que con prodigalidad le ofreceria este hallazgo, y nosotros quedaríamos recompensados sobremanera, con haber sido los instrumentos de todas estas satisfacciones que nos proporcionaria la averiguacion de un idioma tan bienhechor. Su propiedad sola es suficiente en efecto para enriquecer las ciencias y las artes de una manera maravillosa, de una manera que eleve estos bellos conocimientos á un grado de perfeccion y sublimidad á que no podrian hacerla subir todas las diligencias reunidas de las presentes y futuras generaciones.

¿Qué adelantamientos no lograria, por ejemplo, la Medicina en la contemplacion de este sábio idioma? Veria dibujadas en él con el mayor primor, con la mayor analogía, con la mayor propiedad por medio de sus signos, las enfermedades que hacen el objeto primario de sus funciones. ¿De cuantas dificultades no saldria el anatómico? Hallaria descriptas con la mayor energía y claridad las partes constitutivas del cuerpo humano, así esteriores como interiores. ¿Qué exceso de gozo y alegría no movilizaría al espíritu del filósofo en este hallazgo interesante? Daria en las voces de este portentoso idioma, con las más exactas definiciones de los entes y acciones de la naturaleza, que tanto deseaba su curiosidad. Un gramático gozaria de los ratos más placenteros en la contemplacion del asombroso mecanismo que le hermoseaba. Conoceria con la mayor distincion los inumerables errores con que se hallan afeadas las lenguas más decantadas, ó desde su primitiva constitucion, ó desde que el antojadizo hombre creyó falsamente hermosearlas. ¿A qué extremos de admiracion y asombro no llegaria el historiador? Registraria en el maravilloso é increible libro del lenguaje primitivo los más retirados siglos; aquellas épocas, que creia hasta entonces inaccesibles. Leeria en él aquella interesante historia del mundo primitivo que tanto deseó, sin embargo de haberlo contemplado siempre como una cosa imposible de averiguarse, sino por una conocida revelacion. Pero ¿á qué me canso recorriendo por menor todos los conocimientos? El matemático, el teólogo, el moralista, el político, en una palabra, todo el mundo, cada cual en su ministerio tendria en este divino idioma los más importantes conocimientos, las noticias más exactas de sus funciones.

Tal fué, y tal hubo de ser el primitivo idioma. Infundido á los primeros hombres por el sábio y Supremo Hacedor despues de haberle

formado como obra digna de sus manos, ó regalada por él mismo como una parte constitutiva de nuestro destino y naturaleza, ¿cómo podia dejar de ser un libro abierto de todos los conocimientos? ¿No habia de ser perfecta una lengua, que por cualquiera parte que se la mire, hubo de ser la obra del omnipotente Dios? No se yo que causas podrá figurarse la filosofía para que este sábio artífice negase al primitivo idioma una propiedad sin defecto; una economía acabada; una eufonía singular. Yo no me las puedo figurar: ántes al contrario me hallo persuadido firmemente que injuriaríamos á la naturaleza ó mejor á su Hacedor, con solo dudar si pudo ó nó haber tenido algun defecto este primoroso lenguaje.

No podemos dudar por lo mismo de las inumerables ventajas que necesariamente resultarian á la sociedad del hombre, de este precioso hallazgo de la primitiva lengua. Es verdad que este rico depósito de conocimientos importantes habrá perdido necesariamente en el transcurso de tantos siglos, en que se halló sujeta al antojadizo hombre mucha parte de sus tesoros. Estoy por decir que su suerte habrá sido la misma que han tenido las ciencias y las artes, á quienes las vemos destituidas de aquellas primorosas perfecciones con que las destinó el Supremo Hacedor á las necesidades del hombre. Nosotros mismos hemos deteriorado estos bellos conocimientos, por habernos atrevido á querer señorear y dar preceptos á la misma naturaleza.

Estamos viendo que nuestra sociedad no se rige ya con aquellas primerizas constituciones que regaló al hombre el Supremo Hacedor en su misma creacion. La vemos entorpecida con otras diferentes, á quienes el interés y el egoismo las dió su ser y la depravacion del hombre las ha hecho ya necesarias. Reconozcamos la legislacion. ¿Dónde está aquel código arreglado, que formó la naturaleza con tanto tiento y primor? En una palabra, ¿hay cosa hoy que no se halle enteramente trastornada en la sociedad del hombre? Pues esto mismo habrá sucedido á la lengua primitiva, especialmente si ha llegado á ser dominada por las naciones que se han llamado literatas. Felices de nosotros si diésemos con ella en unas gentes que han vivido y viven aun, en aquel estado que más se arrime al de nuestros primeros padres. La hallaríamos sin duda, en disposicion de sacar de ella inumerables ventajas.

Pero, como quiera que sea, procuremos hallarla. Donde quiera que exista, no podrá menos de haber retenido en su mecanismo, en su propiedad, economía y eufonía, muchas y utilísimas luces para nuestra instruccion. Ella misma quizá, aunque despojada en muchos de sus ricos atavíos, nos presentará medios oportunos para restituirla sus perfecciones, y volverla á adornar con la misma hermosura que recibió en su primera formacion.

DISCURSO PRIMERO

SOBRE

SI HUBO Ó NÓ LENGUA PRIMITIVA.

El mérito é interés del habla en la sociedad del hombre, ha hecho que los idiomas se hayan mirado en todos tiempos como uno de los objetos más dignos de la atencion y desvelos de la literatura. Desde la más remota antigüedad procuraron los filósofos averiguar el orígen de ellos, y desde entónces tuvo principio la ruidosa cuestion de si hubo ó nó un lenguaje primitivo. Veian que los idiomas se igualaban en número con la inmensidad de naciones diferentes que hermoseaban al mundo. Observaron que aunque estos idiomas eran diferentes no dejaba de haber en ellos una conocida analogía. Sus letras, sus sílabas, sus inflexiones y juegos de voces, presentaban á la contemplacion del sábio motivos justos para no dudar que en los lenguajes debia haber necesariamente una verdadera é inegable filiacion. Empeñáronse en hallarla; pero cuanto mayores eran las diligencias que hacian para el efecto, tanto más iban creciendo los obstáculos que lo impedian. Si recurrian á la sucesion de las naciones para formar la genealogía del lenguaje, á dos pasos que diesen, se hallaban abismados en las oscuridades de los más remotos siglos, sin que pudiesen dar con la maternidad de estas, ni con la filiacion de aquellas innumerables gentes, que tumultuariamente se escondian en estas mismas oscuridades. Si contemplaban la unisonancia de voces y esta uniformidad que hallamos en varios juegos del mecanismo de las lenguas, esto mismo era el mayor obstáculo para poder discernir cuál habia de ser la lengua madre, y cuáles habian de ser llamadas hijas. La radicalidad de las voces, esta operacion tan decantada, y que se ha

creido haber sido elevada en algunos idiomas hasta la más encumbrada perfeccion, no ha sido suficiente para llevarnos á un conocimiento cierto del lenguaje primitivo: ántes por el contrario, no ha producido otros efectos que los de la oscuridad, confusion y disturbios de la literatura. Mal entendida esta radicalidad, todos los idiomas se hallan hoy en disposicion de hacer uso de ella, y pretender por este medio la antelacion sobre todos.

Desengañados los filósofos de poder formar la genealogía de los idiomas y subir hasta el primitivo por estos medios, procuraron hallar otro camino; efectivamente dieron con uno, que era el único que podia conducirles al deseado fin. Creyeron acertadamente, que siendo el nombre el que solamente hacia uso del habla, no podia haber un medio más seguro que el suyo para averiguar si hubo ó nó una lengua primitiva. Si estos filósofos, remontando de generacion en generacion hasta el mundo primitivo, hubieran contemplado con atencion á los primeros hombres, quizá sus tareas habrian tenido un éxito más favorable. ¿Pero qué ideas tan diferentes no se han adoptado en estas investigaciones? Unos han contemplado al hombre niño; otros han formado su sistema en las observaciones hechas en los sordo-mudos; algunos, segun se nos dice, han hecho educar un número de niños en soledad para salir con su empeño: varios fijan su opinion en hechos de hombres hallados en estos ó aquellos bosques, y si ha habido filósofos que han querido estudiar al hombre en el mundo primitivo, se han desviado enteramente del recto sendero de la razon y de la filosofía.

Hubo filósofos que llegaron á creer que los primeros hombres vivieron en un estado brutal, sin artes, sin ciencias, sin sociedad; esparcidos por los bosques á manera de fieras, sin que pudiesen articular palabra alguna; asociados á los irracionales, viviendo con ellos y formando una sola especie con los brutos, hasta que adquiriendo el habla ó lenguaje, se separaron de ellos y formaron distinta sociedad.

Otros filósofos miraron con más honor á sus primeros progenitores. No se atrevieron á negarles el uso del habla; pero llegaron á persuadirse, que este habla no se estendia á otra cosa que á proferir voces articuladas, toscas, é insignificantes, hasta que por la mútua convencion llegaron á fijar y significar determinados entes y acciones con todos sus accidentes. Consiguiente á esto, afirmaron que el primer lenguaje del hombre fué el de la accion.

Los filósofos católicos informados por la historia del mundo primitivo referida por Moisés en el Génesis, no han podido negar á los primeros hombres el uso de una lengua perfecta desde el primer instante de su creacion: sin embargo, arrastrados de los argumentos que se proponen contra el lenguaje natural, afirman casi generalmente que el idioma que hablaron Adan y Eva fué infuso por Dios.

Hubo otros filósofos, y ójala que hoy no los hubiese, que arras-

trados de esta multitud de idiomas, que se hablan en las diferentes naciones, de la descubierta mal entendida de las Américas y de la diversidad de especies de negros y de blancos, han creido que el lenguaje primitivo no fué uno.

Sin embargo de estos diferentes sistemas y del conocido talento de los filósofos que los defienden, no podemos ménos de separarnos de ellos. Haremos ver que real y verdaderamente hubo un lenguaje primitivo, esto es, que los primeros hombres hablaron un lenguaje de voces articuladas, desde el primer instante, en que recibieron su ser, y que este lenguaje les fué natural, y para que al mismo paso que justificamos nuestros asertos, podamos rebatir los sistemas que hemos referido, estableceremos cuatro proposiciones: 1.ª Que los primeros hombres hicieron uso de la facultad del habla, desde el primer instante de su creacion. 2.ª Que el lenguaje que hablaron no fué el de la accion, sino un lenguaje de voces articuladas y significativas. 3.ª Que este lenguaje no fué infuso por Dios, ni adquirido por el hombre, sino natural. 4.ª Que el primitivo idioma fué uno y no muchos. Para que haya la debida claridad y distincion en un asunto que es del mayor interés en la literatura, formaremos capítulos separados de cada una de estas proposiciones, pues más queremos incurrir en este defecto, si lo es, que en el de la oscuridad.

PROPOSICION PRIMERA.

Los primeros hombres hicieron uso de la facultad del habla desde el primer instante en que fueron criados.

Horrorosa es la pintura que han querido hacer algunos filósofos del estado de los primeros hombres. Ella misma es la prueba más auténtica que la destruye, y nos parece deber introducirnos en este discurso dando noticia de este sistema con un pormenor de sus asertos. Llegaron á persuadirse estos filósofos que los hombres vivieron mudos hasta mucho despues de haber recibido su sér; que aislados en las asperezas de los montes, hacian una vida puramente animal; que faltos de ciencias, de artes, y aun de la misma sociedad, no cuidaban de otra cosa que del sórdido alimento de las bellotas y del brutal abrigo de las concavidades de la tierra, sobre cuya posesion peleaban con el mayor encarnizamiento; que trepando de sierra en sierra como cuadrúpedos, belludos á manera de osos, y encorvadas sus uñas por el desaliño como las de los tigres, se juntaban y vagaban en manadas como brutos.

Esta pintura verdaderamente horrorosa irritó desde su nacimiento á todos los filósofos sensatos, y fué reprobada en la literatura, no bien se dejó ver en ella. Sin embargo, la hemos registrado dibujada aun en nuestros dias, y colocada en las producciones literarias de sujetos apreciables por el peso y sagacidad con que se han manejado en otras materias. Nos parece por lo mismo que conviene el que manifestemos la falsedad de este sistema con toda la solidez que sea necesaria, para que quede enteramente olvidada; y lo haremos por medio de un razonamiento sencillo y natural.

Desde el primer instante en que fueron criados, recibieron los primeros hombres esta misma construccion orgánica de cuerpo, que nos distingue de todos los demás animales. Las piernas de nuestros primeros padres y sus brazos, estaban fabricados con la misma estructura que los nuestros. Esta disposicion en primer lugar, nos hace ver que es un delirio el presumir, que el hombre en el mundo primitivo fuese un cuadrúpedo. En vano nos referirán los filósofos esos hechos

ruidosos de hombres asociados con osos, que caminaban como estos á cuatro piés, y corrian con la misma velocidad. No los hemos de creer en manera alguna por sus asertos; seria necesario que nos justifiquen sus historias con la razon y la filosofía, para que las demos asenso, y estas tan léjos de favorecer sus relaciones, se oponen á ellas con la mayor energía. La constitucion orgánica de nuestras piernas y brazos, es contraria para andar á cuatro piés. Lo largo de las unas y lo corto de los otros hace penosa esta postura, impropia para correr, é inadoptable por el hombre en cualquier estado que queramos contemplarle. Es pues un delirio el persuadirse que los primeros hombres fueron tales como nos los pintan nuestros filósofos en este particular.

No es menos delirio el querer creer insociables á los primeros hombres. El toro ha conocido á la vaca; el leon á la leona, y se asociaron entre sí desde el mismo instante que recibieron su sér. Han conservado constantemente estos brutos su sociedad y solo el hombre ha sido insociable en sus principios; solo el hombre ha despreciado su especie y se ha juntado con otra diferente segun nuestros filósofos, ¿Puede darse mayor delirio? ¿Puede creerse que haya habido hombres que así discurriesen? Ofenderíamos altamente á la humanidad, si nos alargásemos en una materia que tan poco honor la hace y concluyamos con una corta reflexion que haga ver la certeza de nuestra proposicion.

Los primeros hombres no pudieron hacer uso del habla, esto es de voces articuladas desde el primer instante, en que fueron criados, ó no lo pudieron hacer. Una de estas proposiciones es necesariamente verdadera. Si justificamos la falsedad de la una, haremos ver la certeza de la otra. Hablemos de la una y de la otra, y veamos cual de ellas es la verdadera.

Si los primeros hombres no hubieran podido hacer uso de la facultad del habla desde el primer instante de su creacion, jamás hubieran llegado á hablar, hubieran sido mudos ellos, y hubiéramos sido igualmente mudos nosotros. No se puede hablar sin las disposiciones prescritas por naturaleza para este efecto. Si los primeros hombres no pudieron hacer uso del habla, carecerian de estas disposiciones, y siendo estas las del órgano de la voz, saldria este órgano en su creacion destituido de aquellos juegos musculares que son necesarios para la explosion del aire, único factor de voces articuladas. ¿Como podiria llegar á hablar un hombre así criado? El habia de ser adulto; fortalecido en su disposicion órgánica, robusto en el órgano de la voz. Es visto por lo mismo que sino hubiera recibido en su creacion esta facultad del habla, no la hubiera recibido despues; hubiera sido mudo en todo su tiempo y nosotos herederos de su constitucion orgánica hubiéramos sido igualmente mudos. No se verificaron estas resultas; es preciso, pues, que confesemos que los primeros hombres

pudieron hacer uso de la facultad del habla desde el primer instante en que fueron criados.

Si los primeros hombres pudieron hacer uso de la facultad del habla desde el mismo instante en que fueron criados, ¿porqué no lo hicieron? ¿Era acaso por la debilidad del órgano de su voz, como sucede en nuestros recien nacidos? No. Eran ya adultos; eran ya robustos desde entonces; no se hallaban en los embarazos que tienen nuestros niños para proferir voces articuladas. ¿Era porque no tenian con quien hablar? Tampoco. Desde el primer instante fueron dos. Él y ella fueron los primeros hombres, como fueron los primeros toros, los primeros caballos. Fueron criados para la procreacion y naturaleza determinó que esta se realizase en la union de dos sexos. ¿Era porque no tenian que hablar estos padres de todas las generaciones? Mucho menos. Se amaban, se querian, se estimaban; los estrechaba mútuamente el afecto conyugal de un matrimonio celebrado bajo la aprobacion y consentimiento del Supremo y universal Hacedor. ¿Como podian dejar de comunicar mútuamente estas dos felices criaturas el inocente cariño que las unia? ¿Y como lo habian de comunicar sino por medio de voces articuladas, principal instrumento destinado por naturaleza á la comunicacion social de pensamientos? No. No puede negar un filósofo reflexivo á los primeros hombres á lo menos el uso de las toscas articulaciones de la voz, pues no puede negarles la facultad del habla y su uso, que es lo que únicamente hemos querido persuadir en este capítulo.

SEGUNDA PROPOSICION.

El lenguaje primitivo del hombre no fué el lenguaje de accion, sino de voces articuladas.

Si dirigiésemos nuestros discursos á los católicos, poco costoso seria el persuadirles de esta verdad. La historia del mundo primitivo referida por Moisés en el Génesis, nos hace ver que los primeros hombres hablaron desde su misma creacion un lenguaje de voces articuladas. Sabemos por ella que Adán puso nombres á todos los animales; que él y su mujer Eva oyeron y entendieron á Dios que les hablaba; que estos primeros padres confabularon entre sí, y últimamente no se nos puede ocultar que este idioma fué perfecto, por la energía con que Adán describe el amor conyugal que debe unir los corazones de dos consortes. Sabemos tambien por ella que este lenguaje no desmereció por la culpa. Oye Adán y siente segun ella, á Dios que se pasea en el Paraiso; le responde: se excusa de su pecado, hace lo mismo Eva; oyen ambos y entienden el castigo y maldicion que fulmina contra ellos su Dios, y se humillan, reconociéndole por su Hacedor.

No sé yo como algunos de nuestros filósofos ortodoxos, despues de estos documentos tan auténticos é innegables hayan podido entrar á sostener que el primer lenguaje del hombre fué el de la accion. Es verdad que los más de ellos expresamente declaran que defienden su asercion salvafide y puramente como filósofos y no debemos dudar que todos ellos caminan bajo del mismo concepto, sin embargo de haber omitido en sus escritos esta saludable protesta. Con todo esto estrañamos su conducta, porque no es fácil desentenderse de los perjuicios que han resultado y resultan de estos é iguales empeños filosóficos. Los católicos que sostienen el lenguaje de accion como el primero de que hizo uso el hombre, bien pueden asegurarnos que hablan salva fide; pero por el mismo hecho se ven precisados á sostener que el idioma que tuvieron Adán y Eva fué infuso, y dan motivo á un sin número de filósofos para que se opongan á la verdad de las Santas Escrituras.

Si naturalmente el primer idioma del hombre hubiera sido de ac-

cion, Adán y Eva no hubieran hablado otro lenguaje que este, irian los filósofos á nuestros católicos. Una infusion es un portento, una cosa ejecutada contra el órden natural, un conocido milagro. No se puede verificar este sin un motivo extraordinario. Reconózcanse cuantos portentos y maravillas se refieren en las Divinas Escrituras y no se hallará un solo milagro á que no haya dado lugar un motivo de gran momento. ¿Qué motivo hubo para que el Señor obrase con Adán y Eva el maravilloso portento de la infusion del idioma? ¿Qué necesidad ocurrió para que estos dos primeros padres hablasen por infusion, habiéndoles sacado Dios de sus manos sin disposiciones para la locucion? ¿Qué pueblo, qué tribu, que cabeza de partido, qué incrédulo habia que reducir al conocimiento de su Dios, para que este hiciese ostentacion de su poder, de su grandeza, obrando maravillas con el idioma de Adán y de Eva? Eran solos estos dos hombres en el mundo: no habia en ellos incredulidad alguna acerca del poder y majestad de su Dios. ¿Pues por qué se trastornó en su idioma el órden natural, aquel órden establecido por el mismo Ser Supremo en la creacion de estos primeros hombres, que acababa de preceder? ¿Porqué no hicieron uso Adán y Eva del lenguaje de accion, de este lenguaje natural á su constitucion? Es visto pues, dirán, que los primeros hombres hablaron un lenguaje de accion, y no hay motivo alguno que pueda hacer creer al hombre la historia que nos refiere Moisés en el Génesis sobre este particular. Es imposible que Adán y Eva usasen naturalmente de otro idioma, y no hay razon, no hay motivo para el portento de la infusion, y esta es una prueba auténtica de la falsedad de la historia decantada del Génesis.

De esta suerte argüiria el incrédulo contra el católico, y se creeria seguro en su sistema. No es mi idea hacer indisolubles estas pruebas. Disuélvanlas en horabuena los católicos apasionados al lenguje de accion; pero ¿me negarán estos que su empeño filosófico es el fundamento en que se halla estrivado este razonamiento? ¿Me negarán que prestan armas á los enemigos de la religion para impugnarla con mayor vigor? ¿Para que los incrédulos se vean más seguros en su sistema? ¿Para que sea más difícil el poderlos conformar con los sentimientos de la Iglesia? Es pues extraño que unos católicos sostengan con tanto empeño que el idioma de los primeros hombres fué un idioma de accion. No pueden ser sufragados por las protestas ordinarias. Pero demos por un instante que de este empeño no resulte perjuicio alguno á la religion. ¿Cuáles son las utilidades que acarrea? ¿Merecen la pena del tiempo y del trabajo que es necesario expender en este género de sistemas literarios?

Si los primeros hombres Adán y Eva hablaron un lenguaje perfecto, un lenguaje de voces articuladas como nos lo dice la historia del mundo primitivo referida por Moisés en el Génesis, esta verdad es infalible para todos los católicos. Es imposible lo por mismo que

los primeros hombres hubiese hecho uso del lenguaje de accion. ¿A qué empeñarnos pues en justificar imposibles? ¿A qué esforzarnos en ostentar nuestro talento sobre un ente de razon, sobre un hecho quimérico? Formemos hipótesis, discurramos sobre ellas, pero sea solamente cuando de estas tareas literarias resulten algunas utilidades á favor de la sociedad. Los filósofos no ortodoxos hacen un servicio á su parecer á toda la humanidad en discurrir sobre el idioma que hubieron de usar los primeros hombres. Para ellos es un hecho, del cual no les informa la historia. Es deliciosa y placentera la cuestion; lisonjero el hallazgo de lo que se busca, y sus tareas quedan recompensadas; pero los católicos ¿qué más pueden saber sobre el idioma primitivo en sus tareas que lo que Moisés les dice en el Génesis? Convenzan en horabuena al entendimiento; crean como filósofos que el primer idioma que hubieron de usar los primeros hombres fué el de la accion. ¿Qué adelantan con eso? No pueden negar lo contrario; no pueden persuadir al hombre: no pueden creer ellos mismos otra cosa que la que en este particular nos enseña Moisés. Luego son infructuosas sus tareas, á más de ser perjudiciales á la religion y á sus mismos deseos de verla florecer.

Nos podrán decir que aunque por sus tareas no puedan formar una historia diferente del mundo primitivo de la que cuenta Moisés en el Génesis, sin embargo sus trabajos no dejan de acarrear á la literatura conocidas utilidades, que con estos ejercicios ocupan el tiempo en los placeres que son naturales á un filósofo discursivo, que se familiarizan con esta especie de literatura; que aguzan su entendimiento y adelantan extremadamente en el modo de raciocinar; que adquieren nuevas ideas, nuevos conocimientos, nuevos juegos de voces, nuevos modos de convencerse. Pero ¿esta respuesta puede ser de un verdadero filósofo? ¡Tomar un imposible por empeño, un ente de razon, una quimera, una cosa inverificable, falsificada por lo que la religion tiene de más infalible, de más inconcuso, de más sacrosanto y ejercitar su discurso en él! ¿Puede ser una resolucion despreocupada, un dictámen de la razon y de la filosofía? ¿No se presentan en la naturaleza asuntos más interesantes á la sociedad civil y religiosa, en que ejercitar el discurso? ¿Volveremos á las ridículas cuestiones de si *Blictiri* es término; de si nuestra suerte temporal hubiera sido tal ó tal si Adán no hubiera pecado; si en este caso se hubiera encarnado el hijo de Dios, y otras cuestiones de esta naturaleza, que despues de fatigar nuestro entendimiento, nos dejan tan ignorantes como estábamos anteriormente? Discurramos sobre materias y asuntos que no están decididos en las Divinas Escrituras. Humillemos nuestro entendimiento á la infalible revelacion. No adoptemos tareas literarias en el catolicismo, ó que no sean justificativas en sus resultados de la religion, ó útiles á la sociedad civil. Sea nuestra primera mira

hacer ver al incrédulo la verdad de nuestras Santas Escrituras por la razon y por la filosofía.

El estudio de los idiomas no deja de tener puntos curiosísimos que pueden ejercitar el discurso de los filósofos católicos, no solo sin oponerse á la historia del mundo primitivo referida por Moisés, sino con muchas ventajas á favor de esta misma historia. Podria falsificar, quiero decir juzgar en su interior como falso el incrédulo que Adán y Eva hablaron desde el mismo instante en que fueron criados, un lenguaje de voces articuladas, si justificásemos con razones sólidas y fundadas en sana filosofía que el idioma fué natural al hombre? He aquí, pues, una ocupacion curiosa, útil y provechosa al mismo tiempo al hombre civil y al hombre religioso. Las Sagradas Escrituras nada nos dicen sobre este particular y podemos discurrir en él sin oponernos á ellas. Si justificamos que el idioma es natural al hombre, ya no tenemos el embarazo de la infusion para hacer ver al incrédulo la verdad de la historia del Génesis. Sino llegamos á justificarlo, no nos ponemos en peor estado, no perdemos nada: Esforcémonos, pues, en justificar que el idioma fué natural al hombre. No se oiga en la boca de los católicos el lenguaje de accion. Es opuesto á las historias sagradas; es opuesto á la razon y á la filosofía. Convenzamos de un golpe al católico amante del lenguaje de accion y al filósofo preocupado que le dió motivo.

Supongámonos colocados en el mundo primitivo. Demos con el primer hombre y con la primera mujer; pues no fueron más, como justificaremos en la cuarta proposicion de este discurso. Hallaremos á estos hombres; pero no podremos dar con sus padres. Quedaremos cerciorados de que no los tuvieron. Veremos igualmente que no fueron eternos estos hombres, y daremos precisamente con su creacion. Hagamos igual diligencia con el leon, toro, caballo y demás vivientes y la filosofía nos hará ver que tampoco tuvieron padres estos vivientes y que no siendo eternos, recibieron su ser lo mismo que los hombres por medio de la creacion, sin que podamos dudar que presidió á ella un poderoso Hacedor. Reconozcamos con escrupulosidad esta creacion y los designios que tuvo en ella con estos vivientes este poderoso Hacedor.

No podemos averiguar todos los designios que tuvo el Ser Supremo en la creacion de los vivientes, si los efectos que en ellos observamos no nos llevan á esto. Contemplemos, pues, á estos vivientes despues de su creacion. Veremos unidos á los hombres con los hombres, á los leones con los leones, á los toros con los toros, etc. Veremos que uniéndose el hombre con la mujer, produce á otro hombre; que es leon el que nace del Ayuntamiento que tuvo el leon con la leona y que fué toro el que resultó del acto que el toro tuvo con la vaca. Inferiremos de aquí con el socorro de la filosofía que uno de los destinos que tuvo el autor de la naturaleza en la creacion de los vivientes, fué el que

estos viviesen en sociedad y union segun sus diferentes especies, y se multiplicasen sobre la tierra. Dejemos la multiplicabilidad de estos séres, que no es para nuestro intento y discurramos sobre la sociedad que lo es muy adecuada.

Todos los vivientes se entienden en sus respectivas sociedades. Tienen para ello ciertos signos que recibieron en su misma creacion. Estos signos son de dos maneras: unos consisten en el sonido diferente de la voz: otros en el movimiento de los miembros corporales. Los sonidos ó aquel modo de comunicarse por ellos, se llama lenguaje de voz, y el de comunicarse por los movimientos ó gestos corporales, es conocido entre los literatos con el nombre de lenguaje de accion. El lenguaje de voz en el leon se llama *rugido*: *bramido* en el toro: en el caballo *relincho*: *ladrido* en el perro, y en el hombre *habla*. El lenguaje de accion no tiene nombres particulares para cada especie de vivientes, como tiene el de la voz. Quieren algunos que el lenguaje de accion precedió en el hombre al de la voz, y esta opinion es la que queremos rebatir. Volvamos á la creacion, y contemplémosla ya respecto de la accion en todos los vivientes primero en general y despues particularmente.

Destinados todos los vivientes para vivir en sociedad con sus iguales y determinadas por el Supremo Hacedor la voz y la accion por signos que habian de tener para entenderse mútuamente, era necesario que en la creacion les dotase de una facultad que pusiese en accion así los sonidos como los movimientos corporales, para que pudiesen entenderse mútuamente en aquella época ó edad, en que determinó igualmente dicho Hacedor el que entrasen á esta sociedad. A esta facultad ó virtud ejecutoria llaman los filósofos instinto, naturaleza, virtud intrínseca, propension natural, etc. de modo que no tienen dificultad estos sábios en que el instinto sea quien pone en ejecucion en todos los vivientes los signos de comunicacion, así los que dependen de la voz, como los que vienen de las acciones corporales. Por el instinto mueve el perrito la cola, cuando quiere dar á entender su complacencia; por el instinto eleva su lomo el gato, y anuncia la presencia del enemigo; por el instinto escarba el toro la tierra con sus brazos y demuestra su cólera; y el mismo instinto es quién en la admiracion del hombre eleva sus brazos, ojos, hombros, etc. He aquí el modo con que maneja el instinto las acciones corporales de los vivientes, demostrando con ellas las ideas que movilizan á estos entes. ¿Dónde han aprendido el perro, el gato, el toro y el hombre este modo de comunicar sus ideas? ¿Le han adquirido? Nó. Son naturales en ellos estas acciones; son efectos necesarios de aquella facultad, de aquella virtud oculta, de aquella naturaleza, de aquel instinto que recibieron todos en su misma creacion. Pasemos á los signos de la voz, y veamos si estos son igualmente naturales á los vivientes.

Brama una vaca, y solo la cria viene á ella. ¿Quién enseñó al becerrito que esta voz se dirigia á él y su madre le mandaba en ella que se acercase? Nadie sino la naturaleza. Brama por segunda vez la vaca, y todas sus compañeras, que no hicieron aprecio del primer bramido se ponen en movimiento y corren precipitadas á sus rediles. He aquí unas voces significativas naturalmente. He aquí una inflexion diferente de sonidos. Brama por tercera, y solo el toro viene á ella: brama aun todavía; únense toros y vacas, colocan á los débiles en el centro del corro que forman y se preparan para la defensa. ¿Quién dirije á esta voz comunicadora? ¿Quién ha instruido en su inteligencia, en sus inflexiones á los toros y á las vacas? Ninguno. Obra el instinto, obra la naturaleza, obra la virtud intrínseca, obra finalmente aquella facultad que recibieron los vivientes en su creacion: es natural, no es adquirida esta virtud; es natural, no es infusa.

Del mismo modo que se entienden los toros y las vacas por el bramido, se entienden los caballos por el relincho, los perros por el ladrido, por el mahullido los gatos y así de los demás vivientes en sus respectivos lenguajes, sin que podamos negar que esta inteligencia de voces es natural en todos ellos. ¿Podemos decir despues de esto que no es natural en el hombre el entenderse por medio del habla? No es este el capítulo que destino para justificar contra la mayor parte de los filósofos que el lenguaje es natural al hombre así como le es al leon y al elefante: hablaremos sobre este particular en la proposicion cuarta de este discurso. Por ahora es suficiente que el hombre, así como los demás vivientes, hubiese recibido en su misma creacion una facultad, una virtud intrínseca, un instinto ó una naturaleza apta para comunicar y trasmitir sus ideas por medio de la accion y de la voz. Solo resta el que contemplando estos dos medios de comunicacion, nos informemos cual de ellos es el más principal y si el instinto hace uso de la voz ó de la accion con antelacion.

Una continuada experiencia nos está enseñando que son dos compañeras inseparables en el hombre la voz y la accion. Ninguno habla sin que se perciban en él ciertas acciones corporales análogas á las ideas que se comunican. El mudo y el que no lo es, juegan igualmente de estos dos resortes de comunicacion. En el mudo es más viva la accion que el habla. En el que no lo es, juega principalmente el habla, y entra como secundaria la accion, pero en uno y en otro es constante el concurso de la voz. El mudo halla embarazos en la voz, y aviva la accion. El que no lo es se explica á satisfaccion por el habla y modera la accion. Los mudos juegan principalmente de la accion en sus comunicaciones; pero ninguno de ellos deja de vocear al mismo tiempo que acciona. Los que no son mudos juegan principalmente de la voz; pero esta voz vá acompañada de la accion, si consultamos al mudo daremos primacía á la accion. Si al que no lo es, es constante la preferencia de la voz. Internémonos más en estos dos signos

de comunicacion. Todos los vivientes fuera del hombre y especialmente aquellos cuya respiracion es más sonante, nos quieren persuadir que la voz es el principal medio para la comunicacion. El perro comunica sus cariños á la perra, primero por un ahullido dulce, suave é insinuante, y despues entra á las acciones jocosas. Las palomitas introducen sus caricias mútuas por los picos respectivos con un curruqueo ó arrullo delicioso, insinuante y armonioso. El toro usa de un bramido murmullante en sus afectos. El caballo se expresa con voz risueña en sus amores. Solo los gatos dan indicios de descontento y desavenencia á nuestro modo de entender en aquellas desabridas y descompasadas voces que usan en sus celos. Sin embargo, vocean y esto basta á nuestro intento.

Ahora pues, si estos animales anticipan el lenguaje de la voz en sus caricias, esto es, cuando su naturaleza, su instinto, ó su oculta virtud estimula su union, ¿cómo podremos persuadirnos que esta naturaleza, que este instinto, que esta virtud intrinseca no juegue con principalidad de la voz en las demás comunicaciones? Sin embargo, no quiero valerme de la induccion; no quiero jugar de las obvias consecuencias que se presentan en estos hechos para justificar que lo mismo sucede en el hombre, y que en este así como en aquellos quiso la naturaleza dar preferencia al lenguaje de voz sobre el de la accion. Consultaré al mismo hombre independiente de los demás vivientes, y procuraré averiguar en él si la voz ó la accion es el signo más principal de la comunicacion en nosotros.

Es constante, en primer lugar, que esta facultad que tenemos de hablar y accionar, recibió nuestra naturaleza en la misma creacion de los primeros hombres. De lo contrario seria necesario que la hubiese recibido despues de esta creacion y esto repugna. Hubiera sido indispensable en este caso que el hombre, ya criado, recibiese una modificacion orgánica diferente de la que habia recibido con su ser. Este hecho hacía indispensable una nueva creacion de músculos, ya para jugar de la voz, ya para juzgar de la accion. ¿Podrá persuadirse el filósofo de esta segunda creacion? El Supremo Hacedor era igualmente poderoso en la primera y en la segunda creacion: no hallamos motivo para que suspendiese en la primera los efectos de su potencia; ántes por el contrario, su inmensa sabiduría nos obliga á creer que nada se le olvidó en ella de cuanto era necesario á la perfecta formacion del hombre; destinado éste á comunicar sus ideas, era indispensable que recibiese los medios necesarios para esta comunicacion. Siendo estos la voz y la accion, hubo de recibir una virtud ó facultad que pusiese en movimiento los juegos musculares que eran precisos para vocear y para accionar. En lo demás, la misma mano bienhechora que le regalaba generosamente, hubiera sido la que fraguase el embarazo de su goce, lo que repugna. Es visto, pues, que el hombre recibió en su misma creacion la facultad de vocear y de jugar de la

accion. Consultemos esta facultad y ella nos informará si la voz ó la accion es el instrumento más principal de nuestra comunicacion.

A esta facultad que tenemos de jugar de las voces y de las acciones, llaman los filósofos unas veces instinto, otras naturaleza, otras propension, otras virtud intrínseca y tambien virtud oculta; pero sea lo que fuese, lo que sé es que el hombre es una maravilla en sus operaciones. Me asombran cada dia más los resortes que se mueven en él para llegar al uso de la voz y de la accion. Los sentidos trasmiten ideas al alma, esta las pasa al entendimiento, el entendimiento juzga de su utilidad en la comunicacion social; pasa á la voluntad la noticia de esta utilidad y esta manda al instinto la comunicacion. Veamos como obra esta potencia ó facultad en cumplimiento de su encargo. Pero ántes fijemos un hecho y tomemos por sujeto á un hombre que sea mudo, pero adulto. Supongamos que éste vé en las manos de otro una porcion de rosas. Los ojos comunican la idea al alma, ésta la pasa á su entendimiento, juzga éste que es útil la posesion de algunas de dichas rosas; este juicio excita el deseo en la voluntad y esta manda al instinto ó virtud intrínseca del mudo que juegue de los resortes necesarios para satisfacer sus deseos. Es necesario comunicar estos deseos al que tiene las rosas é interponer súplica para el logro de ellas. Esto se ha de verificar ó por medio de la accion ó por medio de la voz, ó por medio de la voz y accion simultáneas. ¿A donde recurrirá primero el instinto? ¿Irá al órgano de la voz ó á la accion? Es mudo el hombre, parece que debe recurrir primero al órgano de la voz. Es delicadísima la operacion. No, nos confundamos.

Antes que entremos á observar á nuestro mudo en sus operaciones, pintemos al instinto y hagamos ver su perspicacia y sagacidad. El instinto es perspicaz, todo lo vé, todo lo observa, todo lo reconoce. Un instante sobra para que observe todos los sentidos y las impresiones de estos en el alma. Los juicios del entendimiento, los deseos de la voluntad son comprendidos por él con la mayor sagacidad. Es despejado sobre manera, sábio en extremo, todo lo tiene presente, todo lo sabe. Conoce los más mínimos músculos que componen nuestro cuerpo. Se halla informado del modo con que han de ser movidos. Sabe el ministerio particular de cada uno de estos músculos. Tiene un conocido imperio sobre todos ellos. Todos le respetan, todos le obedecen, todos se ponen en movimiento y contrayéndonos á nuestro caso, él es el único que sabe si la accion ó la voz es el principal instrumento de la comunicacion. Sigámosle, y observando sus pasos veremos si juega primero de la voz ó de la accion.

Yo le veo entrar en el órgano de la voz de nuestro mudo; pero le hallo chasqueado. Vocea el mudo, pero el instinto conoce que su vocear no es suficiente para hacer entender los deseos de la voluntad al que tiene las rosas y se vale de la accion. Si la cosa pasa como yo lo

he creido, ya la accion no es si no una coajutriz de la voz, es una criada de ella, una suplefaltas, y la señora, la principal operante será en nuestra comunicacion la voz, el punto es demasiadamente sutil. Estendámonos en la demostracion de nuestro sistema.

Este mudo jugará de la accion en nuestro caso con más viveza, con más repeticion, con más energía, con más mocion que la que usaria uno que no fuese mudo y en quien el instinto pudiese lograr por el uso del habla sus deseos. ¿En qué consiste esta diferencia? ¿Cuál es la causa que moviliza más la accion del mudo que la de aquél que no lo es? No sé yo que los filósofos puedan hallar otra que el chasco que llevó el instinto en el órgano de la voz del mudo, á donde recurrió primero. Obsérvese el sábio á sí mismo y se verá convencido de esta verdad. Supóngasele sin podérmelo dar á entender con un instrumento ó una máquina que ha inventado. Él se expresará con cuantos términos facultativos crea necesarios para formar en mi entendimiento una justa idea de la estructura de esta máquina, pero sea por mi preocupacion ó porque las voces de que se valió, no eran muy adecuadas, lo cierto es que yo no le entiendo ni puedo formar idea de su máquina. ¿Qué acciones no movilizará para que yo llegue á concebir esta idea? Figurará la dimension de esta máquina; sus resortes, su móvil, su ministerio. Dará una idea accionaria de las piezas más menudas que la componen, de su figura, del largo, del ancho, del grueso de cada una de estas piezas con los dedos, con los brazos, con su altura, con sus pasos. ¿Y qué se yo las multiplicadas y diferentes acciones de que se valdrá éste sábio para hacerme entender su máquina? Sé que accionará, sé que la accion será vivísima, sé que no se hubiera verificado este cúmulo de acciones extremadas si yo le hubiera entendido por medio de la voz. Luego la accion es un suplefaltas de la voz, es una criada, es una coadjutriz ó auxiliadora y por consiguiente si el mudo es más vivo, es más expresivo en sus acciones, es por que su instinto se vé burlado en el órgano de la voz, á donde recurre primero.

Estos ejemplos parecen suficientes para deducir de ellos que el primer lenguaje del hombre no fué el de la accion sino el de la voz; sin embargo, como la opinion del lenguaje de la accion se ha hecho casi universal entre los literatos, corroboraremos nuestros ejemplos con la razon y la filosofía y volvamos aun otra vez á la creacion de los primeros hombres.

Ya hemos dicho y volvemos á decir que el hombre fué destinado en su misma creacion para vivir en sociedad. Hemos dicho igualmente que el Supremo Hacedor destinó así en el hombre como en los demás vivientes, diferentes signos para el uso de esta sociedad, es á saber: la voz y la accion. Hemos dicho tambien que la resolucion de la cuestion, que nos ocupa, depende en saber si la accion ó la voz son el principal instrumento para la comunicacion social de nuestros

pensamientos. Si la accion es el instrumento principal, á ella recurrirá primero el instinto y el lenguaje de accion será en este caso el primero que usó el hombre y la voz ha de ser una coadjutriz de la accion. Si al contrario, la voz está destinada principalmente para instrumento de la comunicacion, nuestro instinto recurrirá primero á ella y entonces el primer lenguaje del hombre seria el de la voz. Preguntémoslo á la razon y ella nos sacará de esta dificultad.

Dicta la razon y la sana filosofía que cuando dos cosas son destinadas para funcionarias de una accion, se ha de contemplar la disposicion que las condecora para ejercer el ministerio de su cargo. Si una y otra se hallan revestidas de los necesarios caractéres para dar cumplimiento á su destino, son reputadas ambas igualmente principales; pero si una de ellas puede dar satisfaccion completamente á su encargo y no la otra, aquella seria tenida por más noble ejecutora y esta únicamente podia llamarse una compañera coadjutriz, una auxiliadora, una que sustituia á aquella en sus indisposiciones. Así lo determinó la naturaleza para que no carezca la operacion de sujeto, que pueda activarla de alguna manera. Contraigámonos á nuestro caso.

Es verdad que la accion y la voz han sido destinadas en el hombre para formar signos de comunicacion; pero tambien lo es que la accion no puede producir signos en aquel número multiplicado que exigen las ideas comunicables, pero bien puede producirlos la voz. Esta verdad es tan natural y obvia que se deja palpar por cualquiera que con alguna detencion quiera contemplar á la misma accion y cotejarla con la voz. ¿Cómo es posible que formemos por medio de la accion todos los diferentes signos que son necesarios para representarnos esta inmensidad de signados que halla el hombre en la contemplacion de la naturaleza? Sin embargo, la voz puede multiplicarse, como diremos en el segundo discurso, de un modo que el hombre por más descubrimientos que haga, no sea capaz de consumir su número en la formacion de signos. Puede presentar la voz cuatro mil ciento veintiseis millones de palabras diferentes para formar con ellas otros tantos signos y esto sin contar con voces que tengan más de tres sílabas; como demostrativamente se hará ver en la segunda parte hablando de la formacion de las voces primitivas. ¿Puede hacer esto la accion? Contraigámonos aun algo más.

Contemplemos á la voz que los gramáticos llaman verbo y supongamos que este sea la palabra *amar*. El órgano de la voz puede inflexionarla de setenta y un mil novecientas cuatro diferentes maneras como igualmente se demostrará en la misma segunda parte, tratando de la conjugacion de los verbos primitivos. ¿Puede el gesto, puede la accion hacernos percibir esta inmensa variedad de inflexiones del verbo *amar*? Añadamos todavia un ejemplo. Admírase un hombre de sí mismo. Contempla la misteriosa armonía de su cuerpo y de su

espíritu. Vé que una multitud innumerable de ideas pasan por medio de sus sentidos al alma. Siente jugar sobre ellas al entendimiento; oye la determinacion de esta potencia; repara que entra la voluntad á rechazar las unas y á aprobar las otras, que quiere comunicar algunas en la social corespondencia de pensamientos. Percibe que para este efecto comunica la voluntad al instinto sus deseos y observa atentamente á este ejecutor de las órdenes del querer. Considera su sagacidad, su prontitud. sus multiplicados juegos. Vé, finalmente, á este sábio organista mover el teclado de la organizacion corporal con un primor indecible. Se asombra, se aturde, se admira y como fuera de sí quiere comunicar su admiracion y las causas que la produjeron. ¿Podrá poner en ejecucion sus deseos por medio del gesto y de la accion? Podrá hacerme percibir que se halla admirado y que esta admiracion es grande, pero nada más. ¿Sucederia lo mismo si hiciese uso del habla? Nó. Hasta las más mínimas cosas me daria á entender por la voz. No molestemos al lector con las abstracciones mentales, los entes ausentes, las acciones pasadas, los hechos futuros que nos harian ver igualmente la poca estension de la accion y valgámonos solamente de los ejemplos propuestos arriba.

¿Puede negarnos el filósofo, despues de estas auténticas verdades que la facultad del habla, con que fué hermoseado el hombre en su creacion, sea superior á la facultad del gesto ó de la accion? ¿Podrá negarnos que el genio y la accion no son capaces de llenar la inmensa extension de la comunicacion social? No. Pues habrán de confesar que la voz es el principal instrumento de la comunicacion social: habrán de confesa que el gesto y la accion son unos instrumentos secundarios, coadjutores sujetos al órgano de la voz, criados suyos, y que no pueden jugar sino en union de su señora la voz aun en los mismos mudos. Contraigámonos á nuestra cuestion y concluyamos.

¿A donde concurriría el instinto del hombre que era mandado por la voluntad en la comunicacion de las primeras ideas? ¿Iria á la accion, ó iria al órgano de la voz? Este instinto era sábio; era la misma naturaleza del primer hombre: era aquella virtud intrinseca: aquella propension que todo la sabe: que conoce hasta los mas mínimos resortes de los músculos corporales, y le obedecen. Conocia este instinto que el principal órgano para la comunicacion de ideas era el de la voz, y que el gesto y la accion eran unos operantes secundarios. ¿Como podemos, pues, dudar que este ejecutor de las órdenes de la voluntad recurrió al órgano de la voz por la primera vez que el hombre quiso comunicar sus ideas? Luego la experiencia, la razon y la filosofia persuaden que el primer lenguage del hombre no fué el de la accion sino el de voces articuladas.

Sin embargo de la solidez con que al parecer queda justificado nuestro sistema, podrán los amantes del lenguage de accion hallar recursos para sostener su modo de pensar. Confesarán quizá que la

voz es el principal instrumento destinado por naturaleza para la comunicacion social de nuestros pensamientos: que el instinto es sagaz; que todo lo sabe, todo lo entiende, todo lo tiene presente, y que primero recurrirá á jugar de este instrumento, que á uso de la accion; pero que de ninguna de las maneras puede inferirse de aqui el lenguage de accion no hubiese sido el primero de que se valió que el hombre. Primero recurre el instinto, nos dirán, á la voz en el mudo; pero la accion es el principal instrumento de su comunicacion. Primero recurre el instinto á la voz en el niño; pero con la accion comunica sus primeras ideas. Es visto, pues, que no puede deducirse legítimamente que el primer lenguage que habló el hombre fué el de la voz, por ser esta el principal instrumento de la locucion en nosotros.

No puedo persuadirme á que los amantes del lenguaje de accion que quieran filosofar con alguna reflexion, recurran á unos fundamentos tan débiles. El mudo y nuestros recien nacidos no pueden ser comparados con los primeros hombres. El mudo ó no habla por defecto del órgano de la voz, ó porque siendo sordo y no oyendo su voz ni de otro alguno, no conoce que sea este un medio de comunicacion de ideas. El primer hombre no se hallaba en este estado. Recibió en su creacion un órgano de voz sin defecto alguno en su constitucion muscular y como no era sordo, habia de oir su voz y la de los demás vivientes. Habia de conocer que lo mismo sucederia con sus iguales y que siendo sonora esta voz, podia despertar la atencion de su compañero, primer paso en toda comunicacion. Estas consideraciones le harian conocer la utilidad del uso de la voz y la voluntad excitaria al instinto para que jugase de ella, de modo que no puede presentarse un argumento más débil que el que se funda en lo que sucede con el mudo, para inferir lo que hubo de suceder con los primeros hombres.

No es ménos débil el segundo argumento. Nuestros recien nacidos por cualquiera parte que los queramos mirar, se hallan por una particular disposicion de la naturaleza en un estado aun peor que aquel en que se halla el mudo. Toda la organizacion de sus cuerpos se halla como aprisionada, sin que pueda funcionar en los ejercicios de su destino. Su oido, su vista, su olfato, su gusto, su tacto, no se hallan en disposicion de trasmitir ideas al alma y esta carece absolutamente del uso de sus potencias. Tal es un niño recien nacido. Desenvuélvese poco á poco esta inocente criatura y como si desperezase empieza á jugar de su organizacion. Usa de la accion por primera vez, nó para comunicar ideas á sus iguales, pues no conoce aun su utilidad, sino en virtud de los esfuerzos de la naturaleza que quiere romper los vínculos con que ella misma se vé oprimida. Sin embargo, esta criatura no bien nació, dió señales de la locucion, como largamente diremos en la cuarta proposicion de este discurso. ¿Puede compararse el es-

tado de nuestros recien nacidos con aquel en que debemos contemplar á los primeros hombres?

El hombre desde el mismo instante en que recibió su sér, era adulto, era sociable; la organizacion de su cuerpo era perfectísima; los ojos, el oido, el olfato, el tacto, el gusto, jugaban de sus funciones con el mayor primor, y trasmitian multiplicadas ideas al alma y esta hacia un uso completo de sus potencias. Él mismo se proporcionaba su comida; él mismo se movia por donde queria, en una palabra, el primer hombre se hallaba inmediatamente despues de su creacion en la disposicion que hoy se hallan los hombres más robustos, más perfectos. ¿Pues qué proporcion hay entre nuestros recien nacidos y el primer hombre para la induccion que rebatimos? Véase la cuarta proposicion de este discurso y en ella la satisfaccion primera.

No es tan débil como estos dos argumentos un tercero que puede proponerse contra nuestro sistema. Si la accion, podrán decirnos los amantes del lenguaje de gestos, es un suplefaltas, una criada, un sustituto del habla ó de la voz, es suficiente esta sola cualidad para hacer evidente que el primer lenguaje que hablaron los hombres, no fué el de la voz. Con la accion puede despertar el hombre la atencion de su compañero, con la accion puede determinar los objetos á lo ménos presentes que hubieron de ser los que se comunicaron primero, Con la accion puede significar á su socio lo alto, lo bajo, lo lejano, lo cercano; con la accion puede hacer que se acerque, que se aleje, que se postre, que se levante, que se siente: con la accion puede indicar la union, la separacion, el amor, el desprecio, la pena, la tristeza, la alegria, la cólera, la compasion, la admiracion. ¿Pero qué multitud de ideas no puede comunicar la accion? Al contrario, no hallamos en la voz respecto del primer hombre esta bella proporcion de la accion. Las voces no pueden por sí determinar los objetos presentes: ha de concurrir la accion á indicarlas; no puede significar lo alto, lo bajo, etc. Luego el habla ó la voz se halló en el primer hombre imposibilitada para comunicar ideas y la accion como sustituta suya hubo de llenar este vacio; luego el primer lenguaje del hombre fué el de la accion.

Robustísimo se presenta á primera vista este argumento. Parece indisoluble. Puede decirse que una experiencia continuada cierra la puerta á toda satisfaccion. Es fuerte, no hay duda Exige toda la la atencion de un filósofo para no ser arrastrado por él al partido del lenguaje de la accion. Sin embargo, es falso, es débil, es defectuoso en sus principios; se halla erigido sobre cimientos quebradizos. Procuremos demostrarlo.

Todo el edificio pomposo de este argumento estriva en un falso cimiento. Se ha creido casi generalmente que las voces no pueden tener por naturaleza significacion alguna: que esta la han recibido por la convencion, y han llegado á este estado por los auxilios de la

accion, que determinó los signados de las voces proferidas toscamente por el hombre. Por lo mismo han llamado á estas voces los filósofos materia tosca del habla. Si justificamos que no solo las voces, sino tambien las sílabas y aun las letras, tienen una natural significacion, caerá necesariamente este soberbio edificio: se arruinará el sistema del lenguage de accion, y todo filósofo quedará convencido de que el lenguage de la voz fue el primero que usó el hombre. El empeño es árduo; pero no es imposible.

Como es indispensable el que hablemos en la segunda parte de esta obra de la formacion significativa de las voces primitivas, privaríamos á esta bella parte del mecanismo de los idiomas de sus mas respetables derechos, á no reservar para entónces la demostracion de haber vinculado naturaleza en todas y cada una de las letras un particular significado que arreglase el que habian de tener las sílabas y las voces. Suplicamos á nuestros lectores tengan la bondad de pasar su atencion á este delicado é importante trozo de nuestros discursos. Sin embargo no dejaremos de darles aquí una satisfaccion nada vulgar á las particularidades que comprende este tercer argumento.

Las acciones en primer lugar pueden despertar la atencion de nuestros consocios; pero es preciso para esto que la vista trasmita al alma la idea de la accion, ó que esta imite la voz por medio de la explosion, para que el oido sea el canal comunicador de la atencion que se solicita. ¿No puede ejecutar la voz esta operacion con mayor energía y utilidad? No hay duda. Si queremos despertar la atencion de nuestros consocios, es preciso que se hallen distraidos. En la distracion ningun sentido se halla ménos expedito que la vista. El divertido ojo en la contemplacion de la hermosura de los objetos, fija sus radios en ellos, y nada vé sino dichos objetos. Será en vano accionar. Será preciso por lo mismo que la accion recurra al tacto, y esta operacion no es adoptable en toda ocasion. Pasemos á la voz. El sentido destinado para la comunicacion de las ideas significadas en el sonido es el oido. Este se halla siempre expedito: puede estar ocupado en la armonía de la mas delicada música; pero sus radios de comunicacion se hallarán dispuestos á recibir la sensacion de cualquier otro ruido. Es visto, pues, que la voz es mas propia que la accion para despertar la atencion de nuestros consocios. No queremos alargarnos mas: son suficientes á los literatos estas cortas reflexiones. Pasemos á otra cosa.

Los objetos, especialmente presentes, pueden determinarse por la accion. Es verdad; pero tampoco deja de serlo que precede la voz á esta accion. Los mismos mudos vocean un instante antes, aunque casi imperceptible de indicar con la accion los objetos presentes; ¿pero podrá determinar la accion los preteritos y futuros? No. Sin

embargo, puede determinarlos la voz. Las interjecciones del adulto, las inocentes articulaciones del hombre niño, ¿nó son naturales en concepto de todos los filósofos? Léase, vuelvo á decir, la formacion significativa de las voces primitivas y se verá la actitud de las voces para trasmitir naturalmente sus signados.

¿Por qué no puede indicar la voz asi como la accion por su misma naturaleza lo alto, lo bajo, lo cercano y lo lejano? ¿Por qué no puede indicar la pena, la admiracion, etc.? Las acciones representan estos signados por su direccion y por su configuracion, y esta direccion y configuracion no dejamos de hallarlas en la voz. Si el lenguaje de accion para indicar lo alto forma sus acciones dirigiéndolas hacia esta parte, lo mismo puede hacer la voz, formando su explosion en la parte superior del órgano de la voz. Si dirigiendo la mano hácia abajo se representan las cosas bajas, se hará lo mismo usando de letras que deben su orígen á la parte más baja del órgano de la voz. Si la accion configura la redondez para dar á entender este signado por medio de los miembros corporales, lo mismo puede hacer la voz por medio del aliento. Si la extension se comunica en el primer lenguaje, configurándola con las manos, se comunica en el segundo configurándola con el aliento. Asi como el ojo vé y trasmite al alma la direccion y configuracion de las acciones, oye el oido y comunica al alma la direccion y configuracion del aliento. Si la primera comunicacion es suficiente para trasmitir ideas de signados generales, lo es tambien la segunda. La voz trémula, indica miedo, como la accion fugitiva: la voz viva, agu la y agitada, nos dá á entender la alegría, lo mismo el cuerpo danzarin: la (*O*) señala nuestra admiracion, asi como el levantamiento de brazos, hombros, ojos: la sílaba *oy* nos informa de un súbito dolor, del mismo modo que un levantamiento repentino: la sílaba *ay* trasmite al alma por medio del oido el dolor continuado, como lo hace por el ojo el decaimiento del cuerpo. Se hallan oscurecidas estas ideas vocales por el no uso: la accion ejerce aun hoy sus funciones y permanecen en nosotros las nociones naturales de sus signados. Espliquémonos sobre estas dos particularidades.

Despues que el primitivo idioma recibió su plenitud; despues que las voces se formaron por el instinto con las reglas analógicas que recibimos por naturaleza; ya el oido no consultaba sino el sonido, para percibir la idea de signado que presentaba la voz. No tenia que recurrir ya á la direccion del aliento y á la figura que formaba para hacerse cargo de lo que se queria comunicar. La reminiscencia empezó á ser juez desde entonces. El oido quedó con el solo cuidado de la percepcion. Solo en la invencion de nuevas voces se acordaba el instinto de las reglas naturales para la formacion de sonidos. Este abandono de la natural significacion de letras, sílabas y voces, tuvo lugar desde los primeros dias de la creacion del hombre. Desde en-

tonces empezó la reminiscencia á ejercer sus funciones y recordarse con solo oir la voz de su signado. Cuanto más se enriquecia el idioma, tanto más se apocaba el recurso á la significacion natural de voces, y en breve llegó el hombre á no hacer uso alguno de este natural origen de ellas; llegó á dar con el vicio de formar los signos de las nuevas invenciones por solo capricho y humorada, y por este medio sacó de su hermosura natural y afeó al idioma sobremanera. Hagamos aun más perceptible esta verdad interesante á la literatura.

La primera vez que oyó el hombre al hombre la voz comunicadora, podia no tener nocion de ella. Esto mismo le pudo suceder la primera vez que vió la accion. Ni el oido quizá habia comunicado hasta entonces al alma el signado de la voz ni la vista el de la accion. La reminiscencia por lo mismo no podia informar al espíritu con solo oir la voz y ver la accion del signado que se queria dar á entender en dicha voz y accion. Era pues necesario que hubiese otro medio para que el hombre entendiese al hombre lo que queria decir en la voz y la misma accion que dirigia hacia él. Es visto, pues, que la misma voz y la misma accion, tendrian cierto carácter para que un hombre llegase á conocer lo que el otro hombre queria hacerle saber. De lo contrario nunca hubieran llegado á poderse entender. Caminemos paso á paso y observemos hasta las más mínimas cosas de esta primera comunicacion.

¿En qué situacion se hallaban estos primeros hombres? Estoy persuadido de que se hallarian como estáticos en la contemplacion de los innumerables objetos que les presentaba la naturaleza. Cada uno de ellos tendria clavada su vista en aquel ente que habia movido más su curiosidad. Uno y otro se admirarian. Ambos expresarian su admiracion del mismo modo; pero no comunicarian mútuamente este afecto todavia. Una voz casi involuntaria se formaria en su boca y esta seria análoga á la grandeza de su entusiasmo. Pondrian en movimiento la accion y esta igualmente seria análoga como la voz. ¿Qué voz formarian, qué accion pondrian en movimiento estos primeros hombres? El instinto que forma la voz y pone en movimiento las acciones corporales nos lo dirá. Preguntémosle, y para ello supongamos en contemplacion de un objeto maravilloso, y trasladando ideas sobre ideas á nuestra alma. ¿Qué sensacion no harán en ella estas ideas? La primera empieza á entusiasmarla; añade la segunda este entusiasmo; se entusiasma mucho más con la tercera y llegando idea tras idea, no cojo ya en el alma el gran edificio de admiracion que han fabricado. Se vé oprimida la complacencia con el peso del deleite; quiere aligerar este peso; manda la voluntad al instinto su ejecucion y este juega de la voz y de la accion y dá desahogo al espíritu. Gritará y accionará. Su grito se formará en lo más elevado del órgano de la voz y proferirá la *O* y las acciones seguirán los pasos de este órgano; todo miembro que se emplee en estas acciones, se ele-

vará á lo más alto que pueda como hizo la voz. Esta será la primera, aquellas serán posteriores. Contraigámonos á nuestro caso.

Estos dos estáticos, despues de haber admirado á su satisfaccion cada cual por sí mismo los diferentes objetos que presentaba naturaleza á su contemplacion, quieren comunicar mútuamente aquello que les ha causado más sensacion. Es preciso primero excitar la atencion. Veamos como lo hacen. La voluntad manda al instinto la ejecucion. ¿Qué medios tomará este para el desempeño? El que trata de comunicar su idea dejó el entusiasmo; los radios de su vista no miran ya al objeto admirado. Volvieron hacia su compañero, pero este aun no le repara; se halla estático todavía. ¿Recurrirá el instinto á la accion para excitar la atencion? No; es muy sagaz, muy sábio; conocerá la inutilidad de la accion y se valdrá de la voz; gritará, y con una *O* fuertemente pronunciada hará que el otro desfije los radios de sus ojos de los objetos admirados y los clave en aquel que grita. He aquí los dos primeros hombres prontos á comunicarse. No olvidemos que hasta aquí la voz ha sido aquel medio de comunicacion á que ha recurrido primero el instinto, ya para hacer exterior la admiracion, ya para excitar la atencion. Continuemos y observémos con cuidado estos primeros pasos de la comunicacion humana.

Supongamos que lo primero que quiso comunicar el hombre hubiese sido el número de objetos que habia admirado. En este caso la primera diligencia suya sería indicar estos objetos sin decir cosa alguna de ellos. Ya su compañero estaba atento y tenia fijada en él su vista, esperando las señales de lo que queria comunicarle. No era bastante esta atencion interminada para el intento. Habia de fijar su vista hácia aquel paraje donde se hallaba el objeto ú objetos que se querian comunicar. Este paraje se hallaria distante ó cercano de los primeros hombres, y la primera diligencia habia de ser indicar esta distancia ó cercanía. Veamos como se manejan en la operacion.

Sin embargo de la atencion con que en nuestro caso mira el un hombre al otro, es necesaria otra atencion ántes de señalar la distancia ó cercanía del paraje donde se halla el primer objeto comunicable. Lo primero que se haria por lo mismo seria excitar la atencion de aquel á quien se habia de comunicar el objeto ú objetos. Como no es otra cosa la atencion que un engallardamiento de cuerpo y alma, ó un levantamiento de toda la máquina corporal, ejecutado por el instinto dirigido del espíritu; como el hombre no puede prestar su atencion (para que mejor nos entendamos) sin ponerse en un estado de árrobamiento ó como uno que quiere subir con todo su esfuerzo á lo más alto y elevado, el instinto ha de hallar una voz que sea análoga á estos movimientos que se verifican en toda atencion. No dudará en recurrir al paladar como al paraje más elevado del órgano de la voz y usar de la *O*. He aquí el segundo paso de la comunica-

cion humana. Detengámonos un poco en su contemplacion y reconozcamos su analogía con la atencion.

No podemos dudar en primer lugar que la atencion no es otra cosa que una incorporacion, si así podemos decir, de cuerpo y espíritu, esto es, un levantamiento. Así lo siente generalmente el hombre y la accion que ejecuta cuando se le pide *atencion*, lo confirma. Al oir esta voz se enderezan, se engallardan, se estiran, se ponen en guisa de volar todos los individuos de un regimiento. No hay necesidad de que se instruya á la tropa para estos movimientos. Basta el que sepa que con la voz *atencion* se pide su cuidado. Todo lo demás lo ejecutará el instinto; de donde se infiere que es natural al hombre este movimiento, siempre que ha de tener atencion. Igualmente es natural á él el recurrir á lo más elevado del órgano de la voz y formar en él el sonido, cuando quiere indicar un signado cuya propiedad más visible y más principal es el ser alto, elevado, sublime, ó hacer acciones de elevacion, de alzamiento ó sublimidad. La *O* es una voz del paladar, parte la más superior y elevada del órgano de la voz y no puede dudarse de la analogía que esta voz tiene con la atencion.

El ser natural la analogía que la voz *O* tiene con la atencion, nos hace ver que nuestra naturaleza ó instinto está informado de ella, y que los primeros hombres, así el que hablaba como el que oia, se hallaban en disposicion de comunicar y entender respectivamente esta voz. No tenemos que justificar esta verdad respecto del que hablaba: su instinto recurrió á la analogía para formar la voz y la dedicó para signos de la atencion. Lo que puede preguntársenos es como entendió el que oia cual era su signado; pero ni aun en esto puede haber dificultad. Él prestó la atencion y por consiguiente conoció que esta era lo que de él se exigia. Contémplense las interjeciones *O*, *oia*, *ole* conque llamamos y se verá que con estas voces pedimos la atencion de nuestros consocios, y que estos la prestan; señal nada equívoca de que en estas espresiones hay un gérmen de la lengua natural y una prueba de que el primer lenguaje del hombre fué el de voces articuladas. Pasemos adelante.

Excitada por el primer hombre la atencion de su consocio, el segundo paso era el hacer que fijase su vista hácia aquel paraje donde se hallaba el objeto comunicable. Este podia estar lejos ó cerca, encima de ellos ó debajo, en línea orizontal ó perpendicular, etc., etc. La materia es delicadísima. Caminemos á paso lento. ¿Cómo comunicó ó pudo dar á entender este hombre á su consocio el paraje donde se hallaba el objeto comunicable? Esta funcion es del instinto y supongámonos que dicho objeto se hallaba distante. Buscaria una voz que fuese análoga con la distancia ó extension, y el sábio instinto no dejaria de hallar esta cualidad en la modulacion de la vocal *A*. He aquí la voz de que se valdria para dar á entender el paraje donde se hallaba el objeto comunicable á su consocio y este instruido igual-

mente por medio de su instinto de la analogía que tenia la modulacion de la *A* con la extension ó distancia, fijaria sus ojos por todos los parajes que eran distantes, esto es, por toda la estension á que podia llegar su vista. Hé aqui otra voz con signado fijo é inteligible. Pasemos aun más adelante y observemos con atencion á estos primeros hombres.

Tenemos ya al que oye reconociendo todas las distancias con su vista, pero no sabe cual de las distancias es aquella á que es llamada su atencion. Es preciso, por lo mismo, que se lo haga saber el que habla y el instinto halle otra voz análoga. Supongamos que este paraje está sobre ó encima de los primeros hombres. Recurrirá el instinto al paladar. Sabe que la *O* está ya destinada para excitar la atencion y quiere otra voz diferente y prefiere la *Go*. Es muy análoga la expresion y su analogía muy natural, y por lo mismo conocida al instinto de aquel que oia. Entiende este que la distancia de que se habla, es la que está sobre él y dejando todas las demás, fija los ojos en ella. Caminemos algo más.

Instruido ya por medio de las voces el uno de los hombres en la distancia que se hallaba el objeto comunicable; fijada ya esta distancia y reducida á la que estaba sobre si por la *Go*, hay que darle aun otras nociones para que llegue á conocer el objeto determinado, ó que quiere comunicarle el que habla. Supongamos que dicho objeto estuviese en línea perpendicular. Es necesario que el instinto busque una voz que tenga analogía con la línea ó raya; y la halla muy adecuada en la *Y* y añade al *Go* esta letra y forma con ella la voz *Goy*. Con esto hecho, fija el que oye su vista en línea perpendicular; pero repara en ella dos cosas, esto es, una nube y el sol. Los vió ya el que hablaba; y como queria comunicar la idea del sol, y se hallaba esto sobre la nube, añadió al *Goy* otra voz palatina diferente de la *O* y de la *Go*, esto es, *Jo* y resultó la palabra *Goyco*. Es muy natural esta analogía. Entiende el que oye que de los dos objetos que se presentaron en la línea perpendicular á sus ojos, el que estaba más alto era aquel que queria comunicársele, esto es, el Sol. Queda instruido para lo sucesivo del nombre del sol. Queda este nombre fijado en su reminiscencia y en la de aquel que hablaba, y no necesitaba ya otra cosa que el oir ó proferir la voz *Goyco* para entender y dar á entender el sol.

Tenemos un signo formado por el instinto; entendido por el instinto, retenido y sellado en la reminiscencia por medio de la voz articulada. Esto nos hace ver que lo mismo hubiera sucedido con la formacion de los demás signos vocales y su inteligencia. Es verdad que á la prelacion de estas voces concurriria la accion y contribuiria muchísimo á su inteligencia; pero como antes hemos dicho, esta concurrencia seria secundaria. El instinto hubiera recurrido á la voz como principal instrumento de la comunicacion; la voz arrastra

con ella á la accion y esta imitaria ó jugaria en lo exterior de unos movimientos análogos á los que se verificaban en el órgano de la voz; de modo que con mucha filosofía se llamó pantomima al modo de comunicar las ideas por acciones ó gestos, pues no son otra cosa que un remedo ó imitacion de los movimientos orales.

Observemos en efecto los movimientos orales cuando hablamos y cotejémoslos con los que ejecuta el gesto ó la accion y veremos comprobada esta verdad. Bien puede el hombre desnaturalizar la voz, quiero decir, bien puede adoptar letras y sílabas que no tengan analogía con los signados que representan las palabras; sin embargo, hallaremos que los movimientos orales y los de gesto ó accion son análogos. Repararemos la voz que profiere el que se admira y el movimiento que hace el órgano de la voz y resultará que este movimiento es dirigir sus músculos hacia arriba. Pasemos á observar la accion ó gesto, y hallaremos lo mismo. En la prolacion de una voz despreciativa, la boca despedirá el aliento con un movimiento que le obligue á salir por el uno ó por el otro extremo de los lábios, como ladeándole, y esto mismo hará la accion ó gesto en el movimiento de la mano. Cuando esplicamos nuestra cólera, golpeamos al aliento en la parte inferior del órgano de la voz, y la accion ó gesto hace lo mismo; patea el hombre, dá una puñada contra la primera cosa que encuentra en proporcion; deja caer con violencia las manos y ejecuta otras acciones de sacudimiento. Es visto, pues, que la accion ó gesto es un mono que imita los movimientos orales, y por lo mismo se llama muy bien pantomima á la comunicacion de ideas por gestos; es una coadjutriz, una criada, una sustituta de la voz. La señora, el principal instrumento, el primario ejecutor de la comunicacion es la voz. A ella recurre primero el instinto, y ella fué y hubo de ser el primer lenguaje del hombre.

Bien podíamos haber estendido más las pruebas de nuestra asercion: formar un periodo largo, un pensamiento estendido y hacer ver que sin atender á otra cosa que á la analogía de sus letras con el signado, se podia comunicar: podíamos igualmente estendernos en demostrar palpablemente el motivo que han tenido los filósofos para ser arrastrados á la opinion del lenguaje de accion y hacer evidente su error. Sin embargo, nos hemos contentado con solo apuntar estas demostraciones, por que á cada paso tendremos que producir en el trascurso de estos discursos fundamentos que consoliden nuestro sistema acerca de la primacia del lenguaje de la voz, lo que advertimos para gobierno de los lectores.

PROPOSICION TERCERA.

El lenguaje de los primeros hombres no fué infuso ni adquirido, sino natural.

En todos tiempos han sido mirados los idiomas en la literatura con admiracion y asombro. Esta maravillosa estructura que en ellos se registra, obligó á confesar á todo filósofo que el primer lenguaje fué una obra trabajada por la poderosa mano del Supremo Hacedor, ó un efecto de continuadas y laboriosas investigaciones hechas por largos siglos por una multitud de hombres sábios. La primera de estas opiniones es comun á los católicos y no deja de tener partidarios entre los gentiles. No han podido negar los ortodoxos á los primeros hombres el uso de un lenguaje perfecto, esto es, de voces articuladas. La historia del mundo primitivo referida por Moisés en el Génesis, expresamente hace ver esta verdad. En ella consta que Adan puso nombres á todos los animales; que él y su mujer Eva, oyeron y entendieron la voz del Señor que les hablaba: que confabularon el uno con la otra, y que este lenguaje fué perfectísimo lo hace demostrable la energía con que dibujó Adan el mútuo amor que debia unir entre sí al marido y á la mujer, no bien se le presentó Eva.

La certeza de esta historia Sagrada y la casi vulgar opinion de los filósofos de no haber podido ser natural al hombre este lenguaje, ha hecho que entre los católicos se haya creido infundido por Dios á Adan y á Eva, pero no pudiendo persuadirnos que el primer idioma del hombre hubiese sido infundido y mucho menos el que hubiese sido adquirido por nuestros primeros padres, nos vemos obligados á separarnos de una y otra opinion y sostener que la lengua primitiva fué natural al hombre y muy propia á su constitucion y destino. Para apoyar con solidez nuestro sistema, haremos ver en primer lugar que dicha lengua no fué infusa, en seguida que tampoco fué adquirida por el hombre y últimamente que no pudo menos de haberla sido natural á nuestros primeros progenitores. Las tres proposiciones son de suma importancia y exige esta que se ha-

ble de ellas con la mayor claridad y distincion. Procuraremos ejecutarlo así, y al efecto trataremos de cada una de estas proposiciones en capítulo separado.

El lenguaje primitivo no fué infuso.

Lo infuso es opuesto á lo natural y adquirido. La infusion por lo mismo ha de ser una accion portentosa, admirable y superior al órden natural. Ningun filósofo puede creer como infundida una cosa, siempre que en la naturaleza haya suficientes fuerzas para ser ejecutada. Primero es menester justificar la imposibilidad que se halla en el órden natural para la ejecucion; y solo así puede ser llamada una cosa infusa, portentosa y de un órden sobrenatural; de modo que todas las cosas se han de reputar como efectos naturales hasta que examinadas con madurez resulte en el órden natural una notoria impotencia de haberlas podido producir.

De estos innegables principios se deduce que los que afirman que el idioma primitivo fué infuso por Dios al hombre, no deben ser creidos en su asercion antes de habernos justificado que el habla ó lenguaje es superior á las fuerzas y facultades que concedió la naturaleza á nuestra constitucion. Ahora pues ¿ha habido algun filósofo que haya llegado á presentar en la literatura ésta justificacion? ¿Son suficientes para esto el modo con que nuestros recien nacidos adquieren el habla; los experimentos que se creen haberse hecho en los sordo-mudos: aquel sin número de ejemplos de niños criados en soledad y hallados en los bosques que se alegan como unos hechos constantes? ¿Podrán decirnos que el hombre ha multiplicado sin número su lenguaje; que no distingue ya en los idiomas las voces naturales de las arbitrarias; que no entiende las primeras ó inocentes articulaciones del hombre niño; que es vario el uso que hace de las interjecciones del adulto; pruebas todas ellas de que el lenguaje no fué natural al hombre y en seguida que hubo de serle infuso? Véase el tercer capítulo de esta proposicion, donde despues de haber justificado con los más sólidos fundamentos que este idioma primitivo fué natural, contestamos satisfactoriamente á todos estos reparos. En el mismo paraje se hace tambien palpable la debilidad de cuantos documentos quieren alegar los filósofos contra nuestro dictámen, delineándolos del mismo lenguaje y su maravillosa estructura.

Los partidarios de la lengua infusa no pueden justificar que los primeros hombres no eran capaces por naturaleza del uso del habla y hasta que esto ejecuten, tenemos derecho de contemplarlo como un efecto natural y que se halla bajo de la capacidad del hombre. Es su-

ficiente para esto el uso mismo que hoy hacemos del habla. Sin embargo, no nos valdremos de este derecho y procuraremos justificar con pruebas filosóficas que el lenguaje de los primeros hombres no fué infundido por Dios al hombre.

No puede dudarse por los filósofos que los primeros hombres salieron perfectamente organizados de manos del Supremo Hacedor y que recibieron en su misma creacion la facultad del habla: recibieron igualmente cierta organizacion destinada al uso de ella y esta hubo de ser perfectamente acabada, apta y dispuesta para los fines de su destino. ¿Qué más pudo infundirles Dios á estas criaturas despues de su creacion para que hablasen? No pudo ser el órgano de la voz. Recibiéronlo con su mismo sér. No pudo ser la aptitud ó madurez de este órgano. Eran ya adultos los primeros hombres en su creacion, y no se hallaban en los embarazos que nuestros recien nacidos tienen para hablar. No fueron mudos; eran comunicables entre sí. ¿Qué les infundió, pues, Dios, sinó les infundió esto? ¿Les infundió el sonido? No desde que recibieron su sér respiraban. Desde entónces podian jugar libremente de todos los movimientos orales que eran necesarios para formar sonidos con la respiracion. ¿Les infundió el poder de unir sonidos con sonidos para formar las voces? Tampoco. El hombre que puede formar sonidos, no tiene dificultad en nuestro caso para unir estos sonidos. Si pudo el órgano de la voz pronunciar el sonido *Pa*, pudo tambien repetirlo y formar la voz *Papa*. El que puede hacer sonar la sílaba *ma* y de allá á poco la *to*, no tendria dificultad en hacer sonar ambas sílabas unidas y decir *mato*. ¿Infundióle Dios el modo de unir voces con voces para formar conceptos? Es visto que nó. El que sabe unir sílabas con sílabas para formar las voces, unirá estas entre sí y hará que suenen unas despues de las otras.

Pero acabemos. ¿Infundió Dios á los primeros hombres las ideas de los signados de las voces? Ya hemos dado con el robusto fundamento de los católicos para asegurar que el lenguaje que hablaron Adán y Eva, fué infundido por Dios. Pase enhorabuena, dicen estos filósofos, que los primeros hombres hubiesen recibido en su misma creacion el órgano de la voz perfectamente acabado; que por él hiciesen sonar naturalmente las letras y las sílabas; que estas las uniesen entre sí y formasen voces, y que unas tras otras las pudiesen proferir; pero esto no era suficiente para que comunicasen mútuamente sus pensamientos. Era preciso que el que oia la voz y el que la proferia tuviesen ideas de los signados que representaban las palabras y estas ideas no las podian tener por la naturaleza. Fué, pues, necesaria la infusion de ellas y en este supuesto no puede negarse la necesidad de un portento para que el hombre pudiese hablar inmediatamente despues de su creacion.

Los amantes de la lengua infusa creen que este argumento es indisoluble No podemos negarle la sensacion que causa á primera

vista; pero tampoco podemos menos de asegurar que su solucion es demostrativa. Sé que esta pretendida indisolubilidad es un efecto de no haberse analizado por los filósofos cual corresponde la estupenda y maravillosa facultad de el habla concedida al hombre en su misma creacion. Para mi, esto es, para el fin que me he propuesto en estos discursos, era muy ventajoso el que el primer idioma hubiese sido infuso. En este caso habia de ser necesariamente perfectísimo, como obra inmediata del Omnipotente y quedaban mis aserciones enteramente consolidadas; pero como debo más á la sinceridad que al interés, me hallo persuadido por otra parte que el primitivo idioma hubo de ser natural y no puedo ir contra mi dictámen. Propondré en su lugar los fundamentos que me han fijado en este modo de pensar, y por ahora procuraré satisfacer con la mayor solidez la dificultad que se ha propuesto en el párrafo antecedente.

Es verdad que los primeros hombres al tiempo que comunicaron por primera vez sus pensamientos, habian de tener ideas de los signados que cada una de las voces del concepto representaba. De lo contrario, era imposible el que hubiesen podido ser entendidos. No podemos suponer en ellos adquiridas estas ideas y nos vemos obligados á confesar que su misma naturaleza, ó una necesaria infusion habia de ponerles en estado de entenderse. Si la naturaleza obraba este efecto, era indispensable que las letras, las sílabas, y las voces tuviesen una natural significacion: pero este hecho se ha presentado en todos tiempos al discurso del filósofo con todos los caracteres de imposible. Sin embargo, es una verdad que la haremos demostrable en el segundo discurso, hablando de la formacion significativa de las voces del primer idioma, á donde remitimos al lector, y con esto quedará disuelta la gran dificultad que se propone por los literatos contra el lenguaje natural.

Será tambien muy del caso, para que los lectores queden enterados en una materia tan espinosa y que dá y ha dado en todos tiempos tanta ocupacion en la contemplacion de los idiomas, se enteren á fondo de cuanto hemos dicho en la segunda proposicion de este discurso. Allá se harán cargo de las admirables disposiciones con que adornó el Ser Supremo al hombre para el uso del habla. Allá admirarán las ideas inatas que quiso fijar este sábio Hacedor en el mecanismo de nuestra organizacion corporal. Allá verán la natural significacion de nuestros gestos y acciones. Allá se harán cargo de la legítima representacion de conocidos signos colocada ó mejor depositada en un juego portentoso de innumerables gesticulaciones del órgano de la voz. Finalmente, nos prometemos que hallará el sábio cuanto le es necesario para persuadirse de nuestro dictámen, así en la formacion significativa de las voces del primitivo idioma, como en la segunda proposicion de este discurso en que afirmamos que el primer lenguaje de los hombres no fué el de la accion sino de voces articuladas, y con la remision

necesaria á estos dos lugares para el complemento de este capítulo, pasaremos á hacer ver que el idioma primitivo no fué adquírido por el hombre.

El lenguaje primitivo no fué adquirido por el hombre.

O los primeros hombres fueron mudos en su creacion, ó empezaron á hablar desde entónces. Si fueron mudos, ya no pudieron hablar mas, y todos sus descendientes hubiéramos sido mudos como ellos lo fueron. Si empezaron á hablar desde el mismo instante en que recibieron su ser, solo podian enriquecer el idioma; pero de ninguna de las maneras adquirirlo. Examinemos estos dos puntos interesantes.

Los primeros hombres fueron adultos, perfectos, sociables desde el primer instante de su creacion. La organizacion de sus cuerpos, las facultades de su espíritu eran cabales; nada les faltaba para el complemento esencial y constitucionario del cuerpo y el alma. ¿Pues que causa pudo haber para la mudez de esos hombres? Unanse todos los filósofos; discurran cuanto quieran, y preséntennos, si pueden, una sola razon para ello. ¿Nos podrán decir que el hombre aprende á hablar porque oye, y no habiendo podido los primeros hombres oir hablar, no lo pudieron aprender? En el capítulo siguiente, contestando á los reparos que se proponen contra la lengua natural en los experimentos que se dicen hechos en los sordo-mudos, haremos ver con solidez que el hablar no consiste en oir, y remitimos al lector á aquel parage: pero para que no carezca de respuesta en este el propuesto argumento, decimos que prueba demasiado. Si el hablar consiste en oir, el hombre hubiera sido mudo en todos tiempos, y la razon es concluyente.

Los primeros hombres no pudieron oir hablar, porque no habia en el mundo quien hablase. No oyendo hablar, no podian aprender á hablar, y no sabiendo hablar, habian de ser mudos. Estos primeros hombres mudos necesariamente no podian hablar, y sus hijos no podian oir hablar, y serian mudos como sus padres. Siendo mudos padres é hijos, no podian hablar ni los unos, ni los otros, y sus nietos no pudiendo oir hablar, serian igualmente mudos, y esto mismo sucederia á las sucesivas generaciones. De modo que el hombre hubiera sido mudo en todos tiempos. Hubieran sido mudos nuestros antepasados: hubiéramos sido mudos todos nosotros; y la misma suerte habian de esperar los venideros. ¿Podrá negar el filósofo estas ver-

dades? Es preciso, pues, que confiese que el hablar no consiste en oir hablar, y si quieren que creamos que los primeros hombres fueron mudos, no habrán de presentar documentos mas justificativos que este.

Podrán presentarnos en segundo lugar estos filósofos al hombre niño mudo en sus principios; jesticulante despues, articulando de allí á poco, y aprendiendo finalmente á hablar del mismo modo que oye hablar á sus semejantes los adultos, y querrán que infiramos de aquí lo que hubo de suceder con los primeros hombres: pero en este caso los remitiríamos á lo que diremos en la satisfaccion primera de esta proposicion, donde hacemos ver demostrativamente la falsedad de esta induccion.

Ya no tiene el filósofo otro recurso para sostener que el hombre fué mudo en su creacion que el afirmar que el idioma primero que habló, le fué infundido por Dios. Pero á mas de que tenemos dicho en el capítulo antecedente que no estamos obligados á creerles sobre su palábra, esta respuesta probaba demasiado, pues no solo destruia nuestra opinion del lenguage natural, sino tambien la suya, que sostiene el adquirido. Consolidemos cuanto hemos dicho en este capítulo, justificando que el primer idioma que habló el hombre, fué natural.

El lenguaje primitivo fué natural.

Remontando de generacion en generacion hasta el mundo primitivo, nos hallaremos con unos hombres que no tuvieron Padres como nosotros los hemos tenido. Reflexionando sobre el modo con que llegaron á existir, nos veremos obligados á resolver ó que fueron eternos en el mundo, ó que fueron criados en tiempo. No podemos dar asenso á la eternidad de los primeros hombres. Un ente eterno de esta naturaleza hubo de ser inmutable, inmortal y permanente. Los primeros hombres envejecieron, murieron, y no tenemos de ellos hoy otra noticia, sino que existieron algun tiempo como nosotros existimos en la actualidad, y nos veremos precisados á confesar que fueron criados en tiempo.

Entremos á contemplar despues de esto el modo con que fueron criados estos primeros hombres. No podremos negar que su creacion se verificó fuera de aquel órden natural en que han sido producidos todos sus descendientes. Confesaremos que un Supremo Hacedor presidió á esta maravillosa creacion, y que fué un portento, una mara-

villa, un conocido milagro. Pero ¿en qué estado contemplaremos á estos primeros padres de todas las futuras generaciones en aquel mismo instante en que recibieron su sér? Siendo una obra del Supremo Hacedor, no puede el filósofo suponerla imperfecta. Estos hombres serían adultos: serían sociables desde el mismo instante de su creacion: serían dotados de todas aquellas cualidades que eran precisas y necesarias á unos hombres adultos, á unos hombres sociables. Injuriaríamos al Autor de la Naturaleza, si creyéndolos adultos y sociables, no los creyésemos igualmente capaces de cuantas operaciones son verificables en la sociedad y en la adolescencia. ¿Cómo podremos negar á estos hombres la robustez de nervios, la perfeccion del talle, la hermosura de sus cuerpos, la aptitud para la procreacion? Y concediéndoles todas estas prerrogativas, ¿será posible que les neguemos el habla? Una sociedad de hombres sin idioma ha de ser necesariamente infeliz, incompleta y desabrida. El lenguaje de accion, por más ostentacion que de él se quiera hacer, no es capaz de trasmitir aquel cúmulo de ideas multiplicadas que son necesarias en la social correspondencia. Volveremos, pues, á injuriar al Sér Supremo con creer que concediendo á los primeros hombres en su creacion un estado perfecto de sociedad, les negó precisamente aquellos medios que eran necesarios para disfrutar de ella?

Estas reflexiones han hecho tanto eco en el espíritu de los literatos, que hasta los mismos gentiles se han visto obligados á confesar que el hombre habló desde el mismo instante en que recibió su sér, creyendo que su idioma fué una obra portentosa del Supremo Hacedor, aunque hayan afirmado que no les fué natural á los primeros hombres. Pero ya que estos filósofos conocen la indispensable necesidad del habla en el hombre sociable desde el mismo instante de su creacion, ¿qué motivos pueden tener para afirmar que éste no fuese natural, siendo natural en el hombre la sociedad? Si Dios determinó para el uso de la sociedad de los hombres que éstos fuesen dotados de la facultad del habla, ¿por qué habia de suspender el ejercicio de la locucion sin haber suspendido el de la sociedad? No puedo persuadirme que un filósofo meditativo sea libre en sus asertos despues de haber reflexionado con madurez en estos sólidos fundamentos que acabamos de alegar en favor del lenguaje natural, y creo firmemente que se verá precisado á condescender con nuestro modo de pensar. Pero apoyemos aún algo más este argumento.

De la misma manera prodigiosa, admirable y milagrosa con que fueron criados los primeros hombres, fueron tambien criados todos los demás vivientes, cuando por primera vez se dejaron ver en el mundo. La más mínima sabandija costó al Hacedor tanto como el más noble de los animales. Todo viviente fué un portento en su creacion como obra ejecutada fuera de aquel órden natural, en que son producidos todos sus descendientes. Tan adultos, tan sociables, tan

aptos para los fines de su destino fueron en la creacion los toros y los caballos, como los hombres. Todo igualmente fué grande: todo igualmente fué magnífico, portentoso, estupendo y elegante en esta admirable operacion. Fueron diversas las especies criadas, diferentes los destinos de cada especie, distintos los grados de perfeccion que recibieron los vivientes; pero todo se obró fuera del órden natural, todo fué un rasgo generoso de la omnipotente voluntad del Sér Supremo. El perro asi como el hombre, la hormiga asi como el leon, fueron en el mismo instante de su creacion robustos en sus miembros, gallardos en sus talles, hermosos, bien organizados, sociables cada cual en su especie, aptos para la generacion: en una palabra, adornados de todas las cualidades que les eran necesarias para poner en ejecucion desde entonces los actos mas completos y acabados á que fueron destinados en sus respectivas especies. El leon podia *rugir* y entenderse con su compañera la leona: podia *relinchar* el caballo y *bramar* el toro, y comunicar ambos sus necesidades. ¿Y el hombre solo habia de ser privado del habla? Estrechemos aún algo más al filósofo.

Si el hombre fué sociable con el hombre desde el primer instante en que recibió su ser, asi como fué sociable el leon con el leon, y el caballo con el caballo, una de dos: ó el leon no pudo rugir, ni relinchar el caballo hasta que adquiriesen ó les fuese infundido por Dios el rugido y el relincho, ó el hombre hubo de hablar desde el mismo instante en que fué criado. Todos los filósofos unánimemente afirman que ni el leon ni el caballo han adquirido el rugido y el relincho: igualmente aseguran que no les infundió Dios este lenguaje: todos están conformes en que les es natural. ¿Cómo se niega, pues, por la mayor parte de estos sabios que el hablar sea natural al hombre? Examinemos con más madurez este punto.

¿Porqué concedió la naturaleza el relincho al caballo? ¿Porqué quiso que bramase el toro? ¿Porqué dispuso que solo el hombre hablase? Tres preguntas que cuanto más premediten los filósofos sobre ellas, tanto más se verán convencidos de que todas dependen de una misma causa. Verán que el *relincho* del caballo, el *bramido* del toro, el *habla* del hombre son otros tantos regalos que respectivamente quiso hacer naturaleza á estos vivientes para el uso de la sociedad á que los habia destinado; sin embargo de que debian ser estos los resultados de la reflexion contemplativa de un filósofo que quiere discurrir con acierto, se nos responde resolutivamente que el caballo *relincha*, porque asi lo dispuso la naturaleza: que por la misma razon *brama* el toro; y últimamente que no hay otra causa para que solo el hombre hable. Parece increible esta respuesta en la boca de un filósofo; pero no es sino demasiado comun en ella. Es una peticion de principio; es un desvio manifiesto de las reglas más sagradas de la lógica; es un

abuso palpable en la filosofía. Obligémosles á que contesten directamente, y hagámosles otra pregunta que más les estreche.

¿Cuándo dispuso la naturaleza que el caballo, que el toro, que el hombre usasen respectivamente del relincho, del bramido, del habla? Una de dos: ó lo dispuso ántes, ó lo dispuso despues que estos animales recibieron su sér. No lo pudo disponer despues. Usó ya la naturaleza de sus funciones. Criólos sin destino á estas facultades. Criólos por consiguiente sin aquellas disposiciones que eran necesarias en su organizacion para relinchar, para bramar y hablar, pues eran supérfluas en este caso: de modo que si despues que recibieron estos animales su sér, se hubiera decretado el que hiciesen uso de los referidos lenguajes respectivamente, se hallaba esta operacion fuera del órden natural, y correspondia su ejecucion al Sér Supremo. Inferiríase de aquí necesariamente que así al caballo como al toro y al hombre, se les infundió por Dios el lenguaje. Los filósofos únicamente se oponen á estos hechos, y es preciso que confiesen que la naturaleza dispuso que el caballo relinchase, que bramase el toro, que sólo el hombre hablase ántes ó en el mismo tiempo en que fueron criados estos vivientes. Pasemos á contemplarlos en este estado, y observemos con atencion las operaciones de esta creacion.

Si el Supremo Hacedor, el autor de la naturaleza, dispuso y determinó ántes ó en la misma creacion que el caballo, que el toro, que el hombre respectivamente, relinchasen, bramasen y hablasen, era consiguiente el adornarles con aquella disposicion orgánica, necesaria para estas operaciones. Injuriaríamos la infinita sabiduría de Dios, si no supusiésemos esta verdad. Con el mismo hecho afirmaríamos temerariamente que este Sábio Hacedor se olvidó en la creacion de estos entes de las más precisas é indispensables disposiciones que eran necesarias para realizar sus mismos designios en estas criaturas.

Nó: no podemos dudar que así el hombre como el toro, el caballo, y todos los demás vivientes recibieron en el mismo acto de la creacion toda la organizacion necesaria para hablar, bramar, relinchar, etc. No podemos dudar que así los unos como los otros hicieron uso de sus respectivos lenguajes, desde el primer instante en que recibieron su sér. No podemos dudar que así en los brutos como en el hombre fué natural el idioma. En todos ellos fué uniforme la creacion respecto de la organizacion corporal requisita y necesaria al lenguaje particular que naturaleza dispuso en cada una de las especies. Ni el órgano de la hormiga fué más imperfecto que el del leon, ni el del hombre ménos completo que el del elefante. Todos eran igualmente completos, ó todos ellos eran igualmente incompletos. ¿Pues porqué el relinchar es natural al caballo, y no le es al hombre el hablar? ¿Porqué el toro bramó desde el mismo instante de su creacion, y no habló el hombre? Es indispensable una de dos cosas: ó satisfacer convincentemente á estas preguntas, ó condescender con nuestro modo

de pensar. Veamos la satisfaccion que dan los filósofos enemigos del lenguage natural en el hombre, y formaremos el juicio competente sobre esta cuestion.

No es admisible en primer lugar aquella casi general, pero nada reflexionada respuesta, con que estos sábios quieren satisfacer á estas nuestras preguntas. El Ser Supremo, dicen resolutivamente, dispuso por sus altos juicios que el bramar fuese natural al toro, y el hablar no le fuese al hombre: el mismo dispuso que el caballo relinchase sin mas disposicion que la que recibió en su creacion; pero no quiso que el hombre hablase, sin embargo de haber recibido con su ser igual disposicion para hablar. Pero ¿quien les ha dicho á esos filósofos que hubiese sido esta una disposicion del Supremo Hacedor? Las divinas escrituras guardan absoluto silencio sobre el particular. Se oponen á este hecho la razon y la sana filosofia. Unánimes nos aseguran estas que siempre que un ente sale de las manos del Omnipotente revestido de estas ó aquellas cualidades destinadas á este ó al otro ministerio, este ente ha de egercer sus funciones sin mas preparativos que los que recibió en su misma constitucion. El hombre (grita la sana filosofia) recibió en su creacion toda aquella disposicion orgánica que era necesaria para hablar. El hablar es un acto de sociedad, ó mejor un medio destinado por el mismo Ser Supremo al uso de la sociedad del hombre. Esta sociedad se realizó desde que los hombres fueron dos; luego desde entonces usó el hombre del lenguage. Los hombres fueron dos desde el instante de su creacion, y por consiguiente desde este instante tuvo lugar su idioma; que no pudiendo ser adquirido por falta de tiempo, ni infuso por las disposiciones con que adornó Dios al hombre, se sigue necesariamente que habia de ser natural á este.

De esta manera razona la sana filosofia, y el literato no puede menos de seguir su dictamen, á no hallarse seguro de una órden expresa del Supremo Hacedor, en que quiso suspender los efectos necesarios de las disposiciones orgánicas, con que tuvo á bien el ordenár nuestra constitución respecto al habla: pero ¿nos podrán exhibir los sábios esta órden suspensiva? Bien pueden alegar cuantos experimentos se han hecho con el nombre: bien pueden presentarnos cuantos embarazos han creido hallar en la maravillosa extructura del lenguaje; no llegarán á hacernos leer en ellos esta soberana disposicion. Reconozcamos estos experimentos: reconozcamos estos embarazos. Hagamos ver la insuficiencia de ellos para contrarrestar nuestro modo de pensar, y demos el último golpe á la preocupacion de los filósofos, destruyendo estos decantados documentos de su sistema. Procuremos no confundir unas especies con otras, y caminar con la debida claridad.

Son tantas las objeciones que creen haber hallado los filósofos en las cuotidianas experiencias hechas en el hombre para rebatir

nuestra opinion de haber sido natural el idioma primitivo, que no podriamos quizá guardar sobre este particular el órden y claridad debida, si numerándolos primero no los rebatiésemos separadamente despues. Alegan en primer lugar el modo con que nuestros recien-nacidos adquieren el lenguaje. 2.° El ejemplo de los sordo-mudos, los cuales no hablan, sin embargo de hallarse el órgano de su voz tan perfecto como el de aquellos que usan del habla. 3.° Varios pasages de niños criados en soledad y hallados en los bosques, sin que en ellos se hubiese observado lenguaje alguno. 4.° El haber perdido el hombre el primitivo idioma, multiplicandole hasta lo infinito, habiéndole conservado constantemente en su unidad los demás vivientes. 5.° El no poder distinguir el hombre en las lenguas las voces naturales de las que no lo son. 6.° El no entender nosotros las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño, ni hallarnos conformes en las interjecciones del adulto. Ultimamente alegan á favor de su opinion nuestra constitucion misma, destinada á formar cada dia nuevas ideas, á adquirir nuevos conocimientos y á perfeccionar los adquiridos por medio de la invencion.

Son mucho mas robustas, de mayor peso y consideracion las objeciones que se presentan contra la lengua natural del hombre, y se deducen de la misma constitucion de ella. Las mas principales de estas objeciones son las siguientes: 1.ª la maravillosa extructura del idioma. 2.ª La innumerable multitud de sus voces. 3.ª El uso de un sinnúmero de caracteristicas necesarias para representar los diferentes estados de los signados de dichas voces. 4.ª La imposibilidad de las voces para trasmitirnos por ellas mismas idea alguna de signado que no la hubiésemos adquirido antes. Hé aquí los cuatro robustos argumentos que creen haber hallado los filósofos en el mismo idioma del hombre y que á su parecer son indisolubles.

No podemos menos de proponer á los lectores ante todas cosas como una satisfaccion nada equívoca á estas objeciones los sólidos fundamentos con que hemos hecho ver en esta tercera proposicion que la primitiva lengua no puede ser infusa por Dios á los primeros hombres; que tampoco pudo ser adquirida por ellos, y que hubo de ser necesariamente natural, y un regalo que quiso hacer el Supremo Hacedor á nuestra constitucion. Les suplicamos encarecidamente quieran tener presentes estos fundamentos al leer las satisfacciones que iremos dando á las propuestas objeciones. La materia es de sumo interes: las dificultades que ofrece su resolucion nada comunes: la division que causa entre los literatos conocidísima; y perjudicial el estado en que nos hallamos al adelantamiento de las ciencias y de las artes. Si pudiésemos uniformar á los sábios en este particular, seriamos felices y dichosos. De nuestra parte ofrecemos toda sinceridad, y creemos que caminarán con la misma nuestros lectores, para que despreocupados unos y otros, podamos recojer los deseados frutos de

nuestras tareas. Empecemos bajo de estos supuestos á satisfacer á cada una de las objeciones con separacion. Formemos capítulos distintos para cada una, y justifiquemos otras tantas proposiciones satisfactorias cuantas son las objeciones propuestas. Este medio nos parece muy útil para que reine la debida claridad en un asunto de tanto interés. Parecerá quiza á los literatos demasiadamente pesada por su modo esta satisfaccion. Creerán que no habia necesidad para ella de tanta division de capítulos; pero nos hallamos persuadidos que éste defecto, si debe reputarse tal, no preponderá tanto como la claridad necesaria en materias tan intrincadas como esta, que es el objeto que nos ha guiado en el particular.

SATISFACCION PRIMERA.

El modo con que llegan á adquirir nuestros recien nacidos el habla, no se opone á que el lenguaje primitivo hubiese sido natural.

La primera objecion que se propone contra la lengua natural del hombre, es el modo con que nuestros recien nacidos adquieren el habla. Una experiencia no interrumpida de todos los siglos, dicen los que niegan que el primitivo idioma hubiese sido natural, nos enseña que todos los hombres nacen mudos: que los gestos ó acciones son en ellos los primeros medios que se presentan para dar á entender sus necesidades: que á estos gestos ó acciones acompañan en breve ciertos sonidos ó voces articuladas: que estas no son entendidas de los adultos sino por razon del gesto que determina los objetos: que últimamente oyendo ó imitando la voz de los adultos se familiarizan con los signados de las palabras y entran á adquirir el idioma de sus padres.

De este modo con que entran á hablar los recien-nacidos, infieren nuestros adversarios que lo mismo hubo de suceder con los primeros hombres: que estos al principio mudos, gesticulantes despues, profiriendo en breve voces articuladas, y aplicándolas por el gesto á los objetos, llegaron á fijar un idioma primitivo: un idioma de convencion: un idioma que no era infuso ni natural sino adquirido y formado por el mismo hombre casual y arbitrariamente: de modo que la voz *Perro* pronunciada juntamento con un gesto que indicase y señalase al *toro* por ejemplo, hubiera quedado por signo este animal; que lo mismo hubiera sucedido con toda otra voz que queramos suponer acompañada de una gesticulacion que indicase el objeto, que se pretendia dar á entender con la voz articulada.

Antes de entrar á satisfacer esta objecion, no podemos menos de hacer ver que la historia del hombre-niño, que se nos quiere suponer por los filósofos en esta induccion, se halla enteramente equivocada. Los hombres, en primer lugar, no nacen mudos. Desde el mismo instante que salen al mundo, dan muestras nada equívocas de su locucion. La sensacion que causa en sus débiles miembros el tránsito que acaban de hacer, del abrigado seno de sus madres á la desabrida re-

gion de los vivientes, hace que el llanto nos dé á entender el dolor que les mortifica. En este llanto se oyen claramente los primeros elementos del idioma. Las letras *A* y *E*, articuladas con la mayor distincion, no nos dejan duda que los que las profieren se hallan destinados por naturaleza á la locucion. Este hecho es un conocido principio del habla. Por él nos vemos obligados á confesar que nuestros recien nacidos usan el idioma natural desde el mismo instante en que se dejan ver en el mundo. Hablan este idioma con todo aquel complemento que les permite la debilidad del órgano de su voz, y de aquí debe inferir el filósofo que si estos recien nacidos hubiesen recibido por naturaleza una mayor robustez en los músculos orales destinados al habla, ésto se hubiera verificado en ellos con mayor extension, llegando á todo su complemento en el caso que llegase á él dicha robustez.

Muchos filósofos, especialmente modernos, no pueden persuadirse que nuestros varones recien nacidos profieran la letra *A* en su primer llanto, y las hembras la *E*. Sin embargo, es un hecho que desde los más remotos tiempos ha sido recibido en la literatura. El poeta Catonio lo aseguró en los versos siguientes:

Clamabant A et E, quotquot nascuntur ab Eva
Omnis masculus A nascens, E femenina profert,

á quien han seguido otros muchísimos escritores de gran nota que omito citar por no molestar al lector. Yo mismo he escudriñado este punto, habiéndome dado ocasion una casualidad, que al mismo paso me hizo entrar en la contemplacion de los idiomas, y despertó en mi los deseos de averiguar la perfeccion de ellos por cuantos medios eran útiles al intento. Ofrecí en mi apologia hacer relacion de este pasaje, y lo referiré con la mayor sencillez. Al mismo paso que doy cumplimiento á mis promesas, servirá de apoyo mi relacion á lo que Cotonio y otros infinitos han asegurado sobre la prolacion de dicha letras en el llanto de nuestros recien nacidos.

Paseabame en el dilatado pórtico de la iglesia mayor de la villa de Durango, mi pátria, al tiempo que se presentaron en él con una criatura que traian á ser bautizada los padrinos y comitiva. La criatura se deshacia en un continuado llanto, y en él oia por toda la extension del pórtico con la mayor claridad la letra *A*. No tenia hasta entónces noticia de que esta letra se pronunciase en el primer llanto del varon, extrañé el hecho, y dirigiéndome á la que hacia de nodriza, la dije en lengua vulgar: Sin duda será muy literata la criatura, pues muy tierna se ejercita en el abecedario. No bien lo dije, cuando ella me repuso con la enérgica expresion bascongada siguiente: ¿*Esta bada jauna aarra*? Pues qué ¿no es varon esta criatura, para que usted extrañe la pronunciacion de la *A* en su llanto? Y no sé yo si habré pintádo en la traduccion castellana toda la viveza de la expresion bascongada.

Pasé algun tanto en la contemplacion de la respuesta, y la tal, que hacia de nodriza voluntariamente, continuó diciendo que todo varon proferia la letra *A* en el primer llanto, y toda hembra la E. No satisfecho de que esta pronunciacion de la *A* y E fuese comun en todo recien nacido, como se me decia, sin embargo de haber oido yo mismo la clara prolacion de la *A* en el llanto de la criatura que dió motivo á esta conversacion, consulté el caso con D. Juan de Amezua y D. Patricio de Arrugaeta, cirujanos de mi pueblo, á quienes creí instruidos en el particular, como que asistian á todos los partos de la villa y á muchísimos de las inmediatas aldeas. Los dos uniformemente me respondieron que muchas veces habian oido que la primera letra que pronunciaba el varon era la A y que la hembra proferia la E, pero que no habian parado en comprobar este dicho con experiencias particulares, y quedaron encargados de observar el primer llanto de todos los recien nacidos.

Asi Amezua como Arrugaeta dieron cumplimiento á su encargo, y ambos por esperiencia palparon esta verdad en mas de cien criaturas, á cuyo nacimiento concurrieron, con sola la circunstancia de que en las que nacian débiles, se obscurecia algun tanto la pronunciacion de la *A* en los varones, habiéndoles hecho dudar alguna vez si se acercaba mas al sonido de la *E*. Quise hacer la esperiencia por mi mismo, sin embargo de la conocida sinceridad que les era natural á estos dos cirujanos, y hallé la cosa cual me la pintaron en cinco varones y tres hembras, cuyos primeros llantos me proporcionaron oir dichos Amezua y Arrugaeta.

Estos hechos me hicieron creer que en nuestra constitucion debia haber ciertos principios ó elementos regalados por el Ser supremo, por medio de los cuales se levantase el gran edificio del lenguage. Me confirmó en este modo de pensar el ver la analogia que con este hecho tenian las voces con que el bascuence llamaba al varon y á la hembra. *Aarra* en este idioma quiere decir lo que en castellano *el de la A* ó *el que profiere la A*, y ese es el nombre que entre nosotros significa varon. *Emia* con que damos á entender la hembra, quiere decir *E delicada ó llanto delicado*. Esta analogia es bellísima, é innegable que por la *A* y por la *E* de las voces *Aarra* y *Emia* quiso indicar el bascuence el sugeto. El *ar* de *Aarra* es terminacion nocional, ó el *de* de ablativo de los castellanos, y la *A* final una nota ó caracter conocido de nombre apelativo. Igualmente la voz *me* ó artículo *mia* es un epiteto conocido, que significa cosa *delgada* ó *delicada* y el sugeto á quien se aplica esta cualidad, es el indicado en la letra *E*.

Siempre han sido para mi estas dos voces del bascuence un objeto agradable y misterioso. Aplicar para formar las voces que indican al varon y á la hembra el primer fruto de los lábios de estos dos sexos, es á mi entender un efecto de la más arreglada filosofía, especialmente cuando recorriendo los nombres que este idioma ha formado de

todas las demás inocentes articuláciones del hombre-niño, hallamos en sus signados un órden maravilloso. Vean los filósofos en el segundo discurso el capítulo de estas inocentes articulaciones, primer origen de la significacion de las voces primitivas, y contemplen su armonía. Créese que este solo hecho les hará concebir la más alta idea de nuestro idioma; pero no perdamos de vista el principal objeto que nos ocupa.

Querrá saber quizá alguno la razon filosófica que pueda hacer creer que el varon pronuncia la letra A y la hembra la E en su primer llanto. Yo no dejo de hallarla. Contemple uos el estado de nuestros recien nacidos, y se hará perceptible á todos. Un hombre recien nacido no tiene disposicion sino para llorar. La debilidad del órgano de su voz no le permite jugar de ninguna de las articulaciones orales que son precisas para formar el sonido de las consonantes. Solo sabe abrir la boca y expeler por el llanto el aliento fuera de los lábios. Este hecho, que es constante, le priva igualmente de poder hacer sonar la vocal *O*, que exige una supresion de aliento, como se dirá largamente hablando ya de las interjeciones del adulto, ya de las modulaciones del órgano de la voz. El dolor que siente este hombre recien nacido es el más vivo de cuantos se pueden imaginar por la novedad extraordinaria que le causa el tránsito del abrigado seno de la madre á la desabrida region de los vivientes, y por lo mismo su llanto es el más esforzado, y se vé precisado á abrir la boca con toda la extension que le es posible. El aliento se extiende por toda la dimension de la concavidad oral, sosteniéndose en él algun tanto. Esta configuracion de la boca no es propia para proferir la *I* y la *U*, que son letras que reciben su sonido en mucha menor extension, y resulta que las únicas letras que puede proferir este hombre-niño son la A y la E. Bien sé que el recien nacido fatigado, cansado y acatarrado, por lo mismo hace sonar la letra K y algunas veces la *G* acompañada de las vocales *U* y *A* y forma la voz *Kua* ó *Guá*; pero no deben reputarse estas voces como naturales por ser producciones de un conocido defecto del órgano de la voz. Véase el alfabeto del idioma primitivo en el segundo discurso, en que nos oponemos, al parecer con sólidos fundamentos, á que la K deba reputarse como primera letra que profiere el hombre.

De lo dicho se infiere que el hombre no es mudo en su nacimiento: ántes al contrario, empieza á hablar desde el mismo instante en que se deja ver en el mundo, y si su idioma se halla aun en mantillas, no es por que no le sea natural, sino es porque aquel órgano, que los primeros hombres recibieron en su total robustez, se halla en el hombre-niño por una conocida disposicion del Supremo Hacedor en un estado de debilidad. Lo mismo sucede respecto de la sociedad. Los primeros hombres fueron sociables desde el primer instante de su creacion: los niños no lo son. De modo

que no hay en nuestros recien nacidos y los primeros padres la analogía necesaria para legitimar la induccion que quieren formar los filósofos que se oponen á que el primitivo idioma fué natural al hombre, pasando de lo que sucede á nuestros recien nacidos en la adquisicion del habla, á lo que hubo de suceder con los primeros hombres.

SATISFACCION SEGUNDA.

Los experimentos hechos en los sordo-mudos y alegados por los filósofos contra el idioma natural de los primeros hombres, son infundados.

Los sordos de nacimiento son mudos todos ellos, dicen los que se oponen á la lengua natural. Una experiencia continuada nos asegura de esta verdad. Estos sordo-mudos, sin embargo, tienen el órgano de su voz tan completo y acabado como le tienen todos los que hablan: respiran como ellos. Su lengua se halla con la misma libertad para jugar de los movimientos que son necesarios y se observan en la locucion. No se halla defecto alguno en sus lábios, dientes, encías, paladar, glotis, epiglotis, trachea y demás músculos y miembros destinados al habla. Sin embargo de esto son mudos estos infelices, y no pueden hacer uso de la locucion, y si el amor á la humanidad no hubiera inventado el modo de trasmitirles las ideas, su naturaleza y constitucion les hubiera dejado en el más deplorable estado. Infiérese de aquí, continúan, que el lenguaje no puede ser natural al hombre. ¿Cómo no hablaria, de lo contrario, un hombre adulto fortalecido en el organo de su voz, y sin que en él tenga defecto alguno? Lo que es natural en un ente, tiene su necesario efecto siempre que llegue á su término, esto es, siempre que toque este ente aquella destinada época para que ejerza sus funciones. Los árboles, las plantas, los animales, toda la naturaleza ejerce los ministerios de sus respectivos destinos al tiempo determinado ó cuando llegan á su madurez, y los sordo-mudos no podrian ménos de hablar, saliendo de los embarazos de la niñez, si fuese en ellos natural el habla y tuviesen con quien hablar y motivos de ejecutarlos.

Supuesta ya como una verdad innegable por las razones alegadas en el párrafo antecedente que el lenguaje no es natural al hombre, pasan nuestros filósofos á averiguar el modo con que llegó á adquirir el hombre el uso del idioma. Creen que los mismos sordo-mudos les presentan una resolucion nada equívoca, y aseguran que el hablar consiste en oir. Los sordo-mudos hablarian si oyesen, nos dicen estos

sábios, porque oyendo la voz, y observando el signado que quiere darse á entender con ella, ó por medio del gesto, ó por medio de la accion, con el socorro del oido sabria si remedaba bien dicha voz, y usaria de ella siempre que tuviese necesidad de comunicar el tal signado. Tales son los efectos que han producido las experiencias hechas por los filósofos en los sordo-mudos. Es demasiadamente comun la preocupacion de los literatos en este particular, para que no tratemos de él con el mayor interés. Haremos ver en primer lugar á estos filósofos que el hablar no consiste en oir hablar. Convencidos de su preocupacion en este ramo, los pondremos en estado de poderse despreocupar con ménos dificultad en las demás consecuencias que ilegitimamente han deducido de las experiencias de los sordo-mudos.

Hicimos ver en esta misma proposicion que nos ocupa, oponiéndonos al sistema que afirma que el lenguaje del hombre fué adquirido, que si el hablar consistiese en oir, todos los hombres hubieran sido mudos, y nos remitimos á las pruebas sólidas con que en aquel lugar quedó justificada esta asercion. Añadiremos por ahora una demostracion física, para que no se dude en lo sucesivo de que el hablar no consiste en oir hablar.

Cuando se oye hablar, ninguna otra cosa podemos percibir que el sonido. Este sonido puede escitar á nuestro órgano de la voz en su imitacion; pero de ninguna de las maneras darle instrucciones para formar un sonido igual. El formar los sonidos consiste en las diferentes modulaciones que recibe el aliento en el movimiento de los músculos orales ó explosion que forma chocando con las partes constitutivas del órgano de la voz. No se puede proferir la palabra *padre* sin que los músculos de este órgano se muevan de un modo particular y distinto de aquel que es necesario para la prolacion de la voz *tronar*. Igualmente se oyen las voces *leon*, *galera*, *ejército*; pero no se pronuncian de la misma manera: el oir es una funcion del sentido del oido: el proferir voces un ministerio del órgano de la voz. El sentido del oido puede juzgar sobre sí el sonido es igual al que se ha oido; pero nunca puede mandar al órgano de la voz que arreglo el juego de sus músculos de esta ó la otra manera para que imite el sonido que oyó. Son distintas facultades del hombre el oir y el hablar, así como son el ver y el gustar. La vista puede aprobar un objeto y rechazarlo el gusto, y de la misma suerte el oido puede oir un sonido y proferir el órgano de la voz otro distinto, lo que no sucederia si en oir consistiese el hablar; pero apuremos aun más el argumento.

Cuando uno oye la voz *cielo* percibe un sonido compuesto de cinco simples ó sencillos, que son el de la *c*, la *i*, la *e*, la *l* y la *o*. Aquí se concluyó la funcion del sentido del oido, y si no ¿qué otros ministerios ejerce ese sentido? Sin embargo, no es suficiente esta percepcion para que el que oyó la voz *cielo* pueda proferirla. Es necesario á más un imperio de la voluntad al órgano de la voz, en que le mande imitar

el sonido que el oido ha hecho percibir al alma. ¿Quién comunica este precepto al órgano de la voz? ¿Es el tosco sentido del oido? No. Este sentido no puede obrar fuera de su esfera. El precepto de la voluntad no es sonante y está fuera de ella. ¿Pues cómo se trasmite el mandato para que obedezca el órgano de la voz? Admiraos, filósofos. Ved aqui las armoniosas operaciones del instinto. Ved aquí la naturaleza operante. Una misteriosa armonía interior de cuerpo y alma pone todo en ejecucion. Manda el alma por medio de la voluntad al órgano de la voz que profiera la palabra *cielo*, y la naturaleza, que conoce el teclado de este órgano, lo pone en ejecucion. Ella es la que hace jugar entre sí los músculos necesarios; primero para el sonido de la *c*; despues para el de la *i* y sucesivamente para el de la *e*, la *l* y la *o*.

Reflexionad, filósofos, cuanto querais sobre esta operacion. Recorred cuantos actos sean necesarios para su realizacion, y hallareis que preside á ella un juez recto, esto es, la naturaleza. Vereis que el instinto, esta fuerza intrinseca, esta armoniosa constitucion del hombre ejerce el principal acto, quiero decir, el movimiento muscular del órgano de la voz. ¿Negareis despues de esto que la formacion de voces corresponde al instinto? ¿Negareis que el lenguaje del hombre es natural? ¿Dareis ese loco aserto á las mal entendidas experiencias que decantais en los sordo-mudos? Examinémoslas aun todavia, y veamos las equivocaciones que se han padecido en ellas.

Los sordos de nacimiento, dicen en primer lugar estos filósofos, *son mudos todos ellos.* Procuremos examinar esta primera y capital consecuencia que han deducido de las experiencias hechas en los sordo-mudos. Los sordos de nacimiento es verdad que nunca hablarán sino se les instruye; pero por esto no deben ser llamados mudos: asi como no ha de ser tenido por tal un hombre que jamás ha comunicado con otros hombres, sin embargo de que este no llegara á hablar. El hablar consiste en poner en movimiento los músculos orales para proferir voces por medio del aliento, y esta es una operacion del instinto ó de la naturaleza, como lo hemos demostrado poco hace. El instinto está sujeto en el hombre á la voluntad, y esta no puede mandar operacion alguna sin que ántes perciba una utilidad falsa ó verdadera en la ejecucion de ella: de modo que los pasos regulares para que el hombre hable son: 1.°, utilidad en el hablar: 2.°, imperio ó precepto de la voluntad, en que manda al instinto que hable: 3.°, obediencia del instinto en el movimiento de los músculos orales. Cualquiera de estas tres cosas que falte, no habla el hombre. Aunque sea útil el hablar y lo mande la voluntad, no tendrá efecto si el instinto no lo puede poner en ejecucion. No haya utilidad en hablar: pues no lo mandará la voluntad. Pasemos al sordo de nacimiento, y contemplémosle con escrupulosidad.

El sordo de nacimiento no sabe lo que es el hablar. Para él es una cosa que no existe. No puede contemplar la locucion como útil. La

voluntad, que no ejerce su imperio sin algun fin falso ó verdadero no puede mandar al instinto ó naturaleza de este sordo de nacimiento que hable; y el instinto, que no se mueve en sus operaciones sin prévio dictámen de la voluntad, se mantiene en inaccion. Hé aquí á mi ver, el motivo de no hablar estos infelices. Esto mismo sucederia en un hombre que se criase sin sociedad. Como no tendria con quien hablar, seria para él inútil el habla. La voluntad no obligaria al instinto á que hablase. Este se mantendria en inaccion, y el hombre sin sociedad no hablaria ¿Podria decirse, sin embargo, que este hombre era mudo? De ninguna de las maneras. Se diria que no hablaba, pero no podria negársele la potencia: no podia negarse que conociendo la utilidad de la locucion, pasaria la voluntad á ejercer su imperio, y el instinto á poner en ejecucion lo que se le mandaba. Pues ¿por qué se asegura que los sordos de nacimiento son mudos todos ellos? Es perjudicial á la humanidad esta preocupacion. Instruyan los filósofos á estas infelices criaturas en la utilidad del habla, y en la facilidad que tendrán de trasmitir sus ideas por medio de la locucion, sin las fatigas y dilaciones de la escritura. La voluntad mandará al instinto que hable. De esta suerte, aunque no puedan oir el habla, ni recibir ideas por ella, podrian trasmitirlas y lograria la humanidad un alivio apreciable.

Creemos, pues, que el sordo de nacimiento no es mudo. Nos conformamos gustosos en que estos hombres no tienen defecto alguno en el órgano de la voz para no hablar, como lo aseguran los mismos que los hacen mudos: pero esto mismo es para nosotros uno de los argumentos que más consolidan el sistema que hemos adoptado. Si los sordos de nacimiento no tienen defecto alguno en el órgano de la voz, éste se halla en disposicion de jugar de todos sus músculos, y formar con este juego por medio del aliento cuantas diferencias de voces sean necesarias para un idioma. Es visto, pues, que el no hablar en los sordos de nacimiento no proviene de indisposicion orgánica: tampoco proviene de su sordera, como acabamos de justificar, y es preciso que provenga de que estos infelices no tienen idea de la locucion. Es necesario, por lo mismo, que los esfuerzos de los filósofos se dirijan á hacerles percibir la existencia de un idioma, la utilidad de él en la comunicacion social, y la facilidad con que pueden hacer uso del habla. Con esto logrará la humanidad en las escuelas de sordo-mudos unas ventajas inestimables.

Una experiencia continuada de largos años nos ha hecho ver que los sordos de nacimiento son capaces de adquirir la escritura, y por ella la facilidad de trasmitir y adquirir ideas. Por esta escritura podiamos instruirles que á más de este medio y el de la accion ó gestos habia otro para comunicar ideas: que este consistia ó dependia del aliento y de ciertos movimientos musculares del órgano de la voz: que teniendo los lábios cerrados y elasticándolos al tiempo de arrojar

el aliento, se escribia la *P* en un sentido corporal que se llamaba oido que con esta misma configuracion de lábios y abriéndolos dulcemente al tiempo de alentar, se formaba la *B*, etc. Déseles á entender despues que esto sucedia, aunque ellos no lo percibiesen. Esto no seria dificultoso. Hagáseles ver que la letra que pronunciaron en sus ensayos era la misma que quisieron formar en ellos. Se animarian estos miserables: unirian letras con letras: formarian sílabas; pronunciarian voces, y no dudo que llegarán á comunicar sus pensamientos de modo que no se les conozca si son ó no son sordos de nacimiento.

Conozco las dificultades grandes que ofrece la ejecucion de este proyecto, pero no deben acobardar al amante de la humanidad. ¿No se ha hallado algun tiempo en esta misma disposicion, en estas mismas dificultades el modo de trasmitir las ideas? Sin embargo, la laboriosidad de los literatos há vencido todos estos obstáculos, y hoy nos hallamos recogiendo los dulces frutos de sus tareas. Pues ¿por qué no se ha de trabajar en este otro ramo tanto ó más interesante que aquel? ¿No hay algun ejemplo de haber hablado los sordos de nacimiento? Yo mismo he hablado con uno, y espero que otro me hable en breve. Daré noticia de estos dos sordos de nacimiento, por si puede servir de alguna utilidad.

D. Agustin de Maguna, uno de los principales hacendados de la villa de Durango, mi pátria, nació sordo. Permaneció mudo, ó mejor sin que hablase muchos años. D. Diego Martin de Boneta, boticario del mismo pueblo, hombre de raro talento, y á más de esto laboriosísimo en sus empresas, tomó á su cargo el instruirle en la escritura. Trasmitióle por medio de ella cuantas ideas le eran necesarias para entrar á la comunicacion social de pensamientos. Maguna, que era bellamente despejado, quedó instruido en breve. Escribia con primor, y seguia una correspondencia tirada por cartas con el mismo Boneta. Expresaba sus pensamientos con la mayor energía. Esto lo palpé yo, y todo el pueblo de Durango y sus circunferencias, y en caso necesario podria justificarse con la mayor autenticidad por las muchas personas que trataron y comunicaron á dicho D. Agustin, que áun viven.

No quedó satisfecho Boneta con haber puesto á Maguna en disposicion de percibir y trasmitir ideas por medio de la escritura. Pasó más adelante su génio laborioso. No podia persuadirse que fuese imposible el que hablase su educando, en cuyo órgano de la voz no reparaba embarazo visible. Procuró hacerle conocer que habia un idioma, y que así como la voz *Papa* (que fué la primera que le enseñó á pronunciar) se escribia en el papel, se escribia tambien en un sentido que se llama el oido: que este oido era comun á casi todos los hombres, y que él carecia de este sentido. Escribíale la letra *P*, que le era conocida, en un papel, y le daba á entender que para escribirla en el sentido del oido, de que le habia instruido, no tenia que hacer otra

cosa que cerrar los lábios y apretarlos unos con otros, y desatarlos con fuerza al tiempo mismo que él expelia el aliento fuera de ellos. Hizo que Maguna se ensayase en la operacion, y logró que pronunciáse con la mayor claridad la letra *P*. Dióle á entender que lo que hacia en el papel para dar á conocer la *P* habia hecho con la operacion apuntada en el sentido de su oido, y que lo mismo era el escribir la P ó el hacer con los lábios y aliento la operacion dicha, para que entendiesen los que no carecian como él del sentido del oido.

Instruyóle despues en la operacion que era necesaria para que esta P sonase con una *A* pospuesta. Para formar la P se habituó Maguna á expeler el aliento con toda violencia; y costó bastante el deshabituarle, y hacer que al mismo tiempo que expelia la respiracion, ó el aire interior, recibiese el exterior pausadamente. Se logró esta operacion, pero los sonidos eran varios. No hay sílaba que empiece con P, segun me dijo Boneta, que no se hubiese oido en la boca de Maguna, lo que le obligó á su maestro á usar de otro medio para fijarle en la pronunciacion de la sílaba *pa*. Le dió á entender que fuese continuando la operacion, y que él mismo escribiria en el papel lo que él escribia en el sentido de su oido con ella. Este medio tuvo los efectos más favorables. Fijó á Maguna en la pronunciacion de las sílabas que empezaban con P, sobre todo en la sílaba Pa, en cuya repeticion no hubo dificultad, como tampoco en unir las dos y formar la voz *Papa*.

Disuelta la dificultad primera por el bello medio que se adoptó para ello, el mismo Maguna era quien hizo todo lo demás. Jugaba voluntariamente de mil maneras de los músculos orales, y queria continuamente ver grabado en papel lo que creia haber él mismo grabado en el sentido del oido de los demás, y de esta suerte llegó este sordo de nacimiento á poder trasmitir sus ideas por medio de las articulaciones orales. Es verdad que siempre se observó en él un tartamudeo ó trastorno de letras. Sin embargo, no impedia esto el que se le entendiese lo que queria decir, despues de haberle tratado. Sus voces unas eran de la lengua castellana, y otras de la bascongada, efecto de que Boneta le instruyó así. Por hermano decia *demano*; por Pablo *Pabon*; por usted *até*. Omitia regularmente los auxiliares de la conjugacion bascongada. Para decir *te mataré* usaba de la voz *Ilgo* en lugar del participio de futuro *Ilgó* y dejaba el auxiliar *aut*; por *guapo* decia *puapo*; por caballero *taballero*; por *cecena*, que quiere decir *toro*, pronunciaba *chechena*. ¿Pero no podria corregirse este defecto?

Sin embargo de estas articulaciones orales, siempre se observó en él el uso de la accion. Todas sus palabras iban acompañadas de ciertos gestos análogos al signado que significaban, en tanto grado, que no se distinguia en este particular de un verdadero mudo. Me hallo persuadido de que este accionar provenia, ó del hábito que adquirió ántes de entrar á hablar, ó porque no oyendo él mismo su voz,

queria asegurarse más en la verdad de la comunicacion por medio de aquellos mismos gestos con que antes se daba á entender. Siempre que se le hablaba, imitaban los conocidos el mismo lenguaje, las mismas equivocaciones acompañadas siempre de la accion. Cuando se le hablaba sin accionar se irritaba extremadamente. Creia que se le queria burlar. Sin embargo, percibio los signados muchas veces por solo el movimiento de la boca, como yo mismo lo observé en infinitas ocasiones.

Se hallaba instruido perfectamente este caballero en la doctrina cristiana ó rudimentos de la Santa Religion. Se signaba y santiguaba con palabras articuladas. Proferia el Padre nuestro, Ave María, Credo, acto de contriccion y otras innumerables oraciones, y hacia todos los actos con mucha devocion. Como estas oraciones son largas, y las pronunciaba sin embargo de su tartamudez, supresion de letras, trueques de sílabas y otros innumerables trastornos con tanta gracia y donaire, que los que le oian no podian contener la risa. Este hecho nada le fué gustoso. Creia que se le burlaba, y era necesario para tener el gusto de oirle que alguno de sus íntimos amigos le obligase. El modo de hacer que rezase la Ave María, Padre Nuestro, etc., era el achacarle de irreligioso, decirle que no era cristiano, que iria al infierno, pues no sabia tal ó cual oracion. Yo, que corrí con Maguna con intimidad, sólo pude oirle una vez el Ave María y dos el acto de contriccion.

Se confesaba este sordo de nacimiento sin necesidad de escritura. Con la accion y las voces articuladas daba á entender perfectamente el estado de su conciencia. Casó, segun correspondia á su carácter, con una señorita de explendor. Vivió largos años con ella en la mayor armonía. Tuvo una hija, que hoy se halla casada en Bilbao con D. Pedro de Ampuero, y murió despues de haber ejecutado todos los actos civiles y religiosos que eran necesarios.

No quiero omitir la destreza con que jugaba al naipe. Todos los juegos usados en el país le eran conocidos: En el *mus* se manejaba con primor. Envidaba, revidaba, ordagueaba con palabras claras, y entendia al compañero en sus envites aunque faltasen las señas. Era diestrísimo en el manejo del Calendario. Puntualmente fijaba los dias en que caia la fiesta de tal ó tal santo y las festividades. Afirmaba sin excitacion si aquel dia seria lúnes, mártes, etc., y cuantos dias contaba el mes en aquel que era del santo ó festividad. Estaba tambien diestrísimo en las ceremonias de la Iglesia, y era el avisador de cuantos defectos se cometian en ellas. Manejaba un misal con primor, le registraba y preparaba, sin que jamás se hubiese notado en los registros una equivocacion.

El otro sordo de nacimiento, de quien he hablado, es un jóven llamado José, hijo de Mateo de Zugaza, vecino de la misma villa de Durango. Su edad, al presente, será de once años poco mas ó ménos.

Cuando salí de esta villa ya concurria este jóven á la escuela con idea de aprender á escribir, y se me asegura que lo hace excelentemente. Se me asegura tambien que se ha llegado ya á hacerle pronunciar clara y distintamente la mayor parte de las letras del alfabeto. Este solo hecho es suficiente para que los sordos de nacimiento no se contemplen como mudos, y se esfuercen los filósofos en hacer que estas infelices criaturas logren el poder comunicar sus ideas por medio de la locucion, de lo cual no podrán ménos de resultar unas ventajas de gran momento á favor de la sociedad.

He querido referir estos dos hechos, y el primero con toda extension, por el interés que he creido tiene en ello la sociedad. Si los sordos de nacimiento comunicasen sus ideas por medio de voces articuladas, podríamos seguir una larga conversacion con ellos sin usar de más acciones de nuestra parte que de dos: esto es, de la que indicaba nuestra conformidad con la que nos comunicaban, y aquella en que hiciésemos ver no conformarnos con ello. Lo único que tendríamos que hacer seria trasmitirles nuestras ideas por la escritura, para que tomando ellos esta nocion fuesen explicándose sobre el particular cuanto quisiesen. Contemplen los sábios las ventajas de este modo de comunicar ideas, y verán que no alcanzan las que nos puede presentar la escritura. Verán que este necesita un tiempo prolongado para trasmitir un corto número de ideas: cuando por el uso de voces articuladas puede el sordo de nacimiento trasmitirnos en media hora lo que no podría hacerlo en muchas por escrito. ¿Pues qué maestro de sordo-mudos no se esforzará en realizar esta operacion, especialmente despues de las pruebas físicas y experimentales que les hemos propuesto? ¿Les podrá arredrar la horrorosa pintura con que ha querido dibujarnos estas infelices criaturas el director del establecimiento de sordo-mudos de Paris?

Alaben, elogien, levanten hasta las nubes nuestros literatos en sus periódicos á Roque Ambrosio Sicard. Esfuércense en justificar este aserto con copiarnos el discurso preliminar de este maestro de sordo-mudos, que colocó al frente de su obra intitulada: *Cours d' instruction des sourds-muets*, etc. Para mi este mismo discurso es una prueba nada equívoca de que Sicard no es el gran filósofo que se ha creido por los autores de las Variedades de ciencias y artes en su número 7. No son los sordo-mudos tales como los cree el director francés, cualidad que sin duda han tenido por suficiente nuestros sábios para poderle prodigar cuantas expresiones honrosas presentaba su imaginacion al lábio y á la pluma. Sí: el discurso de Sicard no debia producir los elogios que se quieren justificar con él. Perdonemos este descuido á nuestros literatos, é instruyámosles para lo sucesivo en lo que es un sordo de nacimiento.

El sordo de nacimiento es un hombre como nosotros. Tiene un cuerpo y una alma como cualquiera criatura racional. El vé: él huele:

él gusta: él palpa con la misma perfección que nosotros. Las potencias de su espíritu en nada se diferencian de las nuestras. Se acuerda, quiere las cosas, discurre sobre ellas. Cuando tiene hambre ó sed procura moverse para hallar remedio. Duerme como todos los demás hombres. Corre, anda, suda como ellos. Se entristece, se alegra, se ríe y se enfurece. Busca la casa y la conoce. Sale de ella, se aleja, y conserva las ideas del camino por donde se alejó, y estas le sirven de guías para la vuelta. Conoce los objetos, los distingue, se acerca ó se aleja de ellos segun las sensaciones que causan en su espíritu. Gusta de un manjar y no gusta el otro. Respeta á sus padres; teme á sus amos; ama á sus bienhechores: socorre á sus iguales en sus necesidades: busca á sus amigos en los apuros. En una palabra, no se distingue de nosotros sino en haber nacido sordo, y en las precisas resultas de esta sordera.

¿Es esta criatura, como creas, ó se arrima á creer el Director actual del establecimiento de sordo-mudos de París, aun ser enteramente nulo en la sociedad; un autómata con vida; una estátua; una máquina ambulante, sin ideas ni posibilidad de adquirirlas, á no ser instruido en su escuela de sordo-mudos ó otra igual? Si á estas tristes criaturas las vemos privadas del sentido del oido, las hallamos dotadas de la vista, del gusto, del olfato y del tacto. Así como el oido, trasmiten al alma los demás sentidos sus respectivas ideas. Carecerá el sordo de nacimiento de todas aquellas nociones de las cuales somos deudores al ruido; pero todo ente visible puede ser figurado en su entendimiento. La reminiscencia hará recordar al sordo de nacimiento el objeto cuya idea trasmitieron al alma los ojos, y le hará presente la amargura que el sentido del gusto comunicó á su espíritu. De lo contrario ¿cómo los sordos de nacimiento rechazarian una comida y habian de adoptar otra? ¿Cómo conocerian su casa, sus padres, sus amigos, etc? ¿Un autómata con vida, una estátua, una máquina ambulante puede hacer todas estas cosas? Pero ¿qué decimos? El autor francés asegura que «careciendo el mudo de signos recordativos fijos «y determinados no pueden ménos de ser pasajeras todas las impresiones que recibe, y todas sus imágenes fugitivas.» (a)

En estas expresiones confiesa Sicard á los sordos de nacimiento el uso de los sentidos, vista, olfato, tacto y gusto. Confiesa igualmente que por ellos pueden trasmitirse ideas á su alma; pero como esto se opone á sus asertos de ser estas criaturas *unos séres nulos en la sociedad, unos autómatas con vida, unas estátuas, unas máquinas «ambulantes»*, quiere que estas ideas sean *pasajeras y fugitivas*: quiere que en estos infelices no haya *signos recordativos*. Estos errores son de tal manera grandes para que el director del establecimiento de sordo-mudos de París sea acreedor á los elogios que nuestros pa-

(a) Variedades de ciencias, literatura y artes, núm. 7, pág. 51.

peles públicos le prodigan, y sino díganos en primer lugar el señor Sicard: ¿*Estas máquinas ambulantes* despues de su desambaulacion maquinal no vuelven á sus casas? No puede negársenos. Una continuada experiencia nos asegura de este hecho. ¿Cómo encuentran éstas máquinas su casa? Es preciso acertar el camino á ella; es preciso conocerla; es preciso tener signos de comparacion, *signos recordativos fijos y determinados*; signos que el sentido de la vista trasmitió al alma, y ésta los retuvo y conservó en su potencia rememorativa.

Nuestros literatos que en el número 7 de sus Variedades colmaron á Sicard de elogios sin reparar en estos renuncios considerables, mejor enterados, creyeron deber oponerse á ese maestro de sordo-mudos, y lo hicieron en el núm. 8 por medio de una nota (a) pero ¡con qué timidez! ¡Con qué apocamiento! Copiemos sus expresiones.

«Respetando, dice el redactor de este capítulo, las luces y la prác»tica del autor, séame permitido advertir que no estoy enteramente »conforme en las observaciones que acaba de hacer sobre el estado de »los sordo-mudos ántes que entren en manos de sus maestros. Yo he »observado atentamente y con sólo este fin á sordo-mudos de corta »edad, y he hallado en ellos ideas anteriores á toda enseñanza artifi«cial: sentimientos que suponen ideas compuestas, y un cierto prin»cipio de abstraccion mental. La sagacidad de una sordo-muda de tres »años..... me hizo pensar de distinto modo del que pensaba hasta en»tónces con Sicard. Esta niña no se habia criado en Madrid..... sino en »Fuencarral; y esto fué para mí ocasion de pararme á observarla con »más particularidad»; y ofreciéndonos publicar estos hechos con su análisis correspondiente, concluye este punto sin que podamos hacer juicio de la rectitud de su oposicion.

¿Es necesaria otra cosa que el copiar estas expresiones para conocer la timidez, el apocamiento, y qué sé yo que otras cosas, que movilizaban á nuestro sábio cuando esto escribia? ¿Eran necesarias en un filósofo que busca los adelantamientos literarios, tantas protestas de atencion y urbanidad? ¿Para cuándo se ha de reservar la energía, la entereza, la claridad y el desprendimiento de la acepcion personal, sino ha de tener lugar al referir unos errores manifiestos, perjudiciales, auténticos y comprobados por las experiencias de todos los siglos? Tanto se peca por demasiado cortés y político como por demasiado impolítico; y estoy por asegurar que en un literato es mayor el defecto de condescendencia que el de manifiesta oposicion. Sicard erró sin recurso: interesaba altamente á la humanidad, y altamente habia de rebatir este error, ó como se dice, á cara descubierta, un amante de la literatura que entra á tratar de él. Pero ¡ah! en un si es no es se halla diferente del modo de pensar de Sicard nuestro literato. Poco le falta para estar conforme con él enteramente. Sicard es

(a) Ibidem, núm. 8, pág. 112.

extranjero, y esta es una nube oscura que impide á nuestro paisano el poder reconocer la luz de su discurso. ¡Infeliz estado de nuestra literatura! ¡Desgraciada suerte de la nacion española! ¡Somos sábios si discurrimos como el extranjero! ¡Son delirios nuestras producciones si entra en ellas la invencion, sino hablamos por la rutina, sino hablamos como papagayos por las instrucciones del extranjero! ¡Disimulad, verdaderos sábios españoles, estas expresiones que el amor á la nacion y las bellas disposiciones que registro en nuestros compatriotas para todo género de literatura me han hecho prorumpir así. Volvamos á nuestras Variedades.

¿Qué necesidad habia de observar sordo-mudos de corta edad? Sicard habla de todo sordo-mudo que no se halla instruido con una *enseñanza artificial*, como nos dá á entender nuestro literato. De lo contrario ¿qué extraño sería que los sordo-mudos en su tierna edad sean como unos autómatas, unas estátuas, unas máquinas respecto de la sociedad? ¿Qué otra cosa es todo hombre en su niñez? Un recien nacido es un ser nulo para la sociedad. No puede comunicar sus pensamientos. Llora, y sabemos que padece, y esto lo hace tambien el sordo-mudo. Conocemos unos niños que entran ántes á los actos sociales que otros. Esto depende de su constitucion orgánica. Aunque no sean sordo-mudos, es constante este hecho. ¿Pues qué extraño es que aquella criatura que nace sorda entre más tarde que las demás en la comunicacion social? Observemos á estos sordo-mudos. Ellos comunicarán sus ideas por el gesto, cuando por el sentido de la vista, olfato, tacto y gusto, ó por el instinto natural conciban su utilidad, porque la voluntad no podrá ménos de mandar á los órganos no impedidos el que ejerzan esta operacion; ¿pero no es demasiado lo que nos alargamos en una materia tan conocida de todos?

Sin embargo, no podemos ménos de decir algo acerca de la sordomuda de tres años de Fuencarral. ¿Qué misterio puede haber para que esta circunstancia de ser de Fuencarral hubiese atraido la atencion de nuestro literato español? En Fuencarral los sordo-mudos serán sordo-mudos como en la California y en la China. Sus operaciones primeras serán las mismas, y la unica diferencia que podrá haber en ellos, será algun efecto del clima ó costumbres populares; pero ¿á qué ir á Fuencarral? ¿A qué fijarse en una sordo-muda de tres años para decir en alta voz que Sicard erró? ¿No tenemos en Madrid un bastante número de sordo-mudos que falsifican los asertos del Director del establecimiento de sordo-mudos de Paris? ¿A qué escudriñar en una tierna edad lo que hallamos aún en los que no son sordos de nacimiento con pocas ó ningunas ideas, que no las pueden tener los sordo-mudos? Concluyamos con decir que Roque Ambrosio Sicard no es acreedor por su discurso preliminar á los elogios que le tributan las Variedades, y que éstas ninguna cosa han adelantado á favor de la literatura española con este hecho.

SATISFACCION TERCERA.

Los niños que se dice criados en soledad, ó hallados en los bosques, no perjudican á que el idioma primitivo hubiese sido natural.

Ha sido tan grande el empeño de los filósofos en averiguar cuál hubo de ser el lenguaje primitivo que, creyendo ó sospechando que pudo haber sido natural, no sólo emplearon en esta gloriosa empresa las más penosas tareas del discurso, sino tambien, segun se nos asegura, las experiencias que les parecieron más adecuadas para este efecto. Se cuenta que Psametico, rey de Egipto, y Malabin Echeban, rey del Mogol, con el deseo de esta averiguacion, mandaron criar algunos niños sin que nadie les hablase, y aseguran los amantes del lenguaje de accion que sin embargo de haber llegado á ser adultos permanecieron mudos. Senert afirma que habiendo un Príncipe hecho criar treinta niños en un paraje donde no podian oir palabra alguna, no se halló en ellos otro lenguaje que el de ciertos acentos confusos. En Quintiliano leemos que habiendo sido educados algunos niños en un desierto en que ninguno les habló, se hallaron casi mudos, porque aunque proferian algunos sonidos, no podian reputarse estos sonidos como un idioma. Se nos dice igualmente que en el año 1661 se descubrieron en un bosque de Polonia dos jóvenes de edad de nueve años; fué cogido el uno de ellos, y presentado al rey, y despues de haberse hecho varias diligencias para ver si hablaba algun idioma, no se pudo descubrir en manera alguna, y lo mismo se nos dice de otro que fué hallado en la misma Polonia y provincia de la Lituania.

Pero ya que hablamos de esta materia, y nuestra principal obligacion es el procurar instruir al público, nos parece muy justo que al mismo tiempo que rebatimos estos hechos hagamos ver demostrativamente que es casi imposible el descubrir el primitivo idioma con experiencia alguna de cuantas van apuntadas, aunque se realicen, ó lo que es la misma cosa, que es casi imposible que un número de niños criados en soledad, aunque llegaran á formar un idioma natural,

sea este idioma el que hablaron los primeros hombres. Dos son las proposiciones de este aserto: 1.ª Que un número de niños criados en soledad llegaran á formar un idioma natural. 2.ª Que el idioma que formasen estos niños es casi imposible que sea aquel que hablaron los primero hombres. La primera se opone á los hechos alegados en el párrafo antecedente: la segunda parecerá paradoja; pero ambas son unas verdades demostrables. Son interesantes. Hablaremos de ellas con separacion.

Un número de niños criados en soledad llegará á formar un idioma natural.

Formar un número de niños criados en soledad un idioma natural y no ser este idioma el que hablaron los primeros hombres, parecerá á primera vista al filósofo una oposicion manifiesta. No hay, sin embargo, en estas dos verdades encuentro alguno. Una cosa es el que la lengua sea natural, y otra el que sea de los primeros hombres. Es una señal ó signo natural del dolor el *llanto* y el *gemido*; pero el que hubiese *gemido* yo en mi primer dolor, no prueba que lo mismo hubiese hecho en el suyo el primer hombre. Pudo aquel expresarse con el *llanto* como yo me expresé con el *gemido* y un tercero puede expresar el pesar con rasgar sus vestiduras, un cuarto con arrancarse los pelos. Todos darán señales de dolor: pero no todos le darán á entender del mismo modo: todos usarán de signos naturales; pero no todos tendrán un mismo lenguaje. Acerquémonos más á nuestro intento.

La accion ó los gestos son naturales. Todas las naciones usan de unas mismas en la representacion de sus ideas. Cuando queremos indicar los signos de estas, si se hallan sobre nosotros, levantamos la mano para indicarlas: si están debajo, las bajamos; si queremos indicar la union, juntamos una mano con otra; si la separacion, las dividimos. Si nos queremos indicar á nosotros mismos, corre la mano á mostrar y señalar nuestro pecho; si queremos hacer venir á alguno, volvemos la mano hácia nosotros. Si queremos que se aleje, alejamos tambien de nosotros la mano, etc., etc., etc.

Ahora, pues, cuando levantamos la mano ¿puede entender el que nos vé cual sea el signado particular que queremos indicar con esta accion? Nada ménos que eso. Es preciso otra nocion. *Mira*, se me dice, y levanta la mano el que me habla. Solo sé en esta accion que lo que se quiere indicar se halla sobre mi: elevo los ojos y espero otra nocion para conocer el signado. Si á la voz *mira*, acompañada con el levan-

tamiento de la mano, acompañan tambien las voces *aquello que está en el tejado*, entónces sé que el signado que se me quiere representar es una cosa que se halla en el tejado. Si al *mira* acompañan las voces *aquello que está en el árbol*, tomaré por signado comunicado á la cosa extraña colocada en dicho árbol. Si al *mira* acompañan las palabras *lo que baja de aquel monte*, miraré y veré el signado. Sin embargo ¿este levantamiento de manos no es un signo natural? No son unos con todos los signos representados. Todos se representan naturalmente: en todos se emplea el mismo lenguaje de accion; pero no en todos representan los signos los mismos signados. Esto mismo sucederia, ó podria suceder, en el idioma primitivo y aquel ó aquellos que llegase á formar un número de niños criados en soledad, pero acerquémonos aun algo más á nuestro intento.

Supongamos que la sílaba *La* signifique naturalmente *un apego extendido ó grande*; porque la L en su prolacion hace que la lengua se pegue á la encía superior, y la *A* nos hace extender el aliento por toda la concavidad de la boca. Los primeros hombres pudieron formar con una sílaba una voz que indicase al *amante*: la analogía hubiera sído bellísima por la estrechez con que se unen dos séres queridos y la aplicacion natural, pues buscó el instinto unas letras adecuadas al signado. Esta misma sílaba puede ser aplicada por aquel número de niños criados en soledad al *abrazo*: seria igualmente natural la voz, y análoga al signado, porque el *abrazo* nos apega fuertemente. Estas dos voces serian naturales; pero la diferencia de los signados haria que la segunda no se conformase en su representacion con la primera, y hé aquí un principio conocido de la diversidad de idiomas. El primitivo llamó *La* al amante: el de los niños llamó *La* al abrazo. Los primeros hombres hallaron en el *amante* por primera vez un objeto en que el instinto dió con la analogía de la L y de la *A*. El instinto de los niños halló en el *abrazo* por primera vez esta analogía. Los primeros hombres y los niños hablaron un lenguaje natural, pero diferente en tanto grado, que si los primeros hombres llegasen á resucitar, no se entenderian con este número de niños.

Esta materia hará el objeto de la segunda proposicion de esta satisfaccion. En ella se demostrará con mayor claridad y copia de ejemplos. Justifiquemos ahora que un número de niños criados en soledad llegarian á hablar un idioma natural.

Tres cosas son necesarias para que estos niños lleguen á hablar un lenguaje natural. 1.ª Que hablen. 2.ª Que se entiendan. 3.ª Que las voces de su idioma sean naturales.

En primer lugar estos niños llegarian á hablar. Llegando los hombres á ser dos, han de formar sociedad. La extructura de sus mismos cuerpos, aunque no haya en ellos otro aliciente, excitará el deseo de unirse, y la voluntad hará que se encuentren mútuamente. Ellos se han de saludar, y esta salutacion ha de verificarse con algu-

na accion corporal. Me persuado que dos niños, tales como es preciso que sean los que se han de destinar á la sociedad, se han de amar mútuamente, no bien se vean por primera vez. Este amor avivará en su voluntad el deseo de unirse, y la primera salutacion será el abrazarse ó estrecharse recíprocamente. Un crecído número de ideas se presentarán al entendimiento de estas dos inocentes criaturas. Querrán saber de dónde vienen, á dónde van: cuál es el paraje de su habitacion: se querrán convidar mútuamente. Se acordarán de aquel lugar donde cada cual ha hallado los manjares que más le han gustado, y procurarán llevarse mútuamente á aquel terreno. ¿En qué confusion no se verá la voluntad con este tropel de ideas multiplicadas? Todas la excitarán á que halle medios de comunicacion. Adoptará la idea que primero ha de comunicarse, y mandará al instinto que lo ejecute. Contemplemos á este ejecutor de los preceptos de la voluntad y veamos los resortes que mueve para dar cumplimiento á su destino.

El instinto es una virtud ó facultad que concedió naturaleza á todos los vivientes. Esta virtud ó facultad consiste en una cierta facilidad de jugar y mover aquellos miembros corporales que son necesarios para que el deseo tenga el debido complemento. Un hombre repara á lo léjos un objeto agradable. Esta idea, que comunicarán sus ojos al alma, excitará en la voluntad deseo de poseerlo. Querrá cojerlo, y un precepto oculto comunicado por la voluntad al instinto mueve en primer lugar á los piés hácia aquel paraje donde se halla dicho objeto: llegando á una distancia proporcionada paran los piés, y las manos se ponen en movimiento: cojen el objeto agradable: le mira y remira el ojo: pasan multiplicadas ideas al entendimiento y juzga éste si el tal objeto es útil ó no. Si lo es, pasa otro precepto de la voluntad al instinto, para que lo guarde, y este lo embolsilla por el movimiento de las manos. ¡Maravillosa armonía! ¡Objeto digno de la atencion de los sábios! ¡Vivo retrato de la existencia de un Sér infinito, que es el solo Hacedor de portentos! Pasemos á contraer los funciones del instinto á nuestro caso.

Manda la voluntad al instinto de cualquiera de las dos criaturas tiernas que comunique á la otra esta ó la otra idea. Esta criatura, en nuestro caso, no tiene impedimento alguno para jugar libremente de todos los movimientos corporales. Es constante por lo mismo que el instinto hará uso de todos aquellos movimientos que se acerquen más á analogarse con la idea que se quiere comunicar: jugará de aquellos resortes que son más propios para dicha comunicacion, y siendo los principales resortes de esta en el hombre los del habla, estos serán los primeros que pondrán en movimiento el instinto. No pasemos adelante sin demostrar esta verdad con una experiencia que es conocida á todos.

Los mudos, así como los que no lo son, tienen su instinto, y este

en unos y en otros es mandado por la voluntad. Los mudos, como los que no lo son, pueden desear comunicar con sus iguales sus ideas: la voluntad en este caso mandará al instinto que juegue de aquellos movimientos que son más propios para indicar el signado y el mudo recurrirá primero á los movimientos del órgano de la voz, y despues á los de los gestos ó acciones. ¿Pues con cuánta más razon no debemos creer esta operacion en una criatura que no es muda, y puede jugar libremente de la facultad del habla? Reparad, filósofos, al mudo en la comunicacion de sus ideas: á todos ellos vereis jugar los movimientos orales. Vereis chasqueado al instinto en ellos, y que pasa al uso de la accion ó gesto; pero reparad con toda atencion. Un instante de tiempo es el que media entre los movimientos orales y el de los demás miembros. No os equivoqueis: es ejecutivo el instinto, es eficaz, es universal. Hay en los movimientos de admiracion un sin número de multiplicados juegos: los ojos, las manos, los hombros, los muslos, las piernas, toda la fábrica interior de nuestro cuerpo se eleva, se levanta, quiere volar por los aires; pero la voz es la que forma el primer eslabon: es el manubrio que hace mover á todos los miembros del cuerpo: todos ellos están como asidos en la letra *O* que es la voz destinada por naturaleza para signo de la admiracion. Reparad, vuelvo á deciros, reparad, filósofos, con atencion estas operaciones. Son muy interesantes. Son un archivo de conocimientos exóticos á la literatura. Corroboremos nuestros asertos por la razon y por la filosofía.

Dicta la razon, en primer lugar, que los mudos, por medio de su instinto, recurren primero á los movimientos orales. El instinto es un sábio operario. Está informado de todas las disposiciones de la naturaleza. Conoce con la mayor claridad las funciones de cada uno de los miembros de nuestro cuerpo por más mínimos que sean. Los movimientos orales son los que fueron destinados principalmente á la comunicacion social de nuestros pensamientos, y á ellos recurriria en primer lugar el instinto, y despues á los gestos y accion, que son coadjutores del habla, y destinados por lo mismo en naturaleza para jugar juntamente con la expresion oral á ellos solos, cuando el instinto halla embarazos en el órgano de la voz; pero hagamos ver esta verdad con una experiencia. Quiere la voluntad de Pedro sacudir un sopapo á Juan: manda su ejecucion al instinto, y éste busca las manos, y las pone en movimiento. Repara un tercero los movimientos de Pedro, y le encarcela los brazos. Se vé chasqueado el instinto. No desiste, sin embargo, de su empeño. Quiere poner en ejecucion el precepto de la voluntad, y no pudiéndolo con las manos, que son el principal instrumento, usa de los piés, y sacude á Juan en lugar del sopapo un puntillon. Esto mismo sucede en la comunicacion de ideas. Sabe el instinto que el órgano de la voz es por naturaleza el que está destinado en el hombre para la comunicacion de

ideas con principalidad: recurre á él; le halla impedido, y busca á su coadjutor el gesto. Hagamos aun más visible esta importante verdad.

Los mudos son más eficaces en sus gestos; estos son más vivos, más insinuativos en ellos que en los que no lo son, sin embargo de que sus conversaciones van acompañadas de ellos. ¿En qué consiste esta diferencia de gestos? No hay otro motivo que el hallarse chasqueado el instinto de los mudos en el recurso al órgano de la voz. Un hombre que no es entendido de otro, pone en ejecucion con toda viveza la accion. Habla uno de cierta máquina: no puede hacer entender por palabra su extructura á aquel á quien habla. ¿Qué dibujos no hace con los gestos para hacer ver dicha extructura? ¿Usaria de esta viveza de accion si hubiera sido entendido por el órgano de la voz? Es visto, pues, que el habla es el primer órgano á que recurre el instinto para comunicar las ideas del alma, y que á no hallar impedido en realidad ó en su concepto este órgano, hablará necesariamente: de donde se infiere que los dos niños que se criasen en soledad hablarian, que es la primera proposicion que hemos asentado como necesaria para justificar que estas dos inocentes criaturas hablarian un lenguaje natural. Pasemos á justificar que se entenderian por medio de este habla entre sí, que és la segunda proposicion.

Todos los filósofos confiesan como un hecho comprobado por cotidianas experiencias, que los hombres pueden comunicar sus ideas por medio del gesto ó de la accion. Las representaciones pantomímicas, aunque exageradas demasiadamente, apoyan este dictámen. Dicen que en estas acciones ó gestos hay una analogía natural con ciertos signados, y que por lo mismo es un lenguaje inteligible el lenguaje de accion. Pero pregunto, ¿No hay tambien una analogía natural con ciertos signados en las acciones orales ó en los movimientos del órgano de la voz? Léase la segunda proposicion de este discurso primero. Léase la formacion significativa de las voces primitivas en el segundo discurso, y se verá justificada con la mayor evidencia la natural analogía de las letras, sílabas y voces con sus signados. Se verá que esta analogía es mayor, más abundante, más enérgica, más viva que la que tienen los gestos, y se habrá de confesar que si los hombres pueden trasmitir sus ideas naturalmente por el gesto ó la accion, mejor las podrán trasmitir por el habla, y que los niños de nuestro caso no solo hablarian un lenguaje de voces articuladas, sino que se entenderian mútuamente por él.

Réstanos justificar que las voces de este lenguaje serian naturales. Era suficiente para esto lo que acabamos de decir, porque si estas dos inocentes criaturas habian de hablar por impulso de su propio instinto, si habian de entender mútuamente lo que se hablaban por medio de ese mismo instinto, ¿cómo era posible que las voces de este lenguaje no fuesen naturales? Sin embargo, añadiremos dos palabras

para despreocupar á los filósofos del error en que se hallan sobre este particular.

Creen estos sábios que las voces de un idioma para ser naturales han de tener una analogía nada equívoca con los signados que representan, y creen muy bien. Deducen de aquí que lo mismo sería oir la voz como entender su signado, pero deducen muy mal. Una cosa es el que la voz sea análoga al signado, y otra cosa es el que indique y dé á entender este signado. Para la analogía es suficiente el que la voz indique con generalidad el signado: para llegar á conocer éste, no es suficiente esta indicacion. Es necesario además particularizarlo por alguna otra mocion. La voz será natural, pero no se entenderá cuál sea el signado particular que por ella se quiese trasmitir sin que se particularice por otra mocion. La *A* naturalmente significa extension: la *I* sutilidad ó penetracion: la *L* apego ó adhesion: la *G* altura ó sublimidad, como se hará ver demostrativamente en el segundo discurso, hablando de la significacion de las voces primitivas. Será análoga la voz *A* siempre que el signado que representa sea extendido, ¿pero podrá entenderse el signado particular que se quiere indicar, por el que por primera vez hace uso de esta voz? Sabrá el que oye que se le habla de una cosa extendida por la analogía, pero necesitará otra nocion para conocer cual de las cosas extendidas se le quiere dar á entender en dicha voz. Un ejemplo aclarará más esta verdad.

El gemido es un signo natural del dolor. Todas las naciones conocen que el que gime sufre alguna pena; pero ¿podemos saber por el gemido cuál sea el dolor particular que sufre el que le profiere? Es imposible. El gemido es un signo natural que como todos los demás signos de su órden nos dá á entender una especie determinada de cosas, pero que no puede particularizar el signado. Es necesario, á más, una nueva mocion para que llegue á significar el dolor particular ó determinado. Gime un hombre: sé que padece, y nada más. Pregúntole la causa, y llego á individualizar el dolor por medio de la locucion. Es mudo el paciente, me dá á entender su pena determinada por el gesto: lo mismo sucede con las voces. Estas serán naturales, porque el instinto las formará con bella analogía, pero como esta será comun y general, no podré entender su particular signado, y el mismo instinto, que conoce esto, hará que acompañe á la voz cierta accion ó acciones que particularicen el signado. Lean los filósofos la segunda proposicion de este discurso, y en el segundo la formacion significativa de las voces primitivas, donde hablaremos de esta materia con toda extension. Creemos que con la remision á estos dos lugares y con lo poco que hemos dicho en este, queda suficientemente justificado que dos niños que se criasen en soledad, llegarian á hablar un lenguaje natural. Pasemos á hacer ver que este lenguaje, aunque natural, seria casi imposible que fuese aquel que hablaron los primeros hombres.

El lenguaje que llegasen á hablar dos niños criados en soledad, aunque natural y de voces articuladas, es casi imposible que fuese aquel que hablaron los primeros hombres.

Mi idea en este capítulo es despreocupar á los sábios de un error demasiadamente vulgar entre ellos. Creen que siendo natural una lengua, ha de ser precisamente aquella que hablaron los primeros hombres. De aquí infieren que si dos niños llegasen á hablar un idioma natural, este sería el que hablaron los primeros padres de todas las generaciones, y es tan general esta opinion, que ningun literato se ha opuesto á ella. Nos parece, por lo mismo, que es una obligacion indispensable para nosotros el hacer presente nuestro modo de pensar á los filósofos, y pagar á la sociedad el tributo que exige con imperio de todo escritor.

No tenemos duda de que un idioma natural si se habla por una nacion entera, será el mismo que hablaron los primeros hombres. Una tradicion no interrumpida de padres á hijos le habrá conservado hasta nuestros dias. Las naciones son tenaces en retener su idioma, y solo la violencia puede desprenderles de su modo de hablar. Una gente pacífica y que vive tranquilamente en su país, jamás se acordará de mudar su idioma. No puede concebir esta ninguna utilidad en la mutacion del lenguaje y no puede querer la mutacion. No queriendo la mutacion, continuará el instinto en observar los conceptos anteriores y guardará religiosamente la pronunciacion primitiva de las voces, aplicándolas á los mismos signados á que fueron aplicados por los más remotos abuelos. De modo que una nacion, en la cual hallásemos un idioma natural, ha de ser necesariamente una nacion que no ha perdido jamás aquel mecanismo que usaron los primeros hombres en su lenguaje.

Si se han multiplicado los idiomas sobremanera, ó ha sido una disposicion del Sér Supremo, como quieren algunos, la causa de esta multiplicacion, ó un desvío que el hombre ha hecho, como á mí me parece, de los preceptos y reglas que recibió por naturaleza para la locucion, pudo tambien haber habido otras causas para la multiplicacion de lenguajes, como se dirá en la satisfaccion cuarta; pero siempre será cierto que un lenguaje natural hablado por una entera nacion, ha de ser aquel que hablaron los primeros hombres.

No sucederia asi con el lenguaje que formasen dos niños criados en soledad. Es casi imposible que este idioma sea el de los primeros padres, aunque una y otra serán lenguas naturales. Sería una casualidad, de la cual no tenemos ejemplo en la historia del mundo, que se uniformasen en los primeros hombres y en estos dos niños, todos los signados: quiero decir que sería un azar increible que fuesen unos mismos los signados primeros que se presentasen á ellos: por lo mismo estamos persuadidos de que el idioma que formasen los dos niños, habia de ser diferente del que hablaron sus primeros padres; pues no pudiendo creerse prudentemente que los signados representados en sus primeras voces por el hombre sean los mismos en las primeras voces de los dos niños, es casi evidente que el lenguaje de estos sería diferente del que usaron los primeros hombres por el diferente signado que representarian sus voces.

Supongamos por un instante que el primer objeto que se presentó al entendimiento de los primeros hombres, fuese un *perro* al mismo tiempo que ladraba, y que, valiéndose de la onomatopeya, le pusiesen por nombre *au ó jau*. Supongamos tambien que el mismo animal se presentó como primer objeto comunicable á los dos niños, pero sin que oyesen su ladrido. Ya los dos niños no podrán formar la voz que le representase por la onomatopeya, y el instinto habia de buscar en el órgano de la voz letras y sílabas análogas para ello. De aquí resulta que el perro se llamaria de un modo por los primeros hombres, y de otromodo por nuestros niños. No podrian entenderse mútuamente en este particular, sin embargo de que unos y otros adoptaron una voz natural. Pues si esta notable diferencia de voces puede verificarse cuando son unos mismos los objetos que por primera vez se presentan á la comunicacion de los primeros hombres y nuestros niños, ¿qué diferencia ó diversidad no resultará si fuesen, como es más que regular, diferentes los primeros objetos comunicables?

El instinto que mueve el teclado del órgano de la voz, hará que este forme las voces con la debida analogía al signado que se quiere representar. Se presenta á los primeros hombres como primer objeto comunicable la altura de un monte: irá el instinto á formar la voz á lo más alto del órgano de la voz. Hallará en él tres letras O, G, K, y usará ó de la O sola, ó de Go ó de Ko. Se presenta por segundo objeto otra altura: quieren comunicar este objeto los primeros hombres. No pueden ménos de distinguirle de la primera altura, y es preciso hallar la diferencia. Esta consiste en que la segunda altura es puntiaguda: pues el instinto añadirá al O, Go, Ko una letra que indique esta circunstancia. Verá que es adecuada la letra I y formará las voces Oi, Goi, ó Koi. Preséntase otra tercera altura. Es superior esta altura ó monte á las otros dos. Formará el instinto la voz para indicarla, doblando los signos análogos O, Go, Ko, ydirá Oo, Gogo, Koko, etc., etc. De estas primitivas voces formarian los primeros hombres un sinnú-

mero de derivados. Adoptando por terminacion verbal la sílaba *tu* por ejemplo, resultaria una multitud de verbos. *O-tu* significaria alturarse ó ponerse en alto ó elevar á alguno. *Oo-tu* doblaria la significacion de *O-tu*. Por este medio tendrian un dilatado campo para enriquecer el idioma. Con *Goi-tu* podian significar metafóricamente el vencer, esto es, ponerse sobre alguno; con *Gogo*, por la misma metáfora, podian dar á entender todo lo sublime y formar sus derivados; pero como de esta materia tendremos que hablar en el segundo discurso tratando de la formacion significativa de las voces primitivas, con remision á este lugar, pasaremos á contemplar nuestros dos niños.

Se presenta á estas inocentes criaturas como primer objeto comunicable un pájaro que vuela sobre ellos; el instinto usará de las letras palatinas, que indican ó son análogas á representar cosas de lo alto, así como hará que se eleven las manos. En este caso, las voces que en el idioma primitivo indicasen la altura y todas sus diferencias naturales y metafóricas indicarian en el de nuestros niños á los volátiles, y todas sus diferencias con los signados métafóricos que con ellas podian indicarse. Sin embargo, el mismo instinto, la misma naturaleza formó y aplicó estas voces á los respectivos signados, y así el idioma de los primeros hombres como el de nuestros niños serian naturales. Con todo esto no son los idiomas un mismo lenguaje. No podrán entenderse nuestros niños con los primeros hombres, ni estos con aquellos. Con lo cual queda al parecer suficientemente justificado que aunque el idioma que hablasen nuestros niños sería natural, es casi imposible que fuese aquel que hablaron los primeros hombres.

Ahora, pues, si dos niños que se criasen en una soledad habian de hablar un lenguaje de voces articuladas, se habian de entender por medio de este idioma, y este habia de ser natural, ¿cómo podremos dar asenso á la historia de los niños criados en soledad y hallados en bosques, que hemos referido á la entrada de esta satisfaccion? Aun en el caso de no haberse podido justificar estas verdades, como se han justificado, el mismo modo con que los historiadores nos refieren los hechos apuntados, es una señal nada equívoca de su falsedad. Los niños de Psamético y Malabin no sabemos cuántos eran: no sabemos cómo fueron criados hasta la edad de poderlos dejar en soledad. Algunos quieren que se alimentasen por el cuidado de unas cabras. ¡Gran desconcierto! Otros por nodrizas que no tenian licencia de hablarles; otros aseguran que se cortó la lengua á las amas de cria. ¿Unos hechos de tanto momento é interés podrian describirsenos con esta variedad?

Pero ¿cuál fué la edad en que los dejaron en la soledad? ¿Fué en despoblado, ó nó? ¿Dábanles de comer, ó lo buscaban ellos? ¿Fueron cabras las que siempre cuidaron de ellos? ¿Fueron mudos ó parlantes

sus encargados, sino fueron cabras? ¿Se los vestia ó se hallaban desnudos? ¿Tenian cama donde dormir, ó dormian donde pudiesen? Es necesario que se nos responda á estas y otras muchas preguntas, si hemos de dar crédito á estos hechos. Senert nos dice que un Príncipe crió treinta niños de esta manera. ¿Pero cuál era este Príncipe? Quintiliano nos dice que fueron criados unos niños en el desierto. ¿Cómo fueron criados? ¿Por qué órden? No. Hasta que se nos responda á todas estas preguntas y examinemos con atencion el contesto de sus respuestas, no podemos dar crédito á los hechos referidos. Concluyamos.

Son hallados dos jóvenes de nueve años en un desierto de Polonia, se nos dice. ¿En qué desierto? ¿Cuál es su ámbito? ¿Cuánto dista de las poblaciones? ¿Quién los dejó en él? ¿Cuándo los dejó? Respondásenos primeramente á estas preguntas, y veremos si es factible el hecho. Pillan al uno de ellos, continúan: el otro se escapa. ¿Cómo pillaron al uno? ¿Cómo se escapó el otro? ¿Quién pilló al primero? ¿Eran muchos los que concurrieron á este hecho? ¿A qué Rey fué presentado? ¿Qué diligencias se hicieron para saber si hablar podia? Cuenten enhorabuena estos cuentos las largas noches del invierno. Diviertan con ellos á las viejas incautas, á los inocentes niños. El que fué hallado en los bosques de la Lituania era uno, y no tenemos con él que hacer alguno. Seria mudo, ó mejor no hablaria, si vivió solo. Es visto, pues, que estos hechos, como notoriamente inercibles, no perjudican nuestro aserto, en que afirmamos que el primer idioma que hablaron los hombres fué natural.

SATISFACCION CUARTA.

La multiplicacion del primitivo idioma no se opone á que éste hubiese sido natural.

La cuarta objeccion que se propone contra nuestra proposicion, es la multitud de idiomas que se hablan hoy en el mundo. ¿Cómo pudo olvidar el hombre, se nos dice, su primitivo idioma, si este fué natural? Lo natural es permanente. Gimen, suspiran, lloran los hombres de hoy del mismo modo que lo hicieron los primeros, porque naturaleza determinó que el hombre espresase su pena por medio de estas acciones. De los mismos gestos, acciones y palabras usa el chino y el californio, el peruano y el mogoles en sus admiraciones, que las que usaban sus más remotos abuelos. El hombre de hoy se rie en sus placeres lo mismo que se reia en los suyos el de ahora mil, dos mil, tres mil, y más años. En una palabra, todo lo que ejecutamos hoy por la fuerza de la naturaleza, lo ejecutaban igualmente nuestros primeros padres. Lo que á estos fué natural entonces, nos lo es tambien á nosotros ahora. Si no hablamos el lenguaje de ellos, asi como no nos es natural á nosotros el idioma, tampoco pudo serles á ellos. Los demás vivientes no han dejado el idioma de sus primeros progenitores, porque les es natural. Nosotros le hemos dejado; luego no nos es natural.

Este argumento se presenta á primera vista con todos los caracteres de gallardia y convencimiento. Sin embargo es vicioso en todas sus partes. Interesa á la literatura la aclaracion de los muchos puntos que comprende. Procuraremos por lo mismo satisfacer todos los reparos que se proponen. Establezcamos en beneficio de la sociedad ciertas verdades ú ocultas enteramente á los sabios, ó poco escudriñadas por ellos. Estas verdades son las siguientes: 1.ª Es natural al hombre el multiplicar los idiomas. 2.ª El idioma natural se halla oscurecido en los lenguajes que hoy se hablan, pero no borrado. 3.ª El lenguaje del hombre y el de los demas vivientes no tienen la suficiente analogia para inducir que el idioma no fué natural al hombre.

PRIMERA VERDAD.

Es natural al hombre el multiplicar los idiomas.

Parecerá paradoja esta proposicion á los literatos; pero es una verdad demostrable. Sé que entre los filósofos han corrido como axiomas las siguientes proposiciones: Si hubiera sido natural el idioma de los primeros hombres, hubiera sido uno. Este idioma natural, si existe, ó ha de hallarse en una sola nacion, ó esparcido como á pedazos por los lenguajes de todas: dos lenguajes naturales se oponen á la misma naturaleza; pero estos axiomas son falsos. Justifiquemos el aserto con solidez y examinemos para el efecto con la mayor escrupulosidad al hombre en su primitiva constitucion y destino.

Ningun filósofo reflexivo ha llegado á negar que el hombre sea el más perfecto y sublime de todos los vivientes. El Sér Supremo dispuso por sus altos designios criar varias especies de animales. Quiso que unas sobresaliesen en perfeccion á otras, y era consiguiente á esta disposicion el que en la perfeccion de los vivientes hubiese cierto órden ó gradacion. No podia verificarse esta gradacion sin que á una de las especies de estos animales concediese en su misma creacion unas cualidades que la hiciesen superior á todas las demás, y fué predilecto el hombre en esta preferencia. Dominarás, le dijo el mismo Dios, en los peces del mar, en los volátiles del cielo y en todos los animales que se mueven sobre la tierra. Una experiencia no interrumpida de todos los siglos nos informa de esta verdad. Resta ahora saber en qué consiste esta superioridad que tiene el hombre sobre todos los demás animales del mundo para entrar en nuestro caso.

Sabemos que esta superioridad no consiste en la robustez de nuestros cuerpos, en la ligereza de nuestros piés, en la mayor perspicacia de nuestra vista: no consiste en la superioridad de nuestro tacto, de nuestro oido, de nuestro gusto, de nuestro olfato. El leon es más robusto que nosotros: el gamo nos aventaja en ligereza: el jabalí oye con más perfeccion que nosotros: el olfato del perro, la vista del lince, el tacto de la araña, el gusto de la mona son superiores á los del hombre, por lo que cantó un poeta:

Nos aper auditu, linus visu, simia gustu,
canis odoratu præcedit, aranea tactu.

Sin embargo de esto una experiencia no interrumpida nos ha hecho ver sujeta al imperio del hombre toda la robustez y ferocidad del leon: hemos visto que no le ha valido al gamo su ligereza contra nuestra industria: el jabalí no se ha escapado de nuestra dominacion por la perspicacia de su oido: el perro, el lince, la araña, la mona, han prestado su obediencia á nuestra superioridad. Debe, pues, hallarse adornado el hombre de otras cualídades que le hagan superior á los demás vivientes.

Yo hablo para todo género de literatos; he de conducirme por lo mismo como filósofo. Si fuesen solo los católicos á quienes habia de persuadir la verdad que nos ocupa, hubiera supuesto la superioridad del hombre sobre todos los vivientes. Ellos saben y creen su destino. Ellos saben y creen que tienen una alma racional y carecen de ella los demás vivientes; pero un filósofo no católico ó no sabe ó no quiere saber esta nuestra superioridad; cree ó desea poder creer que el hombre y los demás vivientes solo se distinguen en lo más y en lo ménos, y que este más y este ménos unas veces está de parte del hombre, otras de parte de los demás vivientes. Dejando, pues, á los teólogos el cuidado de despreocupar en este particular á nuestro filósofo, procuraré ceñirme á un solo punto palpable, natural, óbvio á todos, y que es tambien más adecuado á nuestro intento.

No pueden negar los filósofos, cualesquiera que ellos sean, que en el hombre hay una facultad inventora, y que esta facultad falta en todos los demás vivientes. El jilguerito hace hoy su nido del mismo modo que le hicieron sus más remotos abuelos; y los castores no han adelantado cosa alguna en sus decantadas habitaciones: el hombre cada dia inventa nuevas comodidades en su alojamiento. El caballo y el toro no han sabido hallar otro medio para oponerse al frio, al calor, á sus enemigos, que aquel que tuvieron sus primeros progenitores. El hombre ha multiplicado hasta lo infinito estos medios. El jabalí oye: el lince vé: la mona gusta: el perro huele y la araña usa del tacto, del mismo modo que usaban sus antepasados. No han adelantado una línea en la perfeccion de estos sentidos. Pero ¿qué medios no ha puesto en ejecucion el hombre para aumentar la virtud de estos sentidos? Llega ya á registrar con su vista los objetos más lejanos: ha subido hasta la Luna: ha registrado el Sol: ha observado ya los planetas y las estrellas, y ha visto en estos astros objetos dignos de su atencion. ¿Qué viviente terrestre ha dominado los mares? El hombre los maneja con primor. ¿Qué animal ha reconocido la historia de sus abuelos? El hombre ha inventado los medios de recorrer las pasadas generaciones por medio de la escritura. Entremos en nuestro intento bajo estos verdaderos supuestos.

El hombre recibió esta facultad inventora y se distinguió por ella de todos los demás vivientes desde el instante mismo en que fué criado. Desde este mismo instante fué destinado para vivir en socie-

dad con sus iguales. De estas dos verdades se deduce que desde el mismo instante hubo de recibir los medios de comunicar todas las ideas de que era capaz. Estas son tantas en número que quizá se hallará el filósofo confuso si las quiere fijar á un determinado guarismo; y es indispensable que el lenguaje del hombre destinado á este efecto sea capaz de producir tantas voces diferentes cuantas sean las ideas que han resultado y pueden resultar hasta el fin de los siglos, de la contemplacion de los séres naturales y sobrenaturales, sus cualidades y diferentes accidentes, y las que la combinacion de estas mismas ideas produjese por medio de la invencion.

Admirad, filósofos, el lisongero destino de nuestro linaje. Contemplad la estupenda sabiduría de nuestro Hacedor. ¿Os atrevereis en lo sucesivo á comparar al hombre como muchos de vosotros le habeis comparado con el burro y demás animales irracionales? ¿Creereis que solo nos diferenciamos de estos brutos en el más y en el ménos? ¿Os persuadireis que todas estas grandezas son adquisiciones nuestras, que no hubo en nosotros desde las más remotas generaciones un gérmen de estas operaciones, que esta facultad inventora no es un don gratuito, un regalo, una perfeccion que recibimos de manos de nuestro Hacedor en la misma creacion? Nó. No creeré que os inspireis en lo sucesivo con la grosería con que hasta ahora os habeis inspirado. No nos desviemos de nuestro intento y contemplemos el lenguaje del hombre.

Destinado este para comunicar toda la multitud de ideas que acabamos de referir, era necesario que tuviese una estension casi innumerable, y que el Supremo hacedor depositase en el órgano de la voz todos aquellos juegos que eran precisos para formar en las voces las conducentes diferencias. Sin embargo, por mas atencion que pongamos en escudriñar este órgano, solo hallaremos veinte y ocho elementos ó letras, como se hará ver en el discurso segundo, hablando del alfabeto que hubo de haber tenido el primitivo idioma. De estas veinte y ocho letras unidas y ligadas entre sí ó separadas siendo vocales, ha de resultar todo el cúmulo de voces que ha de representar en la mutua comunicacion la multitud de designados que hemos dado á entender.

Todas y cada una de estas letras han de ser señoras, quiero decir, que en todas y cada una de estas letras se ha de comunicar á nuestro oido un particular y determinado sonido, y este sonido ha de ser efecto de una explosion del aire: de modo que habiendo constituido el Ser Supremo veinte y ocho letras diferentes, quiso que otras tantas explosiones distintas concurriesen á la gran estructura de las voces del lenguage. Un agente ha de concurrir á la mocion del aire, y se ha de verificar un choque ó latigueo en dicho aire. ¿Quien es, pues, el agente que ha de mover al aire para que con este ó aquel choque, con este ó aquella modificacion forme las veinte y ocho explosiones ó le-

tras? Una facultad actriz concedida á nuestra misma constitucion es este admirable agente. Nuestro instinto, nuestra misma naturaleza; esta virtud intrinseca: esta armoniosa disposicion del órgano de nuestra voz es el ejecutor de esta estupenda y asombrosa operacion. Internémonos algo mas.

¿Como opera en este ente particular nuestro instinto, nuestra naturaleza, y en armoniosa disposicion orgánica, esta virtud actriz, que no sé como llamarla? ¿Es arbitrario á nuestro instinto el formar la letra *A* ó la letra *B*, la letra *O* ó la letra *I*? Seria confuso en este caso nuestro idioma: seria ininteligible, y el Supremo hacedor quedaria frustrado en los designios que tuvo con nosotros y con nuestro modo de comunicar los pensamientos. No. El Supremo Sér arregló el cómo, el cuándo se habia de pronunciar la *A* y no la *E*. El mismo determinó cuando la *S* habia de proceder á la *I* para formar la sílaba *Lí*. El mismo dispuso cuando la vocal O habia de anteponerse á la *I* para que resultase el diptongo *oi* etc. etc. etc. El mismo informó de estas reglas á nuestra naturaleza en su misma constitucion, esto es, en el mismo instante en que crió al primer hombre, de modo que nuestro instinto juega de los músculos orales por ciertas y determinadas reglas prescritas por naturaleza y que ha de observar indeleblemente.

Estas reglas ó preceptos, que recibió el instinto ó naturaleza en nuestra misma constitucion, no son otra cosa que aquella admirable analogia que el Ser Supremo quiso dar á las modulaciones orales con los signados que podian representarle en la mutua comunicacion de pensamientos, como largamente se hará ver en el segundo discurso, hablando de la formacion significativa de las voces primitivas. De aquí se infiere que no siendo sino veinte y ocho las letras ó explosiones del aire destinadas á la extructura del idioma, no pueden estos signos naturales representarnos los signados sino con una conocida generalidad, asi como lo hacen los demas signos naturales. La *A*, por ejemplo, ha de tener analogia con un signado comun y general, asi como la tiene el gemido. Lo mismo sucederia con la *B*, *G*, *O*, *P*, etcétera y representarán los signados en globo de la misma manera que representan el llanto, la risa, y un sinnúmero de acciones corporales.

Ahora, pues, asi como el instinto puede aplicar el *gemido* á todo género de pena, la *risa* á toda especie de alegria, y las acciones de admiracion á toda suerte de causas, que la producen, del mismo modo ha de egecutar con las letras. La *G* la *K* y la *O* tienen analogía con todo lo que es alto, elevado, sublime, por haber colocado naturaleza á estas letras en lo mas alto, elevado, sublime del órgano de la voz. Puede por lo mismo y debe el instinto hacer uso de ellas en las representaciones de todos aquellos signados particulares, cuya mas notable cualidad sea la altura, la elevacion, y la sublimidad. La *A* tiene analogia con todo lo estendido: la *S* con todo lo que es adherido

unido, apegado: la P y la *B* con todo lo que es bajo: la *L* con todo lo que es sutil, penetrante, lineal: la *O* con todo lo que es profundo, hueco, lóbrego etc., etc. Puede, pues, el instinto y debe formar los signos vocales de los signados particulares, aplicando aquella letra, cuya significacion análoga sea mas notable en ellos. Léase en el segundo discurso la formacion significativa de las voces primitivas, y concluyamos.

Asi como en el gemido, que nos dá á entender la pena en comun, necesitamos otra nocion para llegar á conocer cual sea esta pena, de la misma manera en las letras que representan un signado en comun, es necesaria otra nocion para que particularicemos este signado. De aqui es que naturaleza dispuso que uniendo letra con letra fórmasemos un número considerable de voces, y que estas se aumentasen hasta casi el infinito, reuniendo sílabas con sílabas, para que tuviésemos todos los signos necesarios con que poder representar cuantas ideas puedan ser comunicables en nuestra Sociedad hasta la consumacion de los siglos. La primera letra en nuestras disílabas, cualquiera que ella sea, ha de representarnos el género del signado: la segunda su diferencia: de lo contrario el idioma no podrá ser natural. En las sílabas *ta te ti to tu*, la *L* ha de ser el género, y la *a e i o u* la diferencia. Por la *L* sabemos que en la lengua, que es natural, los cinco signados representados han de ser unas cosas, que se unen, apegan, arriman ó se estrechan, esto es, que pertenecen á esta clase; por la *A*, que es la diferencia del primer signado, sabemos que este ha de ser ancho, estendido: por la *C* que ha de ser suave, dulce, delicioso, etc. por la *I* que ha de ser penetrante, sutil, puntiagudo lineal:::: por la *O* alto, redondo, sublime:::: y por la *U* hueco, profundo, hondo::: de modo que la *La* nos indicará un signado que ha de ser una cosa que se une, apega, y que al mismo tiempo ha de ser ancha, estendida y grande esta union ó apego. La *Le* nos hará ver que el apego es suave: la *Li* que es sutil:::: la *Lo* que es alto, redondo:::: la *Lu* que es hueco, profundo::: y añadiendo diferencias sobre diferencias con la adicion de letras, llegaremos á individualizar cuantos signados particulares se comprenden bajo la generalidad de cosas apegadas, unidas etc. y asi respectivamente en todas las demás disílabas.

Será natural por lo mismo cualquiera voz que se forme bajo de estas armoniosas reglas: el hombre procederá naturalmente en esta formacion: luego es natural al hombre el poder multiplicar los idiomas, pues es natural en él adoptar las letras para representar cualquiera de los signados particulares, que se hallan comprendidos bajo de la generalidad, que nos dan á entender dichas letras. Supongamos que á los hombres que viven en la distancia de mil leguas y forman distintas naciones, se les presentan unas nuevas ideas: que estas ideas son en ellas de diferentes signados: y que estos signados son todos estendidos. A todos ellos les es análoga la letra *A*. Supongamos tam-

bien que estos signados en una y otra nacion son cuatro. Queremos que en la primera sean un plato, una pradera, una mesa, la palma de la mano. Queremos que para diferenciar estos cuatro signados diese una nacion al plato el nombre *A*, á la pradera el de *az*, añadiendo á la *A* la letra doble *Z* para denotar su mucha anchura: á la mesa llámase *AO*, denotan por la *O* su elevacion, circunstancia que la diferencia de los demás signados, y á la palma de la mano *Aiz* para diferenciarla por la multitud de radios ó líneas que tiene y forma con sus dedos. ¿No serian naturales estas voces? ¿No guardaria el instinto en ellas las reglas prescritas por naturaleza? ¿Dejaria de ser natural el idioma de esta nacion? Pasemos á la otra. Los cuatro signados que á esta se presentaron, fueron la anchura de la frente, y la llamó *A* á la frente: el Orizonte y le llamó Az por su mucha anchura ó estension: la planicie de un pináculo, y la llamo *AO*: una araña grande, y la llamó *Aiz*. ¿No serian igualmente naturales estas voces con sus signados? ¿No obraria en ellas el instinto? ¿Podrian sin embargo una y otra entenderse en estas voces? ¿No podia suceder lo mismo en otras? Luego es natural al hombre el poder multiplicar idiomas: pues le es natural el formar voces con diferentes significaciones.

SEGUNDA VERDAD.

El idioma natural se halla oscurecido en los lenguajes que hoy se hablan, pero no borrado.

Si contemplamos con atencion el mecanismo de los idiomas que hoy se hablan en el mundo, hallaremos en ellos una bellísima analogía. Esta analogía proviene precisamente de aquellos rasgos del mecanismo del idioma primitivo, que se han conservado en ellos. Si el hombre antojadizo, haciéndose atrevidamente maestro de la misma naturaleza no hubiera introducido el desórden en los lenguajes, hoy hubiéramos gozado de un idioma natural, dividido quizá en algunos dialectos ó diferencias accidentales. Por esta diferencia de dialectos no perderia los bellos atavíos que la armoniosa naturaleza preparó para el lenguaje desde los primeros tiempos en que sé hizo necesario el habla. En efecto ¿quién antepuso el artículo en las lenguas hébrea y sus hijas, en la mayor parte de las europeas, etc., sino el capricho del hombre? El género de los nombres en un sinnúmero de idiomas no es un efecto conocido de la humorada y antojo. El instinto, la naturaleza, esta virtud actriz del hombre, no podia haber trastornado este órden, esta sintáxis, que delineó y arregló para el uso de los idiomas el Supremo Hacedor cuando quiso hermosearnos con la facultad del habla. No. No fué el instinto: no fué la naturaleza, fué el hombre quién trastornó el arreglado mecanismo del idioma primitivo; quien confundió, oscureció, deshizo aquel admirable órden de la locucion que honró las primeras generaciones.

Pero sin embargo de cuantas diligencias se han hecho por el hombre para destruir y llevar hasta el olvido el idioma de sus primeros padres, no lo ha podido conseguir. Toda la decantada literatura presente y preterita se ha empeñado en esta mal reflexionada operacion; pero gracias á los esfuerzos de la naturaleza y del instinto, no ha podido ser borrado enteramente el natural mecanismo del primitivo idioma. No hay lengua, si esceptuamos una, que no haya afeado este mecanismo. Sin embargo, todos los idiomas han conservado rasgos nada equívocos de su belleza. Todas las naciones en sus respectivos lenguajes tienen voces, frases, locuciones y juegos de conceptos, que

embelesan al sabio, sin que sepa la causa de este embelesamiento. Si la lengua griega se halla afeada miserablemente en sus nombres por el género y la declinacion: en sus verbos por el defecto de sus conjugaciones, modos, tiempos y personas: en su sintáxis por el desarreglo con que coloca sus voces en los conceptos; conserva en las compuestas aquella bella propiedad que hubo de hermosear al mecanismo del idioma primitivo. Si la hebrea con sus hijas es defectuosa: en su alfabeto por carecer de las mas sonoras, bellas, armoniosas y necesarias letras para levantar el gran edificio de un idioma perfecto en sus nombres por el género é indecente anteposicion del artículo y preposicion: en el verbo por la pobreza de sus conjugaciones: en la sintáxis por el desarreglo de la colocacion de sus voces; y en estas por falta de caractirísticas que indiquen los diferentes estados de sus signatos: conserva sin embargo, los verbos sencillos y dobles y la simplicidad y sencillez que condecoráron al primitivo idioma con una propiedad nada comun en sus palabras.

Si la lengua latina y sus hijas: si la ilírica y las suyas: si la céltica, si la Cophta, si la Ahenónica y sus hijas, si la Goda: si la china y sus dialectos, y por no alargarnos demasiado, si todos los idiomas, como hicimos ver en la Apología de la lengua bascongada, son imperfectos en sus respectivos silabarios; si ningun lenguage tiene en sus verbos las cinco personas, las doscientas y seis conjugaciones, que hubo de tener necesariamente el idioma primitivo; si la mayor parte de ellos carece de verbos masculinos y femeninos, si finalmente ninguno de ellos tiene una sintasis que sea arreglada: cualidades todas que hubo de tener el idioma primitivo, como se demostrará en el 2.° discurso; con todo, todas las lengnas usan de las mismas letras y silabas naturales que hubo de usar la primitiva. Se hallan en todas ellas, en unas más, en otras ménos, voces propias, ecónomas, eufónicas. Admiramos en sus conceptos un sinnúmero de expresiones enérgicas, aunque los literatos más ilustrados no hayan podido dar hasta ahora con la causa natural de esta energia. Muchas voces asombran por su propiedad: muchas frases por su energía: muchos adagios por su finura y embeleso en los diferentes juegos de las inflexiones del verbo y del nombre.

¿Qué vienen á ser estas voces que admiran á los literatos en los idiomas por su propiedad: estas expresiones que les embelesan por su energía: esos juegos de inflexiones que les admiran en los verbos: esos adagios que les encantan por su finura? No son otra cosa que unas pruebas auténticas de que no se ha olvidado aun el idioma primitivo, y sino digannos los observadores de estas bellezas quién es el que les puede asegurar de que esas voces son propias: que esas expresiones son enérgicas: que esas inflexiones del verbo son admirables, y que esos adagios son encantadores por su finura? ¿Es por ventura aquella casualidad, aquel azar, aquella arbitrariedad del hom-

bre á quien se hace autor de los idiomas? No: no es una produccion de la casualidad, del azar, del antojadizo hombre, esta propiedad, esta energía, este asombro, esta finura que embelesa, que admira y encanta. La casualidad, el azar, el antojo mismo del hombre, habrá formado las voces que disgustan: las frases que incomodan: los juegos de inflexiones que chocan y los adagios que desagradan. Nó, vuelvo á decir. No es la casualidad, no es el azar ni el antojadizo hombre á quien son deudores los sábios de estos ratos placenteros que les proporcionan los primores del lenguaje. Todo se debe al primitivo idioma que existe aun en nosotros. Procuraremos hacerle ver impreso en la misma naturaleza.

Toda pintura que agrada y deleita el ojo de todos, no puede ménos de estar arreglada al signado que representa. No es ya el arrojo y la ignorancia del arte de dibujar quien engaña, como sucede en los gustos y aprobacion de particulares individuos. Es un voto universal el que aprueba la pintura. Facultativos y no facultativos, sábios é ignorantes concurran al juicio, y un juez intrínseco igual en todos los individuos é innegable dá la sentencia de este juicio, esto es, la naturaleza. Esto mismo sucede en las voces, en las frases, en los juegos de inflexiones, en los adagios de los idiomas, cuando generalmente son mirados como propios, como enérgicos, como llenos y hermoseados de primor y finura; y sino ¿en qué consiste que unas voces agraden por su propiedad y disgusten otras por impropias? ¿Qué cosa es la que mueve á todos con generalidad á contemplar como enérgica la una expresion y no la otra? Es preciso que haya ciertas reglas: que preceda cierta combinacion de ideas y que estas sean comunes á todos. ¿Dónde las han estudiado? ¿Dónde las han aprendido? El sábio como el ignorante; el noble como el plebeyo; el rústico como el ciudadano; el cortesano y el pastor, todos están informados de estas reglas, y combinan con igual acierto las ideas que son necesarias para el discernimiento: á todos gustan ciertas locuciones; á todos disgustan otras; todos se conforman, todos aciertan; ninguno se equivoca, y no puede ser otra sino su naturaleza, sino su instinto, sino esta virtud oculta que recibieron en su constitucion quien les informa. ¿Podemos negar despues de esto que existe en nosotros un idioma primitivo, un idioma que nos hace conocer sus bellezas no bien las oimos; un idioma que nos avisa no ser suyas las torpezas que afean los lenguajes que hoy hablan las naciones? Luégo no ha olvidado el hombre, ni olvidará jamás el idioma primitivo.

Es verdad que ha oscurecido este primoroso idioma: pero ¿por qué causa? Por haber ido contra su instinto, contra su naturaleza, contra el dictámen de aquella virtud intrínseca que para el efecto recibió con su mismo ser, con su misma constitucion. Dicta la naturaleza que no ha de haber sexos en las cosas reproductoras. Pisa el hombre este natural dictámen, y hace, en lo que de él depende, que la *pared* sea

del sexo femenino, y del masculino el *pueblo*. Quiere naturaleza que se respete á los superiores, que se tenga conmiseracion con el sexo débil; que haya para este efecto cinco personas en el verbo de los idiomas. El hombre, rebelde á estos preceptos, hace que no sean sino tres estas personas. ¿Quién si no el antojo y la arbitrariedad del hombre ha antepuesto el artículo y la preposicion al nombre, contra el dictámen del instinto, de la naturaleza y de la razon? Pero ¿quién ha sido aquel hombre que se ha opuesto al instinto, á la naturaleza, á la razon, en estas y otras infinitas particularidades del mecanismo de los idiomas? No ha sido el solitario pastor, el laborioso agricultor: no ha sido el bajo pueblo. El sábio, el erudito, el filósofo, en una palabra, la literatura es la que se ha sublevado contra el idioma primitivo, contra el idioma natural, y ha llenado de lunares horrorosos á la más preciosa alhaja que tenia la sociedad del hombre. Contemplemos sino los idiomas de aquellas naciones que han sido y son reputadas por más sábias, por más literatas. Cotejemos estos idiomas con aquellos que hablan las que se llaman bárbaras, rústicas, torpes, incultas, y se demostrará esta verdad. ¿Podrá presentarse la lengua de los sábios romanos sin rubor al cotejo con la Aimara: la de los eruditos Griegos con la Quichua, la decantada Hebrea con la Cochinchina, etc., etc., etc?

Es visto, pues, que el hombre no se ha olvidado, ni se olvidará jamás del idioma primitivo, aunque le haya oscurecido y afeado: y será más que regular que le oscurezca y afee aun mucho más, si los filósofos no le miran con más cariño que hasta ahora. Sí. Si los sábios no se reforman en el método que han adoptado para ilustrar los idiomas de sus respectivas naciones, en breve veremos al habla en la mayor decadencia. En efecto, ¿cuáles son estos medios? ¿No se han fijado ya en las naciones cultas ciertas reglas que han de observarse inviolablemente en la locucion? ¿No se han introducido en ellas voces á porfía con la idea de aumentar sus diccionarios, sin más exámen que el haberlas hallado en éste ó el otro escritor nacional de carácter? ¿El uso del mismo vulgo no ha sido suficiente para adoptar voces, frases y sentencias, y el forastero no les ha vendido palabras que no necesitaban mendigar? ¿Por qué no se observan las reglas de derivacion? Se dice *doctor*, *lector*, en el castellano, por ejemplo, debiendo decirse *enseñador*, *leedor*, como se dice *jugador*, *vendor*. Se usa del abstracto *puerilidad*, sin que tengamos concreto de donde derivarlo: usamos de las voces *doctrina*, *doctrino* con el mismo defecto. ¿De qué primitivos vienen *mental*, *cordial*, *filial* y otros innumerables? Decimos *fábrica*, *factor*, *factura*, *factoría* y no tenemos de donde deducirlos en la lengua castellana. Son bárbaras las voces *paternidad*, *magestad*, *omnipotente*, *putrefaccion*; pero no acabaríamos si quisiésemos hacer ver en sola la lengua castellana los abusos que ha introducido la mala adopcion de medios para enriquecer los idiomas.

Consultemos este primoroso idioma primitivo que existe aun entre nosotros; arreglemos los lenguajes por él: fijemos nuestras voces primitivas; sigamos constantes las reglas de la derivacion. La que hemos derivado legitimamente del verbo castellano *entender*, las voces *entendimiento*, *entendido*; hagamos lo mismo con los demás derivados y desterremos de nuestros diccionarios las bárbaras voces *inteligencia*, *inteligente*, *intelectual*, *inteligible*. Nada importa que de ellas hayan hecho uso nuestros sabios. Miren los filósofos con más cariño que hasta ahora al idioma primitivo; gobiérnense por él en las taréas que emplean en la perfeccion de los idiomas, pues de lo contrario le verán oscurecido de dia en dia en sus respectivos lenguajes: cada dia se aumentará su barbarie é imperfeccion: cada dia irá decayendo su propiedad, su economía, su eufonía: cada dia perderá terreno la energía de sus expresiones, la finura de sus adagios. Es visto, pues, que el idioma primitivo ó natural se halla oscurecido en los lenguajes: pero no se ha borrado. Corroboremos esta verdad, contestando á las objeciones que contra ella se nos proponen.

El gemido, se nos dice, la risa y ciertas acciones corporales que fueron destinadas por naturaleza á ser signos respectivamente de dolor, de alegria, de admiracion, etc., son las mismas hoy que en el mundo primitivo. Pues ¿por qué el lenguaje no es el mismo? Pero respondemos que el hombre fingido y adulador se ha burlado de estos preceptos naturales del mismo modo que se burló de los que recibio para el idioma, y que hoy el gemido, la risa, etc., no son lo que fueron en el mundo primitivo, y que se hallan oscurecidos estos signos, pero no borrados.

No sé yo si esta verdad necesitará otra cosa que su misma exposicion para ser creida. Cada dia la vemos practicada en la comunicacion social. Vemos gemir, llorar, suspirar y hacer otras demostraciones de dolor y pena en la muerte de padres, tios y parientes á aquellos que van á entrar en la posesion de la copiosa herencia que les ha preparado su muerte. ¿Cuál es el móvil más robusto para el hombre de hoy, una copiosa herencia que le vá á hacer feliz para alegrarse, ó la muerte de su bienhechor para entristecerle? Los motivos de alegría y de pena provienen de la misma causa, y se verifican al mismo tiempo. Es preciso no acordarse de la herencia para gemir con dolor, ó es preciso gemir con alegría; es preciso que luchen la pena y el placer, ¿Quién vencerá? ¿Cuál de ellos logrará la victoria? Es un acto heróico el olvidarse del interés para llorar la causa que lo ha producido? ¿No nos hallamos en la época de estas heroicidades, de este desapego al interés? Es visto, pues, que el gemido y la risa no son hoy como en otro tiempo una señal infalible del dolor y de la alegría: que se gime sin pena y se rie sin alegria á cada paso en estos tiempos infelices en que la simulacion ha desterrado la sencillez y la adulacion se burla de la naturaleza.

Contemplemos nuestros pésames: contemplemos los actos de nuestras enhorabuenas. ¿Se hallan todos entristecidos en los primeros? ¿No hay alguno á quien oprima y atormente la envidia en los segundos?

Mírese al hombre por cualquier parte que se quiera; por todas se le verá fuera ya de aquel órden establecido que la naturaleza le inspiró.

Esto mismo ha sucedido con el lenguaje primitivo, aunque natural al hombre. No se ha perdido, como poco hace se ha demostrado; pero el antojo y la versatilidad del hombre le ha desfigurado, le ha oscurecido de un modo tal, que no es conocido, como tampoco lo son la natural sociedad y la ley. Así como cada nacion, cada provincia, cada pueblo, cada familia se ha formado una sociedad, un código particular y distinto de las demás, así cada gente se ha fabricado tambien un idioma propio. En todas estas sociedades y códigos hay un gérmen de la sociedad y de la ley que fué natural á los primeros hombres, y lo mismo sucede en los idiomas.

Confesemos, pues, que lo natural es permanente: que miéntras dure un ente, durarán en él sus cualidades naturales, pero confesemos igualmente que el hombre puede burlarse de los avisos de la naturaleza: que puede ir contra ellos, y que el argumento propuesto no se opone á que el lenguaje de los primeros hombres hubiese sido natural.

TERCERA VERDAD.

En nuestro lenguaje y el de los demás vivientes no hay la debida analogía para deducir que el idioma no es natural al hombre.

El tercer argumento que se forma contra el lenguaje natural de los primeros hombres en la multitud de idiomas que hoy se hablan, se funda en una falsa induccion. Todos los vivientes, fuera del hombre, se nos dice, han conservado el mismo lenguaje que hablaron sus primeros progenitores. Relincha el caballo de hoy lo mismo que relinchaba el de ahora mil, dos mil y más años: brama el toro, ladra el perro, ruge el leon en nuestros dias, del mismo modo que bramaban, relinchaban, ladraban en tiempo de nuestros más remotos abuelos. El lenguaje ha sido, es y será uno mismo en todos los animales, si exceptuamos al hombre. Este es el único que le ha multiplicado casi hasta lo infinito, y este debe ser tambien el único en quien no ha sido natural.

Tal es el argumento que se nos propone; pero es notoriamente falso. La induccion en que se funda se opone á las reglas de la lógica: no hay proporcion en ella: no hay la suficiente analogía en el lenguaje del hombre y de los demás vivientes para esta induccion. El hombre habla: el caballo relincha: el toro brama. Todos hablan, si así podemos decir: todos comunican sus ideas con estos respectivos lenguajes; pero el habla del hombre, el relincho del caballo, el bramido del toro se hallan muy distantes para formar la debida analogía. Hagamos ver con claridad la gran diferencia que hay del lenguaje nuestro al de los irracionales.

El lenguaje del toro y del perro es un lenguaje de signos comunes, de signos generales; el del hombre es más elevado, es más sublime, es más admirable. Brama la vaca, y hace que venga la cria á ella; pero este bramido es general para todas las crias. Llama la gata á sus hijuelos por el maullido, pero necesariamente ha de llamar á todos: no puede particularizar cuál de ellos ha de venir. El hombre hará con su voz que solo llegue á él tal ó tal determinado hijo. Podrá la misma vaca llamar al toro por otra especie de bramido, y el gato á la gata por un diferente maullido; pero ni la vaca determinará en su

lenguaje á un toro particular, ni el gato en el suyo cual ha de ser la gata. Busca la vaca al toro, cualquiera que él sea; y el gato á la gata sin que pueda individualizarla. Este lenguaje es suficiente para los brutos y su destino; la grandeza del hombre pide, á más del lenguaje de signos comunes ó generales, otro idioma por medio del cual pueda individualizar estos signados. El hombre conviene con los brutos en la parte animal, y se conforma con ellos en el primer lenguaje. Es diferente en la parte espiritual, y se distingue de dichos brutos por el segundo. Expliquemos estos dos idiomas, que nos hermosean, ántes de pasar adelante.

De dos diferentes maneras comunica el hombre sus ideas; por medio del habla ó locucion. Unas veces usa de sola la interjeccion; otras veces se vale de las partes que llamamos de la oracion, esto es, de nombres, pronombres, verbos, etc. No es el mismo el uno y el otro modo de hablar. Cuando usamos de solas las interjecciones, juega en nosotros la parte animal ó sensitiva. Cuando nos valemos de las partes de la oracion, obra la parte racional. Al primer modo de comunicar nuestras ideas, puede llamarse lenguaje animal: al segundo, lenguaje racional. El primer lenguaje no es comun con el de todos los demás vivientes: el segundo nos diferencia de ellos. En el lenguaje animal no hay nombres, verbos, pronombres, participios, etc.: en el racional concurren todas estas partes de la oracion. Expliquémonos con alguna más extension.

Gime el hombre: hé aquí un signo del lenguaje animal. Se ríe: hé aquí un signo segundo del mismo lenguaje. Suspira: hé aquí un tercero. Todos estos signos son orales, esto es, de voces articuladas ¿Dónde está el sujeto? ¿Dónde el atributo? ¿Dónde la combinacion de ideas? ¿Dónde el verbo que ha de unir al sujeto y al atributo? Todo falta en este idioma: porque faltan las operaciones de la parte racional. El sentido es el único que moviliza estas expresiones. El puro instinto, esto es, esta parte animal que nos constituye, es lo único que juega en ellas. No entra el discurso: no entra la razon: no entra la inteligencia á descomponer la idea comunicada: nos explicamos en globo del mismo modo que los irracionales.

De aquí resulta que en el lenguaje animal ó de solas interjecciones no comunicamos las ideas sino en general. Si gemimos, damos á entender el dolor que nos atormenta, pero no individualizamos por medio de atributos nuestra pena. Nos reimos, y sucede lo mismo respecto de nuestra alegría, y así de todas las demás interjecciones. Pasemos al lenguaje de los irracionales ¿Qué otra cosa es este idioma que un cúmulo de interjecciones? Consúltese el relincho de los caballos, el bramido de los toros, el rugido de los leones, y se percibirá esta verdad. Tienen diferentes relinchos los caballos, diferentes bramidos los toros; pero todas estas diferencias son signos comunes, signos generales, signos que representan las ideas solamente en globo. ¿Hay

algun nombre en estos relinchos, en estos bramidos, que indique el sujeto? ¿Hay algun epiteto que descubra el atributo? Es verdad que estos animales vierten en sus idiomas proposiciones enteras. Nos dicen en sus voces, si así podemos hablar, *yo tengo dolor: yo tengo miedo: yo tengo alegria: yo tengo hambre*; pero es implícitamente: es del mismo modo que se comunican las ideas por medio de la accion ó gesto. No reconocemos en el relincho aquel *Yo* que indica al que habla: aquel *tengo*: *aquel dolor*. Toda la proposicion está implicada: está metida en un solo signo. Las ideas que la componen no se hallan desenvueltas: no se hallan analizadas: no tenemos en estos idiomas sino signos en globo, en comun, en general: no hay nombre, no hay pronombre, no hay participio, no hay preposicion, etc.

Hé aquí un lenguaje comun al hombre y á los demás vivientes: hé aquí la única analogia que el habla tiene con el relincho y demás idiomas de los brutos. Han conservado, así el hombre como los demás vivientes, este modo de comunicar sus ideas. Si el caballo de hoy relincha del mismo modo que el de ahora mil, dos mil ó más años, el hombre gime, se ríe, llora y suspira, lo mismo que suspiró, gimió, lloró y se rió el primer hombre. Nuestras interjecciones son las mismas que las de nuestros más remotos abuelos, así como lo son el bramido, el rugido y el maulleo. Por lo mismo, la única analogía que hay entre el hombre y el bruto en la comunicacion de ideas, consiste en este lenguaje; y no habiéndole mudado, variado, ni multiplicado hasta hoy el hombre, queda enmudecido el argumento que se nos ha propuesto contra el lenguaje natural de los primeros hombres. Pasemos ahora al lenguaje racional.

No hay duda que el hombre, del mismo modo que comunica sus ideas por medio del instinto, esto es, en virtud de la parte animal, comunica tambien por medio de la inteligencia, ó en virtud de la parte racional, ó discursiva. No puede tampoco dudarse que así como el primer modo con que comunica sus ideas, es un lenguaje nada diferente del que usan los irracionales, el segundo es enteramente distinto de él. El primero es un lenguaje de la parte animal y solo juegan en él las interjeciones: el segundo es un idioma de la parte racional y en él juega el discurso. No puede hablarnos en este lenguaje el hombre sin presentarnos un juicio, una verdadera proposicion, con un sujeto determinado y un atributo de él. Antes de proferir esta proposicion combina bien ó mal nuestro entendimiento á lo menos dos ideas, esto es, la del sugeto y la del atributo. Si combina bien estas ideas, es verdadera dicha proposicion; si combina mal, es falsa. En uno y otro caso ha de ser necesariamente afirmativa ó negativa dicha proposicion, pues el entendimiento dió ya su juicio. Si esta potencia teme juzgar sobre la conveniencia de las dos ideas prelichas, la proposicion será dudosa. Si se arrima mas á la conveniencia ó desconveniencia, será probable. Si hay condicion será condicionada etc.

pero siempre ha de ser una verdadera proposicion: siempre ha de ser un verdadero juicio: siempre ha de ser un acto de la razon, esto es, un lenguaje racional.

Cuando digo por ejemplo: *Pedro es bueno*: *Juan fué soldado*; *Antonio será ermitaño*, mi lenguaje es un idioma racional. Combino para entonces mi entendimiento bien ó mal la idea de *Pedro* con la de la *bondad*: la de *Juan* con la de *soldado* y la de *Antonio* con la de *ermitaño*. Si combino bien las proposiciones serán verdaderas: si combino mal, no podrán ménos de ser falsas. Dichas ideas en estas proposiciones se hallan separadas, divididas, descompuestas ó analizadas. La idea de *Pedro* hace de sugeto: la de su bondad forma el atributo. El todo de la proposicion es una idea compuesta en mi entendimiento: en mi lengua se descompone: parece en ella que son separadas ideas la de *Pedro* y la de la *bondad* y lo mismo sucede con las ideas de *Juan* y de *soldado*, de *Antonio* y de *ermitaño* en la segunda y tercera proposicion.

Otras veces decimos *comes*, *andas*, *corres*: y analogizamos las voces con las ideas y las ideas con las voces. En estas tres proposiciones ó juicios se presentan dichas ideas del mismo modo que se hallaban en el entendimiento. No se separan, no se dividen, no se descomponen, ni se analizan como en las proposisiones del párrafo antecedente. Una sola voz nos hace ver el sugeto, el atributo y la combinacion, que de ellos hizo el entendimiento. Al oir comes, sabemos que el sugeto es aquel á quien se habla: que el atributo aplicado en dicho sugeto es el indicado por el participio implícito *comiendo comiente*; y que este sugeto y atributo están unidos entre sí por un juicio del entendimiento indicado con el subentendido verbo *estas* de modo que la proposicion *comes* comprende en una sola voz tres diferentes ideas, esto es, la del sugeto, la del atributo y la de la combinacion hecha por el entendimiento: por lo mismo el decir *comes* es como el decir *tu estás comiendo ó comiente*: el decir *andas* lo mismo que el decir *tu estás andando ó andante*: el decir *corres* lo mismo que decir *tu estás corriendo ó corriente*.

Pero ¿con que finura, con que energía, con cuanta economía no comunicamos las ideas de nuestro entendimiento por medio de este admirable idioma racional? Una mínima partícula es suficiente para trasmitir las mas acabadas operaciones de nuestro raciocinio. Una conjuncion, una proposicion, un artículo, un adverbio nos eleva á los mas altos conocimientos, á los conceptos mas sublimes. Un *por lo cual*, *por esto*, *por tanto* nos hace reconocer en nuestra reminiscencia todos los conceptos que antecedieron por innumerables que ellos sean. *Un sin embargo*, *no obstante*, *con todo*, causa en nosotros los mismos efectos aunque para distintos fines. Es suficiente un *si*, un *no* para hacernos recorrer cuantos conceptos se nos han comunicado, y el asenso ó disenso que hemos dado á todos y cada uno de ellos. Con

solo decir *bien, ya*: por lo que recopilamos todas cuantas ideas han hecho el asunto de nuestra conversacion. ¡Qué economia! ¡Qué energia¡ Qué armoniosa disposicion de voces no registramos en este lenguage racional! ¿Pueden los brutos, pueden los irracionales comunicar sus ideas con esta grandeza? ¿Hay analogia alguna entre este nuestro admirable idioma y el lenguage de los demás vivientes? No puede, pues, inducir el filósofo de no haber perdido los irracionales su primitiva lengua animal y de ser esta natural á ellos consecuencia alguna que sea perjudicial á nuestro sistema respecto del idioma racional, con quien no tiene proporcion alguna. Compare, coteje, combine el lenguage de los irracionales con el idioma animal del hombre: forme cuantas inducciones quiera entre estos dos modos de comunicar: hay analogia, hay proporcion en ellos: pero serán falsas todas sus inducciones, si quiere parangonar con nuestro lenguaje racional el tosco y brutal idioma de los irracionales.

SATISFACCION QUINTA.

Aunque no pudiésemos distinguir las voces naturales de las que no lo son, en los idiomas, en las articulaciones del niño, en las interjeciones del adulto, no se probaria que el primer idioma no hubiese sido natural.

La quinta objecion que se propone contra nuestro sistema se funda en que no distinguimos las voces naturales en los idiomas, en las articulaciones del hombre niño y en las interjecciones del adulto. ¿Cómo no conoceríamos, dicen en primer lugar, las muchas voces naturales que necesariamente ha de haber en todos los idiomas, si fuese natural al hombre el lenguaje? Nuestro mismo instinto, nuestra naturaleza misma seria quien nos informase no solamente de que tal ó tal voz era natural, sino tambien de cuál era el signado que nos representaba. Habíamos de entender por lo mismo al ruso y al mameluco, al malayo y al chileno en sus respectivos idiomas siempre que usasen de dichas voces; pero la experiencia nos enseña que nada de esto se verifica: que el inglés es una estátua en los congresos del Mogol: el español es como sino fuese hombre en las conversaciones de los groenlandos: el vizcaino como un ente mudo en la Abisinia, y así respectivamente todos los que son de diferentes idiomas, cuando se juntan unos con otros. Pero este argumento no hace fuerza alguna.

Es verdad que en todos los idiomas se hallan voces naturales análogas á sus signados, propias, eufónicas y económas; pero no lo es que el hombre no las distinga ó no las pueda distinguir de las que no lo son. Tenemos ciertas reglas impresas en nuestra misma naturaleza para discernir estas voces naturales, y distinguirlas de las que no lo son, como queda dicho en la satisfaccion anterior; por medio, ó en virtud de estas reglas, nos gustan más unas voces que otras: afirmamos que estas son más propias, más económas, más eufónicas que aquellas, y nos engolosinamos en su contemplacion. Si se nos pregunta la causa de nuestro engolosinamiento, quedamos enmudecidos, no sabemos responder á la pregunta, porque ignoramos la causa que obra en nosotros estos lisonjeros efectos; pero no por eso dejamos de

conocer y distinguir las voces naturales de las que no lo son. Estas voces, que gustan generalmente á todos por la propiedad, economía ó eufonía que nos parece registrar en ellas, son todas voces naturales; y sino sabemos ó no queremos saber que lo son, es porque carecemos de las más óbvias nociones del idioma natural, de este idioma que todos llevamos impreso en nosotros mismos, como queda dicho en la segunda verdad de la satisfaccion cuarta.

Pero supongamos por un instante que no haya en nosotros un cierto número de reglas para discernir las voces naturales de los idiomas de las que no lo son, ¿qué podria inferirse de aquí contra el idioma natural de los primeros hombres? Nada absolutamente. Véase la satisfaccion tercera, en que hacemos demostrable que aunque dos niños criados en soledad formarian un lenguaje natural, seria casi imposible el que fuese éste el que hablaron los primeros hombres. Para justificar esta verdad hacemos ver que una voz puede representar naturalmente diferentes signados, que seria muy regular el que formasen los dos niños voces unísonas á las que usaron los primeros hombres, pero con distintos signados y voces diferentes que representasen unos mismos signados en ambos idiomas: concluyendo de aquí que aunque resucitasen los primeros padres, no entenderian el lenguaje de los dos niños. Léase tambien la primera verdad de la cuarta satisfaccion, en que hacemos ver que es natural al hombre el multiplicar los idiomas, y se hallará corroborado en ella cuanto se dijo en la satisfaccion tercera, y del todo quedará convencido el filósofo, de que aunque en los idiomas no pudiésemos distinguir las voces naturales de las que no lo son, no podria inferirse de aqui que el idioma de los primeros hombres no hubiese sido natural. Pasemos á las articulaciones del hombre niño.

Todos los filósofos se hallan persuadidos de que las inocentes articulaciones del hombre-niño son unas voces naturales, esto es, unas voces que profieren en fuerza de su natural instinto ó virtud intrínseca; pero es un error manifiesto, como lo haremos ver en el segundo discurso hablando del origen de las voces primitivas. A este error ha dado lugar el observar que estas inocentes articulaciones son comunes á todo hombre-niño, cualquiera que sea la nacion en que se halle: ha corroborado esta creencia el ver que estas inocentes articulaciones han sido adoptadas por las naciones, para significar con ellas al padre ó á la madre, y se han formado en este particular por los literatos muchas y eruditas disertaciones. Sin embargo, la mayor parte de estas inocentes articulaciones son unas conocidas onomatopeyas que las forma el niño en el ruido que oye en su boca, como igualmente se justificará en dicho segundo discurso; y la menor parte de ellas son meras interjecciones que corresponden al lenguaje animal del hombre, y no tienen analogía con nuestro racional idioma, como tambien lo haremos ver en el mismo discurso segundo. Pero aun en el

caso de que estas inocentes articulaciones fuesen naturales y no las entendiésemos, no podia inducirse de aquí que el idioma de los primeros hombres no hubiese sido natural por las razones que quedan alegadas en el párrafo antecedente. Pasemos á las interjecciones del adulto.

No sé yo cómo hayan podido oponerse algunos filósofos á que el lenguaje de los primeros hombres no hubiese sido natural por haber hallado variadas en muchos idiomas las voces con que expresan algunas interjecciones, cuando la mayor parte de ellas las observan proferidas de un mismo modo por todos los hombres. Lo mismo gime el andaluz que el vizcaino: lo mismo se rie el portugués que el tártaro: todos entendemos lo que quieren decir estas interjecciones; que en las admiraciones unos profieran *a*, otros *ah*, otros *o* ú *oh*, no dejamos de entender estos signos, no dejamos de entender sus signados. Véase la interjeccion en el segundo discurso, donde se demostrará lo dicho en este párrafo con toda extension. Es visto, pues, que el argumento propuesto nada justifica contra nuestro sistema, aun cuando sus presupuestos fuesen todos ellos evidentes.

SATISFACCION SEXTA.

La armoniosa estructura del idioma no se opone á que este hubiese sido natural al primer hombre.

No habrá quizá en la filosofía un argumento más robusto contra el idioma natural del primer hombre que el que se forma en la armoniosa extructura del mismo idioma. Cuanto más contemplaba esta admirable extructura desde mis primeros ensayos en los idiomas, tanto más me veia persuadido de que el primitivo no podia ménos de ser infuso al hombre por Dios. Confieso con ingenuidad que esta fué mi más querida opinion hasta que ahora, hará como seis meses ciertas reflexiones que me presentó en esta época la contemplacion del mecanismo que hubo de tener el primitivo idioma, y el cotejo que por entónces renové de este mecanismo, y la facultad del habla, con que dotó al hombre el Supremo Hacedor, me hizo variar de dictámen. Muchas de estas reflexiones van apuntadas á la entrada de la proposicion que nos está ocupando, y no dejaremos de esparcir las demás en el discurso de esta obra, y especialmente en esta satisfaccion.

En efecto, por cualquiera parte que miremos á los idiomas, no hallaremos sino motivos de admiracion. Si queremos consultar esta inmensa multitud de voces que son necesarias para trasmitir nuestras ideas en la mútua comunicacion, nos hallaremos embarazados en su cálculo. He meditado detenidamente sobre este particular: he computado el número á que pueden llegar los signos orales, y he hallado que el uso de tres combinaciones silábicas, sin contar otras voces que las monosílabas, disílabas y trisílabas, presta materia para producir cuatro mil ciento y veinte y seis millones de palabras. ¿A cuánto no llegará este número si queremos añadir las voces de cuatro y cinco sílabas! No he formado este cálculo todavía, pero un cómputo prudencial me asegura que dichos signos orales no pueden ménos de pasar en su número la cantidad de millones de millones. Un solo verbo en el idioma primitivo, y en otro cualquiera, que ha de ser perfecto, debe tener sesenta y un mil y más diferentes voces, que multiplica-

das por un sinnúmero de acciones comunicables, parece que faltará el guarismo para poder expresar su resultado.

Crece nuestra admiracion y asombro al meditar la invencion de las diferentes clases de estas voces. La figura de la declinacion, la maravillosa economía del uso de las partículas, los delicados juegos de la inflexion del verbo, la armoniosa correspondencia de unas voces con las otras, en fin, este orígen, esta incógnita causa que produce lo enérgico de nuestras locuciones, arroba y embelesa los entendimientos más versados en la contemplacion de los idiomas. No es extraño, por lo mismo, que un gran número de filósofos se hayan declarado por la infusion del idioma primitivo, llegando hasta los mismos gentiles á tributarle los más pomposos epítetos de admirable, incomprensible, divino y superior á los alcances de la humana naturaleza. No nos desviemos de nuestro principal intento, y hagamos ver que esta extructura, justamente admirada en los idiomas, no exige la fuerza de la facultad del habla, y por consiguiente no puede oponerse á que el idioma de los primeros hombres hubiese sido natural.

Es asombrosa la extructura de los idiomas: es admirable, es magnífica, es, si así podemos decir, una cosa divina; pero no excede las fuerzas de la facultad del habla con que se halla dotada nuestra naturaleza: no excede las fuerzas del discurso del hombre: no hay en ella cosa alguna que pueda obligar al filósofo á creerla infusa. Es verdad que es asombrosa esta extructura de los idiomas, pero ¿no es un milagro de asombros la naturaleza? No podemos llamar asombros, portentos, milagros, infusiones, á todos los efectos que nos entusiasman. Hemos de contemplar primero si pudo producirlos la natural disposicion de las causas: si estas tienen suficientes fuerzas para producir dichos efectos, por más que parezcan al hombre asombrosos, admirables, y se eleve y arrobe en su contemplacion, no podemos ponerlos fuera del órden de la naturaleza. Contraigámonos á nuestro caso.

Para poder juzgar con acierto si esta asombrosa extructura de los idiomas se opone ó no á que sea natural al hombre el lenguaje, se han de examinar las facultades con que nos dotó el Sér Supremo para el uso del habla. Si estas facultades pueden formar por ellas mismas esta maravillosa extructura, su grandeza, su armonía, cuanto hallemos en ella de estupendo, de magnífico, ha de ser un efecto puramente natural. Serán estas facultades un don del Omnipotente, pero vinculadas con tanta estrechez en nuestra misma constitucion, que ya no puedan llamarse sus efectos sino con el atributo de *naturales*. Las operaciones del hombre no han de titularse divinas, infusas, milagrosas, si en el mismo hombre hallamos disposiciones acomodadas para producirlas. Serán asombrosas, causarán admiracion, elevarán, entusiasmarán al filósofo cuanto se quiera; pero no podrán ménos de ser naturales dichas operaciones. Son portentos, son el resultado del

infinito poder del Sér Supremo; pero cedidas, donadas graciosamente al hombre en su creacion, y desde entónces son nuestras estas facultades, son nuestros los efectos que producen: han de llamarse naturales, no infusas, no milagrosas.

Bajo de estos supuestos innegables, escudriñemos si el hombre por su misma constitucion tiene las disposiciones necesarias para formarse un idioma, esto es, esta maravillosa extructura del habla. Dos cosas son necesarias é indispensables para esta operacion: aptitud del órgano de la voz para proferir cuantos sonidos sean necesarios para diversificar la multitud asombrosa de signos que son necesarios en la comunicacion de nuestras ideas, aptitud en el entendimiento para disponer y ordenar aquel armonioso juego de voces que clasifica las partes constitutivas del idioma, para arreglarlas en la sintaxis ya silábica, ya de voces, ya de conceptos. Si en el hombre se hallan estas dos aptitudes por más asombrosa que sea la extructura de los idiomas, no podrá esto perjudicar mi sistema, y el lenguaje de los primeros hombres será natural. Contemplemos en primer lugar el órgano de la voz.

¿Cuál es la palabra que no puede ser pronunciada por el órgano de nuestra voz? Separen y escojan los filósofos en esa inmensa multitud de voces que son necesarias en la mútua comunicacion, las que sean de su mayor agrado: no serán otra cosa que un resultado de letras y sílabas: no pueden jugar en ellas sino las cinco vocales y las veinte y tres consonantes proferidas de esta ó la otra manera. El órgano de la voz puede hacer sonar estas vocales y consonantes por su propia virtud, esto es, por aquella virtud que recibió en su misma constitucion, y formar sílabas con ellas: puede igualmente unir estas sílabas entre sí, y hacer que resulten las voces. Es visto, pues, que en nosotros hay una aptitud natural para hacer sonar cuantas voces son necesarias en la comunicacion de ideas, y que aunque sea asombrosa esta multitud, no deja de ser natural al hombre en este ramo. Si quieren los filósofos que haya necesidad de infusion, será necesario que nos presenten unas voces formadas con distintas vocales y consonantes que aquellas cuya prolacion nos es natural: en este caso será un portento, un milagro, una maravilla el idioma; en lo demás un resultado de nuestra constitucion.

Es tambien muy cierta la aptitud de nuestro entendimiento para producir aquel juego de voces, aquel órden y colocacion de ellas en los conceptos. El puede inventar el nombre y diferenciarle por medio de características que indiquen el estado del signado representado en él: puede inventar atributos y signos que unan á estos con aquel, y formar una proposicion, manifestando de este modo sus ideas mentales deshechas, descompuestas ó analizadas, que es el mejor modo de darlas á entender. Es natural al entendimiento el discurrir sobre la economía del tiempo, é inventará voces elípticas como la conjuncion,

adverbio, etc. Esle tambien natural el distinguir las relaciones primarias que las voces tienen entre sí, de las que son secundarias, é inventará los artículos, la declinacion y la preposicion. En una palabra, es natural al hombre el formar ideas: le es natural el comunicarlas; pues ¿cómo puede dejar de tener aptitud su entendimiento para poner en ejecucion todos los juegos que son necesarios para esta comunicacion? No nos cansemos en esta demostracion. Nuestros idiomas tienen nombres, pronombres, verbos, participios, en fin, todo lo que es preciso para formar un perfecto lenguaje racional, un lenguaje propio, peculiar y primitivo á la razon y al discurso.

Ahora, pues, si son innegables estas dos aptitudes en el hombre, si son suyas propias por haberlas donado el Sér Supremo á nuestra misma constitucion ¿cómo dejarán de ser naturales sus efectos? ¿Cómo dejará de ser natural el idioma, por más estupenda y admirable que sea su extructura? Es visto, pues, que el argumento que rebatimos no puede perjudicar á nuestro sistema, y que por él no decaen en manera alguna las pruebas que tenemos dadas para apoyar que el idioma de los primeros hombres fué natural.

SATISFACCION SÉPTIMA.

La constitucion del hombre no se opone á que el idioma primitivo hubiese sido natural.

La sétima objecion que se propone contra el idioma natural de los primeros hombres se funda en nuestra primera constitucion y destino. El hombre, se nos dice, por su misma constitucion es capaz de adquirir nuevas luces, nuevos conocimientos, nuevas ideas. Esta capacidad hace indispensable el uso de nuevos signos, nuevas voces. Cada dia se han ido aumentando estos descubrimientos, y si queremos separar los signos que los indican, quedará el idioma primitivo con poquísimas palabras, y estas sin aquellos caracteres que son de una invencion necesariamente posterior con mucho á la creacion del hombre: de modo que aun suponiendo que éste se hallaba dotado de cuantas facultades son necesarias para el idioma, no podia serle natural. Faltos de ideas los primeros hombres, faltos de ciencias, faltos de artes, faltos, en fin, de todo aquello que presta materia á la formacion de los lenguajes, ¿cómo era posible que tuviesen un idioma? Le adquirieron poco á poco: de dia en dia iban aumentando signados segun iban reconociendo la naturaleza y remediando sus necesidades: las voces, al principio toscas, recibian por los avisos de la necesidad nuevos caracteres. Este es el modo con que condujo su misma constitucion y destino al hombre en la adquisicion del idioma, y por lo mismo no puede serle natural, sino adquirido.

Tal es el argumento que se propone por los amantes del lenguaje adquirido; pero ántes que entremos á responder á las particularidades que comprende, es preciso nos conformemos en lo que quieren dar á entender los defensores de este sistema bajo del nombre de lenguaje adquirido. Si entienden por él que naturaleza no presta para la formacion del lenguaje sino la mera facultad de proferir voces, sin que estas tengan por sus letras y sílabas una conocida analogía con los signados, en este caso los remitimos á lo que queda dicho en la segunda proposicion de este discurso, y á lo que se dirá en el segundo hablando del origen de las voces primitivas. Verán en uno y en otro lugar que la naturaleza no solo nos concedió la facultad de vocear,

sino que á más dispuso los elementos del idioma con tal órden, armonía y juego de músculos orales, que son demostrativos de diferentes signados, así como lo son las acciones ó gestos corporales, y creemos que las pruebas con que corroboramos esta verdad, les darán la más completa satisfaccion. Si su sistema consiste en querer sostener que el hombre vivió mudo por largos años sin uso de voces articuladas, los remitiremos á la primera proposicion de este discurso, donde verán completamente justificado que desde el instante de su creacion hizo uso de voces articuladas.

Si por lenguaje adquirido quieren darnos á entender un lenguaje adoptado libremente por el hombre entre los muchos y diferentes modos de vocear de que es capaz, es decir, que el hombre adoptó por su antojo y humorada este modo de hablar que hoy usa, siendo libre en haber adoptado el bramido, ladrido y demás lenguajes que reconocemos en los vivientes, les responderemos que aunque el hombre es capaz de bramar, ladrar, silbar, cantar, graznar y modular su voz de otras mil diferentes maneras, no pudo adoptar por lenguaje suyo ninguna de estas diferencias de vocear, pues ninguna de ellas es suficiente para poderse entender por el dilatado campo de la comunicacion de nuestras innumerables ideas. Bien pudo el hombre imitar el bramido, el relincho; pero ni con el bramido ni con el relincho podia pasar de los límites del lenguaje ánimal; esto es, no podía hacer otro uso ni dar más extension á este modo de vocear, sino aquella de que son capaces nuestras interjecciones, y lo mismo le hubiera sucedido con el ladrido, rugido, maullo y demás lenguajes que hubiese adoptado en la misma comunicacion.

No hubiera sido más feliz el hombre con haber adoptado la voz silbante y cantante por lenguaje suyo. Ni el uno ni el otro son capaces de producir los signos multiplicados que exige un idioma racional, un idioma en que ha de jugar una incalculable multitud de ideas. Los elementos del canto son muy diminutos para formar por medio de sus diferentes combinaciones ni aun la inflexion del verbo con la exactitud que es propia á un lenguaje completo en sus perfecciones. No pudo, pues, el hombre adoptar otro lenguaje que el habla para la comunicacion social de sus pensamientos: porque ningun otro modo de vocear era capaz de dar satisfaccion á la asombrosa extension del lenguaje racional propia y peculiar á nuestra constitucion: de donde se infiere que no fué el antojo y la humorada quien hizo adoptar al hombre el lenguaje del habla con preferencia al lenguaje de bramido, silbido, etc. La misma naturaleza nos dirigió al habla, así como dirigió al bramido al toro, al perro al ladrido, al maullo á los gatos, y así de los demás idiomas de animales irracionales.

Poco es menester discurrir para hacerse cargo de esta verdad. Basta el contemplarnos á nosotros mismos en aquel estado en que no tiene lugar la eleccion. El hombre jamás ha comunicado sus prime-

ras ideas por el silbido, por el bramido, por el relincho. Las primeras é inocentes articulaciones de nuestros niños son un verdadero habla. Sus voces *papá*, *mamá*, etc., se hallan formadas de letras y silabas, elementos propios y privativos del habla. ¿Dónde está la eleccion en estas articulaciones? La naturaleza es la que obra en ellas: es comun este modo de articular á los niños en todas las naciones, y trae su origen desde que hubo niños en el mundo; luego el habla, este nuestro lenguaje, no fué adopcion del hombre, sino una determinada locucion para nosotros en la misma creacion de nuestros primeros padres.

Pues ¿qué cosa se nos quiere dar á entender por este lenguaje adquirido? Es acaso esta adquisicion de nuevos conocimientos que de dia en dia va hermoseando los idiomas? Pero este hecho no puede hacer que el lenguaje del hombre sea adquirido. Los nuevos descubrimientos recaen sobre un lenguaje existente: enriquecen al idioma con los necesarios y nuevos signos, á cuyo uso nos obligan; pero no le forman, no hacen que le adquiramos. Ya naturaleza le habia formado en nuestra misma constitucion: recibimos ya para entónces los elementos del habla: ya se hallaba el órgano de nuestra voz con todas las disposiciones para producir aquel innumerable cúmulo de voces que pueden formar las letras en sus diferentes combinaciones. No se ha agotado todavía, ni se agotará hasta la consumacion de los siglos esta asombrosa multitud de voces, y por más descubrimientos que el hombre haga, hallará en la naturaleza cuanto le sea necesario para formar los signos que puedan servir á comunicar con la mayor propiedad sus descubrimientos. ¿En qué consiste, pues, este lenguaje adquirido ó mejor esta adquisicion del lenguaje? Confieso ingénuamente que no lo entiendo, si por esta adquisicion no se quiere decir que el hombre, mudo á sus principios, se hizo despues hablante; pero ya rebatimos esta opinion tratando del idioma adquirido, á la entrada de la proposicion que nos ocupa. En fin, sea lo que fuese de la inteligencia que se ha de dar al lenguaje adquirido, pasemos á decir alguna cosa sobre las particularidades que comprende la objecion propuesta; y como todas estas particularidades van á parar á un solo objeto, hablemos de él con alguna extension.

Todas las miras de los amantes del lenguaje adquirido en la propuesta objecion, se dirigen á persuadirnos del deplorable estado en que se hallaron los primeros hombres. Quieren que en su creacion, quiero decir en la primera época de su existencia fuesen poco ménos que unos autómatas sin ciencias, sin artes, sin lenguaje, con pocas ó ningunas ideas, hasta que paso á paso fueron adquiriendo unas y otras. Confesamos gustosos que los primeros hombres fueron tales en aquel instante momentáneo en que recibieron su ser: esto es, en aquel paso que dieron del no ser al de existir; pero no bien desplegaron sus sentidos, se vieron hermoseados con un cúmulo inmenso de ideas.

Eran adultos desde el primer instante de su creacion: eran bien organizados: jugaban ya de las potencias de su espíritu: eran sociables. Contemplémosles bajo este verdadero supuesto, y calculemos el cúmulo de ideas que pudieron trasmitir á su alma por medio de los sentidos en muy pocas horas despues de su creacion.

No bien se verificó la maravillosa creacion de los primeros hombres, cuando se presentaron á su vista todos los primores que la naturaleza colocó en aquel ámbito á que podia extenderse este sentido, ven los montes, las praderas, los árboles, las yerbas y todo lo que hermosea al suelo en que recibieron su ser: ven el inmenso ámbito que ocupa el horizonte, y los pájaros que en él volatean: vénse mútuamente, se miran con atencion el talle, la disposicion y miembros que constituyen sus respectivos cuerpos. ¿Que cúmulo de ideas no pasarian al alma por medio de la vista en este admirable espectáculo Los montes, los rios, los árboles, las yerbas, las flores, las frutas en una palabra; todos los entes de la naturaleza que se presentaron á la vista de los primeros hombres, corrieron como á porfia á prestar homenaje al hombre destinado por el Ser Supremo para Señor y dueño suyo. Todos los entes por los radios de la vista se internaron hasta su alma y dejaron en ella cada cual su imágen. Numeremos, si podemos estas multiplicadas ideas: pasemos despues á las que el sentido del oido, del tacto, del olfato, del gusto amontonaron sobre las de la vista. Contemplemos la primera hora de la creacion: no nos detengamos en si tuvieron ó no ideas innatas: sin ellas hallaremos un corto número que nos asombre y nos haga creer la falsedad del sistema que envilece al hombre injuriosamente en este ramo. Hablemos algo de las ciencias y las artes.

No hay cosa que con menos excitacion se crea entre los filósofos que el que las ciencias y las artes fueron agenas de los primeros hombres, y que estos quizá no llegaron á conocerlos y fueron efectos de las observaciones continuadas de sus decendientes; pero yo no opino de esta manera. Creo firmemente que las ciencias y las artes nacieron con el hombre, y que este hizo uso de ellas segun exigian sus necesidades. Me ha arrastado á esta creencia la contemplacion del mismo hombre y las observaciones que presentan voluntariamente todos los demás vivientes.

Los irracionales recibieron en su creacion una facultad de fabricarse cuanto era necesario para su bienestar, y á más aquellos conocimientos que habian de servirles para la conservacion de sí mismos en todo genero de necesidades. Cualquiera de esos animales es un perfecto médico de sí mismo: el conoce sus males, y los cura con tanto acierto y aplica á sus dolencias unos remedios tan análogos y eficaces, que aunque son infinitos los brutos que se hallan con heridas cicatrizadas, no se ha observado todavia que hayan guardado cama ni formado hospitales en sus respectivas sociedades. Ellos se

purgan, se sangran, guardan una dieta rigurosa, se arrancan los espinos que introducidos en sus carnes los atormentan, limpian sus heridas con el mayor cuidado, y sirviéndoles de pinzas y tijeras sus dientes, cortan y arrancan los pelos que estorban la curacion de sus llagas, y como si obrase en ellos la razon y el discurso, se compadecen de las dolencias de sus semejantes y se prestan mútuamante los oportunos auxilios de la medicina.

Son admirables arquitectos. Asombran las habitaciones que se prepara el Castor para sí y su familia. Los nidos del gilguerito y demás aves nos dan á entender su habilidad en tejer y coadunar entre sí los mas minimos cuerpos. El hilado y bordado de las arañas: los embovedados de las hormigas: las cuevas de los conejos: todo nos está anunciando que estos vivientes recibieron en su creacion todas las facultades, artes y ciencias, si así podemos decir, que les eran necesarias para su bienestar y conservacion de sí mismo. Pues ¿porqué hemos de negar al hombre estos conocimientos? ¿Podremos creer que el Autor de la naturaleza fué mas mezquino con nosotros que con los irracionales? Los hombres como los brutos padecen enfermedades, son heridos, aporreados, maltratados de mil maneras y perecerian sino se aplicasen los conducente remedios á estas dolencias: pues ¿que hubiera sido del hombre antes del descubrimiento de la medicina? La más mínima herida, la indisposicion mas ténue los hubiera acabado: hubiera causado su ruina: los hubiera muerto. Sin médicos, sin facultades en la naturaleza para la curacion, seria indispensable la gangrena, la caries en toda herida, en todas las dolencias y enfermedades, Sin embargo es comun sentir de los filósofos que los hombres del mundo primitivo gozaban de una vida mas duradera que la nuestra: que padecian menos enfermedades que hoy y que no se conocian en aquella época un sin número de males que hacen tanto destrozo en los hombres en la estacion en que vivimos: antecedentes nada equívocos para deducir el gran conocimiento que tuvieron nuestros abuelos en todo lo que conducia á la conservacion de su salud que es la verdadera medicina.

No puedo contemplar destituidos á los primeros hombres de las demás ciencias y artes: les eran necesarias por su constitucion y destino, y no es creible que el autor de su ser dejase de darles cuanto les era conducente para sus necesidades. La razon y el discurso que nos distingue de los demás vivientes no puede perjudicar mi opinion: la perfeccion mayor de los entes no es capaz de suspender los efectos de las operaciones naturales. Si el hombre está dotado de un espíritu discursivo, lo está tambien de un cuerpo animal, y habia de recibir en su creacion las facultades correspondientes á uno y á otro ramo de su constitucion. La parte animal, que le iguala con los irracionales, habia de proporcionarles todas las cualidades que son propias á ella, y la espiritual ó racional podia perfeccionar por medio de la

combinacion de ideas las referidas cualidades, pero no embarazarle su posesion: de modo que el hombre y el bruto recibieron ambos con sola la diferencia del más y del ménos todas las cualidades naturales correspondientes á la parte animal: el uno como el otro habian de ser arquitectos para fabricarse sus habitaciones: médicos para curarse de sus enfermedades: astrónomos para conocer las intemperies antes que llegasen á fin de precaverse de ellas; legistas instruidos en un maravilloso código que dirigiese sus operaciones: en una palabra uno y otro habian de hallarse adornados de todos aquellos conocimientos que les eran necesarios para la conservacion de esta parte animal y sensitiva en que el hombre conviene con los irracionales.

La parte espiritual ó esta facultad discursiva que nos distingue de los irracionales, puede perfeccionar por medio de la combinacion de ideas aquellos conocimientos naturales de la parte animal, y en efecto los ha perfeccionado siempre que esta combinacion de ideas ha sido arreglada y dirigida por dichos conocimientos y los ha imperfeccionado cuando ha faltado este arreglo y direccion: de modo que el ministerio de la razon ó el discurso, esto es, de la parte espiritual del hombre, es aumentar ó disminuir los conocimientos de la parte animal. De aquí proviene que en unos conocimientos nos hallamos empeorados respecto de los brutos y en otros les aventajamos, y si la filosofía actual no hubiese conocido que todo el saber del hombre consistia radicalmente en dirigir y arreglar la combinacion de ideas con la natural constitucion de las cosas, no se hallarian nuestros conocimientos en la bella disposicion en que se hallan para hacer los más rápidos adelantamientos. Estoy persuadido, por lo mismo, que las ciencias y las artes hermosearon al hombre desde el primer instante de su creacion: que entónces se hallaban en el mismo ser y estado en que quiso comunicarlas á nuestra constitucion el Supremo Hacedor, y que poco á poco han ido, ó deteriorándose por las falsas combinaciones é ideas, ó perfeccionándose por la legitimidad de estas combinaciones. Es visto, pues, que nuestra constitucion y destino no se opone á que el primitivo idioma hubiese sido natural.

PROPOSICION CUARTA

El primitivo idioma fué uno y nó muchos.

Todos los hombres provenimos de unos mismos y primitivos padres, y estos formaron una sola familia con sus primeros hijos. En vano se esforzaron algunos filósofos en querernos persuadir lo contrario: ya por la mal premeditada diversidad que afirman entre los negros y los blancos; ya por el peor entendido descubrimiento de las Américas; ya finalmente pór esta inmensa multitud de idiomas que hoy se conocen en las naciones. Una diversidad de padres primitivos destruye enteramente los axiomas mas respetables y mas apoyados por la razon y por la filosofía. Es costante que los primeros hombres fueron una produccion milagrosa y esta verdad no puede ser contradicha por literato alguno. Todos ellos se hallan persuadidos de que en una operacion, que está fuera del órden natural, se ha de verificar un portento, un conocido milagro. La imposibilidad de haber salido al mundo los primeros hombres como una produccion natural, es innegable y constante la existencia que estos tuvieron: era pues preciso que un Sabio Hacedor los criase fuera de aquel órden natural en que han sido producidos sus descendientes. De aqui provinieron equellos dos respetables axiomas filosóficos: 1.° Cuando es imposible una operacion en el órden natural, y tuvo efecto sin embargo, ha de ser sobrenatural y milagrosa. 2.° No se ha de admitir portento alguno en las operaciones, cuando pueden ser producidas por las fuerzas de la naturaleza. Siendo pues constante que los primeros hombres no pudieron recibir su ser por la fuerza de la naturaleza, por no haber quien los produgese, se ha de admitir en su creacion un portento, un milagro, una operacion, que está fuera del órden de la naturaleza; pero criados ya el primer hombre y la primera mujer no habia necesidad de un segundo portento en la creacion de otros padres. Este hombre y esta mujer eran ya capaces de producir naturalmente cuantos descendientes eran necesarios para llenar toda la redondez del mundo, á no estorbarlo algun grave inconveniente, que no tuvo lugar como se hará ver demostrativamente en la con-

testacion á las objeciones que se proponen contra esta nuestra proposicion.

Bajo de este supuesto, esto es, de que los primeros hombres fueron dos, un hombre y una mujer, es inegable que estos formarian una sola familia con sus hijos. Es tambien constante que comunicarian sus ideas por medio del habla que se les infundió por Dios, les fué natural, ó la adquirieron, pues para el punto que nos ocupa, es indiferente. La multiplicidad de esta habla seria opuesta á la comunicacion referida: el marido no entenderia á su mujer, y el hijo no podria tener comunicacion con sus padres. No abria sociedad en esta familia. Cada individuo se hallaria precisado á vivir mudo: en una palabra, se deducirian de este hecho tantas consecuencias absurdas, que no podrian menos de escandalizar generalmente á todo literato. No hay, pues, que esforzarnos en su justificacion, y pasemos á contestar las objeciones, que se proponen contra nuestro aserto.

La diversidad de idiomas que hoy se conoce no perjudica á la unidad del primitivo.

La diversidad de idiomas conocida desde la mas remota antigüedad ha hecho creer á algunos literatos que no pueden provenir todos ellos de un solo y primitivo lenguage. Por cualquiera parte que los han mirado, no han hallado sino motivos de confirmarse en su modo de pensar Lenguas prepositivas: lenguas pospositivas: idiomas declinantes: idiomas articulantes: alfabetos copiosos: alfabetos diminutos: silabarios de varias combinaciones: verbos inflexionados de diferentes maneras: en una palabra la gran distancia que separa á los lenguages en la parte mas principal de su mecanismo, esto es, en su sintasis: he aqui lo que se nos presenta por estos literatos como un argumento irresistible á favor de su sistema. Pero ¿esta diversidad de idiomas es tal como la quieren suponer estos sabios? ¿Estas oposiciones en su mecanismo son por ventura tales que puedan formar una verdadera diversidad? Contemplemos este punto filosóficamente. Reconozcamos el habla y su mecanismo. Corramos paso á paso por todas sus partes constitutivas y hallaremos que esta diversidad de lenguages que tanto se estraña y admira, no es una diversidad intrinseca y esencial, sino muy estrinseca y accidental. Inferiremos de aqui que dicha diversidad no puede servir de estorbo para que todos los idiomas sean hijos de un solo y primitivo lenguage.

Empecemos por el reconocimiento de los alfabetos como primeros elementos de todo idioma.

Todas las lenguas usan uniformemente de la mayor parte de las letras, Son comunes en primer lugar á todas ellas las cinco vocales *a, e, i, o, u*. Es verdad que no las pronuncian las naciones de una misma manera. Algunas truecan su sonido, quiero decir, pronuncian la *a* por *e*, la *o* por *u*: dan al diptongo *au* el valor de *o*, al *oi* el de *ua*, al *eu* el de *u*, al *ae oe* el de *e*, etc.; pero este es un vicio conocido: un trastorno notorio de los avisos de la naturaleza: una manifiesta oposicion al dictámen cierto del sentido de la vista. Otras cuentan dos *oo* y dos *ee* como la griega, y creen que su idioma tiene siete vocales, una *o* breve y otra larga: una *e* breve y otra larga, la *a*, la *i* y la *u*; pero su error y desvio es claro. No hay motivo para que haya dos *oo* y dos *ee*, y no haya dos *ii*, dos *aa* y dos *uu*. Así como la *o* y la *e* pueden pronunciarse largas y breves, la *a*, la *i* y la *u* pueden tener igual pronunciacion. Ningun idioma es más defectuoso en este particular que el hebreo y sus hijas: el primero conoce hasta catorce vocales, cinco largas, cinco breves y cuatro brevísimas: pero es constante que una irreflexion en la formacion de los alfabetos ha sido la causa de esta multiplicacion de vocales, sino ha sido un efecto necesario de la pobreza de los idiomas. No sé yo como el reflexivo Destutt-tracy (a) ha sido arrastrado á creer que debe haber en las lenguas diez y seis ó diez y siete vocales. La autoridad de este reciente escritor exige el que refiera con alguna extension su sistema.

Se funda nuestro filósofo para fundar su sistema en primer lugar en que la modulacion del órgano oral es diferente en la pronunciacion de la *a* en las voces *pâte* y *patin* francesas y que por lo mismo ha de haber dos *aa*, una cerrada y otra abierta, y es extraño verdaderamente este modo de pensar en el ciudadano francés, que asegura en el párrafo que relatamos que ya la voz ó la letra no debe distinguirse por las diferencias del tono ó duracion. Verdaderamente no hallo yo en las voces páte y patin otra diferencia que la de duracion y tono: la *a* primera dura más segun mi oido que la segunda: en la primera se abre más la boca que en la segunda y esta modulacion diferente del órgano de la voz causa que la una y la otra *a* tengan diferentes tonos ó acentos; pero sea lo que fuese de este nuevo establecimiento ó trueque de voces que pretende introducir en la literatura nuestro sábio, no podemos ménos de asegurar que esta diferencia que se halla en la *a* de páte y patin es meramente accidental y que no debe dar motivo á dos diferentes *aa*.

No podemos comprender cómo el ciudadano Destutt-tracy, habiendo afirmado que deben reconocerse dos *aa*, una abierta y otra cerrada, quiere que sean tres á lo ménos las *ee*, una cerrada, otra abierta

(a) Elemens d'ideologie, grammaire, pág. 269 y adelante.

y otra media entre cerrada y abierta, y no sea sino una la *i* y la *u* y la *ou*. Si la *e* puede pronunciarse abierta, cerrada y media, quedan igualmente pronunciadas las demás vocales: naturaleza no es más mezquina en las unas que en las otras. esto mismo puede verificarse en las consonantes, pues toda letra puede pronunciarse con diferentes aberturas de boca: de modo que segun el sistema del ciudadano francés, ha de haber tantas diferencias de letras cuantas son las diferentes voces ó sonidos que en su prolacion pueden resultar, y nos veriamos obligados á creer que cuando la boca proferia la *a* con toda la abertura posible, era una distinta de todas aquellas *aa*, que las infinitas dimensiones que tienen lugar en el ámbito de la boca pueden producir, lo que es absurdo manifiesto. A más Destutt-tracy habla de todos los idiomas, y no pueden ser regidos estos por la práctica de la lengua francesa, sino por las observaciones de la naturaleza, y estas nos aseguran que la boca en la prolacion de las vocales se abre más ó ménos segun las diferentes pasiones que movilizan al que habla: que cuando se quiere dar á entender la voz á uno que está distante, es preciso engrosarla, y que esto no puede verificarse sin abrirse la boca mucho más que cuando aquella voz se ha de dar á entender á otro que está cerca. Volvamos á nuestro intento.

En las consonantes no tienen los idiomas la misma uniformidad. No habrá quizá dos idiomas que uniformen en este particular: pero es muy corta la diferencia. Esta consiste en una ó dos consonantes, que tienen de ménos ó de más que las que exige naturaleza. A muchas les falta la *D*, pero hacen uso de su afin la T: en algunas se usa la *P* y no la *F*: en otras se desea la *R*, pero no dejan de tener la *L*: de modo que todos los idiomas estan demostrando una notoria filiacion, una proveniencia que tienen de una madre comun. Si han dejado varias naciones la pronunciacion de la *j*, han adoptado la *f*. Si han dejado la pronunciacion natural de la *x*, esto es, el sonido de la *ch* francesa, *sh* inglesa, *sch* alemana, ha sido por haberla guturizado. De todo resulta que esta diferencia de alfabetos en los idiomas es accidental; es un efecto casual del antojo del hombre irreflexivo; pero tan ténue, que todo idioma conserva el cuerpo de consonantes correspondientes á la unidad del primer idioma.

No hallaremos ménos comprobada la unidad del idioma primitivo en las demás partes del mecanismo de los lenguajes. Dare nos en todas las lenguas con sílabas ilegítimas, si exceptuamos una; pero fuera de la china y sus dialectos, harán uso de aquellas combinaciones que hubo de tener el idioma primitivo. Ninguna hay que no inflexione ó varíe sus nombres y verbos: ninguna que no tenga las partes de la oracion. Todas tienen letras, todas tienen sílabas: tienen voces, tienen sintáxis. A ninguno de los idiomas faltan palabras primitivas y derivativas, números en los nombres y en los verbos, modos, personas, tiempo. En una palabra, hay tal analogía entre los

lenguajes que tan léjos de ser perjudicial su multitud á la unidad del primitivo, la persuade, corrobora y confirma poderosamente.

La situacion de las Américas no puede perjudicar la unidad del idioma primitivo.

El segundo argumento que se presenta contra la unidad del idioma primitivo, se quiere fundar en que los americanos y nosotros no podemos provenir de unos primeros padres, por haber vivido sin comunicacion unos y otros hasta que el hombre instruido en la navegacion descubrió aquel mundo nuevo. No sería dificultoso hacer ver á los filósofos que la navegacion tuvo, y hubo de tener, su origen desde las primeras épocas del mundo. El hombre, sin los embarazos de hoy para la procreacion y conservacion de ella ántes de la época en que se fija el diluvio por Moisés, habia de usar necesariamente de la navegacion.

En cualquiera parte que queramos colocar á los primeros hombres, su prole, multiplicada como las arenas de la mar dentro de pocos años se veria precisada á vadear los rios caudalosos, y á erigir los primeros fundamentos de la navegacion. Lo dificultoso está en la invencion: inventada la cosa, vuela en su perfeccion, y el hombre que empezó á dominar los rios, en breve se pondria en disposicion de hacer un uso importante de este invento. Mejoraria sus naos segun le iban instruyendo las necesidades. Al principio, toscos maderos, quizá desunidos y romos, en breve serian una balsa cortante y con proa. El remo, los toletes, los estrobos, se presentarian por necesidad desde los primeros ensayos, y tendrian su uso sin que conociese el hombre otra navegacion que la de los rios caudalosos y mansos.

Pero estos primeros hombres, esta prole abundante, ¿no se veria confinada en breves años en las orillas de la mar? No se olvidaria el hombre en esta situacion de las balsas, naos ó sea lo que fuese, que tanto le sirvieron en los rios, y podemos persuadirnos que no tardaria mucho en hacer tentativas en el mar. No sé yo que este hombre no hubiese sido pescador ántes que llegase á las orillas marítimas. La hermosura de los pececitos que vió en los rios ménos caudalosos, harto será que no hubiese excitado su curiosidad y el deseo de poseerlos. Un sinnúmero de invenciones le harian asequible su deseo en los pequeños rios. Contemplaria al pececito: gustaria de su vista, y era indispensable la excitacion de su apetito. Le comeria, le agrada-

ria su carne y volveria á desearla. Reflexione el filósofo en este hombre, y en las diligencias que haria para llegar á cautivar, no solo los pececitos de los riachuelos, sino tambien de los de rios más caudalosos, y verá lo que hubo de suceder con él despues que llegó á la orilla del mar. No podrá negarnos que este estímulo le haria indispensable el uso de las dichas balsas, naos ó lo que fuesen, y que las necesidades cuotidianas le harian perfeccionar de dia en dia sus embarcaciones hasta que con ellas pudiese internarse en el mar. Estoy persuadido que ninguna cosa puede probarse con más solidez que la antigüedad de la navegacion, haciendo ver al filósofo con la mayor evidencia que hubo de ser anterior á la época en que Moisés refiere el diluvio universal.

Sin embargo de la facilidad con que podiamos convencer al sábio en la indispensable necesidad del uso de la navegacion en los más remotos tiempos, nos parece que esta demostracion no es de nuestra inspeccion. Los que aman la pluralidad del idioma primitivo, han de justificar la imposibilidad de haber pasado los hombres de esta parte de nuestro mundo á las Américas, ó los de las Américas á las regiones en que vivimos. Si no se nos justifica esta imposibilidad, no podemos creer como filósofos dos diferentes creaciones. Un hombre y una mujer son suficientes, como ántes llevamos dicho, para poblar de hijos á toda la redondez del mundo, y tenemos ya á la naturaleza en disposicion de poder producir hombres. Es visto, pues, que no debemos recurrir al portento de la creacion del hombre y de la mujer americanos, si los primeros hombres recibieron su sér fuera de aquel continente; ni hemos de buscar otro hombre ni otra mujer criados milagrosamente en otra parte, si se verificó la existencia de los primeros padres en las Américas. Es posible la navegacion en los tiempos más remotos; pues esto basta para que el filósofo no multiplique milagros. Justifíquese primero la imposibilidad del hombre para pasar de nuestro emisferio al de la América, ó del de la América al nuestro, y solo entónces podrá tener lugar el argumento: entónces nos harán creer la creacion de dos, tres, ó más primitivos matrimonios.

Pero supongamos por un instante que nosotros y los americanos provengamos de diferentes padres primitivos. ¿Qué podria inferirse de aquí contra la unidad del idioma primitivo? Los unos y los otros padres serian hombres, y formarian una sola especie. El lenguaje es uno de los más nobles distintivos de las especies animales ó vivientes, y el primitivo de los unos y de los otros padres habia de ser uno mismo. Es manifiesta esta verdad, y sinó contemplemos á estos vivientes en nuestro emisferio.

Si los americanos proviniesen de diferentes padres que los que nosotros hemos tenido, igual diferencia se hubiera verificado respecto de los irracionales. El perro y el gato americano hubieran sido

descendientes de unos padres primitivos y de otros los perros y los gatos de nuestro emisferio. Sin embargo, todos serian gatos y perros, y formarian una especie los gatos y otra los perros. Los unos ladran, maullarian los otros, tendrian un mismo lenguaje y sería visto que la diversidad de padres primitivos no es suficiente para inducir la pluralidad del primitivo idioma. Contemplemos los irracionales que son comunes á las Américas y nuestro continente, y se verá que todos ellos tienen en sus respectivas especies un mismo lenguaje, y se habrá de confesar que aunque nosotros y los americanos provengamos de diferentes padres primitivos, el lenguaje de estos sería uno mismo, como lo es hoy el de los irracionales que son comunes á aquel territorio y al nuestro; y la pérdida que han hecho los americanos, ó mejor el estado de oscuridad en que se halla el primitivo idioma en la multitud de lenguajes que se conocen en esta parte del mundo, es efecto del hombre y su libertad, como lo es en nuestro emisferio. Sin embargo, un gérmen nada equívoco se registra en los idiomas actuales de la América y de esta nuestra parte, que nos hace ver que todos ellos tienen un solo y primitivo origen. Consultemos estos lenguajes.

Los idiomas que habla el hombre en la América son del mismo mecanismo que los que hablamos en nuestro continente: unos y otros conocemos lenguas prepositivas y pospositivas: unos y otros usamos en la mayor parte de los mismos alfabetos, de los mismos silabarios, de las mismas partes de la oracion. En ellos y en nosotros los idiomas unos son ménos imperfectos que otros: unos más guturales: otros más silbantes: en una palabra, es tal y tanta la analogía que hay entre unos y otros idiomas, que no puede ménos de persuadirse el filósofo de que todos ellos son hijos de un solo y primitivo idioma.

La diferencia que se advierte entre los negros y los blancos, no se opone á la unidad del idioma primitivo.

Es raro el hombre en sus opiniones. Los más mínimos fundamentos son suficientes para hacerle erigir los más soberbios y ruidosos sistemas. Hasta la diferencia accidental de los negros y de los blancos ha servido á su imaginacion para apoyar y sostener la pluralidad del primitivo idioma. Ha creido que con esta diferencia podia justificar que no provenian estos hombres de unos mismos padres primitivos, y ha afirmado que el idioma primitivo no pudo ser uno. No ha sido bastante para despreocuparle la uniformidad que estos hombres

nos presentan en un sinnúmero de particularidades de ninguna manera despreciables. El órgano de su voz: su habla: su sociabilidad omnímoda: su memoria: su entendimiento: su voluntad: en una palabra, su ser hombres no puede reducir á estos filósofos á concederle la unidad: y al contrario, un accidente, quiero decir, esta diferencia de color, estas cualidades extrínsecas de su negrura y blancura son para ellos un robustísimo argumento que les hace afirmar que estas dos clases de hombres forman dos distintas especies, y deducir de aquí que han de provenir necesariamente de diferentes padres primitivos, y, por consiguiente, que hubo de haber dos idiomas en el mundo primitivo.

Pero ¿puede sostener el filósofo esta opinion sin que el dictámen interno de la razon se oponga á lo que profieren sus lábios? ¿Cómo puede creer en su corazon que sola la cualidad de que estos hombres unos son blancos y otros negros sea suficiente motivo para establecer en ellos dos diferentes especies? Perros hay mastines: los hay tambien gozquillos. Los primeros son grandes y forman una clase: los segundos pequeños y forman otra: pero los unos y los otros son perros y pertenecen á una sola especie. No podrá afirmar el filósofo la creacion de tantos primitivos padres perros, cuantos son las clases que conocemos. Hay mastines, hay galgos, hay sabuesos, podencos, gozquillos, lebreles y otras diferentes clases. Sin embargo, la comun opinion de los filósofos los hace provenir de unos mismos perros primitivos. ¿Pues por qué los negros y los blancos no han de ser descendientes de unos mismos padres?

Una continuada experiencia nos enseña que un perro grande que se une con una perra menor produce hijuelos medianos: que del perdiguero y sabueso y sabuesa nacen unos perros mixtos entre perdigueros y sabuesos, con inclinaciones medias á la caza de perdices y liebres: que un perro fislan con una burgalesa hace degenerar una y otra clase. Esto mismo observamos en los hombres. Un blanco con una negra, ó al contrario, producirá un mulato. Este mulato con una blanca sacará hijos de color más blanco, y una gradacion de esta naturaleza habrá sido la causa de que los hombres al principio negros hayan llegado á ser blancos, ó blancos en su orígen hayan venido á ser negros. Pero sea lo que fuese de este fenómeno y su causa: haya sido uno de aquellos abortos que á cada paso nos presenta naturaleza, ó una disposicion del Sér Supremo en castigo de algun enorme pecado, lo cierto es que así los hombres negros como los blancos hablan con voces articuladas, discurren, quieren, piensan: se asocian: combinan ideas, y hacen cuanto puede hacer todo hombre: lo que no puede dejar duda al filósofo que unos y otros son hombres, son racionales, son, en fin, todo lo que quiso Dios que el hombre fuese en su creacion; luego no se puede inducir de la diferencia de los negros y de los blancos la pluralidad del idioma primitivo.

DISCURSO SEGUNDO

SOBRE

SI EXISTE Ó NÓ LA PRIMITIVA LENGUA.

Muchos filósofos han mirado como un trabajo enteramente inútil aquel que se emplea en la averiguacion del idioma primitivo y sus reflexiones no dejan de hacer fuerza á primera vista. ¿Como podemos conocer un lenguaje, dicen estos sabios, del cual no tenemos idea alguna? Pase enhorabuena que exista aun este idioma: que sea uno de los que se hablan actualmente: y que tengamos tiempo y proporcion de reconocer una por una todas las lenguas que se hablan en el mundo. ¿Qué caractéres, que nociones anticipadas podrán conducirnos á su conocimiento? Hasta ahora carecemos de noticias exactas acerca de este idioma. Muchos filósofos nos han hablado de él, pero ninguno de ellos ha llegado á dibujarle con aquel lleno de colores que es necesario para no errar en su eleccion. Se perdió, dicen unos, en la confusion de idiomas acaecida en la Torre de Babel, y se perdió sin que nos dejase idea alguna de su estructura y mecanismo. Todos sus sucesores como efectos del pecado no eran otra cosa que un cúmulo de imperfecciones, y todas cuantas lenguas conocemos unas más y otras ménos no son sino un resultado casual, un azar, una produccion abortiva de los idiomas que un Dios ofendido infundió para castigar al hombre.

Creen otros que el primitivo idioma se halla tan oscurecido en el inmenso número de los que hoy se hablan, que seria uno de los deli-

rios más famosos el querer recoger sus partes mecánicas desmenuzadas estremadamente, y reducidas casi á la nada, por la incuria de los hombres y necesaria formacion de voces nuevas en los cotidianos descubrimientos. ¿Quien conocería cuáles sean las palabras, las inflexiones, las frases, las locuciones, que en los idiomas pertenecen al primitivo? No nos ha formado todavía la literatura reglas que puedan dirijirnos en este conocimiento. Es visto, pues, que será un trabajo inútil el que se quiera emplear en la averiguacion del idioma primitivo.

De esta manera discurren los que creen imposible el hallazgo de la lengua primitiva, pero aun cuando fuese cierto que no nos hayan dejado nocion alguna de este idioma los que hasta ahora han hablado de él, no es suficiente motivo este para dejar abandonado un asunto de tanto interés. ¿Cuantos conocimientos nuevos no ha adquirido la laboriosidad del sabio, sin que haya hallado en los escritos de los que le precedieron, idea alguna de ellos? ¿No nos es lícito entrar en cualesquiera investigaciones aun cuando se nos representen como casi inútiles las tareas, que van á sernos penosas? Toda tentativa en materia de nuevos descubrimientos lleva consigo los melancólicos caracteres de la dificultad. Sin embargo nunca se han mirado estos obstáculos en la literatura como unos motivos capaces de separar al filósofo de sus investigaciones: por lo contrario, la misma dificultad de las materias literarias sirve, y ha servido en todos tiempos de poderoso estímulo á las tareas del sábio; pero felizmente no son tan copiosas como se creen las dificultades que pueden presentarse en el conocimiento del idioma primitivo, siendo cierta su actual existencia, pues tenemos de él unas nociones nada equívocas.

Sabemos en primer lugar que entre este idioma y todos los que se hablan en el mundo hay una conocida analogía. Sabemos que son las mismas en todos los lenguajes las partes gramaticales que los constituyen. Sabemos que así la primitiva lengua como las demás tienen letras y forman sílabas con ellas: que uniendo sílabas con sílabas resultan las voces; y que un armonioso tejido de estas últimas produce sus conceptos. Sabemos que todas ellas tienen nombres, pronombres, verbos, participios, preposiciones, adverbios, interjecciones, conjunciones. Sabemos que jugando en estas partes de la oracion de ciertas partículas ó terminaciones, reciben las voces en todas ellas aquellos caractéres que son necesarios para indicar los diferentes estados de sus asignados. ¿Es esto no tener nocion alguna del idioma primitivo? No; el filósofo no puede dudar que cualquiera de los idiomas es un vivo retrato del primitivo. Toda la dificultad consiste en hallar los medios para poder discernir qué pinceladas son legítimas en estos retratos, y cuáles aquellas que se conforman con las de su original el lenguaje primitivo; pero ni aun esta dificultad es de mayor momento.

Hallándose conformes todos los idiomas con el primitivo en tener

letras, sílabas y voces y ligar estas entre sí para representar signados y formar conceptos, parece que se nos presenta voluntariamente todo cuanto es necesario para realizar el más perfecto cuadro de la lengua primitiva. Si queremos dibujar el alfabeto de ella, la misma naturaleza nos regala en el órgano de la voz un libro abierto, que nos instruirá en todo lo necesario para el efecto. Si deseamos delinear el silabario tenemos otro libro igualmente abierto y que dirija con acierto nuestras líneas en la misma prolacion de las sílabas. Si intentamos instruirnos en el modo con que se condujo el idioma primitivo en la formacion silábica de sus voces, saldremos del empeño con muy poco trabajo: una mediana atencion á la letra en que acaba la primera sílaba, y aquella con que empieza la segunda, podrá sacarnos de toda dificultad, pues con esta sola operacion conoceremos la unidad ó multiplicidad del aliento con que ha de ser proferida la palabra. Si nuestros deseos nos llevan á averiguar la formacion significativa, tampoco tendremos dificultad alguna en este particular: las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño; las interjecciones del adulto; las modulaciones de las letras en el órgano de la voz y la onomatopeya darian cumplimiento á todos nuestros deseos. Nos informará del verbo primitivo, de sus diferentes conjugaciones, sus modos, sus tiempos, sus personas, el estudio y la contemplacionde las mismas acciones en el gran campo de la naturaleza: allá veremos con la mayor claridad qué clases de verbos hubo de tener el lenguaje primitivo: que número de conjugaciones, cuantos modos, que diferencia de tiempos, que diversidad, con todo lo demás que sea análogo á la perfeccion que hubo de tener el idioma de los primeros hombres.

No será más difícil el dibujar la sintasis de este primoroso lenguaje. Bien sé que esta alma de los idiomas está en ellos enteramente desfigurada: que no hay una sola lengua fuera de la que tenemos destinada para presentar á los literatos como primitiva, que pueda servirnos de guía en nuestras tareas: pero tambien sé que esta sintasis no es otra cosa que aquel arreglo, órden, método ó colocacion que han de tener las voces en los conceptos y esto es muy suficiente para mi intento. Siendo constante que las voces en los idiomas son unos representantes de sus signados, es igualmente constante que su colocacion en los conceptos se ha de arreglar por aquella antelacion que tienen en la naturaleza las cosas representadas: de modo que estoy en asegurar que no hay cosa más fácil en todo el mecanismo del primitivo idioma, que el arreglar su sintasis y formar un perfecto cuadro de ella.

Sin embargo carece la literatura de ese precioso é interesante cuadro. Los sábios no han dejado de hablar de la lengua primitiva y atribuir á ella ciertos golpes de mecanismo; pero ninguno de ellos ha dado completa idea de su estructura. No se ha presentado todavía su gramática, y esta es indispensable, si por el reconocimiento de los

Idiomas multiplicados que se hablan hoy en el mundo, queremos averiguar la existencia ó no existencia actual de este deseado lenguaje. Nos vemos precisados por esta razon á entrar en este penoso trabajo antes que en el del reconocimiento de los idiomas. Este trabajo sin que aquel precediese seria inútil é infructuoso, y aunque conozco que va á dilatarse, no temo ser molesto por que es necesario.

GRAMÁTICA

DE LA

LENGUA PRIMITIVA.

Cuatro son las partes constitutivas del idioma: letras, sílabas, voces y conceptos. Las letras, sílabas y voces son los elementos de los conceptos. Las voces se forman de sílabas; y estas deben su ser á las letras. No puede dar un gramático el debido complemento á sus funciones sin escudriñar con el mayor cuidado estas cuatro partes constitutivas del idioma. Cualquiera de ellas que se maneje descuidadamente, será imperfecto el trabajo y viciosa la instruccion. Quizás nuestras gramáticas no tienen un defecto más universal que este. Se cuida poco de informarnos en las letras: menos al parecer de hacernos conocer la rectitud de las sílabas: hay mucha omision en las lecciones que se nos dan en las voces, y con un conocido desarreglo se quiere arreglar la síntasis de los idiomas. Bien sé que estos defectos provienen en mucha parte de la misma imperfeccion de los idiomas. No podemos ser instruidos en una lengua imperfecta sin reglas igualmente imperfectas. Nosotros no nos hallamos en este caso. Tratamos de formar la gramática del lenguaje primitivo: hemos asegurado que este fué natural al hombre y no podemos negar que fué perfectísimo. Sino son igualmente perfectas y arregladas á la naturaleza las reglas y preceptos que diésemos, la culpa sería nuestra. Pero ¿cual ha de ser el grado de perfeccion á que hubo de llegar el idioma primitivo? La pregunta es muy oportuna y precisa la contestacion, si se quiere juzgar acertadamente de nuestra gramática.

Siendo natural el primitivo idioma, como nosotros pensamos, y aun cuando hubiese sido infuso, como quieren otros, hubo de hallarse adornado de todas aquellas perfecciones que son imaginables en la filosofía. Como quiera que la contemplemos, sea como natural, sea como infuso ha de ser obra de las manos de un Dios Omnipotente; y no podemos arreglar su perfeccion sin que digamos nuestro modo de pensar sobre el optimismo del Ser Supremo.

Por optimismo entendemos cierto sistema que se han formado los filósofos acerca de la idea de lo mejor ó más perfecto de las cosas. Unos creen que cuanto Dios ha criado es lo mejor en su especie, esto es, que el mundo, que conocemos por ejemplo, es el mejor mundo de cuantos pudo producir el Ser Supremo: otros sostienen que Dios pudo producir un mundo más perfecto que el que hoy existe, y así de las demas criaturas. Ambos partidos creen fundar su sistema en los atributos mismos del Omnipotente: pero creemos que así el uno como el otro partido se hallan equivocados. Esplicaremos ambos sistemas en primer lugar con la debida extension. Haremos ver despues nuestro modo de pensar.

Leybnitz, este ingenio original y que ha honrado á la humanidad con sus sabias producciones formó y sostuvo el primero de los sistemas. Decia este filósofo que Dios era libre en criar ó no criar los entes; pero que habiendo ya determinado el criarlos, estos entes habian de ser los más perfectos: que determinado este Supremo Ser en criar un mundo, se presentarian á su inteligencia todos los mundos posibles: pero su sabiduría y bondad no podia ménos de hacer que eligiese el mas perfecto de todos los modelos que se presentaron á ella.

Opúsose á este sistema el abate Pará de Fanjas y formó el segundo. Aseguró que Dios no solo era libre en criar ó no criar los entes, sino tambien en elegir despues de haber determinado su creacion cualquiera de las especies de entes que se presentaron á su inteligencia: que el mundo que hoy existe no es el mejor de los muudos que pudo criar el Señor; pero uno y otro se han conducido sin los datos necesarios para formar un verdadero optimismo.

Es verdad que Dios fué y es libre en criar los entes. Pudo no haber criado al cielo, á la tierra y demás criaturas; pero decretó su creacion y tuvo el necesario efecto: lo mismo sucederia con todos los demas entes que su omnipotencia quisiese criar de nuevo; pero no consiste en esto nuestro optimismo. Consiste este en saber si Dios, habiendo decretado, por ejemplo, criar un mundo, éste habia de ser el mejor de los mundos que eran imaginables.

En mi opinion, ni el mundo es el mejor de cuantos se presentaron á la inteligencia de Dios, como quiere Leybnitz, ni el mundo pudo ser mejor que lo que es, como quiere Pará. Ninguno de estos dos filósofos consideró el fin que tuvo el Señor en la creacion del mundo, y ambos se desviaron del verdadero optimismo.

Un mundo sin homicidios, adulterios, robos, muertes, ódios y demás males, hubiera sido un mundo mejor que el de hoy, como lo dice Pará: esto es, hubiera sido un mundo más perfecto, más agradable: pero un mundo semejante era incompatible con las ideas que tuvo Dios en su creacion. El fin que se propuso el Sér Supremo en esta creacion del mundo, fué el preparar al hombre una habitacion que le fuese acomodada. Así nos persuade la religion, la razon y la filosofía. Para el hombre y por el hombre crió Dios el mundo: para el hombre y su servicio crió los demás vivientes: para el hombre crió las plantas y las yerbas: para el hombre y por el hombre fabricó Dios, finalmente, este admirable globo, objeto digno de las atenciones del filósofo. Contemple el sábio filosóficamente este punto, y se conformará con la historia del mundo primitivo referida por Moisés en el Génesis. Verá la analogía que esta historia tiene con la verdad propuesta. Verá que todo se cria ántes que el hombre: que se cria la luz para el uso de nuestros ojos: el sol y la luna para la formacion de nuestras épocas y fomento de las producciones necesarias á la subsistencia del hombre: en una palabra, no hallará en esta sagrada historia cosa alguna que no sea conforme á la sana filosofía en la contemplacion de la grandeza y señorío que quiso conceder al hombre su Dios.

Contemplemos ahora el destino del hombre en este mundo. Una continuada experiencia nos asegura que uno de sus destinos fué el *crecer y multiplicarse y llenar ó poblar toda la tierra.*

Por la misma experiencia sabemos que el hombre es libre en sus operaciones: que puede adoptar el bien y el mal: que está en su voluntad el conformarse ó no conformarse con aquella ley que estampó en su corazon el Supremo Hacedor: que aunque esta le manda no matar ni hacer daño á sus iguales: no aborrecer: no usurpar ni tomar lo ageno sino cuando esta santa ley lo permite: no destruir su especie, y otras cosas de esta naturaleza: es libre para ejecutar lo contrario, porque el mismo Dios por sus altos designios lo quiso así.

Ahora, pues, ¿puede tener lugar con esta libertad del hombre el mundo mejor de Pará? La omnipotencia de Dios es verdad que podia fabricar un mundo mejor en sí que el que hoy tenemos; pero determinado ya su destino habia de ser tal como lo es. Si el hombre habia de poder obrar el mal y el bien, era preciso un mundo que viese este mal y este bien: un mundo de homicidios: un mundo de hurtos, rapiñas, guerras, persecuciones y demás males de que puede ser autor el hombre: luego el optimismo de Dios no consiste en hacer los entes con toda aquella perfeccion que presenta á su inteligencia como quiere Leybnitz: ni la perfeccion de los entes se ha de medir como pretende Pará por la perfeccion absoluta que pudieron haber recibido de las manos de su Hacedor. La perfeccion de los entes se ha de medir por el fin que tuvo Dios en producirlos, y esto es lo mejor en di-

chos entes. Corroboremos nuestro sistema con un ejemplo muy óbvio.

Un arquitecto á quien se encomienda la fábrica de una casa que sirva para habitacion de un labrador podrá construir un mejor edificio: un palacio: una magnifica casa; pero no se manejará con prudencia y acierto. Haria una casa mejor, más costosa, más hermosa y de mayor ostentacion: sin embargo, seria peor este edificio respecto al fin que se tuvo en el encargo que se le dió. Un labrador no necesita para su habitacion suntuosos palacios, edificios de lujo, salas magníficas, estrados ricamente colgados, gabinetes de recreo. Una casa mediana correspondiente á su familia, sus ganados, sus frutos é instrumentos de sus labores, es la mejor, la más perfecta, la más adecuada de cuantas pueden fabricarse. Lo mismo sucede con Dios en la creacion de los entes. Su omnipotencia, su sabiduría es infinita. No podemos calcular á qué grado de perfeccion pudo elevar los entes que hasta ahora ha criado; pero sabemos que los haria tales cuales su generosa voluntad dispuso que fuesen: proporcionaria su perfeccion á los fines á que destinaba el ente criado. Crió al mundo, por ejemplo, para que sirviese de habitacion al hombre: daríale, pues, aquella perfeccion que se acomodase al fin de su destino. Seria un mundo, en que pudiese tener lugar el mal y el bien, pues habia de ser su señor un hombre capaz de obrar por su libertad acciones ya de virtud, ya de vicio. Contraigámonos á nuestro caso.

Dios puede formar un idioma más perfecto que el que concedió al hombre, y efectivamente le formó. El idioma de inteligencia es más sublime que el del habla; pero este es mejor para el hombre que aquel. Si Dios hubiese destinado el lenguaje de inteligencia para nosotros, nos hubiera dado un lenguaje más excelente, más ecónomo, más inteligible en sí; pero segun nuestra constitucion hubiera sido impracticable. Hubiéramos vivido mudos toda nuestra vida, hubiéramos sido insociables, y poco ménos que unos autómatas El Sér Supremo determinó por sus altos juicios que adquiriésemos toda idea por medio de los sentidos corporales, y esta determinacion exigía un idioma análogo á la facultad de los mismos sentidos; y este sería para el hombre el mejor lenguaje, pues solamente por él podia comunicar sus pensamientos. Es visto, pues, que aunque la omnipotencia de Dios pudo formar un lenguaje mejor en sí, no pudo hacer uno más adecuado para nosotros que el del habla. Contemplemos la perfeccion de que es susceptible y esta misma será la que hubo de tener el idioma primitivo.

Fuese natural, ó fuese infuso, hubo de ser perfectísimo el lenguaje de los primeros hombres. Sin embargo, su perfeccion no podia exceder los límites que el Sér Supremo prescribió á la facultad del habla. Cualquiera perfeccion que hubiase tenido sobre la capacidad del hombre seria un embarazo para la social correspondencia y las ideas

de la naturaleza en nuestra creacion quedarian frustradas. De este principio todo natural se deduce que cuantas excelencias hubo de tener este idioma, se han de hallar dentro de los límites de la facultad del habla que concedió el Ser Supremo á nuestra constitucion, y que esta facultad ha de ser el archivo que debe registrarse para averiguar cual hubo de ser dicha perfeccion, de modo que esta no pudo ser superior á nuestras fuerzas; pero necesariamente habia de llegar al más elevado grado que puede verificarse dentro de los expresados límites.

Hé aquí los medios oportunos para poder averiguar cuál y cuánta fué la perfeccion del idioma primitivo. Hemos de reconocer con la mayor escrupulosidad cuál sea la extension á que puede llegar la facultad que tenemos de hablar, y fijaremos con solidez la hermosura, grandeza, perfeccion y sublimidad del expresado idioma. El alfabeto suyo, por ejemplo, no habia de tener más letras que las que podia producir el órgano de la voz, sin que saliese de sus límites; pero tampoco habia de tener ménos que las que legítimamente produjese. Cualquiera de estos dos vicios le haria imperfecto. Su silabario habia de formarse de la union de aquellas letras que no estorbasen la legítima pronunciacion, esto es, que la una no sacara á la otra ú otras de la familia á que correspondian, ni hiciese que el aliento sufriese violencia alguna, guardando en la union silábica aquella unidad de prolacion tan necesaria en las voces, para que entre ellas y su signado resulte la debida analogia, etc.

Bajo de estos supuestos formaremos la gramática del primitivo idioma, y averiguaremos con todo cuidado cual hubo de ser el mecanismo de este lenguaje. Con esta operacion llegaremos á conocer á qué grado pudo llegar su perfeccion. La operacion es nueva. Iremos discurriendo parte por parte sobre este mecanismo para la mayor claridad. En la primera hablaremos de las letras: en la segunda de las silabas; en la tercera de las voces, y en la cuarta de la sintáxis. Si tenemos como seguro la felicidad de llenar nuestro plan, habremos dado una Gramática que nos haga ver si el primer idioma existe actualmente ó no, y si el resultado que nos dá el cotejo que se haga entre los defectos de los idiomas conocidos y las perfecciones de la lengua desconocida para que cada una de las naciones eleve su idioma á aquel grado de perfeccion y sublimidad de que es susceptible.

PARTE PRIMERA.

DE LAS LETRAS.

Letra es un carácter ó cifra por medio del cual damos á entender en la escritura los diferentes sonidos qus profiere el órgano de la voz. A la parte gramatical que trata de estas letras llaman comunmente Alfabeto ó Abecedario. Es tan necesaria esta parte gramatical, que sin su inteligencia es imposible que pudiésemos llegar á tener una justa idea de los idiomas y su perfeccion, lo que nos obliga á hablar de ella con la mayor extension.

ALFABETO DEL IDIOMA PRIMITIVO.

Si quisiéramos formar el alfabeto del idioma primitivo, reuniendo en él, como en madre comun de todos los lenguajes, los muchos y diferentes sonidos que se han observado y se observan en las naciones, no llegaríamos á perfeccionar nuestros deseos. Repararíamos que unas mismas letras eran proferidas de dos, tres y más sonidos diferentes, segun la costumbre y uso de diversos pueblos. Creeríamos que eran diferentes entre sí los abecedarios de las lenguas ondulantes, guturales, nasales y aquellas que, con solo el uso de la boca, pronunciaban las letras, y estos diferentes sonidos nos arrastrarian á formar un alfabeto universal vicioso, á no consultar otra cosa que el dictámen solo del sentido del oido.

Asi ha sucedido puntualmente con un sinnúmero de lenguas que se han visto precisadas por este error á doblar, triplicar y cuadruplicar unas mismas letras en sus alfabetos. He dicho un sinnúmero de lenguas, no porque mi intento sea el afear ó hacer imperfectos á los mismos idiomas por este defecto que no es suyo, sino para dar á en-

tender la ninguna filosofía con que se han conducido hasta ahora los que han querido hacerse maestros en la formacion de los alfabetos. Cualesquiera lengua de las naciones que se llaman ó se han llamado literatas, podia informarnos de este abuso; sin embargo, hablaremos de algunos de aquellos idiomas que son elevados por los literatos, sin que sepamos por qué, al más alto grado de perfeccion y sublimidad, y empezaremos por el reconocimiento del alfabeto de la decantada lengua de los hebreos.

Si queremos reconocer los escritores que han hablado de la lengua hebrea ántes de la época de los Masoretas; si registramos los libros escritos en este idioma que igualmente precedieron á estos sábios judíos, hallaremos que su alfabeto es quizá el más corto de todos; pero si le contemplamos despues de los innumerables retoques con que, á mi entender, le afearon los Masoretas, no habrá quizá un alfabeto más dilatado que el suyo. Antes de estos sábios solo se conocian veinte y dos caractéres de letras en los escritos hebreos: con ellos representaban en sus voces diez y ocho sonidos segun la opinion de los que con más acierto nos han hablado del alfabeto de esta lengua; pero despues que los Masoretas hicieron su retoque, subió el número de los caractéres de él hasta el número cuarenta y dos.

No puede contemplar el filósofo sin indignacion los embarazos que se originaron en la inteligencia de la lengua hebrea despues que formaron los Masoretas su alfabeto de cuarenta y dos caractéres distintos. Las letras *Aleph*, *He*, *Van*, *H*, *eth*, *Hain*, que segun la opinion de los más sensatos gramáticos en el antiguo alfabeto se reputaban como vocales, en el nuevo, ó se toman como meras aspiraciones ó como consonantes; y ha llegado á tal extremo la mayor parte de los gramáticos hebreos despues de los Masoretas, que afirman que hasta que estos inventaron los puntos no se conocian las vocales en los escritos hebreos, y no sé yo cómo se enseña hoy mismo en nuestras universidades como un aserto seguro una afirmacion tan opuesta á la sana filosofía. ¿No leian sus libros los hebreos ántes de los Masoretas? No puede negarse. Todos los sábados, nos dice Moisés, que se leia la ley al pueblo. ¿Podia verificarse esto sin vocales? Las consonantes no pueden pronunciarse por ellas mismas: es necesario que concurra para esto alguna vocal. ¿Pues cuál de ellas sería la que, por ejemplo, hiciese sonar á la *b* ó á la *d*? No es regular que fuese libre á cada uno de los hebreos el uso arbitrario de cualquiera de las vocales: en este caso serian muy diferentes las pronunciaciones de una misma voz: seria ininteligible el mismo idioma, y no tendria suficientes voces para representar los signos necesarios. Pero dejemos este punto y pasemos á echar una ojeada sobre este alfabeto masorético.

Hallaremos en él nada ménos que catorce caractéres para indicar las vocales, cuando estas en lengua alguna pueden ser más de cinco, y eran muy suficientes otras tantas letras para representarnos; y

sino ¿qué motivos justos pudieron tener los Masoretas para figurarnos tres diferentes *aa*: cuatro *ee*, si acaso no siete: dos *ii*: tres *oo*, y dos *uu*? Si las *aa* habian de ser tres para distinguir la larga de la breve y de la brevísima, ¿por qué cuatro *ee*? O ¿por qué no cuatro *aa*? ¿No se pueden pronunciar la *i* y la *u* así como la *a* largas, breves y brevísimas? Pues ¿por qué no habia de haber tres *ii* y tres *uu* así como hay tres *aa*? El antojo y la humorada precedieron á la formacion de estos catorce caractéres y no la razon y la filosofía, deduciéndose de todo que todos ellos se han de reducir á cinco, por no ser más las vocales que tenemos que representar con dichos caractéres, como se dirá despues.

Es verdad que toda letra puede pronunciarse larga, breve, brevísima, aguda ó grave; pero esto no es motivo de multiplicar los caractéres que las indiquen. El uso constante de los idiomas confirma esta verdad. Todos ellos tienen estas diferentes pronunciaciones; pero no por eso las diferencian con distintas letras. La *a*, por ejemplo, es una letra, sin embargo de su diferente pronunciacion, y lo único que observamos es el uso de ciertas vírgulas ó rayitas á quienes llaman acentos, y que puestos sobre la letra nos indican esta diferente pronunciacion. Hablaremos en otro lugar de estas vírgulas ó acentos, y haremos ver nuestro modo de pensar sobre si las voces deben ser ligadas á una cierta y determinada pronunciacion, ó se ha de dejar libre toda palabra para que reciba estas modificaciones por medio de la pasion con que proferimos nuestras expresiones. Pasemos á reconocer las mutaciones que hicieron los Masoretas en las consonantes hebreas.

Arrastrados estos sábios judíos de la estimacion con que eran mirados en su tiempo los gramáticos árabes, quisieron trasladar al alfabeto hebreo todas las innovaciones que estos hicieron en el suyo. De aquí provino en sus consonantes el aumento de varias letras: adoptaron dos *dd*, *gg*, *bb*, *pp*, *tt*, y doblaron la *chaph* y la *sin*. No gravaron, sin embargo de esta duplicacion de consonantes, el uso de la escritura en demasía. Un punto colocado ó no colocado, ó bien puesto en este ó el otro lado del antiguo caracter era la única nota que las distinguia. Si á la décima sétima letra del alfabeto antiguo pronunciado por unos como *P* y por otros como *F*, la caracterizaban con dicho punto, querian que se pronunciase como *P* y sino llevaba aquel punto se profiriese como *F*. La C antigua, con el punto en su vientre, sonabe *b*, y sin este punto tenia fuerza de V. Esto mismo sucedia respectivamente con la *d*, *g*, *p*, *t*, etc.

De aquí provino que la letra *sin*, que hasta entónces no tuvo otro sonido que el de dos *ss* empezase á ser pronunciada como la *x* bascongada, *ch* francesa, *sh* inglesa, *sch* alemana. Cuando el expresado punto á quien llamaban *Dagheš* se veia colocado sobre el brazo primero de la letra *sin*, querian los Masorestas que se pronunciase como dos

ss, y cuando se hallaba sobre el tercer brazo, que sonase como la *x* bascongada, y esta opinion se sigue hoy en la mayor parte de las escuelas hebreas de Europa.

Por esta razon reparó juiciosamente el señor Redactor del Mercurio en el primero que publicó este año á una asercion de mi Apología de la lengua bascongada. Al fólio 49 de esta obra afirmaba yo que la lengua hebrea carecia de la *x* bascongada, esto es, el sonido de la *ch* francesa, *sh* inglesa, *sch* alemana, y creyó prudentemente que sin duda me habia equivocado. Le estoy sumamente agradecido á este literato, no tanto por los elogios que quiso prodigar á dicha mi Apología en el expresado Mercurio, cuanto por los bien premeditados reparos con que tuvo á bien favorecerme. Sin embargo de esto no puedo ménos de afirmarme en dicho mi aserto y volver á asegurar de nuevo que la lengua hebrea carece del sonido de nuestra *x*.

Es cierto que los Masoretas dieron dos sonidos á la letra *sin*, por medio del punto *Daghess*; pero antes de ellos no los tuvo. Si queremos revolver las Divinas Escrituras que se hallan sin los puntos masoréticos, nos haremos cargo de esta verdad. Siempre hallaremos escrito el *sin* de una misma manera, señal nada equívoca de ser uno el sonido que tuvo esta letra antes de estos sabios Judíos. San Gerónimo, uno de los que con mayor empeño investigó la lengua de los hebreos afirma que dicha letra *sin* no tenia sino un solo sonido. «Nos et Greci »unam tantum litteram *s* habemus, illi vero tres: *s samech*, *s sade*, *s* »*sin* (a).» Nosotros y los Griegos tenemos una sola *s*: aquellos, esto es, los hebreos, tienen tres: *s samech*, *s sade*, *s sin*; y en otro lugar: (b). «Sciendum est quod apud hebreos tres s sun littera; una qud dicitur »s samech..... alia est *sin*..... tertia *sade*». Se ha de saber que en los hebreos hay tres letras *ss*: una que se llama *samech*... la otra es *sin*... la tercera *sade*.

Como todas estas mutaciones de letras hicieron los Masoretas en el alfabeto hebreo á imitacion de las que los gramáticos árabes ejecutaron en el suyo, es visto que este á lo ménos es tan imperfecto como aquel. Los alfabetos Georgianos, Armenios, de los Lamas del Tibet no son más felices. Los griegos tienen su *Omega* y *Omicron*: su *epsilon* y *eta*: su *tita* y su *Tau*. Los Cophtos tienen tambien este mismo vicio: pero ¿cual es el idioma que no haya caido en este defecto? No podemos, pues, conducirnos como los gramáticos de estos lenguajes en la formacion de nuestro abecedario.

La lengua primitiva como perfectísima no habia de duplicar sus letras por los principios irregulares que acabamos de insinuar: la *g* siempre seria *g*, quiero decir, siempre habia de tener el mismo sonido que tiene en las sílabas *ga*, *go*, *gu*: la *c* dental no pasaria á ser *k* pa-

(a) S. Hieronim. in Epist. ad Iitum.

(b) Idem De locis hebraicis in voce Ramases.

latina como sucede hoy en muchísimos idiomas. Se pronunciarian sus letras ora fuesen largas ó breves, agudas ó graves, cerradas ó abiertas, pausadas ó rápidas, segun lo exigia la pasion del proferente. No se habia de conocer letra alguna que necesariamente fuese larga ni necesariamente breve. Todo se mediria por las pasiones conque se proferian las palabras. Sus letras serian rápidas en las irritaciones, pero pausadas en la persuasion, y siempre que el ánimo se hallase sosegado; de modo que no nos es permitido multiplicar letras en el alfabeto primitivo por ningun motivo de los referidos.

Tampoco nos es permitido esta multiplicacion, porque proferidas fuera del legítimo órgano del habla reciben un sonido diferente. Igualmente se han de contemplar como ilegítimos y que no pueden servir de regla para la formacion del alfabeto primitivo aquellos sonidos que son opuestos al dictámen de la naturaleza, aunque estos sonidos se profieran en el órgano legítimo del habla.

El legítimo órgano del habla es la boca.

Si contemplamos los diferentes modos de hablar que tienen las Naciones, creeremos quizá que son varios los órganos del habla. Veremos que algunas rompen la palabra en los labios como los franceses: otras en las narices como los chinos: otras en la boca como los españoles y otras últimamente en la garganta como los ingleses y orientales; pero si queremos consultar la naturaleza, hallaremos que el legítimo y verdadero órgano del habla es la boca. Examinemos estos cuatro modos de hablar con escrupulosidad y haremos ver la certeza de nuestro aserto

Si observamos atentamente el modo de hablar de los franceses, veremos que sus palabras se rompen en los labios. Todos los que se han dedicado á esta lengua lo tienen ya experimentado. No habrán podido proferir la singular *u* de esta Nacion sin romper la voz que la tiene en los mismos labios: lo mismo les habrá sucedido con la *e*, que llaman femenina: con la *a* cerrada etc.; pero no nos cansemos en probar una verdad que no niegan los mismos nacionales. Procuremos averiguar si es legítima ó no esta pronunciación, y veamos para esto si de parte de los músculos orales hay alguna repugnancia.

He meditado sin preocupacion esta pronunciacion francesa y he hallado una notoria resistencia en los músculos orales. He experimentado que sufren los labios en la configuracion que es necesario formar, para que chocando con ellos el aliento, haga que las voces cau-

sen su explosion en esta parte de la boca. Veo oprimido al mismo aliento en las estrecheces de este tubo y levantarse la lengua, para que dicho aliento no se extienda en el cuerpo de la boca y forme en ella su explosion. Estos hechos para mi constantes sacan á los músculos orales de aquella postura que le es propia para la formacion de las letras. Las dentales, las lenguales, las palatinas, familias diferentes que entran á constituir el alfabeto, claman naturalmente que su formacion y explosion se verifique en aquella parte oral que les dió el nombre de sus respectivas familias. Sin embargo observo que en la pronunciacion francesa se hace un esfuerzo extraordinario para sacarlas de su casa y llevarlas á los labios. Contémplese en la boca de un francés la *L* dental ó mejor ential, y se verá que la lengua da un resbalon entre dientes y encias como queriendo obligar á la *L* á que corra á tropezar con los labios. Hágase lo mismo con la *d* y la *t* y se observarán los mismos esfuerzos para sacarlas de los dientes: en la *t* se reparará un empuje extraordinario de la lengua que impele el aliento hácia los labios, y que poco más ó ménos se hace lo mismo con la *d*.

En efecto, ¿donde ha tenido orígen la *u* francesa sino en su pronunciacion labial? ¿Donde la *e* femenina, la *a* cerrada? La *u* francesa no es otra cosa que la *u* española labializada, y lo mismo digo de la *e* femenina y la *a* cerrada. El mismo nombre de femenina que se da á la *e*, el mismo nombre de abierta que se dá á la *a*, confirma esta verdad. Obligados los franceses á entubar la boca para la pronunciacion de estas vocales, arrastran á los labios las sílabas y voces, en cuya composicion entran. Lo mismo sucede con la *i* y aun con la *o* sin embargo de la repugnancia de esta última vocal para salir al paladar; pero ¿quién puede dudar que las voces son todas ellas producciones de la boca? Es verdad que las consonantes unas son labiales, otras lenguales, algunas dentales, otras palatinas, cada una de ellas tiene destinado por naturaleza su casa, quiero decir, cada una de ellas ha de formarse necsariamente en cierto y determinado parage: no puede la *b* ser pronunciada sino en los labios: la *g* ha de ser palatina: la *l* lengual y la *s* dental; pero la pronunciacion de las vocales no puede ligarse á parage determinado de la boca. Son madres de la leccion como ordinariamente las llaman los gramáticos. Son vivificadoras de las consonantes, y por lo mismo son letras volantes por toda la concavidad oral. Si quieren vivificar la *g* y la *k* han de correr al paladar; si la *b*, *p*, *m*, *f*, se presentarán en los labios: si la *l*, *t*, *d*, en los dientes, etc.; de modo que es desnaturalizarlas el vincular su prolacion solamente á los labios.

No fué casual por lo mismo el nombre de vocales conque se las conoce desde el mismo nacimiento de la literatura; pues son las únicas que corren por toda la extension de la boca para vivificar las consonantes ya dentales, ya las labiales, ya las palatinas, ya las lengua-

les; y no podemos persuadirnos á que la voz *vocales* se ha de escribir con *v* consonante; antes bien creemos que á sus principios se escribiria y pronunciaria *bocales* con *b*. La razon que nos mueve á esta asercion es poderosísima. Si se llamasen estas letras vocales con *u*, era lo mismo que llamarlas sonoras ó sonantes, ó letras, que tienen sonido, y en este caso este atributo no tendria con el sugeto aquella analogía enérgica que tanto realza las voces. No hay duda que las vocales *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, son sonoras; pero tambien lo son las consonantes y el atributo *vocales* derivado de voz que es lo mismo que sonido es demasiadamente general, esto es comun á toda letra, ora se forme en la boca, ora en los labios, garganta ó conducto nasal. Es visto, pues, que á dichas cinco letras las viene mejor el nombre de *bocales* con *b*; pues las es peculiar y privativo el ser pronunciadas en toda la extension de la boca. Volvamos á nuestro intento y concluyamos.

Siendo comun entre los literatos la creencia de que unas letras se forman en los dientes, otras en el paladar, otras en la lengua ó con su movimiento solo: siendo tambien evidente que las vocales ó bocales no se hallan ligadas á ninguna parte constitutiva de la boca, y que su formacion se verifica en el hueco ó concavidad de ella, no se puede dudar que los labios no se hallan destinados por naturaleza á ser el órgano del habla, y que solo concurre á la locucion como una parte de dicho órgano, suministrando con su explosion las letras *b*, *p*, *m* y *f*. Es visto por lo mismo que no se han de admitir en el alfabeto otras letras labiales que las cuatro consonantes referidas.

Hé aquí destruido en parte el sistema de las diez y seis ó diez y siete vocales que cree necesarias el gramático moderno francés Destutt-tracy, y justificada la imperfeccion de la *u* francesa: la *e* femenina: la *a* cerrada y por consiguiente la impropiedad de romper las palabras en los labios. No puedo persuadirme que los mismos franceses no concedan voluntariamente esta verdad: lo cierto es, que sin embargo de su labialidad conocida, jamás se han atrevido ó mejor jamás se han acordado de que en los labios podia haber motivos de pretender el título de órganos del habla; antes al contrario, la *u* española conocida por los franceses en el diptongo *ou*; su *e* abierta y media: su *a* igualmente abierta: la conformidad de sus gramáticos con los de todas las demás Naciones en distinguir las consonantes en dentales, labiales, palatinas y lenguales, nos dá á entender que aunque rompen la palabra en los labios, siempre han creido que el órgano legítimo del habla es la boca.

Tampoco puede persuadirse el filósofo que el órgano legítimo del habla sean las narices. Es verdad que los chinos rompen en ellas la voz y que tienen un idioma nazarizante: pero tampoco deja de ser evidente que esta pronunciacion es ilegítima y opuesta á la naturaleza del habla. Todos podemos nazarizar las palabras. Los chinos y los que no lo son pueden hablar gangueando; pero este gangueo ó ha de

ser finjido ó un necesario efecto de la disposicion orgánica. Si el gangueo es finjido, conocerá el que lo finge una violencia natural en esta prolacion y confesará que se opone á ella la misma naturaleza. Si es efecto de indisposicion orgánica no tenemos caso. Ganguearán necesariamente aquel á quien falte la campanilla de la boca; gangueará el que tuviese cerradas las narices, ó por acatarrado ó por su natural constitucion, ó el que hubiese sufrido alguna mutacion en el conducto nasal; pero es conocido que en este caso no es natural el habla. Si los chinos rompen la voz en las narices, ó es un hábito vicioso heredado de padres á hijos ó es una resulta de su disposicion orgánica. Lo cierto es que los chinos generalmente son chatos de narices ó romos, y esta disposicion orgánica es muy propia para el gangueo. Yo siempre he observado un gangueo nada equívoco en los romos ó de narices achatadas. Es visto, pues, que las narices no son destinadas por naturaleza á ser órgano del habla.

No es tan fácil el persuadir que la garganta debe tener la misma suerte que los labios y las narices. Es constante que esta parte de nuestro cuerpo está destinada por naturaleza á ser órgano de la voz. Los irracionales no tienen otro órgano para la formacion de sus respectivos idiomas. El rugido del leon: el bramido del toro: el relincho del caballo reciben en este órgano sus diferentes modulaciones. El hombre forma en él el sonido del llanto, de la risa, del gemido: en él forma sus interjecciones, y en él puede hacer sonar á todas las letras. Sin embargo, no es la garganta el verdadero órgano del habla. Fundemos este aserto con solidez.

Es verdad que los irracionales no tienen otro órgano para el uso de sus idiomas que la garganta; éslo tambien que el hombre forma sus gemidos, llantos y demás interjecciones en la misma garganta; pero de aquí no se puede deducir que esta sea el órgano legítimo del habla en el sentido en que lo tomamos, y debe tomarse, si se ha de formar un alfabeto digno del hombre, esto es, de un ente discursivo. El hombre tiene dos idiomas, como lo hemos dicho anteriormente, uno animal y otro racional. Como en la parte animal somos semejantes á los irracionales, dispuso el Sér Supremo que tuviésemos un mismo modo de formar el idioma animal con los brutos, y que en unos y en otros fuese el órgano de este lenguaje la garganta. Observemos con atencion y quedaremos convencidos. ¿Dónde forma el hombre el llanto, el gemido, las interjecciones, en una palabra, toda voz ó sonido que es efecto de la sensacion, esto es, de la parte animal? No podemos dudar que la garganta es su productora. Cualesquiera que sean las letras de nuestras interjecciones, se pronunciarán gutturalmente, esto es, con la garganta: de modo que son iguales con los brutos en el lenguaje animal; pero no hablo de este lenguaje. El hombre es racional, y su sociedad debe ser igualmente racional, y esta sociedad exige un lenguaje discursivo, un lenguaje distinto de

de los brutos: un lenguaje capaz de poder comunicar cuantas ideas son imaginables en nosotros. Es preciso un lenguaje por medio del cual podamos trasmitir en la mútua comunicacion lo pasado, lo presente y lo futuro: las ideas discursivas: las nociones más mínimas de los entes: en fin, un inmenso campo de conocimientos peculiares al hombre. Demos aun otra ojeada sobre el idioma animal, y hagamos ver que aunque es propio al hombre como animal, no le es suficiente para su sociedad.

¿Qué cosa es el lenguaje animal comun al hombre con el bruto? Es una facultad que á unos y á otros concedió naturaleza para expresar sus sensaciones. Ni el bruto, ni el hombre como animal, pueden descomponer una idea en su idioma animal. Todas las voces de este lenguaje son unos anuncios en globo: son unos signos generales. Gime el hombre, comunica su pena; pero no es capaz de individualizar, de descomponer esta idea y comunicar el dolor particular que le atormenta á no recurrir al lenguaje racional, esto es, á aquel idioma que llamamos habla: lo mismo sucede con los brutos: bramará una vaca: hará que venga á ella su cria, pero no podrá darla á entender otra cosa que el que la quiere para algo; así como sucede en el hombre cuando grita ó llama á alguno. El que oye el llamamiento vendrá á verse con aquel que le llama; pero no sabrá lo que le quiere comunicar en particular, aunque sabe que algo quiere comunicarle. Consúltense todas las interjecciones del hombre y se hallará la misma cosa. Es visto, pues, que la garganta no puede ser órgano de la voz sino respecto de nuestro idioma animal, que no puede llegar á dar cumplimiento á la inmensa extension de la sociedad del hombre y que necesariamente habia de recibir este en su creacion un órgano de voz más copioso, más abundante, más propio á su constitucion: un órgano que pudiese proporcionarle aquella inmensa multitud de voces que iguale á las innumerables ideas de que es capaz su racionalidad.

No: no es la garganta el órgano del habla en el sentido en que tomamos esta voz, esto es, del idioma racional; y por lo mismo no hemos de recurrir á ella para formar nuestro alfabeto del idioma primitivo: de aquel idioma de los primeros hombres, de aquel idioma racional: de aquel idioma que distingue al hombre de todos los demás vivientes: de modo que es evidente el vicio de la pronunciacion gutural de los ingleses y orientales y otras varias naciones que la tienen: es tambien evidente que son ilegítimas las letras *J* de los árabes, malamente introducida en la lengua castellana: *y* la griega y latina y toda aspiracion. Bajo de estos supuestos pasaremos á justificar nuestra segunda asercion.

El órgano de la boca no puede producir sino veinte y ocho letras.

Es constante entre los literatos que son cinco las letras vocales, es á saber, *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, y no se puede dudar que el hombre es incapaz de producir una más. Si los hebreos, árabes, griegos, franceses, ingleses y otras innumerables naciones nos quieren multiplicar este número: las causas de esta multiplicacion son notoriamente viciosas y contrarias al dictámen de la naturaleza, como hemos hecho ver en el capítulo antecedente y aun hácia el fin del primer discurso. Lo largo, lo breve, lo abierto, lo cerrado, el romper las palabras en los lábios y otras modulaciones, ó viciosas ó puramente accidentales, han dado motivo á esta multiplicacion intolerable y perjudicial al uso legítimo de los idiomas. Cinco son las vocales y no más radicalmente. Se pronuncian largas ó breves: pausada ó rápidamente: con la boca abierta, casi cerrada ó teniéndola en una disposicion media; pero estas variaciones de sonido no diferencian las letras: energizan, sí, la expresion pintando con bella analogía en ellas la pasion que mueve al que habla. Es, pues, constante que un perfecto idioma, como hubo de ser el primitivo, no pudo tener más vocales que cinco, esto es, la *a*, la *e*, la *i*, la *o* y la *u*; de modo que tenemos ya empezado nuestro alfabeto, y en él las letras siguientes

A. E. I. O. U.

Pasemos á averiguar cuantas consonantes hubo de tener el alfabeto del idioma primitivo. Hemos dicho y volvemos á decir que las consonantes unas son labiales, otras dentales, otras linguales, otras palatinas. Los gramáticos nos hablan tambien de las maxilares, nasales, guturales. No admitimos letras guturales, y hemos fundado sólidamente nuestra opinion en el capítulo antecedente: en él hemos hecho ver igualmente el defecto de la pronunciacion nasal, y no admitimos por tales á ninguna de las letras. Véase más abajo la letra *n*. Las maxilares no las entendemos. Se vé y observa que las mandíbulas se mueven á toda pronunciacion, y como su movimiento es general á todo sonido, no puede ser causa de formar ó multiplicar las familias de las consonantes. Mejor ó con mayor gusto adoptaríamos las enciales: en ellas vemos que se forman varias consonantes; sin embargo, no queremos introducir en la literatura esta nueva familia de consonantes. Nos parece que podemos completar nuestras ideas

con labiales, dentales, linguales y palatinas. Hablaremos de ellas con separacion.

Si consultamos los lábios y las explosiones que pueden formar con sus diferentes musculaciones, hallaremos cuatro sonidos, es á saber, la *b*, *p*, *m* y *f*. Las tres letras primeras son legítimas: procede en su formacion el órgano de la voz sin violentarse ni salir de los lábios. No sucede lo mismo en la *f*. Esta letra no es hija de los lábios: no concurre á su prolacion el lábio superior: toda su constitucion proviene de la union de los dientes superiores y del lábio inferior: puestos aquellos sobre este forman la *f*, y hallo en esta pronunciacion una cierta ilegitimidad, ya por la tal cual resistencia que en ella se me figura de parte del órgano de la voz, ya porque la accion se me representa algun tanto indecente y caballar en el descubrimiento de los dientes. Estas reflexiones y el ver que los idiomas más antiguos ó no tienen esta letra, ó se disputa si la tienen, me ha persuadido que no pudo tenerla el idioma primitivo. No obstante, por la gran afinidad que tiene con la *p* y la facilidad de ser sustituida esta por aquella, me he determinado á colocarla en mi alfabeto. Véase al fin de estos discursos el exámen de los idiomas ó cotejo que se hace de ellos, y el primitivo que vamos formando. Son, pues, las letras labiales cuatro, esto es:

B. P. M. F.

Por letras dentales entienden los gramáticos aquellas consonantes que forman el aliento por medio de la explosion que resulta de su choque contra los dientes. Observando este choque, veremos producidas la C, *R*, *Rr*, S, *Ss*, *X*, *Z*. Reparo que la *C* y la *Z* son tan afines, que es muy difícil hallar su diferencia. Esta dificultad ha hecho creer á los literatos de primera nota que la C es supérflua en los alfabetos y podia sustituirse por la Z. No me disgustaria esta supresion, porque con ella cesaria la torpeza de hacer sonar como K palatina á la C dental. Sin embargo, no puedo resolverme á afirmar que el sonido de la C es uno mismo que el de la Z. Hallo en mis observaciones que en la prolacion de la Z se halla la lengua apegada á los dientes inferiores, y el sacudimiento del aliento se verifica en los dientes superiores. Concibo que en la pronunciacion de la C no se apega dicha lengua á los dientes inferiores, ántes se halla un sí es no es separada de ellos, y en una disposicion que el aire ó aliento pueda sacudir así en los dientes superiores como inferiores. Por esta razon me he persuadido que dicha C debe reputarse como distinta letra de la Z.

Es muy natural y legítimo el sonido de la R y muy diferente del de la Rr. Muchos son los idiomas que carecen de estas letras ó sonidos, como se dirá en el cotejo de los idiomas actuales con el primitivo que vamos formando; pero es constante su legitimidad afirmada. Estos

sonidos se forman dentro del órgano de la boca, sin que se observe la más mínima repugnancia de parte de los músculos orales : son diferentes entre sí, como que la primera, esto es, la R sencilla es producida chocando el aliento con los dientes superiores en compañía de la lengua, quiero decir, dando ó sacudiendo la lengua suave y ligeramente contra dichos dientes; pero la Rr doble ó fuerte se forma del sacudimiento del aliento entre dientes superiores y encias, y vibrándose la lengua en medio de los dientes, sin llegarlos á tocar en manera alguna.

Son igualmente legítimas y naturales la S sencilla y doble : ambas se forman dentro de los límites de los músculos orales, sin que en estos se note resistencia alguna en su prolacion. Uno y otro son diferentes sonidos. La S sencilla resulta de sacudimientos del aire ó aliento en las puntas de ámbos órdenes de dientes, dirigiéndose dicho aliento rectamente por medio de ellos, y la doble chocando dicho aliento con los dientes superiores, ó mejor contra el enlace de estos y las encias.En la prolacion de una y otra letra se mantiene la lengua como contraida y retirada hácia el exófago.

La letra X ó su sonido no es conocido á los castellanos. ni puede ser expresado sino de viva voz. Este sonido es el mismo que dan los franceses al *ch*: los ingleses al *sh*: los alemanes al *sch*, y los masoretas á *sin* de los hebreos, cuando colocan el punto *daghess* sobre el tercer brazo de esta letra. Este sonido es muy legítimo y natural. Se forma dentro de los límites de la boca y no se observa en su prolacion resistencia alguna de parte de los músculos orales. No hallamos en la familia de los dentales otro sonido que los dichos. Estos los vemos en uso en los idiomas; pero no nos imaginamos que pueda ser posible otro sonido diferente de los ya anotados en esta familia, por lo que juzgamos que todas estas letras como legítimas se hallaron en el idioma primitivo, y las añadimos al alfabeto cuya formacion nos está ocupando. Estas letras son las siguientes:

C. R. Rr. S. Ss. X. Z.

Como no podemos cerciorarnos si las letras *ch* y *j* son dentales ó linguales, hemos resuelto el colocarlas en medio de estas dos familias. Observamos que pronunciadas por sí solas, la lengua dá un suave golpe en las encías superiores ; pero no dejamos de advertir que proferidas en una voz, no dá dicha lengua golpe alguno en las expresadas encias, y resultan ambas del choque del aliento con las encías. La *ch*, que tiene el mismo sonido que le dan los españoles, se produce del choque del aliento en medio de dichas encías: la *j* que suena como en las voces latinas *jejunium*, *junius*, *julius* recibe su formacion con el choque del aliento en la parte inferior de las mismas encias. Ambas

letras son afines con la *x*, lo que nos persuade vivamente que pertenecen á la familia de las dentales. Sin embargo, nos ha parecido no deber decidir este punto, mayormente cuando no resulta inconveniente alguno de esta indecision.

Ch. J.

Llaman los gramáticos letras linguales aquellas que forma el aliento, interviniendo el sacudimiento de la lengua en alguna de las partes constitutivas de la boca. Reflexionando en esta formacion, hallo que corresponden á esta familia la D y la T: la L y la Ll: la N y la Ñ: la Tz y la Ts. En todas estas letras se verifica dicho sacudimiento de lengua ya en los dientes, como sucede con la D, T, Tz, Ts: ya en las encías como la L y la N: ya, finalmente, entre dientes y encías como se observa en la Ll y en la Ñ. Si recorremos los idiomas ó sus alfabetos, veremos que faltan estas letras en ellos: unas en unos y otras en otras. Sin embargo, todas son legítimas producidas dentro de los límites del órgano de la boca, y proferidas sin la menor repugnancia de los músculos orales; por lo mismo las juzgamos dignas de ser colocadas en el alfabeto del idioma primitivo, pues todas ellas, á más de lo que queda dicho, las vemos en uso en los idiomas, como lo haremos ver despues. Pero ántes de pasar adelante diré alguna cosa de la nasalidad que dan los literatos generalmente á la Ñ.

Es verdad que observamos en la prolacion de la Ñ un gangueo conocido; pero esto no es suficiente para juzgarla nasal. Se forma la Ñ entre los dientes y encía superior, es á saber en el centro de la boca. La lengua se apega y detiene algun tanto en esta parte, y obliga al aliento con su detencion á remontar al conducto nasal. Esta operacion hace que al salir el sonido de dicha Ñ, reciba en el expresado conducto el gangueo referido; pero me hallo persuadido de que el primer sonido es el de una N eufonizada, y que á este sonido sobreviene la nasalidad por el embarazo que pone la lengua á que el aliento salga de los lábios; pero sea lo que fuere, basta para nosotros que tenga su principio entre dientes y encía superior. Contamos, pues, en la familia de las linguales ocho diferentes sonidos ó letras, esto es

D. L. Ll. N. Ñ. T. Tz. Ts.

Dos solas son las consonantes que produce el paladar, la G y la K, y no tenemos que justificar su legitimidad, pues son recibidas como tales por todos los literatos.

De todo lo dicho resulta que el alfabeto del idioma primitivo hubo de tener veinte y ocho letras diferentes, es á saber: cinco vocales, ocho linguales, cuatro labiales, siete dentales, dos medias entre denta-

les y linguales y dos palatinas. Mucho se disputa sobre el órden que debe observarse en la colocacion de estas letras en los alfabetos. Yo no concibo utilidad alguna en esta operacion, á lo ménos para mis ideas actuales. Es suficiente para mí el haber hecho ver que todas estas letras se forman en la boca sin repugnancia de los músculos orales: bajo de estos supuestos formaremos nuestro alfabeto segun aquel órden de letras que es más comun y general en todos los idiomas.

A.... B.... C..... Ch..... D..... R..... F.....
G..., I.... J..... K..... L..... Ll.... M.....
N..... Ñ..... O..... P..... R..... Rr... S.....
Ss.... T..... Tz.... Ts.... U..... X..... Z.....

Hé aquí el número de letras que necesariamente ha de tener un idioma para que sea perfecto. Todo lenguaje que no haga uso de todas ellas será defectuoso por diminuto en su alfabeto, y tendrá el vicio de redundante si admitiese en sus voces mayor número de sonidos. El idioma primitivo, como perfectísimo, no podia contar más ni ménos letras: todas las veinte y ocho se forman en el legítimo órgano de la voz; esto es, en la boca, sin resistencia de los músculos orales: ningun otro sonido hallaremos ó que no se forme fuera de la boca, ó que no sea contraria y opuesta al dictámen de la naturaleza, sin embargo de proferirse en el dicho órgano, esto es, en la boca. En efecto ¿cuál es la letra ó letras que podamos añadir á las de nuestro alfabeto? ¿Cuál ó cuáles las que están de sobra en él? Corroboremos nuestra operacion, haciendo ver que no hay en dicho alfabeto defecto alguno: que no le falta letra que sea legítima, y que ninguna de las que en él se hallan es redundante y supérflua.

No hay duda que en los idiomas se oyen un sinnúmero de sonidos; pero todos ellos pueden y deben reducirse á los que forman las veinte y ocho letras de nuestro alfabeto. Las cinco vocales son capaces de recibir diferentes modificaciones; pero siempre han de ser cinco vocales. La *a*, por ejemplo, no suena lo mismo cuando es cerrada que cuando es abierta. Es diferente la explosion de la *e* breve, larga y brevísima. La *o*, pausadamente pronunciada, forma en nuestro oido una idea distinta que cuando se profiere rápidamente. La *u*, que se rompe en los lábios, no suena lo mismo que la que causa su explosion en la boca y garganta, y en la *i* gangosa se percibe un ruido distinto de aquel que tiene cuando se pronuncia naturalmente, esto es, en la concavidad oral; pero estas diferencias son notoriamente accidentales. La *a* siempre es *a*: la *e* siempre es *e*, sin embargo de estas diferencias, así como el hombre siempre es hombre, sea largo ó corto, flaco ó gordo, débil ó robusto. Es visto, pues, que las vocales de nuestro alfabeto no pueden ser más ni ménos que las cinco que en él hemos nombrado. Pasemos á reconocer las consonantes, y hallaremos en ellas las mismas diferencias de sonidos que en las vocales: aquellas

como estas pueden proferirse breve ó largamente: con pausa ó sin ella: con boca más ó ménos abierta: pueden pronunciarse con más ó ménos fuerza, y la cavilacion podrá formar en estas diferencias cuantas *aa* quiera su antojo: cuantas *ee*, cuantas *uu* vengan á su imaginacion; pero sin que de aquí se pueda inferir legítimamente que ha de haber tres *aa* en la lengua hebrea, cinco kk en la georgia, cuatro en la cophta, dos *oo* en la griega, tres *dd* en la árabe, etc.

Esta diversidad de letras ó caractéres que hace ostentosos los alfabetos de varias naciones, es á mi ver una de las mayores imperfecciones que se conocen en los idiomas. Por medio de las multiplicadas vocales se fija en ellas la pronunciacion larga, breve y brevísima: las voces que se forman de estas vocales se han de proferir necesariamente breves, largas ó brevísimas, y esto se opone á la misma locucion: á los efectos naturales de la pasion que moviliza al que habla. ¿Cómo puede conducirse con propiedad un atónito, un hombre asustado ó sobrecogido de miedo, si queriendo comunicar las ideas que le han puesto en esta disposicion no halla para expresarlas sino voces cuyas vocales sean necesariamente breves? No sé yo como podrán verificarse aquellas detenciones de voz: aquel no poder desplegar las palabras ó sus letras: aquellos continuados apegamientos que hace el sonido en el órgano de la voz. La omega de los griegos ha de pronunciarse siempre como letra larga: su prolacion ha de ser por lo mismo pausada. ¿Se compone bien esta pronunciacion con un hombre irritado que comunica su situacion? Reparemos la diferencia que hay en el modo de hablar de uno que persuade y de otro que reprende: el primero proferirá sus voces pausadamente: el segundo irá en ellas con precipitacion. Es visto, pues, que los idiomas no han de tener si han de ser perfectos, letras ni voces necesariamente breves, necesariamente largas como anteriormente lo tenemos dicho; y que estas voces se han de proferir largas, breves, pausadas ó rápidas segun lo exija la pasion del que habla: de modo que no podemos añadir una sola letra á nuestro alfabeto por las diferencias de los sonidos que llevamos apuntados en este párrafo.

Tampoco pueden incorporarse á él las letras que se forman en la garganta, aunque sean diferentes en su sonido á las de nuestro alfabeto. La garganta no puede producir voz que no corresponda al idioma animal, como repetidas veces lo llevamos referido, y estas voces son impropias y extrañas al idioma racional. Todas las letras de nuestro alfabeto pueden guturizarse: pero por esto no han de reputarse dobles, quiero decir, no han de contarse cincuenta y seis letras: veinte y ocho guturales y otras tantas vocales, esto es, proferidas con la boca. Si esto se admitiese, eran necesarias otras veinte y ocho nasales, y aun otras tantas labiales. La letra en la boca de un chino es nasal: en la de un inglés gutural: en la del francés labial y en la del español bocal. ¿Hemos de contar por esto ciento y doce letras en un

perfecto alfabeto? No: ninguno lo ha pretendido hasta ahora, ni nos podemos persuadir que haya filósofo que así quiera opinar. Si los árabes tienen en su alfabeto la *J* gutural, han errado; han adoptado un sonido animal: un sonido hijo del órgano destinado por naturaleza para la formacion del idioma animal: nosotros tenemos la *j* bocal, y no necesitamos la *J* árabe: nuestra *J* es la misma letra que la dicha *J* de los árabes, con sola la diferencia de que esta se halla modulada por el órgano animal y aquella por el racional. Es visto, pues, que no nos hace falta alguna dicha *J*; antes bien imperfeccionaría nuestro alfabeto. Lo mismo decimos de la *x* griega y latina cuya pronunciacion tiene los mismos defectos que la *J* de los árabes; de modo que es constante y evidentemente demostrado que al alfabeto que acabamos de formar, no puede añadirse una sola letra. Veamos si puede y debe suprimirse alguna ó algunas de dichas letras.

Estamos muy distantes de creer que nuestro alfabeto será agradable á todos los idiomas. Todos ellos se conforman en las cinco vocales con sola la pretension de diferentes caractéres, que algunos querrán aumentar para denotar las diversidades del sonido que llevamos referidas; pretension, cuya ilegitimidad se ha demostrado suficientemente; pero no sucederá así con las consonantes. Ninguna ó muy pocas de estas letras dejan de faltar en alguno ó algunos de los idiomas; y estos lo mirarán con extrañamiento. Los hebreos, árabes, caldeos, sirios, griegos, latinos y otras naciones extrañarán las consonantes *ch*, *Ll*, *Ñ* y *x*. No las hallarán en sus alfabetos, y nada tendrá de irregular que su adhesion al nativo idioma les haga mirarlas como letras ilegítimas. Las lenguas Bilela, Bisaya, China, Lule, Mabaya, Mocobi, Maya, Chochimi, Tonquinesa y otras no se hallarán contentas con la *R* sencilla. Mirarán como ilegítima la doble *R* los Araucanos, Guaranes, Tupis, Omaguas, Kiriris, Abipones, Peruanos, que no la conocen en sus abecedarios. Sucederá lo mismo respecto de la *L* con los idiomas Tagalo, Rudebe, Pima y Hurona: respecto de la *D* con los tártaros, Lamas del Tibet, Mojas, Mejicanos, Chinos. Los Saruros y Mejicanos se hallarán mal con la *S*. Los Irlandeses, Armenios, Tibetanos, Chinos, Tártaros y otros no amarán la *Z*; pero ¿quién es capaz de congeturar las oposiciones que hallará en los idiomas nuestro alfabeto? Es preciso por lo mismo que repasando una por una dichas consonantes hagamos ver su legitimidad, no porque son naturales sus sonidos, y propios y peculiares al legítimo órgano de la voz, esto es, de la boca, lo que llevamos ya justificado, sino por el uso que de ellas hacen los mismos idiomas. Hablaremos primero de las más notables, esto es, de la

Ch. Ll. Ñ. X.

La letra *ch*, cuya pronunciacion es la española, no solo es legítima en su formacion como hemos hecho ver, sino tambien muy usada por

las naciones: la conocen los Araucanos, los Quinchuas, los Aimaras, los Mojos, Bascongados, Mobimas, Españoles, Itonamos, Guaranis, Tupis, Chiguitos, Bilelas, Abipones, Jameos, Quiriris, Jaruros, Caribes, Tamanacos, Mejicanos, Otomitas, Hiaquir, Californios, Groenlandeses, Taraumaros, Opatas, y que sé yo cuantas otras naciones.

La *Ll* es conocida por los españoles, Bascongados, Franceses, Italianos, Caribes, Mejicanos, Totonacos, Tubaros, Cochimis, Araucanos, Peruanos, Mobimas, Moquicos, Tobas y por otras diferentes naciones.

La Ñ se usa en las lenguas Española, Bascongada, Francesa, Inglesa, Araucana, Quichua, Aimara, Moquica, Guarani, Tupi, Chiquita, Toba, Abipona, Jamea, Jarura, Mijteca, Tubar, Cochimi, Groenlandesa y muchos otros idiomas que seria largo el referirlos.

Los Bascongados, Franceses, Alemanes, Ingleses, Persas, Rusos, Polacos, Peruanos, Aimaras, Guaranes, Araucanos, Malabaros, Coromandeles, Tamulicos, Goanos, Tártaros, Calmucos, Balabandeos conocen el sonido de nuestra *x*, que los franceses expresan con el carácter *ch*: los ingleses con *sh*: los alemanes con *sch*: los Persas con *sha*: y no podemos menos de creer que la usarian los Griegos, Latinos, Coptos, Irlandeses, Tibetanos y otras naciones antes que se introdujese en ellas su pronunciacion gutural. Pasemos á hacer ver el uso que los idiomas hacen de las letras

Tz. Ts.

Todos los idiomas, ó la mayor parte de los del Norte usan de estas dos letras; usan de la *Ts* la lengua Quiriri, Bascongada, Mejicana, Misteca, Totonama, Otomita, Cora, Tubar, Eudebe, Balabandea, Granitamica, Guzarata, Tibetana, Tscheremisa, Libonesa, Lituana, Rutena, Serbia, Dalmata, Carina, Lusática, Boema, Rusa, Moscobita, Polaca, Armena, Georgiana, Hebrea segun algunos, Amarica, Tarasca y otras.

Hacen uso de la *Tr* las lenguas Shabana, Bascongada, Moquica, Malaya, Peguana, Malabaro-tamulica, Tamulica, Telugica, Samscrutamica, Balabandea, Grantamica, Singala, Canara, Guzarata, Mongola, Calmuca, Tongusa, Turusc, Ostiaca, Bogula, Curlandesa, Moscobita, Sclavona, Bulgara, Croata, Armena, Georgiana, Cophta, Madagascara, Grantamica y otras varias.

En lo que toca á la *C* y *F* hicimos ver en la misma formacion del alfabeto nuestro modo de pensar, y nos remitimos á él. No creo que haya necesidad de hacer demostracion acerca del uso casi general que hacen las naciones de las demás consonantes. No hay literato que no sepa su legitimidad y la confiese. Si en algunos idiomas no tienen uso respectivamente de las letras B. D. P. L. R. y demás consonan-

tes, en ninguna faltan todas ellas. He observado que no hay lenguaje alguno que carezca de una consonante sin que haga uso de otra que sea afin con aquella. Si á la lengua hebrea falta la *P* ha de tener la *F*: si carece de la *tz*, ha de hacer uso de la *ts* ó al contrario. Los chinos no tienen *R*; pero conocen la L. Si los Tártaros, los Mojas, los Mejicanos no conocen la *D*, la sustituyen con la *T*. Si las lenguas Tagala, Eudeba, Pima carecen de la L, tienen en su lugar la *R*, y lo mismo sucede con otras consonantes que echamos de menos en los idiomas: de modo que siempre se verifica en las lenguas una analogía nada equívoca entre las letras de que hacen uso y aquellas que hubo de tener el idioma primitivo. Digamos alguna cosa de la *V* que llaman consonante, y la *Ps* de los griegos y concluyamos.

No hay letra más comunmente recibida en las Naciones Europeas que la *V* que llaman consonante, y dirán quizá sus literatos que á lo menos nuestro alfabeto carece de esta letra y que siendo tan necesaria como que se sirve de ella para diferenciar las voces y sus signados ha de reputarse este defecto por muy esencial; pero les responderemos que el idioma primitivo ni otro que sea perfecto debe admitirla en su alfabeto. Si la *V* consonante diversifica las voces y sus signados hoy en los idiomas no lo fué así en otros tiempos. No tuvo lugar esta letra indecente hasta que los Latinos en sus gramáticas establecieron aquella decantada regla que dice: *que la u vocal pasa muchas veces á ser consonante cuando hiere á otra vocal*: desde esta época empezó á recibirse en la literatura esta nueva *u* y llegó á mudar de figura, y hoy la vemos adoptada generalmente por toda la Europa.

Antes de esta época no era conocida la dicha *v* consonante en lengua alguna. No la tenian los Hebreos: pues su letra *vau* era *u* vocal segun el dictámen de los más sensatos gramáticos de su lengua. Este dictámen se halla corroborado por el uso de los orientales que deben ser tenidos en este particular como más instruidos que todos los demás por ser habitadores de un País en que alguna vez fué vulgar dicha lengua, lo que nos debe persuadir á que estos orientales conservan el uso de no admitir dicha *v* consonante como una herencia que de padres á hijos ha llegado hasta ellos desde los tiempos más remotos. Pero ¿quién, y porqué se introdujo en las gramáticas actuales de la lengua hebrea la opinion de que *vau* es la *v* consonante? Los Masoretas fueron sus autores en el siglo quinto poco más ó ménos y se movieron á ello por un error manifiesto. Creyeron estos Judíos no sé porqué, si acaso no fué la causa un vergonzoso vasallaje que tributaron á los gramáticos árabes que la lengua hebrea no tenia *u* vocal en su alfabeto, y quisieran que la letra expresada *vau* corriese en lo sucesivo como consonante, pero hemos hecho ver en la formacion de nuestro alfabeto este error clásico, y nos remitimos á lo que tenemos dicho en aquel lugar: solo añadimos que sin embargo de esta su opinion no la daban á dicha letra otro sonido que el de una *B* fuerte, que

es lo mismo que no decir nada. Esta *B* fuerte la tiene y debe tener cualquiera idioma, por ser libre el hombre de proferir sus letras ya fuertes, ya suaves, segun le dicte la pasion que le movitiza cuando habla. Pero ¿cuál es la diferencia que tiene la *B* en los masoretas con el punto *Daghess* y sin él? ¿Para qué esta diferencia si la *vau* era *v* consonante? Pasemos adelante.

Tampoco la tuvieron los árabes, y es constante esta verdad. Hoy mismo no la conocen sino en figura. Su boca no la distingue de la *B*, así como sucede á los españoles. Pero hagamos ver con un solo golpe que la inútil *v* consonante es fingimiento de los latinos: reconozcamos la lengua griega su madre, y veamos si esta la pudo enseñar. Hallaremos que no la tuvo ni la tiene esta lengua en su alfabeto. Veremos que las voces latinas de orígen griego que están escritas con *v* consonante, en las griegas se hallan escritas con *B*. Hé aquí una pequeña lista de ellas:

LATIN.	GRIEGO.	LATIN.	GRIEGO.
Vado.....	Bateo.....	Vis.....	Bia.
Violo.....	Biazomai	Vinarium.....	Bikos.
Vivo.....	Bioo	Vita	Biota.
Vivens.....	Bioys	Vorax.....	Boros.
Pavor.....	Phobos.....	Varius.....	Balios.
Venio	Baino.....	Ver.....	Ber.
Vescor.....	Bosko.....	Voco.....	Bo.
Volo	Boulomai	Vox.....	Boe.
Voveo.....	Bebaix.....	Virgilius.....	Byrgilyos.

¿Cómo dejaremos, pues, de creer que la V llamada consonante no haya sido una invencion de los gramáticos latinos en favor quizá de sus poetas? Pero ¿á qué nos cansamos? No conoció esta letra la misma lengua latina en sus primeros años. La misma regla tan decantada y sabida que hemos hecho ver poco hace para la formacion de la V consonante nos lo dá á entender. Hagamos presente esta regla en el mismo idioma.

> Y U vocalis fit consona sepe latinas
> utraque vocales feriens, *ut Janua, Virtus.*

De donde se infiere con evidencia que los latinos no la conocieron, pues que su alfabeto no tenia figura que la indicase. Se infiere que las voces que hoy se escriben con V consonante, se escribian ántes con la U vocal: lo que dificultamos, ó mejor no podemos creer, sin embargo de asegurarnos claramente la predicha regla. Las voces latinas y griegas colocadas en el catálogo precedente nos persuaden que las voces *Vita, Virtus, Vivo*, etc., que hoy se escriben con V consonante se grabaron anteriormente con B y sonaron *Bita, Birtus, Bibo*;

y que el único motivo que tuvieron los latinos para esta variedad fué la pobreza de su idioma, la falta de voces y la necesidad de aplicar dos ó más signados á una sola palabra. *Bibo* significaba *vivir* y *beber*: *Bis* indicaba la fuerza: dos veces *Binum* podia ser la neutra terminacion de *binus, bina, binum*: cosa de dos y significar el *vino*: *Bolo* indicaba ya la accion de volar, ya la de querer etc., é inventaron dicha V consonante para distinguir en estas voces sus duplicados signados; pero demos en un instante que la dicha V consonante á sus principios hubiese sido una V vocal. Es mayor el trastorno: hagá noslo evidente.

¿Qué afinidad hay entre las vocales y consonantes para este asombroso metamorfosis? Las vocales son señoras del habla: las consonantes esclavas: aquellas son vivificadoras, estas vivificadas: aquellas pueden sonar por si; estas necesitan que las hagan sonar las vocales. Gran diferencia para la afinidad y para que se conmuten unas por otras. Pero sea lo que fuese, no hallo en la naturaleza sonido que venga bien á la citada V; y sino digannos los latinos: ¿en qué parte del órgano de la voz se forma esta consonante? No es palatina: no podemos formar en esta parte oral otras consonantes que la G y la K: no es dental: no es lingual. Son conocidos los sonidos de estos órganos y no la hallamos en ellos. ¿Es labial? Así lo aseguran sus amadores, pero yo no la hallo en esta parte del órgano de la voz. Solo oigo proferidas en los lábios la B, P, M y F. Reparemos como la pronuncian los franceses, acérrimos defensores de esta letra, y los que más han trabajado en darla un sonido, llegando á gloriarse como únicos que la pronuncian como se debe.

Si contemplamos atentamente á un francés al tiempo que profiere la V consonante, si queremos remedarle, hallaremos en los músculos orales una resistencia nada equívoca, una irregularidad manifiesta. Observaremos en primer lugar que los lábios se encojen, arrimándose bien los dientes y formando con ellos una especie de tubo ó canal estrecho: observaremos á más que al mismo tiempo que empieza á formarse una U vocal clara y manifiesta, entra á estorbar su complemento el aire que impelieron los lábios hácia el exófago, y repararemos que saliendo al encuentro la respiracion, hace retroceder á dicho aire y sale chocando con él, y últimamente que es indecente la figura que forman los lábios en la prolacion de ella. Así lo siento en mí mismo; pero sea lo que fuere de estas acciones, lo cierto es que cualquiera sentirá la repugnancia de los músculos orales, y de esto es una prueba incontestable la gran dificultad que siempre se ha hallado en su prolacion, y el estado que hoy tiene su sonido en la mayor parte de las naciones. No es, pues, la V consonante una letra natural: una letra digna de ser colocada en el alfabeto del primitivo idioma de una lengua perfecta. Pásemos á la Ps de los griegos.

Esta letra no es una: son dos, esto es, la P y la S. Una mera volun-

tariedad la dió el que fuese figurada como una sola. Es igual la Ps á la Cl, Br, Tr, Pr, Gl, y otras uniones impropias de consonantes seguidas; pero como hablarémos de este particular en el silabario, no queremos extendernos más en demostrar la ilegitimidad de esta mal entendida letra de los griegos.

PARTE SEGUNDA.

DE LAS SÍLABAS.

Nada hubiera adelantado el idioma primitivo con haber tenido un perfecto alfabeto, si su silabario no lo hubiera sido igualmente: hemos de suponer que lo mismo que este idioma gozó de unas sílabas las más perfectas y acabadas de cuantas pueden ser imaginables en el uso de la facultad del habla. La dificultad está en saber cuáles y cuántas sean estas sílabas. Consultemos la naturaleza, como lo hemos hecho en la formacion del alfabeto.

Una sílaba no es otra cosa que cierta voz pronunciable en un solo aliento. Puede constar de una, de dos, tres ó cuatro letras, y no de más si ha de ser perfecta. La vocal *a* es una sílaba perfecta: lo es tambien la voz *no*; é igualmente lo son las palabras *red*, *baul*. Las voces tienen tantas sílabas cuantos son los alientos que se emplean en su prolacion: ser tiene una sílaba: dormir tiene dos: ca-mi-nar tres y co-rro-bo-rar cuatro. Para proceder en la formacion del silabario con el cuidado y claridad correspondientes, hablaremos primero de las sílabas monogramas: despues de las digramas, trigramas, cuadrigramas, que son las únicas que pueden y deben entrar en la formacion de un silabario perfecto, cual hubo de ser el que tuvo el idioma primitivo.

SILABAS MONOGRAMAS.

Todas las naciones se hallan conformes en que no pueden ser sino cinco las sílabas monogramas. Ningun idioma tiene más ni ménos vocales que cinco, porque el órgano de la voz no puede formar otras que la *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, como queda probado en el alfabeto; y no siendo proferibles las consonantes por sí solas, es un dictámen de la misma naturaleza. Estas cinco sílabas son las que producen todas las demás y se llaman con razon sílabas madres ó primitivas. Coloquémoslas á la frente del silabario que hubo de haber tenido el primitivo idioma.

A. E. I. O. U.

Pasemos á la formacion de las demas sílabas y distingamos las que son legítimas de las que no lo son, para que resulte un perfecto silabario.

SILABAS DIGRAMAS.

Sílabas digramas son aquellas que se forman de dos letras. Estas pueden resultar de tres diferentes combinaciones, ó uniendo entre sí dos vocales, ó ligando una consonante con otra vocal, ó una vocal con otra consonante. *Ay, oy, au* corresponden á la primera combinacion: *la, mi, tu* son de la segunda, y de la tercera las silabas *el, an, on*. A las sílabas de la primera combinacion llaman los gramáticos diptongos. Recorramos estas combinaciones, y veamos las sílabas legítimas que pueden producir.

Si consultamos los idiomas, hallaremos un número crecido de sílabas de la primera combinacion. Son innumerables los diptongos que se conocen en ellos: pero la naturaleza nos instruye que estas sílabas ó diptongos no pueden ser sino seis, esto es, las siguientes:

Au. Ai. Eu. Ei. Oi. Ui.

Es constante esta verdad, hagámosla palpable.

No hay duda en que esta combinacion resulta de la union de dos vocales. Para que esta union sea legítima, es necesario que las dos vocales puedan proferirse en un solo tiempo, esto es, con un solo aliento. Esta unidad de prolacion no puede verificarse sin que la primera de las vocales, á quien en lo sucesivo llamaremos regente, tenga la plenitud necesaria para incluir en sí á la segunda, á quien en adelante conoceremos por el nombre de *regida*. Es necesario á mas de esto que la vocal regida no ponga embarazo á la plenitud de la regente.

De estas reglas muy naturales y óbvias resulta en primer lugar que no puede formarse sílaba ó diptongo alguno de dos vocales que sean semejantes, esto es, de dos *aa*, dos *ee*, etc., porque siendo ambas de igual plenitud, no es posible que se incluyan mútuamente: del mismo modo que dos vasos que siendo de igual magnitud no pueden hallarse metidos el uno en el otro.

Resulta en segundo lugar que tampoco pueden formar sílaba ó diptongo alguno entre sí la *a, e, o*; porque formándolas el órgano de la voz con igual ó muy poco diferente abertura de boca, esto es, con casi la misma plenitud, no pueden proferirse con aquella unidad de tiempo y aliento, que constituye las sílabas, y por esto las pode-

mos llamar contrarias, esto es, letras que no pueden hallarse en una misma sílaba. Observe cualquiera esta prolacion y quedará convencido de esta verdad. Profiera las voces *ao*, *oa*, *eo*, *ae*, etc. y hallará que cada una de ellas forma dos sílabas, así como forman las palabras *a-mor*, *to-ro*, *pe-rro*, quiero decir, hallará que en la prolacion de *ao* hay dos alientos, y que el segundo empieza despues que proferida la *a* quiere unir á ella la *o*, y así de las demás voces. Por esto las mismas naciones que admiten este género de sílabas ó diptongos, se han visto obligadas á no proferir las dos vocales de que se componian, sustituyendo una distinta: el diptongo de *ae*, *oe*, se pronuncia por los latinos como *e*: la *ou* por los franceses como *u*, etc:, lo que hace evidente nuestro aserto.

Resulta en tercer lugar que tampoco puede formar sílaba ó diptongo la *u* con la *a*, *e*, *o*, ni aun la *i* con la *a*, *e*, *o*, *u*: pues siendo la *u* una vocal media, esto es, que se profiere con una mediana abertura de boca, no puede incluir en su plenitud á la *a*, *e*, *o*. que tienen mayor corpulencia, es decir, mayor plenitud por proferirse con mayor abertura de boca; ni la *i*, que es ténue, esto es, que se profiere con un si es no es de abertura de boca, puede incluir en sí á las dichas vocales *a*, *e*, *o*, *u*.

Ultimamente, no puede formar sílaba ó diptongo la *o* con la *u*: no porque la regente, esto es, la *o*, carezca de la plenitud necesaria para comprender en ella á la *u* regida: sino porque esta embaraza la plenitud de aquella; pues siendo necesario para la plenitud ó complemento de la *o* el que el aliento salga del conducto nasal, ó retroceda blandamente hácia la traquea, impedirá esta operacion la formacion de la *u*, que se verifica impeliendo dicho aliento hácia los lábios: operaciones diametralmente opuestas y que por lo mismo necesitan dos tiempos ó dos alientos diferentes, y por consiguiente opuestos á la unidad silábica.

De lo dicho se deduce que esta combinacion solo puede producir las seis sílabas referidas, esto es *ad*, *ai*, *eu*, *ei*, *ui*, *oi*, y que estas sílabas son las que deben ser admitidas como diptongos en las lenguas, y las únicas que bubo de tener el idioma primitivo. Estas seis sílabas ó diptongos, hijos de las cinco sílabas madres *a*, *e*, i, *o*, *u*, unidas con estas, forman todo el silabario, y por lo mismo á las once llamaremos radicales, y las colocaremos independientes de los párrafos para mejor inteligencia de los lectores.

SILABAS RADICALES.

A. R. I. O. U. Au. Ai. Eu. Ei. Oi. Ui.

La segunda combinacion resulta de una consonante antepuesta á una vocal. Toda consonante puede anteponerse á cualquiera de estas

vocales, y siendo veinte y tres las consonantes y cinco las vocales en un idioma perfecto, se infiere de aquí que esta combinacion forma en beneficio del habla á razon de cinco por cada consonante, ménos la *c*, que no es susceptible sino de dos, esto es, de *ce*, *ci*, ciento y doce silabas, que no las colocamos, como lo hemos hecho con las radicales, porque sería molesta su lectura.

La tercera combinacion resulta de una vocal antepuesta á una consonante; y como la c pospuesta tiene el sonido de la *k*, no forma en esta combinacion sílaba alguna: de modo que solo entran en ella veinte y dos consonantes, que á cinco sílabas por cada una en la union á las cinco vocales, vienen á ser las silabas de esta tercera combinacion ciento y diez. Resulta, pues, que las digramas producen doscientas veinte y ocho silabas: seis de la primera combinacion: ciento y doce de la segunda, y ciento y diez de la tercera, y todas ellas como legítimas y naturales son correspondientes al idioma primitivo, y otro cualquier lenguaje perfecto,

SILABAS TRIGRAMAS.

Toda silaba que consta de tres letras es trigrama. Son varias las combinaciones de estas silabas. Si queremos recorrer el uso de las naciones, hallaremos hasta seis diferentes. 1.ª de una consonante antepuesta á dos vocales, como *lei*, *doi*. 2.ª de dos vocales antepuestas á una consonante, como *aun*, *eun*. 3.ª de consonante, vocal y consonante, como *don*, *con*. 4.ª de tres vocales, ó lo que las naciones llaman triptongos. 5.ª de dos consonantes antepuestas á una vocal, como *cla*, *bra*. 6.ª de una vocal antepuesta á dos consonantes. Reconozcamos estas diferentes combinaciones, y cotejándolas con la naturaleza, veremos cuáles son legítimas y cuales dejan de serlo. Yo contemplo como legítimas la 1.ª, 2.ª y 3.ª aunque no en toda combinacion: juzgo como ilegítimas á la 4.ª, 5.ª y 6.ª Expliquémonos sobre este particular, y hagamos ver que el idioma primitivo como perfecto no pudo hacer uso sino de las dichas 1.ª, 2.ª y 3.ª combinacion. Para que no nos confundamos y haya mayor claridad, trataremos de cada una de las seis combinaciones con separacion.

COMBINACION PRIMERA.

Esta combinacion resulta de una consonante antepuesta á dos vocales. Serán legítimas las sílabas de ella, si las dos vocales pospuestas son alguno de los seis diptongos ó sílabas digramas que llevamos ya establecidas: de lo contrario han de ser ilegítimas como que formarán dos diferentes sílabas. *Lei*, *doi*, *voy* son voces de tres letras. Cada una de estas voces resulta de una consonante antepuesta á dos vocales: estas forman un legítimo diptongo y las referidas voces cada

cual es una silaba perfecta y se pronuncia en un solo tiempo, esto es, con un solo aliento. *Sea*, *loa*, *mio* son igualmente formadas de una consonante antepuesta á dos vocales; pero estas no constituyen un diptongo entre sí y son silabas ilegitimas: son dos silabas y se pronuncian en dos tiempos ó con dos alientos en esta forma: *se-a*, *lo-a*, *mi-o*. De las legítimas combinaciones resultan en la que nos ocupa á favor del habla ciento treinta y cuatro silabas; porque siendo seis los diptongos legítimos como queda ya justificado, pueden anteponerse á todas ellas las veinte y tres consonantes, exceptuado la c, que solo puede anteponerse á los dos diptongos *eu*, *ei* en su sonido dental.

COMBINACION SEGUNDA.

La segunda combinacion de las silabas que nos ocupan es de dos vocales antepuestas á una consonante. La legitimidad ó ilegitimidad de ella, se ha de graduar por las reglas que para ello hemos establecido en la combinacion primera, y ha de producir dos silabas ménos que la anterior combinacion por no poder jugar en esta la consonante *c* que pospuesta á las vocales pierde su sonido dental y recibe el de la *k* palatina, de modo que por esta combinacion recibe el habla ciento treinta y dos silabas.

COMBINACION TERCERA.

Esta combinacion resulta de una consonante antepuesta y otra pospuesta á una vocal. Es legitima y natural y á más riquísima en silabas. Añaden á las silabas de consonante y vocal otra consonante, y esta operacion hace que las ciento y doce silabas que produjo la combinacion segunda de las digramas, se puedan unir con veinte y dos consonantes; pues no tiede lugar la *c* por lo que queda dicho anteriormente: de modo que multipiicando ciento y doce por veinte y dos, resultan dos mil cuatrocientas sesenta y cuatro: número justo de las silabas que puede y debe producir esta combinacion que nos ocupa.

Resulta de todo lo dicho que las trigramas forman en beneficio del habla ó pueden formar mil seiscientas y setenta silabas, es á saber, ciento treinta y cuatro de la primera combinacion: ciento treinta y dos de la segunda y mil cuatrocientas sesenta y cuatro de la tercera que son las únicas que son legitimas, y por lo mismo correspondientes á un idioma perfecto como el primitivo: de modo que cualesquiera lengua que no tiene estas tres combinaciones y en ellas las predichas silabas será imperfecta por diminuta; y al contrario será defectuosa por exceso la que tuviere más combinaciones, esto es, cualesquiera de las tres combinaciones que van á seguirse, como lo haremos ver inmediatamente.

COMBINACION CUARTA.

Una de las combinaciones ilegítimas es la que nos va á ocupar y consiste en la union de tres vocales. Sin embargo la vemos adoptada por varias naciones, y conocida en ellas bajo del nombre de triptongos. Poco tendremos que cansarnos en hacer ver la irregularidad de estas sílabas: son poderosísimas, muy naturales y óbvias las razones que persuaden su ilegitimidad. Hagámoslas presentes á los literatos.

Dijimos hablando de los digramas y su primera combinacion que no puede haber sino seis diptongos legítimos, es á saber *au*, *ai*, *eu*, *ei*, *oi*, *ui*, y quedó justificado completamente este aserto. Es preciso bajo de este verdadero supuesto que si ha de haber algun legítimo triptongo en los idiomas, este ha de resultar anteponiendo ó posponiendo á los referidos seis diptongos una de las cinco vocales. Si ninguna de estas puede anteponerse ni posponerse en union silábica á dichos diptongos será innegable la ilegitimidad de los triptongos. Consultemos esta anteposicion y posposicion de vocales á los referidos triptongos y quedará convencido cualquiera de la imperfeccion é ilegitimidad de estos.

En primer lugar no puede resultar triptongo alguno legítimo anteponiendo una de las cinco vocales, cualquiera que ella sea, á los seis diptongos legítimos. Una de las condiciones necesarias en la union de vocales para la formacion de sílabas como lleva nos dicho en la primera combinacion de las sílabas digramas, es el que la primera vocal sea regente, y pueda incluir en su plenitud á las regidas, esto es, á las vocales siguientes. En el caso propuesto la regente habia de ser la vocal que se anteponia á dichos diptongos; pero es imposible que esta, cualesquiera que sea, encierre en su plenitud ninguno de los seis referidos diptongos. Demostremos esta verdad examinando cada una de las vocales con miramiento á dichos diptongos.

La *i* antepuesta á los diptongos *au*, *ai*, *eu*, *ei*, *oi*, *ui*, no puede ejercer las funciones de regente. Esta letra como ténue es de mucha menor plenitud que todas las demás; incapaz por lo mismo de formar silaba alguna por no poder encerrar en su plenitud ninguna de las vocales sus compañeras; pues ¿cómo será capaz de formar triptongos? No sé yo que tengamos que decir otra cosa en una materia tan sabida y vulgar.

Tampoco puede ser regente la vocal *u*. Su plenitud es media y por lo mismo inferior á la de los diptongos *au*, *ai*, *eu*, *ei*, *oi* y es visto que no puede incluirlos en dicha su plenitud ó corpulencia á la manera de un vaso menor, que no puede encerrar dentro de sí á uno que es mayor. Es incapaz igualmente esta vocal para ser regente del diptongo

ui. Siendo de igual plenitud ó la misma letra con que empieza este diptongo, es imposible que pueda encerrar en sí nuestra *u* á otra *u* acompañada á más de una *i*: lo que ni aun podria hacer con sola la *u* del diptongo, pues un vaso no podria ser metido dentro de otro que es de igual concavidad.

Si alguna de las vocales pudiera ser regente de los seis diptongos, habian de ser la *a*. *e*, *o*, que son plenísimas, esto es, de las que requieren mayor abertura de boca para su prolacion; pero ni aun estas son capaces de ejercer esta funcion. Como los diptongos *au*, *ai*, *eu*, *ei*, *oi*, empiezan con las vocales *a*, *e*, *o* respectivamente, no pueden ser comprendidas las unas en la plenitud de las otras. Estas tres vocales, como lo hicimos ver en la primera combinacion de los digramas, no pueden formar entre sí diptongo alguno. Pues ¿cómo podrán formar triptongos? Es visto, pues, que la *a*, *e*, *o*, antepuestas á los diptongos *au*, *ai*, *eu*, *ei*, *oi*, no son capaces de formar triptongo alguno.

Tampoco pueden formarle con el diptongo *ui*. En la citada primera combinacion de las digramas dijimos que para la union silábica de las vocales no era suficiente que la regente tuviese mayor plenitud ó corpulencia que la regida, y que era necesario á más que la regida no pusiese embarazo á la plenitud de la regente. Hicimos ver igualmente la legitimidad de esta regla en el mismo lugar, demostrando la irregularidad del diptongo *ou*: por lo mismo aunque es cierto que las vocales *a*, *e*, *o*, son de mayor plenitud ó corpulencia que el diptongo *ui*, no pueden formar con él triptongo alguno porque este diptongo impide y embaraza la plenitud de dichas vocales. La *a*, *e*, *o*, es verdad que pueden encerrar en su plenitud á la *u* y á la *i* que forman el diptongo *ui*, pero si queremos pronunciarlas unidas, esto es, formando dicho diptongo, no pueden proferirse sin dos alientos. La razon es muy natural. La *a* y la *e* (pues la *o* no puede unirse en diptongo con la *u*) han de encerrar en nuestro caso en la plenitud de su aliento formador primeramente á la *u*, y despues á la *i*: para que esto se verifique es preciso que dicho aliento salga de los lábios sin que pueda hacer sonar á la *i*: de modo que si la *i* se pretendiese proferir sin que se verifique la salida de dicho aliento, no se lograría por más esfuerzos que se hiciesen, el que sonase la *a*, que es lo mismo que decir que la letra regida embaraza la plenitud de la regente. En efecto, no podemos pronunciar *aui*, *eui* sin dos alientos, y lo mismo sucederá con todos los demás triptongos que se quieran proferir: deduciéndose del todo que esta combinacion es ilegítima, é indecente en un perfecto idioma.

COMBINACION QUINTA.

La quinta combinacion resulta de dos consonantes antepuestas á una vocal. Es igualmente ilegítima é inadmisible en un lenguaje per-

fecto esta combinacion. Sin embargo, es generalmente admitida en todos los idiomas si exceptuamos el Chino, sus dialectos, y una sola lengua europea. Este error universal exige de nosotros el que nos extendamos más de lo regular en demostrar que esta combinacion es notoriamente ilegítima como opuesta al dictámen de la misma naturaleza. Haremos ciertas reflexiones sobre el particular.

Es sábia la naturaleza. Todas las cosas dispuso con el mayor miramiento, y sus más mínimas producciones tienen un fin y destino particular. Esta sábia maestra determinó que las vocales se formasen en la concavidad de la boca, y no quiso que se hallasen vinculadas á esta ó la otra parte del órgano de la voz. Esta disposicion de la naturaleza fué sapientísima. Como ordenó que estas letras vivificasen á las consonantes, ó las hiciesen sonar, era preciso para el cumplimiento de este ministerio que corriesen por toda la extension de la boca, y se presentasen ya en los lábios para vivificar las labiales, ya en el paladar, ya en los dientes, ya en la lengua; lo que no hubiera sido ejecutable á no haberlas colocado en la extension de la boca sin vincularlas en un cierto y determinado paraje del órgano de la voz.

No fué ménos sábia la naturaleza en haber dispuesto que las consonantes se formasen en un cierto y determinado paraje, esto es, que unas fuesen producidas en los lábios, otras en la lengua, otras en los dientes, otras, finalmente, en el paladar. A más de haberlas separado por este medio á las unas de las otras, constituyendo diferentes familias, determinó separar y dar diferente localidad aun á las de una misma familia. La D, la *T*, la L, etc., son de una misma familia: son linguales porque se forman en diferentes parajes. Esta diversa localidad fija y determinada es un aviso nada equívoco de la naturaleza en que nos dá á entender la separacion que debe haber entre consonante y consonante. No dudamos, por lo mismo, que la union de dos consonantes seguidas en una misma sílaba sea opuesta al dictámen de la naturaleza, á aquella misma disposicion en que quiso colocar las consonantes en el órgano de la voz. Lo cierto es que en estas sílabas hay una conocida resistencia de los músculos orales, señal nada equívoca de ser opuestas á la naturaleza.

Añadamos á esta reflexion otra no de ménos peso. ¿Por qué no se unen en esta combinacion todo género de consonantes? Todas las naciones hallan una formal resistencia en proferir dos mudas y una vocal, dos semivocales, una semivocal antepuesta á la muda. En ningun idioma se observan, si exceptuamos tal cual voz compuesta, estas combinaciones: señal clarísima de que son contrarias á la naturaleza. Pues ¿por qué razon se ha de unir silábicamente una muda con la semivocal, como en *bra-mar*, *cla-var*, *plo-mo*, etc? Si fuese conforme á la naturaleza esta union silábica, sería igualmente natural á toda muda el unirse con todas las semivocales; pero la experiencia nos dicta lo contrario. Es casi general en los idiomas la union

silábica de las mudas con las semivocales *L*, *R*; pero resisten las naciones á la union de dichas mudas con las demás semivocales: lo que no me deja dudar que la naturaleza aborrece esta union, aunque el hombre en cuanto ha podido la haya adoptado. Concluyamos con otra reflexion que prueba esta misma resistencia de la naturaleza.

Consultemos estas combinaciones. Hagamos sonar á la sílaba *cla* en *con-cla-ve*: á la *gn* en *co-gna-cion*: á la *br* en *bra-mar*: á la *ps* en *psal-mo*, etc. Hallaremos en su pronunciacion una irregularidad opuesta á la misma naturaleza de las letras. Oiremos sonar en el paladar á la *l* lingual en la *cla* de *con-cla-ve*. Sonará en el mismo paladar la *n* lingual de *co-gna-cion*. Finalmente, ¿cuál de estas combinaciones no violenta al órgano de la voz? ¿No observamos que en la pronunciacion de *psalmo* sufre tanto dicho órgano, que á muchas naciones ha obligado á proferir la *ps* como *s*? Si pasamos á reconocer la torpeza de la sílaba *ns* en *ins-ti-tu-cion*, *cons-pi-ra-cion*; de *mn* en *mna*: de la *bra* en *bra-mar*, confesaremos que en su prolacion sufrimos, y que este sufrimiento es una señal indubitable de que padece la misma naturaleza de las letras. Desengañémonos y juzguemos sin preocupacion, y será preciso que conozcamos la ilegitimidad de esta quinta combinacion

COMBINACION SEXTA.

Una vocal antepuesta á dos consonantes forma esta combinacion. Es igualmente torpe é ilegítima como la anterior. Su ilegitimidad proviene de la union de dos consonantes seguidas y se halla justificada en la combinacion que antecede á esta: por lo mismo no tenemos que ocuparnos en hacer demostracion de ella.

SILABAS CUADRIGRAMAS.

Si reconocemos los idiomas hallaremos siete diferentes combinaciones de sílabas cuadrigramas: 1.ª de una consonante antepuesta y otra pospuesta á dos vocales como *leua*, *bein*. 2.ª de una consonante antepuesta y dos pospuestas á una vocal, como *cons*, *mons*. 3.ª de dos consonantes antepuestas y una pospuesta á una vocal, como *trit*, *pros*. 4.ª de dos consonantes antepuestas á dos vocales, como *elau*, *plei*. 5.ª de dos vocales antepuestas á dos consonantes, como *oibs*, *eins* 6.ª de una consonante antepuesta á un triptongo, como *beau*, *seau*. 7.ª de un triptongo antepuesto á una consonante, como *oies*, *aies*. De todas estas combinaciones solo la primera es legítima. Hagámoslo ver.

COMBINACION PRIMERA.

Resulta esta combinacion de una consonante antepuesta y otra pospuesta á dos vocales, y para formarla no hay que hacer otra cosa que añadir una consonante á la primera combinacion de las silabas de tres letras ó trigramas, guardando con las dos vocales las reglas que se establecieron hablando de dicha combinacion, reducidas á que las dos vocales formen uno de los seis diptongos legítimos, esto es, *au, ai, eu, ei, oi, ui*. Resulta de aquí que pudiéndose posponer á la predicha combinacion de una consonante antepuesta á dos vocales, esto es, á la primera de las sílabas de tres letras, veinte y dos consonantes, presentará la que nos ocupa en beneficio del habla dos mil novecientas cuarenta y ocho sílabas: de modo que viene á inferirse que un idioma, para ser perfecto, ha de tener ó puede hacer uso de cuatro mil ochocientas cincuenta y un sílabas legítimas en la forma siguiente:

NUMERO DE SILABAS LEGITIMAS.

Monogramas.....	0005
Digramas.....	0228
Trigramas.....	1670
Cuadrigramas.....	2948
Total.....	4851

Hé aquí las silabas de que pudo haber hecho uso del idioma primitivo: hé aquí un número suficiente de elementos para poder producir cuantas voces sean necesarias, sin los vicios tan ordinarios en todos los idiomas que se conocen, si exceptuamos uno, quiero decir, sin el uso indecente de sílabas ilegítimas tan comun en todas las naciones. Véase despues de la formacion y el orígen de las voces, su cálculo, y en ella se dará razon del inmenso número de voces que pueden producir las cuatro mil ochocientas cincuenta y un sílabas por medio de sus multiplicadas combinaciones. Digamos alguna cosa sobre las combinaciones ilegítimas que resultan de la union de cuatro letras

Combinaciones ilegítimas de sílabas cuadrigramas.

Seis son estas combinaciones: 2.ª, 3.ª, 4.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª, como queda anotado á la entrada de este capítulo. Su ilegitimidad es notoria, y se halla justificada en las sílabas trigramas ó de tres letras: la de la 2.ª, 3.ª, 4.ª y 5.ª en que entran dos consonantes seguidas y se ha hecho ver en la combinacion quinta de las expresadas sílabas trigramas, y la de la 6.ª y 7.ª en que entran los triptongos en la cuarta combinacion de las mismas sílabas. Toda combinacion silábica que conste de más de cuatro letras, tendrá necesariamente uno de los defectos que hemos anotado.

Nos hallamos persuadidos de haber dado completamente el silabario de que debe hacer uso un idioma perfecto, como hubo de ser el primitivo, y pasemos á la tercera parte.

PARTE TERCERA.

DE LAS PALABRAS.

Palabra es una voz de una, dos, tres, ó más sílabas destinada en el uso de los idiomas á ser signo de alguna cosa, como *cielo*, *tierra*, *nacer*, *morir*, etc. Estas voces ó palabras coordinadas entre sí forman aquella artificiosa y admirable comunicacion de pensamientos tan útil como necesaria á la social correspondencia del hombre. Los literatos han mirado las voces como una parte de la gramática la más acreedora de sus cuidados, y han procurado hablar de ellas con el mayor cuidado. Nos esforzaremos en seguir sus pasos y tratar de esta parte gramatical con la más atenta escrupolosidad. Hablaremos en primer lugar de la formacion de las voces ó palabras: despues trataremos de su orígen: últimamente del ministerio á que son destinadas en el uso del habla.

Formacion de las voces ó palabras.

Una de las cosas más esenciales y que con mayor cuidado debe ser mirada para hablar con acierto de la perfeccion ó imperfeccion de los idiomas, es la formacion de las voces ó palabras. En la buena ó mala direccion de los inventores de los idiomas en esta formacion consiste el que gocen estos de la debida perfeccion. Un lenguaje, cuyas voces se han formado sin la debida circunspeccion, sin aquel miramiento filosófico á la union de letras en las sílabas y de las sílabas en las palabras, y sobre todo sin hacerse cargo de la analogía que ha de haber entre las letras y signados de dichas voces, no puede tener en ellas la propiedad correspondiente: no puede lograr la debida economía: no puede hermosearse con las preciosidades de la dulce y sonora eufonía.

Si al contrario estos idiomas se han dirigido con una sana filosofía en la expresada formacion, no solo gozarán de la propiedad, de la economía, de la eufonía, sino que á más serán necesariamente perfectísimos en todas las partes constitutivas de su mecanismo y formarán con la más sobresaliente síntasis sus conceptos en la comunicacion social de pensamientos.

¿Cómo en efecto podrá faltar el arreglo, la armonía, la construccion perfecta, en una palabra todo género de perfecciones en los conceptos de los idiomas cuyas voces se hallan formadas con el debido conocimiento de las reglas filosóficas que dicta la naturaleza? La formacion de la voces para ser legítima ha de ser regida por una perfecta sintasis en la colocacion de letras en sílabas y de silabas en palabras: y la naturaleza que dirigió al idioma en las voces y su formacion con acierto no podrá ménos de haberle suministrado cuantos auxilios le eran necesarios para arreglar con excelencia la construccion de estas voces en conceptos. Consultemos, pues, esta naturaleza no solo en la formacion silábica de las palabras, sino tambien en la significativa: que son las únicas que entran á constituir la perfeccion de las expresadas voces. Hablaremos de estas dos formaciones con separacion para que haya la debida claridad y distincion.

Formacion silábica de las voces ó palabras.

Todas las silabas que entran en la formacion de una voz, podrán ser perfectas; pero esto no es suficiente para que sea legítima dicha formacion. Por más legítimas que sean las sílabas, si estas se unen entre sí sin el debido miramiento á la unidad del aliento, la formacion será imperfecta. Las voces no serán propias sino se profieren en un solo aliento, esto es, con un aliento continuado; si este aliento se corta en su media prolacion, no podrá tener la palabra analogía con su signado y su unidad,

No podemos dudar como repetidas veces lo llevamos dicho que el primitivo idioma fué perfectísimo; pero esto no es suficiente para nuestro intento. Es necesario además que sepamos la causa de la perfeccion de las voces en su formacion silábica; y cuales sean las reglas que se han de observar en la colocacion de las sílabas para que se logre esta perfeccion. Propondremos nuestro modo de pensar en el particular con la mayor brevedad, estableciendo para el efecto las reglas siguientes: 1.ª Que no se coloque al principio, ni en medio de diccion silaba alguna que acabe en letra muda, como *ab, et, op.* 2.ª Que

no se anteponga sílaba alguna que acabe en consonante, cualquiera que esta sea, á otra sílaba que empieza con otra igual consonante, esto es, que no se junten en las voces aunque en diferentes sílabas dos *s*, dos *dd*, dos *nn* etc. 3.ª Que las sílabas acabadas en consonante doble, como la *ll*, *ch*, *ñ*, *x*, etc., no se antepongan á sílaba alguna que empiece en consonante de cualquiera calidad que sea. Todo idioma que observe estas tres reglas en la formacion de sus voces, será perfecto; pero como se querrá saber porque razon natural han de observarse en los lenguajes estas tres reglas para que sus voces sean perfectas, la haremos ver hablando de cada una de ellas en particular ó separadamente.

REGLA PRIMERA.

Así como es necesario para que las sílabas sean perfectas que se puedan proferir en un solo tiempo, esto es, con un solo golpe de aliento, de la misma manera es preciso para la perfeccion de las voces que los diferentes golpes de aliento que forman sus sílabas, vayan eslabonados entre sí. Una sílaba seria necesariamente imperfecta si se profiriese en dos tiempos ó golpes de aliento, porque indispensablemente habia de ser compuesta de dos diferentes sílabas. Por esta razon hemos reputado como diptongos ilegítimos en la formacion del silabario las voces *ae*, *oe*, *ou*, etc., sin embargo de ser recibidas como tales en varios idiomas. Se podrán ver en aquel paraje los sólidos fundamentos que hemos alegado para evidenciar esta verdad. Esto mismo sucede en las voces cuando estas son proferidas con un aliento continuado, esto es, estableciendo los diferentes golpes del aliento que constituyen sus sílabas: no es ya una la voz, son dos, siempre que tengan este defecto. *Bienvenida* es una voz, si se pronuncia eslabonando los alientos silábicos y significa aquella ceremonia ó cumplido que se hace con los recien-venidos; pero serán dos voces si se dice *bien venida*, dejando de eslabonar el *bien* con la palabra *venida*. La razon de esta imperfeccion es muy óbvia y natural.

Nadie ignora que toda voz aunque conste de muchas sílabas, es signo de un solo signado, y que por lo mismo ha de proferirse en un solo aliento, esto es, con un aliento continuado ó mejor con un eslabonamiento de los diferentes sonidos que son propios á las sílabas de que se compone: de lo contrario no habria entre la dicha voz y su signado aquella bella analogía que consiste en la unidad del sonido de la palabra y unidad del signado. A mas de esto seria ininteligible esta voz porque rota y despedazada, ó para que mejor se entienda, puesta en dos pedazos, habiamos de mirar sus partes como voces distintas, y nuestros conceptos sufririan mucho en su inteligencia, ó no serian entendidos en manera alguna en la mútua comunicacion de pensamientos.

Es preciso, pues, que las sílabas que forman una voz, sejaten, traben y unan entre sí tan intrinsecamente que no resulte de sus diferentes sonidos simples sino un solo compuesto. De esta suerte y no de otra manera serán propias estas voces; pues solo así tendrán aquella unidad que las debe analoguizar con sus signados.

Bajo de este supuesto no hay duda alguna que en la naturaleza ha de haber ciertas reglas que arreglen la prolacion de las voces, porque pudiendo ser estas propias ó impropias en su pronunciacion, y esto naturalmente ha de provenir de su propiedad de no haber colocado las sílabas en ellas segun aquellas reglas que prescribe la naturaleza. No ha de haber por lo mismo, vuelvo á decir, unos preceptos naturales que nos dirijan en este particular, y yo no hallo sino las tres reglas que hemos anunciado en el capítulo antecedente. Justifiquemos la primera de ellas, que es el objeto presente.

La primera regla para que sea perfecta una voz en su formacion silábica es: que ninguna sílaba acabada en letra muda se anteponga á otra que empieza con consonante cualquiera que este sea. Es verdad que tampoco puede anteponerse á las que empiezan con vocal; pero como no hay idioma que no observe inviolablemente esta primera regla, cuando la sílaba que subsigue empieza con vocal, solo hemos querido hacer ver con ella la ilegitimidad de aquellas voces en que se ven antepuestas las sílabas que acaban con letras mudas, á aquellas que empiezan con consonante. Vicio generalísimo en los idiomas.

Una letra muda es la que entre todas las consonantes necesita mayor socorro de parte de las vocales. Todo el espíritu de las voces queda amortiguado cuando precede á ella: es una barrera que impide al espíritu vocal el que pase adelante. En las sílabas *ab*, *et*, *id*, vemos que el espíritu de la *a*, *e*, *i*, queda muerto al vivificar la *b*, *t*, *d*, y no es capaz de poder eslabonarse con sílaba alguna que la subsiga, á no ser que empezando en vocal pasen las dichas *b*, *t*, *d* unidas á recibir su sonido en el espíritu de la vocal que se halla despues de ellas. Las voces *abest*, *adest* nos lo manifiestan. Compónense de las llamadas preposiciones *ab* y *ad* y el verbo *sum es fui*: la *b* y la *d* no son letras de dicho verbo; sin embargo, corren á unirse con él de modo que el *abest* y *adest* en nuestra boca hacen dos sílabas: la primera es *a* y la segunda *best* en *a-best*: la primera igualmente *a* y la segunta *dest* en *a-dest*. Pero donde veremos con claridad la muerte del espíritu de las vocales cuando anteceden á una muda, es en las palabras *concepcion*, *abdicacion*, *admonicion*: en la primera repararemos queda muerto el espíritu de la *e* de la sílaba *cep* en la *p* muda, y que otro aliento entra á vivificar á la sílaba *cion* y se profiere concep-cion, haciendo de esta voz dos pedazos, el uno que es *concep* y el otro *cion*: lo mismo sucede con la *a* de las palabras *abdicacion*, *admonicion*, cuyo espíritu queda muerto en las mudas *b* y *d*, y separadas ó despedazadas las voces dichas y divididas en dos pedazos en *ab* y *dicacion* la primera, en *ad* y

monicion la segunda. Es visto, pues, que la primera regla que hemos dado para la formacion de las voces es muy legítima, muy natural y por lo mismo observada necesariamente en un idioma perfecto, cual hubo de ser el primitivo.

REGLA SEGUNDA.

La segunda regla que ha de observarse en la formacion silábica de las voces, es que no se usan dos sílabas cuando la primera cabe en la misma letra consonante que empieza la segunda, esto es, que no se pongan en las voces dos *dd*, *bb*, *nn*, etc., porque su monotonía destruye la eufónica pronunciacion que tanto realza las palabras. Para hacer demostrable esta verdad basta el proferir las mismas voces formadas con esta monotonía. Hagamos el ensayo en las palabras latinas *affero*, *bellum*, *appono*, *annus*: pronunciémoslas como corresponde, y hallaremos que todas ellas forman dos diferentes palabras; que affero no puede proferirse sin que el espíritu de la *a* quede muerto en la primera *f* y suene *af-fero*: que el espíritu de la *e* se ahoga en *bellum* y se divide esta voz en dos partes y se oye *bel-lum*: que lo mismo sucede en appono y annus, cuyas *aa* finalizan su vitalidad en la *p* y en la *n*, haciendo que ambas voces suenen como dos, y se profieran con dos distintos y separados alientos de esta manera: *ap-pono*, *an-nus*. Confírmase esta verdad por la resistencia que hallan la mayor parte de las naciones en la prolacion de dos consonantes seguidas. Los españoles, por ejemplo, por más diligencias que han hecho con nosotros algunos maestros de la lengua latina, no podemos avenirnos en proferir *af-fero*, *bel-lum*, *ap-pono*, *an-nus*, y las pronunciamos *afero*, *bellum*, *apono*, *anus*: de modo que no podemos dudar de la legitimidad de esta regla y necesidad que hay de su observancia para que los idiomas sean perfectos en la formacion silábica de las voces.

REGLA TERCERA.

La tercera regla que ha de observarse en la formacion silábica de voces, es que no se anteponga una sílaba acabada en letra doble á otra cualquiera que ella sea. Poco tenemos que hacer para demostrarla legitimidad de esta regla. Con ensayarnos en este género de voces saldremos de toda duda. Veremos que la letra doble, aunque sea semivocal, correrá á unirse con la sílaba inmediata, dejando la suya si aquella empieza en vocal. Unamos las sílabas *ach*, *oll*, *uñ* con la *a*, y observaremos que no sonarán *ach-a*, *oll-a*, *u-ña*, sino *acha*, *olla*, *uña*. Veremos que son impronunciables este género de sílabas cuando se quieren anteponer á otras que empiezan con consonante cualquiera que ella sea. Experimentémoslo con las mismas sílabas *ach*, *oll*, *uñ*:

hagamos cuantos esfuerzos nos permite el órgano de la voz para unirlas á las sílabas *mon, ten, sen*, y hallaremos una resistencia ó casi imposibilidad de proferir las voces *achmon, oltten, unsen*. Bien sé que el órgano de la voz las proferiria, y que en la prolacion de estas voces no hay una imposibilidad absoluta, pero tampoco la pretendo. Es suficiente para mi intento el que la misma naturaleza del habla resista a esta union silábica, como efectivamente resiste. Es, pues, tan legítima como las dos anteriores esta tercera regla, y muy necesaria su observacion en la formacion de las voces, para que estas sean perfectas y dignas de un idioma como el primitivo.

RESPUESTA

á una objecion contra las reglas propuestas.

Aunque es evidente, se dirá quizá que la observancia de estas tres reglas en la formacion de las voces las eufoniza de una manera deliciosa y agradable al oido: lo es tambien que su uso priva á los idiomas de la facultad de producir un sinnúmero de palabras que podrian resultar de la union silábica que en dicha reglas se pretende. Se verian obligadas á no poder formar sino un corto número de voces compuestas de estas bellas voces que tanto energizan la locucion y el decantado idioma primitivo seria necesariamente pobre y quizá se hallaria privado de poder diferenciar los signados con distintas palabras, como es preciso para que una lengua sea perfecta. Son innumerables las voces que en el uso de los idiomas pueden acabar en letras mudas: todas ellas son aptas á representarnos diferentes signados, y se ven privadas de formar compuestos, anteponiéndose á otra inmensa multitud de palabras que pueden empezar con cualquiera de las consonantes en virtud de la primera regla; la segunda estorba é impide la union de voces, de las cuales unas acaban y otras empiezan con la misma consonante, y la tercera hace que toda palabra acabada en letra doble no pueda unirse silábicamente con ninguna de sus hermanas. ¿Podrá calcular alguno la inmensidad de voces que se inutilizan con estas reglas? Es, pues, constante que estas, léjos de ser útiles á los idiomas, son perjudiciales, pues más vale ser algun tanto eufónico que carecer del inmenso número de que nos privan.

Tal es el argumento que puede proponerse contra nuestras reglas Parece justo á primera vista; pero se funda en un falso supuesto. Sin

embargo de las referidas tres reglas y su puntual observancia, la facultad del habla puede hacer uso de la inmensa multitud de voces compuestas de que se la juzga privada en la objecion precedente. La sábia naturaleza proveyó de medios muy oportunos á dicha facultad del habla para que pudiese hacer uso de cuantas voces compuestas son imaginables. Concedióla para este efecto la libertad de suprimir, trocar y añadir letras, y hacer eufónicas ó bien sonantes por este medio sus palabras y formar un idioma perfecto. Podemos suprimir letras en la formacion de las voces: podemos trocarlas, podemos añadirlas. Es muy natural esta operacion; hagámoslo ver, tratando separadamente de cada una de sus particularidades.

SUPRESION DE LETRAS

en la formacion silábica de las voces.

No hay cosa más comun en las operaciones del hombre que el suprimir todo lo que afea la composicion. Un cantero, escultor ó arquitecto que quiere unir dos piezas entre sí, jamás repara en suprimir ó quitar de cada una de estas piezas todo lo que es perjudicial á la perfeccion de la union que proyecta. Lo mismo sucede en las operaciones quirúrjicas. No se detendrá el cirujano en cortar una porcion de carne de nuestro cuerpo siempre que la herida no pueda cerrarse sin esta operacion. Los mismos Brutos se valen de estas operaciones en la operacion de sus heridas, y hasta los vegetales arrojan de sí lo que es perjudicial á la union de sus roturas. No podemos, pues, dudar que la supresion en las uniones ó composiciones naturales, es una cosa indispensable y que debe tener lugar en los idiomas. Es corriente en los retóricos suprimir voces y aun frases enteras para energizar las expresiones; y ¿qué otra cosa son un sinnúmero de partículas de los idiomas que ciertas supresiones de voces y sentencias y por consiguiente hijas legítimas de la economía natural del lenguaje? Las voces *pues, sin embargo, por lo mismo, por tanto* etc., usadas por todos los idiomas ¿qué otra cosa son sino unas verdaderas supresiones, unos signos económicos que nos hacen recordar todos los conceptos antecedentes? Contraigámonos á nuestro caso.

Recorramos todos los idiomas. Reconozcamos sus voces compuestas y hallaremos observada inolvidablemente la supresion de letras. Pongamos algunos ejemplos sin salir de la lengua castellana. For-

mamos de la voz *Rey* y la terminacion *al* el posesivo *Real* y suprimimos la *y*: formamos de la voz *Zapato* y la terminacion *ería Zapatería* y suprimimos la *O*. *Reyal* nos parece ineufónico, lo mismo *Zapatoería*; y quiso el castellano suavizar estas voces con la supresion de la *y* y de la *o*, y decir *Real, Zapatería*. Y ¿qué otra cosa ha obligado á nuestros sábios á corregir los abusos latinos en sus voces sino esta natural libertad de suprimir letras? Ya aborrecen nuestros literatos las torpes voces latinas *inpeccion, instiłucion, conspiracion* y otras: empiezan ya á eufonizarlas: ya dicen *ispeccion, istitucion, cospiracion*, suprimiendo la *n*. Quiera Dios que continúen y nos libren de esta multitud de voces torpes que como á competencia han introducido en el idioma castellano el Griego, el Arabe, el Romano, el Francés y otras lenguas extranjeras. Pero ¿á qué alargarnos en la comprobacion de una verdad autorizada por la naturaleza y la práctica general de todas las Naciones? Pasemos adelante.

SUSTITUCION DE LETRAS

en la formacion silábica de voces.

Tampoco hay cosa más comun en los idiomas que la sustitucion de unas letras por otras. Todos ellos la usan, pero son raros aquellos que observan en esta sustitucion las reglas de la naturaleza. Esta sábia maestra tuvo presente la necesidad de esta sustitucion y dotó el órgano de nuestra voz con letras afines con tanto cuidado y miramiento que con este hecho hizo unibles entre sí un sinnúmero de voces que la necesidad de observar las tres reglas ya referidas hacía imposible se uniesen. De aquí conocerán los idiomas las imperfecciones á que les obliga la falta de muchas de las letras que hemos establecido en nuestro alfabeto, y conocerán que no puede ser perfecto sin que adopten enteramente este abecedario, pero no nos distraigamos.

Esta afinidad que la naturaleza dió á las letras, es un precepto nada equívoco de que en la sustitucion de letras no hemos de usar sino de las que son afines á la letra que ha de ser sustituida. Sin embargo no se ha de usar de ella sino cuando en nuestras composiciones de voces se opone alguna letra á la eufonía ó buena pronunciacion de ellas. El defecto de no observar estos preceptos naturales ha imperfeccionado en la mayor parte de los idiomas la eufónica pronunciacion de las palabras. ¿Para qué sustituir en la lengua latina la *n* por la *m* ántes de

B, *P* y *M*? No hallo motivo alguno: no hallo ofendida la eufonía en las voces *inpius*, *inbuo*, *inpotencia*: para mi oido son más eufónicas que *impius*, *imbuo*, *impotencia*. Los sábios españoles ya van corrigiendo este defecto en la escritura, pues la boca de nuestros compatriotas siempre ha pronunciado *n* y no *m* aun cuando aquella venía delante de la B y *P*; pero aun en el caso que hubiese sido ineufónica dicha letra *n*, ¿qué afinidad hay entre ella y la *m*? Pasemos á contemplar la *n* delante de la *m*.

Yo hallo una imperfeccion en toda voz que tenga una sílaba acabada en *n* antepuesta á otra que empieza con *m*. Percibo dos voces en su prolacion. Veo que muere el espíritu de la vocal que antecede á la *n* y que *inmortalis*, *inmunis*, *inmensus* se presentan á mi oido en dos pedazos, de los cuales el primero es la llamada preposicion *in*, y el otro *mortalis*, *munis* ó *mensus*. Por lo mismo era necesario sustituir ó suprimir dicha *n*. Para sustituirla habia de buscarse una letra afin a la dicha *n*: los latinos la sustituyeron con la *m* y erraron, porque la *m* labial no tiene afinidad alguna con la *n* dental y nada adelantaron. Tan ineufónicas son las voces *inmortalis*, *inmunis*, *inmensus* como *imortalis*, *inmunis*, *imensus*, ó es muy poca la diferencia, á lo ménos no llega á eufonizar estas voces. La *n* no tiene otra letra afin que la *ñ*, y esta como doble ineufonizaría mucho más dichas voces. Era pues preciso valerse de la supresion. Bien han conocido esta verdad los literatos de España: ya suprimen la *n* de estas voces latinas: ya las van eufonizando. Se leen ya en nuestros escritos *imortal*, *imensidad*, *imbóil*, *imutable* del mismo modo que los ha pronunciado siempre la boca española. Están tenaces, sin embargo, algunos de ellos en sostener las antiguas preocupaciones de los Hispano-latinos: pero esperamos el que se desengañen.

Hemos dado una prueba al parecer suficiente para creer que es muy natural el sustituir unas letras por otras; y que esta sustitucion la hemos de hacer solamente cuando la falta de eufonía nos obligase á ello. Hagamos ver ahora que dicha sustitucion la hemos de hacer por medio de aquellas letras que son afines á la que es causa de la ineufónica pronunciacion de las voces.

Es una torpeza el buscar lo que nos falta en un lugar distante cuando la podemos hallar cerca de nosotros. El ir de Madrid á Cuencarral por una cosa que no deja de haber en la Córte con igual proporcion, seria reputado por una accion impropia y digna de la más solemne mofa; pues esto mismo seria el ir á buscar letras léjos de aquella que ha de ser sustituida. Si naturaleza quiso que la *B* labial sin salir de su casa tuviese por afin á la *P* y á la *F* ¿á qué ir á las palatinas, á las linguales, á las dentales para sustituirla? Este modo de sustitnir letras es contrario y opuesto á las mismas disposiciones naturales del órgano de la voz. Así como la *B* labial es afin con la *P* y *F*, de la misma familia lo es tambien la *G* palatina con la *K*: la *t* lingual

con la *D*; y la *S* dental con la *Z*. No sin motivo determinó naturaleza que solo fuesen afines las letras de una misma familia, pues estas son las que se asemejan más en la pronunciacion, como que se forman en una misma casa, en un mismo parage poco más ó ménos. Es visto, pues, que cuando hay que sustituir una letra por otra, se ha de buscar la que es afin á aquella que ha de ser sustituida.

ADICION DE LETRAS

en la formacion silábica de las voces.

En todos los idiomas se hace uso de letras enfónicas, quiero decir, de ciertas letras que no siendo ni de la una ni de la otra de las partes que constituyen una voz, sin embargo, se colocan en medio de ellas para suavizar ó enfonizar la pronunciacion, que de otra suerte sería torpe. Este uso es más corto que el que es necesario á un lenguaje perfectó; pero para mi intento es suficiente el que se verifique como quiera que sea, y es constante esta verdad. La letra *D* no se halla en la preposicion latina *pro*, ni tampoco la conoce el verbo *sum es fui* al principio de ninguna de sus inflexiones: sin embargo la hallamos en medio de uno y otro; cuando la inflexion del dicho verbo empieza con vocal, decimos *prosum* sin *d*; pero usamos de esta letra en *proderam*: decimos sin ella *pro-fui*, pero *pro-d-ero* la lleva: en re-d-imo la *d* ni pertenece á la *re* ni al *emo*, que constituyen á *redimo*. *Proeram*, *proero*, *reemo* ó *reimo* serían voces insufónicas sin la *D*. Esta letra las eufoniza entrando en el medio de las partes que la constituyen y haciendo que suenen *Proderam*, *prodero*, *redimo*. Si se quieren más ejemplos, registrense los compuestos de las preposiciones *pro*, *re* etc., y se hallarán con abundancia.

Son tan necesarias estas letras eufónicas y tan precisas en el uso de un idioma perfecto, que tenemos resuelto el hablar de ellas en el verbo con toda extension, porque esta parte gramatical es la que necesita de ellas con mayor abundancia para realizar las innumerables inflexiones que necesariamente ha de tener para que sea perfecta y digna de un idioma primitivo. El que quisiere informarse de estas letras podrá consultarlo en su correspondiente lugar, pues por ahora nos contentamos con el v. g. que hemos dado en la lengua latina, para que se tenga una pequeña tintura de ellas. Con esta corta demostracion y lo que llevamos dicho en los capítulos anteriores, parece que hemos dado una idea de cuanto es necesario para que un idioma sea perfecto en la formacion silábica de sus voces. Pasemos á hablar de la formacion significativa de ellas, que es el punto más intrincado, delicioso é interesante de cuantos puede presentar á la literatura el estudio de los idiomas.

Formacion significativa de las voces ó palabras.

Para que un idioma sea perfecto en la formacion de sus voces, no es suficiente que se realice esta por medio de letras y sílabas legítimas y que estas se unan entre sí con la debida eufonía. El mecanismo en este caso será apreciable en las voces; pero por él no gozarán de aquella bella analogía que consiste en que dichas voces nos dén por sus letras y sílabas una definicion descriptiva de los signados que representan. Lo que nos debe ocupar por lo mismo en este capítulo, es el averiguar cómo han de tener las expresadas voces esta excelente analogía con sus signados y cuáles son las causas de ella. La resolucion es clara: son conocidas las causas que han de concurrir para que se verifique esta analogía; pero enteramente difícil el hacerla palpar á los sábios por las arraigadas preocupaciones que los embarazan. Procuraremos, sin embargo, esforzarnos en la demostracion de un modo tan filosófico, que nos escuchen necesariamente y saquemos el fruto deseado. Iremos por lo mismo paso á paso, para que no falte la claridad en un asunto de tanta sutileza é interés.

Por formacion significativa de las voces entendemos, como lo tenemos insinuado en nuestra Apología, aquel miramiento que es necesario tener en la eleccion de las sílabas y letras, para que de ellas resulte entre la voz y su signado aquella analogía que hace tan deliciosas las palabras.

No pueden lograr los idiomas esta singular perfeccion sin que todas y cada una de las letras tengan su peculiar y privativo significado. Hé aquí las causas; pero como para la mayor parte de los literatos es una paradoja el que cada letra tenga naturalmente su propio significado, esta casi general preocupacion exige de nosotros el mejor esmero en demostrarles que no es paradoja el que las letras tengan necesariamente, ó puedan tener, una significacion natural. Es necesario tambien hacerles ver cuál sea la significacion de cada una de las letras en particular. El empeño es de los más árduos: parece imposible á primera vista; pero no lo es. Hagámoslo ver. Justifiquemos primero en general, y despues en particular, la natural significacion que deben tener y tienen las letras.

Significacion natural de las letras.

Ninguna cosa me ha sido tan extraña como el oir á nuestros literatos los elogios de la propiedad de las voces al mismo tiempo que ridiculizan con expresiones magistralicias á todos aquellos que creen ó sospechan que las letras han de tener necesariamente una natural significacion, esto es, que cada una de ellas, sea vocal ó consonante, ha de representar naturalmente un cierto y determinado signado. Admiran con entusiasmo estos sábios ya en sus escritos, ya en sus conversaciones esta propiedad, especialmente cuando la hallaban en las voces de sus idiomas favoritos. Esta ó la otra voz (es el ordinario modo que tienen de expresarse) es un embeleso por su propiedad: es un vivo retrato de su signado: es una definicion descriptiva de él: es un acabado dechado de su representacion.

Es verdad que un filósofo contemplativo y que quiera escudriñar los idiomas, hallará en ellos muchísimas voces de esta naturaleza, y no podrá ménos de prorumpir involuntariamente en expresiones enérgicas que expresen su entusiasmo. En esto no tenemos duda. Lo que nos maravilla es que este filósofo no entre á contemplar sériamente y á averiguar los motivos que hay para que tales ó tales voces le entusiasmen más que las otras. No puede dudar que ha de haber alguna causa, y que esta no ha de ser el azar y la casualidad á quienes ordinariamente se atribuye la invencion de las palabras. Cierto es que la casualidad puede producir voces; pero su propiedad no puede ser efecto de la casualidad. Ha de haber en estas voces un arreglo natural: una conformidad con los preceptos innatos con que nuestra misma constitucion nos adorna. Alarguémonos algun tanto en una materia cuya aclaracion tanto se desea. Hablemos una por una de las causas que hacen placenteras las voces, y llegue nos á justificar que este placer exige el que se reciba en la literatura como una cosa constante la necesaria significacion de todas y cada una de las letras: haciendo ver al mismo paso que es cosa muy extraña que sea tan desconocida esta verdad á nuestros literatos, á aquellos mismos sábios que con más entusiasmo admiran la propiedad de las voces.

La primera cosa que hace placenteras las voces es el uso que en ellas se hace de letras y sílabas legítimas. Si estos elementos constitutivos de las palabras son impropios y opuestos al dictámen de la naturaleza, no podrán agradar las voces generalmente á las naciones. Bien puede no extrañar el árabe, el californio, el español, la tor-

pe pronunciacion de la *J*; bien puede suceder lo mismo respecto de la gutural *x* de los latinos y griegos; pero á más de que ninguna de estas naciones podrá justificar la legitimidad de dichas letras en sana filosofía, se verá que al mayor número de idiomas son extrañas, son odiosas, son intolerables las prolaciones ó sonidos de dichas letras, y sacaremos en consecuencia que el no extrañarlas en las naciones que las usan, consiste en el hábito que ha contraido el oido de ellas. No hay duda que todos los instrumentos de música no son de igual perfeccion: unos son más sonoros que otros: sin embargo, no sé yo si al oido gallego le disuena más el sonido de la gaita que el del piano más arreglado.

Lo mismo sucede en los idiomas con las letras y sílabas impropias y opuestas á las reglas que establecimos en la formacion del alfabeto y silabario. Las naciones son tenaces en defender sus usos, sus costumbres. Quieren que todo lo suyo sea lo más perfecto, lo más bello, lo más natural: que su idioma sea superior á todos, etc.,; pero no son así ya los literatos. Estos no contemplan el uso, sino la naturaleza de las cosas, y estamos seguros que para ellos una voz formada de letras y sílabas legítimas, esto es, que sean producciones de la naturaleza y no ficciones del hombre, será placentera y se conformarán con nosotros en esta primera proposicion.

Pero no consiste, sin embargo, en las letras y sílabas solamente el que las voces sean agradables, quiero decir, no consiste en que el sonido de estas sea suave y eufónico: es preciso, á más, que las sílabas se unan con aquella legitimidad que hemos expresado y justificado en la formacion silábica de las palabras: por lo mismo nos parece que la segunda causa de la perfeccion de las voces es la legítima formacion silábica de ellas. Estas dos causas, sin embargo, solo perfeccionan las palabras en su parte eufónica y ecónoma. Serán sonoras, suaves, deliciosas al oido; pero no entusiasmarán al sábio por su propiedad, y de parte de esta bella cualidad, ó para averiguar en qué consiste, es necesario que examinemos cuáles son las causas que la producen.

Así como las voces no pueden ser eufónicas sin que trasmitan al alma por medio del oido un legítimo sonido, de la misma suerte no podrán ser propias sin que presenten á la misma alma por medio del mismo oido una imágen acomodada á la idea que retiene en su reminiscencia. Si el oido comunica en la voz que ha percibido una cualidad propia á tal ó tal ente, y este ente es el representado por dicha voz, será enteramente propia. Dice ó profiere el órgano de la voz la palabra *grillo*: pasa la idea del sonido al alma; examínala el entendimiento y la halla conforme al canto de cierto animalito llamado así, que se halla en su memoria: hé aquí el placer: hé aquí los motivos del gusto, hé aquí una de las causas de la propiedad de las voces. Es imposible que el hombre no se complazca, no confiese á boca llena que

esta voz es propia: que es tambien eufónica por ser legítimas sus letras y sílabas: por ser legítima su formacion silábica: que indica, finalmente, con toda propiedad al animalito por su canto? ¿Habrá alguno que niegue su propiedad, su eufonía? ¿Habrá quien crea casual, arbitraria al hombre esta voz? No: naturalmente es bella : naturalmente es propia: naturalmente es eufónica, agradable, deliciosa y placentera. A esta propiedad podemos llamar onomatópica, como que consiste en el remedo de la voz ó ruido que profiere ó mete el ente representado. Véase el capítulo de la onomatopeya, de la cual hablaremos luego como uno de los orígenes de las voces, y se verá lo mucho que deben los idiomas á esta causa ú orígen de las palabras.

Del mismo modo que representamos naturalmente los signados remedando con la voz el ruido ó sonido que hemos observado en ellos, podemos tambien representarlos por medio de otras cualesquiera cualidades que advertimos en dichos signados, esto es, por la extension que ocupan, por su altura, por su pequeñez, por su aspereza, por su debilidad, por su suavidad y otras innumerables cualidades. Estamos ya en nuestro caso: nos hallamos ya en disposicion de empezar á justificar que las letras tienen naturalmente su propio y peculiar significado. Suplico la atencion de los lectores. Es interesante el asunto: exije mucha contemplacion. No perdamos ni aun la más mínima expresion de las que hemos de emplear en esta materia, cuya averigua cion desean tanto los literatos.

¿Hay facultades en el habla, esto es, en el órgano de la voz para representar estas cualidades por medio del sonido? Hé aqui toda la cuestion: respondamos á ella y afirmemos sin temor que el órgano de la voz tiene todas las facultades que para ello necesita. El Sábio Hacedor, aquel maravilloso Artífice concedió al hombre lá facultad del habla. Dispuso que esta fuese de dos maneras: la una amimal, racional la otra. Con la una quiso que comunicase todos los afectos de la parte animal, esto es, el dolor, tristeza, sustos, admiraciones; en una palabra, todo género de interjecciones. Con la otra dispuso que comunicase los juicios de su entendimiento. Por esta razon le dotó de dos órganos de voz, esto es, de la garganta y de la boca: quiso que las voces del idioma animal se formasen en la garganta, y las del idioma racional en la boca. Son tan constantes estas verdades, que nos las demuestra una esperiencia de todos los siglos: nosotros y nuestros más remotos abuelos lloramos de un mismo modo: gemimos lo mismo: nos reimos, suspiramos y proferimos las demás interjecciones en la garganta. Todas estas operaciones son animales y efectos de la sensacion: pueden provenir del alma por medio de la reflexion, del discurso; pero el alma racional será una causa motiva: se alterará la parte animal, se conmoverá la sensacion, y prorrumpirá la voz del llanto ó gemido en el órgano animal, sin idea alguna de comunicacion racional, y hé aquí lo que tiene de comun el hombre con el bruto. Al contrario,

el órgano de la boca es el órgano racional: en él formamos las proposiciones: descomponemos las ideas, y comunicamos nuestros discursos. Si el hombre trueca de órganos, es vicio, es efecto de su antojo, de su humorada.

De todo lo dicho se infiere que el único medio que tenemos para averiguar si el órgano de la voz tiene las necesarias facultades para representar las cualidades de los signados, es reconocer las letras en la boca, esto es, observarlas en su prolacion y ver si en ellas tienen suficientes caractéres para darnos á entender dichas cualidades. Es constante que el Ser Supremo determinó que estas letras fuesen en primer lugar diferentes entre sí: las dividió en vocales y consonantes: dispuso que las vocales unas fuesen crasas como la *a*, *e*, *o*: que la *u* fuese media, y la *i* ténue: esto es, que la *a*, *e*, *o* tuviesen más corpulencia que la *u* y la *i*: que la corpulencia de la *u* fuese media entre la *a*, *e*, *o*, y la *i*, y que esta fuese la ménos corpulenta entre todas. Quiso tambien que la *a* se formase extendiéndose el aliento sostenidamente por toda la extension de la boca, y saliendo fuera de los lábios: que la *e* se extendiese débil y decaidamente, saliendo igualmente el aliento formador por los lábios: que la *o* se formase extendiéndose y dando vuelta el aliento por toda la redondez de la boca y terminase en el paladar, saliendo el dicho aliento por el conducto nasal á mi ver, ó como otros quieren, retrocediendo y metiéndose por el exófago al mismo parage de donde salió. ¡Misteriosa disposicion! Anotemos sus diferencias. Una *a* extendida sostenidamente, esto es, una *a* extendida, robusta y fuerte: una *e* extendida, débil y decaidamente, esto es, una *e* extendida, débil y decaida: una *o* extendida, dando vuelta por la concavidad oral, y terminada en lo más elevado de la boca, es á saber, en el paladar, esto es, una *o* extendida, redondeada y elevada. Pasemos adelante, y no nos olvidemos de las cualidades apuntadas de la *a e o* para su caso.

Dispuso igualmente el Ser Supremo conceder al órgano de nuestra voz la facultad de formar la *u* y la *i*: la *u* con una media extension de aliento y que terminase su sonido en lo más bajo y profundo de la boca, saliendo el aliento formador silenciosamente de los lábios: una *u* por consiguiente medianamente extendida, baja y profunda: la *i* con un si-es no-es de extension de aliento, esto es, con un aliento sutil, lineal, radial y penetrante. Reconozcamos las consonantes, y averigüemos sus particularidades.

Observamos en primer lugar cuatro familias de consonantes: unas son palatinas: otras labiales: otras dentales ó linguales. Las palatinas se forman en lo más alto del órgano de la voz: las labiales en lo más bajo: las dentales con cierta vibracion ó movimiento de la lengua y sacudimiento del aliento en los dientes: y las linguales apegándose, deteniéndose ó amagando la lengua á alguna parte oral, esto es, dientes, encias ó su medio espacio. A más de esto se dividen las

consonantes en mudas y semivocales: unas son afines entre sí; otras no tienen afinidad alguna. Hay consonantes robustas, hay débiles, hay medias, hay suaves y ásperas. ¡Prodigiosa disposicion! ¡Estupenda fábrica del órgano de la voz! ¡Admirable regalo del Ser Supremo, digno objeto de la atencion del sábio y obra reservada á la omnipotencia de un Ser incomprensible, inmenso, poderoso y eterno!

Díganme ahora los filósofos: ¿Qué cosa falta á este órgano de la voz, á estas facultades que recibió en su creacion para expresar cuantas cualidades sean necesarias para que la voz tenga con su signado aquella bella analogía que llamamos propiedad de las palabras? ¿No es capaz este órgano de echar mano de letras extendidas, altas, fuertes, suaves, sutiles, delicadas, bajas, redondas, lineales y qué se yo de qué otras innumerables cualidades, é indicar con ellas los signados? Lo cierto es que no han dudado los sábios de la natural significacion en las acciones del hombre. Todos ellos han dado á estas acciones el pomposo nombre de lenguaje natural; pero yo advierto en las letras mayor capacidad natural para la comunicacion social de ideas que en el decantado lenguaje de accion. Parangonemos entre sí estos dos medios de comunicacion. Hagamos ver que ambos son naturales, pero que es superior la de las letras á la de las acciones. Formemos capítulo separado para mayor claridad.

Parangon

de la significacion natural de las letras con el lenguaje de accion.

A poco que reflexionemos en los idiomas, hemos de hallar que el lenguaje oral, ó aquella comunicacion que se verifica por medio de las letras es un verdadero lenguaje de accion que no se diferencia en otra cosa del idioma que llaman de accion que en los conductos ó sentidos por donde se hacen conocer al entendimiento las ideas que se quieren comunicar en ellos. El lenguaje oral ó de voz, trasmite sus ideas al alma por medio del oido: el de la accion por medio de la vista ó el tacto; pero uno y otro lenguaje tienen aptitud igual de trasmitir dichas ideas por medio de la analogía que tienen las acciones ya orales, ya de los miembros exteriores del cuerpo con aquello que quieren comunicar, que es lo mismo que decir que en uno y otro idioma pueden entenderse los signados por una natural significacion. Esta natural significacion así en las letras como en las acciones, se ha de ha-

llar en la analogía que tiene la modulacion de las unas y las otras con los signados. Esta modulacion consiste en el movimiento oral que es necesario para proferir la letra, y en aquél que es preciso para que se verifique la accion. Consultemos estas modulaciones; pero despreocupemos al sábio, ó mejor pongámosle en disposicion de poder hacer este cotejo de unas y otras modulaciones.

Una costumbre inveterada, y que necesariamente trae su origen desde que las voces empezaron á representar signados, nos ha habituado á no atender en las voces para la inteligencia de sus signados sino á la idea que se halla en nuestra reminiscencia y que ha fijado en ella anteriormente una y mil veces la misma voz. Cuando oimos *vendrás mañana*, no miramos para percibir lo que se nos quiere dar á entender en dichas voces, si estas se forman de esta ó la otra letra, de esta ó la otra sílaba. La idea anticipada de los signados de la voz *vendrás*, y de la de *mañana* conservada en nuestra reminiscencia informa al entendimiento de lo que se le ha querido comunicar. En este estado ha vivido el hombre desde el mundo primitivo acá; y si alguna vez su entendimiento ha consultado las letras y las sílabas, habrá sido cuando algun nuevo descubrimiento le ha precisado á inventar alguna nueva voz y ha querido proceder en esta invencion filosóficamente.

Esta inveterada costumbre ha contribuido muchísimo á mi ver á que el sábio haya contemplado como un delirio la pretension de algunos filósofos acerca de la significacion de las letras. Su opinion parece que ha quedado corroborada con el mal éxito que estos filósofos han tenido en los esfuerzos hechos para demostrar la pretendida significacion de letras. Lo cierto es que aunque algunos se han empeñado en querer justificar que el idioma fué natural al hombre, no han salido lucidos por no haber llegado á justificar con razones filosóficas esta significacion de letras: de modo que hoy se ha hecho casi comun entre los sábios la opinion del lenguaje de accion; y vuelvo á repetir que el fundamento principal ó causa que ha dado motivo á esto, no ha sido á mi ver otra que la dicha inveterada costumbre de no consultar las letras sino la reminiscencia en la inteligencia de los signados de las voces.

No pudo suceder lo mismo en el mundo primitivo. La primera vez que empezaron á hablar los hombres no se hallaba idea alguna en su reminiscencia acerca de las voces. No las habian oido anteriormente, y por lo mismo era imposible que dicha reminiscencia informase al entendimiento de los signados que con ellas se querian representar. Sin embargo ellos llegaron á entender el habla; y se hace indispensable ó que la accion ó que una innata significacion de letras les condujesen al conocimiento de aquellos signados que se quisieron comunicar por primera vez con las voces articuladas. Es preciso, pues, el que remontando de generacion en generacion lleguemos hasta el

mundo primitivo: que nos supongamos en el mismo estado en que se hallaron los primeros hombres; y despreocupados de esta inveterada costumbre de entender los signados de las voces por el aviso de la reminiscencia, busquemos esta inteligencia y averigüemos si la habíamos de hallar ó en la accion ó en la natural significacion de las letras.

Conozco que volvemos á tratar de una cuestion que se halla ya ventilada en el primer discurso; pero es indispensable volver á retocar las mismas especies de aquel lugar á que remitimos al lector, del mismo modo que lo hicimos acerca de este en aquel, para que unidas las razones en que estriba nuestra opinion y se vierten en uno y otro paraje, se corroboren las unas con las otras. Bajo de estas prevenciones entremos en nuestro caso.

¿Cómo entraron á conocer los primeros hombres el signado de las voces? Ya lo llevamos dicho. Fué ó por la accion que indicase dicho signado, ó por la natural significacion de las letras que formaban la voz que le representaba. Es necesario é indispensable por lo mismo que así la accion como las letras tengan cierta analogía con dicho signado: de modo que lo primero que se ha de procurar averiguar es esta analogía. Si la accion puede analoguizarse con los signados de las voces y no pueden las letras, será indispensable para un filósofo el confesar que los primeros hombres entraron á entender los expresados signados por la accion. Al contrario, si las letras pueden tener esta analogía y no la accion, aquellas fueron las que hicieron saber al hombre dichos signados. Si finalmente, esta analogía es verificable en la accion y en las letras, todas concurrirán á dicha inteligencia, las letras como principales, y las acciones como coadjutoras.

No podemos dudar en primer lugar que la accion es capaz de analoguizarse con los signados de las voces. Ella puede dar á entender la extension, la profundidad, la elevacion, el desprecio, la admiracion, el susto, la union, la separacion, el dolor, la alegría y otras innumerables cualidades y representarlas naturalmente. Esta facultad la pone en disposicion de analoguizar los signados por sus cualidades. Con levantar la mano puede indicar los objetos que están sobre sí: con dirigirla hácia abajo denotará los que estuviesen en este paraje: juntando una mano con otra representará la union: separándolas hará ver la division: se demostrará el hombre así mismo, tocándose con el dedo en el pecho; dará á entender al ente por su redondez, formando con la accion esta figura etc. Pasemos á nuestra boca, y examinemos en ella las letras.

¿Qué cosa es una letra? Es una explosion: es un ruido: es un sonido. Prodúcela el aliento modificado por las alteraciones que recibe el órgano oral al producirlas. Hé aquí la accion: hé aquí un medio natural de comunicar ideas segun todos los filósofos: hé aquí el fundamento, el origen, el primer gérmen de la natural significacion de las

letras. Examinemos estas acciones orales. Veremos que tienen una analogía nada equívoca con aquellas á quienes los filósofos han dado el honroso título de lenguaje natural. Ellas se elevan, bajan, se ensanchan, se estrechan; unas son fuertes, otras débiles: hay suaves, hay ásperas: forman óvalos, líneas, círculos: se unen en ellas unos miembros con otros; se separan, se precipitan, se sostienen: algunas causan vibracion, otras son estables, etc., etc. ¿Qué más cualidades puede representar la decantada accion de los filósofos? Pues si esta accion es capaz de formar un lenguaje natural, ¿por qué no la otra? La accion formadora de las letras, así como la de nuestros filósofos, puede elevarse é indicar los objetos altos: puede formar una figura penetrante y analoguizar entes cuya propiedad principales esta cualidad. Véase la particular significacion que por medio de estas acciones orales daremos á cada una de las letras despues de este capítulo, y quedará convencido el filósofo de que no hay cosa más natural que la significacion de estos primeros elementos del habla. Es visto, pues, que así en la accion como en las letras hay suficiente capacidad de analoguizar los signados representados por las voces. Réstanos solamente el averiguar que la accion y las letras concurrieron en los primeros hombres á la inteligencia de los expresados signados: las letras como principales, y las acciones como coadjutoras: pero ántes contestemos á una objecion nada comun, que se propone contra la analogía que hay, segun nuestro parecer, entre las acciones productoras de las letras y aquellas á quienes por los filósofos se dá el nombre de lenguaje natural.

Confesarán los filósofos que una accion oral ha de intervenir necesariamente para la formacion de las letras: que cada una de ellas recibe su diferencia por la de la accion que la produce: que cuantas son las letras, otros tantos son los movimientos musculares de la boca, y, últimamente, que cada una de las dichas letras recibe distintos sonidos en la diferencia con que se mueven los expresados músculos. Sin embargo de todo esto dirán que entre estas acciones orales y aquellas á quienes llaman lenguaje natural no hay la debida analogía para inferir que así como estas, pueden tener aquellas una natural significacion en el sentido ó para los efectos que nos deben ocupar. Es verdad, volverán á decir estos sábios: es verdad que unas y otras acciones forman las mismas figuras: toman las mismas direcciones: son fuertes, son suaves: son elevadas y bajas: vibrantes y sostenidas: se separan, en fin, en las unas y en las otras facultades nada equívocas para figurar las cualidades de los signados; pero afirmarán que esto no basta para que las acciones orales comuniquen los signados por la analogía que tienen con sus cualidades: de modo que una accion oral productora del sonido, esto es, de la letra, es para la comunicacion social de pensamientos, lo que es una accion extrínseca corporal que se hace de noche: porque no pudiéndose percibir esta accion por la

vista, por más analogía que tenga con las cualidades de los signados, no será apta para la comunicacion social de pensamientos.

Las acciones orales, continuarán estos filósofos, no se hallan al alcance de los sentidos: no las puede ver el ojo, no las puede oir el oido, pues no son el sonido ó la letra, sino su causa: el tacto no puede formar idea de ellas: finalmente, no huelen ni tienen sabor y están fuera del alcance del olfato y del gusto.

Pues ¿por qué conducto ó canal puede pasar al alma la analogía de estas acciones con los signados de las voces? No conocemos otros medios de percibir ideas que el de los sentidos: luego si estos no pueden trasmitir al alma la idea de dichas acciones orales, podrán tener cuantas analogías se quieran; pero serán inútiles para indicar signado alguno perfecto. Tal es el argumento que puede proponérsenos contra nuestro sistema. Procuremos hacer ver cuál sea el conducto ó canal por donde puede percibir el alma la analogía que las acciones orales tienen con los signados de las voces. Volvamos para este efecto á contemplarnos en aquel estado en que se hallaban los primeros hombres ántes que hubiesen oido palabra alguna; y supongamos que uno de ellos prorumpió tal ó tal sonido, queriendo indicar esta ó la otra cosa. Veamos cómo prorumpió el uno dicho sonido, y cómo entendió su signado el otro. El que prorumpió la voz queria indicar su signado: el que la oyó habia de querer entenderle. Profirióla el primero, es constante. Entendióla el segundo, no puede negarse. Estos dos hechos tuvieron lugar necesariamente: de lo contrario, jamás el hombre hubiera comunicado sus ideas por la voz, y no hay duda que las comunica. Escudriñemos estos importantísimos hechos.

La primera voz que profirió el hombre la profirió con una clara articulacion; esto es, de un modo que clara y distintamente se oyesen las letras de que se componia dicha voz. Este hombre no era mudo, esto es, no tenia en el órgano de la voz impedimento alguno: no era niño, por consiguiente dicho órgano no se hallaba debilitado como el de nuestros reciennacidos: usaba ya de la razon y se hallaba en disposicion de valerse del idioma racional. Ahora, pues, ¿qué filósofo puede presumir que la primera voz ó sonido del hombre en su comunicacion no hubo de ser de letras articuladas claras y distintas? Yo á lo ménos no hallo motivo alguno que pueda persuadirme lo contrario, ni creo que pueda hallarlo el filósofo. Bajo de este supuesto razono de esta manera:

Este hombre formaria la primera voz de una, dos, tres ó más letras clara y distintamente proferidas. ¿Cuáles serian estas letras? Necesariamente habian de ser aquellas que tuviesen más analogía con el signado que quisiese indicar con dicha voz: y sinó pasemos á la accion. ¿Con qué accion indicaria este signado? Todo filósofo asegura que hallaria una accion análoga al signado, y la hallaria naturalmente: pues ¿por qué ó cómo seria análoga esta accion con el signa-

do que queria representar con la voz? Extenderia la mano, me dirán, para indicar el objeto si se hallaba léjos: levantariala si se hallaba sobre él: bajaríala si se hallaba á sus piés. Estas serian las primeras acciones. Esta la primera analogía que las acciones tendrian con los signados que se querian representar. Primero es el demostrar la existencia, la situacion del ente, que el calificarla ó distinguirla de los demás entes que tienen igual localidad. Está bien; ¿pero no puede hacer esto mismo la accion oral? Yo me persuado que sí. Hagámoslo ver.

La accion del que por primera vez habló se dirigiria hácia aquel paraje donde se hallaba el objeto con que queria comunicarse. Este es el caso propuesto: se levantaria la mano si estaba arriba: se bajaria si se hallaba abajo: se dirigiria hácia lo léjos si se hallaba en distancia. El instinto moveria estas diferentes acciones y las pondria en analogía con los signados respecto de su localidad; y ¿quién es el que mueve las acciones orales? Es el mismo instinto; es esta virtud oculta, es la sábia naturaleza: él halló analogía en la accion corporal para indicar la localidad del signado indicado por la voz, y no hay en este instinto ménos disposicion para jugar de la accion oral que para jugar de la corporal. Si elevo la mano para hacer ver que el signado se hallaba en alto, haria lo mismo con los músculos orales: los levantaria hácia arriba como las manos, dirigidos por el aliento. Bajaria dichos músculos orales y aliento, si la cosa estaba debajo. Extenderia el aliento y músculos orales, si estaba léjos del signado. ¿Se ha visto jamás al hombre dar á entender la admiracion con las letras *e*, *i*, *u*? No: la *o* es la vocal destinada para las admiraciones, y algunas veces usa tambien el hombre de la *a*. Pues ¿por qué no usa de la *e*, *i*, *u*? Examinemos con cuidado este misterio, y demos en él una prueba incontrastable de nuestro modo de pensar.

Nada obra la naturaleza en vano. Si nuestro instinto jamás usa en sus admiraciones de las letras *e*, *i*, *u*, tendrá para ello un poderoso motivo, y no sé yo si el filósofo podrá hallar otro que el que estas letras no tienen analogía alguna con la admiracion. Esta pasion entusiasma al hombre: le asombra: le eleva, le eriza los cabellos. Las acciones exteriores, con que la indica, son elevaciones. Las manos, los ojos, los hombros suben sin saber cómo á lo más alto que pueden. Las piernas se elastizan y toda la máquina interior se conmueve, quiere volar y levantarse á lo más alto. No hay juego muscular en nosotros que no reciba esta accion. ¿Podremos creer que no suceda lo mismo con los músculos orales y con el aliento? No: no son ménos obedientes á los preceptos del instinto las acciones orales que las de todo el resto del cuerpo: de modo que si el instinto no juega en las admiraciones de las letras *e*, *i*, *u*, es porque las acciones orales y movimientos del aliento con que se forman no son propios, no son análogos á la elevacion, á aquel efecto natural que causa la admiracion.

Contemplemos ahora la vocal *o* y hallaremos que en su prolacion se eleva el aliento á lo más alto del órgano de la voz y que hacen lo mismo los músculos orales. Es verdad que el hombre usa tambien en las admiraciones de las letras *a* y *u*, aunque rara vez de la última, y las más veces abusivamente. Véase el tratado de las interjecciones, donde se dirá lo suficiente sobre el uso de estas letras.

¿Es necesario mayor número de pruebas para hacer ver que las letras tienen un significado natural así como las acciones? No lo creo, y cuando fuese preciso el extendernos sobre este particular, nos proveeria de cuantos materiales eran proporcionados al intento una pequeña reflexion sobre el uso de todas y cada una de dichas letras; sobre la natural complacencia que recibimos en estas ó las otras voces, en estas ó las otras frases. Veríamos que nos incomodaba una letra fuerte en la voz, cuyo signado era suavísimo y al contrario, que nos seria muy placentero el uso de la *i* en cosas sutiles, penetrantes, lineales, punzantes: la *o* en las altas, elevadas, redondas. En efecto. No ha habido filósofo meditativo á quien no ha entusiasmado esta consideracion; á quien no le hayan persuadido estas reflexiones que en las letras ha de haber una cierta cualidad, que jugada legitimamente ha de ser placentera. Es visto, pues, que el instinto usará de letras análogas en aquella ó aquellas voces que el hombre usó por primera vez, y solo resta el que hagamos ver que esta analogía concurriria para que entendiese el signado de dicha ó dichas voces aquel que por el sonido percibió la idea de la cosa que se le queria representar.

Justificado ya que el primer hombre que pudo analoguizar las voces con sus signados por medio de las letras, esto es, por medio de aquellos juegos orales de músculos y aliento, nos hallamos en mejor disposicion para entrar á persuadir que aquel que oyó hablar por primera vez se hallaba en disposicion de poder entender por medio de las mismas letras el signado que por ellas habia analoguizado el que hablaba. Vamos paso á paso y no nos confundamos. Es verdad que en la prolacion de las letras no percibe nuestro ojo otra cosa que el movimiento de los lábios y la abertura de la boca, y alguna vez que otra cierto hinchamiento y compresion de carrillos, que como producibles en la prolacion de varias letras, sílabas y voces, no nos pueden informar de la modulacion particular del aliento y músculos orales. Es igualmente verdad que el oido no percibe en dicha prolacion de letras sino su sonido: esto es, una explosion, conocido efecto de la accion oral y juego de sus músculos y aliento, y que es impropio para trasmitir la idea de la accion oral al entendimiento. Es tambien verdad que los otros tres sentidos olfato, gusto y tacto, no pueden darnos idea alguna de los movimientos particulares del órgano de la boca del que habla. Ultimamente, sé la vulgar opinion de los filósofos, que quieren que en nosotros no puede haber idea que no sea intro-

ducida por alguno de los cinco sentidos; sin embargo, la experiencia me enseña que formo ideas de lo que no he visto, oido, olido, gustado ni palpado. Expliquémonos con claridad.

Bosteza uno: veo que abre la boca: oigo el sonido animal que profiere, y mueve en mí el bostezo. Ha de haber en mi naturaleza una idea por medio de la cual se verifique el remedo. Mi instinto ha de saber cómo ha de remedar el bostezo, y no lo puede saber sin tener un conocimiento del juego de los músculos que lo han de producir, y la figura que han de formar. Hé aquí una idea. No es casual. Hé aquí un efecto natural. ¿Por donde entró esta idea del bostezo? No vió mi ojo sino la abertura de la boca y no puede trasmitir otra idea al entendimiento que la de una boca abierta. Esta idea solo puede conducir á que yo abra la boca; pero esto no basta para bostezar. Son necesarias á más ciertas otras ideas de los movimientos musculares y juegos del aliento que formaron en la garganta y parte oral los sonidos del bostezo y no los he visto ni ha sido posible el verlos. No entró, pues, la idea del bostezo por la vista. Tampoco entró por el oido. Sentí el sonido y el oido, solo pudo pasar á mi entendimiento la idea del ruido, y solo sirve esta idea para excitar la voluntad á desearla, y á que mande al instinto el remedo; pero este no es posible que forme de este hecho una idea de la figura muscular y movimientos del aliento que son necesarios para bostezar. Los demás sentidos, esto es, el tacto, el gusto, el olfato no pueden producir esta idea del bostezo: no pueden comunicarla á mi entendimiento. Sin embargo, tengo yo dentro de mí esta idea: no entró por los sentidos como es constante: es idea, es una noticia exacta de lo que se ha de obrar. ¿Pues por dónde entró? Averigüen los filósofos: concedan ideas innatas ó hagan lo que quieran. Yo tengo ideas dentro de mí que no vienen de los sentidos: yo conozco en mi espíritu una nocion, cuyo principio ignoro: sé que la nocion es verdadera: obro con ella: conozco por medio de ella el signado del sonido del bostezo; pues le remedo sin equivocacion: le pinto segun su original; aunque jamás haya visto bostezar un hombre á otro lo ha de remedar. No me satisface la general respuesta de los filósofos que aseguran que estas y otras operaciones son puramente animales. Sea lo que fuese, suponen ideas, hay un prototipo: hay un arreglador de ellas: hay un dechado: hay un plan: hay un simil: hay una imágen y esto basta para mi intento. Contraigámonos á nuestro caso.

Así como cuando se vé bostezar reciben cierta titilacion las partes bostezantes, lo que igualmente sucede al ver que sangran á otro, al oir gemir etc., de la misma manera al oir el sonido de las letras se siente un chasquido ó titilacion en los mismos músculos orales con que las formó el que hablaba, y se presenta voluntariamente una cierta figura de la direccion del aliento, su extension, su sutileza y demás cualidades que son necesarias para formar sonidos; luego así

en el que habla como en aquel que oye, hay suficientes facultades: en el primero para formar la voz analoguizando el signado; en el otro para percibir esta analogía y por consiguiente hay en las letras una natural analogia con los signados de las voces, lo que las dá una significacion natural.

Sin embargo de que á nuestro modo de entender ha sido muy demostrativo este nuestro razonamiento, no faltarán al filósofo reflexiones para decir que es imposible que nuestro sistema de la significacion de las letras tenga lugar en la práctica. No es tiempo de hacerles ver esta equivocacion: no es tiempo de andar desentrañando idiomas. En el reconocimiento que al fin de esta obra se hará de los idiomas, hallarán un lenguaje en el cual verán realizadas y practicadas con la mayor escrupulosidad todas y cada una de las significaciones naturales de las letras y analoguizadas sus voces por este medio con la más enérgica propiedad. Pasemos á demostrar la particular significacion de estas letras.

Significacion natural de cada una de las letras.

Nada adelantaríamos para dar á entender la formacion significativa de las voces con haber justificado en general que las letras tenian naturalmente un propio y peculiar significado, sino hiciésemos lo mismo de cada una de ellas en particular. Hablaremos primero de las vocales y despues de las consonantes.

Significacion natural de las vocales.

Como las vocales son las más nobles entre todas las letras, son tambien aquellas en que la naturaleza quiso colocar mayor número de significaciones. No quiso por lo mismo que se formasen con una sola modificacion. Dispuso que estas fuesen varias para que por medio de ellas fuese más abundante y diversa la analogía que tuviesen con sus signados. Trataremos de cada una de las vocales en particular.

A.

Si observamos al órgano de la voz en la prolacion de la *a* hallaremos que el aliento se extiende por toda la plenitud de la boca. Hé aquí una cualidad suficiente para analoguizar todo lo extendido, ancho, grande y demás cualidades de esta naturaleza. Repararemos igualmente que el aliento que forma la *a*, es sostenido, fuerte y robusto. Hé aquí otra cualidad muy propia para analoguizar con esta letra todo lo que es fuerte, sostenido, robusto, varonil y otros signados de semejantes cualidades. Pasemos la consideracion al modo con que analoguiza la accion los signados por medio de estas cualidades. Veremos que cuando quiere representar cosas anchas, extendidas, etc., se extienden los brazos, los ojos, se extremece é incha para decirlo así todo el cuerpo: se engallardan, se estiran, se hacen elásticos todos los miembros, cuando se desea representar lo fuerte, lo robusto, lo sostenido. Hé aquí unas mismas cualidades representadas por la accion y por la letra *a*. Pasemos adelante.

E.

Igual extension de aliento observo en la prolacion de la *e*, y la diferencia que la distingue de la *a* es su delicadeza, suavidad y decaimiento. Hé aquí igualmente dos cualidades; una comun con la *a*: otra distinta. Hé aquí un medio bello para distinguir las cosas anchas, extendidas, espaciosas. Hé aquí el modo de descomponer una idea: el modo de distinguir el sugeto y el atributo. Hé aquí una verdadera proposicion. Hé aquí finalmente una demostracion nada equívoca de que así la *a* como la *e* corresponden al lenguaje racional: al lenguaje discursivo: al lenguaje que puede descomponer ideas: que puede analizarlas. Pronúnciense estas vocales en los lábios como los franceses: en las narices como los chinos: en la garganta como los ingleses y orientales y quedarán desnaturalizados, pero no nos alarguemos.

I.

Para formar la *i* es suficiente un si-es no-es de abertura de boca. Encuéntranse el aliento y el aire que recibimos. Chocan y sale como en hebra el aliento en su mayor parte por la boca; pero se observa un hilito de él que sale del conducto nasal, y ambas partes del aliento parece que hacen esta operacion por filtracion penetrandose por el cuerpo del aire fresco que hallaron en el camino. Hé aquí un medio

de analoguizar las contiendas, choques y encuentros: la penetracion, un rádio, una filtracion, una línea, una cosa sútil, delgada, etc. Véanse prácticamente comprobadas estas significaciones en el reconocimiento de idiomas que se pone al fin de estos discursos, y quedarán los sábios enteramente persuadidos de las maravillosas disposiciones con que adornó naturaleza á las letras para que pudiésemos analoguizar por medio de ellas los signados de las voces.

O.

Tres diferentes cualidades observamos en la formacion de la *o*. Percibimos que el aliento se extiende por toda la extension de la boca: que esta extension es circular y se redondean los músculos orales, y que termina su formacion en lo más elevado de la boca. Bellas propiedades para dar á entender lo extendido por su redondez, y distinguirla de toda otra que no tenga esta figura: para expresar cosas grandes por su sublimidad, elevacion, altura, etc., para expresar la admiracion con propiedad y energía, y formar las voces con la mayor propiedad. Véase más abajo el orígen de las palabras, é igualmente el reconocimiento de los idiomas al fin de estos discursos, y en el que diésemos por primitivo la asombrosa prueba que presenta este lenguaje en sus voces de esta significacion natural de letras que nos está ocupando.

U.

En la formacion de la *u* advertimos que la boca toma una media extension menor que la necesaria para la prolacion de la *a*, *e*, *o*, y mayor que la que se requiere para la *i*. Percibimos á más que esta letra así como la *o* termina su formacion dentro de la boca, circunstancia que ha afinizado entre sí á estas dos vocales en comun sentir de todas las naciones: lo que hacemos presente para que se conozca mejor la ilegitimidad de la *u* francesa y la perfeccion de la española. En esta letra hallamos una proporcion nada equívoca para analoguizar lo profundo, abismoso, interno, etc., y dar á entender todos los objetos cuya más notoria cualidad es su profundidad ó internacion. Véase el reconocimiento de los idiomas al fin de estos discursos, que no me canso de citarle, pues en él se comprueba cuanto hemos afirmado y afirmaremos en ellos con una demostracion práctica en el uso de la lengua que adoptaremos por primitiva.

Significacion natural de las consonantes.

A primera vista puede decirse que las consonantes como letras á quienes la naturaleza no dió facultad alguna para que sonasen por ellas mismas, no habian de tener significacion propia, ni serían otra cosa sino unos agregados arbitrarios que acompañasen á las vocales para multiplicar voces. Así lo han sentido algunos filósofos, pero mal. Es verdad que las consonantes no tienen un sonido propio por ellas mismas; pero tambien lo es que el significado de las letras no consiste en su sonido, sino en las musculaciones orales y juego del aliento en su formacion. Sino suenan por sí las consonantes, suenan en virtud y con el socorro de las vocales; y las musculaciones orales y juegos del aliento son diferentes en la prolacion de ellas de aquellas que observamos en la de las vocales. Cada una de las consonantes tiene un particular lugar y unas circunstancias peculiares, y estas las concedió á todas y á cada una la misma naturaleza. Hay por naturaleza consonantes que son dentales: otras que son linguales: otras palatinas: otras labiales. Constituyen ó se reputan entre los gramáticos como cuatro familias distintas, y aun aquellas que son de la misma familia, reciben su formacion de diferente manera: de modo que la naturaleza dispuso todas estas diferencias, y no las pudo disponer sin que en ello tuviese unas miras particulares.

No podemos dudar, por lo mismo, que estas consonantes, así como todas las vocales en las diferentes acciones orales con que se profieren, han de tener una aptitud de poder analoguizar los signados de la voz y dar á entender por medio de ella en la mútua comunicacion aquello que se quiera indicar; porque siendo destinadas conocidamente para el uso del habla, la diferencia establecida por naturaleza habia de ser con respecto á la locucion, y para mí la principal mira de esta sábia maestra fué el darlas una aptitud competente para que con estas diversidades pudiesen distinguir los objetos comunicados al mismo paso que los analoguizaban por medio de aquellas cualidades representadas en las expresadas musculaciones orales con que se forman todas y cada una de ellas. Hablemos de estas cualidades ó significaciones por familias para mayor claridad.

LABIALES.

Cuatro son las consonantes labiales, es á saber: B, P, M, F, como lo tenemos dicho en el alfabeto. La F no nos parece una letra natural

y legítima, por lo que igualmente hicimos ver en el expresado alfabeto: sin embargo, la vemos sustituir a la P en los idiomas, y este ha sido el motivo de haberla colocado entre las letras del primer idioma. Nada diremos de ella en este capítulo, sino que su significacion es la misma de la P, su sustituida. Es verdad que hallamos esta letra en varias voces onomatópicas: pero no por esto puede justificarse su legitimidad: la onomatopeya de estas voces sería más natural si á dicha F sustituyesen las naciones la S. Véase el cuarto orígen de las voces un poco más abajo, y digamos algo de la B, P, M: primero de la B y P y despues de la M.

B. P.

Como los lábios son la parte más inferior del órgano de la voz, sus letras son muy adecuadas para expresar cosas bajas: así como son muy propias las palatinas para denotar las cosas altas y que están arriba. No hallamos en la P. B. otra particularidad notable sino su formacion en esta parte baja de nuestro órgano vocal. Son tan afines, tan sustituibles entre sí, que el atribuirlas diferente significado sería peligroso en el uso del habla é inteligencia de las palabras. Esta circunstancia nos persuade que en el idioma primitivo tendrian una sola significacion: es á saber, que representarian las cosas que se hallaban en la parte baja del que hablaba. Véase el reconocimiento de los idiomas despues de estos discursos, y hallará el sábio comprobado mi modo de pensar en el uso que de estas letras hace aquel idioma, que en nuestro concepto hubo de ser el primitivo.

M.

En la formacion de la M, á más de su labialidad hallamos otra particularidad nada despreciable. Advertimos que los lábios se contunden, se magullan, se aplastan, para decirlo así, y como que el lábio superior, venciendo al inferior, forma un semicírculo en él. Por esto nos hemos persuadido que esta letra, á más de la cualidad que hemos atribuido á la B y P, puede representarnos toda contusion, magullamiento, aplastamiento y aun toda curvitud cuya loma mire á la parte baja, esto es, que no forme embovedado.

PALATINAS.

Dos son las consonantes que se forman en el paladar, la G y la K. Como esta parte es la más elevada y alta del órgano de la voz, son muy propias estas letras para indicarnos las cosas superiores, altas,

elevadas, sobresalientes, y que su cualidad principal sea análoga á las referidas. La G es afin con la K, y se sustituyen frecuentemente la una por la otra. Sin embargo, hallamos en la K, á más de la palatinidad, otra cualidad que la es propia á ella sola; esto es, una modificacion oral muy adecuada para analoguizar el desprecio. Nos parece, pues, que esta letra es muy análoga á todas las cosas despreciables, disgustantes, enfadosas y otras de igual naturaleza.

DENTALES.

Las letras dentales son ocho: esto es, R, Rr, S, Ss, Tz, Ts, Z, X. Añadiremos á estas la J y Ch, medias entre dentales y linguales, por no formar capítulo separado, ya tambien porque nos inclinamos más á que corresponden á la familia de las dentales; pero ántes que entremos á tratar de ellas y su significado, hemos de advertir que ninguna de las consonantes de las otras familias contribuye tanto á la armoniosa propiedad, economia y eufonía de los idiomas que estas diez, y que por lo mismo en ninguna cosa ha de procurar instruirse con más empeño uno que ama el estudio de la ideología, que en los ministerios á que quiso destinarlas naturaleza. Hablaré por lo mismo de ellas con toda extension: procuraré no omitir cosa alguna que sea necesaria para que haya la debida claridad en un asunto, que sin embargo de no haber sido mirado por los literatos hasta ahora con la debida estimacion en sus Gramáticas, es del mayor interés para hablar con acierto de los idiomas.

R.

El sonido de esta letra es muy diferente del que se dá á la Rr, esto es, á la R que llaman doble; sin embargo, los idiomas pronuncian malamente la R sencilla como doble, ó á lo ménos escriben mal la R doble. La R sencilla es una letra muy suave, muy deliciosa, muy sonora. Fórmase con el sacudimiento del aliento en los dientes, y es letra verdaderamente dental. Se diferencia de las demás de su familia en que la lengua, amagando los dientes superiores, recibe una suavísima vibracion al mismo tiempo que el aliento sacude dichos dientes. Por lo mismo es muy propia para significar todo movimiento suave, toda vibracion de la misma naturaleza, y cuantas cosas tuviesen esta cualidad como una propiedad que las diferencia de las demás.

Rr.

La Rr es la R que llaman doble. Su sonido, aunque análogo á la de la sencilla R en la vibracion de la lengua, es sin embargo muy dife-

rente. Se forma sacudiendo el aliento fuertemente en los dientes, especialmente superiores: la lengua no amaga á los dientes; pero arrimándose algun tanto á ellos estrecha al aliento para que salga con más rapidez, y la vibracion de dicha lengua es muy fuerte. Esta letra es, por lo mismo, fuerte y robusta, propia para significar movimientos rápidos, vibraciones fuertes, emociones ruidosas y otras cosas análogas á estas: es tambien propia para indicar el desabrimiento, la amargura y onomatopizar el sonido de roturas, rasguños, etc.

S.

La letra *s* se forma de la misma manera que la *R* doble en cuanto á la postura de la lengua y se diferencia de ella en que dicha lengua en su prolacion no se mueve, ni briba, y el aliento sacude los dientes superiores con ménos fuerza. Su principal cualidad es el sacudir suavemente, y por lo mismo es propia esta letra para indicar objetos de esta cualidad, toques ó contactos suaves, delicados á diferencia de la *z*: es tambien muy propia para denotar cosas estrujables. El aliento formador sacude en los mismos dientes superiores.

Ss.

Diferénciase la *s* doble de la sencilla en la mayor fuerza con que sacude el aliento entre dientes y encías superiores, y en que la lengua se eleva algun tanto más que en la prolacion de la *s* sencilla. Es letra tardía y su pronunciacion nos hace emplear un tiempo doble á aquél que es necesario para proferir la *s* sencilla. La cualidad más sobresaliente de la *s* doble es el doble tiempo que empleamos en su prolacion. Es muy propia para denotar multitud ó abundancia. Es muy útil esta letra en los idiomas y no se porqué razon la han desterrado de su alfabeto y boca los literatos españoles. Lo cierto es que su uso era corriente pocos años hace: la lengua latina la usa en aquellas mismas voces que el castellano cogió de esta lengua. Sin la *s* doble no tienen los superlativos castellanos la analogía de los latinos: el *ssimus* de estos denota abundancia de cualidad, el *simo* castellano no. La *s* doble no es torpe: no es áspera: no es tosca: es doble y por lo mismo más corpulenta que la sencilla, pero suave, sonora y dulce: últimamente usada hasta estos dias en la lengua castellana, y resiste aun hoy el dejarla. Si los literatos la han querido espatriar, ella ha sabido encastillarse en *assir*, *assesino*, assam, etc., etc. No hay motivo justo por lo mismo para que no se use por los españoles.

Tz.

Esta es una de las letras que no conoce la lengua castellana: sin embargo es muy legítima como lo hicimos ver en la formacion del

alfabeto. Resulta su sonido en el modo siguiente. La lengua coloca su puntita bajo de los dientes superiores del mismo modo que para proferir la *T*: al tiempo mismo que se despliega dicha lengua de los dientes, sacude el aliento en los dientes superiores en el mismo paraje que sacude para formar la letra *Z*. Por lo mismo las naciones que la usan la figuran con dos letras, esto es, con aquellas que remeda, es decir, con la *T* y *Z*. La hemos colocado entre las dentales, porque el fuerte de su sonido imita á la *Z*. Sin embargo nos es indiferente el que sea colocada entre las dentales ó linguales, pues esta cualidad cualquiera que sea, nada perjudica. La principal cualidad de la *tz* es el ser tardía y gastar dos tiempos en su prolacion, y es muy propia para denotar abundancia, multitud, copia, amontonamiento y otras cosas en que estas cualidades son las más visibles ó notables.

Ts.

Es muy diferente el sonido de esta letra del de la *tz*, é igualmente su formacion. La puntita de la lengua no se pone bajo de los dientes superiores, sino apegado á estos y encima: al tiempo de desplegarse sacude el aliento en el mismo paraje donde estaba apegada la lengua y resulta una explosion distinta de toda otra letra. Figúrase esta con *T* y *S*: por el oido percibe en ella un sonido como de una *T* oscura y una *s* casi doble. Su propiedad es semejante á la de la *tz*, y por lo mismo es igualmente apta en el uso de los idiomas para ejercer las mismas funciones de la dicha *tz*. Sobre si esta letra es dental ó lingual nos remitimos á lo que que la dicho en la letra anterior.

Z. C.

Sin embargo de que muchos literatos se hallan persuadidos que entre la *Z* y la *C* en el sonido que tiene en *ce*, *ci*, no hay diferencia, yo la encuentro una muy notable como que la apunta lo en la formacion del alfabeto. Observo que cuando profiero la *Z*, mi lengua se apega con su punta en los dientes inferiores doblándose hácia los superiores, y que el aliento estrechado entre lengua y dientes forma la explosion con un choque suave ó refregon que dá en estos; pero advierto que para la *c* no estriba dicha lengua en los dientes inferiores y se halla separada de ellos algun tanto. Esta configuracion de la lengua hace que la prolacion de la *z* sea más fuerte que la de la *c*, y la de esta sea más menuda. En la *z* hallo un cierto estrugeo del aliento: en la *c* una cierta pequeñez. Por lo mismo estas dos letras pueden servir á diferentes ministerios: la *z* á indicar la accion de estregar, sacudir de resbalon, y *c* á indicar cosas menudas, y no hallo persuadido á que en el idioma primitivo ejercieron estos diferentes ministerios. Véase

al fin de estos discursos la práctica prueba que se dará de esta verdad, que á nuestro entender se halla revestida de todas aquellas cualidades que hubo de tener dicho idioma primitivo.

X. J. Ch.

Estas tres letras son afines entre sí. Todas ellas se forman con el sacudimiento del aliento en las encías. La *ch* resulta de un chasquido como esta misma voz lo indica, y este chasquido es instantáneo, quiero decir, que se verifica con un tiempo el más corto de cuantos se emplean en la prolacion de letras; por lo mismo es muy propia la *ch* para denotar la pequeñez, disminucion y otras cosas, cuya cualidad principal ó más visible es la pequeñez. La *x* se profiere sin chasquido con un aliento más duradero si, pero tambien más suave que la *ch*. Sin embargo su duracion es muy cercana á la de la dicha *ch*: es muy propia para indicar una pequeñez ó disminucion sutil y no tosca como la *ch*. La *j* es á mi ver una letra eufónica que suaviza la aspereza de la vocal *i* antepuesta á cualquiera de las vocales. Véase el reconocimiento de idiomas en la prueba práctica de estas significaciones en el idioma que juzgamos primitivo.

LINGUALES.

Las letras linguales son seis, es á saber: T. D. L. Ll. N. Ñ. Llámanse linguales porque se forman con el sacudimiento de la lengua en las partes orales. Hablaremos de ellas en tres capítulos: en el primero de la de *d* y *t*: en el segundo de la *l* y *ll*: en el tercero de la *n* y *ñ*, por la afinidad que tienen la *t* con la *d*: la *l* con la *ll*: y la *n* con la *ñ*.

T. D.

Para formar la T sale un si es no es fuera de los dientes la puntita de la lengua, y queda apegada en el órden superior de ellos. Corre el aliento por sobre la misma lengua, y al tiempo de chocar con los dientes se despega dicha lengua de los expresados dientes. Antes que se forme el sonido parece que el aliento quiere tomar cierto balanceo y se detiene sostenido algun tanto, arrastra lo con cierto sorbido hácia el exófago para topear en los dientes á manera de un carnero que atrasándose toma bríos y empuje para sus palas. Esta circunstancia hace muy propia á la letra *t* para indicar la detencion, el choque, el tope y todas las cosas en quienes estas cualidades son las más nobles y visibles. La *d* se diferencia muy poco de la *t*, y es más suave

que esta: la puntita de la lengua no sale de los dientes, y el aliento no se encoje. Su ministerio es sustituir á la *t*, é indicar choques, apegos, topes ó encuentros suaves.

L. Ll.

La *l* se forma apegándose detenidamente la punta de la lengua entre dientes y encia superior, y desplegándose con viveza para que resulte la explosion elástica, que es su sonido, y es muy propia esta letra para denotar cosas apegadas, arrimadas, unidas estrechamente entre sí, ó estrechadas. La *ll* es una letra eufónica ó meramente afin á la *l*, y formada por naturaleza para este solo intento. Extendámonos alguna cosita en demostrar esta verdad.

La sábia naturaleza dispuso que todas las letras tuviesen sus compañeras socias ó afines para que pudiesen ser sustituidas las unas por las otras. Quiso tambien que hubiese letras eufónicas, para que mediando entre aquellas que juntas no pudiesen ó sonar, ó sonar sin desabrimiento, las hermanasen entre sí. Estas letras eufónicas no sustituyen á otra letra como la *j*: otras, al mismo tiempo que eufonizan la voz, sustituyen á cierta letra como la *ll* y la *ñ*. Es tan necesaria en los idiomas esta eufonizacion, que sin ella ó serian necesariamente torpes ó necesariamente pobrísimas. Son innumerables las sílabas que no pueden unirse mútuamente. Ninguna que acaba en muda puede anteponerse al inmenso número de las que empiezan con consonante: y para obviar este inconveniente dispuso naturaleza que hubiese letras afines que entrasen á sustituir á aquellas mudas ó dobles, que no podian unirse con las expresadas sílabas, como practicamente lo haremos ver en el reconocimiento de los idiomas.

Igualmente es constante que ninguna sílaba acabada en consonante, cualesquiera que esta sea, puede anteponerse á las que empiezan con vocal sin desentonizar y hacer impropia la voz, y era preciso poner remedio á este grave inconveniente. De lo contrario perderian los idiomas el uso de un sinnúmero de palabras, ó las usarian con una conocida impropiedad, como se observa en la mayor parte de los idiomas. Decimos, por ejemplo, en castellano, *in-obediencia*, *in-alienable*, *in-estimable*, y unimos sílabas acabadas en consonante con las que empiezan con vocal; pero la impropiedad é incufonia es conocida. Nos detenemos en la *n*, proferimos la voz *in-obediencia* en dos pedazos: perdemos la analogía que ha de verificarse en la unidad del signado y unidad de la voz, y esto es inadmisible en un idioma perfecto, y para guardar esta propiedad ha de pasar la consonante de la primera sílaba, esto es, la *n* de *in-alienable* á la segunda y decir *i-na-li-e-na-ble*, y hay otro inconveniente á la perfeccion de los idiomas.

La consonante última de la sílaba, cualquiera que ella sea, ha de indicarnos un atributo del sujeto que ha de ser indicado por la prime-

ra letra. Por ejemplo, la sílaba *al* segun la significacion que acabamos de dar á las letras *a* y *l* y á la localidad en que se hallan, significa ó puede significar extension, robustez, poder.... estrechamente apegado. La *a* indica un sujeto, la *l* un atributo. Si se quiere unir esta sílaba anteponiéndola á otra que empieza con vocal y formar una voz con esta, es preciso ó que esta sea impropia é ineufónica, ó que la *l* pase á la otra sílaba. Si se dijese *al-on*, sonaban dos voces, pues cada sílaba formaba la suya, y no sería una, como debia ser para analoguizar la unidad del signado. Si se dice *a-lon*, es propia y eufónica la voz; pero la *l* que en *al* representaba un atributo, en *lon* indica un sujeto por ser la primera letra de esta sílaba, y nos hace creer que *a-lon* es compuesto de las sílabas radicales *a* y *lon*, no siendo así sino de *al* y *on*.

Era, pues, indispensable que el idioma primitivo ó se abstuviese del uso de un sinnúmero de voces que pueden resultar de esta combinacion silábica, ó que hallase en la misma naturaleza del habla algun medio de dar á entender que hubo tránsito de la *l* de la sílaba *al* á la sílaba *on*. Hé aquí, pues, el ministerio de la letra *n*: de modo que por ella sabemos que es una *l* correspondiente á la sílaba antecedente. Véase el reconocimiento de los idiomas en que prácticamente se prueba esta verdad en el idioma que elegiremos como primitivo.

N. Ñ.

La letra *n* se forma tocando suavemente la lengua á la encía antes que el aliento, que hiere despues de la *n* la misma parte. El sacudimiento es suave, pequeño, delicado, y por lo mismo esta letra es propia para indicar la suavidad, pequeñez, delicadeza, y otras cosas en quienes estas cualidades son sobresalientes y visibles. La *ñ* es una letra igual en su ministerio á la *n*, y sustituye á la *n* cuando tiene que pasar á otra sílaba. Fórmase con la punta de la lengua plegada desde la extremidad de los dientes superiores hasta las encías.

Hemos concluido ya con las acciones orales que entran en la formacion de todas y cada una de las letras así vocales como consonantes, y demostrado que en estos elementos primeros del idioma hay todo lo que es necesario para indicar los signados. Bien comprendo que no se conformarán conmigo de buena voluntad la mayor parte de los literatos, y cada cual querrá coadyuvar su sistema oponiéndose á cuanto le parezca perjudicial á su opinion: que á algunos parecerán pueriles y nimias varias advertencias que hemos hecho: que los idiomas guturizantes, nasalizantes y labializantes querrán trastornar las acciones orales que yo establezco y que este asunto quedaria oscurecido sino tuviese otras pruebas que el consultar cada uno de los literatos la prolacion de las letras. El hombre es capaz de formar de varias maneras las letras: lo largo, lo breve, lo pausado: la precipita-

cion: el tartamudeo, y qué se yo cuantas otras cosas pueden alterar las musculaciones orales que yo he fijado: por lo mismo remito á los literatos al reconocimiento de los idiomas al fin de estos discursos.

En este reconocimiento verán prácticamente observadas todas y cada una de las significaciones que hemos atribuido á las letras. Haremos eleccion en esta parte de un idioma á nuestro entender calificado en todo lo necesario para que sea reputado por primitivo. En las voces de este idioma se demostrará por un copioso número de voces la legitimidad de nuestros asertos sin que pueda quedar duda alguna en el particular. Pasemos ahora á hablar alguna cosa del origen de las voces ya que hemos dicho lo suficiente sobre su formacion.

Orígen de las voces ó palabras.

No hablamos en este capítulo de las voces ó palabras derivadas. Trataremos de ellas separadamente. Nuestro intento es dar razon únicamente de las voces primitivas en cuanto á su orígen. Yo no hallo otro á las palabras que la natural significacion de las letras y la onomatopeya. Sin embargo los literatos cuentan tambien como tales las inocentes articulaciones del hombre-niño, y las interjecciones del adulto: por lo mismo hemos dado hasta ahora cuatro orígenes de voces, y seguiremos lo mismo en lo sucesivo. Al primer origen llamaremos modulaciones del órgano de la voz: al segundo inocentes articulaciones del hombre-niño: al tercero interjecciones del adulto, y al cuarto onomatopeya. Hablaremos de cada uno de estos orígenes con separacion.

MODULACIONES DEL ÓRGANO DE LA VOZ.

PRIMER ORIGEN

DE LAS VOCES Ó PALABRAS.

El más copioso, el más rico, el más abundante orígen de las voces de un perfecto idioma, como hubo de ser el primitivo, es las modulaciones del órgano de la voz. Entiendo por estas modulaciones aquella armoniosa y diferente configuracion que reciben los músculos orales y el aliento en la formacion de las letras. Como en estas modulaciones consiste el que las letras tengan un natural y propio significado, que hemos hecho ver poco hace, hablando una por una de las veinte y ocho letras que componen el alfabeto de un idioma perfecto, como igualmente lo hicimos ver en su lugar, no solamente puede producir este idioma un número copioso de voces, sino que estas gozarán de una propiedad la más enérgica. Esforcémonos en demostrar esta última verdad, que como en bosquejo la tocamos en la Apología de la lengua bascongada.

En efecto ¿cómo podrian gozar de la propiedad las voces no onomatópicas sino tuviesen su orígen en las modulaciones del órgano de la voz? La propiedad de las voces no consiste en otra cosa sino en que estas nos hagan una viva pintura de los signados que representan. Esta pintura nos la han de hacer necesariamente, presentando á nuestro entendimiento una cualidad sola, como sucede en las interjecciones y onomatopeya ó una definicion descriptiva con sujeto y atributo como acontece en las voces que provienen de las modulaciones del órgano de la voz. Véase lo que es correspondiente á las interjecciones en el segundo y tercer orígen, y en el cuarto lo que es á la onomatopeya, y hablemos ahora de la propiedad que reciben las expresadas voces ó palabras en las modulaciones del órgano de la

voz. Es muy interesante este capítulo. Caminemos poco á poco, y hagamos ver en primer lugar que toda modulacion del órgano de la voz es una proposicion: una idea descompuesta: un juicio: una clara nocion de sujeto y atributo: un acto racional: un efecto del discurso. Consultemos aun otra vez á la naturaleza en la prolacion de las letras.

En la prolacion de toda consonante concurren dos letras: una consonante y una bocal. Una y otra letra son significativas como lo hemos hecho ver poco hace: hé aquí una definicion: hé aquí una proposicion: hé aquí un juicio: una idea descompuesta: un sugeto y un atributo conocido. Con la primera de las letras podemos indicar el sugeto, con la segunda el atributo: descompondremos de esta manera la idea del sugeto calificado; y aplicando por medio de la unidad de prolacion el atributo indicado por la letra segunda al sugeto denotado en la primera, formaremos una verdadera proposicion, un juicio perfecto. Hagámoslo más perceptible y valgámonos para ello v. g. de la consonante L. Unamos con esta consonante las vocales *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, y resultarán las sílabas *la*, *le*, *li*, *lo*, *lu*, y si anteponemos las vocales á dicha L, las sílabas serán *al*, *el*, *il*, *ol*, *ul*. Qualquiera de estas sílabas es apta para indicarnos un sugeto y un atributo descompuestos por la diversidad de sus letras y unidos por la unidad de su prolacion.

Dijimos hace poco que la letra *l* era muy propia para indicar el apego, la union y otras cualidades sinónomas á estas: que con la *a* podíamos denotar la extension fuerte, grande etc.; con la *e* extension suave, deliciosa..... con la *i* la penetracion, sutileza..... con la *o* extension redonda, alta..... y con la *u* profundidad, huequedad..... Es visto, pues, que no pudiendo proferir las consonantes por disposicion de la naturaleza sin que las acompañen las vocales, son aptísimas aquellas para indicarnos un sugeto con su atributo en la sílaba que han de formar necesariamente. La *l* en *la le li lo lu* nos puede dar á entender la union, el apego, la adhesion, etc. Hé aquí el sugeto. Esta union será grande, suave, redonda, sutil ó profunda, segun la vocal que proponga á la *l*: hé aquí el atributo: de modo que con la sílaba *la* podemos dar á entender una union grande ó fuerte: con la *le* una union suave, deliciosa: con la *li* una union sutil: con la *lo* una union redonda, elevada, sublime: y con la *lu* una union profunda, interior, etc. ¿Puede darse una proposicion más circunstanciada, una definicion más formal, un juicio más enérgicamente explicado? Pasemos á las vocales y veamos si naturaleza nos dejó en ellas el mismo medio de comunicar naturalmente nuestros juicios.

Así como las consonantes por una natural disposicion no pueden formar sílaba ó sonar sin concurso de las vocales, de la misma manera, esto es, por una disposicion de la naturaleza no necesitan las vocales de concurrente para sonar y formar sílaba por sí mismas. Estas letras todas son sílabas, todas son sonoras; y siendo significativas en

el idioma racional nos han de dar á entender naturalmente esto es, por su accion oral un juicio: una proposicion: un sugeto y un atributo, ó lo que es la misma cosa un sugeto calificado. Hé quí la gran diferencia que hay de las letras como modulaciones del órgano de la voz á las mismas letras como interjecciones. Las letras como modulaciones del órgano de la voz pertenecen al lenguaje racional, al lenguaje discursivo: por lo mismo han de pronunciarse en la boca: han de ser un juicio: una proposicion: han de dar á entender un sugeto con su atributo. Al contrario, las letras como interjecciones corresponden al lenguaje animal: han de sonar en la garganta, órgano de este idioma y no puede indicarnos un juicio: una proposicion: un sugeto y un atributo aplicado á él por medio de la union silábica. Podemos proferir las interjecciones *ai*, *oi*; pero con estas interjecciones no haremos sino indicar el dolor, esto es, el sugeto pero sin atributo. Véanse las interjecciones del adulto y volvamos á nuestras vocales, y hagamos ver que estas así como las consonantes tienen toda la aptitud necesaria para trasmitirnos un verdadero juicio: una proposicion, un sugeto con su atributo.

Observo que la *a*, *e*, *o* por la extension de boca que se verifica en su prolacion son aptas á representar la extension: hé aquí el sugeto. Observo igualmente que el aliento en la *a* es sostenido, fuerte y robusto: en la *e* suave, decaido: en la *o* circular, redondo, alto: hé aquí los atributos. Por esto en mi Apología pag. 67, afirmé que toda voz primitiva habia de ser compuesta aunque fuese digrama, esto es, de dos letras fuera de las onomatópicas: pues de otra manera no podian ser propias; porque consistiendo la propiedad de las voces que nos ocupa, en que estas nos den una definicion descriptiva de los signados; esta no puede verificarse sin que entren en ellas dos partes: una, que nos haga ver el sugeto, esto es, el género: otra, que nos dé á entender el atributo, esto es, la diferencia. Dijimos por lo mismo en dicha apología que en una lengua perfecta la primera letra de las voces digramas habia de ser el género, y la segunda la diferencia, y creo que hemos justificado completamente la posibilidad de realizarse naturalmente estos asertos, y en el reconocimiento de los idiomas los haremos ver prácticamente ejecutados en aquel idioma que hemos de elejir por primitivo.

No hay duda por lo mismo que las modulaciones del órgano de la voz son el primero, el más noble y el más copioso orígen de las voces; que por medio de estas modulaciones podemos llegar á indicar hasta las últimas diferencias de los signados, lo que no puede verificarse en las interjecciones y en la onomatopeya; que habiendo indicado el sugeto en general en la primera letra de la voz, dividimos á este sugeto en dos clases por medio del atributo en la segunda letra: que con una tercera letra podemos subdividir la clase media que comprende solamente á los sugetos, á quienes es comun el atributo primero, esto es

que la segunda letra diferencia al sugeto, la tercera es diferencia que divide en otras dos clases al tal sugeto ya clasificado con la diferencia primera, y que añadiendo diferencias sobre diferencias podemos formar un sinnúmero de voces: un número casi incalculable. Pasemos al segundo orígen.

INOCENTES ARTICULACIONES DEL HOMBRE-NIÑO.

SEGUNDO ORIGEN

DE LAS VOCES Ó PALABRAS.

Todos los filósofos han creido oir en las primeras ó inocentes articulaciones del hombre-niño la voz de la naturaleza y siempre se han mirado con admiracion por los sábios estos primeros pasos del lenguaje. La uniformidad que se observa en todas las naciones: la ninguna conexion que tienen estas articulaciones con los idiomas de los paises en que se oyen: la creencia que tienen de no poder ser efectos de la imitacion: todo ha contribuido á que los literatos las miren con el mayor respeto y las contemplen con el más cuidadoso miramiento. Sin embargo la cortedad del número de estas articulaciones incapaz de formar un verdadero idioma: la diferente acepcion que se las dá en las naciones; y la pronta pérdida de su uso en los niños ha hecho que las meditaciones filosóficas sobre este particular no hayan tenido hasta ahora las ventajas que podian prometerse de un depósito tan conocidamente natural y nada sospechoso al hombre por la inocencia de los tiernos niños.

No pudiéndose, pues, dudar que estas primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño son una parte nada equivoca del lenguaje natural, tampoco podemos dudar que este lenguaje hubo de tener su complemento, y que naturaleza, que ninguna cosa hace en vano no nos regalaria con esta porcion del natural idioma en los niños sin que para completar su obra nos depositase las demás porciones en algunos otros depósitos: de modo que consultados por el hombre todos ellos pudiese este hallar cuantos materiales eran necesarios para formar un idioma perfecto y natural. Estas reflexiones me han hecho considerar atentamente la voz de la naturaleza, esto es, este alma

que habia de vivificar necesariamente al idioma para que fuese natural, y me he persuadido haberla oido con todo el complemento necesario, parte en las modulaciones del órgano de la voz de quienes acabamos de hablar, parte en las inocentes articulaciones del hombre-niño que nos van á ocupar: parte en las interjecciones del adulto: parte en el ruido que hacen las cosas inanimadas al tiempo que son movidas y las animadas en sus gritos ó articulaciones.

Si justificamos como á nuestro modo de entender hemos justificado de las modulaciones del órgano de la voz que los tres restantes depósitos son aptos por naturaleza para el gran edificio del idioma; habremos sacado á la literatura de una de sus mayores dificultades, haciéndola ver con la mayor claridad cuanto hasta ahora hemos afirmado y afirmaremos en toda esta obra acerca de la lengua primitiva. Reconozcamos las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño que es el objeto de este capítulo.

En todo el mundo tienen los niños un mismo lenguaje y todos los idiomas han tomado voces de sus primeras é inocentes articulaciones: pero no todas las han aplicado á unos mismos signados. El nombre del padre y de la madre se han tomado de estas articulaciones, pero con tanta variedad, que es necesario usar de todos los recursos de la filosofía para averiguar cual sea la nacion que haya hecho mejor uso y más natural de estas articulaciones. Unas han formado la voz con que llaman al padre de la articulacion *ait*. Hé aquí una lista de estas articulaciones y los nombres que dan al padre.

LENGUAS.	PADRE.	LENGUAS.	PADRE.
Bascongada....	Aita	Jaéntica.....	Aibit
Armenia.....	Aix	Fetuina.....	Adja
Frísica.....	Haita	Jarura.....	Aja
Canarina.....	Aiu	Zamuca.....	Jai
Quichua.....	Jaja	Epirótica.....	Ate, Atti
Tártara.....	Ata	Húngara.....	Attji
Turca.....		Laponesa	Atqui
Gótica	Atta	Irlandesa.....	Athatr
Albanesa.....	Aat		

Otras naciones se han valido de las inocentes articulaciones *ta*, *tay*, *tat* que resultan en la boca del hombre-niño de la frecuente repeticion de *Ait*, y por lo mismo no son estas articulaciones sino unos anagramas de *Ait*. Las naciones que se valen de estos anagramas para dar nombre al padre son las siguientes:

LENGUAS.	PADRE.	LENGUAS.	PADRE.
Tarasca, Grantámica, Guarani	Tata	Bilela	Tate
Najerit	Taja	Moja	Tataija, tata
Otomita	Tah	Mejicana	Tatli
Poconchi	Tat	Quichua	Taita, tata
Céltica	Tad	Pima	Ta
Pruténica	Thawe	Balaca en sus dialectos	Tatul, Tatulu, Tatel, Tatal
Totonaca	Tatcan	Cornubia	Tad
Aremorica	Tad	Angola	Tat
Bretona	Taad, tad	Werula	Tabes
Libonesa	Tabes	Walera	Tad

Pero ninguna articulacion del hombre-niño es tan generalmente usada por las naciones para dar á entender al padre como la *Pa*, especialmente doblada, esto es, *Papa*. Los franceses, sin embargo de tener su *Pere*, hacen y han hecho mucho uso del *Papa*, y los españoles han entrado á mirarla como una voz más cortés, más política que la de *Padre*. Esta última palabra no se oye ya en las casas grandes. En el Palacio Real corre con estimacion el *Papa*: de aquí pasó á los grandes: de estos á los medianos, y hoy en la Córte no hay cosa más comun que el uso de esta palabra. Las lenguas griega y latina usaron de la voz *Papa* con los obispos; pero actualmente solo damos á entender por ella al Romano Pontífice. Hé aquí los idiomas que formaron el nombre de *Padre* valiéndose de la articulacion *Pa*.

LENGUAS.	PADRE.	LENGUAS.	PADRE.
Caribe, Omagua, Tamanaca, Taiti, Mobima, Mainas	Papa	Portuguesa, Gallega	Pai
Malpure	Pe	Lule, China	Pe
Turca	Peder	Marasta	Pif. pife
Pérsica, Bolonesa, Islandesa	Pader	Quiriri	Padru
Griega	Pateras	Canarina	Pita
Transilvana	Poater	Española	Padre
Siciliana	Patri	Griega, Latina	Pater
Genovesa	Poe	Samscrutánica, Gusarata, Acarnagaric, Devanger	Pita
Sarda, Veneciana	Pare	Bética	Pab
Peguana	Passen	Barmana	Patir
		Leodicea	Peer
		Francesa	Pere
		Singala	Pita
		Chiquita	Ipagui, Ipapa

Hay varios idiomas que mudan la P de la articulacion *Pa* de los niños en su afin *B*. Hé aquí algunos de estos idiomas.

LENGUAS.	PADRE.	LENGUAS.	PADRE.
Indostana.....	Bap	Betoy	Babi, babbi
Canarina		Sarda.....	Babbu
Marasta.....		Otentona.....	Bo
Betia.....		Indostana.....	Bab
Caldea deBasoro	Baba	Saliva	Babba
Tártara.....		Canarina	
Turca.....		Shoriathica.....	
Madagascara...		Canarina.....	Bapa
Shildica.....			

Otras naciones mudan la expresada P de la sílaba *Pa* en su afin *F*, como las siguientes:

LENGUAS.	PADRE.	LENGUAS.	PADRE.
Islandesa.....	Fader	Francoteuttisca	Fatter
Dinamarquesa .		Dalecarlisa.....	Falla, fa duar
Inglesa		Mandinga.....	Fab. fav
Anglo-sajona ..		Orcadica.....	Fabor
Sueca		Hindelopesa ...	Feer

Hay otros idiomas que se valen para dar nombre al padre de la inocente articulacion del niño *ab*, y son los siguientes:

LENGUAS.	PADRE.	LENGUAS.	PADRE.
Tunebi.....	Abba	Otomica	Aba
Caldea.....		Arabe.....	
Turca.....		Melindana.....	
Abisina.....		Hebrea.....	Abh, Aba
Arabe.....	Ab	Siriaca.....	Abo, Abot
Etiópica	Abbi, Abbat	Rabinica.....	Ab

La lengua barmana y malabara, mudando la *b* de *ab* en su afin P, llaman al padre, la primera *Apa*: la segunda *Appen*. Hay otros idiomas que hacen uso para este efecto de las articulaciones *cha*, *che*, *chi*. Los Araucanos llaman al padre *chao*: los Moquicas *chim*: los Tonquineses *cha* y los Japones *chichi*. Pasemos á hablar de la voz *madre*.

Igualmente se han valido las naciones de las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño para dar á entender la madre. Hay algunas que la deducen de la articulacion *am*: otras mudan la *a* en *e*: otras anagramizan la *am* en *ma*: otras, finalmente, la *em* en *mi*, *mo*,

mu. Hagamos ver cuáles sean unos y otros idiomas, y primero de los que hacen uso de la sílaba *am*, que son los siguientes:

LENGUAS.	MADRE.	LENGUAS.	MADRE.
Bascongada....	Ama	China.....	Ame
Malabara	Amma	Barmana.....	Ame
Egipcia.....	Am, ama		

Algunos idiomas hacen uso de la sílaba *am* para dar nombre al padre. Las lenguas Abac, Tagala, Mongola le llaman *ama*: la Bisaya *amai, amahan* y la Tangusa *amin*.

Los lenguajes que mudan la *a* de la sílaba *am* en *e*, son los que siguen:

Hebrea.....	Em
Caldea.....	Emme
Siriaca.....	Emo
Arabe.....	Emo, em

La primera é inocente articulacion del hombre-niño *ma* es la que con más generalidad usan los idiomas para dar á entender la madre, y se vá introduciendo en nuestra nacion el uso de la voz *mamá* para indicar á la madre. Hé aquí los idiomas que se valen de esta sílaba:

LENGUAS.	MADRE.	LENGUAS.	MADRE.
Balaca.....	Mama	Dálmata.....	Mati
Betoy.....		Bohema.....	Motha
Omagua		Polaca.....	Matka
Quichua.....		Moscovita.....	Masci
Quitena.....		Taiti.....	Madua
Malaya.....	Ma	Española.....	Madre
Canarina.....	Mae,mata,mauli	Siciliana.....	
Indostana	Maa	Erce	Mathair
Provenzal.....	Maire	Latina.....	Mater
Irlandesa	Mathar	Wal.....	Mam
Piamontesa	Mare	Bretona.....	Man
Bolonesa.....	Mader	Lacial.....	Mate
Veneciana		Armenia	Mair
Mobima.....	Ma	Persa.....	Mazer
		Epirota.	Mame

Las lénguas que mudan la *a* de la sílaba *ma* en *e*, *o*, *u*, son las siguientes:

LENGUAS.	MADRE.	LENGUAS.	MADRE.
Moja.....	Meme	Irlandesa.....	Moder: moeder
Persa.....	Meder	Holandesa	
Rusa.....	Med	Flamenca.....	Moeder
Francesa	Mere	Sueca.....	Moder
Provenzal.....	Mero	Dinamarquesa .	Moer
Suiza	Muetter	Inglesa	Mother
Wala.....	Muter	Tedesca.....	Mutter

La lengua Georgiana llama *mama* al padre. Otros idiomas hay que se han servido de la silaba *ma* para poner nombre al agua, y son los siguientes:

LENGUAS.	AGUA.	LENGUAS.	AGUA.
Bascongada....	Mama	Bilela.....	Ma
Hebrea.....	Maijan	Caldea de Basora.....	Meni
Sarracena.....	Moi	Arabe-literaria.	Maja, ma
Siriaca.....	Majo	Arabe-egipcia..	Moja
Etiópica-literaria.....	Mai	Conghesa.....	Mase

Ninguna cosa hace ver con mayor evidencia que el lenguaje de los niños es un idioma natural, que el uso que hacen generalmente de sus primeras é inocentes articulaciones las muchas naciones que acabamos de nombrar; pero como este uso es tan vário, no es suficiente para que podamos saber por él cuál sea aquella ó aquellas que con más filosofía se han valido de este hermoso depósito de los idiomas. Es necesario, sin embargo, averiguarlo. No podriamos de lo contrario averiguar en el reconocimiento de los lenguajes cual sea aquel á quien en este particular corresponda el título de primitivo. Consultemos, pues, al hombre-niño y sus primeras é inocentes articulaciones, y veamos el uso que de ellas ha de hacer un idioma perfecto, y que como tal hubo de hacer el primitivo.

No bien nace el hombre, cuando empieza á dar señales de su racionalidad por medio de la articulacion con que profiere sus voces El vocear es comun á todo animal que tiene traquea, laringe y glotis: el articular esta voz, esto es, el proferirla con letras clara y distintamente pronunciadas es particular al hombre. Solo este puede comunicar sus pensamientos por medio de la voz articulada, pues á solo él concedió naturaleza el precioso don del habla. Si balan las ovejas: si los papagayos y otros animales articulan palabras enteras y aun sentencias, en las primeras es casualidad: remedo en los segundos, y en ninguno de ellos puede llamarse habla, por ser incapaces estas articulaciones de causar la comunicacion de pensamientos.

Sin embargo de ser privativo al hombre el comunicar sus pensamientos por medio de la voz articulada, no podemos hacer uso de esta propiedad luego que nos dejamos ver en el mundo. Como en esta época para nada somos útiles á la sociedad, no lo es tampoco en nosotros el habla. La sábia naturaleza dispuso que fuésemos adquiriendo este habla por los mismos pasos con que caminábamos á la sociedad, haciendo que al nacer solo diésemos indicios de la locucion que nos habia de unir á su tiempo en perfecta sociedad con nuestros iguales.

Por esta razon no bien nacemos, cuando impelidos de la sensacion que causa en nuestros débiles miembros el tránsito que acabamos de hacer del abrigado seno de la madre á la desabrida region de los vivientes (como lo tenemos dicho en el primer discurso) empezamos á llorar por medio de una voz dolorosa, pero articulada. He observado por mí y por medio de mis amigos el llanto primero en más de cien criaturas, y en todas he oido articuladas clara y distintamente las vocales *a*, *e*: la *a* en el llanto del varon y la *e* en el de la hembra, como difusamente hemos hecho ver en dicho discurso primero, proposicion tercera, satisfaccion primera, adonde remitimos al lector.

Pasada la primera sensacion que causa en nuestros débiles miembros el tránsito que hacemos del abrigado seno de la madre á la desabrida region de los vivientes, no se oye por algun tiempo en el llanto del hombre niño articulacion alguna. Lloran con una voz tosca y desabrida; con una voz del lenguaje animal, así como lloramos los adultos, y no se oye en su boca letra alguna, hasta que fortificado el órgano de su voz algun tanto, empieza á modular el aliento y jugar naturalmente de los sonidos de la *i*,*u*,*e*,*a*. La letra *o* no se oye en nuestros recien nacidos sino muy tarde, é ya en aquel tiempo son sospechosas sus articulaciones, quiero decir, se hallan ya en estado de imitar el sonido de los adultos. Por esta razon no admitimos como voces monogramas del hombre-niño sino las cuatro referidas, es á saber la *i*, *u*, *e*, *a*, de las cuales pasa á las poligramas. Es muy interesante la materia; tratémosla con alguna extension.

MONOGRAMAS DEL HOMBRE-NIÑO.

Las primeras voces que se dejan oir en el hombre-niño, como acabamos de decir, son las monogramas *a*, *e*, *i*, *u*. Si el hombre-niño es varon, su primera voz ha de ser la *a* y si es hembra la *e*. Una y otra letra se percibe en el primer llanto que se verifica inmediatamente que nacemos. Estas voces suenan en la garganta como el mismo llanto que las produce y pertenecen al lenguaje animal. Cuando nuestros recien-nacidos empiezan á jugar del órgano de la voz libremente, quiero decir, sin que concurra el llanto, son comunes dichas voces al

varon y á la hembra y estas se oyen en su tierna boca en el órden guiente: primera la *i*, segunda la *u*, tercera la *e*, cuarta la *a*. Este órden es muy natural. Todas las producciones empiezan en la naturaleza por lo más fácil, y paulatinamente van subiendo á lo difícultoso. La letra *i* es de más fácil pronunciacion que la *u*: esta ménos difícil que la *e*, y la *a* la más fuerte y robusta entre las cuatro vocales y por lo mismo la que exije mayor brio en la pronunciacion. Bajo de estos supuestos averigüemos si el primitivo idioma hizo uso de estas voces y cual fué este.

A.

A poco que queramos contemplar los primeros pasos de los idiomas, hallaremos que todas sus voces primitivas fueron de aquellas que los gramáticos llaman ordinariamente adjetivos, esto es, unos signos de ciertas cualidades. Era imposible de otra manera ponerse nombres á las cosas y acciones. No podian distinguirse los entes y las acciones sino por medio de los sentidos; y ninguna otra cosa podian percibir estos sino sus cualidades. Todo lo que ven nuestros ojos: todo lo que huelen nuestras narices: todo lo que oyen nuestros oidos: lo que gustan y palpan, el tacto y el gusto ha de ser necesariamente una cualidad. Es constante, pues, que las voces en su origen fueron unos signos de las cualidades, de los entes y de las acciones.

De esta verdad filosófica se deduce que toda voz en el primitivo idioma fué un efecto de los sentidos, quiero decir, de las ideas que estos comunicaron al alma; y que en seguida no podrá formar dicho idioma primitivo voz alguna por medio de las primeras articulaciones del hombre-niño, sino en virtud de la idea de su ruido comunicada al alma por el sentido del oido. No podemos dudar por lo mismo que cuantas voces pudiesen resultar de las expresadas primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño habian de ser onomatópicas. Bajo de estos supuestos ¿á quién hubiera nombrado el primitivo idioma con la voz *a* que es la primera que profiere el hombre-niño varon? No hay duda que debia nombrar al mismo que la proferia. Este es el método que constantemente ha observado el hombre en todas las generaciones: esta es la costumbre de todas las naciones: este el dictámen de todos los sábios: este, en fin, el constitutivo de la misma onomatopeya. Creyó por ejemplo oir el castellano en el canto de un animalito el sonido *gri*, llamó *grillo* á dicho animalito: oyó á otro *cuco*, llamóle *cuco*. Hubiera sido impropio llamar grillo al toro y al elefante cuco. Se deduce de aquí que el primitivo idioma ó no hizo uso de esta primera é inocente articulacion del hombre niño, ó si le hizo, hubo de nombrar con él al que la proferia. Es verdad que aun cuando nombrasen los primeros hombres con esta voz al proferente, no se puede inferir de ahí que entendiesen por ella al varon; porque habiendo na-

cido este el primero segun una probabilidad muy adaptable, no habia motivo todavia de distinguir sexos, porque estos solamente tuvieron lugar despues que nacieron las hembras; si acaso no nacieron dos gemelos macho y hembra en el primer parto.

E.

Si se verificó en el idioma primitivo la formacion de alguna palabra en la articulacion del hombre-niño varon aun en el caso de no haber representado dicha voz sino lo que significamos con la palabra castellana *criatura*, nacida que hubiese sido una hembra, ya no era adaptable esta significacion onomatópica, pues no era análoga á la expresada hembra. Como no se oia en su primer llanto la palabra *a*, sino la *e*, esta debia dar motivo á la formacion de la voz onomatópica que distinguiese á este sexo del masculino: de modo que el uno y el otro nombre hubieran sido muy legítimos, muy análagos, muy propios al signado que representaban, si el primer idioma hubiera hecho uso de ellos: y no puede menos de ser delicioso al sábio un idioma que distinga al varon y á la hembra por medio del primer fruto que produjeron sus débiles é inocentes lábios: lo que me hace creer que así lo hubo de ejecutar el primitivo. Véase el reconocimiento de las lenguas al fin de estos discursos y consúltese aquel lenguaje que es mirado en él como el primero que hablaron los hombres.

I. U.

Connaturalizado el hombre-niño con el ambiente, empiezan á oirse en su tierna boca ciertos sonidos proferidos naturalmente por medio de la respiracion. Estos sonidos son oscuros al principio: no son otra cosa que un ruido inarticulado: lo mismo que aquel que se observa en cualquiera otro viviente de aliento perceptible; pero tarda poco en jugar de las musculaciones orales y formar sonidos articulados. Los primeros de estos sonidos son la *i*, *u*, *e*, *a*, como llevamos dicho y justificado anteriormente. Sin embargo solo hablaremos de la *i* y de la *u*; pues la *a* y la *e* que se oyeron antes de esta época en la boca del hombre-niño se hallan aplicadas á la representacion del varon y de la hembra: la *a* á la del varon: la *e* á la de la hembra. Veamos ahora que uso hubo de hacer de la *i* y de la *u* el idioma primitivo.

Estos sonidos de la *i* y de la *u* fueron comunicados al entendimiento por medio del sentido del oido de la misma manera que los de la *a* y *e* y el primitivo idioma habia de jugar necesariamente de la onomatopeya para formar nombres de ellos. Tenian ya los suyos el varon y la hembra que los proferian con indiferencia, y si habian de aplicarse al proferente, era necesario hacer esta aplicacion bajo de otra diferente nocion. No era difícil el hallarla. La *i* y la *u* se oyen indiferentemente en el varon y en la hembra, y hé aquí un justo motivo

para la invencion ó aplicacion de estas voces al mismo que las profería; formando con ellas un nombre que fuese comun á ambos sexos é indicase lo que nos dan á entender las palabras *criatura* del castellano y *enfant* del francés. Así me hallo persuadido. Lo cierto es que las tales voces serian propias, análogas, naturalmente significativas de su signado, y muy correspondientes á una lengua perfecta. Pasemos al reconocimiento de las poligramas.

POLIGRAMAS DEL HOMBRE-NIÑO.

Despues de haber jugueteado el hombre-niño con las monogramas segun iba justificándose el órgano de su voz, entraria á proferir las voces poligramas, esto es, uniendo letra con letra y pronunciándolas silábicamente, quiero decir, en un solo aliento. Estas poligramas son de dos maneras, unas empiezan con vocal, otras con consonante. Son interesantes en el uso de los idiomas: hablemos de ellas con separacion.

POLIGRAMAS QUE EMPIEZAN CON VOCAL.

Las primeras poligramas que se oyen al hombre-niño son las que empiezan con vocal. Habituado este en las monogramas *a, e, i, u*, puede decirse que todas sus poligramas habian de empezar por una de estas cuatro vocales; sin embargo, la experiencia nos instruye de lo contrario. Todas las voces poligramas de esta especie que se oyen al hombre-niño empiezan con la vocal *a* y son ó monosílabas ó disílabas: las monosílabas son las siguientes: *Ait, At, Am, Ab. Aid, Ad.* Para que no nos confundamos, hablemos de estas monosílabas en primer lugar.

Ait.

La quinta voz que se deja oír en la boca del hombre-niño es *Ait.* Es tan general en esta tierna edad, que no hay nacion alguna en que no la profieran los recien nacidos. Con su frecuente repeticion se sincopa y suena muchas veces *At.* No tiene esta voz por sí misma, esto es, naturalmente, significacion alguna; pero muchas naciones la han adoptado para significar con ella al padre con muy poca mutacion. Los bascongados por padre dicen *Aita*: los godos *Attr*: los frisios *Haita*: los irlandeses *Athar*: los epirotas *Ate, Attí*: los albaneses *Aat*: los húngaros *Atja*: los yucatanos *Aibit.*

Si la lengua primitiva usó de esta voz, se valdria de la onomatopeya para aplicarle el correspondiente signado. No podria en nuestro caso aplicarla al proferente, pues era supérflua esta diligencia. Con la *a* impuso nombre al varon, con la *e* á la hembra, y con la *i* y *u* formó nombres comunes á uno y otro sexo pueril, esto es, dió á entender lo que el castellano con la voz *criatura*. Parece, pues, muy puesto en razon que de esta voz se use para dar á entender con él á la persona más allegada del proferente, esto es, del niño: y siendo esta el padre, podemos creer sin temeridad que el primitivo idioma llamó al padre *Aita* como las lenguas frisia y bascongada: *Atta* como los godos ó *Athar* como los irlandeses. Parecerán pueriles quizá á algunos filósofos estas observaciones; pero les haremos ver en el transcurso de esta obra que de ninguna de las maneras deben ser despreciadas. El *Ate*, *Atti* de los epirotas: el *Aat* de los albaneses: el *Atja* de los húngaros: el *Aibit* de los yucatanos, parecen corrupciones de la palabra radical *Ait*, *At*.

Estas voces radicales *Ait*, *At*, con la frecuente repeticion se anagraman en la boca del hombre niño y pasan á sonar *ta*, *tai*, *tat*, *tait*. De estas anagramas vinieron el *tata* de la lengua grantámica: el *tat* de la poconqui: el *tate* de la bilela: el *tataija* de la moja: el *taa* de la toba: el *tatli* de la mejicana: el *tei* de la otomita. Todas estas lenguas significan al padre respectivamente con estas voces. Sin embargo, no son filosóficas como formadas de unas radicales viciosas, y por lo mismo no pueden ser reputadas por palabras del idioma primitivo.

Am.

La sexta voz que se deja oir en la inocente boca del hombre-niño es la *Am*. Un idioma perfecto cual debe nos contemplar el primitivo siguiendo el órden que nos hemos propuesto, habia de aplicar esta voz á la significacion de madre, por ser esta la persona más allegada del proferente despues del padre, á quien puso nombre, como se ha dicho con la quinta voz, esto es, *Ait*, *At*. No tenemos una demostracion palpable para poder asegurar positivamente esta verdad: sin embargo, este órden natural que llevamos establecido, es muy propio, muy filosófico y muy conforme al uso de las onomatopeyas. A más de esto hallamos la radical *am* adoptada bajo de la misma significacion en las antiquisimas lenguas malabara, vascongada, china, barmana y egipcia. Los malabaros llaman *amma* á la madre: los bascongados *ama*: los chinos y barmanos *ame*: los egipcios *am*, *ama*.

Válense tambien de esta voz, aunque con ella significan padre los idiomas, tagalo, abac, manquiu, bisayo y tongus. Los tagalos, abac y manquius llaman *ama* al padre: los bisayos *amai* y *amahan* y los tonguses *amin*. Observamos á más que las lenguas orientales, hebrea, siriaca, caldea y árabe hacen uso de la misma radical *am* mu-

dada su *a* en *e*. Los hebreos llaman á la madre *em*: los caldeos *emme*; los siriacos *emo*, y los árabes *emo* y *em*.

El hombre-niño, por medio de la frecuente repeticion de esta radical, llega á anagramizarla y suena en sus lábios *ma*, que la duplican, haciéndola sonar *mama*. De aquí vienen las voces *ma* con que llaman á la madre las lenguas malaya y mobima: la *mama* de la quichua, quitena, betoi, balaca, púnico-maltesa: la *maa* de los indostanos: la *mae*, *matta mauli* de la canara: la *maitt* de la dálmata: la *matha* de la bohema: la *matka* de los polacos: la *masci* de la moscovita: la *nam* ó *man* de la valesa ó bretona: la *mathar* y *mathair* de la irlandesa y erse: la *madre* de la española y siciliana; la *mater* de la latina: *mame* de la epirota: *madér* de la bolonesa y veneciana: *mazer* de la persa; *mujr* de la armenia: *mare* de la piamontesa y *mate* de la lacial.

Del mismo orígen nos parecen las voces *mere*, *meder*, *mero*, *med*, *meme*, conque llaman á la madre los franceses, persas, provenzales, rusos y mojas. El mismo concepto tenemos formado de *moeder*, *moder*, *moer*, *mother*, que han adoptado para la misma significacion los islandeses, olandeses, flamencos, suecos, dinamarqueses é ingleses; como tambien de *mutter*, *muetter*, *muter* de los alemanes, suizos y valeses, y aun del *mama* conque los georgianos llaman al padre.

Todas estas observaciones nos han persuadido á que la primitiva lengua hizo uso de la radical *am* para representar la madre.

Aid.

Despues de la voz *am* se oye en la boca del hombre-niño la palabra *aid*, que sincopada suena muchas veces *ad*. Como los inmediatos allegados al proferente despues del padre y la madre son sus parientes, parece muy puesto en razon que con esta voz formase el idioma primitivo un nombre para dar á entender con él todo género de parientes de cualquiera grado que sean. Es verdad que en el reconocimiento que he hecho de los idiomas solo hallo una lengua que hace uso de esta radical para significar los parientes; pero felizmente es aquella en que he hallado reunidas todas las perfecciones que á un ver hubo de tener el idioma primitivo.

Ab.

Esta es la octava voz de las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño. Las personas á quienes debe mirar el hombre con mayor atencion despues de sus padres y parientes son aquellas que usan con él del mismo afecto y ministerios que ejercen sus propios padres y parientes. Parece por lo mismo muy arreglado que con esta voz ó radical se dé nombre á los lugartenientes de los expresados pa-

dres y parientes. Lo cierto es que un idioma que siguiese este bello órden, no podia menos de ser para los literatos una lengua placentera, una lengua filosófica: una lengua apreciable y digna de sus mayores atenciones. Yo hallo adoptada esta voz para dar á entender todo género de lugartenientes de padres en aquel idioma que he juzgado acreedor al título de primitivo, como se hará ver al fin de estos discursos en el reconocimiento de los idiomas. Veo tambien adoptada la voz *aba* entre los Cophtos, Sirios y Rtiopes para significar con ella á sus obispos.

Lo que de cierto sabemos es que varios idiomas han hecho uso de esta radical para dar nombre al padre. La lengua hebrea le llama *ab*, *abh* y *aba*: la Siriaca *abo abot*: la etiópica *abbi abbat*: la Arabe *ab aba*: la tunebi, caldea, turca, abisinia *abba*. Del mismo origen parecen mudada la *b* en *p* el *apa* de la barmana: el *appen* de la malabara: el *apphin* de la griega literaria. Sin embargo no tiene esta radical en este uso aquella filosofia que exije el órden con que profiere el hombre-niño sus primeras é inocentes articulaciones. Pasemos á reconocer las voces poligramas que empiezan con consonante; pues aunque parece que debiamos concluir antes con aquellas que empiezan con vocal, omitimos las disílabas de esta clase por ser estas las que últimamente profiere el hombre-niño; quien despues de las monosílabas de quienes acabamos de hablar, entra á articular otras igualmente monosílabas que empiezan con consonante.

POLIGRAMAS QUE EMPIEZAN CON CONSONANTE.

Despues de haber formado el hombre-niño como más fáciles las monosílabas que empiezan con vocal, pasa á jugar de las que empiezan con consonante. Seis son estas monosílabas, es á saber, *ti*, *pa*, *ma*, *cha*, *chi*, *na*. Hablemos de cada una de estas voces con separacion.

Ti.

La primera monosílaba empezada con consonante que se deja oir en la tierna boca es la *ti*, que suena reduplicada las más veces. Siguiendo el órden que llevamos establecido, no podemos ménos de arrimarnos á creer que el idioma primitivo haria uso de esta voz por la onomatopeya, y habiendo ya impuesto nombres á todas aquellas personas más allegadas al proferente, pudieron tener los primeros hombres la natural ocurrencia de empezar á nombrar y distinguir los alimentos á quienes despues de sus padres debian los proferentes su existencia.

En efecto, veo realizada esta mi congetura en aquel idioma á quien

por el complemento de todas las perfecciones de su mecanismo doy el título de primitivo en el reconocimiento de los idiomas, á donde remito al lector.

Bajo de estos supuestos, siendo el primero de los alimentos del hombre y que destinó por tal la misma naturaleza el pecho ó la leche de las madres, parece muy razonable que la voz radical *ti* fuese destinada á formar el nombre con que se diese á entender este alimento, y tal es la acepcion en que la recibe mi lengua primitiva.

Esta voz, sin embargo de que á primera vista parece natural en el hombre-niño, no lo es á mi ver sino adquirida. La teta ó leche de las madres cae sobre la delicada lengua de los niños en pequeños glóbulos y con su delicado tacto ó choque no podrán ménos de formar alguna pequeña explosion que pasará al oido de los párvulos bajo del sonido de esta radical. A esta congetura me ha conducido el haber observado en los niños que profieren la voz *ti*, ó *titi* cuando se ven en necesidad ó quieren pedir de mamar. Pero sea lo que fuese, lo cierto es que esta voz es la primera de las monosílabas empezadas con consonante que naturalmente, esto es, sin que haga uso de la anagrama, profiere el hombre-niño. Consúltense, sin embargo, las voces *titilar*, *teta* y sus derivados, procurando investigar su órigen y quizá no se hallará su nacimiento sino en esta articulacion inocente del hombre-niño; pero ¿en qué nos detenemos? El mismo hecho de indicar el inocente niño sin otra instruccion que la de la naturaleza con la voz *ti* ó *titi* la teta ó leche de la madre es un motivo poderosísimo para que su uso se repute digno del más perfecto de los idiomas.

Pa.

La décima voz que se deja oir en las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño, es *pa*. Suena ordinariamente reduplicada, esto es, *papa*. Una continuada experiencia ha hecho ver á las naciones que esta inocente articulacion es comun á todos los niños de cualquiera país que sean. El hombre-niño no la profiere sino despues que entre á comer cosas glutinosas como pan mascado, sopas, etc. Al tiempo que mastica este manjar, queda apegado á los labios y encías del parvulito, y se ven ligados entre sí lábios con lábios y encías con encías. Forcejea el niño en separarlas, y resulta en el desplego la explosion *pa*. Queda impresa esta explosion por medio del oido en la reminiscencia del expresado niño, como tambien por medio del gusto el manjar que la causó. Acuérdase ostigado del hambre, y empieza á desear este manjar, y como no tiene otra idea de él sino que al tiempo que lo comió causó en él la referida explosion, comunica su necesidad por la misma voz ó explosion *pa*, que la repite con tanta mayor frecuencia, cuanto es más vivo el estímulo del hambre. Hé aquí el

natural orígen de la inocente articulacion *pa* ó *papa* de nuestros niños.

Ahora, pues, ¿no és esta voz muy propia, muy natural y muy digna del idioma primitivo? ¿No es muy propia, muy análoga para denotar el pan mascado, las sopas y otro cualquiera manjar preparado en la boca de las madres, y englutinado con su saliba? Mi lengua primitiva tiene documentos de haber hecho uso de esta voz para dar á entender todo género de masa comestible, aunque hoy solo se vale de ella en las deliciosas conversaciones con el hombre-niño. Mediten los filósofos la voz *panis* en la lengua latina, y el uso que hacen sus hijas de ella; contemplen igualmente la antiquísima voz de los españoles **Papas** y *popas*. Reconozcan su orígen y no le hallarán sino en esta inocente articulacion del hombre-niño.

Del mismo orígen viene el nombre de *pa* que dá al padre la lengua mobima: *pai* la portugusa y gallega: *papa* la cariba, mainas, omagua, tamanaca y taiti: *pater* la griega y la latina: *pader* la pérsica, bolonesa é islandesa: *patre* la castellana: *padra* la quiriri: *pe* la lule, china y maipure: *pita* la samscrutanica, guzarata, akar-nagaric, devanger y canarina: *pit* ó *pite* la marasta: *peder* la turca: *pare* la sarda y veneciana: *passen* la peguana: *ipapa* ó *ipagui* la chiquita: *pida* la singala: *poe* la genovesa: *pab* la retica: *patri* la siciliana: *patir* la barmana: *poater* la transilvana, etc.

El hombre-niño jugueteando con la voz *pa* muda la *p* en su afin *b* y tambien en *f* de donde tomaron el *baba* con igual ilegitimidad para significar al padre las lenguas caldea de basora, turca, tártara, madagascara, shildica, saliba, canarina: la *bap* la indostana, marasta y retica: la *babi* el idioma betoi: la *babu* el sardo: la *bo* el otenton: la *fader* el islandés, danés, inglés, anglo-sajon y succo: *fater* el francotentisco: el *fata* ó *faduar* el dalekarlico: el *fap* el mandingo: el *fabor* el orcadico: el *feer* el hindelopes, etc. Con igual ilegitimidad dieron el nombre de *papa* los griegos y latinos á los obispos y demás Prelados eclesiásticos y se llama hoy al Pontífice Romano: de modo que un filósofo reflexivo no puede dudar que el legitimo uso de la inocente articulacion *pa* ó *papa* del hombre-niño en un idioma perfecto ha de ser el significar con ella toda masa comestible, y que esta fué la práctica de los primeros hombres.

Ma.

Habituado el hombre-niño á tener asido el pezon de su madre con sus delicadas encías al tiempo de mamar y acostumbrado á masticar los primeros alimentos con dichas encias y tiernos dientes, no tiene idea alguna de la accion de sorber. Así es que cuando se le presenta un vaso de agua ú otro licor, le vemos que todo su conato pone en agarrar con sus encías y dientecitos el tal vaso como si se le presen-

tase alguna cosa comestible. Las cuidadosas madres advirtiendo los inútiles esfuerzos de su hijo hacen que levantando el vaso, toque el licor sus delicados lábios. El niño sintiendo por el contacto la humedad que exigia su naturaleza, empieza á jugar de dichos lábios. Sacude el uno con el otro, los aprieta entre sí, y empieza á sorber, y como el aliento juega en todas sus operaciones, resulta la explosion ó el ruido de la *m* acompañado con el de la *a* propuesta y suena la silaba *ma*.

Este inocente niño que sorbió por medio de estas dificultosas operaciones algun tanto del licor que se le presentó, sintió apagada ó á lo ménos aliviada la sed que le habia mortificado. Quedó informado del modo de sorber, y el sonido que resultó en la explosion de sus lábios permaneció fijado en su reminiscencia. Esta es la razon por la cual los niños de cualquiera nacion que sean piden de beber por medio de la expresada silaba *ma* que la duplican ó reduplican segun la mayor ó menor mortificacion que les causa la sed. De aquí se infiere que esta voz es muy propia para indicar todo líquido y especialmente aquel que es más comun en el uso de los hombres, esto es, el agua, y me hallo vivamente persuadido que el primitivo idioma usaria de ella bajo de esta acepcion.

Lo cierto es que la lengua bilela llama *ma* al agua: *ma* y *mijo* la árabe literaria: *mama* la bascongada en el uso de los niños: *mai* la etiópica: *majo* la siriaca: *majan* la hebrea: *mase* la conghesa: *moja* la árabe egipciaca: *meni* la caldea de Basora: *moi* la sarracena, etc.; de modo que nos vemos obligados á creer que estas lenguas recibieron la expresada voz de la primitiva, ó que esta ha de ser una de las referidas, siempre que á más de esta perfeccion se halle adornada con todas las demás que exige el lenguaje de los primeros hombres, é iremos descubriendo en estos discursos.

Obsérvese de paso la impropiedad con que hacen uso de esta articulacion inocente del hombre-niño las lenguas que la aplican á la significacion de madre y van anotadas en la radical *am*. Repárese igualmente la ilegitimidad de los signados de las voces *mamella* de los latinos, *mamar* del español y otras de igual naturaleza que se usan en otros idiomas, pues no tienen analogia alguna con los signados á que aplicó y aplica el hombre-niño esta radical é inocente articulacion, y podrán prevenirse los lectores para el reconocimiento de los idiomas y eleccion de aquel que fuese el primitivo ó tuviese mayor analogía con él.

Cha.

Llegando el hombre-niño al uso de la comida y ejercitado en la accion de mascar por medio de las papas ó masas glutinosas; despues de haberse hecho á sorber los líquidos, pasa á otros alimentos que

exigen mayor masticacion ó más fuerza de dientes y encías para formar la primera coccion de la boca como lo tiene dispuesto naturaleza. Las frutas más blandas y mejor sazonadas son por su acuosidad las que deben seguir á las *papas* y de que ordinariamente se valen las gentes rústicas, preparándolas primero, esto es, quitándolas el cútis, semilla, caja de esta y hueso en las que los tienen. El hombre-niño, cuando llega á esta disposicion, tiene ya sus dientecitos bastante corpulentos, pero separados unos de otros en tal conformidad que entre diente y diente forman un cierto intervalo. Al tiempo de masticar las frutas, el impulso de la lengua hace que su acuosidad salga de la boca al espacio que hay entre lábios siguientes, filtrándose por el intervalo ó resquicio que forman entre si unos dientes con otros. Esta filtracion en su indispensable movimiento hace que resulte una pequeña explosion que suena como en español la sílaba *cha* ó alguna de sus afines.

El hombre-niño, que percibe este sonido y no tiene otro nombre para significar la fruta cuando llega á desearla, se vale de él para pedirla, duplicándola más ó ménos cuanto sea mayor el deseo, y aunque es verdad que esta explosion puede verificarse en el estado en que la profiere el hombre-niño, comiendo otras cosas análogas á la acuosidad de las frutas, siendo estas las más óbvias en el mundo primitivo, me hallo persuadido que la voz *cha* ó *chacha* en aquella época era muy propia y muy adecuada para significar las frutas. Lo cierto es que mi lengua primitiva dá á ellas este nombre en tanto grado, que no tiene otro para indicarla.

Los castellanos aplican esta voz, y significan con ella en las conversaciones pueriles á la niñera, llamándola *chacha*, y *chacho* si es varon, si acaso estas dos voces no son abreviaturas de las palabras *muchacha*, *muchacho*. Bien conozco que no faltarán reparos á cuanto decimos, pero suplico á los literatos se sirvan suspender su juicio hasta que reunidas todas las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño, y consultando mi primitiva lengua al fin de estos discursos, reflexionen si aquel órden de ideas comunicadas por medio de estas articulaciones puede ó no ser un efecto de pura arbitrariedad y capricho, ó mejor un órden filosófico y una consecuencia nada equívoca de las observaciones puntuales hechas en el hombre-niño, que no pudo ménos de ser el objeto más placentero y contemplativo de los primeros padres de todas las generaciones.

Chi.

Despues de estos alimentos blandos y suaves entraria á comer el hombre-niño otros de más difícil masticacion, y que por su madurez ó por la masticacion hecha en la boca de la madre no hubiesen recibido la primera coccion. Los dientes del débil niño se hallarian en este

estado más unidos entre sí, y por consiguiente la filtracion de la acuosidad de los manjares saldria con más sutileza con el impulso de la lengua fuera de los dientes. Resultaria de esto que la explosion de la filtracion referida fuese más sutil que la anterior y sonase no ya *cha* sino *chi*, ú otra voz análoga ó afin á esta, y de que usaria el niño siempre que desease este alimento, doblándola segun la mayor ó menor ánsia que tuviese de él.

Por estas reflexiones me hallo persuadido que el primitivo idioma usaria de la voz *chi* ó *chichi* para dar á entender todo alimento que tuviese hebras que conglomerar ó amasar por medio de la masticacion como yerbas, carne, pescado, etc. Lo cierto es que mi lengua primitiva hace este uso, como se dirá en el reconocimiento de los idiomas al fin de estos discursos.

De este y el anterior capítulo se infiere la ilegitimidad con que los tonquineses aplicaron á la significacion de padre la voz *cha*: los araucanos la *chao*: los moquicos la *chin* y los japones la *chichi*: al mismo paso que nos persuade por la distancia en que se hablan estos idiomas y mi primitivo, que estas voces tuvieron orígen en la tierna boca del hombre-niño.

Na ó Ña.

La voz *na* ó *ña* es la décima cuarta que se deja oir en la tierna boca del hombre-niño. Es más que regular en el mundo primitivo el uso frecuente que se haria de las frutas de cáscara como nueces, avellanas, etc. Igualmente hemos de creer que los primeros padres darian al hijo ó hijos este género de frutas despues de las anteriores como las más difíciles á la masticacion. Es tambien cosa muy natural que las rompiesen en presencia de sus hijos ó al tiempo que querian darles á comer su carne. Ahora, pues, no podemos dudar que el niño oiria el ruido cuando se cascaban las nueces, avellanas, etc. Retendria en su memoria que despues de este ruido le dieron de comer cierto manjar separado de las cáscaras: con la hambre le representaría la reminiscencia esta comida, y como no sabia su nombre, se valdria de aquel ruido para pedir el expresado manjar, profiriendo la sílaba *na* ó *ña*.

Es constante que el hombre-niño la profiere por imitacion, y que ya desde esta época se hacen sospechosas sus articulaciones por lo que dejaremos este depósito del idioma primitivo, y pasaremos al segundo, esto es, á las interjecciones del adulto.

Sin embargo, no puedo ménos de advertir que mi idioma primitivo, como se verá al fin de estos discursos con la voz *naña* en las conversaciones pueriles dá á entender hoy mismo todo género de frutas de cáscara, como tambien que hallo otras tres voces en el hombre-

niño que no provienen de imitacion, sino que deben su origen al mismo que las profiere y son *ua*, *apa*, *aup*. Hablemos de ellas ántes de entrar en las interjecciones del adulto.

Ua.

Esta disilaba se oye en el hombre-niño cuando llora desmedidamente, y por lo mismo acatarrada su voz, suena duplicada, esto es, *uaua*, profiérela en todo tiempo, y la he oido con frecuencia al tiempo en que en el bautismo se echa el agua sobre su cabeza. Suena tambien *kua* y *gua*, cuando se esfuerza el llanto: lo que daria quizá motivo á los tibetanos para colocar la K como primera letra en su alfabeto.

La lengua inca ó peruana con la voz *uaua* significa lo que el castellano *criatura*, *chico* ó *chiquito*, aunque aplica esta voz á los montes que lo son. La usó tambien mi lengua primitiva como se justificará al fin de estos discursos por medio de ciertas cantinelas con que las madres hacen dormir á sus chiquitos, y por el uso que hicieron, sus poetas, se hará ver que con esta voz entendian tambien el sueño ó Morfeo.

Aup.

Despues que el hombre-niño come y bebe cuanto le presentan sus padres: despues que empieza á trepar y andar á gatas ó á cuatro piés es la época en que se deja oir en él la inocente articulacion *aup*. Esfuérzase el niño en quererse levantar: la pesadez de su cuerpo inclinado y sostenido sobre sus brazos y la debilidad del juego de sus piernas hace que sea costosísima esta operacion. La naturaleza por otra parte le impele á la accion y hace que ponga en ejecucion todos sus esfuerzos y su espíritu fatigado prorumpe en la voz *aup*. Levántase alguna vez esta inocente criatura, pero inmediatamente cae sobre sus asentaderas sin poder sostener el equilibrio.

Quedan impresos en su memoria así los esfuerzos que hizo para levantarse, como tambien la idea de la voz que profirió al tiempo de estas penosas operaciones, y así es que cuando quiere indicar despues de este lance el que le levanten del suelo ó le tomen en hombros, se vale de la voz *aup* ó abreviada *up*.

Por esta razon he llegado á persuadirme que el idioma primitivo usó de esta inocente articulacion en el mismo significado á que le aplicó el hombre-niño. Lo cierto es que es una produccion nada equívoca de la misma naturaleza, pues no es efecto de la imitacion, como que se profiere por estas inocentes criaturas en todos los idiomas, aunque sus adultos no hagan uso alguno de ella ni la reconozcamos en los muchos Diccionarios que tenemos en multiplicados lenguajes.

Es tambien constante, como se verá al fin de estos discursos, que la lengua que propongo como primitiva se vale de esta articulacion bajo de la predicha significacion no solamente con los niños, sino tambien con los adultos, formando con ella varios derivados. Véase el reconocimiento ó cotejo de los idiomas.

Apa.

La voz *apa*, *apas*, *ap* ó *apax* se oye al hombre-niño despues que entra á imitar los sonidos del adulto; sin embargo, no la aprende por imitacion: es una palabra que profiere por sí mismo, esto es, naturalmente. Verifícase este sonido despues de aquella época en que los parvulitos empiezan á andar á gatas. Impelidos de la naturaleza se esfuerzan estas inocentes criaturas en ponerse en pié: levanta los brazos y la cabeza, pero no teniendo suficiente fuerza para levantar la mole de su cuerpo por la debil elasticidad de las junturas de sus delicadas piernas, cae sobre las asentaderas. Al tiempo que se esfuerza para levantarse se oye en su tierna boca la voz *aup*, como queda anotado en el capítulo antecedente; y la *apa*, *ap*, *apas* ó *apax* profiere cuando no pudiendo sostener el equilibrio cae, como acabamos de decir, y queda sentado.

Como el niño se fatiga sobremanera en estos esfuerzos, permanece un largo rato descansando sobre sus asentaderas. De aquí es que siempre que quiere indicar el descanso ó dar á entender que alguno se siente, usa de la expresada voz *apa*, *ap*, *apas* ó *apax*, de modo que esta articulacion inocente tiene su orígen, no en la arbitrariedad del hombre, sino en el instinto de la naturaleza, que instruye en ella á todos los hombres niños.

Es verdad que no la hallo en los idiomas con aquella frecuencia que exije su natural orígen; pero felizmente es abundantísimo su uso bajo de la significacion de descanso, sosiego, complacencia y asiento en aquel idioma que presentaré como primitivo y en que podrá hacerse cargo el lector y admirar las bellezas de este perfecto lenguaje.

De todo lo dicho se deduce que el idioma primitivo hubo de recibir de este rico depósito diez y siete radicales para la formacion de sus voces, es á saber, *a*, *e*, *i*, *u*, *ait*, *am*, *aid*, *ab*, *ti*, *pa*, *ma*, *cha*, *chi*, *ña*, *na*, *aup* y *apa*. Pasemos á las incerjecciones del adulto.

INTERJECCIONES DEL ADULTO.

TERCER ORIGEN

DE LAS VOCES PRIMITIVAS.

Tampoco han dudado los filósofos que las interjecciones del adulto sean una porcion del lenguaje natural. Todos han confesado que no es la estudiada voz del hombre la que en ellas se oye, sino unas articulaciones innatas con que nos ha querido regalar la misma naturaleza. Ignoro, sin embargo, si algun literato ha empleado sus meditaciones con la debida atencion en el reconocimiento de este rico depósito para deducir de él la legitimidad ó ilegitimidad de los idiomas y fijar en parte la lengua que hubo de ser primitiva. Bien conozco que de todos los depósitos en que la sábia naturaleza ha querido almacenar los preciosos materiales del natural idioma, es este el más escaso; pero esto no puede escusar al filósofo del reconocimiento de él si quiere completar el plan del primitivo lenguaje. Hablaremos, pues, de este depósito y extraeremos de él los materiales que contiene para la formacion del idioma natural, exhibiéndolos á los literatos para su aprobacion y exámen.

Todos saben que el hombre hace uso de la interjeccion, y que su causa productora es la súbita y repentina admiracion; el dolor ya momentáneo é impensado, ya continuado y duradero: y últimamente el enfado y la irritacion igualmente súbita y repentina. Hé aquí las sensaciones que hacen proferir al hombre las voces á quienes llamamos interjecciones: sin embargo de esto se ha de tener mucho cuidado en no admitir como tales aquellas que inventadas por el hombre á sangre fria, pasan en las gramáticas y en el uso comun como palabras repentinas que hace proferir al hombre una súbita sensacion. Para proceder sin este abuso, solo hablaré de aquellas que generalmente son recibidas por tales, dando razon de cada una de ellas con separacion; dividiendo este tratado en dos capítulos, en el primero hablaré de las monogramas, en el segundo de las poligramas.

INTERJECCIONES MONOGRAMAS.

Tres solas son las interjecciones monogramas del hombre adulto, la *o*, la *i*, y la *a*: hablemos de ellas con separacion.

O.

Cuando el hombre se admira, profiere la interjeccion *o*. La naturaleza misma es quien le enseña proferirla. Las demás vocales son impropias para manifestar este natural efecto. Todo hombre al admirarse se eleva conocidamente con todas las partes de su cuerpo así exteriores como interiores: los ojos, y con ellos toda la cara se ponen mirando á lo alto: elévanse los brazos: el hombro se levanta: enderézanse los muslos y las piernas: se estira el tronco del cuerpo y empieza á sentirse en la máquina interior una conmocion natural que levanta en alto sus partes constitutivas. Corazon, hígado, bazo, en una palabra toda la máquina parece que se esfuerza en desquiciarse y volar por los aires. El aliento, queriendo seguir el movimiento de la máquina toda, se eleva á lo más alto de la boca y forma el sonido de la *o*. Sí; no lograría el aliento imitar á su Señor en los movimientos de admiracion sino por medio de la pronunciacion de esta letra, pues ella sola puede elevarla al paladar con la precipitacion que exije una interjeccion como esta. ¡Qué grandeza de movimientos innatos! ¡Qué campo de contemplaciones filosóficas! pero no salgamos de nuestro intento.

Esta prolacion natural de la letra o en las admiraciones nos dá á entender que el destino de ella en el uso de los idiomas es por naturaleza el significarnos cosas altas, elevadas y sublimes, como que en su contemplacion la hace proferir al hombre un impulso innato y constitucional. Esta consideracion no puede ménos de obligar al filósofo á la persuasion de que el idioma primitivo haría uso de la letra o bajo de esta acepcion, y con ella formaria sus voces valiéndose de ella en toda la extension de su mecanismo como de una articulacion oral destinada por naturaleza á este mismo ministerio y no sé yo qué salida podrán tener los antagonistas de la significacion natural de las letras en vista de estos avisos indubitables que nos hace de ella esta sábia maestra.

Por mi me hallo tanto más persuadido en esta natural significacion, cuanto con mayor claridad la veo practicada en el idioma que he juzgado presentar á los literatos como primitivo, en el cual se verá demostrativamente esta verdad por toda la extension de las voces en cuya estructura esencial entra la letra, cuya significacion se quiera averiguar.

I.

La segunda interjeccion monograma del hombre adulto es la letra *i*. Profiérela en los afectos ó sensaciones de opresion y sofocacion ó esfuerzos extraordinarios que hace y sean impulsivos. Obsérvese á un hombre oprimido de una carga ó peso que no pueden sostener ya sus hombros, y se reparará esta interjeccion. Es verdad que el uso ó el hábito que tenemos de proferir en nuestros apuros el nombre de los auxiliadores, fórmulas suplicatorias dirijidas á ellos y otras expresiones de quejidos, como *ay Dios! ay de mí: Jesús*, etc., hace que sustituyamos estas expresiones en los casos referidos á la interjeccion *i*; pero obrando el hombre sin el recurso de estas fórmulas en cualquiera nacion que sea, proferirá dicha interjeccion, lo que nos debe persuadir que esta es natural y aquellas son adquiridas.

Ultimamente pongamos atencion en el llanto del hombre, y observaremos que en él se percibe un sonido semejante á la interjeccion que nos ocupa: de modo que no podemos dudar que esta letra es una nota ó carácter de opresion, sofoco ó apretura de espíritu tan natural á todos nosotros que la proferimos sin otro impulso que el de nuestro instinto. Ahora pues ¿cómo es posible el persuadirnos á que los primeros hombres no harian uso de esta voz natural para indicar la opresion, sofocacion y apretura de espíritu y sus efectos? No: no tenian estos padres comunes en el mundo primitivo aquella copia de expresiones adquiridas que sustituyen hoy entre nosotros el lugar de esta admirable y natural interjeccion, cuando nos quejamos ó queremos dar á entender nuestros apuros, opresiones de espíritu y sus efectos.

Dedúcese de esto que la letra *i* como interjeccion del hombre adulto es muy apta para los ministerios que van referidos, y que naturaleza misma tuvo á bien destinar en el uso de las lenguas para este efecto, quiero decir, para que el hombre se valiese de ella y por su mediacion formase en el ejercicio de los idiomas cuantas voces tuviese á bien y fuesen necesarias para indicar aquellos signados que tuviesen analogía con su destino. Lo cierto es que una lengua que emplease ó hiciese uso de esta interjeccion bajo de la acepcion referida, no podria ménos de ser agradable á todo filósofo que contemplase los idiomas sin preocupacion.

A.

Así como la letra *o*, profiere tambien el hombre la *a* en las sensaciones de admiracion. Su diferencia consiste en que las admiraciones que producen á aquella, son deliciosas y placenteras, y esta es un

efecto del disgusto que sentimos en la contemplacion de ciertos acasos de dolor. Es verdad que el uso de los idiomas nos presenta expresiones en que hallamos trastornado este órden en la boca de los más sublimes ingenios. Oimos á un Ciceron el *O témpora! O mores!* Escuchamos frecuentemente á nuestros oradores los *O Dios!* cuando nos representan las mayores calamidades: sin embargo, un filósofo reflexivo no puede ménos de conocer que estas expresiones distan mucho de los avisos de la naturaleza. Reflexionemos un instante sobre esta importante materia.

Dos diferentes sensaciones causa la admiracion en nuestro espíritu: una nos abate y contrista: otra nos eleva y alegra. Cuando lo que extrañamos nos es útil y provechoso, se alegra, se deleita, se complace y se eleva en alguna manera nuestro espíritu: cuando lo que nos admira es doloroso, se abate, se entristece. Estas dos operaciones han de expresarse con diferentes anuncios por la naturaleza. Si lo que nos admira es delicioso, todos los miembros de nuestro cuerpo se ensanchan, se ahuecan, se elevan, y la voz que sigue los mismos movimientos hace que el instinto la forme en el embobedado del órgano de la voz, y no halla en él sino á la *o*. Si al contrario, lo que nos admira es desagradable, todos los miembros de nuestro cuerpo se abaten, se encogen, se achican y decaen conocidamente, y la voz siguiendo estos mismos pasos, es producida por el instinto con un sonido abatido y triste cual es el de la *a*.

Obsérvense estas dos especies de admiracion. Déjese obrar á la misma naturaleza: despreocupémonos de toda expresion adquirida, y conoceremos con evidencia esta verdad. Ah! exclamará el hombre en el uso libre de la naturaleza al admirar una accion triste y dolorosa, que al mismo paso es extraña en el órden natural. Usará de la O, siempre que lo que extraña es delicioso y placentero. Si ve el infeliz estado de un consocio y al cual le ha arrastrado su viciosa conducta ó el ódio de sus hermanos, se contrista de su suerte, y prorumpirá en las expresiones siguientes: ¡Ah pobre hombre! ¡Ah desdichado! ú otras de esta naturaleza; pero no podrá acomodarse á trocar esta interjeccion con la *o*. Al contrario, si repentinamente repara una cosa no esperada, pero deliciosa y agradable, seguro está que no usará de la interjeccion *a*, sino de la *o*. La materia es delicada. Estamos llenos de preocupaciones: el hábito facilita el uso de las interjecciones estudiadas y se hace preciso que el filósofo se conduzca con el mayor miramiento en estos experimentos.

Para nosotros es una cosa averiguada esta verdad, y no podemos ménos de persuadirnos que lo mismo sucederá con aquellos mismos que hoy se hallan más empeñados en oponerse á la significacion natural de las letras como mediten con atencion los pasos de la naturaleza, y procuren distinguir las voces naturales de aquellos que son adquiridas, y nos lisongeamos que despues de estas juiciosas me lita-

ciones llegarán á confesar que los primeros hombres hicieron uso de las admiraciones *o* y *a* bajo de las acepciones que van referidas, y que bajo de ellas formarian los signos con que querian indicar todas las voces que tuviesen analogía con las expresadas acepciones, como lo hace el idioma vascongado.

INTERJECCIONES POLIGRAMAS.

Innumerables son las interjecciones poligramas de que hace uso el hombre adulto. Parece que las naciones se han empeñado en adoptar cada cual las suyas y oscurecer por este medio las importantes instrucciones que naturaleza nos dejó en ellas para el uso de los idiomas. Sin embargo, procuraremos investigar las que son producciones naturales, y distinguirlas de aquellas que ha introducido el hombre por su antojo y humorada, y para esto hablaremos de cada una de ellas en particular.

Ai.

Esta es una de las interjecciones poligramas que profiere el hombre impelido por la fuerza de su misma naturaleza. Oyese en él cuando se vé afligido por un dolor largo y continuado. En su prolacion se observa cierta decadencia de voz: se muestra amortiguado el espíritu y el cuerpo material se abate, se encorva é inclina como que no puede resistir el grave peso de su dolencia. Estos efectos que se dejan ver al tiempo que nos quejamos con esa interjeccion, son unos avisos claros y evidentes con que la misma naturaleza nos quiere dar á entender que usemos de dicha voz para denotar con ella el abatimiento, decadencia, inclinacion y demás signados análogos á estos, distinguiéndolos entre sí por medio de la adicion de aquella letra ó letras que mejor nos hagan ver la diferencia que hay entre ellos, por lo que nos hallamos persuadidos á que el primitivo idioma haria uso de esta interjeccion bajo de la acepcion referida.

En efecto, no hay cosa más óbvia entre nosotros que el indicar las acciones por la misma voz que oimos al que las ejecuta, y este es el orígen de nuestras onomatopeyas en los casos en que dicho proferente tiene ya un nombre conocido. y sino, contémplense las conversaciones que tenemos con los mudos, y se hará palpable esta verdad. Veremos en ellas que no podemos ménos de usar de este impulso natural. Bien conocemos que el mudo es incapaz de oirnos, y con todo esto no está en nuestras manos el dejar de usar á más de los gestos ó mimos de aquellas voces ó sonidos que el mismo mudo acostumbra proferir cuando quiere darnos á entender aquellas cosas que hacen el

objeto de nuestra comunicacion. Es visto, pues, que es natural al hombre el expresar las acciones por medio de la voz ó sonido que se oye al proferente al tiempo que las ejecuta.

Dedúcese de aquí que aquel idioma que haga uso del diptongo *ai*, y forme de él como de radical las voces que indiquen abatimiento, decadencia y otros signados de esta naturaleza, á más de que será delicioso á todo filósofo, cumplirá exactamente con los avisos de la naturaleza, y se hallará revestido en esta parte de cuanto necesite para apropiarse el título de primitiva.

Oi.

La segunda interjeccion del hombre adulto es *oi*. Profiérela en las sensaciones de un dolor vivo, súbito y repentino. Al proferirla nos elevamos con todo el cuerpo rectamente, pero con una precipitacion extraordinaria, lo que distingue á esta de la interjeccion admirativa *o*, en cuya prolacion, aunque nos elevamos con todo el cuerpo, es paulatinamente y como pasmados y aturdidos cuando en aquella damos un salto repentino y súbito.

En esta interjeccion hallará el filósofo meditativo dos diferentes acciones: una de elevacion y otra de ereccion, quiero decir, verá que el hombre al tiempo de proferirla salta hácia arriba, y se erige despues y se pone recto y como en punta. Estas dos acciones harán que les sea placentera la voz ó voces formadas de esta interjeccion y cuyo signado fuese alto y recto ó lineal: pues á más de hallar su analogía en las acciones que ejecutamos al tiempo de proferirla, verá tambien que la tenian con las modulaciones ó acciones orales con que pronunciamos las letras *o*, *i*, como se dirá en su lugar.

No sé yo si cuanto se dice de la interjeccion *oi* tendrá á primera vista aceptacion de los literatos; sin embargo, no puedo persuadirme á dudar que se arrimen á mi modo de pensar despues que mediten con reflexion el uso constante y universal que hace de esta acepcion el idioma, que presento como primitivo en todas las voces, en cuya composicion entra como radical: por lo que les suplicamos no cierren su concepto hasta reconocer al fin de estos discursos el referido lenguaje.

Ca. Que.

Es cosa observada que el hombre dá á entender su desprecio ó su desaprobacion por las interjecciones *ca* y *que*, como tambien que la última se sincopa muchas veces y suena *e* larga, esto es, que se profiere en el espacio de dos ó tres tiempos, quiero decir, como dos ó tres *ec*. De aquí es que en ellas nos provee naturaleza de dos radicales muy aptas y acomodadas para formar todas las voces que sean nece-

sarias para indicar el desprecio, la indignacion ú otros signados análogos á estos.

Es verdad que se oyen en el uso de los idiomas otras interjecciones para este efecto; pero la universalidad con que profiere el hombre en estos casos la *ca* y la *que*, nos persuade que estas son las únicas destinadas por naturaleza para indicar el desprecio y la desaprobacion.

Ia.

Cuando el hombre quiere animar á otros á alguna accion, prorumpe naturalmente en la interjeccion *ia*. Suena muchas veces *eia*, *ea* é *iza*, por lo que es apta para indicar el ruego cuando las acciones que se desean son en beneficio del que la profiere, y la misma accion cuya diversion se busca ó cuya victoria se desea. Cuando nos dirigimos á Dios, á los Santos ó á las personas poderosas de quienes podemos esperar el logro de nuestros deseos, prorumpimos en esta interjeccion. Lo mismo sucede cuando queremos animar á alguno á esta ó la otra empresa, como á los soldados á la pelea, á los perros á la lucha, etc.

No hay entre las interjecciones del hombre otra que sea más confusa: quiero decir, no hay interjeccion que con mayor variedad se oiga al hombre que aquella con que acostumbramos animar ó incitar á alguno á esta ó la otra accion. Cada una de las naciones usa de su particular y privativo modo de insinuarse; pero si contemplamos con reflexion el apuro con que formamos nuestras súplicas y la vivacidad con que queremos empeñar en la accion á los que azuzamos ó incitamos á la pelea ó contienda, no hay duda que nos agradará más que todas la interjeccion *ia*. No sé yo de qué letra podemos usar que sea más análoga para expresar el apuro que de la *i*. Yo á lo ménos hallo en la voz disílaba *ia* una expresion viva, una cierta indicacion demostrativa que sale de lo más íntimo del corazon. Veo que el hombre anhela con la mayor impaciencia el logro de sus deseos en las súplicas en que la profiere: que desea con ella dar una muestra de su apuro al que puede aliviar su necesidad. De la misma manera que observo que cuando excita á las contiendas profiere esta interjeccion en el mayor conflicto de los que pelean: en una palabra, hallo en su prolacion un vivo interés, un conato el más eficaz, un apuro de los mayores, una especie de sofocacion entre la esperanza y el miedo, un hipar continuado de lograr lo que se desea.

Ahora, pues, ¿con qué letra podemos expresar con más alma y naturalidad nuestros apuros que con la *i*? Y ¿qué letra puede ensanchar, puede aliviarnos más en la sofocacion que causa en nosotros la continuada repeticion de la *i* que la ancha y extendida *a*? No, no habrá filósofo meditativo que no prefiera la interjeccion *ia* á todas las que

profiere el hombre en los casos referidos, y que no asegure en seguida que esta hubo de ser una de las radicales de que resultó el idioma primitivo.

Pu.

Pua el hombre, si así podemos decir, cuando se vé atormentado por el ardiente dolor de alguna herida ó úlcera. Parece que naturaleza quiere mitigar á soplos el gran ardor que entónces nos aflige. Esta interjeccion se oye igualmente al hombre-niño que al adulto; pero sin embargo, hemos querido colocarla entre las naturales producciones del último, para que con mayor claridad se perciba su naturalidad. Es tan comun en el uso de los niños que las madres, cuando estos se quejan de algun dolorcillo, la profieren ellas mismas y soplan la parte doliente del niño, quien muestra quedar sosegado con esta simple operacion. Ellos mismos no usan de otra voz para denotar el dolor que de la interjeccion *pu*: muestran la herida ó parte dolorida, y desean que se le sople en ella. Se observa la misma interjeccion en el adulto. No bien es herido este y siente la picazon, cuando empieza á proferirla, especialmente si es de quemadura y se halla la parte herida en parte que pueda ser soplada, usamos de esta operacion, lo que no nos deja dudar que es una verdadera interjeccion.

Es necesario tener presentes las expresiones estudiadas que profiere el hombre adulto en estos casos para no confundirse. Muchas veces le oiremos en la quemazon de sus heridas el *ai*, *oi* y otras interjecciones y voces que anteriormente y en casos diferentes ha acostumbrado proferir; pero no nos engañemos. Estas expresiones no corresponden con el impulso de la naturaleza en las quemazones de las heridas y su ardiente dolor. En estas sensaciones, si obra el hombre sin los avisos de la reminiscencia, se oirá necesariamente la interjeccion *pu*, que algunas veces podrá mudarse en sus afines *bu* ó *fu*.

Bien conozco que no todos se conformarán con mi modo de pensar por la variedad de expresiones en que prorumpe el adulto en los casos referidos; pero á lo ménos no dejarán de observar mi interjeccion en el niño, que no tiene otra con que expresarse, si acaso no es el llanto. A más de esto la lengua primitiva que presento al fin de estos discursos nos dará una prueba nada equívoca de esta verdad en las voces que forma de esta interjeccion, y que son análogas á las sensaciones que van indicadas. Pueden tambien consultarse las voces con que las diferentes naciones indican la herida en las conversaciones pueriles. Ultimamente, parece que nuestro modo de pensar quedará justificado, si, como lo haremos ver, hace uso de la interjeccion *pu* bajo de la acepcion que la hemos dado, aquel idioma, que por ser perfecto en todo su mecanismo, nos hemos visto obligados á presentarlo bajo del título de primitivo.

Ux.

Cuando el hombre quiere auyentar de sí ó de algun paraje pájaros, cuadrúpedos y aun á sus mismos iguales siempre que haga uso de los impulsos naturales, se verá precisado á valerse de la interjeccion *ux* ó de una *u* prolongada. Observe el filósofo con atencion estos lances, especialmente cuando son ejecutados y dirijidos á los irracionales, y verá realizada la interjeccion que nos ocupa. Conocerá en ella una radical que voluntariamente nos presenta naturaleza para la formacion de voces en el uso del idioma y no podrá ménos de recibir una innata complacencia al hallar verificado este aviso en algun idioma cualquiera que él sea: de modo que no podrá resistir los impulsos naturales en llamarlo primitivo, siempre que no halle vicio que lo estorbe en el resto de su mecanismo.

Jo.

Si observamos atentamente al hombre en los ejercicios de golpeo, esto es, al tiempo que cava á azadon, golpea á acha, sacude á palo ó ejecuta otra cualquiera accion análoga á las referidas, oiremos al mismo tiempo en su aliento una voz ó sonido que equivale á la *jo* francesa, ó á la *fo* árabe y española equivocada alguna vez por la repeticion con las sílabas *go*, *ji*, *ja*, *je*, etc. Pero como es necesario consultar las primeras prolaciones ó sonidos que proferimos en los referidos ejercicios y solo oiremos en ellas las sílabas *jo* ó *fo*, nos vemos precisados á adoptarlas como primerizas interjecciones en el caso que nos ocupa.

La única dificultad que puede ofrecerse, es si un perfecto idioma ha de adoptar por radical de sus voces la *jo* francesa ó la *fo* árabe y española; pero esta dificultad es de muy poco momento. Tenemos dicho en el alfabeto que la *f* árabe y española es una letra del lenguaje animal como proferida en la garganta, órgano destinado por naturaleza á la formacion de este idioma, y que la *j* francesa corresponde al lenguaje racional como formada por su órgano la boca, y no es necesaria otra cosa para hacer ver que un lenguaje si ha de ser perfecto, debe valerse de la interjeccion *jo* á la francesa.

Lo.

El canto es y ha sido en todas las generaciones el medio mas proporcionado para reconcillar el sueño, y de él se valen y se han valido las madres para hacer dormir á sus hijos. Todo canto exije dos acciones diferentes, es á saber, golpeo y sonido, y así es que todo músico

al tiempo de cantar golpea ó con el pié ó con la mano, y lo mismo lo ejecuta cualquiera otro aunque no lo sea. De aquí se infiere que la accion oral debe seguir este impulso, y que el instinto ha de buscar en él letras, de las cuales la una sea golpeadora y cantora la otra: de lo contrario no podria ser dicha voz una produccion de la naturaleza sino un efecto de la voluntariedad y del antojo.

Estas reflexiones nos hacen creer que la primera sílaba ó letrilla con que el hombre empezó á cantar sería la interjeccion *lo*; pues en ella hallamos la *l* letra de golpeo, y la *o* única en todo el alfabeto á quien puede llamarse música. No podemos poner duda en primer lugar que la *l* sea letra golpeadora; pues así nos lo hará ver su pronunciacion. Tampoco podemos dudar que la vocal *o* es la única que sea musical por ser la sola en cuya pronunciacion atraemos el aliento ó lo retiramos sin que salga de los lábios, de la misma manera que sucede en el canto.

Za.

Esta interjeccion se oye al hombre adulto al tiempo que extruja ó aprensa alguna cosa ó exorta y persuade á otro para esta accion. Puede ser que esta interjeccion la aprenda el hombre en la onomatopeya, esto es, en aquel ruido que se observa al tiempo que espelen su humor las cosas aprensadas; pero sea lo que fuese, que el hombre la profiera por imitacion ó por un instinto natural, lo cierto es, que es análoga para formar por medio de ella aquellas voces cuyos signados digan relacion ó tengan analogía con la accion de estrujar ya por sus causas, ya por sus efectos y otras cosas de anexidad y conexidad con la tal accion.

Esta interjeccion es un avisado equívoco de la naturaleza. En él nos presenta un radical para que por su mediacion podamos formar cuantas voces nos fuesen necesarias para representar en el uso de las lenguas todos los signados que tuviesen analogía con aquella accion en cuya ejecucion usa el hombre de la expresada interjeccion. Esta consideracion nos persuade que el primitivo idioma emplearia esta voz, deduciendo de ella cuantos derivados le fuesen precisos en el uso del habla para signados análogos á ella. Lo cierto que no podrá disgustar al filósofo una lengua que valiéndose de la interjeccion *za*, se hubiese enriquecido poniendo nombres por su mediacion á cuantos objetos tuviesen analogía con la accion de estrujar: antes bien no tendrá reparo alguno en juzgarla primitiva siempre que la vea adornada por otra parte de aquellas perfecciones que son indispensables en un idioma completo: y siendo de esta naturaleza el lenguaje que presentaremos como tal al fin de estos discursos, creemos lo reconocerá, aun cuando á primera vista se presente á su entendi-

miento como cabilacion y sueño cuanto decimos acerca de la significacion de las letras, así como modulaciones del órgano de la voz: como tambien como inocentes articulaciones del hombre-niño é interjecciones del adulto.

Si los sábios se conducen con reflexion y paciencia en la lectura de estos discursos, esperamos que nuestros trabajos serán muy útiles á la literatura, no porque nos lisonjeamos de haber llegado á completar el plan que nos hemos propuesto, sino porque no podemos menos de persuadirnos de las mejoras que recibirá, siempre que el camino que hemos adoptado para la averiguacion del idioma primitivo sea del gusto de los literatos. Ellos se esforzarán por la grande utilidad que resulta á las letras del descubrimiento del habla de los primeros hombres en rectificar mis ideas, en pulirlas, en darlas todo aquel realce que necesitan para que sean comprendidas por todo género de literatos.

He querido exponer estas reflexiones en este lugar, y despues de haber hablado de los fundamentos sobre los cuales pretendo fundar toda la máquina de la perfeccion de los idiomas para que los filósofos tengan la bondad de pasar á ver practicadas en mi idioma primitivo al fin de estos discursos cuantas lecciones ha querido depositarnos naturaleza en los tres referidos depósitos para la formacion del habla; pues las que nos dará en la onomatopeya que sigue inmediatamente, son tan conocidas y practicadas por todos los idiomas, que no hay necesidad de que confirmemos con documento alguno su realidad.

ONOMATOPEYA

ó

ruido que meten las cosas inanimadas cuando son movidas, y las animadas en sus articulaciones.

CUARTO ORIGEN

DE LAS VOCES PRIMITIVAS.

Desde la más remota antigüedad reconocieron los filósofos en la onomatopeya ó ruido que hacen las cosas inanimadas cuando son movidas y las animadas en sus gritos ó voces un orígen natural de los idiomas, pero incompleto y que solo puede contribuir una pequeña porcion de materiales para el gran edificio del habla. Sin embargo esta confesion es una prueba nada equívoca de que naturaleza nos proveyó de cuanto era necesario para formar un idioma natural; pues es constante que esta sábia maestra poderosa en medios para conseguir los fines que se propone, no dejaria de presentarnos otros depósitos parciales en que pudiésemos hallar lo que echásemos de ménos en la onomatopeya.

Esta reflexion consolida nuestras aserciones acerca de los tres orígenes que acabamos de establecer para la formacion de cuantas voces son necesarias en un idioma perfecto y creemos que con extendernos algun tanto en el cuarto que nos ocupa, habremos fijado los cimientos sólidos, sobre que hubo de levantarse la gran fábrica del idioma primitivo. Pongamos de manifiesto el acopio de voces que proporcionaba al lenguaje de los primeros hombres este cuarto orígen.

En todos tiempos ha tenido el hombre objetos más ó ménos interesantes que no ha podido mirarlos con la misma atencion. Sus miras en ellos han crecido á medida del interés que le presentaban. Los

unos le eran más necesarios y útiles que los otros, y esto haria que pusiese más atencion en los primeros que en los segundos. Este modo con que se ha conducido nuestro linage desde su primera existencia, nos hace ver que los primeros hombres formarian las voces de su idioma sin que perdiesen de vista esta diferencia de objetos: que los más interesantes habian de recibir sus nombres por medio de las propiedades más notables que los constituyan, y que la onomatopeya ó el ruido de las cosas solo serviría para indicar los signados de menor interés en la sociedad.

Así parece que nos quiere indicar el uso general de los idiomas. En todos ellos observamos que las voces onomatópicas nos representan ordinariamente signados del menor interés y uso en la frecuente comunicacion de la sociedad, y así es que vemos aplicados estos nombres en primer lugar á quellos animales de ningun uso entre los hombres como *cucos*, *grillos*, *grajos* etc., y á aquellas cosas inanimadas ó acciones de igual naturaleza.

Sin embargo de esto no dejan de ser innumerables las voces que forman los idiomas por medio de la onomatopeya, como lo puede averiguar cualquiera que quiera reconocer con algun cuidado los idiomas.

Esta formacion de voces onomatópicas, consiste en imitar el ruido que hacen las cosas inanimadas cuando son movidas, ó las articulaciones ó sonidos que profieren las animadas, y parece que debe ser libre á los hombres dicha formacion y que en ella no debe observarse regla alguna acerca de la legitimidad ó ilegitimidad silábica. Sin embargo nos hallamos persuadidos que las voces onomatópicas han de ser reputadas más ó ménos perfectas, cuando son más ó ménos análogas al idioma racional, esto es, que se hallen formadas con una union silábica que no tenga vicio alguno de los que quedan anotados en su lugar y que las sílabas sean de igual legitimidad, quiero decir, formadas por medio de una de las tres combinaciones de una consonante antepuesta á una vocal ó diptongo: de un diptongo ó vocal antepuesta á una consonante, ó de una consonante antepuesta y otra pospuesta a la vocal ó diptongo, por ser estas como queda dicho en su lugar las únicas combinaciones silábicas que han de reputarse por legítimas.

Es copiosísimo este depósito y de él se han valido los idiomas para formar un número extraordinario de voces; pero no podemos dar otras reglas que las apuntadas arriba para la formacion de ellas prescribiendo las voces elementales que han de ser el fundamento de esta formacion, así como se ha ejecutado en los tres depósitos anteriores, porque siendo incalculables los diferentes ruidos y sonidos que se dejan oir en los movimientos de las cosas inanimadas y articulaciones de las animadas, es imposible formar un catálogo completo de dichos ruidos.

Por esta razon solo exhibiremos las voces radicales que ha de tener un perfecto idioma, y que hubo de poner en práctica el lenguaje primitivo, las que resultan de los tres primeros depósitos, es á saber, de la modulacion del órgano de la voz: de las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño y de las interjecciones del adulto, que son las siguientes:

MODULACIONES DEL ÓRGANO DE LA VOZ.

A. B. C. Ch. D. E. F.
G. I. J. K. L. Ll. M.
N. Ñ. O. P. R. Rr. S.
Ss. T. Tz. Ts. U. X. Z.

INOCENTES ARTICULACIONES DEL HOMBRE-NIÑO.

A. E. I. U. Ait. Am. Aid.
Ab. Ti. Pa. Ma. Cha. Chi. Ña.
Ua. Aup. Apa.

INTERJECCIONES DEL ADULTO

O. I. A. Ai. Oi.
Ka. Ke. Ya. Pu. Ux.
Jo. Lo. Za.

De modo que todas las radicales correspondientes á un idioma perfecto no pueden ser sino cincuenta y ocho: veinte y ocho que provienen de la modulacion del órgano de la voz: diez y siete de las inocentes articulaciones del hombre-niño y trece de las interjecciones del adulto; las cuales pueden reducirse al número de cincuenta y uno por hallarse dobladas algunas de ellas y colocadas en diferentes depósitos, como por ejemplo la *a* que recibe su significacion de la misma naturaleza, no solamente como modulacion del órgano de la voz sino tambien como inocente articulacion del hombre-niño é interjeccion del adulto.

No disgustará á los lectores el que les presentemos á un golpe de vista y por su órden alfabético las cincuenta y un radicales con sus respectivas significaciones naturales, en que no tenemos reparo. Hé aquí su catálogo.

RADICALES DEL IDIOMA PRIMITIVO.

RADICALES.		SIGNIFICACION.
A.....	Modulacion.....	Cosas extendidas, fuertes y robustas.
	Articulacion ...	Sexo masculino.
	Interjeccion....	Cosas extrañas y dolorosas.
Ab.....	.....	Padre.
Ai.....	.....	Decadencia, caimiento y otras análogas.
Aid.....	.....	Parientes de cualquier grado.
Ait.....	Articulaciones .	Padre.
Am.....	.....	Madre.
Apa....	.....	Descanso.
Aup....	.....	Accion de levantarse y otras cosas análogas.
B.....	.....	Cosas bajas.
C.....	Modulaciones ..	Cosas menudas ó desmenuzadas.
Ch.....	.....	Cosas pequeñas.
Cha....	.....	Frutas sin cáscara.
Chi.....	Articulaciones..	Carnes ó comestibles fibrosos.
D.....	Modulacion.....	Blando ó fácilmente movible.
E.....	Modulacion.....	Cosas suaves, delicadas, etc.
	Articulacion ...	Sexo femenino.
F.....	.....	Véase la B.
G.....	Modulaciones...	Cosas altas por su localidad.
I.....	Modulacion.....	Cosas sutiles, delicadas, lineales, penetrantes, etc.
	Articulacion....	Criatura.
	Interjeccion....	Sofocaciones, opresiones, etc.
Ia.....	Interjeccion....	Estímulos, incitaciones, etc.
J.....	Modulacion.....	Véase la I modulacion.
Jo.....	Interjeccion....	Golpeos de fuerza y otras cosas análogas
K.....	Modulacion.....	Véase la G.
Ka.....	.....	Desprecios y otras cosas análogas.
Ke.....	Interjecciones..	Idem.

RADICALES.		SIGNICACION.
L.....	.....	Apegos, adhesiones y otras cosas análogas
Ll.....	Modulaciones...	Idem.
Lo.....	Interjeccion....	Cánticos, sueños y otras cosas análogas.
M.....	Modulacion.....	Contusiones, abolladuras, encogimientos, etc.
Ma.....	Articulacion ...	Licores.
N.....	.....	Cosas planas, chatas y otras análogas.
Ñ.....	Modulaciones...	Idem.
Ña.....	Articulacion ...	Frutas de cáscara.
O.....	Modulacion	Cosas altas, elevadas, etc.
	Interjeccion....	Cosas admirables y sublimes.
Oi.....	Interjeccion....	Elevacion recta, perpendicular, etc.
P.....	Modulacion.....	Véase la B.
Pa.....	Articulacion ...	Pan y toda comida glutinosa.
Pu.....	Interjeccion....	Heridas y todo dolor.
R.....	.....	Cosas de temblor ó vibracion.
Rr.....	.....	Idem, y tambien ásperas, desagradables, etc.
S.....	Modulaciones...	Cosas rectas, pendientes.
Ss.....	.....	Idem.
T.....	.....	Véase la D.
Ti.....	Articulacion ...	Pecho ó la leche de las madres, y tambien la frecuencia.
Tz.....	.....	Abundancia.
Ts.....	Modulaciones	Idem.
U.....	Modulacion	Profundidades, huequedades y otras cosas análogas.
	Articulacion ...	Criatura y sus derivados.
Ua.....	Articulacion ...	Sueño, niño, etc.
Ux.....	Interjeccion....	Ahuyentamiento.

RADICALES.		SIGNIFICACION.
X.....	.....	Sutilidades ó cosas muy sutiles.
Z.....	Modulaciones..	Abundancia.
Za.....	Interjeccion....	Estrujamientos ó cosas análogas á la accion de estrujar.

Hé aquí los primeros elementos de un idioma perfecto. Hé aquí todas las radicales á que se deben reducir cuantas voces han de ser tenidas y estimadas por primitivas, esto es, de aquellas voces que fueron del lenguaje primitivo, ó se formaron despues siguiendo los pasos que naturaleza prescribió al hombre en ellas. Hé aquí, finalmente, aquellos elementos que se han de consultar para averiguar la perfeccion ó imperfeccion de las voces de un idioma, de las voces, quiero decir, que no son onomatópicas: pues estas, como anteriormente tenemos dicho, no están ligadas á esta radicalidad, pues no siendo otra cosa sino un remedo del ruido ó sonido que se percibe en el movimiento que se dá á las cosas inanimadas, ó en la articulacion, voz ó sonido que profieren las animadas, toda la belleza de ellas consiste en que imiten bien dicho ruido.

No extrañaré que muchísimos de los literatos miren á estas radicales y su significacion como un efecto de arbitrariedad, sin embargo de los sólidos fundamentos en que la llevamos apoyada. Creerán temeraria la pretension de poder reducir la innumerable multitud de voces necesarias para un perfecto idioma al corto número de cincuenta y un elementos; pero deben tener presente que todas estas voces han de hallarse formadas á lo más con veinte y ocho letras, deduciendo de aquí que si veinte y ocho elementos son suficientes para la extructura material de la inmensa multitud de las expresadas voces, no puede haber imposibilidad en que cincuenta y un radicales puedan darnos por su natural significacion la propiedad necesaria en ellas: á más de que es necesario tener presente que las voces onomatópicas, que son innumerables, no provienen de esta radicalidad.

Lo que debe ocupar á los literatos es únicamente el contemplar si la significacion que hemos dado á todas y cada una de estas radicales, es conforme á los avisos de la naturaleza, y si en la lengua que presentamos como primitiva se hallan ó no verificadas en todas sus voces las analogías necesarias, quiero decir, si unidas las significaciones de cada una de las radicales de que se componen, resulta ó no una definicion descriptiva de sus respectivos signados.

Si la cosa es así como lo pensamos, no podrán los filósofos ménos de condescender con nuestro sistema y gloriarse de haber llegado al

descubrimiento del idioma primitivo tan deseado en todos tiempos por la literatura; y cuando mi sistema no tuviese el debido complemento, á lo ménos podrá serles útil para adelantar en un asunto de tanta importancia, suplien lo con la rectificacion de ideas los defectos que tuviese.

Bajo de estas prevenciones, y ya que hemos establecido los primeros fundamentos radicales ó ele nentos de los idiomas, pasaremos á reconocer el ministerio de las voces que han de resultar de ellos para que un lenguaje sea perfecto. Establézcamos, pues, sus diferentes clases: averigüemos el origen de cada una de ellas, y hablemos de todas de un modo que evite la confusion y desarreglos que han reinado hasta ahora entre los gramáticos acerca de las partes constitutivas de un idioma ó del ministerio que ejercen las voces en los conceptos.

MINISTERIO DE LAS VOCES O PALABRAS.

Ninguna cosa ha sido más controvertida entre los filósofos gramáticos que la clasificacion de las voces. Han creido algunos que no ha de haber sino dos clases de palabras, una que comprenda las cosas, otra las acciones: otros han añadido á estas clases una tercera, en que incluian todo género de adiciones que era necesario hacer á las voces para indicar su diferente estado, titulándolas con el nombre de particulas; en fin, añadiendo clases sobre clases, han llegado los gramáticos á contar hasta ocho partes de la oracion ú ocho diferentes clases de voces.

No quiero entrar á descubrir los diferentes motivos que han tenido estos gramáticos para dividirse en tantas y tan diferentes opiniones. Reconoceré los destinos diferentes de las voces: consultaré la naturaleza de ellas, y segun me dictare esta sábia maestra, fijaré sus diferencias.

No podemos dudar, en primer lugar, que para el uso legítimo de un idioma son necesarias ciertas voces ó palabras por medio de las cuales demos á entender las cosas, y por lo mismo se ha de admitir en todo lenguaje una clase de voces destinada á este fin, y es la que ordinariamente llaman los gramáticos *nombres*.

Estas cosas ó nombres se hallan adornados con ciertas cualidades que les sirven de distintivo, y no siendo posible indicar todas ellas por medio de las radicales, como se dirá despues, fueron precisas aun en la lengua primitiva ciertas voces, que indicando dichas cualidades, informasen en la mútua comunicacion de la diferencia que distinguia las unas de las otras cosas. Los gramáticos llaman ordinariamente adjetivos á este género de voces. Sin embargo, nos parece

las viene mucho mejor el nombre de epitetos, como tambien se hará ver hablando de los nombres.

Como el hombre puede comunicar sus conceptos no solo acerca de otros, sino tambien de si mismo, de aquel á quien se dirije el habla, y de aquella ó aquellas cosas que se hallan á su vista, ¿no eran suficientes el nombre y el epiteto para este efecto. Bien podian tener sus nombres particulares los primeros hombres; pero con ellos no indicarian los conceptos que se querian aplicar á ellos mismos, á las personas á quienes se dirigian estos conceptos, ni aquellas cosas que se hallaban á su vista. Aunque yo me llamo Pablo, no es suficiente el uso de este nombre para dar á entender, por ejemplo, que yo que hablo soy el sujeto de la accion comunicada. Si digo *Pablo escribe*, ninguno me entenderá que soy yo el que escribo, sino un otro así llamado. Ha sido, pues, indispensable en los idiomas la invencion de ciertas voces que indiquen á aquel que habla, á aquel á quien se habla, y á aquel que se halla presente y de quien se habla. A esta clase llaman los gramáticos *pronombres*.

No era suficiente la invencion de nombres, epitetos y pronombres para la debida claridad en la mútua comunicacion de pensamientos. Eran necesarias á más de esto otras voces ó palabras que indicasen las relaciones así primarias como secundarias que estas cosas calificadas tenian entre sí ó respecto de la accion comunicada. Todos los idiomas reconocen, por lo mismo, dos diferentes clases de vocecitas ó particulas destinadas á estas funciones, á las cuales llaman los gramáticos declinacion ó artículo, y preposicion ó posposicion, segun lo exige el índole particular de ellos.

Tampoco podemos dudar de la necesidad de otro género de voces por medio de las cuales se trasmitan las ideas de las acciones de los entes: lo que nos precisa á admitir una quinta clase de voces conocida por los mismos gramáticos con el nombre de verbos.

Esta parte de la oracion, así como el nombre, puede ser calificada por medio de diferentes circunstancias en que se nos quiera comunicar. Su diferente inflexion, esto es, sus voces, modos, tiempos, personas y números, aunque nos dan á entender varias de estas cualidades, no son suficientes para informarnos en todas ellas, y ha sido precisa otra clase para este efecto, la cual es conocida en la literatura con el título de adverbios.

Muchas veces es indispensable que el hombre presente en la mútua comunicacion al verbo ejerciendo funciones de un verdadero sujeto o atributo: se hace preciso, por lo mismo, establecer otra clase de voces que llaman participios en todas las gramáticas.

Las interjecciones, como queda dicho, son unos elementos ó radicales de los idiomas: sin embargo, quiere el uso que sean tenidas y reputadas como una clase diferente de voces, y no hallando inconve-

niente alguno en dejar correr este modo de pensar, las contemplaremos como una parte de la oracion.

Ultimamente hallándose muchas veces el hombre en la necesidad de comunicar la union ó desunion que tienen entre sí las voces y conceptos, se ha formado entre los gramáticos una décima clase de voces conocida con el nombre de conjunciones.

Por estas razones todos los gramáticos han de colocar las voces ó palabras en diez diferentes clases bajo de las siguientes denominaciones.

Nombres.
Epitetos.
Pronombres.
Artículos.
Posposiciones.
Adverbios.
Verbos.
Participios.
Interjecciones.
Conjunciones.

Hablemos de cada una de estas clases por su órden.

NOMBRES.

Por nombres debian entenderse rigurosamente todas aquellas voces que en nuestros conceptos representan el sugeto de la idea comunicada; pues todas ellas nombran ó indican aquella cosa sobre quien recaen los atributos. En este caso habíamos de clasificar las voces de diferente manera: en la primera debíamos colocar todas aquellas que pudiesen ser sugetos de nuestros juicios: en la segunda las que ejerciesen la funcion de atributos: en la tercera las que uniesen entre sí á sugeto y atributo: en la cuarta aquellas que por sí solas fuesen una proposicion completa, y últimamente la de aquellas voces que en el uso de los idiomas sirven para unir ó desunir las ideas.

Esta clasificacion sería filosófica; pero á mi ver acarrearía mayores inconvenientes que la gramática. Bajo de la denominacion de sugetos del juicio ó concepto comunicado era preciso que comprendiésemos las diez clases gramaticales. Todas ellas son aptas para ejercer en nuestros conceptos el ministerio de sugetos. Del mismo modo que decimos *el hombre es racional* valiéndonos del nombre *hombre* por sugeto, podremos decir *el comer es cosa necesaria*, usando del verbo y for-

mando de él el sugeto á quien aplicamos el atributo, y sucedería lo mismo con todas las clases de voces que van expresadas.

Lo mismo sucedería respecto de los atributos. Nos veriamos por lo mismo obligados á usar de un método más confuso, ménos expresivo y espuesto á contínuas equivocaciones. Seguiremos, pues, la clasificacion gramatical de las voces y palabras, sin que por esto nos olvidemos de las obligaciones indispensables de un filósofo.

Por nombre entienden los gramáticos toda voz, por medio de la cual indicamos un ente ó una pura cualidad. Llámase nombre, porque nombra ó señala al ente ó cualidad de quien queremos decir alguna cosa. Los entes son una sustancia ya corpórea como *piedra*, *vaso*, ya incorpórea como *alma*, *angel*. Las cualidades son ciertos accidentes que para su existencia necesitan arrimarse ó estar adheridos á un ente ó sustancia. Por lo mismo nos hallamos persuadidos de que es necesario desviarnos de los gramáticos en la inteligencia que dan al sustantivo y adjetivo en que dividen el nombre. Por sustantivo hemos de entender toda voz destinada para representar una sustancia, sea corpórea ó incorpórea, y por adjetivo aquellas que dan á entender una pura cualidad. Bajo de estas advertencias hablaremos primero de los nombres substantivos y despues de los adjetivos.

NOMBRES SUSTANTIVOS.

Todos los nombres fueron adjetivos en su principio, quiero decir, todos los nombres indicaron en su orígen una cualidad. El hombre es y ha sido incapaz en todos tiempos de poder comprender las sustancias de las cosas. Todos sus conocimientos han provenido y provienen de los sentidos con que ha sido dotado, y estos no son capaces de percibir en las cosas sino sus cualidades. El ojo comunicará al alma el color, la cantidad con sus atributos, la distancia y el número de las cosas; pero no podrá trasmitirle la esencia constitucional de los entes. De la misma manera el tacto percibirá el calor, la frialdad, lo sólido, lo fluido, etc., y así de los demás sentidos, de modo que todo cuanto nos pueden comunicar nuestros sentidos acerca de los entes son sus cualidades extrinsecas.

Los primeros hombres se manejaron necesariamente de esta manera para imponer nombres á las cosas. Oyeron la voz de los entes y formaron voces onomatópicas imitando el sonido ó ruido que percibieron: les chocó la extension del ente que vieron ó hicieron uso de letras, cuya prolacion era extendida para ponerles nombre: admiraron la altura, y el instinto recurrió al órgano de la voz y halló expresiones análogas á la cualidad admirada para imponer nombre al ente calificado. No, no puede dudar un filósofo reflexivo que este hubiese

sido el medio único que tuvieron los primeros hombres para la imposicion de nombres y que estos no eran otra cosa sino unas voces análogas á las cualidades percibidas, y por consiguiente unas palabras que en su significacion literal hacian entónces la misma funcion en el concepto de los primeros hombres que la que hoy ejercen los atributos de nuestros conceptos.

Estas cualidades miradas con principalidad ó como lo más perceptible de los entes pasaron á ser nombres, quiero decir, á indicar no ya la cualidad que analoguizaban sino al mismo sugeto en quien hallaron la cualidad analoguizada, y hé aquí el orígen de los nombres.

Sin embargo de esto hemos de contemplar á estas voces como unos verdaderos sustantivos, esto es, como unas palabras que la antonomasia ha hecho que pasen de la significacion comun y general á muchos entes á que signifiquen una sola especie ó un solo individuo, deduciéndose de aquí que aquel idioma cuyos nombres fuesen expresivos de cualidades principales ó más óbvias á los sentidos y más conformes á los entes que significan, será más acreedor al título de primitivo cuyos nombres como llevamos dicho, hubieron de ser necesariamente un dibujo ó pintura de cualidades.

Estos nombres sustantivos, unos dan á entender la especie, otros el individuo: á los primeros llaman los gramáticos nombres apelativos, á los segundos nombres propios. Esta division es muy necesaria en el uso de los idiomas y tan antigua como el habla. Los primeros hombres no pudieron ménos de conocerla, y se hace preciso el hablar de ella y sus miembros.

NOMBRES SUSTANTIVOS PROPIOS.

Los primeros nombres que usó el idioma primitivo, fueron propios, quiero decir, se inventaron para dar á entender un ente cierto y determinado, v. g., un monte particular, un determinado árbol, un objeto singular. El hombre habia de expresar en individuo al sugeto, cuya cualidad comunicaron á su alma los sentidos. Veria por primera vez un monte, un pájaro, una pradera, etc., chocaríale alguna cualidad percibida en estos objetos, y formaria las voces que fuesen más análogas para significarlos. Por estas voces ni él ni aquel á quien eran comunicadas, entenderian por entonces sino el ente singular que se indicaba con cada una de ellas. Si este ente era por ejemplo el monte *A*, este monte solo habia de ser su signado aun cuando se repitiese dicha voz dos, tres, ó más veces: de modo que no debe haber cosa más cierta para un filósofo que el que los primeros nombres no solamente fueron los que se llaman hoy por los gramáticos *adjetivos*, sino tambien que representarian un ente cierto y determinado, y serian por lo

mismo nombres propios. Volveremos á hablar de estos nombres en el capítulo siguiente.

NOMBRES SUSTANTIVOS APELATIVOS.

Los nombres apelativos tuvieron su origen en la uniformidad que hallaron los primeros hombres en los entes que iban descubriendo, con aquellos á quienes pusieron ya su nombre propio. V. g. vieron los primeros hombres un monte, pusiéronle nombre. Vieron un segundo, llamáronle lo mismo: Vieron un tercero, un cuarto, etc., y usaron de la misma voz para indicarlos. Hé aquí la voz que significaba al primer monte que vieron y era propio á él, haciendo funciones de apelativo, quiero decir, representando no solo al primer monte, sino tambien del segundo, tercero, cuarto, etc. De esta manera tuvieron origen los nombres apelativos, y se vió el hombre en la necesidad de inventar nuevas voces para indicar tal ó cual monte, tal ó cual hombre, tal ó cual piedra, etc. Estos nombres son los que hoy son llamados propios, esto es, aquellos nombres que nos indican los individuos de aquella especie á que se aplicaron los primeros nombres que fueron al mismo paso signos de cualidades y entes individuos. Cierto ejemplo nos hará percibir con más claridad esta verdad.

Supongamos que el primer objeto que admiró el hombre hubiese sido un monte. Supongamos tambien que su admiracion hubiese provenido de la elevacion que advirtieron los ojos en este ente. No hay duda que el instinto habia de formar para indicarlo una voz que fuese análoga á la cualidad admirada, así como no podemos dudar que el mismo instinto habia de poner en movimiento una accion corporal que fuese propia para denotar la elevacion de este monte. Levantaría por lo mismo sus manos á lo alto: dirigiría sus ojos á él, y toda la máquina de su cuerpo recibiría una conmocion en alta direccion. Ahora pues ¿cual habia de ser la voz que formaria este hombre para indicar el objeto comunicable? Su aliento habia de seguir los movimientos ó acciones de los miembros corporales. Se ensancharia como ellos: se elevaria á lo más alto de la boca: chocaria con el paladar y este choque necesariamente habia de formar una voz palatina; resultando de aquí que no podia ménos de ser esta voz una *o*, que es la sola vocal que puede formarse en el paladar y sonaría ó ella sola ó acompañada de la *g* ó *h*, únicas consonantes de esta parte del órgano de la voz.

Formada ya la *o* á quien suponemos como primer nombre que se dió por el hombre al monte entró en nuestro caso á ser signo de este ente, y el hombre se valdria de él siempre que quisiese dar á entender un monte, fuese el primero que vió, ú otro cualquiera que tuviese analogía con él en la cualidad admirada, y hé aquí la voz *o* propia y pecu-

liar en su primera institucion para significar al monte A primer objeto del hombre hecho un verdadero signo de todos los montes una voz impropia desde entónces para ejercer las funciones del hombre propio, y hé aquí tambien al mismo hombre constituido en la necesidad de hallar epitetos ó diferencias para distinguir los montes entre sí.

Esto mismo sucederia con todas las demás voces de que el hombre se valió para indicar los entes cualesquiera que ellos fuesen: de modo que aun al mismo hombre y á la misma mujer se impondrian nombres por las cualidades: serian estos nombres propios al principio cuando el objeto á quien se aplicaron era uno solo: pasarian despues á ser apelativos, y representar bajo de ellos todo ente que tuviese analogía con aquel á quien por primera vez se dió su nombre.

Hemos dado al parecer una nocion nada equívoca de los nombres apelativos y el orígen que estos tuvieron. Hemos hecho tambien ver la necesidad en que se vió el hombre de inventar por segunda los nombres propios. Veamos cómo se manejó en ellos.

Con el tránsito que hicieron los nombres primitivamente propios á ser apelaciones, llegaron á confundirse, y mejor á perderse enteramente los signos representativos de los entes individuos, y era necesario inventarlos para el uso de los idiomas. No es difícil el hallar orígen á estos nombres individuos, quiero decir, á los nombres que habian de correr como propios. La necesidad exigia cierta diferencia en los individuos de la especie que representaban ya las primeras voces, y otra segunda cualidad distinta de la anterior habia de agregarse para formar estos nombres. Si la altura dió motivo para el nombre comun á todos los montes, esta ó la otra cualidad diferente de cada uno de ellos los debia separar de la comunidad y hacerlos singulares. Volvamos á tomar por v. g. nuestra *o*, nombre que adoptamos para indicar todo género de montes elevados; establezcamos esta division, y constituyamos los nombres propios.

Supongamos que el monte A, á más de tener la cualidad de elevacion, tuviese la de terminar en punta. Hé aquí una diferencia que distinguia á este monte de los montes B, C, D, que no terminaban como él en punta. En este caso el instinto del hombre hallaria y adoptaria en el órgano de la voz un sonido que fuese análogo á la cualidad que hacia la distincion entre los montes A, y B, C, D. Esta analogía no podria hallarse sino en el sonido de la vocal *i*, única, como queda dicho, para representar analógicamente cosas sutiles, delicadas, penetrantes y puntuosas, y seria muy óbvia, muy análoga la voz *oi* para denotar al monte A. Pasemos algo más adelante.

La voz *oi*, nombre propio en nuestro caso, y signo que representaba determinadamente al monte A en su primera institucion, pasaria á ejercer las funciones de apelativo cuando el hombre llegase á conocer otros montes en quienes á más de verificarse la cualidad *altura*

se verificaba igualmente la de *terminar en punta*. Hé aquí otra especie diferente de montes, y la necesidad de hallar una nueva diferencia que, unida á las dos cualidades anteriores formase los signos individuos de esta especie de montes. Reconozcamos el modo con que se manejarian los primeros hombres para realizar esta diferencia.

Empezaria este hombre á observar las diferencias que distinguian entre sí los montes altos, que terminaban en punta, y eran llamados por él con el nombre apelativo *oi*. Veria, por ejemplo, que el monte A era ménos grande que los demás y adoptaria esta cualidad para diferenciarle de los demás. Era necesario en este caso buscar un signo análogo á la expresada cualidad, un signo diminutivo. El instinto, sábio en sus operaciones, se valdria de un sonido que fuese propio y lo hallaria entre las letras, y no sé yo si en ellas podria dar con una que fuese más análoga que la *ñ*. Añadiria esta letra á la voz *oi*, con que representaba anteriormente todos los montes elevados que terminaban en punta, y resultaria el nombre *oiñ* propio por entónces á significar el expresado monte A tan solamente.

Esta voz *oiñ* pasaria á ser nombre apelativo despues que se llegase al conocimiento de otros en quienes se verificaban las tres cualidades indicadas por las letras *o*, *i*, *ñ*, y hé aquí aun otra vez confundido el signado particular de la voz *oiñ*, y una nueva necesidad de otra cualidad para individualizar estos montes. Vuelve la atencion el hombre al monte A: repara que es más extendido ó ancho que todos los demás comprendidos bajo del expresado nombre *oiñ*. Busca el instinto un sonido análogo y acomodado para significar la extension, y hállala en la letra *a*. Añade esta letra al nombre apelativo *oiñ*, y pasa este á sonar *oiña*, y á significar particular y privativamente a monte A. Pasemos aun más adelante.

Estas cuatro cualidades pueden hallarse en varios montes, y la voz *oiña* pasar á ser apelativa significando indeterminadamente todos y cada uno de estos montes. Hé aquí aun otra vez la necesidad de una nueva diferencia para individualizarlos. Hállala el hombre en la mucha extension. Recurre el instinto al órgano de la voz, y dá en él con alguna de las letras dobles, v. g., con la *z*, y forma la voz *oiñaz*, aplicándola á aquel monte particular en quien advirtió por primera vez la abundancia de extension que le distinguia de los demás montes.

Nos parece ser suficiente lo que hemos dicho para dar á entender al filósofo el modo con que se conducirian los primeros hombres para inventar las voces y dar nombre á los entes. Habrán reparado estos sábios que toda voz en su orígen ó fundacion fué destinada para significar una pura cualidad: que esta cualidad fué el primer signo ó nombre que tuvieron las cosas: que este nombre fué propio y denotaba un cierto particular y determinado objeto singular. Habrán observado igualmente que añadiendo diferencias á diferencias se formaron

los nombres individuos, llegando los hombres á arrimarse de dia en dia, á singularizar más y más los entes individuos.

No habrá dejado de reparar el literato que la mayor belleza de las voces y el carácter que más derecho las dá á ser primitivas, es el que todas sus letras indiquen una cualidad distinta ó por sí misma ó por el órden en que se presentó al hombre, como sucede cuando en las voces primitivas se nos presentan dos letras de un mismo sonido, esto es, dos *aa*, dos *bb*, etc. De la misma manera habrá reparado que la primera letra de las voces primitivas pasó por la antonomasia á significar un ente particular: que despues esta misma letra significó todos los entes en quienes concurria la cualidad indicada por dicha letra, formando todos los expresados entes una clase á la cual los filósofos llaman especie: que esta clase general se dividió en dos por la segunda letra, y á causa de la cualidad que indicaba esta letra: que á estas dos clases de entes dividió la tercera letra en otras dos clases diferentes, formando cuatro distintas de aquella que no fué sino una: que la cuarta letra duplicó el número de estas clases y formó ocho diferentes, y que estas ocho por la quinta letra llegaron á ser diez y seis, y así sucesivamente.

Por último, se habrán hecho cargo los sábios que este hubo de ser el modo que los primeros hombres tuvieron de formar nombres, uniendo al sujeto, que era la primera letra, el atributo que indicaba la segunda, formando un verdadero juicio, una idea compuesta: que estos dos letras formaron el sujeto para el segundo juicio, cuyo atributo fué una tercera letra: que con estas tres letras formaron otro sujeto, y aplicándole el atributo por una cuarta letra, resultó otro diferente juicio, otra idea compuesta de diferente sujeto y diferente atributo.

Observad, filósofos, y ved en práctica las ideas, los juicios, las proposiciones y todos aquellos elementos filosóficos que hoy se admiran analizados. Hé aquí la admirable alternativa de ideas simples y compuestas, de ideas unidas y descompuestas. Hé aquí al hombre filósofo desde el primer instante de su creacion. Prestadme atencion miéntras voy deshaciendo poco á poco y rasgando el oscuro velo con que se halla cubierto el gran portento, el inmenso archivo de conocimientos, esto es, los primores de la lengua primitiva, y pasemos á reconocer las demás partes constitutivas del lenguaje.

NOMBRES ADJETIVOS.

Toda palabra destinada á significar una pura cualidad, ó como dicen los filósofos una cualidad en abstracto, parece ha de ser llamada adjetivo, como lo tenemos indicado anteriormente. Sin embargo,

los gramáticos han dado en todos tiempos el nombre de adjetivos solamente á aquellas voces ó palabras por medio de las cuales significamos las cualidades concretas como *bueno, malo*; pero es bien claro que este género de voces no puede comprenderse en la clase de nombres, por no ser instituidas para nombrar las cosas sino para darnos á entender las cualidades inherentes al sujeto. Las palabras *bueno, malo*, no nombran las cualidades *bondad, maldad*, y no son nombres: son unas voces que apellidan ó distinguen á un nombre de otro nombre: voces, por lo mismo, que han de ser llamados epitetos. Por el contrario, nuestros adjetivos no clasifican los nombres: indican, señalan, nombran una cualidad independiente de todo sujeto: una cualidad que ella misma hace funciones de tal sujeto en nuestros conceptos: de modo que las palabras *bondad, maldad*, son real y verdaderamente unos nombres que significan, nombran é indican dos cualidades así llamadas: *bueno, malo*, no ejercen estas funciones: *bondad, maldad*, han de ser sujetos en nuestros conceptos: *bueno, malo*, atributos. Me ha parecido, pues, que bajo del nombre adjetivo solo deben entenderse los abstractos, y que los concretos han de llamarse epitetos. Así lo haremos, y supuesta esta advertencia, investiguemos el orígen de estos nombres adjetivos.

Los primeros nombres, esto es, las primeras voces ó sonidos con que el hombre quiso dar á entender los entes, significaban, como queda dicho, una cualidad, una cosa sujeta á los sentidos: una cosa que chocó ó atrajo la atencion de la vista, del oido, del olfato, del tacto ó del gusto: una cosa, en fin, que no pudo ménos de ser cualidad, y por consiguiente era una voz propia para servir de atributo, y formar el epiteto de los sujetos de los conceptos.

Esta verdad presenta otra no ménos evidente, quiero decir, nos hace ver que los nombres adjetivos, esto es, aquellos nombres que nos informan de las puras cualidades, no podian ménos de ser derivadas á sus principios. Las voces primitivas, no siendo otra cosa que una cualidad ó dos, tres, cuatro ó cinco unidas entre sí, no habia arbitrio para indicar con ellas sino aquellos objetos que en su prolacion habian querido ser indicados por el hombre, y estos fueron unas sustancias, como queda dicho anteriormente. Era indispensable para la claridad de los conceptos el que hubiese signos de distincion entre las sustancias y las cualidades. Estas prestaron sus nombres á aquellas: se hallaban destituidas de signos que las representasen, y no habia arbitrio de inventarlas sino por medio de la derivacion.

Es verdad que en los idiomas hallamos voces al parecer primitivas que se hallan destinadas para significar puras cualidades como color, favor, dolor, alegría, etc.; pero si las reconocemos atentamente, no podremos ménos de confesar que todas ellas son derivadas; veremos que son unos verdaderos abstractos. Hallaremos, por ejemplo, que la voz primitiva de favor es el verbo *faveo, es*: de dolor *doleo, es*;

de color *qualeo, es.* Repararemos que las voces *favor, dolor* y *color*, tienen por terminacion la sílaba *or* adoptada por las lenguas latina y castellana para formar nombres abstractos, como se vé en *doctor, lector, redentor*, etc. Observaremos que la voz *favor* denota una cualidad accionaria, quiero decir, una cualidad abstracta que proviene de una palabra primitiva que ha de ser verbo. y lo mismo digo de todo otro nombre adjetivo acabado en *or*. *Favor* quiere decir lo mismo que *favencia* ó accion de favorecer, esto es, aquella cualidad que distingue al favorecedor del que no lo es, y la tomamos por sujeto de nuestros conceptos: *color* quiere decir tanto como *cualificante*, esto, una cualidad que sirve para clasificar las cualidades: de modo que no puede haber duda en que todo adjetivo, esto es, toda voz que significa una pura cualidad, ha de ser derivada de aquellos primeros nombres que puso el primitivo idioma á los entes, esto es, de aquellos signos de cualidades con que se nombraron por primera vez dichos entes.

De todo lo dicho hasta aquí se infiere: 1.° que todas las voces primitivas indicaron una cualidad: 2.° que estas voces, sin embargo de su significacion legítima y literal sirvieron para representar los entes, esto es, fueron á sus principios nombre sustantivos: 3.° que estos nombres sustantivos en su orígen fueron todos ellos nombres propios, quiero decir, indicaron un ente cierto determinado particular individuo ó singular: 4.° que estos nombres propios ó sus principios llegaron á ser apelativos, cuando el hombre entró á conocer diferentes entes de la misma cualidad, cuyo nombre aplicó al primer ente: 5.° que las cualidades quedaron vinculadas para significar los entes ya en comun, ya en particular, y que el hombre se vio precisado á formar de estos nombres sustantivos mis adjetivos, esto es, aquellos nombres con que indicamos las puras cualidades, ó como dicen los filósofos, las cualidades en abstracto. Pasemos á reconocer las demás partes de la oracion, y averigüemos su orígen.

EPITETOS.

Por epítetos entiendo todas aquellas voces que los gramáticos han llamado hasta ahora adjetivos, esto es, aquellas palabras que entre los filósofos se conocen con el nombre de concretos.

Estas voces son otras tantas diferencias ó apellidos necesarios en el uso de los idiomas los entes individuos entre sí. Cuando digo Cárlos cuarto; y por el epiteto cuarto distingo á nuestro actual monarca de todos los demás que ha conocido la España con el nombre de Cárlos. Son tan necesarias estas voces en el uso de los idiomas, que no

pudieron ménos de tener lugar en el mundo primitivo, esto es, en el idioma que hablaron los primeros hombres.

Toda letra, toda inocente articulacion, toda interjeccion del hombre adulto, todo ruido que se oye en el movimiento de los entes y sus sonidos articulados son para el uso de los idiomas unos verdaderos epitetos. La voz *grí* es un epiteto que distingue al animalito que la profiere de todos los demás. La interjeccion e distingue á la admiracion de todas las demás pasiones del hombre, y así de las demás letras, articulaciones, interjecciones y ruidos. Sin embargo, todos estos epitetos no han sido suficientes para clasificar y distinguir las innumerables diferencias de los entes.

Las letras son verdaderamente otras tantas cualidades destinadas por naturaleza para distinguir los sugetos de nuestros conceptos en diferentes especies y formar cada una de ellas la suya. Pueden subdividirse estas dos primeras especies que formaron las letras *a* y *o* por ejemplo, añadiendo otra letra á cualquiera de ellas y resultarán dos diferentes clases en cada una. Una tercera letra volverá á doblar dichas cuatro clases y así sucesivamente, añadiendo letras á letras, como queda dicho antes. Sin embargo, no podria el hombre por este medio llegar á formar cuantas voces eran necesarias para clasificar las innumerables diferencias cuyo uso es indispensable en la comunicacion social de pensamientos, y se hicieron necesarios los epitetos ó apellidos, que aplicados á los nombres sustantivos y adjetivos los distinguiesen hasta en sus más remotas diferencias.

Resulta de aquí que un sinnúmero de voces verdaderamente epitetos quedaron reducidas ó destinadas á significar entes ó puras cualidades así en comun como en particular. Este hecho innegable puso al hombre en la precision de formar nuevos epitetos, quiero decir, nuevas voces para suplir aquellas que siendo verdaderamente epitetos quedaron vinculadas á la significacion ó mejor nominacion de sustancias y puras cualidades. Así es que á excepcion de un pequeño número de voces todas cuantas conocemos hoy con el nombre de epitetos son derivados, sin que podamos dudar que esta derivacion hubiese tenido lugar desde los primeros dias del mundo primitivo.

En efecto, ¿cuántos objetos comunicables no se presentarian al hombre desde el mismo instante en que fué criado? Adulto ya, discursivo, perfecto en sus sentidos, todos los entes vendrian á presentarse á su entendimiento y dejaria cada cual en él su imágen, esto es, su idea. No sé yo si el hombre es capaz de poder formar un cálculo exacto del número de estas ideas. Lo cierto es que un reconocimiento, un pequeño rodeo que hiciese la vista por el espacio horizontal, reconoceria en un instante la diversa multitud de objetos que contenia dicho espacio. Montes, praderas, árboles, yerbas, riberas, el sol, sus rayos, la sombra, el horizonte, su extension, el hombre mismo, sus miembros exteriores, la diversidad de aves y cuadrúpedos, en fin to-

dos los objetos que presentaba naturaleza, correrian hasta el entendimiento ó alma del primer hombre por el dilatado campo de la vista y dejaria cada cual su imágen como un tributo que debia al que fué destinado por naturaleza á ser su Señor y Monarca. Añadamos á esto las ideas que recibirian los primeros hombres por medio del tacto, del olfato, del oido y del gusto.

¿Habrá filósofo que pueda calcular la inmensidad de ideas que se agolparian en el alma de estos primeros progenitores en el primer instante de su creacion? Y despues de esto ¿quién será aquél que juzgue pobre de ideas al mundo primitivo? Calculemos si podemos el aumento que recibirian sus conocimientos en los nuevos objetos que por instantes se presentaban á los sentidos del hombre, y corramos en esta contemplacion no más que los ocho primeros dias. ¿Qué cosas no verian nuestros progenitores en este octavario? ¿Qué uso no harian de los demás sentidos? No: no es posible que seamos tan irreflexivos que no conozcamos esta verdad. La noche y el dia repetidos, aumentarian con sus objetos respectivos los conocimientos de este hombre. El hermoso cielo de las estrellas, el curso de la luna, el movimiento solar, la presencia de la luz matutina, el anochecer y qué se yo que otros innumerables accidentes no acrecentarian de mil y mil maneras el número de sus ideas?

Es verdad que todos estos objetos serian admirativos, dejarian al hombre lleno de complacencia; y no puedo ménos de contemplarle entusiasmado con ellos. Creo que el nombre que daria por primera vez á los entes y cualidades que en ellos observaba, seria una admiracion. Me persuado que le oigo *oar*, quiero decir, repetir la *o* á cada instante á la percepcion de todo objeto y llamar la atencion de su consocio con esta voz, indicando con ella y la accion los objetos admirados Sí: este es el estado natural en que debemos figurar al primer hombre.

Cesada la admiracion primera, entraria el hombre á diversificar los objetos formando voces análogas á las diferentes cualidades que en ellos observaba. ¿Qué multitud de voces no necesitaria para esta clasificacion? Es incalculable; y siendo todas estas voces unos epitetos, unos atributos aplicados á los entes ó cualidades que percibia, quedó esta parte de la oracion muy exhausta de nombres primitivos con que poder indicar los demás atributos que podian comunicarse de los objetos nombrados ya con las expresadas voces, y se hizo preciso el recurrir á la derivacion, esto es, á la formacion de epitetos, añadiendo ciertas vocecitas ó particulas á los expresados nombres, y hé aquí el segundo orígen natural é indispensable de los derivados. Veamos el modo con que llegaron los primeros hombres á esta formacion, y averigüemos si estas partículas ó vocecitas fueron en su principio unos verdaderos nombres inventados para significar los entes.

Siendo los epitetos unos verdaderos atributos que distinguen á los sugetos, su formacion es muy óbvia. Resulta esta, añadiendo á la voz destinada ya para significar un sugeto cierta particulita ó palabrita que indique aquella cualidad que sea signo de distincion entre los expresados sugetos: v. g., la voz *hombre* significa toda la especie humana, y por ella entendemos todo hombre sin que podamos distinguir los unos de los otros; pero si á esta voz añadimos otra cuyo significado no convenga á todos los hombres, restringimos la voz *hombre* y hacemos que se entienda por un cierto número de ellos. Cuando decimos *el hombre es racional*, por el hombre entendemos todos los hombres sin excepcion; pero si decimos *el hombre bueno es amable*, por el epiteto *bueno* constituimos dos clases de hombres, una de buenos, otra de los que no lo son, y solo damos á entender á los comprendidos en la primera clase. Hé aquí la funcion de los epitetos, infiriéndose de esto que no solo las voces de significacion conocida, sino tambien las particulas ó terminaciones son unos verdaderos epitetos.

Toda voz significativa en el uso comun de los idiomas puede ser epiteto porque puede aplicarse como atributo á un ente cualquiera que él sea. Así como decimos *Pedro es bueno* aplicando al sugeto *Pedro* el atributo *bueno* conocido en la lengua castellana por un verdadero epiteto, podemos decir *Pedro es hombre*, aplicando al mismo *Pedro* el atributo *hombre*, sin embargo de que en la misma lengua castellana esta voz es conocida como un nombre apelativo. Igualmente decimos *tu eres Pedro*, aplicando á aquél á quien se habla por atributo el nombre propio *Pedro*. Esto sucede porque todo nombre en su orígen es un verdadero epiteto, esto es, una voz calificativa de todo sugeto, cuyas cualidades son comunicables: de modo que los nombres sean propios ó apelativos destinados á significar una sustancia ó una pura cualidad pueden ser atributos en la comunicacion de nuestros pensamientos; pero no hablo de estos epitetos sino de aquellos que resultan de la aplicacion que se hace á los nombres primitivos, de aquellas palabritas llamadas por los gramáticos particulas.

Son innumerables las circunstancias con que quiso distinguir naturaleza así los entes entre sí como sus cualidades. Todas estas circunstancias son otros tantos medios que pueden servir en el uso de los idiomas á la formacion de los epitetos derivados. Sin embargo de que la inmensa multitud de nombres ya sustantivos, ya adjetivos, ya propios, ya apelativos, embebe y encierra en cada letra de que se componen una de estas circunstancias: sin embargo de que esto mismo sucede en la formacion de los epitetos primitivos, esto es, en aquellos que no son derivados como *bueno, malo, hermoso*, etc., quedan para la formacion de estos una infinidad de recursos, y para hablar de ellos con la debida claridad, dividiremos los epitetos en dos clases, es á saber, en epitetos primitivos y epitetos derivativos.

EPITETOS PRIMITIVOS.

La próvida naturaleza distinguió los entes por dos especies diferentes de cualidades; las primeras son aquellas que recibieron por su misma constitucion como el ser animal, sensitivo, vegetativo, mineral, grande, pequeño, fuerte, débil, etc. Las segundas son aquellas que no recibieron los entes por su misma naturaleza sino por la dependencia que los unos tienen de los otros. Pedro es hombre, es racional, es grande, es pequeño, porque naturaleza quiso que lo fuese y para serlo no necesita de otro ente; pues lo fué el hombre primitivo sin que dependiese de otro hombre; pero dicho Pedro no puede ser hijo, no puede ser madrileño, no puede ser más ni ménos grande, ni ejercer funcion alguna sin la existencia de otros entes, de cuyas relaciones provengan estas cualidades. Para que un hombre sea sensitivo, sea padre, no necesita de otro ente: estas cualidades son naturales, esto es, regalos que le hizo la misma naturaleza en las dotes con que la adornó; pero el hombre no puede ser hijo sin depender de otro ente que hubiese sido padre, ni puede ser menor sin que haya otro ente mayor, ni puede ser funcionario sin que haya entes en que ejercer dichas voces.

Las primeras cualidades son primitivas, quiero decir, unas cualidades que recibieron los entes en su misma constitucion ó las pueden adquirir sin dependencia de otro ente. Las segundas vienen de otros entes y pueden llamarse advenedizas. De las primeras nacieron ó debieron nacer todas las palabras que llamamos en el uso de los idiomas epitetos primitivos, de las segundas los derivativos; de modo que los epitetos para ser primitivos han de significar una cualidad que los entes recibieron en su misma constitucion ó al primer instante de su existencia, ó la adquirieron por aquella virtud que les es constitucionaria, y pueden llegar á lograrla sin concurso de otro hombre. El oro es mineral por su misma naturaleza y esta cualidad no depende de otro ente; pero no puede ser peruano sin que concurra á esta denominacion la existencia de un país ó lugar así llamado.

No creo que hay necesidad de alargarnos más en la explicacion de los epitetos ó atributos primitivas. Pasemos á los derivativos.

EPITETOS DERIVATIVOS.

Son tantas las especies de estos epitetos cuantas son las cualidades que no provienen al ente por su constitucion natural; quiero

decir, son tantas cuantas son las cualidades adventicias ó aquellas que resultan del necesario concurso de otro ente. Hé aqui su número bajo de aquellos nombres que son más usuales entre los gramáticos ó más conformes á los signados que representan.

Comparativos.
Superlativos.
Nacionales.
Patronímicos.
Locales.
Diminutivos.
Aumentativos.
Abundanciales.
Frecuentativos.
Posesivos.
Ministeriales.
Contenciosos.

Todos estos epítetos tuvieron lugar en la más remota antigüedad y no podemos dudar que se hallaron en uso en el mundo primitivo quiero decir, en la mútua comunicacion de pensamientos de los primeros hombres. Hablemos de cada uno de ellos en particular, y hagamos ver su antigüedad y origen.

COMPARATIVOS.

Por voces comparativas entienden los gramáticos aquellas palabras por medio de las cuales damos á entender una cualidad comun á dos ó más individuos, dando preferencia en ella á unos sobre los otros como *Pedro es más sábio que Juan y Antonio*, en donde comparamos la sabiduría de Pedro, Juan y Antonio, dando antelacion ó preferencia á la de Pedro sobre la de Juan y la de Antonio.

Estos comparativos se forman en todos los idiomas por medio de una partícula ó vocecita que acompaña al signo de la cualidad comparada; pero esta aplicacion no es uniforme en todas las lenguas. Unas la anteponen, otras la posponen, otras las unen con el expresado signado. Remontémonos hasta las primeras generaciones y discurramos sobre el orígen y circunstancias de estas voces.

No podemos dudar, en primer lugar, que las comparaciones se verificaron desde los primeros pasos de la créacion del hombre. Aun cuando queramos discurrir sin salir de aquella época en que vivieron solos el primer hombre y la primera mujer, no podemos desentendernos de su uso. Era indispensable el comparar un ente con el otro, es-

pecialmente cuando se reconocian en ellos unas mismas cualidades, y hé aquí nuestro caso. Veamos cómo se manejarian estos hombres para inventar la voz ó particula que indicase la superioridad que unos entes tenian sobre los otros en la cualidad comparada.

El objeto de los primeros hombres seria denotar la superioridad, y este concepto se halla confirmado por el mismo nombre de superlativos, que con generalidad han adoptado los gramáticos para nombrar estas voces. El instinto, por lo mismo, habia de recurrir á una accion y voz que fuese análoga para significar esta superioridad. Elevaria sus miembros para indicarla con la accion corporal ó extrinseca, y el aliento remontaria al paladar y hallaria en él la voz que la significase. Por esta razon no tenemos duda que este sonido se compondria de letras ó sílabas palatinas, esto es, de la sola *o*, ó formando de ella una sílaba con la *g* ó con la *k*, únicas letras de esta parte oral. Lo cierto es que esta particula ó vocecita seria análoga á su signado, y es indispensable el placer del filosofo en los superlativos formados de estas palabritas que hallase en los idiomas. Por mi puedo asegurar que una lengua de esta naturaleza seria reputada en esta parte como primitiva.

Esta particula, en nuestro caso seria significativa y muy propia para denotar fuera de composicion entes cuya cualidad más visible fuese la elevacion ó grandeza; pero contrayéndonos á nuestro caso, seria pospuesta á la voz primitiva como una vocecita posterior en órden á la primitiva palabra á quien sobrevino para hacerla comparativa. Exiga tambien la misma naturaleza del signo que representan los comparativos, que se hallase unida y ligada con la voz primitiva, esto es, que una y otra formasen una sola palabra.

Tal es la persuasion en que nos hallamos, y creemos, sin que se nos ofrezca duda alguna, que las particulas comparativas del primitivo idioma serian formadas en el paladar, y pospuestas y unidas con la voz primitiva, se usarian por los primeros hombres.

SUPERLATIVOS.

No puedo conformarme con la acepcion general que dan los gramáticos á los superlativos. Quieren que sean llamadas así aquellas voces que indican en el uso de los idiomas una abundancia en la cualidad á quien se aplican las particulas ó palabritas que llaman tambien superlativas. Pretenden, por ejemplo, en castellano, que *santísimo*, *perfectísimo*, sean voces superlativas, pero hallo una oposicion manifiesta con los signados de estas voces y la significacion literal de la palabra superlativo. Esta literalmente quiere decir el grado más elevado que puede tener la cualidad superlativada y los sujetos

indicados por las voces *santísimo*, *perfectísimo*, no los hallo condecorados con la cualidad significada en el grado supremo. Aunque Pedro sea sapientísimo, no excluye ó no hace que Juan no lo sea igualmente, por lo que me hallo persuadido que estas voces no pueden llamarse superlativas, y que la partícula con que se forman es una partícula abundancial. Véanse los *abundanciales* en su lugar.

El superlativo para ser cual corresponde ha de hacer comparacion entre uno ó más entes y todos los demás de su especie, pues entónces solamente puede ser superior ó hallarse en el grado más elevado la cualidad superlativada, y así es que el idioma primitivo usaria por voces superlativas aquellas que constituyesen al sugeto, á quien se aplicaban sobre todos los demás en la expresada cualidad.

Esta verdad á más de ser óbvia y natural, se halla corroborada con el uso de todos los idiomas. Ningun lenguaje deja de tener este género de superlativos que comparando uno, dos, ó más entes con todos los demás eleve la cualidad comparada al grado más supremo. En castellano v. g., cuando digo *Pedro es el más sábio de todos los hombres*, elevo la sabiduría de Pedro sobre todas las demás sabidurías y así en las demás lenguas.

Estos superlativos, sin embargo de que hacen comparacion, no se pueden confundir con los comparativos, porque estos comparan la cualidad de uno ó más sugetos con cierto y determinado número de individuos, y los superlativos hacen esta comparacion con todos los entes en que se halla la cualidad comparada. Veamos el modo con que se conducirian los primeros hombres para adoptar la partícula ó palábrita que pusiese á la voz primitiva en el grado superlativo.

Si consultamos la naturaleza sin miramiento á las voces ya formadas, nos llevará la filosofía á la persuasion de que esta vocecita la hallaria el hombre en el paladar, esto es, en la parte superior del órgano de la voz; pero si contemplamos juntamente el órden progresivo del uso de las palabras, veremos que siendo primeras en el órden natural aquellas á quienes llamamos comparativos, y viendo en ellos adoptadas las voces palatinas para servir de características, nos veremos obligados á confesar que el instinto informado por la reminiscencia del uso que se habia hecho de estas palabritas, recurriria á otro medio para hallar características análogas al superlativo. Veria que la cualidad era comun á un sinnúmero de entes que la poseian, y tendria presente la pluralidad de los posesores. En esta prevision era muy fácil dar con dicho carácter, valiéndose del artículo que trasladase antonomásticamente la cualidad comparada á aquel ó aquellos sugetos particulares, en quienes se hallase dicha cualidad en el grado supremo, y uniendo este artículo con la nota de posesion plural y ambas características con el signo de la cualidad comparada. Esta por ejemplo es la indicada por el epiteto primitivo *Santo*. Cójase la característica de posesion plural y el artículo singular ó plural. Fórmese

una voz posponiendo al signo de la cualidad: primero el carácter posesor y despues el artículo. La colocacion será natural: bellísimo el superlativo que resulta. Justifiquemos este nuestro modo de pensar, y sin embargo de que se presenta á primera vista con los más vivos caractéres de voluntariedad, hagámoslo innegablemente verdadero.

Todos los idiomas desde la más remota antigüedad han hecho uso de esta especie de superlativos, pero no todos se valen de unos mismos medios para ello. Vemos unas veces que resultan rigiendo el signo de los sugetos comparados y excluidos de la posesion de la cualidad superlativada por medio de una preposicion como en las expresiones castellanas *bendita entre todas las mujeres*, y las latinas *benedicta inter mulieres* en que las preposiciones *inter* y *entre* dan á los positivos la fuerza de superlativos. Otras veces usan del comparativo rigiendo los signos de los sugetos excluidos por medio del artículo posesor plural ó valiéndose del dativo del mismo número como se ve en las expresiones castellanas *el más fuerte de los soldados*, *la más bella de las mujeres*, y en las latinas *sanctior universis*, *pulcrior omnibus*. Ultimamente hallamos en uso aquellas voces llamadas ordinariamente superlativos poniendo en genitivo de plural los signos de dichos sugetos excluidos, como se ve en *fortissimus omnium* del latin. Se observa tambien que las lenguas articulantes usan de la nota apelativo con el comparativo, como se ve en las expresiones castellanas *el más santo*, *la más perfecta*, *la más esencial*, etc.

Todos estos modos de superlativar cualidades nos parecen impropios y distantes de aquella analogía que debe reinar en toda voz derivada. El hombre cuando quiere que una cosa pase de un estado á otro, quita ó añade á la tal cosa el carácter que para ello es necesario, y forma por la union ó desunion del carácter y sugeto esta metamórfosis. Cuando quiere, v. g., valiéndonos de ejemplos caseros, hacer agua y vino para su uso, mezcla ó une la agua con el vino y resulta una bebida que ni es agua ni es vino sino un ente diferente, y esto mismo parece que debia suceder siempre que una voz ha de pasar del estado *A* al estado *B*. Lo cierto es que en todos los idiomas vemos practicado esto mismo en un sinnúmero de voces derivadas. Consúltense las declinaciones y se verán sus casos diversificados uniendo las partículas con la voz primitiva. Hágase igual reflexion en las voces, modos, tiempos, números y personas, y se verá comprobada esta verdad como tambien si se quieren registrar otras infinitas voces derivadas.

Ahora pues ¿por qué no se han de unir é identificar las características superlativas con el signo ó voz positiva que indica la cualidad que ha de ser superlativada? Las voces primitivas ó positivas *santo bueno*, etc., en la lengua castellana, por ejemplo, no deben quedar sin mutacion en su configuracion, sino que han de pasar á un estado di-

ferente, esto es, á ser superlativos, y no basta el que los caractéres le acompañen si estos se hallan desunidos y separados ni el que se entienda por dichos caractéres el tránsito que la voz ha hecho de positiva. Exije la analogía que esta voz positiva en sí misma, esto es, en las letras y sílabas que la componen se muestre diferente cuando es positiva y cuando es superlativa: de modo que el filósofo reflexivo no podrá ménos de confesar la mayor armonía, la mayor propiedad de aquellos superlativos que unen en sí mismos los caractéres que los distinguen de los positivos y comparativos. Tampoco podrá ménos de hacerse cargo que las radicales de estos superlativos no deben ser los comparativos como sucede en la mayor parte de los idiomas, sino los positivos y que estos no han de recibir característica alguna de comparativos, sino otras distintas, propias, y peculiares á indicar el estado superlativo, á que suben las voces positivas.

En vista de estas reflexiones ¿cómo dejaremos de persuadirnos que todo idioma para ser perfecto ha de unir al signo de la cualidad superlativada los caractéres que indiquen su superlacion? No es posible: pues solo en este caso hallaremos entre la voz y su signado la debida analogía. Pasemos á reconocer si las dos características que hemos adoptado para la formacion de los superlativos, son legítimas ó no.

En toda superlacion tiene dos ideas el hombre, la una de elevar ciertos entes y colocarlos en la posesion de esta ó la otra cualidad en grado superlativo, y la otra de excluir de este grado de posesion á todos los demás entes que se hallan adornados con la expresada cualidad. Esta operacion necesita por lo mismo de dos signos ó señales: el uno para dar á entender que en este ó estos sugetos se halla la cualidad en grado supremo, y el otro para denotar que están excluidos de este grado los demás. Parece que para el primer caso particularmente se adoptó la antonomasia en los idiomas. Esta figura se pone en ejercicio por medio del artículo en las lenguas que la conocen, y de la declinacion en las demás: de modo que los positivos ó signos de cualidad quedan con esta operacion aplicados en un grado heróico ó antonomásticamente al sugeto ó sugetos en quienes quiere darse á entender que la tal cualidad se halla en el grado más sublime, como sucede cuando decimos *el filósofo, el orador, el poeta* que entre los latinos aplicamos á Aristóteles, á Ciceron y á Virgilio, y entendemos que estos conocimientos se hallaban en ellos en un grado sublime.

Estas locuciones comunes á todos los idiomas aunque elevan la cualidad de los sugetos á la mayor cumbre, no hacen comparacion expresa como los superlativos de todos los demás sugetos, que teniendo la misma cualidad no la poseen en el grado anunciado por la antonomasia, y hé aquí la necesidad de otro carácter en dichos superlativos. Ahora pues ¿qué carácter más propio, más análogo puede hallarse para este efecto que aquél que indique al mismo tiempo la multitud de los excluidos del grado superlativo, sin excluirse de la

posesion de la cualidad superlativada? Y ¿qué característica puede ser más análoga para este último efecto que aquella que nos indique en los idiomas la multitud y la posesion al mismo tiempo? Tal es, pues, la segunda característica que hubieron de tener los superlativos del primitivo idioma.

Bien conozco que los literatos en su mayor parte mirarán este mi pensamiento como efecto de una conocida voluntariedad; pero no sé yo si podrian dejar de complacerse si hallasen en los idiomas realizado este pensamiento. Reconozcan, pues, al fin de estos discursos, la lengua que presentamos como primitiva, y allí hallarán sus superlativos formados con las dos características insinuadas y unidas estas con los positivos en una sola voz.

NACIONALES.

Por nombres nacionales han entendido los gramáticos en todos tiempos aquellos epítetos por medio de los cuales se da á entender en los idiomas la nacion, provincia, pueblo ó parage donde nació ó tiene su residencia el sugeto á quien se aplican dichos epítetos, y estas voces hubieron de tener su orígen en la más remota antigüedad. El hombre, principal ente en la comunicacion social de pensamientos no podia ser incluido bajo del nombre general de su especie, como sucede en un sinnúmero de otros entes. Desde el mundo primitivo fué interesante la distincion individua de los hombres entre sí, y desde entonces tuvo orígen la necesidad de voces que singularizasen á cada uno de los hombres. Esta primera necesidad podia suplirse muy bien por las cualidades corporales ó espirituales aplicadas respectivamente á los individuos que componian las primeras familias. El pequeño, el grande, el gordo, el flaco, el astuto, el laborioso, el ingénuo, el fuerte, el amable y otros epítetos de esta naturaleza podian distinguir entre sí á los individuos de las pequeñas familias primeras y de más vivientes; pero multiplicadas estas y esparcidas por regiones diferentes, y componiendo varias especies de naciones no eran ya suficientes para la distincion individua los epítetos arriba mencionados que como familiares solo podian tener lugar en los distritos particulares. De esto resultaria el encuentro de muchos individuos esparcidos en diferentes familias y conocidos con un mismo nombre. En la familia ó departamento *A* habria un individuo conocido por ejemplo con el nombre *astuto*. Este mismo nombre se hallaria en uso en las familias *B*, *C*, *D*, para dar á entender otros tantos individuos. Hé aquí el nombre que era propio en cada una de las referidas familias hecho apelativo respecto de la comunicacion general de ellas: hé aquí el orígen de la necesidad de distinguir estos cuatro individuos por la diferencia de

sus familias, y añadir otro epiteto, como por ejemplo, *el astuto de la familia A, de la familia B*, etc. Hé aquí finalmente uno de los motivos que tuvieron los hombres para la formacion de los nombres nacionales.

Como estos epitetos se forman ordinariamente en los idiomas, añadiendo á los primitivos las notas ó características de posesion, son llamados por los gramáticos *posesivos*, sin embargo de que real y verdaderamente significan la patria, pueblo ó lugar de donde proviene ó en que existe el sujeto á quien se aplican como atributos, y en castellano se forman de la terminacion como *eclesiástico, doméstico, asiático*, etc., ó se caracterizan por la *de*, nota de posesion, como *de la villa, de Madrid, de arriba, de la aldea*, etc. Volveremos por lo mismo á hablar de ellos en los posesivos, y pasaremos á tratar de aquellas voces que comunmente son llamadas nacionales, y cuyo uso es indispensable en la mútua comunicacion.

Desde la más remota antigüedad se vió el hombre en la precision de hablar de otro ú otros hombres cuyos nombres le eran desconocidos, y en este caso era necesario darlos á entender por cierto epiteto que fuese más notorio y particularizase al sujeto por un carácter determinado y no hallo otro más distintivo que el de las familias, pais ó provincia á que pertenece el individuo que ha de ser nombrado, cuando ignoramos su nombre propio. Lo cierto es que en estos casos todos los idiomas se valen de expresiones alusivas á este modo de pensar. Si ignoramos el nombre de uno de quien queremos hablar, proferimos las expresiones siguientes: un hombre de tal ó tal parte me ha dicho esta ó la otra cosa, etc., y no puedo persuadirme á que este modo de insinuarse no tuviese lugar en el mundo primitivo, y de que estos epitetos formaron una sola voz desde aquellas remotas épocas. Las voces madrileño, cordovés, africano son comunes á todos los idiomas para hacer uso de ellas sin no minacion de sujeto alguno, y hé aquí la diferencia que hay entre estos epitetos nacionales y los que son llamados posesivos por los gramáticos, pues estos son aplicables y tienen un sujeto de nombre conocido como Pedro el de Toledo, el médico del Escorial, y aquellos no tienen sujeto de nombre conocido, por lo que se dice: un hombre de Toledo, una mujer de Avila etcétera. Hablaremos de los posesivos nacionales en su lugar. Tratemos ahora del modo con que formaron los primeros hombres aquellos que llevan el nombre sencillo de nacionales en los idiomas.

Estas voces forman en el uso del habla la misma idea que las expresiones: un hombre de tal ó tal parte, de tal ó tal pueblo, de tal ó tal provincia, etc. Cuando decimos los romanos fueron valientes, por romanos entendemos los hombres de Roma; de modo que las voces nacionales que nos ocupan para ser análogas con sus significados y darnos á entender la idea que en ellas se nos quiere comunicar han de formarse de dos palabras ó voces: la una ha de significar el pais, pá-

tria ó lugar de donde es el sujeto de quien hablamos, y la otra que el tal sujeto de quien se habla es un consócio nuestro, esto es, un hombre como nosotros. Lo cierto es que el filósofo no puede ménos de tener placer al hallar en los idiomas epítetos nacionales formados de las dos voces definidas y contemplarlos como idiomas perfectos en este ramo.

Estas reflexiones nos persuaden que el idioma primitivo haria uso de esa formacion en sus voces nacionales: lo que corrobora la práctica actual de las lenguas teutónicas, que forman las voces nacionales como llevamos dicho. *Anglis-man*, *frans-mad*, *ger-man*, *nor-man*, *ale-man*, etc., que traducidas literalmente quieren decir, de Inglaterra hombre, de Francia hombre, de Germania hombre, de Normandía hombre, de Alemania hombre, y no sé yo si las baronías, tan comunes en los paises teutónicos, esto es, en Alemania, Prusia, Suecia, etcétera, no deben su orígen á esta idea que nos presentan los epítetos nacionales arriba dichos y las causas de su formacion.

PATRONÍMICOS.

Uno de los medios que adoptaria el hombre para distinguir los individuos de su especie entre si sería sin género de duda la filiacion ó proveniencia que estos tenian de tal ó tal padre, de tal ó tal antepasado. Los idiomas llaman á estos epítetos patronímicos, porque nos hacen saber el padre ó antepasado de quien desciende el sujeto á quien se aplica este epíteto. Todas las naciones hacen uso de ellos, y esto nos persuade que su orígen es de la más remota antigüedad, sin que se nos presente embarazo alguno para creer que su uso viene de la lengua primitiva. Asentado este supuesto, hablemos de dichos epítetos y su formacion.

Los idiomas no distinguen ordinariamente en estas voces la filiacion de la proveniencia, quiero decir, no nos hacen ver por medio de ellas si es hijo ó nieto del sujeto indicado por el primitivo aquel á quien aplicamos el patronímico. Lopez en castellano se interpreta por hijo de Lope y descendiente: lo mis no sucede con Nuñez, Ibañez, Ruiz, etc. Si reconocemos los demás idiomas hallaremos la misma confusion de ideas en estas voces. Sin embargo, sería más placentero, más enérgico y más filosófico un lenguaje que distinguiese dos especies de patronímicos, una por la cual suponemos que el sujeto indicado por la voz primitiva era padre de aquel á quien se aplicaba el patronímico, y la otra por la cual se nos hiciese ver que era uno de sus antepasados. En efecto, un idioma de esta naturaleza sería más preciso en la comunicacion de las ideas, y tal creemos que fué el primitivo.

Esta distincion de patronímicos no presenta en su formacion dificultad alguna. Si quisiésemos indicar al hijo de Lope, era suficiente para esto aplicar al primitivo Lope una característica de posesion, y si al contrario, nuestra idea era la de hacer ver un nieto ó descendiente de él, lograriamos mudando la característica de posesion en característica de orígen ó proveniencia. El castellano, por ejemplo, lograria esta claridad de conceptos, sino confundiese la característica de posesion con la de orígen ó proveniencia, quiero decir, si su *de* no fuese unas veces correspondiente al genitivo latino como en las expresiones *las guerras de Italia* y otras á su ablativo como en la expresion *lleno de horror*. En la primera la *de* hace gentivo á *Italia*, en la segunda ablativo al *horror*. En la primera las guerras son de Italia, y en la segunda la plenitud proviene del horror.

Todos los idiomas, como queda dicho hacen uso de patronímicos; pero son confusos, y no nos hacen ver en ellos aquellas dos ideas de filiacion y proveniencia cuya distincion es tan útil en la social correspondencia de pensamientos. No sucede así con el que suponemos que es primitivo.

LOCALES.

Desde la más remota antigüedad tuvieron lugar los epítetos locales, esto es, aquellas voces que atribuidas á este ó al otro lugar ó terreno nos distinguieron entre sí. Nos hallamos persuadidos que el idioma primitivo haria uso de ellas, ya por ser comunes á todas las lenguas, ya por la facilidad de su formacion.

No bien fué criado el hombre cuando tuvo necesidad de alimentarse. Sus primeros manjares fueron frutas y hierbas. Su guiso y su figura las haria distinguir entre sí, y tendrian lugar sus nombres diferentes desde que fueron conocidas. Hé aquí la primera parte de su formacion, esto es, los nombres positivos ó radicales de quienes por ciertas adiciones ó partículas habian de resultar los epítetos locales, y en esta parte no puede tener dificultad alguna el filósofo.

Siendo el alimento la primera, la mayor y más indispensable necesidad del hombre, habia de ser tambien la que llevase tras sí los mayores cuidados. Fijaria en su reminiscencia la idea de aquellos parajes ó lugares donde la habia hallado mejor y con más abundancia, con el fin de volver á él en sus necesidades. Comunicaria el hallazgo de estos lugares á su compañía, y hé aquí la necesidad de distinguir unos terrenos de otros, y de distinguirlos por medio de diferentes frutos y hierbas, que producian como primeros objetos de sus atenciones; de modo que no podemos dudar razonablemente que las voces primitivas de que se originaron los epítetos locales serian en él idioma

primitivo los nombres que dieron á los alimentos, esto es, á las frutas y á las hierbas, y que de aquí provinieron los demás epítetos de esta naturaleza, y resultan en los idiomas de otros primitivos de diferente signado.

Es visto, pues, que estas voces resultaron por primera vez de aquellos nombres que el primitivo idioma impuso á las nueces, avellanas, fresas, manzanas, peras y demas frutas de que hicieron uso nuestros primeros progenitores y hierbas que comian. La dificultad está en cuálhubiese sido la partícula ó terminacion que añadirian para que estas voces primitivas pasasen á ser derivativas, y á significar el lugar ó paraje donde se hallaba el signado de los dichos primitivos, esto es, para llegar á formar aquellas voces que significasen lo mismo que nuestras castellanas *nocedal*, *fresal*, *manzanal*, etc. Diremos nuestro modo de pensar francamente.

El hombre ha formado sus voces en todos tiempos segun aquellas ideas que se ha formado de los signados que queria representar con ellas. En nuestro caso concurrieron tres diferentes ideas: una de la fruta ó hierba con que se alimentaron los primeros hombres: otra de la abundancia de dicho alimento, y la tercera de la localidad de estos alimentos. Para expresar la primera idea, debemos suponerlos con el uso de los nombres que daban ya á los alimentos, y resta el que formemos una partícula ó terminacion, que al mismo paso que indicase la multitud del alimento, expresase tambien su localidad, de modo que esta particular habia de resultar de un signo de multitud y otro de localidad. Veamos cómo se manejaria el instinto en esta operacion.

Así como es diestro el instinto en dar á las acciones corporales la debida analogía con los signados que quiere representar, lo es tambien respecto de las orales, y en ellas hallaria dos acciones que fuesen propias, la una á indicar la multitud y la otra la localidad; la primera habia de ser letra doble, y la otra permanente ó estable. No tiene el alfabeto otras letras en cuya prolacion sea la accion oral mas permanente, estable ó duradera que la *t* y su afin la *d*: lo que nos hace persuadir que el instinto recurriria para analoguizar la idea de localidad á una de estas dos letras, y como consonantes recurriria á una vocal para analoguizar la idea de multitud, y no habiendo entre las vocales otra que pueda ejercer esta funcion sino la *e*, que siempre suena como dos, sería esta la que el expresado instinto adoptaria para esta funcion, y la colocaria ántes de la *t* ó *d*, como que significaba la multitud anterior en órden de movilidad.

En efecto, lo primero que el hombre quiso comunicar en estos epítetos fué la principal idea, esto es, el alimento, y como primer móvil habia de ser su signo el que ocupase en buena sintáxis el primer lugar: la segunda idea principal era el hacer saber la multitud ó abun-

dancia del alimento, y su signo habia de ocupar el segundo lugar y últimamente seria colocado el signo de localidad.

Muy filosófica parecerá á los literatos esta formacion y poco conforme á las ideas que generalmente forman los filósofos del estado de los primeros hombres; pero yo opino de diferente modo. Creo que nuestro instinto nunca ha sido más perspicaz que en el mundo primitivo. Destituido el hombre del inmenso número de preocupaciones que entorpecen hoy entre nosotros el libre ejercicio de las acciones naturales, halla el instinto innumerables trabas que detienen sus operaciones y le guian por caminos que no son suyos sino del hábito de la instruccion é invenciones de ideas combinadas falsamente por un sinnúmero de causas á que ha dado lugar el egoismo ó amor propio á que ha estado inclinada nuestra naturaleza desde los más remotos tiempos.

Sin embargo, no podrá ménos de serles placentera esta formacion, si efectivamente la hallan realizada en el uso de los idiomas, ni podrán detenerse en confesar la primacía de aquel que á más de esta bella formacion se hallase revestido de todas las demás cualidades perfectas que exige un lenguaje natural. Consulten el recocimiento de los idiomas al fin de estos discursos, y verán el uso que hacen muchas lenguas de esta terminacion local, y entre ellas hallarán la que presentamos por primitiva: de modo que no podrán dudar que los primeros epitetos locales se formaron posponiendo al signo de los comestibles la expresada terminacion.

No se tardaria mucho en el mundo primitivo en adoptar estos epitetos locales y nombrar con ellos todo lugar ó paraje diferenciándolos por medio de los diversos signos que más indicasen las cosas que más abundaban en el que se queria nombrar: resultando de aquí el inmenso número de este género de epitetos que conocemos hoy en los idiomas. Es verdad que si reconocemos en ellos estas voces y las cotejamos con sus signados, las hallaremos ejerciendo funciones que no son de su instituto. En el castellano, por ejemplo, *nocedal*, *fresal*, *madreñal*, son voces locales; pero *filial*, *real*, *animal* no lo son sino posesivas, y esto no ha podido tener en el castellano y otros idiomas orígen en otra cosa sino en haber abandonado la juiciosa y analógica formacion que hemos apuntado.

Echamos tambien de ménos en los idiomas la distincion y diferencia que debe haber de estos epitetos locales para significar las ideas. Es constante que muchos son los parages que abundan de signados representados por la voz primitiva formadora de estos epitetos; por ejemplo no hay duda que muchos son los parages en que abunda la piedra, la fresa, la nuez, etc., y que los locales *pedregal*, *fresal* y *nocedal* son confusos en la idea que nos representan acerca de su localidad, y no puedo puersuadirme que el primitivo idioma no hubiese distinguido económicamente estos parages en que igualmente abun-

daba el signo de la voz primitiva. Lo cierto es que sería más expresivo, más económico, más filosófico aquel idioma que hubiese diversificado las voces *pedregal*, *fresal*, *nocedal*, respectivamente usando de terminaciones diferentes para el efecto.

Este idioma á más de la terminacion dicha, tiene otras varias que no las expresamos por no duplicar la misma materia. Véase dicho idioma y las innumerables terminaciones con que simplifica esta especie de epitetos.

DIMINUTIVOS.

Por voces diminutivas entienden los gramáticos aquellas que por una terminacion ó palabrita añadida á la primitiva voz nos dan á entender disminuido el signado de esta. *Muchacho* nos da á entender un varon jóven; mas por esta voz no sabemos si es grande ó si es pequeño: pero si decimos *muchachito*, *muchachillo*, por las terminaciones añadidas comprendemos que el tal muchacho es pequeño, y lo mismo sucede en todos los demás diminutivos.

Sin embargo de que la idea primitiva de estas voces fué el disminuir la significacion de la primitiva, tiene tanta analogía con el cariño, que no dudamos que tuvieron lugar estos epitetos en el mundo primitivo para expresar el cariño, el afecto y amor que se tenia al signado representado por primitivo.

Estas acepciones de los diminutivos, en todos los idiomas nos hacen ver que su orígen tuvieron en el primitivo, y que este hubo de adoptar para su formacion las letras más suaves, más delicadas. La suavidad es la cualidad que moviliza más el cariño y el amor, y la delicadeza ó debilidad es la que se observa con más frecuencia en los entes que no llegan á tener la corpulencia ó cuantidad que les es ordinaria. Averigüemos el modo con que se conducirian los primeros hombres en la formacion de estos epitetos ó mejor en la invencion de la palabrita ó particula que sirviese de característica á estas voces.

No hay duda que el instinto recurriria al uso de aquellas letras que fuesen más acomodadas para indicar la suavidad, delicadeza, pequeñez, y se valdria de la *ch* segun el sonido español de la *x* en aquel que le dan los bascongados, esto es, en el sonido de *ch* francesa, *sh* inglesa, *sch* alemana ó de la *ſ*. En efecto, no produce el órgano de la voz letras que sean más dulces y cuya accion oral sea más apta para denotar aquella amorosa morosidad que se observa en toda accion cariñosa. Bien conozco que hallarán los filósofos varios reparos contra esta mi exposicion, prevalidos de la delicadeza del asunto y negarán su asenso á la significacion que hemos dado á estas tres letras.

pero si contemplan el uso que hacen de ellas las naciones que las conocen, hallarán realizado mi modo de pensar, quiero decir, empleadas la *ch*, *x*, *ñ*, en el uso de las voces diminutivas. Véase el reconocimiento de los idiomas al fin de estos discursos.

AUMENTATIVOS.

Las voces aumentativas son de un uso casi general en los idiomas, lo que nos hace persuadir que tuvieron orígen desde los más remotos tiempos del mundo primitivo. Por medio de ellas damos á entender todo lo contrario á lo que significamos con los diminutivos. Son varias las terminaciones con que las vemos formadas en los idiomas; pero en todos ellos advertimos que naturaleza se valió de letras ó sílabas aumentativas, esto es, que por su misma constitucion son toscas ó dobles. Sin embargo, nos parece que no deben reputarse por terminaciones aumentativas aquellas que son destinadas para significar abundancia, pues juzgamos que estas solo deben tener lugar en los epitetos abundanciales que seguirán inmediatamente á este capítulo y se anotarán en él.

Las terminaciones que nos parecen más propias para la formacion de aumentativos, son aquellas que al mismo tiempo que nos hacen ver la tosquedad, nos expresen el desprecio, y estas son la *to* y la *ko*; pues solo en ellas hallamos las características de las significaciones expresadas, ya en la *t* y la *k* que son toscas y despreciativas, ya en la *o*, que es corpulenta y apta para significar cosas cuantiosas en su corpulencia.

Lo cierto es, que las funciones que ejercen en los idiomas los aumentativos son diferentes de aquellas que son propias á los abundanciales. Ambos epitetos son aumentativos, quiero decir, que el uno y el otro aumentan la cualidad representada por el signo primitivo; pero los aumentativos están destinados para denotar esta abundancia por su tosquedad, indicando el disgusto ó desprecio del tal aumento; lo que no sucede con los abundanciales, en que solo se da á entender la abundancia del primitivo de que se forma, prescindiendo de si esta es placentera ó desagradable. *Mosquilon*, *moscona*, son por ejemplo voces que denotan aumento de corpulencia, pero un aumento tosco, desagradable y disgustante, y por lo mismo son de la clase de los aumentativos: *manzanal*, *pobreza*, denotan igualmente abundancia de manzanos y pobreza. Sin embargo son reputados por abundanciales por no denotarse con ellos tosquedad ni desagrado como en los aumentativos.

De modo que no podemos dudar de la diferencia de estas dos clases de epitetos como tampoco que las terminaciones más propias, ás

análogas y que con más energía explican las ideas de las naciones en los aumentativos, son y deben ser las sílabas *to* y *ko*. Pasemos á los abundanciales y veamos cuales han de ser las palabritas ó terminaciones que deben caracterizarlos.

ABUNDANCIALES.

El mismo orígen tienen estos epítetos que los anteriores en cuanto al uso que hicieron de ellos las naciones primitivas, y solo debe ocuparnos el hacer ver cuales fueron las terminaciones de que se valió el idioma primitivo en su formacion.

Dijimos en el capítulo antecedente que las funciones de estas voces eran el representarnos la abundancia del signado sin miramiento al gusto ó disgusto que esta abundancia causaba al proferente, de donde resulta que no son análogas para la formacion de estas voces aquellas terminaciones que denotan tosquedad y desprecio, y que el idioma primitivo hubo de echar mano de aquellas letras, sílabas ó voces que puramente indicaban la abundancia.

Bajo de estos supuestos no tenemos dificultad en afirmar que el instinto recurriria á aquellas letras destinadas por naturaleza á significar la abundancia, y conocidas por las naciones con el nombre de letras dobles como la *x*, *ts*, *tz*, *ss*, á quienes contemplamos como únicas para este efecto, esto es, para indicar la abundancia sola sin otra cualidad; pues aun que nos presenta el alfabeto varias otras letras que verdaderamente son dobles como la *ch*, *x*, *rr*, *ll*, *ñ*, estas tienen otra cualidad más principal que la abundancia, y á que parece las destinó naturaleza como á primer objeto. La *rr* por ejemplo, denota abundancia; pero de movimiento: la *ch*, y la *ll* de diminucion: la *x* de sutileza, y la *ñ* de pequeñez.

De estas letras hemos hablado en los diminutivos y podran recorrerse: acerca de la *rr* no han establecido los gramáticos clase alguna de voces, y nos contentamos con decir que denotan las voces derivadas por medio de esta letra una abundancia de movimiento como se podrá ver en los llamados por los latinos superlativos en *rimus*, sin embargo de los descuidos que han cometido en su uso.

Sacamos en conclusion que para la formacion de nuestras abundanciales se valdria el primitivo idioma de las letras *Z*, *tz*, *ts*, *ss*, uniendo á ellas en caso de necesidad aquella vocal que fuese más análoga á la abundancia representada. De aquí se deduce que las voces castellanas acabadas en *za*, como *pobreza*, *belleza*, son abundanciales y denotan lo que las expresiones *mucha pobreza*, *mucha belleza*, ó multiplicada la cualidad de pobre y de bello. El mismo orígen tienen las voces latinas acabadas en *cia*, como *pigritia*, *potentia*, *abundan-*

tia, que aun que escritas con *t*, suenan *pigricia*, *potencia*, *abundancia*.

De este mismo orígen nos parece que deben ser los superlativos latinos en *ssimus*; pues hallamos la letra doble *ss* y no reparamos en su significacion, que la cualidad indicada por la voz primitiva se halle elevada á un grado superlativo como lo dejamos dicho hablando de los superlativos; con lo que hacemos ver el juicio que se debe formar de este género de voces en las lenguas que son llamadas hijas de la latina: advirtiendo á los españoles que no hallamos motivo alguno para que no escriban con dos *ss* sus llamados superlativos en *simo* como *perfectisimo*, *santisimo*, etc., antes bien hallamos destruido el carácter de abundancia contra toda regla.

FRECUENTATIVOS.

Estas voces son unos epitetos por medio de los cuales damos á entender, no la abundancia de la cosa significada por la voz primitiva, sino su frecuencia. Es verdad, que con estas voces no podemos ménos de comprender que el signado de la voz primitiva es abundante en el sugeto ó sugetos, á quienes aplicamos los frecuentativos, pues el mismo hecho de ser frecuentativos lo está persuadiendo; pero sin embargo deben distinguirse de los abundanciales y aumentativos, porque con ellos nuestra idea es el dar á entender la frecuencia con que se hallan las cualidades primitivas en el sugeto ó sugetos á quienes aplicamos estos epitetos.

No podemos dudar de su necesidad. Las lenguas que no conocen estos frecuentativos son oscuras en sus ideas. Cuando en castellano se me dice *lujurioso*, *vinoso*, no puedo entender si en el sugeto á quien se aplican estos epitetos, abunda contínuamente la cualidad del primitivo ó si á ratos ó de tiempo en tiempo, pero con frecuencia, de modo que no sé si el vinoso es aquel que tiene mucho vino, ó aquel que frecuentemente se emborracha y tiene esta costumbre. Es, pues, necesaria, para la distincion de los conceptos esta clase de voces, y el idioma que de ellas hiciese uso, no podrá ménos de ser placentero al literato y reputado por primitivo con tal que á esta perfeccion añada las demás que le son necesarias para este honroso título. Pasemos á averiguar la terminacion ó palabrita de que se valdria el primitivo idioma para formar los frecuentativos.

El instinto hallaria en el órgano de la voz un signo, esto es, una letra ó silaba que fuese análoga á la frecuencia ó repeticion y no podia ménos de adoptar la silaba *ti*; pues es la que con más energía analoguiza este signado, y si no obsérvese al hombre-niño en su prolacion y se verá que al tiempo de proferirla es una rueda de molino,

esto es, que no para en *titear* si así podemos decir, terminando despues de verse fatigado con la repeticion de la expresada sílaba *ti* en una *i* prolongada. Reflexionen igualmente los filósofos el verbo *titilar*, é investiguen su orígen natural, y hallarán que proviene de la frecuente repeticion que percibimos en los golpecitos elásticos de esta accion. Véase á mayor abundamiento lo que de esta sílaba tenemos dicho en las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño.

POSESIVOS.

Por posesivos entienden los gramáticos aquellas voces con que denotamos que el signado de la palabra primitiva de quien se derivan, es poseedor del nombre á quien se aplican dichos posesivos. Cuando decimos *casa real*, por la palabra posesiva *real* damos á entender que la casa pertenece ó es del *Rey*, voz primitiva de donde se deriva la posesiva *real*

Estos epítetos se hallan en uso en la mayor parte de los idiomas, y no podemos dudar que su orígen viene desde la más remota antigüedad, sin que nos detengamos en creer que los hubo de conocer el idioma primitivo: porque hallándolos en los escritos de la mayor antigüedad, nos vemos obligados á confesar que fueron anteriores al uso conocido de la escritura, y en seguida que son de una época á que no puede llegar la memoria de los hombres.

Es confuso en los idiomas el uso de ellos. Las mismas terminaciones con que se conocen por ejemplo en el castellano, sirven á la formacion de los locales. *Filial*, *real*, *paternal*, son voces posesivas formadas con la característica *al*: *pedregal*, *manzanal*, *fresal*, se forman de la misma terminacion, y sin embargo no son voces posesivas, é indican ya la abundancia de *piedras*, *manzanos*, *fresas*, ya su localidad: de modo que por la característica de estos epítetos no podemos conocer si son posesivos, abundanciales ó locales. No podemos persuadirnos por lo mismo que la lengua primitiva se hubiese hallado manchada con esta confusion de ideas; antes bien creemos que los primeros hombres constantes observadores de la naturaleza, y libres de las estudiadas preocupaciones de nuestros dias, se gobernarian de las instrucciones de esta sábia maestra para la formacion de sus posesivos. Reflexionemos, pues, y averigüemos los medios que pondrian en ejecucion para este efecto.

Tres cosas son las que hacen á un ente poseedor de otro ente: 1.ª el dominio ó señorío que tiene sobre la cosa: 2.ª el contener en sí á la tal cosa: 3.ª el ser materia de ella. Cuando decimos *la casa de Pedro*, hacemos posesor á Pedro por la partícula posesiva *de* por ser el tal *Pedro* señor ó dueño de la casa; pero si decimos *la carne de la olla* aplicamos

á la voz *olla* la partícula posesiva *de*, no porque es señor ó dueño de la carne, sino porque la contiene dentro de su ámbito. Ultimamente, si decimos *la cuchara de palo*, aplicamos dicha partícula *de* á la palabra *palo*, no porque es señor ó contenedor de la cuchara, sino porque prestó materia á ella: de modo que los epitetos posesivos pueden ser de tres maneras, unos de dominio, otros locales, ó de localidad; los terceros de materia.

Si el primer idioma hubiera adoptado una misma partícula ó característica para indicar estas tres especies de posesivos, no hay duda que habría sido confuso en expresar sus ideas en este particular así como lo es la lengua castellana y otras muchas; por lo mismo no dudamos que adoptaría tres diferentes características para distinguir con la debida claridad las tres diferentes ideas que tenemos de los posesivos. Lo cierto es, que una lengua que se manejase con esta claridad, no solo seria deliciosa al filósofo, sino que tendria en esta parte todas las señales de perfectísima y digna de ser primitiva. Veamos si naturaleza presenta al hombre medios de formar estas tres diferentes clases.

Exije el órden natural que las características de los nombres posesores sean anteriores á las de los epitetos posesivos. Antes ha de ser un ente posesor que derivarse de él una voz posesiva. Hé aquí, pues, un orígen óbvio y manual de los posesivos de dominio. Tenia el hombre antes de la invencion de los posesivos una nota ó característica de posesion como quien debia dar á entender este estado en los signos con que representaba los signados posesores sin que dejasen de ser nombres, quiero decir, usaba ya el hombre para entonces del caso genitivo si su lengua era declinante ó del artículo posesor si no conocia declinacion. Ahora, pues, fórmese una voz del genitivo, ó únase el artículo posesor con la voz á quien se solia aplicar, y supóngase á esta palabra compuesta en caso recto. Hé aquí formada una palabra distinta de aquella que anteriormente era signo del ente ó cosa representada por la voz que en su caso solia recibir el carácter posesor. Hé aquí un bello modo de hacer que la voz primitiva pase á ser derivativa; hé aquí un epiteto posesivo de dominio y muy análogo con su signado formado de una vococita ó partícula destinada antes para denotar el dominio ó señorio de los entes, á cuyos signos se solía aplicar.

El idioma que presentamos como primitivo al fin de estos discursos, forma sus posesivos de dominio con esta bella filosofía. La antigüedad de este idioma es remotísima; la analogía de las voces con sus signados muy placentera, y necesariamente ha de ser deliciosa al que se dedica al estudio contemplativo del mecanismo de los lenguajes esta diferencia de posesivos.

La segunda especie de estos epitetos no presenta en su formacion mayor dificultad. El hombre sabe que la *olla* por ejemplo, hace fun-

ciones de posesor, porque contiene dentro de su ámbito la cosa de que se le finge poseedor, v. g., de la carne. Su idea por lo mismo es dar á entender el ámbito ó recinto en que se halla comprendido el signado del nombre á quien se ha de aplicar la voz posesiva, v. g., cuando yo digo *el vino de la botella*, mi idea es el dar á entender el parage, recinto ó ámbito en que se halla encerrado el vino de que quiero hablar. De aquí se conoce que el instinto habia de buscar una letra, sílaba ó vocecita que naturalmente indicase el ámbito, circunferencia, ó recinto, y no hallo en el órgano de la voz otra palabrita más propia y acomodada á este efecto que la sílaba *co*, pues su accion formadora es circular, extendida y ovalada: de modo que pospuesta esta palabrita á la voz que significa el lugar ó parage, y sustituida en sus casos por su afin *go*, recibia el idioma primitivo todo cuanto le era necesario para el uso de los innumerables posesivos locales, enriqueciéndose con ellos sobre manera.

No dejamos de tener en las lenguas posesivos locales de esta formacion: la griega, latina y sus hijas nos presentan un número copioso de ellos. *Escolástico, doméstico, físico, áulico*, etc., son testigos de esta verdad, á que no perjudica el que con estas voces entendamos las diferentes clases á que corresponden los signados de las voces primitivas. Ultimamente esta formacion es de una bella analogía con lo que queremos representar: su uso es constante en el idioma que presentaremos por primitivo al fin de estos discursos, y determinada en ellos la significación local sin que pueda confundirse con idea alguna que sea diferente de la localidad á que son destinados estos epitetos por su formacion.

La tercera clase de posesivos, es aquella en que atribuimos la partícula *posesor* á la voz cuyo signado prestó materia á la formacion de la cosa indicada por el sustantivo, á quien aplicamos el epiteto posesivo. Cuando decimos *la casa de piedra, la hevilla de plata*, caracterizamos á la *piedra* y á la *plata* con la partícula posesiva *de*, porque la piedra es la materia con que se hizo la casa, y la plata aquella con que se formó la hevilla. No dejan de tener los idiomas esta especie de epitetos posesivos. El *petreus, lapideus*, etc., de la lengua latina nos hacen ver esta verdad; pero son confusos en ellos, pues las mismas terminaciones sirven para darnos á entender las voces patronímicas contra la claridad de ideas tan necesaria en el uso de los idiomas, y no podemos persuadirnos á que la lengua primitiva se hubiese hallado afeada con esta imperfeccion. Procuremos, pues, averiguar cual hubiese sido en ella la terminacion formadora de estos epitetos.

Siendo estas voces unos epitetos posesivos de materia, no podemos dudar que el hombre quiere indicar por medio de ellos al mismo tiempo la materia, de donde proviene la cosa y la localidad de ella, esto es, el parage ó el ente en que se halla esta materia formadora: de mo-

do que la terminacion de los posesivos de materia, habia de indicarnos dos ideas: una de la proveniencia ú orígen de la cosa, y otra de la localidad. Es visto, pues, que el hombre formaria las partículas ó terminaciones en este caso de una terminacion que indicase orígen ó proveniencia, y otra que nos indicase la localidad. Esta terminacion sería bellísima, muy análoga con su signado y placentera al filósofo investigador del orígen de las lenguas. La sílaba *co* sería una de las partes constitutivas de esta terminacion por ser sílaba destinada, como queda dicho, á indicar la localidad y la característica de orígen y proveniencia sería la segunda, esto es, una característica que equivaliese al *de* de ablativo de los castellanos, franceses, italianos, etc.

Tal es, pues, la terminacion con que forma el idioma que presentamos como primitivo, sus epítetos posesivos. La primera parte de esta terminacion es una característica de orígen ó proveniencia: la segunda es la sílaba *co*, de que hemos hablado, de modo que nos hallamos persuadidos de que en lo que respecta á la formacion de estas tres clases de posesivos, no hallarán los filósofos defecto alguno que desdiga ó se oponga al título de primitivo con que lo hemos condecorado.

MINISTERIALES.

Por voces ministeriales entendemos aquellos epítetos por medio de los cuales damos á entender en el uso de los idiomas el oficio, funcion ó ministerio á que se dedican los hombres en la sociedad.

Parece que estas voces no tuvieron orígen hasta el descubrimiento de las artes y de las ciencias que dieron á los hombres sus diferentes destinos, haciendo que los unos se dedicasen á este oficio, los otros á este otro. Sin embargo, es innegable que el mundo primitivo hizo uso de esta especie de voces. Aunque el hombre los primeros años del mundo no se dedicase á otras funciones que á las de labrador y pastor, eran suficientes estos dos ministerios para el uso de los epítetos que en ellos los distinguieron. El oficio pastoril tiene sus ministerios diferentes, así como el de labrador, ya con la diferencia de ganados que podian ser pastoreados, ya con los diferentes frutos á cuyo cultivo podia destinarse el labrador, ya últimamente por la necesidad de instrumentos necesarios en estos dos ejercicios y su elaboracion, á que no podian ménos de dedicarse unos individuos más que otros. Lo cierto es que el cabrero se distingue en el epíteto ministerial del vaquero, y este del ganadero, etc., de suerte que no podemos imaginarnos que en el mundo primitivo no se distinguiesen los pastores segun el cuidado que tenian de diferentes ganados, y los labradores segun los diversos frutos que cultivasen, y los oficiales que se dedica-

sen al trabajo de los instrumentos para el cultivo y el oficio pastoril segun la diversidad de estos instrumentos.

La dificultad está en averiguar el modo con que formaron los primeros hombres estos epitetos ministeriales. No tenemos dificultad en la voz primitiva de que se valdrian. Esta sería necesariamente aquella que indicase el objeto á que se destinaban los individuos de la sociedad, esto es, el nombre comun de aquel animal, fruto ó cosa que trabajaban, y á cuyo cuidado logro ó formacion se dedicaban. La voz *cabra*, por ejemplo, sería el primitivo de que se formase el epiteto ministerial que indicase la funcion de cabrero. La voz *burro* sería aquella de quien viniese el epiteto ministerial burrero, etc.

Lo cierto es que todos los idiomas hacen uso de estos epitetos ministeriales: es tambien constante que no podemos determinar la época en que se introdujeron estas voces, á lo ménos en aquellos idiomas cuyo origen se esconde en la oscuridad de los siglos más remotos, y es necesario confesar que tuvieron principio en la más distante antigüedad, en aquella época en que empezaron á distinguirse los hombres por sus diferentes funciones.

Las lenguas, por lo ordinario, son confusas en comunicarnos por sus epitetos ministeriales las diferentes ideas que podemos concebir y queremos comunicar de las distintas funciones á que se destinan los hombres en la sociedad. Unas mismas terminaciones sirven en ellas para diferentes ministerios y aun para distintos epitetos. Cuando en castellano se me dice *hornero*, no sé si se me habla de un hombre dedicado á hacer hornos, ó de aquel que se emplea en cocer el pan ú otra cosa. Veo tambien que la terminacion *ero* se halla empleada para la formacion de los epitetos locales como se vé en las voces *picadero, lavadero*, etc., y no puedo persuadirme de que el idioma primitivo se manejase con esta confusion.

Hallamos en la naturaleza misma de las funciones á que se dedica el hombre motivos muy óbvios de diferenciar al hombre funcionario. Nos consta que el ministerio de unos es hacer la cosa que les da el nombre de tales funcionarios como *el zapatero, el ollero, el sombrerero* que hacen el *zapato, la olla* y *el sombrero*: otras veces el funcionario no hace la cosa que indica el primitivo de quien ha de formarse la voz ministerial sino cuida de la tal cosa como el *cabrero, vaquero, portero*, que no hacen á la cabra, á la vaca, ni á la puerta, sino que cuidan de estas cosas. Vemos tambien que algunos se dedican á este ó el otro ministerio por temporada ó por diversion como el *guerrero, bailarin, coplero*, etc. Vemos igualmente que muchos ministerios no son corporales sino de espíritu, y exije la claridad de las ideas el que tengamos en el uso de los idiomas diferentes voces ministeriales. por lo mismo creemos que el idioma primitivo habia de valerse de esta diversidad. Lo cierto es que un idioma de esta naturaleza sería mirado por los literatos con la mayor complacencia por la claridad y dis-

tincion con que presentaba en la social correspondencia estos diferentes ministerios. Discurramos sobre las terminaciones ó vocecitas que adoptaria el hombre para la formacion de estos epitetos ministeriales.

Por más antiguas que hubiesen sido estas voces, habian de preceder á ellas los verbos, y su uso diferente ó inflexion. Esta consideracion y la de que los diferentes ministerios á que se dedicaron los hombres desde los tiempos más remotos consistian necesariamente en accion, nos persuade que todas las expresadas terminaciones tuvieron su orígen en los verbos. Veamos cuáles serian estos, y cuáles las terminaciones que de ellos se formarian para diversificar las cuatro clases de epitetos ministeriales.

El primer ministerio consiste en hacer aquellas cosas que dan al hombre el título de oficial, y el verbo *hacer* parece debia prestar la terminacion á la palabrita formadora de esta clase de epitetos ministeriales, de modo que resultase posponiendo esta terminacion al signo de la cosa que era hecha por el tal oficial: v. g. si el zapato, sombrero ú olla eran las cosas á cuya elaboracion se dedicaba el hombre, estas voces habian de ser las primitivas, y el verbo *hacer* habia de dar la terminacion. Lo cierto es que todos los idiomas nos dan á entender manifiestamente esta verdad. Cuando el hombre quiere comunicar la funcion ú oficio á que está dedicado un consócio, individualizando por esta funcion á dicho consócio, se vale de estas ú otras expresiones semejantes: *uno que hace rosarios, uno que hate tal ó tal cosa, me dijo*, etc., de donde es visto que el impulso natural nos lleva á estas expresiones, y que naturalmente nos hallamos inclinados á formar esta clase de epitetos ministeriales por medio de la cosa que se elabora y el verbo *hacer*; de modo que aquel idioma que dedujese de este verbo la terminacion formadora, y uniéndola con el signo que representa la cosa hecha por el funcionario, á más de distinguir esta clase de ministerio de todas las demás, diferencia en la misma clase otras tantas cuantas son las diferentes cosas á cuya factura se pueden dedicar los hombres, distinguiendo de este modo á los zapateros de los sombrereros, á estos de los manguiteros, á estos de los guanteros, etc., etc., etc.

Esta bella invencion de epitetos no puede ménos de ser placentera al filósofo, ya por la simplificacion de ideas que resulta de ella, ya por la economía singular que acarrea á los idiomas, sin que puedan dudar que una lengua manejada con esta filosofía, ó ha de ser primitiva, ó formada por una nacion de hombres discursivos. Tal es, pues, el lenguaje que presenta nos por primitivo. Reconózcase en su lugar, y se verá formada por él esta clase de epitetos con la figura y analogía que llevamos demostrada, constituyendo una sola voz con el signo que representa la cosa trabajada por el oficial y terminacion deducida del verbo hacer. Pasemos á la segunda clase.

La segunda clase de funcionarios es aquella en que el hombre no hace la cosa, sino que la cuida y dirige como son los *cabreros*, *vaqueros*, etc., y por lo que he nos dicho en el párrafo antecedente la terminacion formadora de los epitetos ha de deducirse del verbo *cuidar*, formándose estas voces del mismo modo que las anteriores, por ser los mismos los impulsos naturales que nos llevan á esta formacion. Si queremos individualizar á un hombre por su funcion ó ministerio, siempre que consista este en cuidar ó guardar alguna cosa, prorumpimos en las naturales expresiones siguientes: *el que guarda ó cuida de tal ó tal cosa*; de modo que si un idioma incluyése en una sola voz todas estas expresiones, cada cual en su clase, á más de ser económica sobremanera, sería tambien muy filosófica en la formacion ó union de ideas y su combinacion, sin que pudiese dudar el filósofo de su gran perfeccion en esta parte. Así se conduce, pues, nuestro idioma primitivo, como podrá verse al final de estos discursos.

La tercera clase de funcionarios en la sociedad es aquella en que el hombre no ejerce sus funciones como un oficio á que se dedica, formando en él, si así se puede decir, su estado, quiero decir, tomando dicho oficio para siempre, sino por temporada ó por pura diversion como sucede en los ejercicios de diversion y en aquellas funciones que son temporáneas, como la guerra, el baile, paseo, juegos, etc. Este hombre, dedicado á estos ejercicios, cuida de ellos y emplea su atencion en estos ministerios y muestra inclinacion á ellos; por lo mismo parece que la particula formadora ha de deducirse del verbo *inclinar* ó hallarse propenso á estos ministerios. Tal es la prueba que nos dan todos los idiomas. Decimos que Pedro es inclinado al baile, al juego, al paseo, á la guerra, etc.; pero no decimos que Pedro tiene el oficio de bailarin, de jugador, etc., de suerte que un idioma que formase las ideas diferentes de estas expresiones en una sola voz, formándola del signo de la cosa á que uno era inclinado, y de la terminacion ó palabrita deducida del verbo *inclinarse*, sería placentero al literato, sería económico, sería análogo, sería perfecto en esta parte. Véase nuestro idioma primitivo, y en él esta clase de epitetos ministeriales.

La última clase de ministerios es aquella en que el hombre se dedica á una pura accion, sin que resulte de ella otro efecto que la misma accion, quiero decir, otro efecto que constituya un ente nuevo, y que dicha accion constituya oficio, funcion, empleo ó ministerio. En este caso el primitivo habia de ser el signo de la accion, y la terminacion una de aquellas que llamamos participal, esto es, una de aquellas por medio de las cuales acostumbran los idiomas á hacer que pasen los verbos á tomar el estado de nombres ó epitetos. Tales son las voces *doctor*, *lector*, *veedor*, etc., y estas y otras iguales en diferentes idiomas serian bellísimas, sino saliesen de sus límites, quiero decir, si constantemente se empleasen en hacernos ver las funciones á

que estaban destinados los hombres en la sociedad; pero miserablemente se extienden á las funciones de epitetos frecuentativos, esto es á representarnos la frecuencia de dichas acciones ó el hábito que ha contraido en ellas el sujeto á quien se aplican. Véase la figura con que hace uso de estos epitetos nuestra lengua primitiva.

CONTENCIOSOS.

El hombre, inclinado por naturaleza á procurarse todo género de comodidades, se veria desde el mundo primitivo impedido en ellas por un sinnúmero de accidentes, de los cuales la mayor parte provendrian de sus consócios. Deseoso de conseguirlas, pondria en ejecucion cuantos medios juzgase imaginables, valiéndose sobre todo de la fuerza. El primer uso que de ella hiciese daria orígen á la contienda, y era ya una verdadera guerra. Estas guerrillas ó contiendas se aumentarian de dia en dia, y el hombre, amigo de vencer, inventaria las armas que fuesen más proporcionadas para la victoria. Al principio se usaria de empujones, cachetes y luchas. El vencido no volveria á estas acciones en que no podia tener esperanza de buen éxito. Querria pelear desde léjos, y buscaria los medios de conseguirlo. Las piedras y los palos le daban armas para ello, y, en fin, segun las necesidades, se irian inventando nuevos modos de luchar entre los hombres.

Lo mismo sucederia acerca de los animales en lo que respecta á sus comodidades y bienestar; con la diferencia de que estos no usarian de otras guerras, contiendas ni armas, sino de aquellas que le concedió naturaleza para la conservacion de su ser. Sin embargo, desde la más remota antigüedad se presentaban al hombre un sinnúmero de contiendas y un bello campo para enriquecer su idioma con un sinnúmero de voces ó epitetos contenciosos. Con inventar una terminacion contenciosa aumentaba las voces de su lenguaje en un número incalculable. Hé aquí el modo. Observando los diferentes modos con que peleaban los irracionales, hallaria una inmensidad de voces primitivas para formar otros tantos epitetos contenciosos. Veia que los ganados lanares peleaban á *lope*, y con esta voz y la terminacion contenciosa, podia formar un epiteto que indicase esta pelea, y recurriendo á las armas que naturaleza concedió á los diferentes animales, haria que resultase con la expresada terminacion una nueva voz, un nuevo epiteto. Los picos, las zarpas de las aves, las uñas, las garras, los cuernos, las cabezas, los dientes, los hocicos, en una palabra, todas aquellas partes del cuerpo que á los irracionales servian de armas para sus peleas, serian otras tantas voces primitivas para la formacion de dichos epitetos, y el hombre solo presentaria por

los innumerables modos y armas con que se valia en sus contiendas, un campo dilatado á la derivacion.

El puño, el empellon, la hacha, la piedra, el garrote, la onda y qué sé yo que otros sinnúmero de modos y armas no presentarian elementos primitivos para la formacion de nuestros epitetos? Lo cierto es, que un idioma que por este medio diversificase las contiendas de los hombres y de los brutos, sería no solo más abundante en voces, sino tambien más ecónomo, más preciso, ménos confuso en la comunicacion de ideas y más placentero á los literatos, y por consiguiente reputado por ellos en esta parte más perfecto que todos los demás que no hiciesen uso de esta bella formacion ó no la hiciesen con aquella extension correspondiente.

Estas reflexiones nos obligan á creer que los epitetos contenciosos pudieron tener lugar desde la más remota antigüedad, y que en efecto hizo uso de ellos el primitivo idioma nos lo asegura la práctica de las naciones. En todas ellas hallamos este género de voces aunque sin aquella extension que es correspondiente á la claridad de las ideas, quiero decir, sin que hallemos en los idiomas ó su uso todos los epitetos contenciosos que individualicen las muchas y particulares contiendas que observamos en los hombres y los brutos; pero felizmente nuestra lengua primitiva tiene tantos epitetos contenciosos, cuantas son las diferentes peleas que conocemos y una bella disposicion para formar cuantas pueden conocerse de nuevo.

NUMERALES.

Por numerales en el uso de los idiomas entendemos aquellas voces con que señalamos el número de las cosas, como *uno*, *dos*, *tres*. Son de diferentes maneras, y los distinguen los gramáticos con los nombres de cardinales, ordinales, colectivos, multiplicativos, distributivos, copulativos y partitivos. Hablaremos de cada una de estas familias separadamente.

NUMERALES CARDINALES.

Numerales cardinales son aquellas voces por medio de las cuales dámos á entender el número de individuos de una especie, de quienes queremos hablar, como *seis*, *veinte*, *treinta*. Cuando decimos *veinte hombres*, no comprendemos en el concepto comunicado á toda la especie humana, sino á veinte unidades, esto es, á veinte individuos de ella.

Llámanse cardinales, por que de ellos se derivan todos los demás por medio de ciertas partículas ó terminaciones, y podian llamarse tambien numerables primitivos. Su orígen es tan antiguo, que hubo de conocerlos necesariamente el hombre primitivo. La comunicacion humana no podia verificarse sin el auxilio de estas voces. Hagámoslo ver con una corta reflexion.

El hombre criado necesariamente en sociedad, esto es, siendo dos los primeros hombres, él y ella habian de comunicarse entre sí desde el mismo instante de su creacion, como lo hicimos ver en el discurso primero, justificando que su lengua ó idioma fué natural.

Los objetos que se presentaron por primera vez á sus sentidos, é imprimieron su idea en el alma, darian motivo á la primera comunicacion. De estos objetos el primer comunicado habia de ser el que más movilizó la voluntad á la comunicacion. Para esto era preciso dirigir la atencion del consocio hácia aquel parage, donde se hallaba el objeto que habia de comunicarse. Esta operacion no podia verificarse sin que este consocio dirigiese los rádios de su vista en línea recta hácia el expresado objeto. No se podia ocultar al que hablaba esta necesidad, y su instinto buscaria en la boca y en la accion ciertos signos con que le pusiese á su compañero en disposicion de dirigir su vista hácia dicho parage. Estos signos habian de ser análogos á su pretension y en seguida lineales.

Esta reflexion nos persuade que la voz que proferiria seria el sonido de la *i*, única letra lineal que presenta el alfabeto de las naciones ó mejor de la naturaleza, y que la accion seria igualmente lineal y demostrada con el dedo índice: lo cierto es, que aun hoy usamos de esta accion, cuando queremos que nuestros consocios fijen su vista en un objeto determinado. Hé aquí la necesidad de la numeracion: hé aquí la precision de individualizar el ente y mostrar su unidad: hé aquí una voz numérica, un *uno*.

Reflexiónese sobre el geroglífico con que en todos tiempos se nos ha figurado así la letra *i*, como el numeral *uno*, y no podremos ménos de confesar que la raya ó línea con que se nos dan á entender, tuvo su orígen en la accion así oral como corporal, con que naturaleza configuraba la línea, con que se queria demostrar la unidad de un objeto. En efecto, todas las naciones forman la letra *i* como una raya ó línea, y esta misma figura es la que nos da á entender el numeral *uno*, sin que podamos persuadirnos que sea efecto de una pura casualidad el haberse uniformado en la escritura la *i* letra con la *i* unidad.

Fijada ya la voz, la accion y el geroglífico con que se dió á entender el numeral *uno*, tenemos á mano la invencion del numeral *dos* en la voz, en la accion y en la escritura. Este numeral tuvo lugar por primera vez cuando el hombre se vió obligado á comunicar dos objetos, ó dos unidades, esto es, dos entes de una ó diferentes especies. Estos entes ú objetos se hallarian colocados en distintos parages, y se

hacía preciso el dirigir dos líneas diversas, una hácia el objeto *a*, otra hácia el *b*. Para esto era suficiente en la voz la formacion de dos *ii* pronunciadas distintamente, y dirigiéndose el aliento del proferente ya al uno, ya al otro objeto que se queria dar á entender. Esto mismo sucederia respecto de la accion. Con el mismo dedo índice se mostrarian los dos objetos; pero el dedo indicaria dos diferentes líneas ó direcciones, una hácia el ente *a*, otra hácia la *b*. De aquí vino el indicar en la escritura el número dos con dos rayas ó líneas de esta manera II.

Este modo de indicar la dualidad de los entes por medio de la voz y la accion, aun que muy propio y natural para cuando los objetos se hallaban presentes, no podia tener lugar en su ausencia como que ya no eran demostrables. La accion añadiria al dedo índice otro dedo, y la muestra de estas dos unidades aplicada á la voz que significaba el ente, demostraria su dualidad. Este modo con que se conduciria el instinto del hombre en la accion nos da á entender el medio que habia de adoptar en la voz, y que así como en la accion añadió al dedo índice nota de unidad otro dedo diferente, añadiria en la voz á la letra *i*, nota igualmente de unidad otra letra diferente. Esto mismo se ejecutaria para significar el número *tres*, así en la accion como en la voz: la accion presentaria tres dedos y la voz tres letras.

En los números romanos se observa este modo de indicar el *uno*, el *dos* y el *tres*, y su orígen trae este modo de escritura del de la indicacion de los entes, cuando estos se hallan presentes. Las cifras ó numerales que llamamos árabes, tuvieron su orígen en la numeracion de objetos ausentes, esto es, en la union de unidades. Obsérvense estas cifras y se verá que el dos se forma con dos líneas de esta manera 2, y el tres de esta otra 3; en que reparamos tres líneas, esto es, una figura de la letra *m* colocada de esta ó la otra manera segun la diversidad de los tiempos.

El número *cuatro* se daria á entender en la accion por cuatro dedos, y en la escritura por cuatro rayas ó líneas separadas como en esta figura IIII, ó formando un cuadro como en esta otra  Lo cierto es, que el número 4 de los árabes nos quiere persuadir este hecho así como la voz ó palabra con que da á entender este número la lengua que presentaremos por primitiva al fin de estos discursos.

El número *cinco* en la accion se indicaria con cinco dedos, esto es, con todos los dedos de una mano. Esta congetura es fundadísima: ya por la voz con que indican varios idiomas antiquísimos el numeral *cinco*, ya por la figura con que se nos da á entender en las cifras romanas y árabes.

Las lenguas *Betoi*, *Bilela*, *Guarani*, *Jarura*, *Lule*, *Maipure*, *Tamanaca*, y *Zamuca* se valen del nombre de la mano para dar á entender el número *cinco*. Hé aquí las voces con que lo indican:

Lenguas.	Cinco.	Significacion.
Betoi.....	Rumococo.....	Mano.....
Bilela.....	Isignisle yaaguit.....	Dedos unidos.....
Guarani.....	Po-petei.....	Una mano.....
Lule.....	Is-alapea.....	Mano una.....
Jarura.....	Canücchimo.....	Una mano sola.....
Malpure.....	Papeta-erri capiti....	Una sola mano.....
Tamanaca.....	Amñaitone.....	Mano entera.....
Zamuca.....	Chuena yimanaite....	Acabada mano.....

Estas mismas lenguas por el numeral *diez* dicen *dos manos*, por el *quince dos manos y pié*, y por *veinte*, *manos y piés* y tambien un hombre; de modo que esta numeracion es muy natural, y no puede ménos de ser plácentera á los literatos, como que és muy análoga al primer modo de contar que hubo de ser por dedos.

Los caractéres con que indican el número *cinco*, así los guarismos romanos como los árabes, nos presentan un geroglífico muy propio para indicar la mano extendida, como que la primera forma la figura siguiente V, y la otra esta 5. La figura del cinco en las cifras arábigas denota una mano ó palma con su muñeca: al romano le falta esta última circunstancia, y por lo mismo me hallo persuadido que esta figura se formaria con cinco líneas de esta manera  , y que los rádios centrales se omitirian por razon de la economía. El nombre que dá al numeral *cinco* la lengua que presentamos por primitiva al fin de estos discursos, me hace creer que esta figura en su orígen se hallaria cabizbajo, esto es, con los rádios dirigidos al revés en la forma siguiente  . Véase lo que decimos en este parage.

Sin embargo de la propiedad que se registra en estas figuras del número *cinco*, creemos que no serian el primer geroglífico con que se indicó este numeral, y que el hombre lo indicaria con cinco rayas distintas y separadas de esta forma IIIII. Lo cierto es, que aun hoy los taberneros, molineros y demás gentes de trato, usan de este modo de numerar por unidades sueltas, cuando no están instruidas en la formacion de los guarismos, añadiendo rayas á rayas, que seria el primer modo de retener ó trasladar á la posteridad el número de cosas que se querian indicar. Volvamos á nuestros geroglíficos numerales romanos y árabes.

Desde el número cinco hasta el nueve inclusive se añadirian unidades sueltas al geroglífico del número cinco, y llegando al diez se unirian entre sí dos cincos, quiero decir, dos figuras de mano, esto es, dos V V consonantes, y de aquí resultó el geroglífico del número *diez* en las cifras romanas, que es el siguiente X. Los árabes no han hecho uso de esta union; pero nos persuaden á este modo de pensar el nombre de dos manos con que dan á entender el número *diez* las lenguas que van nombradas arriba, y mucho más el nombre con que indica

este número el idioma que presentaremos como primitivo, llamando al diez *enlace* ó *union*.

Desde el número diez hasta el catorce inclusive, se añadirian á este geroglífico unidades separadas, y llegando al número quince se uniria otra figura de mano al geroglífico del diez, ó separada de él como en esta figura XV usal entre los romanos ó unidas entre si como en la siguiente V aunque no tengo noticia de esta figura.

Como el número 20 es aquel á que podia subir el hombre primitivo en la numeracion de las unidades que por medio de sus dedos le presentaban las manos y los piés, nos hallamos persuadidos que este número así en la voz como en la figura que lo indicase, habia de denotar la superioridad ó la mayoria entre todos los números. Su figura al parecer habia de ser de cuatro manos unidas, esto es, una cruz formada ovalarmente, quiero decir, con dos líneas iguales, para que formase por todos los lados que se le mirase una *V* consonante, ó un número *cinco* de los romanos de esta manera +. En esta figura hallamos mayor analogía que en la que nos forman los romanos con dos *dieces* de esta manera XX, y los árabes con el número *dos* y el cero pospuesto, esto es, con el 20; pues estas cifras corresponden á la contaduria decenal, esto es, á aquella contaduria en que el número *diez* es regente.

No me disgustan las naciones que para indicar el número *veinte* por medio de la voz, usan de las siguientes expresiones—*un hombre*—*todo un hombre*—*un hombre entero*—*manos* y *piés*, dando á entender que es un número que comprende todas las unidades que pueden contarse en todo el hombre, esto es, en todos los dedos de sus manos y piés. Sin embargo es más análoga, más propia y más filosófica aquella lengua, que para dar á entender el número *veinte*, usa de las expresiones *lo más alto*, *lo superior*, *aquello á que puede subirse más*; y tal es la voz con que indica á este número mi lengua primitiva, como se puede ver al fin de estos discursos.

El *cuarenta*, *sesenta*, *ochenta*, etc., se figurarian por la dicha cruz indicando las veintenas por las unidades ó rayitas colocadas en uno de los extremos superior ó inferior de dicha cruz. El *cuarenta* por ejemplo, se indicaria así $\overset{\text{II}}{+}$: el sesenta de este modo $\overset{\text{III}}{+}$: el ochenta de este otro $\overset{\text{IIII}}{+}$. Así lo indica el nombre que dan varias naciones á estos números llamándolos *dos hombres*, *tres hombres*, *cuatro hombres*, etc., *dos*, *tres*, *cuatro manos y piés*: *dos veintes*, *tres veintes*, *cuatro veintes*, etc. El número *ciento*, el *mil* y el *millon* que quiere decir el *millazo* como compuesto del primitivo *mil* y terminacion aumentativa *on* parece que no tuvieron lugar en el mundo primitivo, y son invenciones modernas; á lo ménos el *mil* y el *millon*, cuya numeracion no nos parece necesaria en el corto uso que del comercio tu-

vieron los primeros hombres y á lo más llegaríamos á creer que conocieron la centena en el uso del ejercicio pastoril para la numeracion de las ovejas que cada cual apacentaba; pues conocemos que este mayor ó menor número de ganados fué la causa de haberse introducido entre los hombres la antiquísima diferencia de pobre y rico, como lo indica la voz con que llama al rico nuestro idioma primitivo, que traducido literalmente quiere decir *abundante en ganados*. Véase este idioma al fin de estos discursos.

La figura con que se geroglificaria la centena á nuestro modo de pensar, sería formando una figura llena de rádios ó unidades ligadas unas con otras á manera de una estrella radiosa, esto es, en esta forma ✳ Así nos quiere persuadir el nombre que da á la centena nuestro idioma primitivo, llamándola con una voz que literalmente quiere decir *conjuncion* ó *union de líneas, fibras* ó *rádios*, ó mejor, *union de hilitos*.

Los numerales de quienes hemos hablado hasta aquí se llaman por los gramáticos *cardinales*, porque de ellos se forman todos los demás de que hablaremos en capítulos separados.

NUMERALES ORDINALES.

Por numerales ordinales entendemos en el uso de los idiomas aquellas voces por medio de las cuales conocemos en qué grado, órden ó colocacion se halla el ente de quien hablamos, quiero decir aquellas voces que nos dan á entender cuantos son las unidades que preceden en órden á dicho ente, como *primero, quinto, octavo*. Cuando decimos *el tercero de los soldados*, queremos decir que este soldado tiene sobre sí dos individuos.

Es tan comun en los idiomas el uso de estos numerales, que no podemos ménos de persuadirnos que su orígen tuvo lugar en la más remota antigüedad. En efecto, no es creible que desde la primera poblacion del mundo no se viese el hombre precisado á poner los entes en órden. La mayor ó menor edad de los individuos de la especie humana: la diferencia de épocas en que nacieron los hermanos, la mayor ó menor antigüedad que tenian las chozas en que vivian las familias y otras innumerables ocasiones de referir el órden, la antelacion ó postergacion de entes, pasando estos del número *tres* hacian necesario el establecimiento de los numerales ordinales. Tres hermanos, por ejemplo, podian distinguirse con los epítetos *mayor, menor y mediano*; pero pasando de aquí, entraba la necesidad de diferenciarlos por los numerales *primero, segundo, tercero, cuarto*, etc.; de modo que no podemos dudar razonablemente que el uso de estos numerales se conoció en los primeros pasos del mundo. La dificultad

está en saber cual sería el medio qúe adoptarian los hombres para su formacion. Descubramos nuestro modo de pensar.

No tenemos duda en las voces primitivas que servirian de radicales á esta formacion. Es constante que estas voces habian de ser los numerales cardinales, y este dictámen se halla apoyado por el mismo nombre con que los distinguen todas las naciones. Cardinal es un epiteto que quiere decir tanto como quicial, fundamental, radical, ó una cosa en que se halla estribada otra; de suerte que en este particular se hallan conformes todos los literatos. La dificultad consiste en saber cuál fué la terminacion con que dieron los primeros hombres el carácter de ordinales á los numerales cardinales. Reflexionemos y veamos la idea que quiere comunicarse por medio de estas voces, y ella nos dirá el medio adoptado por el instinto para la formacion que nos ocupa.

Cuando el hombre aplica el numeral ordinal á un nombre que llamamos sustantivo, su idea es darnos á entender cuantos son los individuos que se hallan sobre el signado representado por dicho nombre. Si se nos dice que Pedro es el quinto de los canónigos, se nos quiere decir que desde él inclusive hasta el decano hay cinco individuos, esto es, el mismo Pedro, el decano y otros tres que se hallan entre dicho Pedro y el decano. De aquí se deduce que el instinto echaria mano de una voz que indicase esta superioridad que tenia sobre sí el individuo de quien se hablaba; de modo que esta terminacion indicase que el tal sujeto era el tercero, cuarto ó quinto, empezando á contar los individuos desde aquel que hacia las funciones de presidente, jefe ó cabeza de los individuos en colocacion.

Un idioma que se valiese de una terminacion de esta naturaleza, sería delicioso al filósofo: sería propio, sería análogo, sería filosófico, sería, en fin, digno del título de primitivo. Tal es, pues, el idioma que presentamos al fin de estos discursos como primerizo. Este lenguaje se vale de una terminacion ó vocecita que literalmente significa el *más superior*, de modo que unida esta terminacion con el numeral cardinal *cuatro*, quiere decir *cuatro el más superior*, esto es, que el más superior al individuo á quien se aplica este epiteto, es el cuarto, empezando á contar desde el mismo individuo hasta el decano.

NUMERALES COLECTIVOS.

Toda voz que nos dá á entender su signado por las unidades que comprende ó vale la tal cosa, es llamada numeral colectivo, como la *octava*, la *quintilla*, el *terceto* en la poesía: el *ochavo*, el *cuarto* en las monedas; el *dieziocheno*, *veintidoceno* en los paños: el *tres*, el *cinco*,

el *siete* en los naipes: el *quinteo*, la *décima* en las distribuciones ó suertes, etc.

Puede decirse que estos numerales no se distinguen de los copulativos, de quienes hablaremos despues; pues unos y otros nos indican un cierto número de unidades copuladas, congregadas y como unidas en un mismo ente. Sin embargo, nos ha parecido deberlos distinguir y colocarlos en capítulos separados, porque los copulativos indican las unidades colocadas en otros tantos ramos que salen de un mismo tronco, esto es, del signado de la voz á quien atribuimos estas unidades como cuando decimos *una mata de clavel de tres, cuatro ó mas flores: un tronco de árbol de dos ó tres ramas*; pero los colectivos no son así, esto es, no indican ni suponen unidad de tronco y diversidad de ramajes, sino el valor de las unidades que se da á los entes a quienes se les atribuye. El *cuarto*, por ejemplo, se llama así en las monedas, no porque sea en su figura un tronco de que salen cuatro ramificaciones, sino porque tiene valor de cuatro maravedis.

Los idiomas distinguen estas dos especies por sus diferentes terminaciones. El latin usa de la terminacion *plex* para indicar los copulativos, como *duplex*, *triplex*, etc., y sus hijas de la *ble*, como *doble*, *triple*, etc., y para los colectivos se valen ó de las terminaciones ordinales como *octava*, *décima* en la poesía, veintidoceno en los paños, etcétera, ó de las características de posesion, como *moneda de dos, cuatro ú ocho maravedis: moneda de cinco, diez ó veinte pesos* etc., y observamos en estos idiomas alguna confusion de ideas.

El lenguaje primitivo que adoptaremos al fin de estos discursos, distingue con la mayor claridad los numerales colectivos de los copulativos por medio de terminaciones ó palabritas distintas propias y peculiares á cada uno de estos numerales. Esta claridad con que se explica, es muy apreciable, muy propia y económica, por lo que no dudamos que contribuye muchísimo á que se le contemple como el más perfecto en este ramo, y por consiguiente acreedor al título de primitivo.

NUMERALES MULTIPLICATIVOS.

Por numerales multiplicativos entendemos aquellas voces que nos dan á entender la idea de doblar el numeral cardinal, á quien se le anteponen otras tantas veces más, cuantas son las unidades de que se forma el numeral multiplicativo, como *dos veces* tres, *tres veces* seis, etcétera, de modo que por el numeral *doves*, ó *dos veces*, intentamos buscar en la primera expresion el numeral cardinal que résulta uniendo tres individuos con otros tres, esto es el numeral *seis*: del mismo modo por el *treves* ó *tres veces* de la segunda expresion intentamos

buscar un numeral que contenga tres seises, esto es, el número *diez y ocho*.

Conocido ya el ministerio de los numerales multiplicativos, no tenemos dificultad en hacer juicio de la terminacion que habia de adoptar el inventor de estas voces. Como su idea no era otra que la de hallar el número cardinal con quien se comparaba el multiplicativo otras tantas veces aumentado, cuantas eran las unidades que comprendia el primitivo, de quien se habia de formar la voz multiplicativa, no dudamos que obrando filosóficamente habia de buscar una terminación que indicase que en cada una de aquellas unidades se comprendia ó se hallaba un número que abrazase tantas unidades cuantas eran las comprendidas en el número multiplicado. Pongamos un ejemplo para mayor claridad.

Cuando un hombre dice *cuatro veces veinte*, el número multiplicador *cuatro veces* nos dá á entender que el tal hombre busca una cantidad que contenga tantas veintenas cuantas son las unidades del numeral primitivo *cuatro*, esto es, una veintena por cada una de las cuatro unidades, quiero decir, una voz numeral cardinal que equivalga á cuatro unidades de veintenas, es á saber el valor de cuatro veintes, de modo que este veinte se ha de hallar cuatriplicado en la tal voz, que es el *ochenta*.

Es visto, pues, que un idioma que usase para este efecto de una expresion que literalmente significase *en los cuatro veinte*, esto es, *en las cuatro unidades veinte*, daria un signo muy análogo á las ideas que queria expresar en esta frase. Tal es, pues, el idioma que presentaremos como primitivo al fin de estos discursos. Sus multiplicativos, traducidos literalmente, quieren decir: en cada uno de los tres, en cada uno de los cuatro, en cada uno de los cinco, ocho, veinte, treinta, segun sea el numeral cardinal que se quiera multiplicar: de modo que su terminacion formadora significa *en cada uno de*. Véase en su lugar el expresado idioma, y hallará el filósofo una finura placentera con que explica estas ideas.

NUMERALES DISTRIBUTIVOS.

Todas las voces que nos dan á entender el número de unidades en que se distribuye una cosa ó ente, se llaman numerales distributivos, como *de dos en dos, á cada cuatro*, etc. La mayor parte de los idiomas carece de estos distributivos, esto es, no tienen epítetos derivados con unidad de voz que los indiquen. Aunque el castellano con la expresion siguiente: *los frailes andan de dos en dos*, distribuye los individuos en porciones duales, lo hace por medio de ideas descompuestas, quiero decir, separando las ideas de las palabrita *de* y *en* de la

idea del numeral *dos*, cuando exigia la idea distributiva de los individuos indicados por la voz apelativa *fraile* una unidad que los ligase en el número distributivo, pues cuando decimos *de dos en dos, de tres en tres*, nuestra idea es formar porciones ó unidades de porciones que cada una de ellas comprenda dos, tres ó más individuos, y esta unidad porcionaria exige para su analogía la unidad de voz, esto es, una idea compuesta.

Infiérese de esto que los numerales distributivos en una lengua perfecta han de ser voces derivadas, esto es, una sola voz: pues solo así pueden tener analogía con la unidad de la idea compuesta que queremos comunicar por medio de ellos. El *bini, binæ, bina, trini, trinæ, trina: cuaterni, cuaternæ, cuaterna* de la lengua latina y otras, aunque son tenidas por numerales distributivos, no lo son. Estas voces son verdaderamente numerales, pero pertenecen á la clase de colectivos ó copulativos, como que por medio de ellas se nos dá á entender una cosa que tiene ó encierra en sí dos, tres ó cuatro diferencias. Poco es menester para entender esta verdad. El uso de la declinacion que en ellas observamos, es una prueba legítima de que no son numerales distributivos. Hagámoslo ver con una pequeña reflexion.

Un numeral distributivo no es otra cosa sino una modificacion del verbo ó accion de distribuir. Cuando digo que dí á cada soldado veinte cartuchos, mi idea es hacer vér el modo con que repartí numéricamente estas cosas, esto es, en porciones veintenas. Siendo, pues, modificaciones del verbo, no podemos dudar que han de ser adverbios, y que por lo mismo no pueden ser declinables, de donde se deduce que un idioma para ser perfecto en este ramo, ha de formar los numerales distributivos por medio de las terminaciones adverbiales.

A más de esta reflexion natural, favorecen nuestro modo de pensar varios adverbios que hallamos en los idiomas, y nos indican el modo de distribuirse las cosas. Tales son los adverbios latinos *paulatim, hostiatim, minutatim* etc.. con que se nos indica la distribucion ó modo con que se dividen ó separan las cosas. *Paulatim* nos dá á entender que la cosa se hace á pequeños trozos, esto es, que se anda á pasos separados ó morosos con cierta distancia de tiempo de uno á otro paso. *Minutatim* quiere decir á pequeñas porciones, esto es, á pedacitos como *frangere minutatim* romper, despedazar ó hacer de una cosa muchas porcioncitas pequeñas. *Gradatim* significa subir ó bajar de escalon en escalon, por lo que sería de desear que los latinos se valiesen con más frecuencia de este género de adverbios, formándolos de los numerales cardinales como *binatim* de dos en dos, *cuaternatim* de cuatro en cuatro, etc.

Estos numerales distributivos son todos ellos adverbios en el idioma que presentamos por primitivo, y su formacion parece muy legítima, muy propia, y por lo mismo digna de un lenguaje filosófico.

Daremos razon de las terminaciones de que se vale, reservando para su tiempo el extendernos en este particular.

Dos son las terminaciones de que hace uso nuestro idioma primitivo en la formacion de los numerales distributivos. La una de estas terminaciones es diminutiva: la otra ó es adverbial ó es accionaria. La primera de estas terminaciones es inseparable, y siempre acompaña al numeral primitivo, esto es, al numeral cardinal: las otras dos se usan con separacion, esto es, ó la una ó la otra y nunca las dos juntas.

No hay duda en primer lugar que la idea del que profiere estos numerales es dar á entender los individuos de una especie en números pequeños. Hé aquí una idea diminutiva. Es tambien constante que usa el proferente de estas voces para hacer ver el modo de la distribucion. Hé aquí una idea adverbial. Igualmente es constante la idea de la accion en estas expresiones, y hé aquí la belleza del uso de las terminaciones accionarias.

Un numeral formado de la terminacion diminutiva y de la adverbial ha de ser placentero al filósofo. Su significacion literal si el numeral primitivo es dos, equivale á la expresion castellana *en porcioncitas de á cada dos indiduos*: si es tres ó cuatro dicho numeral primitivo equivale á estas otras *en porcioncitas de á cada tres, de á cada cuatro individuos*. Si se forman los dichos distributivos con la terminacion diminutiva y la accionaria, su traduccion literal á la lengua castellana será la siguiente. Si el numeral primitivo es dos, tres ó cuatro *accion de dosecitear*, *tresciteár ó cuatrocitear*, quiero decir, de hacer dosecitos, tresecitos, cuatrocitos, esto es, para darnos más á entender, accion de formar porcioncitas de dos, de tres ó de cuatro individuos de la especie del signado que se reparte.

NUMERALES COPULATIVOS.

Por numerales copulativos entendemos aquellas voces con que damos á entender un ente con diferentes ramificaciones como *doble*, *triple*, *cuadruple*. Cuando decimos *un clavel doble*, nuestra idea es ó debe ser el comunicar un ramo de clavel con dos flores ó dos ramas unidas á un tronco con cada una flor, esto es, con cada clavel ó un clavel de doble número de hojas que el sencillo ú ordinario. Si decimos *una pension doble*, queremos comunicar que esta porcion se forma de dos ramificaciones, esto es, de dos pensiones iguales en su valor: una pension doble de doscientos ducados no es ya una pension de doscientos ducados, sino una pension á que concurren dos doscientos ducados: uno correspondiente á la misma pension, quiero decir, que proviene de la misma pension, otro que dimana de cierto favor particu-

lar, esto es, dos doscientos ducados que provienen de diferentes ramos y hacen una misma pension.

Esta es la idea que hemos de formar al oir los numerales copulativos: una idea compuesta de un ente ó tronco que consta de dos, tres ó más ramas ó individuos de una misma especie, quiero decir, de un ente o tronco y de dos individuos: *doble paga*: la paga es el tronco ó ente principal: hé aquí una idea: el cuanto de la paga no es el regular, es duplo y proviene de diferentes caminos ó ramificaciones: la una y la otra son pagas; pero la una le es debida al que recibe por su ministerio: la otra es una gracia: hé aquí la diferente ramificacion: hé aquí la segunda idea: hé aquí los individuos de una misma especie, esto es, de la especie de paga, quiero decir dos pagas, tres ó cuatro, segun sea el numeral primitivo ó cardinal de que se forma el copulativo.

Sin embargo de ser esta la funcion á que se hallan destinados los numerales copulativos, se hallan confusos los idiomas en estas voces, quiero decir, no nos dan en ellas estas dos ideas que acabamos de explicar, como corresponde, por medio de una terminacion doble que existe en nosotros y avive la inteligencia de la unidad del ente que queremos representar, y de la duplicidad, triplicidad de sus ramificaciones ó unidades dobladas ó triplicadas de que se forma dicho ente comunicado.

No sucede así en el idioma que presentaremos como primitivo al fin de estos discursos. Este bello lenguaje forma sus numerales copulativos en una sola voz, uniendo al numeral primitivo dos terminaciones. Con la primera nos hace ver la unidad del ente comunicado, valiéndose de una palabrita usada en su mecanismo para indicar la unidad, y con la otra la particion ó concurrencia de dos individuos ó porcioncitas que concurren á la formacion de dicho ente, de modo que en esta lengua son claras las dos ideas, esto es, la del ente ó tronco que constituye la unidad, y de la ramificacion que divide á este tronco ó ente principal en dos, tres ó más entes ó ramificaciones, esto es, en dos, tres ó más disminuciones, divisiones ó separaciones; de suerte que la primera terminacion denota el cuerpo íntegro del ente comunicado, y la segunda sus partes desmenuzadas. La primera terminacion une al ente, la segunda le divide ó separa. ¡Estupenda filosofía de los primeros inventores de nuestro idioma primitivo! ¡Campo dilatado y digno de la atencion de los literatos! ¡Prueba nada equívoca de la grandeza de nuestro ser y su sábio Criador! Léase esta parte del mecanismo de nuestro idioma con la debida reflexion.

NUMERALES PARTITIVOS.

Un numeral partitivo no es otra cosa que ciertas voces que nos dan á entender la parte ó porcion de que se compone un ente, ó cosa como la mitad, la tercia, cuarta, octava parte de una cosa. Son tambien partitivos numerales aquéllas voces que nos dan á entender la unidad individua que entra con cierto número de consócios á constituir un peso ó medida determinada, como *onza*, *libra*, *arroba*, etc., etcétera: de modo que cuando decimos *onza* en Castilla entendemos la 16ª parte de la libra: cuando decimos *libra*, entendemos la 25ª parte de una arroba, y cuando decimos *arroba*, la cuarta parte de un quintal. Lo mismo sucede en las medidas: una azumbre de vino es la 8.ª parte de la cántara; de modo que la onza es la unidad de la libra, quiero decir, que la libra tiene 16 unidades que llamamos onzas: la arroba 25 unidades que llamamos libras: la cántara ocho unidades que llamamos azumbres.

Estos numerales partitivos en sus principios hubieron de ser unos epítetos derivados de los numerales cardinales que comprendian otras tantas unidades, cuantas eran necesarias para constituir el peso ó la medida. Una octava habia de significar la azumbre cuando se hablaba de cántaras, y así es que aun hoy usan los castellanos de la voz *ochava*. Usamos tambien el nombre *ochavo* para dar á entender la moneda de dos maravedises, y quiere decir la 8.ª parte de los abos de que se componia este dinero, lo que nos hace ver el uso de ciertos dineritos con el nombre de abos, de los cuales eran necesarios ocho para componer el valor de lo que hoy llamamos ochavo. Lo mismo sucede con la voz diminutiva *cuartilla*, que hablando de vinos entendemos por la 4.ª parte de una cántara, esto es, por dos azumbres.

Sin embargo de esto, por numerales partitivos solo se reputan hoy la mitad, la cuarta, la tercia parte de una cosa cualquiera que ella sea, y corren como voces sustantivas la onza, libra, arroba, azumbre, etc. Pasemos á averiguar como formarian los numerales partitivos, los hombres que usaron de ellos por primera vez.

No hay duda que la idea que se quiere comunicar en estas voces es la de la unidad ó unidades que componen el número establecido para formar la unidad de un entero, esto es, para formar la arroba, la libra, la cántara, etc. Por lo mismo, el primitivo numeral de que se habia de formar el partitivo, habia de ser aquel que indicase las unidades de que se componia la medida, peso ó cosa, cuya parte queria indicarse. El número ocho por ejemplo, serviria de primitivo para formar los partitivos, cuando se hablaba de cántaras: el veinte y cinco

cuando se trataba de arrobas y el cuatro cuando fuesen quintales, de modo que la idea seria formar una voz con que se indicase la unidad que con otras unidades entraba á constituir el entero: v. g., una de ocho seria la voz que formaria el signo de la azumbre en las cántaras: una de 25, esto es, una parte de las 25 que constituyen la arroba, seria el signo para representar la libra. Contraigámonos á nuestro caso.

En nuestro supuesto el numeral partitivo es una parte del todo, esto es, una parte del número de aquellas partes que constituyen el todo entero, ó mejor *una cosa de muchas ó entre muchas*, esto es, una cosa de ocho cosas que componian, v. g., la cántara: una cosa de 25 cosas que componian la arroba.

Ahora pues ¿á qué terminacion recurriria el instinto para formar con el numeral primitivo el numeral partitivo? No puedo persuadirme á otra cosa que á creer que correria á buscar una característica de posesion, y otra de pluralidad. La de posesion para denotar que era parte de cierta medida, peso ó ente, y la de pluralidad para indicar que era parte individua de muchas consócias que concurrian á componer dicho peso, medida ó ente.

Tal es el dictámen de todos los idiomas. No hay uno que no use de estas características. El español por ejemplo, dice una de las ocho partes que componen tal ó tal cosa, una de las veinte, una de las cien, valiendose de la particula posesiva *de* y de la plural *los*, y así en todos los demás idiomas, de modo que aquella lengua que se valiese de estas terminaciones y de ellas formase una sola voz con el numeral primitivo, seria perfectísima en sus numerales partitivos.

Contemplad, españoles, vuestros centenas, decenas, dieziochenas, veintidosenas: procurad averiguar el origen de estas voces. Hallareis por primitivos los numerales ciento, diez, diez y ocho, veinte y dos, y averiguad de donde le teneis, ó de donde habeis recibido las terminaciones. Ellas son compuestas: indican dos ideas, una de posesion, y otra de propiedad. No teneis estas características en los idiomas que tanto admirais: no las tiene la lengua latina sino prestadas como no vosotros: no las tiene la griega, la árabe, la hebrea, la gola, etc., etc. En fin, despreocupaos alguna vez, y entrad al goce de las verdaderas glorias de vuestra nacion. Volvamos al asunto, y concluyamos diciendo que un idioma no puede ser perfecto en los numerales partitivos, 1.° sin que los forme de los numerales primitivos: 2.° sin que la terminacion formadora sea compuesta de dos características que indiquen la una pluralidad y la otra posesion: 3.° sin que de esta terminacion y el numeral primitivo forme una sola voz.

PRONOMBRES.

Por pronombres entienden los gramáticos aquellas voces que sin ser nombres suyos, nos indican aquellas personas que concurren en una conversacion como *yo, tú, aquel;* de modo que hemos de admitir tantas clases de pronombres, cuantas son las diferentes personas que pueden concurrir en la comunicacion de pensamientos ó en una conversacion. En ella observamos que hay una persona que habla ó en su nombre ó en el suyo y de otros. Ha de haber tambien otra ú otras personas á quienes se dirija el habla. Ultimamente han de concurrir ó pueden concurrir otros entes ó personas de quienes se habla. Entre estas tres clases de personas ó sugetos que concurren en la mútua comunicacion, la más noble es aquella que habla, y por lo mismo los gramáticos la han llamado primera persona, como *yo* en el singular, y *nosotros* en el plural. El segundo grado entre estas personas, goza aquellas á quien dirijimos el habla, y por lo mismo es llamada segunda persona como *tu* en el singular, y *vosotros* en el plural. Todas las demás personas, esto es, todos aquellos entes ó cualidades de quienes se habla, se llaman terceras personas.

De aquí es que los gramáticos aseguren que las personas sean tres, primera, segunda y tercera. Sin embargo, nos parece que este modo de explicarse es confuso, como que con él no se aclaran en debida forma las diferentes ideas que hemos de tener de las personas que han de concurrir á su comunicacion, esto es, á una conversacion.

Bien conocemos que estos han de hablar, han de oir hablar, ó han de ser de aquellas que han de dar materia á la conversacion ó comunicacion de ideas, y que por lo mismo solo debemos reconocer tres diferentes clases de personas; pero de aquí no se puede inferir que las personas sean solamente tres. Basta para falsificar esta general asercion el hacer ver que estas tres clases de personas tienen una subdivision legítima y natural, ya por la diversa localidad que ocupan ó en que se hallan colocadas, ya por la superioridad ó mayor dignidad que tienen las unas sobre las otras. Extendámonos algun tanto para mayor claridad.

La primera persona, esto es, aquella que comunica los pensamientos, es una sola ya respecto de la localidad, ya de la superioridad. Cuando oimos *yo*, sabemos por la misma voz quien es aquel que habla, y para nosotros no necesita de otra característica para conocer el lugar que ocupa ni la dignidad con que se halla revestida. Todo lo sabemos con saber que nos habla. Lo mismo sucede cuando oimos su plural, esto es, el pronombre *nosotros*; pues sabemos que los que ha-

blan son el que lleva la palabra y aquellos que están junto á él, ó realmente ó por medio del apóstrofe, de modo que respecto de nosotros basta un solo pronombre en esta clase. Tampoco ha de distinguirse este respecto ó en la boca del que habla. Bien puede ser superior en dignidad á aquellos á quienes habla y tambien á aquellos de quienes habla. Sin embargo, la natural modestia exige el que no use para indicarse de un pronombre cortés ó de dignidad, de donde se deduce que la primera clase de pronombres no admite por naturaleza subdivision alguna. Pasemos á la segunda.

La segunda clase de personas son aquellas á quienes se dirige el habla, y estas por naturaleza pueden ser superiores ó familiares á aquel que habla. Hé aquí un justo motivo de subdivision de personas en esta clase. Repugna á la misma naturaleza el dejar de tributar á las personas superiores en dignidad, señales ó muestras de respeto y humillacion, esto es, unas señales de reconocimiento, de gratitud y de sumision. Esta práctica la vemos observada por toda la naturaleza en que observamos sin excepcion algunas ciertas características que distinguen los entes superiores de los inferiores.

Todo hombre á la presencia de su superior se humilla, se abate, y protesta su inferioridad por medio de alguna accion que lo indique. Se para, quita el sombrero, inclina la cabeza, ó hace otra demostracion de humillacion segun el uso del país ó carácter de superioridad, de modo que no hay, ni ha habido nacion alguna que no haya puesto en práctica estas acciones de respeto para con sus superiores.

Ahora, pues, si todo esto se practica cuando no nos acercamos ni comunicamos nuestras ideas con los superiores, ¿cómo puede dejar de tener lugar en el uso del habla? Entónces es cuando con mas intimidad, con más proximidad nos acercamos á las personas superiores, y entónces es cuando con más energía hemos de hacer uso de las acciones de respeto. Hemos de usar con estas personas para nombrarlas de aquellas voces que llamamos pronombres; de modo que si este pronombre es solo uno, habremos de confundir necesariamente al superior con el inferior. Habremos de quebrantar el natural y arreglado precepto de la subordinacion. Habremos de tutear con todo género de personas: habremos de ser toscos, descorteses, nada atentos é inciviles.

Exije, pues, la misma naturaleza que la segunda clase de pronombres se subdivida en otras dos, de las cuales la una sirve para cuando nos dirijimos en nuestros conceptos á los que nos son superiores, y usemos de la otra con los familiares. Es tan natural esta subdivision, que no han podido ménos de reconocer su necesidad todas las naciones cultas, sin embargo de haber tenido la desgracia de hallarse con unas lenguas tuteadoras. En efecto ¿de dónde vinieron los Vds., los V. SS., los V. EE., etc., etc.? Es indispensable que recurramos á la natural vergüenza que causaria el tosco tuteo en el hombre filósofo.

Es visto, pues, que naturaleza exije dos personas diferentes ó dos voces distintas en la segunda clase de los pronombres: una para el trato de los superiores y otra para el de los familiares.

De esta suerte trataremos al superior cual corresponde, y el idioma será perfecto en este ramo, sin que nos veamos obligados al vergonzoso uso de los solecismos que se cometen en los idiomas, en el trato cortés, valiéndose ó de terceras personas de singular, debiendo ser segundas, ó de segundas del plural habiendo de ser del singular. Pasemos á la tercera clase.

Esta clase comprende aquellas voces por medio de las cuales damos á entender aquellos sujetos de quienes hablamos, como *aquel*, *ese*, *este*. Estas personas pueden hallarse cerca del que habla, cerca de aquel á quien se habla, ó igualmente distantes del que habla y de aquel ó aquellos á quienes se habla, ya por una asistencia personal á la conversacion, ya por una apostrófica.

Si fuese una sola la voz que indicase la tercera persona, esta voz sería ininteligible cuando concurrian varios entes de quienes se pudiese hablar. V. g., si Pedro y Juan quisiesen comunicar sus ideas delante de veinte personas, siempre que hubiesen de tratar de alguna de ellas, cualquiera que fuese, se habian de valer de un solo pronombre. Hé aquí la confusion. No se podria saber cual de las veinte personas era aquella de que se hablaba.

Es, pues, indispensable para la claridad de los conceptos el que esta clase de pronombres se subdivida á lo ménos en otras tres clases: la primera que comprendiese aquellas personas que se hallaban cerca del que estaba hablando, y á esta clase corresponde el pronombre *este* de la lengua castellana: la segunda habia de indicar la persona ó personas que estaban cerca de aquel ó aquellos á quienes se hablaba, y á esta clase corresponde el pronombre *ese* de la misma lengua castellana; últimamente, la tercera clase habia de dar á entender aquellos que se hallaban igualmente distantes del que habla y de aquel á quien se habla. Tal es, en la lengua castellana, el pronombre *aquel*.

De estos tres pronombres *este*, *ese*, *aquel*, ha hecho derivar la necesidad otra tercera division ó clases de pronombres. De *este* han venido *este mismo*, *este otro*, ó *esotro*: de *ese* han venido *ese mismo*, *ese otro* ó *esotro*, y de *aquel*, *aquel mismo*, *aquel otro*, de modo que la lengua castellana en esta parte no cede en perfeccion á ninguna del orbe, y sería igual su hermosura, si con el Vd. rigiese la segunda persona de singular de los verbos.

No podemos dudar, por lo mismo, que todo idioma para ser perfecto ha de dividir sus pronombres en tres clases, que indiquen al que habla, á aquel á quien se habla, y á aquel de quien se habla. La primera clase no puede ni debe tener sino una sola voz, esto es, un solo pronombre con su singular y plural: la segunda ha de tener dos pro-

nombres ó dos voces, una para el trato con los superiores, otra para con los inferiores. Estos pronombres han de ser singulares, quiero decir, su distincion se ha de hallar en el número singular, esto es, cuando el habla se dirije á una persona solamente. Cuando se dirije el habla á muchos, ya forman comunidad, y exije naturaleza que se les trate con urbanidad, y así que un idioma que tuviese número plural en la persona familiar sería indecente, indecoroso, incivil y rústico.

La tercera clase ha de dividirse en otras tres, esto es, ha de tener tres pronombres, uno para indicar aquel que está cerca del que habla: otro para dar á entender aquel que se halla cerca de la persona á quien se habla, y el tercero para hacer conocer aquel que igualmente dista del que habla y de aquel á quien se habla. Ultimamente, estas tres clases pueden recibir varios epitetos para distinguir unos de otros los sujetos de quienes se habla, cuando estos pertenezcan á una misma de las tres clases indicadas, como se hizo ver en los ejemplos de la lengua castellana que arriba van anotados.

Estas condiciones se hallan perfectamente observadas en nuestro idioma primitivo.

ORIGEN

DE LOS PRONOMBRES.

Desde la más remota antigüedad se han conocido los pronombres en los idiomas. Todos ellos, por más antigüedad que les queramos dar, nos presentan voces por medio de las cuales dan á entender al sujeto que habla, á aquel á quien se habla, y á aquel de quien se habla, sin que tengan necesidad de valerse de aquellos nombres que llaman propios los gramáticos y nos indican un cierto y determinado sujeto. Esta verdad es innegable, y se comprueba prácticamente con la lectura de los escritos más antiguos en cualquiera de los idiomas: Sin embargo, como la escritura en cuanto nos es conocida es de una antigüedad muy próxima comparada con la del uso de los idiomas, desearán los literatos saber si el uso de los pronombres es coetáneo con el de los idiomas.

Nos hallamos persuadidos que los pronombres tuvieron su origen en aquel mismo tiempo en que el hombre se vió precisado á valerse de ellos, esto es, al mismo tiempo que el hombre tuvo que comunicar un pensamiento que tenia relacion con el mismo, con aquel ó aquellos á quienes hablaba, ó con aquel ó aquellos de quienes se hablaba, y no era á quienes se dirigia el habla. Esta resolucion chocará á los filósofos. Persuadidos estos á que el hombre dió á entender sus primeros conceptos por medio de la accion y que las voces solo tuvieron lugar para la inteligencia de los signados despues que la frecuente repeticion hizo convenir á todos en su inteligencia, creerán que desde el uso del habla hasta la invencion de los pronombres hubieron de correr no meses, no años, sino quizá dilatados siglos; pero yo me hallo persuadido que la cosa no pudo suceder de esta manera.

En el parangon que hicimos de la accion externa ó corporal con la accion oral ó aquella que es necesaria para formar las letras, las sílabas y las voces, hicimos ver, hablando de la natural significacion de las letras, no solamente que estas dos acciones no fueron coetáneas, sino tambien que ambas eran significativas. Esto bastaba para prueba en nuestro aserto. Sin embargo, queremos renovar en este paraje las especies y pruebas apuntadas en aquel para mayor ilustracion.

Es constante que el hombre nunca acciona sin que profiera el sonido de la voz, esto es, sin que haga uso del habla. Los mismos mudos, sin embargo de hallarse entorpecidos en el órgano de su voz, siempre juegan de él cuando por medio de la accion corporal nos quieren dar á entender sus conceptos, de modo que es una verdad inconcusa que la accion corporal, ó lo que se llama gestos ó mimos van acompañados con el sonido de la voz.

Es tambien constante que los primeros hombres fueron perfectos en el órgano de la voz, como lo hicimos ver en el primer discurso, justificando que el idioma primitivo fué natural. De aquí se deduce que nuestros primeros progenitores acompañarian en la mútua comunicacion á la accion corporal ó á los gestos una voz sonora, clara y perfectible, sin confusion de letras. Bajo de estos supuestos hacemos la reflexion siguiente.

Estos hombres, cuando llegaron por primera vez á comunicar una accion en que concurrieron ellos mismos ó como agentes, ó como pacientes ó como recipientes, ó últimamente quisieron comunicar que eran posesores de algun signado de que se hablaba, habian de accionar para indicarse, y á esta accion habia de acompañar una voz Veamos cuál seria esta accion y cuál la voz que la acompañaba.

La accion ordinaria con que nos indicamos á nosotros mismos, es el demostrarnos, tocando con la mano nuestro pecho, esto es, tocándonos á nosotros mismos. Esta accion es enteramente natural, y por lo mismo un efecto de nuestro instinto. Este mismo instinto, que buscó la mano y la dirigió al pecho para indicar que era la misma persona tocada por la mano la que concurria á la accion ó era posesora de otro ente, era tambien la que habia de formar la accion oral que acompañase á la corporal ó al gesto que va referido. Estas dos acciones, el gesto y la voz habian de ser análogas, y por lo mismo habian de comprender ó expresar una y otra dos ideas, una de tocamiento y otra de indicacion.

En la accion corporal formó el instinto ó dió á entender estas dos ideas, tocando al pecho é indicando al sujeto que interesaba en el concepto. Por lo mismo observamos que esta accion ejecuta la mano ordinariamente por medio del dedo índico, de donde es visto que para que la voz guarde analogía con la accion, y el instinto obre en una y otra operacion con la propiedad correspondiente, ha de haber en al voz indicativa de la persona que habla, dos signos, uno de tocamiento, otra de indicacion.

Ahora, pues, ¿de qué letras se valdria el instinto? No hay duda que habia de ser una letra lingual, esto es, una letra de sacudimiento; y como todas las linguales lo son, habia de adoptar dicho instinto la que con mas perfeccion indicase este signado, y no hallo en esta familia de letras otra que sea más propia, más fácil y más óbvia que la *n*.

Esta letra es consonante: no puede prestar sonido por sí misma, y el instinto habia de acompañarla con alguna de las vocales. Pero ¿cuál habia de ser esta? No podemos persuadirnos que fuese otra que aquella que diese á entender la segunda idea, esto es, la idea de la indicacion, y no hallando en las vocales otra que sea más análoga al efecto que la *i*, esta hubo de ser la adoptada, y resultaria el pronombre *ni* para significar á aquel que hablaba. Lo cierto es que esta voz es análoga, es propia, es filosófica y debe ser placentera al filósofo, si la halla en uso en algun idioma.

En efecto, si reconocemos los idiomas en sus pronombres hallaremos usada la sílaba *ni* para indicar la primera persona de singular en las lenguas mongola, algonquina y bascongada. Veremos que las lenguas china, malabara y chiquita usan de la misma *ni* para dar á entender la segunda persona, esto es, el *tu*, sin que podamos dudar que este último uso es equivocado, ó un trastorno de la radical y analógica significacion que corresponde á la expresada sílaba *ni*, y que estas tres lenguas se valieron de dicha *ni yo* en el primitivo idioma para formar la primera y segunda, equivocándose en la aplicacion; pues por *yo* adoptó la chiquita la sílaba *ñi*, la china *ño*, y la malabara *nan*, que como sílabas derivadas de la *ni* habian de significar no la primera persona, esto es, el *yo*, sino la segunda que es el *tu*; pues así lo exige el órden natural.

Repárese igualmente en la *na* de los aimaras: la *ne* de la lengua mejicana: la *nu* de la poconqui: la *nea* de la cora: la *ñoca* de la quichua: la *inchi* de la araucana: la *naq* de la bilela: la *mija* de la maipura, avana y achagua; la *nuti* de la moja: la *ani* de la hebrea: la *ana* de la caldea y árabe-literaria: la *eno* de la siriaca: la *en* de la húngara. la *ena* de la amarica: y se observará en todas estas voces con que dan á entender las referidas lenguas el pronombre *yo*, la analogía y dependencia que tienen de la *ni* primitiva. Podiamos presentar, recorriendo las lenguas, otras innumerables voces con que se indican los pronombres de primera y segunda persona de singular y plural, que no pudieron tener su orígen sino en el pronombre *ni yo*, que por su bella analogía con la persona que habla, hubo de ser una produccion de la misma naturaleza y propia del idioma primitivo; pero omitimos esta diligencia por no alargarnos demasiado. Pasemos a la segunda persona.

La segunda persona del singular, ha de tener dos pronombres ó dos voces diferentes como dejamos dicho: una para indicar al superior, otra al que nos es familiar Veamos como se manejó el hombre en la invencion de estos dos pronombres.

Cuando el hombre tuvo necesidad de indicar ó hacer ver que la persona con quien hablaba tenia relacion con la accion que referia, ó era posesor de algun ente cuyo signo jugaba en el concepto, no podia indicarlo por nombre alguno propio ni apelativo que conviniese

á la dicha persona ó sugeto á quien se dirigia por medio del habla. Su única idea era el indicar á dicha persona de un modo que ella y los demás concurrentes á la conversacion, conociesen quien era el sugeto ó persona de quien hablaba.

Este hombre por medio de la accion dirigiria hácia la tal persona un rádio imaginario, principiándolo por la direccion que daria á su dedo índice, para que esta accion condujese los ojos de los circunstantes á dar precisamente con el sugeto que queria indicarse, y esta operacion la ejecutaria el hombre por solo su instinto, por aquella facultad que recibió en su misma constitucion, y por lo mismo seria enteramente natural.

Este mismo instinto, esta misma virtud oculta, esta facultad que recibió el hombre en su misma constitucion habia de dirigir á la voz, así como dirigió á la accion, y una y otra habrian de ser necesariamente análogas, quiero decir, habian de esprimir igualmente la idea del que hablaba, es decir, la indicacion del sugeto ó persona de quien se queria hablar. Por medio de la accion y el dedo índice, dirigió el instinto un rádio ó línea hácia dicho sugeto, y este mismo rádio habia de procurar formarlo por medio de la voz, y no se yo que lo pudiese ejecutar á no hacer uso de la letra *i*, letra única lineal que nos presenta el alfabeto á los idiomas como se forma de un rádio ó hebra sutil de aliento, que sale en línea recta desde nuestra boca: lo que nos hace persuadir que la primera voz que usaria el hombre para indicar la segunda persona ó á aquel sugeto habia de ser la letra *i*.

Un pronombre de esta naturaleza seria propio, muy análogo con la accion y muy conforme con la idea del proferente, y en seguida placentero al filósofo, y tal es el que usa el idioma que presentaremos como primitivo al fin de estos discursos; y no sé yo si el *ic* de la lengua gótica: el *hic* de la latina: el *ih* de la alemana antigua: el *i* de la inglesa: el *je* de la francesa: el *yo* de la española: el *ya* de la hilírica y rusa: el *yu* de la pajura: el *ich* de la tedesca: el *bitu* de la moja: el *biz* de la turca: etc., etc., etc., aun que usados para denotar primera y tercera persona, no deben su orígen á la *i* primitiva con que indicó el hombre ó hubo de indicar segun lo que llevamos dicho, al sugeto ó persona á quien se habla.

En esta persona ó su signo *i* no se nos comunica otra idea de parte del proferente, sino la indicacion del sugeto ó persona que se quiere dar á entender. Esta idea sencilla y simple nos hace ver que este pronombre es muy propio para usar de él con los que nos son familiares, como que no hallamos en el carácter alguno de humillacion, subordinacion, respeto debido á una persona que nos es superior. Lo cierto es, que nuestro idioma primitivo usa de él para dar á entender la persona familiar á quien nos dirigimos. Volvamos á consultar al mismo hombre, y veamos cual seria aquella voz ó palabrita que adopta-

ria cuando habia de dirigir el habla á un superior y debi a indicarlo como sugeto de sus conceptos.

No podemos dudar que en este caso las ideas del hombre serian dos, una el indicar el sugeto ó persona, y otra el mostrar el respeto á su superioridad. Este hombre por medio de la accion habia de manifestar las dos ideas: indicaria al sugeto con quien hablaba, dirigiendo hácia él la accion, y á esta añadiria otra de humillacion ó sumision, inclinando la cabeza, arqueando el cuerpo, etc. Vamos ahora á reflexionar como expresaria estas dos ideas por medio de la voz.

El instinto que analoguizó las dos ideas buscando dos acciones como las que he nos dicho, se manejaria con la misma filosofía respecto de la voz: buscaria una letra en cuya prolacion ejecutase una accion de humillarse ó encorbarse ó atrasarse, y no hallo para este efecto otra accion oral que la que se ejecuta en la prolacion de la vocal *u*, que parece se retira en ella el aliento á la parte posterior del órgano de la voz, esto es, hácia el mismo exófago: accion muy propia, muy conforme á la corporal que ejecutamos en nuestras cortesías ó humillaciones. Resta, pues, saber, cual seria la letra que formando unidad de sonido ó mejor de voz, demostrase la indicacion del sugeto.

No hallo otra letra más propia para esto que la z, en cuya prolacion sale el aire como en hebra por el estrecho que forman nos con la lengua y dientes superiores para su pronunciacion, de modo que á mi ver no tenemos otra voz más análoga al signado que queremos representar ó á las dos ideas ya referidas que la *zu*. Repárese en las voces Vd. V. S. V. E. que usa la lengua castellana y otras respectivamente en el trato cortés. Repárese igualmente el uso del *vous* de los franceses y otras lenguas respectivamente que se valen de la segunda persona plural en el trato cortés, aun que el superior sea uno.

Este pronombre *zu* en mi lengua primitiva, es pronombre cortés de segunda persona de singular, y dirige las personas del verbo con mucha analogía, quiero decir, acompañan á este pronombre en los verbos las segundas personas del singular, de suerte que no solamente es análoga la voz *zu* con las ideas que en ella queremos comunicar, sino que á más no usamos con ella del solecismo que observamos en los idiomas más conocidos y su trato cortés. Pasemos á hablar de la tercera persona.

Con esta persona damos á entender aquellos sugetos que se hallan igualmente distantes de aquel que habla, y de aquel á quien se habla, y tambien aquellos que están junto al que habla, ó cerca de aquel á quien se habla. Por esto dijimos que los pronombres de tercera persona han de ser de tres diferentes clases: una nos habia de dar á entender el sugeto ó sugetos que se hallaban igualmente distantes del que hablaba, y de aquel á quien se hablaba: otra que sirviese para indicar los que estaban cerca de aquel que hablaba; y la tercera para

demostrar los que se hallaban junto á aquel á quien se hablaba. Hablemos de cada una de estas personas con separacion.

Todos los idiomas hacen uso de ciertas voces, por medio de las cuales dan á conocer las personas ó sugetos que se hallan igualmente distantes del que habla, y de aquel á quien se habla. Su orígen es tan antiguo en el uso del habla, que no podemos fijar la época en que tuvieron principio. Desde que hay noticia de la escritura, la hay tambien de estos pronombres, de modo que escondiéndose en la oscuridad de los siglos, no podemos dudar razonablemente que recibieron su orígen en la más remota antigüedad, y fueron conocidos en la primitiva lengua, é inventados en las primeras necesidades que tuvo el hombre de indicar aquel ó aquellos sugetos que real ó apostróficamente se hallaban presentes en la conversacion, y distaban igualmente del que hablaba, y de aquel á quien se hablaba.

Estos pronombres por lo mismo tuvieron principio y empezaron á comunicar sus signados, y el hombre que hablaba habia de ser dirigido en su invencion, ó por la voluntariedad ó por algun aviso que para ello tenia de la misma naturaleza. Contemplémonos remontados y constituidos en aquel preciso tiempo en que el hombre se vió por primera vez en la necesidad de hacer uso de estas voces, y veamos los medios que habia de adoptar para inventarlas.

Este hombre no podia indicar á los sujetos que habian de ser los signados de la voz que los expresase por medio de los nombres propios ni apelativos con que ántes eran conocidos, por la insuficiencia de ellos para poder determinar con claridad la persona de quien se hablaba. Cuando decimos Pedro, Juan, el Rey ó el Sacerdote, solo entendemos que se habla de un Pedro, de un Juan, de un Rey ó de un Sacerdote; pero no podemos saber cuál sea el individuo determinado de quien queremos hablar, y no teniendo otra nocion, nos hallamos confusos entre los Pedros, Juanes, Reyes y Sacerdotes, sin tener arbitrio de atribuir esta voz á un ente particular, de modo que son impropias todas estas voces para entender por ellas las personas que necesariamente nos han de hacer saber sujetos determinados.

De aquí se infiere que el hombre habia de buscar otro medio para hacer entender estos determinados sugetos, y no se puede comprender que en nuestro caso pudiese hallar otro que el de la distancia en que se hallaba el sugeto ó sugetos de quienes se queria hablar, y hé aquí la idea que hubo de tener el que por primera vez inventó la voz para dar á entender aquella persona que se hallaba igualmente distante del que hablaba y de aquel á quien se hablaba.

Esta idea en la accion se habia de comunicar extendiendo la mano y dirigiéndola hácia aquel parage donde se hallaba el sugeto ó sugetos de quienes se queria hablar. Los ojos, la cara, y aun todo el cuerpo se pondria en disposicion de extenderse y querer volar al parage indicado. Ahora, pues ¿cual seria la voz ó letra de que haria uso para

comunicar esta idea? El mismo instinto que adoptó la accion, adoptaria tambien la voz, é igualmente sábio en una y otra operacion sería tan propia, tan análoga y tan indicativa de la extension la voz, que escogiese como la accion que habia adoptado. Buscaria una letra, cuya formacion resultase de una accion oral en que se analoguizase la extension y lejania, y me hallo persuadido que en ninguna letra se observa con más propiedad esta cualidad que en la *a*.

Lo cierto es, que esta letra se forma extendiéndose el aliento por toda la concavidad oral, y que es análoga para indicar la extension. Si el filósofo meditativo hallase en un idioma la letra *a* para indicar el sugeto que se hallase igualmente distante del que hablaba, y de aquel á quien se hablaba, no podria ménos de serle placentero este destino. Contémplese el modo con que los mudos indican en su tosca voz las cosas distantes, y se hallará comprobado nuestro modo de pensar. Ultimamente es propia, es análoga la letra *a* para esta significacion: usa de ella el idioma que presentaremos como primitivo al fin de estos discursos, y nos parece haber fundado suficientemente nuestro aserto. Pasemos á tratar de las terceras personas, que se hallan cerca de aquel que comunica sus pensamientos.

Esta tercera persona no es la que habla ni aquella á quien se habla, sino distinta de una y otra. Se halla junto á la que habla, y hé aquí dos ideas que habia de comunicar el hombre para dar á entender esta persona. La primera idea, esto es, que esta persona era distinta y se hallaba separada y en diferente localidad que aquella que hablaba y aquella á quien se hablaba, podia comunicarse muy bien por la misma letra *a;* pero era necesario hallar otra voz que expresase la segunda idea, esto es, que la tal persona se hallaba cerca de aquel que hablaba, y el proferente habia de dar con una voz ó letra que hiciese saber que la tal persona distinta de él y de aquel á quien se hablaba se hallaba en su cercania y era preciso que á la letra *a* que naturalmente indicaba una persona igualmente distante del que habla, y de aquel á quien se habla, se añadiese otra por medio de la cual se atrajese á esta *a* hácia aquella persona que hablaba, y no hallo otra letra más propia para esta operacion que la *u*, en cuya prolacion el aliento hace un retroceso hácia el exófago, como si dijésemos hácia la persona de la que salia dicho aliento, de modo que añadiendo a la *a* indicativa de persona que no es la que habla ni aquella á quien se habla, la letra *u*, parece que esta persona viene á unirse al proferente.

En efecto, consúltese la sílaba *au*, y se verá la bella analogía con que denota el sugeto que se halla cerca del que habla, y que la *a* ó su aliento formador que naturalmente debia alejarse saliendo de los lábios del proferente, vuelve hácia el exófago impelido y obligado por la formacion de la *u*.

Bien conozco que el artificio es ingenioso, es admirable, es filosó-

fico, y que por tanto se reputará superior á los alcances de los primeros hombres; pero es un error. No es el hombre quien formó la voz por medio del discurso: el instinto fué el que la fabricó: este instinto, cuya sabiduria es tan elevada que no se halla á los alcances de la filosofía, lo que debe tenerse presente en todo lo que mira á la invencion ú orígen de las voces. Lo que de cierto podemos asegurar, es que la voz *au* es muy propia, muy análoga y que espresa con la mayor energía las dos ideas que hubo de comunicar el primer inventor de este pronombre para indidar el sugeto, que no era él ni aquel á quien hablabla, sino otro tercero que se hallaba cerca del que hablaba. Es tambien cierto que nuestra lengua primitiva se vale del diptongo *au* para dar á entender lo que en castellano el pronombre *este*. Pasemos a la tercera clase de estos pronombres.

Esta clase comprende aquel ó aquellos sugetos distintos del que habla y de aquel á quien se habla, pero que se halla cerca de la persona á quien se habla. Veamos como se manejaria el instinto para indicar por primera vez este pronombre así en la accion como en la voz.

No hay duda, en primer lugar que cuando queremos demostrar una cosa que se halla cerca de aquel á quien hablamos, y usamos de dos acciones, levantamos la cabeza y los ojos hácia el parage donde está el objeto que queremos indicar, y despertamos con esta accion la atencion del que nos oye, indicando despues al sujeto formando una linea imaginaria con el dedo índice que corre desde este hasta el expresado objeto. Hé aquí esplicado el instinto en sus ideas: hé aquí demostrado el parage donde se halla el sugeto, é indicado este por el dedo índice: una idea del parage ó sitio; otra que distingue á dicho sugeto de todo otro; de modo que para analoguizar estas dos ideas por medio de la voz se han de hallar por el instinto dos letras ó silabas, de las cuales la una nos lleve al conocimiento del parage, y la otra que nos enseñe el sugeto. Veamos como se maneja esta virtud oculta del hombre en proporcionar esta voz.

No podemos dudar, ó á lo ménos podemos creer probablemente que para esta época, esto es, que antes que se inventase este pronombre habia de usar el hombre de aquellas palabritas que indicasen las diferentes situaciones en que se hallaban las personas en sus mútuas comunicaciones, y la reminiscencia le pondria presente al instinto la vocecita con que se indicaba aquel ámbito terrenal, donde se hallaba aquel ó aquellos á quienes se dirigia el habla.

En este caso el instinto se valdria de esta palabrita, para dar á entender el terreno donde se hallaba la persona que se queria indicar, y con esta palabrita quedaba analoguizada la primera accion, esto es, el levantar la cabeza y dirijir los ojos hácia dicho parage para despertar la atencion del que escuchaba, y solo restaria el añadir á esta vocecita, otra por medio de la cual se analoguizase la segunda

accion, esto es, aquel rádio ó línea que formamos por medio del dedo índice, y para esto no podia hallar el instinto letra mas acomodada que la *i* como repetidas veces lo llevamos dicho. De modo que formando una voz con la dicha palabrita que indicase el ámbito local en que se hallaba aquella persona á quien queria mostrarse el sugeto, y la letra *i* resultaba una idea compuesta de las dos distintas ó sencillas que se formaron por los dos golpes de accion.

Esta voz seria propia, seria análoga, seria significativa de su signado naturalmente, y placentera al filósofo. Tal es, pues, la palabra ó voz con que da á entender á esta tercera persona nuestra lengua primitiva, como que la forma con una palabrita que en este lenguaje significa lo que en el castellano —*ahí donde tu estás*.—y la letra vocal *i*. Véase en su lugar el pronombre referido de nuestra lengua primitiva, y pasemos á hablar de los pronombres del número plural.

Así como el singular tiene tambien el plural tres diferentes clases de pronombres ó personas, es á saber, primera, segunda y tercera. Usamos de la primera persona cuando dirigimos el habla en nuestro nombre y en el de otros que se hallan cerca de nosotros ó real y verdaderamente ó por medio de un apóstrofe. Cuando decimos *nosotros*, damos á entender que el que habla lleva la voz, no por sí solo como cuando decimos *yo*, sino por sí y por otras personas ó sujetos que son distintos de él. Usamos de la segunda persona plural, cuando dirigimos el habla á dos ó mas individuos, de modo que al oir *vosotros*, sabemos que el habla se dirije á muchas personas. De la misma manera cuando decimos *estos*, *esos* ó *aquellos*, es conocido que el número de los individuos de quienes hablamos es plural, de modo que en la lengua castellana, y así respectivamente en todas las demás la voz *nosotros* es primera persona de plural. Vosotros es segunda, y terceras *esos*, *estos* y *aquellos*. Veamos cómo se conduje el hombre para la formacion de estos pronombres, y hablemos de ellos separadamente.

Puede decirse á primera vista que esta operacion de pluralizar los pronombres no presenta dificultad alguna. Un órden natural nos persuade que el hombre pluralizaria las voces de los signados de quienes hablaba ántes que usase de pronombres de este número. Siendo dos los primeros progenitores, podrian usar de los pronombres *yo* y *tu*; pero no podrian pluralizar estos pronombres en manera alguna hasta que multiplicada su especie hubiese número suficiente de individuos para jugar de este número. El *yo* pluralizado por nuestros progenitores no podia indicar á sus principios sino el *yo* y el *tu* unidos entre sí, y en este caso no hallamos necesidad alguna de pluralizar estos pronombres, como que es suficiente para esta pluralizacion el unir al *yo* con el *tu* por medio de una conjuncion. Tal es á lo ménos el dictámen práctico de todos los idiomas, pues siempre que hablamos dos solos individuos y queremos comunicar

una relacion que es de ambos, el uso general es el unir los dos pronombres singulares *yo* y *tú* por medio de una conjuncion, de modo que no podemos presumir razonablemente que el *yo* y el *tú* se hubiesen pluralizado hasta que con los primeros padres se hicieron sociables sus hijos.

No podemos juzgar lo mismo de las terceras personas del singular. Como estas ó sus signados pueden ser inanimados, esto es, todos los entes que pudieron conocer nuestros primeros progenitores, no podemos dudar de la necesidad de indicarlos ya en el número singular, ya en el plural. Para indicarlos en el singular era suficiente el proferir la voz con que los llamaban; pero esta voz, para que hiciese saber su pluralidad, era preciso que recibiese alguna característica para este efecto, de donde se deduce que ántes del uso de los pronombres plurales habia de tener el hombre un carácter de pluralidad.

Parace, pues, que el hombre no hallaria dificultad en pluralizar los pronombres singulares; pues acostumbrado á pluralizar los nombres por la aplicacion de la característica inventada, se creerá acabada la operacion con hacer igual aplicacion á los pronombres singulares. Sin embargo de esto, es constante que no pudo realizarse esta operacion respecto de todos los pronombres singulares. Expliquémonos por partes y aclaremos esta materia.

La primera persona del singular, esto es, el *yo*, no es susceptible de pluralidad. El que habla siempre es uno. Si hablan muchos es confusion, y los conceptos se hacen ininteligibles. Esta verdad es tan evidente que nos la indica la misma naturaleza en las dos ideas con que formó la accion y la voz para denotar la primera persona. Con tocarse á sí mismo é indicarse con el dedo índice, no se puede demostrar otra persona que ella misma, esto es, la misma que es tocada é indicada, y esta persona no puede multiplicarse, y así es que el que habla es un solo sujeto, hable por sí solo, ó hable por sí y por otros, de modo que esta accion en sus dos ideas no puede analoguizar las que tenemos cuando hacemos uso del número plural de la primera persona, y siendo las mismas las ideas comunicadas por medio de la voz con que dimos á entender la primera persona singular, es visto que ni la accion ni la voz que hemos atribuido á esta persona, son análogas para pluralizarla por medio de la característica de este número.

Obsérvense todos los idiomas en comprobacion de esta verdad, y se verá patentizada. Ningun pronombre de primera persona del plural se hallará formado siendo radical la primera de singular. El castellano dice *yo* en el singular, y no la hallamos en el *nosotros* del plural: el *je* del francés no se registra en el *nous*, ni el *ego* de la lengua latina en el *nos*, y así de todos los idiomas por lo comun, de modo que no podemos ménos de confirmarnos en nuestro modo de pensar, vol-

viendo á asegurar que la primera persona del singular, esto es, aquella que habla no es susceptible de pluralidad, y en seguida no puede servir de radical para formar este numero. Bajo de estos supuestos veamos qué medios adoptaria el idioma primitivo para formar la primera persona de plural, asi por medio de la accion como de la voz.

En primer lugar cuando el hombre quiere comunicar los conceptos suyos y de otros que sienten como él, es el caso en que debe tener lugar el pronombre plural de primera persona. En este caso la idea del hombre es representar una comunidad parlante, y por lo mismo se vé en la necesidad de nombrarlos cortésmente, pues no es él el que habla y el que se ha de nombrar, sino él con otros. Por él debia omitir toda indicacion de superioridad, como lo hizo en la formacion del pronombre de primera persona singular; pero respecto de los demás habia de tener un miramiento respetuoso. Por lo mismo habia de formar este pronombre plural con una letra, sílaba ó voz que indicase superioridad, y otra que hiciese ver el concurso suyo y la proximidad de los demás y su persona, de modo que este pronombre para analoguizar estas dos ideas nos habia de expresar por medio de sus partes constitutivas lo que en el castellano la expresion siguiente: *yo y estos señores que están junto á mi*, entendiéndose esta cercania ó real ó apostróficamente. Contemplemos primero la accion, y despues la voz con que la indicaria el primer hombre, y veremos distintas acciones y distintas voces de las que usó en la invencion de la persona del singular.

En cuanto á la accion, no se indica el hombre á sí mismo por medio del dedo índice característica de unidad como en la formacion de la primera persona singular, sino con todos los dedos de la mano, arrimándola al pecho. Al mismo tiempo observaremos una accion de respeto, una inclinacion de cabeza, y cierta curbatura de cuerpo, esto es, un acto de urbanidad, de política y de humillacion respecto á aquellos que concurren con él en la comunicacion del pensamiento. Pasemos á la voz.

Este instinto que analoguizó por medio de la accion la primera persona plural, habia de analoguizarla tambien en la voz, y así como en aquella, buscaria en esta los signos necesarios para indicar las mismas ideas. Daria con una letra análoga para significar el respeto á la comunidad, ó á los sugetos que con él concurrian en el modo de pensar, y para esto era muy conforme la letra *g* como letra superior formada en lo más alto del órgano de la voz: uniria con ella una vocal que al mismo paso que indicase al mismo hombre por cierto tocamiento, fuese humillante y baja, y no reparó otra más apta que la *a*. letra para indicar á aquel que la profiriere, como que retrae el aliento hácia sí, y al mismo paso humilde y respetuosa como formada en

lo más oscuro, en lo más profundo, en lo más bajo del órgano de la voz.

Lo cierto es, que la voz *g«* es propia, es analógica, é incluye las ideas sobredichas, y esta es la que en el idioma que presentamos por primitivo representa la primera persona plural, como se puede ver en el reconocimiento de idiomas despues de estos discursos. Pasemos á los pronombres de segunda persona del plural.

Dos pronombres ha de tener un idioma perfecto para indicar la segunda persona del número singular, el uno cortés y el otro familiar, como queda dicho en su lugar, y parece que otros tantos habia de tener en el plural, pero no es así. Cuando nos dirigimos en nuestras conversaciones á muchas personas ó sugetos, por el mismo hecho pasan á formar una cierta comunidad por razon de la unidad de sus funciones, quiero decir, constituyen un cuerpo de oyentes, y por lo mismo exige el buen órden que se las trate con respeto, urbanidad y cortesía. Este dictámen se halla tan conforme con los avisos de la naturaleza, que todas las naciones se uniforman con él. Aunque la persona sea una, es tratada con la mayor atencion y miramiento, como sea representante de un cuerpo ó comunidad por más mínima que sea, y esta costumbre se halla tan autorizada, que hasta los mismos Monarcas se conforman con ella. Un idioma perfecto no debe hacer uso de pronombres familiares en la segunda persona plural.

Resulta de aquí, que solo puede pluralizarse la segunda persona cortés del número singular, y como en esta hallamos las características de urbanidad y cortesía, como tambien las que nos hacen ver la indicacion de la persona, es suficiente para trasladarla al número plural el que se le añada una característica de este número. Así lo ejecuta puntualmente nuestro idioma primitivo, y no podemos ménos de persuadirnos que será placentero á los literatos este pronombre y digno por lo mismo del idioma primitivo. Pasemos á las terceras personas.

Estas personas, así en el singular como en el plural han de ser corteses, y de ellas se ha de hablar urbanamente, como de sugetos que se han de reputar ausentes, esto es, que no juegan en la mútua comunicacion, sino como objeto de ella. Este dictámen es igualmente un aviso de la misma naturaleza, que nos manda guardar á nuestros consócios ausentes todas las atenciones de política, urbanidad y miramiento. Por lo mismo, para pluralizar estas personas, no necesitamos de otra característica que de la de este número, y así es que no usa de otra nuestro idioma primitivo, como se podrá ver en su lugar al fin de estos discursos.

Habiendo hablado de los nombres, epitetos y pronombres, exigia el órden con que hemos colocado las partes de la oracion el que pasá-

semos á tratar del artículo; pero ántes diremos alguna cosa sobre el género y el número de estas partes de la oracion que los gramáticos llaman ordinariamente accidentes del nombre, para que no omitamos cosa alguna que pueda servir á la ilustracion de los literatos en el mecanismo del idioma primitivo.

GÉNEROS

DE LOS

NOMBRES, EPITETOS Y PRONOMBRES.

No tuvo ni debió tener géneros en sus nombres, epitetos y pronombres el idioma primitivo, quiero decir, no debió tener características vocales, que aplicadas á esta ó la otra voz la hiciesen masculina, femenina ó neutra. Los géneros no se han de conocer ni admitir en la naturaleza sino para indicar los diferentes sexos de los entes, esto es, para conocer si el ente es hembra ó es varon. Estas cualidades no necesitan para su distincion de otra característica que la misma voz ó palabra con que damos á entender los signados. Con decir *mujer* se sabe que el signado es una hembra. Con decir *hombre* conocemos que el signado es varon. Con la voz *padre* entendemos un ente masculino: con decir *madre* un femenino; de modo que lo que se quiere decir es que las voces ó palabras que no representan entes á quienes naturaleza concedió uno ú otro sexo, no han de llevar característica alguna de género, ó para explicarme como gramático, el género de los nombres se ha de conocer solamente por su significado y no por una terminacion que se trueque ó añada al nombre ya inventado.

Por más autorizado que se halle en el uso de los idiomas el género de los nombres por terminacion, no deja de ser un abuso: un vicio: una cosa inútil para la inteligencia de los conceptos. Que se diga *la pared es blanca, el cielo es ancho*, ó que se quiera mudar el género diciendo *el pared es blanco, la cielo es ancha*, solo causará al oido español un extrañamiento chocante, y respectivamente al de toda otra nacion que conoce estos géneros en sus nombres; pero no impedirá e que se comprenda toda la idea del que profiere dichas expresiones. Se conocerá que en el primer concepto se quiso dar á entender la *blancura* de la pared y en el segundo la *anchura* del cielo sin que sea capaz de variar esta inteligencia la aplicacion de las terminaciones masculina ó femenina.

Es, pues, inútil el género en los nombres, y no ha acarreado á los idiomas sino un notorio perjuicio. Las dificultades extraordinarias con que se hallan entorpecidos en su adquisicion los que quieren dedicarse á ellos, son una prueba nada equívoca de esta verdad. Sin

embargo, no faltarán literatos que se esfuercen en querer apoyar el uso de los géneros en los idiomas, ya por la variedad con que los creerán hermoseados por este medio, ya tambien por hallarlos en aquellas lenguas que son tenidas por las mas bellas, más enérgicas, más armoniosas y más perfectas entre los sábios. Procuraré destruir estas dos preocupaciones. Haré ver en primer lugar que un idioma perfecto es tan abundante, tan copioso, tan rico en voces que no puede apetecer cosa alguna en este particular: demostraré en segundo lugar que es mayor sin comparacion el número de los que no hacen uso del género por terminacion. La primera verdad es del mayor interés, y trataré de ella con toda extension, la segundo es de mera curiosidad y la expondré brevemente.

Abundancia de voces de un idioma perfecto.

No hay cosa más ordinaria entre los literatos que el achacar de pobres á los idiomas; pero no hay cosa más constante que la aptitud que recibieron por naturaleza para enriquecerse sobremanera. Si un idioma es pobre, quiero decir, si un idioma se halla embarazado en el uso de las voces, no es él el que debe ser achacado, sino el hombre Desviandose este de los avisos de la naturaleza, ha entorpecido los idiomas. Un sinnúmero de voces arbitrarias ha cerrado el paso al uso de las que la pródiga naturaleza les ofreció copiosamente. Las ha formado el hombre á su antojo y humorada. Sus letras, sus sílabas, toda su extructura se halla trastornada y fuera de aquel órden prescrito por naturaleza. No tienen analogía con los signados que representan, y quedan privados de estas voces aquellos signados á quienes podian representar con una propiedad agradable. Hé aquí el trastorno. Hé aquí el orígen de las torpezas en la invencion de palabras. Hé aquí las causas de haber recurrido los hombres á un sinnúmero de invenciones ridículas para expresar sus ideas en la locucion. Hé aquí, en fin, la fuente de donde han dimanado los géneros por terminacion, los acentos, los dactilos y espondeos y otros abusos tan comunes en los idiomas.

Este desvío de las reglas de la naturaleza en la invencion de las voces ha diversificado los idiomas. Ha puesto á los hombres en la lamentable disposicion de no poder entenderse con sus iguales á dos pasos que se alejen de sus nativos suelos. Las hormigas del Guaraní entenderán sin dificultad el lenguaje de los hormigueros de nuestra península, y un español, un francés, un italiano es un tronco, una estátua, un mármol en los congresos del Mogol. ¡Miserable situacion del hombre!

Todos estos inconvenientes han resultado de no haberse arreglado el hombre á los avisos de la naturaleza, abandonando los ricos depósitos que nos regaló para la formacion de voces, y de quienes hemos hablado largamente: de modo que haciendo ver á los literatos la abundancia de voces de que es susceptible un idioma, no solo probaremos la ninguna necesidad de los géneros en los nombres para enriquecerlo, sino que á más abriremos camino para que las naciones arreglen sus idiomas, sacándolos de un sinnúmero de imperfecciones con que se hallan afeados por la ilegítima formacion de sus voces.

Para que no falte la claridad en un asunto de tanto interés, hablaremos primero de las monosílabas: 2.° de las disílabas: 3.° de las trisílabas y 4.° de las cuadrisílabas.

MONOSILABAS.

No podemos dudar, en primer lugar, que tantas han de ser las voces monosílabas en un idioma, cuantas son las sílabas que cuenta. De aquí es que siendo 5,911 las que ha de tener un idioma perfecto, como largamente lo hicimos ver en el silabario, han de ser otras tantas las voces monosílabas que hemos de reconocer en él. Estas 5,911 sílabas unidas entre sí han de formar las disílabas; pero como no todas habian de ser legítimas, exije la claridad que clasificando las expresadas sílabas, pongamos en claro cuántas hayan de ser las disílabas de que puede hacer uso una lengua perfecta.

A cuatro diferentes clases pueden reducirse las 5,911 sílabas. La primera ha de comprender solamente las once sílabas madres *a, e, i, o, u: au, ai, eu, ei, oi, ui;* la segunda las 246 que se forman de una consonante antepuesta á dichas sílabas madres como *ta, mi, tu*, etc.: la tercera las 242 que resultan posponiendo á las sílabas madres una consonante como *al, el, on*, y la cuarta las 5,412 que se forman de una consonante antepuesta y otra pospuesta á las expresadas sílabas madres como *mar, por, don*. Para que se tenga más á la vista esta clasificacion, la colocaremos en forma para que sirva de primera partida en nuestro cálculo.

Sílabas madres.....	00.11
Sílabas de la primera combinacion.....	0.246
De la segunda.-.....	0.242
De la tercera.....	5.412
TOTAL.....	5.911

Bajo de estas prevenciones, pasemos á calcular el número de disílabas de que es susceptible un idioma perfecto.

DISILABAS.

No siendo una disílaba otro cosa que la union de dos sílabas en una voz, tantas han de ser en un idioma perfecto, cuantas sean las legítimas uniones silábicas. Para averiguarlas con claridad, hablaremos primero de las que pueden resultar posponiendo á las sílabas madres cada una de las cuatro clases silábicas: haremos esta misma operacion con las sílabas que empiezan con consonante: con las que acaban con ella, y últimamente con las que empiezan y acaban en consonantes dividiendo las disílabas en otras tantas clases como las sílabas.

PRIMERA CLASE

DE DISILABAS.

La primera clase de disílabas es aquella que empieza con una de las sílabas madres como *i-o*, *au-la*, *oi-on*, *a-mar*. Pueden formarse de cuatro maneras: 1.ª, posponiendo á las sílabas madres otra sílaba tambien madre; 2.ª, posponiendo á estas sílabas las que se forman de consonante y radical: 3.ª, haciendo la misma operacion con las que resultan de radical y consonante, y 4.ª, colocando detrás de las sílabas madres las que se forman de una consonante antepuesta y otra pospuesta á dichas sílabas madres ó radicales. Calculemos estas cuatro partidas.

No todas las sílabas madres pueden formar disílabas posponiéndose unas á otras. Si posponemos la *i* y la *u* á la *a* y la *e*, resultarán las sílabas madres *au*, *ai*, *eu*, *ei*. y no podremos contarlas como disílabas. Esto mismo sucederá cuando á las sílabas *e* y *a* quisiésemos añadir la *i*; pues resultarian los diptongos *oi*, *ai*, que son sílabas madres: de aquí es que de estas sílabas, que son once, solo siete son capaces de formar disílabas con la posposicion apuntada, y que multiplicando once por siete resultarán á favor de la locucion 77 disílabas. Las sílabas madres *a* y *e*, aunque no pueden formar disílaba con la *i* y *u*, pueden muy bien con las demás y producir á cada nueve disílabas, esto es, 18, que unidas á las anteriores hacen 95. De la misma manera la *o* y la *u* aunque no formen disílaba con la *i* pospuesta, pueden muy bien con las demás sílabas madres, y de aquí es que cada una es capaz de producir en esta combinacion diez sílabas y veinte entre las dos, de modo que uniendo esta partida á la anterior, se vé que esta combinacion puede producir 115 disílabas.

Pospuestas á las once sílabas madres las 246 que empiezan con consonante, resultarán 2.706 disílabas.

No podemos hacer igual operacion respecto de las 242 sílabas que acaban en consonante. Si posponemos las que en estas empiezan con la *i* y con la *u* á las sílabas madres *a* y *e*, no formaremos sino una monosílaba. V. g., si la sílaba *an* se pospone á la *a* ó *e*, resultará *aun eun*, esto es, las mismas que tenemos numeradas en la tercera partida de las monosílabas: lo mismo nos sucederá si queremos posponer á

la *o* y á la *u* las que empiezan con *i*. Posponiendo la silaba *ir* á dichas silabas madres, resultarán las voces *oir*, *uir*, que las tenemos numeradas en la referida partida. De aquí resulta que solo á siete silabas madres pueden posponerse las 242 de nuestro caso, combinacion que producirá 1.694 disílabas. Aunque la *a* y la *e* no puedan formar disílaba, anteponiéndose á las que en las 242 silabas empiezan con la *i* y con la *u* deducidas estas, que son 22 por cada letra, esto es, 44, pueden formar 396 disílabas. De la misma manera la *o* y la *u*, aunque no pueden ser antepuestas á las silabas que en las 242 empiezan con la vocal *i* que son 22, pueden serlo á las demás que son 220, y producir 440 disílabas; de modo que unidas las tres partidas resulta que esta combinacion presenta en beneficio de la locucion 2.430 disílabas.

Pospuestas á estas silabas madres las 5.412 silabas formadas de una consonante radical y consonante, resultarán 59.532 disílabas.

De modo que esta primera clase produce 64.783 disílabas en las cuatro partidas siguientes.

Primera.....	00.115
Segunda.....	02.706
Tercera.....	02.430
Cuarta.....	59.532
Total.....	64.783

SEGUNDA CLASE

DE DISILABAS.

Esta clase comprende las disílabas que se forman posponiendo cualquiera de las diferentes clases de sílabas á las que se forman, anteponiendo las 23 consonantes á las once silabas madres, y son 246 estas sílabas regentes.

Pospuestas las once sílabas madres á las 246 regentes, resultarán 2.706 voces, pero no todas habian de ser disílabas. Las 22 regentes acabadas en *a* y *e* unidas a las sílabas madres *i* y *u* quedarian en monosílabas por el diptongo que resultaria de esta union, como se vé en *mau* de *mau-la*, en *pei* de *pei-ne*, en *cai* de *cai-ro*, y en *deu* de *deu-da*: de modo que resultarian de esta combinacion 88 monosílabas. Esto mismo sucede con las sílabas radicales acabadas en *o* y *u*, si se las quiere posponer la sílaba madre *i*, como se vé en *poi* de *poi-lla*, en *rui* de *rui-na*, y son deducibles por esta combinacion 44 monosílabas. Por manera que rebajando las dos cantidades de las 2.706 voces, quedan á favor de la locucion 2.582 disílabas.

Si queremos unir entre sí las 246 sílabas regentes, sacaremos la cantidad de 60,516 disílabas.

Posponiendo á las 246 regentes las 242 que se forman de las sílabas madres antepuestas á las consonantes resultarán 59,532 voces. De estas han de ser monosílabas 5,368 por los diptongos que han de formar las regentes acabadas en *a*, *e*, *o* y *u* con las regidas que empiezan con *i* y *u*, de modo que desfalcando estas monosílabas resultarán 54,164 disílabas.

Posponiendo á las 246 sílabas radicales las que se forman de consonante, radical y consonante, producirán 1.331,352 disílabas.

Por manera, que de las cuatro partidas de esta segunda clase de disílabas resultan á favor de la locucion 1.448,614 en la forma siguiente:

Primera.....	0.002.582
Segunda.....	0.060.516
Tercera.....	0.054.164
Cuarta.....	1.331.352
Total.....	1.448.614

TERCERA CLASE

DE DISILABAS.

La tercera clase de disílabas, proviene posponiendo á las sílaba formadas de radical y consonante toda otra de cualquiera clase que sea susceptible de esta union, como *al-ma*, *an-dar*, etc., y estas sílabas regentes, como queda dicho anteriormente, son 242.

No podemos posponer en primer lugar á estas 242 las once sílabas madres, sin que la última consonante de las primeras pase á unirse con las segundas. Si posponemos la *a*, *e*, *o*, ú otra cualquiera sílaba madre á la sílaba *am* por ejemplo, nos veremos obligados á pronunciar *a-ma*, *a-me*, *a-mo*, y coincidiremos con las mismas disílabas que tenemos formadas y numeradas en la primera clase, partida segunda.

Posponiendo á las 242 sílabas regentes las 246 que se forman de radical y consonante, resultarán 59,532 disílabas; pero de estas serán ineufónicas por lo que tenemos dicho en la formacion silábica de los nombres, todas aquellas cuya sílaba regente no acabase en *l*, *n*, *r*, *s*, *z*, como tambien aquellas cuya segunda sílaba empezase con *rr*, *ll*, *ñ*, *ss*, y consonante que fuese la misma de la sílaba primera. Estas disílabas ineufónicas serian 52,052, que desfalcadas de las 59.532, solo resultan 7.480 disílabas legítimas.

Uniendo entre sí las expresadas 242 sílabas regentes, pasaria la consonante final de la sílaba primera á unirse con la segunda, y resultarian las mismas disílabas que tenemos numeradas en la cuarta partida de la primera clase.

Pospuestas á las 242 sílabas regentes, las 5.412 que se forman de consonante, radical y consonante, producirian 1.309.704 disílabas; pero como de estas serian ineufónicas 1.025,574 por las razones indicadas en la segunda combinacion de la clase que nos ocupa, solo resultan en beneficio de la locucion 284.130 disílabas legítimas.

Por manera que esta tercera clase, produce 291,610 disílabas legítimas en las dos partidas siguientes:

Primera.....	007.480
Segunda.....	284.130
Total.....	**291.610**

CUARTA CLASE

DE DISILABAS.

La cuarta clase de disílabas, es de aquellas que se forman posponiendo á las sílabas de consonante, radical y consonante cualquiera de las cuatro clases silábicas como *mon-te*, *mon-ton*, *can-to*, *pal-mo*, *cor-tar*, *col-gar*, etc. Estas sílabas de consonante, radical y consonante son 5.412 en número.

No podemos posponer á ellas las sílabas madres, sin que se una con estas la última consonante de las primeras. Si queremos unir á las sílabas *man*, *bol*, *com*, *tom*, las madres *a*, *o*, *i*, *e*, formaremos las disílabas *ma-na*, *bo-lo*, *co-mi*, *to-me*, y serán las mismas que quedan ya numeradas en la segunda partida de la segunda clase.

Posponiendo á las 5.412 sílabas predichas las 246 que resultan de consonante y radical, formaremos 1.331,352 disílabas; pero de estas serán ineufónicas por lo que queda dicho en la formacion silábica de las voces 1.164,072, y solo serán legítimas 167,280 disílabas.

Si á las mismas 5.412 sílabas posponemos las 242 que se forman de radical y consonante, la última letra de las primeras se unirá con las segundas, y así es que si se posponen á las sílabas *pan*, *ven*, *cor*, de las primeras las sílabas *es*, *as*, *os*, de las segundas, resultarán las disílabas *pa-nes*, *ve-nas*, *co-ros*, es á saber, las mismas que tenemos numeradas en la cuarta partida de la segunda clase.

Posponiendo entre sí las 5.412 sílabas resultarán 29.290,744 disílabas; pero deduciendo de estas 21.145,884 que serán ineufónicas por su ilegítima formacion, solo podremos contar como legítimas 5.143,860.

De modo, que esta cuarta clase produce en beneficio de la locucion 5.331,140 voces disílabas en las dos partidas siguientes:

Primera.....	0.167.280
Segunda.....	5.143.860
Total.....	5.311.140

De esta combinacion disilábica se ha hecho ver que un idioma per-

fecto es susceptible de 7.116,147 voces disílabas en cuatro diferentes clases que son las siguientes:

Primera.....	0.064.783
Segunda.....	1.448.614
Tercera.....	0.291.610
Cuarta.....	5.311.140
Total.....	7.116.147

Pasemos á calcular el número de trisílabas de que es susceptible un perfecto idioma.

TRISÍLABAS.

Así como añadiendo una sílaba á las 5.911 voces monosílabas, resultaron las disílabas que acabamos de calcular, de la misma manera posponiendo otra sílaba á las 7.116.147 disílabas resultará el número de trisílabas de que puede hacer uso un idioma perfecto. Para mayor claridad del cálculo de las disílabas, las dividimos en cuatro diferentes clases por ser otras tantas las combinaciones de letras en la formacion silábica. Haremos la misma operacion para formalizar las trisílabas, dividiéndolas en otras tantas clases, cuantas son las combinaciones de que han resultado las disílabas.

Estas combinaciones son doce: cuatro de la primera clase de disílabas: cuatro de la segunda: dos de la tercera y otras tantas de la cuarta. Y para que los lectores tengan presente el número de voces disilábicas que comprende cada una de estas combinaciones, nos ha parecido deberlas poner bajo de un golpe de vista en la forma siguiente:

COMBINACIONES DISILÁBICAS.

Primera.....	0.000.115
Segunda.....	0.002.706
Tercera.....	0.002.430
Cuarta.....	0.030.582
Quinta.....	0.002.582
Sesta.....	0.030.516
Séptima.....	0.054.164
Octava.....	1.331.352
Nona.....	0.007.480
Décima.....	0.284.130
Undécima.....	0.167.280
Duodécima.....	5.143.860

PRIMERA CLASE.

DE TRISILABAS.

La primera combinacion disilábica, es aquella que resultó de la union de las sílabas madres entre sí y produjo 115 voces disílabas.

Posponiendo á estas las once sílabas madres, resultarán 13.225 voces, de las cuales serán disílabas 60 por otros tantos diptongos que se realizarán de las disílabas acabadas en *a*, *e*, *o*, *u*, uniéndose respectivamente con las sílabas madres *i* y *u*, de modo que las trisílabas de esta combinacion serán 13.165.

Posponiendo á las mismas las 246 sílabas de consonante y radical, formarán el número de 23.290 trisílabas.

Si posponemos á las mismas las 242 sílabas de radical y consonante, resultarán 27.830 voces, de las cuales 660 serán disílabas por las combinaciones diptongales de las disílabas acabadas en *a*, *e*, *o*, *u*, con las sílabas que empiezan con *i* y *u*, y las trisílabas serán 27.170.

Pospuestas á nuestras disílabas las 5.412 sílabas de consonante, radical y consonante, producirán 622.380 trisílabas.

Por manera, que de las cuatro combinaciones trisilábicas de esta primera clase, tenemos en beneficio de la locucion 691.005 trisílabas en las cuatro partidas siguientes:

Primera.....	013.165
Segunda.....	028.290
Tercera.....	027.170
Cuarta.....	622.380
Total.....	691.005

SEGUNDA CLASE

DE TRISILABAS.

La segunda combinacion disilábica resultó posponiendo á las sílabas madres las 216 de consonante y radical, y produjo 2.706 disílabas.

Posponiendo á estas las once sílabas madres, se verificarán 29.766 voces. De estas 1.476 han de quedar en disílabas por otros tantos diptongos, que formarán las disílabas acabadas en *a*, *e*, *o*, *u*, recibiendo tras sí respectivamente las sílabas madres *i* y *u*, que deducidas de la cantidad primera, quedarán calculables 28.290 trisílabas.

Si posponemos á las mismas disílabas las sílabas de consonante y radical de esta combinacion, resultarán 665.676 trisílabas.

Posponiendo las 242 sílabas de radical y consonante á las mismas disílabas, resultarán 644.852 voces, de las cuales 16.236 quedarán en disílabas, por otros tantos diptongos que han de formarse de las disílabas acabadas en *a*, *e*, *o*, *u*, antepuestas á las que en las 242 sílabas empiezan con *i* y *u*, de modo que el número de trisílabas ha de ser de 628.616.

Si á nuestras disílabas posponemos las 5.412 sílabas de consonante, radical y consonante, aumentaremos el cálculo con 14.642,872 trisílabas.

De forma, que esta segunda clase trisilábica producirá en beneficio del habla 15.935,454 trisílabas en las cuatro partidas siguientes:

Primera.....	00.028.290
Segunda.....	00.665.676
Tercera.....	00.628.616
Cuarta.....	14.642.872
Total.....	15.935.454

TERCERA CLASE

DE TRISILABAS.

La tercera combinacion disilábica, resultó posponiendo á las sílabas madres, las formadas de radical y consonante, y produjo 2.430 disílabas.

No podemos posponer á estas disílabas las once sílabas madres, sin que en esta union pase la consonante final de las disílabas á unirse con la sílaba madre pospuesta. Si á las disílabas *o-ar*, *i-ar*, posponemos las sílabas madres, resultarán las trisílabas *o-a-ra*, *i-a-ra*, y coincidirán con las mismas que tenemos numeradas en la partida segunda de la primera clase de trisílabas.

Posponiendo á las 2.430 disílabas las 246 sílabas de consonante y radical, resultarán 587.780 trisílabas; pero como de estas serán ineufónicas 512.980 por lo que tenemos dicho en la formacion silábica de las voces, vienen a parar las trisílabas legítimas de esta combinacion, en 74.800.

Si queremos posponer á las mismas disílabas las 242 sílabas de radical y consonante, la última letra de las disílabas, esto es, su consonante pasará á unirse con la sílaba pospuesta, y estas trisílabas serán las mismas que tenemos numeradas en la partida cuarta de la primera clase trisilábica.

Posponiendo á las mismas disílabas las 5.442 sílabas de consonante, radical y consonante, se formarán 13 851,060 trisílabas; pero como 10.851,060 serán ineufónicas por lo que queda dicho en la segunda combinacion de esta tercera clase, solo serán calculables 2.300,100 trisílabas.

Por manera, que esta tercera clase, produce 2.374,900 trisílabas en dos diferentes partidas, que son las siguientes:

Primera.....	0.074.800
Segunda.....	2.300.100
Total.....	2.374.900

CUARTA CLASE

DE TRISILABAS.

La combinacion disilábica que ha de ser regente de estas trisílabas, se forma de las 5.412 silabas de consonante, radical y consonante pospuestas á las silabas madres, y ascienden estas disilabas á 59.532.

Si posponemos á ellas las silabas madres, pasará á estas la consonante final de las disilabas, y formaremos las mismas trisilabas que tenemos numeradas en la segunda combinacion de la segunda clase trisilábica.

En las 59 532 disilabas las que acaban en *l*, *n*, *r*, *s*, *z*, que son 13.530, pueden recibir detras de si las silabas de consonante y radical que no empiezan con *rr*, *ll*, *ñ*, *ss*, y consonante que sea la misma en que acaba la disilaba, y siendo estas silabas 191 multiplicadas por 13.530, formarán 2.584,230 trisilabas.

Si queremos posponer á las 59.532 disilabas las 242 silabas de radical y consonante, la letra final de dichas disilabas como consonante, se unirá á la silaba pospuesta, y asi es que si á la disilaba *a-mar* queremos posponer la silaba *an*, formaremos la trisilaba *a-ma-ran*, y coincidiremos en la combinacion trisilábica que tenemos numeradas en la partida cuarta de la clase segunda de trisilabas.

A las disilabas expresadas que acaban en *l*, *n*, *r*, *s*, *z*, esto es, á las 13.530 podemos posponer 4.182 de consonante, radical y consonante que son las que en esta combinacion silábica no empiezan con *ll*, *ñ*, *rr*, *ss*, y consonante igual á la última de las disilabas y producirán 56.582,460 trisilabas.

De forma que de esta cuarta clase resultan en beneficio del habla 59.166.690 voces trisílabas en las dos partidas siguientes.

Primera.....	02.584.230
Segunda.....	56.582.460
Total.....	59.166.690

QUINTA CLASE

DE TRISILABAS.

La quinta combinacion disilábica resulta de las sílabas madres pospuestas á las 246 sílabas de consonante y radical, y producido 2.582 disílabas.

Posponiendo á estas disílabas las once sílabas madres, producirán 28.402 voces. De estas 1.404 serán disílabas por otros tantos diptongos que formarán las disílabas acabadas en *a*, *e*, *o*, *u*, anteponiéndose á las sílabas madres *i* y *u*, y resultarán á favor del habla 26.998 trisílabas.

Pospuestas á las mismas 2.582 disílabos las 246 sílabas de consonante y radical producirán 635.172 trisílabas.

Si á las mismas disílabas posponemos las 242 sílabas de radical y consonante, formaremos 624.844 voces. De estas las 30.888 serán disílabas por otros tantos diptongos que formarán las disílabas acabadas en *a*, *e*, *o*, *u*; uniéndose á las sílabas que empiezan con *i* y *u*, de modo que desfalcando esta segunda cantidad de la primera, restarán en esta combinacion 594.056 trisílabas.

Posponiendo á las 2.582 disílabas las 5.412 sílabas de consonante radical y consonante, producirá esta combinacion 13.973.784 trisílabas.

Por manera que esta cuarta clase produce en beneficio de la locucion 15.220.010 voces trisílabas en las cuatro partidas siguientes.

Primera.....	00.026.998
Segunda.....	00.635.172
Tercera.....	00.594.056
Cuarta.....	13.973.784
Total.....	15.230.010

SEXTA CLASE

DE TRISILABAS.

La sexta combinacion silábica se formó uniendo entre si las 246 sílabas de consonante y radical, y produce 60.516 disílabas.

Posponiendo á estas disílabas las once sílabas madres, resultarán 665.676 voces, y de ellas 3.300 serán disílabas por otros tantos diptongos que se formarán en esta combinacion, por lo que las trisílabas de ellas ascenderán á 662.370.

Si anteponemos dichas disílabas á las 246 sílabas de consonante y radical, vendrán á ser las trisílabas 14.886.936.

Posponiendo á las mismas disílabas las 242 sílabas de radical y consonante, resultarán 13.644.872 voces, y siendo disílabas 33.866 de estas voces por los diptongos que las disílabas acabadas en *a*, *e*, *o*, *u*, formarán con las sílabas que empiezan con *i* y *u*, se hace palpable que esta combinacion ha de producir 13.608.506 trisílabas.

Pospuestas á nuestras disílabas las 5.412 sílabas de consonante radical y consonante, producirán 327.512,592 trisílabas.

Por manera que de esta sexta clase resultan en beneficio de la locucion 356.670.404 voces trisílabas en las cuatro partidas siguientes.

Primera.....	000.662.370
Segunda.....	014.886.936
Tercera.....	013.608.506
Cuarta.....	327.512.592
TOTAL.....	356.670.404

SÉPTIMA CLASE

DE TRISILABAS.

La sétima combinacion disilábica resultó posponiendo las 242 sílabas radical y consonante á las 246 de consonante y radical, y con las deducciones necesarias produjo 51.161 disílabas.

No podemos posponer á estas disílabas las once sílabas madres sin que su última consonante se junte con ellas y coincidan las trisílabas formadas con las mismas que hemos numerado en la partida segunda de la clase quinta trisilábica.

Posponiendo á las 12.310 disílabas que en las 54.161 acaban con *l*, *n*, *r*, *s*, *z*, á las 191 sílabas que en las 246 de consonante y radical no empiezan con *rr*, *ll*, *ñ*, *ss*, y consonante que sea la misma en que acaba la disílaba, resultarán 2.351.210 trisílabas.

Tampoco podemos posponer á nuestras disílabas las 242 sílabas de radical y consonante, sin que la consonante final de aquellas pase á unirse con estas, de modo que las trisílabas que pueden resultar de esta combinacion las tenemos numeradas en la cuarta partida de la quinta clase trisilábica.

Si posponemos á las referidas 12.310 de nuestras disílabas que acaban con *l*, *n*, *r*, *s*, *z*, las 4.182 sílabas de consonante radical y consonante que no empiezan con *rr*, *ll*, *ñ*, *ss*, y consonante igual á la última de las disílabas, formaremos 51.480.420 trisílabas.

De modo que esta sétima clase produce 53.831.630 voces trisílabas en las dos partidas siguientes.

Primera.....	02.351.210
Segunda.....	51.480.420
Total.....	53.831.630

OCTAVA CLASE

DE TRISÍLABAS.

La octava combinacion disilábica es aquella que se formó posponiendo las 5.412 sílabas de consonante radical y consonante á las 246 sílabas de consonante y radical, y su número es de 1.331.352 disílabas.

Si queremos posponer á dichas disílabas las once sílabas madres, se unirá á estas la consonante final de aquellas, y coincidiremos en las mismas trisílabas que tenemos numeradas en la partida segunda de la sexta clase trisilábica.

Posponiendo á 302.580 que en estas disílabas acaban con *l*, *n*, *r*, *s*, *z*, las 191 sílabas, que en las 246 de consonante y radical no empiezan con *rr*, *ll*, *ñ*, *ss*, y consonante igual á la última de las disílabas, resultarán 57.792.780 trisílabas.

Tampoco podemos posponer á nuestras disílabas las 242 sílabas de radical y consonante, sin que se una con estas la consonante final de aquellas, y resulten las mismas trisílabas que llevamos numeradas en la cuarta partida de la sexta combinacion.

Si posponemos á dichas 302.580 disílabas que acaban con *l*, *n*, *r*, *s*, *z*, las 4.182 sílabas de consonante y radical y consonante que no empiezan con *rr*, *ll*, *ñ*, *ss*, y consonante que sea igual á aquella en que acaban las disílabas, formaremos 1.265.389.560 trisílabas.

De forma que esta octava clase produce en beneficio de la locucion 1.323.182.440 voces trisílabas en las dos partidas siguientes.

Primera.....	0.057.792.780
Segunda.....	1.265.389.560
TOTAL.....	1.323.182.440

NONA CLASE

DE TRISILABAS.

La nona combinacion disilábica resulta posponiendo á las 242 sílabas de radical y consonante las 246 de consonante y radical, y estas disilabas son 7.480.

Posponiendo á estas disílabas las once sílabas madres, resultarán 82.280 voces, y desfalcadas de ellas 4.080, que quedarán disílabas por otros tantos diptongos que han de formar las disílabas acabadas en *a, e, o, u*, uniéndose á las sílabas madres *i* y *u*, restarán 78.200 trisílabas.

Pospuestas á las mismas disílabas las 246 sílabas de consonante y radical, producirán 1.840.080 trisilabas.

Haciendo igual operacion con las 242 sílabas de radical y consonante, formaremos 1.810.160 voces, y desfalcadas de ellas 49.280 que quedarán en disílabas por otros tantos diptongos que han de formar las disílabas acabadas en *a, e, o, u*, uniéndose á las sílabas que empiezan con *i* y *u*, restarán 1.760.880 trisílabas.

Si posponemos á las mismas disilabas las 5.412 sílabas de consonante radical y consonante, formaremos 40.481.760 trisilabas.

Por manera que esta nona clase produce en beneficio del habla 44.160.920 voces trisilabas en las cuatro partículas siguientes:

Primera.....	00.078.200
Segunda.....	01.840.080
Tercera.....	01.760.880
Cuarta.....	40.481.760
Total.....	44.160.920

DÉCIMA CLASE

DE TRISILABAS.

La décima combinacion disilábica se forma anteponiendo las 242 sílabas de radical y consonante, á las 5.442 de consonante radical y consonante y su número es de 248.180.

No podemos posponer á estas disilabas las once sílabas madres, sin que la última consonante de aquellas se una con estas, y resulten las mismas disilabas que tenemos numeradas en la segunda partida de la clase nona trisilábica.

Si pospone nos á 73.665 de dichas disílabas que acaban con *l, n, r, s, z*, las 191 sílabas, que en las 246 de consonante y radical no empiezan con *ll, ñ, rr, ss* y consonante que sea la misma en que acaban las disílabas, formare nos 14.069.015 trisilabas.

Tampoco podemos posponer á nuestras disílabas las 242 sílabas de radical y consonante, porque pasando á unirse con estas la consonante final de aquellas, resultarian las mismas trisílabas que tenemos numeradas en la partida cuarta de la clase nona trisilábica.

Posponiendo á las expresadas 73.665 disílabas las 4.182 sílabas de consonante, radical y consonante que no empiezan con *rr, ll, ñ, ss*, y consonante igual á la última de las disilabas, producirán 308.067.030 trisílabas.

Por manera que de esta décima clase resultan en beneficio de la locucion 322.136,045 voces trisilabas en las dos partidas siguientes.

Primera.....	014.069.015
Segunda.....	308.067.030
Total.....	322.136.045

CLASE UNDÉCIMA

DE TRISILABAS.

La combinacion formadora de estas trisílabas es la de las disílabas que resultan posponiendo á las sílabas de consonante, radical y consonante la de consonante y radical, y son 167.280.

Si posponemos á estas disílabas las once sílabas madres, resultarán 1.840.080 voces, y desfalcadas de ellas 91.242, que serán disílabas por otros tantos diptongos que formarán las disílabas acabadas en *a*, *e*, *o*, *u*, uniéndose respectivamente á las sílabas madres *i* y *u*, restarán 1.748.838 trisílabas.

Si se posponen á nuestras disílabas las 246 sílabas de consonante y radical, resultarán 41.150.880 trisílabas.

Haciendo igual operacion con las 242 sílabas de radical y consonante resultarán 40.521.760 voces; y deducidas de ellas 1.003.662, que quedarán en disílabas por otros tantos diptongos que formarán las disílabas acabadas en *a*, *e*, *o*, *u*, uniéndose con las sílabas que empiezan con *i* y *u*, restarán 39.518.098 trisílabas.

Posponiendo á las mismas disílabas las 5.412 sílabas de consonante radical y consonante, resultarán 905.319.360 trisílabas.

De forma que esta clase undécima produce en beneficio de la locucion 987.737.176 voces trisílabas en las cuatro partidas siguientes.

Primera.....	001.748.858
Segunda.....	041.150.880
Tercera.....	039.518.098
Cuarta.....	905.319.360
TOTAL.....	987.737.176

CLASE DUODÉCIMA

DE TRISILABAS.

La combinacion duodécima de disílabas se forma uniendo entre sí las 5.412 sílabas de consonante radical y consonante, que con las correspondientes deducciones ascienden á 5.143.140 disílabas.

No podemos posponer á estas disílabas las once sílabas madres, sin que la última consonante de aquellas se una con estas, y resulten las mismas trisílabas numeradas ya en la partida segunda de la clase undécima trisilábica.

Si posponemos á 1.168,895 de las expresadas disílabas que acaban en *l*, *n*, *r*, *s*, *z*, las 191 sílabas de consonante y radical que no empiezan con *rr*, *ll*, *ñ*, *ss* y consonante, que sea la misma en que acaban las disílabas, formaremos 223.258,945 trisílabas.

Tampoco podemos posponer á las referidas disílabas las 242 sílabas de radical y consonante, por que la última letra de las primeras se uniria con las segundas, y producirian las mismas trisílabas que tenemos numeradas en la partida cuarta de la combinacion undécima trisilábica.

Posponiendo á dichas disílabas que acaban en *l*, *n*, *r*, *s*, *z*, 4.182 sílabas de consonante radical y consonante que no empiezan con *rr*, *ll*, *ñ*, *ss*, y consonante igual á la última de las disílabas, resultarán 4.888.318,890 trisílabas.

De modo, que esta clase duodécima forma 5.111.577,835 voces trisílabas en las dos partidas siguientes:

Primera	0.223.258.945
Segunda	4.888.318.890
Total	5.111.577.835

Resulta de estas doce clases de combinaciones trisilábicas que un idioma perfecto puede hacer uso de ocho mil doscientos noventa y dos millones setecientas veinte y cuatro mil quinientas y nueve voces trisílabas. Y para que se tengan presentes á un golpe de vista las que á cada clase corresponden, se manifiestan en la tabla siguiente:

CLASES TRISILÁBICAS.

Primera	0.000.691.005
Segunda	0.015.965.454
Tercera	0.002.374.900
Cuarta	0.059.166.690
Quinta	0.015.230.010
Sexta	0.356.670.404
Séptima	0.053.831.630
Octava	1.323.182.440
Nona	0.044.160.920
Décima	0.322.136.045
Undécima	0.937.737.176
Duodécima	5.111.577.835
Total	8.293.724.509

CUADRISÍLABAS.

Así como las trisílabas provienen de una sílaba pospuesta á las doce combinaciones disilábicas, de la misma manera provienen las cuadrisílabas posponiendo una sílaba á las 36 combinaciones trisilábicas, que son las siguientes con el número de trisílabas que produce cada una.

COMBINACIONES TRISILÁBICAS.

1.ª	13.165
2.ª	28.290
3.ª	27.170
4.ª	622.380
5.ª	28.290
6.ª	665.676
7.ª	628.616
8.ª	14.642.872
9.ª	74.800
10.ª	2.300.100
11.ª	2.584.230
12.ª	56.582.460
13.ª	26.998
14.ª	635 172
15.ª	594.055
16.ª	13.973.784
17.ª	662.370
18.ª	14.886.036
19.ª	13.608.506
20.ª	327.512.502
21.ª	2.351.2:0
22.ª	51.480.420
23.ª	5 1792.780
24.ª	1 265.389.569

25.ª	78.200
26.ª	1.840.080
27.ª	1.760.880
28.ª	40.481.760
29.ª	14.069.015
30.ª	308.067.030
31.ª	1.748.838
32.ª	41.150.880
33.ª	39.518.098
34.ª	905.319.360
35.ª	223.258.945
36.ª	4.888 318.890

De estas treinta y seis combinaciones trisilábicas, han de formarse otras tantas clases para deducir de ellas las diferentes combinaciones cuadrisilábicas. Estas combinaciones habian de ser 108, es á saber, 72 de las 18 clases acabadas en vocal, que pudiéndose unir con las sílabas madres: con las de consonante y radical; con las de radical y consonante y con las de consonante radical y consonante, producirian cuatro diferentes partidas por cada una de las clases; y 36 que habian de formarse de las 18 restantes, que como acabadas en consonante solo podian anteponerse á las sílabas de consonante y radical, y á las de consonante radical y consonante.

Seria molesto á los lectores el que clase por clase diésemos razon de las 108 combinaciones cuadrisilábicas. Cualquiera podrá ejecutar esta operacion por las reglas que hemos observado hasta ahora en la formacion de disílabas y trisílabas, contentando su curiosidad. En lo que á nosotros toca, solo daremos un v. g. en la clase 35, para que sirva de norma á las demás combinaciones.

CLASE TRIGÉSIMA SEXTA

DE CUADRISILABAS.

La combinacion trisilábica formadora de las cuadrisílabas de esta clase resultó de tres sílabas de consonante radical y consonante unidas entre sí, como *des-per-tar*, *con-jun-tos*, *con-ver-sar*, y de esta combinacion resultaron 4.888.318.890 trisílabas.

Estas trisílabas como acabadas en consonante, pueden formar dos combinaciones cuadrisilábicas, posponiendo á las 111.008.158 trisílabas, que acaban en *l*, *n*. *r*, *s*, *z*, las 191 sílabas de consonante y radical, y las 4.182 de consonante radical y consonante que no empiezan con *rr*, *ll*, *ñ*, *ss*, y consonante que sea igual á aquella en que acaban las trisílabas.

Si multiplicamos las expresadas trisílabas por las 191 sílabas de consonante y radical producirán 21.218.748.178 cuadrisílabas.

Si las multiplicamos por las 4.182 sílabas de consonante, radical y consonante, su producto ha de ser de 464,612.496.756 cuadrisílabas.

Unidas ambas cantidades resulta que esta clase producirá 485.831.244,934 voces cuadrisílabas.

Pero ¡cuántos millones de millones de cuadrisílabas no resultarian si quisiésemos calcular las diferentes partidas que resultarian de las 36 clases cuadrisilábicas? Faltaria quizá el guarismo para numerar las voces de que es susceptible un idioma perfecto, y ¡á qué inmensidad no llegariamos si quisiésemos demostrar las voces de cinco sílabas tan usadas en los idiomas! Lo cierto es que hallariamos en ellas 324 combinaciones diferentes y cada una comprensiva de muchos millones de voces.

Sin embargo, no nos haremos cargo para nuestro caso sino de las monosílabas, de las disílabas, de las trisílabas y de las cuadrisílabas que puede producir la clase 36 de que hemos hablado, quiero decir, de las 494.131,091.501 voces que comprende estas cuatro partidas en la forma siguiente:

Monosílabas.....	000.000.005.911
Disílabas.....	000.007.116.147
Trisílabas	008.292.724.509
Cuadrisílabas de la clase 36.....	485.831.244.934
Total.....	494.131.091.501

Ahora, pues, díganme los literatos, ¿hay ó ha habido idioma en el mundo que hubiese consumido este inmenso número de voces en la mútua comunicacion de pensamientos? ¿Hay ó habrá algun idioma que las agote por innumerables que se calculen los descubrimientos que podrán hacerse hasta el fin de los siglos? Pues si este corto número de voces respecto de aquel que habia de resultar evacuando las clases de cuadrisílabas y de las que se forman de cinco es inagotable, ¿cómo podrán decirnos que el uso del género por terminacion es perfeccion en los idiomas por la diversidad de voces que con ellos se forma? ¿No sería mejor que el hermano tuviese una voz distinta de la hermana: que la vejez respetuosa del hombre y de la mujer se distinguiesen entre sí y de la de los demás entes por medio de las voces viejo y vieja? No creeré que haya filósofo alguno que no confiese que el género de los nombres por terminacion, á más de ser inútil, es perjudicial á los idiomas, ya por los embarazos que pone á la adquisicion del habla, ya porque priva á las lenguas de una voz con que podrian indicar un signado diferente con la debida analogía. Pasemos á hacer ver á los mismos literatos que son más en número los idiomas que no tienen géneros por terminacion en los nombres que los que los tienen; y para esto será suficiente el presentarles un catálogo de los unos y de los otros en cuanto ha llegado á mi noticia, que es el siguiente:

LENGUAS QUE TIENEN GENEROS EN LOS NOMBRES.

Arabe.	Armena.	Vándala.
Veneciana.	Bohema.	Búlgara.
Caldea.	Carnia.	Copta.
Croata.	Chiquita.	Dálmata.
Hebrea.	Esclavona.	Española.
Francesa.	Genovesa.	Griega.
Ilírica.	Italiana.	Latina.
Lusática.	Marasta.	Moscovita.
Polaca.	Portuguesa.	Ragusa.
Rutena.	Samaritana.	Sarda.
Servia.	Siríaca.	Rusa.

LENGUAS QUE NO TIENEN GENEROS EN LOS NOMBRES.

Aimara.	Araucana.	Balabandea.
Bascongada.	Barmana.	Bengala.
Berula.	Betoi.	Bilela.
Bisaya.	Calmuca.	Canara.
Cora.	Curda.	Estonesa.
Eudebe.	Finica.	Goana.
Grantamica.	Grumisch.	Guaicuru.
Guarani.	Gusarática.	Yaqui.
Ibera.	Indostana.	Indua-persiana.
Inglesa.	Itomana.	Jabana.
Jamea.	Jarura.	Jucatana.
Laponesa.	Libonesa.	Lituana.
Lule.	Maina.	Maipure.
Malabara.	Malaya.	Mejicana.
Mobima.	Moluca.	Moja.
Omagua.	Opata.	Otomita.
Persa.	Pema.	Poconqui.
Quichua.	Samscrutánica.	Scílica.
Tafse.	Tagala.	Tamanaca.
Tamulica.	Taraumara.	Tibetana.
Tongusa.	Tscheremisa.	Tubar.
Turca.	Tuxuse.	Húngara.

NÚMERO

DE LOS

NOMBRES, EPITETOS Y PRONOMBRES

Por número entienden los gramáticos aquella diferencia que hallamos en los nombres, epitetos y pronombres, y que sirve para conocer si se habla de uno o más individuos de la especie cuyo signado expresamos con la voz. Los idiomas ordinariamente no conocen sino dos números, esto es, el singular y el plural. Usan del singular cuando hablan de un solo individuo, como *hombre*, *mujer*, *casa* y del plural cuando hablan de dos ó más como *hombres*, *mujeres*, *casas*. Algunos idiomas como el griego, araucano y quichua conocen un tercer número, á quien sus gramáticos llaman dual; se quiere tambien que le tengan los hebreos y los árabes, y aunque el señor cura de Montuenga ó sea D. José Antonio Conde extrañó en su censura crítica de la pretendida excelencia y antigüedad del bascuence el que yo hubiese estampado esta proposicion en mi Apología, á más de no haber justificado la dualidad de los nombres hebreos y árabes, el defensor de dicha Apología corroboró el aserto en sus reflexiones filosóficas (a) con la mayor solidez, á que nos remitimos, por no ser de nuestro instituto la averiguacion de si real y verdaderamente tuvieron ó no este número las lenguas hebrea y árabe; pero sea lo que fuere de esta cuestion, no podremos juzgar por su decision la legitimidad ó ilegitimidad de este número.

Lo que nos debe ocupar únicamente es el averiguar si un idioma perfecto, esto es, el primitivo lenguaje hizo uso del número dual. Entremos, pues, al exámen filosófico de él, y expongamos nuestro modo de pensar.

Si nos dejásemos arrastrar de las primeras impresiones, creeríamos sin duda que este número en los nombres era una verdadera perfeccion, se nos figuraria que con él seria nos más económicos en nuestras locuciones, como que ahorraríamos la expresion del número

(a) El defensor es el mismo Astarloa.

dos, que sería necesaria para que pudiésemos dar á entender que eran dos ni más ni ménos los individuos indicados en el nombre dualizado. Parece muy fundada y filosófica esta reflexion, pero solo lo es en la apariencia.

Sería muy útil en realidad que por medio de los diferentes números de nombres, epitetos y pronombres, se nos hiciese ver el de los individuos de la especie que significaban; pero siendo esto inasequible, hemos de confesar que el número dual es un efecto de la irreflexion, y sino ¿qué ideas pudieron movilizar al primer inventor de este número? No podemos ménos de confesar que sus miras serian el hacer ver que no eran sino dos los individuos de quienes se hablaba; pues ¿por qué no nos inventó otro número para indicar que eran tres estos individuos y otro diferente para decirnos que eran cuatro, etc? Pero dejémonos de ulteriores reflexiones. Sabemos la imposibilidad de poder caracterizar los nombres por el número de individuos que se quieren dar á entender en ellos á no ser por el uso de los numerales. Sabemos que los idiomas, á excepcion de los pocos que hemos citado, se valen de dos números solamente, y veamos si esta práctica es conforme á los avisos de la naturaleza.

No hay duda alguna que el hombre, desde los primeros instantes de su creacion, habia de comunicar sus ideas, y que era imposible comunicarlas sin hablar de entes en singular ó en plural. Para hablar de ellos en singular, individua ó específicamente, era suficiente el proferir la voz que diese á entender este signado. Si la voz era propia, indicaria con ella un solo individuo, y si era apelativa una sola especie de cosas; de modo que para el uso del número singular no habia necesidad de característica alguna en la voz; pero no podia suceder lo mismo cuando se quisiesen dar á entender dos ó más individuos, dos ó más diferentes especies. Examinemos este punto, y veamos cómo se manejarian los primeros hombres en su invencion.

Estos hombres ó querian indicar un número determinado de entes ó no. Si su idea era la primera, habian de usar de la voz apelativa sin característica alguna, aplicándola como epiteto aquellas palabras que indicasen el número de individuos que se queria insinuar. Por ejemplo, querian los primeros hombres hablar de cuatro montes: era suficiente para esto que á la voz con que llamaban al *monte*, añadiesen la palabra numeral adoptada para significar *cuatro*, sin que la tal voz que significaba *monte*, tuviese necesidad de otra característica que le pluralizase.

Es tan evidente esta verdad, que se comprueba con la misma accion de que se valdrian para hacer más inteligible su idea. Estos hombres expresando el ente en comun ó en particular, le indicarian con alguna accion que dirigiese los rádios de la vista del que escuchaba hácia aquel parage donde se hallaba el ente comunicado, y ál querer dar á entender el número, acompañaria á su signo oral el de la ac-

cion, y este habia de ser el mostrar otros tantos dedos, cuantos eran los individuos que querian comunicarse.

De aquí es que desde el primer instante de la locucion, se usó de los numerales cuando la pluralidad era determinada, esto es, de dos, tres, cuatro ó más individuos. Infiérese tambien de aquí que el primitivo idioma no haria uso de características plurales en los nombres, cuando se indicaba el número determinado de individuos como cosa supérflua, por no hallarse indicada su pluralidad con la accion de los dedos ó con la voz adoptada para indicar el numeral comprensivo de los individuos que querian expresarse; de modo que usando de los numerales cuatro, ocho, veinte, no habia necesidad de pluralizar la voz á quien se aplicaban estos numerales.

Resulta de aquí, que todo idioma que se vale de número plural ó por la declinacion ó por el artículo cuando las voces van acompañadas de numerales es imperfecto; lo que se tendrá presente para su caso, á más de ser esta una prueba nada equívoca de no haber tenido duales el idioma primitivo. Pasemos á contemplar á estos mismos primeros hombres, cuando querian dar á entender la pluralidad de los entes en globo, esto es, sin determinar su número que es el caso en que se vieron precisados á usar de características en las voces para este efecto.

La primera vez que el hombre se vió precisado á comunicar entes en globo, esto es, una multitud de ellos sin determinacion de número, habia de expresarse ó por la accion ó por la voz, ó lo que es lo más probable usaria del uno y del otro medio, y en ambos hallaria signos análogos á la idea que queria comunicar. Examinemos primero la accion de que se valdria: pasaremos despues á la voz.

Si recurrimos á la accion, no hallaremos otra que sea más análoga que la de amontonar y confundir entre sí las unidades demostrables: y siendo estos los dedos de sus manos, me persuado que uniendo estas entre sí, cruzaria aquellos formando un solo puño de las dos manos. Así es como únicamente podia dar á entender que no era su idea el indicar el número fijo si no la multitud en globo. Lo cierto es que para hacer saber el número dos mostrarian dos de los: para indicar el número cinco presentarian los cinco de la una mano, y si su idea era hacer saber siete individuos, á más de los cinco dedos de la una mano mostrarian dos de la otra. Esta parece que hubo de ser la accion con que los primeros hombres darian á entender la pluralidad de la cosa. Pasemos á la voz.

El mismo instinto que halló en la accion, esto es, en los dedos cruzados de una y otra mano el signo de la multitud ó pluralidad, habia de ser quien en la locucion ó en la accion oral diese con algun sonido que fuese análogo para indicar la multitud. Este sonido aplicado á la voz haria que su signado se extendiese en número plural. La dificultad está en averiguar cual seria el sonido que hubo de adoptar, esto

es, qué letra, silaba ó voz se oiria en este sonido. Reconozcamos las letras una por una, y si en ellas se hallare alguna que sea análoga al intento, esta seria la adoptada. Yo encuentro en la vocal *e* una duplicidad de sonido nada equívoco, esto es, dos alientos ó porciones de él que se espelen el uno al otro, chocándose entre sí: hé aquí una bella analogía. Nos parece, pues, que el instinto ingenioso sobre manera se valdria de esta vocal, y añadiéndola ó uniéndola á la voz, formarian los primeros hombres el plural de los nombres, epitetos y pronombres.

Bien conozco que los literatos pondrán varios reparos á este mi modo de pensar. Creerán que habiendo varias otras letras á quienes los gramáticos llaman dobles, es indeterminable esta cuestion. Sin embargo, no podrán ménos de confesar que la analogía en el uso de la *e* en la pluralizacion de los nombres es bellísima. Tampoco negarán que las vocales son más aptas para servir de terminaciones que las consonantes. Ultimamente no podrán ménos de confesar que un idioma perfecto en todo su mecanismo como el que presentaremos al fin de estos discursos, y que usa de la letra *e* para pluralizar sus voces corrobora, consolida, ó mejor hace evidente nuestro modo de pensar.

ARTÍCULOS.

Por artículos entendemos aquellas vocecitas que aplicadas á los nombres, epitetos y pronombres nos dan á entender en el uso de las lenguas el diferente estado ó las diferentes relaciones primarias que tienen sus signados con la accion ó con otro signado que se comunica en nuestros conceptos.

Los gramáticos se hallan confusos en la inteligencia de esta parte de la oracion. Unos quieren que por artículos solo se entiendan aquellas palabritas que sirven en nuestros conceptos para dar á entender que el nombre á quien son aplicadas, es *apelativo*, esto es, una voz destinada en los idiomas para signo de una especie de cosas determinadas, como el *el, la, lo* de los castellanos. Otros pretenden que por artículos se han de entender aquellas palabritas que en un sinnúmero de idiomas se hallan en uso para ejercer las mismas funciones, que son propias á la declinacion de los griegos, latinos, ilíricos y otras naciones que la conocen. Esta última opinion nos parece más conforme á la claridad é inteligencia de los idiomas, y por lo mismo llamaremos artículos á todas aquellas palabritas, que unidas á las voces nos hacen ver los diferentes estados ó relaciones primarias que tienen sus signados, ya con la accion, ya entre sí. Bajo de este supuesto, pasemos á averiguar el origen de esta parte de la oracion y volvamos para ello á observar los primeros hombres en la adquisicion del idioma.

Tenemos ya averiguado el origen de los nombres, epítetos y pronombres. Hemos hecho ver el modo con que pluralizarian los hombres primitivos estas voces, pero no era suficiente esto para usar de ellas con la debida claridad en la mútua comunicacion de pensamientos. Con las voces *hombre, malo, yo* indicarian puramente sus signados; pero era imposible el que hiciesen saber por ellas sus diferentes estados ó relaciones. Del mismo modo con decir *hombres, malos, nosotros*, expresarian la pluralidad de sus signados: pero no bastaba esto para darnos á entender sus diferentes estados ó relaciones. Para proceder, pues, con la claridad que exige una materia tan interesante en la mútua comunicacion, se hace preciso el que ante todas cosas averigüemos los diferentes estados ó relaciones que las voces pueden tener en nuestros conceptos, y en segundo lugar el modo con que se manejaron los primeros hombres para dar á entender estos diferentes estados ó relaciones.

Las ideas del hombre en la comunicacion de sus pensamientos, si nos ceñimos á los nombres, epítetos y pronombres, no solamente se extienden á indicar sus signados y la pluralidad ó singularidad de estos, sino tambien á demostrarnos su accion, su pasion, su recepcion y su posesion, y hé aquí los diferentes estados ó relaciones que pueden tener los signados del nombre y pronombre, lleven ó no lleven consigo los epítetos.

Un agente puede ser principal ó primario; puede tambien ser ministerial ó secundario, y la claridad de los conceptos pide diferencia de características para indicar estos dos estados o relaciones. De aquí es que todos los idiomas se hallen dotados de diferentes características para denotar este diferente modo de accionar. Cuando el castellano dice, por ejemplo, *el hombre, del hombre, al hombre*, hace ver que el signado de la voz *hombre* tiene una relacion primaria con la accion ó con otro ente. Si decimos *el hombre mató al perro*, damos á entender que el hombre es la causa principal de la muerte del perro, esto es, el principal agente de ella, y que el perro padece la accion ejecutada por el hombre, y en este concepto no hay agente alguno secundario ó ministerial; pero si decimos *el hombre mató al perro con la espada*, hallamos dos agentes: uno es el hombre, y el otro la espada. El hombre es el agente principal: la espada es el ministerial, esto es, el instrumento con que se ejecutó la muerte. De las causas secundarias de las acciones, esto es, de los agentes secundarios ó ministeriales hablaremos tratando de las posposiciones, que son las características destinadas en los idiomas para caracterizar las relaciones secundarias de los nombres y pronombres. Hablemos ahora de aquellos caracteres con que indicaron los primeros hombres los estados diferentes ó relaciones primarias de los signados de los nombres, epítetos y pronombres que tenian ya en uso.

Estas primeras ó principales relaciones que los signados de los

nombres y pronombres pueden tener en nuestros conceptos son cuatro, ni más ni ménos, como lo tenemos indicado en el párrafo antecedente, esto es, pueden representársenos accionando ó como agentes de la accion comunicada ó como pacientes de ella, ó como recipientes de la misma, ó en fin, como posesores de otro signado. Cuando decimos *el hombre ama*, representamos al hombre en accion. Si decimos *Pedro es muerto*, damos á entender la pasion de Pedro. Si decimos *he dado á Juan esta ó la otra cosa*, hacemos ver la recepcion que Juan ha hecho de la dádiva, y últimamente, cuando decimos *las casas del Rey*, queremos dar á conocer que el Rey es posesor ó dueño de las casas; de manera que por más que reconozcamos el uso de los nombres y pronombres en los idiomas, no hemos de hallar en ellos otras relaciones que las cuatro mencionadas.

De aquí se deduce que el idioma primitivo habia de inventar cuatro características para distinguir entre sí estas relaciones. Si adoptaba más características, habia de ser redundante: si adoptaba ménos, habia de ser diminuto, y en ambos casos sería necesariamente confuso, oscuro é indeterminado. Bajo de este supuesto, entremos en nuestro caso.

Desde la más remota antigüedad tuvieron su orígen la declinacion ó el artículo y la preposicion ó posposicion. No siendo suficiente para el uso de los idiomas, como queda dicho anteriormente, la invencion de los nombres, epítetos y pronombres, sin que se expresasen los diferentes estados ó relaciones de sus signados, se hacia preciso que los primeros hombres procurasen desde luego hallar medios orales para dar á entender en sus casos estas diferentes relaciones. Los nombres *hombre, piedra, perro*: los epítetos *santo, bueno, largo*: los pronombres *yo, tu, aquel*, solo podrian servirles para dar á conocer el ente, su distintivo y el papel que hacia en la conversacion, pero nada más. Cuando oimos *hombre*, nos acordamos de la especie humana: si decimos *hombre bueno*, hablamos de uno de aquellos hombres en quienes hallamos la bondad. Cuando proferimos *yo*, se conoce al que habla; pero ignoramos si aquel hombre, si aquel *yo* son agentes, pacientes, recipientes ó posesores, y no nos hallamos en disposicion por solas estas voces de hacer ver sus diferentes estados ó relaciones. Fué, pues, indispensable desde el mundo primitivo la invencion de ciertas características, que aplicadas á dichas voces, nos diesen á conocer su estado ó relacion: de modo que desde entónces se hubieron de inventar ciertas vocecitas ó partículas para este ministerio.

Tenemos dicho anteriormente, y volvemos á decir para mayor claridad que los estados ó relaciones de los entes en nuestros conceptos son ó pueden ser de dos diferentes especies, es á saber, relaciones primarias y relaciones secundarias, de donde se infiere que los primeros hombres hubieron de inventar dos clases diferentes de vocecí-

tas ó terminaciones para indicarlas. Si los agentes, por ejemplo, se hubiesen caracterizado por una sola terminacion, era indispensable la confusion en los conceptos de los primeros hombres. No podrian saber estos si los tales agentes eran primarios ó secundarios, quiero decir, si eran principales operadores de la accion, ó ministeriales, esto es, cooperadores del agente principal. La idea de estas dos relaciones es enteramente distinta, y exije la claridad de la social correspendencia el que se nos dé á entender por diferenres nociones, y hé aquí la necesidad de dos clases de características.

Todos los idiomas han conocido esta verdad. Todos ellos hacen uso de dos clases ó diferencias para distinguir las dos especies de relaciones que llevamos citadas. Este uso es tan antiguo, que se esconde en la oscuridad de los más remotos siglos: no tenemos noticia de su primera invencion, y se hace preciso el persuadirnos que tuvo orígen en el mundo primitivo.

Justificada ya la necesidad de dos diferentes clases de características para distinguir las relaciones primarias y secundarias en los nombres y pronombres, es muy conforme al dictámen de la razon, y á lo que exije de nosotros la claridad de los conceptos el que estas dos clases de características se conozcan en las gramáticas con dos distintos nombres, y no hallo otros que sean más adecuados al uso de los idiomas que la declinacion ó artículo y la preposicion ó posposicion segun el índole particular de ellos.

Estos idiomas usan de la declinacion ó artículo para hacernos ver las relaciones primarias de los nombres y pronombres, y de la preposicion ó posposicion para darnos á entender las secundarias. De la preposicion ó posposicion como hemos dicho antes, hablaremos en su lugar. Reconozcamos por ahora la declinacion y el artículo, y veamos de cual de estas dos cosas se valió el idioma primitivo para caracterizar las relaciones primarias de dichos nombres y pronombres y hablemos de ellas con separacion.

DECLINACION

DE LOS

NOMBRES, EPITETOS Y PRONOMBRES.

Si consultamos la declinacion del nombre, epiteto y pronombre en los idiomas que la conocen, hallaremos que no consiste en otra cosa que en la diferente forma que reciben estas voces por medio de diversas terminaciones que se añaden á la voz primitiva, quiero decir, á aquella voz inventada en su orígen con sola la idea de dar á entender su signado fuera de toda relacion. La voz *leo* seria indeclinable, por ejemplo, en la lengua latina, si fuese la misma en todos los estados y relaciones de su signado. Que este hiciese, padeciese ó recibiese la accion comunicada, ó fuese posesor de otro signado, siempre sonaria *leo*. Esta unisonancia le haria ininteligible, y hé aquí la causa de haber inventado la terminacion genitiva *nis*, la dativa *ni*, la acusativa *nem* y la ablativa *ne*, formando con la union de estas terminaciones como otras tantas voces diferentes, esto es, *leo*, *leonis*, *leoni*, *leonem*, *leone*. Hemos omitido el vocativo, que á más de ser en los idiomas declinantes igual ordinariamente al nominativo, no tiene relacion alguna en nuestros conceptos, como que no es súsceptible en ellos de atributo alguno, dirigiéndose solamente este caso á preparar la atencion del que queremos que nos escuche. Examinemos si el primitivo idioma hizo uso ó no de la declinacion.

Aunque no contemplemos en los idiomas la multitud de casos que dan á sus declinaciones los persas y los lapones: aunque solo nos ciñamos á los cinco que hemos contado en la lengua latina, esto es, al nominativo, genitivo, dativo, acusativo y ablativo, conoceremos la imperfeccion de las declinaciones en los idiomas ya por la redundancia de sus terminaciones, ya por la oscuridad y confusion con que hacen uso de estos casos. Espliquémonos con claridad acerca de estas dos particularidades.

Es constante en primer lugar, que las terminaciones de la declinacion son redundantes. Estas son cinco en nuestro caso, y las cinco son diferentes, y esto basta para justificar nuestra asercion. En efecto, si son cuatro los estados ó relaciones que pueden tener los nom-

bres y pronombres, ¿para qué cinco casos ó cinco diferentes terminaciones en la declinacion? Necesariamente ha de estar demás un caso ó una terminacion, ó dos casos ó dos terminaciones han de tener un mismo ministerio, y si esto no es así, como no lo es, es innegable la redundancia. Pasemos á examinar la confusion de estos casos en el uso de los idiomas.

¿Qué cosa es el nominativo? ¿Qué ministerio ejerce en las lenguas que le conocen? ¿Representa la accion del nombre y del pronombre? Si el verbo es activo, nos representa la accion: si es pasivo, la pasion. Hé aquí un caso confuso, un caso indeterminado, un caso que por su característica no puede fijarnos en la relacion del signado de la voz, que se halla en nominativo. Pasemos adelante.

Igual confusion observaremos en el acusativo. Verémosle representar unas veces la accion, otras la pasion de los signados de los nombres y pronombres, é igualmente destituido de característica que pueda fijar y determinar cuál de estas dos relaciones haya de ser la que se nos quiere comunicar en los conceptos: caso por lo mismo así como el nominativo, en cuya inteligencia hemos de recurrir al sentido del concepto para conocer la relacion que se nos quiere comunicar con él, esto es, á la regla que los hebreos llaman *exigentia loci*. ¡Miserable recurso parto necesario de la imperfeccion, de la poca filosofía, del ningun miramiento que tuvieron los idiomas en caracterizar las relaciones primarias de los nombres y pronombres!

Ultimamente ¿qué cosa es el caso ablativo? Es un caos de confusiones. Por él se nos representan las relaciones secundarias, esto es, las causas instrumentales, las finales, las materiales y las impulsivas, ministerios todos correspondientes á la preposicion ó posposicion: caso por lo mismo supérfluo en los idiomas, como que todos ellos tienen preposiciones ó posposiciones.

Bajo de estos supuestos ¿podremos persuadirnos que el idioma primitivo, este idioma que segun vamos justificando, habia de ser perfecto en todo su mecanismo, haria uso de la informe declinacion y de sus oscuros, confusos é indeterminados casos para caracterizar las relaciones primarias de los nombres y pronombres? No, no es posible que un filósofo meditativo dé orígen á la declinacion en el mundo primitivo, en aquella época feliz en que el hombre se dirigia por los avisos de la sábia naturaleza, en aquellos tiempos en que no tuvo lugar la arbitrariedad, el antojo y la humorada, y en que el hombre no llegó á perturbar y trastornar el órden de cosas, establecido por la sábia naturaleza. Pasemos á hablar de los artículos y veamos si fueron estos los que adoptaron los primeros hombres para diversificar las cuatro diferentes relaciones primarias que nos ocupan.

ARTICULO

DE LOS

NOMBRES, EPITETOS Y PRONOMBRES.

Las características de agente, paciente, recipiente y posesor que los nombres, epitetos y pronombres reciben en algunas lenguas por medio de la declinacion, en otras las reciben por ciertas vocecitas ó partículas antepuestas ó pospuestas segun el índole de las naciones ó idiomas. A estas palabritas llamo articulos para distinguirlos de las demás partes de la oracion, y solo con el objeto de que haya mayor claridad en esta gramática.

Es verdad, que hoy los gramáticos de las lenguas europeas, entienden por artículo aquellas palabritas por medio de las cuales distinguen estos idiomas el nombre apelativo del que no lo es, como *el, la, lo*, en el castellano: *le la* en el francés, *the* en el inglés, *a* en el bascuence, etc., pero esta opinion á más de ser moderna y de origen conocido, no ha producido otros efectos en la literatura que la confusion y el decoro.

El mismo que lo inventó se vió confuso en atribuirle las funciones que le eran correspondientes. Creyó que podia ser carácter de nominativo, pero vió que no le llevaban los nombres propios, los partitivos, los numerales, y se resolvió finalmente á asegurar que la única funcion del artículo era el distinguir los géneros de los nombres, arrastrado quizá por el uso de los gramáticos latinos, que en las declinaciones de sus nombres acompañaban á los masculinos con el *hic*, como *hic dominus*, á los femeninos con el *hæc*, como *hæc musa* y á los neutros con el *hoc*, como *hoc templum*, y de aquella otra regla tan sabida en esta gramática y reincida á que *los géneros de los nombres son tres, hic para masculino, hæc para femenino, hoc para neutro*. Sin embargo, es cosa muy notoria que la funcion del artículo no puede ser el distinguir los géneros de los nombres. La razon es palpable: voy á exponerla.

Todos los idiomas que no tienen declinacion se valen de este llamado artículo; pero los más de ellos no tienen géneros en sus nombres. La lengua inglesa, la bascongada, la malaya, la japona, la chi-

na, la guarani, la aimara, la quichua y otras infinitas tienen las expresadas palabritas; y no admiten géneros en sus nombres, de lo que se deduce que en estos idiomas no pueden servir dichos llamados artículos para distinguir los géneros. Es visto, pues, que el *el*, *la*, *lo* de los castellanos, el *le*, *la* de los franceses, el *the* de los ingleses, etc., han de tener otro ministerio distinto que el de diferenciar el género, y este no puede ser otro que el de caracterizar los nombres apelativos.

En efecto, consúltense estos idiomas, y se verá que ningun nombre propio va acompañado de estas palabritas cualquiera que sea el caso ó género á que corresponda. Se dirá *el hombre*, *la mujer*; pero no se oirá *el Pedro*, *la Toledo*, etc. De la misma manera no se verán estas palabritas acompañadas de pronombres. Nunca se dirá *el yo*, *la tu*, *los nosotros*, *las vosotras*, de modo que no podemos tener duda alguna en que las palabritas *el*, *la*, *lo* del castellano y las equivalentes en otros idiomas, son unas características ó notas de nombres apelativos.

No sucede así en las palabritas ó partículas á quienes llamamos artículos. Estas caracterizan al nombre y pronombre en sus relaciones primarias, esto es, nos hacen ver que los tales nombres ó pronombres son agentes, pacientes, recipientes ó posesores, y suplen ó ejercen las funciones de la declinacion griega, latina, ilírica, persa, etc., y este modo de pensar es muy conforme á los gramáticos que precedieron á nuestra época.

Todos ellos nos han declinado el artículo sin exceptuar á aquellos mismos que lo han reducido á las palabritas *el*, *la*, *lo*, y han asegurado que no era el artículo sino la preposicion quien ejercia en las lenguas no declinantes la funcion de la declinacion. Segundo error á que han sido arrastrados nuestros literatos por haber adoptado malamente el nombre de artículos, para denotar solamente las palabritas *el*, *la*, *lo*.

Las preposiciones en los idiomas como se dirá en su lugar, tienen un ministerio muy propio, pero enteramente distinto de la clasificacion de los nombres. Sin embargo, queremos hacer algunas reflexiones sin salir de este capítulo.

No hay lengua declinante que no tenga preposiciones; de donde se sigue que estas ó son supérfluas, ó tienen un ministerio distinto del de la clasificacion de los nombres. Estos están clasificados por la declinacion: el nombre *homo* es nominativo en el latin, *hominis* es genitivo, *homini* es dativo, *hominem* es acusativo y *homine* es ablativo, sin que necesiten de preposicion alguna para que sean tales casos. Es visto, pues, que la preposicion no está destinada en el uso de los idiomas para clasificar el nombre, y que teniendo otro ministerio estas palabritas como se dirá en su lugar, no pueden llamarse preposiciones aquellas que están destinadas en los idiomas que no tienen de-

clinacion para darnos á entender la accion, pasion, recepcion y posesion de los nombres y pronombres.

Creemos por lo mismo que volviendo á las andadas, esto es, al uso de los gramáticos antiguos, llevarán á bien los literatos el que llamemos artículos á aquellas vocecitas ó palabras, por medio de las cuales ejercen los idiomas no declinantes las funciones que habian de ser propias de una declinacion bien arreglada. Bajo de estos supuestos, entremos en nuestro intento, y veamos si el primitivo idioma usó de la declinacion ó del artículo, para caracterizar las relaciones primarias de los nombres y pronombres, esto es, para hacernos ver si los signados de estas voces hacian, padecian, recibian ó poseian.

Si contemplamos la declinacion de los nombres en cualquiera de las lenguas que la conocen, hallaremos que á sus principios sus terminaciones no fueron otra cosa que unas vocecitas separadas de los nombres y pronombres, asi como ahora son los artículos de los demás idiomas. Veremos que la supresion y mutacion de letras desfiguró estas terminaciones ó palabritas, y multiplicándolas por este medio, se multiplicaron las declinaciones en perjuicio de la economía de los idiomas. Veremos que fijadas estas terminaciones con los nombres y pronombres se hallan hoy en una disposicion de no poder averiguar cuál sea el nombre ó pronombre primitivo, cuál su terminacion. En el *ego, mei, mi* ó *mih* y *me* ¿quién será aquel que podrá resolver cuál sea la voz primitiva, esto es, aquella con que se indicó por primera vez la persona que hablaba, y cuáles las terminaciones que añadidas á ella la clasificaron?

Lo cierto es que un órden natural exige que la invencion del nombre y pronombre procedan á su clasificacion, y no podemos dudar que los primeros hombres inventaron la voz ó palabra para indicar el signado ante todas cosas, y que á esta voz ó palabra modificaron por ciertas adiciones para representar los diferentes estados y relaciones que querian comunicar del signado de esta voz ó palabra, anteponiéndola ó posponiéndola aquella letra, sílaba ó palabrita que hubiese sido más análoga para representar el estado ó relacion que se queria comunicar con ella.

Dedúcese de aquí que la declinacion tuvo su orígen en el trastorno que hizo el hombre de las terminaciones primitivas que se inventaron para que, aplicándose en sus casos á los nombres y pronombres, hiciesen ver sus relaciones primarias, y que esta invencion de la declinacion no puede reputarse como propia del idioma primitivo, y que este se valdria del artículo para caracterizar sus nombres y pronombres en las citadas relaciones. Réstanos, pues, el averiguar cuántas y cuáles fueron estas terminaciones ó artículos. Veamos primero cuántas hubieron de ser.

Siendo cuatro las relaciones primarias que los nombres y pronombres, ó mejor sus signados, pueden tener en nuestros conceptos, no

pueden ser más ni ménos las características con que han de ser indicadas en el uso de los idiomas. Si son más, ha de haber una notoria redundancia opuesta á la economía, tan necesaria en los lenguajes. Si son ménos, ha de ser diminuto el idioma en esta parte, y necesariamente confuso en la mútua comunicacion; de modo que un idioma perfecto ha de tener cuatro características para darnos á entender sin confusion las relaciones primarias, esto es, para darnos á entender si el signado del nombre ó pronombre es agente, paciente, recipiente ó posesor, y por lo mismo podemos desde ahora llamar á estas particulas ó palabritas con el nombre de artículos pacientes, agentes, recipientes y posesores. En este supuesto averigüemos cuáles hubieron de ser en el idioma primitivo estos artículos.

ARTICULOS PACIENTES.

Es tan natural en el hombre la economía en la locucion, que el mismo instinto le arrastra á su uso en cualquiera de las naciones ó idiomas que queramos contemplarle. Si consultamos á estos, los hallaremos cargados de voces sincopadas, economizando en ellas el tiempo de la prolacion por la supresion de una ó más sílabas, y si la literatura hubiese seguido los avisos naturales de los pueblos no instruidos, quiero decir, de la gente agreste, el síncope se hubiera hallado hoy en mucha mayor extension y arreglándolo por las reglas de una sana filosofía, nuestros pensamientos se hubieran comunicado hoy con expresiones más cortas, y hubiera sido más abundante esta comunicacion.

No quiero entrar á una dilatada prueba de esta verdad, porque á más de ser imposible presentar el inmenso número de voces sincopadas en los lenguajes, me alargaria mucho más de lo que exije una materia tan conocida á todos los literatos. Sin embargo, no puedo ménos de hacer presente este deseo económico que el hombre tiene naturalmente en su locucion, y para ello me valdré de ciertos ejemplos en el pueblo bajo español. Hallaremos en él evidenciados estos deseos naturales en los frecuentes síncopes que usa sin ningun aviso de la literatura y de la instruccion. El *Ildefonso* en boca del literato y culto es *fonso* en el pueblo bajo. El *Domingo* es *mingo*: el *Francisco* es *Paco*, etc., etc., etc.; de modo que no podemos dudar de la natural inclinacion del hombre á la economía del habla.

De aquí se infiere que los primeros hombres harian uso de esta economía con tanta mayor extension, cuanto era mayor en ellos el uso de los avisos de la naturaleza, y que una de las reglas económicas sería en cada una de las especies de la modificacion de las voces por características el indicar una de estas modificaciones por la carencia de toda característica.

Corramos el dilatado campo de los idiomas. Separemos de ellos las lenguas declinantes, que por sus mal entendidos casos no gozan en la mayor parte de este ramo económico, y hallaremos comprobada esta verdad. La lengua castellana distingue los números singular y plural con solo el uso de una característica. Si el nombre va acompañado de ella, es número plural, y será singular cuando no tenga esta característica. La voz *hombre* no tiene característica alguna de número, y esto mismo es señal de ser singular. La voz *hombre-s* va acompañada de una característica de número, y esto mismo hace que sea plural. Lo mismo sucede en la hebrea, árabe, francesa, inglesa, bascongada; en una palabra, en todos aquellos idiomas que no son declinantes.

Estas características de número fueron las primeras que hubo de usar el hombre para modificar las voces inventadas para significar las cosas, porque está en el órden natural el que primero tengamos la voz y despues su modificacion, y se halla tambien en el mismo órden el indicar primero las cosas en unidad y pluralidad que el pasar á ulteriores ideas sobre ellas.

Bajo de este supuesto no podemos ménos de juzgar que los primeros hombres tendrian presente esta regla económica en el uso que habian de hacer de otras características que fuesen necesarias para distinguir las diferentes especies de estados ó relaciones que podian tener las voces ya inventadas, ó mejor sus signados. Contraigámonos, pues, á nuestro caso.

Despues de haber fijado el hombre las voces ó haber dado nombre á las cosas; despues de haber fijado las características de número para dar á entender estas cosas en singular y en plural, se vió precisado á inventar otra clase de características para distinguir en ellos los cuatro diferentes estados ó relaciones primarias que de estas cosas ó nombres se podian comunicar en la mútua correspondencia. Estas relaciones, como queda dicho anteriormente, son cuatro: de agente, paciente, recipiente y posesor; de donde es vista la necesidad de cuatro características para indicarlas.

Instruidos estos hombres en la invencion de las características de número, habian de adoptar como una de las características el no tener carácter alguno, fijándolo en esta carencia una de las cuatro relaciones, y hermoseando por este rasgo económico esta parte del mecanismo de su idioma.

No hallo motivo natural para que esta característica, de no tener característica, se hubiese adoptado para indicar que el nombre y pronombre se entendiesen como pacientes en nuestros conceptos; pero no podemos dudar que así hubiese sido la práctica del primitivo idioma, si consultamos los lenguajes no declinantes, que como llevamos dicho fueron anteriores á los que admiten declinacion. Veremos en ellos unas pruebas nada equívocas de esta verdad. Todos sus nom-

bres hallaremos revestidos ya con características, ya sin ellas, cuando se hallan sus signados en los estados ó relaciones primarias en la mútua correspondencia, esto es, cuando hacen funciones de agente, paciente, recipiente y posesor.

Es verdad que fuera de un idioma que presentaremos al fin de estos discursos como primitivo, ningun otro se halla arreglado en el uso de estas características, y no sé yo si para este trastorno ha habido otro motivo que el haberse clasificado estos idiomas por los gramáticos en sus nombres, sin embargo de no ser declinables. Estos literatos han fijado los nombres y pronombres á los casos de las lenguas declinantes. Los castellanos, por ejemplo, han creido que la voz *el-hombre* corresponde al caso nominativo: *del-hombre* al genitivo: *al-hombre* al dativo y acusativo, aunque algunos sienten que *al hombre* es acusativo, y el dativo ha de ser *para-el-hombre*; y últimamente se han persuadido que las expresiones *con-el-hombre, en-el-hombre, por-el-hombre, sin-el-hombre, del hombre* son pertenecientes al caso ablativo. Este trastorno es tan perjudicial á la literatura, que no podemos ménos de hacerle palpable con tanto más interés, cuanto es mayor el empeño de nuestros literatos en sostenerle. Hagamos, pues, ver la falta de filosofía con que se han conducido en esta clasificacion cuantos gramáticos nos han hablado hasta ahora sobre las lenguas articulantes ó que no tienen declinacion, y para ello recorramos uno por uno estos pretendidos casos.

Quieren que el nombre sin otro carácter que aquella vocecita que le hace apelativo, equivalga al caso nominativo de las lenguas que tienen declinacion, esto es, que las voces *el vino, la piedra* en la lengua castellana, equivalgan al nominativo, y así respectivamente en los demás idiomas que no tienen declinacion, sin reparar que estas voces y otras iguales sin más ni ménos características, ejercen en los mismos idiomas las funciones de acusativo. Dice por ejemplo, el castellano *como la carne, bebo el vino, edifico la casa*, sin que las voces *carne, vino, casa*, lleven otra característica que la que las hace apelativos: sin embargo, todas ellas corresponden al acusativo de las lenguas declinantes, como lo podrá ver prácticamente cualquiera que quisiese traducir dichas expresiones en la lengua latina ú otra que fuese declinante.

El llamado genitivo es tambien defectuoso en la mayor parte de estos idiomas. Quieren que la vocecita *de* haga que el nombre á quien se aplica, corresponda al caso genitivo, cuando con este mismo carácter vemos que corresponden al ablativo. *De Pedro, del hombre, del Rey* son indiferentes para ser posesores ó genitivos, y para darnos á entender el origen ó procedencia de las cosas y acciones, esto es, para que equivalgan al caso ablativo. *Las casas de Pedro, el Palacio del Rey, la voluntad del hombre* son expresiones en que *Pedro, Rey, hombre*, equivalen al genitivo de las lenguas declinantes. *Los ojos vie-*

nen de Pedro, las gracias del Rey y las voluntariedades del hombre son expresiones en que *los odios, las gracias* y *las voluntariedades* tienen su origen, ó provienen respectivamente *de Pedro, del Rey y le hombre* y corresponden al caso ablativo.

Lo mismo sucede con el dativo y acusativo. Estos dos casos son indeterminables en estos idiomas: *á Dios, al hombre, á los ángeles* pueden ser dativos y tambien acusativos. Si decimos *amo á Dios, al hombre, á los ángeles*, corresponden al acusativo. Si decimos *doy gracias á Dios, al hombre, á los ángeles*, equivalen al caso dativo: de modo que los nombres y pronombres de las lenguas no declinantes, son incalificables por la confusion en que se hallan de poder ser determinados por sus caracteristicas á representarnos una de las relaciones primarias, fija y determinadamente.

Igualmente lo son por los defectos de la misma clasificacion de las lenguas declinantes, como lo tenemos justificado, deduciéndose del todo que un idioma perfecto no puede seguir ni la declinacion de los unos ni el artículo de los otros idiomas por su confusion, y que el primitivo hubo de tener sus artículos determinados, y los gramáticos han de adoptar cuatro diferencias para diversificar las cuatro relaciones primarias si quieren rectificar sus idiomas. Consúltese aquella lengua que presentamos al fin de estos discursos como primitiva, y se verá que tiene cuatro clases de caracteristicas determinadas y fijas para las cuatro relaciones primarias, y ecónoma en todas sus partes constitutivas, lo es tambien en esta fijando la pasion de los nombres y pronombres en que no tengan característica alguna.

Este perfecto idioma nos hace creer que el primitivo no tendria característica para indicar las personas pacientes en sus conceptos, y por lo mismo fijamos como artículo paciente el no tener característica alguna. Pasemos á los artículos agentes.

ARTÍCULOS AGENTES.

No hallo en los idiomas asi declinantes, como en los que no tienen declinacion característica alguna que nos lleve á conocer que los signados de los nombres y pronombres, sean precisamente agentes en nuestros conceptos y que solo llegamos á este conocimiento por el sentido de los mismos conceptos, como largamente lo hemos demostrado hasta ahora.

Sin embargo, exije el buen órden y la claridad del habla, que las voces lleven ciertas nociones para que distingamos en ellas sus diferentes estados, y no podemos persuadirnos á que la lengua primitiva no se hallase hermoseada con este rasgo de perfeccion.

El hombre fuera de estos embarazos y preocupaciones de la educa-

cion, ha de seguir siempre los avisos de la naturaleza, cuando quiere caminar acertadamente y tal es el estado en que debemos contemplar á los primeros hombres en su mútua correspondencia, quiero decir, en el uso del idioma.

Estos indispensablemente habian de dar á entender entre sí el estado ó relacion de los signados de las voces que querian comunicar, ya por medio de la accion, ya por medio de la voz. Contraigámonos á nuestro caso, y examinemos cual sería la accion y cual la voz de que harian uso para dar á entender que un nombre ó pronombre ó mejor su signado ejercia la funcion de agente.

Una idea que percibieron en el accionar, dirigiria el instinto de los primeros hombres á formar la accion indicativa de este ministerio, y la acompañarian con la voz ó palabra con que indicaban el sugeto accionario: de modo que al mismo tiempo que proferian la voz *hombre*, por ejemplo, su accion corporal daria cierta señal para hacer ver que el tal hombre fue, era, ó sería el accionario, quiero decir, el agente principal en el concepto comunicado.

La idea accionaria, es la misma que la del esfuerzo ó juego de la misma accion, de modo que el hombre sin preocupacion y fuera de los perjuicios de la educacion ó rutina, habia de dar á entender la agencia de las cosas por acciones corporales, de fuerza é indicativas de faena ó quehacer, acciones quiero decir de fortaleza y ocupacion. Tal es mi modo de pensar acerca de las acciones corporales con que los primeros hombres ó su instinto, daria á entender que la cosa comunicada con el nombre ó pronombre era agente del concepto que se queria hacer saber. Pasemos ahora á examinar cual sería la voz ó sonido con que habia de indicar esta idea.

El hombre, aun que sea mudo, acompaña sus acciones con la voz, y ambas son producciones naturales de él, y por consiguiente producidas en los primeros hombres por el instinto, como que se hallaban fuera de toda instruccion. En ellos el mismo instinto que producia la accion, produjo tambien la voz, y así como en la primera echó mano de acciones fuertes, robustas é indicativas de ocupacion, hallaria en la segunda un sonido ó voz análoga á la accion, y por consiguiente se valdria de una letra ó sílaba fuerte y robusta, y hé aquí la terminacion, artículo ó palabrita con que caracterizaria al nombre ó pronombre para hacer ver que su signado era agente del concepto.

No podemos fijar con certeza cual hubiese sido esta vocecita, por ser varias las letras y sílabas fuertes que puede producir el órgano de la voz: pero nos hallamos persuadidos que sería la letra *k* ó una *c* final que tiene el mismo sonido. Esta letra es fuerte, y su analogía con la idea de la accion es bellísima. El literato no puede ménos de mirar con cariño y predileccion un idioma que inviolablemente caracteriza sus agentes con dicha letra. Tal es el que presentamos como pri-

mitivo al fin de estos discursos, y no tenemos reparo en fijar la *k* ó la *c* final como característica de persona agente en el idioma primitivo, y llamarla artículo agente. Pasemos á los artículos recipientes.

ARTÍCULOS RECIPIENTES.

Los primeros hombres se hallaron igualmente precisados á dar á entender el sugeto recipiente en los conceptos. Era indispensable desde los primeros pasos de la sociedad el que se diesen y recibiesen las cosas, y esto no podia verificarse sin que se supiese quien habia de ser aquel que habia de recibir la cosa. Era pues, preciso, el indicar ya por la accion, ya por la voz al recipiente ó persona que habia de recibir la tal cosa. Averigüemos la accion, y ella nos abrirá camino para hallar la voz.

La accion habia de ser indicativa, y no hallamos otra que la que es proporcionada para dirigir y enderezar los rádios de la vista hácia aquel objeto ó ente, á quien se habia de dar la cosa. Esta accion es clara y no es otra que la de dirigir el dedo índice hácia el objeto, formando una línea imaginaria desde el índice hasta el objeto receptor ó que habia de recibir la cosa, de modo que la accion comunicadora del recipiente, era una línea y habia de buscar el instinto en la voz otra accion oral análoga á la corporal, esto es, una accion lineal ó que analoguizase al dedo índice y formase como él una línea imaginaria hácia el objeto que habia de ser recipiente.

Examinemos ahora cual seria el sonido que habia de proferirse por los músculos orales formadores de está línea, y hallaremos que ninguno es más acomodado que el de la letra *i*, que por lo mismo ha sido figurada por todas las naciones como una rayita, línea ó rasguño.

Lo cierto es, que un idioma que caracterizase las personas recipientes de sus conceptos por la letra *i* sería placentero y agradable á la contemplacion de los literatos, y muy análogo á los avisos naturales en caracterizar esta funcion. Así, es,pues, el idioma que presentamos como primitivo al fin de estos discursos, en quien todos los recipientes se hallan caracterizados por medio de dicha letra, lo que no nos hace dudar de su primacia, ni tenemos embarazo en asentar que la letra *i* fué el artículo recipiente del idioma primitivo. Concluyamos nuestras cuatro relaciones primarias con el exámen de los artículos posesores.

ARTÍCULOS POSESORES.

Los primeros hombres así como se vieron precisados á inventar características para fijar en el uso del habla la accion, pasion y re-

cepcion de los signados, de los nombres y pronombres, de la misma manera se hallaron precisados á inventar las características de posesion, esto es, ciertas palabritas que aplicadas á la voz, hiciesen ver que su signado no hacía, no padecia, no recibia la accion comunicada, sino que era posesor de otro signado indicado en el concepto.

Para formar una justa idea de la vocecita que en el idioma primitivo hubo de servir á este ministerio, se hace preciso el contemplar ante todas cosas esta posesion, y averiguar cuándo tuvo su origen y que cosa fué lo que primariamente se entendió por ella, quiero decir, que idea fué la que obligó á los primeros hombres á inventar la característica que nos vá á ocupar. Prévia esta diligencia, y enterados á satisfaccion los literatos de las legítimas causas de su origen, nos hallaremos más dispuestos para conformarnos en la característica que hubo de ser propia de esta relacion, y por consiguiente usada por la lengua primitiva. Discurramos sobre este particular.

El mundo primitivo que no conocia aun la tiranía y el egoismo, y en que la igualdad no respetaba otra superioridad que la que persuadia la procreacion, esto es, el patriarcato ó la venerable ancianidad, se hallaba libre de la dominacion de la esclavitud y de otros actos que hacen al hombre poseedor, dueño ó señor de otro hombre: de donde es visto que la posesion de dominio no pudo ser la causa primaria de la invencion de la característica posesora, y que esta habia de inventarse para expresar otra idea de posesion. Procuremos averiguar cual hubiese sido esta.

Las primeras voces que inventó el hombre, fueron determinadas é indicativas de un ente singular, y por consiguiente á sus principios tuvieron la misma fuerza que hoy tienen entre nosotros los nombres propios. La voz *monte* se inventaria, por ejemplo, para indicar tal ó tal monte singular, que visto por primera vez fué el objeto de la comunicacion social. El haber reconocido otros entes individuos de la misma naturaleza, hizo que con esta voz *monte*, se entendiesen en comun todos los montes, y hé aquí un nombre que á sus principios era propio, hecho apelativo, y esto mismo sucederia con todos los demás nombres, como largamente hicimos ver hablando del nombre propio y apelativo. Esto supuesto, contraigámonos á nuestro caso.

Estos primeros hombres se verian obligados á hablar no solamente de la especie que comprendian estas voces que eran ya apelativas, sino tambien de sus individuos, quiero decir, que se verian precisados á hablar de los montes, piedras, frutas y otros entes ó cualidades determinadamente ó en individuo. ¿Cuál sería el modo con que habian de individualizarlos? No hallo otro más óbvio, más natural y más bello que el indicar la localidad ó el parage donde se hallaba el ente individuo ó el sugeto, en quien residía la cualidad, de la cual, se quería hablar en individuo. Pongamos algunos ejemplos para darnos á entender mejor.

Si el hombre hablaba de la *hermosura*, de la *grandeza*, de la *fuerza*, todos los atributos que quisiese aplicar á estas cualidades, serian comunes á todos los sugetos que fuesen hermosos, grandes y fuertes; pero si expresase que estas cualidades eran de tal ó tal sugeto, sus atributos habian de ser particulares, y aplicados no á la hermosura, á la grandeza, á la fuerza en comun, sino á tal y tal hermosura, á tal y tal grandeza, á tal y tal fuerza, esto es, á la hermosura de Pedro, á la grandeza del monte, á la fuerza del elefante, por ejemplo; quiero decir, á la hermosura, á la grandeza, á la fuerza que se hallaba en Pedro, en el monte, en el elefante.

De la misma manera si queria hablar de los entes ó sustancias, como *piedra*, *monte*, *fruta*, los atributos que aplicase á ellos serian comunes á todas las piedras, montes y frutas. Si queria particularizar estas piedras, montes, frutas, habia de valerse de una diferencia que separase á unas piedras de otras, á estos montes de aquellos, y á las frutas entre sí: y esta diferencia la más óbvia y natural era en aquellos tiempos la que daba á estos entes su localidad. Con decir *las piedras, los montes, las frutas de tal ó tal parte*, las distinguian entre sí, y hacian como una subdivision especifica de piedras, montes y frutas; de modo que este género de posesion, era el que habia de usar el hombre antes que la posesion de dominio ó señorío. Veamos, pues, cual seria la terminacion de que se valdrian en el mundo primitivo, para indicar esta posesion ó localidad.

La idea de los primeros hombres era individualizar los signados de las voces apelativas por su localidad, esto es, individualizar las cualidades por el sujeto ó sujetos en quienes se hallaban, y los entes por el lugar ó paraje de su existencia; de modo que lo que querian dar á entender era que tal ó tal sujeto tenia ó poseia esta ó la otra cualidad; que tal ó tal lugar ó paraje tenia estos ó aquellos entes, en una palabra, distinguir dichos entes ó cualidades por su localidad.

Ahora, pues, ¿cuál habia de ser la terminacion ó palabrita con que habia de indicar que este ó el otro sujeto, este ó el otro lugar, tenian ó poseian tal ó tal cualidad ó tal ó tal ente? Era imposible que analoguizase su idea, á no adoptar una particula ó palabrita que indicase la localidad de dichos entes y cualidades, que atribuida ó unida al sujeto ó lugar hiciese ver que en ellos se hallaba la cualidad ó ente que servia de objeto á la mútua comunicacion, y esta particula ó palabrita serviria desde entónces de característica de posesor, de cualquiera calidad que fuese su posesion.

Colígese de aquí, que un idioma que hiciese uso de una particula local para caracterizar el caso genitivo ó se sirviese de ella como artículo posesor, á más de ser placentero al literato, gozaria en esta parte de un derecho nada confuso para ser reputado por primitivo. Tal es, pues, el lenguaje que presentamos al fin de estos discursos, y tal creemos que hubo de ser la lengua de los primeros hombres.

De todo lo dicho en este capítulo se deduce lo primero que el idioma de los primeros hombres no hizo uso de la declinacion para caracterizar los estados ó relaciones primarias de los entes ó cualidades, sino de ciertas particulitas sueltas aplicables en sus casos. Se colije en segundo lugar, que estas palabritas no deben llamarse preposiciones ó posposiciones, sino artículos, para que haya la debida claridad en las gramáticas de los idiomas. Se colije en tercer lugar que estos artículos son cuatro, es á saber:

Artículos..... { Paciente. Agente. Recipiente. Posesor.

Ultimamente se infiere que la característica paciente en los nombres y pronombres ha de ser el no tener característica alguna, de modo que las voces *piedra*, *hombre*, *yo*, destituidas de toda característica habian de ser pacientes en nuestros conceptos, y que el no ser tales es un defecto en los idiomas: que la característica agente ha de ser una letra ó sílaba fuerte ó indicativa de afan ú ocupacion: que la persona recipiente se ha de conocer por la letra *i*, que se añade al nombre ó pronombre, y últimamente, que la característica de posesion ha de ser una vocecita que indique localidad. Pasemos á hablar de la quinta parte de la oracion, esto es, de las posposiciones.

POSPOSICIONES.

Toda vocecita, palabrita ó partícula se ha de anteponer ó posponer á la voz cuyo estado ó relacion se quiere indicar por ella. De aquí es que todas estas vocecitas pueden llamarse preposiciones ó posposiciones segun el índole de los idiomas. Sin embargo de esto, por preposiciones ó posposiciones han querido entender los gramáticos ciertas y determinadas palabritas y no todas ellas generalmente; pero se hallan tan confusos en señalar cuáles han de ser estas palabritas á quienes se han de llamar preposiciones ó posposiciones, que no podemos entrar á tratar de ellas sin aclarar primero este importante punto.

Algunos gramáticos se hallan persuadidos que por preposiciones hemos de entender todas aquellas vocecitas despues de las cuales viene un caso, ó como ellos se explican, todas las vocecitas que rigen caso. Esta definicion es sumamente oscura, y tan general, que comprende diferentes ideas distintas y abre camino á la confusion. Observamos en los idiomas declinantes casos regidos de un adverbio, de un nombre y aun de un verbo, y la idea de los gramáticos nunca

ha sido llamar preposiciones á estas tres partes de la oracion; de modo que es cosa averiguada por estos hechos que la funcion de la preposicion no es el regir casos.

Otros gramáticos más reflexivos quieren que la funcion de la preposicion se ciña únicamente á hacernos saber la causalidad de los signados de los nombres y pronombres en nuestros conceptos, esto es, que su ministerio sea el caracterizarlos en sus estados ó relaciones secundarias; de modo que solo hemos de llamar preposiciones á aquellas palabritas destinadas en el uso de los idiomas para darnos á entender las causas, los fines, los instrumentos y la materia de las acciones de los conceptos comunicados. Esta opinion parece la más conforme á la claridad de las gramáticas; pues si las relaciones primarias de los nombres y pronombres han de ser conocidas en la mútua comunicacion para que sean inteligibles en nuestros conceptos, de la misma manera lo han de ser tambien las relaciones secundarias, y si aquellas terminaciones tienen y deben tener un nombre que las distinga de toda otra terminacion, es tambien necesario que tengan igualmente el suyo para los mismos fines.

Llamaron los gramáticos á las palabritas ó partículas que distinguian la accion, pasion, recepcion y posesion del signado de la voz á quien se aplicaban, unos con el nombre de declinacion y otros con el de artículo, dando de esta manera una nocion clara y distinta de los estados ó relaciones primarias que tenian los signados de las voces en nuestros conceptos, y por este medio clasificaron en beneficio de la claridad estas terminaciones. Pues ¿por qué no han de tener su nombre ó no han de clasificarse aquellas palabritas que en el uso del habla se hallan destinadas para darnos á entender los estados ó relaciones secundarias de los nombres y pronombres en nuestros conceptos?

Es verdad, que asi la declinacion como el artículo son confusos en los idiomas, y nos hemos visto obligados á aclarar este punto en el capítulo antecedente. Del mismo modo la preposicion ó posposicion se halla oscurecida en las gramáticas de los idiomas, y nos vemos en la misma precision de aclararla á beneficio de la literatura.

En primer lugar, no podemos tener duda en que los primeros hombres desde la más remota antigüedad, se vieron precisados á hacer uso de ciertas vocecitas, que aplicadas á los nombres y pronombres, diesen á entender sus estados ó relaciones secundarias. Si hubiera sido una la característica para indicar las relaciones primarias y secundarias que los signados de las voces ejercian en los conceptos, no podia ménos de ser confusa la mútua comunicacion. Era imposible el conocer si tal ó tal signado era agente principal ó ministerial. Era imposible conocer si era causa final ó instrumental, si era móvil de la expresion, si era paciente ó recipiente; de modo que los conceptos hu-

hieran sido necesariamente indeterminados, confusos, y por lo mismo ininteligibles, llegando hasta el extremo de inutilizarse el habla.

Por estas razones, no tengo reparo alguno en llamar preposiciones ó posposiciones á todas aquellas vocecitas destinadas en el uso de los idiomas para dar á entender las causalidades de los signados de las voces en nuestros conceptos, sin embargo de que la literal significacion de estos nombres es extensiva ó acomodada para dar á entender toda palabrita ó particula, que segun el indole de los idiomas, se antepone ó pospone á las voces para denotar el estado de su signado, cualquiera que este sea.

Bajo de estos supuestos, discurramos sobre estas palabritas con alguna extension. Averigüemos en primer lugar, si en el idioma primitivo fueron preposiciones ó posposiciones: en segundo lugar, cuantas fueron en número y últimamente, cuales hubieron de haber sido. Hablemos de cada una de estas investigaciones con separacion.

Toda caracteristica fué pospositiva en el idioma primitivo.

Esta cuestion pertenecia á la sintaxis, y en ella la trataremos con la debida extension. Sin embargo de esto, nos ha parecido deberla proponer en este parage para distinguir este capitulo de todos los demás, y tambien para obviar el extrañamiento que causará á nuestros literatos el que llamemos posposiciones á unas palabritas que en sus gramaticas de las lenguas más conocidas, son llamadas y tenidas por preposiciones por hallarse antepuestas á los nombres y pronombres en estos idiomas, sin embargo de ser opuesta esta colocacion á los avisos de la naturaleza, y á lo que hubo de suceder en el idioma primitivo.

Es constante en primer lugar que los primeros hombres para entrar en la mútua comunicacion por medio del habla, habian de inventar ante todas cosas ciertos signos ó voces con que indicasen los sugetos y atributos de quienes quisiesen hablar. Estas voces á sus principios, solo indicarian un sugeto determinado y una cualidad de este sugeto, representada por otra voz que fuese distinta de la que indicase al sugeto, de modo que así el sugeto como el atributo se verian en su primera invencion sin caracteristica alguna, quiero decir, sin que en ellos se reconociese particula alguna que nos hiciese ver su estado ó relacion, esto es, que supliese las funciones de un atributo.

Los primeros hombres por ejemplo, vieron un *monte*: quisieron comunicarlo, y lo indicaron con la voz y con la accion. Llamáronle *mon-*

te, y mostraron á su consócio este ente, á quien llamaron *monte* por medio de una accion corporal. Repararon en este monte una cualidad, v. g. su anchura. Quisieron comunicar esta cualidad, y añadieron á la voz *monte* la palabra *ancho*. Hé aquí el primer concepto, el primer juicio, la primera proposicion, la primera idea descompuesta por medio de un sugeto y de un atributo, esto es, de dos voces, de las cuales la primera hacia de sugeto y la segunda de atributo.

Tal es, á mi ver, el modo con que entraron á hablar los primeros hombres, comunicando sugetos y atributos inmodificados, quiero decir, sin que entre el uno y entre el otro entrase la vocecita unitiva que los gramáticos latinos llaman *sum es fui*: sin que ni el sugeto ni el atributo llevasen característica alguna de su singularidad ni de su pluralidad, ni de aquellas que indicasen relaciones primarias ni secundarias ni otras particulas demostrativas de sus atributos; quiere decirse, que todo atributo á sus principios, sería indicado por una voz distinta y separada de aquella con que indicaban al sugeto; de modo, que justificando que los atributos habian de proferirse despues de los sugetos, se hara evidente que toda característica habia de ser pospositiva por no ser otra cosa si no un atributo aplicado al sugeto.

Ahora, pues, ¿qué cosa viene á ser un atributo en nuestros conceptos? No es otra cosa que una vocecita, por medio de la cual diferenciamos los sugetos de los conceptos. Si decimos *el hombre es bueno*, por el atributo *bueno* distinguimos al sugeto hombre de todos los demás de su especie, á quienes no se puede aplicar con verdad dicho atributo; de modo que no es otra cosa este atributo sino una cualidad del sugeto, y por consiguiente una cosa, cuya idea hemos de proponer despues de informar al que nos oye del sugeto, en quien se halla esta cualidad.

Si decimos *bueno, santo, perfecto*, nada adelantaremos en la comunicacion de pensamientos, si los que nos escuchan no se hallan anticipadamente informados del sugeto á quien queremos aplicar estos atributos; por manera que la indicacion del sugeto ó mejor la idea del sugeto, ha de preceder á la del atributo para que hablemos segun él órden de las ideas. Es visto, pues, que el órden natural exije que todo atributo se posponga en la locucion á la voz con que es indicado el sugeto, y no siendo otra cosa las características de cualquiera especie que sean sino unos verdaderos atributos, es constante que estos en el primitivo idioma habian de posponerse á los sugetos, formando con ellos unidad de voz para dar á entender la unidad de la idea compuesta, que queria darse á entender.

No tenemos, pues, dificultad en persuadirnos que lo que hoy los gramáticos llaman preposicion ó posposicion segun el índole de los idiomas de que tratan, hubo de ser posposicion en el primitivo, como actualmente lo es en un sinnúmero de lenguajes, especialmente en

aquel que presentaremos como primerizo al fin de estos discursos. Pasemos á reconocer cuántas fueron estas posposiciones en el mundo primitivo ó en la lengua que hablaron los primeros hombres.

Las posposiciones del idioma primitivo fueron cuatro.

Si consultamos á los gramáticos, nos veremos quizá en disposicion de no poder numerar cuantas sean las preposiciones ó posposiciones. Una preocupacion de llamar así en las lenguas griega y latina á todas aquellas vocecitas que no siendo nombres, pronombres ó verbos, rigen algun caso, ha confundido de tal manera á esta parte de la oracion, que se hace preciso el hacer ver el poco miramiento con que han procedido en esta parte los gramáticos griegos y latinos, y el perjudicial ejemplo que de ellos han tomado los de otros idiomas, especialmente de aquellos que no conocen la declinacion.

Los griegos y latinos empeñados en llamar preposiciones á toda partícula ó vocecita que venia delante de uno de sus casos, han multiplicado la preposicion extraordinariamente, confundiéndola con el adverbio, y los gramáticos de las lenguas que no tienen declinacion, han ido más adelante en este desórden. No solamente han confundido la preposicion con el adverbio sino tambien con el artículo. Separemos los artículos, los adverbios y las preposiciones y averigüemos el número fijo de estas.

Los latinos llaman preposiciones á las voces *ante*, *apud*, *contra*, *extra*, *prope*, y otras de esta naturaleza que no son otra cosa que unos conocidos adverbios de lugar. *Ante te*, por ejemplo, nos hace ver el parage ó lugar en que se ejecutó la accion comunicada en el concepto. Si decimos *ante Reges et Præsides ducemini*, quieren nos dar á entender que aquellos á quienes hablamos han de ser llevados á la presencia de los Reyes y magistrados, esto es, á aquel lugar en donde se hallan los Reyes y los magistrados; de modo que aquel *ante*, modifica la accion del verbo *llevar*, y es un verdadero adverbio. Lo mismo nos sucederá si queremos reconocer las ideas que quieren comunicarse en la lengua latina por medio de las palabras *post*, *prope*, *Juxta*, *apud*, *circa*, *circum*, y otras muchas de esta naturaleza; de modo que no podremos dudar que los gramáticos latinos llamaron preposiciones á estas palabras por un efecto de preocupacion y del ningun miramiento que tuvieron al principal ministerio que ejercian en el uso del habla. Separemos, pues, en primer lugar estas voces, y contemplémoslas como son en realidad por unos verdaderos adverbios de lugar, y pa-

semos a hacer igual separacion de los artículos de las lenguas declinantes, valiéndonos para ello del idioma castellano.

Los gramáticos de la mejor nota de la lengua castellana, como tenemos dicho anteriormente, han creido que por artículo no debia entenderse otra cosa que las palabritas *el*, *la*, *lo*, y que aquellas con que damos á entender en esta lengua las relaciones de agente, paciente, recipiente y posesor habian de llamarse preposiciones.

Tenemos justificado suficientemente este error hablando de los artículos, y nos remitimos á esta justificacion, y por ella debemos separar la palabrita *de*, que hace posesores á los nombres y pronombres, y á la vocal *a* con que damos á entender ya al recipiente, ya al paciente de la clase de preposiciones por ser verdaderamente artículos, como que nos llevan al conocimiento de las relaciones primarias que tienen en nuestros conceptos los expresados nombres y pronombres.

Bien conocemos que estas palabritas *de* y *a* juegan en los conceptos castellanos como adverbio, quiero decir, que unidas á las voces nos indican muchas veces la modificacion de las acciones comunicadas. Cuando decimos *á la tarde*, *á la noche*, *á oscuras*, *de dia*, *de noche*, *de propósito*, nos expresamos adverbialmente indicando el modo, el lugar, ó el tiempo de nuestras acciones; pero esta diversa significacion, estas diversas ideas, que comunicamos por dichas palabritas, no prueban otra cosa que el poco miramiento con que se ha manejado nuestro idioma en caracterizar sus nombres y pronombres.

Lo que hemos dicho de la lengua latina y castellana, es trascendental respectivamente á todos los demas idiomas declinantes y articulantes, de modo que separando de ellos los adverbios y los artículos que van especificados, resultará que las preposiciones ó posposiciones, han de quedar reducidas al número cuatro. Hagámoslo ver por medio de una corta reflexion.

Tenemos dicho y repetimos, que las preposiciones ó posposiciones, han de ser aquellas palabritas que unidas á los nombres y pronombres, nos dan á entender los estados ó relaciones secundarias que tienen sus signados en nuestros conceptos, quiero decir, las causalidades de estos signados.

Estas causalidades son cuatro. Un ente ó una cualidad puede entrar en nuestros conceptos como fin de la accion comunicada: puede tambien entrar como instrumento de ella ó como móvil, ó en fin como materia: de modo que todas estas cualidades de los signados, hacen que estos cooperen en la accion; pero su cooperacion es ministerial, quiero decir, estos signados son coadjutores del agente de los conceptos comunicados; por manera que el tal agente obra con miramiento ó dependencia de estos signados. Si compré el sombrero para Pedro, Pedro fue quien me movió á la accion de la compra, y fué para mi el fin que tuve en la operacion, esto es, no hubiera hecho la accion, sino

hubiese tenido el fin de dar el sombrero á Pedro. Si maté al toro con la espada, la espada fué el instrumento de que me valí para la accion ejecutada. Si edifiqué una casa de madera, la madera fué el material con que realicé mi operacion. Ultimamente, si morí por la pátria, la pátria fué el móvil ó impelente que me condujo al peligro. Hé aquí todas las causalidades que pueden cooperar con el agente de nuestros conceptos. Todas obran ó contribuyen para que se ejecute la accion: todas son agentes rigurosamente; pero su agencia es coadjutriz, es impulsiva, es secundaria, y en seguida el estado ó relaciones que tienen con la accion de nuestros conceptos son secundarias.

He nos llegado ya á justificar el número de las relaciones secundarias que pueden tener los nombres y pronombres en nuestros conceptos, y á fijar que no pueden ser más ni ménos las preposiciones ó posposiciones que cuatro, es á saber:

Posposiciones.... { Final. Instrumental. Material. Impulsiva.

En nuestra Apología en lugar de *impulsiva* llamamos *causal* á la última posposicion: pero habiéndonos hecho ver varios literatos que esta voz *causal* era confusa para indicar la idea que con ella se queria dar á entender, no hemos tenido embarazo en sustituirla por la voz *impulsiva*, sin embargo de que toda preposicion ó posposicion lo es, como que todas caracterizan á las voces cuyos signados impelen, obligan ó mueven á la causa principal á la ejecucion de sus operaciones; pero como este carácter de impulsion es más excelente en aquellos signados por los cuales obramos, sin que sean el fin, el instrumento y la materia de nuestras operaciones, hemos creido corresponder á esta *causalidad*, por la antonomasia, el nombre de impulsiva, queriendo complacer á dichos literatos, y no tener otra idea en nuestros escritos que el expresar los conceptos con la menor confusion posible. Concluyamos.

El hombre no solo quiere ó se vé en precision de hacer saber el fin, el instrumento, la materia y el móvil de sus operaciones, sino tambien se vé precisado á hacer ver que para sus operaciones no hubo impelente alguno, sino que las ejecutó sin concurso de otro sujeto, y todos los idiomas tienen para este caso una palabrita, que unida al nombre y pronombre, excluye sus signados de toda causalidad, y no tenemos duda alguna en que el idioma primitivo hubiese hecho uso de esta palabrita, ni en llamarla *posposicion exclusiva*; de modo que añadida á las cuatro anteriores, resulta que las posposiciones en un idioma perfecto han de ser cinco: posposicion final; posposicion instrumental: posposicion material: posposicion impulsiva y posposicion exclusiva. Pasemos á averiguar cuales hubiesen sido en el idioma

primitivo estas posposiciones, y para explicarnos con mayor claridad tratemos de cada una de ellas separadamente.

POSPOSICION FINAL.

Varias son las ideas ó fines que tiene el hombre en sus acciones. Unas veces obra en favor ó beneficio de otro ó con la idea de que disfrute del resultado de la operacion. Otras acciona para preparar una segunda accion útil á él y á los demas. Ultimamente, sus operaciones se dirigen á beneficiar una cosa inanimada. Cuando decimos en castellano *edifiqué la casa para mi hijo*, el fin ó la idea que tenemos es de poner en posesion del resultado de nuestra operacion al tal hijo. Cuando decimos *inventé la máquina para vencer al enemigo*, el fin ó la idea que tenemos es preparar con nuestra accion otra segunda accion; y últimamente, cuando decimos *hice la estátua para el Escorial*, el fin ó la idea es el beneficiar ó hermosear el Escorial.

En estas expresiones se vale la lengua castellana de la preposicion *para* y lo mismo sucede en la mayor parte de los idiomas. Sin embargo, nos parece que el primitivo hubo de valerse de tres diferentes posposiciones.

Es constante que el hombre despreocupado y que no sigue sino los avisos de la naturaleza, ha de accionar así por el gesto ó mimo como por la voz ó sonido, segun las ideas que quiera comunicar, y siendo estas diferentes, han de ser tambien las acciones corporal y oral. Bajo de estos supuestos, reconozcamos si las ideas de los primeros hombres en los tres fines propuestos son unas mismas, y en este caso sería suficiente una misma accion y un mismo sonido; pero si las ideas son diferentes, será visto que los primeros hombres las indicaron con diferentes acciones y diferentes sonidos.

Cuando el hombre obra una cosa con el fin de que su resultado sea en pró ó contra de algun otro que puede entrar en su posesion, es constante que tiene la idea de un posesor futuro del referido resultado, una idea por lo mismo compuesta y que embebe la de un posesor y la de la futuricion de la posesion; de modo que cuando compramos un libro para Juan, nuestra idea es hacer dueño del libro al tal Juan: idea que embebe en sí la posesion futura que ha de tener Juan en dicho libro.

Ahora, pues, ¿cuál sería la accion con que los primeros hombres habian de indicar esta idea compuesta? No hay duda que esta habia de ser análoga á la posesion y á su futurizacion, cualquiera que quieran los filósofos que hubiese sido esta accion. El instinto que formó esta accion, habia de formar tambien la voz ó sonido ó una voz compuesta de dos palabritas, de las cuales la una indicase la posesion y la

otra la futurizacion, y uniendo este sonido con la voz que significase al sujeto que habia de ser posesor, resultaria con la más bella analogía una voz formada de tres ideas: la del sujeto en cuyo pró ó contra se hacia la accion, la de la posesion, en que este sujeto habia de entrar, y la de la futurizacion de esta posesion.

Los hombres primitivos, cuando llegaron á este caso, estarian provistos de voces para indicar los sujetos de sus conceptos: tendrian tambien el uso de aquellas particulitas con que caracterizaban los posesores, y solo restaba el que inventasen una vocecita para hacer ver la futurizacion, y esta habia de ser alguna de aquellas que denotasen la distancia ó lejanía, formándola de letras que indicasen abundancia, y limitando esta con otra que pusiese término á esta futurizacion para no suponerla imaginaria.

Parecerá á los literatos que estas operaciones están fuera de los alcances de los hombres primitivos, y que para ellas es necesaria una filosofía, un discernimiento y un conocimiento de ideas que hoy quizá se desean en los mayores filósofos; pero yo no sé qué decirles. Sé que el instinto debia obrar estas cosas: sé que este instinto, sin instruccion alguna, es maravilloso en sus operaciones: sé, finalmente, que hay un idioma que nos presenta estas tres ideas, cuando el fin de las operaciones que comunica es el mismo que nos está ocupando. Este idioma existe todavía: pueden consultarlo al fin de estos discursos; él pospone en nuestro caso á la voz que representa el signado recepturo de las resultas de la accion, una terminacion cuya primera parte es el artículo posesor, y la segunda una palabrita compuesta de una sílaba extensiva y una consonante final nota de quietud ó término: en una palabra, este idioma nos presenta las tres ideas referidas, y este es un hecho constante. Cómo lo hizo ó cuándo lo hizo, juzguen los mismos literatos, y pasemos á hablar del segundo fin que tienen los hombres en sus operaciones.

Este segundo fin se verifica en nosotros cuando obramos la accion para conseguir otra. En este caso es constante que la idea del hombre es diferente de la que tuvo en el primer fin. Ya no se halla en él como objeto sujeto alguno: no tiene miramiento á posesion determinada, y solo obra en él una futurizacion, esto es, una accion que ha de ser futura, y no necesitamos sino de una terminacion destinada para indicar la futurizacion, y que aplicada al verbo, cuya accion es nuestro fin, analoguice la idea con la voz, esto es, la accion futura: de modo que si hubiese un idioma que en este segundo fin se manejase con esta finura, seria placentero al literato. Tal es, pues, el que presentamos al fin de estos discursos como primerizo de todos: él desata la accion final posponiendo al verbo que la representa una palabrita ó terminacion que indica en su mecanismo la futurizacion, como se podrá ver consultando todos los tiempos futuros de sus verbos, ó me-

jor los participios futuros y sus terminaciones. Digamos algo de la tercera especie de fines.

El tercer fin que tiene el hombre en sus operaciones, es hacer la cosa para colocarla en este ó el otro parage. Sus ideas por lo mismo, son diferentes en esta operacion ó en este fin que los que tuvoen las dos anteriores. La cosa ejecutada ha de ser llevada á aquel paraje, á cuyo adorno ó complemento se destinó el resultado de la accion; de modo que si estoy haciendo una estátua para el Escorial, mi idea es el llevarla y colocarla en el Escorial despues de concluida: una idea por lo mismo compuesta de la idea de llevar y de la futurizacion de esta operacion: por manera que cuando digo *estoy haciendo una estátua para el Escorial*, es lo mismo que si dijese *estoy haciendo una estátua para llevarla y colocarla despues en el Escorial*.

Un idioma por lo mismo si ha de ser perfecto y si ha de comunicar sus ideas con analogia, ha de tener para indicar este tercer fin ó sus dos ideas una vocecita compuesta de dos palabritas: la primera que sea de movimiento ó que caracterice en su mecanismo este acto, y la segunda, destinada para denotar la futuricion, y tal nos parece que hubo de ser el idioma primitivo, en que trabajando el instinto sin las confusiones de las preocupaciones actuales seguiria los avisos de la naturaleza y comunicaria sus ideas segun los preceptos de ella.

Lo cierto es que una lengua que usase de una terminacion de esta naturaleza, para caracterizar este tercer fin de nuestras operaciones, sería analoga á las ideas que el hombre tiene en él. Tal es, pues, nuestro idioma primitivo. La terminacion que une á la voz que representa el signado donde ha de ser colocado el resultado de la accion, se forma de las silabas *ra* y *co*: la primera indicativa de movimiento: la segunda de futuricion como se podrá ver en dicho idioma al fin de estos discursos: de modo que las posposiciones finales en un idioma perfecto, han de ser de tres maneras: unas que nos hagan ver que el fin de nuestras acciones, es hacer posesor ó dueño de alguna cosa á ciertos y determinados sugetos: otras que nos descubran que nuestra accion tiene por fin otra segunda accion: y otras finalmente que nos hagan ver que nuestro fin fué el colocar en tal ó tal paraje alguna cosa. Pasemos á hablar de las posposiciones instrumentales.

POSPOSICION INSTRUMENTAL.

Por posposicion instrumental, entendemos como lo tenemos dicho anteriormente, aquella palabra, partícula ó vocecita, que aplicada á un nombre ó pronombre, da á entender en el uso de los idiomas, que su signado fué el instrumento con que el agente del concepto comunicado ejecutó su accion, como el *con* de los castellanos, el *cum* de los

latinos, el *avec* de los franceses, etc. Cuando decimos *Hércules con la clava obró muchos prodigios*, por la palabrita *con*, que aplicamos á la *clava*, hacemos ver que esta fué el instrumento de los prodigios de Hércules.

Sin embargo de esto observamos que los idiomas usan de esta palabrita no solamente para indicar el instrumento con que se ejecuta la accion, sino tambien para hacernos ver el modo de la dicha accion. Decimos *obrar con prudencia, mandar con magisterio, ejecutar con ligereza*; en que la palabrita *con* no es característica del instrumento, sino del modo con que se ejecutaron dichas acciones; de modo que en ellas ejerce las funciones de adverbio; pues es lo mismo que si dijésemos *obrar prudentemente, mandar magistralmente, ejecutar ligeramente*, y no podemos persuadirnos que el idioma primitivo no hubiese tenido dos palabritas, una de quien hiciese uso cuando el *con* nos daba á entender el instrumento de que se valió el agente para su operacion, y esta habia de ser la que llamamos posposicion: otra de quien se valiese para cuando el *con* nos dá á entender el modo de la accion, y esta habia de llamarse característica de adverbio.

Lo cierto es que un idioma que guardase esta precision y claridad de ideas seria placentero á los literatos. Tal es, pues, en su fondo el idioma que presentamos como primitivo al fin de estos discursos, pues, como se dirá en su lugar, hallamos en ese lenguaje dichas dos características: una para denotar el instrumento, y otra para hacer ver el modo de la accion. Veamos ahora como se manejarian los primeros hombres para inventar la posposicion instrumental que nos ocupa.

Todas las acciones del hombre se ejecutan por medio de algun instrumento: en todas ha de entrar algun miembro de nuestro cuerpo con el cual ejecute el instinto sus operaciones. Sin embargo, todas estas acciones se comunican como ejecutadas por nosotros mismos, sin que tengamos necesidad, á no ser preguntados, de expresar los miembros corporales con que fué ejecutada. Siendo nuestros los miembros, es nuestra la accion ejecutada con ellos; y sean las manos, los piés, los dedos ú otra cualquiera parte del cuerpo los instrumentos de que nos valemos, decimos bien *yo hice tal ó tal cosa*: de modo que los primeros hombres no tuvieron necesidad de inventar posposicion instrumental para indicar este género de acciones: el caso único en que se hallarian precisados á inventarla habia de ser cuando se viesen obligados á hacer ver que este ó el otro ente fué el instrumento con que ejecutaron la accion.

Los primeros instrumentos ó entes de que se valdria el hombre para sus acciones, es más que probable que habian de ser aquellos que fuesen más manuales y propios á la accion que se queria ejecutar. Las piedras y los palos se presentan á nuestra consideracion como uno de los instrumentos primerizos: pero sean cualesquiera otros

entes, habian de ser estos necesariamente distintos del agente y de sus miembros.

De estos instrumentos echaria mano el hombre cuando no pudiese ejecutar la accion deseada por medio de sus miembros corporales, y el logro de ella le daria motivo para comunicar el instrumento con que habia llegado á conseguirla. A esta comunicacion le impeleria la utilidad del tal instrumento ó la alegría del hallazgo. Como quiera que fuese, su idea era hacer saber un cooperador, un consócio, no como quiera, sino un cooperador sin el cual no podia ejecutarse y de quien provenía la accion; de modo que así por la accion como por la voz procuraria hallar unos signos que fuesen análogos á las ideas referidas.

¿Cuáles, serian, pues, las acciones con que habia de indicar las referidas ideas? Era preciso que fuesen dos: una con que hiciese saber su imposibilidad para ejecutar por sí la accion y otra que hiciese ver que está próximo de tal ó tal instrumento, y esto mismo habia de ejecutar por medio de la voz, de suerte que habia de formar una vocecita que comprendiese un signo de imposibilidad ó carencia y otro que denotase la proveniencia ó de dónde vino la accion, quiero decir, que habia de usar de dos terminaciones, una de carencia para significar su imposibilidad, y otra de proveniencia de la accion comunicada.

Lo cierto es que un idioma cuya posposicion instrumental fuese de esta naturaleza habia de ser análogo á las ideas que querian comunicarse, y unida la voz cuyo signado fué el instrumento de la accion, á esta terminacion realizaria la perfeccion de su mecanismo en este ramo. Tal es, pues, el idioma que presentamos como primitivo al fin de estos discursos. Veremos que su posposicion instrumental se forma de dos terminaciones, una de la cual se vale constantemente para denotar la carencia del signado á cuya voz se aplica, y la otra que sirve en su mecanismo para dar á entender la proveniencia que las cosas tienen del signado á cuyo signo oral es aplicada. Pasemos á la posposicion material.

POSPOSICION MATERIAL.

Si consultamos los idiomas, hallaremos confusas las posposiciones instrumental y material entre sí, quiero decir, hallaremos que la misma terminacion juega en ambos casos, á lo que ha arrastrado á los idiomas la analogía que hay entre el instrumento y la materia. Con el *con* en el castellano, por ejemplo, unas veces indicamos el instrumento. Decimos *matar con la espada, escribir con la pluma*: otras la materia como cuando decimos *hacer la casa con ladrillos, la*

choza con ramaje, y otras, en fin, el modo de la accion como *andar con ligereza*, *mandar con imperio*. Estas locuciones se ven observadas por los sujetos más instruidos en nuestra literatura y la analogía que hay entre el instrumento, la materia y el modo de accionar las hace tolerables.

Sin embargo, meditada la cosa con la debida reflexion, veremos que son abusos; pues el orden de las ideas y su claridad exigen que distingamos el instrumento, la materia y el modo, y tal hubo de ser el uso del primitivo idioma: pues todos los demás los hallamos revestidos de tres diferentes características para este efecto, sin embargo de no hallarlas en ejecucion con aquella exactitud y puntualidad que exije la claridad de los conceptos.

La lengua castellana tiene, por ejemplo, terminaciones adverbiales. Pues ¿por qué no ha de usar de ellas en lugar del *con*, cuando la cualidad á quien lo aplica es el modo de la accion? ¿Por qué ha de decir *bailar con primor*? Este *primor* indica el modo con que se *baila*: es una modificacion de la accion, y por lo mismo un adverbio. Pues ¿por qué no se ha de decir *bailar primorosamente*, y esto inviolablemente, esto es, sin que jamás usemos del *con* para este efecto?

La misma lengua castellana tiene para indicar la materia con que se hacen las cosas la palabrita *de*: pues ¿por qué no ha de usar inviolablemente de ella para este efecto? ¿Por qué sustituirla por la vocecita *con*? Esto mismo digo de todos los demás idiomas. Use siempre el castellano del *con* para los instrumentos de la accion; del *de* con las materias, y de las terminaciones adverbiales con las modificaciones, y será más exacto, y exprimirá sus ideas con más propiedad y claridad.

Este hecho de hallarse en todos los idiomas medios de expresar con claridad y distinguir entre sí los instrumentos y materias de las acciones, nos obliga á creer que los primeros hombres, siguiendo con escrupulosidad los avisos de la naturaleza, inventarian una vocecita ó terminacion que fuese propia y peculiar, para que aplicada á la voz hiciese ver que su signado habia sido la materia con que se hizo la cosa. Veamos, pues, cuál habia de ser esta terminacion.

La idea del hombre al comunicar la materia con que se hicieron las cosas, es dar á entender el origen de ellas, y por lo mismo habia de hallar en la accion corporal y oral unos signos análogos á esta idea: unos signos, por lo mismo, que llevasen al que escuchaba á conocer que la cosa ejecutada tuvo su origen en tal ó tal materia, esto es, que fué hecha de ella. La accion corporal habia de indicar la cosa hecha y la materia de que fué hecha, v. g., la olla y el barro de que se hizo esta olla. Pero alejémonos aun más hácia el mundo primitivo.

Las acciones que más observarian los primeros hombres fueron las naturales. Las producciones terrestres no serian las últimas que ocupasen su contemplacion. Verian nacer la delicada hierba: obser-

varian la suavidad, lentitud y dulzura con que era producida, y en esta accion repararian la materia, que era la tierra, y el modo suave con que era formada la hierbecita: de modo que sería muy placentera al filósofo, y muy análoga con estas dos ideas una terminacion formada de una letra suave y otra que indicase proveniencia ú orígen. Tal nos parece que hubo de ser esta terminacion, y tal la hallamos en aquel que presentamos como primerizo al fin de estos discursos.

Bien conozco que los literatos pondrán varios reparos á este mi modo de pensar: pero protesto sinceramente que me hallo dispuesto á recibir cualquiera otro que fuese más análogo á las ideas que tuvo el hombre en las primeras acciones que formaron su contemplacion. La materia que tratamos es de las más dificultosas. No nos podemos persuadir de que nuestro modo de pensar sea una verdad averiguada: procuramos acercarnos á ella cuanto podamos, y con esto nos parece que cumplimos con nuestros deberes en este particular. Consulten los sábios acerca de esta posposicion la lengua que presentamos como primeriza al fin de estos discursos. Reconózcanla igualmente en el resto de su mecanismo y juzguen si hay alguna cuyo total se arrima más á un idioma natural. Pasemos á la posposicion impulsiva.

POSPOSICION IMPULSIVA.

Muchas veces ejecutamos la accion impelidos ú obligados por una causa extrinseca, y para denotar cual sea esta causa, todos los idiomas tienen cierta palabrita y es la que llamamos posposicion impulsiva. La lengua castellana, por ejemplo, ha adoptado la vocecita *por* para este efecto. Dice *muero por Pedro, trabajo por mis hijos*, cuando quiere dar á entender que Pedro es la causa de su muerte, y que la consideracion de sus hijos le mueve, impele ú obliga al trabajo.

Sin embargo, ni la lengua castellana ni la mayor parte de cuantas conozco, son exactas en el uso de esta palabrita. No solamente la usan como preposicion ó posposicion, sino tambien como adverbio. El mismo *por* del castellano que en las expresiones de arriba, fué una verdadera preposicion como que nos indicó la relacion secundaria, que Pedro y los hijos tenian en las acciones referidas, es característica de adverbio, cuando decimos *pasé por Madrid, paseé por la alameda*, como que con aquel *por*, denotamos el paraje ó lugar del tránsito, el paraje ó lugar del paseo, quiero decir, una verdadera modificacion de la accion.

No podemos persuadirnos que el idioma primitivo explicase sus ideas con esta confusion, y debemos creer que tendria dos palabritas distintas para comunicar la causalidad que nos ocupa, y la modifica-

cion de la accion con que la confunden los idiomas referidos. Consultemos la naturaleza en los primeros hombres y averigüemos la posposicion de que harian uso en nuestro caso, que es lo que al presente importa. Hablaremos despues, esto es, en el adverbio de la característica que usarian para dar á entender la modificacion de la accion indicada arriba.

Los primeros hombres se verian precisados al uso de esta palabrita desde la más remota antigüedad. Muy en breve, despues de su creacion, se verian en la precision de ejecutar sus acciones por una causa extrínseca. El amor de sus respectivas mujeres, de sus hijos y allegados les impeleria á cuidar de ellos, y este cuidado les llevaria á la accion que fuese útil á ellos. Estos hombres no podian ménos de verse obligados por mil circunstancias á especificar la causa ó el motivo de sus operaciones, y hé aquí la necesidad de inventar signos que fuesen propios para indicar esta causalidad. Estos signos los irian á buscar en la accion corporal ú oral, y estas acciones las habia de dirigir el instinto analoguizándolas con las ideas que se querian comunicar. Toda la dificultad consiste por lo mismo en acertar estas ideas y en buscar en el sonido ó la voz signos análogos á ellas.

Para que nos hagamos cargo de las ideas que quisieron comunicar los primeros hombres para dar á entender el móvil ó impelente de sus acciones, contemplemos lo que á nosotros mismos nos sucede. Cuando decimos *muero por ti*, nuestra idea es compuesta. Queremos dar á entender la causa de nuestra muerte, y esta causa no puede formar en nosotros una idea sin la del sujeto que es la causa, y sin la del origen de la muerte; de modo que dicha idea resulta del conocimiento de la causa y de la dependencia ó procedencia que de ella tiene la muerte.

Parece, pues, que así en la accion corporal como en la oral, habia de buscar el primer inventor de nuestra posposicion, una accion y una voz que incluyese y diese á entender estas dos ideas. No nos ocupemos en averiguar cual hubiese sido la accion corporal. Cualquiera que esta fuese, no hace á nuestro intento. Procuremos hallar el sonido ó la palabrita.

Esta, como queda dicho, habia de comprender dos ideas, la de la causalidad y la de su efecto, de modo que habia de formarse de dos terminaciones: una que indicase la causalidad y otra el origen de la accion: una de las terminaciones habia de ser causal, otra adverbial; la una para indicar la causa, ó mejor el sujeto de ella, la otra el origen de la accion. Lo cierto es, que un idioma que expresase estas dos ideas en su posposicion impulsiva, seria análogo al signado, á cuya representacion la habia destinado: seria placentero al filósofo: seria propio y exacto en sus locuciones. Tal es, pues, el lenguaje que presentamos como primitivo al fin de estos discursos. Su posposicion impulsiva equivale á la preposicion *por* del castellano, y al mismo *por*

característica de adverbio: de modo que esta posposicion incluye las dos ideas que comprende ó son indicadas por el *por* del castellano, esto es, la de la causalidad y la de la proveniencia ó modificacion de la accion comunicada: y para que mejor se entienda esta posposicion, se forma de dos palabritas: la primera es característica de causalidad, y hace ver que el signado de la voz á quien se aplica, es la causa de la accion, y la segunda de origen ó proveniencia de la tal accion ó característica de modificacion verbal, que aplicada á la expresada voz caracterizada con la primera palabrita, hace ver que de ella proviene la tal accion: de modo que por la primera palabrita, el signado de la voz recibe la investidura de causa, y por la segunda la de modificadora de la accion: dos caractéres muy distintos y expresivos de las dos ideas que concebimos en toda causalidad. Véase nuestro idioma primitivo al fin de estos discursos y concluyamos este capítulo hablando de la posposicion exclusiva.

POSPOSICION EXCLUSIVA.

El hombre, como queda dicho arriba, se vé muchas veces precisado á hacer ver en la mútua comunicacion que él mismo solo sin concurso de cooperador ha ejecutado esta ó la otra accion, esto es, que lo ha hecho por su propio motu y sin concurso de agente alguno secundario que sirviese de fin, de instrumento, de materia ó de impelente.

Todos los idiomas tienen ciertas palabritas para denotar en las acciones esta exclusion de todo cooperador ó agente secundario. El castellano expresa esta idea por la preposicion *sin*. Cuando dice *sin dinero*, *sin auxilio*, *sin socorro*, por el *sin* da á entender que ni el dinero, ni el auxilio, ni el socorro obraron ó concurrieron á la accion; de modo que no tenemos que justificar que el idioma primitivo hubo de hacer uso de esta posposicion, y solo debe ocuparnos el averiguar cuál hubiese sido esta posposicion. Discurramos en este particular.

La idea del hombre en este caso, es excluir ó separar de la accion comunicada todo agente cooperador ó que concurriese con el agente principal, esto es, que el tal agente principal obró sin que ninguno contribuyese á su accion. Esta idea es compuesta: se forma de una idea de exclusion, y de otra de universalidad, esto es, de una exclusion de cuantos pueden cooperar en las acciones con el agente principal.

De aquí resulta que la vocecita que se adoptase para este ministerio, habia de ser expresiva de estas dos ideas para que tuviese la co-

rrespondiente analogía. Si los literatos hallasen un idioma cuya posposicion exclusiva significase lo que en castellano *sin uno* no hay duda alguna que le mirarian como á una palabrita análoga y propia para significar las dos ideas expresadas. La voz *sin uno* es lo mismo que *ninguno*, y *ninguno* es una voz universal negativa, una voz por lo mismo compuesta de dos ideas, de la de exclusion y de la de la universalidad; como que con ella hacemos una exclusion no cómo quiera, sino de todos los individuos de la especie á cuyo signo la aplicamos. Cuando decimos *ningun hombre*, nuestra idea es exclusiva y universal: exclusiva, porque separamos al hombre, y universal, por que separamos á todos.

Tal es, pues, la posposicion exclusiva del idioma que presentamos como primitivo al fin de estos discursos. Fórmase de la voz uno y la terminacion exclusiva, y ella es la que sirve de posposicion: y unida á la voz da á entender que su signado no concurrió á la accion. Véase este idioma en su lugar.

ADVERBIOS.

Llaman adverbios los gramáticos á aquellas voces por medio de las cuales modificamos la accion del verbo, como *bien*, *mal*, *medianamente*. Los adverbios son para con los verbos lo que son los epítetos respecto de los nombres y pronombres. Así como los epítetos *bueno*, *santo*, *perfecto* estrechan ó modifican la significacion de la voz *hombre*, por ejemplo, cuando son aplicados á ella, de la misma manera los adverbios *mal*, *bien*, *medianamente*, estrechan y modifican al verbo *cantar* en su significacion, y así de todos los demás verbos y nombres. Si decimos *el hombre*, su significacion se extiende á todos los individuos que comprende esta especie. Si decimos *el hombre santo*, *el hombre bueno*, *el hombre perfecto*, estrechamos la significacion de hombre, y solo entendemos en esta especie aquellos individuos que son santos, buenos y perfectos. Del mismo modo si decimos *cantar*, entendemos su significacion á toda accion que sea canto: pero si decimos *cantar bien*, *mal ó medianamente*, estrechamos dicha significacion y la restringimos á aquellas acciones cantantes que se hacen *bien*, *mal ó medianamente*.

Este es el ministerio de los adverbios: sin embargo, hallamos confusa esta parte de la gramática en los idiomas en tanto grado, que no son capaces sus maestros de poder determinar unas características que nos lleven á una nocion clara de los adverbios. Los vemos acompañados de preposiciones ó posposiciones, de artículos ó casos, y no es justo que el mejor don de la sociedad, esto es, el habla carezca de la debida exactitud en esta parte principal de la locucion.

No se ha ocultado á los literatos esta impropiedad: la han palpado cada cual en su nativa lengua, ó en aquella de que han querido hablar, y todos ellos se han visto precisados á confesar que á más de los llamados adverbios, hay ciertas locuciones que debian serlo, á quienes por lo mismo han dado el nombre de locuciones adverbiales: pero esto no es otra cosa que conocer el mal sin hallar el remedio. Procuremos, pues, averiguar cuáles serian los caractéres con que el idioma primitivo distinguió de todas las demás esta parte gramatical, y para hacerlo con la debida claridad, veamos ante todas cosas cuantas son sus clases.

Como los verbos se restrinjan ó modifican, ya por el lugar donde son ejecutadas las acciones, ya por el tiempo, ya tambien por el modo de accionar, podemos dividir el adverbio en tres clases. A los de la primera llamaremos adverbios de lugar, á los de la segunda adverbios de tiempo y á los de la tercera adverbios de modo. Y para proceder con la debida claridad hablaremos de cada uno de estos adverbios separadamente.

ADVERBIOS DE LUGAR.

Por adverbios de lugar, entienden los gramáticos aquellas voces que están destinadas en los idiomas para dar á conocer el paraje ó lugar donde se ha verificado el concepto comunicado, como *allí*, *aquí*, *al otro lado*. Cuando decimos *vivir aquí ó allí*, damos á entender el paraje de nuestra habitacion. Si decimos *voy á tal paraje*, hacemos ver el lugar á que nos dirigimos. Al decir *pasaré por la Mancha*, indicamos el paraje por donde ha de ser nuestro tránsito: si decimos *saldré de casa*, hacemos ver el paraje ó lugar de nuestra salida, y últimamente con la expresion *iré hácia Madrid*, determinamos que el lugar ó paraje se halla hácia Madrid, pero sin nombrar cual sea este paraje.

En todas las locuciones referidas tiene el hombre diferentes ideas del lugar ó paraje que en ellas expresa; y por lo mismo han de ser diferentes los caractéres con que debe representarlos para que logren sus conceptos la debida claridad. Veamos, pues, cómo se manejarian los primeros hombres para inventar estas diferentes características.

No podemos dudar que en todas ellas habia de jugar una idea comun, quiero decir, una idea local, y por consiguiente lo primero que nos debe ocupar, ha de ser averiguar cómo darian á entender esta idea de localidad. Si consultamos la accion, veremos que seria extender la mano hácia aquel paraje ó lugar que se queria dar á entender

por primera vez y dirigir hácia él la vista del que escuchaba. Pasemos á la voz ó sonido.

Esta voz ó sonido habia de ser análogo á la accion, y por lo mismo extensivo y formado de una letra ó sílaba de esta naturaleza, y la letra *a* parece la más proporcionada á este efecto. Lo cierto es que cuando el hombre quiere expresar esta idea, se ha de valer de la *a* siempre que obre el instinto á impulsos de la naturaleza, y no de la instruccion como se ve palpablemente cuando los mudos nos quieren dar á entender esta idea.

No tenemos, pues, reparo en persuadirnos que el idioma primitivo haria uso de la letra *a* para indicar la localidad; pero como esta es de diferentes maneras, se hace preciso el averiguar las características que emplearian los primeros hombres para diferenciar la localidad representada por la letra *a*. La materia es muy curiosa y digna de la atencion de los literatos. Expliquémonos con claridad, y para ello clasifiquemos esta localidad. Cuatro diferentes localidades podemos comunicar en nuestros conceptos: 1.ª la del paraje ó lugar donde existen ó se hacen las cosas; 2.ª la de aquel desde el cual salen ó pasan las cosas; 3.ª la de aquel á donde van, y 4.ª de aquel hácia donde se dirigen, para explicarnos mejor, estas cuatro localidades son conocidas en los idiomas respectivamente con los adverbios *donde*, *desde donde*, *á donde*, *hácia donde*. Hablemos de cada una de estas clases de adverbios con separacion.

ADVERBIO DONDE.

Este adverbio, en cualquiera de los idiomas que le contemplemos, denota un lugar ó paraje donde existe ó se hace alguna cosa: por consiguiente, la idea del hombre cuando usa de él es compuesta. Quiere comunicar en primer lugar la localidad, y en segundo la existencia de la cosa ó accion. Para dar á entender la localidad tenemos ya formada la vocecita de que habian de usar los primeros hombres, esto es, hemos determinado que esta seria la letra *a*. Réstanos el averiguar cuál seria el sonido que añadiéndose á la dicha *a*, signo de localidad en general, habia de servir de diferencia que determinase el lugar *donde*.

Este sonido habia de ser análogo á la idea segunda que va referida, esto es, habia de ser propio para indicar la existencia ó permanencia de la cosa ó accion en aquel lugar. Veamos de qué gesto usaria el hombre la primera vez que quiso dar á entender esta idea, y él nos enderezará para hallar el sonido ó la voz

No bastaba que los primeros hombres demostrasen la localidad por la letra *a*. Si querian indicar el sujeto que existia en aquel paraje

ó la accion que en él se hacia, era necesario que los rádios de vista del que escuchaba, y que vagueaban hácia aquel paraje hácia donde los dirigió con la extension de la mano, se fijasen en un determinado paraje, y cuando le pareciá al que comunicaba sus ideas que estos rádios de vista se hallaban ya fijados en aquel paraje donde existia la cosa ó la accion que queria hacer saber, no podemos dudar que el instinto del proferente habia de procurar detener dichos rádios de vista en aquel mismo paraje. Veamos cuál seria la accion ó gesto, y cuál la voz.

La accion ó gesto en este caso seria la de bajar la mano en guisa de detencion, quietud ó asiento. Tal es el gesto que empleamos todos cuando queremos hacer que uno se detenga ó se siente. A esta accion sería análoga la voz ó el sonido como efecto del mismo instinto, y que acompaña, como queda justificado, á todos los gestos ó acciones, y no sé que podamos hallar sonido más análogo para este efecto que el de la *a*, figurada por lo mismo generalmente en los idiomas como letra estante y sostenida sobre dos piés. Consúltense los adverbios locales de quietud en los idiomas, y se reconocerá en ellos por lo general esta letra *a*. Obsérvese á más la misma pronunciacion de la palabrita *aa*, y se reconocerá en la *a* una extension ó una accion extendida, y en la *a* una detencion ó asiento de esta misma accion.

Lo cierto es que la vocecita es análoga y propia para representarnos el *donde* de nuestro caso, esto es, aquel paraje ó lugar que se halla igualmente distante del que habla y de aquel á quien se habla. Este *donde* se expresa en la lengua castellana por el adverbio *allí*, y es un *donde* que usa aquel que habla cuando quiere denotar un paraje ó lugar que está distante de él y de aquel á quien se dirije.

Este adverbio *donde* lo hemos colocado el primero de todos por hallarnos persuadidos de que seria el primero que inventó el hombre; pues siendo más natural en nosotros el extender primero la vista á la mayor distancia é ir estrechándola hácia nosotros segun vamos reconociendo los límites de su extension, es más que probable que los primeros hombres inmediatamente despues de su creacion extendiesen los rádios de su vista todo lo que permitian sus alcances.

En este punto de vista hallarian objetos dignos de su atencion, y esta circunstancia excitaria en ellos el deseo de comunicarlos: los nombrarian de la manera y modo que llevamos referido hablando del nombre, y procurarian especificar del modo que acabamos de decir el paraje ó lugar donde se hallaban dichos objetos, de modo que un idioma que para decir *allí*, ó señalar el paraje ó lugar en que existia una cosa igualmente distante de él y del que le escuchaba, usase de la vocecita *aa*, seria análogo y propio en esta expresion. Pasemos á recorrer los demás *dondes* que puede indicar al que habla.

No era suficiente el haber inventado la palabrita *aa* para indicar todos los parajes en donde se hallaban los entes ó se hacian las ac-

ciones, esto es; todo *donde* que podia comunicarse en la social correspondencia desde la más remota antigüedad. Con esta palabrita *an* solo se hacia saber un paraje que estaba distante y en que se hallaba ó se hacia el objeto de la comunicacion. Este objeto comunicado podia hallarse cerca del que hablaba y tambien cerca de aquel á quien se hablaba, y á ninguno de estos dos *dondes* venia bien la palabrita *an*. Veamos, pues, cuáles serian las que inventó el hombre para indicar el paraje ó lugar que estaba cerca de sí mismo, y aquel que se hallaba á las inmediaciones del que escuchaba.

Así como tuvo dos ideas el hombre en la formacion del primer *donde*, esto es, de aquella palabrita con que quiso indicar el paraje lejano donde se hallaba el objeto comunicado, tuvo tambien otras dos ideas al querer formar los otros dos *dondes*, esto es, aquellos con que dió á entender que el objeto comunicado se hallaba cerca de él ó á las inmediaciones del que escuchaba. Las dos ideas del primer *donde* eran la distancia y la localidad: la distancia la expresó bellamente por la letra *a*, y la localidad ó estancia de la cosa con la *n*.

Las dos ideas que tiene el hombre cuando quiere indicar el paraje cercano á sí mismo, son la de esta cercanía y la misma de localidad ó estancia anterior, y por lo mismo haria uso este hombre de la misma letra *n*, y mudaria la *a*, signo de distancia, en otra que indicase proximidad, esto es, una proximidad ó cercanía respecto del paraje en que se hallaba el mismo. Este paraje existia bajo de su vista, y su accion habia de ser el bajar los ojos al tiempo de quererlo indicar. No contemplo otra letra más análoga para expresar esta idea de proximidad circunstanciada con la de ser cercana al que hablaba que la *e* doblada ó alargada en su pronunciacion: letra, en cuya prolacion se inclina hácia abajo el aliento ó cae conocidamente. Lo cierto es que los idiomas, sin embargo de que tienen palabritas destinadas para dar á entender este *donde*, naturalmente son arrastrados á la prolacion de la *e* anteponiéndola á la dicha palabrita. Consúltense, por ejemplo, el *hé aquí* del castellano, el *en* y *ecce* del latin, etc.

Nos hallamos, pues, persuadidos á que el primitivo idioma se valdria para indicar este donde de la vocecita *een*, y como en ella hallaria por las dos *ee* seguidas una incufonía manifiesta, suavizaria la pronunciacion interponiendo entre las dos *ee* una consonante que diese unidad de sonido á la expresada palabrita. Pasemos al tercer *donde*.

El tercer *donde* es aquel paraje que se hallaba cerca de aquel á quien se dirigia el habla. A esta vocecita es más que probable que hubiese dado lugar en el mundo primitivo el ver las diligencias que se hacian en busca de alguna cosa, ó lo que es más verosímil, la pregunta que hizo el que buscaba la cosa para saber el dónde de ella, y por lo mismo hemos de investigar primero el *donde* de la pregunta para

averiguar el *donde* de la respuesta. Veamos las ideas del uno y el otro *donde* en el mundo primitivo.

Cansado el hombre sin poder dar con lo que buscaba, se figuraria que la tal cosa se hallaba en algun paraje oculto, escondido y oscuro. Hé aquí la primera idea que formaria del *donde* en que habia de estar lo que buscaba. Sus diligencias no podian separarse de la idea de localidad. Buscaba el lugar ó paraje de la cosa que deseaba, un lugar en que habia de estar la cosa ciertamente, pero un lugar que le era incógnito: dos ideas por lo mismo de localidad, una de certeza del lugar, pues sabia que en alguna parte se hallaria la cosa que deseaba, y otra de incertidumbre, pues ignoraba cuál era este lugar, y la tercera de ocultacion ó escondimiento de lo que buscaba.

Ahora, pues, ¿cómo expresaria este hombre la vocecita para preguntar dónde se hallaria lo que buscaba? Las ideas son tres, dos de localidad y una de ocultacion ó confusion: estoy por lo mismo persuadido que se valdria de los *nn* para la localidad y de la letra *n* para indicar su confusion y la ocultacion de la cosa; pues no hallo letra más acomodada para este efecto, ni para el todo palabra más propia que el *nun*. Consúltese el *nun* de las dudas de los latinos. Pasemos al *donde* de la respuesta y dejando para sus casos el *alli* y *aqui* de que ya hemos hablado, contraigámonos al *ahi donde tu estás*, y veamos cómo indicaria esta expresion el primer hombre.

Llamado este por el que buscaba la cosa, y preguntado del *donde* la podria hallar, si la cosa estaba cerca del que preguntaba, levantaria los ojos hácia aquel paraje donde se hallaba el preguntador ó en que hacia su registro, y cuando descubriese que la cosa estaba en el mismo paraje en que se movia el expresado preguntador, el levantamiento de sus ojos le llevaria á la letra *o* análoga á todo levantamiento, y el movimiento del que preguntaba fijaria el paraje donde se hallaba la cosa, y daria con una letra indicativa de movimiento, que es la *r*, y proferiria la vocecita *or*, como si dijese *ahi donde tu te mueves*.

Lo cierto es que la vocecita seria análoga á la accion de levantar los ojos, y á la del movimiento del que preguntaba, y si hallásemos un idioma en que con esta palabrita se diese á entender el *donde* que nos ocupa, quiero decir, aquel paraje que está cerca de aquel á quien se habla, seria delicioso á los literatos, y tal es el que presentamos como primitivo al fin de estos discursos.

De todo lo dicho se infiere que en un idioma perfecto ha de haber cuatro *dondes*: tres para el uso de aquel que quiere indicar el paraje ó lugar donde se halla la cosa ó la accion que se quiere comunicar, y son correspondientes al *alli*, *ahi* y *aqui* del castellano, y uno para el uso del que quiere preguntar este paraje, y corresponde en todos los idiomas al *donde* castellano, esto es, á un *donde* indeterminado. Hé

aquí los cuatro adverbios primitivos correspondientes al *donde* ó cuatro *dondes* comunes á todo lugar, segun la posicion de los objetos.

Resta para acabar este capítulo, el averiguar cómo individualizarian los primeros hombres estos *dondes*, quiero decir, cómo formarian los dondes de un lugar determinado, esto es, cómo dirian *en casa*, *en las Indias*, *en el monte*, y demás adverbios locales de esta naturaleza. La resolucion es fácil: vamos á exponerla.

Todos los idiomas sin que podamos exceptuar uno solo, hacen esta operacion aplicando al nombre del lugar *donde* una palabrita adverbial. El castellano, por ejemplo, formaliza estos adverbios anteponiendo la palabrita *en* al nombre del lugar. Cuando dice *en Madrid*, dá á entender el lugar donde se hace la accion ó se halla la cosa. El latin ejecuta esta operacion con la palabrita *in*, el francés con el *dans*, con el *a*, y no sé si alguna vez lo hizo con el *en*, y así de los demás idiomas.

Este modo de adverbiar los nombres locales es tan antiguo en los idiomas, que no tenemos noticia de su origen, y no podemos ménos de creer que lo tenia en uso el primitivo, esto es, que los primeros hombres fueron los que adverbiaron estos nombres locales por medio de la adicion de cierta característica, de modo que lo que nos ha de ocupar, es averiguar cuál hubiese sido esta característica.

La idea del hombre en nuestro caso, es hacer ver que la cosa existe ó la accion se hace en tal ó tal lugar determinado, esto es, quiere demostrar que tal ó tal lugar es el *donde* del ente ó de la accion, en una palabra, indicar su localidad permanente. Para hacer ver esta idea, habia de adoptar un signo de localidad permanente, ó de quietud y existencia. Esta característica la inventó cuando formó los cuatro *dondes* de que acabamos de hablar, y fué la letra *n*, y esta característica seria la que aplicada á los nombres, los hiciese adverbios correspondientes á este capítulo.

Como todas las características en el primitivo idioma fueron posposítivas así como lo tenemos hecho ver anteriormente, pospondria á los expresados nombres la letra *n*, eufonizando los nombres propios acabados en consonante por medio de una vocal que no fuese característica de los apelativos, esto es, la *a* que hemos hecho ver que es la tal característica de voces apelativas.

Tal es la práctica inconcusa del idioma que presentamos como primitivo al fin de estos discursos. Este lenguaje usa de la *n* en el caso que nos ocupa. Esta letra es análoga para denotar la localidad ó quietud, como lo tenemos ya justificado. La pospone al nombre de lugar, y si este es propio y acaba en consonante interpone la vocal *e* entre el tal nombre y la característica adverbial *n*.

Reparen los filósofos si las finales *in*, *en*, *an*, que resultan en este idioma y formacion de los predichos adverbios, dieron lugar á las palabritas *en*, *in*, *dans*, y otras de esta naturaleza que corren en los

idiomas con el nombre de preposiciones, y son verdaderamente características de adverbios que corresponden al *donde*. Pasemos á contemplar los que son peculiares al adverbio *desde*.

ADVERBIO *DESDE DONDE*.

Así como son cuatro las clases del adverbio *donde*, son tambien cuatro las del *desde*; tres que puede expresar el que responde, y una de que hace uso el que pregunta. El preguntante siempre ha de usar del adverbio *desde donde*, y el que responde puede valerse de los tres siguientes: *desde alli*, *desde ahi*, *desde aqui*.

En todos los idiomas se ven formados estos adverbios con el *donde*, quiero decir, una de las partes que los constituyen es el *donde*. Que se diga *desde donde*, *desde alli*, *desde aqui*, se ve que acompañan á la locucion uno de los cuatro *dondes*, el del preguntante ó uno de los tres del que responde que son *alli*, *aqui* y *ahi*, y esto mismo sucede en todos los idiomas del mundo respectivamente, si exceptuamos los declinantes que por los inconvenientes que les ha acarreado la clasificacion llenaron de confusiones en la mayor parte su mecanismo, y en particular en el ramo que nos ocupa. Siendo, pues, lengua no declinante como anteriormente queda justificado la que hablaron los primeros hombres, es visto que esta habia de formar los primitivos adverbios correspondientes al *desde* con dos características, de las cuales la primera fuese una de las cuatro correspondientes al *donde* y la segunda al *desde*.

Hicimos ver en el capítulo antecedente cuales fueron los cuatro adverbios primitivos correspondientes al *donde*, esto es, que fueron el *an*, *een* con una consonante interpuesta entre las dos *ee*, *or* y *nun*. Réstanos, pues, el averiguar cuál hubiese sido la terminacion, que pospuesta á estos dos adverbios formase la voz correspondiente al *desde donde*. Volvamos á contemplar al hombre primitivo.

Dos ideas son las que tenemos cuando proferimos el adverbio *desde donde*, sea que preguntemos, ó sea que respondamos: la idea de localidad y la del tránsito que se hace desde esta localidad. La localidad expresamos con una de las cuatro vocecitas destinadas al *donde* en todos los idiomas á excepcion de los declinantes. Todos ellos hacen uso en este adverbio de las palabritas con que indican el *donde*, y así el español si responde, ha de decir *desde alli*, *desde ahi*, *desde aqui*, y cuando pregunta se ha de valer del adverbio *desde donde*, de modo que por lo que anteriormente tenemos dicho de la primacia de las lenguas articulantes, no podemos dudar que este uso general de los idiomas articulantes tuvo su origen en el mundo primitivo.

Fijada ya la primera parte de nuestros adverbios, resta que procuremos investigar cual hubiese sido la segunda. Esta habia de ser análoga á la idea que con ella se queria comunicar, y no hay duda que esta fué la del tránsito que hacia la cosa desde algun paraje inominado por entonces. Volvamos á los primeros hombres, y consultemos su accion y su voz en este caso.

La primera vez que se veria el hombre obligado á hacer uso de este adverbio, seria problablemente al ver pasar algun animal. Llamaria su atencion y querria comunicarlo á su consócio. No podria fijar el *donde* de él por solas las expresiones de *allí*, *aquí*, ni *hay*, por ser indicativas de quietud, é impropias por lo mismo para demostrar un ente ambulante, y era preciso darlo á entender por el tránsito, esto es, por la frecuente mutacion de localidad que se verificaba en su carrera. Sin embargo, era indispensable el que los rádios de vista del que escuchaba se dirigiesen hácia aquel paraje en que corria el animal, y para que los rádios no se fijasen en un paraje determinado, fué necesario el demostrarle la frecuente mutacion local.

Si consultamos la accion, veremos que extendiendo la mano hácia aquel paraje donde corria el animal, y fijando la vista del consócio en él, seguiria otra accion de la misma mano dirigiendo desde el lugar en que habia fijado la vista de su consócio una línea que siguiese á dicho animal, y llegando á él lograse sus deseos Pasemos á meditar el sonido de la voz.

Percibo despues de la extension de la mano en la accion del hombre tres operaciones, una de parar en aquel lugar desde donde pasó el expresado animal: otra formadora de una línea desde este paraje hasta aquel en que iba caminando y la tercera de detencion al llegar con la línea a tocar dicho animal: de modo que para analoguizar estas tres acciones por medio de la voz, eran necesarias tres letras, dos de ellas de detencion y la tercera lineal, que habia de colocarse en medio de las dos anteriores para que hubiese una perfecta analogía con la accion y la voz.

Lo cierto es que un idioma cuya terminacion adverbial se formase de esta manera, seria delicioso á la contemplacion de los literatos. Tal es, pues, el lenguaje que presentamos como primitivo al fin de estos discursos; pues forma la segunda parte de los adverbios que nos ocupan con tres letras: la primera y la tercera son indicativas de toque, detencion ó paramiento, y la segunda es lineal. Véase en su lugar.

De esta misma accion y voz habia de usar el hombre cuando quiso dar á entender el paraje de donde salió dicho animal, y si no suponga-mos que aquel á quien se le hizo ver cuando corria, quisiese averiguar este paraje de su salida. En este caso, era preciso que el que respondia dirigiese desde el lugar en donde enseñó al expresado animal, una línea retrograda hácia aquel paraje de donde salió, terminando

en él dicha línea. En esta operacion hallamos las mismas tres ideas que en la anterior, por lo que no tenemos duda alguna en que el idioma primitivo usaria de una misma terminacion para indicar el *desde* de la salida y el del tránsito: y no sé yo porqué los españoles y otros idiomas se valen de dos características para dar á entender estos dos *deste*, ni porqué razon mudan el desde en *de*. Lo cierto és, que cuando los castellanos dicen *por allí*, *por aquí*, confunden el *por* causal con el adverbio, y cuando por *deste* dicen *de*, como *salir de casa*, confunden el *de* posesivo con el adverbio; pero esto no es de nuestra inspeccion, y los sábios castellanos sabrán arreglar su idioma como mejor les pareciere. Contraigámonos á nuestro caso.

Formada ya la vocecita que en el idioma primitivo habia de dar á entender el *deste* de los castellanos, era suficiente para realizar cuantos adverbios corresponden á este capítulo, sean primitivos ó derivativos; pues añadiendo dicha terminacion á los cuatro *dondes* primitivos, quedan formados los cuatro *deste dondes* igualmente primitivos, esto es, los tres del que responde, que son *desde allí*, *desde ahí* y *desde aquí*, y el uno del que pregunta que es *desde donde*. Igualmente se hallan formados los derivados, esto es, aquellos *deste dondes* de paraje ó lugar determinado: pues no hay que hacer otra cosa sino posponer la dicha terminacion que corresponde al *deste*, ó aquella voz indicativa de paraje determinado. Pasemos al adverbio *á donde*.

ADVERBIO *A DONDE*.

Por el adverbio *á donde* expresamos el término de nuestras acciones. Estos adverbios son de cuatro maneras así como el *donde* y el *desde donde*, esto es tres, tres para el que responde y uno para el que pregunta. Los idiomas no distinguen estos tres primeros adverbios de los que corresponden al *donde*. En sus respuestas oimos las mismas vocecitas cuando nos quieren decir donde se halla la cosa ó se hace la accion, y cuando nos indican el término *á donde*. El *allí* y *allá*, el *aquí* y *acá* y el *ahí* se oyen en el castellano para indicar uno y otro adverbio. Se nos dice *allí está*, *allá está*, *allí llegó*, *allá llegó*, *ahí se halla*, *ahí vino*, *aquí come*, *acá está*, *aquí arribó*, *acá llegó*. No sé yo si este idioma con el *allí* y *allá*, *aquí* y *acá* no pueda distinguir estos dos adverbios; pero sus sabios examinarán este punto, y pasemos á nuestro intento.

No podemos dudar que el *donde* y el *adonde* son diferentes adverbios, porque lo son las ideas que en ellos queremos comunicar. Cuando decimos *donde*, nuestra idea es informar al que nos oye del paraje donde existe la cosa ó se ejecuta la accion, y no es esta idea la que tenemos cuando decimos *adonde*. En este caso damos á entender un

paraje ó lugar en que no se halla el sujeto comunicado, y nuestro ánimo primario es indicar el término ó lugar á donde este se dirije ó ha de llegar. La idea de localidad es comun á uno y á otro adverbio; pero el uno de los lugares es de quietud y el otro de movimiento, quiero decir, en el *donde* nuestra idea se compone de la localidad y de la estancia del sujeto ó ejecucion de la accion en ella, y en el *adonde* aunque la localidad como término forma parte de ella, á esta se une la de movilidad; ideas por lo mismo distintas y cuya diferencia consiste en la quietud y en la movilidad. De aquí se infiere que así como el instinto dió con un signo oral para caracterizar los adverbios correspondientes al *donde*, hallaria otra de movimiento, que sustituida á la de quietud, y uniendo a la característica de localidad ó voz que la indicase, formase los adverbios que correspondiun al *adonde*.

Con esta operacion quedarian analoguizadas las ideas con la voz, y sería el idioma propio y análogo en esta parte; y para dar una prueba al parecer convincente de esta verdad, consultemos las acciones del hombre cuando quiere usar del *donde* y del *adonde*. Cuando quiere indicar el *donde*, extiende la mano y fija su índice en aquel paraje donde se halla el sujeto ó se ejecuta la accion; pero esta es distinta, cuando comunica el *adonde*. En este caso forma una línea con mano moviente hácia aquel paraje que es el término de la accion, y fija el paraje despues de indicar el movimiento formando dos signos, el uno de movimiento y el otro de localidad.

Ahora, pues, ¿cual sería la voz? En una y otra accion se extiende el brazo para indicar el lugar; pero en el segundo forma ántes de la extension una línea clara y manifiesta é indicativa de movimiento. Adoptaria, pues, una voz apta para indicar el movimiento, y unida esta voz ó palabrita al signo de localidad, formaria el *adonde*.

Esta vocecita sería la *ra* muy propia para indicar movimiento. Lo cierto es que un idioma que usase de ella para característica de los adverbios correspondientes al *adonde*, sería muy exacto y filosófico. Tal es, pues, el que presentamos por primitivo al fin de estos discursos. Todos los adverbios que son propios de este capítulo se forman en él posponiendo á la voz ó palabrita que indique localidad la expresada sílaba *ra*, como se puede ver en su lugar.

ADVERBIO *HACIA DONDE*.

Este adverbio es igualmente de movimiento como el anterior, y por lo mismo el idioma primitivo habia de dar á entender la idea de movilidad en la terminacion ó palabrita que adoptase por característica de los adverbios correspondientes al que nos ocupa, y á más otra idea

que especificase la diferencia de estos adverbios y los correspondientes al capítulo antecedente. Averigüemos esta diferencia, y lograremos nuestro intento.

Cuando hacemos uso de los adverbios correspondientes al *adonde*, la idea de movimiento es determinada á un lugar particular, v. g., *á Madrid, á Cádiz, á casa*: pero cuando nos valemos de los correspondientes al *hácia donde*, el término ó lugar á donde se dirige la accion ó el sujeto es indeterminado. Tenemos idea de muchos lugares que están cerca de aquel hácia donde se dirije el sujeto; pero no sabemos cuál de estos muchos lugares ha de ser el término de la accion: de modo que tenemos á más de la idea de movimiento la de la multitud de los lugares ó parajes que pueden ser el término de este movimiento. Hé aquí la idea que diferencia el *adonde* del *hácia donde*.

Reparemos la accion del hombre cuando quiere indicar los adverbios que corresponden al *hácia donde*, y veremos las mismas operaciones que en el *adonde*, y á usar una indicacion final de multitud, formando con la misma mano un ámbito ó redondez como en guisa de querer comprender y dar á entender en aquel movimiento circular multitud de terrenos ó lugares que podian ser términos de la accion, y no dudamos que el instinto formador de esta accion corporal adoptaria una oral indicativa de la misma multitud, y por consiguiente una letra doble.

Esta característica sería análoga á su signado y exacta en su ministerio. Tal contemplamos que sería la del idioma primitivo, y tal es la de aquel que juzgándolo de los primeros hombres lo presentamos al fin de estos discursos. Sus características para este caso se forman de los adverbios correspondientes al *adonde*, añadiéndoles la letra *z*, como se puede ver en su lugar, y no podemos dudar que este idioma será placentero al literato en el particular. Pasemos al adverbio *hasta donde*.

ADVERBIO *HASTA DONDE*.

Este adverbio es tambien de movimiendo asi como el *adonde* y el *hácia donde*. Distínguese de estos en que nuestra idea, cuando decimos *hasta donde*, es dar á entender todo el ámbito que ocupó el movimiento desde el lugar en que empezó hasta aquel en que acabó, cuando la idea del que profiere el *adonde* es fijar el término determinado de la accion, y del que dice *hácia donde* las cercanías de este término.

De aquí hemos de inferir que los hombres primitivos formarian la terminacion ó palabrita destinada á realizar estos adverbios de dos

vocecitas, la primera indicativa de movimiento, y sería la misma de que hemos hablado en los dos capítulos antecedentes, y la segunda que fuese análoga al movimiento contínuo, que es la otra idea que tenemos en la expresion de estos adverbios; de modo que un idioma que nos representase estas dos ideas en la terminacion adverbial que nos ocupa, sería propio y análogo en esta parte con las ideas que comunicaba. Tal contemplamos al idioma primitivo, y tal es el que presentamos al fin de estos discursos, como que forma esta terminacion de las dos vocecitas expresadas, esto es, una indicativa de movimiento y otra de movimiento contínuo. Véase en su lugar.

Hemos concluido ya con todas las diferencias que puede tener en nuestros conceptos el *donde* de las acciones, y aunque nos hemos dilatado en su explicacion, llevarán á bien los literatos en consideracion á lo intrincado de la materia, como tambien haciéndose cargo de que con esta operacion ponemos al lector en una bella disposicion para poder entrar á la inteligencia de los demás adverbios, y por conclusion nos hallamos persuadidos que será muy útil poner á un golpe de vista estas diferencias adverbiales en la lengua castellana segun aquel órden que nos parece tuvieron en el mundo primitivo, y ha sido el que hemos llevado en su explicacion que es el siguiente:

ADVERBIOS CORRESPONDIENTES AL *DONDE*.

DE PREGUNTA.		DE RESPUESTA.
Donde.....		allí ó allá aquí ó acá ahí
Desde donde.....	desde.....	allí ó allá aquí ó acá ahí
A donde.....		allí ó allá aquí ó acá ahí
Hácia donde.....	hácia.....	allí ó allá aquí ó acá ahí
Hasta donde.....	hasta.....	allí ó allá aquí ó acá ahí

Todos los demás adverbios pertenecientes al *donde* se forman aplicando á las voces destinadas para indicar un lugar determinado las correspondientes palabritas que van referidas en la lista de arriba. El castellano, por ejemplo, se vale de las palabritas *en, desde, de* ó *por, a, hácia, hasta* para adverbiar estos nombres. Cuando dice *en casa*, da á entender un adverbio de quietud ó un lugar en donde se halla la cosa ó se ejecuta la accion. Si dice *desde Madrid*, su idea es hacer saber el principio ó el *de donde* empezó el movimiento ó bien la cosa. Al oir *por la plaza*, concebimos la idea del tránsito. Si se nos dice *hácia Francia*, sabemos la direccion, y últimamente, al oir *hasta Ginebra*, nos hacemos cargo de la extension.

Este es el modo regular con que carazterizan dichos adverbios las lenguas declinantes y las articulantes, que son prepositivas, y de aquí vino el llamar preposiciones á este género de vocecitas, siendo así que no son otra cosa que unas características adverbiales, y de ninguna manera indicativa de relaciones secundarias, como deben ser las preposiciones ó posposiciones, segun hemos justificado en su lugar.

Obsérvase tambien en estos idiomas otro segundo vicio, y es el no identificar estas vocecitas con las palabras que se quieren adverbiar, circunstancia muy precisa para que los idiomas gocen de la debida analogía en estos casos en que quieren expresar una idea compuesta, es decir, la localidad determinada del ente ó de la accion, y del todo se infiere que el idioma primitivo habia de ser tal como lo hemos pintado no solo en la formacion de los adverbios primitivos y derivativos correspondientes al *donde*, sino tambien en identificar en los derivados las terminaciones con el nombre, profiriéndolo en un solo aliento, como que no es sino una sola voz indicativa de una sola idea compuesta. Véase despues de estos discursos el idioma que presentamos como primitivo y pasemos á los adverbios de tiempo.

ADVERBIOS DE TIEMPO.

Por adverbios de tiempo se nos dan á entender en las gramáticas aquellas voces ó palabras por medio de las cuales se hace saber el tiempo ó la época en que se ejecutó una accion, *como pasear á las tres, cenar á las diez, florecer en el siglo cuarto*, etc., y como modificaciones de la accion son justamente llamadas estas épocas adverbios entre los gramáticos.

Así como los adverbios de lugar son tambien los de tiempo de varias maneras y todos estos se reducen al *cuando*: así como aquellos se redujeron al *donde*; de modo que la primera diligencia que nos de-

be ocupar es el averiguar el origen del adverbio *cuando*, y el modo ó sonido con que se proferiria por primera vez. Con esta operacion nos pondremos en disposicion de formar fácilmente todos los demás que se derivan y corresponden al tiempo.

ADVERBIO *CUANDO*.

Desde la más remota antigüedad hubo de tener origen el adverbio *cuando*. El hombre no podia menos de referir acciones que fueron pasadas, presentes y futuras, y la claridad de su inteligencia exigia el determinarlas. Una accion comunicada sin tiempo es confusa ordinariamente por más que se indique el *donde* y el modo de ella. El saber el lugar donde se hizo una operacion, ó el cómo se hizo, puede ser recordativo de tiempo: pero solamente cuando la operacion fuese una en su especie; pero verificada ya la multiplicidad de operaciones de una misma naturaleza así en el modo como en el lugar, era indispensable el tiempo para distinguirlas entre sí, y el hombre se vió en este caso á pocos pasos que dió desde su creacion.

No hay duda que nuestros primeros padres se vieron precisados á hacer ver en la mútua comunicacion las cosas pasadas. La reminiscencia las haria presentes: el entendimiento juzgaria útil ó necesaria su referencia ó comunicacion, y la voluntad, que ama lo útil y delicioso, impeleria al instinto á que las comunicase por el gesto ó por la voz, ó lo que es más cierto, por ambas operaciones. Esto mismo sucederia respecto de las acciones que se estaban ejecutando de presente, y la comunicacion de las ideas de lo que se queria hacer es indispensable en el hombre desde su primera creacion, como que era preciso el determinarse á alguna cosa útil á la sociedad, y no podian cooperar mútuamente á su logro sin tener una idea de lo que habian de obrar; de modo que no podemos poner en duda en que el cuando de las acciones hubo de tener origen desde la más remota antigüedad, esto es, desde los primeros pasos del mundo primitivo.

Justificada ya la necesidad de expresar los tiempos de la accion desde esta remota antigüedad, veamos como se manejarian los primeros hombres para dar á entender este tiempo ó el cuando de ella.

No hay duda que el uso de los idiomas en caracterizar los verbos ó indicar en ellos por medio de ciertas terminaciones los tiempos pretérito presente y futuro es de una antigüedad que se esconde en los más remotos siglos. La memoria de los hombres no puede dar origen ni fijar el principio de esta modificacion. Los idiomas en la época en que empezó la historia á ser trasmitida á la posteridad por medio de la escritura, tenian en sus verbos estas características; señal evidente

te de que las conocian desde un tiempo que hoy no podemos fijar; pero no es nuestra idea el hablar por ahora de estas caracteristicas de verbos: hablaremos de ellas en su lugar y en este solo nos debe ocupar la invencion de aquellas voces ó palabritas, que separadas de los verbos nos dan á entender el cuando de sus acciones. Discurramos sobre el particular, y contemplemos á los hombres primitivos ya en la accion, ya en la voz con que darian á entender este *cuando*.

No hay duda alguna, como hemos hecho ver anteriormente, que los hombres hicieron uso del adverbio *cuando* desde la más remota antigüedad. Con él dieron á entender el tiempo ó la época de la ejecucion de la accion: y el modo mismo con que se manejaron para este efecto, demostraria en el concepto del que hablaba y del que oia este tiempo ó este *cuando*. Es indispensable, pues, que la accion y la voz con que se indicaba esta circunstancia, fuese análoga á las ideas de lo que se queria expresar ó de lo que se deseaba averiguar respectivamente por el que hablaba y por el que oia, quiero decir, que la accion y la voz habian de ser análogas á las ideas del *cuando*.

Suponganos por un instante, que la accion hubiese sido el primer indicante del *cuando*: pues habiendo de tener origen alguna vez este adverbio, no podrán dudar los filósofos que su primera señal habia de ser alguna, y que esta sería la accion. De lo contrario jamás hubiera llegado el hombre al uso que hoy tiene de este adverbio. Bajo de este innegable supuesto discurro de esta manera.

El primer *cuando* comunicado por el hombre, es más que probable que hubo de ser de un tiempo ya pasado, esto es, la indicacion de aquella época en que se verificó la accion que se comunicaba. Para expresar este *cuando* asi el que hablaba como el que oia, debian ser llevados á un tiempo pasado superior á aquel en que se hallaban: hé aquí una de las ideas. Habian de fijarse igualmente en esta ó aquella época: hé aquí otra idea. Para fijarse en una y otra idea, es necesario ir retrocediendo hácia atrás, y hé aquí otra tercera idea. El órden de estas tres ideas es al parecer el siguiente: el elevarse á un tiempo superior, esto es, salir de la época presente: fijar dicha época y dar á entender que se habia de caminar á ella en un órden retrogrado.

Tal es el modo con que se explica el instinto en la accion corporal cuando quiere indicar el adverbio que nos ocupa: eleva la mano: dirije el dedo índice de ella hácia las espaldas y queda fijo hácia aquel paraje dicho del índice. Esta es la accion: pasemos á contemplar la voz.

El mismo instinto la habia de formar, y diestro en sus operaciones procuraria buscar sonidos que analogizasen en las expresadas ideas. Buscaria una letra permanente, otra elevada y otra que se dirigiese á la parte posterior del que hablaba, esto es, hacia sus espaldas. Tenemos dicho y justificado que la letra *a* es letra de permanencia ó asiento, y la *o* de superioridad, elevacion ó altura, y no dudamos del uso de

estas dos letras. Busquemos la tercera, esto es, aquella que indicase la direccion hácia la parte posterior del que hablaba, y analoguizase la accion del dedo índice y la hallaremos en la *s*, y sino posponga nos la á la sílaba *no*, y hallaremos en la prolacion de la *s* un aliento índice hácia la parte del exófago, arrastrado por la accion retrógrada de la lengua.

Lo cierto es, que la vocecita *nos* ó *nois* es muy análoga para indicar las tres referidas ideas, y el idioma que hiciese uso de ella, sería propio, y tal es el que presentamos como primitivo al fin de estos discursos, donde podrá verse.

Formado ya el adverbio *cuando* de la lengua primitiva, no hay dificultad alguna en realizar todos los demás derivados, esto es, todos aquellos que se forman en primer lugar de época determinada. Sabiendo esta época, ó la hemos de fijar ó no. Si la hemos de fijar, tenemos su característica en la letra *n*, y posponiéndola á la voz que indica dicha época, resultará bellamente el adverbio, cuya significacion será conforme respectivamente á las expresiones siguientes: *allá á las doce de la noche, allá el año pasado, allá el tiempo que tu naciste, allá cuando tuvieres mas años*, etc.

Cuando no se hubiese de fijar el tiempo determinado en que se ejecutó la accion, sino el *desde, á, hácia, hasta*, bastaba el posponer á las voces que indicasen época las características correspondientes á las dichas expresiones castellanas *desde, á, hácia, hasta*, de las cuales hemos hablado en el adverbio *donde*.

Sin embargo desearán los filósofos saber cómo habian de ser formadas varias épocas que corren en los idiomas no como nombres sino como adverbios indicativos de tiempo, y juzgados por lo mismo como voces indeclinables. Tales son el *hoy, ayer, anoche, luego, ahora*, etc., etc. Este punto es á mi ver el más dificultoso de cuantos presenta el estudio de los idiomas: sin embargo, diré lo que juzgo sobre este particular.

Me hallo persuadido á que el idioma primitivo no conoció sino un adverbio de tiempo, esto es, el mismo *cuando*, y todos los demás los formó añadiendo ciertas terminaciones á aquellas voces que tenia inventadas para significar las épocas, y estas terminaciones fueron las mismas que en el adverbio *donde* quedan explicadas, esto es, las correspondientes á las vocecitas *en, á, desde, hasta, hácia*. Diria *en tal ó tal tiempo, á tal ó tal época, desde este ó aquel dia, hácia esta ó la otra hora, hasta tal ó tal el tal*: y esto nos persuaden todos los idiomas, aun cuando quieran consultarlos en las voces arriba dichas, esto es, en aquellas á quienes los gramáticos llaman adverbios ó voces indeclinables. El *hodie* del latin es un ablativo, esto es, *hoc die*, y de ahí viene el *hoy* del castellano: el *pridie* es lo mismo que *priori die*, el *postridie* lo mismo que *posteriori die*. El *ahora* del castellano viene de *hac hora*, ó de la vocecita *a* y *hora*, y así de todos los demás adver-

bios de esta naturaleza, de donde se conoce que su invencion no pudo tener lugar sino cuando los idiomas se hallaban muy adelantados. Veamos, pues, cuales serian los primeros adverbios locales del mundo primitivo.

No podemos dudar que exceptuando el *cuando*, todos los demás se formarian añadiendo á las épocas que entonces se conocian las terminaciones ya referidas, que como dijimos en el *donde*, tuvieron lugar en el mundo primitivo y se formaron con la bella analogía que queda demostrada en el mismo paraje, de modo que aquel idioma que hiciese uso de estas terminaciones, ha de ser reputado por primitivo. Añadimos á esto que esta primacia quedará corroborada, si las épocas de que usa este idioma son las más análogas á las disposiciones é ideas de los primeros hombres en la contemplacion de ellas. Tal es, pues, la lengua que presentamos como primeriza al fin de estos discursos. Ella forma sus adverbios locales con las terminaciones referidas, y sus épocas son las más análogas con las ideas del hombre primitivo, como puede verse en su lugar. Pasemos á los adverbios de modo.

ADVERBIOS DE MODO.

Por adverbios de modo entienden los gramáticos aquellas voces ó expresiones por medio de las cuales modificamos las acciones comunicadas, y corresponden todas al *como* de ellas en tanto grado, que son todas ellas unas respuestas anticipadas ó contestaciones á los deseos de saber el modo ó manera con que son ejecutadas las expresadas acciones. Cuando digo *comí a la ligera, bailé precipitadamente*, por la expresion *a la ligera*, indico el cómo ó la manera de la accion de comer, y hago lo mismo con la voz *precipitadamente* respecto de la accion de bailar.

Son tantos y tan diferentes los medios adoptados por los idiomas para formar este género de adverbios, que sería imposible el poder dar razon de ellos: pero podemos asegurar que con esta diversidad ha oscurecido el sentido de las expresiones en tanto agrado, que esta parte de la oracion la vemos confundida ya con el artículo, ya con la preposicion, ya finalmente con otras locuciones que no son conocidas en las gramáticas por adverbios. Consúltense el *con*, el *por*, el *a* de la lengua castellana y las correspondientes en otros innumerables idiomas. Consúltense los ablativos de las lenguas declinantes, y se verán ejerciendo indebidamente las funciones de adverbio.

No podemos persuadirnos que se hubiese manejado así el idioma primitivo. Este lenguaje que formó con tanta finura los adverbios de lugar y de tiempo así primitivos como derivativos, segun acabamos

de demostrar, se valdria de la misma figura en la formacion de los adverbios de modo. Rastriñemos este lenguaje, y consultando los primeros hombres averigüemos la voz de que se valdrian para indicar lo que el castellano indica con el adverbio *como*, al cual, segun queda dicho, se reducen como respuestas todos los adverbios de modo; y él nos guiará para el hallazgo de estos.

ADVERBIO *COMO*.

Sea que consultemos las divinas escrituras, sea que queramos contemplar al hombre sin miramiento á ellas, desde los primeros instantes de su creacion le hallaremos afanado en un sinnúmero de operaciones. Sociable desde sus principios y acompañado de uno que le era igual y consócio suyo, habia de comunicar sus operaciones con este consócio, y ambos se ayudarian mútuamente en ellas. A estas acciones ú operaciones, cualesquiera que fuesen, darian su nombre con el que se convidarian mútuamente en los casos en que fuese necesaria ó placentera la operacion.

No podemos dudar que el hombre más brioso y más inventor al mismo tiempo adelantase á su mujer, y se hiciese más expedito que ella en las anteriores acciones, é inventase otras nuevas. La mujer, deseosa de acompañar en todo á su marido, es muy natural que quisiese ser instruida así en el adelantamiento de las primeras como en la adquisicion de las segundas, pero especialmente en las nuevamente inventadas.

Las nuevas invenciones del marido causarian en ella cierta sensacion que excitaria el deseo de la imitacion, y se querria hacer cargo del modo con que se habian ejecutado. Es tan natural en el hombre este deseo, que todos somos impelidos á él cuando vemos alguna nueva accion que nos es placentera y útil. Todos queremos saber ejecutarla, y preguntamos el modo de ella, procurando el que se nos repita una, dos y más veces hasta hacernos cargo de todas sus modificaciones.

Hé aquí la primera época en que el hombre se vió obligado á hacer uso de la pregunta *como* de las acciones. Veamos el modo con que se manejaria así en la accion como en la voz en el caso propuesto. La accion seria de extrañamiento, novedad ó admiracion. Los deseos de volver á ver ejecutada la accion admirada seguirian de pronto, y el preguntar qué accion era esta parece indispensable. Sus gestos se dirigirian al logro de los deseos, y el instinto moveria al mismo tiempo las acciones orales. El preguntar á su marido qué accion, qué trabajo, ú operacion era la que acababa de ejecutar, parece que habia de ser lo más análogo á las ideas de la mujer que van referidas.

Si hubiese un lenguaje cuyo *como* sin tergiversacion alguna significase por palabras claras y nada equívocas lo que en el castellano las palabras *¿qué trabajo, qué operacion, qué accion es esa?* no sé yo sino sería reputado por el filósofo como un lenguaje el más conforme para expresar las ideas que movilizaron al hombre cuando vió por primera vez una operacion útil y placentera. Tal es, pues, el *como* de la lengua que presentamos como primitiva despues de estos discursos: en ella esta voz es compuesta de dos palabras: la primera corresponde al *qué* interrogativo de la lengua castellana, y la segunda á las voces *trabajo, quehacer*, operacion ó afan.

Habiendo dado ya á conocer la voz que usarian los primeros hombres para expresar el *como* de sus preguntas, pasemos á contemplar los adverbios correspondientes á la respuesta y el modo con que se manejarian en su formacion.

Los modos con que se diversifican las acciones, unos recaen en el sujeto de nuestros conceptos, quiero decir, modificamos á dichos sujetos. Cuando decimos *la madre viste gallardamente á sus hijos*, la modificacion indicada por el adverbio *gallardamente*, aunque es modificacion del verbo *vestir*, recae principalmente en los hijos, y es un verdadero epiteto de ellos. Otras veces la modificacion recae totalmente en la accion ó en el verbo, como cuando decimos beber precipitadamente, comer á la golosina, donde el precipitadamente, quiero decir, este modo recae enteramente en la accion de beber, y la expresion *á la golosina* modifica únicamente la accion de comer.

Estas dos modificaciones son muy distintas, el que las profiere tiene dos ideas distintas, la una se dirige á hacer ver principalmente un epiteto del sujeto y la otra de la accion, y no podemos persuadirnos á creer que el idioma primitivo no diferenciase estas dos modificaciones. Veamos, pues, cómo se manejó en este particular.

Cuando la idea del hombre es hacer saber una modificacion de la accion, que recae principalmente en un sujeto del concepto, es mixta, quiero decir, tiene algo de adverbio, pero más de epiteto, ó como dicen los gramáticos, de adjetivo. Modifica al verbo y cualifica al sujeto. Parece, pues, muy puesto en razon que la tal modificativa ni sea adverbio, ni sea epiteto, sino un medio entre uno y otro, y no halló otro modo de verificarse esta circunstancia que deshaciendo ó separando de la voz con que se denota la cualidad del caso así las características adverviales como las que corresponden al epiteto, pues en este solo caso podia analoguizarse la idea que queria comunicarse.

Tal es el medio que creemos habia de adoptar el idioma primitivo, y tal es la práctica de aquel lenguaje que presentamos como primerizo al fin de estos discursos. Siempre que esta lengua quiere que la modificacion recaiga en la accion, pero principalmente en algun sujeto del concepto, no usa de terminacion adverbial en la voz modificativa ni de característica de epiteto ó voz apelativa, dando de esta ma-

nera á la expresion toda la propiedad de que es susceptible. No adverbia al nombre ó epiteto cualificativo, y le separa, por decirlo así, del verbo, y le une con el sujeto. Tampoco le une la característica de apelativo, y en alguna manera le dá un aire de adverbio. Forma, en fin, una voz que no es adverbio ni deja de serlo, que no es epiteto ni deja de serlo: una voz, en fin, que es medio entre adverbio y epiteto.

Cuando la modificacion recae enteramente en la accion ó en el verbo, es cuando al parecer debe llevar la voz modificadora todo el aire de adverbio por medio de una característica clara y expresa. De esta suerte serian claras las ideas en la comunicacion de nuestros conceptos, quiero decir, sabríamos conocidamente si la tal modificacion apelaba sobre el sujeto y verbo, ó sobre el verbo solamente, y no podemos persuadirnos á que el idioma primitivo no hiciese uso de estos adverbios. Veamos, pues, cuáles serian las características modificadoras que adoptaria para este efecto.

Siendo la idea del hombre en el caso propuesto modificar la accion solamente, esto es, el fijar en el verbo cierta cualidad que le individualizase, seria muy análoga á esta idea la adopcion de cierta característica verbal, que aplicada á la voz que indicase la cualidad con que se queria circunstanciar el verbo, cumpliese con este ministerio. Si, v. g., el castellano á las voces *bueno*, *santo*, *perfecto* aplicase una característica verbal, resultaria que estos epitetos, que son propios del nombre, pasasen á ser epitetos verbales, y la operacion sería muy análoga á la idea que queria comunicarse.

En este caso tendriamos dos géneros de adverbios modificadores, uno aplicable al verbo, pero con principalidad á uno de los sujetos del concepto, esto es, aquel adverbio de cuya formacion hemos ya hablado, y otro aplicable solamente á la accion ó al verbo. Para decir *Pedro se viste gallardamente*, usaríamos del primer adverbio, porque la gallardía aunque modificaba la accion de vestirse, recaia principalmente en el sujeto, esto es, en Pedro. Cuando quisiésemos decir *comer precipitadamente*, nos valdríamos del segundo, porque la precipitacion modificaba la accion de comer. Otro ejemplo hará más manifiesta esta diferencia. Dice uno que Pedro come mal, é yo que oigo no sé si este comer mal consiste en los manjares ó en el modo con que se maneja Pedro en la accion de comer. Hé aquí dos ideas, y ambas demostradas por una misma voz, esto es, por la palabra *mal*. Si esta voz *mal* solamente se usase cuando recaia en las viandas, era clara la idea comunicada y se sabia que el comer mal consistia en ser malos los manjares. Si usásemos del adverbio *malamente* cuando la accion de comer era indecorosa, sabríamos que esta cualidad recaia solamente en la accion, esto es, en el verbo, y hé aquí quitada la confusion de las dos ideas referidas.

Nos parece, pues, que el idioma primitivo sería exacto en este particular: que formaria unos y otros adverbios por medio de diferentes

características: que los primeros no llevarian característica alguna ni de epiteto ni de adverbio, y lograria de este modo no solo ser ecónomo, sino tambien la propiedad en la voz, dejándola indiferente para ser aplicada al sujeto y al verbo de los conceptos: que los segundos habian de ser caracterizados por una terminacion verbal, y por lo mismo aplicables con mucha analogía á modificar solamente la accion.

Lo cierto es que un idioma que tuviese estos adverbios seria placentero al filósofo, y tal es el que presentamos como primitivo al fin de estos discursos. Todos estos adverbios se forman de voces cuyo signado es una cualidad, y por lo mismo los gramáticos llaman adverbios de cualidad. Otros hay á quienes llaman adverbios de semejanza, y otros, en fin, á quienes conocen con el nombre de adverbios de cantidad, y como se creeria quizá que no hemos dado cumplimiento á nuestras funciones sino dijésemos algo de estas dos especies de adverbios, hablaremos de ellos en dos capítulos, y añadiremos otro tercero para tratar en él de los de origen.

ADVERBIOS DE SEMEJANZA.

Por adverbios de semejanza han de entenderse aquellas voces ó exprexiones por medio de las cuales respondemos á la pregunta *como* de las acciones, indican lo otra semejante á aquello de la cual se nos pregunta. De esta naturaleza son el *así* del castellano, el *de esta manera, de la otra, de este modo ó el otro, como lo hace Pedro, como tengo de costumbre*, etc.

Si consultamos los idiomas en este particular, nos veremos confusos sin poder determinar las características correspondientes á estos adverbios. Los casos, las preposiciones, los ablativos que llaman absolutos, los artículos hallaremos ejerciendo estas funciones en nuestros conceptos.

Hablando del adverbio *como* asentamos el modo con que lo hubo de formar su primer inventor. Dijimos que este adverbio resultaria de dos palabritas: la primera equivalente al *que* interrogativo de la lengua castellana y la segunda habia de significar lo que damos á entender con las palabras *trabajo, quehacer, ocupacion* ó *afan*; de modo que con él preguntaria qué accion ó qué trabajo era aquel que le habia movilizado. De aquí es que el que respondiese satisficiese indicando una ó mostrando una accion, un trabajo ó un quehacer semejante al que se buscaba. Esto lo habia de ejecutar repitiendo la misma accion que ántes ó mostrándola en otro agente diferente. Cuando repitiese la accion no habia necesidad de adverbio alguno de semejan-

za. La misma accion satisfacia los deseos del que preguntaba, y con solo atraer su atencion con el uso del pronombre *este* cumplia sus funciones. Cuando se hizo uso del *como*, quiero decir, cuando se preguntó qué accion era la ejecutada, con responder *esta* y volverla á repetir, quedaba la cosa concluida, y satisfecha la pregunta sin necesidad de adverbio alguno de semejanza.

De aquí es que el uso de nuestros adverbios tuvo lugar cuando la accion preguntada habia de indicarse por otra semejante, pero ejecutada por otro sujeto distinto del que respondia, ó por el mismo en tiempos anteriores. Echemos de ver estas acciones, y veremos que pudieron ser de dos maneras: presentes y pretéritas. Veamos las presentes y pasaremos despues á las pretéritas.

Las acciones presentes son aquellas que se están ejecutando cuando se pregunta el *como* de una accion y son semejantes á esta, y no hay duda que pueden ejecutarse en tres diferentes parajes: cerca del que responde, cerca del que pregunta, ó igualmente distantes del uno y del otro. Es indispensable llevar la atencion del que pregunta al paraje donde se ejecuta esta accion, y hé aquí la primera idea del que responde. Es preciso que en aquel paraje á donde se dirige la atencion del que pregunta, se ejecute la accion semejante á la preguntada: hé aquí la segunda idea. Esta idea segunda se comunicaria fácilmente usando de la segunda terminacion del *como* ya inventada anteriormente, y no habia otra dificultad que el aplicar y unir á esta terminacion otra vocecita que hiciese saber el paraje de la accion, esto es, si era cerca del que respondia, cerca del que preguntaba ó igualmente distante del uno y del otro.

Tal hubo de ser el origen primero de los adverbios de semejanza. Lo cierto es que todos los idiomas usan de expresiones que distinguen estas tres acciones presentes. El castellano, por ejemplo, dice *de esta manera* para hacer ver que la accion de semejanza es la que se hace cerca del que responde. Si dice *de esa manera*, indica que la tal accion se ejecuta cerca del que pregunta. Ultimamente, si se vale de la expresion *de aquella manera*, hace ver que dicha accion se ejecuta en un paraje igualmente distante de uno y otro, y esto mismo sucede en todos los demás lenguajes; de modo que el uso del habla necesita de tres diferentes adverbios para esta operacion si ha de ser propio, quiero decir, ha de tener tres adverbios correspondientes al adverbio *así* de los castellanos y demás idiomas: un *así* que designe la accion preguntada y que se halla cerca del que responde: otro *así* que indique la que se ejecuta cerca del que pregunta, y un tercer *así* que nos dé á entender la que está igualmente distante del que pregunta y del que responde.

Un idioma que tuviese tres diferentes vocecitas para el adverbio *así*, no hay duda que explicaria sus ideas en este particular con la más bella analogía por medio de una sola voz, uniendo las dos ideas

del lugar y de la accion, y formando, por decirlo así, con la voz una idea compuesta, como la habia formado con el entendimiento. Tal es, pues, la lengua que presentamos como primeriza al fin de estos discursos. Este idioma tiene tres adverbios equivalentes al *así* de los castellanos; los tres se forman de la terminacion del adverbio *como* de las preguntas, y es bello en este *así* de las respuestas. Diferencia los tres *así's*, anteponiendo y uniendo con esta terminacion comun tres vocecitas indicativas del *allí*, *aquí* y *ahí*; de modo que no puede desearse en lenguaje alguno mayor filosofía, mayor propiedad ni analogía más bella con las ideas comunicadas. Pasemos á contemplar las acciones pretéritas con que se responde al *como* de nuestro caso.

Muchas veces el hombre pregunta lo por el *como* de una accion se vale de otra semejante á la que se pregunta, y cuyo conocimiento supone en el sujeto que hizo la pregunta. En este caso cuantos idiomas conozco se valen del mismo adverbio *como* ú otro equivalente, indicando el tiempo, lugar ó sujeto que habia ejecutado la accion semejante á la preguntada. Satisfacen los castellanos al *como* de la pregunta con estas é iguales respuestas: *como lo hice ayer*, *como lo hice en mi casa*, *como lo ejecutan los demás*, *como tu padre solia hacer cuando vivia*, etc., etc.; por manera que no tienen palabra alguna particular para que unida al sujeto, tiempo ó lugar, pueda especificar estas acciones pretéritas, y satisfacer á la pregunta por su semejanza.

No podemos presumirnos á que el idioma primitivo no tuviese para este género de respuestas un adverbio que fuese distinto del que se usaba en las preguntas. Lo cierto es, que seria muy delicioso al filósofo un lenguaje que tuviese adverbios de semejanzas diferentes para preguntar y para responder, y de esta naturaleza es nuestro idioma primitivo, como se puede ver al fin de estos discursos. Pasemos á los adverbios de cuantidad.

ADVERBIOS DE CUANTIDAD.

Por adverbios de cuantidad entienden los gramáticos aquellas palabras por medio de las cuales damos á entender así la cuantidad de las cosas como la duracion de las acciones, como *cuanto*, *tanto*, *poco*, *mucho*, etc., pero estas voces cuando denotan cuantidad de los entes no son adverbios sino unos verdaderos epítetos, y denotando la duracion de las acciones corresponden á los adverbios de lugar de los que he nos hablado ya; de modo que de ninguna manera debian llamarse adverbios de cuantidad. Examinemos la naturaleza de ellos, investiguemos su orígen y averigüemos las ideas que tuvieron en su

formacion los primeros hombres, hablando de cada una de estas palabritas separadamente, y primero del adverbio llamado *cuanto*.

ADVERBIO *CUANTO*.

Desde los más remotos tiempos usó el hombre de la voz *cuanto*. La hallamos en los escritos más antiguos, y se escapa de la memoria de los hombres sin que podamos fijar sobre su origen otra cosa sino que se verificó en la oscuridad de los siglos. El deseo de saber las unidades, fué el motivo de su invencion, y el hombre que la profirió por primera vez, quiso saber una multitud de unidades de alguna especie. No puede tener reparo alguno el filósofo en creer esta verdad. Cuanto más discurra sobre ella, tanto más se le hará evidente, y podemos bajo de este supuesto entrar en nuestras reflexiones.

La idea del hombre en el primer uso que hizo del *cuanto* sería por lo mismo el averiguar el número fijo de los individuos de alguna especie, y por lo mismo debia formar una voz numeral interrogativa, por la cual buscase un número que comprendiese tantas unidades cuantos eran los individuos que queria averiguar, y contenia la especie que le movilizó á la pregunta. Buscaria, pues, este hombre una vocecita interrogativa que indicase su deseo y otra que determinase este deseo. El *que* interrogativo sería la primera voz, y con la de la unidad expresaria determinadamente este deseo. Proferiria una palabra ó voz que indicase lo que el castellano con la expresion *que unidades*. Lo cierto, es, que una voz de esta naturaleza sería muy expresiva, muy propia y muy análoga á las ideas comunicadas, y dignas por lo mismo de un idioma perfecto, y de ser un efecto del instinto, esto es, de la naturaleza.

De esta manera nos persuadimos que habia de expresar el idioma primitivo el *cuanto* de sus preguntas, formándolo de dos palabritas: una que fuese correspondiente ó equivalente al *que* interrogativo de los castellanos y á otras voces que emplean los idiomas respectivamente á este intento: la otra que significase lo que el castellano con el numeral *uno*. Tal es el *cuanto* de aquel idioma que presentamos como primitivo al fin de estos discursos.

Ahora pues ¿qué carácter tiene esta voz para que se llame adverbio? ¿No és un numeral interrogativo? Recurramos á sus repuestas, y veremos que todas ellas fijan y determinan el número de individuos que se solicitan saber, y por consiguiente usamos de los numerales que han sido siempre reputados entre los gramáticos como muy diferentes del adverbio. Es verdad que el *cuanto*, el *mucho*, el *poco* y otras expresiones de esta naturaleza modifican la accion, pero la modifican

como epítetos de los sujetos, del mismo modo que modifica las acciones el que las hace, el que las padece y el que es recipiente de ellas; modificacion que jamás ha sido tenida por adverbial: del mismo modo que las voces, modos, tiempos, números y personas de los que llamamos verbos en el estudio de los idiomas; de modo que en el *cuanto* y demás llamados adverbios de cuantidad, no pudo tener el hombre inventor idea alguna de modificacion de accion, de modificacion digo, que entendemos por la voz adverbio, como lo hemos hecho ver en la formacion primitiva del *cuanto*, y lo aclararemos en la de los demás que son de esta naturaleza; pero antes quiero hacer algunas reflexiones sobre este particular.

En todos los idiomas observamos que esta palabra *cuanto*, siempre que especificamos la especie ó cosa cuyo cuanto deseamos saber, ejerce las mismas funciones que un epíteto ó aquellas voces llamadas ordinariamente *adjetivos* en las gramáticas. Vemos que concierta en género, número y caso con el sustantivo á quien se le aplica. Preguntamos *cuanto vino* se ha cojido, *cuanta manzana*, *cuantos hombres* perecieron, *cuantas fragatas* fueron echadas á pique, de donde es visto que el *cuanto*, aun cuando viene sin sustantivo expreso, es un verdadero adjetivo, esto es, un epíteto ó atributo aplicado á algun sustantivo subintelecto, ó como dicen los gramáticos, un adjetivo sustantivado, y que por lo mismo en los idiomas declinantes lleva la neutra terminacion. Pasemos á otros llamados adverbios de cuantidad, y veamos su origen.

ADVERBIO *MUCHO*.

Desde el mundo primitivo se vió el hombre en la necesidad de valerse de la expresion equivalente al *mucho* de la lengua castellana para contener á la pregunta numérica *cuanto*, que en el idioma primitivo hubo de equivaler á la expresion *que unidades*, segun lo hemos demostrado poco hace.

Si las unidades eran determinadas, se valdria de los numerales cardinales *uno*, *tres*, *veinte*, segun lo exigia el número de unidades de que queria informar al que preguntaba; pero este hombre se veria obligado muchas veces á no poder determinar el número cabal de los individuos y á valerse de número indefinido y circunstanciado con la ciencia que tenia de ser muchos dichos individuos. ¿Como formaria, pues, nuestro numeral indefinido que no es otra cosa el *mucho* y demás pretendidos adverbios de cuantidad de quienes iremos hablando! Veamos la accion de que se valdria, y daremos con la voz que habia de proferir.

Hablando de los nombres numerales, hicimos ver que los primeros hombres los darian á entender por los dedos en la accion: que con mostrar dos de ellos haria saber el número dos: que indicaria el cinco mostrando los de toda una mano: que el diez se haria saber por todos los dedos de las dos manos, etc., como largamente se puede ver en el lugar citado. Bajo de este supuesto, no podemos dudar que indicaria por la accion la multitud indefinida, amontonando y confundiendo entre sí los signos de las unidades accionarias, esto es, los dedos uniendo ó cruzando los de la una y la otra mano, formando de esta manera una multitud confusa y tosca.

Esta accion habia de analoguizarse por la voz y las ideas que de ella formaria, habian de ser las de unos dedos amontonados toscamente. ¿Cuál seria pues la voz que adoptaria esto? La mas acomodada á las ideas expresadas parece que habia de ser una voz con que diese á entender anteriormente los dedos, unida á una característica aumentativa. De esta suerte indicaba la multitud ó tosquedad con que estaban formados y ligados entre sí los expresados dedos: y siendo esta accion la mas cómoda y propia para nuestro caso, dandola á entender por la voz, lograba los mismos efectos que con la accion, esto es, el indicar la multitud en globo ó indefinidamente.

Un idioma que se valiese de una voz de esta naturaleza para dar á entender lo que el castellano con la palabra *mucho*, analoguizarian la accion ó el gesto con la voz, y seria por lo mismo propio y económico en sus locuciones y placentero al filósofo. Véase al fin de estos discursos nuestra lengua primitiva.

ADVEBIO *POCO*.

El llamado adverbio *poco* segun toda probabilidad, se usaria por primera vez para indicar la cuantidad de las cosas ó mejor su escasez y no para determinar los individuos de una especie. La razon es manifiesta: voy á exponerla.

Cuando una especie ó cosa tiene pocos individuos, no puede haber confusion en su numeracion. O se ha de ignorar que los tenga ó se ha de saber el cuanto, y por lo mismo el que responde se verá precisado á decir que no sabe si tiene ó no unidad la cosa que se le pregunta, ó si sabe que las tiene y estas son pocas, no puede verse confuso en su numeracion, y responderá por el número determinado de ellos, haciendo uso de los numerales *uno*, *dos*, *tres*, etc. Esto es lo que acontece ordinariamente en nuestro caso, y por eso he dicho que el primer uso de la voz *poco* seria para dar á entender la escasez en la cuantidad de cosas.

Esta escasez sería respecto de las funciones, para las cuales destinaba la cosa el que preguntaba ó el que voluntariamente hacía saber que era *poca* esta ó la otra cosa. Bajo de estos supuestos, veamos cual sería aquella voz que fuese más análoga para expresar estas ideas, que para mayor inteligencia son dos: una de materia, esto es, de un material que habia de servir para esta ó la otra funcion, y otra de su escasez, ó de no llegar á completar el ministerio á que queria destinarse la cosa.

Ahora, pues, ¿qué voz podria inventarse más análoga, más propia, más conforme á las ideas expresadas que aquella que se formase con dos palabritas, de las cuales la primera expresase la materia con que se hacen las cosas, y la segunda su diminucion ó pequeñez? No: los filósofos no podrian ménos de mirarla con cariño y reputarla como una de las voces más placenteras; y si hallasen un idioma que hiciese uso de ella, no tendrian duda en declararle como más perfecto en este ramo y darle el título de primitivo. Tal es, pues, nuestro idioma que se verá en su lugar.

ADVERBIO *TANTO*.

Usaria el hombre del llamado adverbio *tanto*, cuando demostrando cierta cosa cuantitativa respondia á la pregunta *cuanto*, ó con la misma demostracion pedia que se le diese otra igual cantidad ú otro ente que fuese igual en su *cuanto*. Contemplemos al hombre en estas dos ocasiones, y veamos cómo se explicaria.

Preguntado el hombre por la cuantidad de una cosa, si queria responder ó dar satisfaccion á la pregunta, mostrando otra cosa de igual cantidad, esta cosa se habia de hallar ó cerca de él ó cerca del que preguntaba, ó igualmente distante de uno y otro, y la voz más análoga habia de ser aquella que demostrase así el paraje en que se hallaba dicho ente como la igualdad de su cantidad con aquel otro ente con quien se parangonaba. Parece, pues, que los primeros hombres formarian estas voces con dos palabritas: la primera habia de ser indicativa del paraje donde se hallaba la cosa igual en cantidad á la preguntada, y la segunda representar deberia la igualdad. Para expresar la primera idea no hallo voz más análoga que la de los pronombres demostrativos *este*, *ese*, *aquel*, y para la segunda parece que no se podia adoptar otra voz más propia que aquella que fuese destinada á comparar la cuantidad de la cosa preguntada, haciendo iguales esta cosa y la que se demostraba en respuesta. Tal es, pues, el medio que adoptaria el idioma primitivo para formar estas tres respuestas al *cuanto*, esto es, estos tres *tantos*, de modo que con estas vocesi-

tas diria lo que el castellano con las siguientes: *este un otro igual, ese un otro igual aquel un otro igual.*

Lo cierto es que un idioma que con una palabrita indicase respectivamente estas ideas, seria muy propio y análogo, y tal es el que presentamos como primitivo al fin de estos discursos. El *tanto* que nos ocupa se forma de los pronombres *este, ese, aquel*, anteponiendolos á una terminacion que equivale en su mecanismo á lo que la expresion castellana *un otro igual*, terminacion que acompaña en este lenguaje á toda voz en cuyo signado se quiere demostrar la semejanza de la cuantidad preguntada. Si esta cuantidad igual se halla en el hombre; su respuesta equivale á lo que el castellano *el hombre otro igual*, y así en todas las demás, cuyo signado se adopta para simil de la cuantidad preguntada.

Varios otros llamados adverbios de esta naturaleza tienen los idiomas como *más, ménos, mucho más, muy poco, muchísimo*, etc.; pero como estas voces son comparativas, ó llamadas superlativas, su formacion se realiza posponiendo á las voces positivas las terminaciones del caso; por lo que no tenemos que extendernos más en este particular, y concluimos diciendo que aquellos adverbios *grandemente, abultadamente, diminutamente, mayormente*, que á primera vista parecen de cuantidad, no lo son sino de cualidad: pues las ideas del hombre en su prolacion es cualificar las acciones ó los verbos, y por lo mismo sus terminaciones formadoras han de ser las mismas que llevamos explicadas en el adverbio *como*.

ADVERBIOS DE ORÍGEN.

Sin embargo de no hablarnos los gramáticos de estos adverbios, nos vemos en precision de colocarlos en este lugar, pues quizá no habrá en el uso de los idiomas expresiones más modificadoras de una accion. Si decimos que nos hallamos inundados de males, llenos de miserias, tocados de la peste, perseguidos de la hambre, las expresiones *de males, de miserias, de la peste, del hambre*, modifican conocidamente á los verbos *inundar, llenar, tocar, perseguir*; y esta modificacion no es otra cosa que la aclaracion ó especificacion del orígen de la inundacion, plenitud, tocamiento y persecucion: de modo que siendo modificaciones, han de ser llamados adverbios, é indicando el orígen de las acciones, les viene muy bien el nombre de adverbios de orígen.

Esto supuesto, no podemos dudar que el primitivo idioma, exacto en sus expresiones como dirigido de los avisos de la naturaleza, buscaria una terminacion de orígen ó proveniencia, que unida á la voz

de cuyo signado resultaba la modificacion de las acciones, formase una palabra que corriese en su mecanismo como adverbio de orígen, y que aquella lengua que así lo ejecutase ha de ser tenida y reputada por perfecta en este particular.

Concluimos al parecer con la debida extension la intrincada materia de los adverbios de los idiomas. Entremos en otra que es aun más dificultosa, esto es, en aquella parte de la oracion que los gramáticos llaman verbo.

VERBOS.

Verbo en su literal significacion quiere decir lo mismo que *palabra*; sin embargo, los gramáticos han querido llamar así á esta parte de la oracion, no porque las demás no sean verbos ó palabras, sino por la mayor excelencia que tiene sobre todas. El verbo es, por decirlo así, el alma, el espíritu y la vida de nuestros conceptos. Sin él no podemos descomponer nuestras ideas, no podemos unir los atributos á los sujetos; no podemos, en fin, expresar nuestros conceptos con aquella claridad y energía que exige la mútua correspondencia de la sociedad á que fuimos destinados.

Estos verbos no son otra cosa que aquellas palabritas que en el uso de los idiomas nos dan á entender las acciones de los entes, como *estar*, *existir*, *comer*, *discurrir*, etc., y llamamos acciones sin que nuestra idea sea el excluir la pasion de dichos verbos, sino el explicarnos con una voz que es la más adoptada en la boca de los maestros de los idiomas cuando quieren dar á entender este alma de la locucion, que si es la parte más esencial é interesante del lenguaje, es tambien la más intrincada y oscura de los idiomas, y por lo mismo la que exige de nosotros la mayor atencion y escrupulosidad.

Si consultamos las lenguas y sus maestros en este particular, nos veremos confusos y en disposicion de no poder dar una idea clara de lo que es el verbo. Los neutros, los deponentes, los personales, los incoativos, los recíprocos, los reflexivos, los impersonales y otras voces con que caracterizan su division los gramáticos: la oscuridad de los presentes pretéritos, pluscuamperfectos, paulo postfuturos, aoristos primeros, aoristos segundos y otros nombres que dan á sus tiempos; la confusion con que se explican acerca de sus modos: la falta de las necesarias personas é inflexsiones son otros tantos obstáculos que impiden el que las gramáticas de hasta ahora se hallen en estado de podernos informar en esta bella porcion del lenguaje con la claridad correspondiente.

Esta oscuridad con que ordinariamente se han propuesto las re-

glas de los idiomas acerca del verbo, nos obligan á formar unas nuevas sin atender á las establecidas por los gramáticos. Tomaremos para esto por maestra á la naturaleza misma de la accion. Veremos sus diferencias y por ellas dividiremos esta parte de la oracion. Discurriremos sobre los diferentes modos en que puede anunciarse esta accion en la mútua comunicacion de pensamientos, y fijaremos cuales y cuantos sean. Investigaremos la diferencia de personas que ha de haber en una conversacion y veremos en claro cuantas son estas. Veremos los tiempos de que cada modo es susceptible, ya en la locucion natural, ya en la apostrófica, y descubriremos con claridad este ramo. Ultimamente combinando las diferentes relaciones que pueden tener los entes con las acciones, pondremos en claro las diferentes inflexiones que debe tener un verbo.

Hé aquí el plan que nos proponemos seguir para que nuestros discursos sean útiles á la literatura en este ramo, y quede aclarado un punto de tanto interés en la comunicacion social de pensamiento. Y para que procedamos con el debido órden hablaremos 1.° de la division del verbo: 2.° de sus modos: 3.° de los tiempos: 4.° de las personas: 5.° de los números: 6.° de las inflexiones ó número de conjugaciones.

DIVISION DEL VERBO.

Los idiomas no son otra cosa que un verdadero teatro en que representamos y se nos representa toda la naturaleza. Los representantes en este teatro son las voces, y estas han de tener cada cual su particular y determinada funcion. La que corresponde al verbo es el representarnos las acciones, y por lo mismo cuantas son estas en la naturaleza, tantos han de ser aquellos, quiero decir, que las diferentes clases de acciones que se observan en la naturaleza, han de ser representadas en el teatro de la locucion por otras tantas clases de verbos.

Si consultamos la naturaleza en sus acciones, hallaremos que unas se ejecutan por el agente por su propia virtud, esto es, por aquella virtud que recibió en su misma constitucion. El hombre, por ejemplo, corre, anda, discurre, etc., por aquella virtud que recibió en su constitucion, y no necesita de otro ente que le ayude en estas operaciones. Al contrario, hay otros entes en la naturaleza que aunque recibieron una virtud operatriz, no la pueden activar sin concurso de otro ente cooperador. El fuego, por ejemplo, recibió en su constitucion la virtud de quemar; pero no la puede activar sin que otro ente aplique á él la materia combustible. Lo mismo sucede con las hier-

bas, que aunque recibieron por naturaleza la virtud curativa, no pueden ejercerla sin que otro agente ponga en accion esta virtud, aplicándola á la enfermedad, El fuego se consumirá, la hierba quedará marchita sin llegar al uso de sus virtudes, sino tienen un ente cooperador,

Para analoguizar, pues, estas diferentes acciones y representarlas en el uso de los idiomas, habíamos de tener dos clases de verbos: unos que nos representasen las acciones que los entes ejercian por su propia virtud, y otros que nos hiciesen ver aquellas acciones que para activarlas necesitaba el agente dotado de facultad para ello de un otro agente secundario ó coadjutor. Habíamos de tener un verbo sencillo y un verbo doble: un sencillo para representarnos las primeras acciones, y un doble para hacernos saber las segundas.

Lo cierto es que las ideas del hombre en una y otra accion son diferentes: en la primera concibe un solo agente, y en la segunda vé dos cooperadores; y como las voces para ser análogas han de ser representativas de nuestras ideas, no podemos persuadirnos que el idioma primitivo hubiese carecido de esta diferencia en sus verbos.

La lengua de los hebreos, la de los peruanos, la de los moquicas y la de los bascongados conocen verbos sencillos y dobles. Estas lenguas se esconden en la oscuridad de los siglos, y no podemos dejar de creer por esta circunstancia ó que alguna de ellas fué primitiva, ó que todas recibieron esta belleza de otra anterior que hubo de ser aquella de quien hicieron uso en el mundo primitivo.

No quiero entrar por ahora en la averiguacion de esta cuestion intrincada: solo estableceré un principio para hacer uso de él en lugar oportuno. Discurriré sobre el modo ó los medios que adoptarian los primeros hombres para caracterizar el verbo en estas dos diferentes clases: meditaré sus ideas, y procuraré fijar las características que adoptarian para este efecto.

No hay duda en la invencion de los verbos: los conocemos en los idiomas sin que sepamos su orígen, y un filósofo no puede ménos de confesar que esta invencion se esconde en lo más oscuro de los siglos pasados. Esto supuesto, averigüemos primero el modo con que adoptaron la voz que se llama verbo, y despues procuraremos investigar los medios de clasificarlo. Volvamos para esto á observar á los hombres primitivos así en la accion como en la voz con que harian ver por primera vez las acciones.

No hay cosa más fácil que el remedar por la accion corporal un verbo cualquiera que él sea. Si consultamos un verbo cuya accion consiste en ciertos movimientos corporales, no tendrán dificultad los filósofos en conformarse con nuestro modo de pensar. Remedando aquellas mismas acciones corporales que se observaron al tiempo de accionar se presenta á los ojos del que vé un signo nada equívoco del verbo que se quiere comunicar, pero quizá no sucederá lo mismo en

las acciones internas en que no hay necesidad alguna de movimientos corporales como son las acciones de ver, oler, oir, discurrir, pensar, acordarse, etc. Sin embargo, á nuestro modo de pensar no son ménos indicativos estos verbos en nuestras acciones corporales. La accion de ver, por ejemplo, se puede comunicar con demostrar los ojos y el objeto visto ó que se desea el que se vea por otro. Cuando queremos dar á entender á alguno que huela, llevamos la cosa que ha de ser olida á sus narices ó á las nuestras; cuando queremos dar á entender que ejecutamos esta accion, y el discurrir tiene acciones corporales muy conocidas para darse á entender. Pasemos á la voz.

Hay acciones en cuya ejecucion profiere el agente ciertas interjecciones. Remedadas estas, tenemos un signo nada equívoco de aquellos. Hé aquí el primer orígen del verbo en la voz, esto es, del verbo local, y tan abundante que él solo podria formar un copioso diccionario, como lo haremos ver á su tiempo. Otras acciones hay en quienes el agente no profiere interjeccion alguna; pero ni aun en este caso deja de tener el instinto del hombre nociones claras para formar verbos orales. Las acciones de alejar un ente, de atraerlo, de ladearlo, de impelerlo y demás que necesitan operaciones corporales, son muy fáciles á ser imitadas por la voz. Veamos el como de esta imitacion, y para ello empecemos á recorrer estos verbos.

Aquellas acciones en cuya ejecucion es necesario el movimiento de algun miembro corporal, como el venir, el ladearse, el sacudir, etcétera, son de fácil imitacion respecto del gesto, como poco há hemos dicho; de modo que no hay dificultad en poderlas dar á entender por este medio en la mútua comunicacion. Las acciones ó gestos para llamar, para alejar, para atraer, ladear, subir, bajar, etc., son tan conocidos á todos que no hay necesidad de referirlos. Ahora, pues, si el instinto sin instruccion alguna echa mano de estas acciones ó gestos, y busca en ellos la analogía que es necesaria para representar el verbo ¿porqué no lo ha de hallar en la voz?

El instinto, como llevamos ya justificado, no es ménos despejado en la accion que en la voz. Si en la accion puede hallar signos lineales ó indicativos del paraje hácia donde se han de ejecutar las operaciones; si puede representar aquellas mismas operaciones corporales que otro ha usado en el verbo que quiere dar á entender; ¿porqué no podrá analoguizar estos gestos en la voz? Véase el parangon de la accion con la voz en la pág. y pasemos á hacer más palpable esta verdad por ciertos ejemplos.

Quiere el hombre formar un verbo de movimiento. Sus ideas son claras: el lugar ó paraje hácia donde se ha de hacer el movimiento es la primera: y la segunda la del mismo movimiento. y formaria una voz correspondiente ó equivalente al adverbio *adonde* en que no habria dificultad, como lo hicimos ver hablando de estos adverbios: de modo que estas voces en este estado serán otros tantos adverbios lo-

cales, y significarian lo que en el castellano *atrás*, *adelante*, *al lado*, *al revés*, *á casa*, *al monte*, etc., y unas voces equivalentes á estas serian los primeros fundamentos de la formacion de todos los verbos de movimiento, y unidas con una terminacion verbal pasarian de adverbios á ser verbos, y hé aquí unos verbos derivados de los adverbios, y destruida la opinion de Destutt-Tracy sobre el origen de los adverbios. Del adverbio *atrás* vino el verbo castellano *atrasar*: de *adelante* el verbo *adelantar*: de *al lado* el verbo *ladear* suprimida la característica adverbial.

Es verdad que no hallo idioma alguno que sea puntual en la formacion de estos verbos, quiero decir, que forme de cada uno de los adverbios *adonde* un verbo particular fuera de aquel que presentamos como primitivo al fin de estos discursos: y por lo tanto no podemos ménos de persuadirnos que este hubiese sido el medio adoptado por el idioma primitivo para formar todos los verbos de movimiento, y sino consultémonos á nosotros mismos en un pasaje en que parece que obra en nosotros el mismo instinto.

Vemos á un hombre que no acierta á fijar su accion motriz por ignorar el *adonde* de ella. Pregunto ¿cómo le hacemos ver esta accion? La voz de que nos valemos ordinariamente es un adverbio correspondiente al *adonde*. Le diremos *aquí* cuando sepamos que su accion motriz ha de ser dirigida al paraje donde nos hallamos, le diremos *allí*, *ahí*, *á casa de Pedro*, á la iglesia, á tal calle, usando siempre del adverbio *adonde*. Sin embargo, nuestra idea es indicarle el verbo de movimiento que tiene que poner en ejecucion, ó (si así podemos hablar) queremos *adondear* á este hombre y dirigirle al lugar ó paraje á que ha de ir.

Bajo de este supuesto no tenemos otra necesidad para formalizar estos verbos de movimiento que el averiguar cuál hubiese sido la característica que añadida á los adverbios de movimiento los hiciese verbos. Veamos, pues, cual habia de ser esta característica ó terminacion.

Las acciones no son otra cosa que una série ó continuacion de operaciones momentáneas, quiero decir, una continuacion de accioncitas. Las cosas se hacen poco á poco, añadiendo operacion á operacion ó un golpecito á otro, continuándolos hasta completar en estos toquecitos ó union de operaciones menudas aquella cosa que queremos fabricar en nuestros verbos ó acciones, de modo que no podemos percibir una idea más perfecta de la accion ó del verbo que la de una série ó continuacion de tocamientos ó pequeñas operaciones. Por lo mismo la voz más análoga á ser característica de un verbo es la letra *t*, letra de tocamiento unida á una de las vocales; de modo que nos hallamos persuadidos que la voz *ta* ó *to*, que son afines entre sí, serian las terminaciones con que verbalizarian los primeros hombres los adverbios que llevamos referidos; pues las hallamos en esta funcion en varios

idiomas, de que daremos cuenta al fin de estos discursos, cuando lleguemos á señalar aquel lengua e que creemos fué el primitivo. Pasemos ahora á reconocer los demás verbos y su orígen.

Todo verbo es de movimiento, sea que tengamos que movernos de un lugar á otro como en los verbos que acabamos de referir, ó que tengamos que mover para su ejecucion los miembros de nuestro cuerpo como en las acciones que llamamos mecánicas, cuales son hilar, coser, cavar y otras de esta naturaleza. Ultimamente, hay acciones que aunque parecen inmóviles como el discurrir, pensar, oler, ver y otras de igual clase, hay en ellas realmente cierto movimiento. Los ojos, los oidos, el entendimiento y la voluntad forman sus acciones por cierto movimiento muscular de aquellas fibras destinadas en la máquina de nuestro cuerpo para ver, oir, pensar, querer, etc. Esto supuesto, concluyamos con la formacion oral de los verbos.

La mayor parte de las acciones que consisten en golpeo, producen en nosotros una interjeccion, quiere decir, que en su ejecucion proferimos alguna vococita, y que esta vococita por la onomatopeya habia de ser un verbo en el uso de nuestros primeros padres. Otras acciones, aunque ejecutadas con nuestros miembros sin movimiento de lugar á lugar, y que no producen las interjecciones referidas, se formarian añadiendo á la causa, el efecto y al instrumento con que se ejecutaban dichas acciones, la terminacion verbal referida. Pasemos á la tercera clase de acciones.

Esta clase es de aquellos verbos en cuya ejecucion parece no hallamos movimiento alguno ni de un lugar á otro ni de nuestros miembros corporales, como discurrir, pensar, oir, etc. Sin embargo, hay en estas acciones un verdadero movimiento. Si veo es porque el objeto visto viene á mi potencia visiva, que es lo más verdadero, ó porque la virtud visiva va á buscar el objeto. A mi ver esta operacion es de atraccion, no porque yo tenga un fundamento ó una prueba práctica que me cerciore de esto, sino porque veo en el idioma que presentaré como primitivo que el verbo *mirar* se forma del adverbio *adonde*, y este *adonde* son los mismos ojos, de suerte que el verbo *mirar* de este idioma equivale á la expresion castellana *venir ó llevar á los ojos*. Veo que esta accion de mirar es anterior al *ver*, que indica un mirar reflexivo ó un mirar distinguiendo ó especificando los objetos vistos, quiero decir, que el *mirar* es el percibir los objetos confusamente, y el *ver* es el reflexionar sobre los objetos mirados. Primero es venir los objetos á los ojos, y despues el circunstanciarlos. Por el verbo *mirar* de mi idioma primitivo equivale á las expresiones castellanas *traer ó llevar á los ojos alguna cosa*, y el *ver* equivale á *despejar, aclarar ó poner en limpio el objeto atraido á los ojos*, esto es, sacarlo de la oscuridad que tiene cuando llamamos *mirar*.

Estas mismas operaciones veo dibujadas en los demás verbos referidos. El verbo *acordarse* en un primitivo idioma equivale á las ex-

prexiones castellanas *traer á la cabeza* como compuesto de una voz destinada á significar lo mismo que la palabra *cabeza* en el castellano; de una terminacion ó caracteristica de movimiento, y de otra que es propia y peculiar á los verbos, caracteristicas de quienes hemos hablado filosóficamente en cuanto á su analogia tratando del adverbio *adonte* y en este capitulo. Esta accion de acordarse ó como los castellanos dicen, de traer alguna cosa á la memoria precede como un antecedente necesario á la accion de discurrir. Para discurrir es preciso cojer en la cosa que se ha traido á la memoria la materia para el raciocinio, ó para explicarme mejor, tomar el hilo del discurso. Es preciso comprender, y á este verbo le forma mi lengua primitiva de tres vocecitas: la primera significa lo que en castellano la voz *pelo ó hebra*; la segunda quiere decir lo mismo que *extender*, y unida esta voz con la tercera, que no es otra cosa sino una caracteristica de verbo, toda la voz viene á significar lo que en castellano *tomar el hilo ó agarrar la cosa como de un pelito*, y no sé yo si puede expresarse mejor la idea del verbo *comprender* que con este verbo. No basta, sin embargo esto para completar el discurso. Es necesario á más llegar hasta la inteligencia de la cosa: esto es, es preciso excudriñar y seguir el hilo del discurso hasta su conclusion, y entónces llegamos á lo que el castellano llama entender: verbo que mi idioma primitivo da á entender con una voz, que tanto quiere decir como las expresiones castellanas *llegar hasta lo mas profundo*, ó mejor, *agotar ó concluir totalmente una cosa fluida ó deleznable.*

Ahora, pues, ¿qué otras operaciones puede haber en el discurso que estas tres, esto es, el acordarse de la cosa, ó el traerla á la memoria, el comprenderla ó cojer el punto, hilo ó materia para discurrir, y el acabar ó dar fin con el punto, hilo ó materia que se adoptó, ó extenderse en ella cuanto se puede? Contemplen los gramáticos castellanos la voz *entender*, y verán que su significado es extenderse en alguna cosa, como compuesta de la caracteristica adverbial *en*, que equivale al *in* de los latinos, y el verbo tender que viene del *tendo, is* de los latinos, y verán que tanto quiere decir entender como extenderse en alguna cosa, y confesarán que ninguna lengua ha analoguizado mejor las operaciones del entendimiento que mi lengua primitiva.

Es verdad que los filósofos han querido que el discurrir no sea otra cosa que el deducir un juicio de otro juicio; pero esta operacion no puede ser discurso. En ella no corremos, quiero decir, no continuamos en el punto, hilo ó materia que adoptó nuestro entendimiento en la cosa que se trajo á la memoria ó fué colocada en la reminiscencia, y la deduccion que se hace de un juicio no es otra cosa sino un verdadero cotejo que hace el entendimiento entre dos discursos, quiero decir, entre dos proposiciones discurridas ó que han pasado de la reminiscencia á la comprension, y de esta al estado de intoligencia. Parece

que hemos dado á entender las operaciones así de la memoria como del entendimiento, haciendo ver la facilidad con que el hombre pudo darlas á entender por medio de la voz, y solo nos resta el que digamos algo sobre la accion de cotejar los discursos, que es lo que á mi ver con poca analogía llaman los filósofos discurrir.

No siendo esta accion otra cosa que un verdadero cotejo, parece muy óbvia la invencion del verbo que la debia representar. Una voz con que se diese á entender lo que en castellano con la expresion de encontrar la semejanza ó hallar una cosa igual á la otra, sería muy propia y muy análoga á las ideas que se querian comunicar, y se lograria esta operacion si los idiomas tuviesen un verbo que significase literalmente *uniotrear*, quiero decir, un verbo que nos hiciese ver que una cosa se hacia otra por medio del cotejo. Tal es, pues, el verbo que emplea mi lengua primitiva para este efecto, como formado de una voz que en latin equivale al *uterque*, y la terminacion verbal que llevamos ya dicha. Véase este idioma al fin de estos discursos y pasemos á las acciones de la voluntad.

La voluntad no puede accionar sin que pase desde el entendimiento la cosa que ha de dar motivo á sus operaciones. Hé aquí el principio del querer. Veamos qué verbo formarian los hombres para dar á entender esta accion de pasar la idea desde el entendimiento á la voluntad, y conoceremos que ha de ser uno que nos represente el *adonde* del tránsito de la expresada idea, un verbo por lo mismo formado con una voz que equivale á la palabra castellana *deseo*, una terminacion adverbial correspondiente al *adonde* y otra terminacion verbal, de modo que nos dé á entender lo que el castellano con *venir ó llegar al deseo*.

Si un idioma formase de esta manera el verbo que nos ocupa, sería filosófico, sería propio, sería análogo y enteramente placentero á los literatos, y tal es nuestro idioma primitivo como se podrá ver al fin de estos discursos.

Pasada la idea á la voluntad circunstanciada por el entendimiento en su bondad ó malicia, la voluntad la acepta ó desecha. Hé aquí la segunda operacion que se ejecuta en la voluntad. Discurramos sobre los medios que adoptaria el hombre para expresar estas acciones: consultemos sus primeros movimientos y exudriñemos las primeras ideas para el querer ó el rechazar. Para querer era necesario concebir una de dos ideas, ó que la cosa era buena y útil para sí solamente ó buena y útil para sí y para otros. Si era útil para sí mismo, la apropiaria á su persona, esto es, adoptaria la cosa para su uso; si para él y para otros haria la misma operacion. Este hombre era el que habia de proferir el verbo.

Ahora, pues, si tuviésemos un idioma que para dar á entender lo que el castellano con el verbo *querer*, usase de una voz ó verbo que significase lo que el mismo castellano expresa con las palabras *adop-*

tar para si, ó si así podemos decir *yoizar* ó *egoizar*, esto es, hacer la cosa de yo, este idioma analoguizaria perfectamente las primeras ideas del querer que van expresadas; y si tuviese otro verbo que equivaliese á lo que el castellano quiere decir con las expresiones *hacer nuestra* ó *adoptar por nuestra alguna cosa*, ó que equivaliese al verbo *nostraizar* para darme mejor á entender, cumpliria exactamente con las segundas ideas, y tendria dos verbos y con ellos completaria filosóficamente y daria satisfaccion individual á las ideas que quieren comunicarse en el *querer*.

De todo lo dicho se infiere que los verbos, fuera de los onomatópicos, todos ellos habian de ser derivados en la manera y forma que llevamos insinuada. Es verdad que nos es imposible el dar razon individual en estos discursos de la formacion de todos ellos. Haremósla ver en el Diccionario que se formará, con el auxilio de Dios, de aquel idioma que hemos juzgado primitivo como materia propia de esta obra. Pasemos ahora á nuestro primer propósito, y demos razon del modo con que clasificarian los primeros hombres á estos verbos en sencillos y dobles, como hemos asegurado á la entrada de este capítulo. Hablemos primero de los verbos sencillos y despues de los dobles.

VERBOS SENCILLOS.

Los primeros verbos que se inventaron por el hombre serian probablemente sencillos, quiero decir, representativos de aquellas acciones que ejecutaron ó vieron ejecutar. Por lo mismo estos verbos no llevarian característica alguna, y el mismo hecho de no llevar característica seria señal de ser sencillas las acciones, quiero decir, ejecutadas por el agente por aquella virtud que le era propia como recibida en su misma constitucion. Tales serian los verbos *ver*, *oir*, *entender*, etc., de modo que no tenemos que decir otra cosa para dar una clara nocion de los verbos sencillos. Pasemos á los dobles.

VERBOS DOBLES.

Por verbos dobles entendemos aquellas voces que en algunos idiomas, como en el hebreo, peruano, bascongado y moquica, nos dan á entender que tal ó tal accion fué ejecutada por el agente, no por su sola virtud, sino por el concurso de otro agente que puso en movimiento dicha virtud. A estos corresponden en la lengua castellana

el hacer que otro coma, el hacer que otro ande, el hacer que otro discurra.

No podemos dudar que la idea del hombre en estos verbos es diferente de aquella que tiene en los sencillos, y que la claridad de los conceptos exige el que se distingan los unos de los otros verbos. Dijimos que la señal del verbo sencillo era el no tener característica alguna indicativa de su sencillez, y era preciso que la tuviese el verbo doble. De lo contrario no podria distinguirse este de aquel, y las ideas se hallarian confusas. Veamos, pues, cuál sería la palabrita con que el idioma primitivo habia de distinguir los verbos dobles de los sencillos.

La lengua de los hebreos, la bascongada, la quichua y la moquica tienen características nada equívocas para distinguir los verbos dobles de los sencillos; pero cada uno de estos idiomas tiene su peculiar y privativa característica para este efecto, y no podemos saber por lo mismo cual de estas características hubo de ser la del primitivo idioma, ni aun si fué ó no diferente de todas las que usan los expresados cuatro idiomas, sin que consultemos las ideas del hombre cuando comunica una accion doble. Discurramos sobre este particular.

Cuando el hombre comunica una accion sencilla, su idea no es otra que el hacer ver una operacion sola, quiero decir, una operacion ejecutada por el agente por su propia virtud, activándola sin concurso de cooperador alguno que ponga en movimiento su virtud atriz; pero cuando comunica un verbo doble, su idea es hacer saber dos agentes ó dos operaciones: la una de aquel ó aquellos que no pueden activar por sí solos la virtud operativa, y la otra de aquel ó aquellos que hacen accionar á los primeros sujetos ó agentes. La idea es de doble accion, y por lo mismo parece que los primeros hombres adoptarian una palabrita accionaria ó de movimiento, que añadiéndose á los verbos sencillos los hiciese dobles. En este caso el verbo analogizaria las ideas, y sería el idioma más ecónomo sin que tuviese necesidad de usar de una frase entera para indicar estos verbos, como sucede en aquel sinnúmero de lenguas que carecen de este medio de caracterizar los verbos dobles.

En este supuesto ¿qué característica puede ser más propia para esta doble accion que la vocesita *ra* indicativa de movimiento? Lo cierto es, que en los verbos dobles hay dos acciones, y en los sencillos solo una, y estos no pueden pasar á ser dobles sin que á más de la accion que representan por sí mismos, reciban otra característica accionaria. Nos parece, pues, que el idioma primitivo formaria sus verbos dobles introduciendo la palabrita *ra* en los verbos sencillos, y formando una sola voz. Tal es el modo con que se maneja aquel idioma que presentamos como primitivo al fin de estos discursos.

De lo dicho, se infiere que no debemos admitir en las gramáticas más clases de verbos que dos, es á saber, verbos dobles y verbos sen-

cillos: pues no hallamos en la naturaleza otras acciones que sean diferentes entre sí de un modo que puedan formar especie distinta y que se han de desterrar como inútiles, ó mejor como resultado de la voluntariedad de los gramáticos ó de la interjeccion de los idiomas los llamados neutros, deponentes, personales, incoativos, defectivos, y otra cáfila de verbos de esta naturalezal Pasemos á contemplar los modos de los verbos.

MODOS DEL VERBO.

Si consultamos á los gramáticos en los modos del verbo, será imposible el poder fijar su número. Unos pretenden que no ha de haber en los idiomas sino dos modos para el juego de los verbos: otros quieren que haya tres: algunos llegan á contar cuatro; otros cinco, y hubo tambien quien confuso al parecer en fijar su número, negó todo modo y dijo:

Qui finjere modos, ratione modoque carebant.

Los que los modos fingieron
modos y razon perdieron.

Sin embargo, seria confusa la mútua comunicacion de pensamientos sino tuviesen los idiomas ciertas características que distinguiesen los diferentes estados de la accion en el sujeto á quien se aplicaba como objeto de sus operaciones. La materia es bastante intrincada y se hace preciso aclararla para dar una nocion que nos lleve al conocimiento de los verdaderos modos ó pinturas que podemos hacer de las acciones respecto del estado que tiene el sujeto con ellas, y por lo mismo nos vemos obligados á extendernos en esta materia más allá de lo que es regular en los gramáticos.

Primeramente no hay duda que podemos comunicar la accion indefinidamente, esto es, sin aplicarla á sujeto alguno.

Tampoco hay duda que podemos comunicarla como acto de un sujeto, esto es, como accion que ejecutó, ejecuta ó ejecutará, y esta es la verdadera accion del sujeto, y por lo mismo la llamaremos modo accionario.

Otras veces no queremos comunicar la accion del sujeto, sino el hábito y costumbre que tiene á ella, y este estado es diferente del que

tiene el sujeto cuando realiza la accion y exije la claridad de los conceptos el que distingamos entre sí estos dos estados en que se halla el tal sujeto respecto de la accion.

Muchas veces queremos comunicar la potencia ó facultad que tiene un ente para accionar, y este estado es diferente de los dos de arriba respeto del sujeto á quien aplicamos la accion.

Podemos tambien comunicar una accion ejecutada voluntariamente por el agente. Varias veces obramos por necesidad, pero sin fuerza ni violencia que provenga de un agente extrínseco. Algunas veces obramos contra nuestra voluntad ó forzados por un agente extrínseco. Muchas veces mandamos la accion, esto es, la ejecucion suya á un consócio. No pocas veces dirigimos nuestras acciones al logro de otras, ó las ejecutamos con el fin de conseguir otra accion. Varias veces indicamos el deseo de una operacion ó verbo; y otras últimamente hacemos ver el pesar de un hecho.

De modo que en la mútua comunicacion de pensamientos podemos hacer saber: 1.° la accion indefinida: 2.° la de un sujeto: 3.° el hábito ó costumbre que el sujeto tiene á la accion: 4.° la potencia: 5.° la voluntad: 6.° la necesidad: 7.° la violencia que padece: 8.° el precepto que impone: 9.° el fin que lleva: 10.° el deseo: 11.° el pesar; y por lo mismo nos parece que un idioma perfecto ha de tener en sus verbos once diferentes modos con otras tantas características que los indiquen y son los siguientes:

MODOS.
- Infinitivo.
- Actual ó indicativo.
- Habitual.
- Potencial.
- Voluntario.
- Necesario.
- Forzoso.
- Imperativo.
- Intencional ó sujuntivo.
- Optativo.
- Penitudinario.

No se me oculta que todos esos modos fuera del infinitivo y del actual ó indicativo, pueden expresarse y se expresan en los idiomas por medio de dos verbos. Con decir *suelo ó acostumbro dormir*, expresamos el hábito ó costumbre del sujeto en la accion de dormir: con decir *puedo andar*, indicamos la potencia que tenemos para la accion de andar. y así de los demás modos. Sin embargo, reconocemos en los idiomas expresados, muchos de estos modos con un solo verbo por medio de una característica indicativa del tal modo. Los imperativos, los llamados sujuntivos, los optativos son expresados en la mayor parte de los idiomas con un solo verbo, sin embargo de poderse indi-

car por dos diferentes. Esta costumbre es tan antigua, que se esconde en los mas remotos siglos, y no podemos ménos de persuadirnos que tuvo lugar en el mundo primitivo, y que en él distinguiria el lenguaje los once modos que van apuntados, por otras tantas características que aplicaria al verbo, cuyos modos queria expresar en la mútua comunicacion. Lo cierto es, que mi idioma primitivo lo ejecuta así, como se podrá ver al fin de estos discursos. Pero ¿cuáles serian estas características? Discurramos sobre ellas, y corriendo por todos los modos, fijemos las que son correspondientes á cada uno de ellos. Y para evitar toda confusion, hablemos de estos modos separadamente por el órden con que los hemos colocado.

MODO INFINITIVO.

Un verbo indefinido no es otra cosa sino una voz que significa la accion por sí sola, quiero decir, sin miramiento al modo, tiempo, persona, número ni conjugacion, como *amar*, *oler*, *escribir*, etc. Por lo mismo me hallo persuadido de que el modo infinitivo consta de una sola palabra, esto es, de aquella que los gramáticos llaman presente de infinitivo, y con la cual se dá nombre á la accion. Los supinos, los participios, los gerundios, los futuros llamados en *rus* y en *dus*, no son verbos sino unos verdaderos participios, y por lo mismo deben separarse del modo infinitivo, y hablar de ellos en el participio á quien los gramáticos lo contemplan justamente como una parte de la oracion distinta del verbo.

Bajo de este supuesto, no tenemos necesidad de característica alguna para conocer este modo. Siempre que una voz no nos haga ver sino la accion, será infinitivo, quiero decir, un verbo sin relacion alguna: un verbo sin persona, sin tiempo, sin número: un verbo en fin indefinido, de modo que no hay cosa mas fácil que el conocer este modo en nuestros verbos, ni cosa más cierta que el que el idioma primitivo no usaria de característica alguna para indicarlo. Pasemos al modo accionario.

MODO ACCIONARIO.

El modo accionario no es otra cosa que aquel carácter ó mutacion que hacemos del infinitivo para indicar las acciones de un ente, y son tan necesarias estas características, que sin ellas aunque verificable

la locucion, seria incómoda, trabajosa y de nasiadamente dilatada la comunicacion de pensamientos. Es ver la i que se entenderian los conceptos sin usar de otro modo que el infinitivo. Con decir *Pedro comer ahora manzana*, podrá equivaler á la expresion *Pedro come la manzana*. Con decir *Pedro comer ántes manzana* se daria á entender lo que expresamos con las palabras *Pedro ha comido ó comió la manzana*; pero ¿qué dificultades no ofrece este modo de comunicar nuestras ideas? Era necesario colocar siempre las voces en un mismo órden; era necesario desatenderse de toda expresion enérgica: era necesario afear los idiomas con el defecto de la falta de economía, y para decirlo todo en una palabra era preciso hacer dificultosísima la comunicacion de las ideas. Contemplen enhorabuena los filósofos como factible esta locucion, pero examinen el amontonamiento de reglas, la monotonía de voces, y la falta de economía de los conceptos, y no podrán ménos de confesar que desde el mundo primitivo tuvieron orígen los diferentes modos que acabamos de referir y sus diversas características. Contraigámonos á nuestro caso.

Todos los modos se forman caracterizando el infinitivo de aquel verbo que ha de ser modificado, y todos sus modos han de hallarse revestidos de tiempos, de números y de personas. Este carácter es suficiente para que el verbo se distinga del infinitivo, y sin más característica que le indicarnos un modo distinto del infinitivo.

Hé aquí, pues, la característica del modo indicativo ó accionario. Siempre que el verbo se halle modificado por el tiempo, número y persona sin que lleve otra característica, será señal evidente de ser ó hallarse el verbo en el modo accionario.

Bien conozco que los idiomas no se hallan conformes en la mayor parte con estas reglas; pero tambien conozco que son confusos en determinar sus modos, y no lo puede ser un idioma perfecto cual contemplamos al primitivo. Este hubo de tener características expresas para la distincion de sus modos, y juzgamos que las correspondientes al modo que nos ocupa, serian las expresadas. Tal es, á lo ménos, la práctica del idioma, que presentamos como primitivo. Pasemos al modo habitual.

MODO HABITUAL.

Como la idea del hombre en el modo habitual no es el indicar ó hacer saber la accion significada por el verbo, sino comunicar el hábito, inclinacion ó costumbre que un sujeto tiene en la tal accion, es visto que este modo habia de diferenciar del indicativo ó accionario, y de los demás por medio de una característica adoptada para signo de

hábito, inclinacion ó costumbre, esto es, por una particulita destinada á este efecto.

El hacer saber el hábito ó costumbre de las acciones por una oracion que llaman los gramáticos de infinitivo, como *aquel acostumbra reñir, este suele jugar mucho, esotro es inclinado á bailar*, no es modificar los verbos *reñir, jugar* y *bailar* en aquel sentido en que los gramáticos entienden los modos de los verbos. Estos modos para ser tales como pretenden los maestros de los idiomas, han de diversificar al verbo uniéndole cierta característica, y haciendo con ella y el verbo cuyo modo se quiere expresar, una voz sola como lo podremos ver cotejando en las lenguas los modos indicativo, sujuntivo é imperativo entre sí.

Bajo de estos supuestos, el modo habitual ó consuetudinario ha de ser aquel que formando una sola voz con la particula ó vococita consuetudinaria y el verbo, nos lo dé á entender, como si el castellano para manifestar la costumbre que tiene un sujeto en la accion de amar interpusiese á su indicativo ó modo accionario una terminacion ó palabrita que en su mecanismo fuese nota de hábito ó costumbre.

Un idioma que formase de esta manera sus modos consuetudinarios ó habituales, á más de ser ecónomo en esta parte, sería tambien propio y análogo, y tal es el que presentaremos como primitivo. Este idioma introduce como en el corazon del verbo una particula ó vococita destinada á ser característica de hábito ó costumbre para formar este modo.

MODOS POTENCIAL, VOLUNTARIO, NECESARIO Y FORZOSO.

Explicado ya el modo habitual ó consuetudinario y los medios que habia de adoptar un idioma para su formacion, es fácil el concebir los que deben ser adoptados para que el modo del verbo pase de habitual ó consuetudinario á ser potencial. Esto se conseguirá mudando la particula consuetudinaria en una característica de potencia ó facultad en el mismo verbo, cuya potencia quiere indicarse. Lo mismo sucede respecto de los modos voluntario, necesario y forzoso que se lograrán con la misma diligencia, quiero decir, usando de particulas ó vococitas indicativas de voluntad, fuerza ó necesidad, y colocándolas en el verbo del mismo modo que llevamos ya referido.

No podemos dudar que un idioma manejado de esta manera sería ecónomo y propio, y tal nos parece que hubo de ser el primitivo Véase nuestra lengua primitiva al fin de estos discursos.

MODO IMPERATIVO.

Como las ideas del hombre al mandar una accion no son otras que el logro de la tal accion por medio de la operacion de otro agente, es visto que todo su conato se dirige á que tal ó tales sujetos hagan ú obren la accion indicada, de modo que no podemos dudar que el hombre dirigido naturalmente usará del verbo *hacer* cuando quiere mandar una accion, y formará una oracion que llaman de infinitivo aun cuando se valga de idiomas que no lo tienen en uso, si como hemos dicho siguen los impulsos de la naturaleza. Dirán *haz la accion de andar*, *haz la accion de venir*. Lo cierto es que cuando mandamos la cosa y no la accion, usamos del verbo *hacer*. Decimos *haz la casa*, *haz el chocolate*, etc. Podemos tambien observar á los latinos y el uso frecuente que tienen de imperativar los verbos por el *fac* de *facio, is*; de modo que siguiendo los avisos de la naturaleza es indispensable el uso del verbo *hacer* en el modo imperativo. Hé aquí, pues, la natural característica para formar el modo que nos ocupa. Unida esta con el verbo, cuya accion mandamos, resultará una voz que será un distinto modo de todos los demás: un modo, por lo mismo, que no puede tener otro nombre que el del modo imperativo.

Tales son las ideas del hombre, y tal debe ser nuestro concepto en la formacion del modo imperativo en el mundo primitivo, en aquella época en que el hombre libre de preocupaciones seguia inviolablemente los avisos de la naturaleza. Pasemos al modo sujuntivo.

MODO SUJUNTIVO Ó INTENCIONAL.

Se hallan tan distantes los gramáticos de darnos una nocion clara de este modo, que sería imposible el poder fijar sus características de un modo que fuese placentero al literato, sin que primero descubriésemos lo que es modo intencional ó sujuntivo, examinando las ideas que el hombre tiene cuando se vale de él.

La voz sujuntivo equivale en su literal significacion lo que en el castellano *el que está dependiente ó sujeto á otro*, y ordinariamente se creen sujuntivos en las gramáticas aquellos verbos que se hallan como colgados y pendientes de otro verbo, y caracterizados por el tiempo, la persona y el número. Así es que llaman oraciones de sujuntivo á todas aquellas que se forman de dos verbos inflexionados y que ninguno de ellos se halla en infinitivo. *Quise que amaras*, *procuré que estudiases*, *creí que vendrias*, y otras de esta naturaleza son tenidas

como oraciones de sujuntivo, esto es, como oraciones cuyo segundo verbo se halla en este modo.

Sin embargo de esto nos hallamos con el embarazo de tropezar en estas oraciones con dos verbos que ambos pertenecen al modo accionario. Cuando decimos *creí que Pedro venía, consentí que estabas durmiendo, no dudo que responderás á la pregunta*, ambos verbos son accionarios ó de indicativo, de modo que no puede servírnos de regla para el conocimiento del modo sujuntivo el que las oraciones tengan un verbo determinante, supuesto que el determinado, sin embargo de ser regido de una partícula, muchas veces se halla en indicativo.

Será, pues, modo sujuntivo aquel verbo para cuyo logro se hizo otra accion, ó aquel verbo que es el fin de una accion que ha de preceder á él, y por consiguiente hemos de consultar para la legítima averiguacion del modo intencional ó sujuntivo aquellas oraciones que los gramáticos llaman finales, y solo de esta suerte nos haremos cargo no solo de las características de este modo, sino tambien en su lugar de los tiempos de que es susceptible. Por ahora debe ocuparnos el averiguar las ideas del hombre en la comunicacion de este modo, para que fijemos con acierto sus características.

Es constante que cuando el hombre sujuntiva algun verbo, descubre la idea que tuvo en la accion que precedió al verbo sujuntivado. Cuando come, v. g., con el fin de fortalecerse, busca en el comer la fortaleza. Cuando se prepara con la idea de combatir al enemigo, ejecuta la accion de prepararse con el fin de lograr la accion del vencimiento. En estos casos las primeras acciones tienen por fin las segundas, y por lo mismo son estas verdaderamente sujuntivas y unas acciones conocidamente finales.

Ahora, pues, cuál es la idea del hombre cuando sujuntiva una accion? No es otra sino el comunicar su intencion ó el fin que le ha conducido á la primera accion, y este fin es el conseguir ó el que se ejecute la segunda: en una palabra, su idea es el que se haga tal ó tal accion, la misma que tiene en el modo imperativo, de modo que no puede nos dudar que adoptaria el primer hombre para formar este modo el mismo verbo *hacer* que adoptó en el imperativo, y á mas una característica que distinguiese á este modo sujuntivo ó intencional del modo imperativo. Veamos, pues, cuál sería esta característica de distincion.

No hay duda que el hombre busca una accion así en el imperativo como en el sujuntivo. Si manda, necesariamente ha de mandar la ejecucion de alguna accion: si ejecuta alguna otra operacion como necesaria para el logro de otra alguna cosa, es igual su intencion de que resulte una accion segunda. Bajo de este supuesto, la característica que distinga estas dos acciones que buscamos en el imperativo y en el sujuntivo, ha de provenir de la diferencia de la idea que tene-

mos de ellas. La que buscamos en el imperativo es una accion transitoria, y la que nos moviliza en el sujuntivo es permanente, quiero decir, en el imperativo buscamos una accion que ejecutada una sola vez satisface nuestras ideas; pero en el sujuntivo queremos lograr una cuyos actos repetidos deseamos. Si decimos, v. g., *come la manzana*, queda satisfecha nuestra idea, ejecutada que sea esta accion con el hecho de verificarse que aquel á quien hemos mandado coma la manzana, sea poca, sea mucha, sea una ó sean muchas las manzanas; de modo que sino hay determinacion en el cuanto, se dá satisfaccion al precepto con solo comer un bocado de la tal manzana. No es así en el modo sujuntivo: si pensionamos á un sujeto para que enseñe la lengua hebrea, nuestra idea no queda satisfecha con que el tal sujeto haga un acto de enseñanza: nuestra intencion es el que se ejercite en este ministerio por una repeticion de actos continuados. Es visto, pues, que la accion buscada en el modo imperativo es transitoria pero permanente la que deseamos en el modo sujuntivo ó intencional. Contraigámonos á nuestro caso.

Dijimos y volvemos á repetir que una lengua perfecta para ser ecónoma no debe usar de caracteristicas sin necesidad, y cuando hay diferentes clases que distinguir en cualquiera golpe ó circunstancias de su mecanismo, una de las clases ha de recibir por caracteristica el no tener carácter alguno. Siendo, pues, dos los modos en los cuales la idea del hombre es el lograr alguna accion, el primero se conocerá con sola la caracteristica deducida del verbo *hacer*, v. g., el modo imperativo, y para el modo sujuntivo se ha de caracterizar al verbo *hacer*, y diferenciándose este modo del anterior en que la accion buscada es permanente, no hay duda que el instinto añadiria al verbo *hacer*, que usaba en el imperativo, una letra permanente, y siendo esta, como hicimos ver en el adverbio *donde* la consonante *n*, esta seria la caracteristica que distinguiese al modo sujuntivo del imperativo.

Lo cierto es que un idioma que arreglase y distinguiese de esta manera los dos modos referidos, seria propio, seria ecónomo, seria placentero al filósofo.

MODO OPTATIVO.

El modo optativo es usado por el hombre cuando quiere comunicar en la mútua correspondencia el deseo que tiene de una accion. Su idea, por lo mismo, es el mostrar el deseo de una accion futura. La accion se comunica por la voz destinada á significarla, y solo resta el que á esta accion se la caracterice con una terminacion destinada en los idiomas para signo de futuricion. En este caso el idioma será análogo con la idea del hombre; pues no solo indicará la accion

deseada, sino tambien la futuricion de esta accion indispensable en todo deseo, como que no podemos tenerlo de cosas pretéritas, esto es, de acciones pasadas ni tampoco de presentes: no de pasadas, por ser infructuoso el deseo: no de presentes, por estar ya cumpliéndose el deseo.

Tal nos parece hubo de ser el modo con que los primeros hombres formarian el modo optativo. Pasemos al último modo, que es el penitudinario.

MODO PENITUDINARIO.

Los literatos nada nos hablan en sus gramáticas de este modo ó porque le crean uno mismo que el optativo, ó porque no hallan en sus idiomas característica que le distinga de los demás modos: pero si consultamos la naturaleza de un lenguaje, hallaremos que el modo penitudinario es diferente de todos los demás.

Este modo nos hace ver el pesar que tenemos de no haber ejecutado, de no estar ejecutando ó de no tener esperanza de ejecutar una accion ó al contrario. Por lo mismo se distingue nuestra idea de todas las que tenemos en los demás modos. No queremos indicar la accion, ni el hábito, ni la potencia, ni la voluntariedad, ni la necesidad, ni la fuerza, ni el precepto, ni la intencion, ni el deseo de la accion, sino el pesar de haberla ejecutado ú omitido, de no ejecutarlo ó de ejecutarlo, de no tener esperanza de ejecutarlo ó de haberlo de ejecutar. ¿Cuál sería, pues, la característica de este modo? La analogía que tiene con el modo optativo me persuade que su característica sería un trueque que hiciese con la que es propia á este modo, y que en lugar de la terminacion indicativa de futuricion propia al modo optativo, adoptaria una vocecita que en su mecanismo fuese peculiar para hacer ver la causalidad. Lo cierto es que recorriendo los idiomas y el modo con que explican este pesar, hallaremos que todos usan de una particula condicional, señal evidente de haberse ejecutado así por la lengua primitiva y que lo único que podemos decir como más conforme al dictámen de la razon, es que en el idioma primitivo esta particula se hallaria unida al verbo, cuya accion penitudinaria se indicaba.

TIEMPOS DEL VERBO.

Una de las características de los verbos es el tiempo. Los conceptos serian ininteligibles si en las voces con que representamos las accio-

nes, no tuviésemos una característica que indicase el cuando de su ejecucion, y puede decirse que habia nos de tener tantas características cuantos son los tiempos en que se ejecutó, se ejecuta ó se ejecutará la accion que queremos comunicar.

Sin embargo ningun idioma conoce otros tiempos que el pretérito, el presente y el futuro, y no podemos persuadirnos que el lenguaje de los primeros hombres pudiese haber tenido otros tiempos, ya por la razon que hemos dado, ya tambien porque es imposible hallar tantas características cuantos son los tiempos en que pudo y puede ser ejecutada una accion, como lo palpará cualquiera que quisiese contemplar lo que es el tiempo. Los siglos, los años, los meses, los dias, las horas, los minutos, etc., son otros tantos tiempos, y siendo estos de un número incalculable así respecto de las épocas que nos antecedieron, como de las que nos deben subseguir, es visto que un idioma no puede presentar en el uso del habla tantas características cuantas son necesarias para individualizar cada uno de los innumerables tiempos que van especificados. Se añade á este inconveniente otro natural menor, y consiste en la necesidad que habria de mudar estas características contínuamente. Los tiempos que hoy son futuros, muchos de ellos mañana serian presentes, y despues de mañana se harian pretéritos.

Es, pues, muy juiciosa y reflexiva la práctica de los idiomas en no haber dado á sus tiempos otras características que las de pretérito, presente y futuro, dejando á los adverbios de tiempo ó á las épocas el informarnos en el preciso tiempo de la ejecucion de las acciones, quiero decir, en el cuando fijo de las acciones pasadas y futuras. Es tan natural esta práctica que hubo de tener lugar en la más remota antigüedad, esto es, en aquellos oscuros siglos en que se verificó esta modificacion de los verbos, que en nuestro modo de pensar fué en el mundo primitivo.

Bajo de estos supuestos, entremos á examinar en el idioma primitivo ó en el lenguaje natural estos tres tiempos, esto es, el pretérito, el presente y el futuro, y veamos si habian de ser uno, dos ó más cada uno de estos tiempos. Consultemos para ello la naturaleza de los idiomas, y ella nos informará con exactitud en este particular.

Los hombres en todos tiempos han comunicado sus ideas por medio del habla de dos diferentes maneras: ó naturalmente, quiero decir, sin salir de la época en que se hallaban al tiempo de dicha comunicacion ó apostródicamente, esto es, trasladándose con la imaginacion á los tiempos pasados. En estos dos estados pueden usar del verbo como pretérito, presente ó futuro, y exige la claridad de los conceptos el que los idiomas tengan en sus verbos dos pretéritos, dos presentes y dos futuros, uno respectivamente natural, y otro apostrófico, quiero decir, un pretérito, un presente y un futuro para cuando hablaban sin salir de la época en que se hallaban, y otro pretérito,

otro presente y otro futuro para cuando trasladándose apostróficamente á un tiempo anterior comunican las acciones. De otra manera serian ininteligibles nuestros conceptos: confundiriamos los presentes apostróficos con los reales ó verdaderos, y lo mismo sucederia con los pretéritos y futuros. Si la lengua española no tuviese el presente apostrófico *yo amaba*, y solo se valiese del presente verdadero ó real *yo amo*, no podriamos hacer uso sin confusion de los apóstrofes en el sentido en que por ahora nos entendemos.

De esta doctrina verdadera y real, resulta con evidencia la confusion de los gramáticos en la division de sus tiempos. Unos quieren que sean seis, es á saber: presente, pretérito, imperfecto, pretérito perfecto, pluscuamperfecto, futuro perfecto y futuro imperfecto. Otros pretenden que haya dos pretéritos perfectos, uno próximo y otro remoto. Algunos conocen un pauto-post-futuro, y tambien otros dos tiempos á quienes llaman aoristos primero y segundo; pero no puede haber en naturaleza sino seis tiempos, y estos han de ser precisamente dos presentes, uno real y otro apostrófico: los futuros, uno real y otro apostrófico: dos pretéritos, uno real y otro apostrofico. Hagamos ver esta verdad con mayor claridad y valgámonos de la lengua castellana.

Yo amo, es un tiempo presente, pero un presente real y verdadero: un tiempo que es aquel mismo en que se profiere dicha expresion.

Yo amaba, es un presente pero apostrófico: un presente que real y verdaderamente es accion pasada, pero presente respecto de aquella época á que hemos pasado por el juego que hacemos del apóstrofe. Cuando decimos *el año de setecientos y tantos valia el trigo este ó aquel precio*, el verbo *valia* es presente respecto de aquella época en que tenia el trigo este valor; pero es un tiempo pasado respecto de aquel en que nos hallamos. Hé aquí los dos presentes de la lengua castellana, esto es, el presente real y verdadero y el presente apostrófico, y estos mismos tiempos se hallan tambien en todos los demás idiomas. Pues ¿porqué ha de ser llamado pretérito imperfecto el segundo de estos tiempos? ¿No és tan presente como el primero supuesto el apóstrofe que nos traslada á una época anterior á aquella en que nos hallamos? Es verdad que este tiempo y la accion que en él se expresa, es pasada; pero la representamos como presente. Pasemos á los pretéritos.

En la lengua castellana llaman pretérito perfecto así á la expresion *yo he amado*, como al *yo amé*, y pluscuamperfecto al *yo habia amado*, y lo mismo sucede en la mayor parte de los idiomas europeos y muchísimos otros que se conocen en el mundo, cuya numeracion no es del caso, y sí el hacer ver la confusion y el desórden de estos idiomas en las expresiones referidas.

Cualquiera sabe, en primer lugar, que el tiempo *yo amé* es diferente del tiempo *yo he amado*. Cuando digo *yo he amado*, doy á entender

un tiempo pretérito respecto de la época en que me halla. Cuando digo *yo amé*, comprendo todos los tiempos pretéritos, y puedo hacer uso de esta expresion en las épocas apostróficas. Puedo decir *cuando estuve en Cádiz compré un coche*, é indicar con el *compré* un pretérito apostrófico, esto es, un tiempo que era pretérito en aquella época á que traslado por el apostrófe al que me oye.

Ya han conocido los literatos la gran diferencia que hay entre los tiempos *yo he amado* y *yo amé*, y no han podido ménos de distinguirlos llamando al primero pretérito próximo y al segundo pretérito remoto. Han descubierto su diferencia, pero no han aclarado los tiempos. Su diferencia no consiste en la proximidad ó lejanía de la accion que se quiere indicar con dichas expresiones. El pretérito *yo he amado* es tan próximo para el que habla respecto del tiempo ó época en que se halla, como lo es *yo amé* respecto de aquella época á que nos apostrofamos. Cuando decimos *he comprado una casa*, es verdad que la accion pretérita que indicamos es próxima respecto de la época en que nos hallamos; pero no es ménos próxima esta accion cuando por el apóstrofe, trasladándonos á Cádiz, decimos *compré en aquella ciudad un coche*, pues con *aquel compré* damos á entender una accion pretérita, pero próxima y cercana á aquella época á que nos apostrofamos; de modo que el *yo he amado* es un pretérito real y verdadero y el *yo amé* un pretérito apostrófico. Pasemos á reconocer el pluscuamperfecto y se percibirá mejor nuestro modo de pensar.

Llama el castellano pluscuamperfecto á la expresion *yo habia amado*, y lo mismo sucede con los demás idiomas en su mayor parte. Pero, ¿puede haber tiempo pluscuamperfecto? ¿Puede haber tiempo que indique un tiempo anterior á los tiempos pasados? Es cierto que no. No hay tiempo anterior al primer tiempo, y el primer tiempo es pretérito respecto de nosotros, y no podemos hablar de un tiempo sin tiempo ó de un tiempo pluscuamperfecto: esto es, de un tiempo anterior al primer tiempo, que como se ha dicho es un tiempo pretérito respecto de nosotros. Es visto, pues, que la invencion del pluscuamperfecto no es otra que un efecto de la irreflexion, nacida de la imperfeccion con que adoptaron los tiempos aquellos idiomas en que se hallan estas expresiones ó inflexiones de verbos á quienes llaman pluscuamperfectos. En efecto, todas las lenguas que tienen pluscuamperfecto son imperfectas. Todas ellas son hijas de dos especies de lenguas, la una de aquellas cuyas inflexiones son compuestas, y la otra de aquellas en que la inflexion del verbo es simple; ó son unas lenguas que se separaron del modo con que inflexionaba sus verbos el idioma primitivo. Hagámoslo perceptible en la lengua castellana.

Yo amé, yo he amado, yo habia amado son pretéritos. *Yo amé* es inflexion simple: *yo he amado, yo habia amado* son inflexiones compuestas. Hé aquí el desórden: hé aquí la imperfeccion: hé aquí una clara señal, una demostracion palpable de que la lengua castellana es len-

gua hija y de dos madres á lo ménos: una cuyas inflexiones eran simples: otra cuyas inflexiones eran compuestas, y lo mismo digo de todos los demás idiomas que se hallan en este caso.

Como los gramáticos han visto en sus respectivos idiomas estas diferentes inflexiones, han creido deber dar á todas su particular nombre. Ocupado malamente el presente apostrófico con el nombre de pretérito imperfecto, fué necesario en las lenguas latina y griega y demás que siguen su modo de inflexionar, poner nombre á dos inflexiones pretéritas, y de aquí nació el llamar á la una pretérito perfecto y á la otra pretérito pluscuamperfecto. En el castellano, francés, inglés, italiano y demás idiomas que siguen su inflexion verbal, hallaron los gramáticos á más del llamado pretérito imperfecto otras tres inflexiones pretéritas, y los literatos de mayor nota de estos idiomas creyeron aclarar su nativo lenguaje, llamando al primero de estos tres pretéritos con el nombre de pretérito próximo, al segundo con el de pretérito remoto, y al tercero con el de pluscuamperfecto.

Si estos literatos hubieran reflexionado en el estudio de la naturaleza de los idiomas, habrian visto que no correspondia al presente apostrofado el nombre de pretérito, y los griegos y latinos hubieran llamado á este tiempo un presente apostrófico. Hecho esto, se hubieran visto con otros dos pretéritos, uno el que llaman perfecto, y otro á quien dan el nombre de pluscuamperfecto, y contemplando el uso de estos pretéritos, verian que al llamado pretérito perfecto correspondia el nombre de pretérito real y verdadero, y al que llaman pluscuamperfecto el de pretérito apostrófico. Pasemos á la lengua castellana y demás que pretenden que para el pretérito perfecto y pluscuamperfecto de los latinos y griegos, tienen tres diferentes tiempos.

Si sus gramáticos hubieran reflexionado que el tiempo *yo he amado*, *yo habia amado* eran inflexiones compuestas, no podian ménos de confesar que adoptaron los medios necesarios para indicar el pretérito real y verdadero y el apostrófico. Hubieran visto que cuando decian *yo he amado*, hablaban de un tiempo pretérito próximo ó cercano á aquella época en que se hallaban, y que cuando decian *yo habia amado*, indicaban igualmente un pretérito próximo, pero apostrófico, esto es, respecto de aquella época á que se contemplaban trasladados por el apóstrofe.

Estos gramáticos con la operacion insinuada hubieran visto que la adopcion del pretérito *yo amé* era supérflua, como que no podia llenar las dos funciones del pretérito por ser correspondiente en los idiomas cuyos verbos son simples en su inflexion, á representarnos un pretérito próximo á aquella época en que nos hallamos cuando anunciamos nuestros conceptos. Pasemos al futuro.

Dos futuros conocen los gramáticos en sus idiomas: al uno le llaman futuro imperfecto, al otro futuro perfecto. *Yo amaré* quieren que

sea futuro imperfecto. *Yo habré amado* dicen que es futuro perfecto. No es de nuestra inspeccion el hacer ver á los maestros de la lengua castellana la impropiedad con que han dado nombre á sus futuros, llamando al que es perfecto imperfecto, y dando á un pretérito dudoso el nombre de futuro perfecto. Lo que nos debe ocupar es el demostrar que los futuros han de ser dos, uno apostrófico y otro real y verdadero.

No hay duda que así como del presente y del pretérito podemos hacer uso del futuro respecto de dos épocas: de aquella en que nos hallamos cuando comunicamos nuestras ideas, y de aquella á que nos trasladamos por medio de un apóstrofe. *Yo amaré* es un futuro real y verdadero, porque es realmente una accion que ha de verificarse segun la intencion del proferente despues de la época en que se halla. *Yo hubiera amado* es el futuro apostrófico. Si digo *yo comeré la manzana*, prometo una accion futura respecto de la época en que profiero dicha expresion. Si digo *cuando estuve en Pamplona hubiera derribado una casa*, mi idea es dar á entender la disposicion que tenia para una accion futura entónces, y este romance *hubiera derribado* es el verdadero apostrófico de la lengua castellana y demás que usan de ella, y como no podemos dar una nocion más clara de los tiempos por la confusion que en este particular tienen los idiomas, sin que al mismo paso hablemos de los modos á que corresponden, así aquellos que determinan el tiempo respecto de la época en que nos hallamos, como de los que se han de reputar ó clasificar con miramiento á una época á que nos trasladamos por el apóstrofe, tomaremos el molesto trabajo, pero necesario, de hablar de los tiempos que corresponden á cada uno de los modos y su orígen.

TIEMPOS DEL MODO ACCIONARIO Y SU FORMACION.

Como este modo es el más noble de todos por representársenos en él las acciones ejecutadas, que se ejecutan ó se ejecutarán por los entes, es susceptible de todos los seis tiempos, que como vá probado debe tener todo idioma en sus verbos. La razon es muy clara: voy á exponerla.

Podemos comunicar una accion ejecutada por algun ente próximamente antes de la época en que nos hallamos al tiempo de la comunicacion, ó próximamente antes de la época á que nos apostrofamos, y lo mismo puede suceder respecto del presente y del futuro: de manera que no podemos dudar que este modo ha de tener dos pretéritos, dos presentes y dos futuros: si tiene más, será redundante el idioma en este particular: si tiene ménos, será diminuto, y en uno y otro caso imperfecto, como que le ha de faltar un tiempo que necesita, ó ha de

tener alguno que no le hace falta, y no sé yo si habrá algun idioma que pueda gloriarse de ser justo en este particular, si exceptuamos á aquel que presentare nos al fin de estos discursos como primitivo de todos. Estos seis tiempos son los siguientes:



Justificada ya la necesidad de los tres tiempos, pretérito, presente y futuro, y que cada uno de estos puede ser de dos maneras, esto es, real y apostrófico, no podemos dudar que el idioma primitivo los hubo de tener, y solo resta el saber como formaria estos tiempos, y para ello volvamos á consultar los primeros hombres.

Lo primero que se inventó por el hombre en el verbo, fué el infinitivo, y en esto no pueden tener reparo los filósofos. El nombrar las cosas es lo primero en un idioma: el modificarlas es una accion que supone necesariamente una voz modificable. El infinitivo es el nombre de las acciones, y hubo de preceder á toda modificacion.

Es tambien evidente que la diferencia de tiempos ha de resultar en el presente, pretérito y futuro por ciertas modificaciones hechas al infinitivo, y que estas modificaciones hubiesen sido las primeras del verbo dicta la misma naturaleza. El primer uso del verbo se haria con el infinitivo, sin que hubiese confusion en la inteligencia de las personas y números, por más que no llevase el verbo modificacion alguna que los caracterizase. Tenemos ejemplo hoy mismo en el uso de la locucion. Decimos *correr muchachos, trabajar y no gruñir, estudiar y aprender*, y entendemos con estas expresiones, en que solo se hace uso del infinitivo, el sujeto ó sujetos á quienes se dirije la expresion, como si hubiésemos dicho *estudiad, muchachos, trabaja y no gruñas, estudia y aprende*; pero no es asi respecto de los tiempos, y para entenderlos fué necesario que los primeros hombres modificasen ó inventasen tres características, una de pretérito, otra de presente y la tercera de futuro.

Tenemos dicho repetidas veces y volvemos á decir, que la economía de un idioma perfecto exige que una de las características en toda clasificacion de voces, ha de ser el no tener carácter alguno, y por

lo mismo nos hallamos persuadidos que en el idioma primitivo el uso del infinitivo sin otro carácter, daria á entender uno de los tres tiempos. Pero ¿cuál seria éste? Hé aquí una dificultad de las mayores quizá que se presentarán en el estudio de los idiomas. Por mi, confieso ingénuamente que no hallo fundamento alguno en la naturaleza para decidirme cual de estos tres tiempos sería el primero de que hicieron uso los hombres. Sin embargo, me hallo inclinado á favor del pretérito.

La reminiscencia es un campo dilatado en que ve el hombre las cosas pasadas, y las acciones que tiene vistas, y nada extraño es que una accion vista avivase el deseo primero de comunicarla; pero sea lo que fuese, sobre este particular, lo que sé es que en mi idioma primitivo se indica el pretérito con el infinitivo sin característica alguna, y que este tiempo es la raiz de todas las inflexiones en las lenguas orientales y en dicha mi lengua primitiva.

Dando, pues, como cosa sentada esta característica de pretérito, pasemos á reconocer las que habian de servir para indicar el presente y el futuro, y si á estos los hallamos con características, se corroborará más y más nuestro modo de pensar acerca de que el pretérito sería indicado por el infinitivo sin característica alguna.

En efecto, el idioma que presentamos como primitivo, usa en los presentes y futuros de características, que en su mecanismo la primera, esto es, la del presente denota actualidad y la segunda futuricion. Este órden es bellísimo, es claro, nada confuso y demuestra la gran filosofía de sus inventores. En él están como esculpidos los avisos de la naturaleza, y no podemos ménos de acceder á que este método tuvo su origen en el mundo primitivo, en aquella época feliz en que seguia el hombre los preceptos de la naturaleza sin tergiversarlos con la voluntariedad.

Hecho ya evidente por medio de este modo accionario, que todo verbo para ser perfecto ha de tener tres tiempos, es á saber: pretérito, presente y futuro, y que cada uno de estos tres tiempos se ha de subdividir en real y apostrófico, no podemos ménos de evacuar todas las exigencias de la social correspondencia acerca de los tiempos.

No basta el que entendamos el tiempo de la accion. Es necesario á más el saber si se nos indica la accion de él como cierta, como dudosa ó como probable, y aunque la certeza, duda y probabilidad no son tiempos, sin embargo, nos parece que el llamarlos tales, conducirá mucho á la claridad de los conceptos. Decimos, pues, que nos parece que el primitivo idioma habia de dividir sus tiempos real y apostrófico en ciertos, dudosos y probables, y siguiendo sus reglas económicas la certeza, duda y probabilidad, se conocerian en que el tiempo real y apostrófico, no tuviese para este efecto característica alguna, y que este no tener característica, seria señal de que así el tiempo real como el apostrófico eran ciertos, y nos persuadimos á esto por creer que

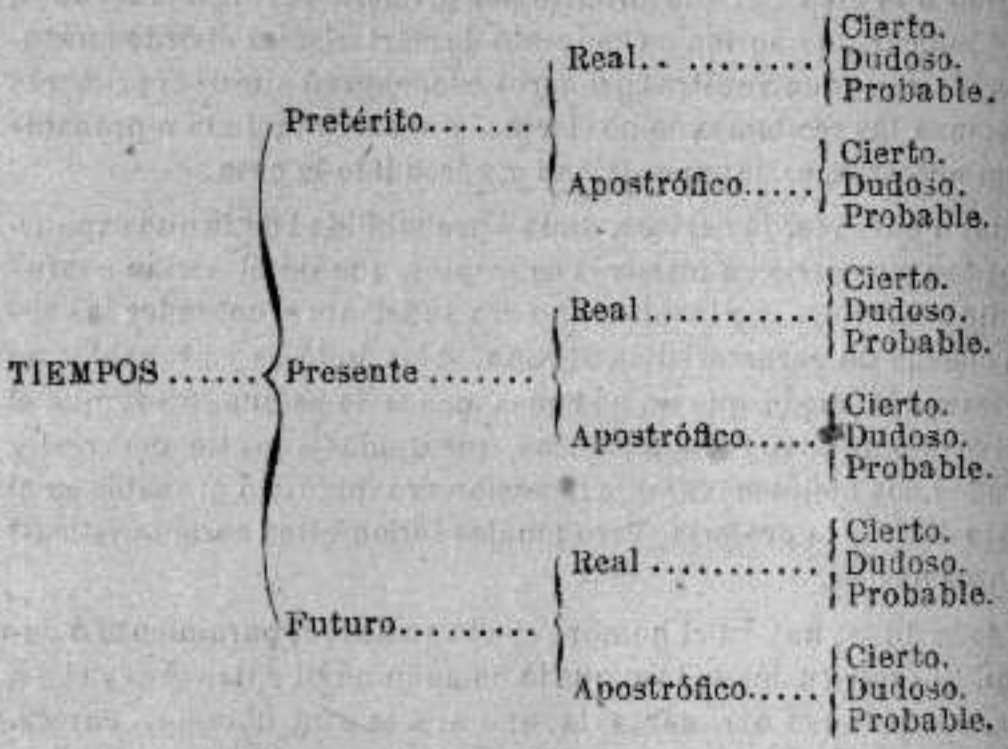
el sentido ó la idea del que profirió por primera vez dichos tiempos, sería el indicar una accion en concepto de cierta; pues el órden natural nos instruye que nuestros primeros conceptos ó nuestras primeras aprensiones las recibimos como ciertas, y si entra la duda ó probabilidad en nosotros, es despues de haber aprendido la cosa.

El dar á entender la certeza, duda ó probabilidad de lo que exponemos, es tan necesario en nuestros conceptos, que sin él serian confusos é ininteligibles. Por lo mismo no era suficiente el entender las acciones ciertas sin característica alguna, si las dudosas y probables no la tuviesen, de modo que no podemos ménos de persuadirnos que el primitivo idioma tuvo características, que unidas á los tiempos real y apostrófico nos hiciesen ver que la accion era dudosa ó probable en el concepto del que la proferia. Pero ¿cuáles serían estas características? Reconozcámoslas.

En toda duda, hay en el hombre cierta ansiedad, paramiento ó detencion. El espíritu del dudoso queda como inmóvil entre el *sí* y el *no*, esto es, sin poderse arrimar á la una ni á la otra opinion. Parece, pues, muy analoga á esta disposicion así una accion como una voz indicativa de detencion, de paramiento y ansiedad. Tal nos parece que hubo de ser la terminacion ó palabrita, que unida á los tiempos real y apostrófico, los pasase de la certeza á la duda. Lo cierto es que la vocecita que introduce nuestro idioma en los referidos tiempos, cuando quiere explicarse con duda es de esta naturaleza. Véase al fin de estos discursos y pasemos á la probabilidad.

La probabilidad no es otra cosa que la mayor inclinacion que tiene el hombre al *sí* que al *no* de la certeza, de modo que podemos contemplar su espíritu como inclinado á creer antes una cosa que su contraria. Hé aquí la disposicion de un hombre en probabilidad. Para hacerla saber se valdria el hombre de una accion que fuese demostrativa de la propension, inclinacion ó caida, y esto mismo practicaria en la voz; de modo que la vocecita de que se valiese, habia de ser una de aquellas que en todo su mecanismo fuese esplicativa de esta inclinacion. Tal es, pues, la característica que á nuestro modo de entender usó el idioma primitivo para demostrar la probabilidad de la accion, y tal es la que usa aquel, que como primitivo presentamos al fin de estos discursos, y que colocada en el centro de los tiempos real y apostrófico, los traslada de la certeza á la probabilidad.

De todo lo dicho se deduce que los tiempos del verbo son tres: pretérito, presente y futuro: que estos se subdividen en reales y apostróficos, y estos últimos en ciertos, dudosos y probables, como para mayor claridad se demuestra en la tabla siguiente.



Aunque el modo accionario, actual ó indicativo es susceptible de todos los tiempos que llevamos referidos, no son los demás modos. Por lo mismo nos vemos precisados á fijar los que son correspondientes á cada uno de los demás modos, dando razon de las causas naturales de esta diferencia de tiempos.

TIEMPOS DEL MODO HABITUAL.

El modo habitual no es susceptible sino del tiempo pretérito. Los hábitos ó inclinaciones se adquieren ántes que puedan ser comunicadas, y no tienen de presente otra cosa que el que continuan exigiendo, y es hablar prematuramente el tratar de hábitos ó costumbres que uno podrá tener en el tiempo futuro. Cuando se nos comunica el hábito ó costumbre que uno ha tenido ó tiene en esta ó la otra accion, no puede representársenos sino un verbo cuya accion se ejecutó anteriormente y fué causa de la cóstumbre comunicada. El hábito es la propension, facilidad ó inclinacion que se contrae por el hombre en la repeticion de la accion, pero no es verbo sino nombre. No indica accion, sino que la supone, y por lo mismo son viciosos los verbos *soler* y *acostumbrar* de la lengua castellana con que nos representan una potencia más fácil á la accion como si fuese un verbo, una verdadera accion.

Es visto, pues, que la costumbre no es otra cosa que una modificacion del verbo que la causó, y debiendo ser este verbo necesariamen-

te ejecutado ántes de la costumbre, es evidente que el modo habitual en cualquiera verbo no puede tener sino el tiempo pretérito, y nos hallamos persuadidos que el lenguaje primitivo no expresaria la costumbre sino por medio de un nombre, y que cuando queria indicar las acciones modificadas por la costumbre ó hábito, habia de presentar en la voz indicativa de la tal accion cierta característica unida á ella, que nos llevase al conocimiento de que no se nos hablaba de una accion como quiera, sino de una accion que habia pasado á ser costumbre.

Lo cierto es que mi idioma primitivo lo ejecuta así, introduciendo una vocecita indicativa de hábito á la palabra destinada para significar el verbo cuya costumbre ó hábito se quiere insinuar, ó jugando de cierta vocecita ó verbo adoptado para este efecto con mucha filosofía, y que no es equivalente al *soler* y *acostumbrar* de la lengua castellana y otras innumerables, como podra verse en su lugar al fin de estos discursos.

TIEMPOS DEL MODO POTENCIAL.

Cuando comunicamos una accion en el modo potencial, nuestra idea es hacer ver la facultad que el sujeto tiene para una accion que es futura ó respecto de la época en que nos hallamos ó respecto de aquella á que nos trasladamos, sin que el filósofo reflexivo pueda tener dificultad en este particular. Sin embargo, como todos los idiomas representan el poder como acto presente, pretérito y futuro con sus subdivisiones de real y apostrófico, fuera de aquel que presentamos como primitivo al fin de estos discursos, nos vemos obligados á extendernos alguna cosa en la prueba de la asercion entablada.

La potencia no es acto en ningun tiempo que queramos considerarlo. Podemos decir muy bien que tales ó tales sujetos tienen, tenian, han tenido, habian tenido, tuvieron, tendrian ó hubieran tenido potencia; pero sin embargo de esto no damos á entender otra cosa que la potencia en que se hallan dichos sujetos para una accion futura, y lo mismo sucede cuando decimos *puedo*, *podia*, *he podido*, etc., de modo que no puede hallarse voz más impropia que el verbo *poder*, que debiendo significar una accion se emplea en la lengua castellana y otras innumerables para significar un nombre, esto es, la potencia de un sujeto en este ó aquel tiempo.

No podemos persuadirnos de que el idioma primitivo tuviese este verbo: y que solo se valdria de las acciones posibles, distinguiéndolas como tales por medio de un modo diferente con que inflexionaba dichas acciones. Lo cierto es que las acciones son posibles, pero la potencia no es accion. La potencia no puede ejecutar acciones pasadas

y anteriores al tiempo en que se nos comunica la tal potencia: tampoco puede comunicársenos la potencia como obrando al mismo tiempo. Es verdad que todos los actos suponen potencia; pero para hacernos cargo de esta potencia no necesitamos sino al verbo que indica la dicha accion. Si *como*, si *camino*, conozco que puedo comer, que puedo caminar; pero para hacerme cargo de esta potencia son suficientes las inflexiones *como* y *camino*, y no es esta la potencia de que hablamos en el modo que nos ocupa.

La accion potencial comunicada en el modo potencial no es potencia, sino una accion ejecutable por la potencia, y por lo mismo una accion que no puede ser pretérita ni presente, sino futura.

Es visto, pues, que el modo potencial no solo es preciso y necesario en los idiomas, sino tambien que ha de tener un solo tiempo, que es el futuro subdividido en real y apostrófico. Es visto tambien, que ni el idioma primitivo ni otro que quiera ser perfecto, ha de tener el verbo *poder* que tienen la lengua castellana y otras innumerables, y solo resta el que digamos dos palabras acerca de los medios que adoptaria el idioma primitivo para realizar aquella vocecita que aplicada á los verbos indicase la posibilidad de los sujetos en su ejecucion.

No hay duda que el hombre cuando tiene que comunicarnos la potencia de un sujeto para esta ó la otra accion, tiene dos ideas, una de la accion y otra de la posibilidad, y por lo mismo cuando quiere dar á entender estas dos ideas, se verá precisado á valerse de dos signos que las indicasen: el uno habia de ser de accion y el otro de posibilidad. Para indicar el de la accion usaria del verbo *hacer*, y para denotar su posibilidad bastaba el indicarnos la futuricion de ella. Unida esta voz al verbo, cuya posibilidad se queria dar á entender, resultaria en este verbo el modo potencial.

Si un idioma formase los modos potenciales de esta manera, sería filosófico, propio, analógico y expresaria sus ideas con el mayor primor y economía. Tal es, pues, el que presentamos al fin de estos discursos. Sus modos potenciales se forman del verbo, cuya potencia se quiere dar á entender; de una vocecita deducida del verbo *hacer*, y de otra destinada en su mecanismo para dar á entender la futuracion de las acciones.

TIEMPOS DEL MODO VOLUNTARIO.

Así como la costumbre ó el hábito ni la potencia son acciones, tampoco lo es la voluntad. Esta es una potencia, y por lo mismo ha de ser indicada por un nombre. El verbo *querer*, nunca se verifica en nosotros como una accion: es una disposicion para alguna accion. Cuando quiero amar, la accion de *amar* es la que busco. Cuando quiero co-

mer, mi idea se dirige á la accion de *comer*; de modo que la voluntad no puede obrar sin una accion que sea el objeto de su deseo, y por lo mismo ni el deseo ni la voluntad son acciones del querer; de donde se infiere que un idioma perfecto no puede tener el verbo *querer* ni el *desear*, y que este *querer* y *desear* solo pueden modificar una accion distinta imperada por la voluntad. Cuando digo *quiero amar*, hablo mal, porque á la voluntad ó al querer que es una potencia, le hago verbo, siendo así que el verbo á que se dirige mi potencia, esto es, mi voluntad, es la voz *amar*. Esta pues, y no la voz *querer* debia ser la que recibiese las características de tiempo, persona y número correspondientes al verbo, y una palabrita indicativa del deseo ó la voluntad habia de unirse al verbo *amar*, formando de esta manera un modo voluntario en dicho verbo.

En efecto, ¿cuál és la idea que indicamos cuando hacemos uso de los indecentes verbos *querer* y *desear*? ¿No demostramos la inclinacion de nuestra voluntad á la accion de poseer alguna cosa ó de obrar alguna accion? Pues ¿no és ésta una modificacion del verbo? Si quiero comer, ¿no és el verbo *comer* el objeto de mis deseos, y mi deseo no és una modificacion del verbo *comer*? ¿Este verbo *comer*, no se separa de todos los demás modos, de que es susceptible porque es un *comer* deseado? Desengáñense los filósofos: ni la voluntad ni el deseo son acciones, sino unas inclinaciones ó mejor unas acepciones de ciertas acciones que no son ni el querer ni el desear.

Por estas razones nos hallamos persuadidos de que el idioma primitivo no tendria los verbos *querer* y *desear* de la lengua castellana, y que en su lugar adoptaria unas voces indicativas de la voluntad y del deseo, que unidas al verbo cuya accion se deseaba ó queria formasen el modo voluntario de este verbo, dejando toda característica verbal para el uso del tal verbo. Lo que se quiere decir es, que estas voces *el querer*, *el desear*, deben ser nombres como que representan la inclinacion ó propension de nuestra voluntad hácia cierta accion que no es ni el querer ni el desear.

No se me oculta que los filósofos querrán defender que en la voluntad antes de ejecutar la accion deseada, hay cierta operacion, esto es, aquella por medio de la cual adopta ó se inclina esta potencia á la tal accion, y que esto mismo es lo que se quiere dar á entender con el querer y el desear, y que estas voces por lo mismo se han de reputar como verbos y han de tener todas las características que son correspondientes á los verbos, como son tiempos, personas, números, etcétera. Pero pregunto á estos filósofos ¿qué és lo que doy á entender cuando digo *yo quiero*, *yo querré*, etc.? ¿No és el hacer ver la potencia de mi voluntad, esto es, el hacer ver una accion distinta á que se inclina mi voluntad? Pues ¿qué otra cosa es esta que una modificacion de la tal accion? Cuando digo *quiero amar*, la accion deseada ¿no és el *amar*? ¿Y este *amar* no recibe una modificacion por ser deseado?

Es verdad que los filósofos hablan de las operaciones de la voluntad, y las vinculan al querer y al desear; pero las verdaderas operaciones de la voluntad son aquellas acciones que son mandadas ó imperadas por esta potencia. Si quiero comer, el *comer* es la operacion resultada del imperio de la voluntad, y sobre esta operacion ha de recaer precisamente lo voluntario de las acciones humanas, quiero decir, que la accion del hombre para ser voluntaria, ha de caer en ella el concurso de la voluntad, y solo entónces podria llamarse voluntaria; de modo que no hay accion voluntaria que no sea distinta del querer y del desear: señal evidente de que lo voluntario en las acciones es una modificacion del verbo que se quiere ó desea, y que estas acciones queridas y deseadas son las verdaderas operaciones de nuestra voluntad.

Lo cierto es que mi idioma primitivo no tiene verbo alguno equivalente al querer y al desear, y se vale del modo voluntario uniendo una vocecita indicativa de la voluntad ó deseo con aquel verbo, cuya accion es querida ó deseada, y con ella forma un solo tiempo, esto es, el presente subdividido en real y apostrófico. Y en verdad, no debiamos tener otro tiempo en el modo voluntario; pues siendo este destinado para indicar la voluntad de un sujeto á esta ó la otra accion, ó á poseer esta ó la otra cosa, es visto que esta voluntad ha de ser real, esto es, se ha de hallar en el sujeto á quien atribuimos la accion modificada por el deseo ó el querer ó en la época en que nos hallamos al proferir el verbo modificado, ó en aquella á que nos apostrofamos.

Sin embargo, aunque este solo tiempo es suficiente para indicarnos las acciones voluntarias ciertas y determinadas y que forman el verdadero voluntario de nuestras operaciones, nos vemos precisados á usar del tiempo futuro, y esta necesidad provino no de la precision que teniamos de él para expresar las acciones voluntarias del hombre que no podemos asegurarlas en tiempos venideros, sino porque en todos tiempos se ha reconocido por el hombre un ente Supremo, un Dios, cuyo poder y voluntad cierta y determinada, podemos asegurar en un tiempo futuro. Por esto mi idioma primitivo aplicando á la vocecita indicativa del deseo ó voluntad una característica de futuricion, hace que el modo voluntario pase á ser futuro.

TIEMPOS DEL MODO NECESARIO Y FORZOSO.

Siendo los actos necesarios y forzosos en el hombre un resultado de la necesidad y fuerza así como lo son los actos voluntarios, potenciales y de costumbre de la voluntad, potencia y costumbre, solo deben tener lugar en estos modos los tiempos en que podemos asegurar con

verdad la necesidad y fuerza con que ejecutó ó ejecuta el agente las acciones que le atribuimos, de donde resulta que solo pueden tener estos modos el tiempo presente subdividido en real y apostrófico; pues con el real, expresamos los actos necesarios y forzosos que está ejecutando de presente el sujeto, y con el apostrófico, los que ejecutó en épocas anteriores. No podemos atribuir las acciones futuras ni como necesarias, ni como forzosas á sujeto alguno, como de ninguna manera ejecutadas.

Estos son los tiempos únicos que pueden tener los modos: habitual, potencial, voluntario, necesario y forzoso, si hemos de hablar con exactitud de las acciones morales, de los entes por no poder atribuirles operaciones que no han ejecutado, y si en los idiomas hallamos expresiones que indican hábito, potencia, voluntad, necesidad y fuerza presente, pretérita y futura, no es por medio de los modos del verbo, sino fingiendo una accion ó verbo con las mismas inflexiones que tiene todo otro verbo que real y verdaderamente significa una accion, como el comer, beber, etc.

Este verbo sirve en los idiomas no para dar á entender las acciones morales y potenciales de un sujeto que las ejecuta ó ha ejecutado, sino para instruirnos en el conocimiento de cuando han de ser actuales, potenciales, voluntarias, necesarias ó forzosas las acciones de un sujeto. Por lo mismo este verbo se ha de formar uniendo la palabrita que indica la costumbre, potencia, voluntad, necesidad ó fuerza con el verbo *ser*; pues la idea nuestra no es otra que dar á entender el cuando han de ser las acciones habituales, potenciales, voluntarias, necesarias y forzosas y no el dar á entender cuando lo son ó ha sido: se quiere decir que las primeras acciones son indicativas de lo que puede ocurrir en las operaciones del hombre, y las segundas denotan lo ocurrido de ellas. Las primeras no son acciones morales ni potenciales de sujeto alguno determinado, ni indican accion alguna. Las segundas determinan la accion y el sujeto, y por lo mismo son modos de la accion determinada. Cuando digo *yo querré, yo podré, yo me acostumbraré, será necesario en mí, será forzoso*, ninguna de estas figuradas acciones me son morales ni potenciales, quiero decir, no indican accion que me sea imputable, ni potencia que yo tenga, y por lo mismo aquella accion á que pueden aplicarse estas locuciones, no es accion mia y no ha llegado á ser accion moral ni potencial, esto es, no ha llegado á ser modo de accion alguna mia.

El idioma primitivo á nuestro modo de pensar y que como tal presentaremos al fin de estos discursos, no tiene sino un tiempo en los modos habitual, potencial, voluntario, necesario y forzoso que es el presente, ménos en el modo potencial que es el futuro, subdivididos respectivamente en real y apostrófico, y de estos tiempos se vale para dar á entender las acciones morales y potenciales de un sujeto, indicándolas por lo mismo con la más bella filosofía, y para instruir en

las que pueden ser forma un verbo con la palabrita que significa costumbre, potencia, voluntad, necesidad ó fuerza, y el verbo *ser* conjugándolo del mismo modo que otro cualquiera verbo, en lo que nos parece es más puntual en realizar las ideas del hombre en la comunicacion de pensamientos que los demás idiomas con sus verbos figurados *soler* ó *acostumbrar*, *poder*, *querer* ó *desear* y *necesitar*, á quienes recordamos en confirmacion de lo que decimos, el uso que tienen del *ser forzado*, del cual se valen para nuestro caso con el verbo *ser*, conjugándolo como otro cualquiera.

TIEMPOS DEL MODO IMPERATIVO.

El modo imperativo es aquel por medio del cual damos á entender el precepto para que otro ejecute la accion modificada. Cuando decimos *ama*, *lee*, nuestra idea es mandar al que hablamos que ejecute la accion de amar ó de leer. Este amar ó leer podemos querer que sea inmediatamente que mandamos, esto es, de presente, ó que sea ejecutado despues, quiero decir, de futuro. De aquí se sigue que este modo es susceptible de tiempo presente y de futuro. No podemos mandar una accion pasada, y de aquí es que el imperativo no puede tener tiempo pretérito, y no lo tiene idioma alguno en este modo.

La necesidad de los tiempos presente y futuro en el imperativo se halla comprobada por el uso de los mismos idiomas que no tienen sino presentes en este modo. Todos ellos mandan cosas futuras, y prohiben cosas presentes. *Amarás á Dios*, *no mientas*, son unos preceptos, son unos verdaderos imperativos. *Amarás á Dios* es un futuro, *no mientas* es un presente, y aunque la inflexion *amarás* corresponde en el castellano al modo indicativo, actual ó accionario, y el *no mientas* al modo sujuntivo ó intencional, esto no impide para que sean en el caso propuesto unos verdaderos modos imperativos, como que la intencion del que las profiere es el mandar la accion de amar y el prohibir la de mentir.

No podemos, pues, persuadirnos á que el idioma primitivo dejase de tener dos tiempos en el modo imperativo, el uno presente y el otro futuro, como los tiene el idioma que al fin de estos discursos presentaremos como tal, pero este presente y futuro han de ser reales por no ser susceptible el imperativo de tiempo alguno apostrófico.

TIEMPOS DEL MODO SUJUNTIVO O INTENCIONAL.

Siendo el modo sujuntivo ó intencional destinado en los idiomas para dar á entender una accion para cuyo logro se anticipó otra, co-

mo largamente hicimos ver en su lugar, no hay duda alguna que solo es susceptible este modo de dos tiempos, es á saber, del presente y del futuro, porque no es posible el ejecutar una accion con el fin de lograr otra que ya es pasada.

Estos dos tiempos presente y futuro pueden ser reales y apostróficos, porque podemos referir una accion hecha en la época en que nos hallamos, ó en aquella á que nos apostrofamos con el fin de lograr otra accion ó entónces ó despues. Cuando decimos *compro las manzanas para que tu las comas ahora*, hacemos la accion de comprar para lograr ó con el fin de que dichas manzanas se coman de presente. Si digo *cuando fuimos á Madrid compré un coche para que te divirtieras ó divirtieses entónces*, hice la accion en un tiempo á que tengo que apostrofarme, y fué con la intencion de lograr entónces de presente la accion de divertirse, y hé aquí los dos presentes intencionales, uno real y otro apostrófico. Cuando digo *compro las manzanas para que las comas despues: compré las manzanas para que las comieras ó comieses despues*, mi intencion es lograr la accion futura de comer. En la primera expresion es futura dicha accion respecto de la época en que la comunico, y en la segunda lo es respecto de aquella á que me apostrofo.

Lo que se quiere decir es que el presente, que ordinariamente llaman los gramáticos de sujuntivo ó intencional, unas veces es presente, otros futuro. Puedo decir *te doy el libro para que estudies* con la intencion de que la accion de estudiar se haga entónces ó se haga despues. Igualmente se quiere decir que los romances *ra* y *se*, que llaman los gramáticos pretéritos imperfectos, no son sino presentes ó futuros apostrofados. Si digo *te dí el libro para que estudiaras ó estudiases*, nos apostrofamos á un tiempo pasado, y en él pudimos dar el libro para que se estudiara ó estudiase entónces ó despues. Hé aquí el tiempo presente y futuro apostróficos; de modo que no podemos dudar que el modo sujuntivo ó intencional ha de tener dos tiempos, uno presente y otro futuro, subdivididos ambos en reales y apostróficos. De lo contrario será confuso un idioma en sus expresiones, y no explicará con claridad sus ideas. Creemos, pues, que la lengua primitiva usaria de estos tiempos, y en efecto, hace uso de ellos el idioma que presentamos como tal al fin de estos discursos.

Acerca del romance *ria*, esto es, del *amaria, querria, vendria*, etc. véase el tiempo del modo que inmediatamente se sigue á quien corresponde, aunque tambien algunas veces expresamos una accion pasada y dudosa correspondiente al futuro de indicativo.

TIEMPO DEL MODO OPTATIVO.

Ninguna cosa persuade más lo que queda dicho en el modo voluntario acerca de los fingidos ó figurados verbos *querer* y *desear* que el que todos los idiomas tengan en todo género de verbos modos optativos, quiero decir, ciertas inflexiones que sin el uso del llamado verbo *desear*, indican que la accion significada por el verbo así inflexionado es real y verdaderamente deseada. *Comeria, beberia* ó *habia de comer, habia de beber*, son unas inflexiones que indican el deseo que tengo de la accion de comer, de beber y así de todos los demás verbos.

Estas inflexiones optativas se esconden en la más remota antigüedad. No tenemos noticia alguna de su primera invencion, y á más de esto las usan todos los idiomas, cuando al contrario hay lenguas que no tienen verbos inflexionados para indicar lo que el castellano y otros muchos con el *querer* y *desear*, de donde se infiere que el idioma primitivo tendria en sus verbos ciertos modos para hacer saber que aquella accion representada por ellos era querida, deseada, posible, necesaria, habitual ó forzosa. Contraigámonos á nuestro caso.

El modo optativo es un modo del verbo por medio del cual damos á entender el deseo de la accion modificada. No podemos desear acciones pasadas: no está ya en nuestro arbitrio el ejecutarlas, y por lo mismo se han de presentar á nuestra voluntad como cosas imposibles, y no podrá desearlas, como que el deseo no es otra cosa que un apetito excitado por la voluntad con el objeto de la consecucion de la cosa que por lo mismo ha de ser posible.

Tampoco podemos desear accion alguna que estamos ejecutando. Los deseos nacen de la carencia de lo que se desea: falsificada esta carencia no puede haber deseo, porque está logrado el objeto de él. Si me hallo comiendo una perdiz, es imposible que desee comerla: está ya logrado el fin del deseo y concluido este deseo.

De aquí se deduce que este modo no es susceptible sino del tiempo futuro, y no sé cómo se han confundido los gramáticos en el conocimiento de este bello y necesario modo de los verbos, confundiéndolo unos con el sujuntivo ó intencional, y recargándolo otros con un sinnúmero de tiempos que aplican al optativo indiferentemente y con poca reflexion.

Nos hallamos persuadidos por lo mismo que el idioma primitivo solo haria uso en este modo del tiempo futuro, y que este tiempo sería real y no apostrófico; pues los deseos de los tiempos pasados han de explicarse por el modo indicativo ó accionario. Lo cierto es que así lo ejecuta aquel idioma que presentamos como primitivo al fin de estos discursos.

TIEMPOS DEL MODO PENITUDINARIO.

Siendo el modo penitudinario destinado en los idiomas para indicar el pesar que tenemos de haber ejecutado, de no estar ejecutando ó de no poder ejecutar despues alguna accion, es visto que los tiempos de este modo han de ser tres, pretérito, presente y futuro. En efecto, no tenemos dificultad en primer lugar que podemos tener pesar de haber ejecutado ó de haber omitido alguna accion. Tampoco podemos dudar del pesar que podemos tener de no hallarnos ejecutando una accion. Ultimamente, puede sernos doloroso el hallarnos en la imposibilidad ó duda de poder conseguir una accion deseada.

Estos tres modos de pesares se explican en los idiomas con ciertas inflexiones del verbo que van acompañadas con la partícula *si*, y muchas veces con una interjeccion de dolor. Decimos en el castellano *ah! si yo no hubiera ó hubiese ofendido á Dios! que yo no haya cumplido mejor mis deberes! que no tenga yo con que socorrer á mis Padres! que no tuviera ó tuviese ahora lo que me sobraba antes! si tuviera ó tuviese lo necesario para alimentar mis hijos! si pudiera ó pudiese conseguir el empleo que pretendo!* Con estas é iguales expresiones demuestra la lengua castellana su pesar acerca de las acciones modificadas, y lo mismo sucede en otros muchísimos idiomas.

Esta confusion de expresiones, esta necesidad de interjecciones dolorosas, y proposiciones sujuntivadas han oscurecido de tal manera á este modo en los idiomas que no se han acordado de él los gramáticos, ó no han podido determinar las inflexiones que le son correspondientes; pero lo cierto es que este modo en los verbos es tan necesario como todos los demás para la debida claridad en la inteligencia de las ideas comunicadas.

No podemos persuadirnos de que el primitivo idioma se hubiese hallado confuso en el modo penitudinario. Creemos que tendria caracteristicas ciertas y determinadas para indicarlo, y con ellas expresaria el pesar de las acciones pretéritas, presentes y futuras. Lo cierto es que mi idioma primitivo distingue á este modo de todos los demás por una característica propia y particular, formando con ellas tres tiempos: un pretérito, un presente y un futuro con tanta claridad, que estas inflexiones ni se confunden entre sí, ni el modo de ellas con los demás modos del verbo, como podrá verse al fin de estos discursos.

PERSONAS DEL VERBO.

El distinguir las personas en la inflexion de los verbos, está recibido con tanta generalidad en los idiomas, que no podemos persuadirnos á creer que esta costumbre no hubiese tenido su origen en el mundo primitivo. La naturaleza parece que contribuyó á esta invencion. Las personas tienen una intima relacion con la accion que comunicamos: puede decirse que se hallan como identificadas con ella, y que el hombre las contempla así en su mente. Por lo mismo seria indispensable el que el instinto que al tiempo de comunicar una accion, se vió por primera vez obligado á demostrar las personas que tenian relacion con ella, usando de aquellas acciones corporales indicativas de las tales personas hiciese lo mismo respecto de la voz, uniendo ó identificando ó mejor fijando ciertas letras ó palabritas en la accion que daba á entender para que se supiese cuál de las personas jugaba en la tal accion.

Es verdad que no son necesarias las diferentes inflexiones del verbo para indicar las personas que en él juegan. Diciendo *yo amo*, doy á entender con el *yo* que la persona que hace es la primera. Con decir *tu amas*, daria á entender con el *tu* que quien hacia la accion era segunda persona. Diciendo *aquel ama*, indicaria por la voz *aquel* la tercera persona, y jugando con el mismo *amo* en las tres personas del plural *nosotros*, *vosotros*, *aquellos*, expresarian las seis personas amantes sin variar la palabra *amo*, y sin que hubiese confusion en la inteligencia de estas expresiones.

Del mismo modo que las personas agentes podian expresarse las pacientes y las recipientes conformándose en que la persona que primero se expresase fuese la agente, la segunda la paciente cuando no hubiese recipiente, y cuando la hubiese que esta fuese la segunda que se expresaba y la tercera fuese paciente: de modo que la inteligencia seria clara, pero las expresiones habian de ser monótonas: se cerraria la puerta á la energía, y las ideas no podrian comunicarse segun la movilidad ó la intencion del proferente, quiero decir, segun aquel órden y antelacion con que se presentaban en la voluntad comunicadora, y siendo esto natural en el hombre, esto es, el proferir en primer lugar aquella voz cuyo signado movilizó la comunicacion, es visto que un idioma perfecto habia de adoptar la inflexion del verbo para hacer distincion de personas.

Bajo de estos supuestos pasamos á averiguar cuantas han de ser en un idioma perfecto las inflexiones personales ó lo que es lo mismo cuántas han de ser las personas del verbo. La cuestion parecerá extraña; pero es tan importante, que sin discutirla no podemos llegar

á conocer las perfecciones que ha de tener un idioma en este particular.

Todos los gramáticos aseguran que las personas del verbo son tres en el singular y otras tantas en el plural, y no tengo noticia de que se hubiese suscitado cuestion alguna acerca de esta asercion recibida universalmente por cuantos gramáticos conozco. Sin embargo, es falsa como contraria al dictámen de la naturaleza. Hagámoslo ver con brevedad.

No hay duda en primer lugar que una de las personas del verbo es aquella que comunica sus ideas por medio del habla, y todos los idiomas conocen á esta persona y la distinguen en la inflexion del verbo. *Amo, amé, amaré:* no necesitan de otra expresion para que sepamos que el que ama es aquel que profiere las expresiones referidas, esto es, que es la persona indicada por el *yo*.

Estas inflexiones son y deben ser comunes á todo aquel que habla sea ó no sea superior á aquellos á quienes habla. Un impulso de la naturaleza nos mueve á no usar de inflexiones diferentes, y que sean de superioridad aun en el caso de que tengamos este caracter sobre aquel á quien nos dirigimos, sin que podamos dudar que esta costumbre sea efecto de la misma naturaleza y que ha tenido lugar en todos los tiempos y en todos los idiomas.

No es así con la segunda persona. Como esta indica el sujeto á quien nos dirigimos en el uso de los idiomas, exije de nosotros la misma naturaleza el que no usemos con todo sujeto de la misma inflexion. La superioridad en la edad, en la dignidad ó en el gobierno, ha sido mirada en todos tiempos por el hombre como una circunstancia digna de sus atenciones. El acatamiento, el respeto, la obediencia y la sumision á la venerable ancianidad y á las personas de quienes recibimos beneficios y favores, han sido reputados desde los más oscuros siglos como unos preceptos nada equívocos que nos imponia la misma naturaleza, y que se han cumplido y cumplen con la mayor exactitud en tanto grado, que lo contrario se ha estimado en la filosofía como un procedimiento opuesto á la razon, y de aquí han venido las innumerables ceremonias con que en las acciones corporales protestamos esta superioridad.

Ahora, pues, ¿cómo podremos persuadirnos que el instinto del hombre que halló acciones corporales para demostrar y venerar esta superioridad, dejaría de inventar acciones orales ó modificaciones de voces para este efecto? Lo cierto es que todos los idiomas á más de la palabrita correspondiente al *tu* de la lengua castellana, tienen otras varias destinadas para los superiores sin exceptuar al latin, sin embargo de ser característico en él el tutear á todo el mundo; de modo que no podemos dudar que somos arrastrados á esta distincion por un impulso innato que recibimos con nuestra misma constitucion, y que por lo mismo la naturaleza pide con imperio el que los idiomas tengan

en sus verbos una inflexion de segunda persona para cuando tengamos que dirigir la palabra á un sujeto que nos sea superior por alguno de los títulos referidos. Hé aquí, pues, la necesidad de una segunda persona cortés en los idiomas.

No és ménos cierto otro precepto de la misma naturaleza. Esta nos impele á usar de conmiseracion con el sexo femenino, aun cuando la persona femenina sea nuestro inferior. Es tan general esta ley natural, que la vemos observada hasta en los irracionales. Todo animal respeta en su trato al sexo femenino. El toro más bravo que arremete contra un individuo de su especie, mitiga su cólera al reconocer que es hembra: lo mismo sucede con los perros y demás irracionales por más fieros que sean, y por lo mismo habiamos de tener en los idiomas dos segundas personas para el trato inferior, una masculina, otra femenina, quiero decir, dos inflexiones de segunda persona, la una para cuando nos dirigiamos á una mujer y la otra para cuando tuviésemos que hablar con un hombre.

No hay reparo en la necesidad de una inflexion para indicar aquella persona ó sujeto de quien hablamos: de modo que en el número singular un idioma perfecto ha de tener cinco inflexiones diferentes ó cinco personas, es á saber:

PERSONAS. { Primera. / Segunda cortés. / Segunda masculina. / Segunda femenina. / Tercera.

El número plural no es susceptible sino de primera, segunda y tercera persona. La razon es manifiesta, y consiste en que no puede tener lugar el trato familiar en este número, porque siendo sus personas necesariamente más que dos, exige la urbanidad que las tratemos con respeto aun cuando sean inferiores, como se hizo ver hablando de los pronombres.

NUMEROS DEL VERBO.

El verbo no es susceptible de números. En cualquiera inflexion que queramos contemplarlo siempre será una misma accion. Que digamos *yo amé* ó *nosotros amamos*, la accion de amar es la misma, quiero decir, el verbo es uno, esto es, singular. Sin embargo, todos los gramáticos nos hablan de inflexiones singulares y plurales, y muchos tambien de inflexiones duales, y no podemos desentendernos de esta particularidad ni dejar de hacer ver qué cosa sea ó en qué

consista este número que dan los gramáticos al verbo, siendo así que este no es susceptible de pluralizarse ni ser presentado como dual.

Los números del verbo resultan de las personas, quiero decir, se llaman singulares cuando las personas agentes en la activa ó las pacientes en la pasiva son de este número. *Yo amo, aquel es amado* se dice que son singulares, porque la persona agente de la primera y la paciente de la segunda, esto es, el *yo* y el *aquel* son del número singular. *Nosotros amamos, aquellos fueron amados* son llamados plurales, porque el *nosotros* y el *aquellos* son de este número, de modo que no hay duda alguna que el número singular, dual y plural de los verbos no proviene ni consiste en la accion significada por ellos, sino en las personas de dichos verbos.

Hablando del número de los nombres hicimos ver la ilegitimidad del dual, y por lo mismo no admitimos en los verbos sino el singular y el plural. Veamos, pues, cómo se deben caracterizar en los verbos estos números de sus personas. La cosa tiene más dificultad que la que á primera vista parece.

Si las personas se introdujesen en los verbos con sus artículos ó casos, no habria dificultad en conocer el número de los verbos. Las mismas personas nos harian conocerlo segun los artículos ó casos de que iban revestidos. Un dativo singular unido con el verbo íntimamente, nos haria ver que el verbo respecto de la persona recipiente era singular, y sería plural si el dativo de esta persona fuese correspondiente á este número; pero ha sido imposible el ejecutar en los verbos esta union de personas y esta formacion de una sola voz con la persona y con el verbo, por ser opuesta esta práctica á la economía que exige con tanto imperio la naturaleza del habla en la inflexion de sus verbos.

Todos los idiomas han distinguido el número en la inflexion, y este hecho tan universal nos dá á entender que el idioma primitivo ejecutaria esta misma operacion, pues se esconde en la oscuridad de los tiempos. Es tambien constante, como queda justificado, que el número de los verbos no es de la accion significada por ellos, sino de las personas que juegan en dicha accion. Bajo de estos supuestos, discurramos sobre este número.

Si las personas se han de expresar en la inflexion de los verbos como queda dicho anteriormente hablando de estas personas por la íntima relacion que tienen con la accion de los verbos, es necesario que todas ellas sean indicadas segun la relacion que tuviesen con la accion. No hallamos motivo alguno para que se especifique la persona agente en los verbos activos y la paciente en los pasivos por medio de la inflexion, y no se haga lo mismo respecto de la paciente y recipiente en la activa y de la agente y recipiente en la pasiva. Nos hallamos, pues, persuadidos de que en el idioma primitivo todas las personas así agentes como pacientes y recipientes serian indicadas

en la inflexion de los verbos, y como estas podian ser singulares ó plurales, la dificultad está en saber si sería una, ó serian más las características que las pluralizasen.

Si fuese una misma esta característica, hallándose las personas agente, paciente y recipiente en número plural, una misma nocion habria de repetirse tres veces en la voz inflexionada, y esta sería monótona. Además de esto, no sabríamos cuál era la agente, cual la paciente, cuál la recipiente, porque todas ellas se hallarian igualmente caracterizadas. Estas reflexiones nos hacen creer que en las inflexiones de los verbos se distinguirian los plurales de las personas á lo ménos con dos características diferentes, una que fuese propia y destinada para los agentes y otra que indicase los pacientes; y que en cuanto á los recipientes era suficiente que fuesen colocados inmediatamente de la radical del verbo, para que fuesen conocidas como recipientes, y que usarian de las características plurales pacientes, supuesto que no podian ser confundidas con estas por su localidad.

Lo cierto es que un idioma que pluraliza de esta manera las personas en la inflexion de los verbos sería filosófico, y tal es el que presentamos como primitivo al fin de estos discursos. Este idioma dá á entender en la inflexion de los verbos las personas agentes y recipientes, de modo que en sus verbos activos no solo hay una característica ó una inflexion determinativa de la persona que es agente, sino que tambien esta misma inflexion hace ver cuál sea la persona que padece, y cuál la recipiente, en tanto grado, que en la misma inflexion de sus verbos hallamos una característica de persona agente, otra de paciente, otra de recipiente y otra que llamamos radical del verbo; y á más de estas características hallamos la del número de las personas, cuando son plurales. Esta característica es de dos maneras; la una determina la pluralidad de los agentes, y la otra es comun á pacientes y recipientes, distinguiendo entre sí á estas dos clases de personas en que la característica de las recipientes se halla colocada por necesidad inmediatamente despues de la radical del verbo auxiliar, como se podrá ver al fin de estos discursos en que nombraremos dichas inflexiones, haciendo ver todas las características que llevamos expresadas.

No extrañaré que los filósofos al leer este capítulo y haciéndose cargo de la necesidad de otras características para dar á entender las voces, los modos y los tiempos, crean imposible que un idioma pueda ejecutar todas estas operaciones en una sola voz, pero quedarán desengañados cuando los hagamos ver prácticamente, y no podrán ménos de confesar entónces que este idioma es el único que supo adornarse en este particular con todas las bellezas que son imaginables, y que justamente le damos el título de primitivo.

CONJUGACIONES DEL VERBO.

Por conjugaciones entienden los gramáticos aquel total de inflexiones que necesitan los verbos para determinar sus tiempos, modos, personas, números, etc., y establecen la diferencia de ellas por la de las finales de sus infinitivos. Los latinos aseguran que su idioma tiene cuatro conjugaciones, porque han observado que sus verbos en el infinitivo unos acaban en *are* como *amare*, *ambulare*: otros en *ere* largo como *docere*, *monere*: otros en *ere* breve como *legere*, *currere*, y otros en *ire*, como *audire*, *venire*. Lo mismo sucede en la lengua castellena. Sus gramáticos pretenden que en el castellano hay tres conjugaciones, una acaba la en *ar* como *amar*: otra en *er*, como *leer*: otra en *ir* como *escribir*, y lo mismo vemos en los griegos, franceses, italianos, portugueses, etc., etc , etc.

Sin embargo de esto los verbos, todos ellos ménos los irregulares de quienes hablaremos despues, deben tener una sola conjugacion, quiero decir, todos los verbos deben tener unas mismas inflexiones con unas mismas características. Adoptadas ya las terminaciones *ba*, *bas*, *ba*, *bimos*, *bais*, *ban* para formar el pretérito que llaman imperfecto de los verbos acabados en *ar* en la lengua castellana, no habia necesidad alguna de esta terminacion para indicar este tiempo en cualquiera de los verbos, porque la accion se hacia conocer en la radical ó el infinitivo, y el tiempo en la terminacion; de modo que si consultamos la naturaleza de la accion, sus modos, tiempos, personas, etc., no hallaremos otra necesidad que la de una conjugacion para todo género de verbos.

Obsérvese el modo con que entran los niños á adquirir el idioma, y se oirán en su tierna boca las voces *escribiba*, *decian*, *comebamos*, á que al parecer son arrastrados por la naturaleza. Contémplese el *amaban*, *docebam* y *legebam* de la lengua latina conjugados del mismo modo, sin embargo de que el *amaban* viene de un infinitivo acabado en *are*: el *docebam* de otro infinitivo acabado en *ere* largo, y *legebam* de un tercero acabado en *ere* breve; de donde es visto que las conjugaciones de los verbos no deben distinguirse por las terminaciones de sus infinitives.

De esta suerte las lenguas serian más ecónomas y por consiguiente más fácil su adquisicion, y no sé yo sino fueron todos los idiomas de esta naturaleza á sus principios, á no ser que hubiesen sido hijas en este particular de un idioma igualmente imperfecto. No puede, pues, dudar el filósofo que un idioma perfecto, como suponemos al

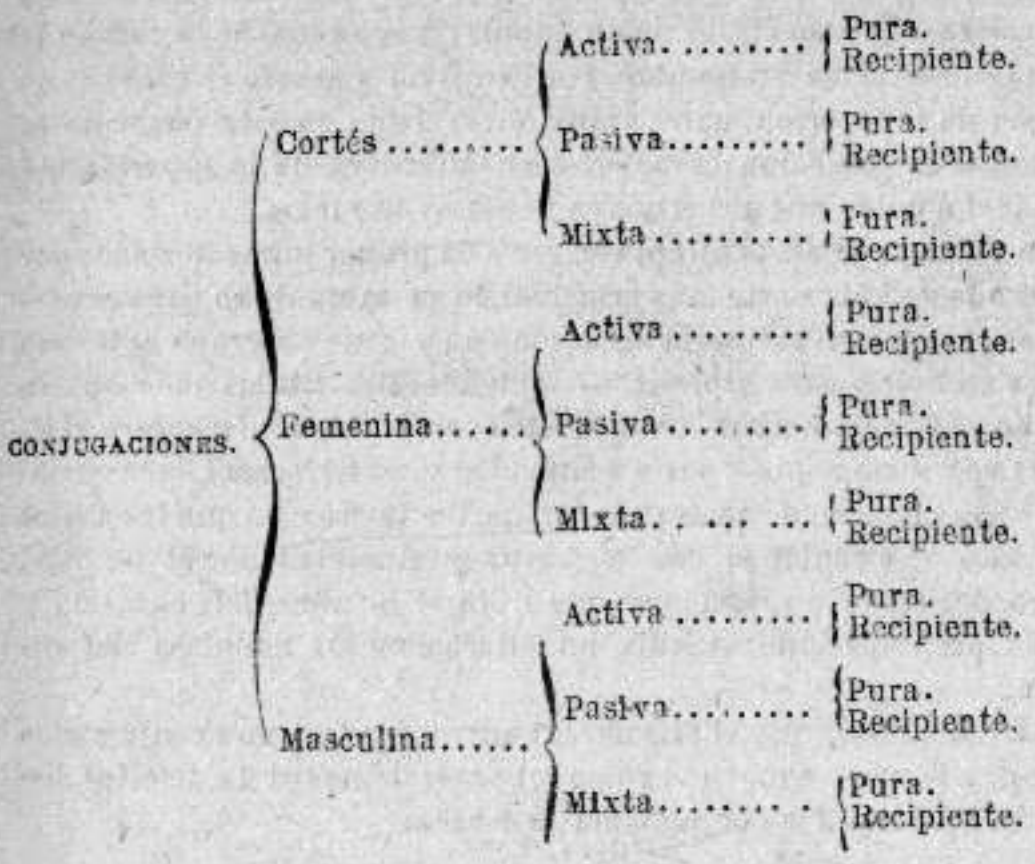
primitivo, hubiese tenido una sola conjugacion para todos los verbos, exceptuando aquellos que por naturaleza habian de ser irregulares, y de quienes hablaremos despues.

Bajo de estos supuestos entremos á considerar si esta conjugacion una para todos los verbos habia de ser tambien una para cada uno de ellos. Lo que quiero decir es si esta conjugacion cumpliria ó no con sus funciones, indicando en sus inflexiones los modos, los tiempos, las personas, etc., con una sola inflexion, esto es, si basta el que el presente de indicativo, por ejemplo, en la lengua castellana tenga una sola inflexion *amo, amas, ama, anamos, amais, aman*, ó si hay necesidad para la perfeccion de los idiomas de que esta inflexion del presente de indicativo se diversifique y cuantas han de ser estas diferencias.

Nuestro modo de pensar es que el presente de indicativo, por ejemplo, se ha de inflexionar de 206 diferentes maneras, y que estas mismas diferencias se han de hallar en todos los tiempos, modos, personas, etc.

Sé la sensacion que causó en los literatos esta asercion cuando la vieron estampada por primera vez en mi Apología de la lengua bascongada, y que algunos prematuramente la trataron de sueño y locura. El señor cura de Montuenga aseguró que le causaba vértigos y daba vahidos esta multitud de conjugaciones, llamándolas embrollos. Los nuevos descubrimientos tienen la fatalidad de causar en los literatos estas y otras semejantes sensaciones: enfermedades pequeñas y que fácilmente se curan con el bálsamo de la demostracion. Vamos á prepararles este remedio.

Para hacer ver con la debida claridad que las conjugaciones de un verbo han de ser en un idioma perfecto 206, esto es, que el verbo *amar*, por ejemplo, debia tener 206 presentes de indicativo é igual número de otros tiempos, 206 imperativos y lo mismo de otros modos, etc., es necesario que fijemos como presupuestos algunas verdades dictadas por la misma naturaleza acerca de las inflexiones del verbo. Estas verdades son las siguientes: 1.ª Que toda conjugacion ha de ser de tres maneras, es á saber, cortés, masculina y femenina. 2.ª Que cada una de estas conjugaciones ha de ser activa, pasiva ó mixta. 3.ª Que las conjugaciones activa, pasiva y mixta han de ser pacientes ó recipientes. Y para que se conozca mejor esta division de conjugaciones, formamos la tabla siguiente:



Esta division de conjugaciones es tan natural y necesaria en la mútua comunicacion, que sin ella no puede el hombre comunicar sus ideas con la debida analogía en el uso de los idiomas. Hagamos ver su necesidad, hablando separadamente de cada uno de los miembros.

CONJUGACION CORTES.

El respeto y acatamiento á que somos impelidos por naturaleza para con quienes nos son superiores, hace ver la necesidad natural de una conjugacion cortés. Si á los superiores cuando los vemos, aunque sea de léjos, hemos de hacer ciertos acatamientos á que somos arrastrados naturalmente, como es el quitarles el sombrero, saludarles humildemente, presentarnos y sus órdenes y otras ceremonias ó gestiones de esta naturaleza, es visto que con mayor razon hemos de valernos de los signos de sumision cuando nos hallamos más acercados, ó por mejor decir, más unidos con dichos superiores. No podemos dudar que jamás se acerca tan íntimamente el hombre al hombre que cuando comunica sus ideas con él por medio del habla. Un tuteo con los superiores ha sido mirado en todos tiempos y por todas las naciones como una cosa indecente. Todas las gentes, aun las más bárbaras, han inventado ciertas expresiones para distinguir á los superiores en el trato de la comunicacion de pensamientos. Los sires,

las magestades, los ustedes, los usías y otros tratamientos de esta naturaleza han sido efecto de un impulso que ha tenido su raíz en la misma constitucion del hombre. Por lo mismo, y siendo el verbo como el alma de la locucion, parece muy óbvio el que en esta parte de la oracion se colocase una característica indicativa de la superioridad de aquel á quien nos dirigimos en nuestros discursos.

Un idioma que así lo ejecutase, sería en primer lugar filosófico por haber adoptado la parte más principal de su mecanismo para caracterizar la superioridad: sería más ecónomo porque ahorraba el tiempo que es necesario para proferir los innumerables títulos que emplean los idiomas para cumplir con este trato cortés: sería placentero al literato necesariamente y daria á entender su anterioridad sobre todos los demás idiomas, demostrando ser de un tiempo en que los avisos naturales se ejecutaban con la mayor puntualidad por el hombre, quiero decir, de un tiempo en que libre el hombre del egoismo y de las preocupaciones seguia sin alteracion los impulsos del corazon.

Es visto, pues, que el idioma primitivo tendria una conjugacion cortés, y la tiene aquel que como tal presentamos al fin de estos discursos. Pasemos á la conjugacion femenina.

CONJUGACION FEMENINA.

Justificada la conjugacion cortés, esto es, la necesidad natural de hablar cortésmente cuando dirigimos nuestros discursos á los superiores, está justificada la necesidad de una conjugacion familiar, quiero decir, de una conjugacion que ha de usarse cuando nuestros conceptos no se dirigen á los superiores sino á los que nos son familiares. De lo contrario nada habríamos adelantado con inventar la conjugacion cortés, porque á no haber otra familiar quedábamos en la misma confusion. Hé aquí, pues, dos conjugaciones en un mismo verbo. Hé aquí la necesidad de un presente de indicativo cortés y de un presente de indicativo familiar: de un *aquel te ama* cortés y de un *aquel te ama* familiar. Hé aquí finalmente la necesidad de dos inflexiones en la voz *ama* de la tercera persona de singular del presente de indicativo ó modo accionario: de un *ama* para cuando nos dirigimos á los superiores, y de otro *ama* para cuando hablamos con familiares.

Es tambien un precepto natural nada equívoco el que tratemos al sexo femenino aunque nos sea familiar, con más miramiento y atencion que al sexo masculino, y hé aquí la necesidad de una conjugacion femenina para expresar esta atencion ó miramiento.

Lo cierto es, que un idioma que tuviese esta conjugacion femeni-

na, sería placentero al literato, y nos parece que la tuvo el primitivo y de hecho la tiene con excelencia aquel que presentamos como primerizo al fin de estos discursos.

CONJUGACION MASCULINA.

Por el mismo hecho de ser necesaria la conjugacion femenina, se vé la precision de la masculina. De lo contrario no podrian distinguirse entre sí porque se confundiria el masculino con el femenino bajo de la inflexion ó conjugacion familiar; de modo que un idioma para ser perfecto ha de tener por ejemplo, tres presentes de indicativo, uno cortés, otro femenino y el tercero masculino, y lo mismo en los demás tiempos y modos. Pasemos adelante en nuestra numeracion.

CONJUGACION ACTIVA.

Todos los idiomas tienen dos diferentes inflexiones en sus verbos para distinguir la accion y la pasion, á quienes llaman ordinariamente voz activa y voz pasiva. Usan de las primeras inflexiones cuando quieren dar á entender co no primer móvil la accion de uno ó más sujetos, y de las segundas cuando su idea es el comunicar su pasion igualmente como primer móvil. Esta universal práctica no nos deja dudar que el idioma primitivo hubiese hecho uso de la conjugacion activa, y aunque no fuese tan general en los idiomas habia de ser reputado por imperfecto aquel que no la tuviese.

Es verdad que los filósofos, especialmente modernos, quieren que no hubiese verbos inflexionados en el mundo primitivo, fundándose en que un verbo en inflexion no es otra cosa que un participio con el *sum es fui*, esto es, un participio que es el atributo, y el *sum es fui* ó el verbo *ser* que une á dicho atributo con el sujeto. Dicen que la expresion *los hombres aman* es lo mismo que *los hombres son amantes*: *los hombres amaban* equivale á *los hombres eran amantes*: *los hombres amaron* vale lo mismo que *los hombres fueron amantes*.

Acerca del modo con que hubo de inflexionar sus verbos el idioma primitivo, hablaremos en su lugar y allí rebatiremos esta opinion en la parte que nos pareciese opuesta á la filosofía.

Por ahora basta saber que aun en el caso de hacerse uso de los participios en las inflexiones de los verbos, estos participios han de

ser necesariamente activos ó pasivos: lo que es suficiente para asegurar que un idioma ha de tener conjugaciones activas y pasivas ó juegos diferentes para cuando quiera comunicar la accion de los sujetos y su pasion como móviles de su pensamiento; de modo que aquella locucion en que se hiciese uso del participio agente, llamaremos conjugacion activa y seria pasiva aquella en quien hallásemos un participio pasivo cualquiera que sea el auxiliar que uniese estos atributos de accion y pasion con el sujeto de nuestros conceptos. Si decimos *Pedro fué amante de la verdad*, llamaremos á esta locucion conjugacion activa, porque el auxiliar se halla jugado con un atributo que significa accion. Si decimos *Pedro fué amado*, llamaremos á esta expresion conjugacion pasiva, porque el auxiliar juega con un atributo que denota pasion.

Volvemos, pues, á repetir que los idiomas como quiera que inflexionen sus verbos, ó sea por medio de auxiliares ó sea simplemente, quiero decir, añadiendo á la radical que significa la accion comunicada algunas letras, siempre se verificarán en ellos los dos juegos de accion y pasion, esto es, siempre se comunicarán las acciones como hechas por los sujetos ó como padecidas, siendo esta accion ó pasion de los sujetos el móvil de nuestra comunicacion.

CONJUGACION PASIVA.

Por el mismo hecho de ser necesaria la conjugacion activa se hace precisa la pasion. De lo contrario nada adelantábamos si solo tuviésemos nociones de la accion de los sujetos, y careciésemos de características que nos llevasen al conocimiento de que la idea del que nos hablaba se dirigia á hacernos ver la pasion de uno ó más sujetos. Por lo mismo no tenemos que fatigarnos en mayor número de pruebas para hacer ver la necesidad de la conjugacion pasiva.

CONJUGACION MIXTA Ó MEDIA.

El hombre no solo puede querer comunicar las acciones y las pasiones de los sujetos separadamente, quiero decir, ya la accion, ya la pasion, sino tambien la accion y pasion simultánea de dichos sujetos. Cuando decimos *yo amo á Pedro*, comunicamos la accion solamente de la primera persona. Cuando decimos *yo soy amado*, comunicamos solamente su pasion; pero si decimos *yo me amo*, hacemos saber simultá-

neamente la accion y la pasion de dicha primera persona: de modo que en la primera expresion el sujeto *yo* hace sin que padezca, en la segunda padece sin que haga y en la tercera hace y padece al mismo tiempo.

Ahora, pues, si hemos de tener una conjugacion activa para dar á entender que el sujeto hace sin que padezca, y otra para hacer ver que el sujeto padece sin que haga, ¿porqué no hemos de tener otra tercera conjugacion para dar á entender que el sujeto hace y padece la accion comunicada simultáneamente, esto es, al mismo tiempo? Lo cierto es, que las ideas son diferentes en las tres comunicaciones: en la primera nuestro móvil es dar á entender la accion, en la segunda la pasion y en la tercera la accion y pasion simultánea de los sujetos.

Un idioma que se valiese de características diferentes en los verbos y distinguiese por medio de ellas sin confusion alguna las tres referidas ideas, sería análogo á ellas: sería propio, sería placentero al filósofo. Tal hubo de ser el idioma primitivo. Este hubo de tener á más de las conjugaciones activa y pasiva, otra que fuese mixta ó media entre la activa y pasiva. La lengua hebrea y sus hijas, la griega y varias otras tienen esta conjugacion. Tiénela tambien la que expondremos como primitiva al fin de estos discursos, donde veremos cual de los idiomas que hacen uso de la conjugacion media ó mixta ejerce esta funcion con más propiedad.

CONJUGACION PURA.

Así la conjugacion activa como la pasiva y mixta pueden ser puras, quiero decir, conjugaciones en que solamente se explique la accion, la pasion ó la accion y pasion simultánea sin que entre en la tal accion sujeto alguno que sea recipiente, esto es, que recibe los efectos de la accion comunicada. *Yo amo á Pedro*, es una conjugacion activa pura, porque no hay sujeto que reciba dicha accion, ó en cuyo pró ó en contra haya sido hecha. *Yo soy amado*, es una conjugacion pasiva pura, y *yo me amo*, es una conjugacion mixta ó media pura por la misma razon. Pero si digo *yo doy la manzana á Pedro*, es una conjugacion activa recipiente porque hay un sujeto que reciba la dádiva. *Yo te soy dado*, es pasiva recipiente y *yo teme doy*, es mixta recipiente. Las ideas en la comunicacion de las primeras y segundas expresiones, son diferentes por ser distintas las relaciones en ellas comunicadas y exige el buen órden que estas ideas diferentes no solo se comuniquen con claridad, sino tambien con propiedad, y esta obliga á los idiomas á caracterizar los sujetos ó personas que tienen relacion con la accion en los mismos verbos, como se dijo hablando de las per-

sonas, y se hará mayor demostracion cuando tratemos de las inflexiones del verbo.

Es visto, pues, que las conjugaciones activa, pasiva y mixta, han de distinguirse cuando vienen sin persona recipiente y cuando vienen con ella, formando dos diferentes conjugaciones en cada una de ellas. A la primera de estas, esto es, á la activa, por ejemplo, que no tiene recipiente, hemos creido deber llamar activa pura y á la que lleva recipiente activa recipiente, para que de esta manera nos podamos explicar con la claridad debida.

CONJUGACION RECIPIENTE.

Hemos justificado en el capítulo antecedente la necesidad de esta conjugacion, y por lo mismo no tenemos en este más que hacer que el indicarla, remitiéndonos al expresado capítulo como lo hacemos, y concluimos diciendo que las conjugaciones en un idioma perfecto, han de ser de tres maneras: cortéses, femeninas y masculinas, que así las cortéses como las femeninas y masculinas se han de dividir en activas, pasivas y mixtas, y que estas han de ser puras ó recipientes.

Bajo de estos supuestos pasemos á averiguar el total de las diferentes conjugaciones, y formemos un capítulo separado acerca de su número.

NÚMERO DE LAS CONJUGACIONES DEL VERBO.

A diez y ocho clases distintas hemos reducido las conjugaciones de los verbos, es á saber: á nueve conjugaciones puras y á nueve recipientes. De estas nueve conjugaciones puras tres son activas, tres pasivas y tres mixtas: una para cuando estas conjugaciones activas' pasivas y mixtas son cortéses: otra para cuando son femeninas y la tercera para cuando son masculinas: lo que igualmente sucede respecto de las nueve conjugaciones recipientes. Para que mejor se entienda esta materia, tomaremos por v. g., la tercera persona del presente de indicativo del verbo *amar* de la lengua castellana, y en ella haremos palpables así las diez y ocho conjugaciones madres de que hemos hablado, como las hijas que de ellas es necesario se deduzcan para que un idioma sea perfecto y tenga en sus verbos las necesarias conjugaciones. Demos á entender primero las diez y ocho conjugaciones en la tercera persona castellana que hemos adoptado para el efecto, distinguiendo las cortéses de las femeninas y masculinas.

CONJUGACIONES MADRES.

Cortéses.

ACTIVA.... Pura..... Aquel lo ama
Recipiente... Aquel se lo ama

PASIVA.... Pura..... Aquel es amado
Recipiente... Aquel le es amado

MIXTA..... Pura..... Aquel se ama
Recipiente... Aquel se le ama

} oh Señor.

Femeninas.

ACTIVA.... Pura..... Aquel lo ama
Recipiente... Aquel se lo ama

PASIVA.... Pura..... Aquel es amado
Recipiente... Aquel le es amado

MIXTA..... Pura..... Aquel se ama
Recipiente... Aquel se lo ama

} oh mujer.

Masculinas.

ACTIVA.... Pura..... Aquel lo ama
Recipiente... Aquel se lo ama

PASIVA.... Pura..... Aquel es amado
Recipiente... Aquel le es amado

MIXTA .... Pura.. . .... Aquel se ama
Recipiente... Aquel se le ama

} oh hombre.

Hé aquí diez y ocho terceras personas de singular del modo indicativo del verbo *amar*, seis cortéses, seis femeninas y seis masculinas. Las seis primeras debian ser diferentes de las doce últimas, por dirigirse con ellas el que habla á uno que le es superior. Igualmente las seis segundas como femeninas, esto es, dirigidas á una mujer habian de ser distintas de las masculinas: sin embargo no lo son. De las mismas inflexiones se vale la lengua castellana en el trato cortés que

en el familiar: de las mismas cuando en este trato familiar habla con una mujer que con un hombre, y esto mismo sucede en todas las demás lenguas, si exceptuamos la hebrea con sus hijas y la bascongada. De la misma suerte no se diferencia el *ama* de la lengua castellana en las conjugaciones activa y mixta sean puras ó recipientes, sean cortéses, femeninas ó masculinas, ni el *amado* en la conjugacion pasiva, sea pura ó recipiente, sea cortés, femenina ó masculina.

Pero un idioma perfecto cual suponemos al primitivo, debe distinguir entre sí las conjugaciones cortéses, femeninas y masculinas: las activas, pasivas y mixtas; las puras y recipientes: de modo que para esto ha de tener diez y ocho inflexiones distintas en la tercera persona de presente de indicativo, como tambien otros tantos modos y tiempos, esto es, diez y ocho presentes diferentes, diez y ocho pretéritos, diez y ocho indicativos, diez y ocho imperativos, etc. De esta suerte cumplirá con los preceptos de la naturaleza distinguiendo el trato cortés del familiar, y en el familiar el trato femenino del masculino. De esta suerte distinguirá sus ideas acerca de la accion sola, de la pasion sola y de la accion y pasion simultánea que quiere comunicar de uno ó más sujetos. De esta suerte en fin, diferenciará las conjugaciones recipientes, esto es, aquellas en que interviene un sujeto recipiente, de las que no tienen esta circunstancia: en una palabra, de esta suerte será ecónomo, propio, placentero, delicioso y cual exije la claridad y distincion que ha de haber en la comunicacion de las acciones.

Tal sería, pues, y tal hubo de ser el idioma primitivo y tal es el que presentamos al fin de estos discursos como primerizo. En esta lengua el verbo *amar* tiene diez y ocho diferentes inflexiones madres, y lo mismo digo de todos los demás verbos: seis cortéses, seis femeninas y seis masculinas: tres activas, una cortés, otra femenina y la tercera masculina, é igual número de conjugaciones pasivas y mixtas dividiendo estas y las activas en puras y recipientes, de modo que estas diez y ocho conjugaciones diferentes, pueden reputarse como conjugaciones madres; pues de ellas resultan todas las demás hasta las 266 en el número y forma siguientes:

Conjugaciones cortéses.

Activas puras.....	08
Pasivas recipientes.....	44
Pasivas puras.....	01
Pasivas recipientes.....	08
Mixtas puras.....	09
Mixtas recipientes.....	52
Total.....	122

CONJUGACIONES FEMENINAS.

Activas puras.....	04
Activas recipientes.....	12
Pasivas puras.....	01
Pasivas recipientes.....	04
Mixtas puras..... ...	05
Mixtas recipientes.....	16
Total.....	42

CONJUGACIONES MASCULINAS.

Activas puras.....	04
Activas recipientes.....	12
Pasivas puras.....	01
Pasivas recipientes.....	04
Mixtas puras.....	05
Mixtas recipientes.....	16
Total.....	42

De modo que las conjugaciones corteses han de ser en un idioma perfecto ciento y veinte y dos, las femeninas cuarenta y dos, y otras tantas las masculinas, y las tres partidas hacen el total de las expresadas 206 conjugaciones. Hagamos ver la necesidad de ellas, valiéndonos de la misma tercera persona de presente de indicativo del verbo castellano *amar*, y corramos una por una por las diez y ocho conjugaciones madres, haciendo ver que cada una de ellas ha de tener las diferentes inflexiones que las hemos atribuido en la lista superior.

CONJUGACIONES CORTESES ACTIVAS PURAS.

Por conjugaciones corteses activas puras entendemos aquellas inflexiones en que á más de dirigirse el habla á uno ó más superiores, el móvil del proferente es el dar á entender la accion de uno ó más sujetos, sin que se haga referencia á persona alguna recipiente, como *aquel lo ama, oh Señor*.

Esta inflexion, como activa, ha de tener su término ú objeto, quiero decir, ha de tener una persona paciente, y por lo mismo ha de recibir ocho diferencias, por ser otras tantas las personas que pueden ser pacientes en la accion de los verbos; es á saber, primera, segunda cortés, segunda femenina, segunda masculina y tercera en el número singular: primera, segunda y tercera en el plural. Pongamos para

mayor claridad, un v. g., de estas ocho diferencias en la lengua castellana y su verbo *amar*, valiéndonos por agente de la tercera persona del número singular del presente llamado de indicativo, que segun nosotros ha de ser presente real, advirtiendo que iremos numerando las conjugaciones segun vayamos demostrándolas, para que ahorremos el trabajo de una nueva numeracion.

1..... Aquel me ama.
2..... Aquel te ama, oh señor.
3..... Aquel te ama, oh mujer.
4..... Aquel te ama, oh hombre.
5..... Aquel lo ama.
6..... Aquel nos ama.
7..... Aquel os ama.
8..... Aquel los ama.

Estas ocho terceras personas de presente de indicativo del verbo *amar* se diferencian entre sí por otras tantas personas pacientes que en ellas se registran y son diferentes de la agente; sin embargo, una misma inflexion, esto es, el mismo *ama*, juega en todas las ocho diferencias contra el dictámen de la naturaleza. En todas ellas debia ser diferente la voz *ama*, porque son diferentes las personas relacionarias en la accion de amar.

Digimos anteriormente, y lo repetimos ahora, que todos los idiomas tienen en la misma voz con que indican las acciones, esto es, en los verbos, ciertas características por medio de las cuales dan á entender la persona, sin que haya necesidad de expresarla por una voz distinta. Con oir *amo* en el castellano sé que el que ama es la persona *yo*, si oigo *amas*, sé que ama la persona *tu*, y lo mismo me sucede al oir *amamos*, *amais* y *aman*, en quienes conozco como agentes respectivamente á las personas *nosotros*, *vosotros*, *aquellos*.

Este modo de caracterizar las personas relacionarias del verbo en la misma voz que es su signo, me parece, como lo tenémos dicho, muy conforme á las ideas del proferente, quien mira á las personas y á la accion como cosas unidas entre sí, cualificando al sujeto ó persona por la accion, y formando en su mente una idea compuesta de un sujeto cualificado, esto es, de un agente. Esto nos hace creer que los primeros hombres darian á entender estas ideas compuestas por medio de la voz del mismo modo que estaban en su mente, quiero decir, ligando sujeto y accion por una característica de persona unida al verbo ó voz que lo representaba.

Estas ideas compuestas no solo se forman por el hombre acerca de la persona agente, sino tambien de la paciente, y así es que todos los idiomas caracterizan personas agentes y pacientes por medio de la inflexion de sus verbos. Si estas inflexiones son activas, la persona caracterizada es agente. En la inflexion *amas* la persona agente es

la segunda del singular, esto es, el *tu*: en *fueron amados* la persona paciente es la tercera del plural.

Ahora, pues, ¿por qué no se han de caracterizar las personas pacientes en la activa y las agentes en la pasiva? Si el agente y la accion forman en nuestro entendimiento una idea compuesta, esto es, la idea de un sujeto actor ó agente, ¿no sucede lo mismo respecto del que padece esta accion? ¿No miramos al paciente como á un sujeto cualificado con la pasion, formando una idea compuesta del tal paciente?

No sé yo qué razones podrán alegar los filósofos para legitimar las características de agentes en la activa y de pacientes en la pasiva por medio de la inflexion del verbo, y rechazar las de pacientes en la activa y las de agente en la pasiva. Si consideran que estas inflexiones que caracterizan á los agentes en la activa y á los pacientes en la pasiva, están en uso en un sinnúmero de lenguas desde una época tan remota, que se esconde en la oscuridad de los siglos, necesariamente han de confesar que esta práctica nos vino desde los primeros hombres, y que estos caracterizarian toda persona, fuese agente ó paciente, así en la inflexion activa como pasiva.

No podemos, pues, dudar que el idioma primitivo tendria ocho conjugaciones diferentes corteses, activas, puras, para distinguir por medio de ellas las ocho diferentes personas que como pacientes diferencian ó distinguen las ocho expresiones, que hemos puesto por v. g., en el verbo *amar* de la lengua castellana.

Ultimamente estas ocho diferentes conjugaciones serian análogas á las ideas del hombre. El idioma que las usase sería filosófico, propio en sus expresiones y placentero al literato. Tal, es pues, el que presentamos como primitivo al fin de estos discursos. Este idioma tiene ocho conjugaciones diferentes en la activa pura cortés, como se podrá ver en su lugar.

CONJUGACIONES CORTESES ACTIVAS RECIPIENTES.

Hemos dicho que las conjugaciones corteses activas recipientes han de ser cuarenta y cuatro, y es preciso justificar esta asercion. La diferencia que estas tienen de las conjugaciones corteses activas puras consiste en que á más de las características de agente y paciente que llevan las unas y las otras, tienen las recipientes otra tercera característica para indicar la persona recipiente ó aquella que los gramáticos latinos llaman dativos del verbo: de modo que tantas han de ser las diferencias de las conjugaciones corteses activas recipientes, cuantas son las diferentes personas recipientes que pueden tener lugar en las ocho conjugaciones corteses activas puras. Pasemos,

pues, á averiguar estas personas recipientes que pueden tener lugar en cada una de las expresadas conjugaciones corteses activas puras, hablando de cada una de ellas separadamente, para que nos expliquemos con toda claridad y distincion.

PRIMERA CONJUGACION CORTÉS ACTIVA PURA.

La primera conjugacion cortés activa pura es aquella en que la primera persona del singular, esto es, el *yo* entra como persona paciente, y por lo mismo hemos puesto el v. g. de esta conjugacion en la tercera persona de singular agente del presente real por medio de la expresion *aquel me ama*, en donde *yo*, esto es, la primera persona de singular es el amado, y *aquel*, esto es, la tercera persona de singular es el amante ó el que hace la accion de amar.

Esta accion de amar puede hacer la tercera persona en pró ó contra de la segunda cortés, segunda femenina, segunda masculina y una tercera persona que sea distinta de aquella que ama, y esto sin salir de las personas del número singular, y en el plural en pró ó contra de la segunda y tercera, de modo que en la expresion *aquel me ama* pueden entrar como dativos ó recipientes seis diferentes personas, es á saber, la segunda cortés, la segunda femenina, la segunda masculina y la tercera del número singular, y la segunda y tercera del plural. Disonarán al oido español algunas expresiones con que daremos á entender estas conjugaciones; pero se hace preciso el hacer uso de ellas para darnos á entender de algun modo en esta importante materia. Hé aquí, pues, las expresiones correspondientes á las seis conjugaciones deducidas de la primera cortés activa pura, esto es, de aquellá inflexion del verbo *amar*, en que se hallan caracterizadas como agente la tercera persona del singular, y como paciente la primera del mismo número, y equivale á la expresion castellana *aquel me ama*.

9.... Aquel me *te* ama, oh Señor.
10.... Aquel me *te* ama, oh mujer.
11.... Aquel me *te* ama, oh hombre.
12.... Aquel me *le* ama.
13.... Aquel me *os* ama.
14.... Aquel me *les* ama.

Dije que estas expresiones disonarian al oido español, y aunque algunas de ellas se oyen en este idioma, como no hay en él una sintáxis que arregle escrupulosamente el órden de colocacion que han de tener los pronombres en nuestros conceptos, quedamos confusos en

muchas de estas expresiones sin saber cuál sea el verdadero recipiente, y por lo mismo hemos determinado que vaya escrito en letra bastardilla.

CONJUGACION SEGUNDA CORTÉS ACTIVA PURA.

Para dar á entender esta conjugacion nos hemos valido de la expresion *aquel te ama, oh señor* con la idea de hacer ver que la segunda persona paciente, esto es, el *te* es superior al que profiere la expresion Esta locucion puede variar ó pasar á ser recipiente por medio de la adicion de una persona que sea recipiente ó haga funciones de dativo, y pueden ser tales cuatro personas, es á saber el *yo*, el *aquel*, el *nosotros*, el *aquellos*, quiero decir, las primeras personas y las terceras de singular y plural, porque las segundas no pueden tener lugar por ser paciente el *te* en la expresion referida, de modo que de la segunda conjugacion cortés activa pura salen las cuatro activas recipientes que siguen:

15.... Aquel te *me* ama.....
16.... Aquel te *le* ama.....
17.... Aquel te *nos* a .... } Oh Señor.
18.... Aquel te *les* a ....

CONJUGACION TERCEL[illegible] RTÉS ACTIVA PURA.

Esta conjugacion tercera cortés activa pura se ha dado á entender por la expresion *aquel te ama, oh mujer*, por ser paciente en ella la segunda persona femenina, esto es, el *te* cuando nos dirigimos á una mujer que nos sea familiar, quiero decir que no nos sea superior. La inflexion del verbo que para dar á entender esta conjugacion ha de llevar dos características, una de tercera persona de singular agente y otra de segunda masculina paciente, pasará á ser conjugacion recipiente por medio de cualquiera característica de las primeras y terceras personas del número singular y plural, y han de resultar cuatro diferentes conjugaciones corteses activas recipientes que equivaldrán á las expresiones castellanas siguientes:

19.... Aquel te *me* ama.....
20.... Aquel te *le* ama.....
21.... Aquel te *nos* ama.....
22.... Aquel te *les* ama..... } Oh mujer.

CONJUGACION CUARTA CORTÉS ACTIVA PURA.

La cuarta conjugacion cortés activa pura es aquella en que la segunda persona masculina entra como persona paciente, y la hemos dado á entender por la expresion castellana *aquel te ama oh hombre*. Esta conjugacion puede pasar á ser recipiente por medio de las mismas personas que han entrado de recipientes en las dos anteriores conjugaciones corteses activas puras, y formarán cuatro diferentes conjugaciones corteses activas recipientes, que son las siguientes:

23.... Aquel te *me* ama.....
24.... Aquel te *le* ama.....
25.... Aquel te *nos* ama.....
26.... Aquel te *les* ama..... } Oh hombre.

CONJUGACION QUINTA CORTÉS ACTIVA PURA.

Entrando por paciente en esta conjugacion la tercera persona de singular, y equivaliendo en la persona agente á la expresion castellana *aquel lo ama*, es visto que pueden pasar á ser recipientes por medio de las ocho personas, las cinco del singular y las tres del plural. Lo que se quiere decir es que estas ocho personas pueden entrar por recipientes ó dativos en la expresion *aquel lo ama*; de modo que han de ser ocho las conjugaciones corteses activas recipientes que por este medio se han de añadir á las anteriores, y son las que se siguen:

27.... Aquel *me* lo ama.
28.... Aquel *te* lo ama, oh señor.
29.... Aquel *te* lo ama, oh mujer.
30.... Aquel *te* lo ama, oh hombre.
31.... Aquel *le* lo ama.
32.... Aquel *nos* lo ama.
33.... Aquel *os* lo ama.
34.... Aquel *les* lo ama.

CONJUGACION SEXTA CORTÉS ACTIVA PURA.

La sexta conjugacion cortés activa pura es aquella cuya persona paciente es la primera del plural, y su persona agente tercera del singular. Equivale á la expresion castellana *aquel nos ama*, y pueden

entrar en esta conjugacion seis diferentes personas, esto es, las tres segundas y tercera de singular, y la segunda y tercera del plural, resultando seis diferentes conjugaciones corteses activas recipientes que son las siguientes:

35.... Aquel nos *te* ama, oh señor.
36.... Aquel nos *te* ama, oh mujer.
37.... Aquel nos *te* ama, oh hombre.
38.... Aquel nos *le* ama.
39.... Aquel nos *os* ama.
40.... Aquel nos *les* ama.

CONJUGACION SÉTIMA CORTES ACTIVA PURA.

Esta conjugacion se distingue de las demás corteses activas puras en que su persona paciente es segunda del número plural, y por lo mismo la hemos dado á entender por la expresion castellana *aquel os ama*. La primera y tercera persona del singular y plural pueden entrar de recipientes ó dativos en esta expresion y formarán las cuatro siguientes conjugaciones corteses activas recipientes.

41.... Aquel os *me* ama.
42.... Aquel os *le* ama.
43.... Aquel os *nos* ama.
44.... Aquel os *les* ama.

CONJUGACION OCTAVA CORTÉS ACTIVA PURA.

En esta conjugacion la persona paciente es la tercera del número plural, y la expresamos por las palabras castellanas *aquel los ama*. Esta conjugacion puede pasar á ser activa recipiente entrando como dativos todas las personas del verbo, y resultarán ocho diferentes conjugaciones, que son las que se siguen:

45.... Aquel *me* los ama.
46.... Aquel *te* los ama, oh señor.
47.... Aquel *te* los ama, oh mujer.
48.... Aquel *te* los ama, oh hombre.
49.... Aquel *le* los ama.
50.... Aquel *nos* los ama.
51.... Aquel *os* los ama.
52.... Aquel *les* los ama.

Hemos dado á entender con la posible claridad la diferencia y distincion de las ocho conjugaciones corteses activas puras y de las

cuarenta y cuatro recipientes que se forman de ellas, añadiendo á cada una de las conjugaciones activas puras, esto es, á su inflexion, la característica de persona recipiente, de modo que examinadas las 52 expresiones castellanas con que se han dado á entender unas y otras conjugaciones, no se hallarán dos cuyas personas agentes, pacientes y recipientes sean las mismas; de modo que es evidente la diferencia de relaciones ó personas relacionarias que entran á jugar en cada una de dichas conjugaciones. Sigamos nuestra numeracion, y pasemos á las pasivas puras y recipientes sin salir del tratamiento cortés.

CONJUGACION CORTÉS PASIVA PURA.

Una sola es la conjugacion cortés pasiva pura, y es aquella con que damos á entender la pasion de los sujetos sin miramiento ó sin expresar persona alguna agente, y es en la lengua castellana y su tercera persona la que sigue;

53.... Aquel es amado.

Esta conjugacion cortés pasiva pura puede recibir como dativos ó recipientes las ocho personas del verbo, esto es, las cinco singulares y las tres plurales, y formar por medio de sus características unidas á la inflexion de la pasiva pura las ocho conjugaciones corteses pasivas recipientes que se siguen:

54.... Aquel *me* es amado.
55.... Aquel *te* es amado, oh señor.
56.... Aquel *te* es amado, oh mujer.
57.... Aquel *te* es amado, oh hombre.
58.... Aquel *le* es amado.
59.... Aquel *nos* es amado.
60.... Aquel *os* es amado.
61.... Aquel *les* es amado.

Hemos evidenciado ya que la conjugacion cortés pasiva pura ha de ser una y ocho sus recipientes. Veamos cuántas sean las mixtas corteses.

CONJUGACIONES CORTESES MIXTAS.

Las conjugaciones corteses mixtas pueden ser activas ó pasivas, y para que observemos la debida claridad hablaremos primero de las conjugaciones activas mixtas y despues de las pasivas.

CONJUGACIONES CORTESES ACTIVAS MIXTAS.

Las conjugaciones corteses activas mixtas son aquellas en que el agente y el paciente son una misma persona como *yo me amo, tu te aborreces*. Serán puras cuando en ellas no haya persona alguna recipiente, y como en este caso no hay en la inflexion sino una sola persona, es suficiente una sola conjugacion, que es la siguiente:

62.... Aquel se ama.

A esta conjugacion cortés activa mista pura pueden ser aplicadas como recipientes las ocho personas del verbo, y formar con ellas las ocho conjugaciones corteses activas mixtas recipientes que se siguen:

63.... Aquel se *me* ama.
64.... Aquel se *te* ama, oh señor.
65.... Aquel se *te* ama, oh mujer.
66.... Aquel se *te* ama, oh hombre.
67.... Aquel se *le* ama.
68.... Aquel se *nos* ama.
69.... Aquel se *os* ama.
70.... Aquel se *les* ama.

CONJUGACIONES CORTESES PASIVAS MIXTAS.

Las conjugaciones corteses pasivas mixtas son aquellas en que la intencion del que las profiere no solo es el dar á entender la pasion de uno ó más sujetos, sino tambien el autor ó autores de esta pasion, esto es, sus agentes. Estas conjugaciones se distinguen de las activas puras en que el móvil principal de las primeras es la pasion de uno ó más sujetos, y el secundario el expresar los agentes de esta pasion,

y en las segundas el móvil principal se reduce á manifestar la accion de uno ó más sujetos, y el secundario se dirige á dar á entender la persona paciente.

Una accion que es pasiva á este ó el otro sujeto puede ejecutarse por cualquiera de las ocho personas del verbo, deduciéndose de aquí que las conjugaciones corteses mixtas puras han de ser las ocho siguientes:

71.... Aquel es amado *por mí*.
72.... Aquel es amado *por ti*, oh señor.
73.... Aquel es amado *por ti*, oh mujer.
74 ... Aquel es amado *por ti*, oh hombre.
75.... Aquel es amado *por aquel otro*.
76.... Aquel es amado *por nosotros*.
77.... Aquel es amado *por vosotros*.
78.... Aquel es amado *por aquellos*.

Cada una de estas conjugaciones corteses pasivas mixtas puras produce sus recipientes y para no equivocarnos en el número, hablaremos de cada una de estas ocho conjugaciones, dando razon de las recipientes que pueden producir.

CONJUGACION PRIMERA CORTÉS PASIVA MIXTA PURA.

Esta conjugacion se ha dado á entender por la exprexion castellana *aquel es amado por mí*, y puede recibir como dativos ó personas recipientes las tres segundas y la tercera del singular y la segunda y tercera del plural, formando con ellas seis conjugaciones corteses pasivas mixtas recipientes, que son las siguientes:

79.... Aquel *te* es amado por mí, oh señor.
80.... Aquel *te* es amado por mí, oh mujer.
81.... Aquel *te* es amado por mí, oh hombre.
82.... Aquel *le* es amado por mí.
83.... Aquel *os* es amado por mí.
84.... Aquel *les* es amado por mí.

CONJUGACION SEGUNDA CORTÉS PASIVA MISTA PURA.

Esta conjugacion se ha dado á entender por la expresion castellana *aquel es amado por ti, oh señor*, y pueden venir en ella como dativos ó recipientes las primeras y terceras personas del singular y

plural, resultando las cuatro siguientes conjugaciones pasivas mixtas recipientes.

85....	Aquel *me* es amado por tí..	Oh señor.
86....	Aquel *le* es amado por tí....	
87....	Aquel *nos* es amado por tí..	
88....	Aquel *les* es amado por tí...	

CONJUGACION TERCERA CORTÉS PASIVA MIXTA PURA.

La tercera conjugacion cortés pasiva mixta pura es correspondiente á la expresion castellana *aquel es amado por tí, oh mujer*, y puede tener por recipientes las mismas personas que la segunda, y formar otras cuatro pasivas mixtas recipientes, que son las que se siguen:

89....	Aquel *me* es amado por tí...	Oh mujer.
90....	Aquel *le* es amado por tí....	
91....	Aquel *nos* es amado por tí..	
92....	Aquel *les* es amado por tí...	

CONJUGACION CUARTA CORTÉS PASIVA MIXTA PURA.

A esta conjugacion la hemos indicado por la expresion castellana *aquel es amado por tí, oh hombre*, y por lo que queda dicho en la segunda y tercera puede producir otras cuatro conjugaciones pasivas mixtas recipientes, que son las siguientes:

93....	Aquel *me* es amado por tí...	Oh hombre.
94	Aquel *le* es amado por tí....	
95....	Aquel *nos* es amado por tí..	
96....	Aquel *les* es amado por tí...	

CONJUGACION QUINTA CORTÉS PASIVA MIXTA PURA.

La quinta conjugacion cortés pasiva mixta pura corresponde á la expresion castellana *aquel es amado por aquel otro*, y en ella pueden entrar como dativos ó recipientes las ocho personas del verbo, resultando de aquí ocho diferentes conjugaciones corteses pasivas mixtas recipientes, que equivalen á las expresiones siguientes de la lengua castellana:

97.... Aquel *me* es amado por aquel otro.
98.... Aquel *te* es amado por aquel otro, oh señor.
99.... Aquel *te* es amado por aquel otro, oh mujer.
100.... Aquel *te* es amado por aquel otro, oh hombre.
101. .. Aquel *le* es amado por aquel otro.
102.... Aquel *nos* es amado por aquel otro.
103 ... Aquel *os* es amado por aquel otro.
104... Aquel *les* es amado por aquel otro.

COJUGACION SEXTA CORTÉS PASIVA MIXTA PURA.

Corresponde esta conjugacion á la expresion castellana *aquel es amado por nosotros*, y en ella pueden entrar como dativos ó recipientes las tres segundas y la tercera persona del singular y la segunda y tercera del plural, resultando de aquí las seis siguientes conjugaciones corteses pasivas mixtas recipientes:

105.... Aquel *te* es amado por nosotros, oh señor.
106.... Aquel *te* es amado por nosotros, oh mujer.
107.... Aquel *te* es amado por nosotros, oh hombre.
108.... Aquel *le* es amado por nosotros.
109.... Aquel *os* es amado por nosotros.
110.... Aquel *les* es amado por nosotros.

CONJUGACION SÉTIMA CORTÉS PASIVA MIXTA PURA.

Se distingue esta conjugacion de todas las demás pasivas mixtas puras en que su agente es segunda persona del plural, y la hemos dado á entender por la expresion castellana *aquel es amado por nosotros*. A esta expresion pueden unirse como recipientes la primera y tercera persona del singular y plural, y formar de esta manera las siguientes cuatro conjugaciones corteses pasivas mixtas recipientes.

111..... Aquel *me* es amado por vosotros.
112..... Aquel *le* es amado por vosotros.
113..... Aquel *nos* es amado por vosotros.
114..... Aquel *les* es amado por vosotros.

CONJUGACION OCTAVA CORTÉS PASIVA MIXTA PURA.

La última conjugacion cortés pasiva mixta pura, correspondo ó equivale á la expresion castellana *aquel es amado por aquellos*, y pue-

den entrar en ella como recipientes las ocho personas del verbo, resultando de aquí ocho diferentes conjugaciones corteses pasivas mixtas recipientes que se siguen:

115..... Aquel *me* es amado por aquellos.
116..... Aquel *te* es amado por aquellos, oh señor.
117..... Aquel *te* es amado por aquellos, oh mujer.
118..... Aquel *te* es amado por aquellos, oh hombre.
119..... Aquel *le* es amado por aquellos.
120..... Aquel *nos* es amado por aquellos.
121..... Aquel *os* es amado por aquellos.
122..... Aquel *les* es amado por aquellos.

Hemos hecho ver con toda claridad que un idioma perfecto cual hubo de ser el primitivo ha de tener en todos y cada uno de sus verbos ciento veinte y dos conjugaciones corteses, es á saber, ocho activas puras: cuarenta y cuatro activas recipientes: una pasiva pura, ocho pasivas recipientes: una activa mixta pura, ocho activas mixtas recipientes, ocho pasivas mixtas puras y cuarenta y cuatro pasivas mixtas recipientes. Veamos ahora cuantas han de ser las conjugaciones femeninas y cuantas las masculinas á quienes llamamos conjugaciones familiares.

CONJUGACIONES FAMILIARES.

Por conjugacion familiar entendemos como queda dicho anteriormente, aquella inflexion por medio de la cual nos dirigimos á una ó más personas familiares sin que las tales personas tengan relacion alguna con la accion comunicada; pero la tal accion ó conversacion se tiene con ellas, y digimos que estas conjugaciones unas eran femeninas y otras masculinas. Hablemos de cada una de ellas con separacion.

CONJUGACIONES FEMENINAS.

Llamamos conjugacion femenina á aquella por medio de la cual dirigimos el habla á una persona familiar que es del sexo femenino. Estas conjugaciones lo mismo que las corteses pueden ser activas puras, activas recipientes, pasivas puras, pasivas recipientes, activas mixtas puras, activas mixtas recipientes, pasivas mixtas puras, pasivas mixtas recipientes. Corramos por ellas y hagamos ver su número.

CONJUGACIONES FEMENINAS ACTIVAS PURAS.

Como en estas conjugaciones nos dirigimos á una segunda persona de singular ó plural, ninguna de ellas puede ser agente, paciente, ni recipiente del verbo. De aquí se infiere que las conjugaciones femeninas activas puras solo pueden ser cuatro, por ser otras tantas las personas que pueden ser pacientes en ellas, es á saber, las primeras y terceras del singular y plural, formando por esto las siguientes conjugaciones:

123.....	Aquel me ama....	Oh mujer.
124.....	Aquel lo ama.....	
125.....	Aquel nos ama...	
126.....	Aquel los ama....	

Cada una de estas cuatro conjugaciones puede recibir personas dativas ó recipientes y formar por medio de ellas distintas conjugaciones femeninas, activas recipientes y para numerarlas hablaremos de cada una de las cuatro conjugaciones ya citadas separadamente.

CONJUGACION PRIMERA FEMENINA ACTIVA PURA.

Esta conjugacion es aquella cuya persona paciente es la primera del singular: y la dimos á entender por la expresion castellana *aquel me ama, oh mujer*. No pueden entrar en ella en primer lugar las tres segundas personas del singular, ni la segunda del plural, ni las primeras de uno ni otro número: no aquellas por dirigirse esta conjugacion á una segunda persona: no estas por ser primera la persona paciente; de modo que solo pueden ser recipientes en ella las terceras de uno y otro número, y resultarán de esta combinacion relacionaria las dos siguientes conjugaciones femeninas activas recipientes:

127.....	Aquel me le ama....	Oh mujer.
128.....	Aquel me les ama...	

CONJUGACION SEGUNDA FEMENINA ACTIVA PURA

La conjugacion segunda femenina activa pura, es aquella cuya persona paciente es la tercera del singular y la hemos dado á enten-

der por la expresion castellana *aquel lo ama, oh mujer*. Las primeras y terceras personas de uno y otro número pueden entrar en ella como dativos ó recipientes, y formarán cuatro conjugaciones femeninas activas recipientes y son las que se siguen:

129.....	Aquel me lo ama...	Oh mujer.
130.....	Aquel le lo ama....	
131.....	Aquel nos lo ama...	
132.....	Aquel les lo ama...	

CONJUGACION TERCERA FEMENINA ACTIVA PURA.

La primera persona del plural es paciente en esta conjugacion, y por lo mismo la hemos dado á entender por la expresion castellana *aquel nos ama, oh mujer*. Por lo que digimos en la conjugacion primera activa pura no pueden entrar como recipientes en esta conjugacion sino las terceras personas de ambos números y solo resultan las dos conjugaciones femeninas activas recipientes que se siguen:

133.....	Aquel nos le ama...	Oh mujer.
134.....	Aquel nos les ama..	

CONJUGACION CUARTA FEMENINA ACTIVA PURA.

La persona paciente de esta conjugacion es la tercera del plural y su correspondiente expresion castellana es *aquel los ama, oh muger*. Las primeras y terceras personas de ambos números pueden ser dativos ó recipientes en esta conjugacion y de ella vendrán las cuatro siguientes femeninas activas recipientes.

135....	Aquel me los ama.	Oh mujer.
136....	Aquel le los ama.	
137. ..	Aquel nos los ama.	
138....	Aquel les los ama.	

CONJUGACION FEMENINA PASIVA PURA.

Una es la conjugacion femenina pasiva pura, porque en ella no juega otra persona que la paciente y equivale á la siguiente expresion castellana.

139.... Aquel es amado, oh mujer.

CONJUGACIONES FEMENINAS PASIVAS RECIPIENTES.

En la única conjugacion pasiva pura pueden entrar como recipientes las primeras y terceras personas de singular y plural. Resultarán por lo mismo cuatro conjugaciones femeninas pasivas recipientes que son las siguientes:

140.... Aquel *me* es amado.
141.... Aquel *le* es amado.
142.... Aquel *nos* es amado.
143.... Aquel *les* es amado.
} Oh mujer.

CONJUGACION FEMENINA ACTIVA MIXTA PURA.

Una sola es la conjugacion femenina activa mixta, por ser una misma la persona que en ella hace y padece. Esta conjugacion equivale á la expresion castellana siguiente:

144.... Aquel se ama, oh mujer.

CONJUGACIONES FEMENINAS ACTIVAS MIXTAS RECIPIENTES.

La única conjugacion femenina activa mixta pura puede recibir las primeras y terceras personas del singular y plural como dativos ó recipientes y formar por medio de ellas cuatro conjugaciones femeninas activas mixtas recipientes, equivalentes á las expresiones castellanas que siguen:

145... Aquel se *me* ama.....
146... Aquel se *le* ama.....
147... Aquel se *nos* ama.....
148... Aquel se *les* ama.....
} Oh mujer.

CONJUGACIONES FEMENINAS PASIVAS MIXTAS PURAS.

En las conjugaciones femeninas pasivas mixtas puras pueden ser agentes las primeras y terceras personas de ambos números, de don-

de se infiere que estas conjugaciones han de ser cuatro diferentes, y equivaldrán á las exprexiones castellanas que siguen:

149....	Aquel es amado por mí.....	Oh mujer.
150....	Aquel es amado por aquel otro....	
151....	Aquel es amado por nosotros.....	
152....	Aquel es amado por aquellos.....	

CONJUGACIONES FEMENINAS PASIVAS MIXTAS RECIPIENTES.

Cada una de las conjugaciones femeninas pasivas mixtas puras produce sus recipientes, y hablaremos separadamente de ellas para que haya la debida claridad.

CONJUGACION PRIMERA PASIVA MIXTA PURA.

Esta conjugacion equivale á la expresion castellana *aquel es amado por mí, oh mujer*, y solo pueden entrar en ella como recipientes las terceras personas de ambos números, formando con ellas las dos siguientes conjugaciones recipientes:

153....	Aquel *le* es amado por mí....	Oh mujer.
154....	Aquel *les* es amado por mí...	

CONJUGACION SEGUNDA PASIVA MIXTA PURA.

La segunda conjugacion femenina pasiva mixta pura es aquella cuya persona agente es tercera del singular y dimos á entender por la expresion castellana *aquel es amado por aquel otro, oh mujer*. A esta expresion pueden unirse como recipientes las primeras y terceras personas de ambos números y resultarán cuatro conjugaciones recipientes, que son las siguientes:

155....	Aquel *me* es amado por aquel otro..	Oh mujer.
156....	Aquel *le* es amado por aquel otro....	
157....	Aquel *nos* es amado por aquel otro..	
158....	Aquel *les* es amado por aquel otro..	

CONJUGACION TERCERA PASIVA MIXTA PURA.

Esta conjugacion tiene por agente á la primera persona del plural, y puede recibir como dativos ó recipientes las terceras personas de ambos números y formar dos conjugacioues recipientes:

159.... Aquel *le* es amado por nosotros...
160.... Aquel *les* es amado por nosotros.. } Oh mujer.

CONJUGACION CUARTA PASIVA MISTA PURA.

La cuarta conjugacion femenina pasiva mixta pura tiene por agente la tercera persona del plural. Pueden entrar en ella como recipientes las primeras y terceras personas del singular y plural, y formar por medio de estas las cuatro siguientes conjugaciones femeninas pasivas mixtas recipientes.

161.... Aquel *me* es amado por aquellos..
162.... Aquel *le* es amado por aquellos...
163.... Aquel *nos* es amado por aquellos. } Oh mujer.
164.... Aquel *les* es amado por aquellos..

De modo que se ha hecho ver demostrativamente que las conjugaciones femeninas para dar cumplimiento á lo que exige un idioma perfecto han de ser cuarenta y dos, es á saber, cuatro activas puras, doce activas recipientes, una activa pura, cuatro pasivas recipientes una activa mixta pura, cuatro activas mixtas recipientes, cuatro pasivas mixtas, doce passivas mixtas recipientes.

CONJUGACIONES MASCULINAS.

Tantas han de ser en un idioma las conjugaciones masculinas cuantas fueren las femeninas, pues son las mismas en unas y otras las diferentes combinaciones relacionarias personales. Sin embargo de esto daremos razon de ellas, siguiendo el mismo órden que en las femeninas.

CONJUGACIONES MASCULINAS ACTIVAS PURAS.

Cuatro son las conjugaciones masculinas activas puras, y son las mismas que las femeninas, á excepcion de las características del género, esto es, las siguientes:

165.... Aquel *me* ama.....
166.... Aquel *le* ama.....
167.... Aquel *nos* ama.....
168.... Aquel *los* ama..... .. } Oh hombre.

CONJUGACIONES MASCULINAS ACTIVAS RECIPIENTES.

La primera de las conjugaciones activas puras puede tener por recipientes á las terceras personas de ambos números y formar con ellas las dos siguientes conjugaciones recipientes:

169.... Aquel me *le* ama. ..... } Oh hombre.
170.... Aquel me *les* ama.. ... }

La segunda conjugacion puede tener por dativos ó recipientes las primeras y terceras personas del singular y plural, y formar por este medio las siguientes recipientes:

171. .. Aquel *me* lo ama.
172 ... Aquel *le* lo ama.
173.... Aquel *nos* lo ama.
173.... Aquel *les* lo ama.

La tercera conjugacion es susceptible de dos personas recipientes, esto es, de las dos terceras de ambos números, y formará las dos recipientes que siguen:

175.... Aquel nos *le* ama..... } Oh hombre.
176.... Aquel nos *les* ama..... }

La cuarta y última conjugacion puede admitir como dativos ó recipientes las primeras y terceras personas de ambos números y formar las cuatro conjugaciones recipientes que siguen:

177.... Aquel *me* los ama .....
178.... Aquel *le* los ama.....
179.... Aquel *nos* los ama.....
180.... Aquel *les* los ama..... } Oh hombre.

CONJUGACION MASCULINA PASIVA PURA.

Una es la conjugacion masculina pasiva pura, por ser una sola la persona que juega en ella, y corresponde á la expresion castellana siguiente:

181... Aquel es amado, oh hombre.

CONJUGACIONES MASCULINAS PASIVAS RECIPIENTES.

Siendo una la conjugacion masculina pasiva pura, solo pueden resultar de ella cuatro conjugaciones recipientes por ser otros tantos los dativos ó recipientes que pueden jugar en ella, es á saber, las primeras y terceras personas de ambos números en el modo siguiente:

182.... Aquel *me* es amado .....
183. .. Aquel *le* es amado.....
184.... Aquel *nos* es amado .....
185.... Aquel *les* es amado.....
} Oh hombre.

CONJUGACION MASCULINA ACTIVA MIXTA PURA.

Como es una la persona que hace y padece en esta conjugacion, es tambien una ella misma y equivale á la expresion castellana siguiente:

186.... Aquel se ama, oh hombre.

CONJUGACIONES MASCULINAS ACTIVAS MIXTAS RECIPIENTES.

Siendo una la conjugacion masculina activa mixta pura, y no pudiendo entrar en ella como dativos ó recipientes sino las primeras y terceras personas del singular y plural, resultan cuatro conjugaciones masculinas activas mixtas recipientes, que son las siguientes:

187.... Aquel se *me* ama....
188.... Aquel se *te* ama.....
189.... Aquel se *nos* ama....
190.... Aquel se *les* ama.... } Oh hombre.

CONJUGACIONES MASCULINAS PASIVAS MIXTAS PURAS.

Cuatro son las conjugaciones masculinas pasivas mixtas puras por ser cuatro las personas que pueden ser agentes en ellas, es á saber, las primeras y terceras de ambos números. Estas conjugaciones equivalen á las siguientes expresiones castellanas:

191.... Aquel es amado por mi.....
192.... Aquel es amado por aquel otro...
193.... Aquel es amado por nosotros ....
194.... Aquel es amado por aquellos..... } Oh hombre.

CONJUGACIONES MASCULINAS PASIVAS MIXTAS RECIPIENTES.

Cada una de las conjugaciones masculinas pasivas mixtas puras, produce sus recipientes. La primera de ellas dá solamente dos por ser otras tantas las personas que pueden entrar en ella como dativos ó recipientes, esto es, las terceras de ambos números. Estas dos conjugaciones equivalen á las expresiones siguientes:

195.... Aquel *le* es amado por mi...
196.... Aquel *les* es amado por mi.. } Oh hombre.

La segunda conjugacion puede producir cuatro recipientes que equivalen á las expresiones siguientes:

197.... Aquel *me* es amado por aquel otro..
198.... Aquel *le* es amado por aquel otro...
199.... Aquel *nos* es amado por aquel otro..
200.... Aquel *les* es amado por aquel otro.. } Oh hombre.

La tercera conjugacion masculina pasiva mixta pura, puede tener por recipientes las terceras personas de singular y plural, y producir dos conjugaciones recipientes que equivalen á las siguientes expresiones:

201.... Aquel *le* es amado por nosotros...
202.... Aquel *les* es amado por nosotros... } Oh hombre.

La cuarta puede tener por recipientes las primeras y terceras personas del singular y plural, y producir cuatro conjugaciones recipientes que corresponden á las expresiones siguientes:

203.... Aquel *me* es amado por aquellos.
204.... Aquel *le* es amado por aquellos.
205.... Aquel *nos* es amado por aquellos.
206.... Aquel *les* es amado por aquellos.

Hé aquí numeradas una por una las 206 conjugaciones que tanto extrañaron los literatos en mi Apología. Dije y vuelvo á repetir por segunda que algunas expresiones castellanas con que damos á entender estas 206 conjugaciones, se extrañarán en el verbo *amar* que hemos tomado por paradigma, especialmente cuando entran en ellas personas recipientes; pero hemos obviado este inconveniente con poner en letra bastardilla toda persona que entra como recipiente.

Ahora, pues, ¿cuál de estas 206 conjugaciones podrá decirse supérflua? ¿Qué otra combinacion relacionaria de personas puede añadirse á nuestras conjugaciones? Ninguna. ¿Puede tacharse como impropia la distincion de conjugaciones cortéses, femeninas y masculinas? Es la misma naturaleza la que dicta esta diferencia. Cada una de estas conjugaciones ¿no puede ser activa y pasiva? Es constante que la idea del hombre unas veces es dar á entender la accion de uno ó más sujetos y otras su pasion. ¿No és tambien claro que así la accion como la pasion pueden ser puras y recipientes? Lo cierto es que el hombre muchas veces comunica las acciones y pasiones sin que tenga idea de persona recipiente, esto es, la accion y la pasion puras, y muchas su idea es descubrir una ó más personas que reciben dicha accion ó pasion. ¿No es igualmente constante que así como descubro en la mútua comunicacion la accion sola de uno ó más sujetos, puedo tener tambien la idea de comunicar la accion y la pasion simultánea de dichos sujetos, quiero decir, de unos sujetos que hacen la accion y la padecen ellos mismos? Es cierto. Cuando digo *tu amas á los hombres*, mi idea es comunicar solamente la accion de la segunda persona de singular; pero si digo *tu te amas*, es visto que quiero hacer saber que el que ama es la segunda persona de singular y que ella misma es la amada. Igualmente ¿no puedo comunicar una pasion pura y recipiente y una pasion en que comunique el agente? Es claro que puedo decir *Pedro es amado*, y tambien *Pedro es amado por mí*. En la primera la pasion es pura: en la segunda se mezclan en la idea del proferente la pasion y la accion. Se añade á la primera expresion en la segunda una persona agente y exije la claridad de los conceptos el que se distingan estas dos inflexiones.

Es visto, pues, que la combinacion relacionaria de personas en una accion inclusos los tratos cortés, femenino y masculino, ha de ser de 206 maneras, y ha de formar 206 conjugaciones distintas con

sus respectivos modos, tiempos y personas, es á saber, ciento veinte y dos corteses, cuarenta y dos femeninas y otras tantas masculinas, y todas necesarias para que nuestros verbos sean propios é indicativos de las ideas que con ellos queremos comunicar en la mútua correspondencia de pensamientos. Sí, literatos: si la persona que hace por comun consentimiento de los idiomas, y por un aviso nada equívoco de la naturaleza ha de identificarse con las inflexiones activas, y la paciente con las pasivas, la misma razon milita para que se caractericen cuantas personas tienen relacion con la accion comunicada como anteriormente lo tenemos dicho, y siendo tambien impulso natural la diferencia que ha de haber entre el trato cortés, el femenino y el masculino, no puede negarse la necesidad de las 206 conjugaciones que llevamos referidas.

No creo que despues de esta demostracion dificultarán los literatos la necesidad de variar nuestras inflexiones del verbo en 206 diferentes maneras. Dirán quizá que sería bello este modo de expresarse en un idioma: que sería propio: que sería analógico; pero dificultarán que pueda haber idioma que ponga en práctica esta operacion. Se harán cargo de que este idioma necesita 206 presentes de indicativo que llamamos reales, y otros 206 apostróficos: 206 pretéritos así reales como apostróficos; y otros 206 futuros ya reales, ya apostróficos, de modo que solo en el indicativo tiene necesidad de 1236 tiempos. Si calculan á más de esto las personas que son necesarias para el complemento de estos tiempos, y si unen las que son precisas en los restantes modos pasarán á contar en un solo verbo 30.952 personas. No es extraño, pues, que los literatos hayan mirado como paradoja la asercion de las 206 conjugaciones en nuestra Apología de la lengua bascongada.

Pero ¿qué dirán estos literatos si les presentamos un idioma que para todos y cada uno de sus verbos tiene 206 conjugaciones diferentes con 1.236 tiempos para el modo accionario, 412 para cada uno de los modos habitual, potencial, voluntario, necesario, forzoso, imperativo y optativo y para todos estos siete modos 2884: para el sunjuntivo 824 y para el penitudinario 618; en una palabra, que en cada uno de sus verbos tiene 5562 tiempos: 2060 modos diferentes y 30.952 personas? ¿Podrán creer imposible entónces esta operacion en un idioma? No por cierto. Las demostraciones, los hechos y las palpables experiencias no tienen réplica, y tal es el lenguaje que como primitivo les presentaremos al fin de estos discursos. Verán en él las 206 conjugaciones sin que una se parezca á la otra, sucediendo lo mismo con los 5562 tiempos: con los 2060 modos y con las 30.952 personas diferentes, distintas y que la una no se parezca á la otra.

Esta demostracion se haria filosóficamente dando razon como se ha hecho ver en las conjugaciones de todos los modos, tiempos y personas, sino temiésemos ser demasiadamente molestos á nuestros lec-

tores. Por lo mismo nos contentaremos con exhibir estas conjugaciones, modos, tiempos y personas por medio de ciertas tablas cuando hablemos de aquel idioma que á nuestro modo de entender fué primitivo.

Sin embargo de esto, queremos hacer ver la facilidad con que pudieron haber inventado los primeros hombres las doscientas y seis conjugaciones de cada uno de sus verbos con los modos, tiempos y personas, para que al mismo paso se vea la grandeza de nuestro ser, y la posibilidad de la invencion.

INVENCION DE LAS 206 CONJUGACIONES.

Los gramáticos de mayor nota han creido que la inflexion simple de los verbos como *amo, amas, ama, amamos, amais, aman*, es más perfecta que la compuesta ó la que se hace por medio de un auxiliar, como *he amado, has amado, ha amado, hemos amado, habeis amado, han amado*; pero es un error manifiesto. Las cosas son más ó ménos perfectas en el uso del hombre cuanto son más ó ménos propias para el uso de las funciones á que son destinadas. Un cuchillo es más propio para cortar que una piedra, y la piedra es más propia para edificar casas que la tierra. El cuchillo en el primer caso es más perfecto que la piedra y esta más que la tierra en el segundo: de modo que las cosas se han de reputar más ó ménos perfectas respecto del ministerio á que son destinadas.

Bajo de estos supuestos si el verbo por medio de la inflexion simple no puede dar cumplimiento á su destino y si por la inflexion compuesta ó por el uso de los auxiliares, será más perfecto en este segundo caso, ó mejor solo en él será perfecto, porque solo en él puede dar cumplimiento á su destino. La inflexion simple ó el trastorno que se quiere hacer de las letras de una voz por más larga que esta sea, es insuficiente para darnos á entender la activa, la pasiva, los tiempos diferentes, los modos y las personas. Ejercítese el literato en combinar las letras de una voz cualquiera que ella sea, y preséntenos en ella otras tantas voces diferentes para indicarnos sin confusion los diferentes destinos de un verbo, y mientras tanto hagámosle una reflexion.

¿Hay algun idioma que en sus verbos evacue las funciones á que están destinados por la inflexion simple? ¿Qué tiempos, qué modos, qué personas simples tiene la lengua hebrea? No pueden sus gramáticos ménos de confesar el uso de sus participios con los auxiliares. Lo mismo nos habrán de confesar los de la árabe y demás hijas de la hebrea y aun los griegos, tan orgullosos con la simplicidad de sus inflexiones, y si quisiésemos apurar á estos idiomas que tanto decantan

la simplicidad de las inflexiones de sus verbos ¿no les haríamos ver que á más del uso de los participios claros y determinados son tambien de la misma naturaleza las que reputan por inflexiones si nples? ¿Qué cosas son los *amaveram*, *amavero*, *amavissem*, de la lengua latina? Pero no; no nos extendamos en una cosa tan sabida y bajo del supuesto de no ser suficiente la inflexion sencilla en los verbos para cumplir con sus funciones, creemos que en el idioma primitivo las conjugaciones serian compuestas y discurramos sobre las partes que habian de entrar en su formacion.

Para justificar los tiempos del modo actual accionario ó indicativo y su formacion, hicimos ver que lo primero que se inventó por el hombre en el verbo fué su infinitivo, esto es, dar nombre á una accion distinguiéndola de toda otra, y que la inflexion provino de la modificacion que se dió á esta voz ó infinitivo adoptado para nombre de una accion; y en efecto *amar*, *leer*, *escribir*, no son otra cosa que unos nombres con que damos á entender estas acciones. Supongamos, pues, que el primer verbo que se inventó fué *la*, y que esta vocecita se adoptó para dar á entender la accion de *amar*. Hé aquí el principio y origen de los verbos. No olvidemos esta vocecita y vamos á modificarla.

Hicimos ver igualmente en el paraje referido que la primera modificacion que recibiria el verbo en el mundo primitivo, habia de ser aquella que indicase el tiempo de su ejecucion, esto es, si se ejecutó antes del tiempo en que se hablaba: si su ejecucion era presente ó si habia de ser despues, esto es, en el tiempo que estaba por venir.

Dijimos tambien que de estas tres modificaciones, esto es, de los tiempos presente, pretérito y futuro en uso de la economía se adoptaria el que el no tener el infinitivo característica alguna, fuese señal de ser presente, pretérito ó futuro, y dimos á entender los poderosos motivos que nos obligaban á creer que el mismo infinitivo sin característica alguna serviría de pretérito.

Supongamos, pues, que para característica de presente, adoptasen los primeros hombres una vocecita que indicase permanencia como que querian dar á entender una accion que entonces mismo existia, y para el futuro otra que indicase su lejanía: que la vocecita permanente fuese la *ten* y la que indicase lejanía fuese la sílaba *co*. Hé aquí formado el verbo, su pretérito, su presente y su futuro. Coloquémoslo con su correspondiente significacion castellana separadamente para mayor claridad.

TIEMPOS.....	Verbo.....	La.....	amar.
	Pretérito...	la.....	amado.
	Presente....	laten....	amando.
	Futuro.....	laco.....	para amar.

Hecha esta operacion no necesitaban ya los hombres otra modificacion alguna en los verbos que querian dar á entender; pues todo lo demás podian lograrlo por medio del auxiliar que acompañase al pretérito, presente y futuro, segun lo exijiesen sus modos. Veamos, pues, de qué auxiliar ó auxiliares se valdrian para inflexionar sus verbos.

No parece difícil el dar con los auxiliares que usarian por primera vez los hombres. Todos aquellos verbos que unidos al infinitivo pretérito, presente, futuro y participios de otro verbo lo indicasen en la mútua comunicacion, servirian de auxiliares desde la más remota antigüedad. *Estar*, *ser*, *tener*, *hacer*, *haber* y otros innumerables de quienes hablaremos despues, tratando del verbo irregular, serian todos ellos auxiliares desde la creacion del hombre. Pero contraigámonos á nuestro caso, y discurramos cuál ó cuáles serian los auxiliares con que habia de formar el hombre primitivo las 206 conjugaciones con sus modos, tiempos y personas en el figurado verbo *la amar*.

La idea del hombre cuando comunica una accion en el modo indicativo es el dar á entender que el agente ó agentes estuvieron, están ó estarán haciendo la tal accion, ó que tuvieron, tienen ó tendrán hecho, haciendo ó por hacer alguna ó algunas cosas, ó que estuvieron, están ó estarán hechas; de modo que el verbo *estar*, *ser*, *haber* ó *tener* serian los auxiliares de este modo.

Si consideramos los modos habitual, potencial, voluntario, necesario, forzoso, optativo y penitudinario, veremos que la idea del hombre sería dar á entender que él ú otro tenian ó habian costumbre, potencia, voluntad, necesidad, precision, deseo ó pesar de esta ó la otra accion; por lo que no podemos dudar que el *haber* ó *tener* serian los auxiliares para estos modos, lo que nos obliga á adoptar por tal el mismo auxiliar para indicativo con preferencia al *estar* en las conjugaciones activas, puras y recipientes, y activas y pasivas mixtas; pues no tenemos duda que en las pasivas puras recipientes, serviria de auxiliar el verbo *ser*.

En cuanto á los modos imperativo y sujuntivo ó intencional, tenemos dicho en su lugar que su auxiliar en los verbos regulares habia de ser el irregular *hacer*.

Bajo de estos supuestos, entremos á formar las conjugaciones del verbo *la*, que hemos adoptado por paradigma, dándole la significacion de la voz castellana *amar*.

CONJUGACIONES DEL VERBO *LA*.

Como no podríamos dar á entender con la debida claridad por la diferencia de auxiliares que entran en las 206 conjugaciones, habla-

remos primero de aquellas á quienes el verbo *tener* ó *haber* sirve de auxiliar, y son las activas puras y recipientes, las activas y pasivas mixtas, así puras como recipientes en sus modos actual ó accionario, habitual, potencial, voluntario, necesario, forzoso, optativo y penitudinario en sus tres tratamientos cortés, femenino y masculino. Para esto supongamos que los primeros hombres adoptaron la letra *e* para significar el verbo auxiliar *haber* ó *tener* y fijemos las características que son necesarias para que dicho auxiliar *e* cumpla con sus funciones.

CARACTERÍSTICAS DE TIEMPOS.

No habiendo caracterizado en el verbo *la* sino el pretérito, el presente y el futuro, es preciso que el auxiliar de este verbo nos dé á entender cuando serán el pretérito, presente y futuro tiempos reales ó apostróficos. Usando de la debida economía, queremos que el auxiliar *e* sin más característica indique tiempo real, y que añadiéndole una *i* sea característica de tiempo apostrófico.

CARACTERÍSTICAS DE TRATAMIENTO.

Valiéndonos de la misma economía, fijamos por característica cortés en el auxiliar *e* el no tener carácter alguno, y por característica familiar la letra *j* antepuesta á dicho auxiliar.

CARACTERÍSTICAS DE PERSONAS.

Por la misma economía suponemos que el no tener característica alguna de persona el auxiliar, ha de ser señal de que el agente es tercera persona de singular, y el paciente la segunda masculina del mismo número.

Por la propia economía adoptamos por característica de tercera persona agente de singular el faltar en el auxiliar una característica de persona segun la exigencia de la inflexion. Adoptamos por característica de primera persona de singular paciente la *n* inicial al auxiliar, y la *t* final ó media en el mismo auxiliar para cuando sea agente ó recipiente.

La característica de segunda persona cortés paciente, será la letra

z inicial y la *zu* media ó final denotará la misma personas cuando es agente ó recipiente.

La segunda persona femenina tendrá por característica paciente la letra *n* pospuesta al auxiliar, á quien no antecederá persona alguna cuando esta persona es paciente, y cuando es agente ó recipiente, se conocerá por la característica de paciente que antecederá á dicho auxiliar.

La segunda persona masculina será paciente cuando el auxiliar no tenga característica alguna de paciente delante de ella: será agente cuando el auxiliar termina ó acaba en la letra *k* ó recibe en su centro una doble *a*.

La tercera persona será paciente en las conjugaciones corteses cuando precede al auxiliar la letra *d*, y en las familiares no necesita de característica alguna ni para ser agente ni para ser paciente; de modo que cuando en estas conjugaciones no hay característica de agente ni paciente, será señal de que una tercera persona de singular es el agente, y otra tercera del mismo número el paciente. Será recipiente esta persona cuando el auxiliar en su centro ó fin lleve una *a* sencilla.

La característica de primera persona del plural paciente, será la *g* inicial, y la *gu* media ó final hará que sea agente ó recipiente.

La característica de segunda persona del plural paciente, ha de ser una *z* inicial, y otra final unidas al auxiliar.

Ultimamente será característica de tercera persona del plural, una *z* final añadida á la inflexion de tercera persona de singular paciente.

Las características de agente y recipiente, se pluralizan añadiendo á las letras que las indican, una doble *e* cuando tienen consonantes; pero siendo vocales se sustituyen por la dicha letra *e* doble.

Las personas recipientes se distinguen de las agentes en que aquellas van colocadas inmediatamente despues del auxiliar, y por consiguiente anteriores á las personas agentes.

Hé aquí desenredado todo el embrollo que creyó el Cura de Montuenga en las 206 conjugaciones que asegurámos en nuestra Apología de la lengua bascongada, y que eran necesarias en un idioma perfecto á excepcion de dos palabritas que tenemos que decir acerca de las conjugaciones pasivas, así puras como recipientes, y de los modos imperativo y sujuntivo: y para hacer más demostrable cuanto hemos dicho, pondremos en práctica las reglas adoptadas, aplicándolas al verbo *ta*, primero en los tiempos, despues en las personas y últimamente en los modos. Los tiempos serán del modo indicativo como más numerosos en él. Haremos ver al mismo paso la diferencia de tratamientos, y advertimos que en los tiempos para no ser molestos, nos valdremos de la tercera persona de singular paciente y de la primera del mismo número agente.

CONJUGACION CORTÉS.

TIEMPOS..	Pretérito real.....	la-d-e-t.
	Pretérito apostrófico...	la-d-ei-t.
	Presente real.....	laten-d-e-t.
	Presente apostrófico....	laten-d-ei-t.
	Futuro real.....	laco-d-e-t.
	Futuro apostrófico.....	laco-d-ei-t.

La-d-e-t- en este caso, significaria lo mismo que en castellano *yo he amado á aquel.* El pretérito está caracterizado por la sílaba *la*, el que este pretérito sea real, esto es, próximo á aquella época en que uno habla, se conoce porque el auxiliar *e* no lleva característica alguna: se conoce que la persona agente es primera de singular por la *t* final que es su característica: se vé que la persona paciente es tercera del singular por la *d* inicial del auxiliar que adoptamos por su característica paciente. Ultimamente se viene en conocimiento de que la inflexion es cortés porque no lleva la característica *j* como primera letra del auxiliar que dimos por señal de conjugacion familiar.

La-d-ei-t. A esta inflexion corresponde la expresion castellana *yo habia amado á aquel.* El *yo* agente es la *t* final: el *habia* es el *ei* auxiliar: el *amado* es el *la* y el aquel está indicado en la letra *d* antepuesta al auxiliar, y diciendo que el *laten* hace ver el tiempo presente, y el *laco* el tiempo futuro, se habrá ya comprendido la gran filosofía con que se manejaria un idioma que formase de esta manera sus tiempos. Pasemos á las personas y formemos un tiempo, esto es, el pretérito real del mismo indicativo con sus ocho personas agentes, y como para esto es necesario que la paciente sea tercera persona de singular ó plural, por no tener lugar las ocho agentes siendo paciente otra cualquiera, nos valdremos para este efecto de la tercera de singular.

PRETÉRITO REAL DE INDICATIVO.

AGENTES.

Singular.	3.ª	la-d-e.
	2.ª cortés.....	la-d-e-zu.
	2.ª femenina.....	la-d-e-n.
	2.ª masculina.....	la-de-e-c.
	1.ª	la-d-e-t.

Plural....	3.ª	la-d-e-b-ee.
	2.ª	la-d-e-zu-b-ee.
	1.ª	la-d-e-gu.

Hé aquí inflexionado el pretérito real de la conjugacion primera cortés activa pura. En *la-de-e* no se registra característica alguna de agente, y esta circunstancia es señal de que la tal persona es tercera del singular, y esta inflexion corresponde en nuestro caso á la expresion castellana *aquel lo ha amado*. En *la-d-e-zu* la característica agente es la sílaba *zu*, y por ella entendemos la segunda persona cortés: la *n* es característica agente en la tercera inflexion, y nos dá á entender la segunda femenina: en la cuarta es la *c* final ó la *k* signo de segunda persona masculina: en la quinta es la *t*, de la cual se ha hablado en los tiempos. La sexta inflexion no tiene característica alguna de agente y por lo mismo conocemos que el tal agente es tercera persona, pero como en ella reconocemos la doble *e*, característica que pluraliza los agentes, conocemos que la tercera persona del plural es la agente de esta inflexion. La letra *b*, que se registra entre la *e* auxiliar y la doble *e*, característica de plural agente, es eufónica, y que no tiene otro ministerio que el de suavizar la expresion, que sería torpe por la monotonía de las tres *ee* seguidas. El agente de la sétima inflexion es la sílaba *zu*, la misma que en la segunda, pero pluralizada por la doble *e*, y eufonizada por la *b*, signo de segunda persona plural. En la octava inflexion la primera persona del plural es agente, porque reconocemos su característica *gu* al fin de ella. Todo lo demás correspondiente á las características de este tiempo está ya explicado anteriormente.

¿Puede darse, literatos, un tiempo inflexionado con más filosofía, con más propiedad, con mayor economía, con mayor claridad y con tanta facilidad? Pero no paran aquí las ventajas de este modo de inflexionar los tiempos. Mudad el auxiliar *e* en *ei*, y tendreis formado el pretérito apostrófico, esto es, aquel que los gramáticos llaman pluscuamperfecto. Sustituid la palabra *la-ten* indicativa de tiempo presente á la voz *la*, y tendreis formados los dos presentes, el real y el apostrófico. Haced lo mismo con el *ia-co* y hallareis los dos futuros, el real y el apostrófico. ¿Quereis, finalmente, que estas inflexiones corteses pasen á ser familiares? Mudad la *d* inicial del auxiliar en la letra *j*, y quedará satisfecho vuestro deseo. ¿Puede haber reglas más fáciles, más cortas y más inalterables que estas para inflexionar un verbo y variarle de tan diferentes maneras? Pero querreis quizá que os dé un ejemplo para el modo de variar conjugaciones; pues hasta ahora solo hemos hablado de la variacion de tiempos y personas, y no tengo reparo en ello.

MODO DE VARIAR LAS CONJUGACIONES.

Para dar una clara idea del modo de variar ó diversificar las conjugaciones de un verbo, haremos presentes en primer lugar las ocho conjugaciones activas puras en el mismo paradigma *la*, que hemos adoptado, valiéndonos para ello de la tercera persona de singular agente del modo indicativo y del tiempo pretérito real.

CONJUNACIONES...

1.ª.....	la-e
2.ª.....	la-e-n
3.ª	la-z-e
4.ª.....	la-n-e
5.ª.....	la-d-e
6.ª..	la-z-e-z
7.ª.....	la-g-e
8.ª..... ..	la-d-e-z.

Estas son las ocho conjugaciones primeras corteses activas puras, que en nuestro caso puede formar el verbo *la*. Su diferencia consiste en la diversidad de las personas pacientes. Estas personas pacientes ó sus características se han de hallar colocadas ántes del auxiliar formando una misma voz con él. En la primera conjugacion que es *la-e*, no hallamos característica alguna ántes del auxiliar *e*, ni despues de él, y este hecho es una señal evidente de que la persona paciente es la segunda masculina. Hemos colocado la primera de todas á esta conjugacion, por ser la radical de donde provienen las demás.

En la segunda conjugacion, que es *la-e-n*, tampoco hallamos característica alguna ántes del auxiliar, pero despues tenemos una *n*, que nos hace ver que la segunda persona femenina es la paciente.

En la tercera conjugacion, que es *la-z-e*, hallamos por característica paciente la letra *z*, y conocemos por ella á la segunda persona cortés.

En la cuarta conjugacion, que es *la-n-e*, tenemos por característica paciente la *n*, que es señal de primera persona de singular.

En la quinta, que es *la-d-e*, por la letra *d* antepuesta al auxiliar *e*, conocemos que la persona paciente es la tercera de singular.

En la sexta, que es *la-z-e-z*, por la *z* final conocemos que la *z* inicial se halla pluralizada, y que la persona paciente es segunda y cortés, pero plural.

En la sétima, que es *la-g-e*, por la *g*, que se ha de pronunciar como en *ga*, *go*, *gu*, sabemos que la persona paciente es primera del plural.

Ultimamente, en la octava conjugacion que es *la-d-e-z*, por la *d*

conocemos que la persona paciente es tercera, y la *z* última nos dá á entender que esta tercera persona es del número plural.

No hallamos en las ocho conjugaciones característica alguna de agente, y por este mismo hecho nos aseguramos en que la persona agente es tercera del singular.

¿No es bello, no es filosófico, no es económico esto modo analítico de diversificar las conjugaciones? Pero aun todavía démosle más realce, y presentemos á un golpe de vista las ocho conjugaciones con todas sus personas en el mismo modo indicativo, jugando solo del auxiliar.

CONJUGACIONES.

PERSONAS.	1.ª	2.ª	3.ª	4.ª	5.ª	6.ª	7.ª	8.ª
Singular								
3.ª	e.....	en	ze.....	ne	de.....	zez.....	ge	dez
2.ª	.....	.....	.....	nezu ...	dezu ...	.....	gezu...	dezuz
2.ª	.....	.....	.....	nen	den	.....	gen	denaaz
2.ª	.....	.....	.....	nec	dec.....	... .	gec	debaaz
1.ª	et.....	enaat..	zet.....	.....	det.....	zedaz...	.....	dedaz
Plural.								
3.ª	ebee ...	enabee.	zebee...	nebee ..	debee ..	zebeez .	gebee..	debeez
2.ª	.....	.....	.....	nezubee	dezubee	.....	gezubee	dezubeez
1.ª	egu....	engu...	zegu...	.....	degu...	zeguz..	.....	deguz

En esta tabla se vé con mucha más claridad la gran filosofía con que se inventó este modo de inflexionar los verbos. Los números que

están colocados horizontalmente indican las conjugaciones, y los que se hallan perpendiculares denotan las personas del tiempo ó las personas agentes. El tiempo que forman estas ocho conjugaciones del auxiliar, es real, indiferente para pretérito presente y futuro, cuyos caractéres corresponden al verbo que quiera inflexionarse por este auxiliar. Si aplicamos á este auxiliar el infinitivo de los verbos, formará cada una de las conjugaciones su pretérito real llamado por los gramáticos pretérito perfecto; de modo que contrayéndonos á nuestro caso, con el infinitivo *la* antepuesto á dicho auxiliar, hemos de formar ocho pretéritos reales de indicativo: con mudar la *la* en *la-ten* ocho presentes reales, que los gramáticos llaman presentes de indicativo, y mudando la en *ta-co* ocho futuros reales á quienes en las gramáticas llaman futuros imperfectos.

Con añadir al auxiliar *e* la letra *i* pospuesta, esto es, haciéndola *ei* pasarán el pretérito presente y futuro, que eran reales, á ser apostróficos, esto es, á equivaler á los tiempos que los gramáticos llaman pluscuamperfecto, pretérito imperfecto y aquel que debian llamar futuro imperfecto y no lo hallo en los indicativos de cuantas gramáticas he leido, como lo tenemos dicho anteriormente.

Los cajoncitos de la tabla que están vacios, indican la conjug - cion á quien pertenecen, no es susceptible de la persona ó agente de quien viene dirigida la línea.

Las *bb*, que se reconocen en algunas inflexiones de la tabla, son letras eufónicas.

Las *dd*, que se encuentran, en medio de las inflexiones, son características de primera persona de singular y equivalen á la *t*, que por su eufonía se muda en su afin *d*.

Las *aa*, que se hallan entre dos características consonantes impronunciables en una sílaba, son tambien eufónicas,con la diferencia de que siendo agentes pacientes ó recipientes las dos segundas personas femenina y masculina se hallará la *a* doble. Pasemos á hacer ver el modo con que las ocho conjugaciones activas puras pasarán á ser recipientes.

MODO DE FORMAR LAS CONJUGACIONES ACTIVAS PURAS RECIPIENTES.

Para formar las cuarenta y cuatro conjugaciones activas puras recipientes se ha de colocar la característica de aquella persona que ha de ser recipiente, inmediatamente despues del auxiliar, y con esta sola diligencia está evacuada la operacion, siempre que lleven las conjugaciones las tres características de personas pacientes, reci-

pientes y agentes expresamente, quiero decir, indicadas por tres letras de las que hemos dado ya razon. En este caso la persona agente será aquella cuya caracteristica sea la primera en el auxiliar, empezando por el fin de la diccion: la inmediata será recipiente y la última ha de padecer.

Pero si las personas ya agentes, ya pacientes se conociesen por el mismo hecho de no tener la voz auxiliar característica expresa de ellas, en este caso, para quitar inconvenientes, creemos que los primeros hombres inventarian una característica de conjugacion recipiente, que colocada inmediatamente despues del auxiliar nos diese á entender que la conjugacion era recipiente. Creemos tambien que esta letra seria una de las dobles, por ejemplo la *ts*, que en sus casos se mudase en sus afines *s*, *ch*, segun lo exigiese la eufonía. Tal es á lo ménos la práctica de aquel idioma que presentamos como primitivo al fin de estos discursos.

Con estas operaciones será fácil al lector formar en el verbo *la* las cuarenta y cuatro conjugaciones activas puras recipientes, y pasemos adelante.

MODO DE FORMAR LAS ACTIVAS MIXTAS.

Como las activas mixtas son aquellas conjugaciones en que la misma persona que hace es la que padece, poco tenemos que hacer en persuadir á los literatos que estas conjugaciones para ser análogas con las ideas del proferente han de ser medio activas y medio pasivas, y que debiendo ser compuesta toda inflexion regular, y jugada por medio de un auxiliar, como queda justificado, una de sus partes constitutivas habia de ser activa y la otra pasiva. Estamos persuadidos de que en el idioma primitivo serian tales las conjugaciones activas mixtas. Creemos que la parte que prestaba para la inflexion el verbo conjugable, seria activa, y que el auxiliar habia de ser el correspondiente á las conjugaciones pasivas puras. De esta manera corresponderia la inflexion con las ideas del proferente. Lo cierto es que así lo ejecuta la lengua que presentaremos como primitiva al fin de estos discursos. Este idioma recibe del verbo que quiere inflexionar las mismas voces que usa en las conjugaciones activas; pero no se vale del auxiliar activo, sino del verbo *ser*, que es propio para la inflexion pasiva. Es por lo mismo este idioma medio activo y medio pasivo en estas conjugaciones, que son verdaderamente mixtas de activa y pasiva.

¿Qué nos dirán ahora nuestros hebraicistas? ¿Por dónde podrán hacernos ver la propiedad de su hitphael? ¿Cuál es la parte activa y la parte pasiva de esta conjugacion para que puedan llamarla mixta ó

media? Creo firmemente que estos hebraicistas conocerán que el verbo hitphael no fué produccion de la naturaleza ni de hombres que filosofaron sobre ella, como que no supieron fijar en él las ideas que movilizan al hombre cuando quiere comunicar la accion de uno ó más sujetos padecida por ellos mismos. No hablemos de los árabes que están en el mismo caso, ni de otras lenguas que son hijas, madres ó lo que quieran de la hebrea.

Tampoco creo que los griegos se glorien en lo sucesivo de su indeterminado verbo medio, que unas veces es activo sin ser pasivo y otras pasivo sin ser activo; en una palabra, un verbo, ó mejor una conjugacion, que por sí no pertenece á clase alguna; pero dejemos esta materia y volvamos á seguir nuestra propuesta.

Una ha de ser la conjugacion activa mixta pura, por ser una sola la persona que en ella juega; pero han de ser ocho sus recipientes por ser otras tantas las personas que pueden entrar como dativos ó recipientes en la misma, y como la formacion de las recipientes se ha dado á entender en las activas de la misma clase, la omitimos por no ser necesaria.

MODO DE FORMAR LAS CONJUGACIONRS PASIVAS PURAS Y RECIPIENTES.

Todos los idiomas forman las conjugaciones pasivas puras y recipientes por medio del participio pasivo y del auxiliar *ser*, á excepcion de algunos que tienen tal cual tiempo simple. Ya hemos hecho ver que la inflexion compuesta es la más perfecta, por ser la única con que el verbo puede dar cumplimiento a las funcionss de su destino, y no tenemos que instruir á los lectores en su formacion, ya por la razon que acabamos de dar, ya tambien por la instruccion que les tenemos dada para que una conjugacion pase á ser recipiente. Concluimos, pues, este capítulo con decirles que el número de estas conjugaciones es el mismo que el de las activas mixtas.

MODO DE FORMAR LAS CONJUGACIONES PASIVAS MIXTAS.

De dos maneras explica el hombre por medio del verbo la pasion de uno ó más sujetos. Algunas veces su idea solamente se dirige á hacer ver la pasion sin consideracion á la persona ó personas que han sido agentes, como cuando dice *Pedro es muerto, los hombres fueron heridos*, y en este caso usa de las conjugaciones pasivas puras:

otras veces su idea no solo es dar á entender la pasion de uno ó más sujetos, sino tambien las personas que concurrieron como agentes. En este caso hay dos ideas, una principal, que es la de la pasion, otra ménos principal que es la accion, y exige la analogía que han de tener las ideas con la expresion, que el idioma se valga en estas ocasiones de una conjugacion cuya primera parte sea pasiva y activa la segunda.

Estas reflexiones nos hacen creer que los primeros hombres formarian en este caso sus conjugaciones con el participio pasivo á quien los gramáticos llaman participio de pretérito sin la mayor reflexion, no teniendo presente que este participio se usa en todos los idiomas con todos los tiempos pretéritos, presentes y futuros: pero ya que hemos tocado este punto, hagamos ver el orígen de este error, esto es, el de llamar participio de pretérito á un participio que es indiferente para todo tiempo, que puede indicarse en la conjugacion pasiva, y por lo mismo no debe ser llamado participio pasivo para distinguirle de los activos.

Los gramáticos latinos llaman indebidamente pretérito perfecto á las inflexiones, por ejemplo, *amatus ta tum sum vel fui*: pretérito pluscuamperfecto al *amatus, ta tum, eram vel fueram*, y futuro perfecto al *amatus, ta, tum ero vel fuero*, y nuestros gramáticos arrastrados por ellos, siguieron la misma práctica en sus respectivos idiomas y llaman aun como aquellos al *amatus, ta tum* ó á la voz correspondiente en su idioma participio de pretérito; pero ni estas inflexiones latinas están bien nombradas ni el participio que en ellas se usa.

Amatus, ta, tum sum vel fui comprende dos tiempos, uno presente real ó que llaman los gramáticos presente de indicativo, otro pretérito real, esto es, aquel que los gramáticos llaman pretérito perfecto *Amatus, ta, tum, sum* es un presente real: *amatus, ta, tum fui* es un pretérito real.

Amatus, ta, tum eram vel fueram comprende igualmente otros dos tiempos: uno es presente apostrófico, esto es, aquel tiempo que los gramáticos llaman pretérito imperfecto, y otro pretérito apostrófico, á quien los mismos gramáticos dan el nombre de pretérito pluscuamperfecto. *Amatus ta tum eram* es un presente apostrófico. *Amatus, ta, tum fueram* es un pretérito apostrófico.

Amatus, ta, tum ero vel fuero contiene igualmente dos tiempos, uno futuro real á quien los gramáticos llaman futuro imperfecto; otro futuro apostrófico á quien los mismos gramáticos dan el nombre de futuro perfecto. *Amatus ta tum ero* es un futuro real. *Amatus, ta, tum fuero* es ó debia ser un futuro apostrófico.

Hé aquí el participio *amatus ta tum* jugado con todos los tiempos de que es susceptible un verbo. Pues ¿por qué se ha de llamar participio de pretérito si lo hallamos con el presente y el futuro? ¿Por qué

el *amatus ta tum sum vel fui* ha de ser pretérito perfecto si el *sum* es una inflexion presente ó de un tiempo que es aquel en que nos hallamos, y el *fui* nos hace conocer un tiempo pretérito próximo á aquella época en que hablamos? ¿Por qué se ha de llamar pretérito pluscuamperfecto al *amatus, ta, tum eram vel fueram*, cuando por el *eram* indicamos un presente apostrófico, quiero decir, un presente, que aunque pasado en realidad es presente respecto de aquella época á que nos trasladamos apostróficamente? si el *fueram* es un pretérito apostrófico, esto es, un tiempo pretérito respecto de la época á que nos apostrofamos? ¿Por qué, finalmente, al *amatus, ta, tum ero vel faero* se ha de llamar futuro perfecto, cuando el *ero* y el *fuero* son diferentes tiempos, el *ero* un futuro real y el *fuero* un futuro apostrófico? Llamemos, pues, participio pasivo al *amatus, ta tum*, y recordando á los latinos, griegos y demás idiomas que se precisan de tener inflexiones simples, el uso de estas compuestas, y que esta mezcla de inflexiones simples y compuestas es una señal nada equívoca de que sus lenguas son modernas respecto del mundo primitivo, é hijas á lo ménos de dos madres, una cuyas inflexiones eran simples, otra cuyas inflexiones eran compuestas. Contraigámonos á nuestro caso.

Deciamos que los primeros hombres formarian las conjugaciones pasivas mixtas por medio del participio pasivo y el auxiliar activo. El participio pasivo de nuestro verbo *la*, á quien hemos dado el significado de *amar*, sería *lia*, segun se hará ver hablando de los participios: de modo que anteponiendo este participio al auxiliar activo se formarán otras cincuenta y dos conjugaciones pasivas mixtas, ocho puras y cuarenta y cuatro recipientes; pero sin embargo, no es bastante esta advertencia para formar los tiempos correspondientes en estas cincuenta y dos conjugaciones, porque no caracterizando el auxiliar activo sino dos tiempos, es á saber, el real y apostrófico, no podria nos saber si estos tiempos eran pretéritos, presentes ó futuros. Tampoco podia informarnos en este particular el participio pasivo *lia* como indiferente para todos los tiempos.

En este supuesto el idioma primitivo habia de determinar el hallar una característica para fijar al auxiliar real y apostrófico en los tiempos pretérito, presente y futuro. Esta característica para el pretérito sería el no tener carácter alguno por exigirlo así la economía del idioma, como lo llevamos justificado repetidas veces. Para indicar el presente se valdria del infinitivo del mismo auxiliar, y para el futuro añadiria á este infinitivo la terminacion futura *co*, de quien hemos hablado en las conjugaciones activas puras.

Supongamos, pues, que el infinitivo del auxiliar *e* sería *eu*, y tenemos formada la característica de presente. Pospongamos á este infinitivo la terminacion futura *co*, y resultará *euco*, y tenemos la característica para el tiempo futuro. Unamos el participio pasivo con el auxiliar *det* y *deit*, y formaremos el pretérito real *lia-det* y el apos-

trófico *lia-deit*. Introduzcamos entre el participio pasivo y el auxiliar el infinitivo de este, que es *eu*, y formaremos el presente real y apostrófico. *Lia-eu-det* será presente real: *lia-eu-deit* será el apostrófico. Hagamos lo mismo con el *euco* y resultará el futuro: *lia-euco-det* será futuro real: *lia-euco deit* será el apostrófico.

MODO DE FORMAR LAS CONJUGACIONES FAMILIARES.

Hasta aquí hemos hecho ver el modo de formar las 122 conjugaciones corteses y resta el que hagamos lo mismo respecto á las ochenta y cuatro familiares que restan para el complemento de las 206, esto es, cuarenta y dos femeninas y otras tantas masculinas.

Para que las conjugaciones corteses pasen á ser familiares, no hay qué hacer otra cosa que anteponer al auxiliar la consonante *j* suprimiendo la *d* inicial donde la hubiese, pues en las conjugaciones familiares el no haber característica de agente y paciente es señal de que una y otra son terceras de singular: *la-de*, quinta conjugacion activa pura cortés pasará á ser familiar trocando la *d* en *j* y sonará *la-je*; pero como esta conjugacion ha de ser femenina ó masculina, necesita otra característica pospuesta al auxiliar. La *n* final ó media ligimos que era característica de segunda persona femenina y la *c* ó *k* final la de la segunda masculina: *la-den* por lo mismo será conjugacion femenina: *la-dec* masculina. Pongamos otro ejemplo.

La-ne es la cuarta conjugacion activa pura cortés. Coloquemos la *j* ántes del auxiliar *e*. Serán impronunciables la *n* y *j* en una sílaba. Hagamos que intervenga la vocal *a* como eufónica: sonará *la-naje*, y será una conjugacion familiar. Pospongamos la *n*: sonará *la-jen*, y será conjugacion femenina: pospongamos la *c* final ó la k: sonará *la-najec* y será una conjugacion masculina. Hágase esta misma operacion con todas las demás conjugaciones en que no intervengan las segundas personas de singular y plural, y se formarán cuatro conjugaciones femeninas y otras tantas masculinas activas puras. Obsérvense las reglas que se han dado para que las conjugaciones puras pasen á ser recipientes, y resultarán doce activas recipientes femeninas y otras tantas masculinas. Hágase lo mismo en las pasivas, en las activas mixtas y en las pasivas mixtas, y llegará el literato á formar en el verbo *la* ochenta y cuatro conjugaciones familiares, cuarenta y dos femeninas y otras tantas masculinas. Con esta operacion palpará la posibilidad y facilidad de las 206 conjugaciones y 3952 personas que de ellas resultan, como tambien de los 5562 tiempos, con enterarse del modo fácil de formar los modos que siguen inmediatamente.

FORMACION DE LOS MODOS DEL VERBO.

El modo indicativo no necesita característica de modo: el no tenerla sirve de señal de hallarse el verbo en el modo indicativo ó accionario. Pasemos á los demás modos.

Supongamos que la característica del modo habitual sea la sílaba *oi*: la del potencial *al*: la del voluntario *nai*: la del necesario *biar*: la del forzoso *era*: interpongamos estas características entre el verbo y el auxiliar, y resultarán los modos expresados. *La-de* interpuesta la sílaba *oi* sonará *la-oi-de* y pasará á ser modo habitual: *la-al-de* será modo potencial: *la-nai-de* voluntario: *la-biar-de* necesario: y *la-era-de* forzoso. Estos modos tienen dos tiempos, uno próximo y otro remoto; el próximo es el formado y el remoto ó apostrófico resulta mudando el auxiliar *e* en *ei*. En cuanto á la variacion de personas la prestará el mismo auxiliar. Pasemos á la formacion de los demás modos.

Supongamos que el modo optativo y penitudinario se quieran formar mudando el auxiliar *e* en *eu*: ya esta nota es suficiente para que el modo sea optativo ó penitudinario, pero no es suficiente para saber cual de los dos modos sea. Queremos, pues, que con el auxiliar *eu* sea penitudinario, y para que sea optativo se le añada una característica de futuricion por ser toda optacion de cosa futura, y que esta característica sea la sílaba *que*. En este caso el indicativo *la-de* pasará á ser penitudinario con añadirle una *u* y sonará *la-deu*. El penitudinario tiene tres tiempos, pretérito, presente y futuro. *La-deu* será pretérito por ser la voz *la* indicativa de este tiempo como lo tenemos dicho. *Laten-deu* será presente y *laco-deu* será futuro.

El *la-deu* penitudinario pasará á ser optativo añadiéndole la sílaba *que* y sonará *la-deu-que* y será futuro, pues este modo no admite otro tiempo. Pasemos á los modos imperativo y sujuntivo ó intencional.

Dijimos hablando de estos modos que se diferenciarian de los demás en su auxiliar, y que este habia de ser deducido del verbo *hacer*, y queremos que sea su infinitivo y este la voz *eta*. Este infinitivo unido con el verbo *la*, será señal de que este se halla en el modo imperativo ó sujuntivo; pero no sabriamos cual de los dos modos habia de ser, y como hablando del sujuntivo dijimos que la característica más propia para este modo era la letra *n*, haremos que el *eta* sea característica de imperativo, y el *etan* del sujuntivo ó intencional. Bajo de estos supuestos formaremos estos dos modos.

La-de, quinta conjugacion activa pura y modo indicativo, pasará á ser imperativo mudando el auxiliar *e* en *eta* y sonará *la-deta*. El im-

perativo ha de tener dos tiempos, presente y futuro como quedó justificado hablando de los tiempos de este modo. Queremos por lo mismo que *la-deta* sea presente, y que el futuro resulte añadiendo una *i* al auxiliar y sonará *la-detai*. Nada tenemos que decir sobre la formacion de conjugaciones, así puras como recipientes, de personas, etc.; pues tenemos ya dadas las instrucciones necesarias para ello. Pasemos al intencional ó sujuntivo.

La misma quinta conjugacion de las activas puras *la-de* del modo indicativo, pasará á ser sujuntivo ó intencional, mudando el auxiliar *e* en *etan* y sonará *la-detan*. Sin embargo, con esta inflexion no tendremos otra nocion que la de hallarse el verbo *la* en el modo sujuntivo ó intencional, é ignoramos qué tiempo sea. Veamos los medios que podrán adoptarse para expresar sus tiempos.

Hablando de ellos dijimos que estos habian de ser cuatro, dos presentes y dos futuros, uno y otro divididos en reales y apostróficos. Hagamos que el mismo auxiliar sea signo de tiempo real, y que *etain* indique el apostrófico. Unidas estas dos inflexiones del auxiliar con el infinitivo ó verbo *la* formará los dos presentes. *La-detan* será presente real: *la-detain* será apostrófico, y mudando el verbo *la* en *laco* formaremos los dos futuros. *Laco-detan* será futuro real y *laco-detain* será apostrófico. En cuanto á mudar conjugaciones y personas así agentes y pacientes como recipientes, tenemos dadas las instrucciones necesarias.

He aquí vencidas todas las dificultades que amontonadamente y como en globo se presentaron á la imaginacion de muchos de nuestros literatos cuando vieron estampado en nuestra Apología de la lengua bascongada que todo verbo para ser perfecto habia de tener 206 conjugaciones, 206 presentes de indicativo, 206 imperativos, etc. Pero ¿qué dirán ahora? ¿Negarán la posibilidad despues de esta palpable demostracion? ¿Negarán que las combinaciones relacionarias, que pueden tener las personas en el verbo ó la accion son 206 ni más ni ménos despues de haberles hecho ver estas diversas combinaciones una por una en otras tantas expresiones castellanas? ¿Negarán que la expresion natural del hombre es una imágen de la idea que quiere comunicar, despues que hemos justificado con la mayor claridad al principio de esta obra en el cotejo de los gestos ó las acciones con la voz? ¿Negarán últimamente que las ideas que tenemos de agente, de paciente y de recipiente son ideas compuestas y formadas de una persona y de la accion, pasion ó recepcion de ella? No es posible. Pues tampoco lo es el que dejen de confesar la necesidad de 206 conjugaciones para analoguizar estas ideas y sus diversas combinaciones. ¿Dirán, en fin, que no hay idioma que tenga esta multitud de conjugaciones, esta infinidad de modos, estos innumerables tiempos y tanto número de personas como hemos especificado poco hace? Bien puede ser, pero quedarán desengañados al fin de estos discursos cuando les hagamos ver

todos ellos con la mayor claridad y distincion en aquel idioma que perfecto en esta y en todas las demás partes de su mecanismo, les presentaremos como primerizo de todos.

De todo lo que hemos dicho acerca del verbo, se deduce que ningun idioma perfecto puede conocer otro género de verbos que el sencillo y el doble, por no ser más las diferentes acciones ó modos de obrar que tienen los agentes en la naturaleza: que cada uno de estos modos de accionar se ha de comunicar por el hombre cortés ó familiarmente segun lo exija el sujeto á quien es dirigido el habla: que en el trato familiar se ha de distinguir el sexo femenino del masculino: que el verbo así sencillo como doble, ha de ser de ocho diferentes maneras, ó para explicarme al estilo gramatical, ha de tener ocho voces: que en estas ocho voces se han de formar 206 conjugaciones: que cada una de estas conjugaciones ha de tener once modos: ocho tiempos: otras tantas personas y 30952 inflexiones: últimamente que estas inflexiones cada una de ellas ha de tener tres características, la una para cuando se quiera afirmar ó negar cierta, dudosa ó probablemente, y para que á un golpe de vista pueda hacerse cargo el lector de estas nociones, hemos determinado poner la tabla siguiente:

VERBO.

DIVÍDESE.

EN..... ..... { Sencillo y doble.

TIENE.

TRATAMIENTOS... { Cortés. Femenino. Masculino.

VOCES..... { Activa pura. Activa recipiente. Pasiva pura. Pasiva recipiente. Activa mixta. Activa mixta recipiente. Pasiva mixta. Pasiva mixta recipiente.

CONJUGACIONES..	Activas puras.....	016
	Activas recipientes.....	068
	Pasivas puras.....	003
	Pasivas recipientes.....	016
	Activas mixtas.....	003
	Activas mixtas recipientes.....	016
	Pasivas mixtas.....	016
	Pasivas mixtas recipientes.....	068
	Total.....	206

MODOS.....
- Infinitivo.
- Indicativo ó accionario.
- Habitual.
- Potencial.
- Voluntario.
- Necesario.
- Forzoso ó voluntario.
- Imperativo.
- Intencional ó sujuntivo.
- Optativo.
- Penitudinario.

TIEMPOS.....
- Pretérito..... Real. / Apostrófico.
- Presente..... Real. / Apostrófico.
- Futuro..... Real. / Apostrófico.

PERSONAS.....
- Singulares.....
  - Primera.
  - Segunda cortés.
  - Segunda femenina.
  - Segunda masculina.
  - Tercera.
- Plurales.....
  - Primera.
  - Segunda.
  - Tercera.

INFLEXI NES	Activas puras y recipientes.....	12.132
	Activas mixtas y recipientes.....	03.344
	Pasivas puras y recipientes	03.344
	Pasivas mixtas y recipientes	12.132
	Total	30.952

EXPREXIONES....
- Ciertas.
- Dudosas.
- Probables.

Hasta aquí hemos hablado de las inflexiones regulares de los verbos, y que deben seguir todos ellos sin discreparse en característica alguna indicativa de sus conjugaciones, tratamientos, voces, perso-

nas é inflexiones; pero como un idioma perfecto no puede formar este juego compuesto de sus verbos sin el socorro de los auxiliares, es necesario que haya algunos verbos, que á más de esta inflexion compuesta regular tengan una inflexion simple, á los cuales llamaremos verbos irregulares, no porque sean imperfectos, sino por la diferencia de perfeccion que tienen sobre todos los demás, como que son el alma y el nervio de las admirables conjugaciones de que acabamos de hablar.

VERBOS IRREGULARES.

Llaman verbos irregulares los gramáticos á aquellos que en esta ó la otra inflexion pierden ó truecan alguna letra ó sílaba contra la costumbre ordinaria de los demás verbos de su clase. Tales son en la lengua castellana los verbos *hacer*, *coger*, *tener* y otros innumerables.

Esta irregularidad es imperfeccion siempre que para la mutacion de las letras no intervenga la eufonía, como que es una mutacion ó supresion de letras hecha sin necesidad por una necesidad hija de una imperfeccion. En efecto ¿por qué se dice *cojo* y no se dice *cabo*? No hay otra razon sino porque el verbo *caber* se inventó sin miramiento al nombre *cabo* ó al revés. ¿Por qué en el verbo *hacer* el participio pasivo es *hecho* y no *hacido*? No sé por qué, ni aun qué razon haya para no decir *ponido* y decir *puesto*, para decir *abierto* y no *abrido*, etc.

No fueron así los verbos en el primitivo idioma, y no sé yo si los niños no nos dan una prueba evidente de esta verdad cuando en sus primeros ensayos siguen con todo verbo la inflexion regular: pero sea lo que fuese de esto, lo cierto es que el idioma primitivo y otro cualquiera que ha de ser perfecto, debe tener verbos irregulares, pues sin ellos no puede inflexionar sus verbos con la analogía que hemos dado á entender en su lugar, porque siendo necesario un auxiliar para este efecto, claro está que este no podia ser compuesto sino simple y por lo mismo inflexionado de distinta manera que los demás. Y ¿qué verbos habian de ser estos? No es difícil el determinarlo.

Siendo necesaria y precisa en los idiomas la irregularidad de algunos verbos para que se verifique en los demás su inflexion, segun lo tenemos dicho, es visto que solo pueden ser irregulares aquellos cuya significacion es proporcionada para servir de auxiliar y dar á entender en los demás verbos aquella modificacion bajo de la cual se quieren presentar en la mútua comunicacion. Se quiere decir que solo han de ser irregulares aquellos verbos que pueden servir de auxiliares: de modo que toda la dificultad consiste en averiguar las circunstancias que han de tener para este efecto.

Un auxiliar no es otra cosa verdaderamente que un verbo que nos dispone á efectuar otro, quiero decir, una accion que ha de preceder á otra ó ha de dar á entender nuestra disposicion para ella. De aquí es que pueden ser auxiliares todos los verbos de movimiento, porque esta accion es precisa para ejecutar otras acciones innumerables, quiero decir, todas aquellas para cuyo logro es preciso moverse. No puedo, por ejemplo, ver la corrida de toros sin ir á la Plaza. En este caso la accion de *ir* es un auxiliar de la accion de ver la corrida de toros, una accion necesaria para este efecto. Si vuelvo á casa, es necesario que esta accion se ejecute como auxiliar de otra que voy á lograr en dicha mi casa, como son dormir, comer, descansar en ella. Infiérese de aquí que han de ser irregulares en primer lugar los verbos *ir*, *venir*, *andar*, *traer*, *llevar*, etc.

Han de ser irregulares en segundo lugar aquellos verbos cuya significacion es una disposicion necesaria para la ejecucion de ciertas y determinadas operaciones. El saber, por ejemplo, es una disposicion precisa y necesaria para enseñar, instruir ó ejecutar esta ó la otra operacion, pues el verbo *saber* ha de ser irregular. El ver, el oir, son disposiciones precisas para ejecutar ciertas operaciones, y hé aquí la precision de que el verbo *oir* y *ver* sean irregulares. El poder, el querer, el necesitar, la costumbre, el precepto, la fuerza, son otras tantas especies accionarias precisas y necesarias para la ejecucion de las acciones, y hé aquí otro motivo de que sean irregulares en los idiomas los verbos *poder*, *querer*, *acostumbrarse*, *forzar*, *necesitar*, *mandar*; pero como todas estas acciones figuradas no son otra cosa que una modificacion de aquellas á que nos lleva el hábito, la potencia, la voluntad, la necesidad, la fuerza y el precepto, por esto es que en un idioma perfecto han de tener los verbos otros tantos modos, como ya lo tenemos dicho.

En tercer lugar han de ser irregulares aquellos verbos cuya significacion es en los agentes tan necesaria, que sin ella no pueden ejecutar ni aun por casualidad sus operaciones. Tales son el *ser* y el *existir* para obrar cualquiera que sea la accion que se ha de ejecutar, y por lo mismo el verbo *ser* y el *estar* han de ser irregulares. Por la misma razon ha de ser irregular el verbo *haber* ó *tener*, ya para dar á entender las acciones de *dar*, *entregar*, *regalar*, etc., ya tambien para hacer ver todo indicativo ó modo accionario, que no es otra cosa que un medio de haber poseido, ténido ó habido tal ó tal sujeto esta ó la otra accion ó de estarla actualmente poseyendo, teniendo ó habiendo, ó haber de poseerlo, tenerlo ó haberlo en un tiempo posterior.

Hé aquí justificada la necesidad de verbos irregulares. Hé aquí unas reglas nada equívocas para conocer cuáles hayan de ser estos verbos. Hé aquí, finalmente, una irregularidad perfecta como dictada por la misma naturaleza de un idioma perfecto: una irregularidad que por lo mismo hubo de tener el primitivo idioma; pero la hubo de

tener solamente en los verbos que van referidos y no en otro alguno. Lo cierto es que una lengua que usase de estos irregulares con el miramiento que va especificado, seria bella, sería filosófica y no podria ménos de agradar al literato. Tal es, pues, el lenguaje que presentamos como primerizo al fin de estos discursos. Pasemos á dar todavía una ojeada á estos verbos irregulares.

Los verbos que han de ser irregulares en un idioma perfecto, no por eso han de carecer de la inflexion regular. No son verbos de peor condicion que los demás: están destinados por naturaleza como todos los demás á significar la accion; y la inflexion irregular en ellos no hace sino realevar su mérito como que son juzgados por la misma naturaleza dignos de regir y gobernar en el ejercicio de sus funciones á los demás verbos. Era, pues, justo que estos verbos irregulares tuviesen una inflexion como verbos para no ser inferiores y de peor calidad que sus compañeros y otra inflexion para sobresalir entre ellos: una inflexion compuesta, que es la regular. y otra simple ó sencilla, que es la irregular. Pero ¿cuál habia de ser esta inflexion irregular.

Siendo el ministerio de los auxiliares el indicar los tiempos real y apostrófico, y el del verbo inflexionado el dar á entender si estos tiempos son pretéritos, presentes y futuros, cada uno de los verbos irregulares ha de tener dos diferentes inflexiones sencillas ó simples, una que indique el tiempo próximo á aquel en que se habla, y otra que denote que este tiempo es remoto á la época en que hablamos. Estos dos tiempos aplicados al pretérito que prestaria el verbo inflexionado, harán que este pretérito pase á ser real con el primer tiempo, y con el segundo á ser apostrófico, como lo hicimos ver cuando presentamos las reglas de las 205 conjugaciones en el verbo *la* que adoptamos para este efecto, y se podrá ver en el capítulo antecedente. Pero como estos verbos irregulares muchas veces indican indefinidamente la accion ó el verbo que de ellos resulta, como se vé en las expresiones *quiero comer*, *acostumbro beber*, *deseo escribir*, etc., aunque somos de parecer de que el primitivo idioma usaria en este caso del modo voluntario, potencial y optativo de los verbos *comer*, *beber* y *escribir*, daremos una regla para que dichos verbos irregulares sin más tiempos simples, puedan indicar si estos son presentes, pretéritos ó futuros. Serán presentes cuando no llevan característica alguna: serán pretéritos si entre estos dos tiempos y el infinitivo, media el infinitivo del verbo irregular *ser*, y serán futuros si á este infinitivo del verbo *ser* se le añade la terminacion *co* que como llevamos dicho es señal de futurición. Para que mejor se entienda valgámonos de un ejemplo.

Supongamos que queremos inflexionar la expresion *acostumbro beber* en todos sus tiempos. Supongamos tambien que para acostumbrar tenemos en uso el verbo irregular *o*, y que este sea característico de tiempo real, y que para indicar el apostrófico reciba despues de sí

una *i*. Supongamos igualmente que la persona paciente es tercera de singular, y que el tratamiento es cortés. Como la característica de esta persona paciente es la *t* inicial, el auxiliar en sus dos tiempos *o* y *oi* pasará á sonar *do* y *doi*. Así mismo se supone que la persona agente es primera de singular, y como su característica es la *t* final ó media, el *do* y el *doi* pasarán á sonar *dot* y *doit*. Hé aquí preparado el auxiliar en sus dos tiempos. Supongamos finalmente que por *beber* usamos del verbo *ma*. Contraigámonos á nuestro caso.

Como una de las reglas que debe tener presentes todo idioma perfecto es la economía, queremos que antepuesto el infinitivo *ma* al *dot* y *doit* sea presente: que el pretérito resulte interponiendo entre el verbo *ma* y el auxiliar el infinitivo del verbo irregular *ser*, y que este infinitivo sea *ne*: últimamente que posponiendo á este infinitivo la terminacion *co* represente el fututo. La operacion será bella, económica, y muy claros los tiempos que se indican, como se demuestra en la tabla siguiente:

TIEMPOS...	Presente	real.....	ma-dot.
		apostrófico...	ma-doit.
	Pretérito	real.....	ma-ne-dot.
		apostrófico...	ma-ne-doit.
	Futuro	real.....	ma-neco-dot.
		apostrófico...	ma-neco-doit.

Ma-dot significará en nuestro caso ó equivaldrá á la expresion castellana *yo acostumbro beber* tal ó tal licor. *Ma-doit, yo lo acostumbraba beber; ma-ne-dot, yo acostumbré ó he acostumbrado beberlo: ma-ne-doit, yo habia acostumbrado beberlo: ma-neco-dot, yo acostumbraré beberlo: ma-neco-doit, yo hubiera acostumbrado beberlo.* Consúltense para mayor inteligencia los excelentes verbos irregulares de aquel idioma que presentaremos como primitivo al fin de estos discursos.

PARTICIPIOS.

Segun la literal significacion de la palabra participio, habian de ser tales todas aquellas voces que en su formacion resultasen de dos ideas cualesquiera que ellas fuesen, quiero decir, aquellas voces que

nos representase dos ó más ideas unidas entre sí; pero los gramáticos solo entienden por participios aquellas palabras que dándonos á entender una accion, se presentan en los conceptos con caractéres del nombre. Tales son las voces *veedor*, *amante*, *zapatero*, *intendente*, *corregidor*, etc. Sin embargo no son conocidas todas ellas por participios. Son llamados así solamente el *amante*, el *amado* y otras voces de esta naturaleza conocidas en las gramáticas con los nombres de participios, de presente y de pretérito, y algunos idiomas tienen tambien participios llamados de futuro en *rus* y futuro en *dus*. A otras voces que son participios igualmente que las anteriores, llaman nombres verbales. Tales son las palabras *amable*, *plausible*, *pensativo*, *fugitivo*, etc. Otras voces hay finalmente á quienes se les niega así el nombre de participios como el de verbales, y andan confusos y oscurecidos entre la multitud de los nombres. Tales son las voces *zapatero*, *peluquero*, *comerciante*, *músico*, y otros innumerables que son verdaderos participios.

Esta confusion ha provenido de no haberse formado los participios en la mayor parte de los idiomas con aquel miramiento que exijia la claridad de los conceptos. Nos hallamos persuadidos que el idioma primitivo formaria todos los participios con ciertas ideas que averiguadas, podrán conducir para clasificar toda voz que verdaderamente fuese participio. Discurramos sobre este particular: investiguemos el orígen de los participios: consultemos las ideas del hombre en su invencion, y procuremos llegar á la averiguacion de las clases diferentes que debe formar esta parte de la oracion.

Desde la más remota antigüedad tuvieron orígen los participios. No bien empezó el hombre á comunicar sus ideas por medio del habla, cuando se vió precisado á inventar los atributos. Su primera expresion era una proposicion ó un verdadero juicio. Él quiso decir algo, y quiso decir de alguno: hé aquí un sujeto y un atributo: el sujeto habia de ser un ente real ó imaginario: el atributo una cualidad ó circunstancia observada en el sujeto. Estos atributos son innumerables, y pueden provenir del nombre que se da á todo aquello que puede diversificar á un sugeto de otro, y así es que en una proposicion ó juicio, no son otra cosa que una diferencia del sujeto ó sujetos á quienes son aplicados.

Las acciones ó los verbos son una verdadera cualidad ó distintivo de los sujetos. El zapatero se distingue del labrador por las acciones diferentes que ejercen uno y otro. Zapatero es lo mismo ó debia ser aquel que hace zapatos, y no habia de llamarse labrador sino aquel que labraba alguna cosa. Es visto, pues, que este género de voces con que llamamos á toda especie de oficiales, son verdaderamente participios, y que para ser legítimamente tales, debian hacernos ver la accion que ejecutaban aquella clase de sujetos á quienes eran aplicados. No tenemos duda por lo mismo que en el idioma primitivo serian

de esta naturaleza todos los nombres de oficio, como lo hicimos ver hablando de ellos en el tratado del nombre. Lean los literatos este tratado, y verán en él diversas especies de participios formados con la más natural y bella analogía, unos por medio del verbo hacer; otros por el de *cuidar*, *atender*, *inclinarse*, y la voz que era signo de la cosa hecha, cuidada, etc., pues omitimos por lo mismo hablar de ellos en este paraje.

Exceptuando estos participios, los demás son conocidos entre los gramáticos ó con el nombre de participios ó con el de verbales. Hablemos primero de los llamados participios: trataremos despues de los que se conocen con el nombre de verbales; pues de esta manera nos daremos á entender mejor para con los gramáticos.

Los participios llamados así en las gramáticas, son el de presente, el de pretérito y el de futuro, ó lo que es la misma cosa participio activo, participio pasivo, de futuro en *rus* y de futuro en *dus*: llaman tambien al participio de pretérito supino en *um* y en *u*, y gerundios á los participios pasivos futuros, ya de genitivo, ya de dativo, ya de acusativo, ya finalmente de ablativo; pero todas estas determinaciones son insignificantes y efectos de la oscuridad de los idiomas acerca de los verdaderos participios, y todo ha provenido de la imperfeccion con que inflexionan sus verbos. Aclaremos este punto y veamos cuantos deben ser y cuales estos participios.

Los participios que nos ocupan, deben ser en un idioma perfecto otros tantos como son las inflexiones de sus verbos y deben tomar su denominacion de dicha inflexion. Ha de haber por lo mismo participios corteses, femeninos y masculinos, y estos han de ser activos, pasivos ó mixtos: presentes, pretéritos ó futuros: de primera, segunda cortés, segunda femenina, segunda masculina y tercera persona de singular: de primera, segunda y tercera del plural. De lo contrario los participios serán confusos, serán indeterminados, no serán analógicos, no serán propios.

En efecto, ¿qué participio es el *amans* del latin y el *amante* del castellano y otros de esta naturaleza en los demás idiomas? Me dirán que son participios de presente y yo los veo representar con igual indiferencia el presente de indicativo y el pretérito que llaman imperfecto, y lo mismo me sucede con los participios de pretérito, que unas veces corresponden al pretérito que llaman perfecto y otras al llamado pluscuamperfecto, y así respectivamente con el participio de futuro. Observo tambien que estos participios llamados de presente, de pretérito y de futuro son comunes á todos los tiempos. Se dice *soy, era, fuí, he sido, había sido, seré, habré sido amante* y tambien *amado*, y en todos estos tiempos vemos colocados á los participios de futuro en *rus* y en *dus*. Y ¿qué es esto sino una confusion, desórden é indeterminacion?

Si los participios que nos ocupan han de determinar ó indicar un

agente ó un paciente, ha de haber tantos participios agentes cuantas son las inflexiones activas, y tantos pacientes cuantas son las inflexiones de esta naturaleza, y lo mismo digo de los participios mixtos; pues si las conjugaciones activas y pasivas han de formar participios, no son de peor condicion las conjugaciones mixtas, y si ha de haber participios de presente, de pretérito y de futuro, ha de haber tambien participios reales y apostróficos, esto es, participios distintos para los dos presentes, dos pretéritos y dos futuros, quiero decir, un participio, por ejemplo, para el presente que se llama de indicativo, otro para el pretérito imperfecto; un tercero para el pretérito perfecto, un cuarto para el pluscuamperfecto, un distinto para el futuro imperfecto, y últimamente un sexto participio que sea propio y peculiar al futuro perfecto. A más cada uno de estos tiempos habia de tener tantos participios cuantas eran sus personas, y para decirlo todo en una palabra, cada uno de los verbos en un idioma perfecto habia de tener 30.952 participios, por ser otras tantas las diferentes inflexiones como largamente hicimos ver hablando de los verbos.

En efecto ¿en qué se diferencian estos participios de los verbos? En ninguna otra cosa sino en que se nos representan revestidos de los caractéres del nombre. Pues ¿por qué no han de llevar las características de inflexion, de quien toman su origen? *Qui amo* participado es *amans*, pero no tiene el carácter de primera persona como lo tenia la voz *amo*. *Qui amas* participado es tambien el mismo *amans*; pero le falta igualmente la característica de segunda persona que tenia la palabra *amas*: de modo que el participio *amans* no determina persona alguna que sea amante. Este mismo participio sirve tambien para el pretérito imperfecto, y no hay duda que es confuso como que no señala el tiempo ni las relaciones personales, que segun tenemos justificado en el verbo han de verificarse en toda accion que se comunica en tiempo y persona. Por lo mismo nos hallamos vivamente persuadidos de que el idioma primitivo tendria 30.952 participios, y los mismos son los que en cada uno de sus verbos tiene aquel idioma que presentamos por primitivo al fin de estos discursos. Pasemos á los verbales.

Llaman así los gramáticos á los participios acabados en *bilis* como *amabilis*, *docebilis*, etc., y significan *digno de ser amado*, *de ser enseñado*. Los castellanos acaban estos participios en *ble* como *apreciable*, *potable*, *legible*, y equivalen ya á las expresiones *digno de ser apreciado*, *bebido*, *leido*, ya á las que significan *cosa que se puede apreciar*, *beber*, *leer*. Con estos participios se forma un atributo, que aplicado al sujeto quiere hacer ver que la accion es especial y estimable, siendo el objeto de ella el tal sujeto. Un hombre amable es un sujeto, en quien nuestro amor cae como en su propio lugar, y por lo mismo es un sujeto digno del mayor amor, del amor más elevado. Estas son las ideas del hombre al comunicar este género de verbales, y por lo mis-

mo nos parece que el idioma primitivo formaria estas voces con el verbo, posponiéndole una terminacion compuesta cuya primera parte significase una cosa elevada y la segunda una terminacion local, que unida con la característica de apelativo equivaliese á la expresion *el lugar más sublime donde se halla el amor*: la veneracion ú otra cualquiera accion. Lo cierto es que los verbales en *bilis* de mi idioma primitivo son de esta naturaleza, como se podrá ver al fin de estos discursos.

CONJUNCIONES.

Por conjunciones entienden los gramáticos aquellas vocecitas, que unen y traban entre sí en la mútua comunicacion así á las palabras como á los conceptos. No podemos dudar que el orígen de estas vocecitas se esconde en la oscuridad de los tiempos más lejanos, y que el primitivo idioma haria uso de ellas. La dificultad está en averiguar cuáles hubiesen sido estas conjunciones en el mundo primitivo, y cómo las hubo de inventar el primer hombre que se valió de ellas. Para discurrir con acierto sobre el particular hablaremos primero de las conjunciones copulativas: segundo de las disyuntivas: tercero de las condicionales: cuarto de las causales: quinto de las finales: sexto de las excépticas: sétimo de las agregativas.

CONJUNCIONES COPULATIVAS.

La conjuncion copulativa es la única que puede llamarse conjuncion; pues es la que ata y traba entre sí las partes de la oracion, que es la definicion que se dá ordinariamente á esta parte gramatical.

Ninguna necesidad hallo en los conceptos para que sean inteligibles de conjunciones copulativas. Teniendo las voces sus características para distinguirse entre sí y significando ciertos y determinados signados; teniendo á más de esto estas voces ciertos juegos de inflexiones para diversificar los estados en que se quieren indicar los expresados signados, parece que no es necesaria otra cosa que el formar juicios; pues el órden mismo y la materia de que se trataba, uniria entre sí así las voces como los conceptos, y me hallo persuadido que las conjunciones copulativas no deben su orígen á la naturaleza del habla sino al defecto de la reminiscencia. Entendámonos algun tanto.

Un hombre que comunica á otro cierto pasaje cualquiera que él sea irá contando sus circunstancias una por una sin que use de conjun-

cion copulativa alguna entre circunstancia y circunstancia hasta que acabe á su parecer todo el pasaje. Cesa de hablar este hombre, pero se le olvidó una de las circunstancias. Bien seguro está que comunique esta circunstancia sin que preceda alguna interjeccion. Si consultamos al hombre de hoy, oiremos en su boca un sinnúmero de expresiones que suelen servir de introduccion para referir lo que se le habia olvidado; pero si pudiésemos advertir en él sin preocupacion alguna el habla de la naturaleza, la interjeccion sería indicativa de pedir detencion, y sería esta interjeccion *ta, tat* ó *tate*. Lo cierto es que cuando se nos recuerda alguna cosa que se nos olvidó ejecutar ó expresar en debido tiempo, la accion ordinaria es darnos una palmetada en la frente ó una patada en el suelo, y proferimos generalísimamente la expresion referida *ta, tat* ó *tate*. Hé aquí á mi ver el orígen de la conjuncion copulativa. Demos aun otra prueba nada equívoca.

Un hombre quiere contar los sujetos que concurrieron á una conferencia; empieza á contarlos y dice: *se hallaron Pedro, Juan, Antonio, Francisco*..... y se le olvidaron, por ejemplo, los nombres de otros dos: quiere recordarse de ellos, pues ha de usar de la conjuncion copulativa á que es arrastrado naturalmente: volverá á contar los de ántes, y llegando al último de los nombres que se acuerda, proferirá el tal nombre y despues unas cuantas *yy*, y concluirá la expresion *se hallaron Pedro, Juan, Antonio, Francisco*..... y..... y..... y..... hasta que ó se acuerde de dichos nombres ó se desengañe y diga que no se acuerda de ellos.

Es visto, pues, que la conjuncion copulativa tuvo su orígen en el defecto de la reminiscencia, y siendo natural al hombre el proferir, despues de acordarse de la especie omitida la interjeccion *ta, tat* ó *tate*, creo que esta sería la primera conjuncion copulativa de que se valió el idioma primitivo. Lo cierto es que de ella se vale la lengua que como primeriza presentamos al fin de estos discursos.

CONJUNCIONES DISYUNTIVAS.

Conjunciones disyuntivas llaman los gramáticos á aquellas palabritas que colocadas en medio de dos palabras ó sentencias, hacen que la una ó la otra se separen del concepto que se quiere comunicar, y no juegue en él como la letra *o* en el castellano. Cuando digo *Pedro ó María han de venir*; ó *Pedro ó María se han de separar de la accion de venir*, quiero decir no han de venir los dos sino el uno de ellos. Lo mismo sucede en las sentencias ó juicios. Si digo *he de poder poco ó modificaré las costumbres*, quiero decir que se ha de verificar una de las dos cosas, ó mi poco poder, ó la reformacion de cos-

tumbres. Estas conjunciones tuvieron lugar en los tiempos más remotos y no tenemos noticia alguna de su orígen: lo que nos debe persuadir que su uso heredado de padres á hijos viene desde el mundo primitivo. La dificultad está en averiguar el motivo que tuvo para su formacion en el primer inventor, y cuál hubiese sido la vocecita de que se valió para indicar esta disyuncion.

Me hallo vivamente persuadido de que las conjunciones disyuntivas nacieron del temor que tenia el hombre acerca de la certeza de lo que habia afirmado, y sino consultémonos á nosotros mismos cuando afirmamos alguna cosa sin excitacion, y al mismo tiempo se nos ofrece la duda de si es cierto ó no lo que hemos afirmado. Nos vemos sobrecogidos en este lance, y un rubor innato se ocupa de nuestro rostro á impulso del instinto, y excita una interjeccion hija del miedo, del sobrecogimiento ó una especie de parar que nos es natural. Inmediatamente se desea buscar el remedio, y se dá tiempo al discurso por medio de la interjeccion que ocupa la atencion de los oyentes por un momento. Ahora, pues, ¿cuál sería esta interjeccion? Habia de ser análoga á las ideas del proferente. Estas fueron el detener el asenso de los oyentes acerca de la proposicion ó juicio que se habia proferido, y nos parece que la tal interjeccion se formaria de las letras *e* y *o*. El fundamento que para ello tenemos es el siguiente.

El que profiere una expresion como cierta, no bien cae en cuenta de que puede ser falsa, se avergüenza, y su accion natural es fijar los ojos en tierra. El instinto, que movió esta accion, dirigiria la voz, y hábil en una y otra operacion, buscaria en el órgano de la voz un sonido análogo á la accion. Esta accion era de decaimiento: la voz sería lo mismo, y no hallo otra más propia que la que se oye en la prolacion de la *e*.

El hombre discursivo y deseoso de poner remedio á su error, no bien lo halló, cuando el instinto de la accion lánguida ó del decaimiento le haria pasar á otra de gallardía ó engreimiento, y los ojos bajos se levantarian con la cabeza. ¿Cuál es la voz indicativa de esta accion? No hallo otra más propia que la interjeccion *o*; de modo que la primera conjuncion disyuntiva sería *e-o*, que despues se uniria eufónicamente por medio de una consonante interpuesta que hiciese proferir á estas dos vocales crasas en un solo aliento.

Si hubiese un idioma en quien la conjuncion disyuntiva fuese la misma que acabamos de explicar, no hay duda que se expresaría con una voz análoga á las acciones de nuestro caso, y tal nos parece que hubo de ser el primitivo idioma. Lo cierto es que el que presentamos al fin de estos discursos como primerizo, lo ejecuta así como lo haremos ver á su tiempo.

CONJUNCIONES CONDICIONALES.

Hemos querido llamar conjunciones condicionales á aquellas palabritas que en el uso de los idiomas añaden á una sentencia ó juicio otro que modifique el anterior, haciéndolo depender del cumplimiento del segundo. Estas palabras en castellano son *si, con tal que, como.* Decimos *te regalaré con tal que me sirvas: Te regalaré si me sirves,* ó *te regalaré como me sirvas.* Es verdad que estas palabritas castellanas debian emplearse de otra manera muy distinta; pero no es de nuestra inspeccion el meternos á aclarar esta materia que corresponde privativamente á sus literatos; lo que á nosotros importa es el hacer ver que la conjuncion condicional causa en los conceptos los efectos que hemos anunciado, y esto se vé claramente en las expresiones castellanas que hemos puesto por ejemplo. La proposicion *te regalaré,* por si sola es afirmativa y ciertamente cumplidera, pero por medio de las conjunciones *con tal que como* y *si* se suspende su realizacion hasta que se verifique el servicio, esto es, la proposicion que sigue. Investiguemos el orígen de estas conjunciones y las causas que dieron motivo á ellas.

El hombre deseoso de apropiarse alguna cosa en cuya posesion se hallaba otro, ó viéndose en la necesidad del auxilio de sus consócios inventaria las conjunciones condicionales. Era necesario mover la voluntad de su compañero para lograr la cosa ó el auxilio deseado, á lo ménos cuándo esta pretension se hiciese fraternalmente, quiero decir, sin valerse de la fuerza. Para esto es cosa muy óbvia el que el suplicante se ofreciese á la ejecucion de otro igual favor. Esta es la práctica ordinaria que tenemos en nuestras súplicas: pedimos el favor y ofrecemos la recompensa ó en nuestros servicios futuros ó en los efectos que causa en los ánimos la generosidad del dador ó la miseria del que recibe el beneficio: de modo que siempre procuramos hallar una cierta igualdad entre el beneficio y la recompensa, para mover la voluntad del favorecedor.

La idea, pues, del hombre en estos lances, es unir el favor pedido con la recompensa prometida; unir, repito, para hacer ver la igualdad del favor con la recompensa, y que el favorecedor no decae en sus intereses, que es el medio más bello para conseguir todo género de protecciones, como que de un golpe cierra la puerta á todo género de razonables escusas: en una palábra, toda la idea y esfuerzo del hombre se halla vinculado en hacer presente la igualdad entre el beneficio y la recompensa prometida: de modo que el instinto necesariamente habia de buscar una particula ó palabrita que indicase la igualdad que ha-

bia entre los dos extremos, esto es, entre el acto del favor y el de el reconocimiento.

Nos hallamos, pues, persuadidos que esta palabrita la deduciria el primer hombre que hizo uso de ella, de alguna de las voces que significaban igualdad y la usaria adverbialmente. Lo cierto es que una conjuncion condicional de esta naturaleza sería bella y análoga con las ideas que querian representarse con ella. Tal nos parece que hubo de ser el uso de la lengua primitiva, y tal es el de aquel idioma que presentamos como primerizo al fin de estos discursos. Este idioma no conoce por conjuncion condicional sino una vocecita que equivale al adverbio castellano *igualmente*, y sus conceptos condicionales equivalen á las expresiones castellanas siguientes: *hazme tal ó tal cosa; igualmente haré yo tú otra* y otras de esta naturaleza, con la notable y maravillosa sintasis de proponer primero la igualdad como móvil, y despues expresar lo que se pide y lo que se ofrece como si dijese: *voy á proponerte una igualdad: tu harás esto, yo lo otro.*

CONJUNCIONES CAUSALES.

Las conjunciones causales son unas palabritas por medio de las cuales damos á entender el motivo, la razon ó causa que hay para que se ejecute ó se deje de ejecutar un juicio ó una proposicion. Su ministerio es fundar en razon y equidad lo que se propone, cohonestándolo con una circunstancia que lo hace amable. De esta naturaleza es el *pues* de la lengua castellana y no el *por*.

La palabrita *por* en la lengua castellana no liga proposiciones ó juicios, sino que los presenta como causas impulsivas, y en este caso ejercen una funcion propia á los nombres y regida como causa secundaria de una posposicion ó preposicion que es el *por* en el castellano y sus equivalentes en los demás idiomas. Cuando digo *estudio por ganar de comer*, el ganar de comer ejerce las funciones de nombre: es un verdadero agente secundario del verbo *estudiar*, como que es una causa impulsiva de que yo estudie del mismo modo que lo es un nombre con la preposicion *por*. Es visto, pues, que el *por* y las palabritas equivalentes á esta en otros idiomas, no son conjunciones sino verdaderas posposiciones ó preposiciones, como lo tenemos dicho hablando de esta parte de la oracion, y que la conjuncion causal es en la lengua castellana la palabrita *pues* y sus equivalentes en las demas; pues con ella solamente unimos dos juicios ó proposiciones que pueden correr separadas formando cada cual sin dependencia la una de la otra un juicio completo.

Si digo *comes la manzana, pues es buena*, formo dos juicios distintos, y que pueden hallarse separadamente el uno del otro. El un ju-

cio es *tu comes la manzana*, el otro *la manzana es buena*. Estos dos juicios se unen por la palabrita *pues*, y esta hace que el último juicio sea el fundamento ó la razon que hace honesto el primero; pero si digo *escribo por divertirme*, formo solamente un juicio que se reduce al siguiente *yo estoy escribiendo por divertirme*. El *yo* es el agente principal ó el sujeto: el *divertirme* es un agente secundario. En esta proposicion el divertirme es una parte constitutiva suya, y que tiene una relacion personalicia secundaria con el escribir. La idea, pues, del que profiere es presentarnos la diversion como causa impulsiva del escribir.

Demostrado ya que la conjuncion que se llama causal ha de ser en la lengua castellana la palabrita *pues*, y las que á ella corresponden en los demás idiomas, resta el que discurramos sobre su orígen.

Desde el mundo primitivo se halló el hombre en la necesidad de expresar la bondad ó malicia de las acciones asi como de las cosas. La bondad ó malicia de las cosas se daria á entender aplicando los atributos *bueno*, *malo* y otros que fuesen análogos á ellos, al sujeto ó sujetos cuya bondad ó malicia fuese el objeto de su comunicacion, pero cuando quisiese hacer ver la bondad ó malicia de un juicio ya comunicado, era preciso el formar otro para este efecto. Dijo, por ejemplo, el primer hombre *voy á tal ó tal paraje*, su consócio no aprueba la determinacion, y habia de dar el motivo de su disenso y habia de fundarlo en la no bondad de la determinacion. Diria *eso no es bueno: no es justo, no es razonable*, no es...dando la causa ó razon de no ser buena la resolucion tomada. Hé aquí al primer hombre constituido en la necesidad de dejar y abandonar su proyecto ó de fundarlo; pero supongamos que fuese justa su determinacion. ¿De qué expresion se valdria para cohonestarla? Era preciso rebatir los fundamentos de la repugnancia de su consócio. Este dijo que la resolucion no era buena, no era justa: el rebate habia de ser una proposicion contradictoria, y al *no es buena* debia responderse por la expresion *si, es buena* y fundar despues esta afirmacion: de modo que la expresion *si, es buena* habia de unir la proposicion *voy á tal ó tal paraje* con aquella en que se fundase la bondad de ella. Lo cierto es que la idea que movilizó en este caso al proponente fué el oponerse al juicio que habia hecho el consócio acerca de su resolucion; y siendo este la no bondad de la tal operacion, la primera diligencia era el decirle *si es*, respuesta única correlativa y propia á la oposicion *no es*.

Si la conjuncion causal, esto es, si el *pues* de la lengua castellana tuviese en algun idioma un equivalente que en su literal significacion dijese lo que el mismo castellano con las palabras *si es*, este idioma expresaria con la mayor propiedad las primeras ideas que tiene el hombre cuando quiere fundar una asercion, que son de ser cierta dicha asercion, y así es que cuando nos oponemos á alguna proposicion

y decimos que no es así, el proferente ántes de fundarlo nos echa un *si es*.

Estas reflexiones nos hacen creer que el idioma primitivo haria uso de una conjuncion causal que literalmente significase *si es* como formado por las instrucciones de la misma naturaleza. Tal es á lo ménos la lengua que presentamos como primitiva al fin de estos discursos, cuya conjuncion causal se forma de la particula afirmativa *si* y la tercera persona del presente de indicativo del verbo *ser*.

CONJUNCIONES FINALES.

Pueden llamarse conjunciones finales aquellas palabritas que unen un concepto á otro con un fin suyo. Tal es el *para* y *para que* de la lengua castellana. Cuando digo *compré los libros para estudiar medicina*, el estudiar medicina se une por medio de la palabrita *para* á la compra de los libros como fin de esta accion. Sin embargo de esto, apoyándonos en lo que queda dicho acerca del *por* y *porque* del capítulo anterior, no podemos ménos de decir que el *para* es una verdadera preposicion y que los verbos regidos por él ejercen funciones de nombre, y no debe ser reputada de manera alguna la palabrita *para* como conjuncion, pues con ella no se unen los conceptos que puedan jugar por sí solos ó separadamente, ántes al contrario, el concepto que sigue al *para* se ha de hallar en todos tiempos como una parte integrante de alguna proposicion, de modo que ha de ser un agente secundario de la accion á que vá pospuesto, teniendo con ella una relacion accionaria como que es su causa final.

CONJUNCIONES EXCÉPTICAS.

Hay en los idiomas ciertas palabritas por medio de las cuales ponemos ciertas excepciones á los juicios comunicados, y de esta naturaleza es en la lengua castellana la vocecita *pero*. Siempre que los castellanos se valen de esta voz proponen otro juicio, que disminuye, apoca ó restringe la anterior propuesta. Cuando dicen *Pedro es muy amable, pero tiene sus ratos de mal humor*, por la asercion que sigue á la palabrita *pero* queda apocado el primer juicio. Sin aquella excepcion Pedro sería amable en todos tiempos; pero con ella solo lo es cuando no se halla de mal humor, y lo mismo sucede en todos los demás idiomas cuando se hace uso de la vocecita correspondiente al expresado *pero* de los castellanos. Siendo, pues, destinada esta vocecita

para unir un juicio con otro, la viene muy bien el nombre de conjuncion, y como su funcion consiste en poner una excepcion al juicio que antecede con el que subsigue, nos ha parecido deber llamarla conjuncion excéptica.

Estas conjunciones tuvieron lugar desde el mundo primitivo; pues desde entónces se veria el hombre en precision de valerse de ciertas excepciones en sus juicios. Pero ¿cuál sería la causa que movió al primer hombre á la invencion de la conjuncion excéptica? No es fácil el afirmarla; sin embargo, diremos nuestro modo de pensar.

El *pero* parece que hubo de tener lugar en las condescendencias, cuando estas tuviesen algun inconveniente. El amor fraternal en el mundo primitivo se hallaria en el supremo grado. El egoismo, el amor propio, la violencia, la opresion y la tirania no pudieron tener lugar en unos hombres que, necesitándose mútuamente, se amaban, se estimaban, se ayudaban recíprocamente, y ponian su mayor cuidado en complacerse. Los primeros hombres se me figuran como dos enamorados cuyo principal cuidado suele ser el separar de si todo aquello que pueda disgustar el ánimo de aquel á quien se ama. Es tan natural este modo de proceder en dos voluntades unidas por el mútuo afecto, que la filosofía ha hecho un precepto político esta conducta en la social correspondencia. Es impolítico aquel que se opone toscamente al pensamiento de su consócio. Condescendemos de luego á luego con su modo de pensar, y despues exponemos dulcemente los inconvenientes de la propuesta. Si señor decimos: puede ejecutarse el proyecto de usted, y con un *pero* continuamos exponiendo los inconvenientes que puede tener la propuesta: que como vienen revestidos de la dulzura de meras exposiciones, causan en el ánimo de aquel á quien queremos persuadir los más favorables efectos. Contraigámonos á nuestro caso.

Siendo la fraternidad de los primeros hombres tal como llevamos pintada, el primer cuidado de ellos sería el no dar motivo alguno de disgusto, sin oponerse el uno al otro aun en el caso de no hallarse conformes en sus ideas. El mútuo amor sería la pasion dominante y el primer paso en las propuestas recíprocas sería el consentimiento. Se dirian *si, está bien*, y un *pero* propondria dulcemente, y apocaria el consentimiento dado.

No hay duda bajo de estos supuestos que la idea del hombre sería dar un consentimiento restringido, diminuto, apocado y cortado por ciertas excepciones. ¿Cuál sería, pues, la vocecita más análoga para representar estas ideas? No hallo otra que aquella que se formase con dos particulas, de las cuales la primera indicase el consentimiento, quiero decir, el *si* de la lengua castellana, y la segunda fuese característica de diminucion, apocamiento, esto es, una particula ó terminacion diminutiva.

Lo cierto es que esta vocecita sería propia, sería análoga, sería

placentera al filósofo. Tal nos parece, pues, que habia de ser aquella de que se valió el idioma primitivo, y tal es la conjuncion excéptica de la lengua que al fin de estos discursos presentamos como primeriza: pues compone la vocecita equivalente al *pero* de la lengua castellana con dos palabritas: la primera equivale al *sí* afirmativo ó de consentimiento de los mismos castellanos: la segunda es una terminacion diminutiva.

CONJUNCIONES AGREGATIVAS.

Hemos querido llamar conjunciones agregativas á aquellas vocecitas que se emplean en los idiomas para dar á entender que á más de condescender ó disentir con una propuesta se añade á ella lo que se sigue á la expresada palabrita. Tales son en la lengua castellana las voces *tambien, tampoco, ni, aun, á más*, etc. Cuando decimos *tambien te daré esta ó la otra cosa*, nuestra idea es no solo conceder lo que se nos pide, sino tambien agregar algunas oficiosamente á lo que se nos ha pedido. Cuando decimos *tampoco te daré tal ó tal cosa*, disentimos á lo que se nos pide, y á más agregamos otro disenso de lo que no se nos pide para expresar con más energía nuestro disenso á lo que se nos pide; por lo que nos ha parecido muy propio el nombre de agregativas para estas conjunciones. Discurramos sobre su orígen.

En el capítulo antecedente hicimos ver nuestro modo de pensar acerca de la fraternidad que unia entre sí á los primeros hombres, y reputamos su estado como el de aquellos que hoy se unen con los más estrechos vínculos de amor. En unos sujetos de esta naturaleza la cotidiana experiencia nos demuestra que los mútuos favores que se hacen reciben una complacencia de tanto bulto, que escede ó exige su deseo el que el tal favor se extienda mucho más allá que lo que es pedido, y por lo mismo la expresion ordinaria del consentimiento pasa los límites de la súplica. *No solo haré esto, sino tambien....tambien haria por ti..... nada es esto: yo por ti haria aun.....* Estas y otras expresiones son las que de ordinario se oyen en la boca de los que bien se quieren al tiempo de prestar su consentimiento en sus respectivas súplicas, esforzándose tanto más en estas expresiones agregativas, cuanto es mayor el recelo que se concibe en las expresiones de la súplica en aquel que pide el favor. ¿Cuál ó cuáles son, pues, las ideas que movilizan á una buena voluntad, á uno que ama sin ficcion, al tiempo que vé suplicante á aquel á quien estima? Toda súplica embebe temor de la consecucion, y esta circunstancia es sensible á un corazon bien hermanado. No quiere súplicas: no quiere peticiones: desea preceptos y no se contenta con condescender á lo que se le pide: no se contenta con solo decir un *sí*: su corazon quiere que sepa el que

pide que no hay motivos para la súplica: que está pronto no solo para lo que le pide sino tambien para..... y expresa por medio de juicios ó proposiciones conjuntivas los favores que está pronto á hacerle.

Ahora, pues, ¿cuál sería la palabrita más análoga para expresar estas ideas? No hallo otra sino una vocecita que prestando el consentimiento dejase pendientes de una conjuncion copulativa cuantos obsequios quisiese el amado. Sí: esta voz sería bella: sería una viva pintura de las sensaciones que movilizaban al corazon: sería filósofica: sería sábia. Tal contemplamos, pues, la conjuncion agregativa del idioma primitivo, y tal es el de aquel que presentaremos como primerizo al fin de estos discursos como formado de dos palabritas, de las cuales la primera corresponde ó equivale á la partícula *sí*, con que los castellanos prestan su consentimiento, y la conjuncion copulativa *y*, agregativa de cuantas expresiones se quieran.

INTERJECCIONES.

Todas las partes de la oracion deben su orígen á la interjeccion si han de ser perfectas. El nombre, el pronombre, el verbo, el adverbio, etc., que no provienen de una ó más interjecciones, no pueden tener analogía: no pueden ser una verdadera representacion de sus signados: no pueden hacernos ver las ideas que movilizaron al hombre en su invencion. Todas estas partes gramaticales serán formadas por acaso, por azar, por mero antojo, siempre que no sean una verdadera interjeccion ó un resultado de muchas unidas entre sí. Sean onomatópicas las voces: sean deducidas de las primeras é inocentes articulaciones del hombre niño; sean formadas segun lo exige la natural significacion de las letras y sílabas, deben su orígen á la interjeccion. En efecto, las primeras voces que se oyen al hombre-niño son verdaderas interjecciones: son unas voces que profiere sin instruccion, sin magisterio, que precediese á ellas: son unos sonidos de la naturaleza y efectos de la sensacion producidos por el instinto. Lo mismo sucede con las voces onomatópicas: todas ellas son remedos de un sonido natural que aun en los inanimados es una verdadera interjeccion, un sonido maquinal de los entes.

Tampoco son otra cosa las letras ya unidas, ya separadas. Profiriólas el hombre por primera vez sin instruccion alguna, y las destinó para significar por ellas las ideas de su entendimiento, adoptando las que fuesen más propias á expresar sus afectos. Sí: no todas las sílabas, no todas las letras son acomodadas para todo afecto; el abatimiento, la tristeza, el apuro, el miedo, la alegría, no se acomodan á toda voz, á todo sonido, á toda inflexion, y es forzoso el confo-

sar que la sábia naturaleza diversificó las letras con la idea de diversificar los afectos. Es preciso, pues, confesar, que el orígen del habla está fundado en la interjeccion; es preciso confesar que un idioma no puede ser perfecto, si sus partes constitutivas no están cimentadas sobre la interjeccion. La interjeccion, en fin, es el orígen, la raiz, el fundamento, el principio de toda locucion bien arreglada.

Estas reflexiones nos han hecho recurrir á las interjecciones del hombre natural para formar cuantos preceptos hemos establecido en esta gramática de la lengua primitiva, haciendo que toda voz, toda caracteristica, toda inflexion salga de aquellas interjecciones que han de proferirse naturalmente por el hombre cuando quiere expresar las ideas que movilizaron su comunicacion, y este mismo método hemos de seguir en la sintáxis, que es la única parte gramatical que nos resta.

Sin embargo de esto, los gramáticos nos hablan de la interjeccion como si se hallase reducida á un corto número de voces cuando es la fuente de la locucion natural lo que se infiere con evidencia cuando se examina este punto con la debida filosofía. En efecto ¿quién es capaz de numerar las interjecciones si consulta al hombre en aquellas prolaciones orales en que prorumpe á impulsos de la sensacion? Y ¿en qué otra cosa consiste esta inmensa variedad de interjecciones que hallamos en los gramáticos, sino en que el hombre, por decirlo así, todo es interjeccion?

No nos extenderemos, sin embargo, en una materia cuya averiguacion filosófica, aunque placentera y digna de la literatura, necesita más extension que la que exigen los discursos que presentamos, contentándonos con lo que en este particular hemos dicho hablando del orígen de las voces, así en general como en particular.

SINTAXIS.

Sintáxis es una voz griega que equivale á la castellana *construccion*, y por ella entienden los gramáticos aquel órden, arreglo ó colocacion que han de tener las palabras en la oracion para que de ellas resulte el debido concepto.

Esta parte de la gramática es la más noble y necesaria de todas por ser la que está destinada para recopilar las perfecciones de los demás, y arreglar el admirable artificio de las lenguas con aquella magnificencia y energía que son correspondientes á la grandeza de su instituto.

Sin embargo de ser este el objeto de la sintásis y el blanco á donde deben dirigir sus esfuerzos los que se hacen maestros de ella, ninguna cosa vemos más abandonada en sus gramáticas. Los más de ellos,

creyendo sin duda que todo el ser de la construccion consiste en lo que ordinariamente llaman régimen, no se ocupan en otra cosa que en amontonar reglas que instruyan de los casos y preposiciones que deben acompañar en la oracion á esta ó la otra palabra, sin emplear una sola que nos indique el conocimiento del lugar que han de tener las voces en nuestros conceptos. Otros, arrimándose más al blanco de sus tareas, han querido arreglar la colocacion de voces por el órden natural de sus signados, salvando por medio de la figura hiperbaton todas las oposiciones que encuentran sus ideas en el uso de las lenguas y en sus más enérgicas expresiones.

Bien se vé que ni los unos ni los otros han llenado cual corresponde su ministerio. Las reglas que nos prescriben no son capaces de conducirnos á una bien ordenada colocacion de voces, como que no nos instruyen en aquel órden que deben tener para que de ellas resulte el concepto que deseamos, poniéndonos por lo mismo en la dura necesidad de seguir una sintáxis arbitraria, oscura é indeterminada.

Es verdad que la oscuridad con que se han manejado los gramáticos, ó mejor el profundo silencio que han guardado acerca del órden en que se han de colocar las voces en los conceptos ha provenido de no hallar en los mismos idiomas reglas fijas que los dirigiesen. Unas mismas voces hallaban unas veces antepuestas, otras pospuestas. Veian muchas veces que los sujetos se posponian á sus acciones. Hallaban que la cosa poseida se anteponia á su poseedor: que las características relacionarias se separaban de sus supuestos: que los atributos precedian muchas veces al sujeto: en una palabra, llegaron á concebir que la sintáxis en los idiomas era arbitraria, y la buena asonancia de los conceptos y la imitacion de los literatos que precedieron era la única regla que habia de observarse era la colocacion de las voces.

Tal era el concepto que se formaba generalmente por los gramáticos de la sintáxis de los idiomas, hasta que los filósofos, desengañados de que debia haber ciertas reglas prescritas por naturaleza para el órden que habian de tener las voces en nuestros conceptos, empezaron á discurrir sobre el particular, pero con la misma desgracia de no haber llegado á lograr el deseado fin. Es verdad que sostuvieron y sostienen como regla única que las voces se han de presentar en los conceptos en el mismo órden con que se presentan sus ideas en el entendimiento.

Esta regla, tan recibida hoy entre los literatos, es oscura, es confusa, es indeterminada, y aun decimos sin temor que es falsa. Expliquémonos con alguna extension.

Una cosa es presentarse las ideas en el entendimiento, y otra cosa es el comunicarlas en tanto grado que el comunicar las ideas no es acto del entendimiento. Las ideas se comunican por los sentidos al alma, y esta las retiene en la reminiscencia.

Este es el primer paso que damos acerca de las ideas. Depositadas estas en la memoria ó reminiscencia, ó las examina el entendimiento, ó no las examina: si las examina juzga de ellas; pero no determina comunicarlas por no ser de su instituto: adóptalas la voluntad no por el órden en que fueron examinadas, pues es libre en querer ó no querer, sino conforme quiso inclinarse á ellas. Depositarónse en la memoria ó reminiscencia veinte ideas, por ejemplo: examínalas el entendimiento una por una segun su órden numeral, y juzga que son buenas y útiles. ¿Es suficiente este juicio para comunicarlas? De ninguna de las maneras. Es necesario el que anteriormente las acepte la voluntad, pero aun en este caso no es precisa la comunicacion. Una cosa es querer la cosa, y otra quererla comunicar: muchas cosas queremos no queriendo que se comuniquen; es preciso, pues, que haya otro juicio del entendimiento á más de aquel en que juzgó de la bondad de las ideas: un juicio de la utilidad ó de la bondad de la comunicacion, y este juicio segundo puede dar el entendimiento sin que guarde el órden que siguió en los juicios anteriores; pero ni este juicio segundo es suficiente para que se comuniquen las ideas. Es necesario á más el acto de la voluntad; y este, libre en sus operaciones, puede desordenar los juicios del entendimiento y comunicar las ideas, haciendo, por ejemplo, en la comunicacion que las primeras que se presentaron al entendimiento sean segundas y las segundas primeras.

Es visto, pues, que se puede falsificar la regla tan decantada de que las ideas se han de comunicar en el habla segun el órden con que se presentaron en el entendimiento y por lo mismo debe ser sustituida por la de que han de ser presentadas las ideas en la comunicacion social segun el órden que tuvieron en movilizarla voluntad. Pero ¿sería suficiente esta regla para dirigirnos con acierto en la construccion de las voces, esto es, en su colocacion? No por cierto. La movilidad puede recaer en una idea compuesta, esto es, en un juicio, y en este caso no tendríamos regla alguna para colocar las partes de este juicio. Bien puede ser el móvil de mi comunicacion el floreciente reinado de Fernando VI. Pase enhorabuena que esta expresion preceda como móvil á lo que yo quiera decir sobre ella; pero ¿cuál será el órden que han de llevar las voces de este primer concepto? ¿Diré el reinado de Fernando VI fué floreciente, ó diré fué floreciente el reinado de Fernando VI? Yo no sé sino tengo otra regla que la de la movilidad, pues esta me presenta en globo ó como en una idea todo el concepto referido.

Es, pues, necesario el que hallemos otras reglas que nos dirijan en la colocacion de aquellas voces que entren en los conceptos, cuando en todo el conjunto de estos forma la movilidad de la voluntad á la mútua comunicacion, y para ello es preciso el que consultemos la naturaleza del idioma.

Un idioma, como ántes lo tenemos dicho, no es otra cosa que un verdadero teatro en que se representan los entes y las acciones de la naturaleza con todas sus circunstancias. Los representantes son las voces ó palabras, y cada una de estas tiene su signado particular. La sintáxis, como tenemos igualmente dicho, no es otra cosa que aquel órden en que deben hallarse las voces en nuestros conceptos.

Bajo de estos supuestos ¿cuál será la colocacion natural de las voces en nuestros conceptos? Cuáles las reglas más propias, más análogas, más conformes á las funciones de su destino? Parece que no siendo las palabras sino unos representantes de los entes y de las acciones con sus circunstancias, han de colocarse los conceptos segun lo exije su nobleza, por ser esta la regla que inconcusamente se observa en los signados á quienes representan. La más corpulenta y gallarda grulla dirige el vuelo de las demás: los toros más bravos se presentan los primeros en las contiendas: las abejas conocen su rey: las hormigas respetan á sus sobrestantes: y no hay cosa en la naturaleza que no se halle sujeta á esta arreglada y armoniosa ley. Pero pasemos aun más adelante.

¿Cómo se coloca el hombre en sus juntas? Los más nobles, los mayores en edad, dignidad y gobierno preceden á los demás; pero digamos aun algo más. ¿Có no coloca el hombre aun aquellas cosas que son inanimadas? Siempre prefiere la más noble á la que no lo es, y coloca todas ellas segun exije la estimacion que de ellas hace. Las cosas de mayor aprecio ocupan el lugar más preferente. No siendo, pues, las voces otra cosa que unos signos ó representantes de las cosas, parece justo que sean regidas en su colocacion segun lo exije su nobleza. Pero ¿de dónde hemos de cerciorarnos ó como hemos de conocer que esta ó la otra voz es superior en nobleza? Discurramos sobre este importante punto.

NOBLEZA DE LAS VOCES Ó PALABRAS.

Las voces ó palabras no son otra cosa que ciertas explosiones que causa el aliento en nuestra boca. Miradas bajo de este aspecto, su nobleza consistirá en la mayor ó menor complacencia que causa su sonido á nuestro oido, y serán más ó ménos nobles las voces, cuanto sean más ó ménos gratas, más ó ménos deliciosas, más ó ménos placenteras al que las oye; pero no es esta la nobleza de que hablamos, ni la que debe dirigir la sintasis de los idiomas. Es necesario que miremos á la voz ó palabra bajo de un aspecto muy diferente para poder fijar su nobleza en órden á la colocacion que han de tener en nuestros conceptos. Las hemos de mirar no como explosiones, sino como lu-

gar-tenientes de los signados, á cuya representacion están destinadas.

Bajo de este aspecto se han mirado en todos tiempos las voces en los idiomas. No buscamos en la voz *Rey* la explosion ó sonido, sino su signado, y aunque la eufonía es una de las partes que hermosean el habla, no es ella la que causa la comunicacion de ideas é inteligencia de los conceptos, sino hace placentera y grata al oido dicha comunicacion, y lo mismo digo de la economía. Una voz ecónoma es útil, es placentera, es deliciosa en el lenguaje, pero lo es solamente por el ahorro del tiempo, y no porque esta economía de voces sea necesaria para la inteligencia de los conceptos. Todo el fuerte, ó por decirlo asi, toda la grandeza de las voces ó palabras, proviene esencialmente de la representacion de sus respectivos signados.

De aquí es que hemos de buscar su nobleza considerándolas bajo de este aspecto, quiero decir, mirandolas como representantes de sus signados; por manera que tantas han de ser las noblezas de las voces, cuantas son las de sus signados. Se quiere decir que en las voces ha de haber tantas noblezas ó grados de ellas, cuantas hay ó pueden verificarse en la naturaleza representada por ellas. Lo primero que debe ocupar nuestra atencion para fijar con acierto estas diferentes noblezas ó sea sus diversos grados, ha de ser el averiguar qué cosa sea la nobleza, ó cómo debemos entender esta voz.

La nobleza si queremos atender á la literal significacion de esta voz, no es otra cosa que la sensacion ó extrañamiento que causa un objeto por su novedad, esto es, por no haber sido visto ó no haberse tenido noticia de él anteriormente, y tanto quiere decir en este sentido nobleza, como cosa nueva, singular y extraña; pero no es esta la acepcion en que ordinariamente se recibe hoy esta voz, y bajo de la cual la debamos contemplar.

Por nobleza se entiende vulgarmente aquella estimacion que merece la cosa en el concepto de los hombres; de modo que un noble es lo mismo que uno que debe ser estimado y apreciado por sus bellas prendas y cualidades. Hé aquí la verdadera nobleza; y en vano se esforzará el hombre en hallar otras en la naturaleza: su trabajo será inútil. Toda grandeza, todo honor, toda elevacion, toda nobleza, ha de provenir al ente del mérito que le haga amable, apreciable y digno de la estimacion de los hombres. Sino estriba en estos sólidos fundamentos, sino es oriunda de este ilustre solar, será necesariamente una nobleza espúrea, una nobleza bastarda, un fantasmon erigido por la ciega preocupacion: un efecto del lastimoso abandono de los más sólidos principios de la verdadera filosofía.

En efecto, si se quieren consultar sin preocupacion estos sólidos principios, hallaremos que toda nobleza ha de provenir del mérito de la cosa que ha de ser tenida por noble, y que este mérito se ha de fundar en las perfecciones que condecoran al sujeto, y las recibió ó por

naturaleza, ó las adquirió por su buena conducta en el ejercicio de los ministerios á que fué destinado por su misma constitucion.

No es mi ánimo el oponerme á las nobleza constituidas. Los tribus: las lenguas: las gentes y las naciones reunidas en sus más sábios miembros las han establecido, las han fijado á manera de columnas para qee sostengan el peso de las sociedades. Hablo como filósofo sin meterme á querer investigar motivos politicos que venero como misterios. Volvamos á tomar el hilo.

La primera nobleza que se presenta á nuestra consideracion, es aquella que reciben las cosas en su creacion, y consiste en ciertas perfecciones con que graciosamente las dotó naturaleza. Esta nobleza es la que en el órden natural hace que estimemos más á una especie de cosas que á otra. Al hombre, por ejemplo, le tenemos y estimamos en más que al bruto: el bruto es para nosotros más noble que los vegetales, y estos más que los minerales. La razon natural de esto, consiste en que la naturaleza concedió al hombre por su misma constitucion unas perfecciones superiores á las que quiso otorgar al bruto: á este le ennobleció sobre el vegetal, y al vegetal sobre el mineral. Estas perfecciones son las que reciben los entes por un regalo, digámoslo así, constitucional ó de orígen, y por lo mismo llamaremos á este género de nobleza *nobleza de origen*, y corresponde á las especies ó clases diferentes de cosas, quiero decir, es comun á todos los individuos que constituyen una misma familia.

La segunda nobleza que se presenta á nuestra consideracion, es la nobleza indicada, esto es, aquella por medio de la cual los individuos de una misma especie ó familia son tenidos y reputados por más ó ménos nobles comparados los unos con los otros. Esta nobleza individua proviene de aquellas perfecciones con que se condecoran dichos individuos los unos sobre los otros en los ejercicios de las funciones á que fué destinada su especie.

Si estas funciones ejercen los individuos como los demás funcionarios de su familia, serán iguales en nobleza y esta será una nobleza de puro ministerio porque toda su excelencia se debe á la funcion ejercida. El hombre, por ejemplo, está destinado por naturaleza á procrear, alimentar, educar y defender á su prole. Hé aquí las funciones naturales que ejercidas real ó metafóricamente elevan á un hombre sobre otro, y le hacen más noble. De aquí es que el padre es más noble que el hijo, no en las perfecciones constitucionales de hombre, sino en las que adquirió en las funciones á que fué destinada su especie. De la misma suerte el Maestro metafóricamente es tenido por más noble que el discípulo, porque hace oficios de padre educando á sus discípulos: de modo que toda superioridad que el hombre tiene sobre el hombre, ha de provenir necesariamente del ejercicio real ó metafórico, de los cuatro destinos ó ministerios referidos á que fué destinada nuestra especie por naturaleza. Esta nobleza es como hemos dicho de

ministerio, y en ella son iguales todos aquellos hombres que la ejercen, y creemos deber llamarla *nobleza de ministerio.*

Estos funcionarios pueden ser más ó ménos exactos en el cumplimiento de su ministerio, y esta diferencia es mirada en la sociedad con la mayor atencion. Un Rey, por ejemplo, que ejerce las funciones paternales, no solo como los demás reyes sino que se esfuerza en exceder á todos y llega á conseguirlo, es tenido y reputado justamente por el más noble, el más excelente de todos los reyes, y consigue una estimacion, un aprecio, un amor, una nobleza superior á todas las noblezas. Este rey no solo excede como hombre á todas las criaturas terrestres que no lo son: no solo excede como Rey y Padre á todos sus hijos ó vasallos, sino tambien como óptimo Rey á todos sus confuncionarios, quiero decir, á todos los reyes. Esta nobleza no se debe al ministerio, sino al mérito y estimacion que el rey adquirió en él. Nos parece, pues, que la viene muy bien el nombre de *nobleza de mérito.*

Hé aquí todas las noblezas que presenta naturaleza á nuestra consideracion reducidas á tres clases, es á saber: *nobleza de orígen: nobleza de ministerio*: *nobleza de mérito*, y en vano nos esforzaríamos en querer dar á la nobleza natural otra diferente clasificacion. Bajo de estos supuestos, contraigámonos á nuestro caso y hagamos ver estas tres noblezas en las voces ó palabras para arreglar la sintasis que ha de tener un idioma perfecto, y que como tal la hubo el primitivo hablando de cada una de las tres noblezas separadamente.

NOBLEZA DE ORÍGEN.

La nobleza de orígen en las voces, es aquella que recibieron en su formacion no por la eufonía de la sintasis ó colocacion que en ellas se hizo de las letras y sílabas, ni por la economía con que fueron formadas, sino por el destino que tomaron para significar y representar los correspondientes signados. La eufonía y economía son placenteras son útiles, son deliciosas en las voces, como lo tenemos dicho anteriormente; pero no son necesarias y esenciales para la inteligencia de los conceptos. No sucede así con la representacion de signados. Esta es tan necesaria y esencial en las palabras, que sin ella serian los idiomas inútiles é ininteligibles.

De aquí es que la nobleza de orígen en las voces, se ha de tomar de la nobleza de sus respectivos signados. La voz *hombre* ha de ser mas noble que la voz *perro*; pues el signado que representamos con la primera palabra es más noble que el que damos á entender con la segunda. Del mismo modo la voz *padre* es más noble que la voz *hijo*, y así respectivamente de las demás voces ó palabras.

NOBLEZA DE MINISTERIO.

La nobleza de ministerio en las voces no es otra cosa que aquella estimacion que adquieren en las funciones á que son destinadas respecto del habla. Estas funciones son aquellas que ejercen en los conceptos y provienen ya de la clase á que pertenecen, ya por el estado en que nos representan á sus respectivos signados. Unas de las voces son nombres, esto es, están destinadas á representar las cosas: otras son pronombres: otras sustantivos: algunas adjetivos: de ellas hay muchas que son adverbios, artículos, preposiciones ó posposiciones: partículas, verbos, participios, etc., que son como otras tantas clases en que se dividen, ejerciendo cada una de ellas sus particulares y distintas funciones comunes á todos los individuos de las referidas familias. A más de estas funciones comunes y generales á toda voz segun la clase á que correspondan, pueden tener en los conceptos sus particulares ministerios como el ser agentes, pacientes, recipientes ó posesores, y otros innumerables de quienes largamente hemos hablado en esta gramática. En una palabra, la nobleza de ministerio en las voces consiste en aquella estimacion que merecen por las funciones que como representantes de sus signados ejercen en los conceptos.

Esta nobleza causa los mismos efectos en las voces que en los entes naturales. Asi como los hombres son iguales entre sí por la nobleza de orígen por pertenecer todos ellos á una especie ó familia, de la misma manera todos los nombres, adverbios, verbos, etc., son igualmente nobles si los consideramos como nombres, adverbios, ó verbos; pero contemplando ó cotejando un nombre agente ó un paciente, aquel será más noble que este, no como nombre, sino por la mayor excelencia del ministerio que ejerce. El agente debe ser reputado en los idiomas como un productor y el paciente como una cosa producida; y de la misma manera que un hombre padre es más noble que un hombre hijo por razon del ministerio de engendrador que ejerce el primero, ha de ser tambien reputado por más noble un nombre agente que un nombre paciente. Pasemos á la nobleza de mérito.

NOBLEZA DE MÉRITO.

La nobleza de mérito proviene en los entes de cierta superioridad que unos tienen sobre otros en el ejercicio de las funciones de su destino. En las voces se ha de hallar esta nobleza, contemplando el apre-

cio que merecen respecto de los conceptos, quiero decir, teniendo atencion al mayor ó menor impulso que tienen en nuestra mútua comunicacion. Si la voz *a*, por ejemplo, fué el móvil de mi concepto, esta voz ha de ser reputada como revestida por la nobleza de mérito, pues á ella sola se debe la comunicacion del pensamiento, que sin ella no hubiera tenido lugar. Por lo mismo á la nobleza de mérito podemos llamar igualmente nobleza de movilidad respecto de las voces.

Hé aquí hecha una manifiesta aclaracion de las noblezas en el uso de los idiomas. Resta el que demos á conocer cuál de estas tres noblezas es la superior, cuál la inmediata, cuál la ínfima; pues sin esta prévia operacion no podriamos arreglar con acierto la sintáxis de los idiomas.

GRADOS DE NOBLEZA.

Como ordinariamente vienen en los conceptos dos ó más voces de diferente nobleza, no sabriamos á cuál de ellas se habia de dar antelacion, sin que nos hallásemos informados en los grados de ella, quiero decir, sin que supiéramos cuál de las noblezas era la primera, cuál la segunda y cuál la tercera. Se hace, pues, preciso el fijar ante todas cosas este órden de antelacion que las tres noblezas tienen entre sí, y es la siguiente. La nobleza de mérito ó movilidad es superior á las otras dos: la de ministerio es más excelente que la de orígen y esta es la más ínfima de todas.

Si consideramos la nobleza de orígen, veremos que por ella se confunden entre sí los individuos de una especie ó familia, sin que el uno sea más noble que el otro. El hombre, por ejemplo, no se diferencia del hombre si solo atendemos á la nobleza de orígen. Es verdad que como hombres somos superiores á los brutos, á los vejetales y á los minerales; pues las perfecciones que nos concedió naturaleza en nuestra constitucion son más excelentes que las que recibieron de ellas las demás criaturas con quienes nos hemos comparado; pero estas perfecciones son iguales en nosotros. Al nacer es igual en nobleza el hijo del llamado esclavo con el de aquel que es tenido por señor, pues uno y otro son igualmente hombres: son igualmente racionales: son igualmente, por decirlo todo en una palabra, todo lo que quiso naturaleza que fuesen los hombres en su creacion. Deduce de aquí que la nobleza de orígen es la más ínfima de todas las noblezas que pueden condecorar á un ente criado, y que lo mismo sucede respecto de las voces.

Si contemplamos la nobleza de ministerio, nos haremos cargo que el mismo hombre es superior por ella no solo á las demás criaturas terrestres, sino tambien á otros que son hombres como él. El hombre

padre excede en nobleza al hombre hijo: el hombre Rey al hombre vasallo: el hombre maestro al hombre discípulo, poniéndole en un grado más elevado que aquel en que le colocó su constitucion al tiempo que recibió su ser; y como recibe el hombre esta nobleza del ejercicio de las funciones á que fué destinada su especie, es constante que la nobleza de ministerio es superior á la de orígen.

A estas dos noblezas es superior la de mérito; pues por ella excede por ejemplo el hombre no solamente á las demás criaturas terrestres que le son inferiores por las perfecciones que recibió en su orígen: no solamente á otros hombres á quienes su ministerio los hizo ménos nobles, sino tambien á todos los confuncionarios suyos. Un magistrado que ejerce su ministerio de un modo excelente y singular no solo excede en grándeza como hombre á todas las criaturas terrestres, como magistrado á los ciudadanos, sino tambien á los demás confuncionarios suyos como magistrado excelente.

De todo lo dicho se infiere que la primera y más excelente nobleza en las voces es la de mérito ó movilidad: la segunda la de ministerio y la tercera y última la de orígen. Bajo de estos supuestos pasemos á demostrar el uso que hubo de hacer de ellas el idioma primitivo, y ha de hacer cualquiera que quiera ser perfecto.

SINTAXIS QUE HAN DE TENER LAS VOCES

POR LA NOBLEZA DE ORIGEN.

Las voces no pueden ménos de ser funcionarias en nuestros conceptos; pues han de ser agentes, pacientes, recipientes, posesores, verbos, adverbios, etc. De aquí es que necesariamente han de gozar á lo ménos de la nobleza de ministerio superior á la que nos ocupa. No puede tener lugar por lo mismo el uso de esta nobleza, sino cuando dos ó más voces ejercen un mismo ministerio ó son igualmente móviles en nuestros conceptos.

En este caso se ha de dar el primer lugar á aquellas voces cuyos signados son más nobles; se dirá padre é hijo, pero no hijo y padre pues el signado de la voz *padre* es más noble que el de la voz *hijo*. Por la misma razon se ha de decir noche y dia, pero no dia y noche; pues en el órden natural el signado de la voz *noche* precedió al de la voz *dia*. Se dirá *despues de comer iré á tu casa*, y no *iré á tu casa despues de comer*; pues la accion de comer ha de preceder á la accion de ir y así respectivamente en todas las locuciones en que las voces ejercen un mismo ministerio ó son igualmente móviles en nuestros conceptos, sin que pueda cohonestarse lo contrario por más practicado que se halle en el uso de los idiomas.

SINTAXIS QUE HAN DE TENER LAS VOCES

POR LA NOBLEZA DE MINISTERIO.

La mayor parte de las imperfecciones que tiene la sintásis en los idiomas proviene á mi ver del poco miramiento que han tenido y tienen á esta nobleza en la colocacion que dan á sus voces en los conceptos. No se advierte, por ejemplo, que el ministerio de poseedor es más noble que el de cosa poseida, y ha llegado á ser casi general en los idiomas el anteponer á la voz que representa la posesion aquella que ejerce el ministerio de la cosa poseida, y ha llegado á ser casi general en tanto grado, que en algunos lenguajes se oiria con disgusto una colocacion contraria. *La casa del Rey* se opone á la colocacion que exige la nobleza de ministerio. El Rey es un señor, es un dueño, es un poseedor de la casa, y por consiguiente la voz *Rey* que representa este dominio y señorío, es colocada en un lugar inferior que la voz *casa* que representa la cosa señoreada, dominada y poseida y esto mismo sucede con los sustantivos y adjetivos posponiendo los primeros á los segundos contra la misma nobleza de ministerio. Se dice *hermoso edificio*, siendo asi que la voz *edificio* es más noble que la voz *hermoso*, como que la primera ejerce el ministerio de sujeto y la segunda de atributo: la primera es signo de un supuesto, la segunda indica una cualidad de este supuesto, una cualidad, digo, que aun por la nobleza de orígen habia de ser colocada despues del signo del sujeto de quien era cualidad.

Seria imposible el numerar los incalculables defectos de la sintáxis de la mayor parte de los idiomas en este ramo, y molesta quiza á los lectores. Dándolos, pues, por referidos, pasaremos á prescribir y fijar aquellas reglas que observaria el idioma primitivo, y ha de observar cualquiera que quiera ser perfecto, deducidas de la nobleza de ministerio que hemos dado á las voces.

Para que procedamos con la debida claridad en un asunto de tanta consideracion, hemos de tener presente que el ministerio de las voces en el uso de las lenguas proviene ya de su significado, ya de las funciones que ejercen en la oracion ó conceptos. Por el primer ministerio dividimos la voz en nombre, epiteto, artículo, preposicion ó posposicion, adverbio, verbo, partícula y conjuncion; por el segundo en posesor, agente, paciente y recipiente: de modo que toda voz ha de ser mirada ó como nombre ó como epiteto, artículo, preposicion ó posposicion, adverbio, verbo; en una palabra, como parte de la oracion ó como agente, paciente, etc. Hablaremos primero de la colocacion que han de tener las voces por la nobleza de ministerio, contem-

plándolas como partes de la oracion, esto es, como nombres, verbos, adverbios, etc. Trataremos despues segun los estados que de sus signados nos representan en los conceptos.

NOMBRES.

El ministerio más noble de las voces como partes de la oracion, es el que ejercen los nombres. Una voz nombre ejerce la funcion de representarnos todo el ser constitutivo de su signado, esto es, el sujeto, el supuesto sobre quien recaen todas las demás partes de la oracion como atributos ó modificaciones de él. Cuando decimos *hombre*, *piedra*, *cielo*, fijamos el sujeto de quien ó de cuyas circunstancias queremos tratar. Si decimos *hombre bueno*, el epiteto *bueno* es un atributo del nombre *hombre*. Si decimos *el hombre ama*, el verbo *amar* es igualmente un atributo; de modo que no podemos dudar que el nombre es el fundamento, el objeto y el blanco de la comunicacion social, y por lo mismo la voz llamada nombre, es la que tiene entre todas las partes de la oracion el ministerio más excelente, y por él ha de ser colocado en la sintasis, con antelacion á todas las demás voces cualesquiera que ellas sean, pues no son otra cosa que unos verdaderos atributos.

De estas filosóficas reflexiones, se deduce claramente la imperfeccion con que se conducen en su sintasis aquellos idiomas que anteponen el artículo al nombre: los que hacen lo mismo con las preposiciones: con los epitetos: últimamente con las características ó sean partículas. Examinemos cada una de estas particularidades.

ARTÍCULOS

El artículo segun algunos gramáticos, es aquella palabrita que caracteriza al nombre y lo hace apelativo. Tales son las vocecitas *el*, *la*, *lo* de la lengua castellana. Otros gramáticos quieren que solamente sean artículos aquellas palabritas que modifican á dicho nombre de la misma manera que lo ejecutan las declinaciones ó casos en los idiomas que los conocen. Pero ¿qué cosa son estos artículos en cualquiera de las dos acepciones que quieran tomarse? No son sino unos verdaderos atributos, unas cualidades del sujeto. Cuando se dice *el hombre*, por el artículo *el* se dá á entender un atributo, esto es, la cualidad de apelativo del nombre *hombre*. Cuando decimos *del hombre*, añadimos al nombre *hombre* otra cualidad, esto es, la de posesor por medio del artículo *de*; de modo que en la expresion *del hombre* tenemos

tres voces, es á saber: *de-el-hombre*: la *de* es artículo en mi opinion, y denota posesion: la *el* es característica de apelativo, y una y otra modifican al nombre *hombre* como atributos de él.

Ahora, pues, si el artículo como quiera que se tome tiene por ministerio el representar un atributo, una cualidad, una circunstancia del nombre; si el nombre tiene por ministerio el representar un sujeto, ¿no és más noble este ministerio que aquél? No hay duda: el atributo es un accidente que necesariamente pide para su existencia un supuesto, esto es, un sujeto, ó para decirlo todo en una palabra, es un dependiente del nombre, y este al contrario, es como un Señor ó un bienhechor, de quien depende la existencia del atributo, y como tal superior en nobleza á todo atributo.

Es visto, pues, que el artículo como quiera que se tome ha de posponerse al nombre, como que no es otra cosa que un representante de sus atributos, y que solo así puede ser perfecta la sintasis de los idiomas; pues en este caso será arreglada la colocacion de voces al dictámen de la naturaleza y al órden de las ideas del hombre que no puede comunicar atributos sin sujetos, ni tener noticia de aquellos sin tenerla de esta; de modo que ántes se ha de conocer el sujeto que sus atributos, y aquel ha de preceder por naturaleza á estos. Pasemos á las posposiciones ó preposiciones.

POSPOSICIONES Ó PREPOSICIONES:

Así como los artículos, son tambien las preposiciones ó posposiciones unos verdaderos atributos de los nombres á quienes son aplicadas. Cuando decimos *maté al toro con la espada*, la preposicion *con* es un atributo del nombre *espada*: de modo que por aquel *con* damos á entender que la espada fué el instrumento con que yo maté al toro, y forma un verdadero juicio el *con* con la espada, que equivale á la expresion *la espada fué el instrumento*, como si dijera *yo maté al toro, y la espada fué instrumento*. Lo mismo sucede con todas las demás preposiciones ó posposiciones. Si digo *compré los libros para Antonio*, el *para* es un verdadero atributo de *Antonio* y forma un juicio ó proposicion con él. *Para Antonio* equivale á *Antonio fué causa final*, y toda la expresion forma dos juicios, es á saber: *yo fuí el comprador de los libros*, y *Antonio fué la causa final*; por manera que no hay la menor duda en que el nombre ejerce en los conceptos un ministerio más noble que la preposicion ó posposicion, sobrepujándola en excelencia de la misma manera que el signado del nombre excede al de atributo: quiero decir, con aquella superioridad que un supuesto tiene sobre sus cualidades. Contemplemos los epítetos ó llamados adjetivos ordinariamente por los gramáticos.

EPITETOS.

Los epitetos ó aquellas voces á quienes los gramáticos llaman adjetivos, son tenidos en todos los idiomas por atributos ó por unas palabritas que necesariamente han de ser aplicadas á un sujeto, y esta fué sin duda la razon que tuvieron los gramáticos para llamarlas adjetivos, que quiere decir unas voces cuyos signados se han de hallar unidos, ó mejor arrimados á alguno; pero sobre este particular, tenemos dicho lo suficiente hablando de los nombres.

No siendo pues los epitetos ó llamados adjetivos sino unos verdaderos atributos de los nombres, no tenemos que cansarnos en hacer ver la ilegítima sintasis de aquellos idiomas que anteponen ó posponen, segun su antojo, los epitetos ó adjetivos á los nombres: práctica tan recibida en la mayor parte de los idiomas, que no hay necesidad de justificarla con expresiones deducidas de los más clásicos autores de los respectivos idiomas. Estas voces son atributos en la opinion de todos los filósofos, y esto es suficiente para que sean inferiores en nobleza á los nombres y deban ser posterga los á ellos en la sintasis de nuestros conceptos.

Sería fatigarse en vano si se quisiese persuadir que la antelacion de los epitetos ó adjetivos á los nombres se salva por la nobleza de mérito ó de movilidad: que cuando se dice *hermosa casa, bellos edificios, esforzados capitanes*, los atributos *hermosa, bellos* y *esforzados*, movilizan la comunicacion; y que la primera idea que se presentó á la voluntad para esta comunicacion, fué la hermosura de la casa, la belleza de los edificios y el esfuerzo de los capitanes.

Pase en horabuena que sea así lo que ocurre en la comunicacion de estos pensamientos, y que la hermosura, la belleza, el esfuerzo, fuesen los móviles del habla. Pues ¿porqué se expresan como epitetos ó adjetivos? Por la misma movilidad se hacen sujetos del concepto: por la misma movilidad han de pasar de epitetos ó adjetivos á ser verdaderos nombres, verdaderos sujetos, verdaderos supuestos del concepto. Si lo hermoso, lo bello, lo esforzado me moviliza á la comunicacion, mi idea es hablar de la hermosura, de la belleza, del esfuerzo, quiero decir, de estas cualidades en abstracto, ó lo que es lo mismo, de estas cualidades como nombres, como supuestos, como sujetos, sobre quienes ha de recaer cuanto tenga que decir. Véase la sintasis que han de tener las voces por la nobleza de mérito ó movilidad, y pasemos á hablar de las particulas ó características.

PARTÍCULAS Ó CARACTERÍSTICAS.

Los gramáticos han llamado artículos, preposiciones, terminaciones, inflexiones, partículas, á aquellas palabritas por medio de las cuales modificamos ó caracterizamos al nombre y al verbo con el fin de representar los diferentes estados del uno ó del otro, y sin embargo de que hemos hablado ya de los artículos y de las preposiciones ó posposiciones, como á más de estas palabritas hay otras infinitas en los idiomas, destinadas para distintos fines de los que hemos atribuido al artículo y á la proposicion ó posposicion, nos ha parecido ser necesario para el complemento de esta sintasis, hablar de todas estas palabritas en general, bajo del nombre de partículas ó características.

Toda partícula ó característica, cualquiera que ella sea, es un verdadero atributo, como que por ella se nos indica una cualidad del supuesto ó sujeto que en el caso es el signado de la voz á quien aplicamos la partícula ó característica. La palabrita, partícula ó característica *or* de los comparativos latinos, por ejemplo, es un verdadero atributo. La voz *sanctus* por medio de esta palabrita muda de aspecto. *Sanctus*, nos da á entender la santidad en concreto sin decirnos el cuanto de esta santidad. Si decimos *sancti-or*, ya aquel *sanctus* se halla modificado y es un verdadero sujeto que recibe esta modificacion. El *or* es el que la causa, y es un verdadero atributo, como que aplica á la voz *sanctus* una cualidad que antes no tenia, esto es, una superioridad de santidad, y forma con el *sanctus* un verdadero juicio ó una verdadera proposicion: de modo que esta expresion *Petrus est sanctior Joanne* embebe dos juicios, uno *Petrus est sanctus*, otro *sanctitas Petri est superior sanctitate Joannis*. Hé aquí el *sanctus* epiteto ó adjetivo en el primer juicio hecho nombre, sujeto ó supuesto en el segundo. Hé aquí la palabrita *or* reducida á un verdadero atributo.

Lo mismo sucede con todas las partículas ó características que aplicamos á las voces. Todas ellas son atributos. En *sermonis* la vocecita *nis* es una partícula ó característica. Por ella conozco que el signado de la voz *sermo* es un verdadero posesor, y *sermonis* equivale á un juicio completo, esto es, quiere decir lo que *sermo est posesor*: de modo que no podemos dudar que el *nis* de *sermonis* es un atributo de *sermo*, y es lo mismo en su fuerza que el participio *posidens*, y equivale á las expresiones *sermo est posesor* ó *sermo est posidens*.

Infiérese de aquí, que toda partícula ó característica como ménos noble en su ministerio que la voz á quien se la aplica, ha de ser posterior en la sintasis, esto es, se ha de poner detrás de la voz á quien se la aplica que es su verdadero sujeto.

ADVERBIOS.

Si contemplamos los idiomas, hallaremos á los adverbios postergados ordinariamente al verbo, á no ser que gocen de la nobleza de movilidad ó mérito de que hablaremos despues. Los gramáticos miran al verbo como á una voz, cuyas funciones son más nobles que las del adverbio; pero á mi ver el adverbio y el verbo, han de reputarse igualmente nobles respecto de su ministerio. El verbo sin adverbio puede reputarse como una accion inmodificada, y un verbo con adverbio es una accion modificada: en uno y otro caso es verbo y el adverbio entra como parte del verbo ó de la accion: de modo que tan verbo es el adverbio como lo es la inflexion. Por lo mismo toda su nobleza de ministerio, proviene de representarnos la accion de esta ó la otra manera, y asi hemos de contemplarle como un signo de accion y constituido en las mismas funciones que el verbo.

En este caso de igualdad de nobleza se han de colocar las voces por el órden natural, como lo tenemos dicho hablando de la nobleza de origen, y para averiguar si el adverbio ó el verbo han de ser anteriores en la sintasis de los idiomas, se hace preciso el que consideremos la antelacion que sus signados tienen por naturaleza.

Los adverbios como dejamos dicho en su lugar, pueden reducirse á tres clases: pueden ser de tiempo, de lugar y de modo. Cualquiera de estas clases que queramos contemplar, veremos que sus signados son anteriores en órden á los verbos ó acciones que modifican ó pueden modificar. No puede modificarse la accion por el lugar en que se ejecuta, sin que este lugar sea anterior á ella. Si *comí en la casa nueva*, esta casa existia antes que se hubiese verificado la accion de comer. Habia de comer en la casa nueva y era un antecedente indispensable el que la hubiese, de lo contrario no podrian modificar al verbo comer, no podria verificarse el comer en ella, como lugar que no existía.

Igualmente hallaremos que el tiempo en que se ejecutó una accion, precedió á ella ó á su complemento, á lo ménos con prioridad de naturaleza; pues que no puede verificarse una accion en tiempo que era pasado cuando se ejecutó ni futuro ó posterior á la ejecucion en tanto grado que si quiero hacer algo y determino hacerlo, por ejemplo, á las tres de la tarde, no podré empezar esta accion antes de dicha hora: esperaré á que den las tres y empezaré mi operacion. Ultimamente toda modificacion del verbo ha de verificarse antes de la accion indicada por él. Un hecho no puede ser modificado antes de su ejecucion ni despues de haberse verificado, por no tener existencia en ninguno de los dos lances, y es preciso que contemplemos á toda modifi-

cacion como recibida por el verbo antes de su complemento, antes digo, que se acabe de perfeccionar la accion que no puede ser acabados en nuestro caso sin ser modificada.

De aquí es que todo adverbio ha de preceder al verbo por ser anterior en el órden natural, y por lo mismo más noble en la nobleza de origen que es la única que nos ha de regir en este caso.

VERBO.

Los verbos todos ellos incluyen un atributo y forman dos partes en los juicios, esto es, embeben en sí el atributo del sujeto y la union de este con aquel. *Yo amo*, por ejemplo, es un juicio: el atributo del sujeto *yo* es el participio de presente del verbo *amar*, y este atributo se une al *yo* por el verbo *ser* que está embebido con el participio en la voz *amo*: de modo que *yo amo* es lo mismo que *yo soy amante*; pero por ahora no tomamos al verbo en este sentido sino como una voz sola ó una parte distinta de la oracion, y como es inferior á todas las demás por ser estas modificaciones del nombre que han de unirse con él, yendo en un lugar anterior al verbo como el nombre modificado ó adverbios que tambien han de preceder á dicho verbo, segun lo hemos hecho ver en el capítulo antecedente, es visto que esta parte de la oracion como tal ha de ser la última de todas: pues las conjunciones é interjecciones no entran en nuestros conceptos como partes del juicio ó la proposicion. Las primeras son unas palabritas que unen los juicios ó las voces; pero no tienen funcion alguna de aquellas que deben integrar un pensamiento, y las segundas son unas explosiones proferidas por el instinto que forman verdaderamente un juicio; pero no lo descomponen individualizando las voces de que se compone; por lo que real y verdaderamente no corresponden á la sintasis bajo de aquel aspecto en que por ahora la miramos. Pasemos á contemplar las mismas voces como funcionarios de los conceptos, esto es, como posesores, agentes, recipientes y pacientes, y hablemos de ellas con separacion.

POSESORES.

Ninguna funcion ejercen las voces en los conceptos que sea más noble y excelente que la de posesor. Por ella se hacen dueños y señores de todas las demás, sean agentes, recipientes ó pacientes. Un nombre posesor, tiene bajo de su dominio á todo otro nombre cualquiera que sea, con tal que ejerza el ministerio de un signado que es poseido.

Cuando decimos *la benevolencia del Rey concedió la plaza de oidor al hijo de mi hermano*, así el agente como el paciente y recipiente son cosas poseidas: la benevolencia es del Rey: la plaza pertenece á los oidores y el hijo es propio de mi hermano. El rey es dueño y señor de la benevolencia: los oidores lo son de sus plazas y mi hermano como padre es propietario de su hijo: de modo que no hay cosa más clara que la superioridad que el rey, el oidor y mi hermano tienen sobre la benevolencia, la plaza y el hijo.

Estas razones nos hicieron afirmar (á la entrada de la sintasis que han de tener las voces por la nobleza de ministerio que nos ocupa) el poco miramiento que ha tenido la mayor parte de los idiomas en la colocacion de los posesores. En efecto, si reconocemos las lenguas en general, no hallaremos sino muy pocas que ejerzan con estos posesores los deberes que les son propios. Verémoslos ó pospuestos siempre á la cosa poseida ó colocados con indiferencia ántes ó después. El castellano, por ejemplo, siempre los antepone: el latin los antepone y pospone, y poquísimos son los idiomas, como llevamos dicho, que sigan con este género de voces las reglas naturales que prescribe la conocida superioridad que tienen sobre todas las demás por la nobleza de ministerio, á lo ménos cuando vienen sueltas en los conceptos, esto es, sin que sean unidas con los representantes de las cosas poseidas por ellas.

Pero ya que hemos apuntado este género de voces que se forman de los signos de posesor y la cosa poseida, no podemos ménos de hacer uso de éllas para corroborar cuanto hemos dicho acerca de la antelacion que los posesores han de tener en la sintasis. Esta operacion nos llevará tambien á la persuasion de ser una práctica que observaron los idiomas desde la más remota antigüedad y tuvo su orígen en el mundo primitivo, esto es, en aquella lengua que hablaron los primeros hombres. Empecemos nuestras reflexiones por la lengua griega, cuyas voces hallamos más comunizadas en los idiomas que son conocidos por los literatos. Toda voz griega compuesta de un posesor y de una cosa poseida, quiero decir, de dos signos, de los cuales el uno representa al posesor y el otro á la cosa poseida, guarda la sintasis que llevamos prescrita. Todas ellas colocan al signo de posesor delante de aquel que representa la cosa poseida. No tenemos que presentar estas voces ni en caractéres ni con terminaciones griegas. Su orígen es conocido y será suficiente el exhibirlas del mismo modo que las pronunciamos en la lengua castellana. Hé aquí, pues, una lista de ellas con su literal significacion.

VOCES GRIEGAS CASTELLANIZADAS.	SU LITRRAL TRADUCCION.
Teologia	De Dios discurso, tratado, etc.
Filosofía	De amor ciencia.
Geografía...	De tierra escritura.
Monarquía	De uno régimen.
Cronología.....	De tiempos discurso etc.
Idrógeno.....	De agua productor.
Politeista	De muchos Dioses adorador.
Microscopio.....	De cosas pequeñas voedor.
Onomatopeya.....	De nombre sonido.
Termómetro.....	De calor medida.
Bigamia.....	De dos consorcio.
Astronomía.....	De astros nomenclatura.
Teófilo.....	De Dios amador.
Cosmopolita.....	De mundos muchos observador.

Sería preciso formar un largo diccionario si quisiésemos dar razon de todas las voces griegas de esta naturaleza, y solo diremos que no hemos observado en esta lengua voz alguna formada de dos sustantantivos, de quienes el primero no sea pósesor del segundo. Examinense á más los patronímicos de este idioma, y se verá precedido el nombre de padre á la partícula ó terminacion que equivale á la voz hijo ó descendiente, como si dijera *de Eneas hijo, de Ulises descendiente*, etc. Hágase igual observacion en los compuestos de preposiciones y nombres, y se verá que aquellos tienen un verdadero ministerio de posesores.

Pero ¿en qué me canso, si en todos los idiomas hallamos iguales voces? *Cicero matix, Homero matix* de los latinos son lo mismo. Cicerón y Homero son genitivos: la madre lo es en *matrimonium* y el padre en *patrimonium*. y lo mismo sucede en los patronímicos y otras infinitas voces. La lengua inglesa abunda de estas voces. *Wind mill* literalmente, quiere decir *de viento molino: pastrimonan de pastelería mujer*, esto es, pastelera: *dog-days, de dogo* ó *de perro dias*, esto es, canícula. No es ménos abundante la lengua alemana. *Hand-schuh de mano zapato*, esto es, guante: *oster-fest* de páscua fiesta: *hater-lohn* de guardia ó centinela salario. Los guaranis llaman á la tronada *amazumni*; y literalmente quiere decir de nube ruido, y por el relámpago dicen *ama-bera* de nube resplandor, y *aba-rete* quiere decir, de hombre cuerpo. Los peruanos al eclipse llaman *inti-huanui*, y literalmente significa de sol muerte: Dicen *orco-runa* del monte hombre, esto es, montañés: *salca-runa* de tierra templada hombre: *pacha-camac* del tiempo criador, etc. En la lengua tamanaca *jete-japoni*, quiere decir mandibula, y literalmente de dientes sostenedor: por abeja dicen *vane-imu*, y literalmente traducido quiere decir de la miel padre. Los persas llaman al arsenal Tershane, y quiere decir de la nave casa. *Puel-ceru* en araucano significa del oriente viento.

Podria recorrer un sinnúmero de idiomas que hacen lo mismo; pero sería quizá molesto á los lectores. Examinen estos en todos los idiomas que quieran las voces modificadas por medio de cualquiera de las terminaciones, y verán que la primitiva es un verdadero posesor, y que la terminacion hace veces de cosa poseida. Verán que *Doctor* es lo mismo que *de enseñar maestro*: *zapatero* de zapatos hacedor: *picadero* de picar lugar ó paraje etc., y no podemos ménos de confesar que la antelacion del posesor en la sintasis, está autorizada por todos los idiomas, y que la postergacion de él al signo de la cosa poseida, es aborrecida en un sinnúmero de lenguas, esto es, en la inglesa, bascongada, araucana, japona, quichua, moquica, aimara, guarani, Inle, barmana, malabara y otras innumerables, cuya numeracion omitimos por no ser molestos: de modo que no puede dudar razonablemente un filósofo que esta sintasis es la más bella, la más natural, la más análoga á las ideas del hombre, y por lo mismo la que hubo de usar el idioma primitivo y cualquiera otro que quiera ser perfecto en este ramo. Pasemos á la colocacion de los agentes.

AGENTES.

Despues del ministerio de posesor, ninguno es más noble que el de agente. Un nombre sobre quien recae la accion comunicada, es el sujeto á quien se aplican todas las ideas del concepto, y por el mismo ministerio excede á todas las demás partes de la oracion en nobleza, y aun á todos los nombres que son sus compañeros, constituyéndose sobre ellos por el ministerio, por más que sean superiores á él por la nobleza de orígen. El signado de la voz *padre* por naturaleza, es superior al de la voz *hijo*: sin embargo si el hijo fuese agente y paciente ó recipiente el padre, aquella voz ha de anteponerse á esta porque su ministerio es superior respecto del habla á aquel que ejerce la voz *padre*. Así es que decimos *el hijo ama al padre*.

Esta sintasis es muy conforme á la naturaleza. Pedro por más que sea hijo de Juan y ambos concurran á un congreso, si Pedro ejerce las funciones de prior ó presidente del congreso, será colocado en un lugar más preeminente que su padre Juan, y lo mismo digo respectivamente de todos los demás entes constituidos en dignidad.

RECIPIENTES.

El ministerio de los recipientes sigue al de los agentes, y ha de anteponerse á los pacientes. Se ha de decir *di á Pedro las gracias* y no

di las gracias á Pedro, sin que sufrague el uso de los idiomas la sintasis de la segunda proposicion. El recipiente es más noble que la cosa recibida como que entra en la posesion y dominio de ella. Si me dan manzanas, no bien las recibo cuando son ya mias y entro á ser dueño de ellas. Esta misma es la idea del que da la cosa, pues no la da sino para que el que la recibe disponga de ella, por manera que la cosa recibida queda como sujeta y súbdita al sujeto que la recibe ó adherida á él como cualidad.

Todos los idiomas nos dan un claro testimonio de esta verdad, cuando hacen uso de los pronombres como recipientes en tanto grado, que es disonante la colocacion de estos recipientes despues de las personas pacientes. Se oye bien *dame los libros*, pero disgusta si se dice *da los libros á mi*: *doite las gracias*, es sintasis agradable: *doi las gracias á ti*, disgusta al oido español, y lo mismo sucede en los demás idiomas; de modo que no podemos dudar razonablemente que la funcion de recipiente es superior á la de paciente, y esta la más ínfima de todas las que ejercen las voces en nuestros conceptos.

De todo lo dicho acerca de la nobleza de ministerio, se colije que el órden de las voces como partes de la oracion es el siguiente. Primeramente se ha de colocar el nombre, despues el epiteto, y se ha de decir *hombre bueno* y no *buen hombre*, si la sintasis ha de corresponder al órden natural. Al nombre y epiteto se ha de posponer la nota de apelativo. La sintasis sería perfecta en el castellano, si se dijese *hombre bueno el*. Al nombre, al epiteto y á la nota de apelativo ha de seguir el artículo. Se debe decir *hombre bueno el de*. Al nombre, al epiteto y nota de apelativo, han de posponerse las preposiciones ó posposiciones. Debia decirse *hombre bueno el por*, y no *por el hombre bueno*.

Esta colocacion disonará á los españoles y á todas las demás naciones, cuyos idiomas son prepositivos; pero á más de hallarse fundada en la misma naturaleza, podemos asegurar que está por ella el uso de la mayor parte de los idiomas. Hé aquí algunos con sus expresiones y la literal traduccion al castellano.

LENGUAS.	EXPRESIONES.	TRADUCCION LITERAL.
Japona.....	Ton-ni.....	Cielo-el-en.
	Fune-cara.....	Nave-la-con.
	Tono-tachi.....	Señores-los.
Quichua.....	Hanac-pacha-cuna-pi..	Altos lugares-los-en.
	Hantecal-man.....	Tentacion-en.
	Hanac-pacha-pi.....	Alto lugar el-en.
	Mana-alli-manta.....	No bueno el-de.

LENGUAS.	EXORESIONES.	TRADUCCION LITERAL.
Moquica.....	Inapa-que.....	Cielo-el-en.
	Isse-que.....	Tierra-la-en.
	Tentacione-quej.....	Tentacion-la-en.
Araucana.....	Huenu-meuj.....	Cielo-el-en.
	Tue-mapu-meu	Tierra-la-en.
	Vill-huera-dugu-meu,..	Toda mala cosa-de.
Almara	Nanaca-na.....	Nosotros-de.
	Nanaca-ru..	Nosotros-a.
Guarani	Ore-be.....	Nosotros-a.
	Ca-ara-pip.....	Este dia-en.
	Mabae-pochi-egui.....	Cosa mala-de.
Tamanaca.....	Cap-jave.....	Cielo-el-en.
	Jumna-uja....	Nosotros-a.
	Jumna-paque	Nosotros contra.
Barmana.....	Apa-scen-zo	Padre dominador-de.
	Nama-do-miat-co.....	Nombre excelso-el-a.
	Apit-to-go...	Culpa-la-a.
Maipure.....	Eno-icutiri.....	Cielo-el-en.
	Pi-naucare-ique.....	Tu habitacion-a.
	Vi-ina	Nosotros-con.
Indostana.... .	Giamin-mo.....	Tierra-la-en.
	Hamlogon-quo.....	Nosotros-a.
	Burabadi-so.....	Males-los-de.
Turca.....	Gilioj-ler-de	Cielos-los-en,
	Jer de.....	Tierra-la-en.
	Ighva-den	Tentacion-la-en.
Ibera.	(Borothi-sa-gan.....	Maligno-el-de.
	(Za-tha-scina.	Cielos-los-en.
	(Sze-da	Tierra-la-en.
Goana.....	(Sorgh-im.....	Cielo-el-en.
	(Aman-zca..... .	Nuestro-el.
	(Aman-cam.....	Nosotros-a.
Tongusa.....	(Endra-doc	Tierra-la-en.
	(Joreg-docvi....	Tentacion-la-a.
	(Malga-doc.	Cautiverio-el-de.

Sino temiésemos ser demasiadamente molestos, podíamos dilatar mucho más este catálogo: pero nos parece que es suficiente para que nuestros literatos se hagan cargo de que nuestra opinion está tambien fundada en el uso de los idiomas. Ultimamente les ponemos presente la declinacion de las lenguas griega, latina, ilírica, cophta, alemana, céltica y otras, en que verán pospuesto el artículo ó las características de los casos á los nombres. Háganse igualmente cargo de la lengua inglesa, y la posposicion que hace de sus preposiciones, y no se olviden de la posposicion *versus* y *tenus*, y tal cual vez del *inter* de los latinos, y no podrán ménos de asentir á nuestro modo de pensar sobre la sintáxis del nombre, epiteto, artículo y posposicion.

Despues de estas partes de la oracion sigue el adverbio, y el verbo debe ocupar el último lugar como parte de la oracion; pues los participios, como verdaderos epítetos, se comprenden en la regla de estos: las conjunciones no son partes de los juicios, sino un enlace de ellos ó de sus miembros, y la interjeccion, aunque verdadero juicio, es abreviado, como que consta de una sola voz.

Resulta tambien de lo dicho que las voces como funcionarias han de tener la sintáxis siguiente. El poseedor ha de anteceder á la cosa poseida cualquiera que sea la funcion ejercida por ella. Despues del posesor son superiores en nobleza de ministerio los agentes: tras estos los recipientes y los últimos las personas pacientes.

...

SINTAXIS QUE HAN DE TENER LAS VOCES

POR LA NOBLEZA DE MÉRITO Ó MOVILIDAD.

La nobleza de mérito ó movilidad de las voces, como anteriormente queda dicho, consiste en aquel mayor ó menor impulso que tienen sus signados en movilizar los conceptos, esto es, en dar motivo á ellos. Para que nos hagamos cargo cómo se debe usar de esta nobleza, hemos de tener presente que nuestros juicios, para que sean comunicados, han de ser reconocidos por el entendimiento, juzgados por él como útiles y dignos de ser trasmitidos á la sociedad, y últimamente adoptados por la voluntad como comunicables. Pueden presentarse ideas sobre ideas al entendimiento: puede juzgarlas muy justas y aun decidirse á favor de la comunicacion de ellas: esta movilidad del entendimiento no basta para ennoblecer las voces. Es necesario que sea movilizada la voluntad para que se realice la comunicacion, y esta movilidad de la voluntad ha de ser el compás con que hemos de medir la superioridad de la nobleza de mérito, que unas voces tienen sobre otras. Ciertos ejemplos harán más perceptible esta nobleza, y la an-

telacion que por ella han de tener las voces en los conceptos y estos entre sí.

Supongámonos colocados en una ciudad, y que nos viene el deseo de hacer su descripcion: nuestro primer móvil ha de ser informarnos de su nombre: querremos saber despues á qué parte del mundo corresponde: cuál sea la nacion á quien pertenece, y si es su capital ó no. Informados de estas circunstancias, pasaremos á enterarnos de la situacion ó localidad que tiene: procuraremos colocarnos en un paraje eminente, y echaremos nuestra vista por todo el horizonte haciendo juicio de las bellezas que descubre. Pasaremos de aquí á tomar razon de la extension y vecindario: de sus muros, fortalezas, plazas, calles, edificios, tribunales, fábricas, férias, mercados, etc., siguiendo el órden de estas cosas segun el mayor ó menor interés que se nos presenta en su comunicacion.

Por este ejemplo nos podremos hacer cargo de la mayor ó menor movilidad que tienen los conceptos acerca de la comunicacion y de la colocacion que les es debida en la sintáxis. Siendo los conceptos móviles de la mútua comunicacion, su antelacion ó postergacion se ha de tomar por el órden natural de ellos, ya por su signado ó ya por la mayor utilidad que se nos figura en su comunicacion, que son las circunstancias que movilizan nuestra voluntad para publicarlos en la social correspondencia; de modo que naturalmente somos arrastrados á colocar como primeros aquellos conceptos que nos han hecho más impresion por algun atributo suyo, ó por el juicio que hemos hecho de su mayor utilidad ó necesidad de ser comunicado. Pasemos á presentar otros ejemplos para conocer su mayor ó menor movilidad de las voces.

Supongamos que al contemplar á un hombre nos agradó ó nos disgustó esta ó la otra accion: queremos comunicar un juicio sobre esta particularidad: el verbo es el móvil principal, pues esta parte de la oracion ha de preceder á todas las demás que hubiesen de entrar en el concepto, como que son unas auxiliadoras de la que movilizó á la voluntad para la comunicacion. Si esta accion que nos gustó ó disgustó fué el *bailar*, diremos *baila muy bien ó muy mal tal ó tal sujeto*, colocando delante de todas las voces al verbo *baila*, sin embargo de ser inferior en nobleza de orígen y ministerio á los adverbios *muy bien*, *muy mal* y al agente de la accion.

Supongamos que me gustó ó disgustó el modo de bailar: en este caso la movilidad cae sobre el adverbio, esto es, el modo de la accion, pues he de decir *muy bien ó muy mal baila tal ó tal sujeto*, colocando el adverbio *muy bien ó muy mal* delante de todas las voces del concepto como que dió motivo á él. Otras veces nos gusta ó disgusta una cualidad, por ejemplo, la hermosura de un ente: en este caso el signo de la tal cualidad ha de ser la primera voz del concepto. Usaremos en primer lugar de la voz abstracta con que significamos la tal cua-

lidad. Supongamos que la tal cualidad, esto es, la hermosura que nos movilizó fué la de una casa; no podemos decir *hermosa casa*. No nos movilizó la hermosura en concreto, esto es, la casa como hermosa sino la hermosura de ella. El sujeto que nos hace hablar es la cualidad, no el ente cualificado, de donde es visto que hemos de hablar de esta cualidad como de un sujeto sobre quien queremos aplicar los atributos que tuviésemos á bien: hemos de decir *la hermosura de tal ó tal casa excede á la de esta ó la otra*, etc. Si dijésemos *la hermosa casa gusta á todos*, la hermosura no sería el sujeto; los atributos de este juicio recaerian en la casa cualificada, esto es, en la casa como hermosa. En efecto, la cualidad en este caso entra como un atributo, y la voz hermosa forma un juicio con la casa, siendo su atributo, y la expresion *gusta á todos* forma otro juicio con la voz *casa*; por manera que la expresion *la hermosa casa gusta á todos*, embebe los juicios siguientes: *la casa que es hermosa, es cosa que es gustosa á todos*, donde se vé claramente que ninguno de los atributos recae sobre el epiteto *hermosa*, y que este no puede reputarse como móvil de la comunicacion, pues en este caso ejerceria funciones de sujeto.

No podemos ménos de recordar á los lectores la falta de filosofía que hemos observado en el capítulo antecedente en la anteposicion tan frecuente de los epitetos á los sustantivos en la mayor parte de los idiomas, quiero decir, que esta anteposicion no puede cohonestarse por la nobleza de movilidad, supuesto que los epitetos llevan todas las características de cualidades concretas, y ninguna de sujeto ó supuesto del concepto.

Es verdad que las cualidades pueden ser el móvil de nuestros conceptos, y en este caso será preciso anteponer sus signados á todas las demás voces que entran en el concepto. La dificultad está en averiguar si la voz que denota ó es signo de la cualidad movilizante ha de llevar las características de cualidad concreta ó abstracta. Parece muy conforme al ministerio que ejerce en este caso la cualidad, que su signo vaya revestido con las características de cualidad abstracta, quiero decir, que si una casa, por ejemplo, nos dió motivo de hablar por la sensacion que causó en nosotros su hermosura, esta cualidad, como sujeto de nuestro pensamiento, habia de trasferirse de la clase de los epitetos á la de nombres, esto es, que habia de usarse de la voz *hermosura*, separándola por este medio de su sujeto, esto es, de la casa, y haciéndola supuesto de nuestro concepto.

Sin embargo, estas locuciones no serian propias siempre que la movilidad se experimentase al reconocer un sujeto; pues en este caso era indispensable que la tal cualidad movilizante fuese determinada, quiero decir, de un sujeto cierto, conocido y singular, una cualidad, digo, de tal ó tal ente determinado, y que no podia movilizar ó dar motivo á la locucion sino como cualidad adherente ó concreta. Es verdad que hablamos de las cualidades abstractas: nos valemos de ellas

usándolas en los juicios como sujetos y aplicándolas los atributos que juzgásemos propios. Decimos la *hermosura es amable*: *la ingratitud es odiosa*: *la traicion es aborrecida por los hombres*, pero este no es nuestro caso, pues estas cualidades se hallan sin sujeto alguno, y se me representaron independientes de toda sustancia ó supuesto en que pueden hallarse. Otras veces hacemos sujetos de nuestros juicios á las cualidades de una determinada especie. Decimos *el valor de los cántabros aterraba las legiones romanas*: *la fidelidad del español es conocida de todo el mundo*; pero tampoco nos hallamos en nuestro caso: estas cualidades no tienen sujeto determinado, quiero decir, sujeto particular ó individuo.

No es así cuando reconocemos un ente, y nos movilizamos por alguna de sus cualidades. En este caso el gusto ó el disgusto es extraordinario, y nos vemos en el estado preciso de energizar nuestras expresiones: un sobrecogimiento ocupa nuestro corazon: nos elevamos, nos entusiasmamos y, para decirlo todo en una palabra, salimos de aquel estado de serenidad que exige la contemplacion de las cosas. Hé aquí el estado del hombre cuando en el reconocimiento de un ente es detenido por el choque ó por la sensacion extraordinaria que causó en él la cualidad admirada. Ahora, pues, ¿cómo se manejaria este hombre en la formacion del juicio que queria comunicar acerca de esta movilidad? Hé aquí la cuestion que debe ocuparnos.

El hombre se halla entusiasmado, se halla movido, se halla trastornado y fuera de aquel órden de serenidad que exige un acto reflexivo; en una palabra, se halla parado, y queda como roto y partido por medio del reconocimiento del ente que contemplaba. Todo paró al momento que fué movilizado su corazon por la sensacion extraordinaria que causó la cualidad chocante, y era precisa una expresion admirativa, una expresion que presentase las ideas de este hombre cual ellas eran, quiero decir, que expresase la idea de una cualidad como móvil, como sujeto, como supuesto de su concepto; una cualidad abstracta, pero una cualidad de determinado sujeto, y por consiguiente una cualidad concreta sin dejar de ser abstracta, y abstracta sin dejar de ser concreta.

De esta suerte es como las ideas se hallarian conformes con la expresion y la expresion con las ideas. La idea del hombre en nuestro caso, mira á la cualidad como sujeto movilizante; pero sin que pueda separarse de la idea de su supuesto. Mira la hermosura como un ente que le entusiasma, que le admira; pero no puede ménos de mirarla como hermosura de la casa, esto es, como una hermosura que califica al ente cuya contemplacion le ocupa. Parece, pues, que habíamos de usar de una expresion enfática, admirativa, interjeccional: una expresion enérgica y por lo mismo trastornada, y cuyos miembros constitutivos saliesen fuera del órden natural á ellos mismos; que la cualidad se explicase con una voz concreta para determinar la idea

del ente de quien era cualidad, y que esta voz concreta no tuviese supuesto ó sujeto para hacernos ver la idea de la independencia en que la miraba por su movilidad nuestro entendimiento: últimamente que el sujeto, esto es, la casa mudase de aspecto y se desnudase de las características de tal sujeto, recibiendo las de posesor para dejar independiente y como fuera de la concrecion á su cualidad.

Lo cierto es, que un idioma que ejecutase ó diese á entender las ideas que nos ocupan, sería bello, análogo y propio. La expresion sería enérgica, pues sus miembros se hallaban fuera del órden natural y eran análogos al estado que tenia el hombre movilizado: sería una expresion interjeccional como que no expresaba el juicio sino en globo: sería admirativa, pues indicaba en su tono detenido el paramiento que causó su signado al que la proferia, y últimamente sería propia, pues pintaba con la mayor hermosura las ideas movilizantes.

Estas reflexiones nos persuaden de que el idioma primitivo hacía uso de sus expresiones en nuestro caso del mismo modo que nos hemos esplicado. Esta es á lo ménos la práctica constante de aquel que al fin de estos discursos presentaremos como primerizo.

De esta primera instruccion se deduce que la primera voz de nuestros conceptos ha de ser la que fuese móvil de ellos con una movilidad primeriza, esto es, que diese causa ó motivo á la comunicacion, advirtiendo que siendo el signado de esta voz cosa poseida, ha de precederla el posesor como superior á toda otra voz en cualquiera de las acepciones que se le quiera recibir. Lo que se quiere decir es que toda voz, sea nombre, verbo, participio, adverbio, etc., ha de ser la primera en nuestros conceptos siempre que haya sido la causa ó motivo para la comunicacion. Hemos de decir *heróicamente se portó la tropa*, cuando nos vemos movilizados por la heroicidad de la accion. Cuando decimos *danzó bellamente vuestro hijo*, la movilidad se halla en la accion de danzar. Si decimos *vuestro hijo bailó primorosamente*, el hijo es el móvil. Cuando decimos *por una friolera se han desunido las naciones*, nos movilizó la tenuidad del motivo de la desunion, y así de los demás conceptos y juicios.

Si se observase constantemente en las naciones este órden de movilidad, los conceptos para su inteligencia no necesitarian en este caso de los largos comentos con que nos hallamos entorpecidos en la inteligencia de lo que nuestros antepasados nos han dejado como depositado á beneficio de la sociedad en sus apreciables tareas literarias. Pasemos á reconocer cual ha de ser la voz que debe seguir en nuestros conceptos á la que fué su móvil, esto es, averigüemos cual será la segunda voz de nuestros juicios.

Para que nos conduzcamos con mayor claridad en el conocimiento de aquella voz que ha de seguir al móvil de la oracion, nos valdremos de una expresion de la lengua castellana y es la siguiente: *feliz el rey que supo atraer la estimacion de sus vasallos*. Hé aquí un juicio

enérgico en la lengua castellana: hé aquí un epiteto colocado á la frente del concepto: hé aquí trastornado el órden, que tienen las ideas de las voces por naturaleza, esto es, por la nobleza de origen, y aun por la de ministerio. La voz *feliz* es un epiteto, es un signo de cualidad inferior en el órden natural al sujeto, en quien reside, esto es, al signado de la voz *Rey*: la expresion decae: ya no es enérgica: ya la voz *feliz* deja de ser movil en la comunicacion y toma la movilidad el *Rey*. Se dirja: *el Rey que supo atraer la estimacion de sus vasallos, es feliz*, y la idea no podia ser otra que la de dar á entender *un Rey feliz*, cuando en la primera expresion fué la de comunicar *la felicidad de un Rey*.

Todas las naciones se hallan persuadidas de que la colocacion de la voz *feliz* á la frente del concepto propuesto y otros equivalentes á él respectivamente, es enérgica: es placentera: es deliciosa; pero los más ilustres gramáticos quieren que sea una expresion figurada, y creyéndola imperfecta la salvan por el juego retórico que llaman hiperbaton ó trastorno. Sin embargo no pueden resolverse á creer que no haya una regla natural para esta colocacion; pero se imaginan que es oculta á la literatura. Mas esta regla es la que hemos dado. La voz *feliz* goza de la nobleza de movilidad: esta es superior á la de orígen y ministerio y por eso mismo ha de colocarse delante de todas las demás. Contraigámonos á nuestro caso, y veamos si la palabra *Rey* está bien colocada en el concepto que nos ocupa.

Esta voz se halla en segundo lugar en nuestro concepto; pero, ¿por qué razon? Ningun gramático nos la ha dado todavia. Practícase así en los idiomas ordinariamente, y no disgusta al oido. Hé aquí lo único que se nos puede responder, pero ni la práctica de los idiomas, ni el que suene bien al oido habituado pueden persuadirnos de la bondad de la sintáxis. *Con-la-espada* es una expresion usada por un sinnúmero de idiomas: en todos ellos agrada al oido, pero su sintáxis es imperfecta. Si se dijese *espada-la-con*, disgustaria la expresion á estos idiomas: se reirian de ella: sin embargo, la sintáxis sería perfecta, como lo hicimos ver hablando de la nobleza de ministerio. No debe, pues, detenerse el filósofo de cualquiera nacion que sea en la práctica de su nativa lengua por más autorizada que se halle en otros idiomas: lo que sí ha de buscar es la propiedad, el órden de las ideas, ya el natural ó de orígen, el de ministerio, y en nuestro caso, el de movilidad.

La palabra *feliz* se coloca justamente la primera de todas. Esta fué la que movilizó la comunicacion: el quererla dar á entender dió motivo al habla. ¿Cuál ha de ser, pues, la segunda? Parece muy conforme á razon que sea aquella que movilizó la movilidad, quiero decir, la que dió motivo á formar la idea de la felicidad del Rey, y siendo esta la estimacion de los vasallos, es visto que esta expresion ha de ser la segunda en el concepto. En efecto, si el proferente no hubiera con-

templado la estimacion que hacian los vasallos de su Rey, ¿hubiera formado idea de la felicidad de este? Esta estimacion es, pues, el móvil del móvil y la causa segunda de la comunicacion del concepto, y la que despues de la voz *feliz* es la más noble del concepto por la movilidad, y se habia de decir *feliz vasallos-los-de estimacion-la*.... Pasemos á contemplar qué voz ha de ser la tercera.

Habiéndose de colocar en segundo lugar la expresion que fué móvil del primer móvil, es consiguiente que se dé el tercero al que fué móvil del segundo móvil. ¿Qué palabra ó qué expresion fué esta? El hombre no podia juzgar feliz al Rey por la estimacion que de él hacian sus vasallos, si esta estimacion no hubiera provenido de la buena conducta del mismo Rey. Por más estimacion que muestren los vasallos á su Monarca no podrá ser reputado este por feliz, siempre que sepamos que sus acciones no le hagan digno: ántes al contrario, le creeremos desdichado, pues juzgaremos que la tal estimacion es fingida y de pura política. De aquí es que el haber sabido grangearla el mismo Rey, hizo que el proferente de nuestro concepto juzgase la estimacion de los vasallos por verdadera y capaz de hacer feliz al Rey. Esta expresion, pues, ha de colocarse la tercera, y el Rey debe tener el último lugar. Se habia de decir *feliz vasallos-los-de estimacion-la atraer sabido-ha Rey-el.*

Disonará extraordinariamente al oido español esta colocacion, y lo mismo sucederá con todos los demás idiomas que siguen su sintáxis. No faltarán curas de Montuenga ó sean C. C. que se escandalicen; pero los sábios, aquellos que no deciden las cosas por la pasion sino por la razon, hallarán que esta sintáxis es arreglada al dictámen de la naturaleza ya en lo que respecta á lo que exige la nobleza de origen, ya en lo que mira á la de ministerio, ya, en fin, en cuanto á la nobleza de movilidad. Confesarán que un idioma para ser perfecto ha de colocar sus voces en los conceptos y sus conceptos en los discursos del mismo modo que llevamos arreglado, pues de lo contrario las ideas no tendrian analogía con la expresion ni la expresion con las ideas. Confesarán que las palabras y los juicios no se presentan ó no deben presentarse necesariamente en la comunicacion social, segun el órden con que se presentan en el entendimiento, sino segun movilizaron la voluntad á expresarlas, prefiriendo unas expresiones á otras por lo que exige la mayor ó menor mocion que causaron en el deseo para su comunicacion.

Por lo que á mí toca estoy persuadido que el idioma primitivo gozaria de esta bella sintáxis; y por haber hallado exactamente practicadas en un lenguaje no solamente las reglas de esta sintáxis, sino tambien cuantas hemos establecido en esta gramática, me ha parecido justo el presentarlo como primerizo en el reconocimiento de las lenguas ó excrutinio que de ellas haremos inmediatamente. Pero ántes de esto queremos hablar del acento, no porque lo creamos necesario

en el habla, sino porque su uso es tan general en las lenguas, que el no hablar de él se reputaria quiza como un defecto sustancial.

ACENTOS.

Ninguna cosa es más contraria á la perfeccion del habla que la pronunciacion fija de sus palabras. Una voz precisamente larga ó precisamente breve destruye enteramente los efectos que deben causar las pasiones en el uso de las lenguas. Un ánimo persuasivo no se compone bien con la brevedad de las voces: la irritacion y la cólera son enemigas de palabras pesadas y largas; sin embargo de esto, raro es el idioma que no haga uso de esta pronunciacion fija. Se hace, pues, preciso el poner de manifiesto este abuso con tanta más extension y claridad, cuanta es mayor la preocupacion que se tiene sobre este particular hasta en los literatos de la mayor nota.

Se cree vulgarmente que el acento es esencialmente necesario en los idiomas, pero es un error. Un idioma es tan rico en voces en primer lugar, como lo hicimos ver hablando de los géneros del nombre, que no puede ser agotado hasta el extremo de necesitar acentos para diversificar la significacion en una misma voz. Tampoco es necesario para eufonizar las palabras. Estas reciben su biensonancia del legítimo enlace de letras en sílabas y de sílabas en voces, como largamente lo hicimos tambien ver en las formaciones asi de las sílabas como de las voces.

Pues ¿para qué es necesario el acento? ¿para la poesía? Tampoco: el español, el francés y otras naciones han sido y son poetas sin necesidad de acentos. Las sílabas pareadas pueden llenar el blanco de toda la poesía, y si vemos cortadas estas sílabas ó aumentadas, quiero decir, si vemos piés esdrújulos y monosílabos, no es porque los necesitamos. Hubo tiempo, y no es muy remoto, en que los dáctilos no se conocian en las lenguas europeas, aunque se van aumentando desmedidamente en nuestros dias, pero esta materia exige una discusion más dilatada que la que permite este capítulo. Vendrá quizá un tiempo en que la tratemos por separado. Contraigámonos á nuestro caso.

Examinemos sin preocupacion los idiomas: reconozcamos las voces acentuadas: contemplemos las breves y las largas y no podremos ménos de confesar que estas características no son uno de los inventos que han enriquecido á los idiomas, multiplicando sobremanera sus voces como algunos se han figurado: al contrario, son unos inventos discurridos para cubrir la pobreza de las lenguas ó mejor la falta de nociones en la formacion de sus voces.

En efecto; ¿para qué, por ejemplo, en la lengua tonquinesa trece diferentes entonaciones, acentos ó qué sé yo qué diferencias prosódi

cas y músicas? La causa es notoria: no es otra que su pobreza. El buey es llamado *bo*, en este idioma, por ejemplo: en segundo lugar el mismo *bo* significa *despedazar*: 3.° *vengarse*: 4.° *abrazar*: 5.° *gusano*: 6.° *uña de animal*: 7.° *nodriza*: 8.° *corteza*: 9.° *mujer*: 10.° *hacer*: 11.° *romper*: 12.° *echar de sí*: 13.° *cesta*. Era necesario distinguir estas varias significaciones. Se recurrió al acento gramatical: no fué suficiente y hubo que entrar á ser cantores; pero ¿qué cosa obligó á este idioma al uso de entonaciones? La pobreza de sus voces: la falta de invencion: el no hallarse informado de la abundancia de voces de que es susceptible una lengua, cualquiera que ella sea.

La lengua china sigue á la tonquinesa en sus acentos ó entonaciones, ó sea al revés, pues nada me importa. Sé que su voz *chio*, por ejemplo, significa 1.° *reirse*: 2.° *vómito*: 3.° *concha*: 4.° *salir*: 5.° *palma de la mano*: 6.° *un árbol resinoso*: 7.° *mástil de navío*: 8.° *tercera parte de cierta medida*.

La lengua guaraní con la sílaba *be* significa 1.° *más*: 2.° *de él*: 3.° *juntamente*: 4.° *todos*: 5.° *hasta*: 6.° *a un*. Iguales significaciones diferentes dan á sus voces la otomita, chiquita y malaya por medio de la pronunciacion; pero no nos alejemos tanto.

¿Para qué es el acento de la *o* en el verbo castellano *amó*? No tiene otro ministerio que el distinguir esta tercera persona de pretérito perfecto de indicativo de activa de la primera del presente. ¿Para qué es el acento de la *e* segunda del verbo latino *legerê*? Para que la tercera persona plural del pretérito perfecto de indicativo de activo no se confunda con el presente de infinitivo y con la segunda persona de presente de indicativo de la misma voz. Pero ¿recorremos uno por uno todos los idiomas? No por cierto. No hay literato que ignore que los acentos deben su orígen á la pobreza de voces, sin que perjudique el que haya palabras breves y largas con un solo significado. El acento se inventó por primera vez para diferenciar la doble significacion de una palabra: bajo de estos acentos formaron sus versos los poetas: quedó autorizado su uso por la poesía, y se hizo el estudio de los largos y breves enteramente necesario é indispensable. Aun digo más: fué mirado el acento como una parte esencialísima de los idiomas en la literatura, y hoy es tenido por tal y elogiado sobremanera en el latin, griego, hebreo, procurando los idiomas actuales imitar como á porfía esta notória imperfeccion.

No es mi ánimo sin embargo oponerme al acento. Las sílabas pausadas son necesarias en los idiomas: lo primero para dar á entender que la voz está ya acabada: lo segundo para avivar la pasion persuasiva, esto es, la locucion pausada y grave. Son tambien necesarias sílabas breves para descubrir la irritacion, la cólera, la impaciencia del que habla. Lo que quiero decir es que no ha de haber acentos fijos, esto es, voces necesariamente largas, necesariamente breves: ni sílabas largas ni breves constantemente, y mucho ménos vocales que

o sean. Esta pronunciacion debe quedar libre al uso de las pasiones, y estas alargarán ó abreviarán las voces, las sílabas y las letras, segun exigiese su analogía con lo pausado ó precipitado: de modo que solamente ha de ser pausada la última sílaba de las palabras para que se conozca su unidad, circunstancia precisa y necesaria á la inteligencia de los conceptos; pero todo acento fijo fuera de este es opuesto al dictámen de la naturaleza, como que liga el juego de las pasiones á un tono, cuando deben ser libres para aquel que les es más propio á su natural constitucion.

Hemos concluido ya con la gramática del idioma primitivo, de un idioma perfecto. Hemos fijado cuáles y cuántas han de ser sus letras y sus sílabas. Hemos consultado la naturaleza de las letras para formar las sílabas, y la de las sílabas para arreglar la eufonía de las voces. La natural significacion de todas y cada una de las letras nos ha conducido para dar orígen á las palabras en todas sus modificaciones, recurriendo á más de esto á la onomatopeya, á las interjecciones del adulto y á las inocentes articulaciones del hombre-niño. La sintáxis que hemos establecido toda ella ha sido dictada por la naturaleza. No hemos tenido atencion para fijar las reglas que nos han parecido necesarias á idioma alguno, por más elogiado que haya sido en la literatura. En todo nos hemos conducido por los avisos de la sábia naturaleza, y al parecer nos hallamos en disposicion de entrar al reconocimiento de las lenguas, para que cotejadas con esta gramática podamos averiguar si existe ó no algun idioma a quien podamos dar justamente el título de primitivo y madre de todos los demás. Entremos, pues, en esta difícil pero importante empresa.

RECONOCIMIENTO DE IDIOMAS

ó averiguacion

de si existe ó nó alguno digno de haber sido primitivo.

Innumerables diligencias se han puesto en práctica por los literatos para averiguar si existe ó no en nuestros dias el idioma primitivo. Cada cual ha creido hallar en su lengua favorita motivos lisonjeros para atribuirla el título de primeriza. El único cuidado ó el mayor de estos sábios para el efecto ha sido el reducir las voces de los demás idiomas á las de su favorito. Esta diligencia les ha parecido la más bella para conseguir su fin. Han mudado letras, han añadido sílabas, y se han valido de cuantas invenciones son imaginables para dar orígen en su idioma á las voces de los demás; pero esta misma diligencia hecha en otros lenguajes ha tenido los mismos efectos: de modo que cada cual se ha presumido haber dado en su lengua querida con la madre de todas ellas.

No ha sido este el único camino que se ha adoptado para este efecto. Engreidos algunos con las antigüedades de la nacion cuyo idioma querian engrandecer, se han valido de ella para hacer primitiva su lengua. Los hebreos han sido y son los más acérrimos en defender la primacía de su idioma y de su nacion. Se creen como únicos herederos de Noe, como si las demás tribus no viniesen de él. No reparan en el nacimiento de Heber que les dió el nombre, ni en la habitacion que tuvo este Patriarca. No miran que Abraham fué caldeo: que él y los suyos entendian sin intérprete el idioma de esta gente. No examinan que del mismo modo que ellos pueden fundar su primacía, los caldeos, egipcios, samaritanos y demás naciones contemporáneas de la suya. A nada miran sino á que su pueblo fué el escogido por el Señor para que de él viniese el Mesías, y aquí es donde quieren hacerse fuertes, deduciendo de este hecho cuantas consecuencias son favorables á su pretension, y mirando con horror y desprecio toda opinion que se opone á sus deseos.

Una justa y debida atencion á la divina revelacion y el hallarse escrita esta en la lengua hebrea ha dado á este idioma un realce entre los católicos que le ha elevado sobre los demás. Todos le miran como el depósito de la comunicacion de Dios con los hombres: se les

presenta en ella la generacion del Salvador hasta Abrahan, y de este Patriarca hasta Adan, y preocupados creen que fué una misma la lengua de los judíos y de Abrahan, y que Abrahan habló el mismo idioma que Noé y Adan. Pero ¿pueden deducirse en buena filosofía estas consecuencias? Respetemos enhorabuena la lengua hebrea como que en ella quiso comunicarnos el Señor sus altos misterios: procuremos estudiarla para leerlos en su original, pero no nos preocupemos. El Altísimo no adoptó por pueblo suyo á Israel por el idioma que hablaba: el favor que mereció al cielo este pueblo no estaba vinculado á su lengua. Los judíos no dejaban su idioma cuando se apartaban por mil ocasiones de la amistad de Dios, y su lenguaje no les ha podido libertar del infeliz estado á que han sido reducidos.

No es menor el empeño de los chinos acerca de la antigüedad y primacía de su nacion é idioma. Creen que son descendientes de Noe y su lengua, y que este Patriarca fué el primero de sus Emperadores: que su imperio cuenta muchos millares de años; pero lo más extraño es que varios literatos nos refieren sus historias y fábulas como unos hechos de autenticidad conocida, cuando debemos hacernos cargo que si diésemos crédito á las fábulas de otras naciones, nos veríamos obligados á creerlas tan antiguas como la China. Pero no nos cansemos en referir las innumerables pretensiones de antigüedad que tienen y han tenido los pueblos acerca de su orígen y el de su lengua. Todas las tribus, todas las naciones, todas las familias pueden subir genealógicamente hasta los primeros pobladores del mundo; pero de ninguna manera los idiomas. El primer lenguaje fué uno, y si subsiste ha de ser uno. Si este es el chino, ya no es el hebreo ni otro alguno: si es el hebreo no es el chino, y si es el caldeo no puede ser primerizo el chino ni el hebreo.

Habiendo de ser uno el primitivo idioma, y escondiéndose las naciones en la oscuridad de los siglos, no tenemos otro recurso para saber si existe ó no este idioma, que el contemplar su perfeccion. Hubiese sido infuso, hubiese sido natural ó adquirido el lenguaje de los primeros hombres habia de ser necesariamente perfecto en todas sus partes constitutivas. Si fué infuso, era obra del Señor, y no hay que decir otra cosa para justificar la perfeccion que tuvo. En vano se dirá que Dios solo infundió lo preciso y necesario en el idioma, quiero decir, aquello únicamente que era indispensable al hombre en las primeras comunicaciones. No podrá inferirse de aquí que este idioma no fué perfectísimo. Es verdad que pudo no haber sido rico: el hombre era incapaz de comunicar en aquel corto término todas las ideas de que le hizo susceptible su Criador, y en la comunicacion de los primeros dias solo jugarian aquellos objetos que se presentaban á sus potencias como comunicables, y era suficiente para este efecto el que les infundiese el Señor los signos de estos objetos, dejando á su arbitrio el inventar los que fuesen necesarios para representar las innu-

merables ideas con que irian enriqueciéndose de dia en dia; pero no pudo suceder así con la perfeccion de este lenguaje.

Desde el primer instante de la creacion del hombre empezó á hablar este en nuestro caso, y desde entónces dió principio á la formacion de los juicios. Los entes, las acciones, sus diferentes modificaciones, el pronombre y demás partes constitutivas de la oracion eran ya precisas. Un sujeto habia de recibir en sus juicios los atributos comunicados: hé aquí la necesidad del nombre y su conocimiento. Los atributos habian de ser unas cualificaciones de tal sujeto: hé aquí el epiteto ó llamado adjetivo. Un verbo habia de aplicar estos atributos al sujeto: hé aquí el orígen del verbo. La accion comunicada podia ser presente, podia ser pretérita ó futura: hé aquí la necesidad de los tiempos. Pero, ¿á qué me canso, sino es imaginable una comunicacion oral sin el conocimiento de las partes de la oracion? ¿Cómo es posible entender un juicio sin distinguir el sujeto del atributo? ¿Cómo es posible el comprender que el sujeto y el atributo se unen entre sí, sin que haya una cópula ó voz unitiva que es el verbo?

No podemos ménos de persuadirnos de que desde el primer instante de la creacion de los hombres se hallasen estos llenos de regocijo en la contemplacion de las acciones, y que sus voluntades serian movilizadas á la mútua comunicacion de lo que veian, de lo que contemplaban y de todo lo que les era delicioso. ¿Cómo es, pues, posible comunicar y entender una accion sin agente y sin término de esta accion? Y en estas acciones ¿dejaria de movilizarlos alguna de sus modificaciones? Era, pues, indispensable el uso de los adverbios y de las caracteristicas de accion y de pasion.

El sol, por ejemplo, ¿no podia movilizar á los primeros hombres por su hermosura? No hay duda: era, pues, preciso el uso y el conocimiento de un posesor. No, no podemos figurarnos en buena filosofía que los primeros hombres se valiesen de meras interjecciones, de juicios abreviados, si el idioma fué infuso. Las interjecciones en un lenguaje tienen su propio lugar: no son proferidas sino en el entusiasmo: no son dirigidas á la comunicacion social: son, por decirlo así, unos abortos, un lenguaje de que el hombre usa en la mayor soledad aun en aquellos casos en que no tiene con quien comunicarlos. Es visto, pues, que un idioma infuso no puede ser un idioma interjeccional, sino un idioma de comunicacion social; un idioma, digo, en que los juicios se profieren con todas aquellas partes constitutivas de un lenguaje racional; en una palabra, una lengua interjeccional, un idioma puramente animal era indecente, indecoroso, á ser el objeto en favor de la comunicacion del hombre, y de aquí es que si el idioma primitivo fué infuso, pudo no ser rico, pero debió de ser perfecto. Pasemos al lenguaje natural, y hagamos ver que hubo de ser igualmente perfecto.

Si el idioma de los primeros hombres fué natural, como creemos,

hemos de reputarle igualmente perfecto. Las primeras voces serian unas verdaderas interjecciones; pero se perfeccionarian necesariamente ántes que pudiese tener lugar la diversidad de lenguajes. Un patriarcado era más que suficiente para que recibiese esta perfeccion que hoy deseamos, y es opuesta á su bienestar la multiplicidad de idiomas. No podemos persuadirnos á creer que los miembros de una sola familia dejasen de entenderse los unos con los otros. Es demasiadamente necesaria la inteligencia de los conceptos en una comunidad para poder figurar en ella diferentes idiomas, y muy urgente la necesidad para que dejemos de creer perfecto un lenguaje ántes de la multiplicacion de familias. Sea enhorabuena que las primeras expresiones del hombre fuesen interjeccionales: pero ¿cuáles serian estas? Contemplémoslas sin preocupacion, y llegaremos á concebir la perfeccion del idioma en los primeros pasos del mundo.

El hombre no bien fué criado cuando recibió su total perfeccion. Razonable desde entonces, discursivo, bien organizado, adulto, sociable, nada le faltaba para el completo uso de sus sentidos. Veia, olia, gustaba, oia y palpaba con el mayor conocimiento, y era indispensable que sus sentidos le comunicasen especies placénteras, que subiendo de grado en grado llegasen á entusiasmarle. Hé aquí el estado de las interjecciones, la época de expresiones casi involuntarias y proferidas sin miramiento á la comunicacion social. Sí: este es el estado en que debo contemplar á los primeros hombres, si los miro como filósofo. Rodeados de objetos maravillosos, colmados de ideas por el ministerio de los sentidos, los veo como estáticos rebosando en deliciosas y placenteras contemplaciones. A cada instante se me figura que excitados con las súbitas sensaciones, prorrumpirian en voces admirativas frecuentes interjecciones de gozo, de júbilo y alegria. Esto sucederia la primera vez que se presentaban á su alma por los sentidos objetos de singular complacencia; pero ya despues el uso, el hábito de verlos y observarlos los haria familiares. El tropel de interjecciones se presentaria á la primera presencia de los objetos; pero ¿podria tardar mucho el hombre en salir de este entusiasmo? No: si la primera mirada de los objetos *a*, *b*, *c*, causó en su ánimo una conmocion capaz de producir interjecciones, á la segunda se hallaba connaturalizado: conocia los objetos: no le eran extraños ni podian entusiasmarlo á lo ménos tanto como antes: á la tercera se veria fuera de todo entusiasmo connaturalizado con ellos y en disposicion de entrar á contemplarlos sin interrupcion, y formar juicios haciendo á los unos sujetos y atributos á otros.

Siendo, pues, primerizos los efectos admirativos ó interjeccionales, quiero decir, no siendo la interjeccion sino un efecto de la novedad que causan los objetos en nuestra alma, cesa toda interjeccion al momento que deja de ser nuevo el objeto: de modo que los primeros hombres se hallaron fuera de este estado á luego que los objetos dejaron

de ser nuevos á sus sentidos. Si el monte *a* por haber pasado su vista á él desde un objeto pequeño le entusiasmó por su altura, cesó este entusiasmo al ver el monte *b* y miró sin novedad al *c*, y lo mismo digo de todos los demás objetos respectivamente.

Pase pues que las primeras palabras del hombre hubiesen sido interjecciones y efectos que producian en él las diferencias que hallaba de un objeto á otro. Pase que estas primeras voces las profiriese á impulsos de la naturaleza y que en ellas no tuviese idea alguna de comunicar las sensaciones que esperimentaba. ¿Cuándo empezó á comunicar este hombre con su consócio? Inmediatamente despues que cesó el entusiasmo de los objetos que se presentaron por primera vez á sus sentidos, y siendo este entusiasmo momentáneo el primer dia de su creacion, se hallaban los hombres en disposicion de comunicarse mútuamente despues que pasó el tropel de ideas nuevas que se presentaron á sus sentidos en aquel horizonte en que fueron criados. Pero ¿de qué voces usarian estos hombres? Discurramos sobre este particular.

La reminiscencia de estos primeros hombres al paso que se hallaba ménos recargada de ideas que la nuestra, se veria más expedita para presentar los objetos comunicables, que serian aquellos cuyas ideas habian formado por los sentidos. Estos objetos por lo mismo que eran comunicables, causaron novedad en el ánimo del que los queria comunicar, y cada uno de ellos dió motivo á una interjeccion. Hé aquí los nombres de los objetos. Estos nombres formados por el instinto eran naturales, y como tales propios al hombre é inteligibles por él, del mismo modo que son las interjecciones de dolor, alegria, miedo, etc., el dia de hoy entre nosotros. Estos son pocos, pero aquellos infinitos. Para los primeros hombres cada letra era una interjeccion, cada sílaba lo era, y tenian un campo dilatado para poner nombres á los objetos que representasen un ente, una cualidad, una accion ó cualquiera otra que llamamos parte de la oracion. Si hoy no conocemos la fuerza de estas interjecciones, consiste en que nos hemos habituado á entender los objetos que se nos comunican por la reminiscencia de las voces que hemos aprendido por rutina. Consúltese la gramática que hemos formado, y se verá el modo natural con que tuvieron cuantas modificaciones fueron necesarias para que estas primeras interjecciones representasen los diferentes estados que sus signados podian tener en los conceptos, y se verá que en el primitivo idioma no tuvo lugar la convencion y el antojo, y que todas sus voces fueron producciones de la naturaleza con todas sus modificaciones.

De lo dicho, se infiere que el único medio de saber si existe ó no el idioma primitivo, es el reconocer si en alguna de las lenguas se halla ó no aquel mecanismo que hemos arreglado en nuestra gramática, si es tal que merezca la aprobacion de los literatos, como lo presumimos.

Todos los demás medios son inútiles por la oscuridad en que nos hallamos acerca de las historias de un sinnúmero de naciones sin poder documentar por medio de ellas, ni el origen de estas, ni el de sus idiomas.

Para que procedamos con la debida claridad en este reconocimiento, seguiremos los pasos de la misma gramática. Reconoceremos primero los alfabetos de los idiomas: despues los silabarios: seguirán á estos las voces y últimamente la sintáxis.

RECONOCIMIENTO DE LOS ALFABETOS.

Hicimos ver en nuestra gramática que el idioma primitivo como perfecto, habia de tener veinte y ocho letras que son las siguientes, y para mayor claridad van numeradas por su órden:

1.ª..	2.ª..	3.ª..	4.ª..	5.ª..	6.ª..	7.ª..
A...	B...	C...	Ch..	D...	E...	F...
8.ª..	9.ª..	10.ª.	11.ª.	12.ª.	13.ª.	14.ª
G...	I...	J...	K...	L...	Ll..	M...
15.ª.	16.ª.	17.ª.	18.ª.	19.ª.	20.ª.	21.ª.
N...	Ñ...	O...	P...	R...	Rr..	S...
22.ª.	23.ª.	24.ª.	25.ª.	26.ª.	27.ª.	28.ª.
Ss...	T...	Tz..	Ts..	U...	X...	Z...

Consultando los alfabetos de los idiomas y cotejándolos con este, hallaremos en primer lugar que á la lengua latina la faltan muchas letras de él, y nominadamente la *ch*, *ll*, *ñ*, *ts*, *tz* y la *x*; pues aunque usa de las características *ch*, *ll* y *x*, no las dá el sonido que dimos á ellas. A la *ch* la pronuncia como *k*: á la *ll* como dos *l* sencillas y á la *x* como la *cs*, cuando la *ch* nuestra suena lo mismo que la castellana, como tambien la *ll*, y la *x* como la *ch* francesa, *sh* inglesa, *sch* alemana, segun lo tenemos dicho en la gramática.

La lengua castellana carece de la *ts*, *tz* y *x*, y aun ha perdido tambien la letra *j* casi enteramente, trocándola por la áspera *j* de los árabes.

A la francesa la faltan la *ts*, *tz* y *ch*, pues aunque usa de este último carácter, es bajo el sonido de la *x* ó *sh* de los ingleses, *sch* de los alemanes.

La lengua griega carece de la *ch*, *ll*, *ñ*, *ts*, y si su letra 22 se ha de pronunciar como *ch*, segun quieren algunos, la faltará la *x*, y si la expresada letra ha de sonar como esta, entónces la faltará la *ch*, de modo que como quiera que hagamos sonar sus caractéres, siempre resultará en ella la falta de cuatro letras legítimas, naturales y necesarias para que un idioma pueda gozar de aquellas perfecciones, quiero decir, de aquella abundancia de voces de que la hizo suceptible la na-

turaleza del habla. Contemplen los literatos la inmensidad de voces con que puede enriquecer á un idioma el uso de cuatro letras, y conocerán con mayor claridad á qué grado de imperfeccion llega la falta de letras ó de su uso en los lenguajes.

La lengua hebrea carece tambien conocidamente de las letras *ch*, *ll*, *ñ*, y no tengo duda de que no deben contarse en el alfabeto de este idioma la *p* ó la *f*, la *tz* ó la *ts* y la *x*. Es verdad que los masoretas, en el quinto siglo poco más ó ménos, duplicaron el sonido de la letra 17 del alfabeto hebreo, haciéndole sonar ya como *f*, ya como *p*. Lo mismo ejecutaron con la 18; pero estas letras antes de ellos no se conocian sino con un solo carácter, señal evidente de no haber tenido sino un solo sonido. Quieren tambien algunos hebraicistas que la letra 8.ª se profiera como la 22 de los griegos, pero los gramáticos que precedieron á los masoretas, la contemplaban como una vocal, esto es, como una *e*, aunque dicen que los setenta pronunciaban con tanta guturizacion, que se acercaba mucho al sonido de la *k*; pero sea lo que fuere, lo cierto es, que este idioma no goza del uso de un alfabeto perfecto y acabado, y por consiguiente no puede pretender la primacía entre los idiomas por este ramo, á lo que añadimos que para la *o* y la *u*, no hallamos sino un solo carácter que es *uau*.

Este mismo juicio debe formar el literato de las lenguas caldea, siriaca, samaritana, y aun de la árabe, sin embargo de haber multiplicado sus gramáticas extraordinariamente las letras de su alfabeto, pero seriamos demasiadamente pesados si quisiésemos recorrer una por una todas las lenguas. Por esta razon nos contentaremos con pasar una por una la lista de las letras é indicar los idiomas que carecen de ellas.

Falta la letra *b* en las lenguas araucana, omagua, lule, maipure, tamanaca, moquica, puquina, aimara, mejicana, opata, hurona, quichua, china, scitica, mancheu.

La *ch* no se halla en la hebrea y sus hijas, griega, latina y francesa, como llevamos dicho, ni en la alemana, ni en las ilíricas, ni en la céltica, ni en la cophta ó egipcia.

La *d* no es conocida en la maja, en la quichua, en la china, mejicana, tártara, y la de los lamas del Tibet.

En los alfabetos tágalos y bisayos tenemos un solo carácter para la *e* y la *i*, lo que nos persuade á que una de estas dos letras ha de hallarse de ménos en estos idiomas.

Carecen de la letra *f* todas las lenguas americanas, si exceptuamos la jarura, la de los najitanos y esenapeses.

Se echa de ménos la *l* en los idiomas peruano, tagalo, cudebe, pima y huron, y la *ll* en el latino, ilírico, cophto, egipcio, hebreo y sus hijos, el armeno, etiópico, persa, georgiano, y á más en los mejicanos, yucatanes, hiaquis, taraumaras, cochimis, algonquisnos, tagalas y bisayos.

No conocen la *r* sencilla las lenguas payagua, mabaya, mocobi, toba, lule, maya, otomita, cochimi, china, tonquinesa, tagala y bisaya. Si embargo no podemos ménos de advertir que los tonquineses por hoy dicen rai: por *sobre* tren: por *examinar* tra, y por *gobernar* tri. Los siameses y camboyeses, dialectos chinos, conocen por sus deidades á *Prab-Prumb* y *Prah-Prunt* que tienen *r*.

A más de las lenguas arriba dichas, carecen de la *rr* doble la quichua y la japona,

Las *ss* no las hallamos en la mejicana, jarura y guarani. En una palabra, no tengo noticia de idioma alguno cuyo alfabeto tenga las veinte y ocho letras sino el bascongado. Hé aquí todas ellas en otras tantas voces de esta lengua con su correspondiente significacion castellana.

Voces Bascongadas.	Significacion Castellana.
B-a-t.....	Uno
O-b-etu.....	Mejorar
A-c-i.....	Crecer
I-ch-i.....	Dejar
E-d-an.....	Beber
N-e-urtu.....	Medir
A-f-aldu.....	Cenar
E-g-on.....	Estar
B-i-ldu.....	Amontonar
I-j-o.....	Moler
U-k-atu.....	Negar
A-l-an.....	Así
I-ll-a.....	Mes
E-m--en.....	Aquí
O-n-do.....	Bien, adverbio
I-ñ-uu.....	En ninguna parte
L-o-tu.....	Atar
O-p-a.....	Ofrecer
I-r-un.....	Hilar
A-rr-itu.....	Entusiasmarse
U-s-te.....	Pensar
A-ss-i.....	Empezar
I-t-o.....	Ahogarse
O-tz-a.....	Frio
O-ts-a	Ruido
S-u-tu.....	Incendiarse
Au-x-e.....	Este mismo
I-z-an.....	Existir

No podemos, pues, dudar, que la lengua bascongada por su alfabeto es superior á todos los demás idiomas, y siendo esta superioridad tanto más apreciable cuanto la hermosea con todas aquellas letras destinadas por naturaleza al complemento de un lenguaje racional y discursivo, se habrá de confesar que nuestro idioma fué el primerizo, si como en esta parte de su mecanismo es igualmente perfecto en todas las demás. Recorrámoslas paso á paso, y entremos en el silabario.

RECONOCIMIENTO DE LOS SILABARIOS.

Hicimos ver en nuestra gramática que para ser perfecto un idioma en este ramo, se habian de componer sus sílabas por medio de tres combinaciones de letras, esto es, que toda sílaba se habia de formar de una consonante antepuesta á una vocal: de una vocal antepuesta á una consonante, ó de una consonante antepuesta y otra pospuesta á la vocal. Dijimos tambien que las sílabas madres no podian ser en un idioma perfecto sino once, es á saber: *a, e, i, o, u, au, ai, eu, ei, oi, ui*; y que las tres combinaciones que estas sílabas podian formar con las consonantes, habian de ser sílabas hijas. Para que reconozcamos los idiomas en sus silabarios con toda claridad, hablaremos primero de las sílabas madres, y despues de las sílabas hijas.

SÍLABAS MADRES.

No puedo persuadirme de que haya idioma alguno que no use de las once sílabas madres. Su prolacion es tan natural, que la oimos aun en los mismos mudos de nacimiento. No tenemos sino abrir la boca para proferirlas, y pueden ejecutar esta operacion y pronunciarlas hasta aquellos á quienes les falte la lengua. Es verdad que en algunos alfabetos faltan caractéres para expresar algunas de estas sílabas: los hebreos no masoretas, esto es, aquellos para quienes el *aleph*, *ain*, *he*, *heth*, *uau* son vocales, no nos presentan sino un carácter para la *o* y la *u*: los tagalos y bisayos tampoco nos presentan sino un carácter para la *e* y la *i*, y por los viajeros, ó con referencia á ellos se nos cuentan idiomas que no usan de algunas vocales. Estos hechos son muy contrarios á la naturaleza, y nos habrán de perdonar el que queramos caer con más gusto en la nota de incrédulos, que en la de poco reflexivos. De aquí se infiere que respecto á las sílabas madres ó por defecto de ellas, ningun idioma es imperfecto; pero solo hallo uno que no esté imperfeccionado por exceso, quiero decir, que no exceda con mucho el número de estas sílabas, que como hicimos ver en nuestra gramática, no pueden ser más ni ménos que las once referidas.

En efecto, si queremos reconocer los idiomas, hallaremos que todos ellos están sobrecargados de diptongos impropios, ilegítimos y contrarios al dictámen de la naturaleza, formando una sola sílaba cuando se opone á ello la misma constitucion de las vocales.

Los latinos admiten como sílabas madres las voces *ae*, *oe*, *ii*, sin

embargo de que no pueden proferirse en un solo aliento, y por lo mismo son verdaderamente disílabas, como lo hicimos ver demostrativamente en dicha nuestra gramática. De aquí es que los latinos se han visto obligados á pronunciar el diptongo *ae* como una sola *e*, haciendo lo mismo con el *oe*.

La lengua griega está igualmente recargada de sílabas madres ó diptongos ilegítimos. Su *eta*, su *omega*, habian de proferirse en dos alientos, esto es, como dos *ee* la *eta* y con dos *oo* la omega, y lo mismo habia de suceder con el diptongo *a* y el *ou*.

No es ménos irregular la lengua de los hebreos, sea que queramos consultar á los masoretas, sea que sigamos la opinion de los que se oponen á ellos. Las vocales largas, breves y brevísimas de los primeros, el *aleph* y *ain*, el *he* y *heth* de los segundos, lo manifiestan claramente aun cuando no queramos recurrir á otros diptongos impropios.

Si pasamos á recorrer la lengua francesa, nos veremos metidos en un confuso caos de sílabas madres ilegítimas, y no llegaremos quizá á poder numerar sus diferentes diptongos y triptongos.

Los ingleses no son ménos impropios en este ramo. Sus diptongos son innumerables; pero si consultamos la pronunciacion de ellos, nos veremos obligados á confesar por ella la ilegitimidad con que se forman en su carácter como diptongos, no siéndolo en el sonido.

El español, el italiano, el aleman, en una palabra, todas las lenguas europeas se hallan viciadas en este particular. Reconózcanse sino sus poetas: mídanse sus versos ó sílabas pareadas, teniendo atencion á los esdrújulos, y ellos nos informarán de esta verdad. Hallaremos como monosílabas á las voces *ia*, *ie*, *io*, *iu*, *ea*, *ua*, *ao*, *eu*, *eau*, etc., ya cuando se hallan independientes, ya tambien cuando vienen acompañadas de una ó más consonantes. Y ¿qué diremos de la lengua china y sus dialectos? Sin embargo de su decantada simplicidad silábica, nos veremos confusos con la multitud de sus diptongos impropios, sin que tengamos arbitrio á conformarnos con la opinion comun del moñosilabeo unisona ó mejor la pronunciacion de estos idiomas por ser contraria á la naturaaleza la pronunciacion en un solo aliento de sus llamadas monosílabas á causa de los diptongos impropios.

En las lenguas americanas, por la mayor parte abundantes en vocales, hallamos más que en todas las otras este defecto de sílabas madres, quiero decir, este vicioso exceso de ellas por la abundancia de diptongos impropios, á cuya formacion son arrastradas por haber omitido el abundante, dulce y armonioso juego de las vocales y consonantes ligadas entre sí con aquella abundancia que les era tan fácil; en una palabra, todos los idiomas hallarán los literatos más ó ménos recargados de estas silabas madres. Por mi puedo decir que

no tengo noticia de lenguaje alguno que no esté viciado con este defecto sustancial á no ser el vascongado.

Este no conoce sino once sílabas madres, esto es, las mismas que establecimos en nuestra gramática, pues solamente hace uso de seis diptongos, es á saber: *au*, *ai*, *eu*, *ei*, *oi*, *ui*, que son las únicas combinaciones de las cinco vocales *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, que pueden proferirse en un solo aliento, como largamente lo dejamos justificado en su lugar. Toda otra combinacion de vocales es disilábica ó trisilábica. El *ia* se pronuncia en esta lengua en dos sílabas y se dice *i-a*. Sus poesías son una prueba clara de esta verdad. Hé aquí un zorzico, que servirá de primer ejemplo, y que lo he trasladado de un manuscrito que se halla en mi poder titulado *Guizon gustijen batzaarra* esto es, *Junta ó congreso de todas las naciones:*

1..... Uaua gozuaren.
2..... Altzuan jarriric.
3..... .... Gau baten nenguala.
4..... Olgurar beteric.
5..... Amez baten bitartez.
6..... Jatan iruditzen.
7..... Batzaar andibatean.
8..... Nintzala aurquitzen.

Este género de versos se llaman *zorcicuac* en el bascuence, porque constan de ocho piés. El primero, tercero, quinto y séptimo son de siete sílabas: el segundo, cuarto, sexto y octavo no tienen sino seis. Esta diferencia de sílabas con la proporcion simétrica que se ha dicho, es misteriosa; pero no es de la presente inspeccion este asunto: otro tiempo quizá hablaremos de la materia, y por ahora vamos al caso, y pareemos las sílabas de nuestro zorzico ó midámoslo pié por pié, valiéndonos de esta expresion más comun en la poesía.

U-au-a-go zu-a ren
Al-tzu an-ja rri-ric
Gau-ba ten-nen gu-a la
Ol-gu raz-be te-ric
A-mez ba-ten bi-tar tez
Ja-tan i-ru di-tzen
Ba-tza ar-an di-bat-e-an
Nin-tza la-aur- qui-tzen

De esta operacion resulta, no solamente el número de sílabas de que consta cada pié ó versículo, sino tambien que no se hace uso en el bascuence de sílaba alguna que se forma de dos vocales si de ellas no resulta uno de sus diptongos *au*, *ai*, *eu*, *ei*, *oi*, *ui*: por lo mismo la voz *uaua* tiene tres sílabas, esto es, *u-au-a*; pues la *a* antepuesta á la *a* no puede pronunciarse en un sonido ó aliento. Por esto mismo *altzuan* forma otras tres sílabas, es decir, *al-tzu-an*. Cuatro tiene *nenguala* esto es, *nen-gu a-la*. Pongamos otros dos zorzicos de la misma natu-

raleza, y son los primeros que el señorío de Vizcaya cantó en la coronacion de nuestro Augusto Monarca (que Dios guarde).

Cárlos jaun irugarren
Zorionecua
Urte el duz beteric
Zezurantza *dua*
Baña jaungoico onac
Cárlos onen orde
Beste Cárlos bat deuscu
Amorioz gorde

Bata zeru altuban
Izarrez ganeti.
Zorijon beticuan
Olguraz da bici
Bestiac bigun gozo
Aita ona leguez
Mundubi baten deuscuz
Zucentzen subertez

Repárense en la voz *zorionecua* tantas sílabas cuantas son las vocales, esto es, seis que son las siguientes: *zo-ri-o-ne-cu-a*, sin que el *io* ni el *ua* formen diptongo. Lo mismo sucede en el *ua* del *dua* en el tercer versículo del primer zorzico. Repárese tambien la voz *bestiac* en el quinto versículo del segundo zorzico, y se verá que consta de tres sílabas, esto es, *bes-ti-ac* sin que resulte el diptongo *ia*, tan frecuente en los idiomas que usan de versos de sílabas pareadas: de modo que no se hallará en el bascuence diptongo alguno fuera de los seis referidos *au*, *ai*, *eu*, *ei*, *oi*, *ui*; pero estos siempre forman una sola sílaba sin que puedan disilabizarse por figura alguna poética. Es imposible sin embargo, hacer una demostracion palpable de esta verdad, sin poner de manifiesto todos los idiomas y sus poesías. Por esta razon los literatos pueden hacer este ensayo en aquellas lenguas que tuviesen á bien, en el seguro supuesto de que reformaremos nuestro modo de pensar, siempre que se nos haga ver no ser la lengua bascongada, la única que es exácta en las sílabas madres. Pasemos á reconocer sus hijas.

SÍLABAS HIJAS.

Dijimos en nuestra gramática, que de las once sílabas madres podia formar un idioma por medio de las consonantes 5900 sílabas en tres combinaciones, es á saber, 245 anteponiendo las veinte y un consonantes á dichas sílabas madres: 242 posponiéndolas y 5412 anteponiendo y posponiendo dichas consonantes á las sílabas madres, como todo ello podrá verse en su lugar. Dijimos tambien y se justificó hasta la evidencia que el idioma primitivo y cualquier otro que fuese

perfecto, no podia tener más ni ménos combinaciones silábicas que las tres referidas. Bajo de estos supuestos, entremos á reconocer si existe ó no alguna lengua que siga en sus silabas esta combinacion.

Son demasiadamente conocidas en la lengua latina las torpes combinaciones silábicas. Hallamos en ella dos consonantes antepuestas á las silabas madres. *Cla-mor*, *pre-mium*, *plu-via*, *pseu-do-propheta* y otros innumerables no nos dejan dudar de esta verdad. Hallamos tambien dos consonantes pospuestas á las mismas silabas madres. *Ins-titutio*, *abs-tinentia*, *obs-tinatio*, y un sinnúmero de iguales voces lo evidencian. De estas dos combinaciones resultan otras dos, es á saber, de una consonante antepuesta y dos pospuestas á las silabas madres, como *cons-titutio*, *pers-picatia*, etc., y de dos consonantes antepuestas y otra pospuesta á las mismas como *tran-situs*, *dramma*, *pros-pectus*. Hallamos tambien en este idioma otra combinacion ilegítima, esto es, dos consonantes antepuestas y otras dos pospuestas á dichas silabas madres como *trans-latio*, *promp-tuarium*, etc.

Las lenguas llamadas hijas suyas, es á saber, la castellana, portuguesa, francesa, italiana y valaca tienen las mismas combinaciones silábicas imperfectas, y no hay necesidad de demostrarlas por ser constante esta verdad á todos los que tienen conocimiento de ellas, pues las verán usadas en las mismas voces que llevamos referidas y otras de igual naturaleza que solo se diferencian del latin en sus terminaciones. Es verdad que los literatos, especialmente castellanos, van corrigiendo este abuso, y ojalá llegasen á desterrarle enteramente; pues las voces llegarian á gozar de aquella bella eufonia que las hace tan agradables.

La lengua inglesa, la alemana, sueca, dinamarquesa y demás teutónicas se hallan recargadas extraordinariamente de consonantes, y ha llegado á tanto este abuso, que sus literatos se han visto precisados á suprimir el sonido de muchas ó sustituirle por el de otras consonantes, como es notorio á los peritos en estos idiomas.

No es ménos imperfecta la lengua griega en este ramo. Las dos consonantes seguidas se reconocen á cada paso en sus voces, sin que tengamos qne molestar al lector con nomenclaturas que indispensablemente serian engorrosas.

Las lenguas ilíricas, la rusa, la polaca, la arcangela, etc., tienen este mismo defecto, que por ser tan constante á los lenguaraces omitimos demostrarle.

No podemos exceptuar y poner fuera de este vicio á la hebrea con sus hijas. El *Mnt. Abraham*, *Ebron*, *Mambre* y otras voces de esta naturaleza nos lo prohiben. Es verdad que la lectura antimasorética de la escritura de este idioma podria salvarle de silabas de combinacion legítima, y en este caso no tendriamos reparo en confesar su perfeccion en este ramo como tambien la de las lenguas caldea, siriaca, sa-

maritana y fenicia, sin que temiésemos por esta razon el que pudiesen competir en perfeccion con la bascongada respecto de las imperfecciones que hemos anotado y anotaremos en otros rasgos de su mecanismo.

Las lenguas americanas son á mi ver las que ménos vicio tienen en sus silabarios. Sin embargo, no dejamos de observar en ellas consonantes seguidas en una sílaba. El artículo *cta* de los quichuas y aimaras: el *mlem* de los araucanos: el *bis-pans-tecaja* de los mobimas: el *tl* continuado de los mejicanos: el *caphle* de los jíules: el *ampri* del quiriri: el *icael-grat* del mocobi: el *grajuec* de la abipona: el *ta-knetuich* de la maja: el *pro-pir* y *ptate* de la tamanaca: el *ksi* de la maipure y otras muchas voces de estas é innumerables lenguas americanas que omitimos el referirlas por no molestar á los lectores, nos persuaden que ni aun estos idiomas se han podido libertar de ilegítimas combinaciones silábicas.

Pero ¿recorreremos una por una todas las lenguas del mundo? ¿Registraremos la lengua *copha*? No: sus ilegítimas combinaciones silábicas son notorias. Hallamos en ellas las voces *drom-pi*, *oe-obse*, *dscbobi*, *des-phrosis*, *chri-os*, *dpe-tra*, *astre*, *e-psioi* y otras innumerables que nos indican sus ilegítimas sílabas. ¿Pondremos presente el *brach*, el *grann*, el *truin*, el *bronn*, el *trocd*, el *is-trid* y otras voces célticas de imperfectas combinaciones? ¿Traeremos el *alla-tan-cri*, *ta-thi*, *gioks* y otras voces de la lengua turca? No: los lenguaraces están demasiadamente instruidos de que cuantos idiomas se conocen en el mundo se hallan viciados en su silabario, ó por exceso como los que hemos referido ó por defecto de combinaciones silábicas como sucede en los que siguen.

En efecto, si reconocemos la lengua china y varios de sus dialectos, no veremos en ellos combinaciones silábicas que sean ilegítimas, pero hallaremos que no por eso son ménos imperfectos en su silabario. Si estos idiomas no pecan por exceso de combinaciones silábicas, pecan por defectos. No tienen la tercera combinacion á lo ménos completa; no se hallan en ellos sílabas de una consonante antepuesta y otra pospuesta á las sílabas madres, sino algunas acabadas en *m* y *n*: de modo que siendo el defecto imperfeccion así como el exceso, es visto que estos idiomas son opuestos al dictámen de la razon del mismo modo que los otros en su silabario, concluyéndose de aquí que ningun lenguaje puede pretender en este ramo el título de primerizo.

Sin embargo de esta imperfeccion, que es comun al parecer á todos los idiomas, y que por él puede justamente el literato arrimarse á creer la pérdida del lenguaje primitivo, observamos que el bascuence tiene ni más ni ménos las tres combinaciones silábicas de que debe hacer uso un idioma perfecto.

Es verdad que los bascongados usan de algunas voces en que se reconocen sílabas ilegítimas, como juiciosamente repararon los re-

dactores de Mercurio de 15 de Enero de 1804, en el juicio que hicieron de mi Apología; pero estas voces ó son extranjeras, ó se hallan viciadas por la pronunciacion que han dado á ellas los idiomas dominantes de las naciones en que residen hoy los vascongados. Dejemos á un lado las voces que no son vascongadas, y hablemos de aquellas cuya pronunciacion se ha viciado por las naciones en que viven los bascongados: empecemos esta operacion por las voces que el mismo Mercurio propuso en apoyo de su juicioso reparo.

No hay duda que los bascongados dicen *andria* por señora, pero no es comun esta voz en el bascuence. Unos dicen *andria* y otros *anrria*; pero ni unos ni otros usan de la voz primitiva con que los bascongados empezaron á llamar á la señora ó dueña de alguna cosa, que es *anderia*. Esta nacion no conoció al parecer dominio alguno en las mujeres. Yo no hallo voz alguna que lo indique. Veo el *jauna* que equivale á señor. Esta palabra literalmente quiere decir *dueño bueno*; pero el *andria*, *anrria* ó *anderia* nada de esto nos indican. Las dos primeras vienen de la tercera, como lo demuestra la voz antiquísima *ech-anderia*. Esta voz quiere decir *de casa señora* ó *dueña de casa* en la acepcion presente, como compuesta de *eche* casa y *anderia* señora ó dueña. Sin embargo, la voz *anderia* no pudo tomarse á sus principios en la significacion de señora sino de mujer.

Anderia quiere decir soberbia ó vana. Fórmase de las palabras *anti* y *eri*, que con la nota de apelativo suenan *andija* y *erija*; y tanto quiere decir *anderia* como *andierija* de grandeza, enfermedad que no es otra cosa que soberbia, significacion impropia y expuesta á los rigores de una dominatriz; pero muy análoga para indicar á la mujer, que segun opinion de todas las generaciones es un ente lleno naturalmente de presuncion, soberbia y vanidad. Infiérese de aquí que las voces *andria* y *anrria* son corrupciones de *anderia* y de ninguna de las maneras imputables á la lengua bascongada, sino á los bascongados que perdieron el uso de su *anderia*. Pasemos á la segunda voz que es *tripia*.

Esta palabra se pronuncia tambien por los bascongados ilegítimamente: á mi ver han sido arrastrados á ello por el uso que hacen de esta voz los franceses y castellanos. Adoptada por estos la voz bascongada *tipia* ó *titipia* la han pronunciado mal, como lo han hecho respecto de otras muchas que deben su origen al mismo idioma. Hoy mismo la gente bascongada no instruida en el francés y castellano, dicen *tipia* y viene de *titipia*, que quiere decir lo que el castellana con la expresion *cosa que está debajo de los pechos*, como compuesto de *titi* ó *titija* pecho y *bebia* lo bajo, significacion muy propia para lo que llamamos tripa.

Esta misma alteracion recibió en el francés y castellano la voz *topia*, y que hoy se pronuncia *tropia* en el bascuence: en el castellano *tropa* y *troupe* en el francés.

Topia quiere decir en el bascuence encuentro de gentes ú otra cosa. De aquí viene el *topequia*, lucha de encuentro que es propia á los animales lanares: como la tropa no es otra cosa que el encuentro ó union de mucha gente, de aquí es que los franceses y castellanos se valieron del *tope* ó *topia* bascongado para formar su *tropa* y *troupe*, añadiendo una *r* entre la *t* y la *o* y terminándole cada cual á su modo, y sino que nos digan de dónde la tuvieron, ó cual sea el idioma de quien la tomaron.

Consulten igualmente la voz *trampa*, y verán que viene de la bascongada *tapa* ó *tapia*, que significa cobertera ó cosa con que se cubre algo. ¿Qué cosa es la trampa? Hagan igual operacion con *droga*, y verán que viene de la bascongada *doga* ó *doega* que quiere decir sin rectitud. La *droga*, no es otra cosa que una accion que sale de los límites de lo recto, esto es, un embrollo, un enredo, un enmarañamiento sin órden ni método.

Sería molesto el recorrer otras innumerables voces, que robadas por el francés y el castellano al bascuence, han salido de su legítima pronunciacion. En el Diccionario, que con el favor de Dios daremos á luz cuanto ántes podamos, se harán ver con toda claridad estos trastornos, y concluimos este capítulo con asegurar que no se hallará en el bascuence sílaba alguna ilegítima que no deba su origen al trastorno referido, esto es, que no provenga de haber añadido los castellanos y franceses una *r* á las sílabas de consonante antepuesta á una sílaba madre; de donde es visto que este idioma es perfectísimo en su silabario, deduciéndose legítimamente que aun en este ramo el bascuence goza de todas las excelencias de un lenguaje perfecto y digno de reputarse por primerizo. Pasemos á las voces.

RECONOCIMIENTO DE LAS VOCES.

Para proceder con la debida claridad en el reconocimiento de los idiomas respecto de sus voces, es necesario que sigamos el mismo órden adoptado en la gramática que llevamos formada. Discurriremos primero si la formacion silábica es arreglada á los preceptos que hemos deducido de la naturaleza de las mismas sílabas. Pasaremos despues á investigar si hay ó no algun idioma cuyas voces sigan la significacion natural que á todas y cada una de las letras se aplicó en dicha gramática. Hablaremos en tercer lugar de la derivacion de estas voces, y la legitimidad ó ilegitimidad con que se hallan formadas en los respectivos idiomas. Ultimamente las repasaremos segun el órden que tienen como partes de la oracion. De esta suerte habremos escudriñado cuanto hay que averiguar acerca de la perfeccion de las palabras, y llegaremos á dar con algun lenguaje que sea perfecto en

este ramo y digno dá ser tenido por primerizo ó nos desengañaremos poniéndonos en estado de creer que no existe ya el idioma primitivo.

FORMACION SILÁBICA DE LAS PALABRAS.

La formacion silábica de las voces ó palabras, consiste como lo tenemos dicho en la union que deben tener entre sí las sílabasde una voz para que esta sea eufónica, quiero decir, para que su pronunciacion sea análoga á su signado.

Esta analogía no consiste en otra cosa sino en que las voces nos den á entender la mitad de su signado por la de su sonido: de modo que toda union silábica que corta el aliento ó forma en una voz dos diferentes estancias ó dos como voces, será imperfecta como opuesta á la referida analogía, de donde se sigue que si las sílabas que componen una voz no pueden proferirse sino en dos toques de aliento, la formacion silábica de la voz cualquiera que ella fuese, será contraria á la analogía que debe ocuparnos. Bajo de estos supuestos, entremos en nuestro reconocimiento.

Es constante en primer lugar que la lengua latina está sobrecargada en sus voces de sílabas entre sí inunibles. Hallamos unas que acaban en consonante muda antepuestas á otras que empiezan igualmente con muda, como *ab-dicatio*, *sub-pono*, *ob-tineo*, etc. Vemos tambien una misma letra muda duplicada, y seguida como en *ap-pono*, *af-fero*, *ac quiesco*, etc. Igualmente observamos sílabas acabadas en muda antepuestas á las que empiezan con semivocál, como *ad-moneo*, *ab-sum*, *ab-luo*. De modo que este idioma se halla viciado de todas las imperfecciones que pueden verificarse en la formacion, silábica de las voces.

Las lenguas castellana, francesa, italiana, portuguesa y valaca siguen esta imperfeccion latina, aunque es verdad que sus literatos, especialmente españoles, van saliendo de esta conocida impropiedad.

Los alemanes, ingleses, suecos, dinamarqueses, holandeses, flamencos y demás lenguas teutónicas se hallan tan viciadas con esta imperfeccion, que no tenèmos necesidad de demostrarlo por ser tan conocido este defecto á todos los que tienen una mediana tintura de estos idiomas.

Las lenguas ilíricas, es á saber, la rusa, moscovita, polaca, dálmata, bohema, etc., se hallan igualmente viciadas. Su *slaj-si*, *slad-kin*, *stot*-ko, *slat*-ki, *slat*-ke usadas respectivamente por ellas es suficiente para demostrarlo: en una palabra, no hallo idioma alguno que no tenga este defecto en la formacion silábica de sus voces. El *dignam* de la lengua malabara: el *pirith*-*kui* de la ibera: el *but*-*cum* de la

abac y bisaya: el *muk-amhal* de la marasta: el *aph-gad* de la árabe: el *ab-denago* de la hebrea: el *Iuc-chuablor* de la tonquinesa: el *pig-phoi* de la cophta: el *lek-ju* de la barmana: el *nak-ki* de la malaya y jabana: el *pag-canala* de la indostana: el *basc-pe* de la curdistana, etcétera, nos lo demuestran con toda evidencia.

Los idiomas americanos no han podido libertarse de este defecto. El *anc-co* de la lengua aimara: el *chuc-cha* de la quichua: el *ac-cha* de la quiriri: el *pit-pate* de la tamanaca: el *oap-cop* de la lule: el *tlan-ex-tli* de la mejicana: el *abog-di* de la mocobi: el *dup-ma* de la bilela: el *ket-chi* de la algonkina: el *nok-co* de la malaya: el *aganap-paho* de la cochini, etc., etc., no nos dejan dudar de la formacion silábica ilegítima de las lenguas americanas. De modo que nos hallamos persuadidos de que quizá la lengua bascongada será la única que haya sabido libertarse de este juicio.

En este idioma no hay voz alguna en que una sílaba acabada en consonante muda se anteponga á otra que empiece igualmente con muda. No se ven en él dos mudas iguales y continuadas ó una tras otra. Tampoco se ven sílabas acabadas en muda antepuestas á otras que empiecen con semivocal.

Esta verdad no es demostrable en el corto término que ofrece esta obra. Es necesaria para esta operacion la formacion de un Diccionario completo, que tendrá lugar cuanto ántes podamos. Sin embargo, protestamos á los literatos la bella disposicion en que nos hallamos de recibir sus avisos ya acerca de la lengua bascongada, cuando hallasen en ella alguna voz cuya formacion silábica no fuese legítima, ya tambien respecto de otro cualquier idioma, en quien descubriesen una formacion silábica que sea legítima, pues no buscamos otra cosa sino la verdad. Pasemos á la formacion significativa de las mismas voces ó palabras.

FORMACION SIGNIFICATIVA DE LAS PALABRAS.

Dijimos en nuestra gramática que por formacion significativa de las voces ó palabras en un idioma entendíamos el que en estas se verificase aquella significacion natural que tienen las letras que entran á la formacion de ellas, siempre que no sean eufónicas, quiero decir, siempre que dichas letras no se coloquen en las voces para suavizar el sonido torpe que resultaria de la union de dos características ó partes constitutivas ligadas entre sí: funcion que ejercen las letras en los idiomas, como se vé en la *d* del *prodero* en la lengua latina, que no entra como parte constitutiva de la voz, sino como letra eufónica para suavizar la aspereza que sin ella tendria la voz *proero*.

Sería molesto el que repitiésemos la significacion que á todas y

cada una de las letras dimos en la gramática, fundándola en razones filosóficas. El literato podrá recurrir á dicho lugar siempre que tuviese alguna duda, sobre lo que á cada una de ellas daremos en la demostracion que pensamos hacer en las voces bascongadas, único idioma que hallamos perfecto en la formacion significativa de las palabras.

En efecto, sin embargo de no haber omitido diligencia alguna en el exámen de las lenguas latina, hebrea y sus hijas, de la griega, de las ilíricas, teutónicas, céltica, cophta, de un sinnúmero de americanas, asiáticas y africanas, ninguna cosa hemos deseado más en ellas que la formacion significativa de sus palabras. Hemos admirado en la lengua griega la excelencia de sus voces compuestas. Nos ha deleitado la simplicidad de las radicales de la hebrea y sus hijas: la de los chinos y otros innumerables idiomas americanos del mar Pacífico: en una palabra, hasta en aquellos que son tratados como bárbaros por los literatos, hemos hallado voces que por su propiedad entusiasman y admiran; pero esta propiedad únicamente consiste en la gran filosofía con que han sabido unir entre sí dos ó más voces, ó mejor dos ó más significaciones, que demuestran como con el dedo el signado representado con su union; mas cuando hemos querido examinar las partes constitutivas de estas voces, quiero decir, aquellas pequeñas palabritas de que se componen, no hemos dado en ellas con aquella propiedad que ha de provenir necesariamente de que la significacion de sus letras sea análoga al signado representado.

Es bella, por ejemplo, en la lengua persa la voz ó palabra *tershane*. Compuesta esta de las palabras *ters*, que significa nave, y *hane*, que quiere decir casa, admiramos la propiedad con que se unieron estas dos voces para dar á entender el arsenal, que es como la casa y habitacion de las naves; pero si queremos averiguar porque *ters* ha de significar nave y *hane* casa, no hallamos razon alguna sino el que así lo quisieron, y hé aquí el defecto de la formacion significativa. Si á las voces *ters* y *hane* hallásemos origen en uno de los cuatro de las voces, esto es, en las interjecciones del adulto, en las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño, en la onomatopeya ó en la modulacion ó accion oral de las letras, entónces serian propias naturalmente.

Lo mismo sucede en la lengua griega. Deleita la propiedad de las voces *Theophilos* y *Philosophos*; pero esta proviene de la eleccion que se hizo de sus partes constitutivas, que unidas entre sí indican su signado con la mayor propiedad. ¿Pero se encuentra esta propiedad en *Theos*, *philos* y *sophos*? ¿Qué analogía hay entre estas voces y sus signados? Ninguna. Si los inventores de la lengua griega hubieran llamado *theos* al sol, *philos* á la lluvia y *sophos* al cielo, la analogía no hubiera sido menor que la que estas voces tienen bajo de los signados que hoy representan.

¿Qué voces más propias pueden inventarse que el *setejaponi* de la lengua tamanaca: el *handschuh* de la alemana: el *amabera* de la guarani: el *intihuamu* de la quichua, etc., etc., etc.? ¿Podia figurarse una voz más propia, más análoga, más indicativa de la mandíbula que el *setejaponi* de los tamanacos? La mandíbula es el *sostenedor de los dientes*, y aun cuando no tuviésemos noticia de ella, bastaba el que se nos hablase del sostenedor de los dientes para saber que se nos queria informar de la mandíbula. ¿Qué cosa es un guante? No es otra cosa que un zapato ó calzado de la mano, y hé aquí la propiedad de la voz alemana *handschuh* esto es, de mano zapato, con que le indican. ¿Qué nocion más bella hallará el hombre para dar á entender el eclipse que la expresion *del sol muerto*? Esto mismo es lo que quiere decir la voz *intihuamu* de los peruanos. ¿No és enérgica la palabra *amabera* de los guaranis para significar el relámpago? Este meteoro es para nuestros sentidos un resplandor de las nubes, y esto mismo es lo que literalmente quiere decir *amabera*. Pero, ¿me dirá el guarani la propiedad del *ama* nube y *bera* resplandor? ¿Me podrá justificar el aleman el motivo que tuvo para llamar á la mano *hand* y al zapato *schuh*? No me hará ver el tamanaco la analogía de la voz *jete* con su signado que es diente, ni la tiene el *japoni* con el suyo que es sostenedor. Lo mismo digo de los peruanos, que no sabrán dar razon analógica para que llamen al sol *inti* y *huamu* á la muerte.

No hay duda, pues, que los griegos, los hebreos, los árabes, los celtas, persas, scitas, teutones, en una palabra, todas las naciones podrán presentarme voces muy propias, muy análogas á sus signados; pero si se exceptúan las onomatópicas, toda su propiedad ha de provenir de los signados que representan las partes que las componen; pero no de la significacion natural de las letras y sílabas que es lo que debe ocuparnos. Puedo asegurar con sinceridad que no he hallado esta propiedad sino en la lengua bascongada. Expondré los fundamentos que para esta asercion tengo; pero para no confundirnos con especies amontonadas, haremos ver en primer lugar que el bascuence no cede á idioma alguno en las voces onomatópicas, antes bien es superior á todas en este ramo: en 2.° que es excelente y filosófico sobremanera el uso que hace de las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño: en 3.° que se vale de las interjecciones del adulto en un modo sobresaliente, como que la significacion que dá á sus letras y sílabas, es correspondiente á las interjecciones que hubieron de proferir los primeros hombres. Trataremos de estas tres particularidades separadamente.

VOCES ONOMATÓPICAS.

Dijimos en nuestra gramática que las voces onomatópicas aunque al parecer habian de ser igualmente perfectas en todos los idiomas, no lo era así. El ruido que en ellas se remeda no es articulado, quiero decir, de letras y sílabas, y cada nacion da por símiles aquellas letras á las cuales se asemeja más dicho ruido. El querer averiguar cual de las voces es más propia en este particular, sería fatigarse en vano. Cada nacion querria oir en el ruido que remedaba, las letras y sílabas con que componia las voces onomatópicas; pero no sucede así, si las consultamos en su formacion silábica. El ruido imitado se ha de trasladar á una voz humana, y esta para ser perfecta ha de seguir las reglas que dimos en la formacion, y hé aquí el medio de reconocer si unas voces onomatópicas son más perfectas que otras. Bajo de esta advertencia, entremos en nuestro caso.

Consúltense enhorabuena cuantos lenguajes se quieran: hágase un catálogo de todas sus voces onomatópicas, y se verán en la mayor parte de ellas formadas de sílabas ilegítimas. El *tra, tre, tri, tro, tru*; *bra, bre, bri, bro, bru*; *gra, gre, gri, gro, gru*; *cla, cle, cli, clo, clu*; *pla, ple, pli, plo, plu*; *cta, cte, cti, cto, ctu*, y otros sílabas de esta naturaleza se hallarán con frecuencia, y lo que es más son miradas con cariño por los literatos como muy propias para analogizar la tosquedad que es ordinaria en los ruidos, como si naturaleza no nos hubiera dado letras toscas para este caso. Véase lo que acerca de esto dejamos dicho y justificado en nuestra gramática, y se harán cargo los sábios de que toda voz onomatópica, ha de ser perfecta en su formacion silábica.

De aquí inferirán la impropiedad del *bramido, grillo, trinchar, tronar, clamar*, de la lengua castellana: del *clangor, grux, plaudo, glomerare, plectere, pruna* de la latina. Pero ¿á qué me canso en una cosa tan notoria á los literatos? Todos los idiomas se hallan viciados en esta parte ménos el bascuence.

Esta lengua no tiene una sola voz onomatópica que no sea perfecta en su formacion silábica. Era necesario formar un diccionario para justificar completamente esta asercion: ya lo conozco: sin embargo daremos como por ejemplo, una pequeña lista de estas voces, dejando á los curiosos el cuidado de consultar este idioma, por si hallan alguna voz suya onomatópica que siga la misma formacion silábica que tienen las de esta lista, á las cuales acompaña la significacion castellana.

VOCES ONOMATÓPICAS BASCONGADAS.

BASCUENCE.	CASTELLANO.
Urreratu.....	Acercarse
Arrancia.....	Rebuzno
Putza.....	Soplo.
Caraxia	Cacareo
Jo.....	Sacudir
Zartadia.....	Golpe
Ululba.....	Alarido
Marrana.....	Maullido
Chirlia.....	Chirla
Jan.....	Comer
Chixa.....	Orina
Sosua.....	Tordo
Chingorra.....	Granizo
Orroia.....	Rugido
Murrucia.....	Bramido
Uxaatu.....	Ahuyentar
Chilina.....	Campanilla
Chirchilla.....	Grillo
Rupatza	Regüeldo
Zapaldu.....	Extrujar
Ijuija.....	Griteria
Zaparradia.....	Chaparron
Aijarija..	Quejoso
Nequia.....	Perra
Chitia.....	Pollnelo
Durundija.....	Zumbido
Cucuba.....	Cuco
Irrincia..	Relincho

De estas veinte y ocho voces onomatópicas que hemos colocado segun nos iban ocurriendo, podrá el literato hacer juicio de las demás y que la lengua bascongada se ha conducido como filosófica, no admitiendo en ellas sin embargo de ser escusable su uso sílaba alguna ilegítima, dando de esta manera al idioma humano aquel homenaje que le es tan debido como superior á todos los demás sonidos naturales. En el diccionario de este idioma que prometemos, verán en las voces onomatópicas y su análisis, la gran filosofía con que se condujeron en la adopcion misma de las voces. Allí verán las diferencias del mahullido, esto es, las diferentes voces con que dan á entender este lenguaje de los gatos. Allí verán los excelentes nombres que dan al bramido del toro, diferenciándole segun exije la diversidad de sonidos que profiere este animal. Allí verán las diferencias con que dibujan, por decirlo así, los distintos cantos de los pájaros.

Pero ¿será fuera de propósito el hacer las dos prévias demostraciones para que tengan una anticipada prueba de lo que han de esperar en el Diccionario? No. Queremos analizarles dos de las voces de la lista precedente, que son *urreratu* acercarse y *uxaatu* ahuyentar.

La radical de *urreratu* es la voz *urr urra* con que se llama á las gallinas y demás aves domésticas, y de aquí el nombre antiguo español *urraca*, como si dijera *gallinera* ó mujer dedicada al cuidado de estas y otras aves domésticas. A esta voz onomatópica añadieron la terminacion adverbial *ra* que corresponde al adonde de los castellanos y la terminacion verbal *tu*, formando el verbo *urreratu*, como si dijese *venir al urr* ó *urra*, esto es, á la voz que así sonaba, mudando por la eufonía la *a* del *urra* en *e*. *Urraratu* es ineufónico; *urreratu* no lo es. Esta voz, que á sus principios no tuvo otro destino que el indicar que las gallinas y otras aves domésticas se acercaron al llamamiento, ó mejor al que las llamaba, se hizo comun para dar á entender lo que el castellano con el verbo *acercarse*.

La radical onomatópica del verbo *uxaatu* es *ux*, *uxa* ó *uxo*. El hombre pacífico y hermanado en el mundo primitivo no tenia que ahuyentar á sus iguales. Contento cada cual con lo que le daba naturaleza no procuraba damnificar á su consócio, y los únicos que podian ser dañosos al hombre eran los animales ya terrestres, ya volátiles. Estos podian damnificar sus mieses y sus ganados, y era necesario ahuyentarlos, y en éste caso una de las armas más fuertes era la voz del mismo hombre, y esta voz habia de ser una que fuese análoga á las ideas del hombre. Tal me parece el sonido del *ux*, *uxa* ó *uxo*, sonido penetrante y sonoro: á lo ménos ésta es la voz que usan los bascongados en nuestro caso, y en todas las naciones entra una hueca *u*, siempre que con el voceo se quiere ahuyentar á alguno. A esta vocecita añadieron los bascongados la terminacion verbal *tu*, y formaron el *uxaatu*. Contraigámonos á nuestro propósito, y hablemos de las voces que formó el bascuence en las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño.

VOCES DEDUCIDAS

DE LAS PRIMERAS É INOCENTES ARTICULACIONES DEL HOMBRE-NIÑO.

Todos los idiomas usan de voces tomadas de las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño; pero ninguno de ellos es perfecto en este ramo sino el bascuence. No tenemos necesidad de demostrar esta asercion en su primera parte: recurran los literatos á nuestra gramática y hallarán en ella así las voces como las significaciones que diferentes lenguajes han dado á estas inocentes articulaciones,

y solo nos resta el que cotejemos con dichas lenguas la bascongada, y para ello pongamos de manifiesto las voces bascongadas y su significacion castellana segun el órden que las corresponda.

VOCES BASCONGADAS

FORMADAS DE LAS INOCENTES ARTICULACIONES DEL HOMBRE-NIÑO.

BASCUENCE.	CASTELLANO.
A-arra	Varon.
E-mia	Hembra.
I-mia	Criatura.
U-mia	
Ait-a	Padre.
Am-a	Madre.
Aid-ia	Pariente.
Ab-a	Lugar-teniente de padre.
Ti-tija	Teta,
Pa-pa	Pan.
Ma-ma	Agua.
Cha-cha	Fruta.
Chi-chija	Carne.
Na-ña	Fruta de cáscara.
Ua-ua	Niño.
Aup-adia	Desafío.
Ap-ia	Beso.

Todas estas voces son onomatópicas, porque se forman de aquellos sonidos que oyen al hombre niño; pero se llaman justamente primeras é inocentes articulaciones de él para distinguirlas de aquellas que el sentir comun de los gramáticos llama onomatópicas.

El bascuence en primer lugar es muy arreglado en la adopcion que hizo de estas radicales: lo es tambien en el bello órden de los signados que representó por medio de ellas, circunstancias ambas que elevan á este idioma sobre los demás y le hacen digno del título de primitivo. Recorrámoslas y evidenciemos este aserto.

A-arra. Llamó el bascuence con esta voz al varon y bellamente. La primera palabra que se oye á este sexo es la vocal *a*, como quedó justificado en nuestra gramática, y era justo segun las reglas onomatópicas el aplicarla al proferente. *A-arra* literalmente quiere decir de los que profieren la *a*, como compuesta de la *a*, inocente articulacion del hombre-niño y la terminacion *arr* indicativa ó que significa lo mismo que el *de* de ablativo de la lengua castellana. La *a*

final es característica de que este nombre es apelativo y propio para significar al varon en comun. Esta voz que á sus principios significó al varon, hoy se extiende á darnos á entender todo lo que pertenece al sexo masculino, aun en los animales que no son hombres racionales.

E-mia. Siendo la primera voz que se oye á la mujer la letra *e*, goza esta voz de la misma perfeccion que el *aarra*, y las hembras son llamadas con ella con la misma propiedad onamatópica. *E-mia* literalmente quiere decir *e* delicada, atributo aplicado bellamente al sexo femenino. A sus principios *emia* solo daba á entender á la mujer; pero hoy por los mismos motivos que la voz *aarra*, ha pasado á significar todos aquellos que son del sexo femenino aunque sean irracionales.

I-mia y *U-mia*. Las radicales de estas voces son la *i* y la *u*. Estas letras son las que profiere el hombre-niño despues de la *a* y la *e*; pero las profiere así el varon como la hembra. Siendo indiferente su prolacion en ambos sexos, y teniendo ya nombres para el varon y la hembra, siguiendo los avisos de la onomatopeya, parece que habian de aplicarse á la formacion de un nombre que indicase al mismo hombre-niño, y fuese comun á uno y otro sexo. Así lo ejecutó el bascuence: en este idioma *i-mia* y *u-mia*, quieren decir lo que en castellano *criatura* y el francés *enfans*. ¿Hay algun idioma que haga un uso más bello, más filosófico de las cuatro primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño? Ninguno. Es visto, pues, que el bascuence excede á todos en el uso que hace de ellas; y en seguida que es la única que puede llamarse perfecta y digna de ser primitiva en este particular.

Ait-a. Esta es la quinta articulacion que se oye al hombre-niño: el *ta*, *tat*, *tata*, *taita*, son proferidas tambien por él mismo, pero es á impulsos de la frecuente repeticion del *ait*, y son como unas voces anagramizadas. Por esta razon deben reputarse como defectuosas, expúreas y formadas por equivocacion, deduciéndose de aquí que el uso de ellas en las naciones bajo del significado de padre, no es filosófico como se hizo ver en la gramática. No es así la adopcion que hizo el bascuence, y la significacion que dió al *ait*, formando el *aita* y dando á entender con esta voz lo que el castellano *padre*.

En primer lugar los niños naturalmente profieren el *ait*, y por esta razon es produccion natural y no viciada como el *ta*, *tat*, *tata*, *taita*, *tatai*: en segundo lugar no podia adoptarse palabra más propia para significar al padre. Cumplido ya con el hombre-niño llamando *aarra* al varon y *emia* á la hembra y con ambos sexos en comun llamándolos *imia* y *umia*, no habia lugar en la onomatopeya del *ait* al regular uso de llamar con la voz á aquel que la proferia. Era, pues, muy filosófico el nombrar con esta voz á aquel que fuese más allegado al proferente y no siendo otro más que el padre que lo produjo muy juiciosamente llamó *aita* el bascuence al padre: de modo que

aun en esta parte excede este idioma á todos los demás en perfeccion, si exceptuamos las lenguas armena, jucatica, fetuina, frisica, canarima, tartara, turca, gotica, Albanesa, jarura, zamuca, epirótica, ungarra, laponesa, irlandesa, que forman el nombre de padre de la misma radical.

Am-a. Hicimos palpable en nuestra gramática que la sexta articulacion del hombre-niño era *am*, y que siendo la inmediata y más interesante persona del proferente despues del padre la madre que le dió el ser, correspondia que con esta radical se formase la voz que la indicase. El bascuence llama *ama* á la madre, y es visto que tambien en este particular excede este idioma á todos, exceptuando al malabaro, egipcio, chino y barmano, que forman el nombre de la madre de la misma radical. Repárese al mismo paso la impropiedad de las lenguas abac, tagala, mongola, bisaya y songusa, que de esta misma radical forman el nombre de padre.

Aid-ia. Con esta voz llama el bascuence al pariente y justamente. Los parientes son las personas más allegadas del hombre-niño despues del padre y de la madre, y siendo el *aid* la séptima articulacion de él, exige el órden que esta radical sirva para formar el nombre de pariente, de modo que aun en esto excede el bascuence á todos los demás idiomas.

Ab-a. La octava combinacion del hombre-niño es la sílaba *ab*, y quiso el bascuence formar con ella la voz *aba*, y tomarla por signo de lugar-teniente de padre. Es verdad que hoy no se halla en uso esta palabra, pero no nos dejan dudar de haber sido conocida entre los bascongados varias voces, en cuya composicion entra. Llamamos *osaba* ó *os-abia* al tio, y literalmente significa *de llamamiento padre*. Decimos *aas-abac* á los antepasados, y literalmente quiere decir *de atrás padres*. Al amo llamamos *Ugas-aba*, que literalmente significa de *mantenimiento padre* ó *padre mantenedor*. A los sacerdotes damos el nombre de *aba-dia*, que traducido literalmente quiere decir *lugarteniente de padre*. Me arrimo á creer que con esta voz á sus principios se daria á entender todo aquel que hiciese veces de padre.

De aquí se conoce la poca filosofía con que formaron de esta inocente articulacion del hombre-niño el nombre equivalente al padre del castellano las lenguas hebrea, árabe, etiópica, siriaca, caldea, abisina, turca, tunebi, otomita y melindana.

Titija. Da su nombre el bascuence con esta voz así á los pechos de nuestras madres, como á la leche que mamamos. La formó de la inocente articulacion del hombre-niño *ti*, que por lo ordinario pronuncia reduplicado, esto es, *titi*. Esta radical es la primera palabra que se oye al niño despues de las que empiezan con vocal y van referidas; pues la *ta*, *tat*, *tata*, *taita* y *tatai* son como se ha dicho, pronunciaciones o nivocadas en la frecuente repeticion de la articulacion *ait*.

Habiendo cumplido este idioma con el proferente, su padre y madre, sus parientes y aquellos que eran como lugartenientes de sus padres por medio de las articulaciones que hasta aquí van referidas, á ninguna cosa debia el niño su existencia sino á los alimentos en la conservacion de su vida; de modo que despues de nosotros, nuestros padres, parientes y personas que ejercen con nosotros las funciones de padres, lo más allegado es el alimento. Con esta consideracion determinó el bascuence poner nombre á los principales alimentos con las inocentes articulaciones del hombre-niño, que empezaban con consonante. Siendo, pues, el primario y principal de los alimentos la leche que mamamos, no podia nuestro idioma ser más puntual en la aplicacion que hizo de la voz *titija*. Si con esta palabra llaman tambien los bascongados á los pechos, es por la metáfora.

Pa-pa. La segunda articulacion que profiere el hombre-niño y empieza con consonante es *pa*, que ordinariamente es pronunciada por él con reduplicacion, esto es, *papá*. Despues de la leche de nuestras madres, el más principal alimento es el pan ú otro manjar glutinoso mascado primeramente por las madres, y á este manjar llamó el bascuence primitivamente *papá*. Es verdad que en el trato actual con los niños el *papá* significa pan y varias voces compuestas como *pan*, *puleta*, *pamichia*, *paparra*, *papuba*, *papadia* y otros, que nos persuaden que esta voz se aplicó al pan desde que se conoció su uso. Innumerables lenguas conocemos que forman el nombre de pan por medio de esta inocente articulacion. El latin, castellano, francés, portugués, italiano, etc., se han valido de ella.

Cuanto es más filosófica esta aplicacion al pan que nos alimenta, tanto más extraña es la que hacen de esta articulacion para dar nombre al padre las muchas lenguas que citamos en nuestra gramática. Igual imperfeccion tienen las que formaron de ella la misma voz mudando su letra *p* en *b* ó en *f*. Es mas tolerable el uso de algunos idiomas que con *papá* dan y han dado á entender á los lugartenientes de padres, y especialmente á los Obispos, Pontífices y Sacerdotes.

Ma-ma. Esta es la tercera articulacion empezada con consonante que se oye en la boca del hombre-niño, y siendo el agua el alimento que sigue á la leche de nuestras madres y á aquel manjar, que masticado en su boca se nos presenta por ellas en los primeros pasos de nuestra niñez, anduvo muy filosófico el bascuence en aplicar ó formar con esta articulacion el nombre de la agua, como primer licor que usó el hombre. Es verdad que hoy solo usamos de la voz *mama* en la acepcion que acabamos de decir con los mismos niños, esto es, en sus conversaciones; pero no podemos dudar que antes de la voz onomatópica *ura* con que llamamos al agua, se haría uso del mama bajo de este significado, pues es de mucha consideracion para un filósofo la inmemorial costumbre de usar de esta voz en las conversaciones pueriles.

Añadimos á esto que de la misma radical se valieron para llamar al agua las lenguas hebrea, sarracena, siriaca, etiópica literaria, bilela, caldea de Basora, árabe literaria, árabe egipcia y conghesa. Advertimos tambien á los literatos que tengan presente el *mamar* de la lengua castellana, el *mamela* de la latina, que deben su orígen á esta articulacion, aunque la significacion aplicada á estas voces no es legítima, pero ménos lo es la aplicacion que hacen de esta misma articulacion las muchas lenguas que se anotaron en nuestra gramática para formar con ella la voz que significase *madre*.

Cha-cha. Con esta voz pronunciada la *ch* como los españoles, da á entender el bascuence las frutas que no son de cáscara. Dijimos en nuestra gramática la causa de su prolacion en el hombre-niño, y por ella se ven los justos motivos de nuestro idioma para haber dado este nombre á las frutas sin cáscara, y la imperfeccion con que aplicaron esta articulacion los araucanos y tonquineses á la significacion de padre.

Actualmente los bascongados solo usan de la voz referida en las conversaciones pueriles. Pero les pregunto ¿cuál es el nombre que tienen para la fruta? Ninguno. La bárbara voz *frutia* de orígen latino y usada por los castellanos, es la que oimos frecuentemente en sus bocas; pero me hallo persuadido de que como tan amantes de su nacion y lengua, desecharán esta voz bárbara y harán uso de su *chacha* en lo sucesivo.

Chi-chija. Las carnes en el mundo primitivo serian unos manjares posteriores en órden á los que acabamos de decir aun en el uso comun de los adultos, y por lo mismo nos parece muy filosófica la aplicacion que hizo la lengua bascongada de esta voz para significar la carne. Es verdad que tambien la usan únicamente con los niños; pero ¿de dónde viene su *chixiluba*? ¿Qué significa esta voz literalmente en su idioma? No podran negarme que la voz *chixiluba*, que tambien se pronuncia *chichiluba*, traducida literalmente al castellano quiere decir *de viandas* ó *carnes* lugar ó paraje donde se guardan ó se comen estas cosas.

El *chixiluba* es lo que llaman escaño, y viene á ser un banco largo con su respaldo de tabla, y en medio una mesa doblada donde suelen comer aun hoy mismo los caseros. Este *chixiluba* tiene debajo de sí ordinariamente un enrejado al que se llama *iskintokija* ó *iskindokija*, en que se tienen los capones y otras aves cebadas destinadas para regalos. De aquí es el haberse llamado *iskindokija* ó *iskintokija*, que literalmente quiere decir *de ofrendas ó regalos paraje*.

Tiene á más una alacenita para reservar en ella lo que sobrase en la comida, de modo que por cualquiera parte que se mire á la voz *chixiluba* ó *chichiluba*, la viene bien la propiedad de su signado: resultando de aquí que el nombre propio y legítimo de la carne en el bas-

cuence fué el *chichija*, y que los bascongados deben volver al uso de esta voz.

Es verdad que por carne se usan hoy las voces *okelia* y *araguija*; pero no son propias para indicar genéricamente la carne. *Okelia* quiere decir literalmente *cosa que hace crecer ó crecedor*, y esta cualidad por antonomasia respecto al hombre, debe aplicarse al alimento en general que es el que nos hace crecer. *Araguija* es un síncope de *arakeija* y ningun bascongado ignora que *arakeija* literalmente significa *cosa de bosque* y en la acepcion general, carne de animales montaraces. Repárese que cuando dicen *arakija eguin dogu*, quieren dar á entender que han muerto el buey ó vaca para cecina, como si digesen *hemos hecho prevencion de cecina ó carne montaraz*, y tales serian las reses que al principio se mataban á este intento. Reparará quizá los literatos en la pronunciacion ó sonido que damos á la *ch* así en el *chacha* como en el *chichija*. Creerán que este sonido, como no conocido en muchas lenguas, no puede ser aplicado al hombre-niño, porque se persuadirán que los de aquel lenguaje en que no se conoce nuestra *ch*, no la podrán proferir; pero la respuesta es muy óbvia.

Esta voz es onomatópica, y en la boca de los niños se confunde la pronunciacion *cha chi*, *xa xi*, y *ja ji*, de modo que unos se persuadirán que el hombre-niño dice *chichi*, otros *chicha*, otros *xixi*, otros *jiji*, como sucede en toda voz onomatópica aun en un mismo idioma. El bascuence, por ejemplo, llama al grillo unas veces *chircilla*, otras *chirchirra*, otras *chirrija*, otras *cirella*, etc., y en las voces onomatópicas dijimos que en este particular no podiamos averiguar el verdadero sonido, por falta de no hallar en el ruido imitado una pronunciacion legítima de letras y sílabas sino cierta semejanza á ellas.

Ña-ña. Con esta voz da á entender el bascuence todo género de frutas de cáscara. Hicimos ver en nuestra gramática ser una de las inocentes articulaciones del hombre-niño, dando razon de esta pronunciacion y motivo que tuvo el hombre-niño para proferirla, de modo que su uso es muy legítimo en este idioma. Es verdad que los bascongados solo la usan en las conversaciones pueriles, pero el no hallar orígen á esta práctica y no tener otra voz en nuestro lenguaje para distinguir este género de frutas, nos persuade que su uso sería constante en los primeros tiempos.

Ua-ua. Esta articulacion se oye al hombre-niño cuando por su llanto queda acatarrado: suena tambien *kua* ó *gua*. Sin embargo, los bascongados hicieron uso de esta voz bajo de la significacion de niño ó criatura. Así nos lo indica cierta letrilla que cantan las madres y nodrizas, cuando quieren hacerle dormir, que por lo ordinario es en aquel tiempo en que no pueden callarlos. La letrilla es la siguiente:

Uauachuba lo lo lo
Zuc orain eta nic guero

Zuz gura dozun orduren baten
Bijoc eguingo dogu lo.

Se vé por esta letrilla que las madres y nodrizas se dirigen al niño, y no tenemos otra voz para indicarlo que *uauachuba*, voz diminutiva que quiere decir *uauita*, y equivale en nuestro caso al niñito.

Los poetas bascongados han dado á entender el sueño por medio de la voz *uaua*, como lo demuestra el zortzico *uaua gozuaren*, etc. que puede verse en el reconocimiento del silabario.

Aup-adia. Esta voz con que dan á entender los bascongados el desafío, se forma del *aup*, primera é inocente articulacion del hombre-niño, que algunas naciones pronuncian *up* ó *upa*. Dijimos en nuestra gramática que esta articulacion la proferia el niño cuando despues de esfuerzos extraordinarios conseguia el levantarse, y usaba de ella siempre que queria dar á entender que se le levantase. Es bella la aplicacion que hizo el bascuence de esta articulacion: usa de ella como signo de desafío. La primera voz que se oye en las contiendas, como lo hicimos ver en nuestra Apologia, es el *aup*. Con ella retamos al enemigo como diciéndole *levántate*. El desafiado acepta la contienda por medio de otro *aup*. El desafiador profiere la expresion *bide erdi*, como si dijera *sal á medio camino* ó el *exi ad arenam* de los latinos. Contesta el desafiado por medio de otro *bide erdi*, y se mueven ambos á encontrarse. Si llegando el uno no parece el otro, con el *asta makilla* ó el garrote hace una raya en señal de victoria. A esta raya llaman *marria* y de aquí *marratija* ó *martija* sincopado con que llaman al valenton ó guerrero. Vean los literatos si Marte, Dios de la guerra, pudo recibir su orígen de estas contiendas de los bascongados por la gran analogía que hay entre las voces *marrati*, que con la nota de apelativo se pronuncia *marratija*, su síncope *marti* ó *martija* y la voz Marte.

Quizá el no uso de esta voz *marra* ó *marria* por raya en la actualidad podrá servir de obstáculo á mi modo de pensar aun entre los bascongados; pero consulten estos las voces Markina, Marzana, Marcue, Marcoida, Marcoleta, Markita, Marcaide y otras de innumerables caseríos que hoy lo son ó pasaron á dar nombre á los lugares y villas, y verán que todos ellos son ó están colocados como unas mojoneras ó límites divisores de provincias, pueblos ó terrenos. Véase lo que sobre este particular dijimos en nuestra Apología hablando de los apellidos. No hay, pues, duda de que la aplicacion que hizo el bascuence de la voz *aupadia* al desafío es muy propia y analógica, como tambien la de todas las voces sus derivadas.

Ap-ia. Esta voz significa entre los bascongados *beso* ó *abrazo*: fórmase de la articulacion *ap*, *apar* ó *apax* del hombre-niño. Un beso ó abrazo es una satisfaccion que aquieta y hace que descanse el afecto. En el ósculo del Señor descansa el alma, es una expresion muy

corriente en nuestros misticos, y en los profanos no hay necesidad de justificarlo. Esta articulacion la profiere el hombre-niño cuando en los vaivenes de quererse levantar cae sobre sus posaderas, y usa de ella siempre que quiere dar á entender el sentarse ó el descansar. Hé aquí la bella analogía de la voz *apia* de los bascongados que tambien la pronuncian *apa*, dando con ella á entender lo que el castellano con abrazo o beso. Véase la voz *apaldu* ó *afaldu* en la segunda parte de nuestra Apología. Consúltese la voz *apata* con que los caseros llaman á los bueyes cuyas astas forman una especie de silla ó asiento: hágase igual operacion con *apacha*, pezuña sobre la cual descansan ó se sostienen los animales que la tienen. Ultimamente haremos ver en el Diccionario el gran uso que hace el bascuence de esta inocente articulacion del hombre-niño.

Ahora, pues, ¿hay idioma alguno que haga un uso más perfecto de las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño? ¿No es bello, no es armonioso, no es filosófico el órden de signados que dá el bascuence á estas articulaciones? ¿No es analógica su significacion? En vano se cansarán los literatos en buscar otro lenguaje que pueda competir con el nuestro; pero no nos detengamos. Procuremos satisfacer la curiosidad y el deseo de los lectores, y pasemos á reconocer los idiomas en las interjecciones del adulto.

INTERJECCIONES DEL ADULTO.

Pocas son las interjecciones del adulto que corren entre los gramáticos como tales: sin embargo, todas las letras y sílabas han de reputarse interjecciones como largamente lo hicimos ver en nuestra gramática y lo hemos anotado poco hace. No obstante, dividiremos en dos capítulos este tratado, para que camine nos con más claridad. En el primero hablaremos de las interjecciones que como tales son conocidas entre los literatos: en el segundo de las letras y uso de su natural significacion.

INTERJECCIONES COMUNMENTE RECIBIDAS.

Las voces interjeccionales son verdaderamente onomatópicas, pues no son otra cosa que unas palabras formadas de los sonidos naturales que profiere el hombre en sus sensaciones; sin embargo, contamos en nuestra gramática trece interjecciones, es á saber:

A.... Ai..... Ca..... Z..... Ya..... Jo.
Lo..... O..... Oi..... Pu.
Ke.... Ux..... Za.

De estas interjecciones hemos comprendido la *Jo* y la *Ux* en las voces onomatópicas y solo hablaremos de las otras.

A.

Hablamos de esta letra como primera ó inocente articulacion del hombre-niño, y nos referimos á lo que dijimos en aquel lugar. Ahora trataremos de ella como interjeccion del adulto. Hicimos ver en nuestra gramática que proferia el hombre esta interjeccion cuando el objeto de su admiracion era triste y doloroso. No hallo en los idiomas voces que deriven de ella, y solo veo que la usan como mera interjeccion: ¡ah triste! ó mejor *á triste, á desdichado,* etc. Por esta razon es comun á todo lenguaje su uso, y por ella no podemos escudriñar cual de las lenguas sea más perfecta,

Ai.

Válese el hombre de esta interjeccion en un dolor largo y continuado: en su prolacion se observa en nosotros cierta decadencia: el espíritu se amortigua: el cuerpo se abate, se encorba: se inclina como que no puede resistir ni sostener el grave peso de su dolencia. Así lo hicimos ver en la gramática. Cuantos idiomas he reconocido no me han presentado voces que deban su origen á esta interjeccion; pero el bascuence tiene muchísimas. Este idioma se valió de ella para poner nombres á todo género de acciones que observó en el hombre al tiempo de su prolacion, no olvidándose de dar á entender con ella al mismo que la proferia ó al hombre dolorido. No podemos presentar todas las voces formadas de esta interjeccion hasta que demos á luz el Diccionario: sin embargo, contentaremos el deseo de los literatos con algunas de ellas.

Ai-tu. Formó el bascuence esta voz de la interjeccion *ai* y quiso que con ella se entendiese lo que en el castellano con los verbos fluir ó verterse los líquidos. De aquí es que los bascongados dicen *picharra aitu-da* se ha acabado el vino que estaba en el jarro: se ha ido: ha fluido: se ha vaciado, valiéndose de la analogía que tiene la accion de fluir, verterse, acabarse los líquidos con la decadencia ó caimiento de cuerpo y espíritu que se observa en un hombre que profiere la interjeccion *ai*. La terminacion verbal *tu* del *ai-tu* hace ver claramente que el significado de esta voz literalmente es *hacer ai*, esto es, declivarse, abajarse, apocarse, etc.

Ai-ja. De la misma interjeccion se valió para formar el nombre

ai-ja. Literalmente quiere decir el *ai*; pero el bascuence aplica esta voz á todo fluido, deleznable y delicioso: de aquí es el llamar *aija* á las papas ó papillas, primer alimento de las criaturas ó niños despues del pecho, formado por los bascongados con leche y harina ya de trigo, ya de maiz ó migas de pan: con este nombre dan tambien á entender todo declivio por la analogía que tiene con lo fluido y deleznable, y esta última significacion fué algun tiempo la más usada. Así nos persuaden los innumerables caseríos, cuyos nombres deben su orígen á esta radical. *Ai-ja* es hoy un pueblo de la Guipúzcoa, que tomó su nombre de un caserío así llamado. Los *Ai-arzas*, *Ai-ñoas*, *Ai-lloas*, *Ai-llicas*, *Ai-llonas*, *Ai-arbes*, *Ai-tolas*, *Ai-janguices* ó *Ajanguices*. *Ai-ñibarros*, *Ai-nituas* ó *Anituas* y otros innumerables caseríos y apellidos deben su orígen á la interjeccion *ai* bajo la significacion de declivio. *Aiarza*, caserío edificado en un gran declivio: *Aiñoa*, declivio pequeño: *Ailloa*, montoncito: *Aillica*, declivio de mucha cuesta: *Aillona*, buen declivio: *Aiarbe*, declivio bajo: *Aianguiz*, del declivio angosto: *Aitola*, paraje declivioso: *Aiñibarro*, valle declivioso ó que está á la falda de un monte: *Aiñitua* ó *Anitua* declivado. En nuestro Diccionario daremos razon de todos los apellidos, y en él colocaremos los otros muchos que deben su orígen á esta interjeccion.

Ai-llia. Este nombre viene de la interjeccion *ai*, y la terminacion participal *lia*. *Aillia* literalmente quiere decir hacedor de *ai*, y dando al *ai* el significado de declivio, caimiento ó fluidez, tanto vale como el que causa ó hace que alguna cosa se declive ó caiga hácia bajo. Llaman así los bascongados al pezon de las frutas cuya delicadeza hace que estas queden colgadas de los árboles. Son innumerables las voces que forma nuestro idioma de esta palabra. *Aillagorakia* es un juego de niños, que despezonando las cerezas colocan en una montera ó sombrero: forman un palito con un alfiler en la punta: tiran con él á la montera cada cual en su turno, y aquel participa más de las cerezas, que con más acierto clava en ellas el alfiler. *Aillua*, monton: *ailloratu*, amontonar: *aillicatu* ó *aillatu*, empezonar ó hacer pezones, y de donde tomaron nombre los alicates, y otras muchas voces deben su orígen al *aillia*.

Aiarzatu. Con este verbo significa el bascuence lo que el castellano marchitar: fórmase del nombre *aiarcia* abundancia de declivio ó caida suave, y la terminacion verbal *tu*. No tenemos que decir otra cosa para justificar la bella analogía que tiene este verbo con su signado. El marchitar no es otra cosa que declivar, caer, abatirse ó tomar una conocida decadencia las flores, estado que no puede ser pintado mejor que con el verbo *aiarzatu* ó *aijarzatu*.

Ai-jeniac. Llama así el bascuence á aquellas canciones antiquísimas españolas que por algunos son entendidas con el nombre de *folías* y por otros con el de *amable*. Llamáronse así por el estribillo que empieza con las siguientes expresiones: *Ai oi ai ene bada zuria isango*

naz, etc. De aquí infiero que estas canciones tuvieron su orígen entre los bascongados: lo que corrobora el que son tenidas por todos como propias de la nacion española, así como el fandango, seguidillas, zarzuelas, etc.

Ai-jarija. Con este nombre indica el bascuence al que se queja con la interjeccion *ai* como si dijese *aiante.* Si su quejido es mucho llámale *ai-tsuba*: si frecuente *aitija. Ai-jarija* literalmente quiere decir inclinado á *aies. Ai-tsuba* abundante en *aies. Ai-tija* frecuente en *aies*, pues la voz *ari* ó *arija* equivale al castellano atento,inclinado: la *tsu* es una terminacion abundancial, y la *ti* frecuentativa.

Ai-jena. Llama así el bascuence al sarmiento, y muy bien; pues todo sarmiento es entre las ramas el que ménos puede enderezarse, y se vé siempre como cabizbajo. *Ai-jena* literalmente quiere decir el más decaido ó declivado: es una voz superlativa que á sus principios se uniria con el sustantivo *adar* rama, y se diria *adar ai-jena*, la rama más delicada ó declivada, y despues solo se usaria *ai-jena* como sustantivo. Véase lo que dijimos en nuestra gramática sobre el orígen de los sustantivos.

Ai-ñua. Con esta voz dan á entender los bascongados á la decadencia del sol, y con el verbo *ai-ñotu* significan tambien el sombrearse la tierra, efecto de la decadencia del sol, en cuyo estado todos los entes tienen mayor sombra: de aquí es llamar *añobia* al paraje sombrío. Es verdad que hoy solo se halla el uso de estas voces como vinculado en los caseros; pero esta cualidad debe ser para todo literato el más lisongero convencimiento de su legitimidad.

Nos alargaríamos demasiado si quisiésemos recorrer una por una todas las voces bascongadas que deben su orígen á la interjeccion *ai.* Sin embargo, nos parece haber dado una prueba nada equívoca de ser nuestro idioma en este particular el que con más acierto ha sabido hermosearse con unas voces que deben ser miradas por los literatos como las más naturales y propias de un lenguaje perfecto cual hubo de ser el primitivo.

I.

Profiere el hombre esta interjeccion cuando se vé en los últimos apuros ó esfuerzos, como lo dijimos en nuestra gramática. Se vé como estrechado y sin recurso alguno. No dejó de observar el bascuence esta situacion, y se valió de ella para formar sus nombres y representar con ellos aquellos signados en quienes advirtió la estrechez ó apuro como una cualidad predominante ó más visible. Aunque no podremos referir todos los que hermosean á este idioma, daremos noti-

cia de un número suficiente, para que los literatos se hagan cargo de esta verdad.

I-to. Este es un verbo bascongado que equivale al castellano *ahogar* ó *ahogarse*. *Ito* literalmente quiere decir *hacer i*, y es efectivamente esta la voz última que se oye á todos aquellos que mueren sofocados.

Ikia. Es una voz usada para dar á entender la cuesta, y siendo esta la que nos hace *iar*, si así podemos hablar por la sofocacion que nos causa su vencimiento, parece que no podrá escogerse voz más propia para indicarla. *Ikia* quiere decir literalmente *cosa de i* ó cosa de *iar*, quiero decir, cosa que causa ó produce esta interjeccion, y en verdad no podemos remontar una cuesta sin que cansados nuestros pulmones, palpiten y hagan sonar al aliento sofocado una *i* continuada. De aquí llamó el bascuence *icaratu*, espantarse, que no es otra cosa sino un temblor súbito, que se apodera de nuestros miembros.

Icaratu literalmente significa *llegar á remontar la cuesta*, y como por la sofocacion de ella llegamos palpitando ó temblando de la misma manera que cuando nos espantamos, de aquí es que este verbo es muy análogo á su signado.

I-tuba. Llama así al bosque, esto es, á un monte impenetrable, y que se halla por lo mismo estrechado en su paso y hecho por su oscuridad y lobreguez una causa de miedo y temblor: de aquí es que á todo paraje lóbrego, espantadizo y que causa miedo y temblor llama *I-z-una*, y literalmente quiere decir *cosa lóbrega*, y su uso antiguo nos lo demuestran los *Izunzas*, *Izundeguis*, *Izundiagas* ó *Izurdiagas*, *Izuetas*, etc. *Izunza* quiere decir paraje de mucha lobreguez. *Izundegui* lugar tenebroso: *Izundiaga* ó *Izurdiaga* paraje de mucho horror ó espanto: *Izueta* es lo mismo.

De aquí es el llamar *Ichurkija* ó *Itzushija* á la escoba de barrer como si dijese cosa del bosque, y bien por ser este intrumento entre nosotros un atado ó manojo de ciertos arbustos segun la proposicion que ofrece el terreno, y últimamente de aquí el nombre *itzuba* ó *ichuba*, que quiere decir lóbrego y oscuro, con el cual damos á entender al ciego.

I-*turrija.* Con este nombre damos á entender la fuente. Literalmente quiere decir *de la oscuridad ó lobreguez agua*, esto es, agua que sale de lo oculto, ó sino de la estrechez agua, ó agua que sale estrecha y apuradamente, como compuesto de *itu* cosa oscura, escondida ó estrechada, y *urdija* paraje acuoso como que viene de *ur* agua y la terminacion local *di*. La j es letra dialéctica, que los vizcainos y aun muchos guipuzcoanos posponen á la *i* siempre que antecede á una vocal. La *a* final es característica de nombre apelativo.

La voz *iturrija* es tan antigua en el bascuence, que no habrá otra de quien haya hecho más uso. Los *Iturraldes*, *Iturrizas*, *Iturbes*, *Iturriagas*, *Iturmendis*, *Iturretas*, *Iturburus*, *Iturriños*, *Iturrigorris* y

otras infinitas caserias y apellidos deben su orígen á esta voz. La voz *itu* ó *ituba* en la significacion de bosque y paraje lóbrego no es ménos antigua entre nosotros. Los *Itu-bes*, *Itu-ños*, *Itu-artes*, y otros caserios y apellidos nos lo indican.

La voz *itu* ó *ituba* tiene tambien en el bascuence otra significacion, y es la del blanco á que se asestan los tiros, y como este blanco ó señal se colocaba en un paraje en que no hiciese daño á persona alguna, nos instruye la voz *ituba* que el blanco se ponia hácia un bosque como terreno intransitable, y de aquí es que decimos *jocatu daigun itura*, juguemos al blanco, y literalmente quiere decir juguemos ó tiremos al bosque.

Son muchisimas las voces bascongadas que deben su orígen á la interjeccion *i*, pero al parecer habremos satisfecho la curiosidad de los literatos con las apuntadas, y en el Diccionario hablaremos de ellas completamente.

IA.

Esta interjeccion usa el hombre cuando quiere azuzar ó animar á otros á alguna accion. Usase tambien del *ea*, *eia*, *eiza*, y de todas ellas se valió el bascuence para la formacion de sus voces.

Eizia llama á la cazeria por la grita con que se anima á los perros, que se reduce á *iar*, *ear* ó *eiar*, si así podemos hablar. Hoy usamos del *eizia* para dar á entender la cazería, pero el *izia* ó *izatu* solo lo empleamos cuando hablamos del azuzamiento de los perros. El *eizia* é *izia* significaban antiguamente una misma cosa, esto es, la cazería. Así nos lo quieren persuadir los *Eizaguirres*, *Eizcoas*, *Eizagas*, *Izaguirres*, *Izás*, *Izagas*, *Izetas*, y otros muchos nombres de caserios de inmemorial orígen.

E-kin. Es un verbo bascongado que debe tambien su orígen á estas interjecciones. *Ekin* literalmente quiere decir, hacer estas interjecciones unas tras otras. De aquí es que con *ekin* da á entender el bascuence lo que el castellano con el verbo machacar ó repetir una cosa muchas veces: de aquí tambien el verbo *eguin* hacer, mudada la *k* del *ekin* en su afin *g*, porque para perfeccionar una cosa, es necesaria la repeticion de operaciones continuadas que es el verdadero hacer.

LO.

Hicimos ver en nuestra gramática que la silaba *lo* era una verdadera interjeccion: que la profiere el hombre cuando desea hacer dor-

mir á otro como podrá verse en su lugar. Esta suena tambien por su frecuente repeticion como una sola *o*: muchas veces muda la *o* en *a*, *e*, *i*, pero nunca en *u*, por ser vocal que aborrece la música. Se dice *la la la*, *le le le*, *li li li*: tal cual vez muda la *l* en *t* y *r*, y aun suelen ir interpoladas la *t* y *r*, y se oye *tá ra ra*, *ra ra ra*, *ta ta ti ta ta* etc. Sin embargo los fundamentos alegados en nuestra gramática, nos han hecho ver que la legítima interjeccion cantora es *lo lo lo*, especialmente cuando se desea hacer dormir á alguno.

Así lo ha creido el bascuence, y por lo mismo se ha valido de la silaba *lo* para dar á entender el sueño, que con la nota de apelativo suena *lua* ó *loa*. Bajo de esta significacion, ha formado con esta silaba un sinnúmero de voces. Daremos razon de alguna de ellas.

Lo-tu. Este verbo literalmente habia de significar adormecer; pero como el bascuence tiene otro muy propio y análogo para indicar este verbo castellano que es *sortu*, aplicó al *lotu* la significacion de atar. En verdad, toda atadura es un verdadero endormecimiento. Uno que está atado se halla inmóvil, detenido así como el que se duerme, y la metáfora ó el uso de esta figura es bellísimo. De este verbo *lotu* forma un sinnúmero de voces derivadas nuestro idioma, y de ellas se dará razon en el diccionario.

Lo-tsia. Llama así el bascuence al rubor, empacho ó vergüenza. Un hombre agitado con estas sensaciones se halla sobrecogido, atado y como inmóvil. Su voz se apega á la garganta: sus pasos se entorpecen y la sangre turbada se altera y quiere escaparse de él, si así podemos hablar. ¿Qué mayor endormecimiento que este? No podia adoptar nuestro idioma voz más propia, más análoga, más significativa para dar á entender el rubor, el empacho, la vergüenza que *lo-tsia*. Fórmase esta palabrita de la sílaba *lo* y la *tsa*, que es característica de abundancia: *lo-tsia* todo junto quiere decir de endormecimiento abundancia, y la tiene el que se ve ocupado del rubor y vergüenza.

Lo-ca-tu. Significa en el bascuence lo que en castellano dislocar. Fórmase de *lo*, endormecer ó quedar inmóvil: de la terminacion negativa *ga* mudada su *g* en *c* y la terminacion verbal *tu*. *Lo-ca-tu* literalmente quiere decir desmovilizarse, y no es otra cosa el dislocar significado por él: este verbo viene de *lo-kia*, que sin la característica de apelativo se pronuncia *lo-ca*, y quiere decir cosa dislocada: llaman *lo-kia* los bascongados á la gallina clueca, que verdaderamente está dislocada ó salida del estado regular. Vean los castellanos á qué idioma son deudores de sus voces loco, loquear, lugar, dislocar y otros. Lo ciertó es, que las voces *locatu* y *lokia* son bascongadas y muy propias y analógicas con su signado.

Lo-di-ja. Llamamos con esta voz al gordo. Un hombre gordo ú otro cualquiera animal es un ente entorpecido, atado, inmóvil, y como ligado y endormecido por su gordura ó crasitud. No hay duda, pues,

en la propiedad y analogía de esta voz, y en el bello uso que se hace de la metáfora. *Lo-di-ja* literalmente quiere decir pósito de la inmovilidad ó endormecimiento, como antepuesta de *lo*, cuya significacion hemos dicho, y la terminacion local *di*, y esta significacion la hace enérgica por el uso de la antonomasia. Son innumerables las voces derivadas con que se ha enriquecido el bascuence por medio de la palabra *lo-di-ja*, como se hará ver en el diccionario.

Lo-orra ó *lo-rra*. Dan este nombre los bascongados á las conducciones de todo aquello que es de mucho peso, y nominadamente á la de maderos gruesos como usos de ferrería. *Lo-orra* ó *lo-rra* literalmente quiere decir *endormecimiento defectuoso* ó inmovilidad grande, como compuesto de *lo*, y la voz *orr* ó *orra* cosa defectuosa. Una mole de mucho peso es en realidad engorrosa en su conduccion, porque su mucho peso le hace de alguna manera inmoble. De aquí con bella analogía viene el verbo *lortu*, acarrear. Decimos *ezin lortu dot echera nire semia*, no puedo traer á casa á mi hijo, como si dijéramos no puedo acarrearlo.

O.

Esta interjeccion es proferida por el hombre en las admiraciones de gozo, alegria y júbilo, como lo dejamos dicho en nuestra gramática. Observamos en su prolacion un elevamiento general de todos los miembros exteriores é interiores de nuestro cuerpo, y el mismo espíritu se halla para decirlo así como exaltado. Valióse el bascuence de estas observaciones para formar sus voces por medio de esta interjeccion, y se enriqueció sobre manera con esta invencion. Daremos pruebas de ello, y de su gran filosofía analizando algunas, ya que nos es imposible dar razon de todas ellas.

O. Esta es una voz de que se valen los caseros para hacer que paren los bueyes de labor: veamos su propiedad. Todo buey al trabajar, camina cabizbajo, como que toda su fuerza proviene de la cabeza, ó se halla como depositada en ella: de aquí es que cuando descansan levantan la cabeza, y hé aquí la propiedad de la *o*. Esta palabra *o* en nuestro caso tanto quiere decir como *alto*, voz muy usada en las caminatas de tropas, procesiones, etc., para indicar ó dar á entender el parar ó detenerse. Usan, pues, los caseros de esta voz con los bueyes, como si les dijesen detenéos ó parad, ó lo que es la misma cosa haced alto ó erguid vuestras cabezas. Formáronla de los efectos de la interjeccion, y no podemos dudar que aunque hoy es voz pastoril ó de carreteros, sería comun en otro tiempo para significar lo que el castellano con el verbo paren. Los nombres de hombres, pueblos, caseríos y montes antiquísimos formados con esta interjeccion nos lo

indican Los *Ochoas*, *Ocheitas*, *O-bas*, *O-mas*, *O-cas*, *Oarres*, *Ochotos*, *Ochotorenas*, *Ochandianos*, *Orlos* y otros innumerables, son testigos de esta verdad. *O-choa* quiere decir alto pequeño: *O-cheita* cuesta del altito: *O-ba* alto bajo ó que se halla bajo de otro mayor: *O-ma* alto delgado: *O-ca* altura: *O-ar* de lo alto: *O-choto* altazo: *O-chotorena* hijo de Ochoto: *O-chandiano* paraje de altitos grandes: *O-rio* alto perpendicular. Entremos en nuestro caso.

O-tu. Esta voz traducida literalmente al castellano, quiere decir alterarse ó ponerse en altura como compuesto de *o* alto y la terminacion verbal *tu*. No tenemos duda de que el bascuence la inventaria para este efecto; pero como en las guerras especialmente antiguas era una de las cualidades muy precisas el ocupar las alturas para acometer al enemigo, metafóricamente llamaron *otu* al acometer. Hoy la comun acepcion de este verbo es acometer ó tomarla con alguno. Decimos *otu deusca*, nos ha acometido, la ha tomado con nosotros; pero no dudo que los bascongados en lo sucesivo harán uso de las dos acepciones que son bellísimas, y dirán *otu-da* se ha puesto en el alto, y *otuco gachakeez* los hemos de acometer, y literalmente nos hemos de poner sobre ellos. Vean los castellanos de donde tuvieron orígen sus *oteros*.

O-o-ra-tu, verbo bascongado frecuentemente usado por los labortanos y que significan con él actualmente lo que el castellano con dar alabanzas y aplausos á Dios y sus santos por medio de himnos y cánticos. Literalmente quiere decir *llegar á las oo*, como compuesto de la interjeccion *o* duplicada, la característica adverbial *ra*, que corresponde al castellano *á donde*, y la terminacion verbal *tu*. Esta voz es triunfal y equivale al *obare* de los latinos, y su primera significacion fué el victorear ó cantar la victoria como si dijésemos *oar*, esto es, prorrumpir en expresiones de admiracion, alegria y júbilo despues de una accion gloriosa. En las victorias ó acciones de esta naturaleza, es regular el abrazar y estrechar á aquellos que han tenido más parte en ella, mostrando el mútuo y recíproco agradecimiento, y de aquí es que los bascongados por agarrar ó estrechar con sus brazos á alguno, llaman *oratu* síncope de *ooratu*: de aquí su *oria*, masa ó cosa que se apega y agarra: de aquí *orapilla* y *orapildu*, nudo y anudar, y otros infinitos derivados, de quienes se dara razon en el diccionario.

O-tia. Con esta voz dan á entender los bascongados á un arbusto conocido con el nombre de argoma. Es palabra antonomástica, pues literalmente significa cosa que se halla frecuentemente en alto, como compuesta de la interjeccion *o* y la terminacion frecuentativa *ta*. Su uso es antiquísimo bajo de esta significacion, como lo indican un sinnúmero de caserios y apellidos que deben su orígen á esta palabra. Los *Otazus*, *Otaloras*, *Oteizas*, *Otamendis*, *Otaoleas*, *Otaduis*, *Otazas*, *Otaeguis*, *Otaerreas*, y otros muchos vienen de la voz *ota* ó

otia. *Otazu* quiere decir paraje abundante en argoma: *Otalora* flor de argoma: *Oteiza* argomal copioso en un ángulo saliente: *Otamendi* monte de argomas: *Otaola* paraje de argomas: *Otadui* lo mismo: *Otaza* abundancia de argomas: *Otargui* ángulos salientes de argoma, *Otaerrea* argomal quemado. Llaman tambien *otia* por la metáfora al gallinero ó á aquel enrejado de varales, á que se recojen las gallinas, que se coloca siempre en altura ó elevacion.

O-guija. Con este nombre dan á entender hoy los bascongados el pan. Literalmente quiere decir *engrandecedor*, como compuesto de la interjeccion *o* en el significado de alto, elevado ó grande, y la voz *gueija* que tanto quiere decir como causa ó medio, y *oguija* todo junto *de engrandecer, de crecer, elevarse ó hacerse alto causa ó medio*, esto es, engrandecedor. En efecto, el alimento nos hace crecer, convirtiéndose en sustancia, y con mucha propiedad dió el bascuence el nombre de *oguija* al pan, por ser el más principal y necesario de todos los alimentos.

Como la *o* se diferencia poco en los efectos de su prolacion, sea como interjeccion, sea como modulacion del órgano de la voz, esto es, como letra, omitimos otras varias voces que tendrán lugar en la *o* como letra, de la cual hablaremos en el capítulo inmediato, y á donde remitimos al lector.

Oi.

De esta interjeccion se vale el hombre, como dejamos dicho en nuestra gramática, en un dolor vivo, pero impensado, súbito y repentino. Al proferirla nos elevamos precipitada y rectamente ó como en punta, poniéndonos sobre los dedos de los piés. El bascuence, observador del hombre y de la naturaleza, adoptó esta interjeccion para formar con ella todos los signados, cuya cualidad más famosa fuese la elevacion ó altura que acabase en punta. Son innumerables las voces que entre nosotros deben su orígen á esta interjeccion. Demos razon de algunas.

Oi-tu. Este verbo nos hace ver la radicalidad de la sílaba *oi*, como que es la única á quien se la aplica la terminacion verbal *tu*. Literalmente *oitu* significa ponerse sobre un alto puntiagudo; pero quiso el bascuence dar á entender por él lo que el castellano con el verbo acostumbrarse. La voz parece pastoril y usada para dar á entender que los ganados se habian acostumbrado á alturarse ó ir á los montes altos y volver á sus casas. Es antiquísimo el uso de la interjeccion *oi* en las voces bascongadas: los nombres multiplicados de pueblos y caseríos nos lo indican, como tambien la legitimidad de la significacion que dió á ella nuestro idioma. *Oi-ñate*, *Oi-arzun*, *Oi-anguren*,

Oi-zate, *Oiñaz*, *Oi-on*, *Oi-ña*, *Oi-ñatibia*, *Oi-z* y otros son testigos de esta verdad. *Oi-ñate* significa lo que está rodeado de altos piramidales. *Oi-arzun* lo que se halla en un alto pedregoso: *Oi-anguren* lo más eminente de un alto piramidal: *Oi-zate* lo que está entre altos de esta naturaleza: *Oi-ñaz* del altito: *Oi-on* buen altito: altito *Oi-ña* ó altozano: *Oi-ñatibia* rio entre altos: *O-iz* del alto.

Oi-llua. Esta voz se compone de la interjeccion *oi* y de la voz *lo*, dormir ó sueño y *oillua* literalmente quiere decir del alto piramidal dormidor. Con esta voz dan á entender hoy los bascongados á la gallina; pero como dijimos en la segunda parte de nuestra Apologia, al principio hubo de significar todo género de aves inclinadas por naturaleza á colocarse en lo más alto, en lo más puntiagudo que se les proporcione. Son innumerables los derivados de esta voz y de ellos se dará razon en el Diccionario. En el interin véase lo que dijimos en el paraje citado de nuestra Apología.

Oi-ja, voz con que dan á entender los bascongados lo que el castellano con la voz *encia*. La analogía de esta palabra es bellísima. Las encías son unos casi promontorios sobre cuyas puntas se hallan colocados los dientes y su figura es piramidal.

Oi-ña literalmente significa altito que remata en punta, y con ella dan á entender los bascongados las colinas de esta naturaleza. De aquí es el llamar al pié *oña* metafóricamente por la figura colinal que tiene en el hombre, y de esta voz el *oñatza* huella, que literalmente quiere decir *marca del pié* ó raya que deja en la tierra, y de este *oñatza* la voz *oñaztuba* con que damos á entender al relámpago por la huella, raya ó señal que perciben nuestros ojos en las nubes al tiempo que se verifica: de aquí el *oñastu* antiquísimo para dar á entender la accion de reprender en que se observa el pateo como señal de la desazon del que reprende, y de aquí nuestro adagio *idijac oñaz biarrian burdijac oñaz*, que traducido literalmente quiere decir *habiendo de quejarse el buey da quejidos el carro*, esto es, que calla el que debia quejarse y se queja el que no tiene motivo para ello.

Pu.

Dijimos en nuestra gramática que *puiba* el hombre cuando se veia atormentado por el ardiente dolor de una herida ó úlcera, y así es que aun hoy, sin embargo de haberse perdido muchas interjecciones naturales, tenemos de la *pu* señales evidentes. El modo ordinario de acallar los niños cuando se quejan de alguna herida real ó figurada, es puar ó soplar en aquella parte que señalasen los mismos, y de aquí vino la voz *pupa* del castellano, y *pupuba* del bascuence para dar á entender en las conversaciones pueriles las heridas. Observó nuestro

idioma así la accion de *puar* como el objeto de él, y formó por medio de la *pu* varias voces. Hé aquí algunas.

Put-za. No siendo el *puar* otra cosa en el hombre que la repeticion de soplos, quiso el bascuence llamar al soplo *putza*, formando esta voz de la interjeccion *pu*, que se oye al hombre soplante, y la letra abundancial *tz*; la *a* final es característica de nombre apelativo. *Putza* literalmente quiere decir abundancia de *pues* ó sonidos de *pu* que verdaderamente se veridican cuando soplamos. De aquí vienen los verbos *puztu* ó *putzitu* por inflar, como si dijésemos llenar de *pues* ó soplos una cosa: de aquí el *putzemaillia* soplon, y metafóricamente alguacil, á quien justamente llamó el señor Quevedo *abanico de culpas*: de aquí tambien *puzikia* por la vejiga, que literalmente quiere decir cosa que se puede inflar.

Pu-tia. Llama el bascuence así á las mujeres asquerosas y súcias, y de aquí el nombre *puta* del castellano. El bascuence se valió de la asquerosidad de las llagas *puadas* para llamar *putia* á la asquerosa, formando esta voz de la interjeccion *pu* y la terminacion frecuentativa *ta*. Vean tambien los castellanos de donde hubieron su *puerca*, *porqueria*, *emporcar* y otras voces.

Ka. Ke.

De estas dos interjecciones se vale el hombre como hicimos ver en la gramática para dar á entender la incomodidad ó disgusto que le causa alguna cosa. Advirtió el bascuence estas sensaciones, y formó de las interjecciones *ka* y *ke* los nombres de aquellos signados que avivan más nuestra irritacion y desprecio. Hé aquí algunas de estas voces.

Kendu es un verbo bascongado que equivale en su literal significacion y quiere decir tanto como *kear*, esto es, proferir la interjeccion *ke*. No *kea* el hombre sin que quite ó aparte su vista y rostro de aquel objeto displicente que causa en él la interjeccion *ke* y de aquí es que nuestro idioma signifique con *kendu* lo que el castellano con los verbos *quitar* ó *apartar*.

Ka-ka. Llama así el bascuence al excremento humano por antonomasia, por ser la cosa más asquerosa y despreciable, formándola de la interjeccion despreciativa *ka* duplicada para mayor énfasis. Los griegos y por ellos los latinos querrán hacerse dueños de esta voz; pero los bascongados tienen mejor derecho á su invencion. Véase el orígen del dios Caco en la segunda parte de nuestra Apología, y añádase en confirmacion que nuestro idioma, aunque antonomásticamente llama *kaka* al excremento humano, las voces compuestas de ella nos dan á entender que su primer significado fué ser signo de toda

porquería ó cosa despreciable, y así es que decimos *kaka-tzia* por lodazal: *kaka-tzuba* por un hombre de bajos procederes: *kaxkarra* por uno que es de estatura despreciable: *kaka-arija* por corrimiento ó cámaras: *kaka-tija* al que frecuentemente excrementiza: *kakastu* ensuciar: *kaka-rraldua* cucacaracha, que habita ó pasa la noche en las boñigas de los bueyes y otras innumerables que omitimos por no ser molestos: de modo que la lengua griega no es capaz de presentarnos unos documentos de posesion tan relevantes como estos.

Kia ó *keia*. Con esta voz damos á entender el humo y bellamente. No habrá quizá cosa que más nos fastidie y enfade y que haga *kear* con más viveza al hombre que el humo. Los ojos irritados y atormentados por él nos desazonan de tal suerte, que justamente le llamó el bascuence *kia* ó *keia*, valiéndose de la misma interjeccion *ke* con sola la adicion de la característica de apelativo. De aquí viene el *kejia*, como si dijera *keicion* ó accion de *kear*, que los bascongados dan á entender por quejido. Pero ¿de dónde viene el *quejido*, *quejar* y otros nombres de esta naturaleza de la lengua castellana? Lo cierto es que *quejia* es voz legítima bascongada y una de las derivadas de *kia* ó *keia*. Lo es tambien *kedarria*, que literalmente quiere decir *humo petrificado*, y lo es el *h-dlin* que así se llama. Viene tambien de *kia* ó *keia* la voz *kerizia*, que literalmente significa *semejante al humo*, y lo es la sombra por su oscuridad ó figura, especialmente si miramos las sombras que causa el sol por la interposicion de las nubes.

Ke-io-tu. Este es un verbo que á la letra quiere decir *humearse mucho*, y con él damos á entender entiesarse ó hacerse tiesa una cosa por medio del humo, como la cecina, longanizas y otras carnes de provision anticipada. Decimos tambien *ketotu* por enflaquecerse, extenuarse y adelgazarse una persona.

Ke-ri-ja. Esta voz literalmente significa enfermedad ó defecto despreciable, y se vale de ella el bascuence para formar los abstractos de cualidades imperfectas defectuosas de parte del sujeto y por lo mismo pecaminosas. La borrachera, por ejemplo, es una cualidad defectuosa al sujeto que es borracho, pues necesariamente ha de formarla el bascuence con la terminacion *kerija*, y decir *ardikerija*: por latrocinio ha de decir *lapurkerija* ó *lapurrerrija*: por soberbia *arrokerija*: por vanidad *andikerija* ó *antierija*, porque todas estas cualidades son defectuosas y pecaminosas en el sujeto de quien son cualidades. De aquí es que cuando decimos *zora-kerija*, damos á entender una accion desordenada ejecutada por uno que no está loco, y por lo mismo defectuosa y pecaminosa; pero si decimos *zora-tasuna*, entendemos la locura, enfermedad que no es culpable al que la posee. *Umekerija* es accion pueril ejecutada por un adulto y por lo mismo indecente y defectuosa: pero *umetasuna* es una accion inocente del niño. Vean los españoles de donde tienen origen sus terminaciones *qurria*

y *eria* de las voces *niñeria, porqueria, glotoneria. embusteria, trapaceria* y otras muchas.

Ka-kua. Esta voz nos hace ver el derecho legítimo que tiene el bascuence del uso de la interjeccion *ka*. *Ka-kua*, que otro dialecto pronuncia *kakoa*, se forma de las sílabas *ka* y *ko*, pues la *a* final es nota de apelativo. La *ka*, como interjeccion, da á entender el desprecio, el defecto de un objeto, y la *ko* es característica de posesor local. *Kako* todo junto quiere decir cosa despreciable, defectuosa, y llama con esta voz á las ramas de los árboles encorvadas ó que forman una especie de garabato, que es conocidamente defectuoso. Véase lo que sobre esta voz dijimos en la segunda parte de nuestra Apología.

Za.

Esta interjeccion la profiere el hombre cuando golpeando estruja una cosa, y la ensancha estrujando, ó para decirlo mejor, la aplasta. Observó el bascuence estas cualidades en la pronunciacion de la *za*, y con miramiento á ellas formó con esta interjeccion varias voces, y entre ellas las siguientes.

Zapaldu. Con este verbo damos á entender estrujar fuertemente, esto es, ensanchar una cosa estrujando ó estrujar poderosamente, como compuesto de la interjeccion *za*; la sílaba *al* nota de poder ó fuerza como se hará ver en su lugar y la terminacion verbal *tu*. Es verdad que en la acepcion comun significa lo que en castellano pisar ó pisotear, y de aquí viene la voz *zapatia*, zapato, como si dijera aquello con que se pisa ó pisotea con todos sus derivados. De aquí el verbo *zabaldu*, mudada la *p* eufónica en *b*. Con este verbo damos á entender lo que el castellano con el ensanchar y muy bien, pues no podemos ensanchar una cosa sin estrujarla. Estas voces son muy antiguas en el bascuence: así lo indican los caseríos ó apellidos *Zabala, Zabalza, Zabaleta, Zabalbide, Bassozabal, Mendizabal, Echezabal, Ibaizabal*, etcétera, etc.

Za-ti-ja. Llama así el bascuence al pedazo, esto es, á una parte desprendida del todo. Literalmente quiere decir cosa de frecuentes *zas*, esto es, un resultado de frecuentes golpeos. En el mundo primitivo, careciendo el hombre de herramientas cortantes, pedazaria las cosas á golpe y porrazo, como se suele decir, y hé aquí la analogía de la voz *zatija* como resultado del frecuente *zás*, interjeccion de golpeo estrujante.

Za-r-tu. Este es un verbo que significa entrar alguna cosa á fuerza ó por medio de golpeos, y literalmente quiere decir hacer *za* ó *zaar*, si así podemos decir, y se verifica cuando entramos un clavo, una estaca ú otra cosa que necesita mucho empuje. Al principio se

pronunciaria quizá *zatu*; pero la eufonía interpuso entre la interjeccion *za* y la terminacion verbal *tu* la consonante *r* y se dijo *zartu*. *Za-arra*, *za-marra*, *za-pija*, *za-mia*, *za-tza* y otras innumerables voces deben su orígen á esta interjeccion; pero hablaremos de ellas en el Diccionario.

La letra *z* de esta interjeccion se muda frecuentemente en *s*, como se vé en *sacatu*, *sacubu*, *samia*, por la afinidad que tienen entre sí estas dos consonantes, lo que advertimos para obviar todo inconveniente y hacer ver que la *za* y *sa* son una misma radical.

Otras varias interjecciones profiere el hombre; sin embargo, solo hemos querido hablar de las arriba referidas, por ser las más famosas en la formacion de voces bascongadas. Con todo eso, no siendo las modulaciones del órgano de la voz sino unas verdaderas interjecciones, daremos razon de cuantas se nos ocurran en el inmediato capítulo, destinado á justificar prácticamente la significacion natural que en nuestra gramática dimos á todas y cada una de las letras.

MODULACIONES DEL ORGANO DE LA VOZ.

Justificamos al parecer con la mayor solidez en la gramática que todas y cada una de las letras habian de tener naturalmente una verdadera significacion. Cotejamos para el efecto la accion corporal con la oral, é hicimos ver por este cotejo que si la accion corporal, segun el dictámen de todos los filósofos, era capaz de significar ideas, lo habia de ser necesariamente la oral, á que nos remitimos. Sin embargo, como nuestras miras solo se dirigian á pruebas puramente teóricas, omitimos por esta razon una de las más inconcusas. La lengua bascongada, en la formacion de sus voces, nos hace ver que las letras tuvieron una significacion propia, y no podemos ménos de exhibir esta prueba ántes que pasemos á demostrar en particular la legitimidad de la significacion dada á cada una de ellas.

Hallamos en este idioma voces formadas de una sola letra antepuesta á una caracteristica. Este hecho no podia tener lugar sin que aquella letra tuviese su particular significacion, como que nos representa una voz radical ó primitiva, de la cual se ha formado una derivada por medio de la terminacion. Toda terminacion hace que el signado de la voz pase á recibir un diferente estado: la *lucha*, por ejemplo, con la terminacion verbal *ar* pasa de nombre á verbo: *lucha* es un nombre, *luch-ar* es un verbo: *santo* es un epiteto ó adjetivo: *santamente* un adverbio: el primero modifica las cosas, el segundo las acciones: *zapato* es un nombre primitivo: *zapatero* un derivativo: el *zapato* significa la cosa, el *zapatero* un hacedor de ella; de modo que no puede darse una demostracion más convincente de la significacion

de las letras que el exhibirlas como voces primitivas, formando por medio de las terminaciones una palabra derivada, como que en este caso han de ser necesariamente sujetos de un juicio abreviado, pues no es otra cosa una voz derivada. Por la misma razon la terminacion ó particula formadora de estas voces ha de ser un atributo del nombre primitivo, de quien viene el derivativo.

Bajo de estos supuestos entremos en la prueba: primero de la significacion de las vocales y despues de las consonantes: para la de las vocales nos valdremos de aquellas voces derivadas en quienes la terminacion recae sobre una vocal, y para la de las consonantes de aquellas en quienes la terminacion recae sobre una sílaba de consonante y vocal; pero como sería molesto exhibir todas las voces de esta naturaleza, nos contentaremos con las siguientes, que al parecer son muy suficientes para nuestro caso.

A-arra.....	E-pia	O-tsa.....	La-tza.
A-bia..... ..	E-za.....	O-tia.....	La-arra.
A-lia	I-mia	U pia..	Lo-kia.
A-tza.....	I-kua....	U-tza..... .	Lo-tu.
A-tsa.....	I-kia..... ..	U-tsa...	Bo-lia.
A-guria.....	I-to.....	U-chia.....	Ka-kua.
A-guia	I-tza.....	U-mia..... ...	Ko-kua.
E-dia.....	O-tu.....	U-lia	Ma-cua.
E-mia.....	O-tza,...	Na-bia....	Mo-cua.

De estas treinta y seis voces, todas ellas derivadas, se vé claramente que las letras tienen su propio significado. Las terminaciones de ellas siendo, como hemos dicho, unos verdaderos epítetos ó adjetivos, es visto que las *aa*, las *ee*, las *ii*, las *oo*, las *uu*, las *las*, las *los*, la *bo*, la *ka* y la ko, la *ma* y la *mo*, han de ser sujetos de quienes se prediquen los atributos respectivos, y por lo mismo unos verdaderos nombres, que necesariamente han de representar un determinado signado. Hagámoslo más demostrable.

I-to, *o-tu*, *lo-tu*, tienen una terminacion verbal, y esta por sí no puede determinar accion por ser una voz comun para verbalizar los nombres, de donde es visto que la letra *i*, la *o* y la sílaba *lo* son verdaderos nombres.

A-bia, *e-pia*, *u-pia*, *la-bia* acaba en *bia* y *pia*, que tienen una misma significacion por la natural afinidad que hay entre la *p* y la *b*. *Bia* se forma de la sílaba *be* y la nota de apelativo *a*, mudando la *e* en *i* por exigirlo así el dialecto bizcaino. La sílaba *be* es un epiteto ó adjetivo, y por lo mismo un verdadero atributo. ¿Puede hallarse este sin sujeto? No hay remedio: la *a*, la *e*, la *u* y la *la* han de ser los sujetos á quienes se aplica el atributo *be*, que significa lo que en castellano *bajo* ó *baja*.

A-tza, *a-tsa*, *i-tza*, *o-tza*, *o-tsa*, *u-tza*, *u-tsa*, *la-tza*, quitando la *a* final, que es nota de apelativo, se vé pasaron á ser voces derivadas

por medio de las letras dobles *tza* y *tsa*, que como dijimos en nuestra gramática son características de abundancia; pero ¿de qué es esta abundancia? Es indispensable el confesar que es de los signados de la *a*, de la *i*, de la *u* y de la *la*.

I-hua, *ma*-k*ua*, *ka*-k*ua*, ko-k*ua*, *mo*-k*ua*, se hacen derivadas por la terminacion k*a*, que con la nota de apelativo pronuncian los bizcainos k*ua*. La ko en la lengua bascongada es una terminacion local, y por lo mismo indeterminada, y que no puede por sí darnos á entender cuál sea el lugar; pero es preciso que lo sepamos. Y ¿á dónde hemos de recurrir? Es indispensable el que sea al signado de la *i*, de la *ma*, de la k*a*, de la k*o* y de la *mo*. Pasemos á otra reflexion para hacernos cargo de la significacion de las consonantes.

Estas letras no pueden ser pronunciadas por sí solas, y han de ser acompañadas necesariamente de las vocales. Estas vocales pueden ir detrás ó delante de una consonante, ó en medio de dos, como lo hicimos ver en la formacion silábica. Cuando vá detrás es atributo, y su sujeto es la letra consonante. En las sílabas *la*, *lo*, *ma*, *mo*, k*a*, k*o*, *bo* de las voces arriba referidas las consonantes son sujetos y las vocales atributos, porque el atributo ha de posponerse al sujeto, como lo hicimos ver en nuestra sintáxis. Si la vocal precede á la consonante, la cosa será al revés. La vocal será el sujeto y la consonante atributo. Si la vocal se halla entre dos consonantes, la primera consonante será el sujeto, la vocal el primer atributo y la última consonante el segundo: de modo que una voz para ser propia ha de tener tantos juicios cuantas son las letras ménos una, esto es, la primera que como indicativa del sujeto ha de recibir todos los atributos que representen las demás letras á excepcion de aquella que se misturase en la voz para eufonizarla.

Es visto, pues, que las consonantes modifican á las vocales, y las vocales á las consonantes, y no pueden modificarse mútuamente ni ser modificadas sin que reciban el personaje ya de sujetos, ya de atributos, y no pueden ser ni sujetos ni atributos sin que representen un signado: de modo que se hace preciso el que las letras, así vocales como consonantes, sean significativas naturalmente, si se ha de verificar cuanto hemos dicho, y es necesario para que las voces tengan aquella propiedad analógica con el signado que representan. En efecto, si las consonantes no tuviesen su propio significado, ¿á qué producirlas la naturaleza como instrumentos de la locucion? ¿Para qué son constituidos los miembros de cualquiera cuerpo natural? No hay duda que cada cual recibio sus particulares funciones. El ojo vé, pero no oye, porque naturaleza quiso hacer al ojo veedor, y oidora á la oreja. El primero para ver no necesita de la convencion del hombre ni el segundo para oir. Bien podrá el hombre no ver cerrando los ojos, y dejar de hablar estando callando; pero si abre los ojos y hay

luz. bien podrá hacer las convenciones que quiera: no dejarán de ver los ojos.

Dispuso naturaleza la voz para entendernos: formó sonidos vocales y consonantes. ¿Para qué esto? Para que nos entendiésemos modificando las consonantes con las vocales y las vocales con las consonantes, y en seguida para que así las consonantes como las vocales unas veces hiciesen el personaje de sujetos y otras de atributos. Y ¿es creible que la sábia naturaleza hiciese esto sin que á las letras así vocales como consonantes les diese por su misma mano una significacion propia, y especialmente habiendo hecho esta misma operacion en el lenguaje de los irracionales?

Desengañémonos: las letras son significativas así las vocales como las consonantes, y para confirmacion de esta verdad, ya que los literatos no han podido hallar esta significacion en ninguna de las lenguas, hagámosles ver practicada en el idioma bascongado la que dimos á todas y á cada una de ellas en nuestra gramática. Esta prueba práctica unida con las razones especulativas alegadas en nuestra gramática, persuadirán completamente á los sábios de la rectitud de nuestro modo de pensar, y para que procedamos con la debida claridad, daremos primero la prueba práctica de la significacion natural de las vocales y despues de las consonantes.

PRUEBA PRÁCTICA

DE LA

significacion natural de las vocales.

A todas y cada una de las vocales como modulaciones del órgano de la voz dimos aquella significacion que nos pareció más análoga á la accion oral con que cada una de ellas era proferida. Recordaremos esta significacion en cada una, y tratarémoslas separadamente.

A.

Hemos hablado ya de la letra *a* como inocente articulacion del hombre-niño y como interjeccion del adulto: resta el que tratemos de ella como modulacion del órgano de la voz. Hicimos ver en nuestra

gramática que como tal habia de tener la significacion de extension, fortaleza y otros signados de esta naturaleza. Las razones que para ello alegamos son robustísimas en la teórica: la práctica no las desmiente, y en la lengua bascongada hallamos que esta significacion le viene bien en todas las voces en cuya composicion entra. Es imposible recorrer una por una todas las que se forman con ella sin presentar un completo Diccionario. Contentaremos sin embargo la curiosidad de los literatos con analizar un número suficiente de ellas, procurando que sean aquellas en cuya formacion entra como una parte constitucional, esto es, como una sílaba completa, y son las siguientes:

A.....	A-guia.....	A-muba.....	A-arra.
A-bia.....	A-tsua.....	A-tua.....	A-guina.
A-tza.....	A-ci.....	A-rrua.....	A-cha.
A-tsa.....	A-rua.....	A-xia	A-beguija.
A-guria.....	A-loza.....	A-tia.....	A-gola.
A-la..... ...	A-pua	A-rija.....	A-ra.
A-lia	A-ria	A-ua.....	A-gurra.

A. Válese el bascuence de esta letra en primer lugar para significar aquello mismo que el primer hombre indicó con ella, esto es, una cosa igualmente distante del que habla y de aquel á quien se habla, quiero decir, da á entender con la *a* lo que el castellano con la voz *aquel, aquella, aquello.* No podia emplear mejor esta interjeccion. El hombre se vale de ella cuando quiere indicar una cosa que se halla distante, como largamente lo hicimos ver en nuestra gramática, á que nos referimos.

Válese en segundo lugar de esta letra como característica de nombre apelativo, esto es, para dar á entender que el signado de la voz se extiende á muchos individuos. La analogía es bellísima, como que á la voz, cualquiera que ella sea, y que á sus principios hubo de ser propia y destinada á significar un solo individuo, la amplía, la extiende, y la hace comprender cuántos individuos componen una especie. Véase lo que dejamos dicho en nuestra gramática acerca del origen de los nombres y especialmente propios. Pasemos á contemplar las voces derivadas de esta radical ó primitiva.

A-bia. La *a* primitiva pasa á ser derivativa en la voz *a-bia* por la aplicacion que á ella se hizo del epiteto ó adjetivo *be*, que con la característica de apelativo suena en el dialecto bizcaino *bia*. Siendo la sílaba *be* un atributo, es preciso que la *a* sea su sujeto, y significando *be* ó *bia* en el bascuence lo que en castellano cosa baja ó de abajo, será propia la voz *a-bia* si su signado es extendido, robusto, fuerte por debajo, ó tiene su extension y fortaleza en sus raíces. Tal es, pues, el signado representado por el bascuence con la voz *a-bia*. Con ella significamos al árbol. ¿Habrá cosa en la naturaleza, á quien venga me-

jor la analogía de su signo? La más famosa, la más noble, la más elegante, la más notable cualidad del árbol es la extension de sus raíces: por ellas vive, ellas le alimentan, ellas le fortifican: ellas son, para decirlo así, la sustancia constitutiva suya. ¿Podia definirse mejor un árbol? No: no era posible haber dado con un género y una diferencia, con un sujeto y un atributo más análogos á la cosa definida.

A-tza. Desprendamos de esta voz la *a* final característica de apelativo y quedará *a-tz*. Dijimos en nuestra gramática que la consonante *tz* como letra doble era nota de abundancia: de aquí se sigue que *a-tz* para ser propia y análoga á su signado, ha de ser este de una extension grande ó abundante. ¿Cuál es, pues, el signado de la voz *a-tz* ó *a-tz-a* en el bascuence? Llama así este idioma á todo brote ó ramaje que sale de un cuerpo y por antonomasia al *dedo* de la mano. Y ¿no es este un verdadero brote, una cosa extendida y larga? ¿No es una bella definicion de los dedos de la mano la que las hace conocer por la de extensiones de la mano? No puede expresarse mejor un hombre que por primera vez tuvo que dar á entender dichos dedos. Véanse á su tiempo en nuestro Diccionario las palabras *be-atza*, *la-catza*, *ma-catza*, *oin-atza* y otras formadas con la voz *atza*, y entónces admirará mejor el literato la gran filosofía de la lengua bascongada en la aplicacion que hizo de la voz *atza*.

A-tsa Esta voz es afin á la anterior, y solo se diferencia en que aquella se escribe y pronuncia con la letra doble *tz* y esta con *ts*. La significacion literal de la una y de la otra es una misma, y por lo tanto en los signados de ambas la más notable cualidad ha de ser el extenderse largamente, ó su abundante extension. Esta cualidad se verifica, como queda dicho, en el signado de *a-tz-a*. Veamos si tuvo igual suerte el bascuence en aquel que quiso significar con la voz *a-ts-a*. Llama así al hedor, y ¿qué cosa es este? Es un mal olor que extienden los cuerpos infectos, arrojándole de sí por lo ordinario á mucha distancia. Es, pues, muy bella la analogía de esta voz con su signado.

Adviértase tambien que no usó este idioma de cualquiera letra doble en la formacion de estas dos voces, sino de unas letras abundanciales fuertes y toscas; por lo que su analogía es aun más relevante. Son innumerables las palabras que deben su orígen á todas y cada una de las que vamos analizando, lo que pongo presente para que los bascongados tengan el gusto de deleitarse en su contemplacion. En efecto ¿qué voces más propias, más análogas, qué definiciones más filosóficas puede haber que las que se dán á sus signados en *as-ca-tu*, como si dijera *dedear*, accion casi indispensable al desatar las ataduras ó nudos: *atz-eguina*, consuelo, placer, efecto necesario de la accion de donde se deriva, esto es, del verbo *atz-eguin* rascarse, que produce una como innata complacencia, de donde vino el adagio castellano *el comer y rascar no quieren sino empezar*? Pero ¿en qué me

canso? Son peritos en su idioma: cuanto más rústicos, lo comprenden mejor, porque desviados de la preocupacion se hallan colocados más cerca de la naturaleza, si así podemos decir.

A-guria. Esta voz se forma añadiendo á la letra *a* la palabra *guria*, que equivale al participio *volens* de los latinos, y á la expresion castellana *el que quiere ó desea.* Y ¿cuál es la cosa querida? No hay remedio. Es preciso que sea el signado de la *a*, esto es, la extension, la fortaleza, la robustez. Y ¿cuál es el ente más noble en quien este deseo es la cualidad más predominante? No hallo otro en quien reine más este deseo que en el hombre viejo. A este llama el bascuence *aguria*: á él solo y no á otras cosas viejas aplica esta palabra. Un hombre viejo desea andar, esplayarse y extenderse, como solia hacer cuando jóven: echa de ménos la fortaleza y el vigor, y ya que no puede lograr esta extension, saliendo del ámbito en que le tiene encerrado su vejez, allí mismo dá las muestras más convincentes de sus deseos. Todo es extension un hombre viejo: todo es esfuerzos: todo es ensayos para hacer lo que no puede: extiende sus piernas, sus brazos, forcejea, y cuando no puede otra cosa cuenta sus hechos juveniles, sus heroismos; pero ¿cómo? extendiéndolos á impulsos de sus deseos mucho más allá de la realidad. ¿Puede definirse mejor á un hombre viejo que con la voz *aguria*? No: en vano se cansarán los idiomas en hallar una voz más análoga, más propia, más filosófica que esta.

A-l-a. De esta voz es necesario suprimir su letra final *a*, por no ser otra cosa que una característica de nombre apelativo, y queda solamente para el análisis la voz *al*. La significacion de la *a* ya la hemos dicho: la *l* aseguramos en nuestra gramática que queria decir cosa apegada, adherida, arrimada, identificada con el sujeto, á quien se aplicaba, si hacia veces de atributo, y si de sujeto, estas cualidades en abstracto. Dijimos tambien á la entrada de este capítulo que la primera letra de las voces haria las funciones de sujeto y las demás eran sus atributos, lo que ha de tenerse presente en todo este capítulo. De aquí es que la *a* de la voz *a-l* es sujeto y la *l* su atributo: de modo que *a-l* todo junto quiere decir extension, fuerza ó robustez adherida, identificada y propia del sujeto que tiene esta cualidad. Ahora, pues, ¿en qué cosa se verifican estas cualidades? ¿Cuál es aquella cualidad que hace extender, fortalecer y robustecer, y al mismo paso está adherida, apegada, identificada y le es propia al ente como dada por naturaleza? No creo que el filósofo halle en la naturaleza otra cosa en quien estas cualidades sean más nobles, más propias y más excelentes que en el *poder*. Toda la extension, todo el vigor, toda la robustez y fuerza de los entes consiste en su poder, esto es, en aquella aptitud ó posibilidad de poder obrar fuera de sí ó extendiéndose léjos del ámbito que ocupa, y esta aptitud les es tan propia, tan unida, que es su principal propiedad constitutiva. ¿Puede pintarse mejor el *poder* que con estos epítetos? Estos son los indicados

por la *a* y por la *l* de la voz *al*, y con esta voz justamente dá á entender el bascuence lo que el castellano con la voz *poder*.

Tengan presente esta voz bascongada los amantes de la lengua árabe, y cuando tratan de las voces castellanas empezada con *al*, no las echen de nuestra nacion, sin examinar primero si pueden venir ó no de la lengua bascongada. Las voces *aldea*, *alcalde*, *albohe*, *alborada*, *alboroke* y otras innumerables son bascongadas, sin disputa usadas por los bascongados, y cuya análisis se hará en el Diccionario segun exijan todas y cada una de las letras de que se componen. En el interin mantengan firmemente los bascongados como suya la voz *a-l*, con que dan á entender bellamente el poder, y para su consuelo no olviden el *al-bua*, *al-dia*, *al-zua*, *al-za*, *al-eguiña*, *al-dana*, *al-cija*, *al-gana*, *al-oza*, *al-dendu*, *al-daikia*, *al-onduri*, *al-perra*, *al-oguera*. Pero ¿á dónde voy? Si podíamos formar un copioso Diccionario con las voces empezadas en *al* de origen bascongado?

Tampoco se olviden de sus antiquísimos apellidos y nombres de caseríos: los Alzuetas, Algortas, Alzibares, Alzagas, Alzolas, Alzolarazes, Aldanas, Aldapes, Aldais, Alzola, Albizus, Albizes, Aldecoas, Aldazes, Aldaolas, Albonigas, Albistures, Alzaleguis, Altunas, Altubes, Altolaguirres, Aldasoros y otros innumerables; pues ellos les harán ver la legitimidad con que su idioma es dueño de la voz *ala* poder.

A-lia. Fórmase esta voz posponiendo á la letra *a* la terminacion *la*, que con la nota de apelativo pronuncian los bizcainos *lia*. Esta terminacion es participal y significa lo que en el castellano la palabra *hacedor*. Así es que el bascuence por lector dice *rracur-lia*, por doctor *eracus-lia*, por oidor *enzu-lia*, etc. De aquí se sigue que *alia* literalmente quiere decir *hacedor de extensiones*, esfuerzos, ó lo que es lo mismo, el que hace extender, forcejear ó dá motivo á ello. Para que esta voz sea propia y análoga á su signado, este ha de gozar necesariamente las cualidades dichas de hacer extender y forcejear al sujeto en quien se halla. No habrá quizá en la naturaleza cosa alguna que nos haga forcejear y hacer esfuerzo con más energía que un vivo dolor. Es corto para nosotros en este caso todo el ámbito en que nos hallamos colocados: todo lo andamos; los miembros de nuestro cuerpo todos forcejean; pateamos, y apurada toda la máquina causa como involuntariamente el llanto en los ménos esforzados, y hace saltar lágrimas hasta á los más sufridos. ¿Pudo definirse mejor este dolor que con la voz *alia*, hacedor de extensiones y esfuerzos? Parece que no. Así llama, pues, el bascuence al dolor vivo. *Alia* entre nosotros significa lo que en castellano dolor vivo, y de aquí el verbo *a-la-tu* adormecerse algun miembro á causa del exceso de dolor; de aquí *alaarija*, aquel que dá voces dolorosas. Vean los literatos si el alarido viene de esta última voz mejor que de la invocacion del *ala* de los árabes.

Llaman tambien metafóricamente los bascongados *atia* ó *atea*, segun sus diferentes dialectos, al grano ó simiente de los árboles, y muy bien; pues una simiente es un verdadero hacedor de extensiones, como que es productor de árboles y extendedor de su especie.

A-guia. Esta palabra se forma posponiendo á la *a* la terminacion *ga*. Esta terminacion, que con la nota de apelativo se pronuncia por el bizcaino *guia*, significa lo que la voz castellana *sin*. De aquí es que los bascongados llaman *don-guia* al malo, esto es, sin santidad: *el-guia* á lo que no está maduro, esto es, sin madurar: *sein-guia* al que no tiene hijos, esto es, sin hijos. Síguese de aquí que *aguia* tanto quiere decir literalmente como sin extension, sin fortaleza: de modo que para que esta voz sea propia y análoga á su signado, este ha de ser una cosa sin extension, sin fortaleza ó lo que es lo mismo estrecha y frágil y lo es el varal ó palo largo, que con la palabra *aguia* dá á entender el bascuence.

Esta voz *aga* ó *aguia* es antiquísima en el bascuence. La vemos usada como terminacion en un sinnúmero de nombres de pueblos y caseríos que corren hoy como apellidos bajo de la misma significacion. De aquí és que *Amil-aga* quiere decir derrumbadero estrecho: *Arri-aga* pedregal estrecho: *Buru-aga* cima angosta: *Inchaur-aga* nocedal estrecho, y así respectivamente de todos los demás apellidos de esta naturaleza, como lo haremos ver en los nombres locales.

A-tsu-a. Esta voz resulta de la silaba *tso* pospuesta á la letra *a*, que con la nota de apelativo se pronuncia en el dialecto bizcaino *tsua*. La letra *ts* como doble es característica de abundancia, como dijimos en nuestra gramática: añadida á esta característica la vocal *o*, recibe esta abundancia un atributo, que es el significado de la expresada *o*: de modo que esta abundancia queda como especificada ó clasificada entre las abundancias altas ó anexas, y de que es *atso* ó mejor *atzo* literalmente quiere decir cosa de tiempo pasado: de aquí es el llamar *atzo* á *ayer* y *atzotu* añejarse ó envejecerse; por manera que no pudo expresar mejor el bascuence á la mujer vieja que con la voz *atzua*, como si dijera añeja ó cargada de años, ó lo que es lo mismo una que tiene muchos *ayeres* ó dias pasados.

Es tambien análoga esta voz á su signado por la postura acucarrada, en que se vé á las mujeres de mucha edad, como si se redondeasen con todos sus miembros, uniéndolos ó estrechándolos entre sí.

A-ci. Formó este verbo el bascuence añadiendo á la letra *a* la silaba *ci*. Esta silaba es onomatópica, y es el ruido que hacen las partes de un cuerpo al tiempo de hincharse ó entumecerse. Obsérvase esto cuando rarefaciéndose los poros se ensanchan y dán al cuerpo una extension mayor que la que tenia. De esta observacion se valió el bascuence para dar á entender con la voz *a-ci* lo que el castellano *crecer*. Literalmente *aci* significa estenderse suavemente ó sutilmente. ¿Puede pintarse mejor el crecer? Esta operacion es tan sutil, tan

insensible, y ejecuta tantos golpes menudos de entumencia, que es casi imperceptible. Es una operacion de las más delicadas que pueden comprenderse. Es un estenderse los entes con una suavidad y sutileza que admira. Es, pues, muy análoga la voz *aci* para denotar esta accion, como compuesta de la letra *a* que significa extension y la sílaba *ci*, que da á entender pequeñez sutileza: de modo que verbalizado tanto quiere decir como extenderse menudamente, poco á poco, con pausa ó sutilmente; de aqui es el llamar á la cosa menuda *cia*: al desmenuzar *ciatu*: á la polilla *citza*, como si dijera el que despedaza sutilmente: al que repara en las cosas mínimas *ciatzi*, y al reparar una por una las cosas ó al pormenorar *ciastu*. De aquí tambien el adagio bascongado *zayetan ciogui eta ururrretan ero*, muy mirado en lo que no es menester y descuidado en lo necesario. Consúltense las voces *ci-ija*, *ci-rija*, *ci-rina*, *ci-mitza*, *ci-cuba*, *ci-orra*, *ci-lla* y otras innumerables voces, que deben su orígen á la sílaba *ci*.

A-rua. Llama el bascuence *a-ru-a* á lo que el castellano *poro*. Forma esta voz de las letras *a-r-o*, que con la nota de apelativo suena en el dialecto bizcaino *arua*. La *a* significa extension: la *r* movimiento suave: la *o* redondez y *aro* todo junto extension de movimiento suave y redondo. Veamos si es análoga esta voz para significar lo que el castellano da á entender con la palabra *poro*.

En primer lugar los poros no son otra cosa que unos espacios que forma el aire de los cuerpos, y hé aquí la legitimidad de haber hecho sujeto á la letra *a*, esto es, á la extension. No habrá filósofo que preguntado qué cosa sea poro, no empiece su definicion por estas palabras: *es un espacio, extension ó hueco que* etc., de modo que la extension será el sujeto, á quien aplicando los correspondientes atributos, formará el juicio ó la definicion. Así es que el bascuence dispuso filosóficamente que el signado de la *a*, esto es, la extension, fuese el sujeto de los dos juicios ó definiciones que quiso dar á entender en la voz *aro*, que con la nota de apelativo se pronuncia *arua*.

Los *poros* se ensanchan y estrechan, ó hablando más impropiamente pero más al uso, se abren y cierran con un movimiento sutil y elástico. Hé aquí una bella propiedad, un excelente atributo de los poros; de modo que un filósofo, siguiendo su definicion empezada, diria muy bien que los poros eran un espacio, extension ó hueco, que suavemente se movia por la elasticidad y tenemos aquí una prueba excelente de la sabiduría con que se condujo el bascuence en dar al sujeto *a* ó su signado extension por primer atributo la letra *r* ó la cualidad de moverse suavemente, que es su signado.

Los poros son en su figura redondos segun el comun sentir de los filósofos, y hé aquí la legitimidad del segundo atributo, esto es, de la *o*, cuyo signado es la redondez: de modo que no podemos imaginarnos una pintura más bella, una definicion más propia que la que el

bascuence nos dió del poro en la voz *aro* ó *arua*: de aquí la palabra *arola*, cosa porosa: *aro-oldu* rarefacerse ó entumecerse.

Llama tambien el bascuence metafóricamente con la voz *arua* á los sellos de los cedazos, criberos, etc., valiéndose de su figura poral ó redonda. Vean los castellanos de donde les han venido sus *aros*.

A-lo-za. Abstrayendo de esta voz la *a* final, que es nota de apelativo suena *a-loz*. La *a* hace el personaje de sujeto: la *l*, la *o* y la *z* son sus atributos: la *a* significa extension: la *l* cosa apegada, unida ó arrimada: la *o* cosa redonda ú ovalada, y la z cosa abundante: de modo que *aloz*, que con la nota de apelativo suena *aloza*, quiere decir *extension apegada, redonda y abundante*. Veamos si estas cualidades son las más notables, ó las que habian de for mar la definicion del signado que representa el bascuence con la voz *aloz* ó *aloza*.

Llama el bascuence *aloza* á aquel orillo que forman sus guardapieses ó sayas para ajustarlas á la cintura: las camisas para que vengan bien al cuello y muñeca etc. Como el paño ó lienzo es mucho más ancho en su extension que lo que exije el ámbito respectivo de la cintura, cuello ó muñeca, los estrechan haciendo pliegues sobre liegues hasta que llegue á tener solamente la extension ó medida de la cintura, pescuezo ó muñeca. Este rodete es en primer lugar estendido: está el paño plegado y formando tres cuerpos uno sobre otro y se verifica el apego como una cualidad necesaria: es redondo, como que ha de abrazar la cintura etc.: es últimamente abundante como compuesto de muchos pliegues. ¿Puede definirse con más propiedad esta parte de guardapieses ó sayas, camisas etc.? No. Es visto, pues, que la voz *aloza* es enteramente análoga á su signado, y por consiguiente la viene muy bien á la *a* primera la significacion que la dimos en nuestra gramática.

A-pu-a. Llama el bascuence con esta voz á las pezuñas grandes como las de los toros, vacas y otros animales de esta corpulencia; pues á las demás llama *apacha*. *Apua* se compone de la letra *a* y la sílaba *po*, que con la nota de apelativo suena *pua*. La *a* ó su signado es el sugeto, y sobre él han de recaer como atributos los de la *p* y la *o*. La *p* como afin de la *b* significa cosa baja, la *o* cosa redonda, y *apo* todo junto extension baja y redonda. La pezuña, que significamos con *apua* es la más extendida de todas: es baja por su localidad, como que es un zapato dado por naturaleza á los animales, que la tienen: es, últimamente, de figura oval en alguna manera: de modo que aún en esta voz la *a* bajo de la significacion dada viene muy bien y forma con los atributos, esto es, con los signados de *p* y de la *o* una bella definicion de las pezuñas grandes.

A-ri-a. Se forma esta palabra de la letra *a* y la sílaba *ra*, que con la nota de apelativo pronuncian los bizcainos *ria*. La primera *a* como sustantivo significa extension: la *r* cosa suave, y la *a* final como atributo ó epiteto quiere decir cosa extendida ó dilatada: de modo que *ara*

todo junto quiere decir extension que suavemente se dilata, y esta definicion viene muy bien para dar á entender el valle, que los bascongados llaman *ara* ó *aria*. En efecto, ¿qué cosa es una llanura? Es una extension que vá como dilatándose suavemente á nuestros ojos, esto es, al tiempo que nos hacemos cargo de ella.

De aquí es que los bascongados llaman por metáfora *aria* á cierto instrumento agreste con que se allanan las tierras de cultivo, deshaciendo los surcos que causó el arado, á quien llaman *exia*. Vean la lengua latina y sus llamadas hijas si su ara y demás derivados de esta voz vienen de nuestro *ara* ó *aria*. Lo cierto es que el bascuence no solamente conoce esta voz, sino que forma de ella un sinnúmero de otras. Conocemos el verbo *araca*, con que damos á entender *andar por todas partes tras alguna cosa*. Tenemos el *are-ijua*, con que llamamos al enemigo, y literalmente quiere decir *de valles enfermedad ó destructor*. *Araguija* la carne; *arakeija* buey para cecina, vienen tambien de la misma voz. Al basal llamamos *arasia*, que literalmente quiere decir llanito.

A más de esto entra la voz *ara* ó *aria* á la formacion de muchísimos nombres de caseríos que hoy corren como apellidos. Tales son los Arandias, Araluces, Aragoitis, Aragorris, Arangurenes, Aramaionas, Araunas, Aralegnis, Arabas y no Alabas, etc., etc.

No sé yo si seremos molestos á los lectores con tanto análisis; pero siendo tan necesaria esta operacion para justificar la natural significacion de las letras, nos será indispensable el recorrerlas una por una. Para aligerar en alguna manera esta molestia, ya que hemos analizado catorce voces justificando en ellas constantemente la significacion dada á la *a*, haciendo ver al mismo paso la analogía que con esta y la de las otras letras sus atributos tenia el signado de toda la voz, recorreremos las restantes cursivamente: de este modo tendremos tiempo para hacer igual demostracion en las demás letras sin molestia alguna, procurando elegir aquellas voces cuya definicion sea más filosofica.

A-guina. Guina en bascuence es una terminacion participal que se ha tomado del verbo *eguin*, hacer, y tanto quiere decir *guina* como hacedor. *Zapata-guina*, *tapico-guina*, *auspa-guina*, *sartam-guina*, zapatero, ollero, barquinero, sartenero, literalmente significan hacedor ó el que hace zapatos, ollas, barquines, sartenes: de aquí es que *a-guina* literalmente significa extendedor ó el que extiende las cosas. ¿Hay cosa en que desde el mundo primitivo se hubiese observado esta cualidad como la más propia mejor que en los dientes? Estos son los que cortando desde el primer instante de la creacion de los hombres los primeros manjares ó alimentos, dieron á nuestros primeros padres la idea de extender, multiplicar, pedazar y aumentar las cosas. Es, pues, muy propia, muy análoga, muy filosófica la aplicacion de la

voz *aguina* al diente, y constante la significacion de la letra *a* aun en esta palabra.

A-ua. Fórmase esta voz de las letras *a* y *o*. Quitada la *a* final, que es nota de nombre apelativo suena *ao*, y así decimos *ao zabala* boca ancha: *ao ichijam eulric ez*, en boca cerrada no entra mosca. La *a* significa extension, la *o* cosa redonda, y *ao* todo junto cosa extendida y redonda. Con *ao* ó *aua* damos á entender la boca, que no es otra cosa que una extension redonda.

A-ti-a. Sepárese de esta voz la nota de apelativo y sonará *a-te*. De aquí conoceremos que se forma de *a*, *t* y *e*. La *t* es letra que significa permanencia, estabilidad ó frecuencia, y se modifica esta significacion segun las vocales que se la posponen. La *te* todo junto quiere decir permanencia, estabilidad ó frecuencia suave, y *ate* ó *atia* literalmente significa cosa extendida ó abierta ó que frecuentemente se abre y cierra sin violencia y esfuerzo, esto es, fácil y suavemente. La puerta ó entrada de las casas especialmente en el primitivo mundo era un corte ó extension que se dejaba en las chozas para entrar y salir de ellas. Ordinariamente se hallaba abierta; pero se cerraba cuando acomodase con facilidad. Esta es la descripcion más bella que puede hacerse de las puertas, y esta misma es la que hizo el bascuence de ellas en el nombre *atia* ó *ate*, con que las dió á entender.

A-*arra*. Hablando de las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño, dijimos que el bascuence aplicó la *a* al mismo que la proferia, formando con ella como articulacion la voz *a-arra*, y significó con ella al varon. Contempló tambien este idioma á la *a* como modulacion del órgano de la voz, y dándola como tal la significacion de extension formó ó aplicó la misma voz *a-arra* á otro signado. Esta palabra, tomando la *a* como modulacion del órgano de la voz, quiere decir literalmente de los que se extienden como formada de la expresada letra *a* y la terminacion *arr*, que como tenemos dicho anteriormente equivale al *de* de ablativo de la lengua castellana. Con esta palabra dá á entender el bascuence al gusano de la tierra. ¿Podia haberse definido mejor este animalito? No es posible: no hallará el filósofo en él una cualidad más propia y que más le distinga de los demás animalitos de su configuracion ó semejanza corporal. Su elasticidad es como el atributo principal, con que le dotó naturaleza. En este extenderse ó elastizarse le dió su movimiento, y es esta cualidad como su principal propiedad. Es visto, pues, que el bascuence obró como buen naturalista en la aplicacion que hizo de la voz *aarra* al gusano de la tierra.

A-mu-ba. Con esta voz dá á entender el bascuence al anzuelo, y bellamente. Se forma de las letras *a*, *m* y *u*; pues la *a* final es nota de apelativo y la *b* letra dialética usada por los bizcainos, cuando á una voz acabada en *u* añaden otra que empieza con cualquiera de las vocales. La *m* significa *abolladura* ó corvadura, y esta significacion se

modifica por las vocales, y en nuestro caso por la *u*, que significa cosa hueca ó profunda: de modo que la voz *anu* literalmente quiere decir cosa extendida y de plano corbo. ¿Puede definirse mejor el anzuelo? ¿No es este un alambre extendido y de una superficie ó plano encorvado? No hay duda que esta voz es análoga, es propia, es definitiva de su signado.

A-tu-a. Esta voz resulta de la letra *a* y la terminacion aumentativa *to*; pues quitándole la nota de apelativo á *atua*, queda en *ato*, y es porque en el dialecto bizcaino cuando se ha de añadir á las voces acabadas en *u* otra que empieza con vocal, cualquiera que ella sea, se muda la *o* en *u*, y así es que de *atso* formamos *atsua*; de *uso usua*, etc. de modo que *ato* ó *atua* quiere decir *extensionaza* ó cosa de mucha extension ó de una extension tosca, y no sé yo á qué cosa puede corresponder mejor este atributo que á los lios ó envoltorios de ropas á que aplicó el bascuence la voz en cuestion, de modo que con *atua* entendemos en la acepcion general el atado de ropas que llevan los canteros y demás oficiales bascongados cuando salen á trabajar á las Castillas. Antiguamente con *atua* daban á entender nuestros abuelos al rebaño unido y amontonado, y de aquí el verbo *atoratu*, y hoy sincopado *aturau*, llevar ó conducir los ganados al rebaño. Es verdad que hoy metafóricamente con el verbo *aturau* damos á entender lo que el castellano con la expresion *hacer carrera*, y por eso es que usamos siempre de la negativa *ezin*, y decimos *ezin aturau dot urlijagaz*, no puedo hacer carrera con fulano. Vean ahora los castellanos si el *ato*, *atar*, *atocha*, etc., tienen que mendigar de los árabes su orígen.

A-xia. Con esta voz llama el bascuence al viento. Bella definicion. El viento no es otra cosa que un elemento que se extiende sutilmente. Esta definicion es la más natural, y la misma es la que formó nuestro idioma en la voz *axia* como compuesta de la *a*, cosa extendida, de la *x* nota de diminucion, y la *e* cosa suave y delicada. *Axe* con la nota de apelativo se pronuncia *axia* por los bizcainos, así como *eche echia*, *uste ustia*, *bete betia*, etc., y todo junto quiere decir cosa que se extiende sutil y delicadamente. Creo que *axia* habia de llamarse el *eter* ó aire sutil, y *aizia* el viento. En el Diccionario haremos ver la significacion de *aizia*. Hoy los bizcainos usan la voz *axia*, los demás dialectos *aizia*: unos y otros entienden respectivamente por ellas el viento, pero un idioma tan filósofo no pudo ménos de distinguir al aire del viento.

A-*be-guija.* Con esta voz llamamos á la buena acogida ó recibimiento que se nos hace. Una de las cualidades que más se observa en aquel que hace buena acogida ó recibe con cariño á alguno, es extender sus ojos sobre él, y ensancharlos conocidamente. Experimente en sí mismo el literato, y verá que cuando entra á él una persona que no le gusta, le recibirá con los ojos inmóviles, si acaso no algo cerrados; pero si la persona le fuese grata, sus párpados se levantarán conocidamente, y se ensancharán los ojos: de modo que no hay duda

ninguna que el efecto más natural de la buena acogida es el ensanchar los ojos, y de aquí es que significando literalmente *abequija* de extension ojo, ú ojo extendido ó ensanchado, aplicó filosóficamente nuestro idioma esta voz á la buena acogida.

A-gurra. Esta voz es conocida en la mayor parte de la España, y especialmente en esta corte. Es antiquísima, y ninguna otra nacion la conoce, y por lo mismo es una de las voces nacionales. En bascuence quiere decir *extension triste ó humilde.* La voz *gurra* significa abatimiento, humillacion ó prosternacion delante de alguna persona, y de aquí el verbo *gurtu*, humillarse, abajarse, postrarse muy usado aun entre los labortanos: de aquí tambien el *macurra*, cosa corva y *macurtu*, encorvarse, acciones de humillacion y tristeza. De aquí tambien el nombre *e-gurra* ó *ez-gurra*, no corvo, con que llamamos á la vara: de manera que siendo la significacion natural de la letra *a* la de extension, como queda completamente justificado, es visto que *agur* quiere literalmente decir extension humilde, abatida y triste. Veamos su analogía con el signado que representa.

La voz *agur*, que con la nota de apelativo pronuncian los bascongados *agurra*, tanto dá entender como el despedirse ó separarse una persona de otra: es un juicio abreviado y equivale al *yo me voy*, y desde el mismo instante empiezan los despedidos á alejarse los unos de los otros y extenderse propiamente, dejando entre unos y otros un ámbito ó muro de separacion. Esta voz á sus principios no se usaria como salutacion, ni hoy debia usarse. Valdríanse de ella en una separacion que ausentase á los amigos los unos de los otros, y no podia ménos de ser triste y humillante, y hé aquí una bella analogía, contemplando la despedida segun este aspecto. Pasemos á contemplarlo en otro mucho más vivo.

Los últimos afectos de dos amigos que se despiden y van á ausentarse es darse como el último abrazo triste y dolorosamente, sin contentarse con esta demostracion: desabrazados vuelven á extender sus diestras: se agarran con ellas, y cada cual se extiende ó inclina hácia aquel paraje por donde se ha de ausentar, como dando á entender el deseo mútuo que tienen de llevarse consigo á su amigo. ¿Puede pintarse con más energía la despedida ó ausencia de dos que se quieren que con los epítetos referidos?

De todo lo dicho en este capítulo se infiere que la letra *a* guarda constantemente en nuestras voces su significacion. Es verdad que las pruebas dadas son en un número determinado de voces, y por lo mismo no es una prueba enteramente convincente. Sin embargo, podemos asegurar con toda sinceridad, que habiendo copiado más de sesenta mil voces bascongadas para la formacion del Diccionario, que esperamos dar á luz, no hemos hallado palabra alguna en que á la letra *a* no la venga bien el referido significado, siempre que no sea proviniente de la onomatopeya, de las primeras é inocentes articulacio-

nes del hombre-niño; de las interjecciones del adulto, ó ejerza la misma letra *a* las funciones de eufonizar la voz. Pasemos á la letra *e*.

E.

Dijimos y justificamos en nuestra gramática que la letra *e* por su naturaleza significaba cosa suave, dulce, débil, flaca y demás cualidades propias del sexo femenino. Resta el que corroboremos esta teoría con la práctica constante de la lengua bascongada. En el análisis de las voces del capítulo antecedente hemos hablado repetidas veces de la letra *e* y su significacion, haciendo ver en esta parte la práctica de nuestro idioma. Sin embargo, para mayor corroboracion analizaremos algunas voces, en quienes la *e* hace funciones de supuesto, para que con más claridad se hagan cargo los literatos de esta importante verdad.

E-ci. Este es un verbo bascongado con la supresion de la terminacion verbal. Habia de decirse *e-ci-tu*; pero es tan antigua la costumbre entre los nuestros de suprimir esta terminacion, que no podemos contradecirla. Sin embargo, no es universal esta costumbre. Decimos *eci* y tambien *ecitu*: decimos *egon* y tambien *egondu*: se oye *izan* y tambien *izandu* ó *izatu*, especialmente entre los labortanos. Viene, pues, este verbo de la letra *e*, que significa suavidad, y de la sílaba *ci*, que quiere decir cosa pequeña ó sutil. Esta voz se halla verbalizada, y por lo mismo se debe traducir literalmente por las expresiones suavizar poco á poco una cosa: y ¿qué es el *domar*? No sé yo que pueda definirse mejor esta accion que con la voz *eci* por no reducirse á otra cosa que á suavizar, templar poco á poco la ferocidad y domesticar los entes.

E-pia. Esta voz literalmente quiere decir suavidad baja, pequeña, como compuesta de la letra *e*, su supuesto, y del atributo *be*, que quiere decir cosa baja: la *a* final es nota de apelativo, y la *b* con ella se pronuncia por los bizcainos *bia*. Con la palabra *epia* significa el bascuence ó da á entender lo que el castellano con plazo ó espera que consigue el deudor de su acreedor. Es verdad que suaviza y aquieta algun tanto el ánimo del deudor el plazo ó la espera: pero es un consuelo temporal, incompleto, bajo y sobrecargado con la idea de una época que de hora en hora le estrecha. ¿Cómo se habia de definir por un filósofo este plazo ó espera? Me persuado que habia de valerse del mismo sujeto y atributo de que se vale el bascuence en la voz *epia*.

Esta voz es antiquísima y madre de otras innumerables. De ella viene *epe-rra*, como si dijera *epe-arra*, cosa de mucha espera, con que llamamos á la perdiz: de aquí *epe-cha*, cosa de poca espera, con que damos nombre á un pajarito pequeño, vivaracho, y que al menor mo-

vimiento se escapa; de aquí tambien *epe-la*, con que llamamos á las personas sosas y de ninguna viveza, etc.

E-dia. Esta voz literalmente equivale á la expresion de la suavidad depósito ó una cosa muy suavizada, y llamamos con ella á las coyundas, y ordinariamente la usamos en número plural. Si preguntásemos á un filósofo qué cosa son las coyundas, no podria satisfacernos completamente sin decirnos que eran unas cintas ó tiras de cuero de buey sumamente suavizadas ó reducidas á la mayor flexibilidad, y hé aquí la bella propiedad, la maravillosa analogía que tiene la voz *edia* con su signado.

E-dan. Con esta voz damos á entender lo que el castellano con el verbo *beber*. Fórmase de la letra *e* y el participio de presente del verbo *ser*, esto es, de *dana*, y quitada ó separada de esta voz la nota de apelativo suena *e-dan*. Literalmente quiere decir *el que es suave*, y verbalizada esta voz habia de pronunciarse *edandu*, por lo que dijimos en la voz *ecí*, y tanto significa en este caso como tomar lo que es suave, y no habiendo duda alguna en que la bebida es cosa suave por todos los ramos que se la quiera tomar, de aquí es que la analogía de esta voz es bellísima.

E-za. Con esta voz damos á entender lo que el castellano con la de negacion. Como compuesta de la letra *e* y la *z* doble, literalmente significa mucha debilidad, flaqueza, decadencia, etc., y no sé yo que haya mayor debilidad, mayor flaqueza que la de un hombre que oculta la verdad.

Esta voz es quizá la más abundante de las radicales de la lengua bascongada, quiero decir, aquella que produce mayor número de palabras derivadas, y al mismo paso las más bellas y enérgicas. De ella viene la voz *es kia*, que literalmente quiere decir *continuo noneo*, y significamos con él la peticion: de ella *es-keria*, literalmente *el pedidor* ó el que hace peticiones, esto es, la esquela: de ella *es-tija*, cosa cara ó escasa, que es la miel: de ella *es-katu*, *nonear* ó descubrir la carencia ó falta, esto es, pedir, etc., etc.

Et-zan. Esta voz es un adverbio de lugar, y tanto quiere decir literalmente como *en la dulzura ó suavidad abundante*, como formada de la letra *e*, cosa suave y dulce: de la consonante abundancial *tz* y la terminacion adverbial *an*, que equivale al *en* del castellano. Así es que el bascuence dice *echi-an* en casa: *basu-an* en el monte: *besu-an* en el brazo: *aurri-an* en la parte delantera: *atzi-un* en la trasera, etcétera.

Los bascongados usarian de este adverbio con los verbos *estar* ó *hallarse*. Dirian *eetzan egon*, estar en *la abundancia del descanso*, de la suavidad, ó lo que es lo mismo, hallarse descansadamente, y como el hombre para lograr estas comodidades se extiende con todos los miembros, de aquí es que verbalizaron al adverbio *eetzan*, sincopándole en *etzan*, y dieron á entender con este verbo al recostarse ó al

estar rendido con todos sus miembros en el suelo ó sobre alguna cosa blanda. De este mismo origen son los verbos *etzin* y *echun* y la diferencia de los tres verbos consiste en que el *etzan* es estar recostado, *echun* recostarse boca abajo y *etzin* recostarse suavemente.

E-mon. Este verbo viene de *e-mona* ó *e-muna*, que literalmente quiere decir *suave besar* como formado de la letra *e* y el nombre *muna*, que es el ósculo. Verbalizada esta voz quiere decir dar un ósculo ó beso suave, y con él damos á entender la accion de *dar*. Es bella su analogía. Obsérvese al hombre despreocupado ó rústico cuando entrega ó da alguna cosa con respeto, y se verá que primero besa suavemente la cosa que quiere dar. De aquí es la ceremonia tan recibida de besar suavemente las cosas que se trasladan de una mano á otra. Es visto, pues, que es bellísima la filosofía del bascuence en haber adoptado el *emon*, esto es, besar suavemente para dar á entender el entregar ó dar alguna cosa.

Parece que hemos justificado suficientemente la significacion dada á la letra *e* en nuestra gramática por medio de las voces que acabamos de analizar, y esta misma significacion hallarán constantemente observada en todas las demás voces bascongadas los literatos que quieran ensayarse en este idioma ántes que demos á luz nuestro Diccionario, pues en él les ahorraremos este trabajo.

I.

La letra *i*, como dijimos en nuestra gramática, significa cosa penetrante, sutil, radiosa, lineal y demás cualidades análogas á estas.

I. Con esta letra da á entender el bascuence la segunda persona familiar, y por lo mismo es un pronombre. Hablando de esta parte de la oracion, hicimos ver largamente la bella analogía que tenia la *i* bajo de este signado, y nos remitimos á dicho lugar por no duplicar especies.

I-tz-a. Esta voz, separada de ella la nota de apelativo, queda en *i-tz*, y se conoce que es formada de las letras *i* y *tz*, y que su literal significacion ha de ser penetracion ó sutileza abundante, y para ser análoga á su signado, ha de ser este una cosa que se penetre con mucha sutilidad, y no sé yo que en la naturaleza hallemos otras en quien sean mas nobles y mas propias estas cualidades que en la *palabra*, que con *itza* da á entender el bascongado. La *palabra* es el medio de comunicacion de nuestras mútuas ideas. Con ella salen de nuestro interior con la mayor sutilidad los juicios y los conceptos de las ideas; con ella ó por medio de ella se penetran estos juicios ó conceptos en el íntimo sentido ó potencias de nuestros consocios, trasladándose desde la oscuridad de nuestra reminiscencia á la de los otros,

en un modo tan sutil, tan penetrante, tan admirable, que su contemplacion es el motivo mas entusiasta que puede hallar el filósofo. ¿No es sábia una lengua que supo dibujar con estos bellos colores la palabra, el habla ó la locucion? No: no negará el literato la gran propiedad de esta voz con su signado.

Izarra. Separemos de esta voz la *a* final nota de apelativo, y queda *izarr*. Compónese de la letra *i* y las sílabas *za* y *arr*, suprimida por la sinalefa segun costumbre ordinaria de los idiomas la *a* de la sílaba *za*. *I-za-arra* es voz tosca: *i-za-rra* se halla eufonizada. Literalmente esta voz quiere decir cosa de muchos radios, de muchas cosas sutiles, penetrantes, porque la *i* significa, como se ha dicho, cosa sutil, penetrante, radiosa etc.: la sílaba *za* como formada de la letra *z* abundancial y de la *a* que quiere decir extension, da á entender abundancia grande: la *arr* es una terminacion; que equivale al *de* de ablativo de la lengua castellana.

De aquí es que el signado de la voz *izarra* para que esta sea análoga á aquel, ha de ser cosa radiosa, penetrante y sutil. Esta radiosidad ha de ser abundante: esta abundancia ha de ser grande ó extendida, y estas cualidades han de ser comunes al signado con otros entes; y ¿no es tal la *estrella* que con esta voz dan á entender los bascongados? ¿No es radiosa, no son grandes estos rádios, no es abundante en ellos, y últimamente no son comunes estas cualidades á la estrella con otros entes? Es visto, pues, que aun en esta voz obró como filosófica la lengua bascongada. Véase sino el comun sentir de la humanidad en las pinturas que hacen de las estrellas, y se admirará aun mucho más nuestro idioma.

I-di-ja. La *a* final de esta voz es nota de apelativo: la *j* letra dialéctica que los bizcainos posponen á la vocal *i* siempre que ha de anteceder á otra vocal; de modo que se forma de la letra *i* y la terminacion *di*. Esta terminacion es local como se vé en *Urkidi*, *Arranzadi*, *Ostantzi*, *Milladi*, etc. De aquí es que la significacion literal de la voz *idi* es ó equivale á la expresion lugar, pósito ó paraje donde hay *ies* ó puntas, puas ó cosas penetrantes, y aplicada esta voz á un ente, este ha de ser no solamente puoso, cornífero ó cosa que tiene puntas, sino que esta cualidad ha de ser la más notable, y como una propiedad constitutiva suya. De esta suerte será la voz análoga á su signado. ¿A qué cosa llama, pues, el bascuence *idi* ó *idija*? Al toro: este animal no solo es cornífero, sino que estas son las armas con que le dotó naturaleza para su defensa, y por lo mismo son en él una propiedad constitutiva.

Los ganados lanares son tambien corníferos, pero naturaleza no constituyó en sus astas la defensa. Dióles otro modo de guerrear y de aquí se conoce mejor el miramiento filosófico del idioma bascongado en atribuir esta cualidad solamente á los toros.

He dicho que *idija* significa toro, no porque ignoro que con esta voz actualmente los bascongados dan á entender al buey, sino por-

que su primitivo signado fué el toro: y sino ¿de dónde vienen los *idirines*? ¿Qué quiere decir *idirina*? Significa toro capado, y un buey no necesita serlo por hallarse ya castrado, de donde es visto que *idirina* es el toro capado y *idija* el toro. Contemplen tambien los bascongados el nombre *idiscua*, con que llaman al novillo. ¿Quiere decir acaso *idiscua* buey indómito ó buey pequeño? No por cierto: es un toro pequeño: no se ha capado ni pasó á ser buey. Pero ¿en qué me canso con una gente que tanto ama la rectitud y la verdad?

I-cu-a. Esta es una de aquellas voces que nos dan á entender la necesidad de la significacion de las letras, porque formándose de la vocal *i* y la terminacion de posesion local, es evidente que la *i* ha de significar el lugar, á quien hace posesivo la terminacion *co*. De aquí resulta que *ico* ó *icua*, con la nota de apelativo, tanto quiere decir literalmente como *el de la cima*, *el de la punta*, esto es, una cosa que se halla colocada en una altura, cima, monton, punta: de suerte que para que sea análoga esta voz á su signado, su propiedad más notable ha de ser el amar este género de parajes para su mejor subsistencia. El bascuence llama *ico* ó *icua* á la higuera. ¿Hay árbol que prueba mejor en las cimas, puntas ó alturitas de los terrenos? Una pared es el mejor tiesto para él. Su porosidad le hace como aborrecer los parajes hondos y húmedos: es seco y cálido su fruto, y basta esto para decirlo todo.

I-tsu-ba. Esta voz, quitada la nota de apelativo y la *b* dialéctica, se hace claro que se forma de la *i*, de la *ts* y de la *u*. Tenemos dicha la significacion de la *i*: la *ts* repetidas veces se ha hecho ver que como letra doble significa abundancia, y que la *u* quiere decir cosa profunda, oscura y por lo mismo lóbrega. Se conoce de aquí que *itsu* ó *itsuba* literalmente quiere decir una cosa profunda, lóbrega y abundante en puntas, puas, espinas ó cosas penetrantes y delgadas. ¿Puede pintarse mejor una maleza, un bosque que verdaderamente lo sea, que con esta definicion? Un bosque, una espesura, una maleza de un monte ¿no es lóbrega, no es oscura, no es horrorosa? Y por qué tiene estas cualidades? No por otra cosa sino porque entretejidos unos arbustos con los otros, cruzando ramas con ramas, llenos de zarzas y espinos y otros abrojos, turban la luz, oscurecen el terreno, le hacen impenetrable, y causan miedo y terror, y es propia y legítimamente una cosa oscura, profunda y lóbrega tejida de ramas, puas y cosas penetrantes y por lo mismo abundante en ellas. Al bosque, pues, ó á estas malezas y asperezas llama el bascuence *itsuba*, y de aquí sus bellos derivados *ichumendija* ceguera de entendimiento, *ichuba* ciegos, *ichuskija* escoba, *ichulapicua* olla ciega, *ichukerija* acciones de ignorancia, etc., etc.

I-tza-ssu-a, ó *i-cha-ssu-a*. Con esta voz llama el bascuence al mar. Bella definicion! El mar es una extension de agua: se halla en un continuado movimiento, y forma por lo mismo una inmensa abun-

dancia de puntas ó proeminencias, efecto de su fluidez. Es extendido y parece al mismo tiempo redondo. Hé aquí las cualidades más notables y comunes á todos los mares. Veamos ahora si las pintó bien el bascuence en las letras con que formó su nombre *i-tz-a-sso*, que á lo bizcaino con la nota de apelativo se pronuncia *itzassua*.

La *i* que hace de sujeto significa punta, proeminencia ó sumidad, y aplicada al mar le da esta cualidad: la *tz* como abundancial da á entender que estas proeminencias ó puntas de agua son muchas; la *a* que esta multitud es extendida, y la *sso* que la abundancia de estas cosas es ó se halla en figura ovalar; y en efecto, al mirar la mar por una eminencia corriendo por todo el horizonte, nos da una idea clara de un ámbito dilatado y redondo, como que gira por toda la extension del horizonte que descubrimos. ¿No es sábia, no es filósofa la lengua bascongada en este nombre? Sí, y lo es tambien en todas las demás voces en que entra la letra *i* por el constante uso que hace de su significacion para analoguizar en esta parte al signado que quiere representar. Tendremos el gusto, con el favor de Dios, de hacer ver á los literatos esta verdad en el Diccionario que les hemos ofrecido.

O.

Hablando de esta letra como interjeccion del adulto dijimos que como tal tenia la misma significacion que como modulacion del órgano de la voz. Hicimos ver que significaba cosa alta, redonda, ovalada y demas cualidades análogas á estas y á las pruebas que dimos de esta significacion en la gramática, que fueron puramente teóricas, añadimos en las interjecciones del adulto algunas voces en comprobacion práctica de esta verdad. Sin embargo, por no dejar desamparada esta letra como modulacion del órgano de la voz, añadiremos algunas otras voces.

O-i-a. Esta voz se forma de la *o* y de la *e*, de modo que es radicalmente *oe*, y los bizcainos con la nota de apelativo la pronuncian *oia*. La literal significacion equivale á la expresion castellana *cosa alta, suave, blanda*; y para que sea análoga al signado que representa, se ha de hallar este en paraje alto, y á más ha de ser suave y blando. ¿Qué cosa es la cama? Es una cosa que se coloca ordinariamente elevada de aquel pavimento en que uno quiere disponerla. El primer cuidado se tiene en darla cuanta blandura sea cómoda, y así es que se inventaron para ella colchones, plumerones, jergones, todos ellos unos verdaderos rellenos de materias blandas y elásticas. ¿Pudo, pues, definir mejor el bascuence la cama que con la *o* y la *e*, esto es, con *oe* ú *oia*? Pasemos adelante.

O-tz-a. Llaman así los bascongados al frio. Sin la nota de apelati-

vo suena *o-tz*: fórmase de las letras *o* y *tz*, cuya significacion se ha dado repetidas veces. Literalmente quiere decir *abundante en los altos*, esto es, una cosa que es frecuente en las alturas, y no hay duda que esta definicion es la más acomodada á las nociones que tiene el filósofo del frio. Sabemos que las frialdades reinan por lo comun en parajes eminentes, en sierras elevadas, donde, para decirlo así, tiene su morada, y de donde baja á las llanuras como envuelto en el viento. No sé yo que más podemos saber de lo que llamamos frio.

O-ki-lla. Llaman así los bascongados á un pájaro conocido con el nombre de *picaposte*. *Okilla* literalmente quiere decir *hacedor de oes* ó redondeces. Este pájaro para anidar agugerea los árboles en sus troncos con una figura tan ovalada, que un compás no lo hará más redondo, y hé aquí los justos motivos que tuvo el bascuence para llamarle *okillz*.

Véanse en la *o* interjeccion las voces *o*, *otu*, *otia*, *ogutja*, y acabemos con la *o* analizando la voz *otsua*.

O-tsu-a es el nombre con que damos á entender al lobo. Literalmente quiere decir *de los que andan en los altos*, esto es *cimarron*. El lobo es un verdadero perro, y estoy persuadido que á los principios los bascongados le llamarian *chacur ots-uba*, perro altero ó cimarron y despues con el adjetivo *otsuba* se formó el sustantivo *otsua*.

U.

Dijimos en la gramática que la letra *u* significaba cosa hueca, profunda, lóbrega y demás cualidades análogas á estas: lo cierto es que esta letra ó su sonido es el más profundo del órgano de la voz. Son infinitas las voces bascongadas en cuya composicion entra, y en todas la viene bien el significado dado. Ensayémonos en algunas de ellas.

U-tsa. Esta voz se forma de la *u* y de la *ts*, pues la *a* es nota de apelativo. De aquí es que el *uts* literalmente significa huequedad grande ó abundante. ¿Puede definirse mejor el vacío? ¿Hay algun hueco mayor? Diganlo los filósofos, especialmente aquellos que dudan si hay vacío, aunque hoy son los ménos.

U-chi-a. Llaman así los bascongados á los cofrecitos ó arcas pequeñas, y muy bien, pues no siendo las arcas sino ciertos huecos para contener alguna cosa, les viene bien el nombre de *uchia* á las pequeñas, como que lo son en su huequedad. Esta voz se forma de la vocal *u* y la silaba *cha*, nota de diminucion. *Uchia* quiere decir *huequedad* pequeña.

U-li-a. El bascongado llamó al pelo y lana con el nombre *ulia*: aunque hoy algunos con *artulia* quieren significar á la lana: me arrimo

á este modo de pensar, porque la literal significacion de *ulia* es muy análoga así al pelo como á la lana. *Ulia* se compone de la vocal *u*, que quiere decir huequedad y la terminacion participal *le*, que significa hacedor: de modo que *ulia* todo junto quiere decir hacedor de huequedades. En efecto ¿qué cosa hay que más se ahueque, gironce ó encorve que el pelo y la lana? Tome el filósofo una por una las hebras del pelo ó de la lana, y las verá encorvadas, erizadas y haciendo naturalmente huequedades: tómelas en monton, y observará lo mismo, de modo que el bascuence explicó ó dió á entender con la voz *ulia* al pelo y á la lana por medio de sus más naturales propiedades.

Usai-ña. Llamamos así al olor y se forma esta voz de la letra *u*, y el artículo *zaiña* mudada la *z* en la afin *s* por la eufonía. La *u* á mi ver en esta voz es onomatópica y un remedo de aquel sonido que hacen nuestras narices al tiempo que huelen, y así *usaiña* quiere decir literalmente *u espectador* y en efecto lo es. Con este sonido sorbemos con las narices el aliento, y paramos algun tanto para que lleguen los hálitos á nuestro olfato. Sino llegan repetimos con las narices otra *u*, esto es, damos otro sorbido y nos hacemos cargo finalmente si mueve nuestro olfato ó no y si es olor ó hedor. Y ¿no es bella esta voz aun cuando deba su orígen á la *u* onomatópica, esto es, al ruido que hacemos con las narices al tiempo de oler?

Si la *u* se ha de tomar en esta palabra como modulacion del órgano de la voz, *usaiña* significará literalmente *de la huequedad ó de la profundidad espectador*, ó el que espera algo de lo hueco y de lo profundo. Y ¿qué cosa es el olor? ¿No es una sensacion agradable que sale de lo profundo de los cuerpos pasando por sus huequedades ó poros, y el que huele no es uno que espera estos hálitos profundos y que han de venir por los poros del cuerpo olido? Vean los filósofos si pueden definir mejor al olor que el bascuence con su palabra *usaiña* como quiera que se tome la *u*.

U-ni-a. Esta voz, sin la nota de apelativo suena *u-ne*. La *u* significa huequedad, y la *ne* es una terminacion diminutiva local. *Une* por lo mismo quiere decir literalmente huequecito ó parajecito hueco, ó un espacio pequeño y lo es aquel que dos cuerpos arrimados uno á otro dejan enmedio, que es lo que significa el bascuence con la voz *une* ó *unia*.

U-pi-a. Llamamos así á la cuba, porque es una huequedad encerrada ó como forrada con tablas, esto es, un espacio ó ámbito oculto á nuestra vista. Esta es la literal significacion de *upia* formada de la vocal *u*, que significa huequedad, y la sílaba *ba* mudada la letra *b* en su afin *p*, que quiere decir cosa baja, escondida ú oculta: de modo que con la palabra *upia* define el bascuence excelentemente su signado.

U-zu-ba. Esta voz se forma de tres letras, la *u*, la *z* y otra *u*: la primera como sujeto denota huequedad: la *z* significa cosa abundante, y la *u* final como atributo cosa profunda, lóbrega, etc.; de modo

que *uzu* quiere decir cosa hueca, espaciosa y profunda, y de aquí *uzuba* con la nota de apelativo el que vive ó habita en concavidades espaciosas y profundas. Aplicó esta voz el bascuence al indómito, feroz, cimarron, en una palabra á todo animal no domesticado, y muy bien, porque esta especie de animales suele habitar en cuevas y profundidades de tierra ó naturales ó que ellos mismos fabrican por su instinto.

Podriamos hacer análisis de otras innumerables voces y presentar una prueba práctica de la significacion de las vocales constantemente observada por el bascuence; pero no siendo posible el dar razon de todas ellas bastan al parecer para servir de ejemplo las que en todas y cada una de las vocales hemos analizado.

Pero ántes de pasar á tratar de la significacion de las consonantes hemos de advertir que muchas veces se hallarán voces formadas con alguna de las cinco vocales, sin que las venga bien la significacion de estas ó por no tomarse como modulaciones del órgano de la voz ó por faltarle un atributo que se ha suprimido por el pueblo á causa de la eufonía ó de la natural inclinacion del hombre á sincopar ó abreviar su locucion. Pondremos unos ejemplos para mayor inteligencia.

O-li-a es una voz formada de la sílaba *ots* ú *otsa*, con que damos á entender el ruido y la terminacion participal *la*, que significa hacedor, y *olia* todo junto quiere decir *de ruido hacedor* ó una cosa de mucho ruido. Llamamos así á las ferrerías ó fábricas de fierro, y basta esto para que el literato conozca la bella analogía de esta voz.

O-la-tu-ba es un participio de pretérito, y literalmente quiere decir *el que se ha hecho hacedor de ruido*, como compuesto de *ots* ruido, la terminacion participal *la* hacedor, la terminacion verbal *tu*, la *b* dialéctica de los bizcainos, y la *a* nota de apelativo que participa del verbo. En efecto, ¿podia definirse mejor la ola de la mar que hemos prestado á los castellanos y el *unda* á los latinos? ¿Qué cosa es una ola? No es otra que un promontorio ó monte de agua elevado sobre la superficie de la mar y por lo mismo preparado á causar con su rompimiento el ruido que en él observamos. Los bramidos del mar son efecto de estas olas, que no son otra cosa que un monton de agua hecho hacedor de ruido, pues sin esta configuracion, que es arqueada, no podria formar la cascada, que es la causa legítima del ruido.

Odeija. Llaman así los bascongados á la nube como si dijeran llamador de tronada ó ruido, como formada de *ots* ruido y *deija* nombre participal del verbo *deitu* llamar, que equivale al llamador, y en efecto, las nubes en alguna manera son un preparativo de sus ruidos ó tronadas como primer cimiento de ellas, y no sé yo que el filósofo pueda hallar una definicion más descriptiva. Téngase presente la voz

ostija, con que llamamos á la tronada, y literalmente significa el *ruidoso* ó el que hace frecuentes ruidos.

U-gar. Llamamos así á la accion de nadar suprimiendo la terminacion verbal. *Ugar* literalmente quiere decir superfluir, flotar ó andar sobre las aguas, como formado de *ur ura* agua, y *gar garra* cosa supérflua, cimera ó que sobresale á la cosa, y de aquí el nombre de *ugarra* dado á la costra, roña y demás superfluidades que salen á los cuerpos: de aquí *ugaraxua* rana, como si dijera el que superfluc, flota ó anda encima de las aguas.

U-gatza se forma de *ur* agua, y *gatza* ó *gacia* cosa sosa y desalada. Llamamos así á la leche de nuestras madres, que verdaderamente es cosa insípida.

No quiero molestar la atencion de los lectores con mayor número de voces: basta lo dicho para que tengan cuidado en los análisis de las palabras de la contínua supresion de letras, de la mutacion por afinidad y por el bello y necesario uso de la eufonía.

PRUEBA PRÁCTICA

DE LA

significacion de las consonantes.

Como las consonantes no pueden formar sílaba por sí mismas sin el auxilio de las vocales, escojeremos para nuestro ensayo aquellas sílabas que se forman de una consonante antepuesta á una vocal como *la*, *ma*, etc. De esta suerte, como la consonante ha de ser el sujeto modificado por la vocal, fácilmente hemos de venir á conocer la natural significacion de las consonantes ó que la lengua bascongada es constante en darlas aquel significado que á todas y cada una de ellas atribuimos en nuestra gramática. Dijimos, por ejemplo, que la *l* significaba cosa apegada, arrimada, adherida y otras cualidades de esta naturaleza, de donde será visto que si modificada esta cualidad por la significacion de las vocales *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, viene analógicamente al signado representado, no tendremos duda en que habremos exhibido una prueba práctica de la significacion de las consonantes. Y para que procedamos con la posible claridad, hablaremos de ellas segun las famillas en que suelen dividirlas los gramáticos, empezando nuestros ensayos por las labiales, que son las primeras que encontramos en el órgano de la voz.

LABIALES.

Cuatro son las consonantes que ordinariamente se atribuyen á esta familia: es á saber, la *m*, la *b*, la *p* y la *f*. La *m* no tiene afinidad alguna con la *b*, *p* y *f*; pero estas tres la tienen tan conocida, que trataremos de ellas en un capítulo inmediatamente despues de la *m*.

M.

Dijimos en nuestra gramática que la letra *m* significaba naturalmente toda abolladura, aplastamiento ó contusion, esto es, todo aquello que tenia una figura aplastada, abollada ó de contusion, fundándonos en que los lábios en su formacion se contundian mútuamente, se aplastaban, por decirlo así, ó recibian una figura de abolladura. Esta significacion se modifica cuando la *m* es la primera letra de la voz por las letras que le subsiguen, que son como otros tantos atributos suyos; de modo que si á la *m* sigue la *a* por ejemplo, la abolladura, la contusion será extendida y por consiguiente encorvada, como que no puede contundirse y abollarse una cosa con extension sin que la linea de la figura reciba su mayor fuerza en el centro, y por esta causa cierta curvitud, y así respectivamente cuando es modificada la *m* por las otras vocales, consonantes, etc. Bajo de estos supuestos, empecemos nuestros ensayos prácticos por la silaba *ma*, y exhibamos algunas voces que justifiquen nuestro modo de pensar.

Ma-cua. Esta es una de las voces que evidencian altamente que la silaba *ma* indica un sujeto, porque formándose la voz toda, añadiendo á la silaba *ma* la terminacion local *co*, pronunciada por los bizcainos *cua* con la nota de apelativo, y equivaliendo esta terminacion bascongada al *de* de ablativo de la lengua castellana, no hay duda que el lugar indicado por dicha terminacion *co* ha de ser el signado de la voz *ma*: de modo que *maco* es lo mismo que si dijese cosa que se halla en el lugar *ma*, así como decimos *carne de la olla*, como si dijésemos *carne que se halla en el lugar llamado olla*. Veamos, pues, la analogía que tiene esta voz *ma* con el signado representado por ella en el bascuence.

La *ma* segun la significacion de la *m* ha de representarnos una cosa de figura de contusion, magullamiento ó abolladura. Modificada esta significacion por la letra *a*, esta figura ha de ser extendida, y por consiguiente ha de formar una curva la linea, metiéndose ó pro-

fundizándose por su medio cuerpo. Resulta de aquí que la cosa significada por *maco* ó *macua* ha de ser de un paraje cuya figura sea la que va referida. Y ¿á qué llama el bascuence *macua*? Son conocidos entre nosotros aquellos pedazos de árboles que se sacan de las corvas que forman en sus cuerpos ó ramaje, y de aquí el verbo antiquísimo *macurtu*, que quizá á sus principios sería *macotu* encorvarse, y *macurra* el que tiene esta figura. Evidenciemos aun más nuestro pensamiento.

Ma-kilia. Esta voz se forma añadiendo á la misma sílaba *ma* el participio de presente *guilla* ó *guillia* del verbo *egin*, hacer mudada la *g* en su afin *k*, y tanto quiere decir como *hacedor*; de donde es visto que *makilia* literalmente quiere decir hacedor de maes ó contusiones y abolladuras extendidas y grandes. Llaman así los bascongados al garrote, arma privativa de sus contiendas y arma contundente, de modo que aun esta voz á más de ser una señal evidente de la significacion de la sílaba *ma* es prueba auténtica del uso práctico que el bascuence hace de esta significacion con bella analogía.

Ma-ija. En esta voz entra á modificar á la sílaba *ma* la letra *i* que significa cosa lineal, recta, penetrante, y hace que la *ma*, que por sí significaba una superficie aplastada con extension, y que por lo mismo habia de tener cierta corvitud, no la tenga por ser la *i* indicativa de línea recta. De aquí es que el *mai* para tener analogía con su signado ha de ser este de una aplastadura ó planicie lisa, y cuya superficie se halle nivelada y forme unas líneas rectas horizontales. Tal es, pues, el signado de la voz *mai*, que con la nota de apelativo se pronuncia *maija* por los bizcainos. Llamamos así á la mesa y planicie de su configuracion, y es constante la propiedad de la significacion de las letras con su signado, y esta voz *mai* ó *maija* es antiquísima entre los bascongados. Consúltese, en efecto, la voz *maitia*, que literalmente quiere decir el *comensal*, ó aquel que frecuentemente come á la misma mesa, demostracion de afecto y cariño, y de donde pasó la voz *maitia* á significar la persona querida y estimada. Hágase lo mismo con *oramaija*, artesa, que literalmente significa mesa para la masa ó para hacerla, y no se dejen en olvido los antiguos apellidos y nombres de caseríos los Mañarias, Maillabias, Maiñortus, Mailleas, Maillubias, etc.

Mai-llia Esta voz, como formada de las letras *m a i*, cuya significacion acabamos de dar, y de la sílaba participal *lla*, tanto quiere decir literalmente como *hacedor de mesas*, ó mejor una cosa que sirve de mesa, plano ó asiento. Llamaron así los bascongados y llaman tambien aun hoy á aquellas escaleras ó planicies que hacen en las cuerdas pendientes, para que fijando en ellas los piés puedan subir el declivio ó cuesta sin fatiga, ó mejor sin miedo de resbalarse. En efecto, estos escalones ó planicies que se forman por medio de otros tantos nivelamientos de tierra ó agujeros cuantas son las mallas, son

unos verdaderos descansaderos á que se apega y agarra el pié: son una especie de abolladura ó aplastadura de la tierra. Son extendidas respecto á su ministerio: últimamente, su planicie es recta ó lineal, y sirven de pequeños planos, mesas ó descansos: de modo que la voz *mailla* ó *maillia* no puede ser más análoga á su signado.

Esta voz, por la metáfora, se extendió á significar las gradas de las escaleras domésticas y aun de las escalas y escaleras portátiles y demás entes que sirven como de gradas ó escalones para subir á alguna cosa, y así es que llamamos *mailla* ó *maillia* á aquellas planicies que en los montes elevados hallamos de cuando en cuando, por ser, para decirlo así, como unos descansaderos dispuestos por naturaleza. Vean de dónde tienen su origen la *malla*, el *mallo* y otras voces de esta naturaleza usadas en varios idiomas.

Mai-llukia. Esta voz se forma de la anterior, pero de un modo muy fino. De la voz *mailla*, que es la radical, se quita la *a* final, mudándola en *u* para dar á entender que el aplastamiento ó abolladura es profunda, y se le añade la terminacion accionaria *ka*: de modo que la voz *mailluka* ó *maillukia* literalmente quiere decir hacedor ó el que hace y ejecuta abolladuras, planicies ó aplastaduras profundas, y en efecto viene muy bien esta voz con el signado á que la aplica el bascuence. Con *mailluka* ó *maillukia* dá á entender este idioma al martillo ó mejor su accion, pues propiamente el martillo se llama *malluba*, y si le damos tambien á entender con la voz *maillukia* es figuradamente, tomando el efecto por la causa.

Sea lo que fuere, *mailluba* y *maillukia* vienen de un mismo origen y la diferencia está en que *mailluba* quiere decir literalmente una cosa contundente, ancha por su parte baja ó por aquella que llamamos boca en los martillos, y el *maillukia* recibe á más la terminacion accionaria *ka*, por la cual literalmente significa la accion de martillar. En ambas voces la significacion de las letras es análoga á sus signados, lo que hace que sean sin disputa alguna del idioma bascongado. ¿De dónde hubo el latin su *malleus*, su *martillo* el castellano, su *marteau* el francés con sus derivados? Pasemos adelante, y por no ser molestos entremos á analizar algunas voces cuya sílaba radical es la *me*.

Esta sílaba, como que la significacion de la *m* se halla modificada por la *e*, significa una abolladura, aplastadura ó magulladura débil, flaca y por consiguiente pequeña. De aquí es que el bascuence formó todas las voces de esta naturaleza bajo de la significacion referida; esto es, de cosa delgada, flaca y demás que tienen analogía con esta significacion, como lo hacen ver entre otras muchísimas las voces siguientes.

Metu ó *me-etu* es un verbo formado de la sílaba *me* y la terminacion verbal *tu*. Con él damos á entender lo que el castellano con *adelgazar*, y esta accion no consiste en otra cosa sino en quitar el *ma* ó

las planicies de las cosas, esto es, en disminuir ó achicar su corpulencia en la parte extendida: de modo que no podemos llegar á lograr esta accion, sin que al ente que adelgazamos hagamos que pase en su corpulencia del estado de chatidez extendida al de estrecha, ó para decirlo en una palabra, sin minorar su superficie, pasándola de la figura *ma* á la figura *me*. De aquí es que el verbo *meetu* es muy análogo á la accion que con él representamos.

Me-chia. Esta voz es diminutiva, y significamos con ella lo que el castellano con la voz *delgadito* ó cosa de poca loma. Esta voz es un verdadero epiteto ó adjetivo: sin embargo, la usa el bascuence como sustantivo desde un tiempo inmemorial. Significa con ella lo que el castellano con la voz *torcida*, esto es, aquella mecha delgada que sirve en los candiles, bolones, etc., para mantener la luz por medio de la atraccion del aceite. Este es el significado que dan los bascongados á esta voz. Y ¿de dónde vienen la mecha, el mechon y demás derivados de la lengua castellana y otros idiomas respectivamente? Lo cierto es que la mecha por su figura y delgadez viene muy bien con su signado en todos estos idiomas y este significado solo lo hallo en el bascuence; pues solo en este idio na el *cha*, *che*, *chi*, *cho*, *chu* hacen de diminutivos.

Me-r-ca-tu. Este verbo se forma de las sílabas *me*, *ca* y *tu*. La *r* que se reconoce entre las dos primeras sílabas ha sido introducida por la enfonía. *Me-ca-tu* por la lejanía ó distancia que hay de la *e* á la *k*, esto es, desde el entredientes hasta el paladar, es voz inenfónica, y la *r* media entre estas dos letras sirviendo como de escalon, suaviza entre sí á la *e* y á la *k*, y por esto *me-r-ca-tu* es voz eufónica. *Me-ca-tu* ó *me-r-ca-tu* literalmente quiere decir *venir á adelgazarse*, como compuesta de la sílaba *me*, que significa aplastadura ó planicie flaca: de la sílaba accionaria *ca* y la terminacion verbal *tu*.

Con esta voz dá á entender el bascuence lo que el castellano con el verbo *abaratarse* ó bajar de precio las cosas, que en alguna manera es adelgazarse el precio, por lo que decimos que tal ó tal cosa es de grande precio, y tal y tal de pequeño. Esta voz es tan bascongada que solo en este idioma se oye la voz *me-mena* para dar á entender el precio más bajo. En nuestros ajustes decimos, *¿Cembat izango da me-mena? ¿Cuánto ha de ser lo más barato* y literalmente *lo más delgadito*? Porque *me-mena* por la reduplicacion de la sílaba *me* recibe un carácter de diminutivo, y por la *n* la de una cosa fija, pues la *a* final es nota de apelativo.

De aquí resulta que el *mercader*, *mercar*, *mercado* y otros innumerables derivados de estas voces en la lengua castellana y sus equivalentes de la misma formacion en el latin, francés y otros idiomas deben su orígen á las voces bascongadas *merke* barato: *merkia* cosa barata: *merkatu* abaratarse: *merkatuba* abaratado, ó en la acepcion

comun feria ó mercado: *merkatarija* mercader: *me-mena* precio justo.

Me-ndija. Esta voz se forma de las sílabas *me* y la *di*: la *a* final es nota de apelativo: la *j* letra dialéctica, y la *n* que media entre las dos sílabas primeras es eufónica. *Me-di-ja* es voz ineufónica: la *e* y la *d* formadas casi ambas en un mismo paraje, detienen al aliento algun tanto, obligándole á retroceder despues de la prolacion de la *e* hácia el exófago, y volver despues á tomar la *d*, lo que se evita con la interposicion de la *e*, con la que eslabona entre sí el aliento todas las letras, sin ser cortado entre letra y letra como sucede en *me-dir*, *meter* y no en *mentir*, *mentar*, etc.

La voz *me-di ja*, ó eufonizada *mendija*, literalmente quiere decir paraje ó lugar donde hay cosas delgadas; y así es que el bascuence llama *me-di-ja* ó *mendija* á los parajes que se hallan llenos de arbustos, esto es, de arbolcitos pequeños, á diferencia del *basua* en que ha de haber árboles bravos y grandes. Es verdad que esta voz primitivamente usada bajo de esta significacion, ha tomado hoy la misma extension que tiene la voz castellana *monte*; pero no juzgamos la acepcion general, sino la literal significacion de las voces.

Es antiquísima esta voz en el bascuence: los nombres de sus caseríos que corren hoy como apellidos lo indican. Los Mendinuetas, Mendiburus, Mendigorrias, Mendi etas, Mendizabales, Mendartes, Mendabias, Mendozas, etc., son testigos irrevocables. Parece, pues, que se ha justificado bastantemente la significacion de la letra *m* aun en la sílaba *me*, y el ampliar esta prueba seria quizá molesto á los lectores. Pasemos, pues, á un corto ensayo en la sílaba *mi*.

La *m* en la sílaba *mi* se halla modificada por la vocal *i*, y significando esta, como varias veces lo hemos dicho, cosa penetrante, radiosa, lineal, sutil, etc., es visto que la aplastadura, arromamiento planicie ó chatidez indicada por la *m* ha de ser sutil, penetra nte, etc. de modo que la *i* disminuye, como atributo, de un modo maravilloso la significacion de la *m* por el encuentro y contrariedad que tienen entre sí estas dos significaciones. Estos fenómenos son comunes en los idiomas. La voz *grande*decae conocidamente de su significado con las partículas diminutivas. No deja de ser grande, pero su grandeza baja hasta el ínfimo grado: de la misma manera la romez, tozquedad chatez ó aplastadura de la *m* no deja de serlo, pero la *i* se reduce al grado más ínfimo. Ciertos ejemplos harán demostrable esta verdad.

Contemplemos á los verbos castellanos afilar y aguzar. ¿Qué cosa es afilar? No es otra sino adelgazar la romez, chatez ó aplastadura de todo instrumento cortante. Hé aquí la significacion de la sílaba *me* verbalizada. ¿Qué cosa es aguzar? No es otra sino adelgazar las armas punzantes, como chuzos, leznas, espadas y otras que hieren punzando; y hé aquí la significacion de la sílaba *mi* igualmente verbalizada. *Me-etu* en el bascuence es afilar. *Miatu* es aguzar: por el primer ver-

bo damos á entender el adelgazar la romez que tiene un ente en su extension: por el segundo adelgazar esta romez ó aplastamiento por la punta de los entes. Con ambos verbos damos á entender el adelgazamiento, que supone necesariamente un cuerpo aplastado, enromado; pero distinguimos por la *me* sílaba radical del primer verbo que este enflaquecimiento lo ejecutamos en la longitud ó latitud de la cosa; aunque por la *mi* radical del segundo verbo hacemos que este enflaquecimiento sea por la parte punteada, y que sobresale á la verdadera latitud de los cuerpos. Un sable, un cuchillo, una hacha se afilan. Una pica, una lanceta, una espada se aguzan. Parece, pues, que hemos dado una nocion bastante de la diferencia que hay entre la sílaba *me* y la *mi*, sin embargo de la afinidad que puede creerse entre la significacion de chatez, arromamiento suave y flaco que quiere decir la *me*, y entre el arromamiento ó chatez sutil, penetrante y lineal. Bajo de estos supuestos, analicemos algunas voces formadas de la sílaba *mi*.

Mi-i-ña. Con esta voz significa el bascuence el dolor. Fórmase de las letras *m*, *i* y *ñ*, pues la *a* final es nota de apelativo. *M-i-ñ* ó *m-i-ña* literalmente quiere decir una cosa de arromamiento penetrante y sutil: como compuesto de *m*, que denota chatidez y hace de sujeto: de la *i* que como atributo hace penetrante á la tal chatidez ó cuantidad, y la *ñ* que como nota de diminutivo y atributo de la *i* hace aun ménos corpulenta la tal chatidez, y mucho más sutil que lo que le hizo la *i*: por manera que literalmente tomada la voz *m-i-ñ-a*, para ser análoga á su signado, ha de ser esto una cosa que se penetre con la mayor sutileza.

Ahora, pues, ¿cómo se pintaria el dolor por un filósofo? ¿Sería análoga la que me representase en una flecha ó en conjunto de multiplicadas espadas cuyas puntas asestasen al cuerpo doloroso? Bella sería esta pintura, pero no llega á la viveza de la que hace el bascuence con la *m*, con la *i* y con la *ñ*.

Metafóricamente con la voz *m-i-ñ-a* da tambien á entender el bascuence lo picante en los manjares, pues aunque no es doloroso, y aun al contrario agradable á muchísimos, se observa en ellos una penetracion sutil, lo que hizo llamar al castellano con el nombre de picante ó cosa que obra ó acciona con punta ó pico penetrante, tomando esta voz de la bascongada *pikia* de quien hablaremos en su lugar.

M-i-i-ñ-a. Esta voz, con que los bascongados llaman á la lengua, literalmente significa por la duplicacion de la *i* mayor penetrabilidad en el signado representado. En efecto. ¿Qué cosa es la lengua? No tengo que decirlo. Largamente han hablado los filósofos de ella y la han pintado con todos aquellos colores que dan el debido homenaje á la rectitud de la pintura con que nos representa el bascuence en sus letras formadoras. ¿Qué cosa es en efecto más penetrante que la len-

gua, más mordaz, más picante, más dolorífera y á quien convengan con más propiedad las cualidades representadas por la *m*, por la *i* y por su reduplicacion y por la *n*? Pasemos adelante.

Min-te-gui-ja. Fórmase esta voz de la sílaba *mi* y la terminacion local *teguija*. La *n* que media entre la *mi* y la terminacion *tegui* es eufónica. *Mi-te-gui-ja* es voz ineufónica. *Min-te-gui-ja* no lo es. La *a* final es nota de apelativo, y la *j* que la precede letra dialéctica, como que es del uso particular de los bizcainos. *Min-te-gui-ja* literalmente quiere decir paraje de cosas pequeñitas, chiquitas, y lo es aquel que se destina á la cria de plantas de árboles llamado con este nombre, como que en él no subsisten sino hasta aquella época corta en que despues de haber germinado crian algun tanto su raiz, y son trasladadas á otro en que colocadas con mayor espacio extiendan sus raices y tomen la corpulencia necesaria para ser trasladadas á un tercer lugar, donde han de llegar con el tiempo á ser verdaderos árboles.

M-i-a. Con esta voz antonomásticamente entienden hoy los bascongados el mineral de fierro, por ser aquel de quien se hace más uso, pero alguna vez fué voz comun á toda veta mineral. La analogía de esta voz con su signado es bellísima. Las vetas en los minerales no son otra cosa que unas líneas larga por lo ordinario delgadas, y que sutilmente se penetran en la tierra, propiedades todas ellas indicadas bellamente en la voz *m-i-a*.

Es verdad que los bascongados confunden entre sí las palabras *m-i-a*, *m-e-a* y *m-e-i-a*, llamando con ellas á toda cosa que es delgada; pero nada extraño es por la suma afinidad que se halla entre las cosas delgadas por sus puntas y por su extension latitudinal ó longitudinal. En ambos casos se verifica la delgadez, y el signado que se representa es análogo con el signo y este con aquel. Veán los literatos si la voz *mina* con sus innumerables derivados en un sinnúmero de idiomas puede tener un orígen más propio que en la significacion que dá el bascuence á las palabras *mia*, *mea*, *meia*. Ultimamente, para que se cercioren de que estas voces son legítimamente bascongadas, consulten el nombre que este idioma dá á los demás minerales. Al oro llama *urria*, conocido epiteto ó adjetivo que equivale al castellano cosa poca ó escasa, que aplicado al sujeto *mia*, veta ó mineral, quiere decir veta ó mineral escaso. A la plata llama *cillarra*, otro conocido epiteto ó adjetivo que equivale al castellano cosa central ó profunda y aplicado al mismo sujeto, vena ó mineral del centro ó profundidad de la tierra. A la arcilla llama *arbela*, que equivale al castellano superficial, y unido este epiteto ó adjetivo con el mismo sujeto, vena ó mineral superficial, cimera ó que no es profunda.

Mi-n-za. Esta voz se forma de la sílaba *mi* y la letra doble *tz*. *Mit-za* es una palabra ineufónica, como que deja al aliento como parado en la pronunciacion de la *i* ántes de pasar á la de la *tz*. *Min-t-*

za no lo es, pues el aliento eslabona cursivamente todas sus letras. Si la *tz* de *mit-za* se muda en *z* en *mi-n-za* es efecto de la misma eufonía: la tosquedad de la letra *tz* no sufre junto á ella ninguna otra consonante sin exasperar el aliento. *Mi-n-za* literalmente quiere decir cosa sutilísima, delgadísima, esto es, lo más delicado, sutil y delgado que puede hallarse por la energía que dá á la sílaba *mi*, ó su significacion el atributo *z*, que es letra doble. Llaman los bascongados *mi-n-za* á aquella película ó sutil túnica que se llama ordinariamente telilla, y se halla en los cuerpos, haciendo de divisor entre las capas de que se compone, como se ve en las cebollas de cualquiera especie, en los huevos, entre cuero y carne de los entes que los tienen. ¿Puede pintarse mejor esta delicadísima fibra que con la voz *mi-n-za*? Pasemos á la sílaba *mo*.

En esta sílaba la *o* modifica á la *m*: por esta razon la elastidez, abolladura ó arromamiento ha de ser alto, redondo, ovalar, en una palabra, ha de tener una gibosidad ó curvitud hacia la parte exterior del cuerpo en que se halla. La teoría de la significacion de las letras *m* y *o* así nos lo persuade. Veamos si la práctica de la lengua bascongada lo confirma. Hagamos algunos ensayos en este particular por medio de ciertas voces.

Mo-tza. Llaman así los bascongados á toda cosa desafilada ó desaguzada. ¿En qué consiste este desafilamiento ó desaguzamiento? En nada más sino que el filo ó punta de las cosas cortantes y punzantes se ha ido entumeciendo y tomando una figura gibal ó curvitudinal hácia la parte exterior del cuerpo que fué afilado ó punzante, formando por lo mismo una figura curvitudinal y lomosa. ¿Diremos más para justificar la bella analogía de la voz *mo-tza* con su signado? No puede dibujarse mejor este atributo realzado sobremanera por la aplicacion que se hace de la letra doble *tz* á la sílaba *mo*, como si dijera chatez, romo ó aplastamiento elevado curvitudinalmente ó en giba y abundante y grande.

Esta voz *motza* á más de ser energizada en la significacion de su *mo* por la letra *tz*, hace ver por ella que la *mo* debe tener una significacion peculiar, pues no siendo la *tz*, sino una característica de abundancia, supone necesariamente un sujeto que reciba esta abundancia.

Metafóricamente aplican los bascongados la voz *mo-tza* á las personas tétricas y de un aspecto que se vá como escapándose del que lo mira, y á todo otro ente arromado, achatado, aplastado en su figura; y de aquí las voces *mozollua*, mochuelo: *mochia* romilla: *moscorra* tronco mutil y metafóricamente á la borrachera: *mocotza*, el pan de figura gibal: *mocorra* á la parte que une nuestra cintura con las nalgas. Estas y otras innumerables voces analizadas en el Diccionario, llevarán hasta la evidencia la constante significacion que dá el bascuence á la sílaba *mo*; pero recorramos aun algunas otras.

Mo-ssuba. Con esta palabra damos á entender la cara del hombre: ¡bella pintura! Nuestra cara en su figura es una abolladura, una cosa chata y plana; pero su planicie es gibal y que hace una corvitud hácia la parte exterior: hé aquí la analogía de la sílaba *mo*. Esta abolladura es grande y extendida: hé aquí la analogía de la letra doble *ss*. Esta abolladura extendida se halla llena de profundidades por boca, narices, ojos: hé aquí la analogía de la *u*. La *b* es letra dialéctica de los bizcainos: la *a* nota de apelativo. Es visto, pues, que la voz *mossuba* por todas sus letras es muy propia para significar la cara.

Metafóricamente los bascongados llaman *mo-ssuba* al beso. Un beso rigurosamente es un toque de cara con cara, y hé aquí justificada la metáfora: pues solo á este toque de cara con cara llamamos *mo-ssuba*; y á los demás besos llamamos *munac* ó *besarcadac*, como son besar la mano, la reliquia ú otra cosa y el *abrazar*. Vean los castellanos de dónde hubieron su *mozo*, *mocho*, *trasmochar*, *moscon*, etcétera.

Por la afinidad de las vocales *o* y *u* llaman tambien los bascongados *mussuba* á la cara. Véase igualmente si las voces bascongadas *mossuba* y *mussuba* pudieron dar orígen al *moulot* de los malayos: al *moh* de los indostanos: al *munths* de los godos: al *mud* de los anglosajones, al *mund* de los francoteotiscos: al *mund* de los dinamarqueses: al *munn* de los suecos; al *mouth* de los ingleses: al *mond* de los belgas: *al munca* de los canaremos: al *muncauhal* de los marastas: al *munnur* de los islandeses: al *mont* de los flamencos: al *mond* de los holandeses: al *mund* de los alemanes: al *mu* de los otentones: lo cierto es que todos estos idiomas llaman respectivamente á la boca con los nombres insinuados. ¿Y de dónde vienen el *moso* de los italianos? Llaman así á la cara: el *mostachio*, *mostachiata*; *morso*: *mordere* de este idioma: el *mordeo* latino con sus derivados: *morder*: *mostacha* del castellano: el *mormon* máscara de los griegos: *mormo* mujer de cara horrenda entre los mismos, parece tambien que pueden deber su orígen á nuestras voces *mossuba* y *mussuba*. Vamos adelante.

Mo-cua. Esta voz es una voz de aquellas que justifica que la sílaba *mo* por sí solo hubo de tener en el bascuence su propio significado: porque siendo formada de dicha sílaba y la terminacion local *co*, que con la nota de apelativo pronuncia el bizcaino *cua*, es necesario que el lugar indicado por él sea el *mo* ó algun derivado suyo que pierde en *mocua* alguna de sus sílabas por la figura síncopa. En efecto, el *mocua* es á mi ver una síncopa de la voz *mosu-cua* y significa literalmente *el de la cara*. Llaman así los bascongados al *moco* ó acuosidad glutinosa que sale de las narices. Como esta evacuacion es la cualidad más notable entre las que se observan como efectos ó producciones naturales de las partes que constituyen la cara por su asquerosidad. De ahí es que se hizo más visible al hombre y le arrastró á darle nombre con alusion á toda la cara. Vean los castellanos de donde les

ha venido el nombre *moco* con todos sus derivados. Pasemos á la silaba *mu*.

En esta silaba la significacion de la letra *m* se halla modificada por la vocal *u*, y *mu* todo junto quiere decir chatidez, arromamiento ó aplastadura profunda. Veamos si el bascuence es constante en sus voces acerca de esta significacion, y analicemos para ello algunas palabras.

Mu-tu. Este verbo formado de la silaba *mu* y la terminacion verbal *tu*, nos dá á entender que el signado de la voz *mu* se halla verbalizado, y de aquí que *mutu* todo junto quiere decir achatar, aplastar, enromecer una cosa profundamente formando una curvitud profunda á diferencia del verbo *mostu* que nos dá entender el achatar ó encorvar las cosas en figura gibal. Los bascongados duplican hoy la terminacion verbal *tu*, y dicen *mu-tutu*; pero el participio de pretérito *mutuba* nos dá á entender que su primera formacion fué *mu-tu*.

Con la voz *mutu* ó *mututu* damos á entender lo que los castellanos con el verbo *enmudecer*; pero esta significacion es metafórica. Un mudo, á que llamamos *mutuba*, sea que nos valgamos de la onomatopeya, sea que queramos hacer uso de la significacion de la silaba *mu*, tiene toda la analogía necesaria. En él se verifica un sonido sordo y balbuciente que se espresa muy bien con la silaba *mu*. Hé aquí la onomatopeya. Las voces que quiere articular quedan como aplastadas, arromadas, achatadas y sin poder salir de las fauces. Hé aquí una bella analogía con la literal significacion de la silaba *mu*: de modo que de cualquiera manera que queramos tomar á esta silaba, hallaremos una exacta propiedad con el enmudecimiento. Vean los latinos, griegos y otras muchas lenguas, si del *mo*, *mutu* ó *mutuba* pudieron tomar su *mydos*, su *muttus* y demás voces de esta naturaleza.

Mu-tu-rra ó *mu-s-turra*. Algunos bascongados llaman *muturra* y otros *musturra*, eufonizándola con la interposicion de la *s*, pero la radical formacion de esta voz resulta de las silabas *mu*, *tu* y *arr*, pues la *a* final es nota de apelativo: la *a* de la silaba *arr* se suprime por la sinalefa muy frecuente en el bascuence. Con *muturra* ó *musturra*, que literalmente significa de los arromados, achatados y aplastados profundamente ó que tienen una gran chatidez, damos á entender por antonomasia el hocico ó morro de los cerdos. ¿Hay cosa en su figura más arromada y achatada? Es visto, pues, que esta voz fué aplicada con mucha analogía á su signado: llamamos tambien con ella á aquella parte que tiene esta figura en cualquiera otro ente; como *oguimusturra* á aquellas puntas de pan que están amorradas: *capela-musturra* á las puntas del sombrero que tomó esta figura, etc. De aquí el llamado *musturbia* á las personas hocicudas: *mustur-ecua* al cachete que se dá en los lábios ó dientes.

Mu-que-rru. Esta voz se halla eufonizada por la mutacion de la *o*

en *e*: su legítima formacion es *mu-co-rra*, palabra ineufónica por la union de las letras toscas *k* y *o*. *Mu-ke-rra* literalmente quiere decir *amorrable*, como compuesto de la sílaba *mu* y la terminacion *ker*, que equivale á la *ble* de los castellanos; y así es que decimos *maite-korra* amable ó inclinado al amor: *jaus-karra* caible ó fácil á ser caido, etc.: de modo que *mu-kerra* significa aquel que es inclinado á amorrarse, achatarse, atrasarse, y con esta voz damos á entender al terco. ¿Cómo pintaria un facultativo á este hombre? No sé yo que pudiese darle una postura mejor que la de uno que forcejea, reculando, atrasándose, ó para decirlo mejor, arromándose, ó en ademan de achatarse. Obsérvense en efecto los movimientos de fuerza que hace un terco cuando quiere mantenerse en su terquedad, y se verá que todos ellos son análogos á la literal significacion de la *mu*.

Mu-guia. Llaman así los bascongados á las colinitas ó terroncitos elevados que terminan en filo, figura diametralmente opuesta á la significacion de la sílaba *mu*, y bellamente, porque formándose la voz *muguia* de la sílaba *mu*, y la terminacion *ga*, que equivale al *sin* de la lengua castellana, hace que la *mu* se reciba en una significacion contraria á la suya, así como cuando decimos *sin consuelo* excluimos todo consuelo, y hacemos que esta voz consuelo se tome en un sentido diametralmente opuesto.

Adviertan los bascongados la diferencia que hay entre las voces *muguia* y *munia*: las dos significan un terradito ó colina; pero si esta colina acaba en filo se llama *muguia*, y si termina con chatidez ó cierto arromamiento, se llama *munia*. Al *muguia* deben su orígen el *muga-arrija*, y á la misma el suyo los Mugarteguis, Mugarzas, Mugas, Muguias, Mugarreguis, y del *munia* viene *muna-arrija*, y de aquí los Munarris, Muñozes, Muñibes, Muniaines, Munícolas, Mundacas, Muncharases, etc.

Mu-ru-ba. En esta voz la *r* es eufónica, introducida para suavizar la monotonía de las dos *uu*: *mu-u-ba* es palabra desabrida: *muru-ba* no lo es. Literalmente quiere decir cosa que tiene un amorramiento, aplastadura ó abolladura sumamente profunda por el concurso de las dos *uu*. Llaman así los bascongados á los montes, colinas ó terrados que en sus faldas forman ciertas aplastaduras perpendiculares y que llegan de lo alto hasta lo bajo, y es tan antigua en nuestro idioma, que llegó á extenderse á significar toda colina chata que fuese de alguna corpulencia y que su chatez se hallase más visible en las faldas. De aquí es el llamar con este nombre á un sinnúmero de caseríos y lugares colocados todos en colinas de esta naturaleza. A más de los muchos *Muruas* conocemos innumerables derivados de esta voz: de ella vienen los *Muru-etas*, *Mur-gas*, *Mur-gui-as*, *Mur-goitios*, *Mur-elagas*, *Mur-guiondos*, etc. De modo que no podemos dudar que la palabra *muru* ó *muruba* sea bascongada. Y ¿de dónde vienen el *murus*, *muralla*, *morrion* y otras voces de esta naturaleza usadas

en varias lenguas? Lo cierto es que las murallas tienen una bella analogía con las colinas y montecitos que el bascuence dá á entender, y el morrion goza tambien de la misma analogía.

Mun. Este verbo corrobora enteramente así la significacion de la *m*, como tambien de la *mu*. *Mun* quiere decir *besar*, y *muna* con la nota de apelativo significa *beso*, no el que se dá en la cara, á que el bascuence llama de muchas maneras, sino el besar la mano, reliquia ú otras cosas. Y ¿en qué consiste este besar? Es una accion labial; es juntar los lábios con la cosa besada, abollándolos profundamente, y permaneciendo alguna cosa en esta postura: de modo que el besar es hacer una abolladura con los lábios contra un cuerpo, y hé aquí la significacion de la *m*. Esta abolladura es grande, es profunda en toda la extension que permiten los músculos abollados: hé aquí la significacion de la *u*: es permanente, y hé aquí la significacion de la *n*. ¿Puede pintarse mejor el besar y el beso?

Mu-chi-lia. Llaman así las bascongados á todo envoltorio que forma achataduras abundantes y pequeñas, para diferenciarlos de aquellos á quienes dá el nombre de *a-tua*, y de quien hablamos en la demostracion práctica de la vocal *a*. *Mu-chi-lia* se forma de la sílaba *mu*, cuya significacion la tenemos dada; de la nota diminutiva *chi* y la terminacion participal *la*, que como repetidas veces se ha insinuado tanto quiere decir como *hacedor*: de aquí es que *muchilia* literalmente significa *hacedor de abolladuras pequeñas* ó envoltorio que hace estas figuras. Hé aquí el orígen de las *mochillas* ó *muchillas* de los soldados. Que esta voz sea bascongada no puede ponerse en duda por la sílaba diminutiva *chi* y la terminacion participal *la* y mucho más por la analogía que tiene la voz *mu-chí-lia* por medio de ellas con el signado representado. Consúltense en confirmacion de esta verdad las voces indudablemente bascongadas *mu-chi-qui-ña*, *mu-chi-le-ri-ja*. *mu-chu-rra*, etc.

Mu-ssu-quia. Esta voz es un conocido epiteto ó adjetivo de la lengua bascongada. Compónese de la palabra *mussu* ó *mossu* cara, y la terminacion accionaria *ca*, que con la nota de apelativo se pronuncia por los bizcainos *quia*. *Mussuquia* literalmente quiere decir *careo* ó el accionar de esta parte del cuerpo: llamamos con esta voz la accion de dar besos repetidos, y mudada la segunda *u* en *i*, formamos *mussi-quia*, que tanto quiere decir como accionar con sutiles y abundantes arromamientos de cara. No sé yo si podria pintarse mejor ni la música, ni un besar repetido que con las voces *mussiquia* y *mussaquia* ó *mossuquia*. Volvamos á retocar su análisis, que es interesante.

¿Qué cosa es música? No es otra que el formar por medio de las gesticulaciones orales diferentes sonidos armoniosos y agradables. En esta accion lo que más se observa es un juego suave de movimientos labiales ó un continuado amorramiento de ellos sutil y delicado y

copioso: hé aquí verificada la literal significacion de la sílaba *mu* modificada con la de la letra doble *ss* y la de la *i* y de la terminacion accionaria *ca*: de modo que no puede dudarse en la propiedad que la voz *mussiquia* tiene con su signado, y ménos en que es una palabra legitimamente bascongada. De aquí resulta que no pudiendo analizar los demás idiomas la voz *música* como esta, ha de atribuirse su origen á ella con todas las demás que tengan conexion con dicha voz. Pasemos á *mu-ssuquia* ó *mo-ssuquia*.

¿Qué cosa es el besar, ó mejor el beso? No es otra que el aplastar con repeticion y profundamente los lábios en la cara de otro: es un acto de amor, que cuanto es mayor tanto más profundas y crecidas son las abolladuras, aplastaduras y achatuduras de los lábios, como que con ellos procura el actor unirse, identificarse y como incorporarse con la cosa amada. Estas acciones, como las más óbvias á los sentidos, obligaron al inventor de la voz *mu-ssu-quia* á formarla de la sílaba *mu* por la profunda abolladura de lábios que observó: quiso dar mayor energía á la significacion de esta sílaba con el atributo de la significacion de la letra doble *ss*, dando con ella á entender la repeticion de los ósculos que intervenian: añadióle otro atributo en la letra *u*, energizando la expresion con la reduplicacion de su signado; colocando el aplastamiento labial en un grado de profundidad superlativa. Ultimamente la verbalizó de alguna manera por la terminacion accionaria *ca*, para dar á entender que el signado de toda la voz dimanaba de un acto. Parece, pues, que no se puede exigir una pintura más bella de un signado que la que formó el bascuence por medio de las letras en la voz *mu-ssu-quia*.

B. P. F.

Hicimos ver en nuestra gramática nuestras dudas acerca de la legitimidad de la letra *f* á que nos referimos. Lo cierto es que en la lengua bascongada la hallamos siempre sustituyendo á la *p* ó á la *b*, lo que nos hace creer que no la usó este idioma, y fué introducida en él por la comunicacion con las naciones extranjeras. Por esta razon solo hablaremos de la *p* y de la *b*.

Estas dos letras son tan afines entre sí, que se equivocan frecuentemente en la pronunciacion; sin embargo de esto, consultando su modulacion, haremos ver la diferente significacion que por ella corresponde á cada una; en primer lugar, como letras labiales tienen una significacion comun, esto es, el ser aplicadas una y otra á cosas bajas, por ser esta parte del órgano de la voz visiblemente inferior á las demás; quiero decir, colocada en la parte más baja. Distínguense entre sí en que la *b* por su modulacion despide el aliento hácia abajo

como dejándolo caer, y la *p* despide dicho aliento sostenidamente ó en línea recta ó levantada algun tanto de esta: de modo que la diferencia de la *b* á la *p* consiste en la más ó ménos fuerza del aliento formador: en la *b* es decadente: en la *p* es sostenida; y de aquí es que la *b* es más propia para significar las cosas bajas y superficiales, y la *p* para las cosas bajas que tienen alguna elevacion. Bajo de estos supuestos, veamos si el bascuence es constante en dar á estas letras en sus voces la analogía correspondiente á las respectivas significaciones que las hemos dado.

Be-arra. Esta voz nos dá á entender que la sílaba *be* tiene su propio significado, porque formándose añadiendo á ella la terminacion patronímica *ar*, que equivale al *de* de ablativo de la lengua castellana, es preciso que el signado de *be-arra* sea una cosa del paraje llamado *be*. Con esta voz *be-arra*, que tambien se pronuncia *bi-arra*, damos á entender lo que el castellano con las palabras *necesidad*, *afan*, *trabajo*, etc.; y en efecto, estas cualidades son propias á los entes terrestres ó que viven en este mundo, pues solo ellos tienen necesidades, trabajos y afanes. Por esta voz se conocen las ideas religiosas de sus inventores, así acerca del mundo como del cielo.

Be-guia. Llaman así los bascongados á lo que los castellanos *vega*, y del mismo modo que el anterior, nos hace ver que la sílaba *be* tiene su propio significado, pues resultando de dicha sílaba y la terminacion negativa *ga* que los bizcainos pronuncian *guia* y significa lo que el *sin* de la lengua castellana, es visto que *be-guia* literalmente quiere decir la cosa más baja, esto es, que no tiene terreno que sea más bajo que él, y ¿qué cosa son las vegas? Son unos terrenos los más bajos, de donde es vista la legitimidad y analogía que tiene la voz *beguia* con su signado.

Be-guija. Llaman así al ojo, y literalmente quiere decir cosa redonda ó que no tiene parte baja, esto es, base ó peana sobre la cual exista, igualdad muy propia para significar una cosa redonda como es el ojo. Consúltese el *o-culus* del latin, que literalmente quiere decir *redondito*, como compuesto de la letra *o*, cosa redonda, y la terminacion diminutiva *culus*. Es muy abundante esta voz en sus derivados: de ella vienen *a-beguija*, *ar-peguija*, *be-guiratu*, *be-coguija*.

Be-ra-tu. Con este verbo damos á entender lo que el castellano con *remojar*, esto es, ablandar las cosas por medio del agua, y se forma del nombre *beria*, que literalmente quiere decir cosa *abofada*, esto es, que cede ó se elastiza al menor empuje. En efecto, una cosa ablandada por medio del remojo pasa del estado de dureza al de blandura: de la de una constitucion dura é inmóvil, á la de una elasticidad conocida, lo que nos hace ver la analogía de la voz *beratu* con su signado.

Es tan constante y tan conocida la significacion literal de la sílaba *be* en las voces bascongadas, que el más rústico la está palpando; por

lo mismo no queremos molestar al lector con mayor número de voces de esta naturaleza, y pasaremos á decir algo de la sílaba *ba*.

Esta sílaba literalmente quiere decir una cosa baja y extendida. El bascuence la adoptó para significar la unidad, sin duda por la raya larga con que se figura en el suelo, indicando su permanencia ó el ministerio que tenia de recordar unidades por la adicion de la letra *t*. Las unidades, como lo dijimos en nuestra gramática tratando de los numerales, se dan á entender por medio de rayas, á lo ménos cuando se quiera retener la memoria de ellas, lo que vemos practicado hoy mismo por la gente rústica que lleva sus cuentas, formando por cada unidad una raya. De aquí es que en el bascuence la mayor parte de voces bascongadas formadas con la sílaba *ba* deben su orígen á la unidad: decimos *ba-tu* hacer una cosa de muchas, esto es, unir; *baquia* cosa de uno, esto es, la paz: *ba-carra* de los que no tienen compañía, esto es, solitario: *ba-candu* poner las cosas uno á uno, esto es, separarlas: *ba-cocha* cosa de uno, esto es, cada cual; y otros innumerables que seria molesto el referirlos. Sin embargo, no dejamos de tener algunas voces que deban su orígen á la sílaba *ba* bajo de la significacion de *bajo extendido*.

Ba-li-a. Esta voz se forma de la sílaba *ba* y la terminacion participal *le*, que equivale á hacedor. *Ba-li-a* literalmente quiere decir hacedor ó el que hace bajas extensiones: de modo que para que esta voz sea analoga con su signado, este ha de ser un ente cuya cualidad más perceptible sea el hacer estas bajas extensiones. Llama *ba-li-a* ó *ba-le-a* el bascuence en sus diferentes dialectos á la ballena pez, y muy bien, porque su cualidad ó distintivo principal y más visible es el hacer extensiones bajas. Este animal, despues de haber andado un gran espacio bajo de las aguas sale sobre ellas visiblemente: vuelve á zambullirse y hace despues de otra igual caminata otra salida, y así es que se distingue de todos los demás peces que no son cetáceos, y de estos en que su buceo ó el espacio que emplea de salida á salida es más extendido. Al principio esta voz fué un verdadero epiteto acompañado con el sustantivo *arraiña* pez, como si dijese pez que hace bajas extensiones, buceos ó zambullimientos: de modo que siendo esta operacion ejecutada por debajo de las aguas y en un espacio extendido, es notoria la analogía de esta voz con el signado á que fué aplicado por el bascuence, y de aquí es que la voz ballena es usada respectivamente por varias naciones; las Islas Baleares y demás voces derivadas de esta naturaleza parece que tienen su orígen en la palabra *ba-li-a* ó *ba-le-a* de los bascongados. Véase tambien si la bala de cañon puede tener su orígen en esta voz, como hacedor de extension larga; esto es, como que se extiende largamente y en línea horizontal así como la ballena.

Ba-ri-a. Esta voz sin la nota de apelativo suena *ba-re*, de donde resulta que sus letras formadoras son la *b*, la *a*, la *r* y la *e*. La *b* sig-

nifica cosa baja; la *a* cosa extendida; la *r* denota movimiento, y la *e* cosa débil, flaca: de modo que para que la voz *ba-re* ó *ba-ri-a* sea análoga á su signado, es preciso que las cuatro cualidades indicadas lleguen á constituir la diferencia específica del ente significado. Veamos si lo es así.

Con la voz *ba-re* ó *ba-ri-a* dá á entender el bascuence lo que el castellano con babosa, limaco ó limaza. Este animal ó gusarapillo es en primer lugar bajo, como que repta sobre su cuerpo: este cuerpo es extendido, longitudinal ó largo: es movible, pero este movimiento es débil, tardío y puede decirse que es casi inmóvil. Estas cualidades parece que nos llevan al claro conocimiento de la especie de estos animales asquerosos, babosos y enemigos de las tiernas verduras, especie que incluye bajo de sí varias familias.

Llama con esta voz el bascuence metafóricamente al mar cuando se halla en calma ó en un movimiento de fluidez suave, y así es que los bascongados dicen *Ichaso baréa* ó *baria*, mar en calma ó mar pacífico, y de aquí el verbo *bareiu* aquietarse la mar ó aplacarse sus olas. Por la misma metáfora llaman tambien *ba-re-a* ó *ba-ri-a* á aquellas planicies que tienen las montañas, y de aquí vienen los nombres de los pueblos y caseríos Baracaldo, Baranda, Barazabal, Baraluce, Barandiaran, Baraibar, etc.

Ba-tza. Con esta voz dan á entender los bascongados el limo ó pósito que hacen los líquidos en el fondo del albeo en que corren ó permanecen. Este limo es en primer lugar bajo por su localidad, como que se halla en lo más profundo de la caja de los líquidos y fluidos. Es tambien extendido, como que ocupa y se esparce por toda la superficie de dicha profundidad. Es últimamente abundante, como que es una cierta union de partículas térreas que se desgajan por su pesadez de los cuerpos líquidos y fluidos, y van á parar á unirse mútuamente y formar un cuerpo sólido en dicha profundidad, significados todas ellas que fijamos en nuestra gramática respectivamente á la *b*, á la *a* y á la *tz*. Vean los literatos si el *base* con que dan á entender el cimiento ó fundamento sobre que se edifica una cosa física ó moral, debe su origen á la voz *ba-tza* con todos los demás derivados que de ella resultan. Pasemos á la sílaba *bi*.

Esta sílaba, como que en ella se halla modificada la consonante *b* por la vocal *i*, significa ó es propia para dar á entender cosas bajas, sutiles, delgadas y de otras cualidades análogas á estas. Veamos si la práctica de la lengua bascongada corrobora en sus voces esta significacion, y analicemos al efecto algunas voces.

Bi-di-a. Esta palabra se forma añadiendo á la sílaba *bi* la terminacion local *de*, que con la nota de apelativo los bizcainos pronuncian *dia*: de modo que *bi-dia* literalmente quiere decir una cosa ó paraje bajo, delgado y lineal. Damos á entender con ella al camino, que es un lugar ó paraje por donde andamos: este lugar es bajo como que

lo pisamos, pero estrecho y lineal, como que es de poca latitud y su funcion es dirigirnos por aquella línea más recta que es posible al lugar ó paraje para donde está destinado el camino. Vean los literatos si el *via* de los latinos y otros idiomas con la multitud de sus derivados deben su orígen á esta voz bascongada, miéntras pasamos á corroborar su significado literal por el análisis de otras voces.

Bi-i-ja. La duplicacion de la *i* hace que la sílaba *bi* reciba en esta voz una diminucion, un adelgazamiento ó sutilidad extremada, y por lo mismo su signado ha de ser una cosa delicadísima, poquísima, y así es que con *bi-i-ja* los bascongados dan á entender lo que el castellano con la palabra cosita, esto es, un ente que por su pequeñez, baja estatura, sutilidad de cuerpo no merece el nombre de cosa: voz que por su corpulencia de sonido nació para representar cosas grandes. A esta significacion corroborará con energía el análisis de la voz siguiente.

Bi-i-chi-ja. Pronuncian los bascongados ordinariamente esta voz con la supresion de una de las *ii*, y dicen *bi-chi-ja* á causa de la propension general de acortar cuanto se pueda la locucion. Esta voz por la adicion de la partícula diminutiva *chi* recibe aun todavía mayor sutilidad y degrada en alguna manera á la voz *bi-i-ja*, cosita de pequeña corpulencia que nos indica: de modo que la palabra *bi-ichi-ja* ó *bichija* nos ha de representar para ser análoga con su signado una cosa la mas ténue, la más cuca, la más linda, cualidades que se dejan ver tanto más en los entes, cuanto estos son más pequeños, más invisibles para decirlo así. De aquí es la inclinacion y la complacencia que nos da el ver las cosas grandes y extendidas en punto menor, deleitándonos en pasearnos por todo el mundo por medio de un globo terrestre, de reconocer los cielos en un Armillar y recorrer las calles, plazas y sinuosidades de un Madrid, de un Lóndres, de un París por el auxilio de un pliego de papel en que se hallan delineadas estas capitales: por esta razon el bascuence quiso aplicar la voz *bi-chi-ja* para dar á entender lo que el castellano *dije, cosa cuca, preciosa, linda* y *agradable*, por contener ó encerrar en punto menor las perfecciones que presenta un ente en sí mismo ó en su mayor corpulencia. En efecto, un hombre de un palmo, pero que no le faltase perfeccion alguna, sería el objeto placentero de cualquiera hombre de gusto, y otro de medio palmo acrecentaria más el placer.

Es visto, pues, que el bascuence se manejó filosóficamente en la aplicacion de la voz *bi-chi-ja* á los *dijes, cosas cucas, lindas* por su pequeñez de cuerpo y perfeccion individual.

De esta voz bascongada provino al parecer la voz *bicho* de los castellanos y el *pichel* que en algunas provincias se usa para dar nombre al jarro; pues *pichiluba* ó *bichiluba* quiere decir literalmente paraje de guardar los dijes, preciosidades, cosas cucas y monas que eran entre los bascongados ciertas vasijas de estaño ó plomo, y habiéndose

reducido estas vasijas al uso de los licores, de aquí es el haberse extendido á significar los jarros.

Bi-ci-ja. Esta voz se forma de las sílabas *bi* y *ci*: la *a* final es nota de nombre apelativo: la *j* letra dialéctica del uso de los bizcainos. *Bi-ci-ja* todo junto quiere decir *cosita movible*, como que *bi* quiere decir cosita, y la *ci* cosa que sutilmente se mueve tomada de la onomatopeya por el ruido sutil que causa todo movimiento que no es torpe por el necesario choque del aire con el cuerpo movido. Con esta voz damos á entender todo ente que se mueve ó parece moverse, y de aquí es que aunque antonomásticamente llamamos así á todo viviente ó movible por su propia virtud, entendiendo en este sentido cuando va ella sola, sin embargo llamamos *ubi-ci-ja*, agua movible, á la corriente de los rios: *ubi-ci-jac* á las aguas vivas de la mar: *lubi-ci-ja* á las tierras desgajadas: *arri-bi-ci-ja* á las peñas que equean y tambien al mismo eco.

De esta voz sale la palabra *bi-ci-tzia*, que literalmente quiere decir cosa de mucho movimiento, esto es, la vida. De aquí el verbo *bici*, vivir, y el *bi-ci-tu* ó *bi-s-tu*, volver á tener movimiento, volver á tener vida, esto es, resucitar: de aquí *bi-ci-naja*, amador ó deseoso de la vida: *bis-corra* ó *bisi-corra* inclinado á movimientos, esto es, vivaracho, y otras innumerables voces que reservamos para el Diccionario.

Vean los literatos si pueden ser oriundos de la voz *bici* literalmente moverse y figuradamente vivir las palabras *vita*, *vicisitud*, *vicisin* y otras de la lengua latina y sus hijas; como tambien las griegas, que en el comun sentir de los sábios dieron motivo al *vita*, *vivo* de los latinos, y pasemos á la sílaba *bo*.

En esta sílaba la significacion de la *b* se halla modificada por la vocal *o*, y por lo mismo ha de ser aplicada á las cosas bajas y redondas, y así es que en el bascuence todas las voces en que entra esta sílaba significan cosas bajas y redondas al contrario de la *go* que significa cosas altas de arriba ó redondas. Hagámoslo ver prácticamente en la análisis de algunas voces bascongadas.

Bo-chi-lua ó *po-chi-lua*. Con esta voz, pronunciada por unos con *b* y por otros con *p* por su afinidad, damos á entender aquellos agugeritos que los chicos hacen por lo ordinario en la tierra para jugar en ellos con nueces, poniendo los dos contrincantes igual número y tirando con todos ellos á dicho agujero, en que gana el que mete pares. Este agujero es bajo y ovalado, y esto mismo es lo que significa la *b*, la *o* y la voz *chilua* ó *cillua*: de modo que explicamos la cosa significada con sus más visibles propiedades, y á la sílaba *bo* damos el significado que hemos dicho.

Bo-tia. La sílaba *bo* ó su significado se halla modificado en esta voz por la sílaba participal *la* que equivale á hacedor. Las bolas son unos cuerpos redondos de varios materiales de que se sirve el hombre

en diferentes juegos dirigiéndolos á los fines determinados con aquella fuerza ó violencia que cada cual juzgase oportuna. Este movimiento no es rastrero, sino volteador, y camina la bola haciendo *oes* ó redondeces sobre el pavimento ó bajo del paraje destinado para el juego, y hé aquí la analogía de la significacion de la *b*, de la *o* y de la *la*. De aquí es que las voces *bola*, *boche*, *bochar*, *bolinche* deben su orígen al bascuence, y que este idioma con su *bolia* dió motivo al uso impropio de la voz bolar, que por lo mismo debe escribirse con *b*; pero ¿á qué nos cansamos en un escrupuloso análisis?

Consulten los literatos las voces *bota* tirar rodando: *botia* la bota: *botiquia* cosa de muchos potes, esto es, la botica: *botoia* boton: *botillia* botella: *bonbilla* cierta botija de boca estrecha de dos asas, y redonda á manera de una bola. Estas voces, consultando sus signados, hacen evidente la significacion de la sílaba *bo* usada en el bascuence, usada en el castellano y verán los sábios á qué idioma debe atribuirse su orígen. Pasemos á la sílaba *bu*.

La sílaba *bu* se usa en muchas voces del bascuence como onomatópica, remedando con ella el ruido bronco y balbuciente que se oye cuando la voz sale de alguna profundidad ó se rompe en las fauces. Burlámonos de los que tienen esta pronunciacion regularmente ininteligible, y la reprendemos con la repeticion de la sílaba *bu*. Decimos no hables *bu bu*, pronuncia claro, etc., y á esta onomatopeya debe su orígen la voz *bullia* con que damos á entender lo que el castellano con bulla, y es aquel confuso murmulleo de voces humanas que llegan á nuestros oidos como unos sonidos inarticulados y suenan en ellos como el *bu bu*, por lo que llamó bien á este ruido el bascuence *bullia*, que quiere decir hacedor de *bues*, ó un ruido que tiene este sonido confuso, equcado ó formado en concavidades. En efecto, háblese cualquiera cosa dentro de una cuba ó cueva profunda: articúlese lo que se habla con la mayor claridad, pero para cuando llegue fuera vendrá á ser una bulla, una voz ronca y no articulada por la mezcla de los diferentes ecos que recibe en el embovedado. Observemos igualmente de alguna distancia la grita ó bullicio de una plaza de corros; bien pueden todos los concurrentes proferir en individuo una misma voz clara y distintamente, esto es, *perros* ó *fuego*, pero el eco ó ruido que se percibirá será bronco, confuso, inarticulado y á mi ver no consiste en otra cosa sino en que cruzando las voces individuas, esto es, la voz *perros* de un crucero con la voz *perros* del otro crucero, y las voces *perros* dirigidas por todos los ángulos y líneas de la plaza, el *perros* que vuelva con el aire á tropezar con el *perros* que viene por la línea opuesta ha de confundirse, y chocarán las dos voces *perros* tropezando la *p* con la *s*: la *e* con la *o*: la *o* con la *e*: la *s* con la *p*; y solo la *rr* central recibirá mayor fuerza por la igualdad de la *rr* con que tropieza. Separemos un tantito la línea por donde vienen otras dos voces á encontrarse en línea recta; la *s* tropezará

con la *o* y la *e*: la *o* con las dos *rr*: y la *rr* con la *p* y *s*. La otra voz *perros* que viene á encontrarse tropezará con su *p* en el confuso sonido que empiezan á formar la *e*, la *o* y la *s*. La *e* chocará con las dos *rr* y la *o*. La *rr* con la *o*, *e* y otra *rr*, y la *o* con la *s*, *p* y *e*. Hagamos chocar otras voces *perros* que vienen de diferentes ángulos y hallaremos la legítima causa de haberse enronquecido, confundido é inarticulizado la voz *perros* sin embargo de haberla pronunciado cada uno de los proferentes clara y articuladamente; de modo que la voz *bullia*, sin embargo de ser onomatópica la sílaba *bu*, es bascongada por la terminacion participal *la* que solo en este idioma significa *hacedor*, y la voz *bullia* es muy análoga al signado que representa.

Bu-ru-ba. Con esta voz damos á entender lo que el castellano con la palabra *cabeza*. Esta parte de nuestro cuerpo es una de las famosas concavidades que la constituyen, llamada por lo mismo de los anatómicos *cavidad vital*. Ella es la que por su huequedad nos hace percibir con la mayor distincion los sonidos, y cuando el ruido es extremado, la percusion del aire en su embovedado causa los trastornos ordinarios que experimentamos. Si á la oreja atribuimos el sentido del oido, es porque presta tránsito a la voz: pero esta causa su efecto por el eco ó choque con que percute la hueca calavera, que es el embovedado. Esta concavidad es interna, baja y grande. Ultimamente es móvil, y hé aqui la analogía de las letras de nuestra palabra *buru* ó *buruba*, ó mejor con sus cualidades más notables. Por la *b* cualificada con la letra *u* conocemos que se habla de un ente cuya cualidad primera es el ser hueca, pero con una huequedad interna, y como encerrada y oculta: con la *r* conocemos su movilidad, y con la última *u* nos hacemos cargo de que esta profundidad es abundante real y de mucha consideracion: en una palabra, nos confirma más y más en la significacion de la sílaba *bu*, como que duplicamos la misma letra *u*, efecto ordinario del uso del habla para corroborar más y más lo que se dice. Un *si* sobre otro *si*, esto es, *si*, *si*, no solo afirman la cosa, sino que afirma la misma afirmacion y hace un énfasis. Lo mismo sucede con la *no* sobrecargada con otra *no*. *No*, *no*, energiza la negacion y hace que esta sea más firme, más evidente, más real si así se puede decir.

Con la voz *buruba* dá á entender el bascuence metafóricamente las sumidades ó alturas de otro cualquier ente, aunque sea inmóvil, y esto lo ejecutan todas las naciones con las voces con que dan á entender la cabeza. Esta reflexion me ha hecho creer que las innumerables ciudades del Norte acabadas en *brig*, *bourg* y *burg* deben su orígen á nuestra voz bascongada *buru*, y que se trasladó desde nuestra península á aquellas tierras lejanas por uno de aquellos muchos medios que causan la transmigracion de las palabras. Confirma esta opinion el uso de la voz *Búrgos* y *Burgo* con que llamamos á varios pueblos de España. Los *Burgoas*, *Burguinas*, *Burdarias*, *Burceñas* y otros

nombres de caseríos y apellidos bascongados, y el observar que estos pueblos y caserios así llamados se hallan colocados en eminencias; pero esta cuestion debe ser reconocida con más extension, y la reservamos para el Diccionario.

Es tan grande el uso que hace nuestro idioma bascongado de su *buru*, que la mayor parte de las voces que empiezan con la sílaba *bu* ó *bur* deben su orígen á ella. *Burdija*, *Burpilla*, *Burdinia*, *Burduncija*, *Burti* y otras innumerables con todos sus derivados vienen de ella, como se hará ver en el Diccionario. Pasemos á la letra P.

La íntima afinidad que tienen la *p* y la *b* en su pronunciacion nos hace ver la que deben tener en su significado. Por esta razon será suficiente el advertir que se tengan presentes las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño, esto es, la *pa*, *aup* y *apax*. En estas voces y sus derivados no ha de mirarse á la significacion de la *p* modulacion, sino á si hay ànalogía en ellas con miramiento á las tres expresadas radicales. Adviértese tambien que la sílaba *pa* debe reputarse como una verdadera interjeccion del adulto. Observamos que el hombre prorumpe en esta natural expresion cuando quiere representar una accion apelmada, y así es que los bascongados para decir de una persona que es un pelmazo, usan de la expresion *pa da ori*, ese es un *pa*. Consúltense en confirmacion la voz *panarra* de orígen conocidamente bascongado, como se hará ver en el Diccionario, y usada por los castellanos para dar á entender un pelmazo. Consúltense igualmente las voces *pagar*, *paga* y sus derivados usados en el castellano y que vienen de las bascongadas *paguia* y *pagatu* y otras de esta naturaleza, y se verá el uso de la interjeccion *pa*.

En cuanto á la *p* como modulacion del órgano de la voz, téngase presente el frecuente tránsito que hace esta letra á la *b*, y al contrario la facilidad con que se muda esta en aquella en todos los idiomas, y especialmente en el bascuence: decimos en este idioma *bochitua* y tambien *pochitua*: *bichiluba* y *pichiluba*: *pachi* y *bachi*: *baquia* y tambien *paquia*, etc.: de modo que la significacion de la *p* y de la *b* se confunde, ó mejor, se trastorna por la inmediata afinidad. Sin embargo, como hay voces en que la *p* no se muda en *b*, ni la *b* en *p*, nos parece que estos son los únicos casos en que se ha de buscar la analogía de las palabras por la significacion particular de la *p* y de la *b*, pues en lo demás han de recibirse en lo comun, esto es, en la de cosa baja, como consonantes producidos en la parte inferior del órgano de la voz adonde hubo de recurrir el instinto de los primeros hombres para hacer ver esta cualidad. La *p* goza constantemente de su significacion particular cuando va modificada con la vocal *i*, esto es, cuando forma la sílaba *pi*, pues observamos que esta sílaba se usa por muchas naciones para indicar las puntas ó cosas sublunares que las tienen, pues en cosas celestes á esta cualidad ordinariamente llaman rádios. Esto se hará perceptible al filósofo meditativo, sin embargo

del frecuente uso de la metáfora que trastorna en la mayor parte de los idiomas esta bella distincion. El bascuence es exacto en el uso de la significacion de la sílaba *pi* en sus voces. Hagámoslo ver analizando alguna.

Pi-quia. Esta voz se forma añadiendo á la sílaba *pi* la terminacion accionaria *ca*, que los bizcainos pronuncian *quia*. *Pi-quia* literalmente quiere decir hacedor de picadas ó punzadas, y con esta voz dá á entender el bascuence lo que el castellano con la misma vertida á su modo, esto es, con *pica*. Obsérvese, en efecto, el ministerio de este instrumento y se verá que no es otro que el indicado por la literal significacion de la voz *pi-quia*. De aquí es que las palabras castellanas *pica*, *picar*, *picante*, *picazon* y otras de esta naturaleza deben al bascuence su orígen, como que todas vienen de la primera, esto es, *pica*, en que entra la terminacion accionaria *ca* propia de nuestro idioma.

Pi-cu-ba. Con esta voz dan á entender los bascongados en el sentido comun el pico de los pájaros, que es en primer lugar punzante ó de la figura de una pica: en segundo lugar es corvo este pico, y hé aquí la analogía de esta voz con su signado: pues *pi-cu-ba*, quitada la nota de apelativo, que es la *a* final, y la *b* dialéctica de los bizcainos, queda en *picu*, de donde se vé que se forma de cuatro letras *p-i-c-u*. La *p* significa cosa baja, esto es, terrestre, pero algun tanto elevada por lo que queda dicho á la entrada de este capítulo, y esta cualidad se verifica en los picos de las aves: su punta justifica la significacion de la *i*: la corvitud del pico se halla pintada por la *c*, y la *u* denota que este pico es hueco. De aquí es que aun la voz pico del castellano debe su orígen al *picuba* de los bascongados.

Metafóricamente con la voz *picuba* dá á entender nuestro idioma lo mismo que el castellano con *pico* el delicado y sutil modo de hablar de alguna persona, como tambien la verbosidad y aun cierta postura picoteada de los lábios.

Pi-pa-rra. Con esta voz dan á entender los bascongados el pimenton. Compónese de las sílabas *pi* y *arr*: la *a* final es nota de apelativo: la *p* letra eufónica: *pi-arra* sería voz tosca: *pi-parra* no lo es: en *pi-arra* queda el aliento como detenido despues de la *i* y corta la palabra: en *pi-pa-rra* corre eslabonando todas las letras sin interrupcion y es un aliento seguido. Por cualquiera parte que queramos mirar al signado de esta palabra es análogo con su orígen. Si contemplamos la figura de los pimentones hallaremos que son como unos picos de pájaros puntiagudos y corvos: esta es su figura ordinaria. La romez que en algunos de ellos se observa es efecto de su decadencia. Los pimentones de esta configuracion dejan de serlo en alguna manera, como que falta en ellos su principal propiedad, que es el ser picantes. Si queremos reconocer sus efectos será igualmente análoga la voz con el signado, pues por su picazon es punzante. De modo que

no se pudo adoptar nombre más adecuado para nombrar esta fruta que *piparra*, que literalmente quiere decir de los que punzan ó son corvos y punteados, porque á la silaba *pi*, cuya significacion se ha dicho ya, añade la terminacion patronímica *arr* que equivale al *de* del ablativo de la lengua castellana. De aquí es que *piparra* es voz bascongada, y que los latinos, castellanos y demás idiomas que lo usan la han tomado de ella con todos sus derivados.

La sílaba *po* se confunde en su significacion con la *bo* por su mucha afinidad, sustituyéndose con frecuencia como queda dicho: á la *pu* sucede lo mismo con la *bu*, excepto en aquellos casos en que la *pu* es interjeccion del adulto de quien hablamos largamente en su lugar. Pasemos, pues, á las palatinas, que siendo opuestas á las labiales en su significado, se entenderán mejor colocándolas las unas junto á las otras.

PALATINAS.

Dos son las consonantes que comprende esta familia: es á saber, la *k* y la *g*, y por *k* se ha de entender toda letra que suene del mismo modo que *c* ántes de las vocales *a*, *o*, *u*, y se ha de reputar como *g* solamente cuando esta suene del mismo modo que el *ga*, *go*, *gu*.

Así como las labiales están destinadas para significar cosas bajas, de la misma manera las palatinas nos dán á entender cosas altas, y esta significacion consiste en que el paladar es la parte superior del órgano de la voz, y proporcionada por lo mismo para que el instinto recurra á ella para analoguizar la voz, cuando la altura es una de las cualidades que le energizan en la cosa que quiere dar á entender. De aquí es que la letra *g* y la *k* tienen una suma afinidad y el que se sustituyan una por otra en el uso de los idiomas, lo que debe tenerse presente para no confundirlas en el análisis de las palabras.

La *g* se diferencia de la *k* en que esta se emplea en cosas despreciables, tristes, lóbregas y otras cuyas cualidades son análogas á estas; y aquella en cosas alegres, suaves, deliciosas y demás que tienen analogía con estas cualidades. Esta significacion que particulariza y distingue á la *g* y á la *k* proviene de las interjecciones del adulto, como que se observa en él la prolacion de la *g* cuando el deleite y la complacencia le hace prorumpir en risa; y la *k* cuando el desprecio ó el descontento mueve el órgano de su voz á proferir alguna articulacion. Esto supuesto, analicemos algunas voces bascongadas para ver si este idioma es puntual en dar en sus voces á estas dos letras la significacion que las hemos dado, y empecemos por la *G*.

Ga-ri-a. Esta voz se forma de la letra *g*, la *a*, la *r* y otra *a*. Quitando la nota de apelativo suena *gara*. La *g* significa cosa alta y al

mismo tiempo agradable: la *a* cosa extendida: la *r* cosa móvil pero suave y la *a* segunda tiene la misma significacion que la primera, con la diferencia que la primera es una modificacion que cae inmediatamente sobre la *g* y la segunda sobre la *r*: de modo que la voz *gava* ó *garia* para ser análoga con su signado, este ha de tener por cualidades muy visibles y propias, primero el ser cosa *elevada*, *alta* ó *crecida*, y que esta elevacion sea grata; segundo que sea extendida; tercero que sea móvil; y cuarto que esta movilidad sea extendida ó consista en extenderse. En efecto, con la voz *gara* ó *garia* dá á entender el bascuence lo que el castellano con las palabras *brotes*, *bretones* ó *vástagos* á quienes les viene muy bien la aplicacion de las cualidades referidas. Un brote, breton ó vástago es en primer lugar una cosa sobresaliente, y es tambien agradable á la vista por su gallardía: es extendida, como que se desparrama y alarga saliendo del tronco que la produce y formando como un largo dedo de él: á más es movible, ya en su rápida vejetacion, ya que miremos á la flexibilidad suya. Ultimamente, esta flexibilidad ó vejetacion, es extendida especialmente en los brotes ó bretones de hierbas, que serian quizá en el mundo primitivo los que se entendieron con este nombre.

Es verdad que no tendrá el bascuence una voz á quien le sea deudor de mayor número de derivados: de *gara* mudada la última *a* en *i* viene la voz *gari*, que con la nota de apelativo se pronuncia *garija*, con que significamos la hierba trigo: de ella trae su origen el verbo *garatu* con que damos á entender lo que el castellano *espigarse* hablando de las verduras: de ella la voz *garra* mudando la sencilla *r* en la doble *rr*, para denotar la fuerza ó desabrimiento del movimiento de la llama significada con dicha voz *garra*: de ella *garratza* con las dos letras dobles para dar á entender la abundancia y tosquedad con que se extiende en nuestro gusto lo ágrio que con ella significamos, pero ¿á qué me canso si esta demostracion no puede tener lugar en su complemento hasta la formacion del Diccionario?

Metafóricamente aplican los bascongados esta voz á las cosas sobresalientes y nominadamente á las elevaciones ó sumidades de los montes y colinas: de aquí vino el llamar á los caseríos edificados en estas situaciones *Garaijac*: de aquí los apellidos Garais, Garotas, Garalos, Garacates, Garamendis, Gárates.

Ga-na. Quitando de esta voz la nota de apelativo suena *gan*, y se vé que resulta de las letras *g*, *a*, *n*. De aquí es que el signado representado por ella ha de ser una cosa cuya primera cualidad y la más notable sea el ser alta y agradable: la segunda el ser extendida y ancha, y la tercera permanente é inmóvil. Llaman *ga-na* los bascongados á aquellos altos ó sumidades de montes que forman una planicie ó anchura.

Estos parajes son altos, son placenteros por las vistas que nos proporcionan: son últimamente inmóviles: y hé aquí la analogía de la

voz con su signado. Es verdad que extendemos esta voz y nos valemos de ella para significar todo lo que es cimero, pero es metafóricamente. El primer destino de la palabra *gana* fué la significacion dada. Consúltense los muchísimos nombres de pueblos y caserios que se forman de ella, y se verá que se hallan colocados en estas situaciones. Tales son los Gangoitis, Ganzagas, Ganzabales, Gandaras, Gamboas, Gandaseguis, Ganetas, etc. De la misma *gan*, suprimida la *n*, vinieron los Gamarras, Gamices, Gamindes y otros muchos.

Ga-bi-ja. Fórmase esta voz de las sílabas *ga* y *bi*: la *ga* significa sobresalencia extendida: la *bi* y su numeral que equivale al *dos* de la lengua castellana. Damos á entender con ellas al mazo y con especialidad al de las ferrerías: en efecto, los mazos antiguamente fueron de dos sobresalencias extendidas en las ferrerías: de modo que se mudaban de arriba abajo, y funcionaban por ambas bocas, así como hoy los martillos de herradores. Al presente no tienen nuestros mazos de ferrería sino una boca, pero he visto mazos antiguos y son de dos bocas ó sobresalencias. En la escavacion que hizo D. Martin de Ibargoitia en la caserío de Astolabeitia en la anteiglesia de Abadiano se hallaron varios de estos mazos á que me hallé presente: sobre todo no hay cosa más abundante aun hoy que los mazos y martillos de dos bocas. La voz *gabi*, ó con la nota de apelativo *gabija*, es antiquísima en el bascuence: de ella vienen muchísimos nombres de caserios y apellidos. Tales son Gabiola, Gabiria, Gabitegui, Gabiteguiera, etc.

Gai-ti-ja. Separada de esta voz la *a* final, que es nota de apelativo, y la letra dialéctica *j*, suena *gaiti*. Literalmente quiere decir sobresalencia extendida, sutil y frecuente, y su signado para que tenga la debida analogía ha de ser una cosa que tenga en sí ó cause estas cualidades, esto es, saltos ó elevamientos placenteros, extendidos y grandes, sutiles y frecuentes. Veamos si lo es así. *Gaitija* ó *gaitia* quiere decir la gaita. Este instrumento músico es conocidamente español, y no tenemos noticia de su orígen: de donde hemos de inferir que esta voz es una de las del idioma antiguo español; dirigiéndonos por la significacion de las letras hallamos una bella analogía. La gaita sirve y anima al baile, esto es, una accion que consiste en saltos ó elevamientos extendidos: la sutileza en las posturas lo hermosea: los saltos y posturas son extendidas. Ultimamente, el todo del bailar estriba, para decirlo así, en la frecuente repeticion de musculaciones ó juegos de movimientos corporales.

Esta voz es conocidamente bascongada, ya por ser nacional y propia de los españoles, ya por la analogía que tiene con su signado cotejada la significacion de las letras con el ente significado, ya finalmente por el uso que hace este idioma de la sílaba *gai* en la acepcion de cosa alegre, placentera. En efecto, llama al enfermo, ó mejor al desconsolado *gai-xoa*, esto es, de poco consuelo, de poca alegría: *gai-tarija*, persona inclinada á regocijos y á tener buen humor: *gai-*

lle-ena el más embromador, el más divertido de una comitiva: *gai-lleta* ó *gai-eta* cierto cubo ó jarro de madera muy usado por los ferrones y en que traen el vino que por costumbre se les dá al fin de la semana reducido á un cuartillo de azumbre por persona: *gai-lleta* ó *gai-eta* literalmente quiere decir alegrador, y en verdad solo puede saber quien lo ha visto la complacencia de estos hombres laboriosos cuando llega la hora del *gai-lleta*, que es el término de sus trabajos semanales, y el tiempo deseado de restituirse al seno de su familia que toda la semana no lo habian disfrutado. Pasemos á la *gue*.

La sílaba *gue* se diferencia de la *ga* en sus vocales y así es que por la superfluencia de la *g* es aquella suave. De aquí viene la acepción de descanso, sosiego, etc., que tiene en el bascuence. Algunos ejemplos harán ver esta significacion.

Gue-li-a. Esta palabra se forma de la sílaba *gue* y la terminacion participal *la* que como repetidas veces hemos dicho significa hacedor, y *guelia* todo junto el que causa ó hace descansos, esto es, el descansador. Con esta voz damos á entender el dormitorio ó cuarto destinado para dormir, que por esto y por lo que dijimos en la Apología hablando de esta palabra, le viene muy bien esta significacion.

Gue-ro. Es un adverbio que equivale hoy al *despues* de los castellanos; pero en su literal significacion quiere decir *descansadamente, sosegadamente*. Una de las voces más difíciles en su invencion es el adverbio *despues* si consultamos la significacion natural de las letras. No hallamos en ellas aquellas características que nos lleven al conocimiento de lo futuro y por lo mismo hemos de creer que los primeros hombres formaron este adverbio de alguna otra voz que tuviese analogía con este tiempo. Examinemos cuál sería esta voz.

Todo lo que dilatamos para un tiempo venidero, ordinariamente consiste en que no tenemos tiempo proporcionado ó lugar de ejecutarlo en aquel instante en que se nos presentó la idea de la ejecucion y la escusa que damos es el hallarnos ocupados, prometiendo hacer la cosa cuando estamos descansadamente. Decimos *está bien, se hara la cosa cuando esté desocupado; cuando me halle descansadamente*. Hé aquí el modo con que el adverbio *descansadamente* se adoptó para significar el *despues*. Corrobora mi modo de pensar el que los bascongados formaron dos adverbios con la voz *guero* doblando su *e*, y así es que entre nosotros *guero* significa despues y *gueero* sosegadamente. De aquí el verbo *gue-l-di-tu* llegar al paraje del descanso, esto es parar, y otras muchas voces que se harán ver en el Diccionario.

Gue-l-di-ro. Es otro adverbio que quiere decir *poco á poco*, pero su literal significacion es como en cosa descansada ó como en cosa que no hay prisa. En efecto, el hacer una cosa poco á poco es hacerla descansadamente: es obrar en ella como en una cosa que no se tiene prisa.

Guerrija. Con esta voz damos á entender lo que el castellano con

la palabra cintura: sin embargo, en su literal significacion quiere decir descansadero ó paraje apto para descansar como compuesto de la sílaba *gue* descanso y *erri* ó *errija* lugar ó paraje. Esta última significacion fué la que tuvo en otro tiempo mayor uso entre los bascongados: así nos lo persuaden los nombres de caseríos y pueblos formados con esta voz. Tales son Guernica, Guerrica, Guerricaiz, Guerricabeitia, Guerequiz, Guerediaga. La situacion de estas caserías y pueblos justifica la significacion dada; pues todos ellos se hallan colocados en lomas que son los verdaderos descansos. Si esta voz significa hoy la cintura, es por la metáfora: la cintura es como el descansadero de la ropa ó el paraje en que se *ciñe* y ata: en ella se asegura el calzon: en ella se afianzan los guardapieses y demás vestidos mujeriles llamados sayas: en ella descansan los sables, espadas, etc. En fin, no puede negarse la analogía que tiene la cintura con el descansadero.

Gue-i-ja. El hombre solo descansa cuando tiene todo lo necesario: cualquiera cosa que le falte se halla inquieto: por eso los bascongados llamaron *gueija* á todo lo que conducia para lograr sus deseos, sirviendo como de materia para el cumplimiento de cuanto les era útil y de aquí *gueija*, tanto quiere decir como materia para hacer algo. Fué tan general la acepcion de esta voz entre nuestros abuelos, que no tiene el bascuence otra que haya formado mayor número de palabras compuestas y derivadas: en tanto grado, que á más de las innumerables que resultan sin mutacion de la voz *guei*, deben á esta su origen todas las que se forman con la sílaba sincopada *gui*. Tales son *gueitu*: *gueijegui*: *gueijago*: *guichi*: *guibela*: *oguija*: *arguija*; *naguija* y otras voces innumerables con sus derivados. Por esta razon es en vano que tratemos de la sílaba *gui* y pasaremos á la *go*.

La sílaba *go* como compuesta de la *g* que significa cosa sobresaliente ó cimera y de la *o* cosa alta, quiere decir todo lo que se halla en paraje elevado: de modo que no hay voz alguna en que entre esta sílaba que no se halle en paraje eminente ó que no indique esta significacion: de aquí es el llamar *goija* al alto: *goratu* levantar: *goxa* ó *goiza* levantamiento general: *goitu* superar á alguno, esto es, vencerle: *gotija* la parte elevada: *gomutia* el recuerdo ó la reminiscencia: pero no es posible el explicarnos con aquella extension que exige esta materia hasta el Diccionario. Solo diremos que esta significacion se halla justificada por un sinnúmero de caseríos y pueblos colocados todos en eminencias y formados con dicha sílaba *go*, como son entre otros Goitia, Gouri, Goizueta, Gomendia, Goiri, Goenchea, Goenaga, Goicoa, Gomiciaga, y tantos otros que seria molesto el expresarlos. En una palabra, podemos asegurar que sin embargo de la multitud de voces y nombres de caserios que se forman con la silaba go, no habrá uno en quien se verifique la significacion dada con la más perfecta analogía; por lo cual y pareciéndonos que nos vamos alargando

demasiado, pasaremos á la letra *k* y haremos ver que su significacion no es ménos constante en la lengua bascongada.

Las sílabas *ka*, *ke*, *ki* reciben su significacion de la letra *k* como interjeccion del adulto y son adoptadas por lo mismo para formar aquellas voces cuyos signados nos son desagradables, y de aquí las voces *kaka* con sus muchas hijas, *kadena* con las suyas, *katia* y *kaltia* que significan el primero excremento ó toda cosa súcia; el segundo todo lo despreciable: el tercero cadena, atadura ú opresion, y el cuarto todo lo que es perjudicial ó dañoso: de aquí tambien la voz *keia* humo con sus derivados: *ketua* cosa desvirtuada con los suyos: *kerizia* sombra: *kendu* quitar ó despojar con otras muchas voces: de aqui tambien *kiñuba* mueca burlesca: *kimitza* ramas despreciables de los árboles y otras innumerables palabras. Pasemos á las sílabas ko y *ku* cuya significacion proviene de la *ka* como modulacion del órgano de la voz.

Estas dos sílabas, por ser afines entre sí, se ven trocadas frecuentemente: sin embargo la ko significa cosa cóncava pero en figura redonda y la *ku* cosa tambien cóncava pero profunda; mas como la *ka* es letra palatina, estas concavidades han de ser de la parte superior del signado que se quiere representar. Algunos ejemplos nos harán ver esta verdad.

Ko-*bia*. Llamamos así á las cuevas ó subterráneos que forma la tierra con su embovedado significado con la sílaba ko, y que por ser ordinariamente hondas añadió el bascuence la sílaba *be*, que quiere decir cosa baja: de aquí es que las cuevas, copas, copetes y otras innumerables voces deben su orígen á la voz ko*bia*.

Ko-chia. Literalmente quiere decir embovedado pequeño como compuesto de la sílaba ko que quiere decir embovedado y el epiteto ó llamado adjetivo *che* ó *cheia*, cosa pequeña, significacion muy propia para lo que se llama coche y prueba nada equívoca de que esta voz debe su origen á la lengua bascongada.

K*u-chia*. Con esta palabra damos á entender lo que el castellano con cofrecito, baul ó arca pequeña. K*u-chia* literalmente quiere decir concavidad profundita como compuesta de la sílaba k*u* y el epiteto *che* ó *cheia* cosa pequeña.

Esta sílaba forma tambien varias voces por la onomatopeya y se podrá ver esta parte en su lugar. Son muchas las voces que deben su origen en diferentes idiomas á esta modulacion, pero hablaremos de ellas en el Diccionario. Pasemos ahora á hablar de las linguales.

LINGUALES.

Esta familia es la más abundante de todas y justamente, porque siendo la lengua el instrumento principal de la locucion, quiso la na-

turaleza condecorarla con mayor número de letras formándolas cosu contacto ya en las encías, ya en los dientes, ya tambien entre dientes y encías, y aunque pudiéramos llamarlas á las unas enciales, á las otras dentales y á las restantes mixtas de dentales y enciales, no queremos separarnos del comun sentido de expresarse de los gramáticos. De todas ellas hablaremos con el nombre de linguales y por dentales solo entenderemos aquellas que se forman con la vibracion de la lengua y sacudimiento del aliento en los dientes.

Todas las linguales tienen una significacion genérica, quiero decir, todas son aptas para dar á entender el choque, el tocamiento, el apego, la union y otras cosas sinónimas á las acciones orales. Sin embargo, hay una bella distincion en cada una de ellas y la haremos ver empezando á hablar desde la letra *l* que es la más famosa.

L.

Esta letra quiere decir cosa apegada, arrimada, adherida, y esta significacion le corresponde como por antonomasia y se modifica por la vocal siguiente en las sílabas *la, le, li, lo, lu*. En la sílaba *la* la *l* es modificada por la *a*, y como esta significa extension, robustez ó fuerza, estas cualidades serán atributos de la *l*, y por lo mismo el apego será extendido, fuerte, etc. En la sílaba *le* el apego será suave y débil: en la *li* delicado y sutil: en la *lo* alto, redondo y demás cualidades de la vocal; y en la *lu* profunda, hueca, etc., lo que se tendrá presente en todas las demás consonantes.

Bajo de estos supuestos hagamos nuestro ensayo empezando por a sílaba *la* y analicemos algunas voces para evidenciar nuestro aserto.

La-bi-a. Con esta voz damos á entender al horno: se forma de la letra *l*, de la vocal *a* y la sílaba *be*, que con la nota de apelativo suena *bia* en el dialecto bizcaino. La *l* significa cosa apegada: la *a* cosa extendida: la *be* cosa baja: de modo que *labe* ó *labia* literalmente quiere decir una cosa apegada, extendida y baja ó por debajo. De aquí es que para que esta voz sea análoga á su signado, este ha de tener las cualidades predichas y han de ser estas las más propias, las más naturales y las más explicativas en sí mismo, quiero decir, las que formen una definicion la más perfecta y bella del signado.

Ahora, pues, ¿qué viene á ser el horno? ¿No es una cosa apegada á la superficie ó plano sobre el cual se erige este apego? ¿No es extendido como que en él se halla su mayor circunferencia? Y este apego extendido, ¿no es por la parte baja? A más ¿no son estas unas cualidades que definen perfectamente lo que es el horno? Es visto, pues, que la significacion de la consonante *l* viene bien en esta voz.

Laz-ta-na. Esta voz se forma de la letra *l*, la *a* y el participio de presente *dana* mudada la *d* en su afin *t*; la *z* es letra eufónica. *Latana* ó *ladana* es voz incufónica: *lastana* no lo es es. *Lastana* significa literalmente el que es apegado, adherido, unido, fuerte y extendidamente: y ¿qué cosa es un amante? No hay en él cualidad más propia, más definitiva, que la de mucha union, mucha adhesion, mucho apego que tiene con la cosa amada.

La-tz-a. No sé yo si tenemos que analizar esta voz habiendo ya dado á entender la significacion de la *l*, de la *a* y de la letra doble *tz*, pues la *a* final es nota de apelativo. *Latz* ó *latza* literalmente quiere decir cosa que se apega extendida y abundantemente. ¿Puede definirse mejor una cosa áspera? ¿Qué cosa es esta y cual su cualidad más notable? No hay duda que si la cosa no se apegase y no se apegase con extension y abundancia no se llamaria áspera; de donde es visto que el bascuence con la voz *latz* ó *latza* dió la más bella definicion de lo *áspero.*

La-cu-a. Fórmase esta voz de la sílaba *la* y la terminacion local *co*, que con la nota de apelativo pronuncia el bizcaino *cua*. Esta terminacion equivale al *de* de ablativo de la lengua castellana. *Lacua*, que tambien pronuncian *laacua*, quiere decir literalmente *del apego extendido*; esto es, una cosa que sirve para apegar ó unir dos cuerpos entre sí. Y ¿á qué llama el bascuence *lacua*? A aquel palito que une al carro, liga y ata con el yugo. ¿Puede definirse mejor este palito que dando á entender su ministerio? Así es, pues, como lo define el bascuence, llamándole cosa del apego ó de la union ó cosa que une y apega.

La-arra. Con esta voz dá á entender el bascuence la zarza. No es menester decir otra cosa para conocer su analogía. La zarza es uno de los arbustos que más se apegan: á todo se agarra y con tanta extension que cuando se quiere desenredarse de ella por un lado, se agarra por el otro. Llamóle, pues, muy bien el bascuence con la voz *laarra*, que literalmente quiere decir de los que fuertemente se apegan, como compuesta de la *l* que significa apego; de la *a* que quiere decir cosa extendida ó fuerte y de la terminacion patronímica *arr*.

La-pi-cu-a. Se compone de la sílaba *la*; de la *bi* mudada la *b* en su afin *p* y la terminacion local *co*. *Lapico* ó *lapicua* quiere decir de dos agarraderos extendidos y tales son aun las ollas grandes que significamos con esta voz, pues la olla pequeña es llamada *lapicochia*: lo que nos dá á entender que el uso de las ollas pequeñas fué posterior al de las grandes: y en efecto, en el mundo primitivo en que los patriarcados hacian una familia, las ollas serian grandes, y esto evidencia la voz *erraldia*, que quiere decir un asado que teniendo el peso de diez libras hubo de ser voz patriarcal, como que esta cantidad se asaba de una vez: de donde debemos inferir que la misma se coceria y habia necesidad de que la olla fuese grande.

La-a-tzu-ba ó *la-ra-tzu-ba* quiere decir literalmente cosa que tiene muchos apegos ó muchos agarraderos y extendidos. Este es un instrumento ó un colgadero propio de las cocinas para colgar de él sobre la lumbre calderas y otras cosas cóncavas de esta naturaleza. El mayor ó el menor fuego hace que estas calderas se levanten ó bajen, y por esto es que esta máquina es un tejido de anillos de fierro unidos entre sí ó una tabla llena de agujeros, para que por medio de un garfio se levanten ó bajen segun la necesidad los calderos, topines y demás vasijas de esta naturaleza. La analogía de esta voz con su signado es bellísima. No habrá idioma que exprese mejor este signado. ¿De dónde viene el *lar* de los castellanos? ¿De dónde los dioses lares ó los dioses de la cocina? ¿Pueden analizar los idiomas su *lar* y *lares* como los bascongados su *laratzuba* ó *laxtzuba*? Pasemos adelante y por no molestar á los lectores digamos algo de la sílaba *le*.

Le-kia. Esta voz se forma de la letra *l*, de la *e* y de la terminacion *ka* ó *kia*, que quiere decir cosa: de modo que *lekia* todo junto quiere decir cosa apegada suavemente: con esta voz damos á entender las vainas de habas, judías y otras legumbres que no son otra cosa que dos cuerpos pegados entre sí suave y delicadamente. No hay duda en la analogía de esta voz con su signado, como tampoco en que la significacion de la *l* viene como pintada en ella.

Le-una. Tanto quiere decir esta voz literalmente como una cosa que se apega suave y agradablemente, ó lo que es lo mismo, una cosa cuyo tacto es suave y agradable. Con esta voz llaman los bascongados á lo liso, y no sé yo en qué otra cosa consista la lisura de las cosas sino en que sean de un tacto suave y agradable. Lo áspero es opuesto á lo liso en que aquello es desagradable al tacto y esto no lo es: de modo que el suavizar la superficie es como la natural constitucion de lo liso. De aquí es que el bascuence formó filosóficamente la voz *leuna* con la letra *l*, la vocal *e* y el adjetivo ó epiteto *ona*, mudando la *o* en su afin *u*.

Le-arra ó *le-ga-rra*. Literalmente esta voz quiere decir de los que apegan suavemente, como compuesta de la *l*, de la *e* y la terminacion patronímica *arr*. La *a* final es nota de apelativo y la *g* que colocan algunos entre las sílabas *le* y *arr* debe reputarse como eufónica. Veamos la analogía que tiene esta voz con su signado.

El cuajo es llamado por los bascongados *learra* ó *legarra*: la cualidad más noble del cuajo y que le hace más estimable es el de hacer que se unan y se incorporen entre sí los flotantes glóbulos y deleznables de la leche, formándose de ellos en primer lugar lo que llamamos *puchas* ó *cuajada*, despues requesones y últimamente quesos. ¿Pudo definirse mejor el cuajo? El es el que une entre sí los flotantes glóbulos de la leche, los apega, los incorpora los unos con los otros con una suavidad y dulzura incomprensibles, haciendo de ellos un solo cuerpo y quitándoles su fluidez con su mútuo apego. Es, pues, el cuajo pro-

piamente y segun su ministerio desde los más remotos tiempos el que suavemente apega, y estas cualidades fueron las primeras que se admiraron en él por el hombre y dieron motivo á imponerle el excelente nombre que hoy tiene entre nosotros.

Le-mia. Llaman así los bascongados al timon. Compónese de la letra *l*, de la *e* y de la sílaba *mi* que los bizcainos pronuncian *mia* con la nota de apelativo, y es un epiteto ó adjetivo que significa cosa de figura abollada ó de una curvitud superficial ó nada profunda, como se hizo ver hablando de la *m* en la sílaba *ma*. De aquí es que *lema* ó *lemia* es una cosa que se apega suavemente y su figura es de una curvitud superficial, esto es, como de una abolladura.

En efecto, ¿qué cosa es el timon? No es otra que una especie de cola arrimada á la popa del navío suavemente, esto, sin clavazon ni union con dicho navío, sino sosteniéndose sobre ciertos rodetes para el libre juego de su ejercicio y que se puede quitar y poner cuando se quiera: de modo que esta parte del navío está apegada á él suavemente y en este apego consiste el ejercicio de sus funciones. La segunda cualidad precisa y necesaria de un timon es el que vaya ensanchándose hácia el fondo; y como no puede recibir este ensanche por la parte que está apegada al navío, le ha de recibir por la parte opuesta ensanchándose curvitudinalmente de grado en grado hácia el fondo. Esta definicion que dá el bascuence al timon con la voz *lemia*, cuanto más natural parece, tanto más antigua debe reputarse.

Le-i-ja. Llamamos con esta voz al hielo. *Leija* literalmente quiere decir cosa que suavemente se apega y es penetrable. Veamos la analogía que tiene con su signado. ¿Qué cosa es el hielo? Es una especie de rocío escarchado cuya frialdad penetra los cuerpos: de modo que el hielo es verdaderamente un rocío y por lo mismo una cosa pegajosa, como que se arrima á los cuerpos en glóbulos de agua tan menudos que en cualquiera cuerpo hallan asiento. Es una escarcha, porque este rocío, congelándose sus glóbulos, forma un cuerpo escarchado ó consistente; pero se distingue el hielo del rocío y de la escarcha en que esta última escarchándose más y más penetra su frialdad en tanto grado, que es sensible, si así podemos decir, aun á los cuerpos inanimados. ¿Puede definirse mejor el hielo que con la voz *leija*? No es posible: fué, pues, muy filósofa la lengua bascongada en su invencion y constante en la significacion de la *l*. Pasemos á la sílaba *li*.

La sílaba *li* es afin en su significacion á la sílaba *le* y su diferencia consiste en que la *le* nos dá á entender un apego suave y la *li* un apego sutil y delicado. Hagámoslo ver analizando algunas voces.

Li-ac. Esta voz en plural y quitándole el *ac* queda en *li* que es el nombre radical. Con *liac* entendemos las heces del vino, aceite y demás fluidos, y dióles este nombre el bascuence porque la cualidad más noble en las heces es el ser pegajosas, como que consiste su ser en haber tomado los glóbulos más térreos por su union una media si-

tuacion entre lo fluido y sólido. De aquí es el llamar con el mismo nombre á los lodazales de poca consistencia y profundidad: de aquí tambien las voces *ilkitza* cosa súcia ó lodosa, y el llamar *lizuna* á las cosas enmohecidas.

El uso de la *li* es antiquísimo en el bascuence bajo de la significacion dada. Así nos lo indican los caseríos y apellidos Lias, Lizundias, Lizuetas, Liconas, etc.

Li-mi-a. Esta voz se forma de la sílaba *li* y el adjetivo *me* que significa cosa delgada, y *limia* todo junto quiere decir cosa que se apega, se penetra y es delgada. Llamamos así á la lima y en ella la más noble y primera cualidad es apegarse á los cuerpos: la segunda el penetrarse en ellos aun en los que son más sólidos, y la tercera el ser delgada y ténue respecto á la fuerza de sus operaciones. Es visto, pues, que el bascuence dió una definicion nada equívoca de su signado en la voz *lima*. Vean los idiomas que usan de esta voz para significar el mismo signado de donde la hubieron.

Li-orra. Llamamos así á las cosas que siendo anteriormente glutinosas y por lo mismo pegajosas suavemente, han perdido esta cualidad por la secura y así no podemos decir *li-orra* sino de una cosa ántes glutinosa. Fórmase esta voz de la sílaba *li* y la *orr*, que constantemente significa en el bascuence cosa defectuosa: de modo que *liorra* literalmente quiere decir una cosa apegable sutilmente; pero defectuada; esto es, que ha perdido su virtud apegadiza: las heces, por ejemplo, son *li*, por decirlo así, cuando se hallan en el estado medio de fluidez y consistencia, pero sacadas que sean pasan á ser *liorres*, esto es, heces defectuosas, heces petrificadas y que por su dureza pasaron de heces á recibir otro aspecto, otro atributo por el cual dejan de ser heces. Llamó, pues, justamente *liorra* el bascuence á todo aquello que de glutinoso y pegajoso por sí, pasó por la sequedad á perder esta cualidad.

Podríamos dilatarnos en este análisis y descubrir por él muchas cosas ocultas á la filosofía, pero los estrechos límites de esta obra no nos permiten sino breves ensayos en cada una de sus particularidades. Los literatos tendrán en el Diccionario la satisfaccion placentera de ver las más enérgicas definiciones en todas las cosas, único manantial de los conocimientos humanos.

De la sílaba *lo* hemos hablado largamente en las interjecciones del adulto á donde nos remitimos; y sin embargo de la grande afinidad que la letra *o* tiene con la *u*, diremos dos palabras sobre la sílaba *lu*.

Lumia. Es una voz que se forma de la sílaba *lu* y la *ma* que con la nota de apelativo los bizcainos pronuncian *mia*. Literalmente quiere decir cosa que se apega profundamente y es de figura corva ó como magullada, esto es, de una curvitud nada profunda. En efecto, en la pluma se observan estas cualidades: se vé en primer lugar que está apegada á los cuerpos: que este apego no es superficial sino in-

terno y profundo, como que tiene su raiz ó fundamento en lo interior del mismo cuerpo de quien es pluma; y últimamente, que es de figura corva ó de magulladura: de modo que no puede definirse mejor la pluma que con la voz *lumia* y no sé yo si la *pluma* de los castellanos y demás naciones no debe su origen al *luma* ó *lumia* de los bascongados.

LI.

Este carácter ó letra se profiere en bascuence del mismo modo que en castellano. Su significacion es la de la *l*, pues no viene á ser otra cosa que una *l* suavizada que se sustituye á esta por la eufonía cuando precede á esta la vocal *i* como en *aillua*, *oillua*, *maillia*, *gaillurra*, etcétera; por lo tanto no tenemos que hablar de ella ni de las voces en cuya composicion entra; á más de que ninguna palabra empieza con esta letra, porque precisamente ha de venir como se ha dicho despues de una *i*.

D. T.

Estas dos letras son afines y se sustituyen con tanta frecuencia que no podemos considerarlas sino bajo de una significacion. Esta significacion es la de permanencia, estabilidad y consistencia: de aquí es que el bascuence usa de ellas como terminaciones locales, modificando su significacion por la adicion de las vocales: de aquí es el que los nombres de caseríos, pueblos y terrenos lleven con tanta frecuencia las terminaciones *di*, *ti*, *da*, *ta*, *de*, *te*, etc., denotando con ellas el paraje donde permanece esta ó se halla el signado de la voz á quien se aplican las sobredichas terminaciones. *Aresti* quiere decir paraje donde hay robles: *Urresti* paraje donde hay avellanos: *Mulludi* paraje donde hay hinojos: *Artadi* paraje donde hay encinas: *Unda* paraje donde hay agua: *landa* paraje donde hay pradera: *Osta* paraje ruidoso, frio, etc. Si la vocal *a* se une á la *d* ó *t* el paraje será ancho; si la *e* suave: si la *i* puntiagudo: si la *o* alto: y si la *u* hondo.

Usa tambien el bascuence de las letras *d*, *t* para denotar frecuencia: tomando esta significacion de las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño como se dijo en su lugar: de aquí es que *sarnati* ó *sarnatija* quiere decir el que frecuentemente tiene sarna: *amestija* el que frecuentemente tiene pesadillas, esto es, sueños pesados: *dirutija* el que frecuentemente tiene mucho dinero. En lo demás es

muy corto el uso que hace de las letras *d* y *t* en sus voces, por lo que pasaremos á la N y Ñ.

N. Ñ.

La letra *n* es propia para significar las cosas planas y chatas y por esta significacion parece que es representada esta letra en la mayor parte de los idiomas sostenida sobre dos piés formando una línea con ellos por la parte baja, á más de que debe su formacion á aquella parte del órgano de la voz que es más plana y chata; es á saber, al espacio que hay entre dientes y encía superior: accede á esto que esta significacion es general en el idioma bascongado en todas las voces en cuya formacion entra. Algunos ejemplos harán ver esta verdad.

Na-ba-s-tu. Con este verbo damos á entender lo que el castellano con la expresion de allanar la tierra. Esta operacion se ejecuta con cierto arado con que se cubren los surcos que se hicieron al descarnar la tierra en la primera operacion del cultivo: de modo que quedan con esta operacion alisadas y como planchadas las tierras ántes de la siembra.

Fórmase esta voz de la palabra *naba* ó *nabia*, de quien se hablará inmediatamente, y la terminacion verbal *tu*. La letra *s* entra á suavizar la voz y por lo mismo es eufónica. *Nabatu* es torpe: *nabastu* no lo es: de aquí es el llamar *nabasaija* á este género de arados compuesto de varias puas ó puntas para las funciones de su ministerio.

Na-bia. Llamamos así á los llanos. Fórmase esta voz de la sílaba *na* que quiere decir aplanamiento extendido y el epíteto *be* ó *bia* cosa baja: de modo que *nabia* todo junto quiere decir aplanamiento extendido y bajo, definicion muy propia para significar la llanura. El nombre de las *Nabas*, antiquísimo en la nacion española, hace ver que corresponde á su lenguaje primitivo, y su significacion de llanuras corrobora nuestro pensamiento; á más de que tenemos en el país bascongado muchísimos nombres de pueblos y caseríos formados con la palabra *naba* ó *nabia* bajo de la significacion dada. Tales son Nabarniz, Nabascues, Nabarra, Nabas, Nabarrete, Nafarrondo, Nachitua, etcétera.

Na-bua. Con esta voz dan á entender los bascongados el nabo con que se ceban los ganados y su figura chata y plana nos indica la analogía que tiene con su signado. Es verdad que algunos bascongados llaman tambien á este nabo *arbija*, pero la equivocacion es manifiesta. *Arbija* en su literal significacion quiere decir cosa larga ó extendida significacion impropia para denotar nuestro nabo, y de aquí es que los bizcainos con la voz *arbija* dan á entender el nabito, esto es, aquel nabo que usamos en nuestras comidas y no es menester sino

mirar su figura para venir en conocimiento de la propiedad que la voz *arbija* tiene con su signado, y esta misma consideracion en los nabos con que se ceba el ganado tendrá los mismos efectos respecto á la propiedad de la voz *nabua*.

Na-arra. Esta voz se compone de la sílaba *na* cuya significacion hemos dado y la sílaba *aar* que equivale al *de* de ablativo de la lengua castellana: de modo que *nar* ó *naarra* todo junto quiere decir de los arrastradores ó de los que son movidos sobre el pavimento de la tierra con un movimiento reptil y son tales las *narrias*. Confírmase esta verdad con el adverbio *narras*, que quiere decir andar reptando: *narrasa* reptil: *narrastu* traer una cosa arrastras. Consulten los bascongados las voces *naguija* poltron y sus derivados: *nastu naastau*, descomponer la superficie y metafóricamente embrollar: *naastarija* embrollador o enredador: *narro* poltronamente: *natua* nata de la leche, etc.

La *ñ* tiene la misma significacion que la *n* y además sirve de nota de diminutivo por su modulacion suave, como se vé en *zaldiñua* caballito: *idiñua* torito, etc. Repárese tambien en la sílaba *ño* con que los gallegos forman sus diminutivos sin que sepamos su orígen, y se inferirá de aquí que es una voz de la antigua lengua española esta terminacion diminutiva.

Tz. Ts.

Estas dos letras, como dobles, son propias para significar abundancia y de aquí es que el bascuence las emplea para este ministerio y no hay necesidad de demostrar esta verdad por nuevos ejemplos, habiéndola patentizado muchísimas veces en el análisis que nos ocupa, y concluyamos diciendo que la abundancia que representan estas letras ha de ser de cuantidad tosca ó abultada.

Z.

Esta letra es tambien doble y por lo mismo propia para significar abundancia, y se diferencia de las anteriores en la suavidad de su pronunciacion y en que por lo mismo la abundancia representada por él ha de ser de cosas suaves, no toscas, no abultadas, sino graciosas y deleitables, como *gozua* cosa dulce, esto es de abundante deleite y otras voces de esta naturaleza.

J. Ch. X.

La letra *j* es una letra eufónica que entra en las voces á suavizar la aspereza que tiene la vocal *i* delante de cualquiera de las vocales,

y así es que el bascuence la interpone entre dicha vocal *i* y sus compañeras, las cuatro restantes vocales; y así dice *e-j-o* moler: *euri-j-a* lluvia: *i-j-elia* tirador de ferrería: *abi-j-ia* nido. Algunas veces vemos colocada esta letra al frente de las voces como en *j-auna* Señor: *j-an* comer: *j-osi* coser, etc.; pero se suprime la *i* anterior ó hace sus veces por la eufonía.

La *ch* es letra suavísima y de pronunciacion sutil, y por lo mismo es empleada como nota de diminucion ó indica cosas pequeñas como en *mutilchuba* muchachito: *andra-chua* mujercita: y en *chia*, *cheia*, *chiquija* cosa pequeña. De aquí las voces castellanas *chico*, *chiquito*, *ahcicar* y otras innumerables.

La letra *x* es aun en su pronunciacion mucho más sutil y es empleada por lo mismo para denotar la diminucion de las cosas que son más sutiles como en *axia* aire y otras voces de que se dará razon en el Diccionario.

DENTALES.

Algunos cuentan entre las letras dentales la *tz* y la *ts* y otros entre las linguales; pero al parecer han de reputarse mixtas ó medias entre dentales y linguales; y en verdad en ellas se oye una media *t* lingual y la *z* y *s* igualmente medias que son dentales. La *z* es verdaderamente dental, y si la hemos colocado entre las linguales ha sido solamente con el fin de que su significacion sea más conocida junto á la *tz* y *ts* sus afines: de modo que solo tenemos que tratar de las letras *c*, *r*, *rr*, *s*, *ss*.

S. Ss.

La *s* por su modulacion nos hace ver que naturaleza la destinó para significar cosas rectas así como la *i*, pero móviles; quiero decir, aquellos entes que por naturaleza crecen elevándose en línea recta. Haga cualquiera la experiencia en sí mismo en la prolacion de la *s* y observará un movimiento sutil de la lengua y una expulsion del aliento hácia el alto del órgano de la voz, esto es, hácia las encías superiores.

El bascuence observa puntualmente en sus voces esta significacion. Llama *zussundu* ó *zutindu* al erigirse ó á la accion de levantarse hácia arriba: llama *zura* ó *sura* á todo árbol recto: *suba* al fuego por su propiedad; *sut* es entre nosotros una expresion con que damos á entender el que uno se levante: *suaitza* llamamos á los robles rectos: *sugatza* á aquellos maderos rectos y erguidos en que se amon-

tona la paja y se recoje para conservarla fuera de casa: en una palabra, no se hallará esta letra como radical en voz alguna bascongada cuyo signado no goce como más visible la propiedad de hallarse en figura recta perpendicular.

La *ss* tiene la misma significacion de la *s* sencilla; y como letra doble dá tambien á entender la abundancia; pero una abundancia adquirida por el ente en quien se halla, diferenciándose por este medio de las demás letras abundanciales. Decimos *indarssuba* al forzudo, á aquel que ha adquirido mucha fuerza. Sin embargo, la afinidad de esta letra con la *ts* la hace mudar en esta por la eufonia. Decimos *dirutsuba* por aquel que ha hecho mucho dinero mudando la *ss* en *ts*, porque *dirussuba* es voz ineufónica: *dirutsuba* no lo es: lo mismo sucede en *berbatsuba* hablador ó que mucho habla: *aldítsuba* mudable ó variable, esto es, que tiene muchas mudanzas. Muchas veces se vé mudada por la misma eufonía la letra *ss* en *ch*; y de ahí es que decimos *ichuba* ó *issuba* por el ciego: *issusquija* ó *ichusquija* por la escoba, etc.: de modo que para no errar en la etimología de las voces es menester tener mucho cuidado en las mutaciones eufónicas de las letras tan comunes en todos los idiomas.

C.

Esta letra se ha de contemplar en el sonido que tiene ántes de las vocales *e*, *i* y aunque muchos literatos creen ser este sonido el mismo de la *z*, hallo una diferencia notable entre una y otra como lo hice ver en el alfabeto: y en efecto, en la *c* el aliento choca con los dientes superiores y queda amortiguado en la parte interior de ellos; y en la *z* sale el aliento en línea recta por entre dientes, lo que nos ha hecho creer que la *c* fué destinada por naturaleza para significar cosas menudas por el pequeño aliento que se emplea en su formacion, y bajo de esta significacion la usa el bascuence en todas sus voces: llama *ciatu* y tambien *ceatu* al desmenuzar: *ciatza* al que cuida de las cosas reparando en lo más mínimo de ellas: *cia* ó *ceia* cosa menuda: *ciurra* al que pormenora las cosas y otras innumerables cuyo descubrimiento solo puede tener lugar en el Diccionario.

R. Rr.

La *r* es una letra en cuya modulacion se observa mayor movimiento de la lengua, y parece por lo mismo que la destinó naturaleza para significar cosas de movimiento, y así es que el bascuence la usa en sus voces cuando estas en sus signados tienen el movimiento como

una de las propiedades más visibles: de aquí es en primer lugar el que lleven esta letra todos los adverbios de movimiento. Decimos *ara* allí cuando el *allí* indica el paraje a donde se ha de ir: *araunz aruaz* hácia allí, etc. De aquí es tambien el formar nuestros verbos dobles añadiendo la sílaba *ra* á los sencillos: de *eguin*, hacer, formamos *eraguin*, hacer que otro haga: de *icasi*, aprender, *iracatzi*, hacer que otro aprenda: de *icusi*, ver, *iracutzi*, hacer que otro vea: de aquí tambien *eruan*, llevar: *erabili*, hacer que otro ande: *eregui*, hacer levantar.

La *rr* tiene la misma significacion de movimiento y la diferencia está en que el movimiento indicado por la *r* es suave y blando y el de la *rr* tosco y fuerte; y á más esta letra como doble es usada para denotar la abundancia; pero una abundancia desagradable como se vé en *garratza* ágrio; *amurruba* rabia: *gogorra*, cruel, etc.

Hemos acabado ya con la demostracion práctica de la significacion natural de las letras de la lengua bascongada; pero conocemos que esta operacion, por más que nos hemos dilatado en ella, no llega al convencimiento, y que este no podrá tener lugar hasta la formacion del Diccionario, y hacer ver en él una por una todas nuestras voces arregladas á este sistema, por lo que los literatos se harán cargo de que por nuestra parte hemos cumplido con cuanto permite la estrechez de esta obra. Pasemos á examinar las voces como partes de la oracion y cotejemos los idiomas en este particulrr.

RECONOCIMIENTO

DE LAS

partes de la oracion.

Como son tantas las particularidades que acerca de las voces es necesario observar en el cotejo de los idiomas para llegar á conocer si alguno de ellos se halla dotado en ellas de los requisitos para ser llamado primitivo, ha sido indispensable resolvernos á tratar de estas voces por el órden que cada una de ellas recibe en las funciones á que es destinada en el uso del habla. De esta manera, á más de la claridad se logrará el que no omitamos cosa alguna que sea conducente á nuestro intento. Empezaremos, pues, á tratar de aquellas que por los gramáticos son llamadas nombres, comprendiendo bajo de ellas los epítetos ó adjetivos.

NOMBRES.

Todo idioma tiene nombres, epitetos, pronombres, etc., y en esta parte no hay necesidad de compararlos. Lo que debe ocuparnos es el averiguar si estas partes de la oracion son ó no cual corresponde que sean en las funciones de su destino: quiero decir, si son tales en sí y sus derivaciones: de modo que habiendo ya hablado de la formacion silábica y significativa de todas las voces, resta el que averigüemos si hay algun lenguaje que presente en ellas todas las demás cualidades que hemos establecido en nuestra gramática como precisas é indispensables á un idioma perfecto y por consiguiente primitivo. Esto lo conseguiremos respecto de los nombres y epitetos contemplando su composicion y derivacion.

NOMBRES COMPUESTOS.

Por nombres compuestos entendemos todos aquellos en cuya formacion entran dos ó más voces significativas por sí mismas, aun cuando se hallen separadas las unas de las otras. Puede formarse un nombre de dos nombres sustantivos como *carricoche*: de un sustantivo y adjetivo ó epiteto como *pelirubio*: de un adverbio y sustantivo como *benevolencia*. En todos los idiomas hallaremos estos nombres compuestos; pero no en todos se verán formados con aquella finura que exige un idioma perfecto. Es preciso para esto que en las voces formadas de dos sustantivos el primero sea posesor del segundo: en las que se forman de sustantivo, adjetivo y epiteto, el primero sea sustantivo: y en las que deben su orígen á un adverbio y á un nombre, el adverbio preceda á este. La razon de esto es muy óbvia. Vamos á demostrarla.

Para que una voz compuesta sea perfecta es indispensable que sus partes constitutivas se hallen arregladas á aquel órden que prescribe una verdadera sintáxis. Esta exige en primer lugar que el posesor preceda á la cosa poseida; y de aquí es que entrando dos sustantivos á formar una voz deba colocarse en primer lugar aquel que ejerce funciones de posesor: porque el posesor como señor de la cosa poseida es superior en nobleza. Ordena igualmente una arreglada sintáxis que la sustancia, ó mejor el sujeto, preceda á la cualidad que es su atributo; y de aquí cuando el compuesto se forma de sustantivo y adjetivo, este debe posponerse á aquel. Por la misma sintáxis los adverbios han de preceder á los participios como se hizo ver en nuestra gramática y por lo mismo componiéndose un nombre de un adverbio y un sustantivo, aquel ha de preceder á este.

Estas reglas están tan observadas en los idiomas, que aun cuando no las dictase la filosofía con una claridad demostrativa, sería suficiente el uso de los lenguajes. Contémplense sino aquellas voces compuestas de la lengua griega, así de dos sustantivos como de un sustantivo y adjetivo y adverbio y sustantivo y se verá realizada esta verdad. Lo mismo sucederá si queremos reconocer la alemana, la inglesa, la aimara, la quichua, la jarura y otras innumerables. Es verdad que en la hebrea y sus hijas hallamos trastornada esta sintáxis en un sinnúmero de nombres compuestos, y poco usada esta económica operacion en la latina y sus hijas. Sin embargo, por estas voces poco comunes á muchos idiomas, no podemos deducir cuál de ellas hubiese sido la primitiva, y nos contentaremos con hacer ver que la lengua bascongada no cede en la perfeccion de estas voces á idioma alguno.

En efecto, no se hallará en este idioma un solo nombre compuesto de dos sustantivos de los cuales el primero no ejerza funciones de posesor. No podemos exhibir una demostracion completa de esta verdad hasta la publicacion del Diccionario. Sin embargo, la lista siguiente servirá á la contemplacion de los literatos de una demostracion suficiente del índole de nuestro idioma. La primera línea contendrá los nombres compuestos: la segunda su traduccion literal y la tercera la significacion castellana.

NOMBRES COMPUESTOS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
U-bidia	De agua camino.....	Canal acequia.
Que-d-arria.....	De humo piedra.....	Hollin.
Ichas-guizona....	De mar hombre.....	Marinero.
Bassa-urdia.....	De monte cerdo..... ...	Jabalí.
Elex-mutila.....	De iglesia muchacho.....	Acólito, monacillo.
Il-arguija..... ...	De la oscuridad luz	Luna.
Su-echia.....	De fuego casa.....	Fogon.
Lu-icaria.....	De tierra temblor.....	Terremoto.
Gasteluba.....	De jóvenes paraje.....	Castillo.
Abel-echia..... ..	De ganados casa.....	Redil.
Su-arrija	De fuego piedra.....	Pedernal.
Bur-zaina.	De carro cuidador.....	Carretero.
Neca-zatia	De trabajo amador	Labrador.
Ce-laguna.....	De criatura compañero...	Parias.
Il-oia	De muerto cama...	Féretro, atahud.
Ichu-aurrecua....	De ciego precursor.....	Lazarillo.

Es igualmente exacto el bascuence en la sintáxis de los nombres compuestos de sustantivo y adjetivo ó epiteto. No tiene voz alguna de esta naturaleza en que el sustantivo no preceda al adjetivo ó epiteto. Hé aquí una lista que servirá de ejemplo.

VOCES COMPUESTAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Esca-ratza.....	Peticion continuada.....	Cocina.
Arri-bicija.....	Piedra viva.....	Eco.
Gastan-beria.....	Queso blando.....	Requeson.
Escu-mia.....	Mano flexible.....	La mano diestra.
Cata-motza	Gato romo.....	Tigre.
Arran-carija.....	Pez ligero.....	Trucha.
Um-illa.....	Criatura amortiguada...	Humilde.
Sat-orra	Raton defectuoso.....	Topo.
Ur-lua.....	Agua dormida.....	Remanso de agua.
Lora-pilla.....	Flores amontonadas.....	Ramillete de flores.
Ichas-andija.....	Mar grande.....	Mareta.
Urre-bicija.....	Plata viva.....	Azogue.
Zu-mia.....	Madero delgado.....	Mimbre.
Ussa-cumia.....	Paloma cria.....	Pichon.
Olla-arra	Gallina macho.....	Gallo.
As-cordina..	Picazon fuerte	Sabañon.

De la misma manera cuando los nombres se componen de un adverbio, verbo y un sustantivo ó epiteto, aquel precede á estos como se vé en la lista siguiente.

VOCES COMPUESTAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Ondo-eguina.....	Bien hecho.....	Beneficio, favor.
Gax-quina.....	Mal hacedor.....	Malhechor.
Zucen-zaillia.....	Derechamente llevador...	Director, guia.
Icas-bidia.....	De aprender camino.....	Doctrina.
Leenaz-t-arija ...	El que anticipadamente ve las cosas.....	Profeta.
As-abaac	De atras padres.....	Antepasados.
Asco-tacua.	El que es para mucho.. .	Astuto, sagaz.
Osta-tuba.....	Penosamente tomado	Meson, posada, etc.

Es bellísimo y muy enérgico el idioma bascongado en esta especie de nombres compuestos; pero el no hallar sus equivalentes en el castellano nos priva del gusto de haberlos insertado en la lista anterior. En efecto, ¿qué voces más enérgicas puede haber que *eder-naija* el que siempre quiere vestirse, hermosearse. *Gurtiacua* el que está adornado de todas las cosas; *Garbi-jura* aquel que siendo desaliñado presume ser enteramente pulcro y otras voces de que se dará razon en el Diccionario.

NOMBRES DERIVADOS.

Llaman los gramáticos nombres derivados á aquellas voces que se forman añadiendo á las voces primitivas una partícula ó palabrita

segun lo exige el índole particular de cada uno de los idiomas; quiero decir, preponiendo ó posponiendo la tal particula á la voz primitiva.

Estas partículas ó palabritas ejercen en los idiomas diferentes funciones, y se han visto precisados los gramáticos á dar diversos nombres á las voces que de su union con las primitivas han resultado en el uso del habla, llamándolos á unos comparativos superlativos á otros, etc., como largamente lo demostramos en nuestra gramática; de aquí es que para cotejar con acierto las lenguas entre si, se hace preciso el que hablemos una por una de estas diferentes especies de derivados, si hemos de llegar á averiguar si existe ó no el primitivo idioma. Empecemos, pues, la operacion por los comparativos.

COMPARATIVOS.

Dijimos en nuestra gramática y se justificó que la particula comparativa habia de hallarse por el instinto en las letras palatinas; y de aquí es que solo aquel idioma en que se verifique esta cualidad ha de ser el que mejor derecho tenga á la gloria á ser primitivo, y no hallo en lengua alguna partícula comparativa de estas circunstancias sino en la bascongada. Este lenguaje se vale de la sílaba *go* para comparativar sus voces, valiéndose de la *g* palatina y de la *o* oriunda del mismo embovedado sin anomalía alguna. Hé aquí una lista para prueba de esta verdad.

POSITIVOS.		COMPARATIVOS.	
BASCUENCE.	CASTELLANO.	BASCUENCE.	CASTELLANO.
Andija.....	Grande.....	Andija-go.....	Mayor.
Ederra.....	Hermoso.....	Ederra-go.....	Más hermoso.
Zurija.....	Blanco.....	Zurija-go.....	Más blanco.
Lodija.....	Gordo.....	Lodija-go.....	Más gordo.
Zucena.....	Recto.....	Zucena-go.....	Más recto.
Gorra.....	Sordo.....	Gorra-go.....	Más sordo.
Ichuba.....	Ciego.....	Ichuba-go.....	Más ciego.
Uzuba.....	Arisco.....	Uzuba-go.....	Más arisco.
Polita.....	Lindo.....	Polita-go.....	Más lindo.
Erechija.....	Presumido.....	Erechija-go.....	Más presumido.
Berecoija.....	Egoista.....	Berecoija-go.....	Más egoista.
Mena.....	Sencillo.....	Mena-go.....	Más sencillo.
Biguna.....	Blando.....	Biguna-go.....	Más blando.
Liorra.....	Seco.....	Liorra-go.....	Más seco.
Mutuba.....	Mudo.....	Mutuba-go.....	Más mudo.
Ustela.....	Podrido.....	Ustela-go.....	Más podrido,

A más de la analogía que tiene la sílaba *go* con el signado que representa, se halla propuesta á la voz positiva, y conforme por lo mismo con las reglas que prescribe una sintáxis bien ordenada: á más se incorpora con dicha voz positiva, como que forma con ella una voz diferente y distinta: de modo que en los comparativos tiene el bascuence cuanto se puede exigir de un idioma perfecto.

SUPERLATIVOS

No entendemos ni podemos entender bajo del nombre de superlativos aquellas voces que son llamadas así generalmente entre los gramáticos, pues hicimos ver que los tenidos hasta ahora por superlativos no eran otra cosa sino unos nombres abundanciales, y que los verdaderos superlativos eran aquellas palabras que elevaban la cualidad superlativa al grado mayor que podia tener, haciendo que el sujeto á quien se aplicaba este superlativo fuese superior á todos los demás en la referida cualidad, como todo ello podrá verse con más extension en nuestra gramática hablando de los superlativos.

En este mismo lugar hicimos ver que este superlativo era comun á todos los idiomas, y que en el castellano resultaba aplicando el llamado artículo *el, la, lo* al comparativo y haciendo comparacion con todos los sujetos que eran de cualidad comparativada, y así es que en castellano *el más sábio de todos es N*, levanta la cualidad *sábio* en el sujeto sobre todos los demás que son sábios: de modo que el tal sujeto excede en sabiduría á todos los demás sábios.

Sin embargo de ser general en los idiomas esta especie de verdaderos superlativos, solo hallamos en el bascongado las cualidades que exige en él la filosofía del lenguaje, quiero decir, solo los superlativos bascongados forman una sola voz con el positivo y la terminacion superlativa; y solo en este idioma se forma esta particula con las notas de pluralidad y de posesion como hicimos ver en el mismo lugar lo exigia la naturaleza misma de los superlativos.

En vano nos cansaríamos en hacer demostrativa esta verdad respecto á lo que decimos de los demás idiomas, pues cada cual podrá consultar su nativa lengua ó la que le es más favorita, y experimentará que no halla las predichas condiciones en sus superlativos. Bastará, pues, el que exhibamos la prueba demostrativa de los superlativos bascongados y para este efecto servirá la lista siguiente:

POSITIVOS.		SUPERLATIVOS.	
BASCUENCE.	CASTELLANO.	BASCUENCE.	CASTELLANO.
Jaquinjuba.....	Sábio	Jaquintju-ena..	El más sábio.
Gaixtua.....	Pícaro	Gaixtu-ena	El más pícaro.
Donguia	Malo.....	Dong-ena.....	El peor.
Chiquija	Pequeño	Chiqui-ena	El más pequeño
Naguisija.....	Grande	Nagusij-ena....	El mayor.
Latza	Aspero.....	Latz-ena.....	El más áspero.
Gozua.....	Dulce	Gozu-ena	El más dulce.
Bustija	Mojado.....	Bustij-ena-....	El más mojado.
Erquiña.....	Endeble.....	Erquiñ-ena.....	El más endeble.
Sendua	Robusto	Sendu-ena	El más robusto.
Ariña.....	Ligero.....	Ariñ-ena	El más ligero.
Garratza.....	Agrio.....	Garratz-ena....	El más ágrio.
Argala.....	Flaco	Argal-ena.....	El más flaco.
Ossua	Entero...	Ossu-ena	El más entero.
Ordija	Borracho	Ordij-ena	El más borracho
Zaarra.....	Viejo.....	Zaarr-ena.....	El más viejo.

De esta manera forma el bascuence sus superlativos, y no hay anomalía alguna, y su terminacion *een* es plural y posesiva, pues la *a* final corresponde al *le*, *la*, *lo* del castellano: de modo que aun en esta parte este idioma excede á todos los demás.

NACIONALES.

No es ménos exacto el bascuence en la formacion de estos derivados. Todos ellos se componen del nombre de la nacion, reino ó provincia de donde es el sujeto á quien se ha de aplicar y de una voz destinada para significar varon, que son justamente las palabras que hubieron de concurrir á la primera formacion de los nombres nacionales, como largamente lo hicimos ver en nuestra gramática.

Es verdad que en esta parte se conducen con la misma finura que el bascuence las lenguas teutónicas, formando por medio de la palabra *man* pospuesta á las voces que significan la nacion, reino, provincia ó pueblo sus nombres nacionales, lo que las dá este mecanismo igual derecho para ser primitivas; pero no pudiendo ser todas, será preciso recurrir á las demás partes constitutivas de estos idiomas para averiguar cuál de ellos es verdaderamente primitivo.

A la palabra *man* de los teutones corresponde el *arr* ó *arra* de los bascongados, con la diferencia que *man* significa hombre, y *arr* ó *arra* varon, á lo que añadimos que el bascuence constantemente hace uso de su *arra* en todos los nombres nacionales, con la única diferencia de interponer la letra eufónica *t* siempre que la voz primitiva acabe en consonante ó resulte alguna torpeza de pronunciacion en la

union de la vocal *a* inicial de *arra* y la final de la voz primitiva. Hé aquí algunas voces que servirán de ejemplo.

PRIMITIVOS.		NACIONALES.	
BASCUENCE.	CASTELLANO.	BASCUENCE.	CASTELLANO
Madril.....	Madrid.....	Madril-t-arra..	Madrileño.
Toledo.....	Toledo.....	Toledo-arra....	Toledano.
Sivilija.....	Sevilla.....	Sivilij-arra.....	Sevillano.
Errija.....	Lugar.....	Erri-t-arra.....	Lugareño.
Durango.....	Durango.....	Durango-arra..	Dorangues.
Iruña.....	Pamplona.....	Iruñ-t-arra.....	Pamplonés.
Vitorija.....	Vitoria.....	Vitorij-arra....	Vitoriano.
Bilbo.....	Bilbao.....	Bilbo-t-arra....	Bilbaino.
Gastela.....	Castilla.....	Gastel-arra....	Castellano.
Donostia.....	San Sebastian..	Donosti-arra...	San Sebastianés
Akis.....	Dax.....	Akist-arra.....	Daziense.
Burdal.....	Burdeos.....	Burdal-t-arra..	Burdeosano.
Erroma.....	Roma.....	Erroma-t-arra..	Romano.
Araba.....	Alaba.....	Arab-arra.....	Alabés.

Usan tambien los bascongados de esta terminacion para dar á entender el linaje ó familia de donde proviene un sujeto. *Munibe-t-arra* quiere decir aquel que proviene de los Munibes: *Loyola-arra* de los Loyolas: *Nabas-t-arra* de los Nabaces, etc.

PATRONIMICOS.

Muchos son los idiomas que tienen nombres patronimicos; pero ninguno de ellos distingue la filiacion de la proveniencia. El griego, por ejemplo, tiene patronímicos de filiacion. *Peleydes* quiere decir hijo de Peleo, pero carece de patronímicos de proveniencia, y si quiere hablar de los descendientes de un sujeto ha de valerse de los mismos patronímicos de filiacion y lo mismo sucede con todos los demás idiomas que tienen esta especie de nombres, si exceptuamos el bascongado.

Esta lengua tiene dos clases de patronímicos: unos para significar filiacion y otros para dar á entender la decadencia. *Loperena*, por ejemplo, quiere decir hijo de Lope; pero *Lopez* equivale á descendiente de Lope. Es verdad que estos patronímicos se hallan hoy vinculados en las familias y las sirven de cognomento ó apellido: sin embargo, nos hacen ver el uso que hicieron de ellos nuestros abuelos, y el que debiamos hacer actualmente. Para comprobacion del mucho uso que se hizo en el bascuence de estos nombres formaremos dos pequeñas listas: la primera de patronímicos de filiacion y la segunda de descendencia ó proveniencia: se verá que los de filiacion se forman del

artículo posesor pospuesto al primitivo y los segundos de la terminacion *ez* ó *z* que corresponde al *de* de ablativo de la lengua castellana, segun lo exige la naturaleza de estas voces, como lo hicimos ver en nuestra gramática.

PATRONIMICOS DE FILIACION.

PRIMITIVOS.		DERIVATIVOS.	
BASCUENCE.	CASTELLANO.	BASCUENCE.	CASTELLANO.
Michel.....	Miguel.....	Michel-ena.....	Hijo de Miguel.
Lope.....	Lope.....	Lope-r-ena.....	— de Lope.
Ochoto.....	Ochotazo.....	Ochoto-r-ena...	— de Ochotazo.
Anso.....	Anso.....	Anso-r-ena.....	— de Anso.
Martinco.....	Martinazo.....	Martinco-r-ena.	— de Martinazo.
Juan.....	Juan.....	Juan-ena.....	— de Juan
Machin.....	Martin.....	Machin-ena.....	— de Martin.
Lopez.....	Descendiente de Lope.....	Lopez-ena.....	— del descendiente de Lope.
Machiandia.....	Martin elgrande	Machiandia-ena	— de Martin el grande.
Arotza.....	Carpintero.....	Arotza-r-ena...	—del carpintero

PATRONIMICOS DE DESCENDENCIA.

PRIMITIVOS.		DERIVATIVOS.	
BASCUENCE.	CASTELLANO.	BASCUENCE.	CASTELLANO.
Nuño.....	Nuño.....	Nuñ-ez.....	Descendiente de Nuño.
Pelajo.....	Pelayo.....	Pela-ez.....	— de Pelayo.
Muño.....	Muño.....	Muño-z.....	— de Muño.
Munijo.....	Munio.....	Munio-z.....	— de Munico.
Ibaño.....	Ibaño.....	Ibañ-ez.....	— de Ibaño.
Iñigo.....	Ignacio.....	Iñigu-ez.....	— de Iñigo,
Albar.....	Albaro.....	Albar-ez.....	— de Albaro:
Pero.....	Pedro.....	Per-ez.....	— de Pedro.
Orti.....	Orti.....	Orti-z.....	— de Orti.
Urti.....	Urti.....	Urti-z.....	— de Urti.
Muzqui.....	Murqui.....	Muzqui-z.....	— de Muzqui.
Laño.....	Lain.....	Laiñ-ez.....	— de Laño.
Lara.....	Laro.....	Lari-z.....	— de Laro.
Osti.....	Osti.....	Osti-z.....	— de Osti.
Lope.....	Lope.....	Lop-ez.....	— de Lope.

Estas voces no solo son bascongadas en sus terminaciones patronímicas de filiacion ó descendencia, sino tambien en sus radicales ó palabras primitivas. *Lope* quiere decir el gordo: *Ochoto* el altazo: *Anso* el extendido: *Orti* el defectuoso: *Urti* el acuoso: *Lari* el de las zarzas: *Muño* el de la colinita chata: *Muñio* ó *Munijo* el de la colina puntiaguda: *Leño* el brumoso: *Iñigo* el de juncalino de arriba: *Ibaño* el del riachuelo: *Osti* el ruidoso: *Albar* el de la esquina: *Nuño* el chiquitito.

LOCALES.

No es ménos excelente la lengua bascongada en la formacion de los nombres locales. Parece que tuvo presentes todas las ideas que pueden movilizar al hombre en su invencion, y así es que los forma con respecto á sola la localidad; á la abundancia de la cosa que se halla en el mismo lugar, y á su frecuencia ó aptitud y muchas veces propone en ellos la situacion terrenal. Son tantas estas voces que de ellas se formaron todas las que se impusieron á las provincias, ciudades, pueblos, caseríos, montes y aun á los mismos habitantes Haremos un breve ensayo de cada una de estas diferencias.

LOCALES PURAS.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Upa-tegui	De cubas paraje	Bodega.
As-tegui.....	De peñas, etc	Peñascal.
Mugar-tegui.....	De mojones, etc.....	Mojonal.
Beis-tegui	De vacas, etc.....	Redil de vacas.
Usa-tegui.....	De palomas, etc.....	Palomar.
Abarra-tegui	De bardas, etc.....	Bardal.
Icaz-tegui.....	De carbon, etc.....	Carbonería.
Apez-tegui.....	De clérigos, etc.....	Casa de muchos clérigos.
Lope-tegui.....	De Lopes, etc.....	Casa de muchos Lopes.
Anso-tegui.....	De Ansos, etc	Casa de muchos Ansos.
Capela-s-tegui...	De marragan, etc....	Marragueria.
Aros-tegui.....	De carpinteros, etc...	Carpintería.
Larrea-tegui.....	De despoblado, etc ...	Despoblado.
Mimen-tegui.....	De mimbres, etc.....	Mimbral.
Bustin-degui.....	De greda, etc.	Gredal.

Esta terminacion *tegui* ó *degui* á nuestro entender hubo de ser á sus principios *toqui* ó *toquija*, que quiere decir paraje ó lugar, *iar-toquija* quiere decir *de sentar paraje*, esto es, en asiento: *Ariltoquija*,

paraje de ovillos; esto es, la devanadera; y usamos tambien de dicha voz para dar á entender el paraje destinado á los ganados, especialmente de cerda; y de aquí el verbo *toquiratu*, llevar el ganado á su redil: de aquí tambien la voz *toquia* en el juego de la rayuela por poner el dinero sobre la raya.

LOCALES ABUNDANCIALES.

Estos nombres locales son de dos maneras en el bascuence: unos sustantivos, otros epitetos ó adjetivos. Los sustantivos se forman de la terminacion *tza* y los adjetivos de la *tza*. Pondremos para ambas clases de nombres su particular lista.

SUSTANTIVOS.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Aari-tza.....	Paraje de carneros abundante.....	Redil.
Gastaña-tza.....	De castaños, etc	Castañal.
Iturri-tza.....	De fuentes, etc.....	Fontanal.
Egur-tza	De leñas, etc.....	Leñal.
Iñurri-tza.....	De hormigas, etc	Hormiguero.
Orma-tza.....	De paredes, etc.....	
Bustin-tza.....	De greda, etc.....	Gredal.
Inchaur-tza.....	De nueces, etc.....	Nocedal.
Mimen-tza	De mimbres, etc.....	Mimbreral.
Garagar-tza	De cebada, etc..	Cebadal.
Ondar-tza.....	De arena, etc.....	Arenal.
I-tza.....	De juncos, etc.....	Juncal.
Illar-tza.....	De guisantes, etc.....	Guisantal.
Elorri-tza.....	De espinos, etc.....	Espinal.
Urqui-tza.....	De abedul, etc.....	Abedulal.
Gaintza.....	De cimas, etc.....	

Se ha de tener presente el abuso con que se pronuncian estas voces que corren hoy como apellidos ó distintivos que tienen su orígen de las casas infanzonas así llamadas. Este abuso á mi ver ha provenido de la lengua castellana que en lugar de la letra *tz* de que carece ha sustituido la *z*. A más de esto observamos en algunas de ellas supresion de letras y adicion de ellas. Hé aquí cómo se pronuncian actualmente segun el órden en que las hemos colocado. Ari-za: Gastaña-za: Iturri-za: Orma-za: Bustinza: Inchaur-za: Mimen-za: Garagar-za: Ondar-za: I-za: Illarra-za: Elorri-za: Urqui-za: Gain-za, y lo mismo digo

de todos los demás nombres locales de esta naturaleza. Consulten los bascongados sus voces *gari-tzia*, trigal: *edur-tzia*, nevada ó abundancia de nieve: *diru-tzia*, abundancia de dinero, etc., y se harán cargo de esta verdad.

ADJETIVOS Ó EPITETOS.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Arbi-tzu.....	De nabos para ser abundante..... ...	Nabal.
Ota-tzu.....	De argoma, etc.....,....	Argomal.
Aranza-tzu.....	De espinos, etc.....	Espinal.
Zumel-tzu.....	De estaquilleros, etc.....	Estaquilleral.
Alza-tzu.....	De alisos, etc.....	Alisal.
Ira-tzu	De helechos, etc.....,	Helechal.
Zua-tzu.....	De árboles, etc.....	Arboleda.
Ame-tzu.....	De carrascos, etc.....	Carrascal.
Abi-tzu	De nidos, etc.....	Nidal.
Orbestzu.....	De montoncitos, etc.....	
Oiar-tzu	De altitos, etc.....	Oteral.
Querexa-tzu	De cerezas, etc.....	Cerezal.
Ocaran-tzu.	De ciruelas, etc.....	Ciruelal.
Ispi-tzu.....	De animales venenosos,etc	
Aspia-tzu.....	De peñas cóncavas, etc.....	

En la pronunciacion actual de estas voces hallamos trocada la letra *tz* en *z* y en alguna de ellas va unida la letra *a*, nota de apelativo. Hé aquí por su órden el modo con que hoy se profieren: Arbi-zu: Ota-zu: Aranza-zu: Zumel-zu: Alza-zu ó Alza-zua: Ira-zu: Zua-zua: Ame zua: Abi-zua ó Abi-sua: Orbe-zu: Oiar-zun: Querexa-zu: Ocaran-zu: Ispi-zua: Aspia-zu. Sin embargo de esto, el uso comun de formar los abundanciales adjetivos que no significan localidad, nos persuade que estas voces se pronunciaron á sus principios con la letra *ts*, y se dijo, por ejemplo, *Arbi-tsu*: *Ota-tsu*: lo cierto es que los bascongados dicen *diru-tsuba* por abundante en dinero: *ule-tsuba*, abundante en pelo ó peludo: *aragui-tsuba*, abundante en carnes, haciendo uso de la letra *ts*.

LOCALES DE APTITUD.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Ares-ti.....	Para robles, paraje acomodado.....	Robledal.
Arta-di.....	Para encinos, etc.....	Encinal.
Bustin-dui.....	Para greda, etc.....	Gredal.
Insaus-ti.....	Para nueces, etc.....	Nocedal.
Aranza-di.....	Para espinos, etc.....	Espinal.
Azur-dui.....	Para huesos, etc.....	Hosario.
Urqui-di.....	Para abedules, etc.....	Abedulal.
Sagar-ti.....	Para manzanos, etc.....	Manzanal.
Urres-ti.....	Para avellanos, etc.....	Avellanal.
Miillu-di.....	Para hinojos, etc.....	Hinojal.
Elor-di.....	Para espinos, etc.....	Espinal.
Loir-di.....	Para barros, etc.....	Barrizal.
Ames-ti.....	Para carrascos, etc.....	Carrascal.
Alber-di.....	Para cayuela, etc.....	Cayuelal.

Estas terminaciones provienen á mi parecer del adjetivo ó epiteto *dui*, que con la nota de apelativo pronuncian los bizcainos *duija*. Esta palabra quiere decir cosa apta, acomodada, propia y adecuada para esta ó la otra cosa, y de aquí es que la significacion de los nombres locales formados de la terminacion *dui* y sus síncopas *ti* y *di* es justamente la que les hemos dado. La terminacion *dui* muda su *d* frecuentemente en *t* y así decimos *ares-tuija*, robledal: *ames-tuija*, carrascal, etc.

A más de los nombres derivados locales de quienes hemos hablado, tiene el bascuence otras tres diferentes clases que las forma con las terminaciones *aga*, *eta*, *ola*, que como dijimos en nuestra Apología denotan la situacion diferente en que se halla la cosa significada por el primitivo á quien se posponen. La terminacion *aga* quiere decir *sin extension* y nos indica paraje ó lugar estrecho: la *eta* paraje ó lugar suave; y la *ola* paraje ó lugar alto ó redondo ó que forma á la vista una figura semejante. Daremos de cada una de estas voces algunos ejemplos con su traduccion literal y la significacion castellana, como lo hemos hecho con los derivados locales, no tanto para instruccion de los literatos, cuanto por hacer ver á los bascongados la genuina significacion de sus apellidos.

LOCALES ACABADOS EN *AGA*.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Arri-aga.....	De piedras paraje estrecho	Pedregal.
Ur-aga.....	De aguas, etc.....	Cenagal
Amil-aga.....	De derrumbadero, etc.....	Derrumbadero.
Zubi-aga.....	De puente, etc.....	
Arech-aga.....	De robles, etc.....	Robledal.
Inchaur-aga.....	De nogales, etc..... ...	Nocedal.
Urqui-aga.....	De abedules, etc.....	Abedulal.
Iz-aga	De juncos, etc	Juncal.
Elorri-aga.....	De espinos, etc.....	Espinal.
Izarr-aga.....	De arbejas, etc.....	Arbejal.
Arte-aga.....	De encinos, etc.....	Encinal.
Iturri-aga.....	De fuentes, etc.....	Fontanal.
Zubil-aga.....	De troncos, etc.....	
Aguin-aga.....	De tilos, etc.....	Tiledal.
Alz-aga.....	De alisos, etc.....	Alisal.
Loiz-aga.....	De lodazales, etc.....	Lodazal.
Larrin-aga	De trilladero, etc.....	Trilladero.

LOCALES ACABADOS EN *ETA*.

Arri-eta.....	De piedras paraje suave	Pedregal.
Urqui-eta.....	De abedules, etc.....	Abedulal.
Bas-eta.....	De montes, etc....	
Ira-eta.....	De helechos, etc.....	Helechal.
Mendinu-eta.....	De montes pequeños, etc.	
Arech-eta.....	De robles, etc.....	Robledal.
Urni-eta.....	De agua pequeña, etc.....	
Ibas-eta.....	De riachuelo, etc.....	
Art-eta.....	De encinos, etc.....	Encinal.
Unz-eta.....	De hiedras, et	Hiedral.
Larr-eta.....	De zarza, etc.....	Zarzal.
Erro-eta.....	De molinos, etc...	
Ibarr-eta.....	De llanura, etc.....	
Ur-eta.....	De agua, etc.....	
Elorri-eta.....	De espinos, etc	Espinal.
Ola-eta...	De ferreria, etc.....	
Espel-eta.....	De bojes, etc.....	Bojedal.

LOCALES ACABADOS EN *OLA*.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Arri-ola.....	De piedras paraje redondo	Pedregal.
Urqui-ola..... ..	De abedules, etc.....	Abedulal.
Zuas-ola	De árboles, etc..... .	Arboleda.
Ibarr-ola	De llanura, etc.....	
Loi-ola.....	De lodos, etc.....	Lodazal.
Sassi-ola.....	De zarzas, etc.....	Zarzal.
Mendi-ola.....	De montes, etc....	
Ames-ola.....	De carrascos, etc	Carrascal.
Urrej-ola.....	De avellanos, etc.	Avellanal.
Arras-ola.....	De lobreguez, etc.....	
Iras-ola.....	De helechos, etc.	Helechal.
Usa-ola.....	De palomas, etc..... ..	Palomar.
Gorosti-ola.....	De acebos, etc.....	Acebal.
Arbis-ola	De nabitos, etc.....	Nabal.
Ast-o-la	De peñas, etc.....	Peñascal.
Egurr-ola.....	De leñas, etc.....	Leñal.
Aza-ola.....	De berzas, etc.....	Berzal.

No se conformarán quizá los literatos con muchas de las significaciones que hemos dado á los diferentes nombres derivados locales. Creerán no hallar la misma significacion en varias voces de igual naturaleza: en una palabra, los mismos bascongados se verán muchas veces confusos si no se tienen presentes ciertas reglas indispensables. En primer lugar se ha de advertir que en las voces entran muchas letras sin otro destino que el de eufonizarlas. Tales son la *s* de *Ira-s-ola*, *Arbi-s-ola* y la *t* de *As-t-ola*. Debe tambien tenerse presente que el *ola* final muchas veces es un nombre sustantivo y significa *ferreria*. Esto se conocerá reparando á la voz á quien se halla aplicada la palabra *ola*. Si esta voz fuese posesiva, indispensablemente será sustantiva dicha palabra *ola*: de aquí es que *Zamac-ola* quiere decir de *estrechura ó garganta de montes ferreria*; porque *Zamacola* es nombre posesivo: lo mismo sucede con *Gbec-ola*, que significa del pié del alto ferreria ó ferreria colocada al pié del alto: *Berna-ola* quiere decir ferreria de abajo: *Goxen-ola* ferreria de arriba: *Goico-olea* lo mismo: *Burdin-ola* ferreria tiradera: *Zartan-ola*, ferreria sartenera: *Gabi-ola* ferreria en que se hacen mazos, etc. Han de tambien tenerse presentes las advertencias que hicimos en nuestra Apología hablando de los nombres locales reducidas á que los nombres de nuestros pueblos, lugares y caseríos muchas veces se han puesto con miramiento al apellido ó nombre del fundador y que en estos casos no es

extraño el que en estos nombres no se verifique la significacion dada. Ultimamente hemos de advertir que no nos es posible dar una completa prueba de nuestro sistema hasta realizar los deseos que tenemos de formar un copioso Diccionario.

DIMINUTIVOS.

Es finísima la formacion de diminutivos bascongados. En todos ellos vemos como terminaciones las letras suaves. *ch*, *x*, *ñ*. Hé aquí ciertos ejemplos en aquellas mismas voces que corren hoy como sustantivos.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Rl-chia	Mosca pequeña	Mosquito.
U-chia.....	Huequedad pequeña.....	Cofrecito.
La-ñua.....	Cosa apegosita..... ..	Bruma.
Loi-ñia	Lodosito	Loiña, pez.
Au-xe	Estecito	Este mismo.
A-xe...	Aquelcito...	Aquel mismo.
Ori-xe.....	Esecito.....	Ese mismo.
Ara-xe	Allicito.....	Allí mismo de movimiento.
Orra-xe.	Aicito.....	Ahí mismo.
Ain-che.....	Allicito.....	Allí mismo de quietud.
Gue-xua.....	De poco descanso.....	Enfermo.
Ar-chua.....	Carnero pequeño.....	Cordero.

Sin embargo de haber sido usadas como palabras diminutivas en el bascuence las letras *ch*, *x* y *ñ*, uniéndose ya á esta, ya á la otra vocal, como nos hacen ver las voces de la lista anterior y las que pusimos por ejemplo hablando de estas voces como modulaciones del órgano de la voz, hoy ha prevalecido la *ch* con la vocal *u*, esto es, la sílaba *chu* para la formacion de los diminutivos. Decimos *chacurchuba*, perrito: *mutil-chu-ba*, muchachito: *zabal-chu-ba*, anchito, etc.: aunque los labortanos conservan en algunas voces la sílaba *ño* y dicen *zaldiñoa*, caballito: *idiñoa*, torito, etc.

AUMENTATIVOS.

Es igualmente puntualísimo el bascuence en el uso de las terminaciones *to* y *ko* para formar sus aumentativos, como se vé en la lista siguiente.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Aari-tua..... ..	Carnero grande	Carnerazo.
Chacur-tua.....	Perro grande.....	Perrazo.
Anra-kua.....	Mujer grande.....	Mujerona.
Nesca-tua.....	Muchacha grande.....	Muchachona.
Escu-tua.....	Mano grande..	Escudo.
Guisa-tua.....	Hombre grande.....	Hombron.
As-tua.....	Peñasco grande.....	Burro.
Co-kua.....	Toscazo.....	Tonto.
Mutil-kua.....	Muchacho grande.....	Muchachon.
Buru-tua	De cabeza grande.....	Cabezon.
Ume-tua.....	Criatura grande.....	Adulto puerilizado.

A más de estas terminaciones usa el bascuence del epiteto *zar* ó *zaarra* en la formacion de sus aumentativos, y no dejan de tener estas voces una bella analogía con sus signados. La palabra *zar* ó *zaara* quiere decir cosa vieja ó añeja; y lo crecido ó grande es un efecto ordinario que reciben los entes á lo ménos vejetativos con el tiempo, segun vayan separándose más de su orígen ó envejeciéndose. Creo que á sus principios se usaria esta terminacion con los entes que son vejetables por naturaleza y significarian *anra-zaarra*, mujer cargada de años: *chacur-zaarra*, perro envecejido: *mutil-zaarra*, mozo avejentado: *arech-zaarra*, roble de muchos dias, y que las legítimas y propias terminaciones aumentativas fueron la *to* y la *ko*.

Se creerá que la terminacion *ko* aumentativa es confusa por encontrarse con la terminacion posesiva local. A*nra-kua*, mujerona: *mutil-kua*, muchachon, acaban lo mismo que *eche-kua*, de casa: *basso-kua*, del monte y *auzo-kua* de la vecindad; pero no hay confusion alguna. La terminacion *ko* es propia para significar tosquedad y localidad; tosquedad por su torpe y corpulento sonido: localidad por el embovedado en que se forma. Véanse los nombres posesivos en nuestra gramática y su uso en el bascuence en este cotejo y se hallará aclarada esta aparente oscuridad de la sílaba *ko* por las mismas voces á quienes es aplicada. La palabra *anra* nos dá á entender que la

ko de *anra-ko* ó *anra-kua* es aumentativa por la natural constitucion del signado de mujer. *Lapi-kua* nos hace ver que la terminacion ko es local, porque el signado *olla* es un contenedor.

ABUNDANCIALES.

No hablamos en este capítulo de los nombres abundanciales locales; hemos tratado largamente de ellos en su lugar. Solo diremos dos palabras en este lugar de aquellos derivados que indican la abundandancia de la cosa significada por la voz á quien se aplica la terminacion abundancial. Esta terminacion *tza*, *tsu*, *ssu*, *ts*, *tz* y *z*. Con la terminacion *tza* y *z* se forman los nombres sustantivos abundanciales y con la *tsu* y *ssu* los adjetivos. Sin embargo no se confunden estos nombres abundanciales con los locales, porque los últimos como nombres propios no llevan caracteristica de apelativo: á más de que la costumbre ha hecho que en ellos las letras *tz* y *ts* se muden en *z* como se hizo ver en su lugar, y las voces que nos ocupan llevan la nota de apelativo y no pierden ni mudan en su formacion las letras de la terminacion radical. *Inchaur-tza* es un nombre local propio de un determinado caserio: se pronuncia *Inchaur-za* por el uso, y no lleva característica de apelativo. Del mismo modo *Gastaña-tza* que se pronuncia *Gastaña-za* es un nombre propio de cierto caserio llamado así, y por lo mismo no lleva característica de apelativo; pero si decimos *Inchaur-tzia*, *Gastaña-tzia* estas voces serán apelativas y significarán un monton ó abundancia de nueces y castañas.

Esto mismo sucede respecto de la terminacion *tsu*. Los nombres locales formados con ella son propios. *Arbi-tsu* que se pronuncia *Arbi-zu* es un nombre propio y nos da á entender un caserio así llamado. *Zumel-tsu* que se profiere *Zumel-zu* es tambien nombre propio de un determinado caserio, y por lo mismo no se reconoce en ellos la característica de apelativo, pero si decimos *Arbi-tsuba*, *Zumel-tsuba* ya son nombres apelativos y significan cosa abundante en nabos y árboles llamados estaquilleros, y aplicables como epitetos ó adjetivos á cualquiera lugar ó paraje en que se verifican estas cualidades. Bajo de este supuesto haremos ver la formacion de nuestros abundanciales en tres diferentes listas: en la primera irán los sustantivos abundanciales apelativos formados con la terminacion *tza*: en la segunda los que se forman con la *z* y en la tercera los adjetivos ó epitetos que vienen de la terminacion *tsu* ó *ssu*.

LISTA PRIMERA.

VOCES RASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Gari-tzia.....	De trigo abundancia.....	Trigal.
Arta-tzia.....	De maiz etc.....	Maizal.
Arri-tzia.....	De piedras etc..... ..	Pedregal.
Lina-tzia.....	De linos etc.....	Linal.
Elorri-tzia.....	De espinos etc..... ...	Espinal.
Iñurri-tzia.....	De hormigas etc.....	Hormiguero.
Arbi-tzia.....	De nabitos etc.....	Nabal.
Diru-tzia.....	De dinero etc.....	Dineral.
Baba-tzia..... .	De habas etc	Habal.
Lupa-tzia	De barros etc.....	Barrizal.
Ira-tzia	De helechos etc..	Helechal.
Aza-tzia.....	De berzas etc.....	Berzal.
Gastaña-tzia.....	De castañas etc.....	Castañal.
Iz-tzia.....	De juncos etc.....	Juncal.
Mimen-tzia..	De mimbres etc..... .	Mimbral.

La *tza* muda su letra *tz* en *c* cuando el nombre primitivo á quien se aplica acaba en consonante, y así decimos *Bedar-cia*, hierbal: *Ondar-cia*, arenal: *Bustin-cia*, gredal: *Egur-cia*, leñal, etc.

LISTA SEGUNDA.

Los nombres que han de ser comprendidos en esta lista, son mirados en las gramáticas como unas voces primitivas ó radicales, pero en nuestro sistema de la significacion natural de las letras no hay otras voces primitivas que las mismas letras: de modo que llegando la voz á tener dos letras forma ya una verdadera definicion. La primera letra hace funciones de sugeto y la segunda de atributo. Por esta razon formaremos esta lista de aquellas voces que resultan de una letra ó sílaba y las terminaciones abundanciales *z*, *tza* y *ts*. Las dos últimas se hallan precisamente despues de una vocal: la primera puede posponerse aún á las que acaban en consonante.

Advertimos tambien que todas las voces primitivas se impusieron á los signados por una de sus cualidades, y que en su raiz ú origen fueron unos epitetos ó adjetivos, pero corrieron como nombres propios hasta que la analogía de unos signados con otros los pasó á ser apelativos. Estos apelativos unos fueron adoptados para denotar una especie y entraron á la clase de sustantivos: otros fueron destinados á significar una cualidad, y quedaron en epitetos ó adjetivos. Advertimos á más que las letras y sílabas tienen su natural significacion ó por la onomatopeya, ó por las primeras é inocentes articulaciones del hombre-niño, ó por las interjecciones del adulto, ó como modulaciones del órgano de la voz. Bajo de estos supuestos formemos nuestra lista.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
A-tz-a.....	Estension abundante.....	Dedo.
A-ts-a.....	Lo mismo.....	Hedor.
Al-tz-a...	Cosa muy correosa... ...	Aliso.
Ar-tz-a.....	Cosa de mucha robustez..	Oso.
I-tz-a.....	Cosa muy penetrante.....	Palabra.
U-tz-a.....	Cosa de mucha huequedad	Vacío.
O-tz-a.....	De los altos abundancia..	Frio.
O-ts-a.....	De oes abundancia.....	
La-tz-a.....	Cosa de mucho apego.....	Aspero.
Pu-tz-a.....	De pües abundancia, voz onomatópica.....	Soplo.
Or-tz-a.....	Cosa muy defectuosa	Pües ó brotes de un cuerpo.
Min-tz-a.....	Cosa muy sutil.....	Telilla.
Po-z-a.....	De redondez ó amparamiento abundancia....	Alegría, consuelo.
E-z-a.....	De debilidad abundancia .	Negacion.
Mo-tz-a.....	De chatidez abundancia...	Mustio.
Mu-tz-a.....	De romez idem.....	Chato, amochado.
Bi-tz-a.....	De cositas ó cuerpecitos abundancia...	Espuma.

Estas y otras voces de la misma naturaleza son y deben reputarse en la lengua bascongada como derivativas; y si algunas de ellas corren hoy en la clase de los epitetos ó adjetivos, en su orígen hubieron de significar un determinado individuo.

LISTA TERCERA.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Odol-tsu-ba.....	De mucha sangre.....	Sanguino.
Diru-tsu-ba.....	De mucho dinero.....	Adinerado.
Indar-su-ba.....	De muchas fuerzas.....	Forzudo.
Ule-tsu-ba.....	De mucho vello	Velludo.
Erru-tsu-ba.....	De mucho brio.....	Brioso.
Ai-tsu-ba..... ..	De muchos ayes	Quejon.
Al-tsu-ba	De mucho poder.....	Poderoso.
Ur-su-ba.....	Abundante en agua.....	Acuoso.
Asmu-tsu-ba.....	De muchas invenciones...	Ingenioso.
Su-tsu-ba.....	De mucho fuego.....	Fogoso,
Don-su-ba.....	De mucha gracia.....	Gracioso.
Barri-tsu-ba.....	De muchas novedades....	Novelero.
Berba-tsu-ba	De muchas palabras.....	Hablador.
Jaquin-tsu-ba....	De saber abundante.....	Sábio.
Lora-tsu-ba.....	Abundante en flores.....	Florido.
Euri-tsu-ba.....	De muchas lluvias.....	Lluvioso.

FRECUENTATIVOS.

Nombres frecuentativos, como dijimos en nuestra gramática, son aquellos que nos dan á entender la facilidad, frecuencia ó costumbre que uno tiene á alguna cosa: dijimos tambien que para la formacion de estas voces se valdrian los primeros hombres de la terminacion *ti*, como que es la más apta para denotar la frecuencia ó repeticion de actos: justamente esta misma es la terminacion con que forma el bascuence sus frecuentativos, y no hallo idioma alguno que haga uso de ella en estos nombres. Algunos ejemplos harán ver esta verdad, ya que no podemos demostrar hasta la publicacion del Diccionario todos los nombres de esta formacion.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Bildur-ti-ja	El que frecuentemente se espanta	Espantadizo.
Negar-ti-ja	Inclinado á llorar	Lloron.
Baso-ti-ja	Frecuente en los montes.	Montaraz.
Igues-ti-ja	Inclinado a huir	Fugaz.
Anra-ti-ja.	Inclinado á mujeres	Mujeriego.
Ume-ti-ja	Propenso á criaturas	
Guexo-ti-ja.	El que frecuentemente está enfermo	Enfermizo.
Sarna-ti-ja.	El que frecuentemente tiene sarna	Sarnoso.
Asmu-ti-ja	Inclinado á invenciones	Ingenioso.
Chixa-ti-ja.	El que frecuentemente mea	Meon.
Lo-ti-ja.	Propenso á dormir.	Dormilon.
Egas-ti-ja	Inclinado á volar.	Volátil.
Narras-ti-ja.	Propenso á andar arrastrando.	Reptil.
Esne-ti-ja.	Inclinado á la leche	Lechero.
Barre-ti-ja.	Propenso á la risa	Risueño.
Gose-ti-ja	El que continuamente tiene hambre.	Hambriento.

POSESIVOS.

Dijimos en nuestra gramática que los nombres posesivos eran de tres maneras; de dominio ó señorio: de localidad y de materia: hicimos ver que los primeros habian de formarse del articulo posesor; los segundos de la terminacion local *co*; y los terceros de una terminacion compuesta de dos: la primera que fuese de origen ó proveniencia y la segunda de localidad. Justamente la lengua bascongada se maneja

en sus posesivos de esta manera: forma los de dominio ó señorio sirviéndose del artículo posesor correspondiente como terminacion: en los posesivos de localidad se vale de la terminacion local *co*, y en los de materia de la partícula ó terminacion *ezco* compuesta de la terminacion *ez* de orígen ó proveniencia, y la *co* que es de localidad. La *ez* pierde su *e* cuando el nombre primitivo acaba en vocal. Pongamos algunos ejemplos para demostrar esta verdad.

POSESIVOS DE DOMINIO.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Rrregue-ren-a	Del rey	Real
Aita-ren-a	Del padre	Paternal
Semia-ren-a	Del hijo	Filial.
Nor-en-a	De quien.	Cuyo.
Ni-ri-a.	De mi.	Mio
Gu-ri-a	De nosotros.	Nuestro
Zu-ri-a.	De usted	Tuyo.
Zube-en-a	De vosotros.	Vuestro.
A-ren-a	De aquel.	Suyo.
On-e-na.	De este.	Suyo.
Orren-a	De ese	Suyo.
Guisona-ren-a.	Del hombre.	Humano
Asco-ren-a	De muchos.	Multitudinal
Jaungoicua-ren-a	De Dios.	Divino

La sintasis bascongada que prepone los nombres y posesores á los que representan los signados de la cosa poseida, hace que estas voces solo tengan lugar en preguntas y respuestas. Decimos *¿nor-en-a da au*? De quién es esto? y respondemos *erreguerena* del Rey: *Guisonarena* del hombre: pero unidos estos posesivos al sustantivo que expresa la cosa poseida, pierden la nota ó característica de apelativo: decimos *erregue-ren echia*; la casa del Rey ó casa Real: *guisona-ren asmubac*, las invenciones humanas ó del hombre; y los posesivos *erregue-ren*; *guisona-ren* toman una forma correspondiente al valor del genitivo latino; y pierden la del nominativo que tuvieron en la respuesta que antecede.

POSESIVOS LOCALES.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Eche-cua	De Casa	Doméstico
Elexa-cua	De la Iglesia	Eclesiástico
Basso-cua	Del monte	Montaraz
Erri-cua	Del lugar	Lugareño
Lapico-cua	De la olla	
Ichasso-cua	De la mar	Marinero
Auzo-cua	De la vecindad	Vecinal
Escu-cua	De la mano	Manual
Urre-cua	De cerca	Cercano
Bijotze-cua	Del corazon	Cordial
Campo-cua	De fuera	Forastero
Buru-cua	De la cabeza	Capital
Jauregui-cua	Del Palacio	Palaciego
Gastelu-cua	Del Castillo	Castellano
Albo-cua	Del lado	Lateral
Batzarr-e-cua	Del Ayuntamiento	Concegil

Los nombres primitivos que acaban en letra doble, reciben antes de la terminacion *co* la letra eufónica *e* y asi decimos *bijotz-e-cua*: *atz-e-cua*: *aurr-e-cua*; cordial, posterior, anterior, etc., y si acaban en las consonantes *n* y *l*, la *c* de la terminacion *co* muda en *g*, y asi decimos *an-gua* de allí: *madril-gua* de Madrid: *emen-gua* de aquí, etc., todo ello en fuerza de la eufonia.

POSESIVOS DE MATERIA.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Zur-ez-cua	Cosa hecha de madera	Ligneo
Linar-ez-cua	De tierra	Terreo
Cirar-ez-cua	De plata	Argenteo
Arri-z-cua	De piedra	Petreo, lapideo
Burdina-z-cua	De fierro	Ferreo
Berun-ez-cua	De plomo	Plumbeo
Odol-ez-cua	De sangre	Sanguineo
Aragui-z-cua	De carne	Carneo
Urre-z-cua	De oro	Aureo
Ule-z-cua	De pelo	Pileo
Su-z-cua	De fuego	Igneo
Arguizai-z-cua	De cera	Cereo
Aranza-z-cua	De espinas	Espineo

Para dar a entender mejor los posesivos de materia, nos hemos valido de los latinos castellanizados, ya por el derecho que tiene este idioma á las formaciones de su madre la latina; ya tambien por hallarlos usados muchos de ellos en autores nacionales.

MINISTERIALES.

La confusion de los lenguajes en los nombres ministeriales, esto es, de aquellos que nos dan á entender el oficio, funcion ó ministerio á que se dedican los hombres en la sociedad, es demasiadamente manifiesta para que nos detengamos en justificarla. El hacer, el cuidar, el inclinarse por diversion; en una palabra las diferentes causas que hacen funcionarios á los individuos de nuestra sociedad, se ven expresados con una misma terminacion en perjuicio de la misma sociedad como lo hicimos ver extendida mente en nuestra gramática. La lengua bascongada es la que esplica con la mayor claridad estas diferentes funciones. Sus nombres ministeriales son de cuatro maneras: Unos nos dan á entender al oficial por la cosa que hace permanentemente, esto es, como un oficio á que se dedica: otros el cuidado que tiene de las cosas que le hacen oficial: algunos nos hacen ver que sus funciones son de inclinacion; y últimamente tiene voces con que nos demuestra que las funciones son transitorias. Formemos cuatro listas para mayor claridad de estas voces.

LISTA PRIMERA.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Zapata-guina	De zapatos hacedor	Zapatero
Lapico-guina	De ollas, etc.	Ollero
Capela-guina	De sombreros, etc.	Sombrerero
Burdi-guina	De carros, etc.	Carrero ó carretero
Pelota-guina	De pelotas, etc.	Pelotero
Laba-guina	De hornos, etc.	Hornero
Ascol-guina	De achas, etc.	Achero
Liburu-guina	De libros, etc.	Librero
Auspa-guina	De barquines, etc.	Barquinero
Zartan-guina	De sartenes, etc.	Sartenero
Ate-guina	De puertas, etc.	Portero
Galdara-guina	De caldera, etc.	Calderero
Coche-guina	De coches, etc.	Cochero
Ganibet-guina	De cuchillos, etc.	Cuchillero
Espata-guina	De espadas, etc.	Espadero
Orma-guina	De ormas, etc.	Ornero

En esta formacion se comprenden tambien aquellos nombres de oficio en que el oficial aunque no hace la cosa, sin embargo la perfecciona y pulimenta. Tales son las voces *ar-guina* con que damos á entender al cantero: *eirar-guina* al que trabaja en plata: *urre-guina* al que trabaja en oro, etc. La terminacion *guina* es un participio de presente del verbo *eguin* hacer, que quiere decir hacedor, voz muy propia para ejercer las funciones á que le destinó el bascuence.

LISTA SEGUNDA.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Ar-zaina	De ovejas cuidador	Pastor.
Aunz-zaina	De cabras, etc	Cabrero.
Bur-zaina	De carros, etc	Carretero.
Laba-zaina	De hornos, etc.	Hornero.
Manda-zaina	De mulas, etc	Arriero.
Ume-zaina	De niños, etc.	Niñero.
Idi-zaina	De toro, etc	Pastor de toros.
Astu-zaina	De burros, etc	Pastor de burros.
Ate-zaina	De puertas, etc.	Portero.
Chori-zaina	De pájaros, etc.	Pajarero.
Chacur-zaina	De perros, etc	Perrero.
Charri-zaina	De puercos, etc.	Pastor de puercos.
Basso-zaina	De montes, etc	Montero.
Eche-zaina	De casa, etc	Guarda-casa.
Scin-zaina	De criaturas, etc	Niñera.

La terminacion *zaina* es participio de presente del verbo *zaindu*, que quiere decir *tener cuidado, atender, guardar alguna cosa* y por lo mismo es muy propia para la formacion de estos nombres.

LISTA TERCERA.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Pelot-arija	A la pelota inclinado..	Jugador de pelota.
Danz-arija	A la danza, etc	Danzarin.
Cant-arija	A las canciones, etc	Cantarin.
Erost-arija	A quejidos, etc	Plañidera.
Gud-arija	A la guerra, etc	Guerrero.
Naast-arija.	A enredos, etc	Enredador.
Burl-arija	A chocarrerías, etc	Chocarrero.
Ibilt-arija	A andanzas, etc	Andariego.
Mercat-arija.	A lo barato, etc.	Mercader.
Zapat-arija	A zapatos, etc	Zapatero mercader.
Joca-l-arija.	Al juego etc	Jugador.
Espat-arija.	A la esgrima, etc	Espadachin.
Auzi-l-arija	A pleitos, etc	Litigante.
Maqui-l-arija.	A palos, etc	Apaleador.
Arric-arija	A pedradas, etc.	Apedreador.
Ucabilc-arija.	A cachetes, etc	Acacheteador.
Egosc-arija	A la lucha, etc	Luchador.

La terminacion *arija* es igualmente un participio de presente del verbo *aritu* ó *aditu*, que significa inclinarse, estar atento, ocupado

en alguna cosa. La letra *l* que se reconoce entre dos raices es eufónica, y la llevan cuando los primitivos acaban en *a*, ó por haberla mudado ó trocado con otra vocal como en *joca-l-arija* donde la *a* del *joca* está sustituida por la *o* de *joco*; ó cuando resulta esta final por supresion de alguna letra del primitivo, como sucede en *ostá-l-arija*, en donde al *osta* falta la sílaba *tu* de *ostatu*. *Ostalarija* significa mesonero: pues *ostatu* ú *ostatuba* quiere decir meson.

LISTA CUARTA.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Iracur-lia	De leer, hacedor,	Lector.
Icus-lia	De ver, etc.	Veedor.
Iracas-lia	De enseñar, etc	Doctor.
Jan-lia.	De comer, etc.	Comedor.
Eda-lia.	De beber, etc..	Bebedor.
Igar-lia.	De acertar, etc	Adivino.
Emai-llia.	De dar, etc	Dador.
Epai-llia.	De cortar, etc.	Cortador.
Icas-lia.	De aprender, etc.	Aprendedor.
Jos-lia	De sacudir menudamente, etc	Sastre.
Eu-lia	De apegar, etc.	Tejedor.
Eracus-lia..	De mostrar, etc.	Mostrador.
Esque-lia.	De pedir, etc.	Pedigüeño, esquela.
Egui-lia	De hacer, etc.	Criador.
Irun-lia	De hilar, etc	Hilandera.
Sarrai-llia	De cerrar, etc.	Cerrojo.

Hé aquí las cuatro clases de funcionarios que distingue el bascuence en los ministerios á que se dedican los hombres en la sociedad y cuya distincion es tan útil como necesaria en la mútua comunicacion. En todos los idiomas se expresan estas funciones, pero en los más son tan confusas las voces adoptadas que es preciso recurrir al sentido de la expresion para hacerse cargo de la funcion ejercida. *Cochero*; por ejemplo, habia de significar hacedor de coches, así como *zapatero*, hacedor de zapatos y *relojero* hacedor de relojes; sin embargo, entendemos en esta voz al guia-coches: lo mismo sucede con *carretero*, etc. A más de esto las mismas voces funcionarias ó ministeriales sirven para denotar la localidad, esto es, unas y otras voces llevan las mismas terminaciones. Se dice peluquero por el que hace pelucas y picadero por el lugar así llamado. Véase en mi gramática los nombres locales y ministeriales.

CONTENCIOSOS.

No hay idioma que sea más abundante y enérgico en la formacion de las voces contenciosas que el bascuence: las peleas se diferencian en él con tanto primor que al solo oir la voz, sabemos entre quienes se ha luchado y las armas de que se han valido. Las terminaciones con que forma estas voces es muy análoga á sus funciones: es la sílaba *ca* accionaria. Hé aquí algunos ejemplos:

VOCES BASCONGADAS	TRADUCCION LITERAL	SIGNIFICACION CASTELLANA
Burru-quia	De cabezas accion	Contienda de carneros
Ostica-quia	De coces, etc.	De caballos
Picu-quia	De picos, etc	De aves
Egos-quia	De derribar, etc.	De lucha
Espata-quia	De espadas, etc.	De esgrima
Adar-quia	De astas, etc.	De toros
Arri-quia	De piedras, etc.	A pedradas
Maquila-quia	De palos, etc.	A palos
Ucabil-quia	De puños, etc.	A puñadas
Atzamar-quia	De arañadas, etc.	De mujeres
Mustur-quia	De ocicos, etc.	De cerdos
Aguin-quia	De dientes, etc.	De perros
Erpe-quia	De zarpas, etc.	De gatos

Como los juegos y diversiones no son otra cosa que unas contiendas honestas y amigables, se vale el bascuence para indicarlas de la misma formacion: dice *Cecen-quia* al juego de toros muy usado entre los muchachos: *bostarri-quia* al de las cinco piedras propio de las muchachas, etc.

NUMERALES.

De tres maneras forman sus numerales los idiomas: unos por cinquenas: otros por decenas; y algunos por veintenas, pero todos tomaron su numeracion por los dedos: *quia tot digiti per quos numerare solemus* dijo Ovidio. De aquí se vé que siendo veinte los dedos del hombre: diez de las manos y otros tantos de los piés, la cantidad numerable ó á la que más podia subir el hombre en el mundo primitivo era la de veinte. Los idiomas que cuentan por cinquenas no tienen por lo mismo la correspondiente analogía, como que dan por concluida la numeracion de unidades con solos los dedos de una mano ó pié, y lo mismo digo de los que cuentan por decenas. El hombre, por ejemplo, contadas cinco unidades por los cinco dedos de una mano, no te-

nia necesidad de dar por acabada la numeracion. Podia y debia continuar su numeracion por los dedos de la otra mano, pues hallaba en ellos unidades no numeradas. Esta operacion empezando por la mano derecha, pasando despues á la izquierda: inmediatamente al pié derecho y últimamente al otro, dejaba impresas las unidades en la mútua comunicacion sin que hubiese equivocaciones. Contando los dedos de sola una mano, se sabia que el número era cinco: si contaba á más un dedo de la segunda mano ya se conocia que eran cinco y uno, esto es, seis: si se contaban los dedos de las dos manos, sabia que eran dos cincos, esto es, diez: y contando los dedos de piés y manos, no podia dudar en cuatro cincos, y que este era el número mayor.

Al contrario haciendo número supremo al cinco habia de volverse á la numeracion de los dedos de la misma mano: si la numeracion era de mayor número de unidades y era preciso otro signo para saber cuantas veces se habia repasado la mano. Esta operacion como más complicada traia consigo mayores embarazos, y parece ménos adaptable al hombre primitivo: lo mismo digo de la contaduría por decenas con la debida proporcion. De aquí es que la veintena es el número superior que presentaban al hombre sus dedos, y bajo de estos datos no puede dudarse que los idiomas que cuentan por veintenas, son los que más derecho tienen á la primacia. Tal es la lengua bascongada. Este idioma no solo cuenta por veintenas, sino que en el mismo nombre que da al veinte, hace ver que este número fué reconocido por él como el más supremo. En efecto, *oguei*, con que damos á entender el veinte, quiere decir la altura mayor. Inflérese de aquí, que este idioma no solo ha de reputarse más antiguo que los que cuentan por cinquenas y decenas, sino tambien respecto de las que forman su numeracion por veintenas.

Sin embargo no dejo de hallar en los idiomas que cuentan por cinquenas fundamento gravísimo de antigüedad; especialmente cuando contemplo los nombres que dan al cinco; al diez; al quince; al veinte, que se expresaron en nuestra gramática. Si estos numerales solos habian de decidir la primacía de los idiomas, no podríamos quizá votar ni en favor de las lenguas cinquenarias, ni en el de las veintenarias. Consultemos, pues, los demás numerales y corroboremos nuestra opinion á favor de la lengua bascongada, empezando por los cardinales.

CARDINALES.

Reconociendo los numerales cardinales de los idiomas, puede decirse que ninguno se halla revestido en las voces con que los indi-

can con aquellos caractéres que propusimos en nuestra gramática, como los más conformes para comunicar así por la accion como por la voz los expresados numerales. Sin embargo, hallo en la lengua bascongada unos nombres que sino convencen por sí solos de la primacía de este idioma, unidos con las demás excelencias contribuyen mucho á corroborar nuestra opinion.

Al número *uno* llama el bascuence en el dia con el nombre *bat*. Esta voz segun sus letras significa una cosa baja, extendida y permanente. Hé aquí una definicion de las unidades rústicas que se formaron ó debieron formase en el mundo primitivo en favor de la reminiscencia y que consistia en una raya por cada unidad ejecutada en la tierra, circunstancia que analoguiza al signado con la significacion de la *b*: esta raya hubo de ser extendida, y hé aquí la analogia con la letra *a*: era tambien permanente como impresa en el suelo, y hé aquí tambien la analogía de la *t*.

Sin embargo de hallarse generalizada esta voz *bat* en la lengua bascongada para simbolizar el número uno, é idiomatizada por los innumerables compuestos que de ellas se han formado, no podemos desentendernos de la vocecita *ica* que quiere decir cosa de raya, y que por lo mismo es propia para indicar la unidad con miramiento al geroglífico con que es indicado por todas las Naciones, esto es, á la raya. A este modo de pensar nos ha obligado el numeral *ama-ica* que literalmente quiere decir *diez-uno*, modo con que expresa nuestro idioma los numerales desde diez hasta veinte, llamando al doce *ama-bi*, diez-dos: al trece *ama-iru*, diez tres: al catorce *ama-lau*, diez-cuatro: etc. En la terminacion *ca* de la voz *ica* hallamos una característica de abstraccion accionaria, y por lo mismo nos parece que la voz *ica* quiere decir literalmente *hacer unos* ó la accion de numerar por unidades; y que el número uno radical primitivo del bascuence fué la letra *i*.

En el numeral *dos* observa el bascuence la regla que prescribimos en nuestra gramática, pues lo forma añadiendo á la *i* nota de unidad otra letra, esto es, la *b* y así es que entre nosotros la palabra *bi* significa *dos*. Hace lo mismo proporcionalmente este idioma con el numeral *tres* añadiendo dos letras á dicha radical, y asi es que entre nosotros se dice *iru* por tres.

El nombre que damos al cuatro es *lau* y quiere decir cuadro, y de aquí el verbo *lautu* cuadrar, y *laurena* cosa de cuatro ó la cuarta parte de un entero. Esta voz se formaria con miramiento al geroglífico de este número, que sería un cuadro formado en tierra ú otro paraje con cuatro rayas ó unidades ligadas de que habia de resultar una figura cuadrada.

El numeral *cinco* es llamado por los bascongados *bors* ó *bost* y quiere decir radios ó puas hácia abajo; por lo que nos persuadimos que el geroglífico de este número seria una mano cuyos dedos se in-

clinasen hácia abajo en esta forma  pues parece que la unidad del conjunto exigia el que los rádios de las unidades se ligasen los unos con los otros. Consúltese el número cinco de los romanos, y no será difícil comprender que la brevedad en su formacion le privó de los tres rádios centrales.

En los numerales *sei*, seis; *zaspi*, siete; *zorsi* ocho; *bederatzi* nueve; hallamos en primer lugar la letra *i* radical; creemos en segundo lugar que *sei* pudo pronunciarse á sus principios *cei* que quiere decir *les* ó unidades menudeadas: *zaspi* multitud de unidades: *zorsi* amontonadas unidades, y *bederatzi* últimas unidades.

El numeral *diez* se expresa en bascuence con la voz *amar*, que quiere decir literalmente enlace, union ó atadura, y de aquí *amarria* la cuerda cable y demás cordajes usados en los navíos y el verbo *amarrau* ó *amarratu* con que damos á entender lo que el castellano con el verbo *atar*. Me persuado á que el geroglífico del número diez seria en el mundo primitivo dos manos unidas entre si enlazándose dedos con dedos: lo cierto es que el número diez de los romanos no es otra cosa que dos manos ligadas por sus muñecas y que por lo mismo forman la figura de una X mayúscula, figura impropia como inverificable en aquel que queria indicar la decena por el enlace de sus manos.

Desde el diez hasta el veinte se forman añadiendo al número diez los numerales hasta este, que con su traduccion literal y significacion castellana son los siguientes.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Ama-ica.....	Diez-uno.....	Once
Ama-bi.....	Diez-dos.....	Doce
Ama-iru	Diez-tres.....	Trece
Ama-lau.....	Diez cuatro.....	Catorce
Ama-bost.....	Diez-cinco.....	Quince
Ama-sei.....	Diez-seis.....	Diez y seis
Ama-zaspi.....	Diez-siete.....	Diez y siete
Ama-zorsi.....	Diez ocho.....	Diez y ocho

El numeral *diez y nueve* sale de la regular formacion y no decimos *ama-bederatzi* diez-nueve, sino *emerretzi*, que literalmente quiere decir fin de la decena, ó mejor el dejar el diez.

A la entrada de este capítulo hicimos ver la analogía de la voz *oguei* veinte con su signado. Desde veinte hasta treinta cuentan nos como el castellano, esto es, *og-eta-bat* veinte y uno: *og-eta-bi* veinte y dos, etc. Desde el treinta hasta cuarenta es particular nuestra numeracion. Hé aquí su lista.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Og-eta-amar.....	Veinte y diez.....	Treinta.
Og-eta-ama-ica..	Veinte y once.....	Treinta y uno.
Og-eta-ama-bi....	Veinte y doce.....	Treinta y dos.
Og-eta-ama-iru..	Veinte y trece.....	Treinta y tres.
Og-eta-a na-lau..	Veinte y catorce.....	Treinta y cuatro.
Og-eta-ama-b.st.	Veinte y quince..... ..	Treinta y cinco.
Og-eta-ama-sei...	Veinte y diez y seis.....	Treinta y seis.
Og eta-ama-zaspi	Veinte y diez y siete.....	Treinta y siete.
Og-eta-ama-zorsi	Veinte y diez y ocho	Treinta y ocho.
Og-eta-emeretzi..	Veinte y diez y nueve.....	Treinta y nueve.

Este modo de numerar desde el treinta hasta el cuarenta hace ver palpablemente que el idioma bascongado es veintenario, á lo que se añade la formacion de los números cuarenta, sesenta, etc , que resultan de las unidades y el número veinte. Por cuarenta decimos *berr-ogei* que quiere decir dos veintes: *iru-r-ogei* sesenta, esto es, tres veintes: *la-r-ogei* ochenta, esto es, cuatro veintes.

Creemos que el bascuence á sus principios no conoció el número *ciento*, y que lo indicaria por el nombre de cinco veintes diciendo *bost-ogei* y así sucesivamente hasta la invencion del número *eun* con que hoy llamamos al ciento.

Esta voz *eun*, ciento, es igualmente muy análoga á su signado, pues por ella damos á entender el tejido, que no es otra cosa que la union que forman entre sí un sinnúmero de líneas ó hebras, y no por esto se ha de creer que el número ciento, esto es, el *eun* no hubiese sido conocido hasta la invencion de los tejidos de hilo, lana, etc., pues la idea de ellos se presentó al hombre desde la más remota antigüedad en las telarañas que las hallamos á cada paso.

Adoptada ya la voz *eun* se formaron las centenas del mismo modo que las veintenas, añadiendo al *eun* los numerales desde el uno hasta el ciento. *Berr-eun* quiere decir doscientos: *iru-r-eun* trescientos, etcétera.

De aquí inferimos que nuestro idioma no tuvo voz particular ni tiene hoy para nombrar el número *mil*, y que esta cantidad se expresó por una voz que equivaliese al *diez-cientos* y creemos que aun hoy debia hacerse lo mismo, dejando á los latinos ó mejor á los griegos, su voz *mil*, y hé aquí el modo de hacer esta numeracion.

VOCES BASCONGADAS	TRADUCCION LITERAL	SIGNIFICACION CASTELLANA
Amar-eun	Diez-cientos	Mil
Amaica-r-eun	Once-cientos.	Mil y ciento
Amabi-r-eun	Doce-cientos..	Mil y doscientos
Oguei-r-eun	Veinte-cientos	Dos mil
Berrrogueí-r-eun	Cuarenta-cientos.	Cuatro mil
Iruroguei-r-eun	Sesenta-cientos.	Seis mil
Laro-r-eun ..	Ochenta-cientos	Ocho mil
Eun-eun .	Cien-cientos.	Diez mil
Ogueí-r-eun-eun.	Veinte-cientos-cientos	Doscientos mil
Eun-eun-eun.	Cien-cientos-cientos	Un millon

De lo dicho resulta que el bascuence en sus numerales cardinales es el idioma más arreglado con el dictámen de la naturaleza. Pasemos á los ordinales.

ORDINALES.

Poco tenemos que cansarnos en hacer ver la excelencia del bascuence sobre todos los idiomas en estos numerales. Con examinar la terminacion con que los forma conoceremos esta verdad. La voz ó epiteto superlativo *gareena* el más superior sincopado *eugarrena* es esta terminacion y añadida al numeral cardinal *dos*, por ejemplo, quiere decir desde el sujeto á quien se aplica el ordinal, incluyéndose él es el segundo el superior. *Bi-garena*, esto es, *bigare-ena* dos el más elevado, equivale al ordinal segundo; pero como el ordinal primero no tiene sobre sí sujeto alguno, no usa el bascuence en su formacion de la terminacion referida, sino de una voz que equivale á la expresion castellana *el de más ántes ántes*, exagerando su primacía por el énfasis que causa la reduplicacion. Para mayor claridad pondremos algunos de estos numerales con su traduccion literal y significacion castellana.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Lelen-gua.....	El de más ántes ántes....	Primero.
Bi-garrena.....	Dos el más alto.....	Segundo.
Iru-garrena.....	Tres el más alto.....	Tercero.
Lau-garrena.....	Cuatro el mas alto.....	Cuarto.
Amar-garrena....	Diez el más alto.....	Décimo.
Ogueí-garrena...	Veinte el más alto.....	Veinteno.
Eun-garrena.....	Cien el más alto.....	Centésimo.

De modo que no podemos dudar de la gran filosofía de nuestro idioma en estos numerales.

COLECTIVOS.

Todos los idiomas se hallan confusos en los numerales colectivos; las voces así llamadas se forman con las mismas terminaciones que los ordinales y partitivos. Si solo miramos á la voz numeral no conoceremos á cual de estas tres clases corresponde. La voz *cuarto*, si hablamos de monedas, es un colectivo y significa una que vale cuatro maravedis: si decimos el cuarto de luna, es un cuarto de carnero de partitivo y si decimos Felipe cuarto, Pio cuarto, es un ordinal. Solo el bascuence es exacto en distinguir los colectivos de todos los demás numerales: fórmalos añadiendo á las unidades que contiene ó vale el signado la terminacion *co* que equivale al *de* de ablativo de la lengua castellana, como si dijera cosa compuesta de dos, tres, cuatro, etc., terminacion que no se halla en ninguno de los demás numerales. Pongamos algunos ejemplos.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Zorci-cua.....	Cosa compuesta de ocho..	Octava, voz poética.
Lauciri-cua	De cuatro blancas.....	Ochavo, moneda.
Amar-e-cua.....	De diez...	Media onza, moneda.
Sei-cua.....	De seis.....	El seis, naipe.
Oguei-cua.....	De veinte..... ..	Onza de oro.
Bi-cua..	De dos. ....•	El dos en el juego de bolos.
Berroguei-cua....	De cuarenta.....	Naipes, baraja.
Bost-e-cua.....	De cinco.....	El cinco en naipes, bolos, etc.

Estos numerales son los que han de ser llamados colectivos, como que nos llevan al conocimiento del signado por la coleccion de las unidades de que se compone el tal signado. Una décima, una quintilla, un terceto en la poesía nos lleva al conocimiento de los versos de diez, de cinco ó de tres piés. El cuarto, el seis, el nueve en el juego de naipes, nos dá á entender un naipe que vale cuatro, siete ó nueve, y es preciso que los idiomas distingan los colectivos de todos los demás numerales para presentar en la mútua comunicacion ideas justas de los unos y los otros. De aquí es que siendo exacta en esta parte la lengua bascongada, debe ser tenida en ella por la más perfecta de todas.

MULTIPLICATIVOS.

No dejo de hallar en los idiomas numerales multiplicativos muy propios. Tales son en la lengua castellana *tres veces seis: seis veces siete*, etc., que indican con claridad la idea que el hombre tiene en este numeral, esto es, el buscar una cantidad tres ó seis veces mayor que el seis y el siete. Sin embargo, el bascuence explica esta idea con mayor energía. Dice *lau e-t n-ogei* por *cuatro veces veinte*, formando el numeral multiplicativo *lau-r-etan* con la terminacion *etan* que equivale al *en* de los castellanos; pero un *en* particular quiere decir un adverbio plural que no lo hallo en idioma alguno, y por lo mismo *lau-r-enetan-ogei* no quiere decir *en cuatro veinte*, sino *en los cuatro veinte*: de aquí es que el numeral *uno* no lleva esta terminacion plural y así por *una vez ocho* decimos *bat-en-zorci*, esto es, *en uno ocho*. Hé aquí algunos ejemplos para mayor claridad.

VOCES RASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Bi-etan-lau.....	En los dos á cuatro.....	Ocho
Iru-r-etan-sei....	En los tres á seis.....	Diez y ocho
Sei-r-etan-bost....	En los seis á cinco..	Treinta
Bost-etan-ogei...	En los cinco á veinte.....	Ciento
Sei-r-etan-lau.....	En los seis á cuatro.....	Veinte y cuatro

Este modo de multiplicar es el propio y peculiar de nuestro idioma. Sin embargo multiplicamos tambien del mismo modo que la lengua castellana y otras; y decimos *irubidar-lau* tres veces-cuatro: *seibidar-zorci* seis veces-ocho, etc. . . .

DISTRIBUTIVOS.

Dijimos en nuestra gramática, que los numerales distributivos, habian de formarse de los cardinales por medio de ciertas terminaciones, haciendo de ellas y el cardinal una voz distinta. Dijimos tambien que estas terminaciones habian de llevar una característica diminutiva para representarnos la idea del proferente, esto es, el desmenuzamiento de la accion distributiva, y que esta característica diminutiva habia de unirse á otra característica accionaria ó adverbial para denotar que en estos numerales á más de la idea de desmenuzamiento de unidades, habia una de otras dos ideas ó de accion, como en

el andar de dos en dos; ó de modificacion que se verifica en el acto de distribuir las cosas. El que distribuye modifica su accion segun las unidades en que distribuye las cosas; y el que ejecuta la accion segun la distribucion ordenada no coopera en la distribucion sino como ejecutor; de modo que es finísima en un idioma esta formacion de distributivos.

Tal es, pues, la del bascuence. Este idioma tiene dos clases de distributivos: unos los forma con la terminacion *ñaca*, compuesta de la terminacion diminutiva *ña* y la accionaria *ca*: otros con la terminacion *ñaan* compuesta de la misma *ña* y la terminacion adverbial *an*. Pongamos algunos ejemplos de una y otra clase.

PRIMERA CLASE.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Bi-ñaca.....	A dosecitos.....	De dos en dos
Ba-ñaca.....	A unitos.....	De uno en uno
Iru-ñaca.....	A tresitos.....	De tres en tres
Lau-ñaca.....	A cuatritos.....	De cuatro en cuatro

Los bascongados hoy pronuncian *banaca*, *binaca*, *irunaca*, etcétera; pero segun el índole de nuestro idioma no debia sonar la *n* sino la *ñ*. Estos distributivos se han de usar para dar á entender la ejecucion de la orden distribuida, esto es, andar de dos en dos; correr de tres en tres; bailar de seis en seis; presentarse uno á uno, etc.

LISTA SEGUNDA.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Bana-an.....	A unitos.....	De uno en uno
Bina-an.....	A dositos.....	De dos en dos
Iruna-an.....	A tresitos.....	De tres en tres
Launa-an.....	A cuatritos.....	De cuatro en cuatro
Bostna-an.....	A cinquitos.....	De cinco en cinco
Seina-an.....	A seisitos.....	De seis en seis
Saspina-an.....	A sietecitos.....	De siete en siete
Zorcina-an.....	A ochitos.....	De ocho en ocho

Estos numerales distributivos por la misma razon que llevamos alegada, habian de pronunciarse con *ña*, y denotan el modo de distribuir la cosa. V. g., poner uno por uno; distribuir de dos en dos, colocar de tres en tres, etc.

COPULATIVOS.

No es menor el esceso que hace nuestro idioma á los demás en la formacion de los copulativos. Parece que presenta en sus terminaciones la pintura más viva de las ideas que tiene el hombre en la contemplacion de estos numerales. En una sola cosa dos: en una sola cosa tres: etc., hé aquí la idea de un numeral copulativo. La localidad de la duplicacion ó triplicacion, y la unidad ó sencillez del lugar ó raiz en que se contienen los individuos copulados en él. La primera idea se esplica con la terminacion local *co*, y la segunda con la diminutiva *ch*, y unidas ambas resulta el *coch* terminacion copulativa. Formemos una pequeña lista para mayor ilustracion.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Ba-coch-a.....	De uno lugarcito	Simple
Bi-coch-a.....	De dos, etc.	Doble
Iru-coch-a	De tres, etc	Triple
Lau-coch-a	De cuatro, etc.	Cuadruplo
Oguei-coch-a	De veinte, etc	Veintuplo
Run-coch-a	De ciento, etc....	Centuplo

A más de esta terminacion usa el bascuence de otras dos que son *coti*, compuesto de dos terminaciones locales, cuya segunda es tambien frecuentativa; y *conde* que tiene las mismas terminaciones, con las mismas terminaciones con la interposicion de la *n* eufónica, y así decimos *bi-cotija* ó *bi-condia* por doble, etc. Es tambien *tual* el bascuence en estos numerales, que no los confunde con los demás como se observa en todos los idiomas.

PARTITIVOS.

Hicimos ver en nuestra gramática, que el instinto recurriria para la formacion de estos numerales á una terminacion que al mismo tiempo fuese posesiva y plural para dar á entender las dos ideas que movilizan al hombre en la contemplacion de ellos, como podrá verse en su lugar; y qué á más habia de formar una sola voz dicha terminacion y el numeral cardinal. Así lo ejecuta la lengua bascongada formando los numerales partitivos, añadiendo el artículo posesor á los cardinales: hé aquí algunos ejemplos.

VOCES BASCONGADAS	TRADUCCION LITERAL	SIGNIFICACION CASTELLANA
Lau-r-ena	Uno de cuatro	Cuarta parte
Amarr-ena.	Uno de diez	Diezmo
Sei-r-ena	Uno de seis	Sesmo
Eun-ena	Uno de ciento	Centeno

No podemos ménos de advertir el poco uso que hacen los bascongados de estos numerales y es muy extraño que valiéndose todos ellos del *lau-r-ena* cuarta parte, y *amarr-ena* décima parte, no extiendan esta formacion á todos los demás numerales cardinales, pero su amor al idioma nos promete que en lo sucesivo serán más puntuales en el uso de estas bellas voces.

RECONOCIMIENTO DE LOS PRONOMBRES.

Hablando de estas voces en nuestra gramática, se justificó plenamente que habian de ser once en número: seis singulares y cinco plurales: que en el singular habia de haber un pronombre para indicar á aquel que hablaba: dos, uno cortés, otro familiar para dar á entender á aquel á quien se hablaba; y tres diferentes para nombrar la persona de quien se hablaba; y que en el plural eran necesarias un pronombre de primera persona, otro de segunda y tres de la tercera, pero solo el bascuence se halla adornado de estas once personas, y son las siguientes.

PRONOMBRES SINGULARES.

Personas.	1.ª	Ni	Yo.
	2.ª	Zu.	Usted.
	2.ª	Y	Tu.
	3.ª	A	Aquel.
	3.ª	Au.	Este.
	3.ª	Ori.	Ese.

PRONOMBRES PLURALES.

Personas.	1.ª	Gu	Nosotros.
	2.ª	Zu-b-ec	Vosotros.
	3.ª	A-z-ec.	Aquellos
	3.ª	Au-ec	Estos
	3.ª	Ori-ec	Esos

Usan los bascongados en lugar del pronombre *au-ec* de las voces *on-ec* y *oi-ec*; y por *ori-ec* dicen tambien *orr-ec*: pero los legítimos pronombres son los once que hemos anotado. Estos pronombres no solo son once, como lo exije la naturaleza de esta parte de la oracion, sino que las voces con que los expresamos, son análogas con las ideas que tuvo el hombre en su formacion. Consúltense con la larga disertacion que sobre este particular hicimos en nuestra gramática, y se verá demostrada esta verdad.

La palabra *Usted* con que damos á entender la segunda persona cortés del singular *tu*, no es pronombre. *Usted*, tanto quiere decir como *vuestra merced*. De aquí es que correspondiendo nuestro *tu* en todos los idiomas á una voz equivalente al *Usted* de los castellanos que es tercera persona del singular ó al *vous* de los franceses que es segunda del plural, solo la lengua bascongada es puntual en sus pronombres á lo que en ellos exije la naturaleza de los idiomas. Consúltese, vuelvo á decir, esta parte de la oracion en nuestra gramática.

Despues de haber hablado del reconocimiento del nombre y habiendo cotejado los idiomas en estas partes de la oracion, correspondia que tratásemos de sus accidentes, esto es, del género, número y caso. Sin embargo, nos contentaremos con decir que el bascuence no tiene géneros en sus nombres, epítetos y pronombres: que sus números son singular y plural, y que no tiene casos, sino artículos, de quienes se hablará despues: todo ello por exigirlo así la naturaleza del lenguaje como largamente se ha hecho ver en nuestra gramática, á donde podrá recurrir el lector.

En cuanto al cálculo de voces que hicimos en dicha gramática haciendo ver demostrativamente que un idioma perfecto era susceptible de cuatrocientas noventa y cuatro mil, ciento treinta y un millones, noventa y un mil quinientas y un voces, debemos decir que esta operacion se dirigió solamente á dar una idea de la proporcion que tenian las lenguas para enriquecerse de voces sin confusion alguna en ellas y caracterizar con ellas cuantos descubrimientos son imaginables hasta la consumacion de los siglos. En efecto, ningun idioma ha consumido hasta ahora esta inmensidad de voces, y tiene en ellas un acopio suficiente al parecer para cuantas pueda necesitar en las futuras generaciones.

Sino cotejamos el idioma bascongado con los demás en no tener géneros ni casos en sus nombres, epítetos y pronombres, y en que sus números no son sino dos, singular y plural, es porque siendo comunes estas cualidades á un sinnúmero de lenguajes, no son proporcionadas para deducir de ellas cual hubiese sido el primitivo, por lo que pasaremos á hablar del artículo.

RECONOCIMIENTO DE LOS ARTÍCULOS.

Hicimos ver en nuestra gramática que por artículos en las lenguas no declinantes debian entenderse aquellas palabritas que unidas ó aplicadas al nombre, pronombre y epiteto nos daban á entender sus relaciones primarias. Hicimos tambien ver que estas relaciones no podian ser más ni ménos que cuatro: de paciente, agente, recipiente y posesor: y que por lo mismo debian tener los idiomas cuatro características para no confundirse en el conocimiento de estas relaciones.

Justificamos tambien que la economía de los idiomas exigia el que se recibiese por una de las cuatro características el no tener carácter alguno; y justamente hallamos justificadas estas reglas filosóficas en la lengua bascongada y no en otra alguna. Este idioma si presenta sus nombres sin artículo alguno son pacientes: si los une con la letra *k* son agentes: si con la letra *i* recipientes: y si con la sílaba *en* posesores. Demostrémoslo prácticamente y para ello pongamos de manifiesto estas características.

Características....	Paciente.....	El no tener.
	Agente.....	K.
	Recipiente.....	I.
	Posesor.....	En.

Antes que entremos á la aplicacion de estas características á los nombres bascongados, es necesario tener presente que este idioma distingue los nombres apelativos de los propios numerales y partitivos en que los primeros llevan por característica la letra *a*. *Guizon-a* es un nombre apelativo: *bi*, *lau* son numerales: *Peru*, *Madrid* son nombres propios. De aquí es la equivocacion del P. Larramendi en haber presentado como artículos bascongados las palabras *a*, *ac*, *aren*, *ari*.

En estas cuatro palabras la *a* es nota de apelativo, y por lo mismo nunca la veremos en los numerales partitivos y nombres propios. Diremos bien *guizon-a*, *guizon-ac*, *guizon-ari*, porque la voz *guizon*, es apelativa: pero si queremos aplicar los artículos al nombre propio *Peru* diremos: *Peru* cuando es paciente; *Peru-k* cuando es agente: *Peru-r-i* cuando es recipiente; y *Peru-r-en* cuando es posesor: de aquí se vé claramente que á la voz *Peru* Pedro le hace paciente el no tener carácter alguno: que la *k* le hace agente: la *i* recipiente, y la *en* posesor; y que la letra *r* que media entre la voz *Peru* y los artículos *i*, *en* es una letra eufónica, y se hace evidente que la *a* que llevan los nombres apelativos no es artículo, sino una nota ó carácter de apelativo. Bajo de estas prevenciones apliquemos nuestros artículos prime-

ro á los nombres apelativos: despues á los propios y últimamente á los numerales que deben ser reputados como unos epitetos propios por el determinado número que nos indican.

EJEMPLO DE LOS NOMBRES APELATIVOS.

Paciente.	Guizon-a
Agente.	Gizon-a-k
Recipiente	Guizon-a-r-i
Posesor	Gizon-a-r-en

En la voz *guizon-a* no reconocemos otra característica que la *a*, y esta nos da á entender que la voz *guizon* es apelativa, y el mismo no tener otra característica, nos hace ver que la voz *guizon-a* es paciente.

En *guizon-a-k* vemos dos características: la misma *a* nota de apelativo, y la *k* característica de agente, y conocemos que *guizon-a-k* es una voz apelativa que ejerce la funcion de agente.

En *guizon-a-r-i* hallamos tres letras unidas á la voz *guizon*. Conocemos que la *a* es nota de apelativo: que la última *i* es característica de recipiente; y no teniendo ministerio alguno la *r* en la propiedad de la voz, venimos en conocimiento de que sus funciones son correspondientes á la eufonía. Del todo resulta que la voz *guizon-a-r-i* es un nombre apelativo que ejerce funciones de agente en el concepto en que se halla colocado.

Ultimamente en *guizon-a-r-en* hallamos la misma *a* nota de apelativo: la *r* eufónica; y la *en* artículo posesor, y conocemos que *guizon-a-r-en* es un posesor apelativo. No dudamos, por lo mismo, que los bascongados á quienes principalmente nos dirigimos en este particular, se habrán hecho cargo que el P. Larramendi, sin embargo de sus innegables conocimientos en su idioma, no analizó cual convenia el artículo bascongado.

EJEMPLO DE LOS NOMBRES PROPIOS.

Paciente	Peru
Agente	Peru-k
Recipiente	Peru-r-i
Posesor	Peru-r-en

En este ejemplo se ve que la *a* que se reconoce en los nombres apelativos, no debe ser llamada artículo, esto es, una característica destinada para hacernos ver las relaciones primarias de paciente, agente, recipiente y posesor que ejercen las voces en nuestros con-

ceptos comunicados y que sus funciones se reducen á hacernos ver que las palabras que llevan dicha letra *a* son apelativas. Consúltese el *el, la, lo* de la lengua castellana á que equivale dicha *a*, y quedará convencido el literato de esta verdad.

La letra *r* que se conoce en *Peru-r-i*, *Peru-r-en*, es eufónica y solo la llevan los nombres propios que acaban en vocal. Hagámoslo ver aplicando el mismo artículo á los que acaban en consonante, y sirva de ejemplo el nombre propio *Machin*, que equivale al Martin de los castellanos.

Paciente	Machin
Agente	Machin-e-k
Recipiente	Machin-i
Posesor	Machin-en

En el recipiente *Machin-i* y en el posesor *Machin-en* no se reconoce la *r* que en *Perur-i Peru-r-en*: de aquí se deduce que la tal *r* no tiene otro ministerio que el de eufonizar la voz. Por el contrario, el no hallarse en el agente *Peru-k* la *e* que se ve en la voz *Machin-e-k*, hace ver que la tal *e* en los nombres propios acabados en consonante es igualmente eufónica.

EJEMPLO DE LOS NOMBRES NUMERALES.

Paciente	Bi
Agente	Bi-k
Recipiente	Bi-r-i
Posesor	Bi-r-en

Nada tenemos que añadir á lo que hemos dicho en los nombres propios, pues los numerales son de la misma naturaleza que ellos en la aplicacion del artículo. A más de estos artículos que son definidos, tiene el bascuence otros que podemos llamar indefinidos, y usa de ellos cuando los nombres apelativos pasan á ser partitivos, esto es, á significar una parte ó porcion de individuos contenidos en la especie representada por la voz apelativa, como cuando decimos *ciertos hombres*: *varios soldados*: *ningun literato*, etc. Hé aquí un ejemplo de estos artículos en la voz *guizon* hombre.

Paciente	Guizon-ic
Agente	Guizon-e-c
Recipiente	Guizon-i
Posesor	Guizon-en

De aquí se ve que para hacer que los nombres apelativos pasen á ser indefinidos, han de recibir el artículo del mismo modo que los

nombres propios y numerales, con la diferencia de que en ellos hay un artículo paciente.

Del todo resulta que la lengua bascongada no tiene declinacion en los nombres, y que por este ramo aventaja á la griega, latina, goda, alemana y demás idiomas declinantes, y no tiene embarazo alguno para poder ser primitiva que no pudo ser declinante como lo hicimos ver en nuestra gramática. Además los artículos de este idioma son pospositivos como debieron ser los del primitivo; y en esta parte excede á la lengua hebrea y sus hijas: á la castellana, inglesa, francesa y otras cuyos artículos son prepositivos. Ultimamente, estos artículos son cuatro, y por ser otras tantas las relaciones primarias de los nombres, esto es, de paciente, agente, recipiente y posesor, es exacto en su número y excede en perfeccion á los muchos idiomas articulantes en quienes no hallamos sino tres artículos. Pasemos á cotejar sus posposiciones con las de las otras lenguas.

RECONOCIMIENTO DE LAS POSPOSICIONES.

La misma voz *posposiciones* nos hace ver que el bascuence puede pretender la primacía sobre la lengua hebrea y sus hijas: sobre la griega, la latina y sus hijas: sobre las ilíricas y teutónicas y demás que conocen posposiciones, pues justificamos en nuestra gramática hablando de esta parte de la oracion y de su sintáxis, que el primitivo idioma como perfecto no pudo tener preposicion alguna: de modo que la competencia ha de tener lugar en aquellas lenguas que como el bascuence admiten posposiciones.

No podemos dudar que los nombres en nuestros conceptos ejercen funciones primarias y secundarias como se justificó en nuestra gramática, quiero decir, que pueden ser agentes, pacientes, etc., principales y ménos principales, y que exige la claridad de las ideas que estas dos funciones se distingan por sus caracteristicas; y que estas sean tantas en cada ramo, cuantas son las diferencias de cada una de estas dos funciones. Por esto hicimos ver que los artículos habian de ser cuatro, por ser otras tantas las relaciones primarias que podian tener las voces en nuestros conceptos. Igualmente se manifestó que las relaciones secundarias eran otras tantas, es a saber: una que los entes tenian como causas finales; otra como causas instrumentales: una tercera como causas materiales: últimamente, una cuarta como causas impulsivas. Igualmente se patentizó que todo idioma habia de tener una posposicion exclusiva para dar á entender que el ente no concurrió en manera alguna al concepto comunicado; resultando del todo que las posposiciones en los idiomas habian de ser cinco.

Justamente son otras tantas las que conoce el bascuence: una

final; otra instrumental; material otra; otra impulsiva y exclusiva la última. Hé aquí las cinco posposiciones basconga las en el órden que se han expresado.

Posposiciones....	Final.....	En-zat, ra-co, te-co
	Instrumental.....	Gaz
	Material.....	Ez
	Impulsiva.....	Gatti
	Exclusiva.....	Ba-ga

En todos los idiomas hallamos el *para* final: el *con* instrumental: el *de* material: el *por* impulsivo: y el *sin* exclusivo: sin embargo, ninguno de ellos fuera del bascuence expresa con estas palabritas las ideas que tuvo el hombre en la invencion de las posposiciones.

El hombre en sus operaciones puede tener tres diferentes fines, como lo hicimos ver en nuestra gramática, y para expresarlos con claridad ha de tener en el idioma tres posposiciones, esto es, tres diferentes *paras*: de lo contrario no puede analogizar las ideas con la voz, ni la voz con las ideas. Justamente el bascuence tiene tres posposiciones finales, esá saber, *enzat*, *raco* y *teco*; y en esta parte es superior en perfeccion á todos los demás idiomas, como que por ellas expresamos los tres diferentes fines.

Uno de los fines que tiene el hombre en sus operaciones es el que disfrute otro el resultado de la operacion. Si compramos una cosa para Juan, nuestra accion se dirige á que disfrute Juan de dicha cosa. Para expresar este fin se vale el bascuence de la posposicion *enzat*: dice *Peru-r-enzat* para Pedro: *guizon-r-enzat* para el hombre. Otras veces acciona el hombre con el fin de beneficiar una cosa inanimada colocando en ella el resultado de su operacion; como cuando trabaja un retablo para la Iglesia, y en este caso se vale el bascuence de la posposicion *ra-co* y dice *eleiza-raco* para la Iglesia: *eche-raco* para casa: otras veces acciona con el fin de lograr otra accion como cuando estudia para saber: se levanta para andar, y en este caso se vale de la posposicion *teco* y dice *icas-teco* para aprender: *ibil-teco* para andar: *eda-teco* para beber, etc.

No solamente es superior el bascuence á los demás idiomas por los tres diferentes *paras* con que expresa los tres fines que puede tener el hombre en sus operaciones, sino tambien en la formacion de las mismas posposiciones, pues en ellas simboliza con la mayor finura las ideas del hombre en cada uno de los fines que se propone en sus operaciones.

Cuando, por ejemplo, se compra alguna cosa para tal ó tal sujeto, la primera idea que nos moviliza es el posesionar á dicho sujeto en el resultado de nuestras operaciones. Si compramos una hacienda para Juan, nuestra idea es hacer dueño de la tal hacienda al expresado

Juan. De aquí es que el bascuence adoptó la sílaba *en* artículo posesor para primera parte de la posposicion *en-zat*.

Esta posesion habia de ser futura, esto es, habia de entrar Juan en la posesion por otro acto distinto de la compra: de modo que de esta compra á la posesion habia de mediar cierta distancia, y por lo mismo el hombre en estas operaciones tiene la idea de trasladar despues su resultado al dominio y señorio de Juan; una idea por lo mismo de distancia entre la compra y la entrega, y el mismo habia de recurrir á unas letras que analoguizasen esta idea de distancia, y por eso es que la segunda parte de nuestra posposicion es la sílaba *za* ormada de la *a* nota de distancia,como lo hicimos ver en nuestra gramática hablando de los pronombres de la tercera persona del singular y de la letra *z* que denota la idea de direccion, como tambien lo hicimos ver en el pronombre de segunda persona cortés; pues la idea de dirigir hácia Juan la cosa comprada, se halla embebida en la de la entrega futura.

Otra idea tiene el hombre en estas operaciones y es la de su término. Mira á Juan como el término de sus acciones, y hé aquí la analogía de la última parte de nuestra posposicion, esto es, de la letra *z*, nota de permanencia ó detencion: de modo que no puede imaginarse una filosofía más fina que la que muestra el bascuence en la formacion de su posposicion *en-za-t* por cualquiera parte que queramos contemplarla.

No es menor la finura de la posposicion *ra-co* formada de una sílaba de movimiento que es *ra*, como se hizo ver en el adverbio *á donde*, y de la *co* de localidad, como tambien se hizo ver en los nombres posesivos, pues son innegables en el hombre que ejecuta alguna cosa para condecorar cosas inanimadas, colocándola en ellas las ideas de la traslacion y colocacion. No puedo hacer una estátua para Aranjuez sin tener la idea de la traslacion de esta estátua: sin la idea de la colocacion en Aranjuez; ideas de movimiento y de localidad que es imposible figurarlas mejor que con la *ra* y la *co* y por lo mismo que la posposicion *ra-co*.

Igual finura filosófica hallamos en la posposicion *teco*. Cuando obramos una accion con el fin de lograr otra, nuestra idea es complicada y se forma de la de la accion deseada, y de la futuricion de esta accion y exige la analogía de estas ideas una posposicion compuesta de dos características: una de accion y otra de futuricion. La sílaba *te* es adoptada en el bascuence para hacer nombres los verbos. Decimos *icus-te* ó *icus-tia* el ver: *emo-te* ó *emo-tia* el dar: *bota-te* ó *bota-tia* el arrojar y hé aquí la primera parte de que se forma la posposicion *teco*.

Usa tambien el bascuence de la terminacion *go* y su afin *co* para futurizar sus verbos: de la primera cuando estos acaban en consonante, y de la segunda cuando acaban en vocal, y así entre nosotros

il-go, *emon-go*, *icusi-co*, *bota-co* son participios de futuros, y con ellos y los auxiliares formamos los tiempos así llamados.

No queremos ser molestos en las demás posposiciones, y nos contentaremos con decir que la posposicion instrumental *gaz* se forma de la sílaba *ga*, nota de carencia, y la *z* que es la *ez* característica de origen ó proveniencia: que la material *ez* se compone de la letra *e*, nota de suavidad y la *z* de origen: que la impulsiva *gaiti* se forma de la sílaba *gai* que equivale al *por*, preposicion del castellano, y de la *ti* que tiene la misma fuerza que el *por* característica de adverbio del mismo castellano: de modo que nuestra posposicion *gaiti* se forma de dos características: la primera de causalidad y la segunda de modificacion que corresponde al *por donde* adverbio: últimamente, que la posposicion exclusiva se forma de la voz *bat* uno, y la sílaba *ga* nota de carencia: de modo que *ba-ga* quiere decir *sin uno*. Con estas advertencias y cotejando con ellas lo que acerca del orígen de las posposiciones dijimos en nuestra gramática, se harán cargo fácilmente los literatos que la lengua bascongada es la única que por esta parte de la oracion merece el título de primitiva.

RECONOCIMIENTO DE LOS ADVERBIOS.

Como el adverbio es en los idiomas una de las partes de la oracion en que se hallan más confusos, nos hemos extendido en nuestra gramática á dar una nocion clara y manifiesta de su orígen, division é ideas que la formaron, hablando de cuantas menudencias son necesarias para desvanecer las tinieblas en que yace la literatura acerca de los conocimientos de esta importante materia, reduciéndola á tres clases, esto es, á adverbios locales, de tiempo y de modo. No hemos dejado al parecer cosa alguna que pueda conducir al logro de nuestros buenos deseos. Todo cuanto hemos arreglado ha sido despues de un detenido exámen en la filosofía del lenguaje, y solo falta el que con la práctica de la lengua bascongada corroboremos nuestras teorías y para este efecto daremos razon de los adverbios de este bello idioma, colocándolos primero por sus clases y reduciéndolos despues á las reglas establecidas en dicha gramática.

ADVERBIOS LOCALES.

			BASCUENCE.	CASTELLANO.
Dónde	Pregunta		Nun	Dónde.
	Respuesta	An.		Allí, allá.
		Emen		Aquí, aca.
		Or.		Ahí.
De dónde	Pregunta		Nun-dic.	De dónde.
	Respuesta	An-dic		De allí, allá.
		Emen-dic.		De aquí, acá.
		Or-tic		De ahí.
A dónde	Pregunta		No-ra	A dónde.
	Respuesta	A-ra		Allí, allá.
		One-ra.		Aquí, acá
		Orr-e-ra		Ahí.
Hácia dónde	Pregunta		No-ran-za...	Hácia dónde.
	Respuesta	A-ran-za.		Hácia allí, allá.
		One-ran-za.		Hácia aquí, acá.
		Orre-ran-za		Hácia ahí.
Hasta dónde	Pregunta		No-ra-guiño....	Hasta dónde.
	Respuesta	A-ra-guiño.		Hasta allí, allá.
		One-ra-guiño..		Hasta aquí, acá.
		Orre-ra-guiño...		Hasta ahí.

En los adverbios correspondientes al *de dónde* suprimimos frecuentemente la *k* de su terminacion y decimos *nun-dic* y tambien *nun-di*. En los correspondientes al *á dónde* usamos tambien el *on-a* por *on-e-ra* suprimiendo la *r* de la terminacion, pero nos parece que *on-e-ra* es la voz más propia, como que por mediacion de la letra eufónica *e* se conserva la radical *r* tan esencial en la terminacion que forma estos adverbios; y lo mismo decimos respecto del *orr-e-ra* com-

parándole con *or-r-a*, que tambien se usa por los bascongados. Contemplen estos los adverbios de esta clase formados de nombres apelativos, y verán que la terminacion *ra* nunca pierde su *r* y se dice *echera* á casa: *baso-ra* al monte; y que cuando estos nombres acaban en consonante reciben constantemente la *e* eufónica, y así es que decimos *Madril-e-ra* á Madrid: *Cádiz-e-ra* á Cádiz: *Irun-e-ra* á Irun.

La terminacion *ran-za* por la eufonía pronunciamos tambien *ran-z*, *run-z* ó *run-za*. Decimos *no-ran-za*, *no-ran-z*, *no-run-z*, *no-run-za*. Ultimamente, en los que corresponden al advervio *hasta dónde* decimos *on-a-guiño*, *orr-a-guiño*, apocopando el *on-e-ra-guiño*: *orr-e-ra-guiño*; pero téngase presente lo que queda dicho acerca del adverbio *á dónde*.

Con estas advertencias habremos obviado varias dificultades que podrian proponerse contra la analogía que tienen los adverbios bascongados locales con sus respectivos signados, poniendo en disposicion á los literatos de poder hacer por sí solos el cotejo de las letras y silabas de que se componen con las ideas que tuvieron los primeros hombres en su invencion y van expresadas en nuestra gramática con toda la extension que nos ha parecido necesaria en una materia tan confusa en los idiomas.

En efecto ¿qué voz más propia puede hallarse que la *nun* para representar las ideas del hombre que busca alguna cosa? En esta voz hallamos la *n* duplicada para demostrar las dos ideas de localidad del proferente: la una de localidad cierta en que ha de hallarse necesariamente lo que se busca; pues sin esta idea de hallarse la cosa en algun paraje, sería inútil la diligencia de buscarla: la otra de una localidad incierta que le mueve á la pregunta; y una *u* característica de la confusion en que se halla el proferente.

No es menor la propiedad y analogía del adverbio *an* con que expresa el bascuence la respuesta *allá* ó *alli*. En ella tiene el hombre dos ideas: una de extension ó distancia en que se halla la cosa y otra de localidad. La *a* nos hace ver la primera idea: la *n* la segunda: la *a* por su extension en la modulacion es propia á indicar la primera idea y la *n* lo es para la segunda por su modulacion de detencion.

En el *emen* hallamos la *e* de cercanía, y en la *or* la *o* indicativa de la accion del que responde; y la *r* de movimiento del que busca la cosa.

La terminacion formadora de los adverbios correspondientes al *de dónde*; al *á dónde*; al *hácia dónde* y al *hasta dónde* son propias y análogas á las ideas que movilizan al que pregunta y al que responde, como se puede ver en nuestra gramática: de modo que el bascuence excede á todos los demás idiomas en la propiedad con que supo hermosear sus adverbios locales. Pasemos á los de tiempo.

ADVERBIOS DE TIEMPO.

Así como en los locales hay tambien en los de tiempo adverbios primitivos y derivativos. Los derivativos se forman de las mismas terminaciones que los locales de esta clase. Si queremos expresar el *desde cuando* nos valemos como en los adverbios locales de la terminacion *dic*. Decimos *nozdic* desde cuando ó desde qué tiempo, así como dijimos *nun-dic* desde dónde. De modo que no tenemos que hablar de la legitimidad y propiedad con que forma nuestro idioma los adverbios derivados correspondientes al tiempo; pues que hemos hecho ver la propiedad de sus terminaciones en el capítulo antecedente Resta solamente el que demostremos que el idioma bascongado no es ménos exacto en estos adverbios que lo que fué en los locales de la misma naturaleza y para ello pongámoslos de manifiesto.

DE PREGUNTA.

Noz ..... Cuando.

No es menester otra cosa que el haber hecho ver que el adverbio *cuando* es expresado en el bascuence con la palabra *n-o-z* para que conozcan los literatos su propiedad. Justamente se forma esta voz de las mismas letras que analoguizan las tres ideas que tuvo el hombre cuando la profirió por primera vez. Véase sobre el particular lo que dijimos de nuestra gramática, y pasemos á tratar de los que corresponden al que responde.

DE RESPUESTA.

Son tantos los adverbios primitivos de tiempo que sirven en las respuestas que no hicimos sino insinuarlos en nuestra gramática inserta en estos discursos. Por esta misma razon no hablaremos de ellos sino ligeramente aun ahora; reservando el hacerlo completamente para la publicacion de una gramática manual que ofrecemos á los lectores inmediatamente despues que se den á luz estos discursos. Hé aquí, pues, una pequeña lista de estos adverbios, con su traduccion literal y significacion castellana.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Be-ti	Desde el orígen.	Siempre
Ga-ur	Sin llegar la noche.	Hoy
Be-ra-n-du.	En el tiempo abajado.	Tarde
Gox	En el tiempo de levantarse	Temprano
Sarri	Frecuentemente.	Muchas veces
Bi-j-ar.	Dentro de dos dias	Mañana
E-tzi.	Sin olvidarse.	Pasado mañana
Le-en	En lo primero	Antes
Gue-ro.	Descansadamente.	Despues

La propiedad con que estos y otros adverbios de tiempo simbolizan las ideas de los primeros hombres en su invencion, es sumamente placentera. Cuando el hombre quiere dar á entender el *siempre*, por ejemplo, su idea es el comprender todo el espacio de tiempo que ha corrido desde las épocas más bajas, esto es, desde el mismo orígen. *Be-ti* se compone de la voz *be* ó *bia* lo más bajo, y en los tiempos no es otra cosa que su orígen, y así cuando decimos *en lo más bajo de mis años*, damos á entender en el tiempo de nuestra juventud. La terminacion *ti* ó *tic* corresponde al *desde* de la lengua castellana, como lo tenemos ya demostrado en los adverbios locales de que poco ha hemos hablado, y tambien en nuestra gramática, tratando sobre los mismos adverbios.

Ga-ur se compone de la voz *gau*, que significa la noche, y *urr*, *urrra* que significa cercania y como voz adverbial literalmente quiere decir de la noche á la cercania ó sin llegar la noche, pero no pudiendo analizar todas las voces de esta naturaleza sino por medio de un Diccionario que tendrá lugar despues, nos contentaremos por ahora con este pequeño ensayo, y pasemos á los adverbios de modo.

ADVERBIOS DE MODO.

Hicimos ver en nuestra gramática las diferentes clases comprendidas en los adverbios de modo, y resta el que demostremos que la lengua bascongada es la única que supo analoguizar en sus voces las diferentes ideas que tuvieron los primeros hombres en la invencion de todos y cada uno de estos adverbios, y para ello empecemos por el adverbio *como* que es la raiz de todos los demás, y aquel que sirve para preguntar la modificacion de las operaciones, y pongamos de manifiesto para esta operacion la voz bascongada que es

¿CE-LAN?

Esta voz se forma de la palabrita *cer* que equivale al *qué* interrogativo de la lengua castellana, esto es, á la expresion *¿qué cosa?* y el sustantivo *lan* ó *lana* que quiere decir el quehacer, trabajo ó afan: de modo que *ce-lan* todo junto quiere decir *¿qué operacion, qué trabajo?* y hé aquí simbolizadas las dos ideas que tuvieron los inventores de este adverbio en su formacion. Una idea de admiracion en la idea simbolizada en la vocecita *cer*: otra del deseo de la misma operacion simbolizada en la voz *lan* ó *lana* como que indica la misma accion que se queria imitar.

No hay duda que hallamos bastante analogia y expresion en el *cómo* de la lengua castellana que equivale y es una voz abreviada de la palabra latina *quomodo* que quiere decir de qué modo, de qué manera, y lo mismo decimos de todos los demás idiomas que expresan este adverbio con unas voces equivalentes al *cómo* del castellano. Sin embargo, parece que el *ce-lan* de los bascongados es una pregunta más enérgica y que expresa con más entereza la idea de los primeros hombres que recayó sobre toda la operacion y no sobre la mera modificacion, como que se buscaba la utilidad de la accion admirada, esto es, el todo de la accion; y aunque la modificacion ó la instruccion en ella fué un medio necesario para realizarla de nuevo, no se buscaba esta instruccion sino como condicion precisa para el logro del todo de la accion que se buscaba. Lo cierto es que lo que se deseaba por el que preguntaba el *cómo* de la operacion era la ejecucion de una accion semejante, esto es, el todo de la accion, y no las partes incompletas ó medias, á saber, los diversos toques de modificacion que habian de completarla como condiciones. Aclaremos más este pensamiento con los adverbios que sirven para responder al *cómo* de las preguntas, y pongámoslas de manifiesto: primero las que corresponden al *así* de los castellanos, que pueden reputarse como adverbios primitivos; y despues aquellos que se forman de nombres, ó deben reputarse por derivativos.

Los adverbios primitivos que corresponden al *así* de la lengua castellana son tres en el bascuence, es á saber:

ARELAN.
ONELAN.
ORRELAN.

Los adverbios *arelan*, *onelan*, *orrelan* se forman de los adverbios demostrativos *ara* hé allí: *ona* hé aquí: y *orra* hé ahí: y el nombre *lan*

ó *lana* adverbiado por la supresion de la nota ó característica de apelativo. *Arelan* quiere decir he allí el trabajo ó la operacion: *onelan* he aquí el trabajo ó la operacion: *orrelan* he ahí el trabajo ó la operacion. Parece que no puede exijirse de un idioma, pintura alguna más bella de las ideas que movilizan al que responde á la pregunta *cómo*. La idea de este es informar al que pregunta en la accion que desea y es precisa una demostracion, una accion semejante y ejecutada por él, y no hallo otra respuesta más análoga que el *hé aquí la accion*, que es lo que quiere decir *onelan*, pues con esta voz se da á entender que la accion demostrada es semejante á la que se hace aquí, quiero decir, en aquel paraje en que se halla el que responde.

Otras veces podemos satisfacer á la pregunta mostrando una accion semejante que ejecuta una persona que se halla igualmente distante del que pregunta y de nosotros que respondemos, y entonces nos expresamos analógicamente con decir *he allí la accion* ú operacion, y esto mismo es lo que quiere decir *arelan* que tambien se pronuncia *alan*.

Ultimamente podemos satisfacer á la pregunta, mostrando una accion ejecutada cerca del mismo que pregunta. En este caso la expresion más análoga para expresarla es *he ahí* la accion ú operacion, que es la misma que damos á entender con la voz *orrelan*. No se yo que estas voces no sean miradas por el literato con complacencia. Hallará en ellas la voz demostrativa *en* y *ecce* de la lengua latina, pero un *en* y *ecce* expecificando el determinado paraje en que se ejecuta la accion semejante á aquella que se queria saber: un *en* y *ecce* para cuando esta accion se ejecuta cerca de aquel que responde: otro *en* y *ecce* para cuando se ejecuta cerca de aquel que pregunta; y un tercer *en* y *ecce* para cuando se ejecuta en un paraje igualmente distante de aquel que pregunta y de aquel que responde. Un *he aquí*: un *he allí*: y un *he ahí* ligados y formando una misma voz de la idea de la demostracion y de la accion demostrada: de la demostracion en el *ona*, *ara*, *orra*, y de la cosa demostrada en la vococita *lan*. Digamos dos palabritas acerca de los derivados.

Los adverbios derivados con que respondemos al *como*, unos son de semejanza, otros de cualidad: los de semejanza se forman en el bascuence con la terminacion *leguez*. Decimos *Peru-leguez* como Pedro: *atzo-leguez* como ayer: *beti-leguez* como siempre. En primer lugar, forma nuestro idioma una sola voz del primitivo y la terminacion *leguez* y en esto aventaja conocidamente á los demás idiomas, presentándola con aquella distincion que es análoga á la unidad del signado que se representa en todo derivado. A más de esto por medio de la terminacion *leguez* nos hace ver la idea del que responde con la mayor propiedad. Esta se reduce á demostrar el *cómo* de la accion, recordando al que pregunta otra accion semejante á ella; y por lo mismo es la de estar arreglada la una con la otra accion, esto es, la de

hallarse ejecutadas ambas acciones con las mismas modificaciones y bajo de las mismas reglas. La voz *leguez* quiere decir justamente en bascuence lo que en castellano arregladamente, ó en la conformidad y por lo mismo *atzo-leguez* equivale á las expresiones castellanas *en la conformidad de ayer*; *en el arreglo de ayer*; *en la misma manera de ayer*, esto es, del mismo modo con que se hizo la accion de ayer; porque la voz *leguez* es compuesta de *legue* ó *leguia* que literalmente quiere decir cosa regular ó sin añadidura, y la terminacion *z* con que damos á entender la proveniencia ó el origen de la cosa: de suerte que *leguez* tanto quiere decir como la expresion castellana *segun ley*: pero una ley natural sin adiciones, sin añadiduras por la silaba *le* que denota apego suave, y la *ga* nota de carencia.

Los adverbios derivados de cualidad son formados por el bascuence de dos maneras: si la cualidad recae solamente en la accion, ó el verbo añade á la cualidad la terminacion verbal *to*. Decimos *eder-to eguindau* hermosamente lo ha hecho; *poli-to dabil* lindamente se menea; pero si la modificacion recae sobre la accion y sobre el sujeto, en este caso á la voz que denota la cualidad le despoja de la nota de apelativo, haciéndola adverbio y suspende la terminacion *to* para no privarle de los privilegios de epiteto ó adjetivo y haciendo para decirlo así, una voz media que ni sea adverbio, ni epiteto ó adjetivo ni deje de serlo; y así decimos *eder-jancida* hermosamente se ha vestido, por que la hermosura no solo modifica á la accion *vestir*, sino tambien al sujeto vestido: de modo que nuestro idioma observa puntualmente las reglas prescritas en nuestra gramática como necesarias para la claridad de las dos ideas que puede tener el hombre en estos adverbios.

ADVERBIOS DE CUANTIDAD.

No es ménos exacto el idioma bascongado en presentar en las voces con que da á entender los llamados adverbios de cuantidad aquellas ideas que hubo de tener el hombre en su invencion. Hagamos un pequeño ensayo en los más principales, que son los siguientes:

Cuanto.	Pregunta	Cembat	Cuanto.
	Respuesta	Asco	Mucho.
		Guichi	Poco.
		Aimbat	Tanto.

Dijimos en nuestra gramática que estas voces y demás que indican cuantidad no son adverbios, sino verdaderos epitetos, y lo justificamos al parecer completamente, y si hablamos de ellos como tales

fué por no separarnos del órden regular que les dán en las gramáticas: prévia esta advertencia, vamos al punto principal.

No puede presentarse por idioma alguno una voz que analoguice con más energía las ideas que tiene el hombre cuando se vale de la voz *cuanto* que el *cembat* de los bascongados. Esta voz se compone de la palabra *cer* que equivale al *que* interrogativo de la lengua castellana, y el numeral *bat* que quiere decir uno: de modo que *cembat* todo junto quiere decir ¿qué unidades? Justamente estas son las ideas del que pregunta el cuanto de las cosas. Quiere saber y ha de tener necesariamente una idea del preguntar si ha de saber lo que ignora: hé aquí la necesidad de una palabra interrogativa: hé aquí la analogía de la voz *cer*, primera parte de la palabra *cembat*. Quiere tambien averiguar el cuanto de las unidades: hé aquí la propiedad del *bat* una segunda parte de dicha voz: de modo que *cembat* ¿qué unidades? es la voz más análoga, más propia, más expresiva de cuantas pueden presentar los idiomas para este intento. Pasemos al *asco*, mucho.

Esta voz quiere decir literalmente *dedazos*, como compuesta de *atz* ó *atza* dedo, y la terminacion aumentativa *co*. *Atzco* ó *atz-cua* quiere decir dedazos, y de aquí vino el *as-co* mudada la *tz* en *s*. Veamos su analogía. El hombre preguntado por el cuanto de las cosas, habia de responder contando las unidades siempre que las pudiese. Esta contaduría tuvo su orígen en los dedos, como largamente se hizo ver hablando de los numerales. Si el número de unidades le era oculto ó habia de responder que no sabia, ó la habia de expresar por medio de unas palabras confusas é indeterminadas, indicando que eran muchas ó pocas dichas unidades. Para dar á entender la multitud de unidades se valdria en la accion, de la presentacion de ambas manos, confundiendo los dedos de ellas entre sí, y tosqueándolas para decirlo así. Hé aquí la idea de la multitud reducida al tosco enlace de los dedos con dedos, y el motivo de que la voz *dedazos*, esto es, el *as*-co se adoptase para significar multitud y usándola como epiteto se insinuase con ella lo que el castellano con la palabra mucho.

No es ménos propio nuestro idioma en la voz *guichi*, poco. Compónese esta palabra de *guei* ó *gueija* material, y la partícula diminutiva *chi*. *Guichi* todo junto quiere decir poco material ó materialcito. Es más que regular el que la pregunta del cuanto de las cosas se hiciese por primera vez, para que su averiguacion dirigiese las operaciones del que preguntaba y que esto se entendiese por el preguntado; y hé aquí la causa justa de la respuesta *guichi*, y muy análoga á las ideas del que respondió que eran las de hacer ver al que preguntaba que era poca ó pequeña la cosa para los fines que en ella tenia. Pasemos al *aimbat*, esto es, al *tanto*.

Esta palabrita es de semejanza y el hombre al proferirla habia de indicar las unidades por medio de la accion: por ejemplo, mostraria dos, tres, ó más dedos, y diria tantas unidades como estas, ó mostra-

ria alguna cantidad y diria *tan-uno como este*: lo cierto es que la voz *aimbat* tiene estos dos sentidos, como compuesta de las palabritas *ain* tanto, y *bat* uno; y toda la voz literalmente quiere decir *tan-uno* ó tantas unidades, y como es voz de semejanza se verificaria la comparacion de la cosa en quien recaia la pregunta, con la que se mostraba para dar satisfaccion á ella: por manera que ningun idioma puede presentar voces más análogas á las ideas del proferente que las cuatro bascongadas que acabamos de analizar y que son las únicas que pueden entrar en el cotejo de los idiomas, porque fuera de estas voces todas las demás son numerales y de ellas hemos hablado difusamente así en la gramática, como en este reconocimiento de lenguajes.

ADVERBIOS DE ORÍGEN.

Los adverbios de origen llamados así en nuestra gramática por ser unas expresiones que modifican la accion con la mayor energía, son verdaderamente unas voces regidas de la preposicion material *ez* de quien se hablará en su lugar. Estas vocecitas modifican al verbo en su pasion. Decimos que nos hallamos llenos de dolor, de miserias, de aflicciones. El dolor, las miserias, las aflicciones modifican nuestra plenitud; pero en realidad son unas causas materiales de esta plenitud, y por consiguiente tienen con el verbo una relacion secundaria, del mismo modo que tiene la materia de que se hace alguna cosa. El dolor nos llena; pero el agente principal es la causa del dolor, y este dolor entra en la accion como una materia. El que nos hiere es, por ejemplo, el principal agente del dolor, y este dolor no es otra cosa que un efecto necesario de la herida, y funciona en la accion del mismo modo que la materia en la ejecucion de un edificio: por esto es que el bascuence forma estas voces del mismo modo que las causas materiales con la posposicion *ez*. Véase esta parte de la oracion y en ella su propiedad en nuestro idioma.

RECONOCIMIENTO DEL VERBO.

En ninguna cosa deben ser más exactos los idiomas que en el verbo, por ser esta parte de la oracion como su alma, si así se puede hablar: sin embargo, en ninguna son más imperfectos. No hay una lengua que pueda presentar su verbo con aquella propiedad que exige su misma constitucion, si exceptuamos la bascongada. Hagámoslo ver prácticamente recorriendo cuantos atributos le son necesarios para su perfeccion.

DIVISION DEL VERBO.

Hicimos ver en nuestra gramática que no podia haber sino dos clases de verbos, sencillos y dobles: por no haber en la naturaleza sino dos modos ó maneras de accionar: como que unos entes activan sus virtudes por sí mismos, y otros necesitan de otro agente para esto. Justamente el bascuence tiene solamente dos clases de verbos: una para cuando los entes activan su virtud por sí mismos: otra para cuando necesitan el concurso de otro ente. Hemos llamado sencillos á los primeros, porque en ellos hay un solo agente: dobles á los segundos, porque en ellos hay dos agentes, uno el que presta la virtud y otro el que pone en accion esta virtud. Los dobles resultan posponiendo á los sencillos la sílaba *ra* despues de su primera letra si empieza con vocal, y si con consonante, mudando esta en *e* y suprimiendo la *a* de *ra*. Hé aquí algunos ejemplos.

VERBOS.

SENCILLOS.		DOBLES.	
BASCUENCE.	CASTELLANO	BASCUENCE.	CASTELLANO.
Eguin..	Hacer	E-ra-guin..	Hacer que otro haga
Rbili	Andar.	R-ra-bili	Hacer que otro, etc.
Icassi	Aprender.	I-ra-catzi	Hacer que otro, etc.
Icussi	Ver	I-ra-cutsi..	Hacer que otro, etc.
Jagui	Levantarse.	E-ra-gui.	Hacer que otro, etc.
Jatsi.	Bajarse	E-ra-tsi	Hacer que otro, etc.
Juan	Irse	E-ru-an.	Hacer que otro, etc.
Enzun.	Oir.	E-ra-n-zun.	Hacer que otro, etc.
Izartu.	Despertar	I-ra-zartu..	Hacer que otro, etc.
Ixigui.	Encender.	I-ra-xigui..	Hacer que otro, etc.
Ecarri.	Traer.	E-ra-carri..	Hacer que otro, etc.
Igarri.	Acertar	I-ra-garri..	Hacer que otro, etc.
Otu.	Acometer	O-ra-tu	Hacer que otro, etc.

Sin embargo de ser constante el uso de los verbos dobles en la lengua bascongada, no podemos dar á esta primacia sobre todas las demás, pues la hebrea tiene tambien estos verbos y aun la quichua y moquica. El *hiphil* y *hophal* de los hebreos, están destinados para dar á entenderlos: los verbos sensillos en *cal* y *niphal* pasan á ser dobles en *hiphil* y *hophal*: con todo, parece que nuestro idioma dibujó con

más propiedad la idea de estos verbos que el hebreo y los demás, valiéndose de la característica *ra* en su formacion, cuando los hebreos usan de la letra *nun*, esto es, de la *n* antepuesta al verbo, y los peruanos de la silaba *co* incorporando al verbo sencillo en su centro; pues los moquicas propiamente no tienen estos verbos y solo se valen del modo forzoso, que tambien lo tiene el bascuence.

Omitimos el hablar del origen de los verbos por ser imposible dar una prueba de la analogía que tienen los del bascuence con las ideas que movilizaron á los primeros inventores de ellos. Esta operacion solo puede verificarse con el debido complemento por medio de un Diccionario: sin embargo, para dar alguna satisfaccion á los literatos de la perfecta analogía de nuestros verbos, hemos de decirles que no tenemos voz alguna de que no pueda formarse un verbo. Los adverbios de cualquiera naturaleza que sean, los pronombres, los numerales, en una palabra, cuantas voces tiene un idioma, cuantas son sus infiexiones, tantos son los verbos que pueden formarse, operacion que necesariamente ha de presentar en la voz la idea más perfecta de su signado. Hé aquí una prueba de esta verdad en la lista siguiente, en que para mayor claridad pondremos la literal significacion de cada verbo.

VOCES BASCONGADAS.	TRADUCCION LITERAL.	SIGNIFICACION CASTELLANA.
Gueure-tu..	Nóstraizar.	Hacer nuestra la cosa.
Zeure-tu.	Usteizar	Hacer de usted la cosa.
Neure-tu..	Mioizar	Hacer mia la cosa.
Gueu-tu	Nostizar	Hacer que otro sea como nosotros.
Aratin-du	Boquiarribizar.	Ponerse boca arriba.
Auspas-tu	Boquiabaxizar	Ponerse boca abajo.
Guizon-du	Hombrearse	Hacerse hombre.
Echera-tu	Acasarse	Ir ó llevar algo á casa.
Bijar-tu	Mañanar	Dejar la cosa para mañana
Atzo-tu	Aierrarse.	Hacer añeja la cosa.
Ur-tu.	Aguarse.	Derretir.
Berandu-tu.	Atardarse	Hacerse tarde.
Onunza-tu.	Aciaquear	Traer algo hácia allá.
Arunza-tu	Aciallear	Llevar hácia allá donde aquel está.
Orranza-tu.	Aciaiear	Llevar hácia ahí donde tú estas.
Au-tu	Estear	Escojer, decir este.

Por este modo de verbalizar sus nombres expresa el bascuence las ideas con la mayor claridad. El verbo *apropiarse*, por ejemplo, de la lengua castellana recibe en nuestro idioma tantas formas diferentes cuantas son las personas que se apropian de alguna cosa; de donde resultan tantos verbos cuantos son los nombres cuyos signados pue-

den ser propietarios. *Neure-tu* significa apropiarme: *zeure-tu* apropiarse usted: *iretu* apropiarse: *Peruren-tu* apropiarse Pedro: *erreguren-du* apropiarse el Rey, etc.

Si queremos reconocer los verbos que se forman de los adverbios con que respondemos al *donde*, al *hácia donde*, etc., daremos con otra multitud de verbos, como que cada una de estas voces forma el suyo. Decimo *echera-tu* traer algo á casa: *elexara-tu* llevarlo á la Iglesia: *basora-tu* al monte: *escura-tu* hacerlo manual, manualizar ó traerlo á la mano.

Pero no nos cansemos en hacer ver la claridad que reciben las deas por medio de estos verbos, que solo podrán descubrirse en su inmenso número por medio de un Diccionario y acabemos con exponer los diferentes verbos con que dá á entender nuestro idioma la voz *egoizar* ó hacerse egoista, tan introducida hoy en las lenguas europeas. *Neurecoi-tu* quiere decir hacerme yo egoista: *zeurecoi-tu* hacerse usted egoista: *irecoi-tu* hacerte tu egoista: *berecoi-tu* hacerse aquel egoista, etc.: de modo que no puede haber lengua alguna en el mundo que compita con la basconga da en esta bella cualidad.

MODOS DEL VERBO.

Es exacto el bascuence en observar las reglas prescriptas en nuestra gramatica acerca del número de modos que debe tener un dioma para que en sus verbos sea perfecto. No es menester sino el exhibir los once modos con sus diferentes caracteristicas, para que el literato se haga cargo no solo de la puntualidad de nuestro idioma en el número de estos modos, sino tambien en la de las caracteristicas con que los distingue. Hagámoslo ver en el verbo *il* matar.

Modos	Infinitivo	Il.
	Indicativo	Il-dot.
	Habitual.	Il-oi-dot. / Il-daruat.
	Potencial.	Il-al-dot. / Il-daiquet.
	Voluntario	Il-nai-dot.
	Necesario	Il-biar-dot.
	Forzoso	Il-eraso-dot. / Il-eraguin-dot.

Modos	Imperativo.	Il-eguizu
	Sujuntivo.	Il-Gaguidan
	Optativo.	Ilgo-neuque
	Penitudinario.	Il-baneu

En esta demostracion se ve en primer lugar que la lengua bascongada distingue los modos con unas características propias y peculiares á cada uno de ellos, y que en ella no reina aquella confusion de modos tan conocida en la lengua hebrea y sus hijas: la griega y latina; en una palabra, de cuantas se conocen en la Europa, y tengo noticias en las demás partes del mundo. En efecto, los latinos confunden el sujuntivo con el optativo de tal modo, que sus gramáticos se han visto precisados á incluirlos bajo de unas mismas inflexiones, llamándolas indiferentemente *sujunticas* y *optativas*. Su imperativo pide prestadas varias inflexiones: unas veces al indicativo, otras al sujuntivo, por no tener en aquel modo inflexiones con que prohibir ni con que mandar de futuro. No tenemos que recordar al literato la confusion de modos en la lengua castellana, francesa, portuguesa, italiana, inglesa, alemana y otras europeas. Los deseos de sus Academias en perfeccionar estas inflexiones queriéndolas clasificar, es un argumento nada equívoco de esta verdad.

No hay que recorrer la pobreza de modos del verbo hebreo y sus hijas. Cójase la primera gramática que proporcione el azar: recórranse sus verbos y no será necesario otra cosa para descubrir sus defectos en la clasificacion de los modos. El amontonado optativo de los griegos: sus innumerables tiempos nos hacen ver que todos los modos reunidos concurrieron á formarlo; y asi de todos los demás idiomas: en tanto grado que injuraríamos la literatura en demostrar sus imperfecciones acerca de los modos. Volvamos á dar una pequeña ojeada sobre los modos del bascuence y sus características.

El infinitivo tiene por características el no tener carácter alguno, y por lo mismo es aquella voz con que nombramos la accion ó el verbo, sea primitivo como *il* matar, sea derivativo como *maite-tu* amar. El modo actual tiene por característica el formarse con el auxiliar *euqui* tener; y asi *Il-dot* yo lo he muerto, es modo indicativo y se distingue del habitual, potencial, voluntario, forzoso y necesario en que aquel no lleva característica de modo, y estos tienen cada cual el suyo. La característica del modo habitual es la sílaba *oi* introducida entre el verbo y el auxiliar y asi *Il-oidot* acostumbro ó suelo matar se distingue del indicativo en la expresada característica *oi*. A más de esto forma el bascuence el modo habitual con el auxiliar *eruan*, llevar, que es privativo á él: de modo que *Il-daruat* ó *Il-oidot* son un mismo modo con la diferencia analógica de que *Il-oidot* quiere decir tengo costumbre de matar; é *Il-daruat* suelo matar ó lo llevo matando. El modo potencial se forma con la característica *al*, como *Il-aldot* tengo potencia de matar, ó con el auxiliar *eguin* que es propio de este modo; y asi *Il-aldot* es lo mismo que *Il-daiquet*, pero esto último es más usado que el primero.

El modo voluntario se forma interponiendo la sílaba *nay* ó *gura* entre el verbo y el auxiliar: con la diferencia analógica de que *Il-*

nai-dot significa quiero matarlo é *Il-gura-dot* deseo matarlo. El modo necesario tiene una sola característica que es la voz *biar* é *Il-biar-dot* quiere decir tengo necesidad de matarlo. El modo forzoso tiene dos características *eraso* y *eraguin*, ambos verbos dobles con la diferencia analítica de que *Il erasso-dot* quiere decir he obligado á que lo maten, é *Il-eraguin-dot* he hecho hacer que lo maten. El imperativo se forma del auxiliar *eguin* hacer, y con el mismo el sujuntivo, diferenciándose en que este lleva por seguna característica la letra *n* al fin de todas sus inflexiones. El optativo y penitudinario se diferencian en que este lleva la sílaba ó partícula condicional, y no aquel; y á más en que el optativo va revestido de la característica *que* que es nota de futurición. En fin, recorran los literatos las ideas del hombre en el uso de estos modos que quedan expresados en nuestra gramática: cotejen con ella las características con que los forma el bascuence, y se harán cargo de que no puede presentarse al filósofo un idioma que con más puntualidad dibuje estas ideas en los modos de sus verbos.

TIEMPOS DEL VERBO.

No se halla confuso el bascuence como la mayor parte de los demás idiomas en la denominacion de sus tiempos. Tiene dos presentes; uno real y verdadero; otro apostrófico: dos pretéritos; uno real y verdadero; otro apostrófico: dos futuros; uno real y verdadero; otro apostrófico. Esta bella y armoniosa division de sus tiempos da á nuestro idioma todo el realce que necesita para que en esta parte se le repute superior á los demás. En efecto, no tiene el bascuence aquellos imposibles pluscuamperfectos: aquellos soñados paulopos futuros: aquellos desarreglados pretéritos imperfectos, pretéritos próximos y remotos: aquellos aoristos que hacen á todos modos hallándose ya en indicativo: ya en imperativo: ya en optativo. Es justo nuestro idioma; es arreglado: es conforme á los preceptos naturales establecidos en nuestra gramática. Hé aquí los seis que conoce y que corresponden al modo actual é indicativo del mismo verbo *Il* matar.

Tiempos	Presente.	Real.	Il-ten.	Dot
		Apostrófico.		Neban
	Pretérito	Real.	Il.	Dot
		Apostrófico.		Neban
	Futuro.	Real.	Il-go	Dot
		Apostrófico.		Neban

Observen los literatos el gran fondo de filosofía con que se condujo el bascuence: la bella y simétrica disposicion de sus características. *Il-ten* con la terminacion *ten* representa los tiempos presentes aplicándola á los verbos que quiere inflexionar, y dándonos á entender en la aplicacion que hace de los auxiliares *dot* y *neban*, que uno y otro son presentes *ilten-dot* quiere decir yo lo mato: el *il ten-ne-ban* yo lo mataba: el primer presente es real y verdadero, como que la accion se ejecuta en aquel mismo en que se habla: el segundo presente es apostrófico, pues no se ejecuta cuando se habla; pero es presente en aquel tiempo en que se apostrofan los que hablan. *Cuando estuvimos en Pamplona*: hé aquí el apóstrofe: el que habla y el que oye corren á Pamplona con la imaginacion, y á uno y otro se hace presente aquel tiempo. *Mataba liebres* por ejemplo: hé aquí una accion presente para ellos en el tiempo á que se han apostrofado.

Repárese igualmente al *il* con que representa nuestro idioma e tiempo pretérito tomando por característica de este tiempo el no tener característica alguna, precepto económico que inconcusamente observa el bascuence siempre que en su mecanismo quiere distinguir las cosas comunes en diferentes clases. *Il-dot* quiere decir yo lo he muerto: *il-neban* yo lo habia muerto. Hé aquí dos pretéritos: uno real, otro apostrófico y lo mismo sucede con el futuro. ¿Podemos, pues, hallar idioma más conforme á las ideas del hombre en sus tiempos presente, pretérito y futuro? ¿Pueden expresarse mejor las conversaciones reales y apostróficas? Pasemos á reconocer los tiempos que tiene este idioma en cada uno de los modos.

TIEMPOS DEL MODO INDICATIVO.

El modo actual ó indicativo, como el más perfecto, comprende todos los seis tiempos: los dos presentes: los dos pretéritos: los dos futuros, y son los mismos que en el capítulo antecedente hemos expresado. No tenemos, pues, que repetirlos, y solo haremos ver á qué expresiones castellanas corresponden, para que de esta suerte se cercioren mejor los literatos de la legitimidad con que dió nombres el bascuence á estos tiempos, valiéndonos de la primera persona del singular de cada uno de los seis tiempos.

Presente...	(Real.) (Apostrófico.)	Il-ten...	(Dot. (Neban.	Yo lo mato. Yo lo mataba.
Pretérito ...	(Real.) (Apostrófico.)	Il	(Dot. (Neban.	Yo lo he muerto. Yo lo maté ó habia muert

Futuro.—(Real—(Apostrófico.)—Il-go—(Dot—Yo le mataré.
(Neban.—Yo le hubiera ó habria muerto.

Al futuro real llaman ordinariamente los gramáticos futuro imperfecto cuando no tienen los idiomas otro modo más fino de expresar el tiempo venidero que él. Al futuro llamado perfecto atribuye el castellano y otros muchos lenguajes el romance *habré* cuando este auxiliar nos dá á entender un pretérito dudoso. De estas y otras innumerables impropiedades se ha librado el bascuence con la adopcion de los tiempos reales y apostróficos. Pasemos á los demás modos.

TIEMPOS DEL MODO HABITUAL.

En el modo habitual ó consuetidinario conoce el bascuence dos tiempos: uno real, otro apostrófico, sin determinar si son presentes, pretéritos ó futuros. En efecto, el hombre no puede hablar de las costumbres futuras que ha de tener, por no ser de sus alcances el conocerlas, y solo puede asegurar de las costumbres actuales ó de las que tuvo en otro tiempo, y para esto son suficientes los dos tiempos expresados. Con el tiempo real se dá á entender la costumbre actual: con el apostrófico la costumbre pasada. Hé aquí los dos tiempos en sus dos formaciones.

TIEMPO REAL.

Il.—(Oi-dot.—Yo tengo costumbre de matarle.
(Daruat.—Yo suelo matar.

TIEMPO APOSTRÓFICO.

Il.—(Oi-neban—Yo tenia costumbre de matarle.
(Neroian.—Yo solia matarle.

No por esto deja de tener el bascuence un verbo con que expresar las ideas que puede tener el hombre de las diligencias que hizo, hace y espera hacer para acostumbrarse ó acostumbrar á otro en alguna accion. Su verbo *oi-tu* le presta para esto cuanto necesita; pero ya no habla del modo consuetudinario de la tal accion, sino de las diligencias que hizo, hace ó hará para adquirir esta costumbre. Cuando digo *acostumbraré á mis hijos en el respeto á los mayores*, mi idea es dar á entender no la costumbre que tendrán los hijos, sino las diligencias que pondré en práctica, para que adquieran esta costumbre.

De aquí es que un idioma para expresar el modo habitual no debe hacer uso del verbo *acostumbrarse*, como que con él no puede expresar sino las diligencias hechas, que hace ó intenta hacer para adquirir la accion y ser cierta la costumbre cuando hacemos uso del modo habitual. Es visto, pues, que usando el bascuence del verbo *oi-tu* en todos tiempos para hacer ver las diligencias hechas, que se hacen ó se harán para adquirir una costumbre, y tienen otro distinto medio para dar á entender el modo habitual como se ha dicho: este idioma es el más exacto en distinguir estas dos ideas diferentes.

TIEMPOS DEL MODO POTENCIAL.

Por las mismas razones que hemos expuesto en el modo habitual, solo tiene el bascuence dos tiempos aun en este. El hombre bien puede comunicar el poder que tiene ó ha tenido; pero de ningun modo el que tendrá, que no está á sus alcances. Es, pues, arreglado nuestro idioma en esta parte. Hé aquí sus dos tiempos en una y otra formacion.

TIEMPO REAL.

Il. (Al-dot. ..... Yo tengo poder de matar.
(Dalquet ..... Yo puedo matar.

TIEMPO APOSTRÓFICO.

Il. (Al-neban ..... Yo tenia poder de matar.
(Nelquian ..... Yo podia matar.

Tiene tambien el bascuence un verbo para dar á entender las diligencias que hizo, hace y tiene ánimos de hacer para hacerse ó hacer que otro sea poderoso. Este verbo se forma de la particula potencial *al* y es *al-du*. *Al-du-ten-naz* quiere decir me hago poderoso: *al-du-nun-zan* me hice poderoso: *al-du-co-naz* me haré poderoso; pues como se ha dicho ántes el poder no es verbo sino potencia que se ejercita ó puede ejercitarse en una accion ó verbo. El auxiliar *eguin*, hacer, tiene la misma fuerza entre los bascongados que el verbo *poder* entre los castellanos: pero esta significacion es figurada, tomando el efecto por la causa; esto es, el hacer por el poder, como que toda accion supone potencia. Pasemos al modo voluntario.

TIEMPOS DEL MODO VOLUNTARIO.

Tampoco tiene el bascuence sino dos tiempos en este modo: uno real y otro apostrófico. Puede el hombre dar á entender la voluntad ó el deseo que tiene ó tuvo en otro tiempo; pero de ninguna manera el que tendrá en el tiempo venidero. A más el querer y el desear no son verbos, no son acciones, sino unas potencias para la accion. No puede haber voluntad ni deseo que no recaiga en alguna accion, y por lo mismo pueden modificar un verbo del mismo modo que el hábito y la potencia; pero no puede haber verbo *querer* ni verbo *desear*, ni lo tiene el bascuence. Este idioma en lugar de *yo quiero*, *yo deseo* dice *nai-dot*, *gura-dot*, que literalmente significan *tengo voluntad*, *tengo deseo*, hablando de la voluntad y del deseo como de unos nombres. Hé aquí los dos tiempos del modo voluntario bascongado.

TIEMPO REAL.

II.	(Nai-dot	Yo tengo voluntad de matarle.
	(Gura-dot	Yo tengo deseo de matarle.

TIEMPO APOSTRÓFICO.

II.	(Nai-neban..	Yo tuve voluntad de matarle.
	(Gura-neban	Yo tuve deseo de matarle.

De las palabritas *nai* y *gura* formamos los verbos *naitu* y *guratu*, y con ellos damos á entender las diligencias que hicimos, hacemos ó tenemos intencion de hacer para avivar en nosotros ó en una tercera persona la voluntad ó el deseo: de modo que no puede haber idioma alguno más arreglado que el bascuence y que con más filosofía nos haga ver las ideas que debe tener el hombre acerca de la voluntad y de su mayor ó menor extension.

TIEMPOS DEL MODO NECESARIO.

La necesidad no es tampoco accion sino una carencia, y por lo mismo una modificacion en los verbos. Si tengo necesidad de comer, la accion de comer es modificada en mí por su necesidad. No como: puedo no tener hábito, potencia, voluntad de comer, y sin embargo, puede realizarse en mí la necesidad y en su realizacion verificarse el

verbo *comer*, que no es otra cosa que un comer en el modo necesario. Por esta razon y por ser imposible el asegurar las necesidades futuras, solo tiene el bascuence en este modo los mismos dos tiempos que en los tres anteriores y son los siguientes.

TIEMPO REAL.

Il-biar-dot..... Yo tengo necesidad de matar.

TIEMPO APOSTRÓFICO.

Il-biar-neban..... Yo tuve necesidad de matar.

Todos los idiomas hacen uso de este modo de hablar; pero no se valen de la finura de la lengua bascongada. Unos se valen de los futuros en *rus* y en *dus*: otros de *he de* ó *he de haber*; esto es, del verbo haber con la particula *de* y conjugan este verbo separándole de aquel cuya necesidad se tiene; de modo que en ellos no puede ser reputado como una modificacion del verbo que necesitamos; pero en el bascuence se interpone la vocecita característica del modo necesario, y se introduce, para decirlo así, en el corazon del verbo que es necesario ya inflexionado.

TIEMPOS DEL MODO FORZOSO.

Como el forzar ú obligar es una verdadera accion, tiene este modo seis tiempos: dos presentes: dos pretéritos y dos futuros lo mismo que el indicativo. Sin embargo, es un modo de aquel verbo á cuya accion obliga otro nuestra fuerza: de manera que la ejecutada forzosamente tiene dos agentes: uno impelente, esto es, aquel que obliga á ella: otro el que ejecuta forzado. El primer agente es voluntario: el segundo no lo es. De aquí es que el bascuence eligió para formar este modo dos verbos dobles *e-r-asso* y *e-ra-guin*. El primero viene de *jasso* y el segundo de *eguin*. Estos dos verbos dobles hacen una sola voz con aquel á cuyo signado se obligó ó se hizo fuerza: de modo que no solo se dibuja en este modo la doble accion, sino tambien el que es un modo de aquel verbo que se une con el *erasso* y *eraguin*. Hé aquí los seis tiempos en sus dos características.

PRESENTE.

Real——— Il... (Erasso-ten-dot.... Yo obligo á que le maten.
(Eraguiten-dot.... Yo hago hacer que le maten.

Apostrófico. Il... (Erasso-ten-neban Yo obligaba á que le matasen.
(Eraguiten-neban. Yo hacía hacer que le matasen

PRETÉRITO.

Real ——— Il... (Erasso-dot..... Yo he obligado á que le maten.
(Eraguin-dot... Yo he hecho hacer que le maten.

Apostrófico. Il... (Erasso-neban.. Yo habia obligado á que le matasen.
(Eraguin-neban Yo habia hecho hacer que le matasen

FUTURO.

Real ——— Il... (Erasso-co-dot... Yo obligaré á que le maten.
(Eraguin-go-dot Yo haré hacer que le maten.

Apostrófico. Il... { Erasso-co-neban... Yo lo habria obligado á que le matasen.
{ Eraguin-go-neban Yo habria hecho hacer que le matasen.

Antes de pasar adelante se hace preciso ocurrir á cierta objecion que se nos podrá hacer contra lo que dejamos asegurado acerca de los tiempos de que son susceptibles los modos habitual, potencial, voluntario y necesario. Se nos dirá que todo idioma tiene los verbos *acostumbrarse*, *poder*, *querer* y *necesitar* y que estos verbos tienen los seis tiempos: dos presentes, dos pretéritos y dos futuros. De aquí querrán deducir que formándose en estos idiomas los modos habitual, potencial, voluntario y necesario inflexionándose los verbos que arriba van referidos, cada uno deberia tener seis tiempos y que corresponden por ejemplo al modo voluntario los siguientes: *Yo quiero*: *queria*: *he querido*: *quise* ó *habia querido*: *querré*: *habria querido*: pero esto no es modular é inflexionar el verbo en quien recae el voluntario, sino hacer verbo al *querer* que no es sino una potencia: y por consiguiente un nombre y los modos de una accion querida han de conocerse por cierta característica unida á la inflexion de la misma accion ó verbo querido por la voluntad.

Mayor es la objecion deducida de la lengua bascongada. Este idioma forma seis tiempos con las características de los modos potencial, voluntario y necesario. Dice *al-dot*, *al-neban*, *nai-dot*, *nai-neban*, *biar-dot*, *biar-neban* y se creerá que en estas expresiones hay dos tiempos presentes en cada uno de los modos, uno real y otro apostrófico. Se querrá corroborar este aserto con las expresiones *al-izan-dot*, *al-izan-neban* en que se presentan dos pretéritos por cada uno de los modos referidos, y con los dos futuros que se expresan en *al-izan-go-dot*, *al-izan-go-neban*: *nai-izango-dot*, *nai-izan-go-neban*: *biar-izan-go-dot*, *biar-izango-neban*. Pero no nos confundamos.

Al-dot, *al-neban*: *nai-dot*, *nai-neban*, *biar-dot*, *biar-neban* no son presentes de indicativo que equivalen al *yo puedo*, *yo podia*: *yo quiero*, *yo queria*: *yo necesito*, *yo necesitaba*. Es verdad que los bascongados las usan para este efecto, pero pregúntoles ¿dónde está la carac-

terística del presente de indicativo, esto es, la sílaba *ten*? Desengáñense: estas expresiones se introdujeron por el uso del énfasis. Preguntados los bascongados por el modo voluntario, por ejemplo, y diciéndoles *jan-nai-do-zu*, quieres comer, se habituaron á responder *nai-dot*, omitiendo el verbo *jan*, comer. Se connaturalizaron con esta locucion que es una parte del modo voluntario de la accion querida y quedó en la significacion media de *tengo voluntad* y así de los demás modos.

Los pretéritos y futuros que se traen en confirmacion de la objecion propuesta corroboran más mi modo de pensar. El *izan* que caracteriza de pretéritos al *dot* y al *neban*, y el *izan-go* que los hace futuros, hace ver que los debe hacer presentes el *iza-ten* segun las reglas que hemos dado en la formacion de los tiempos de indicativo. A más si estos tiempos son del indicativo ¿cómo pueden ser del modo potencial, voluntario y necesario?

Desengañémonos: estas inflexiones corresponden al verbo irregular *euqui*, tener, que por una especial excelencia de nuestra lengua á más de las inflexiones irregulares tiene, como todo otro cualquier verbo irregular, otra inflexion que es regular con todas las características de presente, pretérito y futuro como los verbos regulares, formando no solo el modo indicativo, sino tambien los demás modos, como haremos ver cuando hablemos de los irregulares. No queremos alargarnos más en una materia que la trataremos con toda extension en la gramática razonada de la lengua bascongada que esperamos dar al público.

TIEMPOS DEL IMPERATIVO.

El modo imperativo, como se justificó en nuestra gramática, ha de tener dos tiempos: uno presente, otro futuro; y los mismos son los que en este modo conoce el bascuence. Con el primero manda ejecutar la cosa inmediatamente: con el segundo dá á entender una accion futura. Hé aquí estos dos tiempos en la segunda persona agente del singular.

PRESENTE.

Il-eguizu ..... Mátele usted ahora.

FUTURO.

Il-egui-que-zu ..... Mátele usted despues.

No tengo que recordar á los literatos las disputas de los gramáticos que no tienen sino un tiempo en este modo, sobre si este tiempo es presente ó futuro: unos han sostenido que es presente: otros que es futuro; y un cuerpo sábio, deseando zanjar estas disputas, dijo que era presente para el que mandaba y futuro para el que lo habia de obedecer. Estas disputas son una auténtica prueba de que el modo imperativo exige por su naturaleza dos tiempos: uno presente y otro futuro; pero este futuro y este presente no son ni pueden ser respecto del que manda sino de aquel que es mandado, como que este es el que ha de poner en ejecucion la accion mandada.

No es, sin embargo, la lengua bascongada la única que conoce estos dos tiempos. Hay otros varios idiomas que los tienen. Conócelos la alemana. Creo que los tuvo la latina en sus inflexiones *ama* y *amato*, y no afirmaré que la griega hubiese carecido de ellos. Por lo mismo no podemos dar primacía á nuestro idioma por esta particularidad, y habremos de recurrir al cotejo de las demás partes de su mecanismo. Sin embargo, no podemos ménos de advertir la claridad con que el bascuence distingue estos dos tiempos por medio de la particula *que*, característica de futuricion.

TIEMPOS DEL MODO SUJUNTIVO.

Este modo, como se justificó en la gramática del idioma primitivo, ha de tener cuatro tiempos para que sea perfecto: dos presentes y dos futuros. Los mismos tiempos justamente tiene el bascuence en el sujuntivo y son los siguientes.

PRESENTE.

Real———	Il...	(Daguidan	Para que yo le mate ahora.
Apostrófico.		(Neguijan.	Para que yo le matara ó matase entonces.

FUTURO.

Real———	Il...	(Daoniquedan	Para que yo le mate despues.
Apostrófico.		(Neguiquian..	Para que yo le matara, ó matase despues.

No tengo que advertir á los lectores la confusion con que se manejan los idiomas en señalar los tiempos á este modo. Es suficiente con que sepan que muchas lenguas, segun se explican sus gramáticos, no saben distinguirlo del optativo. Consúltense la lengua latina y sus hijas: véase el optativo y sujuntivo de la griega: recórrase la hebrea

y demás orientales: en una palabra, examínense cuantos idiomas se quieran; pero estoy en que solo el bascuence se hallará en este ramo perfecto.

TIEMPOS DEL MODO OPTATIVO.

Por más que decanten los griegos la multitud de tiempos que tienen en este modo, no conseguirán otra cosa que el desacreditar su idioma. No podemos desear sino lo futuro: mal puede el hombre anhelar lo que posee: y será un delirio pretender acciones pasadas. De aquí es que el optativo no es susceptible sino de un tiempo, esto es, del futuro real, y no tiene sino él la lengua bascongada, que es el siguiente:

FUTURO.

Il-go-neuque..... Yo le matara ó mataría.

No conozco idioma alguno que sea tan puntual en este modo y cuyas características sean más conocidas. Todos ellos confunden el optativo con el sujuntivo, ó con el penitudinario, sin que por sus inflexiones podamos llegar á distinguir estos tres bellos y diferentes modos. Véase lo que tenemos dicho en nuestra gramática.

TIEMPOS DEL MODO PENITUDINARIO.

Podemos tener pesar de una accion pasada: de no poseerla de presente, y de no poderla disfrutar de futuro, y exigen las diferentes ideas de estos pesares tres tiempos en este modo, es á saber: un presente, un pretérito y un futuro, y estos mismos son los que conoce el bascuence en este modo con características distintas de las de todos los demás. Hé aquí los tres tiempos:

PRESENTE.

Il-ten-baneu..... Si yo le matara ó matase ahora.

PRETÉRITO.

Il-baneu..... Si yo le hubiera ó hubiese matado.

FUTURO.

Il-go-baneu..... Si yo le matara ó matase despues.

Ningun idioma de cuantos conozco tiene tiempos penitudinarios tan perfectos como el bascuence, y por lo mismo me veo precisado á afirmar que excede á todos ellos: y que aún cuando se descubriese alguna lengua perfecta en este ramo no podra ser superior á mi idioma, por gozar éste de toda aquella excelencia que puede exigirse en el modo penitudinario. Pasemos ahora á examinar el bello modo que tiene este mismo idioma para distinguir en sus tiempos la certeza, duda y probabilidad.

TIEMPO DE CERTEZA, DUDA Y PROBABILIDAD.

No es suficiente para la claridad de las ideas el que expresemos las acciones ó verbos, ó el que en ellos caractericemos sus diferentes modos. Es necesario á más el que sepamos si estas acciones comunicadas son ciertas, dudosas ó probables: de lo contrario nos veriamos confusos en su inteligencia. Todos los idiomas, por lo mismo, nos indican estas cualidades del verbo, pero no con aquella analogía que se requiere. La certeza, la duda y la probabilidad son modos de la accion, y por lo mismo habian de indicarse por medio de ciertas características unidas al mismo verbo, asi como los demás modos. Así lo ejecuta la lengua bascongada. En este idioma la certeza, duda y probabilidad son tres modos diferentes del verbo; y si no los hemos colocado con los otros modos ha sido por que son sus subdivisiones. Los tiempos del indicativo, potencial, voluntario, necesario y forzoso tienen tiempos ciertos, dudosos y probables; aunque no es dable la duda y probabilidad en el imperativo, sujuntivo, penitudinario y optativo: la razon es clara. En el indicativo expongo la accion en sí misma y puedo exponerla con certeza, duda ó probabilidad. En el habitual propongo la costumbre que uno tiene: en el potencial el poder: la voluntad en el voluntario: en el necesario la necesidad: y la fuerza ó violencia en el forzoso: y todas estas modificaciones podemos anunciarlas como dudosas, ciertas ó probables; pero no así en los demas modos. El precepto, el fin, el deseo y el pesar son operaciones de la voluntad ya determinada y no pueden ménos de ser ciertas estas modificaciones.

Las características que emplea el bascuence para expresar la certeza, duda y probabilidad, son las siguientes. El no tener los tiempos característica alguna, sino las necesarias para indicar el modo á que pertenecen, es señal de que es cierto su signado: de aquí resulta que *il-dot*, lo he muerto, *il-oi-dot*, lo suelo matar etc., son tiempos ciertos: los dudosos llevan la característica *ete*. y los probables la *edo*, unidas é introducidas en el centro del verbo. Hé aquí los diez y ocho tiempos que todo verbo regular ha de tener en su indicativo.

Presentes..	Reales	Cierto	Il-ten-dot
		Dudoso	Il-ten-ete-dot
		Probable..	Il-ten-edo-dot
	Apostróficos	Cierto	Il-ten-neban
		Dudoso	Il-ten-ete-neban
		Probable..	Il-ten-edo-neban
Pretéritos.	Reales	Cierto	Il-dot
		Dudoso	Il-ete-dot
		Probable..	Il-edo-dot
	Apostróficos	Cierto	Il-neban
		Dudoso	Il-ete-neban
		Probable..	Il-edo-neban
Futuros.	Reales	Cierto	Il-go-dot
		Dudoso	Il-go-ete-dot
		Probable..	Il-go-edo-dot
	Apostróficos	Cierto	Il-go-neban
		Dudoso	Il-go-ete-neban
		Probable..	Il-go-edo-neban

Formados ya en el modo indicativo los tiempos ciertos, dudosos y probables, es fácil ejecutar esto mismo en los demás modos que son susceptibles de dichos tiempos. El tiempo *il-oi-dot*, tengo costumbre de matar, sin otra característica, es un tiempo cierto: añadiendo á este tiempo la partícula dubitativa *ete* que otros pronuncian *ote*, y colocándola despues de la característica de modo pasará dicho tiempo á ser dudoso, y de aquí *il-oi-ete-dot* es un tiempo dudoso. Si en lugar de la partícula dubitativa *ete* sustituimos la probable *edo*, el tiempo pasará á la probabilidad, y así el *il-oi-edo-dot* es tiempo probable, y lo mismo sucederá en todos los demás modos.

Esta claridad con que distingue el bascuence la certeza, duda y probabilidad: el formar con las respectivas características y los verbos una sola voz, hace que nuestro idioma se distinga de los demás con una analogía: con una precision de ideas: con una economía y propiedad que no puede haber mayor en un lenguaje: pero no paran en esto sus perfecciones. Es bellísimo este idioma en la eleccion que hizo de las características de certeza, duda y probabilidad.

La característica de certeza en los tiempos consiste en no tener carácter alguno; y hé aquí un golpe enérgico de su economía. La característica de duda es la palabrita *ete* y la de probabilidad la palabrita *edo*, ambas muy análogas para las funciones de su ministerio.

En efecto, en la vocecita *ete* hallamos las ideas del que duda con la mayor energía. La duda es una ansiedad de ánimo, y sus principios son de decadencia El hombre dudoso decae de ánimo al contemplar la duda, y sus ideas son melancólicas; y hé aquí la analogía de la pri-

mera *e*, letra de decadencia, debilidad y flaqueza; idea que no puede dejar de tener el hombre cuando duda, como que conoce su debilidad y falta de conocimientos en la materia. Este conocimiento detiene al hombre, le para y le hace resolver á no ejecutar la accion cuya bondad le es dudosa, y al mismo paso para, como desesperado de poder adelantar en la materia, y hé aquí la analogía de la letra *t*, letra de detencion, de paramiento. Este mismo paramiento hace más extensa la decadencia del espíritu del que duda, y hé aquí la propiedad de la *e* final: de una decadencia segunda y que sobrevino despues que el hombre dudoso desesperó del acierto. Pasemos á analizar la característica de probabilidad.

El hombre en la probabilidad tiene la decadencia ó tristeza de ánimo que tuvo en la duda en los primeros ensayos que hace en escudriñar la verdad de las cosas. El dudoso y el hombre en probabilidad no pueden describir la verdad, objeto de sus investigaciones: decae su ánimo y se entristece, y hé aquí el motivo de empezar las dos características de duda y probabilidad con la letra decadente *e*. Ambos paran y resuelven dejar sus investigaciones, y hé aquí el uso de la letra *t* y la *d* analoguizada con las ideas del uno y del otro. El dudoso para en sus averiguaciones sin salir de su ansiedad, sin poder arrimarse con más cercanía á la certeza que á la incertidumbre; su decadencia de ánimo se aumenta y la idea recibe, para decirlo así, nuevo semblante de tristeza y decadencia, y hé aquí la propiedad de la última *e* de la partícula dubitativa *ete*.

Al contrario, el hombre en probabilidad halla fundamentos de arrimarse más á la certeza que á la incertidumbre ó al contrario: y su ánimo abatido se levanta, se vigoriza algun tanto, y hé aquí la analogía de la letra *o* de la partícula *edo* y la razon de la diferencia entre la duda y la probabilidad. ¿Pueden analoguizarse mejor y con más finura las ideas del hombre dudoso y que se halla en probabilidad que con las características *ete* y *edo*? Es visto, pues, que el bascuence en este particular excede á todos los demás idiomas.

PERSONAS DEL VERBO.

Justificamos con la última evidencia en nuestra gramática del idioma primitivo que las personas en los verbos han de ser ocho para que un lenguaje sea perfecto, es á saber: cinco singulares, una primera, tres segundas y una tercera: y tres plurales, primera, segunda y tercera. Hicimos tambien ver que las tres segundas personas del singular habian de ser una cortés y dos familiares, y que de estos dos familiares la una habia de ser para el sexo femenino y la otra para el masculino, é hicimos en este particular las demás declaraciones que

nos parecieron oportunas. Esta teoria se halla confirmada por la práctica de la lengua bascongada, que en sus verbos conoce las ocho referidas personas. Pongamos un ejemplo en el pretérito real, cierto y cortés del modo indicativo.

Personas	Singulares.	1.ª	Il-dot.
		2.ª cortés.	Il-dozu.
		2.ª femenina	Il-don.
		2.ª masculina.	Il-doc..
		3.ª	Il-dau.
	Plurales.	1.ª	Il-dogu.
		2.ª	Il-dozu-b-ee.
		3.ª	Il-dau-b-ee.

Por más que reconozcamos los idiomas más apreciables, no hallaremos esta perfeccion del bascuence á lo ménos con aquel complemento que exige la claridad de las ideas y la naturaleza en los diferentes tratamientos. Nuestras personas son ocho y no se confunden las unas con las otras, que es lo único que puede exigirse en este particular del más perfecto lenguaje.

Despues de esto habia de tratarse de los números del verbo; pero no es necesario, quedando ya justificado en los nombres, que los únicos que han de ser ad nitidos deben ser el singular y el plural. Pasemos á otra cosa.

CONJUGACIONES DEL VERBO.

Las 206 conjugaciones que aseguramos en nuestra Apologia de la lengua bascongada como necesarias en cada uno de los verbos para que un idioma tuviese en ellos la debida analogía con sus personas relacionarias causó en el ánimo de los literatos una sensacion extraordinaria. Sin embargo, hicimos ver con la última evidencia en la gramática del idioma primitivo la necesidad de este número de conjugaciones, demostrando otras tantas combinaciones relacionarias en la lengua castellana, y dando razon de cada una de estas conjugaciones. Resta, pues, el que corroboremos esta teoría con la práctica de la lengua bascongada, exhibiendo en ella las 206 conjugaciones.

En efecto: este idioma tiene en cada uno de sus verbos 206 conjugaciones perfectas con otros tantos modos y en cada uno de los modos los tiempos y personas correspondientes. De estas 206 conjugaciones las 103 son activas y las restantes pasivas, y para no confundirnos las exhibiremos separadamente.

CONJUGACIONES ACTIVAS.

Las conjugaciones activas, como hicimos ver en la gramática, unas son activas puras y otras activas mixtas: unas y otras pueden ser recipientes y todas ellas se dividen en corteses y familiares y estas últimas unas son femeninas y otras masculinas; todo ello por exigirlo así la naturaleza misma del lenguaje. Exhibámoslas por su órden.

ACTIVAS PURAS.

Las conjugaciones activas puras son diez y seis: ocho de ellas corteses y las restantes familiares. De las familiares cuatro son femeninas y otras cuatro masculinas. Las activas puras corteses son las siguientes con su traduccion castellana.

Il	1.ª	Au.	Aquel te ha muerto.
	2.ª	Au-na	Aquel te ha muerto.
	3.ª	Z-au	Aquel se ha muerto.
	4.ª	N-au	Aquel me ha muerto.
	5.ª	D-au	Aquel lo ha muerto.
	6.ª	Z-au-z	Aquel os ha muerto.
	7.ª	G-au.	Aquel nos ha muerto.
	8.ª	D-au-z	Aquel los ha muerto.

La tercera conjugacion *il-zau* aquel ha muerto á usted y la sétima *il-gau* aquel nos ha muerto, se usan en la villa de Oñate y otros pocos pueblos del bascuence. Sin embargo, no podemos ménos de adoptarlas por ser legítimas y las únicas que se hallan formadas segun el índole de nuestro idioma. Poco tenemos que cansarnos en demostrarlo.

Las inflexiones bascongadas caracterizan los tiempos presente, pretérito y futuro en el mismo verbo que quieren conjugar, y así es que la palabrita *il*, matar, como que no tiene característica alguna, nos hace entender que las 16 conjugaciones están denotadas en el tiempo pretérito. Si á esta vococita se añadiese la sílaba *ten* característica de presente, dichas conjugaciones se demostrarian en este tiempo, como que *il-ten* es indicativo de presente, y si en lugar de la sílaba *ten* se colocase la *go*, la demostracion se haria en tiempo futuro.

La funcion del auxiliar se reduce á hacernos ver si estos tiempos son reales ó apostróficos: por lo mismo su radical ha de hallarse en todas las conjugaciones, así como se halla la característica de tiem-

po. Esta radical en el tiempo real es la sílaba *au*, y se halla en la primera, segunda, cuarta y quinta conjugacion, usada generalmente por todos los bascongados: pues ¿por qué no se ha de hallar en la tercera y en la sétima? Continúen, pues, los oñatienses y demás pueblos el uso de las bellas conjugaciones *il-zau* é *il-gau*, y siga el resto de los bascongados su ejemplo, desprendiéndose de las torpes que sustituyen en su lugar.

En efecto: ¿cuáles son estas conjugaciones? Son *il-zaitu*, aquel lo ha muerto á usted; *il-gaitu*, aquel nos ha muerto. Sepan que la radical *itu* pluraliza la persona paciente; y siendo en la tercera conjugacion la segunda persona cortés, su *il-zaitu* no significa lo que quieren dar á entender, esto es, aquel ha muerto á usted, sino aquel ha muerto á ustedes. Consulten la inflexion *il-ditu* y verán que la característica *de*, nota de tercera persona de singular paciente pasa á ser plural por la terminacion *itu* y significa *aquel los ha muerto* y no *aquel lo ha muerto*. Pasemos al *gaitu*.

La letra *g* es característica de primera persona de plural, y no necesita de la palabrita *itu* para ejercer esta funcion. Es, pues, redundante en el *gaitu* la característica ó radical *itu* y ha de usarse de la sílaba *au* que es la verdadera radical.

No es mi ánimo por esto el oponerme al uso de la voz *itu* y me valdré de ella en la gramática de la lengua bascongada como de *una voz propia y perfecta*, y *si no hago uso de ella en estas demostraciones es para que sean más claras y perceptibles*. Pasemos á demostrar las ocho conjugaciones activas puras familiares.

FEMENINAS.

11.	9	Jon	Aquel lo ha muerto.
	10	Najon	Aquel me ha muerto.
	11	Jozan	Aquel los ha muerto.
	12	Gajon	Aquel nos ha muerto.

MASCULINAS.

	13	Joc	Aquel lo ha muerto.
	14	Najoc	Aquel me ha muerto.
	15	Jozac	Aquel los ha muerto.
	16	Gajoc	Aquel nos ha muerto.

¿Podrán presentarnos en algun idioma diez y seis conjugaciones activas puras en cada uno de sus verbos como nosotros hemos presentado en el bascuence? No será fácil. Los lenguajes que tienen pronombres afijos en sus verbos como la hebrea con sus hijas, la peruana, aimara, araucana, guaraní y otras muchas americanas podrán pretender esta presentacion; pero ¿se realizará con la finura que en el bascuence? ¿Exhibirán una primera conjugacion radical de las quince restantes? No sé yo que sean capaces de darnos el completo de las grandezas que descubre el bascuence en estas conjugaciones:

aquella economía de no tener característica alguna en la primera conjugacion, y ser característica de tercera persona singular agente y de segunda masculina paciente; aquel diferenciar no en las personas afijas sino en características propias y peculiares las conjugaciones corteses de las familiares, y en estas últimas las femeninas de las masculinas y otras particularidades que se demostrarán en breve, elevan al bascuence sobre todos los idiomas que tienen pronombres afijos en sus verbos; y para que tenga lugar este aserto con mayor fuerza en una demostracion analítica de las 84 conjugaciones activas puras y recipientes, hablemos de estas últimas.

ACTIVAS PURAS RECIPIENTES.

Estas conjugaciones, como hicimos ver en nuestra gramática, han de ser en cada uno de los verbos 68 para que sea perfecto un idioma en este ramo. Estas 68 conjugaciones han de provenir ó formarse de las 16 activas puras y por lo mismo han de ser corteses y familiares; y las familiares unas son femeninas, masculinas otras. Esta teoría se halla confirmada con la práctica de la lengua bascongada. Este idioma tiene justamente 68 conjugaciones activas puras recipientes: 44 de ellas son corteses y las restantes familiares, esto es, 12 femeninas y otras tantas masculinas. Demostrémoslas por su órden.

CORTESES.

Las 44 conjugaciones activas puras recipientes corteses deben su origen á las 8 activas puras de igual calidad: por esta razon las colocaremos en ocho divisiones: de modo que la primera será de las que deben su origen á la primera de las activas puras: la segunda de las que vienen de la segunda, etc., y para mayor claridad cada una de las divisiones llevará á su frente la conjugacion de donde proviene.

IL.. AU.

	17	Austa	Aquel te me ha muerto.
	18	Autza	Aquel te le ha muerto.
	19	Auscu.	Aquel te nos ha muerto.
	20	Autzeo	Aquel te les ha muerto.

Il.. AUNA.

Il.	21	Austana.	Aquel te me ha muerto.
	22	Autzana.	Aquel te le ha muerto.
	23	Auscuna	Aquel te nos ha muerto.
	24	Autzena.	Aquel te les ha muerto.

IL.. ZAU.

25	Zausta	Aquel te me ha muerto.
26	Zautza	Aquel te le ha muerto.
27	Zauscu	Aquel te nos ha muerto.
28	Zautzee	Aquel te les ha muerto.

IL.. NAU.

29	Naubaa	Aquel me te ha muerto.
30	Naunaa	Aquel me te ha muerto.
31	Nautzu.	Aquel me te ha muerto.
32	Nautza.	Aquel me le ha muerto.
33	Nautzubee.	Aquel me os ha muerto.
34	Nautzee	Aquel me les ha muerto.

IL.. DAU.

35	Deubaa.	Aquel lo te ha muerto.
36	Deunaa.	Aquel lo te ha muerto.
37	Deutzu	Aquel lo te ha muerto.
38	Deusta.	Aquel lo me ha muerto.
39	Deutza	Aquel lo le ha muerto.
40	Deutzubee	Aquel lo os ha muerto.
41	Deuscu	Aquel lo nos ha muerto.
42	Deutzee.	Aquel lo les ha muerto.

IL.. ZAUZ.

43	Zaustaz.	Aquel os me ha muerto.	
44	Zautzaz.	Aquel os le ha muerto.	
45	Zauscuz	Aquel os nos ha muerto.	
Il	46	Zautzeez	Aquel os les ha muerto.

IL.. GAU,

47	Gaubaa.	Aquel nos te ha muerto.
48	Gaunaa	Aquel nos te ha muerto.
49	Gautzu	Aquel nos te ha muerto.
50	Gautza	Aquel nos le ha muerto.
51	Gautzubee.	Aquel nos os ha muerto.
52	Gautzee	Aquel nos les ha muerto.

IL.. DAUZ.

53	Deubaaz	Aquel te los ha muerto.
54	Deunaaz.	Aquel te los ha muerto.
55	Deutzuz	Aquel te los ha muerto.
56	Deustaz	Aquel me los ha muerto.
57	Deutza	Aquel se los ha muerto.
58	Deutzubee	Aquel os los ha muerto.
59	Deuscuz	Aquel nos los ha muerto.
60	Deutzeez	Aquel se los ha muerto.

IL.. JON.

61	Jeustan.	Aquel me lo ha muerto.
62	Jeutzan	Aquel se lo ha muerte.
63	Jeuscun	Aquel nos lo ha muerto.
64	Jeutzeen	Aquel se lo ha muerto.

IL.. NAJON.

	65	Najeutzan	Aquel le me ha muerto.
	66	Najeutzeen.	Aquel los me ha muerto.

IL.. JOZAN.

	67	Jeustazan	Aquel me los ha muerto.
	68	Jeutzazan	Aquel se los ha muerto.
	69	Jeuscuzan	Aquel nos los ha muerto.
	70	Jeutzeezan..	Aquel se los ha muerto.

IL.. GAJON.

	71	Gajeutzan	Aquel nos le ha muerto.
	72	Gajeutzeen..	Aquel nos les ha muerto.

IL.. JOC.

	73	Jeustac.	Aquel me lo ha muerto.
IL.	74	Jeutzac	Aquel se lo ha muerto.
	75	Jeuscuc.	Aquel nos lo ha muerto.
	76	Jeutzeec.	Aquel se lo ha muerto.

IL.. NAJOC.

	77	Najeutzac.	Aquel me le ha muerto.
	78	Najeutzeec..	Aquel me les ha muerto.

IL.. JOZAC.

	79	Jeustazac.	Aquel los me ha muerto.
	80	Jeutzazac.	Aquel los le ha muerto.
	81	Jeuscuzac	Aquel los nos ha muerto.
	82	Jeutzezac.	Aquel los les ha muerto.

IL.. GAJOC.

	83	Gajeutzac.	Aquel nos le ha muerto.
	84	Gajeutzeec.	Aquel nos les ha muerto.

No pueden ya dudar los literatos de las 84 conjugaciones diferentes que tiene la lengua bascongada en la activa pura y su recipiente. Cada una de estas conjugaciones tiene los once modos y en cada uno de ellos los tiempos y personas correspondientes. Interponiendo entre la voz *il* y el auxiliar la caracteristica *oi* del modo habitual formará tantos modos habituales cuantas son las conjugaciones demostradas. Estas conjugaciones pasarán al modo voluntario si en lugar de la caracteristica *oi* se sustituye la *nai* ó *gura*; y serán del modo necesario si se sustituye la palabrita *biar*, caracteristica de este modo, etc. No queremos hacer esta demostracion por ser muy fácil su ejecucion á quien está informado de las caracteristicas que diversifican cada uno de los modos.

En cuanto á los tiempos no tienen sino mudar el verbo *Il*, nota de pretérito, y sustituir en su lugar el *Il-ten* para formar los presentes,

y el *Il-go* para los futuros, y esta operacion es tan fácil como la anterior, por lo que no hace nos demostracion alguna.

No sucede así respecto de las personas por las diferentes características personales que han de concurrir, y en que no estarán quizá enterados la mayor parte de los literatos, y para su inteligencia inflexionaremos la quinta conjugacion, que es la que tiene por agentes las ocho personas, y es como se sigue en el pretérito real del modo indicativo.

Singulares.

Il.....
- 3.ª ..... Dau
- 2.ª cortés ..... Dozu
- 2.ª femenina ..... Don
- 2.ª masculina ..... Doc
- 1.ª ..... Dot

Plurales.

- 3.ª ..... Daubee
- 2.ª ..... Dozubee
- 1.ª ..... Dogu

Volvamos aún otra vez á echar una pequeña ojeada sobre nuestras 84 conjugaciones ya demostradas: repasémoslas una por una y veremss que todas ellas son diferentes entre sí: las activas puras no se confunden con las activas puras recipientes. Cada una de estas clases se distingue por una característica cierta y determinada: las corteses son tan diversas entre sí de las otras conjugaciones, que no pueden tomarse éstas por aquellas: las familiares son conocidísimas por sus características propias y peculiares, y las femeninas y masculinas llevan una nocion tan distintiva qne no pueden confundirse entre sí.

¿Podrán, vuelvo á decir, hallar los literatos un idioma más arreglado, ménos confuso, más económico, más puntual en el cumplimiento de las ideas que nos presenta naturaleza en la contemplacion del verbo? Nos presentarán en la lengua hebrea y sus hijas inflexiones masculinas y femeninas, pero ¿cuáles serán estas? Las más serán femeninas por hallarse en ellas afija una persona femenina; pero será suficiente esta para que el verbo se llame femenino? No por cierto. La persona será femenina, pero no el verbo, como sucede en nuestro *il-don*, en que la persona agente es segunda femenina, pero el verbo corresponde á las conjugaciones corteses. No sucede así con la conjugacion *Il-jon*. En ella no hay persona femenina que sea agente ni paciente: una tercera de singular hace, y otra tercera padece. No nos hallamos, pues, en el caso de valernos de personas femeninas agentes ó pacientes, porque no hablamos de ellas: dirigímonos solamente á una mujer que nos es igual ó inferior. Sin embargo, el verbo es familiar y femenino: familiar, porque lleva la característica *j* que correspon-

de á este género de verbos: femenino, porque siendo familiar termina en la letra *n*, característica de este género.

Para que á un golpe de vista hagan los literatos cuantas averiguaciones y cotejos parezcan conducentes, les presentamos tres tablas ó mapas. En la primera hallarán reunidas las 84 conjugaciones, y cotejando las primitivas con las derivativas se desengañarán fácilmente y llegarán á conocer que ninguna de ellas es redundante: al contrario, se harán cargo de que todas son precisas y necesarias: todas claras y distintas. En la segunda verán analizadas las 16 conjugaciones madres á quienes hemos llamado activas puras. En la tercera darán con igual análisis en las 68 hijas á quienes dimos el nombre de activas puras recipientes. Ultimamente en las tres tablas se harán cargo de la gran filosofía del bascuence en la formacion de las 84 conjugaciones. Para que estas operaciones se ejecuten por los literatos con el debido acierto, no tengo reparo en servirles de guia, y para ello tomemos la primera tabla.

Leamos las 84 conjugaciones de esta tabla y fijemos nuestra vista en primer lugar en el verbo conjugado y veremos que es la palabra *il* matar. Esta palabra juega con las 84 conjugaciones invariablemente, y de aquí conoceremos dos verdades importantes. Sabremos que la diferencia de las conjugaciones consiste en el auxiliar que se une al verbo conjugado, esto es, al *il*. Sabremos tambien que este verbo *il* no tiene otras funciones que las de indicar el tiempo de la inflexion y que en nuestra tabla nos indica el pretérito, como que no tiene la voz *il* característica alguna y ser esta nocion una señal de pretérito en todos los modos que son susceptibles de los tres tiempos, es á saber: presente, pretérito y futuro.

Si queremos que las 84 conjugaciones pasen de pretérito á presente, no tenemos que poner en ejecucion otra diligencia que el añadir á la voz *il* la sílaba *ten*, característica de presente: formaremos en este caso la voz *il-ten*, y todas las 84 conjugaciones se hallarán en el tiempo presente. Mudemos la sílaba *ten* en *go*, y formaremos la voz *il-go*, y todas las conjugaciones pasarán á tiempo futuro. Aún hay más. Como el bascuence no tiene anomalía alguna sustituyendo á la voz *il*, matar, cualquiera otro verbo formaremos con él, y el auxiliar las 84 conjugaciones, y así si al *il* sustituimos el *jan*, comer, formaremos 84 conjugaciones en el tiempo pretérito. Si decimos *jaten* se hallarán en presente, y estarán en futuro si proferimos *jango*. Pasemos á contemplar el auxiliar.

En la primera conjugacion, esto es, en el *au* que es síncopa del *auca*, tiempo real del verbo irregular *euqui*, tener, conoceremos que las 84 conjugaciones se hallan demostradas en el modo indicativo y en tiempo real. De aquí deduciremos que con el verbo *il* forman el tiempo pretérito real: con el *il-ten* el presente igualmente real, y

con el *il-go* el futuro de la misma naturaleza. Interné nonos aún algo más.

Recorriendo las 84 conjugaciones hallaremos que la primera, esto es, la sílaba *au* es madre de todas ellas, pues la hallaremos en todas ellas; ó sin variacion alguna ó mudada por la eufonía en *o*, y tambien en *eu*; y de aquí conoceremos que quitada esta radical todas las demás letras que componen el auxiliar son características de personas agentes, pacientes ó recipientes; ya de conjugacion cortés familiar masculina ó femenina; ya letras eufónicas; ya, en fin, características que pluralizan las personas pacientes, pero conoceremos claramente que las conjugaciones no se confunden las unas con las otras.

Ya veo á los literatos deseosos de saber cuáles sean estas características y cuáles las letras eufónicas, como tambien las causas para la eufonizacion. Vamos á complacerlos y tomemos en mano la segunda tabla.

En esta hallaremos el análisis de las 16 primeras conjugaciones que las hemos querido separar de las demás, porque sin embargo de ser todas hijas de la primera, son tambien productoras respectivamente de las restantes 68, como lo hicimos ver en la primera tabla dividiendo dichas conjugaciones por las respectivas llamadas que hicimos por medio de las diferentes llaves. Vamos al intento.

Se vé que la primera conjugacion no tiene característica alguna, como que no hallamos en ella sino el auxiliar. De aquí conocemos que la persona agente es tercera de singular, y la paciente segunda masculina, y que la inflexion *il-au* equivale á la expresion castellana *aquel te ha muerto, ¡oh hombre!* En la segunda conjugacion se ven dos letras más que en la primera, esto es, la *n* y la *a*. La *n* es característica de segunda persona femenina paciente y la *a* es letra eufónica. Si la *n* se coloca despues de la radical *au*, y no ántes como lo tiene de costumbre el bascuence en todos los tiempos reales con las características de personas pacientes: el motivo es el no confundirse con la primera persona de singular paciente: por esto es que la *n* inicial es característica de primera persona paciente en el tiempo real y agente en el apostrófico; pero para que la *n* sea característica de segunda femenina ha de hallarse al fin ó en medio de diccion. *Il-aun* equivale á la expresion castellana *aquel te ha muerto ¡oh mujer!*

En la primera conjugacion dijimos que el no tener característica agente era señal de ser este tercera persona de singular, y como todas las 84 conjugaciones están formadas de la tercera persona agente de singular, ninguna lleva característica de agente.

En la tercera conjugacion hallamos por característica paciente la letra *z*, nota de segunda persona cortés, como que viene del pronombre *zu*, usted. *Il-zau* corresponde por lo mismo á la expresion castellana *aquel ha muerto á usted.*

En la cuarta conjugacion la característica paciente es la *n* y deno-

ta primera persona del singular, como que viene del pronombre *ni yo*. *Il-nau* equivale á la expresion castellana *aquel me ha muerto*.

La quinta conjugacion tiene por característica paciente la letra *d*, que siendo inicial nos dá á entender tercera persona, y es singular esta persona cuando no tiene la inflexion característica de plural paciente. *Il-dau* quiere decir *aquel lo ha muerto*.

La sexta conjugacion es *zauz* y en ella hallamos por característica paciente la misma letra *z* que en la tercera conjugacion, pero pluralizada con otra *z* final nota de este número cuando es paciente. De aquí es que *il-zauz* tanto quiere decir como aquel os ha muerto,ó aquel ha muerto á ustedes.

En la sétima conjugacion la persona paciente se halla caracterizada por la letra *g* y nos dá á entender la primera persona del plural, como que es la misma *gu*, nosotros, suprimida la *u*; de modo que *il-gau* quiere decir *aquel nos ha muerto*.

La octava conjugacion tiene por característica paciente la misma letra *d* de la quinta, pero pluralizada por la letra *z* final de quien poco ha hemos hablado, y de aquí es el que *il-dauz* quiere decir *aquel los ha muerto*.

Estas ocho conjugaciones son corteses, porque no hallamos en ellas la característica *j*, nota de conjugacion familiar, antepuesta á la radical del auxiliar. De aquí es el que hallándose esta letra antepuesta á la radical en las ocho restantes conjugaciones, estas sean familiares: las cuatro primeras femeninas por la letra final *n* nota de este género: y las otras restantes masculinas por la *k* final característica igualmente del género masculino.

En la primera de estas conjugaciones familiares, que en su órden es la novena, no hallamos característica alguna de persona agente ni paciente, porque la *j* es característica de conjugacion familiar: la *o* radical del auxiliar, esto es, la misma *au* mudada en *o* por la eufonía y la *n* característica de género; y de ahí conocemos que una tercera persona de singular es agente y otra tercera persona es paciente: de suerte que *il-jon* corresponde á la expresion castellana *aquel lo ha muerto ¡oh mujer!*

En la décima conjugacion se vé antepuesta la sílaba *na* al *jon* de la primera. La *n* como inicial es característica de primera persona del singular, como ántes lo tenemos dicho;y de aquí es que *il-najon* quiera decir *aquel me ha muerto ¡oh mujer!* La *a* de la sílaba *na* es letra eufónica introducida por ser impronunciables la *n* y la *j* seguidas en una sílaba.

En la undécima conjugacion advertimos la sílaba *za* pospuesta á la radical. La *a* es letra eufónica: la *z* de pluralidad en el paciente; de modo que *il-jozan* quiere decir *aquel los ha muerto ¡oh mujer!*

En la duodécima conjugacion tenemos la sílaba *ga* antepuesta al *jon*. La *a* es eufónica: la *g* nota de primera persona de plural pacien-

te. Conocemos por lo mismo que *il-gajon* corresponde á la inflexion castellana *aquel nos ha muerto ¡oh mujer!*

Las conjugaciones 13, 14, 15 y 16 se diferencian de las cuatro anteriores en la letra final *k*, característica del género masculino, y su análisis es el mismo que en las conjugaciones femeninas: por manera que *il-joc* quiere decir *aquel lo ha muerto ¡oh hombre! Il-nojoc, aquel me ha muerto ¡oh hombre! Il-jozac, aquel los ha muerto ¡oh hombre!* é *il-gajoc, aquel nos ha muerto ¡oh hombre!* Dejemos la tabla segunda y sustituyamos en su lugar la tercera.

Veremos en ella las 68 conjugaciones activas puras recipientes, 44 de ellas corteses, y 24 familiares: 12 femeninas y las restantes masculinas: todas ellas las hallaremos para mayor claridad é inteligencia reducidas á 16 diferentes clases, por ser provinientes de las 16 conjugaciones activas puras que acabamos de analizar: de modo que la primera clase corresponde ó proviene de la primera conjugacion activa pura: la segunda de la segunda, etc. Pasemos con estas prévias advertencias á analizar todas estas clases de conjugaciones.

Ante todas cosas adviertan los literatos que estas 68 conjugaciones se diferencian de las activas puras sus madres en que á más de las personas agentes y pacientes de estas, llevan una recipiente, esto es, una persona que hace en los conceptos la misma funcion que el dativo de los verbos latinos. De aquí es que la primera clase, esto es, las conjugaciones 17, 18, 19 y 20 por no tener características de persona que hace, ni padece así como su madre, nos hacen conocer que una tercera de singular es la que hace, y otra tercera del mismo número la que padece.

Despues de la radical *au* hallamos en estas conjugaciones la letra característica de activa recipiente que es la letra doble *ts*, que se muda en su afin *s* cuando ha de preceder á una consonante. Las letras restantes son características de personas recipientes. De aquí conocemos que en la conjugacion 17 la persona recipiente es primera de singular, pues hallamos la letra *t* que en medio ó fin de diccion es nota de esta persona: la *a* final es letra eufónica y puede tambien no llevarla.

En la conjugacion 18 la persona recipiente es tercera de singular indicada en la letra *a* final, que es nota de esta persona, pues es el mismo pronombre con que damos á entender el *aquel* de la lengua castellana. En la conjugacion 19 la persona recipiente es primera de plural indicada por el *gu*, nosotros, mudada la *g* en su afin *k* por la eufonía: y en la conjugacion 20 la tercera de plural es la que recibe, ó el dativo indicado por las dos *ee* que viene del pronombre *aeec*, aquellos.

La segunda clase, esto es, las conjugaciones 21, 22, 23 y 24 se diferencian en la sílaba final *na* que tenemos analizada en la tabla segunda.

La tercera clase tiene por característica la letra *z*, así como su madre, y nos dá entender que la persona paciente es la segunda cortés; esto es, la *zu* que equivale al *usted* de los castellanos. En todo lo demás se hallan conformes estas tres primeras clases de conjugacion. Como las segundas personas del singular, entran de pacientes en ellas: por esto es el que cada una de estas clases no conste sino de cuatro conjugaciones, porque consistiendo su diferencia en las personas recipientes, solo pueden ser tales la primera y tercera de uno y otro número.

La cuarta clase tiene seis conjugaciones: la causa es conocida. En ella la persona paciente es primera persona de singular, y por lo mismo ni esta ni la primera del plural pueden ser recipientes ó dativos. Esta primera persona paciente se halla caracterizada en la *n* inicial que acompaña á las seis conjugaciones. La *b* que reconocemos en la conjugacion 29 es eufónica: las dos *aa* caracterizan por recipiente á la segunda persona familiar, y por no tener otra característica es la masculina: en la 30 por su *n* media conocemos que la persona recipiente es la segunda femenina. En estas dos conjugaciones no hallamos la característica de verbo recipiente: sin embargo, las dos *aa* nos hacen ver que el verbo se halla en este estado.

La *tsu* que reconocemos en la conjugacion 31 es un resultado de dos características, esto es, de la *ts* nota de conjugacion recipiente, y de la *zu* señal de segunda persona cortés, igualmente recipiente que el encuentro de la *n* pierde la *z*. En la conjugacion 33 se añaden á la conjugacion 31 la letra *b* que es eufónica y las dos *ee* que pluralizan la segunda persona recipiente. Las demás conjugaciones se hallan analizadas ó mejor he nos dado razon de la significacion de sus características. Pasemos á la quinta clase.

En la quinta clase por la *d* inicial conocemos que la persona que padece es la tercera de singular. Hallamos que la radical *au* está mudada en *eu* por la eufonia. Sin embargo, algunos bascongados usan de la misma radical *au* y otros la mudan en *o* Esta clase tiene ocho conjugaciones, pues en ella pueden ser dativos ó recipientes las ocho personas del verbo, y así es que la segunda persona masculina es recipiente ó dativo en la conjugacion 35: la femenina en la 36: la cortés en la 37: la primera persona singular en la 38: la tercera singular en la 39: la segunda plural en la 40: la primera en la 41, y la tercera en la 42.

La sexta clase, esto es, las conjugaciones 43, 44, 45 y 46 añaden una *z* final á las de la clase tercera, y por ella conocemos que la segunda persona paciente indicada por la *z* inicial se halla pluralizada.

La sétima clase, esto es las conjugaciones 47, 48, 49, 50, 51 y 52 se distinguen de la clase cuarta en que su letra inicial es la *g*, por donde conocemos que la persona paciente es primera de plural.

La octava clase, esto es, las conjugaciones 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59

y 60, solo se diferencian en la *z* final de la clase quinta, y por esta letra entendemos que la *d* inicial, nota de tercera persona, se halla pluralizada.

La novena, décima, undécima y duodécima clase comprende las 12 conjugaciones familiares femeninas. Por esto llevan todas ellas la letra *j*, característica de conjugacion familiar, y la *n* final nota de que la conjugacion es femenina. Las clases trece, catorce, quince y diez y seis llevan la misma letra *j*, y comprenden igualmente conjugaciones familiares, y todas masculinas por la característica final *k*, nota de este género. Las demás características de que se componen estas conjugaciones son conocidísimas, como que de ellas hemos hablado ya en las clases anteriores.

A más de estas 84 conjugaciones que hemos analizado, tiene el bascuence varias otras inflexiones ó modos de dar á entender algunas de ellas, y muchas de sus circunstancias á quienes podemos llamar locuciones provinciales, esto es, locuciones particulares á este ó el otro pueblo. Sin embargo, no hemos querido hablar sino de aquellas conjugaciones que son más comunes, usuales y corrientes en el pais bascongado; y más arregladas á los preceptos generales de la misma naturaleza de la inflexion. En la Gramática nos extenderemos cuanto sea necesario en este particular. Pasemos á las activas mistas.

ACTIVAS MIXTAS.

Las conjugaciones activas mixtas, así como las activas sencillas, pueden ser puras y recipientes. Hablaremos de ellas separadamente.

ACTIVAS MIXTAS PURAS.

Digimos en nuestra gramática que todo idioma para ser perfecto habia de tener en cada uno de sus verbos, á más de las 84 conjugaciones activas puras y recipientes que acabamos de analizar, otras tres activas mixtas puras; una cortés y dos familiares; la una femenina y la otra masculina. Así las tiene el bascuence, y son las siguientes:

II	85	da	Aquel se ha muerto: cortés
	86	donaa	Aquel se mata: femenina
	87	duaa	Aquel se mata: masculina

Reparen los literatos la hermosura de estas conjugaciones y su filosófica formacion. No son nuestros verbos mixtos comparables con los decantados hebreos y griegos. El *Hitphael* de los primeros no

tiene aquellas caracteristicas que nos hagan formar una idea justa para su conocimiento. La letra *He*, *Than* antepuesta á las conjugaciones en *Cal*, es el distintivo de estas conjugaciones en la lengua hebrea: pero ¿qué significa esta caracteristica? y ¿cuántas anomalias no tiene? Digan sus gramáticos y pasemos al verbo medio de los griegos. ¿Qué cosa es este verbo ó esta conjugacion? Unas veces tiene significacion activa: otras significacion pasiva, y ¿puede ser esta una conjugacion mixta? No por cierto. Es una conjugacion confusa; una conjugacion indeterminada, desordenada, oscura, y por lo mismo impropia é indecorosa en un idioma.

No son asi nuestros verbos mixtos: son perfectos, son propios: son como deben ser, pues son mixtos, quiero decir, formados de una parte que es activa y otra que es pasiva. El *il* es la parte activa, como que hace las funciones de participio de pretérito activo. El *da*, *donaa* y *duaa* son auxiliares pasivos; y hé aquí la mistura de la accion y de la pasion: hé aquí una conjugacion que nos dá á entender las ideas que debemos tener en una conjugacion activa mixta, esto es, la idea de un agente que es paciente al mismo tiempo, y de un paciente que recibe la accion ejecutada por el mismo. Múdese el *il* en *ilten* ó *ilgo* y se verá mejor la analogia de nuestra conjugacion activa mixta. Pasemos á las activas mixtas recipientes.

ACTIVAS MIXTAS RECIPIENTES.

Las conjugaciones activas mixtas recipientes son 16: 8 corteses y 8 familiares: las 4 de las últimas son femeninas, y las restantes masculinas: todo ello conforme á lo que exige la naturaleza misma de verbo y son las que siguen.

CORTESES.

	88	Jac.	Aquel te se ha muerto.
	89	Jan.	Aquel te se ha muerto.
	90	Jatsu.	Aquel te se ha muerto.
il	91	Jat	Aquel se me ha muerto.
	92	Jaca.	Aquel se le ha muerto.
	93	Jatsubee.	Aquel se os ha muerto.
	94	Jacu	Aquel se nos ha muerto.
	95	Jaquee	Aquel se les ha muerto.

FEMENINAS.

	96	Jatan	Aquel se me ha muerto.
	97	Jacan	Aquel se le ha muerto.
	98	Jacun	Aquel se nos ha muerto.
	99	Jaqueen	Aquel se les ha muerto
II.	MASCULINAS.		
	100	Jatac.	Aquel se me ha muerto.
	101	Jacac	Aquel se le ha muerto.
	102	Jacuc	Aquel se nos ha muerto.
	103	Jaquec	Aquel se les ha muerto.

Estas 19 conjugaciones activas mixtas se forman de los participios activos y auxiliares pasivos como queda dicho y omitimos el formar su análisis, que tendrá lugar inmediatamente cuando hablemos de las conjugaciones pasivas.

CONJUGACIONES PASIVAS

Estas conjugaciones, así como las activas son 103: 19 pasivas puras y 84 pasivas mixtas: las iremos exhibiendo por su órden.

PASIVAS PURAS.

Tres son las conjugaciones pasivas puras: una cortés y dos familiares, de las cuales la primera es femenina y la segunda masculina. De estas tres conjugaciones vienen 16 pasivas puras recipientes, esto es, ocho de la pasiva pura cortés y á cada cuatro de la femenina y masculina pasivas puras familiares: de modo que estas 19 conjugaciones no se diferencian de las activas mixtas sino en el participio de pretérito pasivo que llevan, en lugar de que las activas se forman de los participios activos. Sin embargo, las colocaremos por su órden.

PASIVAS PURAS.

	104	Da	Aquel es muerto: cortés.
IIIa.	105	Donaa	Aquel es muerto: femenina.
	106	Duaa	Aquel es muerto: masculina.

PASIVAS RECIPIENTES.

CORTESES.

	107	Jac.	Aquel te es muerto.
	108	Jan	Aquel te es muerto.
	109	Jatsu.	Aquel te es muerto.
	110	Jat.	Aquel me es muerto.
	111	Jaca.	Aquel le es muerto.
	112	Jatsubec.	Aquel os es muerto.
	113	Jacu	Aquel nos es muerto.
	114	Jaquec	Aquel les es muerto.

FEMENINAS.

Illa.	115	Jatan	Aquel me es muerto.
	116	Jacan	Aquel le es muerto.
	117	Jacun	Aquel nos es muerto.
	118	Jaquecn.	Aquel les es muerto.

MASCULINAS.

	119	Jatac.	Aquel me es muerto.
	120	Jacac	Aquel le es muerto.
	121	Jaouc	Aquel nos es muerto.
	122	Jaquecc	Aquel les es muerto.

Habiendo analizado las 84 conjugaciones activas puras y recipientes, y habiendo hecho ver en esta operacion las diferentes características así de personas pacientes como de agentes y recipientes de conjugaciones, etc., parece que los literatos no tenian sino saber que el auxiliar pasivo de estas 19 conjugaciones era el verbo *izan*, ser. No obstante, para que nada falte á la demostracion de las 206 conjugaciones hemos determinado formar una cuarta tabla.

Por ella se vé en primer lugar que las 19 conjugaciones que nos ocupan se distinguen entre sí y de todas las demás por medio de características claras: que el participio del pretérito pasivo á que se une el auxiliar las diferencias de las activas mixtas; y que el auxiliar que es pasivo las distingue de las activas puras y recipientes y de las pasivas mixtas.

Se descubre que de la primera conjugacion cortés, que es la 104, vienen las 8 corteses; que las 4 corteses recipientes, que las cuatro femeninas deben su origen á la conjugacion 105 y las masculinas á la 106. Se ve á más que en todas estas conjugaciones no hay persona que hace, y por lo mismo sirven para cuando nuestra idea de comunicacion recae solamente en la pasion de los sujetos; pues cuando nuestra idea es el comunicar la pasion como móvil ó principal idea y la accion como idea secundaria, nos valemos de las conjugaciones pasivas mixtas. Pasemos á otra cosa.

La radical de estas conjugaciones es la letra *a* que muda en *o* y en *u* en las pasivas puras familiares: en *o* en la femenina, y en *u* en la masculina. Esta mutacion se hace por la eufonía. *Danaa*, *daaa*, son voces torpes por monótonas. *Donaa*, *duaa*, no lo son. Digamos más.

La *d* inicial de las pasivas puras es característica de tercera persona singular paciente: la *j* es nota de conjugacion recipiente pasiva. Recorramos una por una estas conjugaciones y suframos en beneficio de la claridad esta pequeña molestia.

En la conjugacion 104, como queda dicho, la *d* inicial es nota de tercera persona de singular paciente; y la radical del auxiliar pasivo es la *a*. *Illa-da* quiere decir *aquel es muerto*. Esta conjugacion es cortés porque no lleva característica alguna de conjugacion.

Las conjugaciones 105 y 106 tienen por característica de conjugaciones recipientes las dos *aa*. La 106 es masculina porque no lleva característica de género, y la *n* media hace que sea femenina la 105.

Las conjugaciones recipientes corteses, esto es, la 107, la 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114 deben su origen á la 104. La letra *j* es en ellas nota de conjugacion recipiente, y la diferencia de estas conjugaciones consiste en las ocho personas que entran de recipientes. Por la *c* final conocemos que en la conjugacion 107 la segunda masculina es la recipiente: la segunda femenina en la 108 indicada por la *n* final. En la 109 por la sílaba *tsu* sabemos que la persona recipiente es segunda persona cortés: la *d* final de la 120 denota ó es señal de primera persona de singular recipiente: la *a* final en la 111 indica tercera persona de singular, y la *k* es eufónica: las dos *ee* de la 113 denotan pluralidad y hacen que la *tsu*, característica de segunda persona, equivalga al *nosotros* de la lengua castellana: la *k* del 112 es el pronombre *gu* mudada la *g* en *k*, é indica primera persona del plural recipiente: en la 114 hallamos las dos *ee*, nota de pluralidad, y por no estar aplicadas á pronombre alguno denotan tercera persona plural; y la *k* es letra eufónica, como se ha dicho antes.

Las conjugaciones femeninas, esto es, la 115, 116, 117 y 118 no se diferencian de la 110, 111, 113 y 114 sino en la *n* final, característica de conjugacion femenina, y lo mismo sucede con la 113, 120, 121 y 122, cuya diferencia consiste en la *c* final. Con esta breve explicacion al parecer se habrán hecho cargo los literatos de la filosofía y claridad con que forma el bascuence sus conjugaciones pasivas puras y recipientes, y pasemos á las pasivas mixtas.

PASIVAS MIXTAS.

Las conjugaciones pasivas mixtas son 84: 16 pasivas mixtas puras y 68 pasivas mixtas recipientes. Se diferencian las activas mixtas de

las pasivas igualmente mixtas en que aquellas se forman de los participios activos y auxiliares pasivos, y estas de participios pasivos y auxiliares activos. Con esta prevencion es muy fácil el que los literatos formen las 84 conjugaciones pasivas mixtas por la sencillez de la operacion, que se ejecuta sustituyendo al participio *It* que formó en la primera tabla las 84 conjugaciones activas puras y recipientes, el participio pasivo *Illa*. Sin embargo, formaremos estas 84 conjugaciones: primero las pasivas mixtas puras y despues las recipientes.

PASIVAS MIXTAS PURAS.

Estas conjugaciones son 16: 8 corteses y otras tantas familiares, y de estas últimas las 4 son femeninas, masculinas las otras 4 y son las siguientes.

CORTESES.

Illa....	123	au	Tú eres muerto por aquel
	124	auna	Tú eres muerto, etc.
	125	zau	Tú eres muerto, etc.
	126	nau	Yo soy muerto, etc.
	127	dau	Aquel es muerto, etc.
	128	zauz	Vosotros sois muertos, etc.
	129	gau	Nosotros somos muertos, etc.
	130	dauz	Aquellos son muertos, etc.

FEMENINAS.

Illa....	131	jon	Aquel es muerto por aquel otro.
	132	najon	Yo soy muerto, etc.
	133	jozan	Aquellos son muertos, etc.
	134	gajon	Nosotros somos muertos, etc.

MASCULINAS.

	135	joc	Aquel es muerto por aquel otro.
	136	najoc	Yo soy muerto, etc.
	137	jozac	Aquellos son muertos, etc.
	138	gajoc	Nosotros somos muertos, etc.

De estas 16 conjugaciones pasivas mixtas puras vienen las 58 pasivas mixtas recipientes, y para que se vea á cuál de ellas debe su orígen se colocará á la frente de cada clase aquella de quien son hijas.

PASIVAS MIXTAS RECIPIENTES.

ILLA.. AU.

139	—	Austa	Tú me eres muerto por aquel otro.
140	—	Autsa	Tú le eres muerto.
141	—	Auscu.	Tú nos eres muerto.
142	—	Autsee..	Tú les eres muerto.

ILLA.. AUNA.

143	—	Austana.	Tú me eres muerto por aquel.
144	—	Austzana.	Tú le eres muerto.
145	—	Auscuna	Tú nos eres muerto.
146	—	Autzeena	Tú les eres muerto.

ILLA.. ZAU.

147	—	Zausta..	Usted me es muerto por aquel.
148	—	Zautsa..	Usted le es muerto.
149	—	Zauscu.	Usted nos es muerto.
150	—	Zautsee.	Usted les es muerto.

ILLA.. NAU.

151	—	Naubaa	Yo te soy muerto por aquel.
152	—	Naunaa	Yo te soy muerto.
153	—	Nautsu.	Yo te soy muerto.
154	—	Nautsa.	Yo le soy muerto.
155	—	Nautsubee..	Yo os soy muerto.
156	—	Nautsu	Yo les soy muerto.

Illa..

ILLA.. DAU.

157	—	Deubaa.	Aquel te es muerto por aquel.
158	—	Deunaa	Aquel te es muerto.
159	—	Deutsu.	Aquel te es muerto.
160	—	Deusta.	Aquel me es muerto.
161	—	Deutsa..	Aquel le es muerto.
162	—	Deutsubee..	Aquel os es muerto.
163	—	Deuscu	Aquel nos es muerto.
164	—	Deutsee	Aquel les es muerto.

ILLAC.. ZAUZ.

165	—	Zaustaz	Vosotros me sois muertos por aquel.
166	—	Zautsaz	Vosotros le sois muertos.
167	—	Zauscuz	Vosotros nos sois muertos.
168	—	Zautzeez	Vosotros les sois muertos.

ILLAC.. GAU.

169	—	Gaubaa	Nosotros te somos muertos por aquel
170	—	Gaunaa	Nosotros te somos muertos.
171	—	Gautsu.	Nosotros te somos muertos.
172	—	Gautsa	Nosotros le somos muertos.
173	—	Gautsubee..	Nosotros os somos muertos.
174	—	Gautsee	Nosotros les somos muertos.

ILLAC.. DAUZ.

175 — Deubaaz — Aquellos te son muertos por aquel.
176 — Deunaaz — Aquellos te son muertos.
177 — Deutsuz — Aquellos te son muertos.
178 — Deustaz — Aquellos me son muertos.
179 — Deutsaz — Aquellos le son muertos.
180 — Deutsubecz. Aquellos os son muertos.
181 — Deuscuz. — Aquellos nos son muertos.
182 — Deutscez — Aquellos les son muertos.

ILLA.. JON.

183 — Jeustan. — Aquel me es muerto por aquel.
184 — Jeutsan — Aquel le es muerto.
185 — Jeuscun — Aquel nos es muerto.
186 — Jeutseen — Aquel les es muerto.
187 — Nacutsan. — Yo le soy muerto por aquel.
188 — Najeutseen. Yo les soy muerto.

ILLAC.. JOZAN.

189 — Jeustazan — Aquellos me son muertos por aquel.
190 — Jeutsazan — Aquellos le son muertos.
191 — Jeuscuzan — Aquellos nos son muertos.
192 — Jeutseezan.. Aquellos les son muertos.

ILAC.. GAJON.

Illa.. 193 — Gajeutsan — Nosotros le somos muertos por aquel
194 — Gajeutseen. Nosotros les somos muertos.

ILLA.. JOC.

195 — Jeustac. — Aquel me es muerto por aquel
196 — Jeutsac. — Aquel le es muerto.
197 — Jeuscuc — Aquel nos es muerto.
198 — Jeutsec. — Aquel les es muerto.

ILLA.. NAJOC.

199 — Najeutsac — Yo le soy muerto por aquel.
200 — Najeutscec.. Yo les soy muerto.

ILLAC.. JOZAC.

201 — Jeustazac — Aquellos me son muertos por aquel.
202 — Jeutsazan... Aquellos te son muertos.
203 — Jeuscuzan — Aquellos nos son muertos.
204 — Jeutseczan.. Aquellos les son muertos.

ILLAC.. GOJOC.

205 — Gajeutsac. — Nosotros le somos muertos por aquel
206 — Gajeutscec.. Nosotros les somos muertos.

Hemos corroborado con la práctica de la lengua bascongada la justificada teoría de las 206 conjugaciones que ha de tener todo verbo para que dé cumplimiento á las funciones de su destino. Creemos por lo mismo haber puesto remedio á los vértigos y vahidos que causó esta inmensa multitud de conjugaciones al solo oirlas en nuestra Apología: pero dejémonos de pequeñeces y vamos á lo principal.

Nuestras 206 conjugaciones son tan armoniosas que no hallará en ellas el filósofo la más mínima confusion. Exámínelas á un golpe de vista en la tabla 5.ª y verá no solamente su diferencia mútua, sino tambien dibujadas en ellas cuantas ideas puede tener el hombre en la comunicacion de las acciones acerca de las diferentes combinaciones relacionarias que pueden verificarse en ellas; pero no está aquí todo el primor del idioma bascongado. Este bello lenguaje no solo supo hermosearse con esta multitud de conjugaciones, sino que adoptó para formarlas unas reglas tan ecónomas que nos obligaron á afirmar en la Apología que nuestras 206 conjugaciones podian ser aprendidas con mayor facilidad que cualquiera conjugacion de los demás lenguajes. Querrán, pues, los literatos, informarse prácticamente de esta verdad, y para ello hablaremos de las características de nuestras conjugaciones.

CARACTERÍSTICAS

DE LAS

doscientas y seis conjugaciones.

Las 103 conjugaciones activas se distinguen de las 103 pasivas en que las primeras llevan participios activos, y las segundas pasivos. De aquí es que los auxiliares son los mismos para las unas y para las otras inflexiones, como se hará cargo cualquiera, recorriendo la expresada tabla 5.ª Estos participios se forman del mismo verbo que se quiere inflexionar, y son tres en la activa y otras tantas en la pasiva. Las unas y las otras sirven para distinguir los tiempos en presentes, pretéritos y futuros. El infinitivo del verbo conjugable hace de participio de pretérito en la activa; añadiendo á este infinitivo la sílaba *ten* se forma el participio de presente: y sustituyendo la sílaba *go* á la *ten* se formará el participio de futuro. Hé aquí los tres participios activos en el paradigma *Il* matar.

Participios activos..	De pretérito....	Il.
	De presente....	Il-ten
	De futuro.....	Il-go.

Formados ya estos participios en el verbo *il*, no hay dificultad de ejecutar lo mismo en todos los demás, teniendo presente que la terminacion futura *go* muda su letra *g* en *k* cuando el infinitivo acaba en vocal y así es que de *icusi* viene *icusico*: de *bota botaco*: de *bete beteco*, etcétera.

Los participios de pasiva se forman aplicando la nota de apelativo al infinitivo del verbo que se quiere inflexionar, y de aquí es que en nuestro paradigma el participio pasivo es la palabra *ila* ó *illa*. Esta voz unida á los auxiliares los hace presentes y por esta razon es en nuestras conjugaciones pasivas participio presente. Pasa á ser de pretérito uniéndole el infinitivo del verbo *ser*, esto es, la voz *izan*, y añadiendo la sílaba *go* al *izan*, el participio será de futuro. Hé aquí estos participios.

Participios pasivos..	De presente	Illa.
	De pretérito	Illa-izan.
	De futuro	Illa-izan-go.

No tenemos que saber más en el verbo que ha de ser conjugado, y solo resta el que hablemos de la formacion de los 103 auxiliares que han de jugar con nuestros participios. Vamos por partes. Tomemos en mano la tabla 2.ª y hagámonos cargo de las características formadoras de las 16 conjugaciones madres. Antes tenemos dicho alguna cosa sobre estas características. Sin embargo, nos parece que en una materia de tanto interés no estará de sobra cualquiera repeticion.

Veremos por esta tabla, en primer lugar, que la primera conjugacion es la radical de todas las 16 que comprende. En ello echaremos de ménos las características de conjugacion y de personas agentes, pacientes y recipientes: y de aquí conoceremos que la conjugacion es activa pura cortés: que la persona que padece es segunda masculina y la que hace tercera de singular; y por esto es que en todas las 16 conjugaciones la persona que hace sea tercera de singular por no hallarse en ellas característica alguna que la indique.

En la segunda conjugacion reconoceremos dos *aa* que son características de persona familiar, y la *n* que precede á ellas nos hace ver que esta persona familiar es femenina, y de aquí quedamos enterados que la *n* media, esto es, que se halla en medio de diccion, es característica que hace femenina á la persona familiar, y como no tenemos en esta conjugacion otra persona que padezca, conocemos que es la segunda femenina.

En las demás conjugaciones hallamos por características pacientes las letras *z*, *n*, *d* y *g*. La *n* inicial es característica de primera persona del singular, y la *g* de primera de plural. La *z* es característica de segunda persona que será de singular, si despues de

la radical no se halla otra *z*; y será plural si la inflexion tiene esta cualidad. La *d* es característica de tercera persona, cuya singularidad ó pluralidad se conoce por las mismas características que hemos anunciado en la letra *z*. Esto nos hace ver que en la conjugacion tercera la persona paciente es segunda cortés, y en la quinta tercera singular, y que en la sexta y octava así la segunda como la tercera persona son plurales.

Las *aa* que reconocemos ántes de la letra *j* son eufónicas y sirven á la pronunciacion de la *n* y de la *g* con la *j*, que no pueden hallarse seguidas en una misma sílaba. La letra *j* es característica de conjugacion familiar en los auxiliares activos.

El auxiliar *au* radical le vemos mudado en *o* en las conjugaciones familiares. De estas las cuatro primeras son femeninas, como lo indica su última letra *n* característica de este género, y las cuatro restantes masculinas caracterizadas por la *k* final. Las demás letras que se hallan despues de la radical, esto es, las *zz* y las *aa* son características: las primeras de pluralidad: las segundas son eufónicas. Pasemos á las demás conjugaciones, esto es, á las 68 activas puras recipientes y cojamos en mano la tabla tercera, y reconozcámosla con toda escrupulosidad.

Veremos colocadas en esta tabla las 16 conjugaciones activas puras; pero esta operacion la hemos ejecutado con la idea de informar más y más á nuestros lectores del orígen que tienen de ellas las activas puras recipientes.

Observarán los literatos en esta tabla que nuestras 68 conjugaciones recipientes tienen las mismas características, las mismas letras eufónicas respectivamente que las activas puras hasta la radical del verbo auxiliar.

Verán que esta radical es la misma *au* en las que vienen de la 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª, 6.ª y 7.ª de las activas puras, y que en las demás se halla mudada en *eu*.

Despues de la radical hallaremos la letra característica de conjugacion recipiente que es la *ts*. Esta letra se muda en su afin *s* cuando antecede á una consonante, lo que nos ha obligado á multiplicar ambas letras en nuestra tabla por la interpolacion con que vienen en el órden de las conjugaciones. Se reparará que en la primera y segunda conjugacion de las que vienen de la 4.ª, 5.ª, 7.ª y 8.ª de las activas puras no se registra esta característica; pero por esto no hay confusion en estas inflexiones, como se ha hecho ver anteriormente.

A esta característica sigue la letra *b* en la primera conjugacion de las que vienen de la 4.ª, 5.ª, 7.ª y 8.ª activas puras. Esta letra es dialéctica usada por los vizcainos, siempre que á una voz acabada en *n* ha de seguírsele otra que empieza con vocal; y como la voz que ante-

cede á dicha *b* es la radical del auxiliar que acaba en *u*, y la que sigue empieza con vocal, hé aquí la causa de la interposicion de la dicha *b*.

Despues hallaremos en la tabla las características de personas recipientes ó de aquellas que en nuestros conceptos hacen las funciones correspondientes al *dativo* latino. La primera de estas características es la letra *t*, indicativa de primera persona de singular, de donde conocemos que en la primera conjugacion recipiente de las que vienen de la 1.ª, 2.ª y 3.ª de las activas puras, la primera persona de singular es dativo ó recipiente: la segunda letra es la *a*, y como característica de tercera persona de singular nos hace conocer que esta es la recipiente de las segundas conjugaciones de las tres clases referidas. La tercera característica es la sílaba *eu*, mudada la *g* de la *gu* en *h* por anteponérsele una consonante, y siendo la *gu* característica de segunda persona de plural, de aquí es que esta es la recipiente ó dativo de la tercera conjugacion en las ya referidas tre clases. La cuarta característica son las dos *ee*, que por sí solas denotan tercera persona plural, y esta es recipiente en la cuarta conjugacion de nuestras tres clases. Pasemos á la 4.ª clase, esto es, á las que vienen de la 4.ª conjugacion de las activas puras.

Hallamos por característica recipiente en la primera conjugacion dos *aa* indicativas de segunda persona masculina, y conocemos que esta es la recipiente. En la segunda tenemos una *n* de más y como media en la inflexion es característica de segunda femenina, y esta es la recipiente en la segunda conjugacion. La tercera característica es la sílaba *zu*, que pierde la *z* por el encuentro con la letra *ts*, característica de conjugacion recipiente. La *zu* equivale al *Vd.* de la lengua castellana, esto es, la segunda persona cortés, que es la recipiente en la tercera conjugacion. De la 4.ª característica que es la *a*, hemos hablado ya. En la quinta característica hallamos la letra *u*, nota de segunda persona, pluralizada por las dos *ee*; y de aquí conocemos que la segunda persona plural es recipiente en la quinta conjugacion. La *b* que media entre la *u* y las dos *ee* es dialéctica, y hemos hablado ya de esta letra. La 6.ª característica son dos *ee*. Véase el capítulo antecedente. Vamos á la 5.ª clase.

No tenemos en ella característica alguna que nos sea desconocida. De la 1.ª, 2.ª, 3.ª y 6.ª hemos hablado en el capítulo precedente, y de la 4.ª, 5.ª, 7.ª y 8.ª en el anterior.

Las características de la 6.ª clase son las mismas de que hemos hablado en el primer capítulo de la materia que nos ocupa: en una palabra, todas las demás características de personas recipientes que siguen hasta la conclusion de las conjugaciones se hallan ya esplicadas y solo tenemos que advertir que las seis características de personas recipientes que se hallan colocadas en las ocho clases de

conjugaciones familiares han de repartirse por su órden á las 24 conjugaciones, esto es, la primera á la 1.ª, 7.ª, 13.ª y 19.ª La segunda á la 8.ª, 14.ª y 18.ª, y así sucesivamente.

A las características de personas recipientes sigue la letra *a* en la primera conjugacion de la 1.ª, 2.ª, 3.ª, 6.ª, 11.ª y 15.ª clase, y en la 4.ª de la 5.ª y 8.ª clase y esta letra es eufónica.

Despues de esta letra hallaremos la *s* en la 6.ª, 8.ª, 11.ª y 15.ª clase, y esta letra es característica de plural paciente: de modo que la *s* inicial, característica de segunda persona paciente, queda pluralizada por dicha *s* en la clase 3.ª: lo mismo sucede con la *d*, característica de tercera persona, en la clase 8.ª En la 11.ª y 15.ª nos hace ver que su persona paciente es tercera de plural, pues sin ella es la de singular en la clase 9.ª y 13.ª Despues de esta característica daremos con una *s* en la clase 9.ª, 11.ª, 13.ª y 15.ª que es eufónica.

En la 2.ª clase despues de las recipientes, esto es, á la conclusion de las 4 conjugaciones, hallamos la característica *naa*, nota de segunda persona femenina paciente.

En las conjugaciones familiares las 12 primeras acaban en *n* y conocemos que son femeninas; y las 12 restantes en *c* y sabemos que son masculinas, por ser estas dos letras respectivamente características de estos géneros.

Estas reglas sin anomalía alguna habrán dado á los literatos una justa idea de la facilidad con que pueden formarse en cada uno de los verbos bascongados las 84 conjugaciones activas puras y recipientes. Sin embargo, para mayor claridad les suplicamos que tomando en mano la primera tabla vuelvan á ensayarse aún otra vez en esta fácil formacion, y no dudamos que conocerán la economía, propiedad y eufonía con que se manejó nuestro idioma en la formacion de sus 168 conjugaciones, esto es, en las 16 activas puras, 68 activas puras recipientes, en las 16 pasivas mixtas puras, en las 68 pasivas mixtas recipientes, que componen el expresado número de 168 conjugaciones.

De estas hasta las 206 solo restan 38 conjugaciones, es á saber, 19 activas mixtas y otras tantas pasivas puras y recipientes. La diferencia que hay entre las pasivas puras recipientes y las activas mixtas consiste en que las primeras se forman de los participios pasivos y las segundas de los activos: de modo que las primeras como pasivas puras y recipientes se forman de participio y auxiliar pasivos y las segundas del auxiliar pasivo y participios activos: por manera que no tenemos que informarnos sino en el auxiliar pasivo, esto es, en las 19 conjugaciones pasivas puras recipientes para quedar instruidos de las 38 que nos restan. Hagamos un pequeño ensayo y para ello tomemos en mano la tabla 4.ª

En ella hallaremos 19 conjugaciones; 3 de ellas pasivas puras y 16 pasivas puras recipientes: por hallarse unido el auxiliar con el parti-

cipio pasivo *illa* muerto que es de presente. Sustituido en lugar de este participio pasivo cualquiera de los tres activos, es á saber, el *il* de pretérito: el *ilten* de presente: y el *ilgo* de futuro, las 19 conjugaciones pasivas puras recipientes pasarán á ser activas mixtas. Pasemos á reconocer el auxiliar.

Veremos en primer lugar que este en las conjugaciones 104, 105, 106, forma con el participio tres conjugaciones madres y que de ellas vienen las 16 restantes: que la 104 que es cortés pasiva pura produce 8 recipientes: que la 105 femenina pasiva pura es madre de 4 recipientes, y de otras tantas la 106 masculina.

La *d* que reconocemos en las tres conjugaciones madres nos hace ver que la tercera persona singular es paciente: la *a* es la radical del auxiliar que se muda en la letra *o* y *u* en las conjugaciones 105 y 106 por la eufonía.

La *j* en las conjugaciones recipientes es característica suya: esto es, nos dá á entender en las conjugaciones pasivas que estas son recipientes. La *a* que sigue á la letra *j* es radical, como queda dicho. La letra *k* que sigue es eufónica.

Despues de esta letra hallamos las características de personas recipientes, que las tenemos ya esplicadas en la tabla 4.ª

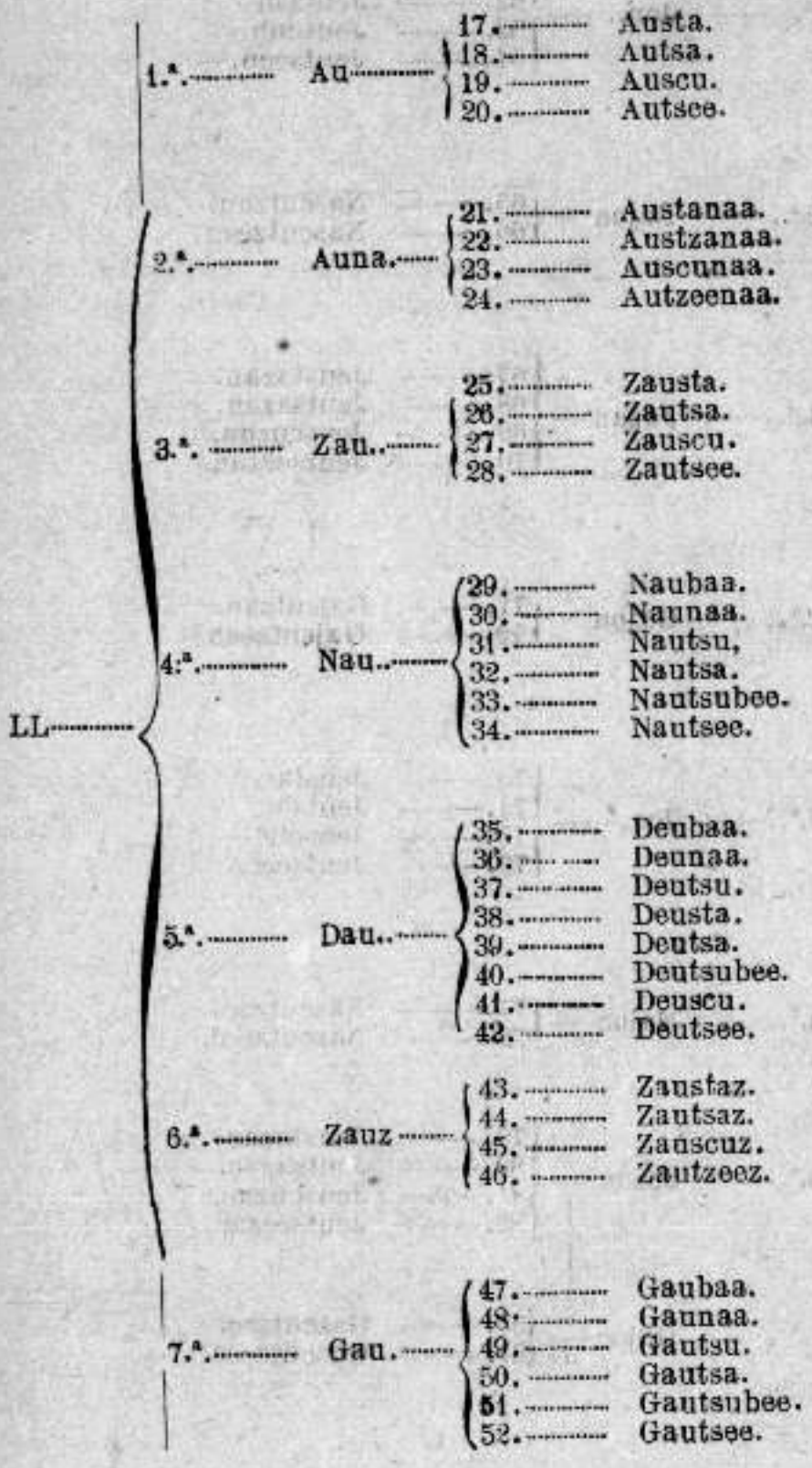
La diferencia que hay entre las recipientes corteses y familiares consiste en que las corteses despues de la persona recipiente no tienen característica alguna; y las familiares á más de ella tienen las 4 primeras la *n* final que las hace femeninas, y las restantes la *k* característica masculina en fin de diccion.

Se observará que las conjugaciones corteses 107 y 108 acaban con las letras *k* y *n* respectivamente; pero no por esto se confunden con las familiares. Estas dos letras son características de género masculino ó femenino respectivamente, pero en las corteses son notas de personas recipientes por no haber otra característica que ejerza estas funciones: mas al contrario en las familiares distinguen las conjugaciones masculinas y femeninas por que sobrevienen á características de personas que son dativos ó recipientes. *Illajac* é *Illajan* equivalen á las espresiones castellanas *aquel te es muerto ¡oh hombre! aquel te es muerto ¡oh muger!* En estas espresiones se conoce que la persona masculina recibe ó es dativo en la primera, y la femenina en la segunda; y conocemos que corresponden á las conjugaciones corteses: pero si decimos *Illa-jatac, Illa-jatan: aquel me es muerto ¡oh hombre! ¡oh muger!* la persona recipiente es la primera de singular indicada por la letra *t*; y conocemos que la *c* y *n* son características de conjugacion: la primera que sirve para masculino y la segunda para femenina, pues la *a* que media entre la *t*, *c* y *n* es eufónica.

Hemos dado al parecer una idea suficiente de la facilidad con que podemos enterarnos en nuestras 206 conjugaciones. Es verdad que

no habremos disuelto varios reparos y anotaciones, todas filosóficas, que hay que hacer en el juego de tiempos reales y apostróficos, y los números y personas de ellos: pero como esta materia corresponde á la gramática, la hemos reservado para esta obra, contentándonos por ahora con hacer presente á los literatos aquellas cosas que son más obvias y necesarias para enterarles de la distincion y legitimidad de las 206 conjugaciones, objeto principal que ha debido ocuparnos.

TABLA 1.ª


LL
1.ª Au
17. Austa.
18. Autsa.
19. Auscu.
20. Autsee.
2.ª Auna
21. Austanaa.
22. Austzanaa.
23. Auscunaa.
24. Autzeenaa.
3.ª Zau
25. Zausta.
26. Zautsa.
27. Zauscu.
28. Zautsee.
4.ª Nau
29. Naubaa.
30. Naunaa.
31. Nautsu,
32. Nautsa.
33. Nautsubee.
34. Nautsee.
5.ª Dau
35. Deubaa.
36. Deunaa.
37. Deutsu.
38. Deusta.
39. Deutsa.
40. Deutsubee.
41. Deuscu.
42. Deutsee.
6.ª Zauz
43. Zaustaz.
44. Zautsaz.
45. Zauscuz.
46. Zautzeez.
7.ª Gau
47. Gaubaa.
48. Gaunaa.
49. Gautsu.
50. Gautsa.
51. Gautsubee.
52. Gautsee.

LL

8.ª Dauz
- 53. Deubaaz.
- 54. Deunaaz.
- 55. Deutsuz.
- 56. Deustaz.
- 57. Deutsaz.
- 58. Deutsubeez.
- 59. Deuscuz.
- 60. Deutseez.

9.ª Jon..
- 61. Jeustan.
- 62. Jeutzan.
- 63. Jeuscun.
- 64. Jeutseen.

10.ª.. Najon
- 65. Nascutzan.
- 66. Nascutzeen.

11.ª.. Jozan
- 67. Jeustazan.
- 68. Jeutsazan.
- 69. Jeuscuzan.
- 70. Jeutseezan.

12.ª.. Gajon
- 71. Gajeutzan.
- 72. Gajeutzeen.

13.ª.. Joc.
- 73. Jeustac.
- 74. Jeutsac.
- 75. Jeuscuc.
- 76. Jeutseec.

14.ª.. Najoc
- 77. Nascutzac.
- 78. Nascutzeec.

15.ª.. Jozac
- 79. Jeustazac.
- 80. Jeutsazac.
- 81. Jeuscuzac.
- 82. Jeutseezac.

16.ª.. Gajoc
- 83. Gascutzac.
- 84. Gascutzeec.

TABLA 2.ª

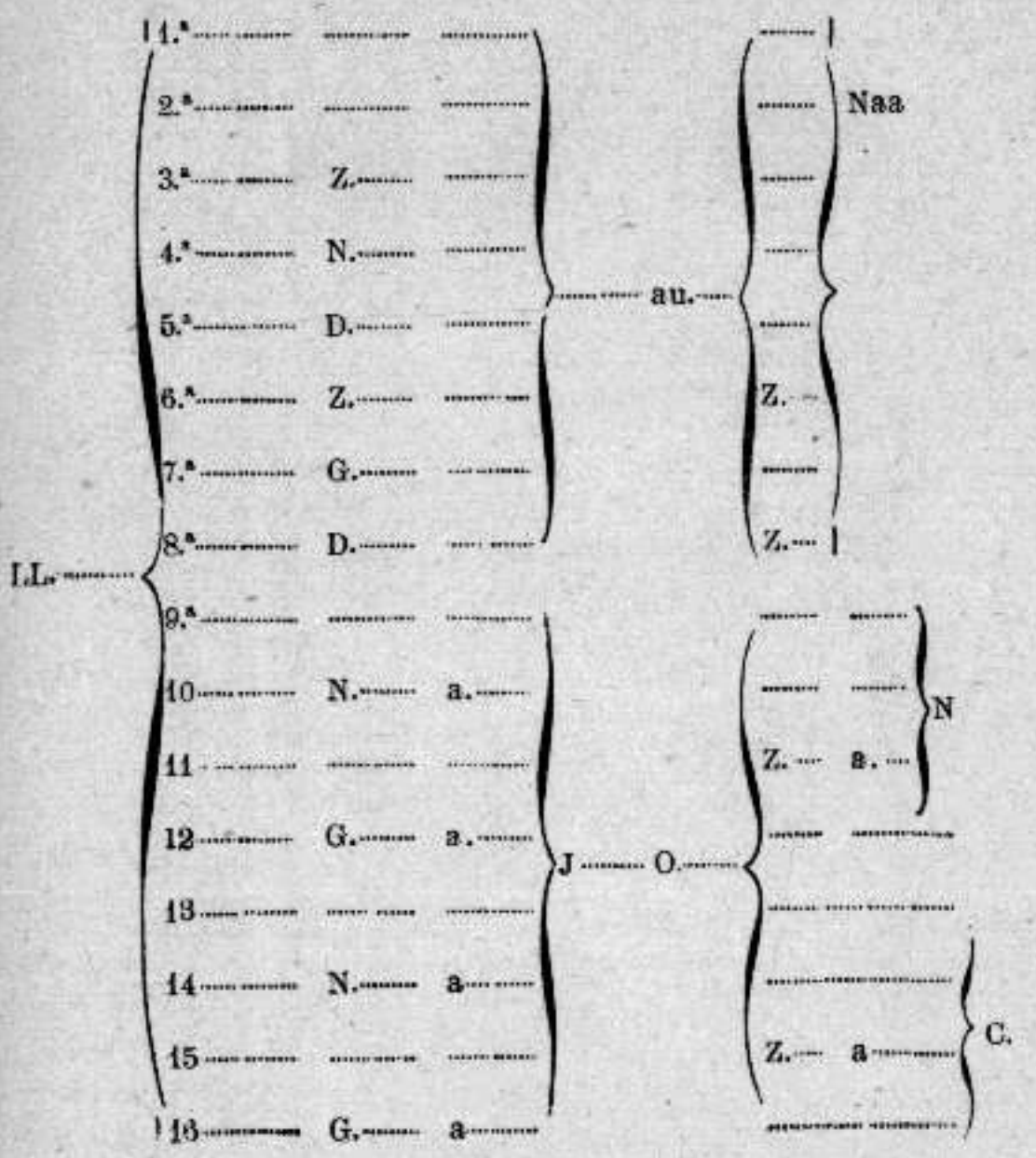

1.ª
2.ª
3.ª Z.
4.ª N.
5.ª D.
au.
Naa
6.ª Z.
Z.
7.ª G.
8.ª D.
Z.
I.L.
9.ª
10 N. a.
11
12 G. a.
J O.
N
Z. a.
13
14 N. a
15
Z. a
C.
16 G. a

TABLA 3.ª

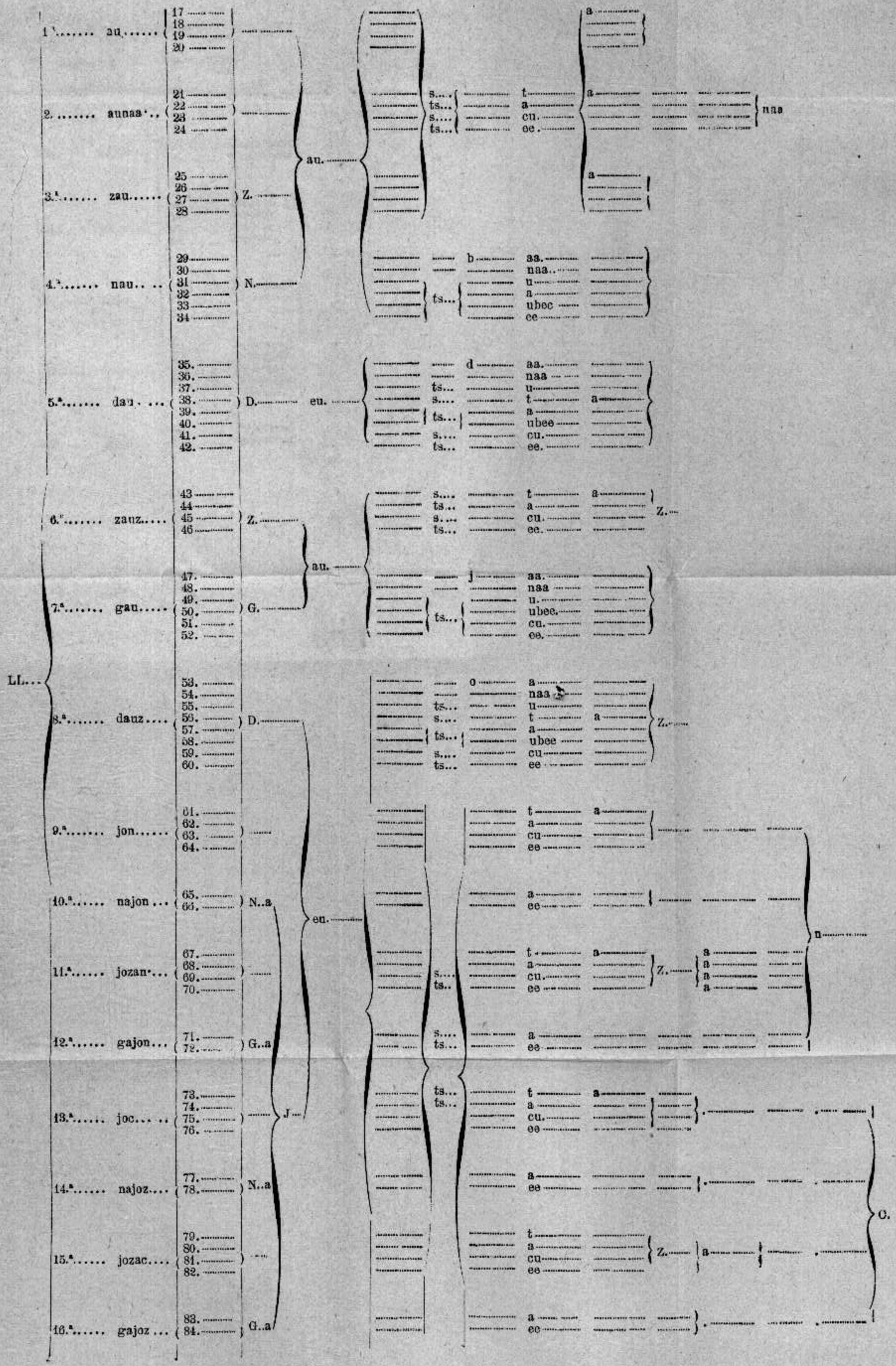

LL...
1.ª ..... au.....
2. ..... aunaa'..
3.ª ..... zau.....
4.ª ..... nau.. ..
5.ª ..... dau. ...
6.ª ..... zauz.....
7.ª ..... gau.....
8.ª ..... dauz....
9.ª ..... jon.....
10.ª ..... najon ...
11.ª ..... jozan'...
12.ª ..... gajon...
13.ª ..... joc... ..
14.ª ..... najoz....
15.ª ..... jozac....
16.ª ..... gajoz ...
17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31 32 33 34 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42. 43 44 45 46 47. 48. 49. 50. 51. 52. 53. 54. 55. 56. 57. 58. 59. 60. 61. 62. 63. 64. 65. 66. 67. 68. 69. 70. 71. 72. 73. 74. 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. 82. 83. 84.
Z. D. N. G. N..a G..a J...
au. eu.
s.... ts... s.... ts... t a cu. ee. nna
b aa. naa.. u a ubec ee
d aa. naa u t a ubee cu. ee.
j aa. naa u. ubee. cu. ee.
o a naa u t a ubee cu ee
Z.
C.

TABLA 4.ª

CONJUGACIONES.

ACTIVAS

			PURAS	RECIPIENTES.
LL...	1.ª.....	au	17	Austa.
			18.....	Autsa.
			19.....	Auscu.
			20.....	Autsee.
	2.ª.....	aunaa...	21.....	Austanaa.
			22.....	Autzanaa.
			23.....	Auscunaa.
			24.....	Autzeenaa.
	3.ª.....	zau	25.....	Zausta.
			26.....	Zautsa.
			27.....	Zauscu.
			28.....	Zautzee.
	4.ª.....	nau.....	29.....	Naubaa.
			30.....	Naunaa.
			31.....	Nautsu.
			32	Nautza.
			33.....	Nautzubee.
			34.....	Nautzee
	5.ª.....	dau	35.....	Deubaa.
			36.....	Deunaa.
			37.....	Deutzu.
			38.....	Deusta.
			39.....	Deutza.
			40.....	Deutzubee.
			41.....	Deuscu.
			42.....	Deutzee.
	6.ª.....	zauz	43.....	Zaustaz.
			44.....	Zautzaz.
			45.....	Zauscuz.
			46.....	Zautzeez.
	7.ª.....	gau.....	47.....	Gaubaa.
			48.....	Gaunaa.
			49.....	Gautsu.
			50.....	Gautza.
			51.....	Gautzubee.
			52.....	Gautzee.
LL...	8.ª.....	dauz ...	53.....	Deubaaz.
			54.....	Deunaaz.
			55	Deutsuz.
			56.....	Deustaz.
			57.....	Deutzaz.
			58.....	Deutzubeez.
			59.....	Deuscuz.
			60.....	Deutzeez.
	9.ª.....	jon.....	61.....	Jeustan.
			62.....	Jeutzan.
			63.....	Jeuscun.
			64.....	Jeutseen.
	10.ª.....	najon ...	65.....	Najeutzan.
			66.....	Najeutzeen.
	11.ª.....	jozan....	67.....	Jeustazan.
			68.....	Jeutzazan.
			69.....	Jeuscuzan.
			70.....	Jeutzeezan.
	12.ª.....	gajon...	71.....	Gajeutzan.
			72.....	Gajeutzeen.
	13.ª.....	joc.....	73	Jeustac.
			74.....	Jeutzac.
			75.....	Jeuscuc.
			76.....	Jeutzeec.
	14.ª.....	najoc ...	77.....	Najeutzac.
			78.....	Najeutzeec.
	15.ª.....	jozac....	79.....	Jeustazac.
			80.....	Jeutsazac.
			81	Jeuscuzac.
			82.....	Jeutzeezac.
	16.ª.....	gajoc...	83.....	Gajeutzac.
			84.....	Gajeutzeec.

ACTIVAS MIXTAS.

			PURAS.	RECIPIENTES.
LL—	85....	Da.....	88....	Jac.
			89....	Jan.
			90....	Jatzu.
			91....	Jat.
			92....	Jaca.
			93....	Jatzubee
			94....	Jacu.
			95....	Jaquee.
	86....	Donaa	96....	Jatan
			97....	Jacan.
			98....	Jacun.
			99....	Jaqueen.
	87....	Duaa.	100...	Jatac.
			101...	Jacac.
			102...	Jacuc.
			103...	Jaqueec.

PASIVAS.

			PURAS.	RECIPIENTES.
LLA..	104...	Da...	107...	Jac.
			108...	Jan.
			109...	Jatzu
			110...	Jat.
			111. .	Jaca.
			112...	Jatzubee
			113..	Jacu.
			114...	Jaquee.
	105...	Donaa	115...	Jatan.
			116...	Jucan.
			117...	Jacun.
			118..	Jaqueen.
	106...	Duaa.	119...	Jatac.
			120...	Jacac.
			121...	Jacuc.
			122...	Jaqueec.

PASIVAS MIXTAS

			PURAS	RECIPIENTES.
LLA..	123.....	au	139.....	Austa.
			140.....	Autza.
			141.....	Auscu.
			142.....	Autzee.
	124.....	aunaa...	143.....	Austanaa.
			144.....	Autzanaa.
			145.....	Auscunaa.
			146.....	Autzeenaa.
	125.....	zau	147.....	Zausta.
			148.....	Zautsa.
			149.....	Zauscu.
			150.....	Zautzee.
	126.....	nau.....	151.....	Naubaa.
			152.....	Naunaa.
			153.....	Nautsu.
			154.....	Nautza.
			155.....	Nautzubee.
			156.....	Nautzee.
	127.....	dau	157.....	Deubaa.
			158.....	Deunaa.
			159.....	Deutza.
			160.....	Deusta.
			161.....	Deutza.
			162.....	Deutzubee.
			163.....	Deuscu.
			164.....	Deutzee.
	128.....	zauz	165.....	Zaustaz.
			166.....	Zautzaz.
			167.....	Zauscuz.
			168.....	Zautzeez.
	129.....	gau.....	169.....	Gaubaa.
			170.....	Gaunaa.
			171.....	Gautsu.
			172.....	Gautza.
			173.....	Gautzubee.
			174.....	Gautzee.
	130.....	dauz....	175.....	Deubaaz.
			176.....	Deunaaz.
			177.....	Deutsuz.
			178	Deustaz.
			179.....	Deutzaz.
			180.....	Deutzbeez.
			181.....	Deuscuz.
			182.....	Deutzeez.
	131.....	jon.....	183.....	Jeustan.
			184.....	Jeutzan.
			185.....	Jeuscun.
			186.....	Jeutzeen.
	132.....	najon ...	187.....	Najeutzan.
			188.....	Najeutzeen.
	133.....	jozan....	189.....	Jeustazan.
			190.....	Jeutzazan.
			191.....	Jeuscuzan.
			192.....	Jeutzeezan.
	134.....	gajon ...	193.....	Gajeutzan.
			194.....	Gajeutzeen.
	135.....	joc.....	195.....	Jeustac.
			196.....	Jeutzac.
			197.....	Jeuscuc.
			198	Jeutzee.
	136.....	najoc ...	199.....	Najeutzac.
			200.....	Najeutzeec.
	137.....	jozac....	201.....	Jeustazac.
			202.....	Jeutzazac.
			203.....	Jeuscuzac.
			204.....	Jeutzeezac.
	138.....	gajoc...	205.....	Gajeutzac.
			206.....	Gajeutzeec.

VERBOS IRREGULARES.

Todo idioma para ser perfecto ha de tener verbos irregulares: pero no es libre para irregularizar todo verbo. La naturaleza de los idiomas tiene ciertas reglas que nos dan á entender que tales ó tales verbos han de ser irregulares y no otro alguno. Como los verbos en sus inflexiones han de ser compuestos en un lenguaje perfecto, son necesarios los auxiliares, esto es, ciertos verbos que ayuden á los demás en el juego de su conjugacion: y de aquí han de ser irregulares aquellas acciones destinadas por naturaleza al logro de otra accion cualquiera que ella sea, por ejemplo, es necesario existir para obrar, y hé aquí la indispensabilidad de que el verbo *existir* sea irregular. Sin saber no puede hacerse la cosa, y de aquí es que el verbo *saber* es irregular: el venir es una accion necesaria para obrar aquí, esto es, donde yo estoy; y el venir ha de ser verbo irregular: el ir ha de verificarse para que yo accione ahí donde tú estás, ó allí donde está aquel otro, y el ir es un auxiliador, y ha de ser verbo irregular etc. como todo se ha hecho ver en nuestra gramática con la debida estension.

Pero ¿hay algun idioma que sea puntual en la observancia de estos preceptos que dicta la naturaleza del lenguaje? Recorran enhorabuena los señores literatos cuantos idiomas se presenten á sus conocimientos: harto será que puedan exhibirnos uno solo que sea arreglado en este particular. Hallarán los griegos, los hebreos, los celtas, en una palabra, todo los lenguajes un sinnúmero de verbos irregulares, pero todos ellos ¿debian acaso serlo? No injuriaré la literatura con hacerla ver el desórden de estos irregulares: no la exhibiré un largo catálogo de acciones irregularizadas en sus inflexiones, sin embargo de no haberlas condecorado la naturaleza con las funciones de auxiliadoras de otras acciones. Bien saben los literatos que todos los idiomas se hallan demasiadamente recargados de estos verbos irregulares defectuosamente. Yo, á lo ménos, no tengo noticia de lengua alguna que no sea imperfecta en este particular, si se exceptúa la bascongada.

Este admirable idioma no tiene verbo alguno irregular cuya accion no esté destinada por naturaleza á ser auxiliadora de otra accion. El *saber*, *ir*, *venir*, *estar*, *existir*, *andar*, *traer*, *llevar*, *ver*, *oir*, *tener*, *haber*, *seguir* y otras acciones de esta naturaleza son irregulares en la lengua bascongada, porque son precisas y necesarias estas acciones para el logro de otras. Por esta razon en nuestro idioma todos estos verbos tienen una inflexion simple. Hé aquí algunos ejemplos en la tercera persona de singular del presente real del indicativo con su traduccion castellana

IRREGULARES ACTIVOS.

Cortés.	Daqui	Aquel lo sabe ¡oh señor.
Femenina	Jaquin..	Aquel lo sabe ¡oh mujer!
Masculina	Jaquic.	Aquel lo sabe ¡oh hombr:
Cortés.	Darua	Aquel lo lleva.
Femenina	Jaruan	
Masculina	Jaruac	
Cortés.	Dauca	Aquel lo tiene
Femenina	Jaucan.	
Masculina	Jaucac.	
Cortés.	Danzu.	Aquel lo oye.
Femenina	Janzun.	
Masculina	Janzuc.	
Cortés.	Daique.	Aquel lo puede hacer.
Femenina	Jaiquen	
Masculina	Jaiquec	
Cortés.	Dacar	Aquel lo trae.
Femenina	Jacan	
Masculina	Jacac	

IRREGULARES MIXTOS.

Cortés.	Dua	Aquel se vá.
Femenina	Juan	
Masculina	Juac	
Cortés.	Datza	Aquel se recuesta ó está recos- tado.
Femenina	Jatzan..	
Masculina	Jatzac..	
Cortés.	Dautza	Aquel se agarra ó está agarra lo.
Femenina	Jautzan	
Masculina	Jautzac	
Cortés.	Dago.	Aquel se está.
Femenina	Jagon..	
Masculina	Jagoc	
Cortés.	Dator	Aquel se viene.
Femenina	Jaaton	
Masculina	Jaatoc	
Cortés.	Dinardu	Aquel se está ejercitando ó con- tinuando una accion.
Femenina	Jinardun	
Masculina	Jinarduc	

Estos verbos no pueden tener sino dos tiempos: la razon es clara. Destinados por naturaleza á ser auxiliares de otros verbos, todo su ministerio en ellos se reduce á distinguir los presentes, pretéritos y futuros en reales y apostróficos. El verbo inflexionado por medio de sus participios activos y pasivos nos dá á entender los tiempos, esto es, el presente, pretérito y futuro como lo hemos hecho ver poco hace: de aquí es que el auxiliar en nuestro idioma hace que estos tiempos sean reales ó apostróficos; de modo que no tiene necesidad sino de dos inflexiones para cumplir con este ministerio. El verbo irregular *etorri*, venir, por ejemplo, no tiene sino dos tiempos: uno real, otro apostrófico. *Ni nator* es real, y quiere decir *yo vengo*. *Ni nendorren* es apostrófico, y quiere decir *yo venia*. *Ac daquí* es tiempo real, y quiere decir *aquel sabe*: *ac equijan* es apostrófico, y quiere decir *aquel sabia*. Aplicados estos dos tiempos de los irregulares ó auxiliares á los participios de los verbos conjugables forman todos los tiempos. Con el participio de presente forman los dos presentes, el uno real, el otro apostrófico. Con el de pretérito otros dos é igual número con el de futuro: por manera que un verbo auxiliar para llenar su funcion no necesita sino dos tiempos; uno real y otro apostrófico.

Hagamos perceptible esta instruccion por un ejemplo, y formemos los seis tiempos de que es susceptible todo verbo, esto es, los dos presentes, el real y el apostrófico: los dos pretéritos y los dos futuros. Valiéndonos del mismo paradigma *il*, matar, en que hemos demostrado las 206 conjugaciones.

PRETÉRITO.

Real	Il-dot	Yo lo he muerto.
Apostrófico.	Il-neban	Yo lo habia muerto.

PRESENTE.

Real	Ilten-dot	Yo lo mato.
Apostrófico.	Ilten-neban	Yo lo habia muerto.

FUTURO.

Real	Ilgo-dot	Yo lo mataré.
Apostrófico.	Ilgo-neban.	Yo lo habria muerto.

Hé aquí los seis tiempos formalizados por los auxiliares *dot* y *neban* y patentizado que el auxiliar no necesita sino de dos tiempos, esto es, del real y apostrófico para dar cumplimiento á las funciones de su destino y que no siendo los verbos irregulares otra cosa que unos verdaderos auxiliares, no deben tener como tales sino dos solos tiempos.

Así lo ejecuta el bascuence. Sus irregulares tienen dos tiempos; uno real, otro apostrófico. Hagámoslos ver en el verbo irregular *jaquin*, saber, y servirá de ejemplo para todos los demás.

TIEMPO REAL.

Singular.	Daquit..	Yo lo sé.
	Daquin.	Tú lo sabes: femenina.
	Daquic.	Tú lo sabes: masculina.
	Daquizu	Tú lo sabes: cortés.
	Daqui..	Aquel lo sabe.
Plural..	Daquigu..	Nosotros lo sabemos.
	Daquizubee.	Vosotros lo sabeis.
	Daquijee	Aquellos lo saben.

Hé aquí el primer tiempo del verbo *jaquin*, saber, jugado por las ocho personas y que es un tiempo real; esto es, una accion que se verifica en el mismo tiempo en que se profiere.

TIEMPO APOSTRÓFICO.

Singular.	Nequijan	Yo lo sabia.
	Equijan	Tú lo sabias: femenina.
	Equijanaan	Tú lo sabias: masculina.
	Zenquijan	Tú lo sabias: cortés.
	Eguijan	Aquel lo sabia.
Plural	Guenquijan	Nosotros lo sabiamos.
	Zenquijeen.	Vosotros lo sabiais.
	Equijeen..	Aquellos lo sabian.

Este tiempo es apostrófico porque solo podemos usar de él removiéndonos de la época en que nos hallamos á otra que es pasada ya. No por esto se ha de creer que los verbos irregulares deban carecer de los demás tiempos. Dotados por la naturaleza con las funciones de auxiliadoras, son unos verbos privilegiados, y por lo mismo, superiores en excelencia á aquellos de quienes son auxiliadores: en una palabra, son verbos y todos ellos á más de la inflexion irregular deben tener la que es comun á los demás verbos, pero ¿hay algun idioma que tenga en ellos estas inflexiones regulares ó comunes? No por cierto. La irregularidad en cuantos idiomas conozco es una notoria imperfeccion: un desvio antojadizo de las inflexiones comunes, y no hay que justificarlo por su notoriedad, pero no es así en el bascuence

Este idioma inflexiona sus verbos irregulares del mismo modo que los comunes. Si son activos estos irregulares como el *euqui* tener: *eruan*, llevar: *enzun*, oir: *icusi*, ver: *jaquin*, saber, etc., forma con ellos 206 conjugaciones con todos sus tiempos, modos y personas. Vuelvan los sábios á tomar en mano la tabla 5.ª Sustituyan en las activas en lugar de la voz *il*, matar, el verbo irregular *Icusi*, ver, ú otro cualquiera de los irregulares y resultarán 103 conjugaciones activas puras, y activas mixtas, y sus recipientes en el pretérito real de indicativo y su tercera persona de singular. Muden el *Icusi* en *Icusiten* ó *Icusten*, y la demostracion pasará al tiempo presente, y si se valen de *Icusico* la demostracion pasará á ser futuro.

Formen en el verbo *Icusi* los participios pasivos por las reglas ya dadas: apliquen estos participios á los mismos auxiliares y formarán las 103 conjugaciones restantes, esto es, las conjugaciones pasivas.

Si el verbo irregular fuese mixto como es el *etorri*, venir, *juan*, ir, etc., solo podrán formarse 19 conjugaciones en la activa y otras tantas en la pasiva, que son las pasivas mixtas recipientes, por exigirlo así la naturaleza de estos verbos, como que no puedo venir sin que haga y padezca al mismo tiempo. *Yo he de venir*: Yo he de ser el venido; lo mismo sucede en el *ir*. *Yo he de ir*: yo he de ser el ido, etc.

Ahora pues ¿podrán presentarnos los literatos un idioma más perfecto que el bascuence en su verbo? ¿Tendrán por sueño, por delirio, el número de las 206 conjugaciones: los 11 modos: las 8 personas: los tratamientos corteses y familiares: las conjugaciones femeninas y masculinas; y demás excelencias que anunciamos en nuestra Apología? Hemos justificado en la Gramática del idioma primitivo la necesidad de estas perfecciones: hemos corroborado esta teoría con la práctica del bascuence: y parece que no puede exigirse más de mi sistema en esta parte. Pasemos al reconocimiento de los participios.

RECONOCIMIENTO DE LOS PARTICIPIOS.

Para que un participio sea perfecto ha de representarnos las mismas ideas que en la inflexion del verbo á que corresponde: y por lo mismo ha de haber participios activos y pasivos: los activos han de dividirse en activos puros y activos recipientes, activos mixtos y activos mixtos recipientes: y todos estos participios unos han de ser corteses ó familiares y los familiares masculinos ó femeninos. No basta esto. Es necesario á más que haya participios propios para cada uno de los modos, cada uno de los tiempos, y cada una de las personas, exceptuando el modo imperativo ó penitudinario. De aquí resulta que tantos han de ser los participios cuantas son las personas del verbo en las 206 conjugaciones.

Por estas razones dijimos en nuestra Apología que cada uno de los verbos habia de tener 30.952 participios. Esta proposicion se recibió por los literatos con una novedad extraordinaria: hubo algunos que la censuraron como delirio y sueño. Sin embargo, hicimos ver en la gramática del idioma primitivo la necesidad de este número de participios para la claridad de las ideas que el hombre queria comunicar en ellas, y solo resta el que confirmemos las pruebas dadas en dicha gramática con la práctica del idioma bascongado, que es el único que puede presentar en sus verbos este inmenso número de participios.

No hay necesidad de demostrar la pobreza de los participios latinos, griegos, celtas y demás idiomas que no tienen pronombres afijos en sus verbos, ni características con que puedan distinguir en ellos el verbo recipiente del que no lo es; el cortés del familiar: el masculino del femenino: ni tienen aquella bella diferencia de los once modos que hemos demostrado en su lugar.

Las lenguas hebrea y sus hijas la *aimara*, *la quíchua*, *guaraní*, *araucana*, *bilela*, *betoi*, y otras innumerables americanas: muchas asiáticas y africanas: en una palabra, todas aquellas lenguas que tienen afijos en sus verbos, podian multiplicar sus participios extraordinariamente; pero ninguno de ellos llegará á presentarnos los 30 952 que son necesarios para que nuestras ideas se comuniquen en ellos con aquella unidad analógica que es necesaria y la tenemos esplicada en la gramática. Los más de estos idiomas carecen de afijos femeninos, porque sus pronombres no tienen géneros, quiero decir, no tienen aquellas terminaciones masculinas y femeninas que reconocemos en la latina, griega, hebrea y muchísimas otras lenguas. Por este motivo han de carecer de conjugaciones corteses, femeninas y masculinas; como que no hallamos en ellas otras características de tratamiento. Es, pues, indispensable en estos idiomas la falta de aquellos participios que hermoscan al bascuence por sus conjugaciones masculinas y femeninas.

Los hebreos y otros idiomas que al mismo paso de fijar sus pronombres en las inflexiones del verbo conocen en ellos la diversidad de géneros, querrán que los participios formados por medio de estas inflexiones sean masculinos ó femeninos segun el pronombre; pero ¿es esto tener participios masculinos y femeninos? No por cierto. El pronombre afijo será femenino ó masculino por la característica que introdujo en la inflexion del verbo; pero este verbo no tendrá característica de género. Síguese de aquí que el género en estos participios será defectuoso, por hallarse en el pronombre contra el dictámen de la naturaleza, como lo hicimos ver en nuestra gramática hablando de los géneros del nombre.

Es verdad que los gramáticos hebreos establecen cierta característica de género en sus verbos; pero lo que no sabemos es que en todos sus tiempos la primera persona nunca es masculina, ni femenina,

sino comun, y lo mismo sucede con la segunda del singular y tercera del plural en el pretérito, lo que manifiesta con evidencia que este idioma no puede presentarnos aquel número de participios que exige la naturaleza de los mismos verbos. A más de que son notorios en esta lengua los defectos de sus modos, tiempos y personas.

No sucede así con la lengua bascongada. Este idioma tiene 206 conjugaciones, es á saber: 122 corteses, 42 femeninas y otras tantas masculinas. Estas 206 conjugaciones cada una de ellas tiene 11 modos: sus tiempos son seis y ocho sus personas, como todo ello se ha demostrado en el reconocimiento que acabamos de hacer del verbo bascongado.

Ahora, pues, ¿qué embarazo puede haber para creer la multitud de sus participios, no pudiendo haber despues de esta demostracion en la de sus inflexiones personales? Seria molestísimo á los lectores el exhibirles este número inmenso de participios bascongados, pues sería preciso engrosar sobremanera el cuerpo de esta obra. Sin embargo, procuraremos persuadir á los literatos de esta verdad, dejando á su arbitrio el formar el cálculo justo de nuestros participios.

Toda persona, ó mejor toda inflexion personal de los verbos bascongados tiene su particular y privativo participio. Se forma este añadiendo una *n* al fin de la inflexion, siempre que no termine en esta letra; pero si la inflexion acabare en la letra *n*, bastará el aplicarle las caracteristicas del nombre: ya de apelativo, ya de las relaciones que tuviese en nuestros conceptos. Las inflexiones masculinas mudan la *k* final característica de este género en dos *aa*, que es igualmente característica de él; y hé aquí en dos palabras todo cuanto es necesario para la formacion de nuestros participios. Bajo de estos supuestos demos una idea en globo del inmenso número de nuestros participios, ya que no nos permite esta obra el formar el largo catálogo de los 30.952 participios.

Siendo 206 las conjugaciones de nuestros verbos, es visto que solo con las inflexiones personales con que las hemos demostrado en la tabla 4.ª, podemos formar 206 participios, 103 activos y otros tantos pasivos. Estas 206 conjugaciones se hallan demostradas en el pretérito real de indicativo; y de aquí se conoce que el pretérito apostrófico ha de darnos otros 206 participios, y tenemos 412. Estos participios corresponden al tiempo pretérito, y el futuro y el presente han de formar cada cual otros 412, que unidas las tres cantidades resulta la de 1236. Estos participios se hallan formados en el modo actual ó indicativo.

Igual número de participios ha de darnos el modo forzoso, como que es igual al modo indicativo en sus tiempos: de aquí es que estos dos modos en sola una inflexion personal de sus tiempos pueden formar 2472 participios.

Los modos habitual, potencial, voluntario y necesario, tiene cada

cual dos tiempos, y en las 206 conjugaciones pueden formar cada uno de ellos 412 participios, y unidas las cuatro cantidades resultarán 1648. Ya tenemos con las anteriores 4120 participios.

El modo sujuntivo tiene cuatro tiempos, y puede formar en las 206 conjugaciones 824 participios y el optativo 206, por no tener este modo sino un solo tiempo: de modo que estas dos cantidades componen la de 1030, que unida á la anterior resultan 5150 participios.

El modo imperativo y penitudinario no son susceptibles de participios como se demostró en nuestra gramática. Resulta, pues, que las 206 conjugaciones en los nueve modos, y en sola una inflexion de cada uno de sus tiempos deben formar 5150 participios, ó para valerme de la expresion regular de los gramáticos en cada una de sus personas.

Estas personas, como tenemos ya demostrado, son ocho en la lengua bascongada, y cada una de ellas puede formarnos un participio. De aquí inferirán quizá los literatos que nuestros participios deben ser 41.200, por ser esta la suma que resulta multiplicando por ocho los 5150 participios que una sola inflexion ó persona produjo en los tiempos y modos correspondientes á las 206 conjugaciones; pero no es así. No todas las conjugaciones tienen ocho personas en sus tiempos: las diversas combinaciones personales hacen que algunas tengan seis: otras cuatro, y hay tambien varias de dos solas personas. No tendria reparo por mi en hacer una demostracion palpable del número fijo de nuestros participios; pero seria molestísimo á los lectores, pues para esto habriamos de recorrer una por una todas las 206 conjugaciones y dilatarnos sobre manera. A más de que las demostraciones hechas son suficientes para que los literatos se despreocupen y entren á creer que no hay imposibilidad alguna en que los participios bascongados sean 30.952 como lo afirmamos en nuestra Apología; pero hemos de advertir que en el cálculo que hicimos para fijar en nuestra Apología los 30.952 participios, no tuvimos presente la division de nuestros tiempos en ciertos, dudosos y probables, y que por esta razon ha de ser este número mucho mayor.

A más de estos participios tiene cada uno de los verbos otros seis que deben su origen al modo infinitivo: tres de ellos son activos, y los otros tres pasivos. Así los unos como los otros pueden ser de presente, pretérito y futuro. El participio de pretérito de la voz activa es el mismo infinitivo sin otra característica alguna y por lo mismo un participio indefinido, y pasa á ser pasivo por medio de las características de nombre: de modo que la voz *muerto* del castellano, por ejemplo, es en el bascuence de dos maneras, y por este medio tiene nuestro idioma la claridad y propiedad debida. La voz *muerto* y demás participios correspondientes á este en los demás verbos son confusos en la lengua castellana y en todas cuantas conozco. *Yo he muerto, yo habia muerto, yo hube, hubiera, habria, hubiese, habré* y

haya muerto, son inflexiones activas en que juega el participio *muerto*. *Yo soy, era, fui, he sido, habia sido muerto* y otras inflexiones de esta naturaleza son pasivas, y sin embargo hallamos en ellas el mismo participio *muerto* que en las inflexiones activas; por manera que este participio unas veces es activo y pasivo otras, y por lo mismo un participio confuso. No es así en la lengua bascongada. Cuando el participio muerto es activo decimos *il*, y cuando es pasivo *ila* ó *illa*, y expresamos nuestra idea con la mayor claridad y distincion. *Il-dot*, yo lo he muerto, es una inflexion activa, y por eso lleva el participio activo *il*. *Illa-dot*, me es muerto ó es muerto por mí es una inflexion pasiva y por eso lleva el participio pasivo *illa*. No paran aquí los defectos de los idiomas acerca de sus participios. El *amans*, por ejemplo, de los latinos llamado del presente juega con todos los tiempos, y lo mismo sucede con el participio *amatus* que es de pretérito. Se dice *amans, vel amatus sum, eram fui, fueram, ero, fuero*, etc., y esto mismo sucede con los participios que llaman de futuro en *rus* y en *dus*: de modo que estos participios unas veces son futuros siendo presentes: otras pretéritos siendo futuros, y otras presentes siendo pretéritos ó futuros. *Amans fui* es un participio de presente en pretérito. *Amatus sum* es un participio de pretérito en presente. *Amaturus fueram* es un participio de pretérito en pluscuamperfecto, y *amandus eram* es otro participio de futuro en pretérito imperfecto. No sé yo si la confusion puede ser mayor.

No es así en el bascuence. Este idioma tiene tres participios activos y tres pasivos: uno de presente, otro de pretérito y un tercero de futuro así en la activa como en la pasiva. Los presentes siempre forman el tiempo presente: los pretéritos el pretérito y los futuros el futuro. Hé aquí los seis participios nuestros en el paradigma *il*, matar.

ACTIVOS.

Participios

Pretérito.	Il.
Presente.	Il-ten.
Futuro.	Il-go.

PASIVOS.

Presente..	Illa.
Pretérito.	Illa-izan.
Futuro.	Illa-izango.

Hagamos una pequeña demostracion en los participios pasivos. Para decir *occisus sum, occisus eram*, usa el bascuence del participio de presente *Illa*, y dice *Illa-naz, Illa-ninzan*, y forma dos presentes, uno real y otro apostrófico. Si ha de decir *occisus fui, occisus fueram*,

se vale del participio de pretérito *Illa-izan* y dicen *Illa-izan-naz*, yo he sido muerto: *Illa-izan-ninzan*, yo habia sido muerto: y forma dos pretéritos, uno real y otro apostrófico. Para decir *occisus ero*, *occisus fuero*, se vale del participio de futuro *Il-izango*, y dice *Il-izango-naz*, he de ser muerto: *Il-izango-ninzan*, habia de ser muerto. No parece que hay necesidad de mayor número de demostraciones para hacer ver la propiedad y claridad de ideas que elevan al bascuence sobre los demas idiomas.

A más de estos participios formamos del infinitivo otros que nos dán á entender la accion como en abstracto, esto es, sin dependencia de persona ó sujeto alguno. Tales son en el paradigma *Il*: *Il-tia* el matar; *Il-izatia* el haber muerto. Cada uno de los modos, excepto el imperativo y penitudinario, tienen estos participios. *Il-biar-za*, la necesidad de matar: *Il-biar-izatia*, el tener necesidad de matar, son del modo forzoso. *Il-naija*, la voluntad de matar: *Il-nai-izatia*, el tener voluntad de matar, son del voluntario, etc. Sin embargo, no queremos detenernos hasta la gramática en un prolijo exámen de estos participios, supuesto que hemos justificado la ninguna imposibilidad que hay de que cada verbo pueda tener 30.952, que es el principal objeto de este capítulo, que concluiremos con decir dos palabritas acerca de los verbos llamados en *bilis*.

Hicimos ver en nuestra gramática de la lengua primitiva que el hombre en el uso de estos participios tenia dos ideas: una de localidad ó de sugeto digno por sus cualidades de reunir la accion, y otra de sublimidad de dicho sugeto por estas circunstancias. De aquí inferimos que la terminacion formadora de estos participios habia de resultar de dos caracteristicas ó palabritas, de las cuales la primera fuese alusiva de grandeza ó elevacion, y la segunda de localidad. En efecto, un hombre amable es un sugeto en quien tiene el amor como su propio lugar, y al mismo tiempo es una persona elevada, apreciable y digna de estimacion por esta cualidad, y estas son las ideas que queremos comunicar de un sugeto cuando decimos que es amable, apreciable, etc.

El bascuence forma estas voces verbales añadiendo al verbo las terminaciones *garri* y *cor*, que con la nota de apelativo suenan *garrija* y *corra*. Ambas terminaciones se forman cada una de dos palabritas, de las cuales la primera es alusiva de grandeza y sublimidad, y la segunda de localidad. *Garrija* es síncope de *gardija*, voz compuesta de *gara* ó *garia*, cosa sobresaliente, y de la terminacion local *di*. *Maite-garrija* literalmente traducido quiere decir *de amor paraje sublime*, y es aquel que por sus cualidades es digno de ser amado. *Corra* se compone de la sílaba *go*, mudada la *g* en su afin *k*, que significa lo alto, y la terminacion *ar* ó *arra*, que equivale al *de* de localidad de la lengua castellana. *Maite-corra* literalmente quiere decir cosa de amor elevado, ó que tiene gran amor. Aún hay más.

El *amable* de la lengua castellana y de otros idiomas es una voz confusa. Unas veces nos indica un sugeto propenso al amor: otras un sugeto digno de ser amado; pero en el bascuence distinguimos estas dos ideas por medio de las dos terminaciones. Pasemos á las conjunciones.

RECONOCIMIENTO DE LAS CONJUNCIONES.

A siete clases reducimos en nuestra gramática las conjunciones, es á saber: á la de copulativas, disyuntivas, condicionales causales, finales, excépticas y agregativas. Hablaremos de ellas con separacion.

CONJUNCIONES COPULATIVAS.

Hicimos ver en nuestra gramática que estas conjunciones debian su orígen al olvido ó defecto de la reminiscencia de ciertas circunstancias que debian entrar al complemento del todo del concepto que se queria comunicar; y de aquí inferimos que la conjuncion copulativa habia de ser aquella interjeccion que profiere el hombre cuando no puede recordarse de alguna cosa que quiere comunicar, ó cuando despues de haberlo concluido un periodo se acuerda de alguna cosa omitida. Digimos tambien que esta interjeccion era la sílaba *ta* proferida muchas veces con repeticion en *tat*, *tata*, *tate*. Justamente la conjuncion copulativa de la lengua bascongada es esta sílaba. Decimos au, *ta* ori; éste, y aquel: Peru, *ta* Marija; Pedro, y María. La letra *ta* muda en *d*, ó recibe una *e* delante de ella por la eufonia, cuando viene despues de una voz acabada en consonante. Decimos jan, *da* edan: ó jan *eta* edan; comer y beber: gaür *da* bijar, ó gaur *eta* bijar: hoy y mañana. Vean los literatos si el *et* de los latinos, el *etiam* y otras conjunciones de igual naturaleza en otros idiomas deben su orígen á la *ta* que nos parece de la lengua primitiva.

CONJUNCIONES DISYUNTIVAS.

Es igualmente puntual el idioma bascongado en dibujar las ideas que tuvo el hombre en la formacion de las conjunciones disyuntivas. Sus vocecitas *edo* y *ezi* nos representan vivamente las dos diferentes ideas que pudo tener el hombre para usar de la disyuncion. La voz

edo, co no dijimos en el verbo hablando de los tiempos ciertos, dudosos y probables, es una palabra característica de probabilidad. Usamos de ella cuando afirmamos una de dos cosas, como dando á entender que el hecho será cierto, pero no precisamente este determinado hecho, sino uno de dos, tres ó más. Cuando decimos *au, edo, ori*, esto ó lo otro, no tenemos certeza alguna en cual de los dos extremos ha de recaer la ejecucion; pero no dudamos el que ha de ser en el uno ó en el otro: de modo que tenemos una idea de probabilidad así en el cumplimiento del uno como del otro extremo, y hé aquí la propiedad de la lengua bascongada en haber adoptado por conjuncion disyuntiva la característica de probabilidad *edo* para nuestro caso. Pasemos á la conjuncion *nai*.

Otras veces nuestra idea en las conjunciones disyuntivas no es el hacer ver la ambigüedad nuestra acerca de si ha de suceder esta ó la otra cosa. Muchas veces proponemos dos, tres ó más cosas, dejándolas á la eleccion y voluntad de aquel ó aquellos á quienes hablamos y entonces nuestra idea es contentar la voluntad ó el deseo de otro. En este caso se vale el bascnence de la característica *nai* del *modo* voluntario, como se podrá ver en el verbo tratando de este modo. Decimos *au, nai, ori*: esto ó lo otro.

Si reconocemos los idiomas, ninguno nos presentará unas ideas tan justas y más análogas á las que tuvo en sus disyunciones el hombre que las formó. Es verdad que en la disyuncion *vel* de los latinos veo figurada la conjuncion disyuntiva *nai* de los bascongados, como que reparo en ella una vocecita que pueda tener su orígen en el verbo *volo*; pero si considero la conjuncion *aut* no hallo las ideas de probabilidad. A más de esto, recorriendo los autores más clásicos de la lengua latina, advierto que esta misma palabrita *vel* se halla usada indiferentemente en el uno y en el otro caso: quiero decir, así cuando proponemos la eleccion entre dos ó más cosas, como cuando nuestra afirmacion recae sobre este ú el otro miembro del concepto, resultando de aquí que solo el idioma bascongado es puntual en fijar las ideas de las conjunciones disyuntivas.

CONJUNCIONES CONDICIONALES.

No es ménos puntual nuestro idioma en fijar en las conjunciones condicionales las ideas que el hombre tiene en su uso. La voz *bardin* ó *baldin* mudada la *r* en *l*, es un adverbio que equivale al castellano *igualmente*, y hé aquí la idea de la conjuncion condicional: hé aquí una voz que denota la recompensa proporcionada á lo que pedimos bajo de condicion. La voluntad del hombre que dá ó pide alguna cosa bajo de condicion, es igualar en alguna manera el favor con la re-

compensa: es el hermanar, igualar ó proporcionar una cosa con otra: una idea por lo mismo. Hazme esto, é yo te haré en recompensa esto otro: hé aquí la fuerza de los contratos condicionales: un favor y una recompensa: una igualdad en lo que se dá, y al contrario: de modo que no puede dibujarse mejor esta idea que con la voz bascongada *bardin* ó *baldin*, adverbio que equivale al *igualmente* del castellano y que es nuestra conjuncion condicional.

No me disgustan el *modo*, *dumodo* de los latinos: el *como* de los castellanos, y otros idiomas. Hallo en ellos dibujada la idea de igualdad: pero no con aquella claridad y precision que en la conjuncion bascongada. Estas conjunciones son puramente verbales, como que recaen en el modo de las acciones; y por lo mismo la idea es diminutiva, como impropia para representar toda recompensa. De aquí es el uso que hacen estos idiomas de otras conjunciones condicionales para dar cumplimiento á la extension de la recompensa. La sílaba *si*: la expresion *con tal que* y otras, descubren la pobreza del *modo*, *dumodo*, *como* y otras conjunciones condicionales, que en el latin, castellano y otros idiomas se presentan con un aspecto lisongero de propiedad: mas nuestra conjuncion es extensiva á todo género de igualdades, sean de modo, de cuantidad, cualidad, etc.

CONJUNCIONES CAUSALES.

Hicimos ver en nuestra gramática que la idea del hombre en las conjunciones causales, era el fundar la bondad ó malicia de un juicio ó proposicion anticipada contradicha expresamente por otro: que esta idea era doble, y comprendia por lo mismo dos sencillas: la una opuesta á la contradiccion, y la otra corroborativa del juicio anticipadamente afirmado. Digimos tambien que esta idea habia de ser la de la particula afirmativa *si* de los castellanos, y la de su verbo *es*; porque á la negacion de *no es* con que se opondria el primer hombre al juicio comunicado, era preciso responderle con el *si es*; de modo que en dicho lugar de nuestra gramática deseábamos una conjuncion causal compuesta de la sílaba afirmativa *si* y de la tercera persona de singular de presente de indicativo del verbo *ser*.

Tal es justamente la conjuncion causal del bascuence. Nuestro *bada* que corresponde al *pues* de los castellanos se forma de la particula afirmativa *bai* que corresponde al *si* del castellano y la sílaba *da* tercera persona de singular de presente de indicativo del verbo *izan*, ser, y equivale al *es* del castellano. Propiamente, ó mejor completamente, habia de decirse *bai-da*; pero el amor á la distincion y claridad hizo que suprimida la *i* sonase *ba da*. Decimos *esin*, *eguin*, *neique*, au, edo,

ori: *estaucat bada, onetaraco biardan, indarric*: no puedo hacer esto ó lo otro, pues no tengo las fuerzas necesarias para ello.

CONJUNCIONES FINALES.

Siendo las conjunciones finales, como dijimos en nuestra gramática, unas palabritas por medio de las cuales se une un juicio ó proposicion á otro juicio como fin suyo, no hay duda que el juicio unido como fin obra los mismos efectos que una causa final; y por consiguiente se ha de caracterizar este juicio como una parte relacionaria de la accion del juicio que antecede, esto es, con los mismos caracteres que ha de llevar un agente final, y la tenemos expresada hablando de las posposiciones, á donde remitimos al lector.

CONJUNCIONES EXCÉPTICAS.

Las conjunciones excépticas, como igualmente se hizo ver en nuestra gramática, son aquellas vocecitas que disminuyen, apocan ó restringen por medio del juicio que subsigue las ideas del que antecede. Cuando decimos: Pedro es excelente orador, pero su voz es muy ronca; el juicio que subsigue á la conjuncion excéptica *pero* disminuye, apoca ó restringe el elogio que hicimos de Pedro en la proposicion anterior.

De aquí dedujimos que la conjuncion excéptica para ser análoga á las ideas que tenemos en su uso, habia de formarse de dos características: la primera de condescendencia ó conformidad para denotar nuestra condescendencia en la proposicion anterior; y la segunda de diminucion, apocamiento ó restriccion, para dar á entender que el consentimiento ó conformidad no era completa, como todo ello se podrá ver con más extension en dicha gramática; pero ¿hay algun idioma que nos pueda presentar sus conjunciones excépticas con esta analogía de ideas? Yo no hallo esta perfeccion en cuantos lenguajes conozco sino es en el bascuence.

La conjuncion excéptica de esta lengua es la palabrita *baiña* compuesta de la característica *bai*, nota de condescendencia y conformidad, pues equivale al *si* del castellano: y la sílaba *ña*, característica de diminucion, apocamiento ó restriccion: de modo que los literatos no pueden negar la superioridad de nuestro idioma sobre los demás en este particular.

CONJUNCIONES AGREGATIVAS.

No es ménos exacto el idioma bascongado en dibujar en su conjuncion agregativa las ideas que tiene el hombre cuando hace uso de ella.

Dijimos y justificamos que estas ideas eran dos: la una de consentimiento en la propuesta que antecede á dicha conjuncion; la otra de aumento en lo que se nos propuso. En efecto, cuando se nos pide un favor y respondemos por las conjunciones excépticas *tambien*, *aun*, etcétera, condescendemos en lo que se nos pide y ofrecemos voluntariamente, y unimos al favor pedido otro nuevo: de modo que el sentido de las conjunciones *aun* y *tambien* es este: no solo te haré ese favor, *sino* que te haré este otro, y expresamos despues cuál ha de ser este favor. De aquí inferimos que la conjuncion excéptica para que analoguizase estas dos ideas habia de formarse de dos características: la primera que nos hiciese ver la condescendencia; y la otra que fuese nota de la agregacion ó union de otro favor ó disenso que voluntariamente se expone, como todo ello se puede ver en nuestra gramática.

Justamente la conjuncion agregativa de la lengua bascongada nos presenta estas dos ideas con la mayor analogía. Nuestro *bai-ta* es una voz formada del *bai*, característica de consentimiento, y la conjuncion copulativa *ta*, nota de agregacion. *Bai-ta* equivale al castellano *tambien*, y usamos de ella en las condescendencias.

No es ménos análoga la conjuncion agregativa *ez-ta* de que hacemos uso en nuestros disensos. Esta voz se compone de la palabrita negativa *ez*, nota de disenso, y que equivale al *no* de la lengua castellana, y la misma conjuncion *ta*, nota de agregacion: de modo que no puede presentar idioma alguno conjunciones más análogas á las ideas que tiene el hombre cuando hace uso de ellas. Pasemos á las interjecciones.

RECONOCIMIENTO DE LAS INTERJECCIONES.

Como todo idioma tiene derecho á las interjecciones, y estas son el orígen, raiz y principio de un perfecto idioma, por esto es que nos es imposible el cotejo de lenguas en esta parte, sin excudriñar una por una todas las voces de los idiomas: de modo que no podemos formar una disertacion sobre el particular sin comprender en ella todas las

articulaciones que entran á formalizar el completo del habla. Por esta razon en nuestra gramática, hablando de esta parte de la oracion, nos remitimos á lo que sobre ella teníamos dicho anteriormente acerca del orígen de las voces y lo mismo ejecutamos al presente y si hemos tocado aquí este punto ha sido solamente por no dejar parte alguna gramatical sin hablar de ella ó hacer las remisiones necesarias en beneficio de los lectores.

RECONOCIMIENTO DE LA SINTÁXIS.

Ninguna cosa debe ser reconocida en el mecanismo de los idiomas con mayor cuidado y escrupulosidad que la sintáxis. Esta parte gramatical es el alma de la locucion. Todas las demás partes no son otra cosa que un agregado de materiales destinados para levantar el gran edificio del habla. Las letras, las sílabas y las voces solo pueden presentarnos ideas incompletas en el uso de los idiomas. Es necesario unir letras con letras, sílabas con sílabas, voces con voces para llegar al logro de la comunicacion de nuestros juicios. Es preciso presentarnos á lo ménos un sujeto y un atributo para que comprendamos los juicios recíprocos que queremos comunicar, y en ninguna cosa podemos comprender mejor el órden de las ideas que movilizaron al hombre en la formacion del idioma que en la sintáxis.

Es verdad que los gramáticos ordinariamente con la voz sintáxis solo entienden aquel órden, método ó colocacion con que se ordenan las voces en nuestros conceptos; pero si queremos filosofar con acierto acerca de este alma de los idiomas, hemos de tomarla en una acepcion más extendida. En efecto, la union de letras con letras para formar sílabas, de sílabas con sílabas para formar voces, y de voces con voces para presentar conceptos explícitos es la verdadera sintáxis. En una voz digrama nos debe presentar un idioma que ha de ser perfecto un verdadero juicio y ha de colocarnos en primer lugar una letra que represente el sujeto de este juicio; y tras él, que nos haga conocer el atributo. Si la voz fuese trigrama, la primera letra será sujeto ó género; la segunda ha de ser atributo ó diferencia de la primera, y sujeto ó género de la tercera; y este atributo ó diferencia de la segunda; pero como hemos hablado ya en la formacion de sílabas de la sintáxis de letras con letras, y en la formacion de voces de la que es menester observar en la union de sílabas con sílabas, solo resta el que tratemos de aquella sintáxis que han de tener las voces en nuestros conceptos, procurando averiguar cuál sea el idioma que ejerza esta funcion segun los preceptos y reglas que para esto establecimos en nuestra gramática.

Para que nos hagamos cargo con la debida claridad de la perfeccion ó imperfeccion con que colocan los idiomas sus respectivas voces en la mútua comunicacion, hemos de tener presentes las tres noblezas en que se dividen estas; es á saber: la nobleza de orígen; la nobleza de ministerio y la nobleza de mérito ó movilidad. Igualmente se han de tener presentes los grados de estas noblezas; esto es, que la nobleza de mérito ó movilidad es la superior de las tres, y que por consiguiente las voces que gozan de esta nobleza han de ser colocadas en nuestros conceptos con antelacion á las demás: que despues de esta nobleza sigue la de ministerio; y que la última de todas, ó la ínfima de las noblezas es la de orígen. Todo ello hemos hecho ver en la gramática de la lengua primitiva, adonde podremos recurrir. Bajo de estos supuestos entremos al cotejo de los idiomas, empezando nuestras reflexiones por la nobleza de orígen.

RECONOCIMIENTO DE LA SINTÁXIS DE LOS IDIOMAS

POR LA NOBLEZA DE ORÍGEN.

La colocacion de voces en nuestros conceptos segun exige su mayor ó menor nobleza de orígen solo tiene lugar cuando dos ó más palabras ejercen un ministerio ó son igualmente móviles del concepto; quiero decir, la voz *padre* y la voz *hijo* son ambas agentes, pacientes, posesores, etc., y como tales igualmente móviles en la comunicacion de nuestros conceptos. En este solo caso y no en otro nos ha de regir la nobleza de orígen, y hemos de colocarlas segun la mayor ó menor nobleza de ellas en este ramo.

Dijimos en nuestra gramática, y volvemos á repetir, que esta nobleza recibe en las voces de sus signados: por manera que aquella voz será más noble en su orígen cuyo signado fuese anterior en el órden natural al de las otras. El signado de la voz *padre* es, por ejemplo, anterior en el órden natural al signado de la voz *hijo*; y de aquí es que la voz *padre* sea más noble que la voz *hijo*. El sacudir á un sujeto ha de preceder á la accion de derribarlo; y por lo mismo el verbo *sacudir* es superior en la nobleza de orígen al verbo *derribar*. Para comer sentado es necesario sentarse primero, y comer despues y de aquí la accion de sentarse es más noble para nuestro caso que la accion de comer.

Todos los idiomas observan este precepto natural en la colocacion de sus voces en la mayor parte; pero no hallo lengua alguna que observe con puntualidad este bello órden. Veo en todos ellos trastornada en un sinnúmero de voces esta sintáxis. Oigo decir *iré despues de comer*, cuando el comer es un acto anterior á la accion de *ir*. Veo pre-

ceder el dia á la noche, cuando la noche ó la oscuridad fué anterior en el órden natural segun todos los filósofos al dia ó á la claridad; pero sería muy molesto si quisiese recorrer una por una el desarreglado sintáxis que nos presentan los idiomas en los escritos y locuciones de sus más nobles literatos. *Le maté de un balazo: le derribé de un empujon: bebe y come como un bruto* y otras innumerables expresiones comunes á todo idioma harán evidente nuestro aserto al que con atencion quiere contemplarlas.

Yo he procurado excudriñar por largos años las expresiones del bascuence: las he examinado en la gente más rústica, y he hallado observadas puntualmente en este idioma las reglas que prescribe la natural sintáxis en la nobleza de orígen: en tanto grado, que el más mínimo trastorno en este particular es mirado por los bascongados como una locucion torpe, ilegítima y chocante. Deleita el oir *gau ta egun*, noche y dia; pero no se puede sufrir la expresion *egun ta gau*, dia y noche. No disgusta al oido *jo ta bota*, sacudir y derribar, esto es, derribar sacudiendo; pero si decimos *bota jo ta*, derribar sacudiendo, ya nos disgusta; y si se dice *bota eta jo*, entendemos de un sacudimiento que es posterior á la accion de derribar, y á otra de sacudimiento que precedió á la de derribar. No nos disgusta la expresion *janda juango naz*, despues de comer iré; pero mortifica nuestro oido la expresion *juango naz janda*, iré despues de comer.

Esta disonancia que causa el trastorno de la colocacion de voces en la nobleza de orígen en el oido de la gente más rústica, demuestra con la mayor evidencia el génio del idioma bascongado y que este aborrece toda colocacion en que las voces no siguen el órden de antelacion que exige la nobleza de orígen siempre que ejerzan estas un mismo ministerio, ó sean igualmente móviles en nuestros conceptos.

RECONOCIMIENTO DE LA SINTÁXIS DE LOS IDIOMAS

POR LA NOBLEZA DE MINISTERIO.

El ministerio de las voces es de dos maneras como hicimos ver en nuestra gramática; y proviene, ya de sus signados, ya de las funciones que como representantes de ellos ejercen en los conceptos. El primero de estos ministerios lo recibieron en su orígen, esto es, en el mismo tiempo en que fueron formadas, destinándolas desde entónces para que fuesen nombres, pronombres, artículos, verbos; en una palabra, para que fuesen lo que llamamos partes de la oracion, y este ministerio es constitucional. El segundo ministerio proviene de las funciones que ejercen en los conceptos, y esta funcion es accesoria. El nombre, por ejemplo, puede ser agente, paciente, posesor, etc., y hé

aquí la segunda clase del ministerio de las palabras. Hablemos de ellas primero como partes de la oracion. Tratarémoslas despues como funcionarias de los conceptos.

Las voces como partes de la oracion pueden ser nombres, pronombres, epitetos, artículos, posposiciones, partículas, adverbios, verbos, participios, conjunciones é interjecciones. Hablemos de ellas con separacion.

NOMBRES.

El nombre es la parte más noble del habla: es el sujeto en quien recaen como atributos todas las demás del concepto, á excepcion de las conjunciones é interjecciones que por sus ministerios deben reputarse como unas voces sueltas y separadas de los conceptos. De aquí es que el nombre ha de preceder expresa ó tácitamente á todas las demás palabras siempre que no gocen estas de la nobleza de movilidad, como lo hicimos ver en nuestra gramática.

Estos nombres, unos son sustantivos, esto es, nos dan á entender una sustancia ya corpórea como *piedra*, *monte:* ya incorpórea como *Dios*, *alma*. Otros son adjetivos como *hermosura*, *bondad*. Estos dos géneros de nombres pueden venir en nuestros conceptos ejerciendo un mismo ministerio, y en este caso el nombre sustantivo se ha de anteponer al adjetivo; pero no tenemos que cotejar los idiomas en este particular, pues vemos en ellos practicado este órden por sus literatos. Pasemos á reconocer las demás partes de la oracion, y veamos el órden con que son colocados en los idiomas.

PRONOMBRES.

Al pronombre ha de mirar un filósofo como á un lugar-teniente del nombre, y aunque el *yo*, el *tu*, el *aquel*, etc., son unos verdaderos epitetos aplicados á los nombres implícitos *Pedro que habla*, *Juan á quien se habla*; *Antonio de quien se habla*, etc., podemos reputarlos en el cotejo que nos vá á ocupar como unos verdaderos nombres, pues les vemos ejercer el personaje de estos en todos los idiomas

EPITETOS.

Las voces que los gramáticos ordinariamente llaman adjetivos nos ha parecido que deben ser llamadas epitetos, y estos como atributos son posteriores en el órden ministerial á los nombres y a los pronombres, pero anteriores á las demás partes de la oracion por ser unos atributos superiores en nobleza á las demás partes de la oracion por la íntima conexion que tienen con el sujeto en quien se halla su signado, por lo que los filósofos han dado á estas voces el nombre de concretas. De la antelacion que deben tener sobre las demás partes de la oracion que no son nombres ó pronombres hablaremos despues. Reconozcamos por ahora el órden con que las colocan los idiomas respecto los nombres.

No tenemos sino echar una pequeña ojeada sobre cualquiera lengua para hacernos cargo de la libertad con que anteponen y posponen los epitetos á los nombres: *hermosa casa*; *bravos soldados*: *ingeniosa invencion*; *rey pacífico*; *hombre adusto*: *mujer cuidadosa*. Estas y otras expresiones son demasiadamente usadas por los literatos en sus respectivos idiomas para dudar de esta verdad. Solo el bascuence es arreglado en esta sintáxis. Sus nombres siempre preceden á los epitetos. Decimos *guizon-ona*: *ceru-ederra*: *ogui-zurija*: *eche-zabala*: hombre bueno: cielo hermoso: pan blanco: casa ancha; pero no nos es permitido el trastornar este órden. El más rústico bascongado despreciará con irritacion las expresiones *on-guizona*: *eder-ceruba*: *zuri-oguija*: *zabal-echia*: buen hombre: hermoso cielo: blanco pan: ancha casa: de modo que no podemos dudar que nuestro idioma es superior á todos los demás; y en vano querrán defender los idiomas la antelacion de los epitetos á los nombres por la nobleza de movilidad, como se hará ver hablando de ella y la antelacion que dá á las voces.

ARTÍCULOS.

Por artículos entendemos, como se hizo ver en nuestra gramática, aquellas vocecitas que nos dan á entender las relaciones primarias que tienen los signados de los nombres en nuestros conceptos, ó con la accion ó con otro nombre. Estos artículos son unos verdaderos atributos, y por lo mismo posteriores en la nobleza de ministerio á

los sujetos de quienes son atributos; y de aquí es que han de posponerse á los nombres, que son los representantes de los sujetos.

Muchísimas son las lenguas en que hallamos trastornado este órden y antepuestos los artículos á los nombres. Los hebreos, caldeos, árabes, griegos, alemanes, ingleses, suecos, dinamarqueses, castellanos, italianos, franceses y otros innumerables idiomas anteponen los artículos á los nombres. Sin embargo, si se hiciese un exacto cotejo de todos ellos, me hallo persuadido que sería mayor el número de aquellos que los posponian. Todas las declinantes posponen en primer lugar las características con que distinguen sus casos, que segun dijimos en nuestra gramática fueron inventados para los mismos fines que los artículos. A más de estos idiomas hay un sinnúmero de los que hacen esta posposicion. La araucana, la quichua, la aimara, guarani, tupi, lule, bilela, indostana, goana, coromandela, betoi y otras muchísimas lenguas son de esta naturaleza, y entre ellas se cuenta la bascongada.

Como son tantos los idiomas que posponen el artículo al nombre, no puede servir esta cualidad para averiguar cuál de ellos sea el primitivo sin que recurramos á las demás particularidades de su mecanismo. Para mis ideas es suficiente hacer ver que el bascuence es uno de ellos. En efecto, este idioma pospone sus artículos á los nombres. Dice *guizon-a-r-en* y dá á entender lo que el latin con el genitivo *hominis* y el castellano con la expresion *del hombre*. Con *guizon-a-r-i* significa lo que el latin con el dativo *homini* y el castellano con la expresion *al hombre*, cuando esta voz *hombre* es recipiente. Con *guizon-a-c* dá á entender lo que el latin con el nominativo *homo* y el castellano con la expresion *el hombre*, cuando este *homo* y este *hombre* es persona que hace. En la persona paciente no tiene el bascuence en beneficio de la economia artículo alguno; y este mismo no tener artículo es señal de que el nombre padece en nuestros conceptos. *Guizon-a* que equivale al *homo* y *hominem* de los latinos y á las expresiones castellanas *el hombre* y *al hombre*, cuando la voz *homo* y *hombre* es paciente en los conceptos: de modo que la palabra *guizon-a* corresponde al nominativo *homo* ó acusativo *hominem* de los latinos, ó á las expresiones castellanas *el hombre* y *al hombre* siempre que es *guizo-na* y persona paciente.

Aunque el epiteto y el artículo son atributos del nombre, sin embargo el artículo se ha de posponer al epiteto, porque es un atributo ménos noble en el órden ministerial. La funcion del epiteto es el darnos á entender una cualidad, y la del artículo una pura relacion y no hay que decir otra cosa para que el literato se haga cargo de la superioridad del ministerio del epiteto sobre el del artículo.

El idioma bascongado es puntual en la observancia de esta sintásis: siempre que viene en nuestros conceptos un nombre cualificado, el artículo se desprende de este para hacer lugar al epiteto. La voz

guizon-a-r-en que lleva despues de sí el artículo posesor *en*, se desprende de él cuando ha de llevar un epiteto ó voz concreta que denota alguna de sus cualidades, y este artículo pasa á colocarse despues del tal epiteto. Decimos *guizon-eder-a-r-en* que equivale al genitivo *hominis phulcri* del latin, y á la expresion castellana *del hombre hermoso*; en que el epiteto *eder*, hermoso, se vé colocado despues del nombre *guizon* y ántes del artículo *en*. La *a* que reconocemos entre el epiteto y el artículo es nota de apelativo, y la *r* letra eufónica.

Esta bella sintáxis la vemos observada en un sinnúmero de idiomas, especialmente americanos; y por ella sola no podemos conocer cuál sea el primitivo; pero se vé que el bascuence no puede ser privado de este título, pues no cede en perfeccion en este particular á lenguaje alguno, lo que no se puede decir de las lenguas que son prepositivas, articulares y mucho ménos de las declinantes que ejerciendo las funciones del artículo por medio de los casos son comunes estos al nombre y al epiteto.

POSPOSICIONES.

Así como los artículos y los epitetos, son tambien verdaderos atributos las preposiciones ó posposiciones, como lo hicimos ver en la gramática del idioma primitivo á donde nos remitimos. De aquí resulta en primer lugar que esta parte de la oracion se ha de posponer al nombre; porque el ministerio de atributo es ménos noble que el de sujeto. Los latinos, los griegos, los hebreos con todas sus hijas; los celtas y otros innumerables idiomas, esto es, las lenguas prepositivas todas son imperfectas en esta sintáxis, como que anteponen esta parte de la oracion al nombre. Sin embargo, es á mi ver mayor el número de idiomas pospositivos. La América está, para decirlo así, inundada de lenguas pospositivas: el Mar Pacífico conoce muchísimas de esta naturaleza: la Asia y la Africa cuentan un crecido número de ellas: la europea es la que verdaderamente no puede contar sino uno solo de esta naturaleza, que es la bascongada; pues aunque la lengua inglesa pospone al nombre esta parte de la oracion, mejor podremos llamar á esta operacion alejamiento que verdadera posposicion, ó mejor una indecente separacion que hace del nombre y esta característica con la interposicion de otras voces.

Esta multitud de idiomas que posponen al nombre la parte de la oracion que nos ocupa, no nos deja arbitrio de juzgar por esta parte cuál sea el primitivo, y solo haremos ver que por ella no puede ser excluida de este título la lengua bascongada.

Las voces llamadas por los latinos preposiciones, son en el bascuence unas verdaderas posposiciones. Decimos *guizon-a-agaz*, con el hombre: *guizon-a-gaiti*, por el hombre, etc., posponiendo la vocecita *gaz* que equivale al *con* del castellano, y la *gaiti* que significa *por*, al nombre *guizon*, hombre; y asi en las demás preposiciones, sin que podamos alterar este órden de colocacion sin hacernos ridículos á la gente más rústica. En efecto, serian intolerables las expresiones *gaz-a-guizon*, que literalmente quiere decir *con-el-hombre*: *gaiti-a-guizon*, *por-el-hombre*.

Las posposiciones no solo se han de colocar detrás de los nombres, sino tambien de los epitetos, esto es, de aquellas voces llamadas ordinariamente adjetivos por los gramáticos; pues aunque ambos son verdaderos atributos, es más noble el ministerio del epiteto que el de la posposicion, como que la funcion del primero es el representarnos una cualidad del sujeto; y la de la segunda el hacernos ver el órden, tendencia ó relacion que tiene un sujeto con otro. De aquí es que las posposiciones no solo se han de colocar despues de los nombres, sino tambien despues de los epitetos, de la misma manera que los artículos.

Todos los idiomas prepositivos tienen en este particular una sintáxis errada, y no todos los pospositivos son exactos en colocar el nombre, el epiteto y la posposicion segun la antelacion que tienen estas partes de la oracion, pues aunque guardan el debido órden en las posposiciones, muchos de ellos hacen que el epiteto preceda al nombre. Sin embargo de esto, en la sintáxis que nos ocupa todos los idiomas pospositivos deben ser tenidos por igualmente perfectos, sin que por esta parte podamos juzgar si esta ó la otra lengua hubiese sido la primitiva: de modo que lo único que debe ocuparnos es el hacer ver que la lengua bascongada es una de las que posponen esta parte de la oracion al nombre y al epiteto.

En efecto, no nos es permitido en este idioma el trastornar esta bella sintáxis. Se oye con complacencia *guizon-on-a-gaz*, hombre-bueno-el-con; *guizon-eder-a-gaiti*, hombre-hermoso-el-por; pero es intolerable al oido más rústico la expresion *gaz-a-guizon-on*, con-el-hombre-bueno: y *gaiti-a-guizon-eder*, por-el-hombre-hermoso.

La posposicion, así como se ha de posponer al nombre y al epiteto, debe tambien ser colocada despues del artículo, pues aunque el artículo y la posposicion tienen por ministerio el representarnos el órden, tendencia ó relacion que una voz tiene con otra, las relaciones indicadas por el artículo son primarias, y por lo mismo anteriores en órden á las secundarias representadas por la posposicion, como todo ello lo tenemos justificado en nuestra gramática; pero como esta sintáxis no puede tener lugar sino cuando hablamos de los artículos como sujetos de nuestros conceptos, como cuando decimos que con el artículo *en* caracteriza el bascuence los posesores: con el *il* los recipientes, etc.:

corresponde esta sintáxis con más propiedad á lo que tenemos dicho acerca del nombre, por lo que remitiéndonos á aquel lugar, no hay necesidad de un nuevo cotejo.

PARTÍCULAS.

Aunque en nuestra gramática no hemos hablado de las particulas como una parte de la oracion distinta de las demás, por ser unas vocecitas destinadas en el uso de los idiomas para diversificar ó formar diferentes clases en una misma parte de la oracion, quiero decir, para distinguir los adverbios en adverbios de tiempo, de modo, de lugar, etcétera; sin embargo de esto son de tanto interés en los idiomas, que nos ha parecido que no será fuera del caso el que hablemos de su sintáxis.

En ninguna cosa se hallan más conformes los idiomas que en posponer estas palabritas á las voces que son modificadas por ellas. No sólo los pospositivos, sino tambien los prepositivos guardan en su mayor parte esta sintáxis. El latin, el griego, el hebreo, el ilírico con todas sus hijas y otros idiomas son testigos de esta verdad, que es tan clara y notoria á los literatos que no tenemos que justificarla. Consúltense en estos idiomas las inflexiones del verbo; el modo con que forman sus comparativos, superlativos, nacionales y patronímicos. Repárese en las caracteristicas con que diversifican sus adverbios: en los medios que adoptan para formar sus posesivos, y se hallará por punto general adoptada la posposicion de estas vocecitas, sin que podamos dudar que esta general práctica sea trasmitida á todos los idiomas de la sintáxis de la lengua primitiva.

Es verdad que hallamos trastornada esta sintáxis en varias locuciones en los idiomas prepositivos; pero ninguno de ellos deja de practicar la posposicion de las particulas en la mayor parte de las clasificaciones de sus voces; esto es, en aquellas palabras que los gramáticos llaman derivativas.

La lengua bascongada observa puntualísimamente esta sintáxis. Recórranse todas las voces derivativas, en sus respectivos lugares de este cotejo, y se verá que todas las caracteristicas se hallan pospuestas á las voces que los gramáticos llaman primitivas. Sus comparativos, superlativos, patronímicos, locales, etc., siguen constantemente esta construccion: lo mismo sucede en la clasificacion de adverbios y demás partes de la oracion, si exceptuamos al verbo.

Esta parte de la oracion en sus inflexiones sale de esta sintáxis: pero no hay vicio ni imperfeccion alguna en esta construccion, pues es indispensable. El verbo bascongado para formar sus 206 conjuga-

ciones y los innumerables tiempos y personas que de ellas provienen, necesita de particulas, letras ó palabras que diversifiquen todas estas modificaciones. En sus inflexiones muchas veces concurren cuatro, cinco y más caracteristicas, ya de personas, ya de tiempos, conjugaciones, modos, etc., y es imposible colocar estas particulas, letras ó palabritas al fin de la voz primitiva, esto es, de la radical; y de aquí es la indispensable necesidad de ponerlas, ya al principio, ya al medio, ya al fin de dicha radical. Sin embargo, son tan fijas las reglas de esta sintáxis, como lo hemos hecho ver en su lugar, que no puede ménos de ser placentero al literato, de donde es visto que esta colocacion al parecer opuesta á lo que dicta la contemplacion de toda característica, que no es otra cosa que un verdadero atributo, se hace armoniosa y arreglada por la misma precision y necesidad.

ADVERBIOS.

Hicimos ver en nuestra gramática que el adverbio, sin embargo de ser un verdadero atributo del verbo, debia anteponerse á él porque su signado era anterior en tiempo al del verbo: que el lugar habia de preceder á las acciones ejecutadas en él: que igualmente sucedia con el tiempo y el modo, como todo ello se puede ver en dicha gramática.

Si reconocemos los idiomas, hallaremos que los adverbios se anteponen y posponen al verbo segun la voluntad del que comunica sus conceptos, aun en el caso de que la movilidad caiga en el verbo; y si consultamos el dictámen de los gramáticos nos dirán que el verbo es superior al adverbio. Con todo esto no podemos resistir á los fundamentos que nos hicieron afirmar la antelacion que debe tener en los conceptos el adverbio sobre el verbo, especialmente cuando vemos confirmada esta teoría con la constante práctica de la lengua bascongada.

Este idioma siempre antepone los adverbios al verbo. Dice *ondo eguin-dau: guichi jan-dau: numba it dago: ara-dua.* Bien lo ha hecho: poco ha comido: en alguna parte se halla: allá va: y es tan invariable entre nosotros esta sintáxis, que no nos es permitido su trastorno. El más rústico de los bascongados oirá con disgusto *eguindau-ondo: jandau-guichi: dago-numbat: dua-ara:* lo ha hecho bien: ha comido poco: se halla en alguna parte: va allá: de modo que no podemos dudar que esta cualidad la viene al bascuence de su génio constitucional, y ha llegado á nosotros por una tradicion no interrumpida de padres á hijos, concluyéndose de aquí que aun en este particular es superior nuestro idioma á todos los demás.

VERBOS.

De lo dicho hasta aquí se infiere que contempladas las voces por la nobleza que tienen como parte de la oracion, el verbo debe ser reputado inferior en órden á todas las demás de quienes hemos hablado y con quienes puede ser parangonado en este particular. Las conjunciones ó interjecciones son unas voces sueltas; las primeras unen ó traban entre sí á las palabras ó conceptos, y deben colocarse en medio de los dos extremos que enlazan: y las interjecciones no siendo otra cosa que unas voces proferidas á impulsos de las pasiones, preceden á nuestros conceptos: de modo que estas dos llamadas partes de la oracion tienen en todos los idiomas una sintáxis comun á todos ellos, y por lo mismo no tenemos que formar cotejo alguno en este particular. Pasemos á reconocer estas mismas partes de la oracion, como posesores, agentes, recipientes y pacientes, que son las únicas funciones que pueden ejercer en los conceptos, á más de aquella que corresponde á cada una como nombre, pronombre, etc., y hablemos de cada una de estas funciones en particular.

POSESORES.

La más noble funcion de las voces en nuestros conceptos es la de posesor. Cualquiera parte de la oracion que la ejerza se ha de anteponer á la voz que representa la cosa poseida, sea esta agente, recipiente ó paciente. Un posesor, como hicimos ver en nuestra gramática, representa á un dueño ó señor de una cosa poseida, y hé aquí el motivo de esta antelacion. Hablando de los nombres posesivos hicimos ver que los idiomas se dividian entre sí acerca de esta sintáxis que unos anteponen constantemente el posesor á la cosa poseida: otros lo posponian y en muchos era indiferente el anteponerlo ó posponerlo. Los idiomas que no posponen no son arreglados, ni tampoco los que le anteponen y posponen con indiferencia. Las lenguas que constantemente anteponen el posesor son las que guardan en su construccion el órden prescrito por naturaleza; pero siendo estas muchísimas, no podemos juzgar por esta particularidad cual de ellas haya sido la primitiva, y solo nos detendremos en hacer ver que la bascongada es una de ellas.

Este idioma es tan puntual en anteponer los posesores á las cosas poseidas, que seria despreciable, como inculto en sus locuciones, el que trastornase este órden. El más rústico oye con placer *erreguren-echia*, del Rey la casa: *guizonaren-ecandubz*, del hombre costumbre: *chacurraren-belarrija*, del perro la oreja; pero si dijese *eche-erreguerena*, la casa del Rey: *ecandu guizonarena*, la costumbre del hombre: *belarri chacurrarena*, la oreja del perro, no podria ménos de serle odiosa esta locucion. No para aqui la cosa. Es tanta la observancia de nuestra lengua en la anteposicion de sus posesores, que no solo lo ejecuta con los sustantivos, sino tambien con aquellos adjetivos llamados por los gramáticos posesivos. Decimos *lapicoco oquelia*, de la olla la carne: *Españaco Erreguia*, de España el Rey: *echeco Jauna*, de la casa el Señor; pero se oye al bascongado *oquela lapicocua*: *Erregue Españacua*: *jaun echecua*. La carne de la olla: el Rey de España: el Señor de casa.

AGENTES.

Los agentes por su ministerio deben preceder á los recipientes y á los pacientes. Esta sintáxis se observa puntualmente en las oraciones de activa por todos los idiomas, siempre que no entre á jugar la nobleza de movilidad, de la cual hablaremos despues: y por lo mismo esta sintáxis no puede conducirnos al conocimiento de cual de estos idiomas sea el primitivo.

RECIPIENTES.

Los recipientes ó aquellas voces que ejercen en nuestros conceptos las funciones del dativo latino han de colocarse despues de los agentes y sus atributos, y aun despues de los verbos; porque el órden natural exige que obre el agente antes que pueda recibir el recipiente el efecto de la accion. Antes es el comprar la cosa que el recibir Pedro la cosa comprada. Esta sintáxis es observada por los idiomas con bastante puntualidad, y por lo mismo no es proporcionada para la investigacion del idioma primitivo.

Los recipientes, aunque deban posponerse á los agentes y sus atributos y al verbo, deben tambien anteponerse á los pacientes. No puedo dar la manzana á Pedro, por ejemplo, hasta que Pedro reciba esta manzana: y el recipiente ha de presentarse, y verificar la recepcion

antes que yo termine la accion; y siendo los pacientes el término de las acciones, han de ser posteriores en órden á todas las demas voces que concurren á la formacion de nuestros conceptos.

Sin embargo, observamos que los idiomas anteponen y posponen con indiferencia los recipientes á los pacientes. Decimos en castellano *di las gracias á Pedro*, y tambien *di á Pedro las gracias*; y esta libertad se ha introducido tambien en la lengua bascongada, especialmente entre la gente que no es rústica, pues esta conserva aun con bastante constancia el índole de su nativo idioma, que es el colocar los recipientes inmediatamente del verbo.

La legítima prueba de ser esta la sintáxis primitiva de nuestro idioma, la tenemos en los afijos ó características personales de nuestras conjugaciones recipientes. En ellos habrán observado los literatos que las características de recipientes se hallan colocadas inmediatamente despues de la radical del auxiliar, y esto tan constantemente que no habrán advertido cosa al contrario en el análisis que hicimos de nuestras 206 conjugaciones.

RECONOCIMIENTO DE LA SINTÁXIS DE LOS IDIOMAS

POR LA NOBLEZA DE MOVILIDAD.

Es tan natural al hombre el empezar sus conceptos por aquella voz cuyo signado le dió motivo para la comunicacion social, que no hay idioma que no ponga en ejecucion esta bella sintáxis. De aquí viene el que los autores más clásicos en sus respectivos lenguajes nos presenten unos conceptos que contemplados en sus partes constitutivas hallamos un trastorno de colocacion que los gramáticos más insignes han creido deber salvarlo por la figura de hiperbaton. Han creido estos sábios contraria á la naturaleza esta sintáxis; pero en realidad es una locucion legítima: una locucion arreglada y muy conforme al dictámen de la naturaleza en todas sus producciones.

Esta sábia madre hace en nosotros que ejecutemos las cosas segun el órden con que se presentan á nuestra movilidad, sin que en estos lances entremos á contemplar, si este órden es aquel que exigen las cosas ejecutadas. Ciertos ejemplos frecuentes y ordinarios nos instruirán de esta verdad. Levantarse de la cama, vestirse, peinarse y lavarse, desayunar y ponerse á trabajar cada cual segun su ministerio, es el órden natural de las operaciones matutinas de un hombre racional: y sin embargo de esto vemos trastornado este órden de ope-

raciones sin vicio alguno, cuando la necesidad ó utilidad nos moviliza á una operacion con antelacion á otra. Muchas veces nos vestimos sin levantarnos de la cama; porque concebimos que esta operacion por cierta utilidad ó necesidad debe anteponerse á la accion de levantarse y obraríamos contra los impulsos justos de la naturaleza si trastornásemos este órden. Del mismo modo exige la necesidad o utilidad el que despachemos algun ramo de nuestro ministerio ántes de todas las operaciones matutinas que preceden ordinariamente á las de nuestras labores; pues esta operacion ha de preceder á las demás, y el trastornar este órden sería ir directamente contra el dictámen justo de la misma naturaleza.

Esto mismo sucede proporcionalmente en los idiomas. Exige el órden natural que en primer lugar demos á entender el sujeto de nuestros conceptos, y despues los atributos suyos, como son cualidades y relaciones: despues las acciones de este sujeto cualificado, y últimamente el término de su accion. Sin embargo, trastornamos este órden natural siempre que la necesidad ó utilidad nos impele á ello. Admiramos, por ejemplo, la cualidad de un sujeto: desde entónces se reviste esta cualidad de la nobleza de movilidad. Toda nuestra idea es darla á entender; de modo que no hablaríamos sino por ella. El sujeto que expresamos: los atributos que aplicamos á este sujeto á más de la cualidad movilizante: las voces que usamos para unir al sujeto esta cualidad admirada, son unas palabras coadyutrices: valémonos de ellas como de unos medios necesarios para lograr los deseos que tenemos de hacerla ver á nuestros consócios. Hé aquí los justos motivos de empezar nuestros conceptos por un epiteto ó adjetivo, sin embargo de ser esta voz inferior en el órden natural al sustantivo. Feliz el hombre que supo atraerse la estimacion de todos. Hé aquí una expresion enérgica y cuya energía consiste en trastornar el órden natural, colocando al epiteto *feliz* ántes del sustantivo *hombre*. De aquí infirió justamente uno de los cuerpos más sábios de la Europa que debia haber en este aparente trastorno algun órden ó arreglo natural.

Es verdad que lo creyó oculto á los conocimientos humanos; pero á mi ver no es otra esta regla natural que la de la antelacion que reciben las voces por ser móviles de nuestros conceptos.

Esta movilidad hace tambien que los adverbios se coloquen á la frente de nuestros conceptos. Lindamente se ha manejado el negocio. Hé aquí un adverbio cuya anteposicion energiza el concepto. Pospóngase este adverbio y quedará lánguido el pensamiento. Lo mismo sucede con los verbos. Antepuestos estos á sus supuestos, levantan la expresion á la mayor energía: la razon de esta energía es clara. El signado de los verbos movilizó la locucion: obró el hombre á impulsos de la naturaleza: manifestó sus ideas con aquella viva pintura con que las estampó esta sábia madre en su voluntad: la no-

vedad de la sintáxis chocó á los que escucharon el concepto: conocen que habla la pasion en el proferente, y no pueden ménos de recibir en el concepto todo aquel placer que causa en nosotros la propiedad de un perfectísimo dibujo.

Todos los idiomas, como queda dicho, hacen uso de esta trrstornada pero natural sintáxis. Todos ellos nos presentan como más noble aquella voz cuyo signado fué causa de la comunicacion; y en esta parte parece que no podemos hallar en las lenguas motivos justos para dar preferencia á una sobre otra. Sin embargo, reparo que la nobleza de movilidad es manejada por el bascuence con más finura que los otros idiomas, y para patentizar esta verdad me valdré de dos particularidades ó de dos modos singulares que registro en nuestro idioma: el uno cuando se quiere dar á entender el entusiasmo que causa en nosotros la cualidad de un sujeto: el otro en el arreglo con que coloca este idioma, no la primera, sino todas las voces segun el órden con que contemplaron sus signados en el concepto comunicado.

Admira el hombre esta ó la otra cualidad: se entusiasma y se vé impelido á prorumpir una expresion interjeccional; pero ¿cuál es esta expresion? Es un epiteto antepuesto al nombre. ¡Hermosa casa! ¡Bella muchacha! ¡Gallardo hombre! Estas y otras expresiones son las que profiere el castellano cuando se vé movilizado entusiasmáticamente por una cualidad, y lo mismo sucede en los demás idiomas; pero ¿se dibujan bien en ellas las ideas del proferente? De ninguna de las maneras. Contemplemos estas ideas, y veremos el defecto de estas locuciones.

El hombre movilizado por una cualidad mira á esta como á un sujeto de su placer. En esta cualidad recae como atributo su admiracion y entusiasmo, y si contempla y expresa al sujeto en quien se halla esta cualidad, mira á este sujeto como á un epíteto ó distintivo, para que se conozca cual es la cualidad de quien quiere hablar: de modo que á la cualidad en este caso hemos de contemplarla como un supuesto, un sujeto ó un género; y al sujeto de la cualidad como á un atributo ó diferencia de ella; y de aquí es que las expresiones castellanas arriba dichas no son propias para expresar las ideas que nos movilizan.

Es verdad que hay trastorno de colocacion de voces en la sintáxis de estas expresiones. Los epítetos ó los adjetivos se colocan delante de los sustantivos; pero no dejan de ser epítetos ó adjetivos: no dejan de ser atributos de los nombres, y estos ejercen la funcion de sujetos. No se nos dibuja la cualidad como un supuesto en quien recae como atributo nuestra admiracion y entusiasmo. Cuando decimos *hermosa casa*, nuestra idea es exponer que la hermosura de la casa nos ha admirado, nos ha entusiasmado, y la cualidad es un verdadero sujeto. El supuesto de esta cualidad ejerce las funciones de pose-

sor, y solo sirve para individualizarla. La admiracion y entusiasmo son atributos de la cualidad movilizante; y es necesario otro modo de expresarse para que se dibujen á lo vivo estas diferentes ideas: pero ¿cuál ha de ser esta expresion? Reconozcamos la bascongada, y veamos si es perfecta.

El bascuence traduce las expresiones castellanas hermosa casa, bella muchacha, gallardo hombre, de este modo: ¡*echiaren ederra*! ¡*Nescatiliaren polita*! ¡*guizonaren lerdina*! Examinémoslas con reflexion.

En estas expresiones bascongadas, así como en las castellanas, el tono interjeccional con que se profieren nos representa vivamente la admiracion y entusiasmo que causó la cualidad comunicada. Los genitivos ó posesores bascongados *echiaren*, *nescatiliaren*, *guizonaren*, desnudan al sujeto de la cualidad admirada, de los caractéres de supuesto, y le presentan como un posesor; como una diferencia, como un atributo que individualiza la cualidad movilizante; y hé aquí justamente la idea que tiene el hombre de este sujeto en su expresion. La cualidad *ederra*, *polita*, *lerdina*, se hallan en la forma concreta, y nos dan á entender que no hablamos de una cualidad confusa é indeterminada. Estas voces no están concordadas con sujetos con que estos se hallan en caso oblícuo y en recto aquellas; y por lo mismo nos representan unas cualidades con caractéres de sujetos independientes, que es la idea precisamente que tiene de ellas el proferente. ¿Puede darse un trastorno más bello: una energía más bella: un dibujo más perfecto de las ideas movilizantes? Pasemos á reconocer el arreglo, órden y método con que coloca nuestro idioma, no la primera palabra movilizante, sino todas las demás del concepto.

Aunque los idiomas en los conceptos enérgicos colocan ordinariamente en primer lugar aquella voz cuyo signado es el móvil principal de su comunicacion. No sucede así en las demás palabras. Decimos, por ejemplo, en castellano. *Feliz el Rey que supo formar un pueblo virtuoso*. La movilidad de este concepto está en la felicidad del Rey. La idea del proferente es el comunicar esta felicidad. Sin esta idea no hubiera tenido lugar la comunicacion en nuestro caso: y como principal impelente se colocó muy bien la voz *feliz* á la frente. Pero ¿por qué se coloca la palabra *Rey* despues de la voz *feliz*? Yo no hallo motivo alguno para la antelacion que se dá á la palabra *Rey* sobre las demás. Si la voz *feliz* ha de ser la primera por ser el primer móvil del concepto, la segunda habia de ser aquel que hizo la felicidad del Rey. Esta felicidad consiste inmediatamente en el pueblo. Bien puede ser un Rey el más virtuoso, el más cuidadoso, el más excelente de todos los Reyes; pero no podrá ser llamado Rey feliz sin que concurra el pueblo á esta cualidad. Será feliz en sí, quiero decir, por las bellas cualidades con que supo adornarse; pero si el pueblo no concurre á su felicidad, esta no será completa, y por lo mismo no podrá llamarse

feliz á boca llena, para decirlo así, y por aquella parte que llegan los Reyes á gozar como tales una perfecta felicidad.

De aquí es que no puede entusiasmarnos la felicidad de un Rey, sin que contemplemos al pueblo que rige; pero si reconociendo á este pueblo lo hallamos virtuoso, entónces empieza á movilizarnos la felicidad del Rey. Sin embargo de esto, esta movilidad no es completa, y no podemos avivar el entusiasmo hasta el extremo de prorumpir interjeccionalmente la voz *feliz*. Es necesario á más, que examinemos la causa de ser el pueblo virtuoso; pues si esto no es el esmero, el cuidado y las diligencias puestas por el Rey para hacer virtuosos á sus vasallos, no podremos llamarle feliz interjeccionalmente, esto es, con un efecto de entusiasmo; pero si el Rey por su cuidado, vigilancia y esmero hizo virtuoso al pueblo, entónces es cuando el entusiasmo y admiracion nos presenta á la felicidad de este Rey, como digna de ser comunicada á nuestros consócios. Hé aquí el órden y la gradacion con que subimos al colmo del entusiasmo. Hé aquí el modo con que llega á ser cualquiera parte de la oracion el móvil principal de nuestros conceptos, y logrado el privilegio de ser colocada á la frente de él.

Infiérese de esto que la segunda ha de ser la primera causa de esta movilidad, esto es, el pueblo; la tercera el epiteto *virtuoso*, que hace que el pueblo sea causa de la felicidad, y debe contemplarse como una segunda causa: la tercera causa de la felicidad es el que este pueblo haya sido formado y hermoseado con esta cualidad por el cuidado y esmero del Rey; y las voces que lo indiquen han de tener el cuarto lugar: el Rey ha de ser colocado despues de todas las voces, porque las ideas de sus signados han de preceder necesariamente para que formemos la de la felicidad del Rey. Pero ¿hay algun idioma que ponga en ejecucion en su sintáxis este órden de ideas con la debida analogía? Yo no hallo otro que el bascuence.

Este idioma en sus conceptos enérgicos coloca las voces con aquel órden y antelacion que exige la mayor ó menor movilidad de ellas. La primera de ellas es aquella que entusiasmándonos más que todas nos obligó á la comunicacion: la segunda la que fué causa inmediata de esta movilidad: la tercera aquella que dispuso ó hizo que la voz segunda fuese causa de la movilidad de la primera, y así sucesivamente segun el órden de impulsion que tuvieron en la principal movilidad. Expliquémonos con más claridad por ciertos ejemplos. Decimos *sorionecuac semeonac dauquesan guraxuac*; felices los padres que tienen buenos hijos. El móvil principal de estos conceptos es la felicidad de los padres. Ella hizo que se trasmitiese este juicio en la mútua comunicacion; esto es, ella fué la que entusiasmando nuestra pasion movió la voluntad por un impulso natural á la comunicacion, y por lo mismo la voz *sorionecuac*, felices, se vé colocada á la frente del concepto.

La causa de la felicidad de estos padres son los hijos, y de aquí es que la voz *seme*, hijos, se halle colocada en segundo lugar.

Estos hijos son causa de la felicidad de los padres por su bondad, y esta bondad es por lo mismo causa de la causa de dicha felicidad: esto es, su segunda causa: y hé aquí el motivo de haberse colocado la voz *onac*, buenos, en tercer lugar.

Estos hijos, aunque buenos, no pueden causar la felicidad de los padres sin que sean hijos suyos; y el ser suyos hizo que fuesen causa de su felicidad: y hé aquí el motivo de colocar en cuarto lugar el participio *dauquezin*, que equivale al *habentes* de la lengua latina y á la expresion *que tienen* de los castellanos.

Ultimamente se coloca la voz *gurasuac*, padres, que fué el cimiento sobre el cual se formó todo el edificio de la movilidad. Añadamos aun todavía otra reflexion sobre el órden con que sube el hombre á aquel entusiasmo que le hace proferir las expresiones enérgicas empezando por la voz cuyo signado fué el móvil de su comunicacion, y no salgamos del ejemplo propuesto.

El signado de la voz *gurasuac*, padres, es el sujeto de nuestro concepto. Todas las demás voces recaen sobre él, y son sus atributos: de aquí es que lo primero que contemplamos en nuestro concepto son los sujetos que pueden ser padres. Para afirmar ó asegurar que lo son, es preciso que contemplemos si tienen hijos; y averiguado este *tener*, les damos el nombre de padres. La idea de tener hijos estos padres nos lleva á la contemplacion de estos hijos. Reconocemos que son buenos, y la idea de estos hijos como buenos, engendra en nosotros la de la felicidad de los padres, y se hace esta felicidad el principal objeto de nuestra comunicacion. Este es el órden con que sube el hombre al entusiasmo. Contempla en primer lugar los sujetos desnudos de todo atributo, y no se entusiasma. Entra á reconocer alguna de sus cualidades, y empieza á formarse el entusiasmo. La idea de este primer atributo abre camino para averiguar otro atributo de este mismo atributo, y llegamos á formar con el primero y el segundo atributo un nuevo juicio distinto del primer juicio que se formó del sujeto y del primer atributo: de modo que el primer atributo pasa á ser sujeto del segundo atributo, y nuestro entusiasmo se va aumentando.

El segundo atributo nos dá motivo para descubrir en su contemplacion otro atributo, y formar un tercer juicio cuyo sujeto es el segundo atributo, y el entusiasmo se aumenta: de modo que descubriendo atributos de atributos en el primer sujeto, se va avivando el entusiasmo de grado en grado hasta prorumpir en una expresion interjeccional que es la voz del signado que dió complemento á nuestro entusiasmo, y descubrimos nuestra admiracion ó placentera, ó desagradable.

Contemplemos para mayor inteligencia de esta gradacion con que llegamos al entusiasmo á un hombre que observa atentamente una bella pintura. La vé en globo: gusta de ella; pero no se entusiasma todavia: repara una de sus propiedades: crece su placer un grado más: repara otra propiedad ó particularidad bien dibujada: se aumenta su placer aun otro grado: pasa la vista de una belleza á otra: toma cuerpo el entusiasmo, y como que su placer es mayor que el sufrimiento de la admiracion, prorumpe en una interjeccion conocida: y ¿cuál ha de ser la voz que formará esta interjeccion? No hay duda. Ha de ser aquella que represente la última cualidad admirada. Bien, bello, famoso, excelente, bravísimo, estas y otras voces se oirán á este admirador de la pintura aun en el caso de hallarse solitario ó sin que tenga compañero en su observacion.

Supongamos que este admirador quiera dar á entender su entusiasmo. ¿Cómo se manejará en sus expresiones? ¿Cuáles serán las ideas que presentará al prorumpirlas? ¿Cuál de estas ideas será la primera? No hay arbitrio: la voz cuyo signado fué el que puso la llave al arco del entusiasmo será la primera. Si fué la propiedad de la pintura, esta cualidad será la primera que comunique á sus consócios qué propiedad, exclamará, tan bella! Si le entusiasmó la habilidad de su autor prorumpirá: *felices manos las que formaron esta pintura: afortunado pincel que tuvo la dicha de ser manejado por el autor de este cuadro.* Estas y otras expresiones enérgicas comunicarian su entusiasmo: de donde es visto que la colocacion de voces de la expresion bascongada *zorionecuac seme onac dauqueezan gurassuac*, es enteramente conforme á aquella gradacion con que llegamos al entusiasmo.

En efecto, la expresion *zorionecuac seme onac dauqueezan gurassuac*, traducida literalmente á la lengua castellana es la siguiente: *felices-los hijos buenos-los tienen-que padres-los.* Bien veo que es ingrata esta colocacion al oido castellano como dijo en su censura critica el señor cura de Montuenga; pero ¿de dónde viene esta ingratitud? No tiene otro orígen sino en el uso ó hábito del oido familiarizado con la sintáxis contraria. Esto mismo diria un bascongado si su frase estuviese en la sintáxis castellana; y ¿cuál de estas dos lenguas tendria razon? Para ambos idiomas es ingrata la respectiva sintáxis: se hallan encontrados en su modo de pensar, y es preciso que un tercero decida la disputa. ¿Recurriremos á los demás idiomas para que sean jueces de nuestra disputa? No por cierto. Cada uno de ellos tiene su particular sintáxis: unos favorecen nuestro idioma en la mayor parte: otros la castellana, y por lo mismo son interesados en la sentencia. Recurramos, pues, á la filosofía del lenguaje. Consultemos las causas que hacen enérgica una expresion, y hallaremos que es el trastorno quien causa la movilidad en el órden de las ideas: de modo que estas tendrán mejor sintáxis, cuanto pinten con más propiedad aquel ór-

den ó empuje mayor ó menor que dieron al ánimo en la formacion del entusiasmo.

Ahora, pues, ¿en cuál de las dos expresiones bascongada ó castellana se hallan colocadas las voces segun el órden con que engrosaron sus signados el entusiasmo? Véanlo los literatos y confesarán que la sintáxis bascongada es la que guarda exactamente el órden retrógrado con que se presentaron las ideas en la formacion del entusiasmo, empezando desde aquella voz que dió el complemento: colocando despues la primera causa y asi sucesivamente, dando el último lugar á la palabra cuyo signado por la agregacion ó contemplacion de sus atributos, causó la admiracion.

Concluimos ya nuestras tareas y las presentamos al público, no como unas verdades infalibles, sino como unas investigaciones que limadas y purgadas por el exámen de los sábios, pueden servir á la utilidad de él.

INDICE GENERAL DE LA OBRA.

PÁGINAS.

Prólogo.. 1
Discurso primero.—Sobre si hubo ó no lengua primitiva. 5
Proposicion primera.—Los primeros hombres hicieron uso de la facultad del habla desde el primer instante en que fueron criados. 8
Segunda proposicion.—El lenguaje primitivo del hombre no fué el lenguaje de accion, sino de voces articuladas. 11
Tercera proposicion.—El lenguaje de los primeros hombres no fué infuso, ni adquirido, sino natural 31
El lenguaje primitivo no fué infuso. 32
El lenguaje primitivo no fué adquirido por el hombre. 35
El lenguaje primitivo fué natural 36
Satisfaccion primera.—El modo con que llegan á adquirir nuestros recien nacidos el habla, no se opone á que el lenguaje primitivo hubiese sido natural 43
Satisfaccion segunda.—Los experimentos hechos en los sordo-mudos y alegados por los filósofos contra el idioma natural de los primeros hombres, son infundados.. 48
Satisfaccion tercera.—Los niños que se dicen criados en soledad, ó hallados en los bosques, no perjudican á que el idioma primitivo hubiese sido natural 50
Un número de niños criados en soledad, llegará á formar un idioma natural 60
El lenguaje que llegasen á hablar dos niños criados en soledad, aunque natural y de voces articuladas, es casi imposible que fuese aquel que hablaron los primeros hombres. 66
Satisfaccion cuarta.—La multiplicacion del primitivo idioma no se opone á que este hubiese sido natural 70
Primera verdad.—Es natural al hombre el multiplicar los idiomas. 71
Segunda verdad.—El idioma natural se halla oscurecido en los lenguajes que hoy se hablan, pero no borrado 77

PÁGINAS.

Tercera verdad.—En nuestro lenguaje y en el de los demás vivientes no hay la debida analogía para deducir que el idioma no es natural al hombre. 83
Satisfaccion quinta.—Aunque no pudiésemos distinguir las voces naturales de las que no lo son, en las articulaciones del niño, en las interjecciones del adulto, no se probaria que el primer idioma no hubiese sido natural 88
Satisfaccion sexta.—La armoniosa extructura del idioma no se opone á que este hubiese sido natural al primer hombre. 91
Satisfaccion sétima.—La constitucion del hombre no se opone á que el idioma primitivo hubiese sido natural.. 95
Proposicion cuarta.—El idioma primitivo fué uno, y no muchos. 101
La diversidad de idiomas que hoy se conoce no perjudica á la unidad del primitivo. 102
La situacion de las Américas no puede perjudicar la unidad del idioma primitivo. 105
La diferencia que se advierte entre los negros y los blancos no se opone á la unidad del idioma primitivo 107
Discurso segundo.—Sobre si existe ó no la primitiva lengua 109
Gramática de la lengua primitiva. 113
Parte primera.—De las letras 118
Alfabeto del idioma primitivo.. 118
El legítimo órgano del habla es la boca 122
El órgano de la boca no puede producir sino veinte y ocho letras 127
Parte segunda.—De las sílabas. 139
Parte tercera.—De las palabras. 150
Formacion silábica de las voces ó palabras. 151
Respuesta á una objecion contra las reglas propuestas. 155
Supresion de letras en la formacion silábica de las voces. 156
Sustitucion de letras en la formacion silábica de voces 157
Adicion de letras en la formacion silábica de las voces 159
Formacion significativa de las voces ó palabras 160
Significacion natural de las letras 161
Parangon de la significacion de las letras con el lenguaje de accion 165
Significacion natural de cada una de las letras. 173
Orígen de las voces ó palabras 184

PÁGINAS.

Modulaciones del órgano de la voz.—Primer orígen de las voces ó palabras. 185
Inocentes articulaciones del hombre-niño.—Segundo orígen de las voces ó palabras, 189
Monogramas del hombre-niño. 195
Poligramas del hombre-niño 198
Poligramas que empiezan con vocal. 198
Poligramas que empiezan con consonante 201
Interjecciones del adulto.—Tercer orígen de las voces primitivas 209
Interjecciones monogramas 210
Interjecciones poligramas 213
Onomatopeya ó ruido que meten las cosas cuando son movidas y las inanimadas en sus articulaciones.—Cuarto orígen de las voces primitivas. 220
Recopilacion. 222
Ministerio de las voces ó palabras 226
Nombres. 228
Nombres sustantivos 229
Nombres sustantivos propios. 230
Nombres sustantivos apelativos 231
Nombres adjetivos. 234
Epitetos 236
Epitetos primitivos. 240
Epitetos derivativos. 240
Comparativos. 241
Superlativos. 242
Nacionales. 246
Patronímicos 248
Locales 249
Diminutivos 252
Aumentativos 253
Abundanciales 254
Frecuentativos 255
Posesivos. 258
Ministeriales. 259
Contenciosos 263
Numerales. 264
Numerales cardinales. 264
Numerales ordinales. 269
Numerales colectivos 270
Numerales multiplicativos. 271
Numerales distributivos 272

PÁGINAS.

Numerales copulativos 274
Numerales partitivos 276
Pronombres. 278
Origen de los pronombres. 282
Géneros de los nombres, epitetos y pronombres. 295
Abundancia de voces de un idioma perfecto 297
Monosílabas 298
Disílabas 298
Primera clase de disílabas 299
Segunda clase de disílabas 301
Tercera clase de sílabas 302
Cuarta clase de sílabas 303
Trisílabas. 304
Primera clase de trisílabas. 305
Segunda clase de trisílabas. 306
Tercera clase de trisílabas 307
Cuarta clase de trisílabas 308
Quinta clase de trisílabas 309
Sexta clase de trisílabas. 310
Sétima clase de trisílabas. 311
Octava clase de trisílabas 312
Novena clase de trisílabas 313
Décima clase de trisílabas. 314
Clase undécima de trisílabas 315
Clase duodécima de trisílabas 316
Cuadrisílabas 317
Clase trigésima sexta de cuadrisílabas 319
Lenguas que tienen géneros en los nombres 320
Lenguas que no tienen géneros en los nombres 321
Número de los nombres, epitetos y pronombres 322
Artículos 325
Declinacion de los nombres, epitetos y pronombres 329
Artículo de los nombres, epitetos y pronombres. 331
Artículos pacientes 334
Artículos agentes 337
Artículos recipientes 339
Artículos posesores 339
Posposiciones 342
Toda característica fué pospositiva en el idioma primitivo 344
Las posposiciones del idioma primitivo fueron cuatro 346
Posposicion final 349
Posposicion instrumental 351
Posposicion material 353

PÁGINAS.

Posposicion impulsiva..... 355
Posposicion exclusiva..... 357
Adverbios..... 358
Adverbios de lugar..... 359
Adverbio *donde*..... 360
Adverbio *desde donde*..... 365
Adverbio *á donde*..... 367
Adverbio *hácia donde*..... 368
Adverbio *hasta donde*..... 369
Adverbios correspondientes al donde..... 370
Adverbios de tiempo..... 371
Adverbio *cuando*..... 372
Adverbio de modo..... 375
Adverbio *como*..... 376
Adverbio de *semejanza*..... 379
Adverbios de cuantidad..... 381
Adverbio *cuanto*..... 382
Adverbio *mucho*..... 383
Adverbio *poco*..... 384
Adverbio *tanto*..... 385
Adverbios de orígen..... 386
Verbos..... 387
Division del verbo..... 388
Verbos sencillos..... 395
Verbos dobles..... 395
Modos del verbo..... 397
Modo infinitivo..... 399
Modo accionario..... 399
Modo habitual..... 400
Modos potencial, voluntario, necesario y forzoso..... 401
Modo imperativo..... 402
Modo sujuntivo ó intencional..... 402
Modo optativo..... 404
Modo penitudinario..... 405
Tiempos del verbo..... 405
Tiempos del modo accionario y su formacion..... 410
Tiempos del modo habitual..... 414
Tiempos del modo potencial..... 415
Tiempos del modo voluntario..... 416
Tiempos del modo necesario y forzoso..... 418
Tiempos del modo imperativo..... 420
Tiempos del modo sujuntivo ó intencional..... 420
Tiempos del modo optativo..... 422

PÁGINAS.

Tiempos del modo penitudinario..... 423
Personas del verbo..... 424
Números del verbo..... 426
Conjugaciones del verbo..... 429
Conjugacion cortés..... 431
Conjugacion femenina..... 432
Conjugacion masculina..... 433
Conjugacion activa..... 433
Conjugacion pasiva..... 434
Conjugacion mixta ó media..... 434
Conjugacion pura..... 435
Conjugacion recipiente..... 436
Número de conjugaciones del verbo..... 436
Conjugaciones madres..... 437
Conjugaciones corteses femeninas y masculinas..... 438 y 439
Conjugaciones corteses activas y puras..... 439
Conjugaciones corteses activas recipientes..... 441
Primera conjugacion activa pura..... 442
Conjugacion segunda cortés activa pura..... 443
Conjugacion tercera cortés activa pura..... 443
Conjugacion cuarta cortés activa pura..... 444
Conjugacion quinta cortés activa pura..... 444
Conjugacion sexta cortés activa pura..... 444
Conjugacion sétima cortés activa pura..... 445
Conjugacion octava cortés activa pura..... 445
Conjugacion cortés pasiva pura..... 446
Conjugaciones corteses mixtas..... 447
Conjugaciones corteses activas mixtas..... 447
Conjugaciones corteses pasivas mixtas..... 447
Conjugacion primera cortés pasiva mixta pura..... 448
Conjugacion segunda cortés pasiva mixta pura..... 448
Conjugacion tercera cortés pasiva mixta pura..... 449
Conjugacion cuarta cortés pasiva mixta pura..... 449
Conjugacion quinta cortés pasiva mixta pura..... 449
Conjugacion sexta cortés pasiva mixta pura..... 450
Conjugacion sétima cortés pasiva mixta pura..... 450
Conjugacion octava cortés pasiva mixta pura..... 460
Conjugaciones familiares..... 451
Conjugaciones femeninas..... 451
Conjugaciones femeninas activas puras..... 452
Conjugacion primera femenina activa pura..... 452
Conjugacion segunda femenina activa pura..... 452
Conjugacion tercera femenina activa pura..... 453

PÁGINAS.

Conjugacion cuarta femenina activa pura..... 453
Conjugacion femenina pasiva pura..... 453
Conjugaciones femeninas pasivas recipientes..... 454
Conjugacion femenina activa mixta pura..... 454
Conjugaciones femeninas activas mixtas recipientes..... 454
Conjugaciones femeninas pasivas mixtas puras..... 454
Conjugaciones femeninas pasivas mixtas recipientes..... 455
Conjugacion primera pasiva mixta pura..... 455
Conjugacion segunda pasiva mixta pura..... 455
Conjugacion tercera pasiva mixta pura..... 456
Conjugacion cuarta pasiva mixta pura..... 456
Conjungaciones masculinas..... 456
Conjugaciones masculinas activas puras..... 457
Conjugaciones masculinas activas recipientes..... 457
Conjugacion masculina pasiva pura..... 458
Conjugaciones masculinas pasivas recipientes..... 458
Conjugacion masculina activa mixta pura..... 458
Conjugaciones masculinas activas mixtas recipientes..... 458
Conjugaciones masculinas pasivas mixtas puras..... 459
Conjugaciones masculinas pasivas mixtas recipientes..... 459
Invencion de las 206 conjugaciones..... 462
Conjugaciones del verbo *la*..... 464
Características de tiempo..... 465
Características de tratamiento..... 465
Características de personas..... 465
Conjugacion cortés..... 467
Pretérito real de indicativo..... 467
Modo de variar las conjugaciones..... 469
Conjugaciones..... 470
Modo de formar las conjugaciones activas puras recipientes 471
Modo de formar las activas mixtas..... 472
Modo de formar las conjugaciones pasivas puras recipientes 473
Modo de formar las conjugaciones pasivas mixtas..... 473
Modo de formar las conjugaciones familiares..... 476
Formacion de los modos del verbo..... 477
Verbo..... 478
Verbos irregulares..... 481
Participios..... 484
Conjunciones..... 488
Conjunciones copulativas..... 488
Conjunciones disyuntivas..... 489
Conjunciones condicionales..... 491
Conjunciones causales..... 492

PÁGINAS.

Conjunciones finales..... 494
Conjunciones excépticas..... 494
Conjunciones agregativas..... 496
Interjecciones..... 497
Sintáxis..... 498
Nobleza de las voces ó palabras..... 501
Nobleza de orígen..... 504
Nobleza de ministerio..... 505
Nobleza de mérito..... 505
Grados de nobleza..... 506
Sintáxis que han de tener las voces por la nobleza de orígen 507
Sintáxis que han de tener las voces por la nobleza de ministerio..... 508
Posposiciones ó preposiciones..... 510
Partículas ó características..... 512
Sintáxis que han de tener las voces por la nobleza de mérito ó movilidad..... 520
Acentos..... 527
Reconocimiento de los idiomas ó averiguacion de si existe ó no alguno digno de haber sido primitivo..... 530
Reconocimiento de los alfabetos..... 535
Reconocimiento de los silabarios..... 538
Sílabas madres..... 538
Sílabas hijas..... 541
Reconocimiento de las voces..... 545
Formacion silábica de las palabras..... 546
Formacion significativa de las palabras..... 547
Voces onomatópicas..... 550
Voces deducidas de las primeras ó inocentes articulaciones del hombre-niño..... 552
Voces bascongadas formadas de las inocenees articulaciones del hombre-niño..... 553
Interjecciones del adulto..... 560
Interjecciones comunmente recibidas..... 560
Modulaciones del órgano de la voz..... 574
Prueba práctica de la significacion natural de las vocales 577
Prueba práctica de la significacion de las consonantes 598
Reconocimiento de las partes de la oracion..... 637
Nombres..... 638
Nombres compuestos..... 638
Nombres derivados..... 640
Comparativos..... 641
Superlativos..... 642

INSTITUCIÓN SARMIENTO EL ESTUDIO - OBRA SOCIAL - Caja de Ahorros de Pisuerga

PÁGINAS.

Nacionales 643
Patronímicos 644
Patronímicos de filiacion 645
Patronímicos de descendencia 645
Locales. 646
Locales puras 646
Locales abundanciales 647
Sustantivos 647
Adjetivos epitetos 648
Locales de aptitud 649
Diminutivos 652
Aumentativos 653
Abundanciales 654
Frecuentativos 657
Posesivos 657
Posesivos de dominio 658
Posesivos locales 659
Posesivos de materia 659
Ministeriales. 660
Contenciosos 663
Numerales 663
Cardinales 664
Ordinales 668
Colectivos 669
Multiplicativos 670
Distributivos 670
Copulativos 672
Partitivos 672
Reconocimiento de los pronombres 673
Reconocimiento de los artículos. 675
Ejemplo de los nombres apelativos 676
Ejemplo de los nombres propios 676
Ejemplo de los nombres numerales 677
Reconocimiento de las posposiciones 678
Reconocimiento de los adverbios 681
Adverbios locales 682
De pregunta y respuesta 684
Adverbios de modo 685
Adverbios de cuantidad 688
Reconocimiento del verbo 690
Division del verbo. 691
Modos del verbo 693
Tiempos del verbo 695

PÁGINAS.

Tiempos del modo indicativo 696
Adverbios de origen 699
Tiempo del modo habitual 697
Tiempo real 697
Tiempo apostrófico 697
Tiempos del modo potencial. 698
Tiempos del modo voluntario 699
Tiempos del modo necesario 699
Tiempos del modo forzoso 700
Tiempo presente del verbo 702
Futuro 703
Tiempos del sujuntivo 703
Tiempos del modo optativo 704
Tiempos del modo penitudinario 704
Tiempos de certeza. duda y probabilidad 705
Personas del verbo 707
Conjugaciones del verbo 708
Conjugaciones activas 709
Activas puras 709
Activas puras recipientes 711
Corteses 711
Activas mixtas 720
Conjugaciones pasivas 722
Características de los doscientas y seis conjugaciones 728
Verbos irregulares 739
Reconocimiento de los participios 743
Reconocimiento de las conjunciones 749
Reconocimiento de las interjecciones 753
Reconocimiento de la sintáxi 754
Reconocimiento de la sintáxisde los idiomas por la nobleza de origen 755
Reconocimiento de la sintáxis de l os idiomas por la nobleza de ministerio 756
Reconocimiento de la sintáxis de los idiomas por la nobleza de movilidad 766



